



Informazioni su questo libro

Si tratta della copia digitale di un libro che per generazioni è stato conservata negli scaffali di una biblioteca prima di essere digitalizzato da Google nell'ambito del progetto volto a rendere disponibili online i libri di tutto il mondo.

Ha sopravvissuto abbastanza per non essere più protetto dai diritti di copyright e diventare di pubblico dominio. Un libro di pubblico dominio è un libro che non è mai stato protetto dal copyright o i cui termini legali di copyright sono scaduti. La classificazione di un libro come di pubblico dominio può variare da paese a paese. I libri di pubblico dominio sono l'anello di congiunzione con il passato, rappresentano un patrimonio storico, culturale e di conoscenza spesso difficile da scoprire.

Commenti, note e altre annotazioni a margine presenti nel volume originale compariranno in questo file, come testimonianza del lungo viaggio percorso dal libro, dall'editore originale alla biblioteca, per giungere fino a te.

Linee guide per l'utilizzo

Google è orgoglioso di essere il partner delle biblioteche per digitalizzare i materiali di pubblico dominio e renderli universalmente disponibili. I libri di pubblico dominio appartengono al pubblico e noi ne siamo solamente i custodi. Tuttavia questo lavoro è oneroso, pertanto, per poter continuare ad offrire questo servizio abbiamo preso alcune iniziative per impedire l'utilizzo illecito da parte di soggetti commerciali, compresa l'imposizione di restrizioni sull'invio di query automatizzate.

Inoltre ti chiediamo di:

- + *Non fare un uso commerciale di questi file* Abbiamo concepito Google Ricerca Libri per l'uso da parte dei singoli utenti privati e ti chiediamo di utilizzare questi file per uso personale e non a fini commerciali.
- + *Non inviare query automatizzate* Non inviare a Google query automatizzate di alcun tipo. Se stai effettuando delle ricerche nel campo della traduzione automatica, del riconoscimento ottico dei caratteri (OCR) o in altri campi dove necessiti di utilizzare grandi quantità di testo, ti invitiamo a contattarci. Incoraggiamo l'uso dei materiali di pubblico dominio per questi scopi e potremmo esserti di aiuto.
- + *Conserva la filigrana* La "filigrana" (watermark) di Google che compare in ciascun file è essenziale per informare gli utenti su questo progetto e aiutarli a trovare materiali aggiuntivi tramite Google Ricerca Libri. Non rimuoverla.
- + *Fanne un uso legale* Indipendentemente dall'utilizzo che ne farai, ricordati che è tua responsabilità accertarti di farne un uso legale. Non dare per scontato che, poiché un libro è di pubblico dominio per gli utenti degli Stati Uniti, sia di pubblico dominio anche per gli utenti di altri paesi. I criteri che stabiliscono se un libro è protetto da copyright variano da Paese a Paese e non possiamo offrire indicazioni se un determinato uso del libro è consentito. Non dare per scontato che poiché un libro compare in Google Ricerca Libri ciò significhi che può essere utilizzato in qualsiasi modo e in qualsiasi Paese del mondo. Le sanzioni per le violazioni del copyright possono essere molto severe.

Informazioni su Google Ricerca Libri

La missione di Google è organizzare le informazioni a livello mondiale e renderle universalmente accessibili e fruibili. Google Ricerca Libri aiuta i lettori a scoprire i libri di tutto il mondo e consente ad autori ed editori di raggiungere un pubblico più ampio. Puoi effettuare una ricerca sul Web nell'intero testo di questo libro da <http://books.google.com>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

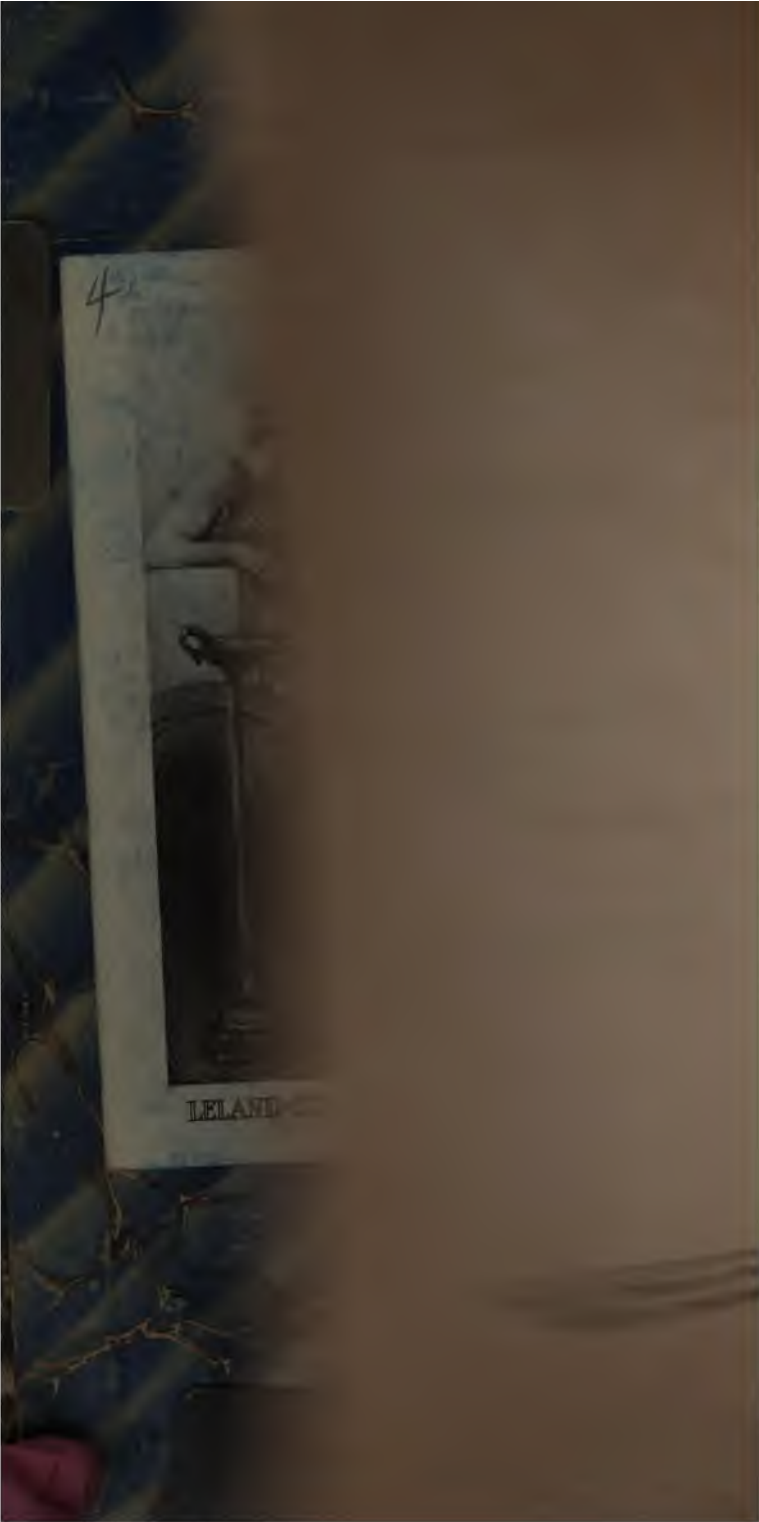


1331a

COLECCION
DE LOS MEJORES
AUTORES ESPAÑOLE~S.

—
TOMO XLIX.

OBRAS ESCOGIDAS
DE
DON J. E. HARTZENBUSCH.



COLECCION
DE LOS MEJORES
AUTORES ESPAÑÓLES.
—
TOMO XLIX.

OBRAS ESCOGIDAS
DE
DON J. E. HARTZENBUSCH.

**PARIS. — EN LA IMPRENTA DE E. THUNOT Y C.^a,
Calle Racine, 26, cerca del Odeon.**

657 W. 13th St.
C. C.



D. J. E. HARTZENBUSCH.

OBRAS ESCOGIDAS

DE

DON J. E. HARTZENBUSCH,

EDICION QUE CONTIENE

LAS CORRECCIONES HECHAS ULTIMAMENTE POR EL AUTOR.



PARIS.

BAUDRY, LIBRERÍA EUROPEA,

3, QUAI MALAQUAIS, AU PREMIER ÉTAGE,

CERCA DEL PUENTE DES ARTS.

1850

237031

YNAHEL OGNMAYE



INDICE.

POESIAS SUELTAS.

	Pag.
El Amante desdenado.	397
Al Busto de mi Esposa.	399
La Muerte.	401
Isabel y Gonzalo, leyenda.	403
A las aguas de Panticosa.	407
En la inauguracion del Instituto español.. . . .	408
A Nuestra Señora , en la traslacion de su imagen de la Fuencisla á su santuario.	410
La Medianía de ingenio.	411
La Infanticida (traduccion del aleman).	413
La Campana (imitacion del aleman).	415

FABULAS.

Prólogo.	421
El Treinta de Abril, fábula que sirve de introduccion.	423
I. La Joya milagrosa.	425
II. La Rosa y la Zarza.	<i>ib.</i>
III. Los Premios de la Emperatriz.	426
IV. La Verdad sospechosa.	427
V. Pedro Enreda.	<i>ib.</i>
VI. El Envidioso.	<i>ib.</i>
VII. La Rosa amarilla.	428
VIII. Los Cascabeles de oro.	<i>ib.</i>
IX. Timántes.	429
X. El Retrato de Júpiter.	<i>ib.</i>
XI. Blasito.	430
XII. Las Espigas.	<i>ib.</i>
XIII. La Peonza y la Perinola.	<i>ib.</i>
XIV. El Látigo.	431
XV. La Sardina y la Ostra.	<i>ib.</i>
XVI. El Niño mono.	<i>ib.</i>
XVII. El Espejo y el Agua.	432
XVIII. La Toalla.	<i>ib.</i>
XIX. El Caballo de bronce.	<i>ib.</i>
XX. El Santero.	433
XXI. El Milano y el Pelicano.	<i>ib.</i>
XXII. El Nadador.	434
XXIII. El Mur de Guadalajara et el Mur de Monferrado.	<i>ib.</i>
XXIV. La Pena y el Placer.	435
XXV. Los tres Quejosos.	<i>ib.</i>
XXVI. La Lluvia de verano.	<i>ib.</i>
XXVII. Los Polvos de la Madre Celestina.	436
XXVIII. El Arabe hambriento.	437
XXIX. El Dincro.	<i>ib.</i>

INDICE.

	Pag.
XXX.	La Fuente mansa. 437
XXXI.	El Pastor y el Barbero. <i>ib.</i>
XXXII.	La Zarza. <i>ib.</i>
XXXIII.	Tersites. 438
XXXIV.	El Oso y el Elefante. <i>ib.</i>
XXXV.	La Vision y el Libro. 439
XXXVI.	El Abanico. <i>ib.</i>
XXXVII.	El Leon desvelado. <i>ib.</i>
XXXVIII.	El Sueño del Malvado. <i>ib.</i>
XXXIX.	Receta contra importunos. 440
XL.	El Cuervo y la Zorra. <i>ib.</i>
XLI.	El Leon y la Liebre. <i>ib.</i>
XLII.	El Leon y la Raposa. 441
XLIII.	El Dromedario y el Camello. <i>ib.</i>
XLIV.	La Llave. <i>ib.</i>
XLV.	El Comprador y el Hortera. 442
XLVI.	La Fortuna. <i>ib.</i>
XLVII.	El Diamante y el Cristal. 444
XLVIII.	Los Viajes. <i>ib.</i>
XLIX.	El Asno feliz. <i>ib.</i>
L.	Esopo y el Borrico. 445
LI.	El Cuadro del Burro. <i>ib.</i>
LII.	El Jumento murmurador. <i>ib.</i>
LIII.	El Peral. <i>ib.</i>
LIV.	La Luciérnaga y el Sapo. <i>ib.</i>
LV.	Los Caracoles. <i>ib.</i>
LVI.	El Filósofo y la Verdad. 446
LVII.	La Sobriedad del Gato. <i>ib.</i>
LVIII.	El Tesoro. <i>ib.</i>
LIX.	El Elefante blanco. 447
LX.	Los Lobos. 448
LXI.	El Pescador. <i>ib.</i>
LXII.	La Tierra de los Cojos. <i>ib.</i>
LXIII.	Pluton y el Crítico. 449
LXIV.	El Ruiseñor y la Calandria. <i>ib.</i>
LXV.	La Pragmática de trajes. 450
LXVI.	El Linajudo y el Ciego. <i>ib.</i>
LXVII.	Uno de tantos. <i>ib.</i>
LXVIII.	Beneficios de la ley. <i>ib.</i>
LXIX.	El Pájaro y el Niño. 451
LXX.	El Uso de la libertad. <i>ib.</i>
LXXI.	El Leon y la Vaca. <i>ib.</i>
LXXII.	El Barco, el Rio Marañon y la Ribera. 452
LXXXIII.	El Molinero. <i>ib.</i>
LXXXIV.	La Escala. 453
LXXXV.	La Prudencia humana. <i>ib.</i>
LXXXVI.	El Avaro y el Jornalero. 454
LXXXVII.	La Abuela. <i>ib.</i>
LXXXVIII.	Tal para cual. 455

INDICE.

		Pág.
LXIX.	La O entre números.	455
LXXX.	La Imágen del Amor.	<i>ib.</i>
LXXXI.	La Novia serpiente.	456
LXXXII.	Las Furias.	<i>ib.</i>
LXXXIII.	La Esposa modelo.	<i>ib.</i>
LXXXIV.	El Viudo.	457
LXXXV.	Andrés Morugo.	<i>ib.</i>
LXXXVI.	La Viuda del Malabar.	458
LXXXVII.	Escena de segundas nupcias.	<i>ib.</i>
LXXXVIII.	El Cielo en la Tierra.	<i>ib.</i>
LXXXIX.	La Vida del Hombre.	<i>ib.</i>
XC.	Júpiter y la Oveja.	459
XCI.	El Alma de Salomon.	460
XCII.	Las dos Famas.	<i>ib.</i>
XCIII.	El Cangrejo.	<i>ib.</i>
XCIV.	El Plantador.	461
XCV.	La Mariposa y la Efímera.	<i>ib.</i>
XCVI.	El Extracto de la Biblioteca.	<i>ib.</i>
XCVII.	El Canto del Cisne.	462
XCVIII.	La Madre y el Alma inocente.	<i>ib.</i>
XCIX.	Los Muertos envidiados.	<i>ib.</i>
C.	La Regla general.	<i>ib.</i>

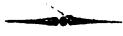
178

657 Wabash
Ave

237331

YASAI ONYAKU

INDICE.



Don Juan Eugenio Hartzenbusch.	Pág. i
--	-----------

DRAMAS.

Los Amantes de Teruel.	1
Doña Mencía.	25
Alfonso el Casto.	54
Primero yo.	85
El Bachiller Mendarias.	119
La Jura en Santa Gadea.	160
La Madre de Pelayo.	191
Honoría.	213

COMEDIAS.

La Visionaria.	260
La Coja y el Encogido.	283
Juan de las Viñas.	309

OPUSCULOS VARIOS EN PROSA.

Historia de dos bofetones.	327
El Lunes.	332
El Madrileño en la aldea.	335
El Lugareño en Madrid.	339
El Mercader de la Calle Mayor.	341
El Jornalero.	344
Tropiezos de una escalera.	346
Un Entreacto.	348
Un Viaje en galera.	350
Querer de miedo, dramático.	355
Mariquita la Pelona, crónica del siglo XV.	360
El Ama de Llaves.	365
La Locura contagiosa.	374
Observaciones sobre el comentario puesto al Quijote por don Diego Clemencin.	378
Discurso leído por don Juan Eugenio Hartzenbusch en el acto de su recepción como individuo de la Real Academia española.	386

INDICE.

POESIAS SUELTAS.

	Pag.
El Amante desdenado.	397
Al Busto de mi Esposa.	399
La Muerte.	401
Isabel y Gonzalo, leyenda.	403
A las aguas de Panticosa.	407
En la inauguracion del Instituto español.. . . .	408
A Nuestra Señora, en la traslacion de su imágen de la Fuencisla á su santuario.	410
La Medianía de ingenio.	411
La Infanticida (traduccion del aleman).	413
La Campana (imitacion del aleman).	415

FABULAS.

Prólogo.	421
El Treinta de Abril, fábula que sirve de introduccion. . . .	423
I. La Joya milagrosa.	425
II. La Rosa y la Zarza.	<i>ib.</i>
III. Los Premios de la Emperatriz.	426
IV. La Verdad sospechosa.	427
V. Pedro Enreda.	<i>ib.</i>
VI. El Envidioso.	<i>ib.</i>
VII. La Rosa amarilla.	428
VIII. Los Cascabeles de oro.	<i>ib.</i>
IX. Timántes.	429
X. El Retrato de Júpiter.	<i>ib.</i>
XI. Blasito.	430
XII. Las Espigas.	<i>ib.</i>
XIII. La Peonza y la Perinola.	<i>ib.</i>
XIV. El Látigo.	431
XV. La Sardina y la Ostra.	<i>ib.</i>
XVI. El Niño mono.	<i>ib.</i>
XVII. El Espejo y el Agua.	432
XVIII. La Toalla.	<i>ib.</i>
XIX. El Caballo de bronce.	<i>ib.</i>
XX. El Santero.	433
XXI. El Milano y el Pelicano.	<i>ib.</i>
XXII. El Nadador.	434
XXIII. El Mur de Guadalajara et el Mur de Monferrado. . . .	<i>ib.</i>
XXIV. La Pena y el Placer.	435
XXV. Los tres Quejosos.	<i>ib.</i>
XXVI. La Lluvia de verano.	<i>ib.</i>
XXVII. Los Polvos de la Madre Celestina.	436
XXVIII. El Arabe hambriento.	437
XXIX. El Dinero.	<i>ib.</i>

INDICE.

		Pag.
XXX.	La Fuente mansa.	437
XXXI.	El Pastor y el Barbero.	<i>ib.</i>
XXXII.	La Zarza.	<i>ib.</i>
XXXIII.	Tersites.	438
XXXIV.	El Oso y el Elefante.	<i>ib.</i>
XXXV.	La Vision y el Libro.	439
XXXVI.	El Abanico.	<i>ib.</i>
XXXVII.	El Leon desvelado.	<i>ib.</i>
XXXVIII.	El Sueño del Malvado.	<i>ib.</i>
XXXIX.	Receta contra importunos.	440
XL.	El Cuervo y la Zorra.	<i>ib.</i>
XLI.	El Leon y la Liebre.	<i>ib.</i>
XLII.	El Leon y la Raposa.	441
XLIII.	El Dromedario y el Camello.	<i>ib.</i>
XLIV.	La Llave.	<i>ib.</i>
XLV.	El Comprador y el Hortera.	442
XLVI.	La Fortuna.	<i>ib.</i>
XLVII.	El Diamante y el Cristal.	444
XLVIII.	Los Viajes.	<i>ib.</i>
XLIX.	El Asno feliz.	<i>ib.</i>
L.	Esopo y el Borrico.	445
LI.	El Cuadro del Burro.	<i>ib.</i>
LII.	El Jumento murmurador.	<i>ib.</i>
LIII.	El Peral.	<i>ib.</i>
LIV.	La Luciérnaga y el Sapo.	<i>ib.</i>
LV.	Los Caracoles.	<i>ib.</i>
LVI.	El Filósofo y la Verdad.	446
LVII.	La Sobriedad del Gato.	<i>ib.</i>
LVIII.	El Tesoro.	<i>ib.</i>
LIX.	El Elefante blanco.	447
LX.	Los Lobos.	448
LXI.	El Pescador.	<i>ib.</i>
LXII.	La Tierra de los Cojos.	<i>ib.</i>
LXIII.	Pluton y el Critico.	449
LXIV.	El Ruiseñor y la Calandria.	<i>ib.</i>
LXV.	La Pragmática de trajes.	450
LXVI.	El Linajudo y el Ciego.	<i>ib.</i>
LXVII.	Uno de tantos.	<i>ib.</i>
LXVIII.	Beneficios de la ley.	<i>ib.</i>
LXIX.	El Pájaro y el Niño.	451
LXX.	El Uso de la libertad.	<i>ib.</i>
LXXI.	El Leon y la Vaca.	<i>ib.</i>
LXXII.	El Barco, el Rio Marañon y la Ribera.	452
LXXXIII.	El Molinero.	<i>ib.</i>
LXXXIV.	La Escala.	453
LXXXV.	La Prudencia humana.	<i>ib.</i>
LXXXVI.	El Avaro y el Jornalero.	454
LXXXVII.	La Abuela.	<i>ib.</i>
LXXXVIII.	Tal para cual.	455

INDICE.

		Pag.
LXIX.	La O entre números.	455
LXXX.	La Imagen del Amor.	ib.
LXXXI.	La Novia serpiente.	456
LXXXII.	Las Furias.	ib.
LXXXIII.	La Esposa modelo.	ib.
LXXXIV.	El Vindo.	457
LXXXV.	Andrés Morngo.	ib.
LXXXVI.	La Viuda del Malabar.	458
LXXXVII.	Escena de segundas nupcias.	ib.
LXXXVIII.	El Cielo en la Tierra.	ib.
LXXXIX.	La Vida del Hombre.	ib.
XC.	Júpiter y la Oveja.	459
XCI.	El Alma de Salomon.	460
XCH.	Las dos Famas.	ib.
XCIII.	El Cangrejo.	ib.
XCIV.	El Plantador.	461
XCv.	La Mariposa y la Efímera.	ib.
XCVI.	El Extracto de la Biblioteca.	ib.
XCvII.	El Canto del Cisne.	462
XCvIII.	La Madre y el Alma inocente.	ib.
XCIX.	Los Muertos envidiados.	ib.
C.	La Regla general.	ib.

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



La vida del poeta, como la del artista, reside toda entera en las obras de su imaginación. Ese principio de actividad que Dios puso en el alma de todos los hombres, mas ó menos fecundo, mas ó menos poderoso, busca en cada uno de ellos un punto de salida, un respiro, porque como es de la naturaleza del fuego, ni puede permanecer oculto, ni le es dado esquivar su destino. Él produce, no solo todas las acciones, mas tambien todos los conatos de acciones de la humanidad. Enérgico, impetuoso, superabundante en algunos, los impele á acometer grandes empresas materiales. Estos son los hombres de acción: de ellos, unos llevan á otras naciones las armas, la gloria y la civilización de la suya: tales son los guerreros y los conquistadores, Alejandro, César, Gonzalo de Córdoba, Hernán Cortés, Gustavo Adolfo y Napoleón. Otros, movidos de una sublime curiosidad, trasponen las montañas, surcan los mares y van á buscar en remotos climas aquel misterioso *mas allá*, aquel vago desconocido que siempre fué el constante anhelo de los grandes denuados y de las grandes inteligencias: estos son los viajeros, los mareantes, los descubridores, Cristóbal Colón, Sebastián Cano, Lapeyrouse, los capitanes Cook y Ross. Otros en fin, en esta categoría de exuberantes actividades, consagran la suya á menos generosos fines ó porque les falta el freno de la moralidad, ó porque predomina absolutamente en sus almas el principio de la ambición, principio noble y hermoso cuando le contrapesa el sentimiento de la justicia, principio mezquino en su origen y detestable en sus consecuencias, cuando campea solo é insolente en una cabeza necesariamente mal organizada. « La ambición, dice Chateaubriand ¹, es de todas las almas; domina á las pequeñas; las grandes la dominan. » Las grandes actividades en las almas pequeñas producen las disposiciones díscolas, descontentadizas, insubordinadas: estos son los conspiradores de oficio, los cabecillas, los intrigantes de alta ó de baja ralea, toda esa caterva de hombres nocivos, en fin, que son para las sociedades elementos perennes de disolución.

A estas tres categorías pueden referirse todos los efectos de las actividades que me atreveré á llamar materiales ó de acción, para expresar que en ellas tiene una gran parte, sino la principal, la materia ó el

¹ Vida de Ranée.

cuerpo; pero hay otras actividades de tan noble y alta naturaleza, que como mas pura y directamente emanadas de la divinidad, residen solo en la inteligencia y nos aparecen como esencialmente espirituales, porque no vemos sus medios reales de accion y solo se nos descubren por sus maravillosos efectos. Cuando conquista el guerrero, cuando descubre el mareante, cuando subvierten el conspirador ó el rebelde el órden establecido, vemos y palpamos los medios que para ello emplean, las legiones, las espadas, la artillería y la sangre y las lágrimas que siguen la triunfadora marcha del primero; las naves, las agitaciones personales, los afanes sin fin que pone en juego el segundo; las perfidias, los crímenes, los desastres, inseparable y terrible secuela del conspirador y del rebelde. Estas hombres hacen grandes cosas, pero las hacen con grandes medios; siempre hay cierta proporción, cierta correspondencia lógica y necesaria entre los medios empleados y los resultados obtenidos: la historia de estos resultados es la historia de aquellos medios; el genio, que no es mas que una de las formas de la actividad del alma, los pone en accion, pero ¿qué haria sin ellos? Nada.

No así el genio colocado en otras condiciones, ó sea la actividad del espíritu mas purificado, mas sutil, cual se encuentra en el artista y en el poeta. ¿Con qué, de qué crean ambos? ¿De donde saca el compositor músico, por ejemplo, esas celestiales melodías que nuestra mente se imagina emanadas de las coros angélicos? El poeta, ¿de donde saca esos personajes á quienes da vida y cuerpo, que conocemos, que amamos, que existen, en fin, como existimos nosotros? ¿De donde saca Homero aquellas grandes batallas que nos cuenta y que vemos presentes, con sus choques de veloces carros, con sus nubes de dardos, con sus furibundas lanzadas? Y Cervantes ¿cómo animó tan maravillosamente á los dos inmortales hijos de su entendimiento? La actividad de su alma les dió la vida, los puso en movimiento, pero los medios de que se valió para ello no están á nuestra vista, porque no son medios materiales; es menester deducirlos del contexto de la obra, pues no tenemos ningun otro dato, á menos de que los deduzcamos del estudio del hombre; pero ¿cómo hemos de estudiar á este, sino por sus obras, únicas manifestaciones de su vida que llegan al mundo exterior? El estudio de la obra hace conocer al hombre, porque este está todo entero en aquella, así como el estudio del hombre suele contribuir al mejor conocimiento de la obra. Esto, aplicable á todos los artistas en general, lo es muy particularmente á los poetas, y entiendo por poetas á todos los que escriben superiormente sobre las cosas de la fantasía y del corazón, así en prosa como en verso. Para mí, tan poeta seria Cervantes, aun cuando en su vida hubiese escrito un verso, como Homero y Virgilio, cuya prosa nos es desconocida: mas poeta es Fenelon en su *Telémaco*. Chateaubriand en sus *Mártires*, que Voltaire en su *Enriada* ó Iriarte en su poema de la *Música*. Para mí la poesía no está en la forma, sino en la esencia, no en el verso, sino en el pensamiento. Los que no opinan así, discurren en mi concepto como uno que, confundiendo á la mujer con las ropas tales porque de ordinario las usan, tomase por mujer á todo objeto que accidentalmente las llevase, aunque fuese un hombre, aunque fuese una percha.

He dicho que la vida del poeta está toda en sus obras, y que del estudio simultáneo de estas y de aquella resulta el conocimiento cabal de una y otras. Bajo este concepto, no hay duda que son utilísimas las biografías de personajes ilustres escritas por sus contemporáneos, porque solo ellos pueden conocer bien la vida de aquellos personajes y explicar una multitud de incidentes y circunstancias que tal vez aclaran la intención y ponen en relieve todo el mérito de algunas composiciones. Esto en lo tocante á su utilidad artística y literaria; pero nadie ignora además que estamos de tal suerte organizados, que es para nosotros uno de los mayores placeres, y en cierto modo una necesidad, conocer las vidas de aquellos hombres que, ¡bajo cualquier concepto, sobre todo si es bueno, han fijado la atención de los demás; y como este placer y esta necesidad son uno de los mas nobles instintos de la naturaleza humana, es conveniente y útil satisfacerlos. En las vidas de los hombres célebres, las menores circunstancias ofrecen un interés gigantesco; y ¿qué sabemos á qué grado de celebridad alcanzarán entre nuestros descendientes los personajes que hoy alcanzan alguna entre sus contemporáneos? No nos toca á nosotros decidirlo; aun cuando se nos supusiera, que es difícil, bastante desapasionados para emitir un voto imparcial, todavía se nos debería recusar por incompetentes, pues no se juzgan bien de cerca las obras artísticas. Abstengámonos pues de fallar en esta cuestión, pero séale lícito á la amistad y á un profundo y razonado aprecio de la persona y de las obras del señor Hartzenbusch, creer y vaticinar que no será ciertamente este ingenio uno de los menos célebres cuando empiece para nosotros la posteridad. Vamos pues á dejarle estos ligeros apuntamientos acerca de su vida y escritos.

Nació don Juan Eugenio Hartzenbusch en Madrid el día 6 de setiembre de 1806, siendo sus padres Santiago Hartzenbusch, alemán, natural de Schwadorf, pueblo inmediato á Colonia, y María Josefa Martínez Calleja, hija de un labrador de la villa de Valparaíso de abajo, Obispado de Cuenca, cerca de Huete. Tenia el padre de nuestro poeta un hermano, llamado Juan, establecido en España, donde ejercía el oficio de ebanista, mereciendo por su habilidad, mas adelante, serlo del Rey; y con este motivo, Santiago, que en su primera juventud fué labrador como sus padres, se trasladó á la edad de diez y nueve años á Madrid, donde aprendió y empezó á ejercer el mismo oficio con él. Aquel hermano fué padrino de Juan Eugenio y le puso su nombre.

Siendo todavía muy niño, perdió nuestro poeta su buena madre en circunstancias que merecen referirse, porque prueban la exquisita sensibilidad de que estaba dotada, y porque nunca son indiferentes las que tienen relación inmediata con los hombres destinados á vivir en la posteridad, como creo que lo está el que es objeto de esta biografía.

A los dos años escasos del nacimiento de Juan Eugenio, ocurrió en Madrid el horroroso asesinato y arrastramiento por las calles del infeliz don Luis Viguri, el día 4 de agosto de 1808. Viguri, antiguo intendente de la Habana, y, como dice en su enérgico lenguaje el conde de Toreno (*Hist. del Levant., etc., lib. 5º*), «uno de los mas menguados cortesanos del Prín-

cipe de la Paz,» vivia en la capital retirado y oscurecido, aunque sin dejar por eso de continuar siendo, como en los tiempos de su valimiento, el blanco de la impopularidad que perseguia en aquellos aciagos dias á todos los amigos y hechuras del célebre privado. Grande en verdad debia ser aquella, pues sin el mas leve motivo fundado en su presente conducta, ni mas pretexto que la instigacion de un criado resentido, el populacho de Madrid, llevado de su ciego encono, allanó la casa de aquel infeliz y, como queda dicho, le arrastró inhumanamente por las calles de la capital. Pasó la horda feroz en su sangrienta carrera, con el clamoreo y desarrapado séquito que entales casos acostumbra la canalla, por la calle de las Infantas, donde vivia la familia de Hartzzenbusch. La madre de este, que se hallaba entonces en el octavo mes de su segundo embarazo, se asomó á la reja de su casa, oido el tumulto, y exclamó horrorizada: *¡Ay! ¡qué lástima!* A este grito de compasion tan natural, parece que contestó uno de la inmunda gavilla: *Con el que tenga lástima se debia hacer otro tanto.* María se asustó, se retiró y nada dijo; pero la impresion que produjeron en ella aquellas brutales palabras fué tan profunda, que, un mes despues, al dia siguiente de dar á luz su segundo hijo, perdió la desventurada el juicio y vivió solo quince dias en un continuo delirio, repitiendo muchas veces á gritos las voces de los matadores de Viguri: *¡Viva Fernando VII! ¡Muera José I!* Esta circunstancia fué causa de que se atribuyese con mucha probabilidad el extravío de su razon y su consiguiente fallecimiento, al espectáculo y amenaza arriba referidos. El parto sin embargo habia sido feliz; fruto de él fué Santiago, hermano único de Juan Eugenio, que fué ebanista, como su padre. Tenia María Martinez cuando murió, veinte y dos años; la dulzura y timidez de su carácter sencillísimo justifican mas y mas la conjetura antes indicada sobre la causa de su prematura muerte. Otro rasgo dará á conocer á aquella pobre madre. Su marido era no solamente un buen ebanista, sino habilísimo tornero en maderas y metales, y excelente constructor de barómetros é instrumentos de matemáticas. Encargóle la villa de Madrid que ejecutara una obra de este género, y como el dia en que debia hacerse el ajuste, se presentase en su casa un alguacil, vestido casualmente en traje de ceremonia, para acompañarle, y le manifestase que tuviera la bondad de seguirle inmediatamente porque le estaban aguardando en la villa, la buena María, que oyó estas palabras, é ignoraba que los alguaciles nunca van á prender vestidos de golilla, se abrazó llorando con su marido y exclamó: *¿Por qué quieren llevar preso á mi marido? Mi marido no ha hecho nada para que le prendan.* ¿Qué mucho que en una organizacion tan delicada hiciese terribles estragos la escena que anteriormente hemos bosquejado, y que su vista, junta con la bárbara réplica del que se irritó de la piedad de María Martinez, bastase á hacer naufragar la razon y aun la vida de esta desventurada?

Aunque de genio muy apacible, el padre de Hartzzenbusch era hombre taciturno y de escasísimo trato de gentes, sin tenerlo particular ó íntimo con nadie; así fué que su hijo, privado en tan tierna edad, como hemos dicho, de las caricias maternales y de las dulzuras que derrama siempre sobre la vida doméstica la presencia de una buena madre, pasó una niñez bastante triste y entró en la adolescencia sin haber conocido mas

sociedad que la de los oficiales que asistian al taller de su padre, y aun eso solamente á las horas de trabajo. En estas circunstancias particulares de su vida, tan influyentes siempre en los primeros años, puede hallarse en mi concepto el secreto de ese carácter peculiar que se advierte en las composiciones de nuestro poeta, carácter reconcentrado, profundo, observador y suavemente melancólico. La soledad inclina á la meditacion, y la meditacion unida al estudio, su inmediata y casi indispensable consecuencia, es la fuente de las grandes y sólidas concepciones. En las obras de Hartzenbusch hay un no sé qué de grave y meditabundo, que recuerda mucho el gusto alemán, resultado á que tal vez contribuyen por partes iguales, la circunstancia de su origen, su conocimiento de la lengua y literatura de sus padres, y el aislamiento y retiro en que pasó los primeros y siempre decisivos años de la vida. Por eso me he detenido un poco en señalar esta circunstancia, como influyente, á lo que creo, en la índole y tendencias de su ingenio.

Don Juan Eugenio Hartzenbusch, que tan alto puesto debía ocupar en el parnaso dramático, cumplió los quince años sin saber qué cosa eran el teatro ni el drama. Su padre no iba nunca al primero, y la casualidad hizo que hasta aquella época no cayese en sus manos ninguna composicion teatral. Hartzenbusch es un ejemplo insigne de la irresistible y proverbial fuerza de lo que se llama vocacion. Nacido y criado en el taller de un menestral; sin el menor estímulo, antes bien con el obstáculo poderoso, entre otros muchos, que debía oponerle la desaficion de su padre al teatro, todo parece que se conjuraba para apartarle de él: Hartzenbusch, sin embargo, conoció y cultivó el teatro. El instinto dramático, digamoslo así, pudo mas que las trabas sociales: lo mismo sucede siempre que aquel, como todos los demás instintos, existe verdaderamente poderoso y robusto: tampoco bastó la barrera del claustro á cerrar la puerta de los triunfos escénicos á Tirso de Molina: tampoco logró apartar de la carrera de las armas al vencedor de Lepanto, una crianza dirigida á hacerle abrazar la profesion religiosa: como una misteriosa sirena, el claustro atrajo á su santa sombra á aquel gran vástago de la belicosa estirpe de los Guzmanes, santo Domingo el fundador.

No por lo que dejo referido de la ninguna aficion del padre de Hartzenbusch al teatro, se infiera que fuese de tan estrechas ideas, que mirase con aversion la literatura y los demás estudios ajenos de su profesion. Lejos de eso, era hombre instruido, y aun quiso dar á su hijo mas elevada carrera que la suya propia, destinándole al estado eclesiástico; pero vista la poca inclinacion del muchacho, abandonó su designio, sin renunciar por eso á hacerle adquirir una instruccion superior á la que se acostumbra en su clase. Hartzenbusch cursó el latin y los dos primeros años de filosofia en los estudios de San Isidro el Real de Madrid. Tocóle por preceptor de retórica y poética un padre jesuita de mucha edad, el P. Pedro Roca, autor de un gran número de composiciones sagradas en latin, todas inéditas, hombre de una erudicion vastísima en los idiomas latino y griego, el cual, como jamás habia enseñado otra cosa, ni aun se acordó de decir á sus discípulos que existia una poética castellana; de modo que Juan Eugenio, dejados ya los estudios, y desti-

nado á la profesion de su padre (que enfermo casi continuamente, necesitaba quien dirigiese su taller) aprendió el arte métrico por casualidad, habiéndole caído en las manos el del P. Losada. Robando los ratos que podia á una ocupación ingrata, leyó algunas comedias y estudió el francés y el italiano.

He dicho mas arriba que además del desvío de su padre hácia el teatro, otros muchos obstáculos debian alejar de él á Hartzénbusch. En efecto, cuando llegó este á la edad en que pueden empezar á manifestarse con algunos frutos, aunque todavía no sazónados, las disposiciones literarias, nuestra literatura, y señaladamente la dramática, se hallaba en un estado de decadencia ó mas bien de postración, inaudito en los fastos de la historia moderna. El teatro nacional entonces, es decir, desde el año 23 hasta los últimos de la vulgarmente llamada *ominosa década*, comprimido por una censura estúpida, desertado por el público á quien tenia infatuado la manía filarmónica como suele infatuarle todo lo que es moda en otras partes, como le tienen infatuado en el dia los brincos y las arlequinadas de los danzantes, como le infatuará acaso mañana cualquiera otra novedad igualmente filosófica, y como le infatua en fin todo lo que á la circunstancia de venir de fuera, reune la de costarle mas de lo que vale, el teatro, digo, no ofrecia entonces ni honra ni provecho; ni honra, porque la censura del famoso P. Carrillo, entre otros, estaba siempre pronta á cortar las alas al ingenio que osaba remontarse algun tanto; ni provecho, porque los cómicos ni pagaban ni podian pagar decorosamente á los poetas. ¡Qué elementos para fomentar la vocación dramática! Pues con ellos han luchado y al cabo los han vencido los apreciables escritores que son ahora los decanos de nuestra literatura dramática (hablo solo de los que siguen escribiendo para el teatro), Gil y Zárate, Breton de los Herreros, y Hartzénbusch. Por lo mismo que no hago mérito aquí de los que empezaron ya á florecer antes de esta época, como Quintana, Martínez de la Rosa, Gorostiza, prescindo ahora de los que pertenecen á esta última era de nuestra historia dramática, por el escaso ó ningun influjo que tuvieron sobre ellos las circunstancias particulares de aquella época aciaga, tales como García Gutierrez, Zorrilla, Rubí y algunos otros, tan jóvenes en el dia, que entonces eran niños.

En diciembre de 1824, hallándose su padre ausente de Madrid, asistió por primera vez Hartzénbusch al teatro con su hermano, verdadera escapatória de muchachos. Eligieron el teatro mas cercano á su casa, que era el del Príncipe, donde se ejecutaba aquella noche el *Antinoo en Eleusis*, ópera en un acto; despues un baile pantomímico, y, por fin de fiesta, un sainete. La sorpresa de Hartzénbusch, al alzarse el telon, es inexplicable: ya he dicho que ni aun idea tenia de lo que eran teatros, decoraciones, dramas ú óperas: hasta ignoraba que estas se cantan, y por de contado estaba muy distante de sospechar que era italiana la de *Antinoo*: sin embargo, estuvo como encantado durante toda la representación. Verdad es que esta, para entonces, era de las de mas aparato: el *Antinoo en Eleusis*, aunque de escaso mérito lírico, presentaba un espectáculo de grande atractivo para los ojos. Aparecia en la primera escena una decoración magnífica, vista de ángulo, que representaba el

templo de Ceres; la estatua de la diosa se veía en medio, y delante de ella un altar humeando; sacerdotes, sacerdotisas y pueblo salían por un lado y otro de la escena, se arrodillaban y entonaban un coro. Toda esta pompa escénica debía producir grande impresion en un muchacho dotado de buenas disposiciones para el teatro y excitar su afición á él; en efecto, desde entónces, asistir al teatro fué su pensamiento continuo, su sueño de oro, como hoy se dice, pero sueño que por desgracia muy pocas veces logró ver realizado todavía por espacio de algunos años.

Ya habian caído empero las primeras semillas de la vocacion dramática en aquella alma juvenil; ya faltaba solo que las fecundasen el tiempo y el estudio, trabajo lento, oculto y misterioso, que seria muy importante, pero que no es fácil ó que mas bien es imposible seguir paso á paso en las diferentes fases de su generacion. Bástenos haber señalado el momento de su principio; vamos á señalar ahora sus progresivos y visibles resultados hasta el momento de su completo desarrollo que, por mi parte, creo ver llegado en las dos obras capitales de nuestro poeta, que son: *Los Amantes de Teruel*, y *Doña Mencia ó la Boda en la Inquisicion*. Estas dos bellísimas obras resumen, en mi concepto, todas las cualidades dramáticas de que tan pródigamente dotó la naturaleza al señor Hartzenbusch.

En el año 1823 empezó Hartzenbusch á leer comedias y á traducir algunas del francés, para ejercitarse en el conocimiento de este idioma: aquellas traducciones eran todas en prosa. La primera que hizo en verso, y que mas bien fué una imitacion que no una traduccion, es tambien la única que ha conservado y publicado, bajo el titulo de *Floresinda*: en 1845 salió á luz en la *Galeria dramática*. Pidióle un amigo suyo, que queria desempeñar en un teatro casero un papel trágico nuevo, que le escribiese uno expresamente; y Hartzenbusch, no atreviéndose todavía á correr los azares de una composicion original, adoptó un término medio, cual fué el de ajustar á nuestro teatro la *Adelaida Duguesclin*, de Voltaire, introduciendo en ella reformas, felices unas, y otras inspiradas por su inexperiencia y tambien por circunstancias particulares que no estará de mas tomar en cuenta. Habíase representado el año antes en el teatro del Príncipe la tragedia de Ducis titulada *Abufar*, traducida por don Dionisio Solís, con el título de *Zeidar ó la Familia árabe*. Concluía la tragedia sin ninguna muerte y con dos casamientos, lo que disgustó mucho; y como tampoco moria nadie y habia una boda en la *Adelaida*, Hartzenbusch echó, como suele decirse, por el atajo; introdujo nada menos que dos muertes en su traduccion, y para imposibilitar el matrimonio, hizo que uno de los personajes muertos fuese cabalmente la novia. Como las obras de Voltaire estaban prohibidas, creyó que era necesario disfrazar todavía mas el original, para que no le conociese la censura, y en efecto, trasladó la accion á España á los tiempos del Rey don Pedro, y le puso tal, en suma, que no le hubiera conocido su mismo autor. No satisfecho aun con tan radicales mudauzas, puso en práctica la máxima en que acababa de empaparse con la lectura de Alfieri, y echó fuera los confidentes, que es una de las reformas que arriba calificué de felices; pero inexperto en el arte, sin tener como nunca

habia tenido, quien le aconsejase en tan difícil senda, no advirtió que era un desacierto conservar los caracteres y el lenguaje de los caballeros franceses del siglo quince, ó mas bien el carácter y el lenguaje del mismo Voltaire, que, salvo rarísimas excepciones, se reproducen como nadie ignora. en todos sus personajes, en personajes españoles, aunque de la misma época. Todavía resaltó mas esta inadvertencia, cuando años despues, queriendo dar al teatro su obra, que antes no se habia representado mas que en una casa particular, y recelando que aun conservase algo del pecado, entonces imperdonable, de su origen, refundió de nuevo su imitacion, trasladando la accion al siglo VII y haciendo por consiguiente mas impropia la aplicacion de las ideas y sentimientos de un filósofo del siglo XVIII á los Godos del tiempo del Rey Vamba. Esta última refundicion es la que se ha impreso en la citada *Galeria dramática*, y la misma que presentó su autor en 1834 á la empresa de los teatros de Madrid, que, con poco tino á lo que creo, no tuvo á bien admitirla. Mejor acogida merecia en mi concepto una obra que, prescindiendo de otras muchas cualidades recomendables, tiene la tan esencial en España de abundar en hermosos versos. Hartzzenbusch, sea dicho en paz de las antiguas empresas de nuestros teatros, no halló en ellas, al principio de su carrera, el estímulo que merecian su talento y sus esfuerzos. Los primeros pasos de este poeta en la senda literaria la hallaron muy escabrosa; pero para esto, como para la repulsa antedicha, hay una explicacion que daré mas adelante, cuando llegue á esta época de la vida de nuestro personaje, á la que hemos saltado ahora por seguir la historia de su primera composicion dramática en verso, y trasponiendo un espacio de siete años, de los que algo debemos decir.

La primera obra de Hartzzenbusch que se puso en escena en teatro público fué una muy buena refundicion del *Amo criado*, comedia de don Francisco de Rojas, una de las mejores de este felicísimo ingenio. Estrenóse esta refundicion en el teatro de la Cruz el 24 de abril de 1829, á los seis dias de haberse estrenado en el Príncipe la famosa *Pata de Cabra*, que, como recordarán muchos de mis lectores, ponía en conmocion á todo Madrid, merced á la infinita sal que supo derramar sobre un papel, de suyo muy necio, nuestro inimitable Guzman. *El Amo criado* se representó hace pocos años en el Liceo con varias enmiendas.

Siguieron á esta refundicion, en el mismo año de 29, dos piezas traducidas del francés por Hartzzenbusch, que se representaron tambien en la Cruz, y fueron: *el Regreso inesperado*, de Regnard, y *el Tutor*, de Dancourt. Aquella gustó; esta no hizo mas que pasar.

No conocia á la sazón Hartzzenbusch nada del teatro moderno francés, y poquísimos del moderno español, que en verdad poco tenia que conocer, pues apenas puede decirse que existiese entonces; algunas traducciones muy mutiladas y tal cual pieza original de Gorostiza, Gil y Zárate y Breton de los Herreros, eran el único alimento de nuestra escena. Hartzzenbusch, además, ocupado en las tareas de su oficio, muy rara vez asistia al teatro. Toda su atencion se dirigió, pues, á estudiar nuestro antiguo repertorio y el teatro clásico francés, estudio utilísimo, las-

timosamente desatendido por nuestros jóvenes poetas, y á que debe Hartzenbusch ese lenguaje castizo y esa solidez de concepcion que nos seducen en casi todas sus composiciones. Su afición á nuestros antiguos dramáticos rayaba en él en una especie de idolatría, y para tributarles mas rendido culto, no satisfecho con estudiarlos asiduamente, se dedicó á refundir algunas de sus mas bellas composiciones, llevado del laudable deseo de ver restaurado en nuestra escena el lustre del ingenio nacional. Con esta mira refundió por entonces las dos lindísimas comedias *los Empeños de un acaso* de Calderon y *la Confusion de un jardín*, de Moreto.

No es esta la ocasion de discutir sobre la conveniencia ó no conveniencia de las refundiciones de comedias antiguas : ya traté este punto con alguna extension al dar cuenta en *el Heraldó* (véase el del 9 de julio de 1844), de la que hizo el mismo señor Hartzenbusch del *Médico de su honra*, de Calderon. A aquel artículo remito al lector, si me es lícito citar como de algun peso mi propia opinion, que, en suma, les es favorable, siempre que reunan las circunstancias debidas. Cierto que no es poco lo que puede decirse y se dice contra las refundiciones ; pero á todos esos argumentos en contra, se puede responder con uno en pro, que en mi concepto no tiene réplica : ó hemos de renunciar á ver en la escena una multitud de admirables composiciones antiguas, que como las escribieron sus autores, no se pueden representar, ó es preciso refundirlas ; y como no creo posible probar que debamos renunciar á verlas representadas, probado se está que es necesario refundirlas. Es difícil, muy difícil hacerlo ; esto no es mas que una razon, entre mil, para que no se encarguen de tan arduo trabajo sino hombres capaces de llevarlo á cabo con acierto. El señor Hartzenbusch lo ha hecho en varias ocasiones, y su mismo ejemplo es justamente un argumento en apoyo de mi opinion arriba citada, y una prueba de la utilidad que reportan de tales trabajos los ingenios que se dedican á ellos con aplicacion y conciencia. Ya he dicho y es evidente que al profundo estudio de nuestro antiguo teatro que ellos han impuesto al señor Hartzenbusch, debe este poeta gran parte de ese sabor castizo, de ese grande interés y de esa singular maestría en la pintura de los caractéres que distinguen á la mayor parte de sus obras.

Como quiera que sea, á aquellas dos refundiciones de Calderon y Moreto, debió nuestro poeta la feliz casualidad de ver abierta la entrada de uno de nuestros teatros públicos para su primera composicion original en la noche del 8 de febrero de 1831. Veamos cómo.

Quería la empresa de teatros de entonces poner en escena un comediante de don Manuel Fermin de Laviano, titulado *la Restauracion de Madrid*, uno de aquellos monstruosos abortos dramáticos del siglo pasado, por el estilo de los que tan ingeniosamente simbolizó Moratin en *el Gran cerco de Viena* del insigne don Eleuterio.

Excusado es decir si la obra seria absurda ; pero parece que habia producido mucho dinero en el siglo pasado y aun en el presente, recomen-

dacion que vale tanto ó mas que cualquiera otra para las empresas, y así la de entonces encargó á Hartzenbusch que la refundiese, pues á este oscuro género se limitaba entonces la escasa nombradía de nuestro poeta, y aun eso solo entre bastidores, no habiendo todavía sonado su nombre para nada fuera de ellos en la trompa de la fama literaria. Bien se le alcanzaban á Hartzenbusch las dificultades del encargo; conocia muy bien que por hábil que fuese la refundicion, era imposible que se sostuviese en nuestra escena del dia una comedia que sobre ser muy ridícula, se fundaba en aquel tan conocido milagro de Nuestra Señora de Atocha, cuando resucitó á la mujer y las hijas de Gracian Ramirez, degolladas poco antes por este valeroso capitan, segun larga y candorosamente refiere Jerónimo de Quintana en el libro I de su *Antigüedad de Madrid*. Sin embargo aceptó; resolucion verdaderamente heroica, y que no fué, sea dicho en su elogio, mas que un sacrificio igualmente heroico de su propia reputacion hecho ante las aras de Calderon y Moreto; aceptó, repito, con la capciosa mira de hacerse propicia á la empresa y obtener de ella que se representasen sus dos queridas refundiciones de *los Empeños de un acaso* y *la Confusion de un jardin*. Sin embargo, una vez tomado el compromiso, era preciso cumplirle, aunque no al pié de la letra, pues vista absolutamente la imposibilidad de que una refundicion, cualquiera que fuese, llegara á sostenerse en la escena, determinó tomar del original el título y el argumento, y manejar este como Dios le diese á entender. Pensó primeramente tomar el encargo con calor, y hacer una obra regular y concienzuda, en verso y con la posible subordinacion á las reglas del arte: en este sentido escribió todo un acto en romance endecasílabo, pero vió que de este modo se falseaba enteramente la índole de su cometido, que iba á resultarle una obra sin el espectáculo que le pedian, y echando, como quien dice, cuerpo al agua, rasgó lo escrito y compuso su drama en prosa con los imprescindibles requisitos de pompa y ruido, pero sin el dichoso milagro. El drama se representó en la Cruz y fué silbado, como no podia menos de serlo; y para colmo de desdicha, no se representaron las dos refundiciones de Calderon y Moreto. El pobre poeta hizo el sacrificio por entero, y su sacrificio fué perdido. Esto era lo mas triste para él, porque no lo esperaba. Habia previsto y aceptado la derrota solo para que sirviese de pedestal á sus dos amados ingenios, y su derrota fué estéril para ellos.

De aquella susodicha silba á que su mala estrella le hizo asistir, sentido como una victima resignada en un rincon de la última fila del palco por asientos, data una costumbre que todavía conserva Hartzenbusch y que conservará mientras viva á menos de violar un juramento solemne. Juró que no volveria á asistir á la primera representacion de ninguna de sus obras, y lo ha cumplido, perdiendo así repetidas ocasiones de ver compensados aquellos justos silbidos con muchos aplausos, mas justos todavía.

A aquel trago de acibar siguieron para Hartzenbusch otros, acaso no menos amargos, pero de distinta especie. Todos sus conatos para que se representasen sus nuevos trabajos se estrellaron en la dureza, muy natural como luego veremos, de las empresas, ó en su propia escasa

fortuna. Tradujo varias piezas del francés; con las unas acudió tarde al teatro, y las otras no fueron admitidas. Hizo una especie de refundición del *Edipo* de Voltaire, agregándole retazos de Sófocles y Séneca; tradujo la *Mélope* de Alfieri y escribió una *Medea* original. Todos estos afanes fueron perdidos para su reputación del momento, pero no para su fama futura, pues con ellos se formó su gusto, se robusteció su ingenio y templó sus fuerzas para acometer más arduas empresas. Aquel duro y solitario aprendizaje del arte fué para Hartzenbusch lo que eran para los antiguos paladines los años de prueba que les imponían los estatutos caballerescos, una preparación rigurosa, pero necesaria, triste, pero muy provechosa. ¿Quién sabe? Tal vez si la suerte le hubiera sonreído como á otros, en el principio de su carrera; si el capricho del público ó una feliz casualidad hubieran dado á sus primeros ensayos la gloriosa recompensa que solo debería estar reservada á los frutos ya maduros; si nuestro poeta, en fin, hubiera recogido sin trabajo, sin verdadero merecimiento, esas ricas cosechas de aplausos con que otros se han visto premiados como por encanto, acaso, repito, este prematuro premio hubiera sido tan funesto para él cuanto saludables y útiles le han sido los improbables afanes, la silenciosa perseverancia, el tenaz estudio á que le obligaron la severidad del público y las repulsas de las empresas. Hartzenbusch se hubiera creído maestro cuando todavía no era más que mal discípulo; se hubiera desvanecido con el vapor de su primer triunfo; se habría naturalmente desdeñado de estudiar, y el necesario desengaño á que se hubiera expuesto, como tantos otros, como para tantos otros también hubiera sido para él inútil y cruelmente doloroso. Su feliz talento se hubiera secado en flor, hubiera resultado perdido para la gloria del arte, y su ejemplo hubiera servido solo en los anales de la literatura, para aumentar el largo catálogo de los escarnientos dados á arrogancias precoces.

Prometí algunas páginas más arriba explicar por qué fueron tan desgraciados como queda dicho y como todavía veremos, los primeros pasos de Hartzenbusch en la carrera literaria, y ya ha llegado el momento de cumplirlo. Para que comprenda bien el lector esta explicación, preciso será que volvamos un poco la vista atrás, trasladándonos por un momento á algunos años antes de la época de que voy escribiendo.

Contados serán los lectores de esta biografía, que no recuerden, como tan reciente, ó no conozcan por lo menos la revolución literaria que se efectuó en Madrid al mismo tiempo y por los mismos pasos que la revolución política, de que todavía no hemos salido ni tan completa ni tan felizmente como de aquella. Tal fué la revolución llamada romántica. Tanto se ha escrito, bueno y malo y malísimo sobre ella, que sería hasta empalagoso insistir aquí sobre este punto: baste decir que en el corto espacio de dos años, desde 1834 hasta 1836, dicha revolución principió, luchó, y, sea dicho en paz de los escasos disidentes que todavía protestan contra ella, triunfó. El bastardo clasicismo de fines del siglo pasado y principios del presente quedó derrotado; el gusto del público abrazó con entusiasmo los principios y las producciones de la nueva escuela francesa; apadrinó sus atrevidas reformas, sancionó con aplau-

¿sus su toma de posesion de los teatros y de todos los demás géneros de amena literatura. ¿Hizo bien? ¿hizo mal? ¿abusó de su triunfo la nueva escuela? Hábil para escarnecer y destruir, ¿no acertó á fundar mas que un edificio efímero, como cimentado fuera de los eternos principios del sano juicio y de la moral? Cuestiones son estas que ni creo posible decidir todavía, ni seria este en todo caso el momento oportuno de intentarlo; no hago mas que consignar un hecho porque lo necesito para manifestar sus relaciones con el asunto de que voy tratando, es decir, su influencia sobre el personaje de quien escribo. Aquella revolucion romántica, en que tomaron parte en distintos sentidos tantos jóvenes de talento y tantas incapacidades, nació, creció y se consumó sin que Hartzenbusch supiese nada de ella en el taller donde ganaba un jornal. La atencion y el estudio de Hartzenbusch se estaban todavía allí en los tiempos de Moliere, Regnard y Alfieri, que eran para él *los modernos*, mientras el público tenia fijos los ojos en Victor Hugo y Alejandro Dumas: entre el poeta aspirante y sus deseados oyentes, mediaba un siglo: *inde multi labes*; de aquí la desgracia de Hartzenbusch, los desaires que le hacian las empresas, conocedoras de las necesidades del momento, que Hartzenbusch entonces no sospechaba siquiera. — De ello dió una prueba señalada presentando para su admision, en 1834, la tragedia arriba mencionada de *Floresinda*, que, como ya hemos dicho, fué desechada por su regularidad clásica sin que bastasen á compensar este pecado sus hermosos versos y algunas situaciones realmente interesantes. La misma suerte tuvo y por los mismos motivos otro drama original, pero en prosa, que escribió á poco de haber rayado la nueva era de libertad política y literaria. Era su argumento la noble resistencia con que el Infante don Fernando de Antequera, tío de don Juan II, conservó al Rey niño la corona con que le brindaban los grandes. Titulábase la obra *el Infante don Fernando de Castilla*. Nunca se ha impreso.

Ya por este tiempo habia mudado un poco la condicion de Hartzenbusch y tomado un giro algo mas favorable á sus instintos y anhelos literarios. En el año 1834, muerto ya su padre, Hartzenbusch habia estado trabajando, como simple jornalero, en la obra de mueblaje que se hizo para el salon de Próceres del Buen Retiro; mas viéndose, acabada aquella, sin tener donde emplear su poca ó mucha habilidad fabril (punto es este que no me juzgo competente para decidir), aprendió la taquigrafía, y al año siguiente entró como taquígrafo temporero en la redaccion de la *Gaceta*. En esta situacion, aunque todavía no de las mas brillantes, ya tuvo nuestro poeta mas holgura y recursos para cultivar sus ocupaciones favoritas. Cerradas las Cortes, en 1836, volvió á echar mano de la obra que debia fundar de pronto su magnífica reputacion literaria, y corrigió ó mas bien compuso de nuevo el drama titulado *los Amantes de Teruel*, que habia principiado dos años antes y que abandonó entonces por una rara coincidencia. Lo que llevaba escrito, prosa todo, y el plan de su obra, coincidían exactamente con el *Macías* de Larra; igual combinacion, igual número de personajes principales, iguales caracteres, igual modo de distribuir la materia. Hartzenbusch no vió representar el *Macías* (su pobreza le impedia entonces asistir al teatro), pero lo leyó, y encontrándose con su obra hecha por otro y aplaudida en cabeza ajena.

hubo necesariamente de abandonarla. Pero el argumento, á pesar del vicio radical del desenlace histórico, le gustaba en extremo; habia meditado mucho sobre él; veia los escollos en que habian tropezado al manejarle algunos antiguos poetas. Rey de Artieda, Montalvan y otros, y se habia lisonjeado con la fundada esperanza de evitarlos; hacíasele muy duro renunciar á un pensamiento por tanto tiempo habia halagado su imaginacion, y al cabo se resolvió en buen hora para él á probar fortuna. Discurrió que variando el plan, aun se podria manejar aquel asunto tan altamente dramático: entonces imaginó introducir una madre y un padre que antes no habia; entonces principió la accion en Valencia y echó mano de una mora, Zulima, personaje interesantísimo, superiormente enlazado con la accion, y con quien antes no habia contado. Escrito el drama, lo consultó con su amigo el inteligente actor don Juan Lombardia, y este le dió consejos que Hartzenbusch necesitaba mucho: dos años consecutivos habian transcurrido sin que el pobre taquígrafo hubiese puesto los piés en el teatro. De todos los dramas franceses de la nueva escuela que se habian traducido, solo vió representar el *Antony*; de los originales, solo *la Conjuracion de Venecia* y *el Trovador*. Lombardia le indicó varias enmiendas acertadas, que Hartzenbusch se complace en recordar á sus amigos con una modesta ingenuidad que le honra, y entre otras, una muy sustancial. En el acto cuarto, aparecia Marsilla al lado de Teruel recobrándose de una caida que habia dado del caballo, caida que Hartzenbusch queria que se tuviese en cuenta al ir á morir Marsilla en el acto siguiente: para esto, es decir, para fijar mas este incidente en la memoria del espectador, prolongaba la escena del recobro con un breve soliloquio del héroe caido. Lombardia dijo: « Va bien » (son sus propias palabras, que sé por boca del mismo Hartzenbusch), « va bien » que Marsilla se caiga del caballo y pierda el sentido del golpe; pero » en recobrándose, Marsilla no habla, si no que monta á caballo y parte » para Teruel. Si usted quiere que hable parado en la escena, es preciso » atarle: necesita usted unos ladrones. » La observacion era justa, y Hartzenbusch no titubeó en adoptarla. La escena, pues, del bosque, y aun la felicísima idea de oirse las campanas de Teruel primero cerca y luego lejos, al pasar el espectador de la casa de Segura al sitio en que se halla detenido Marsilla, y que tan buen efecto produce siempre, pertenecen á Lombardia.

Los Amantes de Teruel se representaron por primera vez en enero de 1837 (1). Pocos dramas han sido mas aplaudidos y, en mi concepto, ninguno con mas justicia. En estos términos dió cuenta de aquella primera representacion el malogrado Larra, en un excelente artículo que fué el último de los que escribió: « Venir á aumentar el número de los vivientes, ser un hombre mas donde hay tantos hombres; oír decir de sí: es un tal *fulano*, es ser un árbol mas en una alameda. Pero pasar cinco ó seis lustros oscuro y desconocido, y llegar una noche entre otras, convocar á un pueblo, hacer tributaria su curiosidad; alzar una cortina, conmo-

¹ Damos el texto de este drama conforme con las varias é importantes correcciones que en él ha hecho el autor, reduciéndole de cinco actos á cuatro. Todavía no se ha representado ni impreso bajo la nueva forma en que ahora se publica por primera vez.

ver el corazón, subyugar el juicio, hacerse aplaudir y aclamar, y oír al día siguiente de sí mismo al pasar por una calle ó por el Prado: *aquel es el escritor de la comedia aplaudida*, eso es algo; es nacer; es devolver al autor de nuestros días por un apellido oscuro un nombre claro; es dar alcurnia á sus descendientes, en vez de recibirla de ellos..... El drama que motiva estas líneas tiene en nuestro pobre juicio bellezas que ponen á su autor, no ya fuera de la línea del vulgo, pero que lo distinguen también entre escritores de nota.» Citando luego aquellos dos versos del acto quinto:

En presencia de Dios formado ha sido.

— Con mi presencia queda destruido!

añade Larra: «Sublime respuesta, tan sublime por lo menos como el famoso *qu'il mourût* de Corneille.»

Esta bellísima obra colocó de repente á Hartzenbusch en la primera fila de las celebridades literarias, y aun extendió su reputación fuera de España: los teatros, los editores, los periódicos solicitaron su cooperación; desde entonces empezó á escribir en estos últimos, ya en prosa ya en verso. No es posible que vayamos siguiendo aquí una á una aquellas varias publicaciones, conocidísimas además, y sobre las cuales bastará que echemos una rápida ojeada general cuando llegemos á la época en que dió á luz el autor las principales de ellas reunidas en un tomo, que fué en el año de 1843. Sigamos ahora, como mas importante, la serie de sus mas notables producciones dramáticas, haciendo una ligera reseña de las varias fortunas que han corrido.

Siguió á *los Amantes de Teruel* el *Ernesto*, imitación infeliz de la *Angela* de Dumas. Disgustó y debió disgustar por su excentricidad, particularmente los tres primeros actos. Solo se representó una noche, porque el censor suspendió las representaciones, hasta que se hiciesen ciertas enmiendas, con las cuales el drama venia á quedar lo mismo que antes. El censor hizo mal, á lo que creo, en exigir las, pero los actores anduvieron acertados en no querer continuar representando el drama.

El drama original que siguió á este desgraciado ensayo puso el sello á la reputación de Hartzenbusch. *Doña Mencía ó la Boda en la Inquisición* le acreditó resueltamente de buen poeta dramático en el concepto del público, escamado ya de tantos primeros aciertos que han sido también los últimos, y cada día mas reacío en dar su aprecio con fácil indulgencia. El éxito de *Doña Mencía* superó con mucho al de *los Amantes*. Su Majestad agració al aplaudido autor con la cruz de Isabel la Católica, y la empresa de teatros le regaló una pluma de oro, plata y nácar, adornada de un rubí.

Después de *la Redoma encantada*, lindísima comedia de magia que escribió Hartzenbusch por compromiso de amistad con los empresarios del teatro y que se representó treinta y cuatro noches consecutivas, la obra mas aplaudida y en mi concepto la mejor de las muchas que luego ha dado este poeta al teatro es el drama *Don Alfonso el Casto*, notable sobre todo por su excelente versificación. No ha sido tan feliz el señor

Hartzenbusch como en el trágico, en el género puramente cómico, á pesar de hallarse trozos saladísimos en la *Doña Mencía* y en *los Amantes de Teruel*, por ejemplo; pero sus composiciones en este género, fuera de las comedias de magia, han sido generalmente recibidas por el público con frialdad: tales son *la Visionaria*, *las Batuecas* y *la Coja y el Encogido*: *el Bachiller Mendarias* fué bastante bien recibido. *Honoría y Primero yo*, no obstante sus muchas bellezas, gustaron poco; lo mismo sucedió con *el Novio de Buitrago*, traduccion libre de Picard. Generalmente las obras de este poeta ofrecen grandes dificultades de ejecucion; hábil además en la pintura de los caracteres, hasta sus personajes secundarios son importantes, como ya observó Larra, y reclaman que se encarguen de su desempeño buenos actores: como en nuestros teatros escasean estos, no menos que los medios materiales de dar el necesario aparato á los espectáculos, las obras de Hartzenbusch suelen no producir en la escena todo el efecto que debieran. Así es que muchas de ellas, y muy señaladamente *Primero yo*, gustan mucho mas leídas que representadas.

La dificultad de su ejecucion que antes he señalado puede haber contribuido tambien á que generalmente se hayan representado poco en Madrid, aun las mas aplaudidas. •

Para completar el catálogo de las composiciones dramáticas de este autor, réstame citar el *Juan de las Viñas* y *los Polvos de la Madre Celestina*, comedias de magia, *el Barbero de Sevilla*, traduccion de Beaumarchais, y otras dos traducciones del francés, que son *la Abadía de Penmark* y *el Abuelito*. Esta no se ha representado. En la comedia de don Juan Diana titulada *¡Es un Bandido!* tuvo tambien alguna parte.

En 29 de mayo de 1845 se estrenó en el teatro del Príncipe *la Jura en Santa Gadea*, drama en tres actos y en verso que fué bien recibido. Por entonces tambien escribió en compañía del señor Rubí la piececita *Una onza á terno seco*, imitacion feliz de *la Maison en loterie*, de Picard. *La Madre de Pelayo*, que se representó por primera vez en el Príncipe la noche del 24 de marzo de 1846, es la última obra de empeño que Hartzenbusch ha dado á la escena. Es un drama muy bien escrito, formado en parte sobre las tradiciones que existen acerca de doña Luz y su esposo Favila, y en parte sobre el asunto de Mérope, pero con la particularidad de que el desenlace es distinto del de todas las *Méropes*: en ellas el sacrificio de la madre es casarse por salvar la vida al hijo; en *la Madre de Pelayo*, doña Luz muere porque viva el futuro libertador de España. — Para las fiestas con que solemnizó Madrid las bodas reales en el mismo año de 1846, escribió una zarzuela en un acto titulada *la Alcadesa de Zamarramala*. En compañía del señor Breton de los Herberos refundió posteriormente *la Esclava de su Galan* de Lope.

He citado los títulos que puede presentar el señor Hartzenbusch al glorioso dictado de buen poeta dramático, que no le negará ciertamente la posteridad. No es menos apreciable este autor considerado como poeta lírico: sus composiciones tituladas *la Mediana del Ingenio*, *al Busto*

de mi Esposa, el Alcalde Ronquillo y otras están superiormente versificadas y abundan de pensamientos nuevos, robustos y muy elevados. Su poesía es generalmente sustanciosa, es decir, rica de ideas; cautiva tanto por la esencia como por la forma: nunca es redundante: siempre dice algo al corazón ó á la fantasía; acaso linda alguna vez con el pro-saismo, nunca con la vacía hinchazon de los versificadores que no saben pensar ó no tienen pensamientos que expresar, defecto harto comun en nuestros escritores en verso y de que sin duda ha contribuido mucho á libertar á Hartzenbusch su profundo estudio de los poetas alemanes, pensadores por excelencia. En el tomo en que ha publicado sus obras sueltas, hay varias traducciones del alemán, *la Infanticida, la Campana*, admirable composicion de Schiller, el *No me olvides* y treinta fábulas del célebre Lessing, escritas originalmente en prosa y versificadas por Hartzenbusch con una gracia y una naturalidad que recuerdan las mas felices composiciones en este género de Iriarte y Samaniego.

De estas fábulas y otras suyas originales, hasta el número entre todas de ciento y dos, formó una coleccion que se imprimió en 1848. Para concluir con las publicaciones mas importantes de este escritor, réstanos solo mencionar una correctísima edicion que ha dado de las comedias escogidas de Tirso de Molina (tomo V de la *Biblioteca de autores españoles*) y dos tomos que lleva ya publicados del teatro de Calderon, que formará cuatro, coleccion la mas completa que se conoce de las obras de este insigne poeta. En el tomo II incluyó *El acaso y el error*, comedia desconocida de Calderon, primer bosquejo de *La señora y la criada*.

Entre sus artículos en prosa son muy notables un excelente juicio crítico de las obras de don Ramon de la Cruz leído en el Liceo, y una memoria sobre la vida y escritos de don Dionisio Solís. — La prosa de Hartzenbusch es pura y castiza; pero por mi parte prefiero sus versos.

El señor Hartzenbusch fué nombrado en enero del año 44 oficial primero de la clase de primeros con consideracion de Bibliotecario de la Nacional de Madrid, que desempeña en el día. Por la misma época se dignó Su Majestad agraciarse con la cruz supernumeraria de Carlos III. En marzo de 1847 le admitió en su seno la Real Academia española, con cuya ocasion leyó un magnífico discurso titulado *Carácter distintivo de las obras dramáticas de don Juan Ruiz de Alarcon*. En los años 46 y 47 escribió la crítica teatral para el periódico titulado *el Español*.

E. DE O.

Madrid, octubre de 1849.

LOS AMANTES DE TERUEL,

DRAMA EN VERSO Y PROSA

Y EN CUATRO ACTOS, QUE, COMPUESTO EN CINCO, SE ESTRENO EN MADRID EN EL
TEATRO DEL PRINCIPE A 19 DE ENERO DE 1837.

PERSONAS.

DON JUAN DIEGO MARTINEZ GARCÉS
DE MARCILLA, ó MARSILLA.
Doña ISABEL DE SEGURA.
Doña MARGARITA.
ZULIMA.
DON RODRIGO DE AZAGRA.
DON PEDRO DE SEGURA.

DON MARTIN GARCES DE MARSILLA.
TERESA.
ADEL.
OSMIN, africano.
SOLDADOS MOROS, DAMAS, CABALLEROS, PAJES,
CRIADOS, BANDIDOS.

El primer acto pasa en Valencia, y los demás en Teruel.

Año de 1217.

ACTO PRIMERO.

VALENCIA.

Dormitorio morisco, magníficamente adornado, con lámparas, jarrones de flores y pebeteros. A la derecha del espectador una cama, junto al proscenio; á la izquierda una ventana con colosias y cortinajes. Puerta grande en el fondo, y otras pequeñas á los lados.

ESCENA PRIMERA.

ZULIMA, ADEL, JUAN DIEGO MARSILLA,
ADORMECIDO EN LA CAMA : SOBRE ELLA UN
LIENZO CON LETRAS DE SANGRE.

Zul. No vuelve en sí.

Adel. Todavía
Tardará mucho en volver.

Zul. Fuerte el narcótico ha sido.

Adel. Poco há se lo administré.

— Dignate de oír, señora,
La voz de un súbdito fiel,
Que orillas de un precipicio
Te ve colocar el pié.

Zul. Si disuadirme pretendes,
No te fatigues, Adel.
Partir de Valencia quiero,
Y, lo juro, partiré.

Adel. ¿Con ese cautivo?

Zul. Tú
Me has de acompañar con él.

Adel. ¡Así al esposo abandonas!
¡Un Amir, señora, un Rey!

Zul. Ese Rey, al ser mi esposo,
Me prometió no tener
Otra consorte que yo.
¿Lo ha cumplido? Ya lo ves.
A traerme una rival
Marchó de Valencia ayer.
Libre á la nueva Sultana
Mi puesto le dejaré.

Adel. Considera...

Zul. Está resuelto.

El renegado Zaen,
El que aterra la comarca
De Albarracín y Teruel,
Llamado por mí ha venido,
Y tiene ya en su poder
Casi todo lo que yo
De mis padres heredé,
Que es demás para vivir
Con opulencia los tres.
De la alcazaba saldremos
A poco de anohecer.

Adel. ¿Y ese cautivo, señora,
Te ama? ¿Sabes tú quien es?

Zul. Es noble, es valiente, en una
Mazmorra iba á perecer
De enfermedad y de pena,
De frío, de hambre y de sed :
Yo le doy la libertad,
Riquezas, mi mano : ¿quién
Rehusa estos dones? ¡Oh!
Si olieras mi altivez

Con una repulsa, caro
Le costara su desden
A mis favores! Há tiempo
Que este acero emborrone,
Furiosa contra mi-ave
Consorte Zef. Abenzelt :
Quien es capaz de vengarse
En el príncipe, también
Escarmentara al esclavo,
Como fuera menester.

Adel. ¿Qué habrá escrito en ese lienzo
Con su sangre? Yo no sé
Leer en su idioma; pero
Puedo llamar á cualquier
Cautivo...

Zul. Él nos lo dirá,
Yo se lo preguntaré.

Adel. ¿No fuera mejor hablarle
Yo primero, tú despues?

Zul. Le voy á ocultar mi nombre :
Ser Zoraida fingiré,
Hija de Mervan.

Adel. ¿Mervan!
¿Sabes que ese hombre sin ley
Conspira contra el Amir?

Zul. A él le toca defender
Su trono, en vez de ocuparse,
Contra la jurada fe,
En devaneos que un dia
Lugar á su ruina den.—
Mas Ramiro no recobra
Los sentidos : buscaré
Un espíritu á propósito... *(Vase.)*

ESCENA II.

OSMIN, POR UNA PUERTA LATERAL ; ADEL,
MARSILLA.

Osm. ¿Se fué Zulima?

Adel. Se fué.

Tú nos habrás acechado.

Osm. He cumplido mi deber.

Al ausentarse el Amir,
Con este encargo quedé.
Es mas cauto nuestro dueño
Que esa imprudente mujer.
El lienzo escrito con sangre,
¿Dónde está?

Adel. Allí. *(Señalando la cama.)*

Osm. Venga.

Adel. Ten.

(Le da el lienzo y Osmín lee.)

Mira si es que dice, ya
Que tú lo sabes leer,
Dónde lo pudo escribir,
Porque en el encierro aquel
Apenas penetra nunca
Rayo de luz : verdad es

Que rotas esta mañana
Puerta y cadenas hallé
Por el preso : debió así
El subterráneo correr,
Y hallando el lienzo...

Osm. ¿Es posible?

(Asombrado de lo que ha leído.)

Adel. ¿Qué cosa?

Osm. ¡Oh vasallo infiel!

Avisar al Rey es fuerza,
Y al pérfido sorprender.

Adel. ¿Es este el pérfido?

(Señalando á Marsilla.)

Osm. No;

Ese noble aragonés

Hoy el idolo será

De Valencia y de su Rey.

Adel. Zulima viene.

Osm. Silencio

Con ella, y al punto ve

á buscarme. *(Vase.)*

Adel. Norabuena.

Así me hará la merced

De explicarme lo que pasa.

ESCENA III.

ZULIMA, ADEL, MARSILLA.

Zul. Déjame sola.

Adel. Está bien. *(Vase.)*

ESCENA IV.

ZULIMA, MARSILLA.

Zul. Su pecho empieza á latir

Mas fuerte : así que perciba..

(Aplicale un pomito á la nariz.)

Mars. ¡Ah!

Zul. Volvió.

Mars. ¡Qué luz tan viva!

No la puedo resistir.

Zul. De aquella horrible mansion

(Corriendo las cortinas de la ventana.)

Está á las tinieblas hecho.

Mars. No es esto piedra; es un lecho.

¿Qué ha sido de mi prision?

Zul. Mira este albergue despacio,

Y abre el corazon al gozo.

Mars. ¡Señora...!

Zul. Tu calabozo

Se ha convertido en palacio.

Mars. Di, porque yo no me explíco

Milagro tal, di, ¿qué es esto?

Zul. Que eras esclavo, y que presto

Vas á verte libre y rico.

Mars. ¡Libre! ¡Oh divina clemencia!

Y ¿á quién debo tal favor?

Zul. ¿Quién puede hacerle mejor
Que la Reina de Valencia?
Zulima te proporciona
La sorpresa que te embarga
Dulcemente: ella me encarga
Que cuide de tu persona,
Y desde hoy ningún afán
Permitiré que te aflija.

Mars. ¿Eres...?

Zul. Dama suya, hija
Del valeroso Mervan.

Mars. ¿De Mervan? (*Ap.*) ¡Ah! ¿Qué
recuerdo!

(*Busca y recoge el lienzo.*)

Zul. ¿Qué buscas tan azorado?
¿Ese lienzo ensangrentado?

Mars. (*Ap.*) Si esta lo sabe, me pierdo.

Zul. ¿Qué has escrito en él?

Mars. No va

Esto dirigido á tí;
Es para el Rey.

Zul. No está aquí.

Mars. Para la Reina será.
Haz pues que á mi bienhechora
Vea: por Dios te lo ruego.

Zul. Conocerás aquí luego
A la Reina, tu señora.

Mars. ¡Oh!...

Zul. No estés con inquietud.

Olvida todo pesar;
Trata solo de cobrar
El sosiego y la salud.

Mars. ¡Defienda pródigo el cielo
Y premie con altos dones
Los piadosos corazones
Que dan al triste consuelo!
Tendrá Zulima, tendrás
Tú siempre un cautivo en mí:
Hermoso es el bien por sí,
Pero en una hermosa, mas.
Ayer, hoy mismo, ¿cuál era
Mi suerte? Sumido en honda
Cárcel, estrecha y hedionda,
Sin luz, sin aire siquiera,
Envuelto en infecta nube
Que húmedo exhala el terreno,
Paja corrompida, seno
Y piedras por cama tuve.
Hoy... si no es esto soñar,
Torno á la luz, á la vida,
Y espero ver la florida
Márgen del Guadalaviar,
Y retratándose en él,
Señoreando la altura,
Blancas como nieve pura
Las torres que alza Ternel.
No es lo mas que me redima
La noble princesa mora;

El bien que me hace, lo ignora
Aún la propia Zulima.

Zul. Ella siempre algún misterio
Supuso en tí, y así espera
Que me des noticia entera
De tu vida y cautiverio.
Una vez que en tu retiro
Las dos ocultas entramos,
Te oímos, y sospechamos
Que no es tu nombre Ramiro.

Mars. Mi nombre es Diego Marsilla,
Y cuna Ternel me dió,
Pueblo que ayer se fundó,
Y es hoy poderosa villa,
Cuyos muros, entre horrores
De atroz guerra levantados,
Fueron con sangre amasados
De sus fuertes pobladores.
Yo creo que al darne ser,
Quiso formar el Señor,
Modelos de puro amor,
Un hombre y una mujer;
Y para hacer la igualdad
De sus afectos cumplida,
Les dió un alma en dos partida,
Y dijo: Vivid y amad.
Al son de la voz creadora
Isabel y yo existimos,
Y ambos los ojos abrimos
En un día y una hora.
Desde los años mas tiernos
Fuimos ya finos amantes,
Desde que nos vimos, antes
Nos amábamos de vernos;
Porque el amor empezó
A enardecer nuestras almas
Al contacto de las palmas
De Dios cuando las crió;
Y así fué nuestro querer,
Prodigioso en niña y niño,
Encarnacion del cariño
Adelantado al nacer;
Seguir Isabel y yo,
Al triste mundo arribando,
Seguir con el cuerpo amando
Como el espíritu amó.

Zul. Inclinacion tan igual
Solo dichas pronostica.

Mars. Soy pobre, Isabel es rica.

Zul. (*Ap.*) Respiro.

Mars. Tuve un rival...

Zul. ¿Sí?

Mars. Y opulento.

Zul. Y bien...

Mars. Hizo

Alarde de su riqueza...

Zul. ¿Y qué? ¿Rindió la firmeza
De Isabel?

Mars. Es poco hechizo
El oro para quien ama.
Su padre, si, dealumbrado...

Zul. ¿Tu amor dejó desairado,
Privándote de tu dama?

Mars. Le vi, mi pasión habló
Su fuerza exhalandó toda,
Y suspendida la boda,
Un plazo se me otorgó,
Para que mi esfuerzo activo
Juntara un caudal honrado.

Zul. ¿Es ya el término pasado?

Mars. Aun vivo, señora, aun vivo.
Seis años y una semana
Me dieron : los años ya
Cumplieron hoy ; cumplirá
El primer día mañana.

Zul. Sigue.

Mars. Un á Dios á la hermosa
Dí , que es de mis ojos luz ,
Y combatí por la cruz
En las Navas de Tolosa.
Gané con brioso porte
Crédito allí de guerrero ;
Luego en Francia prisionero
Caí del conde Monforte.
Huí, y en Siria un francés
Albigense refugiado ,
A quien había salvado
La vida junto á Besiés ,
Me dejó, al morir, su herencia :
Volviendo con fama y oro
A España , pirata moro
Me apresó y trajo á Valencia :
Y en pena de que rompió
De mis cadenas el hierro
Mi mano, profundo encierro
En vida me sepultó,
Donde mi raro custodio,
Sin dejarse ver ni oír,
Me prolongaba el vivir,
O por piedad ó por odio.
De aquel horrendo lugar
Me sacais : bella mujer,
Sentir sé y agradecer :
Dí cómo os podré pagar.

Zul. No borres de tu memoria
Tan hidalgo ofrecimiento,
Y haz por escuchar atento
Cierta peregrina historia.
Un jóven aragonés
Vino cautivo al serrallo :
Sus prendas y nombre callo ;
Tú conocerás quien es.
Toda mujer se lastima
De ver padecer sonrojos
A un noble : puso los ojos
En el esclavo Zulima,

Y férvido amor en breve
Nació de la compasión :
Aquí es brasa el corazón ;
Allá entre vosotros nieve.
Quiso aquel jóven huir ;
Fué desgraciado en su empeño ;
Le prenden , y por su dueño
Es condenado á morir.
Pero en favor del cristiano
Velaba Zulima : ciega,
Loca, le salva : — más, llega
A brindarle con su mano.
Respuesta es bien se le dé
En trance tan decisivo :
Habla tú por el cautivo ;
Yo por la Reina hablaré.

Mars. Ni en desgracia ni en ventura
Cupo en mi lenguaje dolo.
Este corazón es solo
Para Isabel de Segura.

Zul. Medita y concederás
Al tiempo lo que reclama.
¿Sabes tú si es fiel tu dama ?
¿Sabes tú si la verás?

Mars. Me matara mi dolor
Si fuera Isabel perjura :
Mi constancia me asegura
La fineza de su amor.
Con espíritu gallardo,
Si queréis, daré mi vida :
Dada el alma y recibida,
Fiel á su dueño la guardo.

Zul. Mira que es poco prudente
Burlar á tu soberana,
Que tiene sangre africana,
Y ama y odia fácilmente.
Y si ella sabe que, cuando
Yo su corazón ofrezco,
La horrible afrenta padezco
De ver que lo estás pisando,
Volverás á tus cadenas
Y á tu negro calabozo,
Y allí yo con alborozo
Que mas encone tus penas,
La nueva te llevaré
De ser Isabel esposa.

Mars. Y en prisión tan horrorosa,
¿Cuántos días viviré?

Zul. ¡ Rayo del cielo ! el traidor
Cuanto fabrico derrumba :
Defendido con la tumba,
Se ríe de mi furor.
Trocarás la risa en llanto.
Cautiva desde Teruel
Me han de traer á Isabel...

Mars. ¿ Quién eres tú para tanto ?

Zul. Tiembla de mí.

Mars. Furia vana.

Zul. ¡Insensato! la que ves
No es hija de Mervan, es
Zulima.

Mars. ¡Tú la Sultana!

Zul. La Reina.

Mars. Toma, con eso
(*Dándole el lienzo ensangrentado.*)

Correspondo á tu afición :
Entrega sin dilacion
A hombre leal y de seso
El escrito que te doy.
Sálvete su diligencia.

Zul. ¡Cómo! ¿Qué riesgo...?

Mars. A Valencia

Tu esposo ha de llegar hoy,
Y en llegando, tú y él y otros
Al sedicioso puñal
Pereceis.

Zul. ¿Qué desleal
Conspira contra nosotros?

Mars. Mervan, tu padre supuesto.

Si tu cólera no estalla,
Mi labio el secreto calla,
Y el fin os llega funesto.

Zul. ¿Cómo tal conjuración
A ti...?

Mars. Frenético ayer.

La puerta pude romper,
De mi encierro : la prision.
Recorro, oigo hablar, atiendo...
— Junta de alevos impia
Era; Mervan presidia.

Traidoras nuevas creyendo,
Tu esposo hoy á la ciudad
Venir debiera. Salvarle
Resuelvo, para obligarle
A ponerme en libertad,
Y con roja tinta humana
Y un pincel de mi cabello
La trama en un lienzo sello,
Y el modo de hacerla vana.

Poner al siguiente día
Pensaba el útil aviso
En la cesta que el preciso
Sustento me conducia.
Vencióme tenaz modorra,
Mas fuerte que mi cuidado :
Desperté maravillado,
Fuera ya de la mazmorra.
Junta pues tu guardia, pon
Aquí un acero, y que venga
Con todo el poder que tenga,
Contra tí la rebelion.

ESCENA V.

OSMIN, ZULIMA, MARSILLA.

Osm. ¡Señora...!

Zul. (*Ap.*) ¡Un espía!

Mars. (*Ap.*) ¿Qué

Es esto?

Osm. No te dé miedo

Mi vista : perderte puedo ;

Pero yo te salvaré.

Zul. ¡Osmin! ¿Tú?

Osm. Cerca de aquí

Está el Rey.

Zul. ¡Destino atroz!

Osm. Mervan ha dado la voz

Contra el Rey y contra tí.

De riesgo doble inminente

Hoy amenazada estás,

Con el verdugo detrás,

Con la rebelion al frente.

Zul. No pienses que me acobarde

Yo de tu voz, ni de nada :

Gente hay aquí denodada,

Que las espaldas me guarde.

Osm. Todos te defenderemos,

Si apartas de tí al cautivo.

Zul. De nadie la ley recibo.

Voces dentro. ¡Muera el tirano!

Mars. Dejemos

Cuestiones : á combatir ;

Que llegando á peligrar,

No debe querer triunfar

Quien se pare á discurrir.

¡Una espada!

ESCENA VI.

ADEL, SOLDADOS MOROS, DICHO.

Adel. Toma y ven,

(*Dando una espada á Marsilla.*)

Que fuerzan ya la alcazaba.

Zul. (*Ap.*) ¡Aquí de la gente brava

Que ha venido con Zaen!

(*Dirigese rápidamente á la puerta del fondo, la abre, y aparece dentro una cuadrilla de bandidos.*)

Adel. } ¡Traicion!

Osm. }

Soldados moros. ¡Traicion!

Zul. (*A los bandidos.*) Vengadores

De una mujer ofendida,

Quitad á todos la vida.

Los bandidos. ¡Mueran!

Adel, Osm. y los sold. mor. ¡Mueran
los traidores!

(*Pelean unos con otros, y cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

TERUEL.

Sala con tres puertas en casa de don Pedro Segura.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, SENTADO; ISABEL, PONIENDO EN UN BUFETE LA ESPADA QUE ACABA DE DESCENIR A SU PADRE.

Ped. Basta, hija, basta : escuderos hay para eso. — ¿Tambien las espuelas?

Isab. ¡Es tan dulce para mí serviros, despues de una ausencia tan larga!

Ped. No te me has apartado un instante de la memoria, mientras he permanecido en Monzon. Fuí allá con don Rodrigo de Azagra en servicio del jóven Rey, para defenderle de los Infantes que le disputan el cetro; pero en medio de la agitacion guerrera de aquellos muros, yo pensaba solamente en mi hija, que tan triste habia quedado en Teruel. Y á fe que á la vuelta no te hallo mas alegre.

Isab. ¡Querido padre!

Ped. Y como sé la razon... y no está en mi poder el remedio...

Isab. ¡Qué me recordais!...

Ped. Ya que se ha retirado tu piadosa madre (probablemente á dar gracias á Dios por mi feliz llegada), voy á referirte un suceso, que delante de ella no he querido contar. Os he dicho que nada notable me ha pasado en Monzon : hija mia, no es cierto. La vida de tu padre ha estado en peligro.

Isab. ¡Qué me decís! ¿Cómo?

Ped. Acaso me hayas oido hablar de un caballero llamado Roger de Lizana.

Isab. ¿No es uno de la órden del Temple?

Ped. Sí, por cierto, era templario. Roger, hombre de pasiones fogosas, habia perdido el juicio y el uso de la lengua, devorado por el remordimiento de un crimen oculto : pero, como su demencia era pacífica, no se habia pensado en privarle de libertad. Un dia entra en mi posada furioso, cierra las puertas, echa las llaves por la ventana, y se arroja á mí diciendo en mal articuladas voces que uno de los dos habia de quedar en el sitio.

Isab. ¡Ay, mi Dios!

Ped. Ni él venia con armas, ni estaban las mias en aquel aposento. Roger, debilitado por su dolencia, no era muy temible contrario; pero su frenesi rabioso le pres-

taba fuerza incansable. La lucha entre los dos fué cruel, espantosa. Diez, veinte veces tuve su cuello bajo mis piés, veinte veces se levantó, y me acometió con mas pertinacia : me fué preciso darle cien muertes, deshacerle, despedazarle de la manera mas horrosa. Por fin á mis voces, acudió y forzó la puerta don Rodrigo, tu prometido esposo...

Isab. ¡Ah!

Ped. Y dejando á mi victima en su poder, me aparté de allí con espanto. Lejos de aquel sitio, mi primer impulso fué agradecer al Señor el haberme conservado la vida; luego... te aseguro que sentí no haber perecido á manos del loco, porque, en verdad, no anduve yo muy cuerdo cuando prometí á don Rodrigo tu mano sin consultarte. Con mi muerte, quedabas libre del compromiso.

Isab. ¡Ah, padre! ¿No temeis arrostrar la muerte, y os falta valor para atropellar una palabra?

Ped. Soy esclavo de ella, soy caballero.

ESCENA II.

TERESA, DON PEDRO, ISABEL.

Ter. Señor, unà visita.

Ped. Hoy quiero descansar en el seno de mi familia. Di que mañana recibiré la bienvenida de toda Teruel.

Ter. Muy bien pensado. Parece que adivinábais que la tal visita no habia de seros muy agradable. Figuraos que es allá don Martin de Marsilla, que no os puede ver.

Ped. ¿Es Marsilla? que venga. Al enemigo que me busca, nunca me niego.

Ter. ¡Ay! Pues malo es abrir la puerta á los enemigos. (Vase.)

Ped. Vete con tu madre, Isabel.

Isab. (Ap.) Solo tengo esperanza en ella. (Vase.)

ESCENA III.

DON PEDRO.

Vendrá á pedir que se verifique el desafío, que tenemos pendiente. Justo es. El altercado fué al tiempo de mi partida : se difirió el duelo hasta mi regreso, y he vuelto ya. Pero don Martin ha estado enfermo, y cree que aun se halle convaleciente. ¡Oh! si no está bien restablecido, no cruzará su espada con esa. (Señalando la suya, que está en el bufete.)

ESCENA IV.

DON MARTIN, DON PEDRO.

Mart. Don Pedro Segura, seais bien venido.

Ped. Y vos, don Martín Garcés de Marsilla,
Seais bien hallado : tomad una silla.

(*Siéntase don Martín, mientras don Pedro va á tomar su espada.*)

Mart. Dejad vuestra espada.

Ped. Con pena he sabido
(*Sentándose.*)

La grave dolencia que habeis padecido.

Mart. Al fin me repuse del todo.

Ped. No sé...

Mart. Domingo Celada...

Ped. ¡Fuerte hombre es, á fe!

Mart. Pues siempre á la barra le gana el partido.

Ped. Así os quiero yo. Desde hoy, elegid
Al duelo aplazado seguro lugar. [hablar.]

Mart. Don Pedro, yo os tengo primero que

Ped. Hablad en buen hora : ya escucho,
decid.

Mart. Causó nuestra riña...

Ped. La causa omitid :
Sabémosla entrambos. Por vos se me dijo
Que soy un avaro, y os privo de un hijo.
De honor es la ofensa ; precisa la lid.

¿Teneisme por hombre de aliento ?

Ped. Si tal.

Si no lo creyera, con vos no lidiara.

Mart. Jamás al peligro le vuelvo la cara.

Ped. Si, nuestro combate puede ser igual.

Mart. Será por lo mismo...

Ped. Sangriento, mortal...

Ha de perecer uno de los dos.

Mart. Oid un suceso feliz para vos ;

Feliz para entrambos.

Ped. Decidmele. ¿Cuál ?

Mart. Tres meses hará que en lecho de
duelo

Me puso la mano que todo lo guía :
Del riesgo asustada la familia mía,
Quiso en vuestra esposa buscar su consuelo.

Con tino infalible, con pródigo celo
Salud en la villa benéfica vierte,
Y enfermo en que airada se ceba la muerte,
Le salva su mano, heredita del cielo :

Con vos irritado, no quise atender
Aviso que daba piadosa triquetud.

« No cobre (decla) jamás la salud,
Si mano enemiga la debe traer. »

Mayor mi teson, á mas padecer,
La muerte en mi alcoba plantó su bandera.
Por fin una noche... ¡ Qué noche tan fiera !
Blasfemo el dolor hacíame ser ;

Pedia una daga con furia tenaz,
Rasgar anhelando con ella mi pecho...

— En esto á mis puertas, y luego á mi lecho,
Llegó un peregrino, cubierto la faz.

— Ángel parecía de salud y paz.

— En la noche, mas consueyo benigno hiecor

Al labio me pone ; me alivia el dolor,
Y parte, y no quiere quitarse el disfraz.

— La noche que tuve su postrer visita,
Ya restablecido, sus pasos seguí.

Cruzó varias calles, viniendo hácia aquí,
Y entró en esa ruina de gótica ermita,
Que á vuestros jardines términos limita.

Detúvele entonces ; el velo cayó,
Radiante la luna su rostro alumbró...

Era vuestra esposa.

Ped. ¡ Era Margarita !

Mart. Confuso un momento, cobréms
despues,

Y vióme postrado la noble señora.

— Con tal beneficio, no cabe que ahora

Provoque mi mano sangriento revés.

Don Pedro Segura, decid á quien es

Deudor este padre de verse con vida,

Que ya nuestra lid está fenecida.

Tomad este acero, ponedle á sus piés.

(*Da su espada á don Pedro, que la coloca en el bufete.*)

Ped. ¡ Feliz yo que logro el duelo excusar

Con vos, por motivo que es tan lisonjero !

Si pronto me hallásteis, por ser caballero,

Cuidado me daba el ir á lidiar.

Con tal compañera, ¿ quién no ha de arriesgar

Con susto la vida, que lleva dichosa ?

Ella me será desde hoy mas preciosa,

Si ya vuestro amigo quereisme llamar.

Mart. Amigos seremos.

(*Danse las manos.*)

Ped. Siempre.

Mart. Siempre, si.

Ped. Y al cabo, ¿ qué nuevas teneis de don
Diego ?

En hora menguada, vencido del ruego

De Azagra, la triste palabra le di.

Si antes vuestro hijo se dirige á mí,

¡ Cuánto ambas familias se ahorran de llanto !

No lo quiso Dios.

Mart. Yo su nombre santo

Bendigo ; mas lloro por lo que perdí.

Ped. ¿ Pero qué... ?

Mart. Despues de la de Maurel,

Donde cayó en manos del conde Simon,

De nadie consigo señal ni razon,

Por mas que anhelante pregunto por él.

Cada dia al cielo con súplica fiel

Pido que me diga qué punto en la tierra

Vivo le sostiene, ó muerto le encierra :

Mundo y cielo guardan silencio cruel.

Ped. El plazo otorgado dura todavía :

Un hora, un instante le basta al Eterno :

Y mucho me holgara, si fuera mi yerno

Quien á mi Isabel tan fino queria.

Pero si no viene, y cúmplese el dia,

Y llega la hora... por mas que me pesa ;

Me tiene sujeto sagrada promesa :
Si fuera posible, no la cumpliría.

Mart. Diligencia escasa, fortuna severa
Parece que en suerte á mi sangre cupo :
Quien á la desgracia sujetar no supo,
Muéstrase sufrido cuando ella le hiera.
A Dios.

Ped. No han de veros de aquesta manera.
Yo quiero esta espada; la mía tomad (*Ddsela.*)
En prenda segura de fiel amistad. [diera.]

Mart. Acepto: un monarca llevarla pu-
(*Vase don Martín, y don Pedro le acompaña.*)

ESCENA V.

MARGARITA, ISABEL.

Marg. (*Ap.*) Aunque nada les oí,
(*Siguiendo con la vista á los dos que se retiran.*)

Deben estar ya los dos
Reconciliados.

Isab. (*Que vienestras su madre.*) Por Dios,
Madre, haced caso de mí.

Marg. No, que es repugnancia loca
La que mostrais á un enlace,
Que de seguro nos hace
A todos inmerced no poca.
Noble sois; pero mirad
Que quien su amor os consagra,
Es don Rodrigo de Azagra,
Que goza mas calidad,
Mas bienes: en Aragon
Le acatan propios y ajenos,
Y muestra, con vos al menos,
Apacible condiclon.

Isab. Vengativo y orgulloso
Es lo que me ha parecido.

Marg. Vuestro padre le ha creído
Digno de ser vuestro esposo.
Prendarse de quien le cuadre
No es licito á una doncella,
Ni hay mas voluntad en ella
Que la que tenga su padre.
Hoy día, Isabel, así
Se conciertan nuestras bodas:
Así nos casan á todas,
Y así me han casado á mí.

Isab. ¿No hay á los tormentos míos,
No hay mas consuelo que deis?

Marg. Basta: no me recordéis
Vuestros locos amorios.
Yo por delirios no abogo.
Idos.

Isab. En vano esperé.
(*Sollozando al retirarse.*)

Marg. ¿Qué! ¿Llorais?

Isab. Aun no me fué

Vedado este desahogo.

Marg. Al Señor con fe sencilla
Ese llanto encaminad.
Infinita es su piedad.
Aun puede volver Marsilla.

Isab. ¡Ah! vos le nombráis. (*Arrebatada.*)

Marg. Me asombro
De vos, Isabel, me espanto.

¿Debeis conmoveros tanto
Solo porque yo le nombro?
Puede volver, es verdad;
Mas siendo cosa indecisa,
Conviene esperar sumisa
La divina voluntad.

Isab. Bien, señora, se me alcanza

Lo que exige la obediencia,
Mi estado, mi conveniencia,
Y en fin mi poca esperanza.
Muerto es mi adorado ya...
Cuatro años há que no escribe...
¿Cuatro años!... Y acaso vive;
Pero ¿cómo vivirá!

Tal vez, llorando, en Sion
Arrastra por mi cadenas,
Quizá gime en las arenas
De la líbica region.

Con aviso tan funesto
No habrá querido afligirme.
Yo trato de persuadirme,
Y sin cesar pienso en esto.
Yo me propuse aprender
A olvidarle, sospechando
Que infel estaba gozando
Caricias de otra mujer.
Yo escuché de su rival
Los acentos desahridos,
Y logré de mis oídos

Que no me sonaran mal.

¡Pero ay! cuando la razon
Iba á proclamarse ufana,
Vencedora soberana
De la rebelde pasión;
Al recordar la memoria
Un suspiro de mi ausente,
Se arruinaba de repente
La fortaleza ilusoria,
Y con ímpetu mayor,
Tras el combate perdido,
Se entraba por mi sentido
A sangre y fuego el amor.

Yo entonces á la virtud
Nombre daba de falsía,
Rabioso llanto vertía,
Y hundirme en el atahud
Juraba en mi frenesí
Antes que rendirme al yugo
De ese hombre, fatal verdugo,
Genio infernal para mi...

Marg. Por Dios, por Dios, Isabel,
Moderad ese delirio:

Vos no sabeis el martirio
Que me haceis pasar con él.

Isab. ¡Qué! ¿mi audacia os maravilla?

Pero estando ya tan lleno
El corazón de veneno,
Fuerza es que rompa su orilla.
No á vos, á la piedra inerte
De esa muralla desnuda,
A esa bóveda que muda
Oyó mi queja de muerte,
A este suelo donde mella
Pudo hacer el llanto mio,
A no ser tan duro y frio
Como alguno que le huella,
Para testigos invoco
De mi doloroso afán;
Que si alivio no le dan,
No les ofende tampoco.

Marg. ¿Quién con ánimo sereno
La oyera? — El dolor mitiga:
De una madre, de una amiga
Ven al cariñoso seno.
Conóceme, y no te ahuyente
La faz severa que ves:
Máscara forzosa es
Que dió el pesar á mi frente;
Pero tras ella te espera,
Para templar tu dolor,
El tierno, indulgente amor
De una madre verdadera.

Isab. ¡Madre mia! (*Abrázanse.*)

Marg. Mi ternura
Te oculté... porque debí...
— ¡Há quince años que hay aquí
Guardada tanta amargura!
Yo hubiera en tu amor filial
Gozado, y gozar no debo
Nada ya desde que llevo
El cilicio y el sayal.

Isab. ¡Madre!

Marg. Temi, recelé
Dar á tu amor incentivo,
Y solo por correctivo
Severidad te mostré.
Mas oyéndote gemir
Cada noche desde el lecho,
Y á veces en tu despecho
Mis rigores maldecir,
Yo al Señor, de silencioso
Materno llanto hecha un mar,
Ofrecí mil veces dar
Mi vida por tu reposo.

Isab. ¡Cielos! ¡Qué revelacion
Tan grata! ¡Qué injusta he sido!
¿Que tanto me habeis querido?
¡Madre de mi corazón!

Perdonadme... ¡Qué alborozo
Siento, aunque llorar me veis!
Seis años há, mas de seis,
Que tanta dicha no gozo.
Mi desgracia contemplad,
Pues ya por ventura cuento
Que mis penas un momento
Aplaquen su intensidad.
Pero este rayo que inunda
En viva luz mi alma yerta,
¿Dejareis que se convierta
En lobreguez mas profunda?
Madre, madre á quien adoro,
El labio os pongo en el plé:
Mi aliento aquí exhalaré
Si no cedeis á mi lloro. (*Póstrase.*)

Marg. Levanta, Isabel; enjuga
Tus ojos; conía: sí,
Cuanto dependa de mi...

Isab. Ya veis que en rápida fuga
El tiempo desaparece.
Si pasan tres dias, ¡tres!
Todo me sobra despues,
Toda esperanza fallece.
Mi padre, por no faltar
A la palabra tremenda,
Le rendirá por ofrenda
Mi albedrío en el altar.
Vuestras palabras imprimen
En su alma la persuasion:
En mi toda reflexion
Fuera desacato, crimen.
Y yo, señora, lo veo:
Podrá llevarme á casar;
Pero en vez de preparar
Las galas del himeneo,
Que á tenerme se limite
Una cruz y una mortaja,
Que esta gala y esta alhaja
Será lo que necesite.

Marg. No, no, Isabel; cesa, cesa;
Yo en tu defensa me empeño:
No será Azagra tu dueño,
Yo anularé la promesa.
Me oirá tu padre, y tamaños
Horrores evitará.
Hoy madre tuya será
Quien no lo fué tantos años.

ESCENA VI.

TERESA, MARGARITA, ISABEL.

Ter. Señoras, don Rodrigo de Azagra pide
licencia para visitaros.

Marg. Hazle entrar: á buen tiempo llega.
(*Vase Teresa.*)

Isab. Permitid que yo me retire.

Marg. Quédate en la pieza inmediata, y escucha nuestra conversacion.

Isab. ¿Qué vais á decirle?

Marg. Oyelo, y acabarás de hacer justicia á tu madre.

(*Vase Isabel.*)

ESCENA VII.

DOM RODRIGO, MARGARITA.

Marg. ¡Ilustre don Rodrigo...!

Rod. ¡Señora! Al fin nos vemos.

Marg. Honrad mi estrado, ya que la prisa de venir á mi casa no os ha dejado sosegar en la vuestra.

Rod. Aquí vengo á buscar el sosiego que necesito. (*Síntanse.*) ¿Qué me decís de mi desdeñosa?

Marg. ¿Me permitiréis que hable con toda franqueza?

Rod. Con franqueza pregunto yo. — Hablad.

Marg. Mi esposo os prometió la mano de su hija única, y por él debéis contar de seguro con ella. Pero la delicadeza de vuestro amor y la elevacion de vuestro carácter ¿se satisfarian con la posesion de una mujer cuyo cariño no fuese vuestro?

Rod. El corazon de Isabel no es ahora mio, lo sé; pero Isabel es virtuosa, es el espejo de las doncellas: cumplirá lo que jure; apreciará mi rendida fe, y será el ejemplo de las casadas.

Marg. Mirad que su afecto á Marsilla no se ha disminuido.

Rod. No me inspira zelos un rival cuyo paradero se ignora, cuya muerte para mí es indudable.

Marg. ¿Y si volviese aun? ¿Y si antes de cumplirse el término se presentara tan enamorado como se fué, y con grandes mejoras en su fortuna?

Rod. Mal haria en aparecer antes, ó despues de mis bodas. Él prometió renunciar á Isabel, si no se enriquecia en seis años; pero yo nada le prometido. Si vuelve, si vive, uno de los dos ha de quedar solo junto á Isabel. La mano que pretendemos ambos, no se compra con oro; se gana con hierro, se paga con sangre.

Marg. Vuestro lenguaje no es muy reverente para usado en esta casa y conmigo; pero os le perdono, porque me perdonéis la pesadumbre que voy á daros. Yo, noble don Rodrigo, yo que hasta hoy consenti en vuestro enlace con Isabel, he visto por último que de él iba á resultar su desgracia y la

vuestra: tengo pues que deciros, como cristiana y madre, tengo que suplicaros por nuestro Señor y nuestra Señora, que desistais de un empeño, ya poco distante de la temeridad.

Rod. Ese empeño es público, hace muchos años que dura, y se ha convertido para mí en caso de honor. Es imposible que yo desista. No os opongais á lo que no podreis impedir.

Marg. Aunque habeis desairado mi ruego, tal vez no le desaire mi esposo.

Rod. Mucho alcanzais con él; adora en vos, y lo mereceis, porque há quince años que os empleais en la caridad y la penitencia; pero... ¿os ha contado ya la muerte de Roger de Lizana?

Marg. ¡Cielos! ¿Roger ha muerto?

Rod. Sí, loco y mudo, segun estaba; desgraciadamente, segun merecia, y á manos de don Pedro, como era justo.

Marg. ¡Cielos! Nada sabia de ese infeliz.

Rod. Ese infeliz era muy delincuente, era el seductor de una dama ilustre.

Marg. ¡Don Rodrigo!

Rod. Y la dama era la esposa mas respetable de esta ciudad.

Marg. Por compasion..... Roger ha muerto.

Rod. Espiró en mis brazos: yo tendí sobre el fétero su cadáver: yo hallé sobre su corazon unas cartas...

Marg. ¡Cartas!

Rod. De mujer: cinco: sin firma todas; pero yo os las presentaré, y vos me direis quien las ha escrito.

Marg. ¡Callad! ¡callad!

Rod. Si no, acudiré á vuestro esposo: bien conoce la letra.

Marg. ¡No! Dádmelas, rompedlas, quemadlas.

Rod. Se os entregarán; pero Isabel me ha de entregar á mí su mano primero. Dios os guarde, Señora.

Marg. Deteneos, oidme.

Rod. Para que os oiga, venid á verlas. (*Vase.*)

Marg. Escuchad, escuchadme.

(*Vase tras don Rodrigo.*)

ESCENA VIII.

ISABEL, Y DESPUES TERESA.

Isab. ¿Qué es lo que oí? No lo he comprendido, no quiero comprender ese misterio horrible: solo entiendo que de infeliz, he pasado á mas.

(*Salta Teresa.*)

Ter. Señora, un jóven extranjero ha llegado á casa pidiendo que se le dejara descansar un rato...

Isab. Recíbele, y déjame: no puedo hablar ahora ni ver á nadie.

Ter. Ya se le recibió, y le han agasajado con vino y magras; por señas que nada de ello ha probado, como si fuera moro ó judío. Aparte de esto, es muy lindo muchacho; he trabado conversacion con él, y dice que viene de Palestina.

Isab. ¿De Palestina?

Ter. Yo me acordé al punto del pobre don Diego... Como os figurais que debe estar por allá...

Isab. ¡Sí! Llámale pronto. (*Vase Teresa.*) ¡Virgen piadosa! Que haya sido sueño lo que pienso que oí. ¡Oh! pensemos en el que viene de Palestina.

ESCENA IX.

ZULIMA, EN TRAJE DE NOBLE ARAGONÉS;
TERESA, ISABEL.

Zul. El cielo os guarde.

Isab. Y á vos
Tambien.

Zul. (*Ap.*) Mi rival es esta.

Isab. Mejor podreis descansar en esta sala, que fuera.

Ter. Este mancebo, señora, viene de lejanas tierras, de Jerusalem, de Jope, de Belen y de Judea.

Isab. ¿Cierto?

Zul. Sí.

Ter. Y ha conocido
Allá gente aragonesa.

Zul. Un caballero traté
De Ternel.

Isab. ¿Cuál? ¿Quién? ¿Quién era?
Su nombre.

Zul. Diego Marsilla.

Isab. ¡Os trajo Dios á mi puerta! —
¿Dónde le dejais?

Ter. Entonces

¿Era ya rico?

Zul. Una herencia
Cuantiosa le dejaron
Allí.

Isab. Pero ¿dónde queda?

Zul. Hace poco era cautivo
Del rey moro de Valencia.

Isab. ¡Cautivo! ¡Infeliz!

Zul. No tanto.
La esposa del Rey, la bella,
La generosa Zulima,

Le quiso.

Ter. ¡Qué desvergüenza!

Isab. ¡Y qué! ¿No viene por eso
Marsilla donde le esperan?

Ter. ¿Se ha vuelto moro quizá?

Zul. (*Ap.*) Ya que padeci, padezca.
Finjamos.

Isab. Hablad.

Zul. No es fácil

Resistir á una princesa
Hermosa y amante: al fin
Marsilla, para con ella,
Era un miserable.

Ter. Pero

Vamos, acabad...

Isab. (*Ap.*) ¡Apenas
Vivo!

Zul. El Rey llegó á saber
Lo que pasaba; la Reina
Se salvó, favorecida
Por un bandido, cabeza
De la cuadrilla temible
Que hoy anda por aquí cerca;
Y Marsilla...

Isab. ¿Qué?

Zul. Rogad

A Dios que le favorezca.

Isab. ¡Ha muerto! ¡Jesus! valedme.
(*Desmayase.*)

Ter. ¡Isabel! ¡Isabel! ¡Buena
La habeis hecho!

Zul. (*Ap.*) Sabe amar
Esta cristiana de veras:
Yo sé mas; yo sé vengarme.

Ter. ¡Señora! ¡Paula! ¡Jimena!

(*A Zul.*) Buscad agua, llamad gente.

Zul. Allá voy. (*Ap.*) Con esta nueva
Se casará. (*Vase.*)

Ter. ¡Dios confunda
La boca ruin que nos cuenta

Noticia tan triste!... Pero
Un prójimo que no prueba
Cerdo ni vino, ¿qué puede
Dar de sí?

(*Salen dos criadas, que traen agua.*)
Venid aprisa

Vosotras: dadme aquí, dadme
El agua.

Isab. ¡Ay Dios! ¡ay Teresa!

ESCENA X.

MARGARITA, ISABEL, TERESA,
CRIADAS.

Marg. ¿Qué sucede?

Isab. ¡Ay, madre mia!
Ya nó es posible que venga.

Murió.

Marg. ¿Quién? ¿Marsilla?

Ter. ¿Quién

Ha de ser?

Isab. Y ha muerto en pena

De serme infiel.

Ter. Una mora,

Que dicen que no era fea,

La esposa del reyezuelo

Valenciano, buena pieza

Sin duda, nos le quitó.

Isab. ¡En esto paran aquellas

Ilusiones de ventura

Que alimentaba risueña!

Conmigo nacieron, ¡ay!

Se van, y el alma se llevan.

Ese infausto mensajero

¿Dónde está? Dile que vuelva.

Marg. Sí: yo le preguntaré...

Ter. Pues como nos dé respuestas

Por el estilo... Seguidme.

(*Vanse Teresa y las criadas.*)

ESCENA XI.

MARGARITA, ISABEL.

Isab. ¿Quién figurarse pudiera

Que me olvidara Marsilla?

¡Qué sonrojo! ¡qué vileza!

Pero ¿cómo ha sido, cómo

Fué que no lo presintiera

¡Mi corazón? No es verdad:

Imposible que lo sea.

Se engañó, al lo creyó,

La Sultana de Valencia.

Solo por volar á mí,

Quebrantando sus cadenas,

Dejó soñar á la mora

Con esa falaz idea.

Mártir de mi amor ha sido,

Que desde el cielo, en que reina,

De su martirio me pide

La debida recompensa.

Yo se la daré leal,

Yo defenderé mi diestra:

Viuda del primor amor

He de bajar á la huesa.

Llorar libremente quiero

Lo que de vivir me resta,

Sin que pueda hacer ninguno

De mis lágrimas ofensa.

No he de ser esposa yo

De Azagra: primero muerta.

Marg. ¿Tendrás valor para...?

Isab. Sí,

Mi desgracia me lo presta.

Marg. ¿Y si te manda tu padre...?

Isab. Diré que no.

Marg. Si te ruega...

Isab. No.

Marg. Si amenaza..

Isab. Mil veces

No. Podrán enhorabuena,

De los cabellos asida

Arrastrarme hasta la iglesia,

Podrán maltratar mi cuerpo,

Cubrirle de áspera jerga,

Emparedarme en un claustro,

Donde lentamente muera:

Todo esto podrán, si; pero

Lograr que diga mi lengua

Un si perjuró, no.

Marg. Bien,

Bien. Tu valor me consuela.

(*Ap.* Nada oyó: mas vale así.

La culpa, no la inocencia

Debe padecer.) Ten siempre

Esa misma fortaleza,

Y no te dejes vencer,

Sucedá lo que suceda.

Tambien se armará tu madre

De valor en tu defensa.

Matrimonio sin cariño

Crimenes tal vez engendra.

Yo sé de alguna infeliz

Que dió su mano violenta,

Y siendo ya madre.... ¡ay! si,

Desdoró su vida honesta,

Y lleva quince años ya

De dolor y penitencia,

Y al fin le toca morir

De oprobio justo cubierta.

Isab. ¡Ah, madre! ¿qué dije yo?

Me olvidé con esa nueva

De otra desdicha tan grande,

Que á mi desdicha supera. [Isabel]

Marg. (Con arrebató.) ¡No te cases,

Isab. Sí, madre: mi vida es vuestra:

Dárosla me manda Dios,

Lo manda naturaleza.

Marg. ¡Hija!

Isab. Por fortuna mía,

Marsilla al morir, me deja

El corazón sin amor,

Y sin lugar donde prenda.

Por mas fortuna, Marsilla

De mí se olvidó en la ausencia,

Y puso en otra mujer

El amor que me debiera.

Por dicha mayor, Azagra

Es de condicion soberbia,

Zeloso, iracundo: así

Mis lágrimas y querellas

Insufribles le serán,

Querrá que yo las contenga,

No podré, se irritará
Y me matará.

Marg. ¡Me aterra, Hija, me matas á mí!

Isab. Tengo yo cartas que lea: Puede encontrármelas.

Marg. ¡Oh! Si como las tuyas fueran Otras!...

Isab. Y tengo un retrato En esta joya. (*Saca un retrato.*)

¿Son esas
Sus facciones? Pues sabed
Que sin maestro ni regla,
De amor guiada la mano,
Torpe antes y luego diestra,
Yo supe á ese rostro dar
Semejanza tan perfecta.
Me sirvió para suplir
De Marsilla la presencia;
Inútil sirviente ya,
Fuera de la casa queda.
Permitidme que le bese
Por última vez, por esta.
Tomad. ¿Veis? El sacrificio
Consumo, y estoy serena,
Tranquila... como la tumba.
Imitad vos mi entereza,
Mi calma... y no me digais
Una palabra siquiera.
De mi vuestra fama pende:
La conservareis ilesea.
Yo me casaré: no importa,
No importa lo que me cuesta.

(*Vase.*)

ESCENA XII.

MARGARITA.

¿Y debo yo consentir
Que la inocente Isabel
Por mi egoísmo cruel
Se ofrezca mas que á morir?
Pero ¿cómo he de sufrir
Que, perdida mi opinion,
Me llame todo Aragon
Hipócrita y vil mujer?
Mala madre me hace ser
Mi buena reputacion.
A todo me resignara
Con ánimo ya contrito,
Si al saberse mi delitto,
Yo sola me deshonrara.
Pero á mi esposo manchara
Con ignominia mayor.
¡Hija infeliz en amor!
¡Hija desdichada mía!
Perdona la tiranía
De las leyes del honor.

ACTO TERCERO,

DIVIDIDO EN DOS PARTES.

PARTE PRIMERA.

Retrete (ó gabinete) de Isabel, con dos puertas.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, TERESA.

Aparece Isabel ricamente vestida, sentada en un sillón junto á una mesa, en la cual hay un espejo de mano, hecho de metal. Teresa está acabando de adornar á su ama.

Ter. ¿Qué os parece el adorno de la cabeza? Nada, ni me oye. Que os mireis, os digo: tomad el espejo. (*Se le da á Isabel, que maquinalmente le toma, y deja caer la mano sin mirarse.*) A esotra puerta. ¡Miren qué trazas estas de novia! Prenderé el velo como se pueda. (*Isabel inclina la cabeza.*) Pero alzad la cabeza, Isabel. Si esto es amortajar un difunto.

Isab. ¡Marsilla!

Ter. (*Ap.* Dios le haya perdonado.) Ea, se concluyó. Bien estais. Ello, sí, me habeis hecho perder la paciencia treinta veces.

Isab. ¡Madre mía!

Ter. Si echais menos á mi señora, ya os he dicho que no está en casa, porque para ella la caridad es antes que todo. El juez de este año, Domingo Celada, tenia un hijo en tierra de infieles: Jaime, ya le conoceis. Hoy, sin que hubiese noticia de que viniera, se le han encontrado en el camino de Valencia unos mercaderes, herido y sin conocimiento. Por un rastro de sangre, que iba á parar á un hoyo, se ha conocido que debieron echarle dentro; y se cree que hasta poder salir, habrá estado en el hoyo quizá mas de un día, porque las heridas no son recientes. Vuestra madre ha sido llamada para asistirle: me ha encargado que os aderece; os he puesto hecha una imágen; y ni siquiera he logrado que deis una mirada al vestido para decir si os gusta.

Isab. Sí, es el último.

Ter. ¡El dulcísimo nombre de Jesus! No lo querí á Dios, Isabelita de mi alma: no lo querrá Dios; antes os hará tan dichosa como vos mereceis. Pero salid de ese abatimiento: mirad que ya van á venir los convidados á la boda, y es menester no darles que decir.

Isab. ¿Qué hora es ya? (Con sobresalto.)

Ter. No tardarán en tocar á visperas ahí al lado, en San Pedro. Es la hora en que salió de Teruel don Diego, y hasta que pase, mi señor no se considera libre de su promesa.

Isab. Sí, á esa hora, á esa hora misma partió... para nunca volver. En este aposento, allí, delante de ese balcon estaba yo llorando sobre mi labor, como ahora sobre mis galas. Continuamente miraba á la calle por donde había de pasar, para verle; ahora, aunque mire, no lo veré. Por allí vino, dirigiendo el fogoso alazan, enseñado á pararse bajo mis balcones. Por allí vino, vestida la cota, la lanza en la mano, al brazo la banda, último don de mi cariño. «Hasta la dicha, ó hasta la tumba,» me dijo. «Tuya, ó muerta,» le dije yo, y caí sin aliento en el balcon mismo, tendidas las manos hácia la mitad de mi alma que se ausentaba. — ¡Suya, ó muerta! Y voy á dar la mano á don Rodrigo. ¡Bien cumplo mi palabra!

Ter. Hija mia, desechad esas ideas. Yo ¿qué os he de decir para consolaros? Que os he visto nacer, que habeis jugado en mis brazos y en mis rodillas... y que diera yo porque recobrasedis la paz del alma y fueseis feliz, diera yo todos los dias que me quedan que vivir, menos uno para verlo.

Isab. ¿Feliz, Teresa? Con este vestido, ¿cómo he de ser feliz? ¡Pesa tanto, me ahoga tanto...! Quitamele, Teresa. (Levantándose.)

Ter. Señora, que viene don Rodrigo.

Isab. ¿Don Rodrigo? Busca pronto á mi madre. (Vase Teresa.)

ESCENA II.

DON RODRIGO, ISABEL.

Rod. Mis ojos por fin os ven
A solas, ángel hermoso.
Siempre un amargo desden
Y un recato rigoroso
Me han privado de este bien.
— Trémula estais: ocupad
La silla.

Isab. ¡Ante mi señor!

Rod. Esclavo direis mejor.
Soberana es la beldad
En el reino del amor.

Isab. ¡Mentida soberanía!

Rod. De mi rendimiento fiel,
Que duderais, no creia.
¡Si á conocer, Isabel,

Llegaseis el alma mia!

Isab. ¿Para qué? Señas ha dado
Que indican su indole bella.

Rod. Mi destino desastrado
Solo mostrar me ha dejado
Lo deforme que hay en ella.
Un Azagra conoceis
Orgullosa y vengativo;
Y otro por fin hallareis,
Que en vuestro rigor esquivo
Figuraros no podeis.
El Azagra que os adora,
El Azagra para vos,
Aun no le visteis, señora,
Y nos conviene á los dos
Una explicacion ahora.

Isab. Mis padres pueden mandar;
Yo tengo que obedecer;
Nada pretendo saber:
Hiciera bien en callar
Quien ha logrado vencer.

Rod. El vencedor, que aparece
Lleno ante vos de amargura,
Manifestaros ofrece
Que sabe lo que merece
Doña Isabel de Segura.
Os vi, y en vos admiré
Virtud y belleza rara:
Digno de vos me juzgué,
Y uniros á mí juré,
Costara lo que costara.
Maldicion mas espantosa
No pudo echarme jamás
Una lengua venenosa,
Que decir: «No lograrás
Hacer á Isabel tu esposa.»
«Lidiaré, si es necesario,
Por ella, con todo el orbe,
Clamaba yo de ordinario;
¡Infeliz el que me estorbe,
Competidor, ó contrario!»
En mi zeloso furor
Cabe hasta lo que denigre
Mi calidad y mi honor.
Amo con ira de tigre;
Pero es muy grande mi amor.
No el vuestro, tan delicado,
Me pinteis para mi mengua:
Quizá no le haya expresado
En seis años vuestra lengua,
Sin que me lo hayan contado.
Cuantas cartas escribió
Marsilla ausente, lei:
El su retrato no vió,
Yo sí; junto á vos aquí
Siempre tuve un guarda yo.
Ha sido mi ocupacion
Observaros noche y dia;

Y abandonaba á Monzon
 Siempre que lo permítta
 La marcial obligacion.
 Viéndoos al balcon sentada
 Por las noches á la luna,
 Mi fatiga era pagada :
 Jamás fué mujer ninguna
 De amante mas respetada.
 Para romper mis prisiones,
 Para defectos hallaros,
 Fueron mis indagaciones;
 Y siempre para adoraros
 Encontré nuevas razones.
 Seducido el pensamiento
 De lisonjeros engaños,
 Un favorable momento
 Espero, hace ya seis años,
 Y aun llegado no le cuento.
 Pero, por dicha, quizá
 No deba estar muy distante.
Isab. ¡ Qué ! ¿ Pensais que cesará
 Mi pasion, muerto mi amanto ?
 No; lo que yo vivirá.
Rod. Pues bien, amad, Isabel,
 Y decidlo sin reparo;
 Que con ese amor tan fiel,
 Aunque á mí me cueste caro,
 Nunca me hallareis cruel.
 Mas si ese afecto amoroso,
 Cuya expresion no limitó,
 Mantener os es forzoso,
 Yo, mi bien, yo necesito
 El nombre de vuestro esposo.
 No mas que el nombre, y concluyo
 De desear y pedir :
 Todas mis dichas incluyo
 En la dicha de decir :
 « Me tienen por dueño suyo. »
 Separada habitacion,
 Distinto lecho tendreis ;
 ¿ Queréis mas separacion ?
 Vos en Ternel vivireis,
 Yo en la corte de Aragon.
 ¿ Teméis que la soledad
 Bajo mi techo os consuma ?
 Vuestros padres os llevad
 Con vos; mudareis en suma
 De casa y de vecindad.
 Nunca sin vuestra licencia
 Veré esos divinos ojos...
 — ¡ Ay ! Dádmela con frecuencia. —
 Si os oprimen los enojos,
 Hablad, y mi diligencia
 Ya cañas, ya una batida,
 Ya banquetes dispondrá.
 Si llorais... ; Prenda querida !
 Cuando llorais, ¿ qué os dirá
 Quien no ha llorado en su vida ?

Miseros ambos, hacer
 Con la indulgencia podemos
 Menor nuestro padecer.
 Ahora, aunque nos caemos,
 ¿ Me podreis aborrecer ?
Isab. ¡ Don Rodrigo ! ¡ Don Rodrigo !
(Sollozando.)
Rod. ¿ Llorais ? ¿ Es porque me muestro
 Digno de ser vuestro amigo ?
 ¿ No sufrí del odio vuestro
 Bastante el duro castigo ?
Isab. ¡ Oh ! no, no : mi corazon
 Palpitar de odio no sabe.
Rod. Ni al mirar vuestra afliccion,
 Hay fuerza en mí que no acabe
 Rindiéndose á discrecion.
 Es ya el caso de manera,
 Que el infausto desposorio
 Viene á ser obligatorio
 Para ambos : lo demás fuera
 Dar escándalo notorio.
 Pero el amor que os consagro
 Se ha vuelto á vos tan propicio,
 Que si Dios en su alto juicio
 Quiere obrar hoy un milagro...
 Contad con un sacrificio.
 Ayer, si resucitara
 Mi aciago rival Marsilla,
 Sin compasion le matara,
 Y, sin limpiar la cuchilla,
 Corriera con vos al ara.
 Hoy, resucitado ó no,
 Si antes que me deis el sí
 Viene... que triunfe de mí.
Isab. ¡ Vos sí que triunfais así
 De esta débil mujer !
*(El llanto le ahoga la voz por unos
 instantes; luego al ver á don Pedro
 y á los que le acompañan, se con-
 tiene exclamando.)*
 ¡ Oh !

ESCENA III.

DON PEDRO, DON MARTIN, TERESA,
 DAMAS, CABALLEROS, PAJES; ISABEL,
 DON RODRIGO.

Ped. Hijos, el sacerdote que ha de ben-
 decir vuestra union, ya nos está esperando
 en la iglesia; tanto mis deudos como los
 de Azagra me instan á que apresure la ce-
 remonia; pero aun no ha fenecido el plazo
 que otorgué á don Diego. Al toque de vis-
 peras de un domingo salió de su patria el
 malogrado jóven, seis años y siete dias
 hace : hasta que suene aquella señal en mi
 oído, no soy libre para disponer de mi hija.
(A don Martín.) Porque veais de qué

modo cumplo mi promesa, os he rogado que vinierais aquí.

Mart. ¡Inútil escrupulosidad! No os detengais. No romperá mi hijo el seno de la tierra para reconveniros.

Isab. (Ap.) ¡Infeliz!

Ped. Fiel á lo que juré me verá desde el túmulo, cual me hallaría viviendo.

Rod. Isabel deseará la compañía de su madre: pudiéramos pasar por casa del juez...

Ter. Ahora empezaba el herido á volver en su conocimiento. Si antes de visperas no se halla mi señora en la iglesia, es señal de que no puede asistir á los desposorios: esto me ha dicho.

Ped. La esperaremos en el templo. (A don Martin.) Si la pesadumbre os permite acompañarnos, venid...

Mart. Excusadme presenciar un acto que debe serme tan doloroso...

Ped. Estad seguro de que mientras no oigais las campanas, no habrá dado su mano Isabel. Estos caballeros podrán atestiguar que se esperó hasta el cabal vencimiento del plazo. Marchemos.

Isab. (Ap.) Morada de mi pasado bien, ¡á Dios para siempre!

(Vanse todos, menos don Martin.)

ESCENA IV.

DON MARTIN.

Con pena, con zelos veo yo á Isabel dirigirse al altar. La tenia ya por hija, me quitan su filial cariño, y ella consiente. Pero ¿qué falta hace al misero cadáver de mi hijo la constancia de la que él amó? Si su sombra necesita lágrimas, ¿no le bastan las mias?

ESCENA V.

ADEL, DON MARTIN.

Adel. Cristiano, busco á Martin Marsilla, que está aquí, segun se me dice: ¿eres tú?

Mart. Yo soy.

Adel. ¿Qué sabes de tu hijo?

Mart. ¡Moro!... Su muerte.

Adel. Esa noticia... ¿quién la ha traído?

Mart. Un jóven forastero.

Adel. ¿En donde pára?

Mart. Apenas se detuvo en Teruel: yo no pude verle.

Adel. ¿Qué ha pasado con Jaime Celada?

Mart. Le han herido gravemente al

llegar á la villa: en su lecho yace todavía sin voz ni conocimiento.

Adel. ¿Luego tú nada sabes?

Mart. ¿Qué vas á decirme?

Adel. Acabo de averiguar que disfrazada con traje cristiano, ha entrado en Teruel Zulima, la esposa del Amir de Valencia.

Mart. ¿La que fué causa de la pérdida de mi hijo?

Adel. Ella es la que ha fingido esa pérdida. Él la desdendió, y ella se ha vengado mintiendo.

Mart. ¡Mintiendo!

Adel. ¡Anciano! Bendice al Señor: aun eres padre.

Mart. ¡Dios poderoso!

Adel. Tu hijo libró de un asesinato pérfido al Amir de Valencia, y el Amir le ha colmado de riquezas y honores. Herido en un combate, no se le permitió caminar hasta reponerse. Jaime venia delante para anunciar su vuelta... Sigueme, y no pararé hasta poner á Marsilla en tus brazos. (Vase.)

Mart. (Alzando las manos al cielo, arrebatado de júbilo.) ¡Señor! ¡Señor!

ESCENA VI.

MARGARITA, DON MARTIN.

Marg. (Dentro.) ¡Isabel! ¡Isabel! (Sale, y repara en don Martin, que se retiraba con Adel.) Don Martin...

Mart. (Deteniéndose.) Margarita, sabedlo...

Marg. Sabedlo el primero. Jaime Celada...

Mart. Ese moro que veis...

Marg. Ha vuelto en sí.

Mart. Viene de Valencia.

Marg. Jaime tambien.

Mart. Vive mi hijo.

Marg. Lo ha dicho Jaime. Corred, impedid ese casamiento. (Oyese el toque de visperas.)

Mart. ¡Ah! Ya es tarde.

Marg. ¡Dios ha rechazado mi sacrificio!

Mart. ¡Hijo infeliz!

Marg. ¡Hija de mis entrañas! (Vase.)

SEGUNDA PARTE.

Bosque inmediato á Teruel.

ESCENA PRIMERA.

MARSILLA, ATADO A UN ARBOL.

Infames bandoleros,
Que me habeis á traicion acometido,

insangrentad vuestros aceros :
 ya por compasión os pido.
 Rega, de nadie soy oído :
 eco mis voces, y parece
 en mi dolor y me escarneo. *peñt*
 té á la escolta que traía :
 aminor me consumía.
 con amor, ellos con oro.
 Los villanos,
 liones del monarca moro
 yo, darán en vuestras manos :
 ien los defienda.
 oras pasan, huye el día.
 á imaginar, Isabel mía ?
 sarás, idolatrada prenda,
 do abrazar al triste Diego,
 plazo ves, y yo no llego ?
 ¿tíme avisados
 a estarán : pronto, azorados
 rdanza... Sí, ya se aproxima
 ¿quién es ?

ESCENA II.

EN TRAJE DE HOMBRE; MARSILLA.

Yo soy.

¡ Cielos ! ¡ Zullma !

? (*Ap.*) ¡ Presagio horrendo !
 ¿cinos de Teruel vienen corriendo,
 , mas que á mí, toca librate :
 ¿ esta parte
 ¿etener, mientras te digo
 ¿ es mujer de don Rodrigo.
 ¡ Gran Dios ! Mas no; me enga-
 impostora.
 ¿en, que llega de Teruel ahora,
 ¿isto dar aquella mano
 da por tí.

Finges en vano.
 ¿s que mi próxima llegada
 ¿ mensajero.

Tú no sabes
 radador certero
 ¿tu prevision burlada,
 al camino al mensajero.
 on Isabel, yo de tu muerte
 le di, y á los bandidos
 que tu viaje detuvieran.
 ¿adas de Isabel las bodas,
 go á anunciar.

¿ Con que es ya tarde ?
 ¿ira mi gozo : si te resta duda,
 ¿rá quien á librate acuda.
 ¿r te ofreci, bienes y honores,
 ¿lé mi fe y el ser que tengo;
 ¿ste ingrato mis rencores :
 ¿te cruel, cruel me vengo.
 n mi partida

Te dejo por ahora con la vida,
 Mientras padeces en el duro potro
 De ver á tu Isabel en brazos de otro.

(*Vase.*)

ESCENA III.

MARSILLA.

Monstruo, por cuya voz ruge el abismo,
 Vuelve y di que es engaño
 Todo lo que te oí.

(*Forceja pura desatarse.*)

Lazos crueles,
 ¿ Cómo me resistís ? ¡ Ligan cordeles
 Al que hierros quebró ! ¿ No soy el mismo ?
 ¡ Ah ! no. Mujer fatal, cortos instantes
 Me quedan que vivir, si no has mentido ;
 ¡ Pero permita Dios que mueras antes !

ESCENA IV.

ADEL, PASANDO POR UNA ALTURA ;
 MARSILLA.

Adel. Rumor aquí he sentido.
 Atraviesan el valle bandoleros
 Con Zulima á caballo.
 Yo, cueste lo que cueste,
 La tengo de prender : voy á ver si hallo
 Cerca mis compañeros.

Mars. ¿ Quién va ?

Adel. Marsilla es este.
 (*A voces.*) ¡ Aquí ! Por ese lado, caballeros.
 (*Vase.*)

ESCENA V.

DON MARTIN, CABALLEROS Y CRIADOS ;
 MARSILLA.

Mart. (Dentro.) Él es.

Mars. ¡ Mi padre !

Caballero 1º. (Dentro.) Él es.

Mars. ¡ Padre !

Mart. (Dentro.) ¡ Hijo mio !
 ¡ Id aprisa, corred, libradle pronto.

(*Salen caballeros y criados que desatan
 á Marsilla.*)

Mars. Desatadme, decidme...

Mart. (Saliendo.) ¡ Hijo querido !

Mars. ¡ Padre !

Mart. Por fin te hallé.

Mars. Decid... ¿ es tarde ?

Yo quisiera dudar... Mi mal, ¿ es cierto ?

Mart. Respóndante las lágrimas que
 vierto.

Hijo del alma, á quien su hierro ardiente
 La desgracia al nacer marcó en la frente,
 Tu triste padre, que por verte vive,
 Con dolor en sus brazos te recibe.
 ¿ Quién tu llegada ha retardado ?

Mars. El cielo..
El infierno... No sé... Facinerosos...
Una mujer... Dejádme.
Mart. ¿La Sultana?
¿Esos bandidos que cobardes huyen
De los guerreros que conmigo traje?
— ¿Te han herido?
Mars. ¡Ojalá!
Mart. ¿Te han despojado?
Mars. Nada he perdido. La esperanza
solo.
Mart. ¡Suerte cruel! Cuando el fatal
sonido
De la campana término ponía...
Mars. ¡Esa tigre anunció la muerte mía!
Mart. ¿Lo sabes?
Mars. De ella.
Mart. ¡Horror! Entonces era
Cuando Celada, el habla recobrando,
La traidora noticia desmentía.
Corro al templo á saber... Miro, enmudezco.
¡Eran esposos ya! Tu bien perdiste...
Dios lo ha querido así... Pero aun te quedan
Padres que lloren tu destino triste.
Mars. El ajeno dolor no quita el mío.
¿Con que llenais el hórrido vacío
Que el alma siente de su bien privada?
¡Padre! Sin Isabel, para Marsilla
No hay en el mundo nada.
Por eso en mi doliente desvarío
Sed bárbara de sangre me devora.
Vertería á ríos, para hartarme quintero,
Y cuando mas que derramar no tenga,
La de mis venas soltará mi acero.
Mart. Hijo, modera ese furor.
Mars. ¿Quién osa
Hijo llamarme ya? Fuera ese nombre.
La desventura quiebra
Los lazos con el hombre
Y con la vida y la virtud. Ahora
Que tiembale mi rival, tiembale la mors.
Poco tiempo del triunfo harán alarde:
Para acabar con ambos aun no es tarde.
Mart. ¡Desgraciado! ¿Qué intentas?
Mars. Con el crimen
Aniquilar el crimen. Una vida
De Isabel me separa: que perezca.
Mart. ¡Hijo!...
Mars. Perecerá.
Mart. No...
Mars. ¡Maldecido
Mi nombre sea, si la sangre odiosa
De mi rival no vierto!
Mart. Es poderoso...
Mars. Marsilla soy.
Mart. Mil deudos le acompañan...
Mars. Mi furia á mí.
Mart. Respeto te merezca

El vínculo...

Mars. Es sacrificio, es injusto.
Mart. En presencia de Dios formado
sido.
Mars. Con mi presencia queda destruido.

ACTO CUARTO.

Habitacion de Isabel en la casa de don Rod
Dos puertas á la izquierda del especta
una en el fondo, y una ventana sin reja
derecha. Es de noche, hay luces en el cu

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, DON MARTIN.

Ped. Ya cesó la vocería.
Mart. Ya se tranquiliza el pueblo.
Zaen en la cárcel queda
Con los demás bandoleros.
Ped. Milagro ha sido salvarlos,
Mayor que lo fué prenderlos.
Mart. Y no los prenden quizá,
Si no acuden tan á tiempo
Los moros que de Valencia
Con los regalos vinieron
De su Rey para mi hijo.
¡Regalos ya sin provecho!
¡Castigae Dios á quien tiene
La culpa!
Ped. ¡Oh! lo hará. — Primero
Que vayamos esta noche
Los dos al ayuntamiento,
Donde ya deben hallarse
Juntos el juez y mi yerno,
¿Tendrás, don Martin, á bien
Que los dos conferenciamos
Un rato?
Mart. Hablad.
Ped. Aquí está
Zulima.
Mart. Bien me dijeron
Los moros.
Ped. En esta calle
Arremetió con los presos
Un tropel de gente, y ella,
Puesta en libertad en medio
Del tumulto, se arrojó
Por estas puertas adentro.
Mart. Confesad que don Rodrigo
La salvó.
Ped. No lo confieso,

Porque no lo vi.

Mart. Yo, en suma,
No diré que fué mal hecho:
El debe á la mora estar
Agradecido en extremo.
Por ella logra la mano
De Isabel.

Ped. Resentimiento
Justo mostrais; pero yo,
Que he sido enemigo vuestro,
Necesito de vos hoy.

Mart. Aquí me tenéis, don Pedro.

Ped. Sois quien sois. — Esa mujer
Nos pone en terrible aprieto.
Ya veis, los moros reclaman
Su entrega con mucho empeño.

Mart. Y mientras el juez resuelve,
Cereada se ve por ellos
Esta casa.

Ped. Y bien, ¿quisierais
Que entre vos y yo, de un riesgo
Libráramos á Teruel?

Mart. Crimen fuera no quererlo.

Ped. Si en la junta de la villa
Negamos, como debemos,
La entrega de la Sultana,
Va á ser enemigo nuestro
El Rey de Valencia, y puede
Grandísimo daño hacernos.

Mart. Y el que recibimos ambos
De su mujer, ¿es pequeño?

Ped. Pero es mujer, y nosotros
Cristianos y caballeros.

Mart. Proseguid.

Ped. El compromiso
Queda evitado, si hacemos
Al instante, que huya.

Mart. Hagámosto.
— Págueme Dios el esfuerso
Que me cuesta no vengarme.
Disponed.

Ped. Con un pretexto
Llevaos los moros de aquí.
De vos harán caso.

Mart. Creo
Que sí.

Ped. Lo demás es fácil.
Puesta ya en salvo, diremos
Que ella huyo por sí.

Mart. Voy paes;
Y ya que la mano tiendo
Al uno de los autores
De mi desventura, quiero
Dársela también al otro.
Decid al dichoso dueño
De esta casa y de Isabel,
Que mire en estos momentos
Por su vida; que mi hijo

Va, loco de sentimiento
Y de furor, en su busca
Por Teruel; y ¡vive el cielo,
Que, doliente como está,
Valor le sobra al mancebo
Para vengar!... Perdonadme.
A Dios. Voy á complaceros,
Y á buscarle y conducirle
Esta noche misma lejos
De unos lugares, en donde
Vivimos los dos muriendo.

(*Vase por la puerta de la izquierda
mas cercana al proscenio.*)

Ped. Id con Dios. ¡Padre infeliz!
¿Y nosotros? Me estremezo
Al pensar en Isabel,
Cuando de todo el suceso
Llegue á enterarse.

ESCENA II.

TERESA, DON PEDRO.

Ter. (*Dentro.*) ¡Favor!
Que me vienen persiguiendo. (*Salc.*)

Ped. ¡Teresa! ¿Qué hay? ¿Quién te sigue?

Ter. Las ánimas del infierno...
Las del purgatorio... No
Sé cuales; pero las veo,
Las oigo.

Ped. Mas ¿qué sucede?

Ter. ¡Ay! Muerta de susto vengo.

¡Ay! — Isabel me ha enviado

Por mi señora corriendo,
Que volvió, no sé por qué,
A la casa del enfermo;
Y antes de llegar, he visto
En un callejon estrecho
Junto á la ermita caída...
¡Jesus! Convulsa me vuelvo
A casa.

Ped. ¿Qué viste? Di?

Ter. Una fantasma, un espectro,
Todo parecido, todo,
Al pobrecito don Diego.

Ped. Calla, no te oiga Isabel.
Guarda con ella silencio. —
Marsilla ha venido, y ella
No lo sabe.

Ter. Pero ¿es cierto
Que vive?

Ped. ¿No ha de ser?

Ter. ¡Ay!

Pues otra desgracia temo.

Ped. ¿Cuál?

Ter. No lo aseguraré,
Por si es aprension del miedo;
Sin embargo, yo creí

Ver que se llevaba el muerto
Asido del brazo al novio.

Ped. ¿Qué dices?

Ter. Aun traigo el eco
De su voz en los oídos.

Con alarido tremendo,
« Vas á morir (le decía),
Vas á morir. » « Lo veremos, »
Replicaba don Rodrigo;
Y echando votos y retos,
Iban los dos como rayos
Camino del cementerio.
Yo, señor, ya les recé
La salve y el padre nuestro
En latín.

Ped. Se han encontrado,
Y van á tener un duelo.
Esto es antes.

ESCENA III.

ISABEL, POR LA SEGUNDA PUERTA DEL LADO
IZQUIERDO; DON PEDRO, TERESA.

Isab. ¡Padre!

Ped. Aguárdame

Aquí: pronto volveremos
Tu madre, tu esposo y yo.
Venid, Teresa. (*Vanse los dos.*)

Isab. ¿Qué es esto?
¡Mi padre me deja sola,
Cuando con tanto secreto
Un moro me quiere hablar!
Sin duda están sucediendo
Cosas extrañas aquí.

(*Acércase á la segunda puerta.*)
Llegad. Al mirarle tiemblo.

ESCENA IV.

ADEL, ISABEL.

Adel. Cristiana, que das honor
A tu equivocada ley,
Yo imploro, en nombre del Rey
De Valencia, tu favor.

Isab. ¡Mi favor!

Adel. ¿Tendrás noticia
De que salió de su corte
Zulima, su infiel consorte,
Huyendo de su justicia?

Isab. Sí.

Adel. Mi señor decretó
Con rectitud musulmana
Castigar á la Sultana,
Ya que á Marsilla premió.

Isab. ¿Premiarle llamas, cruel,
Al darle muerte sañuda?

Adel. Tú no le has visto, sin duda,
Entrar como yo en Teruel.

Isab. ¡Marsilla en Teruel!

Adel. Si.
Isab. Mira

Si te engañas.

Adel. Mal pudiera.
Infórmate de cualquiera,
Y mátenme si es mentira.

Isab. ¡Eterno Dios! ¡Qué infelices
Nacimos! ¿Cuándo ha llegado?
¿Cómo es que me lo han callado?
Y tú ¿por qué me lo dices?

Adel. Porque estás, á mi entender,
En grave riesgo quizá.

Isab. Perdido Marsilla, ¿ya
Qué bien tengo que perder?

Adel. Con viva lástima escucho
Tus ansias de amor extremas;
Pero aunque tú nada temas,
Yo debo decirte mucho.

Marsilla á mi Rey salvó
De unos conjurados moros,
Y el Rey vertió sus tesoros
En él, y aquí le envió.
Él despreció la liviana
Inclinación de la infiel...

Isab. ¡Oh! ¿Sí?

Adel. Y airada con él,
Vino, y se vengó villana,
Contando su falso fin.

Isab. ¡Ella!

Adel. Con un gavilla
De bandidos, á Marsilla
Detuvo, ya en el confin
De Teruel, donde veloces
Corriendo en tropel armado,
Le hallamos á un tronco atado,
Socorro pidiendo á voces.

Isab. Calla, moro: no mas.

Adel. Pasa
Mas, y es bien que te aperciba.
— La sultana fugitiva
Se ha refugiado en tu casa.

Isab. ¡En mi casa mi rival!

Adel. Tu esposo la libertó.

Isab. ¡Ella donde habito yo!

Adel. Guárdate de su puñal.
Por zelos allá en Valencia
Matar á Marsilla quiso.

Isab. A tiempo llega el aviso.

Adel. Confirma tú la sentencia,
Que justo lanzó el Ambr.
Por esa mujer malvada
Para siempre separada
De Marsilla has de vivir.
Ella te arrastra al odioso
Tálamo de don Rodrigo.

Enviala tú conmigo
Al que le apresta su esposo,
Pena digna del ultraje
Que sufre.

Isab. Sí, moro, salga
Pronto de aquí, no le valga
El fuero del hospedaje.
Como perseguida fiera
Entró en mi casa; pues bien,
Al cazador se la den,
Que la mate donde quiera.
Mostrarse de pecho blando
Con ella, fuera rayar
En loca: voy á mandar
Que la traigan arrastrando.
Sean de mi furia jueces
Cuántas pierdan lo que pierdo.
¡Jesus! Cuando yo recu
Que hoy pude... ¡Jesus mil veces!
No le ha de valet el llanto,
Ni el ser mujer, ni ser bella
Ni reina. ¡Si soy por ella
Tan infeliz! ¡tanto, tanto!...
Vamos á ver: tu señor
¿Qué suplicio le impondrá?

Adel. Una hoguera acabará
Con su delincuente amor.

Isab. ¡Su amor! ¡Amor desastrado!
Pero es amor...

Adel. ¡Y es bastante
Esa razon?...

Isab. ¡Es mi amante
Tan digno de ser amado!
Le vió, le debió querer
En viéndole. — (*Llorando.*) Y yo que hacia
Tanto que no le veía...
¡Y ya no le puedo ver!
— Moro, la víctima niego
Que me vienes á pedir:
Quiero yo hacerle sufrir
Castigo mayor que el fuego.
Ella con feroz encono
Mi corazón desgarró...
Me asesina el alma... yo
La defiendo, la perdono.

(*Vase.*)

ESCENA V.

ADEL.

He perdido la ocasion.
Suele tener esta gente
Acciones, que de un creyente
Propias en justicia son.
Yo dejara con placer
Este empeño abandonado;
Pero el Amir lo ha mandado,
Y es forzoso obedecer.

(*Vase.*)

ESCENA VI.

MARSILLA, POR LA VENTANA.

Jardin, una ventana... y ella luego.
Jardin abierto hallé, y hallé ventana;
Mas ¿dónde está Isabel? ¡Dios de clemencia!
Detened mi razon, que se me escapa,
Detenedme la vida, que parece
Que de luchar con el dolor se cansa.
Siete dias hace hoy, ¡qué venturoso
Era en aquel salon! Sangre manaba
De mi herida, es verdad; pero agolpados
En derredor de mi lujosa cama,
La tierna historia de mi amor oian
Los guerreros, el pueblo y el monarca,
Y entre piadoso llanto y bendiciones
«Tuya será Isabel» juntos clamaban
Súbditos y señor. Hoy no me ofende
Mi herida, rayos en mi diestra lanza
El damasquino acero... — No le traigo...
Y hace un momento que con dos me ha-
llaba. [tia
— Salvo en Teruel y vencedor, ¿qué angus-
Viene á ser esta que me rinde el alma,
Cuando, acabada la cruel ausencia,
Voy á ver á Isabel?

ESCENA VII.

ISABEL, MARSILLA.

Isab. Por fin se encarga
Mi madre de Zulima.

Mars. ¡Cielo santo!

Isab. ¡Gran Dios!

Mars. ¿No es ella?

Isab. Él es.

Mars. ¡Prenda adorada!

Isab. ¡Marsilla!

Mars. ¡Gloria mia!

Isab. ¿Cómo, ¡ay! cómo

Te atreves á poner aquí la planta?

Si te han visto llegar... ¿A qué has venido?

Mars. Por Dios... que lo olvidé. Pero ¿no
basta,

Para que hácia Isabel vuele Marsilla,

Quererla ver, necesitar mirarla?

¡Oh! ¡qué hermosa á mis ojos te presentas!

Nunca te vi tan bella, tan galana...

Y un pesar, sin embargo, indefinible

Me inspiran esas joyas, esas galas.

Arrójalas, mi bien; toca modesta,

Cándida flor en mi jardin criada,

Vuelvan á ser tu angelical adorno:

Mi amor se asusta de riqueza tanta.

Isab. (*Ap.*) ¡Delira el infeliz! Sufrir no
puedo

Su dolorida atónita mirada.

¿ No entiendes lo que indica este atavío,
Que no puedes mirar sin repugnancia?
Nuestra separacion.

Mars. ¡ Poder del cielo!
Sí. ¡ Funesta verdad!

Isab. ¡ Estoy casada!
Mars. Ya lo sé. Llegué tarde. Vi la dicha,
Tendí las manos, y volé al tocarla.

Isab. Me engañaron, tu muerte supusie-
Y tu infidelidad. [ron

Mars. ¡ Horrible infamia!
Isab. Yo la muerte creí.

Mars. Si tú vivias,
Y tu vida y la mía son entrambas
Una sola no mas, la que me alienta,
¿ Cómo de ti sin tí se separara?
Juntos aquí nos desterró la mano
Que gozo y pena distribuye sábia;
Juntos al fin de la mortal carrera
Nos toca ver la celestial morada.

Isab. ¡ Oh! ¡ si me oyera Dios!...

Mars. Isabel, mira,
Yo no vengo á dar quejas: fueran vanas.
Yo no vengo á decirte que debiera
Prometerme de tí mayor constancia,
Cumplimiento mejor del tierno voto
Que, invocando á la Madre immaculada,
Me hiciste amante la postrera noche
Que me apartó de tu balcon el alba.
« Para tí (sollozando me decias),
O sino para Dios. » ¡ Dulce palabra,
Consoladora fiel de mis pesares
En los ardientes páramos del Asia
Y en mi cautividad! Hoy ni eres mía,
Ni esposa del Señor. Di, pues, declara
(Esto quiero saber) de qué ha nacido
El prodigio infeliz de tu mudanza.
Causa debe tener.

Isab. La tiene.
Mars. Grande.

Isab. Poderosa, invencible: no se casa,
Quien ama como yo, sino cediendo
A la fuerza mayor en fuerza humana.

Mars. Dímelo todo, pues, dílo.
Isab. Imposible.

No has de saberlo.
Mars. Sí.

Isab. No.
Mars. Todo.
Isab. Nada.

Pero tú en mi lugar tambien el cuello
Dócil á la coyunda sujetaras.

Mars. Yo no, Isabel, yo no. Marsilla supo
Despreciar una mano soberana,
Y la muerte arrostrar, por quien ahora
La suya vende y el porqué me calla.

Isab. (Ap.) ¡ Madre mía!
Mars. Discálpate.

Isab. (Ap. ¿ Qué digo?)
Tendré que confesar que soy culpada.
¿ Cómo no lo he de ser? Me ves ajena.
Perdóname... Castígame por falsa. (Llora.)
Mátame, si es tu gusto. — Di si quieres
Que implore tu perdon arrodillada.

Mars. No, que debo yo ser, idolo mio,
Quien ponga el labio donde tú la planta.
No es de arrepentimiento el lloro triste
Que esos luceros fúlgidos empaña;
Ese llanto es de amor, yo lo conozco,
De amor constante, sin doblez, sin tacha,
Ferviente, abrasador, igual al mio.
¿ No es verdad, Isabel? Dímelo franca:
Va mi vida en oírtelo.

Isab. ¿ Prometes
Una órden mia obedecer?

Mars. ¡ Ingrata!
¿ Cuándo me rebelé contra tu gusto?
Mi voluntad, ¿ no es tuya? Dispon, habla.

Isab. Júralo.

Mars. Sí.
Isab. Pues bien: yo te amo, vete.
Mars. ¡ Cruel! ¿ Temiste que ventura
tanta

Me matase á tus piés, si su dulzura
Con venenosa hiel no iba mezclada? —
¿ Cómo esas dos ideas enemigas
De amor y de destierro hiciste hermanas? ¡

Isab. Ya lo ves, no soy mía, soy de un
hombre,

Que me hace de su honor depositaria,
Y debo serle fiel. Nuestros amores
Mantuvo la virtud libres de mancha:
Su pureza de armiño conservemos. —
Aquí hay espinas, en el cielo palmas. —
Tuyo es mi amor y lo será: tu imágen
Siempre en el pecho llevaré grabada,
Y allí la adoraré; yo lo prometo,
Yo lo juro; mas huye sin tardanza.

Libértame de tí, sé generoso:
Libértame de mí...

Mars. No sigas, basta.
¿ Quieres que huya de tí? Pues bien, te dejas
Valor... y separémonos. — En paga,
En recuerdo, sinó, de tantas penas
Con gozo por tu amor sobrellevadas,
Permite, Isabel mía, que te estrechen
Mis brazos una vez, y que su estampa
Deje en tu frente cándida mi labio.

Isab. No soy libre, Marsilla; soy esclava.
Mars. Es el postrer á Dios: será un ca-
riño

De un hermano dulcísimo á su hermana,
Cual mi fe tierno, cual tu frente puro.

Isab. No, no: jamás.
Mars. En vano me rechazar -
Isab. Deteneos... ó llamo...

Mars. ¿A quién, aleve?
 Nómbrale sin rebozo, y luego llama.
 Pero en vano será: no te figures
 Que tu voz oiga, y á tu grito salga.
 No lisonjeros plácemes oyendo,
 Su vanidad en el estrado sacia,
 No; lejos de los muros de la villa
 Muerte la tierra que su sangre baña.
Isab. ¡Qué horror! ¿Le has muerto?
Mars. Pérfida, ¿te afliges?
 Si lo llevo á pensar, ¿quién le librara?
Isab. ¿Vive?
Mars. Merced á mi nobleza loca,
 Vive: apenas cruzamos las espadas,
 Ya en su costado se clavó la mia:
 Un momento despues hundido estaba
 Su orgullo en tierra, en mi poder su acero.
 ¡Oh! ¡maldita destreza de las armas!
 ¡Maldito el hombre que virtudes siembra,
 Que le rinden cosecha de desgracias!
 No mas humanidad, crímenes quiero. }
 A ser cruel tu crueldad me arrastra,
 Y en tí la he de emplear. Conmigo ahora
 Vas á salir de aquí.

Isab. ¡No, no!
Mars. Se trata
 De salvarte, Isabel. ¿Sabes qué dijo
 El cobarde que lloras desolada,
 Al caer en la lid? «Triunfante quedas;
 Pero mi sangre costará bien cara.»
Isab. ¿Qué dijo? ¿Qué?
Mars. «Me vengaré en don Pedro,
 En su esposa, en los tres: guardo las car-
Isab. ¡Jesus! [tas. »
Mars. ¿Qué cartas son?
Isab. ¡Tú me has perdido!
 La desventura sigue tus pisadas.
 ¿Dónde mi esposo está? Dímelo pronto,
 Para que fiel á socorrerle vaya,
 Y á fuerza de rogar, venza sus iras.
Mars. ¡Justo Dios! ¡y decia que me
 amaba!
Isab. ¿Con su pasión funesta reconvienes
 A la mujer del vengativo Azagra?
 Te aborrezco. (Vase.)

ESCENA VIII.

MARSILLA.

¡Gran Dios! Ella lo dice.
 Con furor me lo dijo, no me engaña.
 Ya no hay amor allí. Mortal veneno
 Su boca me arrojó, que al fondo pasa
 De mi seno infeliz, y una por una
 Me roe, me devora las entrañas!
 Yo con ella, por ella, para ella
 Vivi... sin ella, sin su amor, me falta
 Aire que respirar... era amor suyo

El aire que mi pecho respiraba.
 Me le negó, me le quitó: me ahogo,
 No sé vivir.

Voces } Entrad, cercad la casa.
dentro. }

ESCENA IX.

ISABEL, TRÉMULA Y PRECIPITADA;
 MARSILLA.

Isab. Huye, que viene gente, huye.
Mars. (Todo trastornado.) No puedo.
Voces } ¡Muera, muera!
dentro. }
Mars. Eso sí.
Isab. Ven.
Mars. ¡Dios me valga!
 (Isabel le ase de la mano, y se entra
 con él por la puerta del fondo.)

ESCENA X.

ADEL, HUYENDO DE VARIOS CABALLEROS
 CON ESPADAS DESNUDAS. DON PEDRO,
 MARGARITA, CRIADOS.

Caballeros. ¡Muera, muera!
Ped. Escuchad.
Adel. Aragoneses,
 Yo la sangre vertí de la sultana;
 Pero el rey de Valencia, esposo suyo,
 Tras ella me envié para matarla.
 Consorte criminal, amante impía,
 La muerte de Marsilla maquinaba,
 La muerte de Isabel: para ambos era
 Esta punta sutil envenenada.
 (Muestra el puñal de Zulima.)
 Marsilla lo que digo corroboro.
 Cerca de aquí ha de estar.

(Abrese la puerta del fondo, y sale por
 ella Isabel, que se arroja en brazos
 de Margarita. Marsilla aparece ten-
 diendo en un escaño.)

ESCENA ULTIMA.

ISABEL, DICHOS.

Isab. ¡Madre del alma!
Adel. Vedle allí.
Ped. ¡Justo Dios! Inmóvil...
Isab. ¡Muerto!
Adel. Cumplió Zulima su feroz venganza.
Isab. No le mató la vengativa mora.
 Donde estuviera yo, ¿quién le tocara?
 Mi desgraciado amor, que fué su vida,
 Su desgraciado amor es quien le mata.
 Delirante le dije: «Te aborrezco.»

El creyó la sacrilega palabra
Y espiró de dolor.

Marg. Por todo el cielo...

Isab. El cielo que en la vida nos aparta,
Nos unirá en la tumba.

Ped. ; Hija!

Isab. Marsilla
Un lugar á su lado me señala.

Marg. ; Isabel!

Ped. ; Isabel!

Isab. Mi bien, perdona

Mi despecho fatal. — Yo te adoraba. —

Tuya fui, tuya soy : en pos del tuyo

Mi enamorado espíritu se lanza.

(*Dirigese á donde está el cadáver de*

Marsilla ; pero antes de llegar , cae

sin aliento con los brazos tendidos

hacia su amante.)

DOÑA MENCIA,

DRAMA EN TRES ACTOS EN VERSO,

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL PRINCIPE A 9 DE NOVIEMBRE DE 1838.

PERSONAS.

DOÑA MENCIA.
DOÑA INES.
DON GONZALO.
DON GUTIERRE.
CHACON.
SALOMÉ.
SEIS DAMAS.

UNA TORNERA DE UN CONVENTO.
RELIGIOSAS.
UN COMISARIO DE LA INQUISICION.
ALGUACILES DE LA INQUISICION.
UNA CRIADA.
CRIADOS.

La escena es en Madrid; el primer acto en un jardín y el segundo en una sala de casa de doña Mencía; el último en un convento.

La acción pasa á principios del siglo XVII.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un jardín. Por la derecha del actor se va á una puerta que da á la calle; por la izquierda, á la que comunica con la casa. Un cenador en el fondo, y dos mesas de piedra en el proscenio, una á cada lado. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MENCIA, DON GUTIERRE,
CHACON.

(Salen los tres por la izquierda: doña Mencía en traje como de beata, y don Gutierre con el escudo de la inquisición.)

Menc. ¿Es aquí la cita?

Chac. Aquí.

Menc. ¡Gentil enredo averiguo!

Y un criado tan antiguo

Como tú, ¡me vende así!

Chac. Yo nunca traiciones hago.

Cuando de Madrid partió

Vuearced, ¿á quién dejó

Por ama?

Menc. Aquí y en Santiago

Yo era siempre la señora,

Y en tí mi hermana debía...

Chac. ¡Haber tenido un espía
De sus pasos! En buen hora,
Si se me hubiese mandado.

Mandóseme obedecer:

¿Qué me tocaba?

Gut. Oír y ver...

Chac. Y callar, como he callado.

Gut. Y denunciarnos el nombre

Y señas...

Chac. ¿Sé yo escribir

Acaso?

Gut. Y no recibir

Dinero de ese buen hombre.

Chac. ¡Yo!

Gut. Vaya, hermano Chacon,

No me lo quiera negar:

Sabe que soy familiar

De la santa inquisición.

Adelante, pues confiesa

La culpa de fautoría.

Chac. Ya dije cuanto sabia.

Gut. Mala escapatória es esa.

Menc. Vamos, declara...

Chac. Sin fruto

Me atosigan usarcedes;

Que á no mentir...

Gut. No te quedes

Confidente diminuto.

Menc. Ese galán, di, ¿quién es?

Gut. Trata de espontanearte.

Chac. Es un hombre de buen arte

Que pretende á doña Ines ,
Y se llama don Gonzalo.

¿No lo he dicho ya? ¡Qué afán!

Menc. Prosigue... ó pierdes mi pan.

Gut. Prosigue... y te haré un regalo.

Chac. No me trastornes el juicio.

Gut. Canta por bien...

Chac. Don Gutierrez,

Si sé mas, que se me encierre
Mañana en el santo oficio.

Menc. ¿Y hay en ese galanteo

Cada día su papel

De él á ella?

Chac. Y de ella á él.

Gut. Y Chacon es el correo.

Menc. ¿Es cierto que no ha tenido

Nunca del jardín la llave

Don Gonzalo, y que no sabe

Mi casa ni mi apellido?

Chac. Primera vez que trasnocha

Es esta: no se han hablado

Sino en el Parque, en el Prado...

En el Soto... y en Atocha.

Gut. Mira ..

Chac. Usarcedes recelan

Sin causa de mí.

Menc. Veremos.

Gut. Por ahora le daremos

Absolucion *ad cautelam*,

Si fiel y debidamente

Nos sirve.

Chac. Gallego soy.

Menc. Vé por ese galan.

Chac. Voy,

Que ya le tendré impaciente.

(*Vase por la derecha.*)

ESCENA II.

DOÑA MENCIA, DON GUTIERRE.

Menc. ¡Amoríos en mi casa,

Templo de la honestidad!

Gut. Ahora determinad,

Ya que os dije cuanto pasa.

De vuestra hermana y de vos

He tenido la tutela,

Y os puede servir de escuela

Mi conducta con las dos.

La templanza en caso igual

Hace...

Menc. Pecais de indulgente.

Gut. Aprende uno á ser clemente

De aquel santo tribunal.

Yo, cuando la te se salva,

Disculpo cualquier error,

¡Ay! y para los de amor

Fuí siempre como una malva.

Menc. Yo mas rigida seré.

Gut. Vos sois jóven todavía;

No digais, doña Mencía:

«De esta agua no beberé.

Menc. Quien los veinticinco cuenta

Sin que al amor se sujete...

Gut. Puede amar de veintisiete,

Y aun pudiera de cuarenta.

Menc. Vos sabeis que amar no debo,

Y me conoceis á fondo.

Gut. Pues yo de mí no respondo,

Y no soy ningun mancebo.

Menc. Pronto mi pecho vestido

Veréis de un hábito ya,

Y él mi defensa será

Contra el arco de Cupido.

¿Habrà quien mi gusto tilda

Que en lo mejor se ha cifrado?

Gut. Toda ambicion es pecado:

Debierais ser mas humilde.

Menc. Si presumo, es de constante.

Gut. Quisiera, por esos fieros,

Bien enamorada veros,

Siendo á mi gusto el amante.

Menc. Desde niña vocacion

Tuve yo de religiosa...

Vos...

Gut. Hizomela dudosa

Lo verde de la razon.

Es al mundano Babel

Santo y bueno renunciar;

Mas antes conviene entrar

Y ver lo que pasa en él:

Que si luego con fervor

Pide una doncella el velo,

Elegida está en el cielo

Para esposa del Señor.

Vuestro carácter adusto

Que yo no supe regir,

Os hizo en casa vivir

Cautiva de vuestro gusto;

Y acosábame la idea

De que pudieran un dia

Pensaros en demasia

El hábito y la correa,

Y que diriais quizá:

«Yo jamás el mundo vi,

Yo no sé lo que hay ahí;

Pero me consumo acá;

Y en tentacion horrorosa

El ánimo vacilante,

Me recuerda cada instante

Que fui rica y soy hermosa.»

Por eso fué empeño mio

(Y fué empeño de prudencia)

Negaros siempre licencia

Para el ansiado monjío.

Ya que estais en libertad,

Cumplid vuestro anhele santo;

exijais otro tanto
 en su corta edad.
 , y en esto fundo
 erro la disculpa;
 x diez y seis no es culpa
 ficion al mundo:
 isera horfandad
) doble horron
 ncha su frente, son
 ignos de piedad.
 ese galante trato,
 s que en su exámen entro,
 leve sospecha encuentro
 jia de recato.
 e una monicion
 á Ines, y solemne;
 i de quedarle indemne
 estra proteccion.
 c. Y bien que yo compadezca
 ; el amor fatal,
 bo cortar el mal
 lugar á que crezca?
 hermana por ventura
 le elegir estado,
) su destino airado
 dena á la clausura?
 smo ¿no convenis
 ; esta la noche sea
 r vez última vea
 su Belianis;
 antes que la pasion
 ste dificultades,
 lo las vanidades
 ; á la religion?
 i en mí no hay mas rigores
 nes que los que en ella
 su enemiga estrella,
 né son vuestros temores?
 is que sus ojos bellos
 nedezcan si la riñe,
 eis que yo el cariño
 ue por los cabellos?
 t. Severo es quien nunca erró.
 nc. ¿Es reprehension ó lijionja?
 t. Es verdad.
 nc. Yo he de ser monja:
 Ines mejor que yo.
 t. Eso hace que os aconseje
 ir por un momento
 stardo nacimiento,
 fué su madre hereje.
 nc. Ya vienen aquí por fin
 (Mirando á la izquierda.)
 y dueña. L's oiré.
 t. Yo tengo llave: saldré
 puerta del jardín.
 Gutierrez se va por la derecha,
 la Memota se retira al cenador.)

ESCENA III.

Doña INES, ATAVIADA CON ESNERO;
 SALOMÉ.

Ines. Salomé, pisa mas quado.
 Sal. ¡Animas del purgatorio!
 Si está de aquí el dormitorio
 De la señora...
 Ines. No puedo
 Desechar mi sobresalto.
 Temo... siento haber venido.
 Sal. Entonces...
 Ines. Este vestido
 ¿No tiene el talle muy alto?
 Sal. ¿A estas horas reparais
 En el talle?
 Ines. Ya se ve.
 ¿Cómo le pareceré?
 Sal. Bien pronto á saberlo vais.
 Ines. Pero ¿hay desventura tal?
 La única vez de mi vida
 Que me he visto bien prendida,
 ; Enredarme en un rosal
 La cabeza! ¿Se conoce...?
 Sal. No, que estais hecha un lucero.
 Ines. Salomé... ¿Cuánto te quiero!
 ¿Verdad que hoy hasta las doce
 Nos detendremos?
 Sal. Es mucho.
 Ines. Media hora, poco mas.
 Sal. No, no.
 Ines. Rigorosa estás.
 ; Soy tan feliz cuando eacucho
 De don Gonzalo el acento!
 Y esta noche que es preciso
 Decirle, segun tu aviso,
 Que trate mi casamiento;
 Que ya de su romeria
 Vino mi hermana y tutora;
 Que soy... ¿Quién en media hora
 Encaja esa letania?
 Sal. Ya vereis como yo ignalo
 La plática al tiempo bien,
 Ines. A raya mi lengua ten;
 Mas deja hablar á Gonzalo.
 Sal. ¡Mucho habremos conseguido!
 ; Apenas soleis decirle
 Si ó no!
 Ines. Si para oirle
 Me falta tiempo y sentido.
 Sal. Ya; pero esa timidez
 Tanto de cartuja peca,
 Que sospechoso la truaca
 Don Gonzalo en esquivex.
 Ines. ¡Oh! no tal: cuerdo varon
 Es él, y mi amor primero:
 Conocerá que le quiero
 Con todo mi corazon.

Nunca el día olvidaré
 Cuando un astro que bendigo,
 Le traje á encontrar conmigo
 En aquel auto de fe.

¡ Con qué arrogante ademan
 Me abrió paso entre la gente!

Sal. Traza tiene de valiente
 Sin duda el buen capitán.

Ines. ¡ Con qué dulzura afeó,
 Sacándome del tropel,
 La curiosidad cruel
 Que á la función me llevó!

Sal. Esta noche hay que tratar
 De función mas importante:
 De cuándo con vuestro amante
 Ireis al pie del altar.
 Con mi señora en Madrid,
 Es imposible que siga
 El galanteo.

Ines. ¡ Ay, amiga!
 Yo tiemblo...

Sal. ¿ De qué? Decid.

Ines. De mi destino tirano,
 Cuyo rigor me acobarda.
 ¿ Querrá á la pobre bastarda
 Gonzalo entregar su mano?

Sal. Solo debe un caballero
 Ver la palabra que dió;
 Que nadie se enamoró
 Que fuese á mirar primero
 Para dar vuelo á su llama,
 Si el parroquial testimonio
 Daba fe del matrimonio
 De los padres de la dama.
 Lunares pueden mas negros
 Que el que á vos os incomoda,
 Perdonarse en una boda
 Que al novio no le da suegros.

Ines. ¡ Qué has dicho, loca de tí!
 ¿ Gimiera yo como gimo
 Si tuviese el dulce arrimo
 De la madre que perdí?
 Yo me arrojara en su seno,
 Y al revelar mi pasión,
 De maternal compasión
 Sé que lo encontrara lleno.
 También por su daño supo
 Lo que es amar la infeliz,
 Y por un leve desliz
 Baldon eterno le cupo.
 Ella la muda elocuencia
 Comprendiera de mi llanto;
 Pero ¡ ay! ¡ cuánto temo, cuánto,
 La rígida Indiferencia
 De una hermana que latir
 Jamás con tierno desvelo
 Sintió su pecho de hielo;
 Que me destinó á vestir

La mortaja por adorno;
 Que de monja me ensayó,
 Y claustro en casa me dió
 Sin locutorio y con torno!
 ¿ Qué hará conmigo al saber
 Que inobediente á su imperio
 Abjuré del monasterio?

ESCENA IV.

DOÑA MENCIA, SALIENDO RAPIDAMENTE DEL
 CENADOR; DOÑA INES, SALOMÉ.

Menc. Ella viene á responder.

Ines. ¡ Cielos!

Menc. Idos. (*A Salomé.*)

Sal. ¡ Oh Dios! (*Vase.*)

Menc. Ven á este lado,

Ven aquí, donde rota la espesura
 Del frondoso jardín, plácida vierte
 Sus resplandores mágicos la luna:
 Ven; que admirar á mi placer deseo
 Tu gentil atavío y apostura.
 ¡ Traje rico y galán! Parda estameña
 No el brillo ya de tu beldad ofusca;
 Tornasolada seda y albo encaje
 Realzan de tu tez la rosa pura,
 Y compartida en rizos y trenzado
 Tu cabellera con primor se anuda.
 ¡ Mal empleado afán! Solo á mis ojos
 Tu gala lucirás y tu hermosura. [*mana.*]

Ines. Mencía, compasión: eres mi her-
 Si conoces mi error, oye mi excusa.

Menc. Quien voluntario en el peligro cae,
 ¿ Cómo de su imprudencia se disculpa?
 Cuando yo, de mi voto en cumplimiento,
 Fui del apóstol á besar la tumba,
 ¿ Qué me oiste decir? «Sola te quedas:
 El que de tí cuidó y en mi renuncia
 Su cargo tutelar, conmigo parte;
 De tí fiamos la custodia tuya.
 Si tu sosiego, si tu dicha quieres,
 No quebrantes la rígida clausura
 Que guardamos las dos. Solo el camino
 Que desde casa al templo te conduzca
 Debes saber, y atravesarle solo
 Cuando principio á derramar confusa
 Su luz el alba: con tupido velo
 Tu semblante solícito se cubra,
 Y cerrados á plática liviana
 Ten los oídos, y la boca muda,
 Pues mujer que del hombre ser no puede,
 Fuerza es, Ines, que de los hombres huya.»
 ¿ No fueron estas mis palabras?

Ines. Ellas

Acaso de mi eterna desventura
 La sentencia serán. ¿ No adivinaste
 Que al decirme: « De haer lo que te cumpla
 Te doy poder; pero de usarlo tiembra,

Porque á grave peligro te aventuras, »
Iba á exclamar mi voluntad curiosa:
«Quiero eseriego ver con que me asustan?»
De nuestra patria Méjico en los años
En que la luz de la razon despunta
Vine aquí; y en domésticas labores
Ocupada y en místicas lecturas,
Yo de la corte del tercer Felipe
Bien lejos de gozar la pompa nunca,
Solo la casa vi que nos encierra,
Una calle, un altar y una tribuna.
Arida sí, pero tranquila el alma,
No anhelaba quebrar las ligaduras
Que no echaba de ver: á conocerlas,
A romperlas, tu voz inoportuna
Me enseñó y alentó. Tú me vedaste
Ver, y por eso vi: tuya es mi culpa.

Menc. ¿Fui yo quien á los brazos de Gonzalo...?

Ines. Me puso en ellos mi cruel fortuna.
Yo, muerta de terror...

Menc. Debí por cierto,
Sí, debí ser gravísima tu angustia
En aquella ocasion. ¿Y no has pensado
Por qué á tí sola, de la inmensa turba
Que el tremendo espectáculo miraba,
Piedad causó la descreída chusma?
¿Cómo no recordaste que enemigos
De Dios, á cuya fe con loca furia
Traidora guerra entre tinieblas hacen,
Organos del infierno y sus hechuras,
La pena de morir ardiendo vivos
Aun para tanto crimen no era mucha?
En tanto que sardónicos apodos
Excitaba el color, la catadura
De cetrinos sectarios de Mahoma,
Sucios hebreos y arrugadas brujas,
¿Qué viste tú que de dolor y asombro
Te derribó en el suelo moribunda?

Ines. Vi una mujer ¡oh Dios! jóven, her-
suelta la larga cabellera rubia, [mosa,
Sobre la frente la coroa llena
De emblemáticas, hórridas figuras,
Atrás sujetas con rigor las manos,
Sujeto el labio con mordaza ruda,
Por el temor quizá de que sus ayes
Hasta en el alma de sayon mas dura
Despertasen piedad. Cuando los ojos
Puse en aquella faz cárdena y mustia,
Cuando el lloro entendí que le arrancaba
El reciente dolor de la tortura,
Cuando cayó la triste, y arrastrando
Vi llevarla á quemar casi difunta...

Menc. La imágen propia de tu madre viste.

Ines. ¡De mi madre! ¡Gran Dios!

Menc. Secuaz ilusa

Beatriz de los errores de Lutero...

Ines. ¡Luterana!

Menc. Así en Méjico su culpa
Fué al brasero á expiar.

Ines. ¡Madre infelice!
Y yo ignorante de su fin...

Menc. Y oculta
Siempre su suerte para tí quedara
Sin la insana aflicion que se conjura
Contra mi cuerdo plan. El desgraciado
Que un traidor á la fe cuenta en su alcurnia,
Resentido, defectos á los jueces
De rectitud ó de saber imputa;
Cegado ya con tan falaz idea,
Disculpar al apóstata procura;
De las disculpas al exámen pasa
Del contagioso error; le ve, le gusta,
Le da su sangre pérfido consejo,
Brillante la mentira le deslumbra,
Y tenaz abrazándose con ella,
De su linaje el crimen perpetúa.
Crimen que si perdon jamás alcanza,
Solo es porque quizá jamás se purga.

Ines. ¡Bárbara proscricion! ¡horrible
pena!

Menc. Horrible, Ines, y sin embargo justa.
Un traidor, un falsario, un asesino,
Una consorte desleal, se acusa
De su crimen al cielo que perdona,
Y su infamia con ellos se sepulta,
Y el mundo á las virtudes de los hijos
El yerro de los padres disimula;
Mas cuando Dios condenacion eterna
Contra el impio pertinaz pronuncia,
Si el hombre compasivo le mirara,
¿No escarneciera la Justicia Suma?
Por eso, Ines, el misero que nace
Con esa mancha original impura
Causa á todos horror: temen la lepra
Que retoñar en él puede fecunda;
Témenla con razon, huyenle todos,
Un mendigo famélico le insulta,
Y este anatema general impide
Que la herética peste se difunda.

Ines. Pero ¿con qué delito los rigores
De ese anatema mereci?

Menc. Pregunta,
Pregúntame ¿por qué la sacra toca
Quiero en tu frente colocar?—¿Quién busca,
Quién, di, de una mujer la mano acepta,
Si el sambenito vil se alza en su cuna?

Ines. ¡Hija de luterana!

Menc. No imagines
Que el peso de tu afrenta no me abruma.
De nuestro padre en el cristiano pecho,
Sí, Beatriz Coronel sembró la duda;
Sábelo, y á oprobrios penitencia
El noble don Alfonso de Lanuza
Se hubo de sujetar.

Ines. Todo á mi daño

Concurre.

Menc. Y todo contra mí se junta.
Los cinco lustros de cumplir acabo,
Mis vanidades el espejo adula,
Y las rejas de hierro de mi calle
De oro las puedo hacer. ¿Y qué disfruta
De tantos dones tu infelís hermana?
Traje humilde su cuerpo desfigura...
Soledad y oracion sus horas llenan...
Y con todo la sangre que circula
Por mis venas es llama, y en mi pecho
Tal vez el corazon pide ternura.
Pretendientes tambien tuvo mi dote;
Pero ¿qué suerte la nupcial coyunda
Me podia ofrecer?

Ines. Si eras amada...

Menc. Ines, el himeneo desanuda
La venda del amor. Viera mi esposo
En sus parientes esquivaz adusta,
Viera en los superiores menosprecio,
Viera en el vulgo desacato y burla;
Y al hallar de su afrenta y abandono
La causa en su mujer, cual leve espuma
Su amor, ya de deber, se disipara,
Y vendria el desden, la queja injusta,
Y el triste al fin, el sepulcral olvido.
Del vicio entonces en el ara inmunda
Su corazon y su cáudal pusiera,
Y raro huésped en la casa suya,
En ella solo con placer entrara
De su esposa á mandar la sepultura.
Si esta vida me diera el matrimonio,
¿Cuál puedes esperar?

Ines. ¡Oh! ¡cómo injurias
De Gonzalo el amor! Las opiniones
Tú del mundo sabrás, yo sé la suma
De cariño que el pecho de Gonzalo
Fiel atesora para mí.

Menc. No dura

Esse cariño, Ines.

Ines. Durará el mito,
Que es el primero.

Menc. Es fuerza que concluya,
Y que el velo de esposa del Eterno
La ignominiosa marca nos encubra.

Ines. Si puedo con Gonzalo ser dichosa,
¿Porqué han de arrebatarne mi ventura?

Menc. Yo tengo autoridad...

Ines. Es imposible
Que un mandato cruel mi pecho cumpla.

Menc. ¡Ines! ¡Ines! á mi furor te expones.
[escucha.]

Ines. Mi horfandad propia contra tí me

Menc. Me debes el vivir...

Ines. Esclava...

Menc. ¿Sabe

Mi pupila que tal desenvoltura,
Nada por cierto de su sangre ajena,

Puedo yo escarmentar? ¿Que si se escucha
Cerca de aquí mi voz, mis gentes llegan,
Y á una seña esas galas le desnudan,
Se las truecan en áspero cilicio,
Y cortado el cabello, la sepultan
Donde olvidé que hay sol?

Ines. Allí á Gonzalo

Conservaré mi fe.

Menc. ¿Con que rehusas

Mis órdenes cumplir?

Ines. Yo no respeto
Caprichos de una hermana furibunda,
Que envidiosa quizá...

Menc. ¿De tí? Te juro

Que ha de costarte cara la calumnia.

Ines. Prueba á arrancar, si quieres, de
La imágen que hay en él. [mi pecho]

Menc. (Aparte. Valga la astucia:
Finjamos.) Bien: y si Gonzalo fuera...

Ines. ¿Qué? ¿Infelí?

Menc. Infelí á Dios.

Ines. No me confundas.

¿Cómo...?

Menc. Si fuera hereje...

Ines. ¡Santo cielo!

¡Hereje!

Menc. Si encargada su captura
Don Gutierre tuviera...

Ines. ¡Oh! que le salve,
Que le salve por Dios. Corre en su busca.

Menc. Va á venir al momento: aquí á
Prenderá. [Gonzalo]

Ines. Compadéce mi amargura.

Si peligrá mi bien, anonadada,
Gimiendo implero tu favor y ayuda.
Libra á mi amante, libralo.

Menc. ¿Prometes...?

Ines. ¿Qué? Di.

Menc. Dar al olvido esa locura.

Ines. Si no lo he de cumplir, ¿á que

Menc. Pues Gonzalo será... [ofrecerlo?]

Ines. ¡Suerte iracunda!

Menc. Tú lo quieres.

Ines. Me rindo.

Menc. ¿A todo?

Ines. A todo.

Menc. Escríbele un papel...

Ines. ¡Una repulsa!

Menc. Clara, indudable.

Ines. ¡Hermana!

Menc. De otra suerte...

Ines. Basta, yo escribiré. Mienta la plu-
Que es virtud el mentir. ¡Me sacrifico [ma,
Por él! — y él creará que soy perjura!

Menc. Vete, y sin dilacion la carta es-
cribe:

Por ella enviaré. Fía en mi industria
La suerte de Gonzalo.

Ines. ¿Y no he de verle?
Menc. Jamás. Importa que con presta
 Salga de España. [fuga
Ines. Sí, y á mi entre tanto
 Que mi dolor agudo me consuma.
Menc. En breve el tiempo curará esa
 pena.
Ines. La mia sin la muerte no se cura.
Menc. Pena que da el amor, ofende poco.
Ines. ¡Permita Dios que como yo la su-
 fras!

ESCENA V.

DOÑA MENCIA. DESPUES CHACON.

Menc. Creo que nó la reduzco
 Sin esta superchería.
 Discúlpeme la intencion
 Del uso de la mentira. (*Sale Chacon.*)
Chac. Don Gonzalo está á la puerta.
Menc. No le habrás dicho...
Chac. Ni pizca.
 El recado que le dí
 Es el de doña Inesita.
Menc. Dile que venga, y despues...
Chac. Despues dejaré que riñan
 Vuesas mercedes á gusto,
 Y salvaré mi costilla.
Menc. Has de traerme un papel
 De Ines, y una luz.
Chac. ¡Mislva
 Tenemos?
Menc. Y me la entregas
 Con sigilo.
Chac. (*Aparte.*) Dios me asista,
 Y entre tantos enemigos
 Me libre de una paliza. (*Vase.*)
Menc. (*Sola.*) Quiero conocer al hombre
 Que tiene tan derretida
 Y tan briosa á mi hermana.
 Tal vez será un estantigua;
 Pero ella, que solo ha visto
 Al tutor...

ESCENA VI.

DON GONZALO, DOÑA MENCIA.

Gonz. ¡Ines querida!
Menc. No es Ines á quien hablais,
 Ni vendrá.
Gonz. Señora misa...
Menc. Señor don Gonzalo, creo
 Que os habrá dado noticia
 Ines de mí.
Gonz. ¿Sois su hermana?
Menc. Sí. Perdonad la visita
 Que, sin desearlo vos,
 Os hace doña Mencía.
Gonz. No la esperaba por cierto,

Y no sé qué vaticina.
 Falta á vuestro lado, falta
 La estrella que aquí me gula,
 Y entre esperanza y temor
 Incierta el alma vacila.
Menc. Por las palabras que os oigo,
 Y el tono que las anima,
 Veo que amais... Digo, creo
 Que el amor así se indica,
 Pues cómo yo nunca amé,
 No tengo en esto pericia.
Gonz. ¿No amasteis? ¿Qué empleo dais
 A las gracias peregrinas
 Que os atribuye la fama?
Menc. Cuales sean, ofrecidas
 Están á Dios.
Gonz. Se le deben
 Las prendas de mas valía.
Menc. Mejor, segun esa regla,
 Las de mi hermana debian
 Consagrarse. Yo soy
 La noche, y ella es el dia.
Gonz. Señora, ¿qué me anunciáis?
 Cruel recuerdo me agita.
 Ines creo que me habló
 De un arreglo de familia
 Que al claustro la destinaba.
Menc. Fué resolucion precisa,
 Y así...
Gonz. ¿Me vais á mandar
 Que de su amor me despida?
 ¿Me llamis con ese fin?
 Hablad: ¿sois vos quien me priva
 De su cariño, ó es ella
 Quien mis promesas olvida?
Menc. Quisiera que me escuchais
 Con el alma mas tranquila.
Gonz. Si á una nueva dolorosa
 Con reflexiones prolijas
 Me pretendéis preparar,
 Excusad esa fatiga.
 La costumbre de sufrir
 Con el mal familiariza,
 Y yo debo al infortunio
 Muy frecuente compañía.

ESCENA VII.

CHACON, CON UNA CARTA Y UNA LUZ; DOÑA MENCIA, DON GONZALO.

Chac. Señora.
Menc. Si dais licencia...
Gonz. Vos no debierais pedirla.
 (*Hablan bajo doña Mencía y Chacon.*)
Menc. ¿Traes la carta de Ines?
Chac. Llorando á lágrima viva
 Me la entregó.
Menc. Dame, y vete.

(*Da una ojeada al billete á la luz de la bujía, puesta por Chacon en una de las mesas de piedra.*)
 Está como yo queria.
Chac. (Aparte.) ¿En qué parará el enredo?
(Vase.)

ESCENA VIII.

DOÑA MENCIA, DON GONZALO.

Menc. Decíme : ¿os es conocida
 La letra de Ines?
Gonz. Sí.
Menc. Ved
 A la luz de la bujía
 Esa carta. *(Se la da.)*
Gonz. (Abre y lee la carta.) Es de su
Menc. Ines de Lanuza firma. [mano.
Gonz. ¡Me abandona!
Menc. Pues no tuvo
(Aparte, mirando á don Gonzalo mientras este lee.)
 Tan mal gusto mi hermanita.
Gonz. Ya lo comprendo : por esto
 A mi lado la vea
 Confusa, callada... Bien.
Menc. (Aparte.) Quiere vencerse.
Gonz. ¡Ah!
Menc. (Aparte.) Suspira.
Gonz. Sí, de tres lustros á ocho
 La distancia es infinita.
 Niña al fin. Sea en el claustro
 Feliz.
Menc. (Aparte.) ;Cómo se querian!
 ; Y un hombre de su edad ama
 Así?
Gonz. (Leyendo.) «Olvidadme : movida
 De noble impulso...» *(Rasga la carta.)* Se
 Figurado que está linda [habrá
 Con la toca, y esto basta.
Menc. (Aparte.) Pena da...
Gonz. ; Mas porqué había
 De ser la jóven que amé,
 Del vulgo de ellas distinta?
 Presuntuosas, falaces
 Y volubles, todas miran
 El amor cual pasatiempo,
 Que cansa si no varia.
 Quien las conoce y las ama,
 Que de juguetes les sirva.
Menc. Males hay que bienes hacen.
 Quizá ese papel os libra
 De algun arrepentimiento.
Gonz. ;De qué me arrepentiria?
Menc. Es bastarda Ines.
Gonz. Bastardo
 Ha sido un rey de Castilla,
 Y no el peor.

Menc. Tiene luego
 Contra si...
Gonz. ¿Qué?
Menc. La ignominia
 De...
Gonz. ¿Cuál?
Menc. La del aspa roja,
 Que no es una niñería.
Gonz. No os escandalice oír
 Que eso poco significa
 Para mi.
Menc. Me huelgo mucho
 De vuestra filosofia.
Gonz. Yo no me dejo arrastrar
 De la opinion que domina,
 Si justa no me parece.
 Virtud y amor necesita
 Mi corazon, no blasones,
 Que mas que illustren, engrían.
 Por eso á Ines adoré :
 Me la figuré sencilla,
 Capaz de amarme... Lo supo
 Fingir bien. He de hacer trizas
 La imágen que mis pinceles...
Menc. ;Pintar sabeis?
Gonz. Yo servia
 En Flandes ; fui prisionero
 Muchos años, y reunidas
 Necesidad y aficion...
Menc. Entonces no es maravilla.
 Y ¿habeis retratado á Ines...?
Gonz. Pintaba una alegoría,
 Y dí á la *Felicidad*
 El rostro de mi querida.
Menc. Si vos feriarne quisierais
 Ese cuadro...
Gonz. No es artista
 En España, es capitán.
 Don Gonzalo de Mejía,
 Y su obra sin interés
 Si os agrada, os la dedica.
Menc. Mil gracias. Si las facciones
 Que trazasteis con delicia
 Ya os atormentan, podéis
 Con otras sustituir las.
 Borráis la cara de Ines,
 Y en su lugar...
Gonz. Temeria
 Si no tuviese delante
 Un modelo, repetirla.
 Un modelo hermoso.
Menc. Tanto
 Como Ines.
Gonz. Mas todavía.
Menc. Y ¿dónde hallareis tan rara
 Beldad?
Gonz. La tengo á la vista.
Menc. Es de noche : no veis bien ;

Las sombras os alucinan.

Gonz. Si entre las sombras erré,
La luz mi engaño corrija.

(*Toma de la mesa la luz, y contempla el rostro de doña Mencía.*)

Menc. Quitad.

Gonz. Permitid que admire

Ese rostro donde unidas
La modestia y la belleza
Respeto plácido inspiran.
O son memorias ó sueños
Mios; pero esa caída
Dulce de ojos, ese tierno
Rosicler de las mejillas,
Esos labios agitados
Por la ligera sonrisa
De un goce interno, inocente,
Me ofrecen la imagen viva
Que de la felicidad
Se creó mi fantasía.

Menc. Acabad, no estais ahora
Retratándome.

(*Le quitta la luz y la apaga.*)

Gonz. Consiga

Yo de vos ese favor.
Con una sola visita
Que os dignéis de concederme...

Menc. ¿No fuera descortesía
Tachar el rostro de Ines
En presencia de ella misma?

Gonz. ¿En su presencia? ¿Pensais
Que á verme se atreveria?

Menc. Además, el barrio sabe
Que solo mi estrado pisa
Un anciano, y si venis
A casa, lo notarían.

Gonz. Pasar á la mia vos
Fuera bondad excesiva;
Pero...

Menc. Yendo disfrazada,
Nada el recato peligra.

Gonz. ¡Tanta merced!

Menc. Quiero ver
Si Ines está parecida.

Gonz. Es retrato de memoria.
¿Cuándo os espero? Querría
Concluir pronto mi cuadro,
Y ofrecérosle en primicias
De mi amistad.

Menc. Decid vos
Cuándo os acomodaría
Que os visitase.

Gonz. Mañana,
Si no hay cosa que os lo impida.

Menc. Iré con mi camarera
Mañana despues de misa.

Gonz. Doblais mi agradecimiento.

Menc. Basta ya de cortesías.

Perdonad, tengo cuidados

Que á despediros me obligan.

Gonz. Culpad vos á vuestra suma
Bondad, que al abuso incita,
Si ya no me retré.

Menc. Venid, seré vuestra guia,
(*Dándole la mano.*)

Porque es de esos emparrados

La hojarasca tan tupida,

Que no vereis el camino.

Gonz. Vuestros ojos lo iluminan.

Menc. Entonces excuso daros

La mano. (*Suelta la de don Gonzalo.*)

Gonz. Yo puedo asirla. (*Lo hace.*)

Menc. Quedo, que la tratais mal.

Gonz. Sujeto á una fugitiva.

Menc. Si os viera en este momento
Ines...

Gonz. ¡Ah! me vengaria...

Menc. ¿Cómo?

Gonz. ¿Cómo? Así.

(*Besa la mano de doña Mencía.*)

Menc. (*Con dignidad.*) ¿Qué es eso?

Gonz. Un desquite de justicia,

Un tributo á la virtud.

Menc. Una licencia atrevida.

Gonz. Perdonad...

Menc. Respectuoso

Os quiero.

Gonz. Yo á vos benigna.

(*Se encaminan á la puerta.*)

Menc. (*Aparte.*) Galan es el don Gonzalo.

Gonz. (*Aparte.*) Hermosa es doña Mencía.
(*Vanse.*)

ACTO SEGUNDO.

Sala con dos ventanas, una en el fondo que cae á un jardin, y otra á la derecha, que da á la calle: ambas adornadas con cortinas de damasco. Tres puertas, dos á la izquierda y una á la derecha. Tapices, silleria guarnecida tambien de damasco, mesa y escritorio de nogal, etc.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INES, DON GUTIERRE,
SEIS DAMAS JÓVENES.

(*Doña Ines, bizarramente vestida, y don Gutierre, sentados. Tres de las damas aparecen agrupadas al rededor de Ines, otra tañe la vihuela, y las dos últimas bailan.*)

Gut. (*Acabado el baile.*) Gallardamente
Dama 1ª. Muy bien, amigas. [bailado.

Otras damas. Muy bien.
Dama 2ª. Muchas gracias, don Gutierre.
Dama 3ª. Nada dice doña Ines.
Ines. ¿Qué he de decir yo de baile,
 Si no sé mover un pié?
Dama 1ª. Pues eso mas os harán
 En el convento aprender.
Dama 3ª. ¿Tambien en los monasterios
 Se usa la danza?
Gut. Tambien
 Se gozan ratos alli
 De desahogo y placer.
Dama 3ª. El padrino del monjio
 Parece que sabe...
Gut. Sé
 Lo que hay de verjas adentro,
 Porque administro...
 (*Habla bajo con la dama 3ª.*)
Dama 1ª. Tened
 Valor, doña Ines: mirad,
 Nosotras, toditas seis,
 Tarde ó pronto religiosas
 Como vos hemos de ser,
 Y sin embargo vivimos
 Mas contentas que un Belen.
Ines. Soy yo poco bulliciosa;
 Y este dia...
Dama 4ª. Ya se ve:
 Dia de mudar estado
 ¿No ha de dar en que entender?
 Loca estoy de discurrir,
 Y eso que me falta un mes
 Para entrar en el convento,
 Qué padrino elegiré.
Todas. Un buen mozo.
Gut. Niñas, dar
 Viso de ridiculéz
 A estas materias, no es justo.
 ¡Qué diantre! ya que charleis...
Dama 5ª. Para misereres, harto
 Tiempo nos queda despues.
Dama 1ª. Hoy que entra doña Inesita
 En religion, es de ley,
 Por despedida del mundo,
 Loquear cuanto nos dé
 La gana.
 (*Levántanse las seis jóvenes y rodean
 á don Gutierre.*)
Dama 2ª. Señor padrino,
 Respete vuestra merced
 Nuestros derechos.
Dama 4ª. Señor
 Padrino, hay que conceder
 Alguna cosa á las pobres
 Que, mal su grado tal vez,
 Se encierran en una celda,
 Solo por obedecer.
Gut. Pero escuchad.

Dama 1ª. Nada escucho.
 Yo, tuerta como me veis,
 Y corcovada y sin novio,
 (¿Quién diablos me ha de querer?)
 Tenia una repugnancia
 Feroz al santo fardel,
 Y ¿sabeis cómo me han hecho
 Decir que lo tomaré?
 Arguyendo á mi joroba
 Mi madre con un cordel.
Dama 6ª. Yo fui destinada al velo
 Un mes antes de nacer.
Dama 2ª. Las tres somos segundonas.
 (*Señalando á las damas 4ª y 5ª.*)
Dama 3ª. Yo soy noble como el rey,
 Bien que pobre: me queria
 Un ricote portugués;
 Pero fué su quinto abuelo
 Mesonero en Santaren,
 Y á Dios boda: otra no sale,
 Paso ya de veintitres,
 ¿Qué han de hacer conmigo?
Gut. Pero...
Dama 1ª. Callad.
Dama 2ª. No nos repliqueis.
Gut. Es que...
Dama 3ª. Dejadnos en paz.
Dama 4ª. Echarle de aquí.
Todas. Eso es.
Dama 1ª. ¿Para qué queremos viejos?
Todas. Afuera, afuera con él.
 (*Asen de don Gutierre y le empujan
 entre las seis hácia la puerta.*)
Ines. Señoras, oid.
Gut. Soltadme,
 Familia de Lucifer.
Todas. Fuera estorbos.

ESCENA II.

DOÑA MENCIA, UNA CRIADA, LOS MISMOS

Menc. ¿Qué sucede
 Por aquí?
Gut. Mirad...
Dama 2ª. Sabed...
Dama 2ª. Don Gutierre se desmanda
 Con nosotras.
Gut. ¡Yo!
Todas. ¿Pues quién?
Menc. ¡Eh! basta de necedades.
 Decid: ¿dónde dispondré
 Que os sirvan el agasajo?
 ¿En el jardin, en aquel
 Cenador, ó en esta sala?
Todas. En el jardin.
Menc. (*A la criada.*) ¿Lo entendéis
 Avisad al punto. (*Vase la criada*)

Dama 1ª. Vamos,
Vamos todas en tropel
Al jardín. Ines conmigo.
Ines. (Aparte.) ¡Qué infeliz es la mujer!
Dama 1ª. Dios os guarde, don Gutierre.
Todas. Padrinito, hasta despues.
(Vanse doña Ines y las seis damas.)

ESCENA III.

DOÑA MENCIA, DON GUTIERRE.

Menc. ¡Buena gaviña de locas
Me fuisteis vos á traer!
¡Y qué ofrescan al Señor
Muñecas de este jaca!
Gut. ¿Qué tiene de singular?
El claustro es el almacén
De los frutos conyugales
Dificiles de vender. †
Menc. No decís mal.
Gut. Por supuesto;
Y aunque vuestra hermana está...
Menc. Ines se llama.
Gut. Costumbre
Vieja, mala de perder.
Y eso que infinitas veces
He leído ese papel
Que, amuerta ya vuestra madre,
Con los suyos encontré.
Menc. Desde que lo he recibido
De vos, lo he vuelto á leer
Veinte veces hoy. ¡Qué dama
La tal Beatriz Coronel!
Gut. Esa sumaria dejad
Suspensa, y sobreaced
En el asunto. Yo dije:
¿Quiere en religion poner
Doña Mencía á Inesita?
Vea el escrito, y despues
Que la dote como quiera.
Yo mi obligacion haré
De este modo, aunque Dios sabe...
Menc. ¿Qué razon hay de temer?
¿Qué hay allí que deje duda?
Gut. Pues yo sí dudo.
Menc. Atended.
(Saca de un escritorio un papel y lee.)
Cuando llegue á Méjico esta carta, Beatriz
hermosa, ya habré pisado yo las playas
europeas. Mi único consuelo al separarme
para siempre de la mujer que adoro, es la
certeza de que su reputacion queda salva;
pero ¡cuántas penas acibarán esta idea
consoladora! Hay en Méjico un hombre,
un caballero, cruelmente engañado; un
hombre que llama hija suya á la que tú
sabes que es mía, fruto de mi oculto

amor. Este recuerdo me envilece á mis
ojos hasta el punto de desconocer que de
aquel engaño pende quizá nuestra vida.
A Dios, Beatriz: borra de tu memoria
los vínculos que nos unen, y sé tan feliz
como yo me ausento desgraciado.
¿A quién escribe este amante
Que se firma don Guillen
Herrera?

Gut. A la luterana,
Beatriz, la madre de Ines.
Menc. ¿Y el hombre que llama hija
A la que no ha dado el ser...?
Gut. Parece que es don Alfonso
Lanuza.

Menc. Sí, con soez
Artificio de mi padre
Burlaron la buena fe
Beatriz y el galán oculto
Por su común interés.
(Pone el papel en el escritorio.)

Misterios del sentimiento
Vengo al fin á comprender:
Esos renglones explican
El origen del desden
Que hácia Ines mal de mi grado
Sentí desde la niñez.
Mi corazón rehusaba,
Sin que supiese por qué,
Sangre de origen extraño
Por mí reconocí.
Nada me toca.

Gut. Con todo,
Yo vuelvo á mi pesadez.
Vuestra madre doña Juana
Leonor de Villarroel,
Vuestra madre, que debía
Ese secreto saber,
¿Por qué razon lo calló?

Menc. Porque un tiempo amiga fué
De Beatriz.

Gut. Porque jamás
Un engaño padecer;
Porque, como yo, dudaba
Mucho lo que vos creéis.
A pesar de todo vos
Dotais con espléndidez
A esa muchacha, la dais
Estado...

Menc. ¿Qué puedo hacer
Mas?

Gut. Quemar ese billete.
Ya ¿para qué lo queréis?
Sin fecha de lugar, ni año...
Y ha de ser falso también.
¿Quién escribe á una querida
Con tan seca rigidez,
Sin doscientos ay-de-mics,

Sin lo de ingrata, cruel,
Fiera...?

ESCENA IV.

SALOMÉ, CON UN BOLSILLO VACÍO EN LA
MANO; DOÑA MENCIA, DON GUTIERRE.

Sal. Señor don Gutierre,
Doña Brígida Garcés,
La corcovadita, os ruega
Que de pasar os digneis
Un rato al jardín, y añade
Que ya podeis recoger
Este bolsillo.

Gut. (Tomándolo.) ¡Es el mio!
Por la cara de Jaen
Que me le quitaron.

Sal. ¡Huy!
¡Jesus qué desfachatez!

Gut. Y sin blanca me le vuelven.

Menc. ¡Lindo juego!

Sal. (A don Gutierre.) No os quejeis.
Veinte pobres á la puerta
La generosa merced
Agradecen...

Gut. Pues he sido
Generoso sin querer.

Sal. Hacer bien nunca se pierde.

Gut. ¡Maldita de Dios amén
La tuerta! El chasco sabrá
Su confesor; y pardiez,
Que ha de tenerla ocho dias
A cilicio y sin comer. (Vase.)

ESCENA V.

DOÑA MENCIA, SALOMÉ.

Sal. ¡Qué niñas estas de hogaño!
¡Miren qué damas de prez!
Desenvueltas, bellaconas,
Bachilleras... Pues volved
La vista á los mancebitos.
El mejor no vale tres
Ardites. ¡Tan estragados!
Sin respeto á la vejez...
Ni á la juventud tampoco;
Porque en diciendo que ven
Dos ojos negros, al punto
A minar, á corromper
La lealtad de las criadas,
Para que tercién...

Menc. ¿Y qué?
¿Venís con carta de algun
Almibarado doncel?

Sal. ¡Para esos tratos soy yo!

Menc. Acabad.

Sal. ¡Buena sandez

Fuera! ¿No me despedisteis
Por don Gonzalo? Al revés:
Aunque supiera que vos
Me habiais de agradecer
La mensajería...

Menc. ¿Cómo?

Sal. Entereza es menester,
Eso sí; pero primero
Soy yo. — Que tengo interés
Grande en hablar con tu ama. —
No, señor, no soy infel. —
Que me importa honor y vida
Verla. — Pues no la vereis. —
Que voy á salir al punto
De Madrid. — Marchad, y buen
Viaje. — Que no es Inesita
Con quien deseo tener
Esta explicacion forzosa,
Que es doña Mencía. — Bien;
Que lo sea.

Menc. ¿Quién te hablaba
De esa manera? ¿Se fué?
¿Qué le has dicho?

Sal. Yo le dije:
Tan embozada traeis
La cara, que no conozco
Si sois don Gonzalo, ó quién.

Menc. ¡Gonzalo!

Sal. Me dió un anillo,
Y me ofreció un puntapié,
Y, para quejarme á vos,
Eché de miedo á correr.
Ponédmele de atrevido...

Menc. Sí, yo le reprenderé.
Marcha á buscarle al momento.

Sal. Si tuvo la avilantez
De seguirme. (Llama.) Don Gonzalo.

Menc. ¿Está aquí? (Sale don Gonzalo)

Sal. Miradle. Ved

Que á nadie...

Sal. ¡Jesus! ¡Poquito
Me lo habrá encargado él!

Menc. Salid ahora.

Sal. Sí, voy
Al jardín con doña Ines. (Va)

ESCENA VI.

DON GONZALO, DOÑA MENCIA.

Gonz. ¡Mencia!

Menc. ¡Qué atrevimiento!
¡Qué imprudencia! — Pero vienes
Turbado. ¿De qué? ¿Qué tienes?

Gonz. Mencia, de tí me ausento.

Menc. Cuando mi aflicion honesta
En deber se va á trocar,

Cuando me vas á llamar
Esposa, ¿qué ausencia es esta?
¿Es verdad, Gonzalo mio?
¡Tú me dejas, inhumano!

Gonz. Contra mí se alza una mano
Que puede mas que mi brio.

Menc. Contra cualquiera poder

Que te amenace sañudo,
Mi amor te ofrece un escudo
Que nadie podrá romper.
En mi casa encontrarás
Seguridad y regalo. —

¿No me quieres ya, Gonzalo?
No, si de Madrid te vas.

Gonz. ¡Si te quiero me preguntas!

¿No es esta tu mano blanca
La que de mi pecho arranca
Mil emponzoñadas puntas
Que en él me clavó el pesar
Desde mis años primeros?
Hasta que vi tus luceros,
¿Supe de veras amar?
¿Amar con afecto blando
Sin conocer inquietud,
Descansando en la virtud,
Y en la dicha descansando?
Creía yo que era amor
Un fuego ardiente y voraz,
Una guerra en que la paz
Disgusto daba y temor;
Mas tú descubrir me has hecho,
Estrella de mi ventura,
Del amor la parte pura
Que estaba oculta en mi pecho;
Y me parece el amarte
Tan justo y santo deber
Como el de adorar al Ser
Que la vida nos reparte.
No es mi amor llama que oscila
Movida de viento vario,
Es luz que en un santuario
Arde callada y tranquila,
Es la afeccion natural
Que se tienen dos gemelos
Trasladados á los cielos
Desde el seno maternal.

Menc. ¡Y me abandonas, infiel!
Quédate: no me abandones.

Gonz. Con ocultarme te expones
A persecucion cruel.

Menc. Venga la persecucion,
Como te deje á mi lado.

Gonz. ¿Sabes que estoy denunciado...?

Menc. ¿A quien?

Gonz. A la inquisicion.

Menc. ¿Es posible? Tú me engañas.

Gonz. A ser otro el enemigo,
¡Huyera yo de él!

Menc. (*Aparte.* Castigo
Parece de mis marañas.)

Mas ¿cómo supiste...?

Gonz. Aviso

Me ha dado mi delator.

Menc. Prémiele Dios el favor.

Gonz. Pero anduvo tan remiso,

Que yo el piadoso billete

Todavía repasaba,

Y ya en centinela estaba

Frente á mi casa un corchete.

Menc. En grave peligro estás.

(*Corre las cortinas de la ventana del fondo.*)

Gonz. Me salvaré: no te azores.

Menc. Pero á los inquisidores,

¿Por qué sospecha les das?

¿Por qué temas que el severo

Tribunal su rayo lance?

Gonz. Tengo una Biblia en romance...

Y un retrato de Lutero.

Menc. ¡Ay, Gonzalo de mi vida!

Gonz. Y por esto se me acusa.

Menc. No tienes ninguna excusa.

Perdido estás, yo perdida.

Mas yo para tí soy mucho.

¿Harás lo que yo te ruegue?

Gonz. ¿Qué habrá que mi amor te niegue?

Menc. Ve y denúnciate...

Gonz. ¿Qué escucho!

¡Que doble yo la rodilla

Al santo oficio!

Menc. El monarca

Se la dobla, y cuanto abarca

La corona de Castilla,

Círculo entero del sol.

¿Serás hombre de mas cuenta...?

Gonz. La inquisicion es la afrenta

Del claro nombre español.

Menc. ¿Qué has dicho? Sin duda fué

Ilusion lo que entendí.

Ningun cristiano habla así

Del tribunal de la fe.

Gonz. Codicia y pérfida saña

Crearon ese instituto,

Que á cien reinos dando luto,

Despuéblaselos á España.

Con la sospecha por guía,

Ciego tribunal sentencia

Rigores á la inocencia,

Perdon á la hipocresia.

Propicio al denunciador,

Contrario del acusado,

Allí el triste calumniado

Perece sin defensor.

Plérdele su noble aliento

Al que sin crimen está,

Y á morir al fuego va

Quien no miente en el tormento!
 Poder que al abrigo crece
 Del altar y del dosel,
 A los dos se finge fiel,
 Y á los dos desobedece.
 Queriendo á la fe servir,
 Su moral *desacredita* ;
 Queriendo vengarla , irrita
 En lugar de convertir ;
 Y con disculpa menor
 Que la ceguedad indiana ,
 Banquetes de carne humana
 Da por culto al Criador.

Menc. Cierra ese labio blasfemo,
 Porque oyéndote desmayo,
 Y ante mis ojos un rayo
 Que te haga ceniza temo.
 Yo misma , yo, que te adoro,
 Yo ya me debo acusar
 De que te pude escuchar.
 Parte. ¿Necesitas oro ?
 ¿Necesitas un caballo ?
 Uno y otro te daré,
 Y un guia , y te salvaré.

Gonz. Si hay voces , yo no las hallo
 Para pintar la efusion
 De este pecho agradecido.

Menc. Ibas á ser mi marido :
 Cumplo con mi obligacion.
 Pide , si quieres , mi fama ,
 Mi caudal , mas : mi existencia ;
 Pero de mí mi conciencia
 Deber mas alto reclama.
 Huye , pues quieres huir :
 Yo imploraré tu perdón
 Aquí de la inquisicion.

Gonz. Nunca lo he de permitir.
 De culpa que no cometo
 A nadie perdón le pido.

Menc. Si culpa no has cometido ,
 ¿ Por qué temes el decreto
 Del tribunal ? Él sabrá...

Gonz. ¿ Y me juzgará inocente
 Si escucha mi voz valiente,
 Que quizá le acusará ?
 Furioso de que acrimine
 Sus fanáticos excesos ,
 Astillas me hará los huesos
 Para que Dios me ilumine.

Menc. De la vergüenza y del petre
 Te libras segun indico.

Gonz. Yo ni miento ni suplico ,
 Y allí es preciso uno y otro.
 Pasar yo por delincuente
 Y respetar el error,
 Es vileza , es deshonor
 Que mi sangre no consiente.
 Dejemos pues de consue

Este misero confin :
 En él de los dos al fin
 No tuvo cuna ninguno.
 ¿ Quién quiere vivir tampono
 De tanto riesgo cercado,
 Como pájaro entregado
 A los caprichos de un loco,
 Donde hace la tiranía
 Que pone á las almas yugo,
 De un sacerdote un verdugo,
 De cada fiel un espía ?
 Las palabras del contento,
 Las figuras del decir,
 El saludarse , el vestir,
 El holgar , el alimento ,
 Todo bajo aspecto falso
 Aquí se manda mirar,
 Y todo puede llevar
 Al español al cadalso.
 ¿ Qué sosiego no alborota
 La fama tener , la vida ,
 De los labios suspendida
 De un escrupuloso idiota ?

Menc. No mas , Gonzalo , no mas :
 Harto sufrí tus extremos.
 Vete.

Gonz. ¿ Nos separaremos !

Menc. Para no vernos jamás.

Tú no me has amado , tú
 No eres noble ni cristiano ,
 Ni es tu origen castellano,
 Ni has nacido en el Perú.
 ¿ A Dios humillarte dudas ,
 Rogándotelo tu amada ?
 Contigo , ¿ no puedo nada ?

Gonz. No á las lágrimas acudas
 Para vencer mi entereza.

Menc. ¿ Y es sacrificio pequeño
 Reconocerte por dueño ,
 Rindiéndote mi aspereza ?

Yo que de la sociedad
 Repelida me miraba ,
 Y en el claustro me encerraba
 Por despecho y vanidad ;
 Yo que al amor en buen hora
 Renunciaba por no oír
 A mi marido decir :

« Soy mejor que vos , señora ; »
 Yo que bajo el peso enorme
 De un baldon , acaso justo ,
 Vivía , si no con gusto,
 Con mi ignominia conforme ;
 Y apelando á noble ardid
 Que la ignominia cubriese ,
 Quería que me dudiese
 Un rico templo Madrid ,
 Donde entre vírgenes puras ,
 Modelos de caridad ,

Hallase yo la igualdad
Y de la paz las dulzuras;
¡Yo nada te sacrifico!
¡De mi opinion la mudanza
Nada merece ni alcanza
De aquel á quien la dedico!
¡Nada es atraerme toda
La befa del vulgo atroz,
Que sin piedad á una voz
Escarneciera mi boda?
¿Por qué en el pérfido halago
De tus palabras creí?
¡Desventurada de mí!
¡A tanto amor este pago!

(Al decir doña Mencía el verso «yo nada te sacrifico» se han asomado con precaucion doña Ines y Salomé á la ventana del fondo, entreabriendo las cortinas.—Doña Mencía se apoya en un sillón, volviendo la espalda á don Gonzalo para ocultar sus lágrimas: don Gonzalo se acerca á ella con ternura.)

ESCENA VII.

DOÑA INES Y SALOMÉ, Á LA VENTANA;
DOÑA MENCIA Y DON GONZALO, SIN
VERLAS.

Ines. *(Bajo á Salomé.)* Ves ¡qué hermana!

Sal. *(Bajo á doña Ines.)* Reprimos.

Gonz. ¿Así de mi amor te atreves
(A doña Mencía.)

A dudar?

Ines. *(Aparte.)* ¡Áleve! ¡Áleve!
No puedo ver mas.

Sal. *(Bajo á doña Ines.)* Venid.
(Quítanse de la ventana.)

ESCENA VIII.

DOÑA MENCIA, DON GONZALO.

Gonz. Resuélyete á la partida.

Menc. ¿Dónde piensas ir?

Gonz. A Flandes.

Menc. Si, son alicientes grandes
La creencia y la querida.

Gonz. Me injurias.

Menc. Mucho labró
El trato herético en tí.

Gonz. No; pero la contra oí,
Y tú sabes solo el pro.

Menc. Si tu fe viviera aun
Tan para como debía...

Gonz. En España es herejía
Tener sentido común.

Menc. Di tú que nunca me amaste,
Y cese el disimular.

A Flandes vas á buscar

A la dama que dejaste.

Gonz. ¡Yo!

Menc. Tú. ¿No me has confesado...?

Gonz. El amor de que te hablé
Una vez, en Lima fué.

Menc. De Lima te has ausentado,
Y hacerlo tu dama pudo.

Gonz. Solo á Méjico pasó:
Allí cruel la llevó...

Menc. ¿Quién?

Gonz. Un padre testarudo.

Menc. Tú sin duda la seguiste.

Gonz. Era mi primer cariño,
Y yo entonces casi niño.

Menc. ¿Con que en Méjico viviste?

Gonz. Poco tiempo, y encubierto
Con otro nombre.

Menc. ¿Cuál era?

Gonz. El de don Guifén...

Menc. ¿Herrera?

Gonz. ¿Por dónde lo has descubierto?

Menc. ¿Qué oigo! Beatriz Coronel
¿Fué acaso...?

Gonz. Fué la que dió...
He sabido que murió.

Menc. ¿Has escrito este papel?
(Presentale el que antes á don Gutierre.)

Gonz. Si, para ella. ¿Dónde está
Mi hija? De esa infeliz

¿Sabes como de Beatriz?

Menc. Sí, sí.

Gonz. Dime.

Damas 1ª y 2ª. ¡Ah, ah, ah!
(Riende dentro.)

Menc. Vienen: ocúltate.
(Tómale el papel, y se lo guarda en el pecho.)

Gonz. Quiero
Saber...

Menc. Que vas á perderte.

Gonz. No: revélame la suerte...

Menc. Retirarte es lo primero.

Ven.

(Conduce á don Gonzalo hasta la primera puerta de la izquierda, y desde el umbral le señala el aposento donde debe ocultarse.)

Allí.

ESCENA IX.

LAS DAMAS 1ª y 2ª, DOÑA MENCIA.

Dama 1ª. Señora, trate
De hacerse menos huraña;
Venga en amor y compañía

A tomar el chocolate.

Menc. Yo tenía que hacer...

Dama 2ª. Uno

Mi ruego, si es necesario.

Dama 1ª. Si rezabais el rosario,

Despues...

Menc. (*Aparte.* ¡ Empeño importuno!)
Estaré un instante.

Dama 1ª. ; Bueno!

Vereis allí, ; qué alborozo!

Don Gutierre está hecho un mozo ;

Pero al pobre le condeno.

Menc. Juicio.

Dama 1ª. Cuando el caso llega,
Le tengo.

Menc. ; Valiente loca!

Dama 1ª. La mas frncida de boca
Es la que mejor la pega.

(*Vanse por la derecha.*)

ESCENA X.

DOÑA INES, SALIENDO POR LA SEGUNDA
PUERTA DE LA IZQUIERDA.

Ninguno está. — Se llevaron
A la traidora de aquí.

¿ Es cierto que yo le vi ?

Mis ojos ¿ no me engañaron ?

Ellos eran : me burlaron ;

Y aquel riesgo tan temido

Villano artificio ha sido

Para que sumisa diera

Mi cabello á la tijera ,

Mis amores al olvido.

¿ Esta de un hombre es la fe ?

¿ Merecia tal traicion

Mi sencillo corazon ?

Yo que ciega le adoré ,

¿ Le ofendi jamás ? ¿ En qué ?

Nací con fatal estrella.

¿ Será mi hermana mas bella ?

¿ Es que á Gonzalo engaño

Como á mí ? No importa, no :

Perjuro es él, vil es ella.

(*Légase á la puerta por donde se entró
don Gonzalo.*)

Cerrado. — Aquí está el infiel.

¿ Para qué le quiero hablar ?

Me está esperando el altar.

¡ Bien dispuesta voy á él !

No es mi corazon cruel ;

Mas ¿ puede tener templanza

La mujer que á ver alcanza

Su candor escarnecido,

Ajeno su bien querido ?

Venganza, zelos, venganza.

ESCENA XI.

DON GUTIERRE, DOÑA INES.

Gut. ¿ Sola aqui Inesita ? Si,
Que ya basta de bureo.

Que me place el encontrarte.

Ines. Yo de que vengais me alegro.
Necesito consultaros.

Gut. Yo preguntarte. Sentémonos.

(*Siéntanse.*)

Ines, quien impune deja

Un delito, se hace roo

De aquel delito.

Ines. Es verdad.

Gut. ; Friolera ! Si es proverbio

Inquisitorial. ¡ Oh ! y es

Cuanto cabe encarecerlo,

Porque el santo oficio debe

A Dios su establecimiento,

Que antes de crear el mundo,

Le puso...

Ines. ¿ Dónde ?

Gut. En el cielo.

Allí en auto general

Dios, inquisidor primero,

Condenó al ángel hereje

Con sus cómplices al fuego.

El á Adan heretizante,

Porque del castigo impuesto

Se atrevió á dudar, formó

Secretamente proceso ;

Y el padre de las naciones

Oyó el judicial decreto,

Vestido un sacro de piel,

Sambenito de su tiempo,

Y confiscados sus bienes,

Inhábil para el empleo

De guardian del Paraíso,

Pena sufrió de destierro,

Y toda su vida tuvo

Por cárcel el universo.

Ines. Yo no dudo, don Gutierre...

Gut. Si consta del Pentateuco.

Sara, mujer de Abrahan ¹,

Fué contra Ismael protervo

Inquisidora...

Ines. Esa Sara

Que me decís, ¿ tuvo zelos ?

Gut. Moisés inquisitorió

A Faraon y á su pueblo,

¹ *Officio inquisitoris Sara functa est, cum
Ismaelem ob idololatriam á domo Abraha
expulit.*

Casi todos los despropósitos que hacina aqui
don Gutierre están copiados de la obra del
inquisidor Luis de Páramo titulada : *De ori-
gine et progressu Inquisitionis.*

el al Rey gordo Agag,
 á los filisteos,
 ucodonosor...
es. ¿No os parece un sacrilegio
 i una huérfana infeliz...?
it. Despues que vió á los mancebos
 orno de Babilonia
 de la llama ilesos...
es. ¿Adónde vais á parar
 al preámbulo?
t. A esto :
 ir que la herejía
 imen de privilegio,
 en, digo, que á la regla
 al no está sujeto :
 s obligacion forzosa
 lo fiel verdadero
 ar á los herejes
 epa lo son de cierto ;
 ar á los que dude
 son ó si lo fueron ,
 ia que lo serán
 se pone remedio ;
 atarse á sí mismo
 herético concepto
 egar el labio pudo
 alicia ó desacuerdo.
es. Don Gutierre, me asustals.
it. Aunque el temerario acento
 e en retirada estancia
 stigos, no por eso
 ra el que le profiere
 natema tremendo
 excomunion.
es. ¡ Jesus!
it. Ines, en este momento
 e encarga que descubra
 n hereje el paradero.
es. ¿ De un hereje? ¡ Ahora!
 (Con ironía amarga.)
it. Ines,
 sta casa le vieron
 ir ; á verte ha venido...
es. (Levantándose.) Mienten, mienten ;
 ene por mí. [ese pérfdo
it. ¿Tú sabes...?
es. Otros ojos le rindieron,
 y por eso los míos
 nan de lloro acerbo.
it. ¿Te olvidas de que hoy sus puertas
 para tí el convento,
 e hay entredicho allí
 profanos recuerdos?
es. Yo quise bien, quiero aún.
 rmana ..
it. Obra con acierto...
es. ¿ Usurpándome mi amor?
 infamia!

Gut. Pasmado quedo.
Ines. A ella busca don Gonzalo :
 Requebrándose estuvieron
 Aquí.
Gut. ¿ Le quiere Mencía?
Ines. ¿ Si le quiere? Con extremo.
 Menos que yo, sin embargo.
Gut. ¿ Y le oculta...?
Ines. Por supuesto :
 De vos, de la inquisicion.
Gut. ¡ Cómo! ¿ A un secuaz de Lutero?
 Brujo es sin duda el hereje,
 Y os ha barajado el seso
 Con hechizos.
Ines. Sí, señor,
 Bien decís, es hechicero.
Gut. ¿ Y dónde está?
Ines. No os lo digo,
 Si no me haceis juramento
 De que no peligrará
 En la inquisicion.
Gut. Prometo
 Que le tendrán... bien seguro.
Ines. Que se ha de salvar.
Gut. Haremos
 Que se averigüe con él
 El mejor padre maestro.
 Un alma vale... Y ¿ está
 En la casa...?
Ines. Solo quiero
 Que Mencía no se case
 Con él, ya que yo le pierdo.
Gut. ¡ Casarse con él Mencía!
 ¿ Soy acaso yo tan viejo?
 ¡ Buen lance fuera que al fin
 De diez años de silencio,
 Cuando ella mas madurez,
 Cuando yo mas prisa tengo,
 Viniera ¿ quién? un hereje
 A trastornar mis proyectos!
Ines. ¿ Vos amabais á mi hermana?
Gut. ¿ Cuánto há que en un monasterio
 Estaria ella si no?
Ines. Haced que sus devaneos
 Renuncie, y os dé la mano.
Gut. Lo intentaré por lo menos.
Ines. ¡ Yo, pobre de mí...!
Gut. Durante
 Tu noviciado, veremos
 Qué se puede hacer...
Ines. ¿ Por quién?
Gut. Por tí.
Ines. Mi agradecimiento...
 ¿ Qué hareis conmigo? ¿ Sacarme
 De allí?
Gut. Si ese caballero...
Ines. Es un traidor, un alevé...
Gut. Malo.

Ines. Pero amable...
Gut. Bueno.
Ines. Sano corazón...
Gut. Mejor.
Ines. Hombre de chapa, discreto, Bizarro...
Gut. Un mozo sin tacha, Como se reduzca al gremio De la iglesia.
Ines. Yo en el coro Pasaré el día pidiendo Su conversión al Señor. Por él ceñiré mi cuerpo De agudas puntas; por él Será una losa mi lecho; Mis rodillas abrirán Huella profunda en el suelo, Y la bóveda celeste Penetrarán mis lamentos.
Gut. Y él se reconocerá, Él abjurará en secreto, Nadie lo sabrá, Mencía Ceñirá, y os casaremos.
Ines. ¡Ah! ¡mi bienhechor, mi amigo!
Gut. Con que no perdamos tiempo. Dime: ¿dónde...?
Ines. Debe estar Sin duda en el aposento Que hay al fin de este pasillo.
Gut. Chit, chit.
(Salen varios alguaciles de la inquisición.)
 Aquí le tenemos.
(Don Gutierre va á abrir la puerta que le ha designado doña Ines.)
Ines. Está cerrada.
Gut. *(Echando el cerrojo.)* Se pasa El cerrojo, y queda preso Por aquí.
Ines. Del otro lado...
Gut. Como la llave conservo Del jardín, y es la maestra, Si es menester, abro y entro. Vamos, en nombre de Dios, *(Santiguase.)* Hijos. Por allá saldremos.
Ines. *(Con ahínco.)* Tratádmelo bien.
Gut. Descuida.
 Nuestro pio ministerio Tiene por obligación La dulzura y miramiento, Y con la gorra en la mano Al coche le llevaremos.
(Vanse don Gutierre y los alguaciles por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA XII.

DOÑA INES.

Si se acercase á esta puerta...
(Légase á la puerta del pasillo y llama blandamente.)
 Si yo.. — Gonzalo. — Está lejos.
 Y ¿qué me puede decir?
 Me engañaría de nuevo.
 Huiría, le perdería.
 Bien hice, no me arrepiento.

ESCENA XIII.

DOÑA MENCIA, DOÑA INES.

Menc. La hora llegó de que tu á Dios re- Esta mansion en que viví contigo: *(cibá)* Te llama el claustro á su feliz abrigo, Y llega ya por tí la comitiva.
Ines. *(Agitada.)* Un instante, un instante.
Menc. Don Gutierre...
Ines. No le llames: vendrá.
Menc. Tu ánimo esfuerza. Mengua es que ya tu voluntad se tuerza. Tu guía es la virtud; nada te aterre.
Ines. Calla. ¿No oiste?
Menc. ¿Qué?
Ines. Rumor lejano.
Menc. ¿Dónde?
Ines. Aquí... por aquí.
(Señalando la puerta del pasillo.)
Menc. Todo reposa.
Ines. No: percibo la marcha silenciosa...
Menc. ¡Qué agitacion, Ines!
Ines. Y no es en vano.
 ¿Cómo no tiembles si mi susto miras?
Menc. ¿Temblar? ¿De qué?
Ines. Con frialdad lo dices, Más pierden tus mejillas sus matices, Vagan tus ojos, con afán respiras. Testimonio me dan á tí contrario Tu seno, tus mejillas y tus ojos. Para todos, hermana, tiene abrojos De la vida mortal el campo vario.
Menc. ¿Qué me quieres decir?
(Dando una ojeada furtiva á la puerta que cerró.)
Ines. ¡Ah! ¡tus miradas! Ya esa puerta hacía sí también atrae! Sus hojas por tu mano están cerradas; Mas la victima al fin tras ellas cae. Sé tus amores.
Menc. Compasion, silencio.
(Asustada y suplicante.)
Ines. Yo compasion en el jardín pedía: ¿Qué respondió la bárbara Mencía?

Por el Señor...

Su nombre reverencio;
usticia en mi favor imploro.

usticia, que vengarme debe
najer feroz, de un hombre aleva
sumieron en eterno lloro.

¡ Ah! si el peligro de Gonzalo sa-
es, Ines, que aqui se esconde. ¡bea,
Imposible de mí que lo recabes.
ia, perfidia corresponde.

Sus pasos ya la iniquacion aoccha.
Lo sé.

Y si pasa del umbral tremendo...
Pasará...

Un día le verás ardiendo
uera voraz.

(Aparte.) ¡ Oh! ¡ qué sospecha!
Enemigo tenaz del santo oficio
, y orgulloso como noble,
, que á la súplica se doble,
acer su vida sacrificio. ¡elemea,
¡ Cielos! ¿ Será verdad? ¿ Ni habrá
Gonzalo que vencer se deje?

El para el tribunal será un heraje,
son á muerte le sentencia.

¡ A muerte!

c. Sí.

¡ Gran Dios!

c. Ines, aparta
rencor; que del puñal que vibres
medio, no, de que tu pecho libres.
que descubro en esa carta
zalo á tu madre. (Se la da.)

(Viendo la firma.) Guillen dice.
c. Es Gonzalo.

¡ Es su letra! No comprende...

(Les.)

de oculto amor... Todo lo entiendo.
tu hermana.

c. No.

¡ Qué es lo que hice!

c. (Con terror.) ¡ Ines!

Abre esa puerta; todavía

c. ¿ Fuiste capaz...?

(Se oye un coche que arranca.)

¡ Una carroza!

arde.

c. ¡ Le prendieron! Goza, goza
andosa á la ventana de la derecha.)
masa, cruel, ella es la mia.

¡ Dendichada!

c. Buscá tu enoje ciego
timas; hay tres.

g. (Dentro.) Sirve de madre
lfa, Moacia.

g. Oye á tu padre,
conduces á morir al fuego.

Gonz. Abrázala por mí.

(Dentro, ya á mayor distancia.)

Menc. No: la maldigo.

Vil instrumento de mi suerte equiva,
Mancha mi nombre, de mi bien me priva.
Si la dejo vivir, es por castigo.

Ines. Padre, ¡ perdon!

(Yendo hácia la ventana.)

Menc. Su muerte y mi tormento

Calgan...

Ines. ¡ Piedad!

(Arrojándose á los piés de doña Mencía.)

Menc. Sobre tu frente impura,

Ines. Abreme aquí á tus piés la sepultura.

Menc. Ven á espirar de angustia en el
convento.

(Cógela violentamente de un brazo y
llevádsela consigo.)

~~~~~

## ACTO TERCERO.

El teatro representa un locutorio. A la línea de  
la penúltima caja, una verja que cruza el an-  
cho de la escena, dejando una puerta grande  
en el medio; en el fondo la de la portería, y  
una ventanilla para ver quién llama. El  
espacio comprendido entre la verja y el to-  
lon de foro, da paso por la derecha á la puerta  
ó jardín del convento, y por la izquierda á  
las piezas de oficio. Otra puerta, colocada  
entre las primeras cajas de la izquierda,  
comunica con el claustro. Una mesa á la  
derecha. Sillas y cuadros devotos.

### ESCENA PRIMERA.

CHACÓN Y VARIOS CRUADOS; LA TORNERA  
DEL CONVENTO Y ALGUNAS HERMANAS LEGAS,  
TODOS EN LA PORTERÍA.

(Las legas transportan á las piezas de  
oficio varios azafates, fuellos de  
dulces y garrafas que reciben de los  
criados.)

Chac. (A las legas.) Tomen esos azaf-  
¡ Pese á su flema! [latés,

Torn. ¡ Qué humor!

Chac. ¡ Par vida de mi señora!

(Mirando hácia el portal.)

Torn. No jure el escuderon.

Chac. (Irritado.) ¡ Madre tornera!

Torn. No deo...

Chac. Hacer de predicador.

¿ Qué le importa que yo jure

O cante el kyrieleyson?

Cuide de cobrar la sisa



De las confituras...

*Torn.* ¡Yo!

*Chac.* Ella y todas golosean.

*Torn.* Piense bien y hable mejor.

*Chac.* ¿Si sabremos lo que pasa

En día de profesion?

*Torn.* ¿Fué monja?

*Chac.* Fui monacillo.

Váyanse ellos.

(*A los criados, los cuales se retiran.*)

*Torn.* ¿Se acabó?

*Chac.* ¿No tienen ya para hacer

Año y medio colacion?

¿O quieren hoy engullirse

Toda la calle Mayor?

*Torn.* Quiero... que se marche ya.

(*Chacon pasa por un momento al porttal : cuando la tornera va á cerrar la puerta, vuelve aquel á la porteria trayendo un cuadro de cinco cuartas de alto, cubierto con un lienzo.*)

*Chac.* Menos precipitacion.

Cargue con esto.

*Torn.* (Tomando el cuadro.) ¡Jesus!

Si pesa...

*Chac.* Sus ciento y dos

Inviernos son los pesados.

Traiga acá. (*Quitale el cuadro.*)

*Torn.* Si es un tablon.

(*Chacon pasa al locutorio y pone el retrato encima de una mesa, arri-mándolo al muro.*)

*Chac.* Para la celda de Ines.

*Torn.* ¿Algun santo?

*Chac.* Padeció

Martirio al menos, y en casa

No faltó quien devocion

Le tuviera.

(*La tornera descubre el retrato por un instante : Chacon al verle hace un ademan de cólera.*)

*Torn.* Es un retrato

De mujer. ¿Quién...?

*Chac.* ¡Mala tos

Coja la dueña barbuda

Que en mis manos entregó

Tapado ese cuadro así,

Para no ver el error!

*Torn.* ¿Cuál?

*Chac.* Que no es esa la madre

De Ines.

*Torn.* La equivocacion

Se remedia con un viaje.

*Chac.* Falta que otro cometió,

Yo no la enmiendo. Y que puede

Ser esta alguna apension

De las que tiene mi ama :

Tal vez ella lo mandó;

Porque su caletre, vamos...

Cada vez está peor.

*Torn.* Anda enferma.

*Chac.* Y medio loca.

Si hoy mismo... Al diablo la doy.

*Torn.* ¿Por qué?

*Chac.* Porque desde casa

Aquí no se dirigió.

La busco, y... nada : me aguardo,

Y... Perdoneme el Señor. (*Toma una silla.*)

*Torn.* ¿Qué hace?

*Chac.* ¿No lo ve? Me siento.

*Torn.* No puede, hermano Chacon,

Quedarse en el locutorio.

*Chac.* Eh, madre San Armengol,

Conceda por lo traído

Hospedaje al portador.

*Torn.* No es posible; salga fuera.

*Chac.* Sin ver á Inesita, no.

(*Como quien busca un pretexto.*)

*Torn.* Vaya á la reja del coro,

Y la verá á su sabor

Al profesar.

*Chac.* Para hablarla,

¡Pintiparada ocasion!

¿No entra don Gutierre aqui?

*Torn.* Es nuestro administrador.

Él solo y doña Mencía

Los exceptuados son

De la órden que esta mañana

La superiora me dió.

A nadie mas quiere ver

La hermanita Encarnacion,

Ines en el siglo.

*Chac.* Tome

(*Dando á la tornera una caja de tabaco.*)

Un polvo, vaya.

*Torn.* ¡Qué olor!

*Chac.* Es rico.

*Torn.* Famoso.

*Chac.* Guarde

La caja.

*Torn.* Sea por Dios.

*Chac.* Y déjeme á la Inesita

Ver, así de refilon,

Cuando venga.

*Torn.* Espere ahora

En el jardin.

*Chac.* Bien, ya estoy.

*Torn.* Despues... (*Llaman á la puerta.*)

Llaman.

(*Va á ver quién es, y señala á Chacon*

*por dónde se va al jardín.*)

Por ahí.

¿Quién? (*A Chacon.*) Marche sin dilacion.

*Gut.* (*Dentro.*) Soy yo, madre.

*Torn.* Es don Gutierre.

Ya van. (*A Chacon.*) Salga : ¿no me oyó?

*Chac.* ¿Viene mi ama con él?

*Torn.* Sí tal.

*Chac.* (*Aparte al irse.*) ¡Maldito moscon!  
Aguardaré á que la deje

Sola. (*Vase Chacon. Vuelven á llamar.*)

*Torn.* Señoras, ya voy. (*Abre.*)

ESCENA II.

DOÑA MENCIA, DON GUTIERRE;  
LA TORNERA.

*Gut.* Sea Dios en esta casa.

*Torn.* Él les dá su bendicion.

*Gut.* ¿Trajeron...?

*Torn.* Todo. El retrato

Es ese. Chacon dudó

Si acaso...

*Menc.* ¿Dónde está Ines?

*Torn.* A los piés del confesor.

Voy, voy á ver si despacha

Para que venga con vos. (*Les da sillas.*)

Siéntense. (*Aparte al irse. Doña Mencía  
Parece un cadáver hoy.*) (*Vase.*)

ESCENA III.

DOÑA MENCIA, DON GUTIERRE.

*Menc.* (*Sentándose.*) ¡Ay!

*Gut.* ¡Qué abatida! ¿Os sentís  
Con grave indisposicion?

*Menc.* ¿No os acordais? Mi ventura

Hoy há un año que murió.

*Gut.* No tal, el martes pasado...

*Menc.* Martes fué; tenéis razon.

Hasta la memoria ya

Me ha trastornado el dolor. —

¡Un año sin verle, un año

Sin saber si pereció,

Si...!

*Gut.* ¡Qué! don Gonzalo vive.

*Menc.* Vive en una reclusion,

Vive... ¿dónde? Me lo callan,

Nadie responde á mi voz,

Ninguno alivia las penas

De mi triste corazon.

*Gut.* Mencía, hija...

*Menc.* Callad.

¡Hija! Palabra de horror.

¿Por qué á esa fatal mujer

Vida mi Gonzalo dió?

Y esa América que cria

Tanta serpiente feroz,

¿Por qué á la cuna de Ines

Una de ellas no envió?

*Gut.* ¿Qué decís?

*Menc.* ¡Ah desgraciada!

Bien mereces compasion.

Padre y amante ha perdido.

*Gut.* Confianza en el Señor.

A la hija y á la esposa,

Católico ya de pro,

Quizá-pronto don Gonzalo

Vendrá á dar un alegron.

*Menc.* ¡Oiga mi ruego ferviente!

La Madre del Salvador!

¿Cómo tornará á mis brazos

De aquella horrible mansion,

De aquel infierno de vivos

Donde mi zelo me hundió?

¡Mi zelo! mi ceguedad,

¡Mi insensatez.

*Gut.* El mejor

Partido, el único propio

De tan árdua situacion

Como la vuestra, ese fué:

Con la prontitud mayor,

Antes de veros citada,

Pedir reconciliacion.

Enamorada de un hombre,

Que el santo oficio mandó

Prender como sospechoso

De veheménti, erais vos

Muy sospechosa tambien.

*Menc.* ¡Qué escarmiento, qué leccion!

Yo, fanática, impelida

De escrupuloso temor,

Al tribunal me presentó,

¡Y una horrorosa prision

Encuentro por recompensa

De la fe que me guió!

*Gut.* ¡Eh! dejad...

*Menc.* Me ven sencilla,

(*Arrebatándose por grados.*)

Y me acusan de traicion.

Con preguntas que no entiendo,

Que Satanás inventó,

En laberinto enredoso

Pierden mi imaginacion.

Hablando me contradigo,

Hágome rea si no.

De mi linaje me piden

Toda la historia interior;

Exigen la de mi vida,

Cada dia que pasó;

Cuenta quieren que les dé

De cada palpitacion

De mi pecho, sin piedad,

Sin respeto á mi pudor.

¡Mónstruos!

*Gut.* Señora...

*Menc.* Os detesto.

Recibid mi execracion.

*Gut.* (*Aparte.*) Ya su delirio...

*Menc.* ¡Impostores!

Queme un rayo abrasador



Vuestras entrañas de hiena,  
Vuestra lengua de escorpion.

*Gut.* Mirad que estais...

*Menc.* No estoy loca:  
(*Levantándose frenética.*)

Sé que digo, sé quién sois.  
¡Tan vil sospecha de mí!  
Apartad, calumniador.

*Gut.* (*Aparte.*) ¡Un mes en el santo oficio  
Qué estrago en ella causó!  
Vaya, si...

*Menc.* ¡Misericordia!  
(*Vagando por el proscenio.*)

Escuchadme sin pasion.  
Compadecedme. — ¡Qué frío!  
Si aquí no penetra el sol.  
Mirad que tiemblo, que lloro.  
¿Cuándo Mencía lloró?  
Ya no hay en mis nervios fuerza,  
Ni hay en mi sangre calor. —  
Os lo juro, sacerdote.  
Desconocidos me son.  
Amo á Gonzalo, es verdad;  
Pero por el Redentor  
Que no sé de esos herejes. —  
¡Vos lo creéis! ¡Oh baldon! —  
Habré de mentir. — La mano  
Quieta, vil ejecutor. —  
¡Agarrotada, prensada  
Con esos cordeles! ¡Oh!  
¡Colgada de allí! Pero ¿es  
Un tigre un inquisidor? —  
Soltadme. — ¡Cielos, valedme!  
¡Ay, ay!

(*Huye despavorida por el teatro, y se  
agarra convulsa á un sillón. Don  
Gutierre acude á sostenerla.*)

*Gut.* (*Después de una pausa.*) Ya se des-  
querida Mencía... [fogó.]

*Menc.* ¿Quién?

¡Ay! ¡qué diferente voz!  
¿Dónde estamos, don Gutierre?  
Ya lo comprendo. Perdon.  
Habré dicho... Tal combate  
Mi espíritu padeció.

*Gut.* (*Ap.*) ¡Qué pueda aquel tribunal  
Incurrir en un error!  
En estos tiempos sucede  
Lo que nunca sucedió.

*Menc.* ¡Qué vergüenza! ¡Yo casada!  
¡Casada en la inquisición!  
¡Yo, cielos, haber mentido  
En ofensa de mi honor!  
¡Ay! al ver el potro, dije  
Mas que se me preguntó.  
«¿Me libro así de miraros?  
¿Sí? pues deshonrada estoy.»  
*Gut.* ¿Quién habrá que se figure

Que se mienta de terror?  
Juicios son incomprensibles  
Para el hombre los de Dios.

*Menc.* Boda con auspicios tales  
Es boda de maldicion.  
¡Ni aun para darle la mano,  
Vi á mi esposo!

*Gut.* El me otorgó  
Su poder, y el desposorio  
Se celebró en comision.  
¿Cómo ver á don Gonzalo,  
Cuando se le sentenció  
A cárcel en un convento,  
Sin mas comunicacion  
Que la de algun religioso?  
No era posible. — Rigor  
Es por cierto de mi estrella:  
Querer casarme con vos,  
Y hacerlo *in caput alienum*.  
Dios me dé resignacion.  
Pero Mencía, que sabe  
Con qué ternura la amó  
Siempre este viejo, que fué  
Su amigo, padre y tutor,  
No le negará en su pecho  
Algun pequeño rincón,  
Premio de un tierno desvelo  
Que nunca se desmintió.  
Vendrá Gonzalo, hija mía,  
Renovareis vuestra union,  
Crecerán en torno vuestro  
Los frutos de vuestro amor:  
Permitidme ser testigo  
De la dicha de los dos.

*Menc.* ¡Don Gutierre!

*Gut.* Ya lo veis:

De aquí desapareció  
El escudo cuya vista  
Os infundiera pavor.  
Remordimientos confieso  
Que el dejarlo me costó;  
Pero si en mí el tribunal  
Ha perdido un servidor,  
Un conde ocupó mi puesto;  
Y aunque es noble profesion  
La de familiar, requiere  
Temple de tanto vigor,  
Tanta dureza de entrañas...  
Y yo no soy un Neron.  
Basta para pesadumbres  
La primera que me dió.  
¿Cuándo pude sospechar  
En mi cristiano fervor  
Que lágrimas me costara  
Cumplir con mi obligacion?  
Mas no recordemos esto.  
¿Me juzgais acreedor  
A un lugar en vuestra casa

Y otro en vuestra estimacion ?

*Menc.* ¡ Ah señor ! ¡ Ah padre mio !

Esa pregunta ofendió  
La gratitud que es en mi  
Deuda de mi pñdonor.  
De hacienda y de vida debo  
A vos la conservacion.  
Mil veces hubiera muerto  
Devorada de dolor,  
Sin esta mano que al alma  
Con la esperanza alentó.

(*Bésasela.*)

ESCENA IV.

DOÑA INES, VESTIDA DE BLANCO Y CORONADA  
DE FLORES; LA TORNERA, DOÑA MENCIA,  
DON GUTIERRE.

*Torn.* ¡ Mírenla qué hermosa ! Míren  
Del monasterio la flor,  
La joya, la que de santa  
Tiene predestinacion.

*Ines.* ¡ Mencía !

*Menc.* Ven á mi lado,  
(*Se sienta doña Ines.*)

*Torn.* (*A don Gutierre.*) De órden su-  
Que paseis vos á la celda [perior,  
De la abadesa.

*Gut.* Allá voy.

(*Vanse él y la tornera.*)

ESCENA V.

DOÑA MENCIA, DOÑA INES.

*Ines.* Nada sabias ayer  
Del padre por quien suspiro :  
¿ Qué males debo temer  
Hoy que en tu semblante miro  
Mas marcado el padecer ?

*Menc.* No : ningun descubrimiento  
Hice que mi llanto borre  
Ni que le dé crecimiento ;  
Mas cada instante que corre  
Pierdo de esperanca ciento.

*Ines.* ¡ No tendré la bendicion  
De mi padre en este dia  
De eterna separacion !  
Darásmela tú, Mencía,  
Y con ella tu perdon.

*Menc.* ¡ Perdon me pides á mí,  
Tú que mi victima fuiste !  
No me atormentes así.

*Ines.* Tú mas que yo padeciste ;  
Yo mas delincner  
¡ Un padre  
E

No limará sus prisiones.

*Ines.* Cuando miro la **violencia**  
De tu profundo pesar...

*Menc.* Dios me dará **resistencia** :

Mi pena no ha de dudar  
Mas que dure mi existencia.  
Y ¿ qué he perdido ? Un **esposo**.  
¿ Por qué le vi ? ¿ Por qué **amé** ?  
¿ Por qué al asilo piadoso  
Que me llamaba, marché  
Con paso tan perezoso ?  
Ya es mi amor obligacion ;  
Sacro nudo ya me liga ;  
Pásmete la admiracion :

No hay momento que no diga  
La palabra, maldicion.  
Detesto la noche aciaga  
Causa de mi amor **funesto**,  
Que ánimo y cuerpo me **llaga** ;  
Mi triste enlace detesto  
Que horrores sin fin me **amarga**.

Y ¿ cómo no detestar  
Un afecto que tal vez  
Halló en mi seno lugar  
Solo porque castigar  
Quiso el cielo mi altivez ?  
Usurpando principió ;  
Pero pronto su conquista  
Con lágrimas la regó :  
¡ Bien el corazon pagó  
Los deslices de la vista !  
Fué mi suerte lastimera  
La de amar para sufrir ;  
Para amar de tal manera,  
Mas me valiera morir  
Antes que á Gonzalo viera.

*Ines.* O tú delirando estás,  
O no es tu lenguaje fiel,  
O negarme no podrás  
Que tu alma henchida de hiel  
No supo querer jamás.  
De haber sentido el amor  
¡ Tener, por llanto que **cueste**,  
Ni despecho ni rencor !  
¿ Qué extraño lenguaje **es este**  
Con mas ira que dolor ?  
¿ Me ves á mi revestida  
De este cándido cendal  
Que severo me intimida ?  
Pues aun mi pasion fatal  
Vive debajo dormida.

Y no evito que despierte  
Ni que turbe mi quietud,  
Pues grita en acento **fuerte**  
Que no ofendí á la **virtud**,  
Y á mí me burló la **suerte**.  
Allá en la nocturna **sombra**  
Desvariando el deseo,

(*Levántase.*)

Voz escucho que me nombra,  
 Y vago fantasma veo  
 Que seduce mas que asombra.  
 De arrayan y de azucenas  
 Le cñe la noble frente  
 Corona resplandeciente,  
 Símbolo de amor sin penas,  
 Tan feliz como inocente.  
 De la nieve la blanca  
 Luce en su flotante ropa,  
 Y con ojos de ternura  
 Pone en mi mano la copa  
 Del placer y la ventura.  
 Mas cuando voy á templar  
 En ella mi ardiente sed,  
 Dentro me miro arrastrar  
 De una Inquebrantable red  
 A las gradas de un altar;  
 Y allí en cáliz de afliccion  
 Trocado el de goce puro,  
 Bebo contra mi intencion,  
 Y en él el tósigo apuro  
 De la desesperacion.  
 Y al alzarme sobre el lecho,  
 Despierta por mi alarido,  
 Aun en el cóncavo techo  
 Resuena un nombre querido  
 Que repito á mi despecho.  
 La dicha de que gocé  
 Con mis fugaces amóres,  
 Como relámpago fué:  
 Las espinas y las flores  
 Confundidas encontré.  
 Mas tengo recuerdo tal  
 De aquel tiempo delicioso,  
 Que diera por tiempo igual  
 Toda una vida glacial,  
 Todo un siglo de reposo.  
 Y decirme necesito  
 Mil veces á cada instante  
 Que ese nombre que repito  
 Es de padre, y no de amante,  
 Y que es mi pasion delito.  
 Que si delito no fuera,  
 Si con el velo expiar  
 Otro crimen no quisiera,  
 ¿Qué brazo tan fuerte hubiera  
 Que aquí me obligara á entrar?  
 Díome el retiro energia;  
 Ya en fuerza y valor abundo...  
 (Suena dentro una campana llamando á coro.)

¡ Fuerza inútil y tardía!  
 Convulsion de la agonía  
 De quien muere para el mundo.  
 ¿ Escuchas esa campana?  
 Ella dobla por Ines,  
 Que ya ni rival ni hermana,

Su loca aficion mundana  
 Vencida pone á tus piés. (*Póstrase*)

*Menc.* Alza.

*Ines.* Esa pared me ofrece  
 De un nuevo mundo la orilla:  
 Si de las pasiones crece  
 Al rededor la semilla,  
 Dentro se agosta y perece.  
 Tú, en quien hoy la dignidad  
 Sagrada de madre acato,  
 Pide á la Suma Bondad  
 Para esta frente que abato,  
 El don de conformidad.

*Menc.* ¡ Ines mía!

*Ines.* La aversion  
 Que nos separaba esquivo  
 Espire en esta mansion,  
 Y hoy en el cielo se escriba  
 Nuestra reconciliacion.

*Menc.* Sí, ven, y á gozar empieza,  
 Ya que antes sufriste el peso  
 De mi bárbara dureza,  
 Hoy en este dulce beso  
 La efusion de mi terneza.

*Ines.* ¡ Madre amada!

(*Estréchanse cariñosamen*)

*Menc.* ¡ Qué rubor!

El primero que le he dado.

*Ines.* Hoy es doble su valor.

#### ESCENA VI.

LA TORNERA, VARIAS RELIGIOSAS, DO  
 MENCIA, DOÑA INES.

*Una rel.* Está todo preparado.

*Menc.* Vuela al seno del Señor.  
 (*Levántase doña Ines, da un ¡  
 hácia el claustro, y se detiene  
 rándole con terror.*)

*Ines.* Tiemblo... yo no sé de qué.  
 Ese claustro me da miedo.  
 Ven conmigo.

*Menc.* Luego iré;  
 Ni moverme ahora puedo.

*Las rel.* (*A doña Ines.*) Animo.

*Ines.* Dios me li  
 (*Vase con las mon;*)

#### ESCENA VII.

DOÑA MENCIA, LA TORNERA.

*Menc.* De su flaqueza el asomo  
 Me da pesadumbre suma:  
 Por mal agüero le tomo,  
 Y un peso el alma me abruma  
 Como una losa de plomo.  
 (*Quiere levantarse y no pu*)

Clavada estoy al asiento.  
¡Qué congoja, qué temblor!

*Torn.* ¡Señora!

*Menc.* No sé qué siento.

¡Ah!

*Torn.* Le da un frio sudor.

(*Tomándole una mano.*)

*Menc.* Faltándome va el aliento.

*Torn.* ¡Favor! La comunidad  
Está en el coro...

ESCENA VIII.

CHAGON, DOÑA MENCIA, LA TORNERA.

*Chac.* ¡Señora!

*Menc.* No me dejes.

(*Trémula y casi sin conocimiento lleva la mano á la bolsa que trae á la cintura para sacar de ella un pomo: Chacon abre la bolsa y da á su ama á oler el espíritu que ella no acertaba á encontrar.*)

*Chac.* Respirad.

Vos, madre, traed ahora

Un vaso de agua: marchad.

*Torn.* Corriendo. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DOÑA MENCIA, CHAGON.

*Menc.* Esta angustia mía...

*Chac.* ¡Voto á Juan de Marchamalo!

Valor.

*Menc.* Siento mejoría.

*Chac.* Si hallara así don Gonzalo

A vnesarced, ¿qué diría?

*Menc.* ¡Cuándo, cuándo le veré!

*Chac.* Poco á poco el tiempo avanza,

Y no creo yo que esté

Tan lejos...

*Menc.* ¡Vana esperanza!

*Chac.* Pues yo acá la fundo...

*Menc.* ¿En qué?

*Chac.* Tiene un año muchos días,

Mucho un preso que sufrir;

Se hartará de resistir,

Y no aguardará al Mesías

Que le venga á redimir.

*Menc.* ¿Quién auxilio le ha de dar,

Si procura su evasión?

*Chac.* Abí entra el alambicar,

O tener una ocasion

Y saberla aprovechar.

*Menc.* ¿Tú crees...?

*Chac.* Como él batalle

Pr lo modos

De os halle. —

El mejor día en la calle  
Me dice: acá estamos todos.

*Menc.* Sueños.

*Chac.* Usarced no atina

Cómo yo el caso comprendo.

Don Gonzalo está que trina:

Viene á darle un reverendo

Una leccion de doctrina. —

El capitan echa el taco

De muerte, bufa, patea:

El fraile sorbe tabaco,

Y en la exhortacion emplea

Ya el grito, ya el arrumaco. —

Id noramala, fray Blas. —

Hermano, por San Dionis. —

Callad, voto á Barrabás. —

Que tiene el alma en un tris. —

Que le derriengo de un tras. —

Agárrale del gollete,

Preséntale un argumento

De lógica de Albacete... —

¡Hermano! clama el pobrete,

¡Guarde el quinto mandamiento! —

Desnúdese. — ¡San Benito! —

Acuéstese. — ¡San Marcelo! —

Déjese atar. — ¡Santo cielo! —

¿No quieres callar, maldito?

Pues trágate ese pañuelo. —

Se viste, le abren la puerta,

Ladea el rostro y se tapa,

Sale, pasa por la huerta,

Ve un jaco, monta y escapa

Sin que ninguno lo advierta.

*Menc.* ¿Te burlas de mi afliccion?

*Chac.* No me burlo.

*Menc.* ¿No? ¡Jesus!

Di: ¿se salvó? Di, Chacon.

*Chac.* ¿Y tendremos... patatús?

*Menc.* Sácame de confusion.

¿Le has visto?

*Chac.* Serenidad.

ESCENA X.

LA TORNERA, TRAYENDO UN VASO DE AGUA;  
LOS MISMOS.

*Torn.* Aquí está...

*Chac.* Ya no hace falta.

(*Llaman á la portería; la tornera deja el vaso en una mesa, y acude á la puerta.*)

¿Sabeis quién llama?

*Menc.* (*Dando un grito.*) ¡Él!

*Chac.*

Callad.

*Menc.* El corazon se me salta

Del pecho. Es él: ¿no es verdad?

*Chac.* Él es: juicio.

*Torn.* Un religioso  
Quiere hablaros.  
*Menc.* Venga luego.  
*Torn.* Sí, dice muy afanoso  
Que es para asunto forzoso.  
*Chac.* Si es fray Tomás Villadiego.  
*Menc.* Dejádmele ver y hablar.  
(*La tornara va á abrir.*)  
*Chac.* Dadme dinero ó la llave;  
Tengo un coche que ajustar.  
(*Habla bajo con su ama, que le entrega una llave.*)  
*Torn.* Allí está.  
(*A don Gonzalo, que sale vestido de fraile.*)  
*Menc.* (*Aparte.*) ¡Oh Dios! no me acabe  
Mi gozo.  
*Chac.* (*A la tornera.*) Venidme á echar.  
(*La tornera, despues de haber despedido á Chacon, se retira por detrás de la verja.*)

## ESCENA XI.

DON GONZALO, DOÑA MENCIA.

(*Permanecen ambos inmóviles y en silencio hasta que se retira la tornera: abrázanse luego tiernamente.*)

*Gonz.* ¡Mencia!  
*Menc.* ¡Dulce esposo!  
*Gonz.* ¡A verte llego!  
*Menc.* Tomad mi vida ahora, Dios clemira, Gonzalo, mi marchita frente, [mente. Mira en lo que sufrí mi amante fuego.  
*Gonz.* Ya termina ese afan.  
*Menc.* Mi dicha dudo.  
¿Es cierto, es cierto que á mi bien abrazó?  
Habla, y habla de amor. ¡Tu labio apudo,  
Cuando acabó de nuestra ausencia el beso!  
*Gonz.* Si es menos halagüeño mi lenguaje,  
Repara en la ocasion y en el paraje, [guaje,  
Repara en mi disfraz.  
*Menc.* ¡Ah! te comprendo.  
*Gonz.* Quebranté mi prision.  
*Menc.* Vienes huyendo.  
*Gonz.* Vengo por tí. ¿Vacilará Mencia  
En seguirme esta vez?  
*Menc.* ¿No soy tu esposa?  
Tu voz espera la obediencia mia.  
Salgamos de esta casa peligrosa.  
*Gonz.* Mas peligro en la tuya me pre-  
Aechada estarás. Víctima has sido [vienes:  
Ya de la inquisicion, y pruebas tienes  
De que no hay á sus ojos escondido  
Secreto ni lugar. A este he venido  
Cuando supe que en él te detenía  
Piadosa obligacion por todo el día,  
Y aqui trazar nuestra partida puedo.

*Menc.* Sea pronto.  
*Gonz.* A la noche. **¡Todavía!**  
Se ignorará mi fuga de Toledo.  
*Menc.* ¿Allí recluso en celda penitente...?  
*Gonz.* Allí me condenaba la sentencia,  
Que mis jueces creyeron indulgente,  
A maldecir diez años la existencia.  
*Menc.* ¡Diez años!  
*Gonz.* **Figurártelo pudiste**  
Recibiendo la equívoca licencia  
De nuestro enlace vergonzoso y triste.  
Esos diez años de prision sin muerte  
Eran sentencia para mí de muerte.  
Reo ya de la vida despedido  
Fuí para el tribunal; mano de viuda  
Fué la que no estreché cuando la diste.  
*Menc.* Dios de nuestro penar **compadecido**  
Por fin el lazo desatado anuda [cido,  
Que nuestra dicha hará. No te acuerdes  
Dónde ni cómo se formó.  
*Gonz.* Bien era,  
Bien era necesario que tuviera  
Mayor cariño que en sus años verdes  
Quien con alma de noble y española,  
Con la altivez de la conciencia justa,  
Con la arrogancia de soldado sola,  
Todo el orgullo de su frente adusta  
Rindió al querer de la mujer que amaba,  
Y á muerte pronta, si de oprobio llena,  
Prefirió agonizar en la cadena,  
Prefirió un siglo de existencia esclava.  
Yo vi una carta de pasion henchida  
Que me brindaba con tu mano hermosa,  
Solicitando en nuestra cariñosa  
Que implorase una gracia aborrecida...  
*Menc.* Tímida, delirante, seducida,  
Tu libertad me figuré segura,  
Crédula al prometer de la impostura.  
*Gonz.* Bien recelaba yo. «Será artificio»  
De la impiedad del tribunal notoria;  
Pero sacie (exclame) su vanagloria,  
Y hagamos al amor el sacrificio.»  
*Menc.* Al sacrificio yo grata y sensible,  
Bien que ni con mi vida te le pago,  
Tú, Gonzalo, verás que satisfago  
La parte toda de pagar posible.  
Finos afectos que pedirme piensa,  
Discurra caprichosas invenciones  
Con que te dé mi amor la recompensa;  
Piéleme rendimientos, sumisiones,  
Delirios de abrasados corazones;  
Más que codicie tu pasion avara,  
Más mi agradecimiento te prepara.  
Será mi afan adivinar tu gusto,  
Cumplírtele será mi estudio y arte,  
Será ofenderte mi continuo susto,  
Mi gozo verte, mi delicia hablarte,  
Mi único pensamiento idolatrarte.

Pendiente de tu amor la vida mía,  
Si le perdiera yo... me mataría.

**Gonz.** ¡Esposa!

**Menc.** De tus ojos la influencia  
Ya en mí restaura mi vigor marchito :  
Muerte me tuvo tu fatal ausencia ;  
Lozana con tu vista resucito.  
Hasta los mismos hórridos agüeros ,  
Hijos de nuestra boda tenebrosa ,  
Que preludio de males verdaderos  
Creía en mí pensar supersticiosa ,  
Ya de mi mente rápidos se alejan ,  
Y en el nublado cielo que veía  
Sol de placer y vívido de alegría  
Limpio el azul de la ventura dejan.  
Ya otro cuidado el corazón no siente  
Que el de la faga, cuyo instante tarda.  
¿Dónde, cómo ha de ser ?

**Gonz.** Oye : esta noche...

**Menc.** Di ; que nada contigo me acobarda.

**Gonz.** A las diez...

**Menc.** ~~¿Qué?~~

**Gonz.** Detenido un coche  
Junto la ermita habrá de San Vicente.

**Menc.** Allí estaré á las diez.

**Gonz.** Y ¿ no podría  
Llevarme allí también mi esposa cara... ?

**Menc.** ¿Qué dices ?

**Gonz.** La dulce compañía...

**Menc.** ¿De quién ?

**Gonz.** Mis juveniles extravíos  
Pienso que sabes.

**Menc.** Tu intencion declara.

**Gonz.** Produjeron aquellos amorios...

**Menc.** Pero...

**Gonz.** Ya para siempre nos separa  
Nuestro destino del hispano suelo.  
No ver, no conocer á la hija mía  
Me llena el corazón de desconsuelo.  
Soy padre.

**Menc.** Al punto la verás.

( *Mirándose con extrañeza.* )

**Gonz.** ¿ Y dónde ?

**Menc.** Aquí.

**Gonz.** ¡ Oh placer !

**Menc.** Con ánimo devoto,  
Quizá en este momento que lo digo,  
En frente humilde bajo el velo escondo,  
Y á Dios se entaza con estrecho voto.

**Gonz.** ¡ Frenada del corazón ! yo te ben-  
purifiquen tu cuna tus virtudes. [digo.

**Menc.** Tu bendición merece y la del  
cielo.

**Gonz.** ¿ Ella recibe con Ines el velo ?

**Menc.** Es Ines.

**Gonz.** Imposible.

**Menc.** No lo dudas :  
Hija tuya es Ines. — ¿ En quién pensabas

Encontrar esa hija que llorabas ?

**Gonz.** Sin luz alguna que mi norte fuera  
Cret que tu apellido la encubriera,  
Y que su origen á saber llegaste  
Como deuda cercana y compañera.  
Cuando el billete vi por mi trazado  
De esa infeliz el nombre me ocultaste,  
Y allá en la soledad del monasterio  
Soltando riendas á la mente incierta,  
Ya habitante del indico hemisferio,  
Ya en tierna edad la imaginaba muerta.

**Menc.** Vive ; y un sentimiento equivo-  
cado

Confirma la verdad que has escuchado.

De Beatriz Coronel Ines nacida,  
Fué la tierna aflicion que te inspiraba,  
Impulso de la sangre conmovida.

**Gonz.** No era Beatriz á la que yo adoraba.

**Menc.** Tú me confundes. El papel que  
¿ No fué para Beatriz ? Tú lo dijiste. [viste,  
**Gonz.** Fué esa mujer de mi amorosa  
Protectora solícita y prudente, [llama  
Amiga de Leonor, y no mi dama.

**Menc.** ¡ Leonor ! ( *Ap.* Me da cuidado  
este accidente. )

**Gonz.** Mal mi dolor acerbo pintaría  
De esa carta el lenguaje indiferente,  
Cuando yo de Leonor me despedía.

**Menc.** El apellido de Leonor...

**Gonz.** Lo ignoro.

El velo del misterio mas profundo  
Su flaqueza encubrió, y á su decoro  
No se atrevió ni con malicia leve  
La lenguaraz murmuracion del mundo.

**Menc.** Su patria...

**Gonz.** Lima.

**Menc.** Lima...

**Gonz.** Tiempo breve

Nuestro cariño fiel vivió tranquilo.  
Busqué los brazos de mi amada bella  
Una vez, y otra vez en el asilo  
Que los suspiros de los dos oía,  
Y una vez y otra vez allí sin ella  
Me vió la noche, y el luciente día.  
La perdí.

**Menc.** ¿ Te olvidó ?

**Gonz.** Nos separaron.

**Menc.** Lejos quizá de Lima...

**Gonz.** La casaron.

**Menc.** ¿ Dónde ?

**Gonz.** En Méjico.

**Menc.** ¡ Oh Dios !

**Gonz.** En tí suscito...

**Menc.** Solo curiosidad. Di.

**Gonz.** Vez postrera

Fué que nos vimos cuando el rostro lleno  
De lágrimas, tributo del delito,  
Me reveló que ya su triste seno...



*Menc.* Y de ese amor la prenda lastimera... [bida,

*Gonz.* Sin sospecha en el mundo recí-  
Fué de un nombre usurpado la heredera.

*Menc.* ¿Qué nombre? ¿Descubristelo?  
*Gonz.* En mi vida.

De Leonor estorbóme el recato  
Y el ruego de Beatriz y mi partida. [ciada

*Menc.* ¿Qué años debe contar la desgra-  
Que debió el ser al delincuente trato?

*Gonz.* Veintiseis.

*Menc.* (*Aparte.*) ¡Es mi edad!

*Gonz.* Estás turbada.

*Menc.* (*Aparte.*) Leonor, que ha sido  
su segundo nombre...

La carta con las suyas encontrada...

*Gonz.* ¿Qué puede haber en esto que te  
asombre?

¿Qué puede haber que temas?

*Menc.* Mal tan grave,  
Que posible no mas en mí lo creo,  
Si es que en humana desventura cabe.

(*Sus inciertas miradas, que expresan  
su inquietud, se detienen en el re-  
trato que está sobre la mesa.*)

Si en vez de ese retrato, aquí pudiera

Otro manifestarte que poseo,

Una mirada tuya destruyera

O colmara la angustia en que me pones.

*Gonz.* ¿Qué retrato importaba que yo  
¿De quién es ese? [viera?

*Menc.* De Beatriz.

*Gonz.* ¿Qué dices!

Registrándolo empiece mi deseo

De penetrar tan hondas confusiones.

(*Lo descubre.*)

*Menc.* ¿Se truecan por hechizo sus fac-  
ciones?

*Gonz.* ¡Cielo santo! Leonor es la que veo.

*Menc.* ¡Infelices nosotros, infelices!

*Gonz.* Es Leonor, mi Leonor.

*Menc.* Di que te engañas:  
Miente, engáñame á mí.

*Gonz.* ¿Qué hay que te aflija?

*Menc.* ¿Con que fué esa mujer?...

*Gonz.* Mi amor primero.

*Menc.* Esa misma me tuvo en sus entra-

*Gonz.* ¡A tí! [ñas.

*Menc.* A mí sola.

*Gonz.* ¡Ser á quien imploro!

¡Tú, desdichada, tú!

*Menc.* Yo soy tu hija.

*Gonz.* Ten el labio. ¡Qué horror!

*Menc.* Decirlo quiero.

Yo soy tu esposa.

*Gonz.* Calla.

*Menc.* Y yo te adoro;

Que en tí un amor inextinguible puse.

*Gonz.* Deja que alumbre la razon tu  
mente. [acuse,

*Menc.* Deja que al cielo blasfemante  
Que con mi corazon juega inlemente.

Solo á un hombre hasta mi llegar consiente,  
Solo por él inflama mi tibieza,

Y hallando su placer en mi congoja,

En los brazos del único me arroja

Cuyo amor me vedó naturaleza.

Llena, cielo enemigo, tus furoros,

Y acaba con un rayo mis amores.

## ESCENA XII.

DOÑA INES, YA CON EL HABITO DE PROFESA;  
VARIAS RELIGIOSAS, LA TORNERA, DOÑA  
MENCIA, DON GONZALO.

*Gonz.* ¡Ines!

*Ines.* El sacrificio he consumado.

*Menc.* ¿Dónde me oculto?

*Ines.* ¡Santo Dios! ¡qué miro!

No es ilusion, es él.—¡Padre adorado!

De gozo al veros y de pena espiro.

¡Padre! (*Va á abrazarle.*)

*Menc.* (*Deteniéndola.*) Aparta.

*Ines.* Tu acento delirante...

*Menc.* Apártate, mujer, ese es tu amante,  
De cuya fe leal te he despojado.

*Gonz.* Cesa.

*Ines.* ¡Qué espanto el corazon me inunda!

*Menc.* El inferno á mi amor ha presi-

*Gonz.* Ven. [dido.

*Menc.* A mi padre encuentro en  
mi marido.

*Ines.* La cólera del cielo te confunda.

## ESCENA ULTIMA.

UN COMISARIO Y ALGUACILES DE LA INQUI-  
SION; LOS MISMOS.

*Comis.* (*Dentro.*) Paso á la inquisicion:  
franca la puerta.

*Todos.* ¡La inquisicion!

(*Terror general: la tornera va á abrir.*)

*Menc.* ¡Jesus!

*Gonz.* ¡Ah! me han seguido.

*Ines.* (*A la tornera.*) No abrais,

*Gonz.* Abrid.

*Ines.* Su perdicion es cierta.

*Gonz.* Vengan esos verdugos: los espero.

(*Saca un puñal.*)

(*La tornera abre: el comisario y los  
alguaciles se precipitan en el locu-  
torio.*)

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                      |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                            |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <p><i>Comis.</i> Prended al fugitivo, desarmadle.<br/> <i>Gonz.</i> Solamente, canalla envilecida,<br/>         Mi cadáver tendreis.<br/> <i>(Va á herirse : doña Mencía le detiene.)</i><br/> <i>Menc.</i> Suelta ese acero.<br/> <i>Gonz.</i> Quita.<br/> <i>(Mientras don Gonzalo y doña Mencía forcejan asidos del puñal, los esbirros se apoderan de don Gonzalo. El puñal queda en manos de doña Mencía.)</i><br/> <i>Ines.</i> Yo espiro.</p> | <p><i>( Caes desmayada en brazos de las religiosas.)</i><br/> <i>Comis.</i> A su prision : llevadle.<br/> <i>Gonz.</i> ¡ Mi prision!<br/> <i>Comis.</i> Durará lo que tu vida.<br/> <i>Gonz.</i> <i>(A doña Mencía.)</i> ¿ Lo ves?<br/>         Ese puñal me libertaba.<br/> <i>Menc.</i> Su lugar es aquí, y aquí se clava.<br/> <i>(Atraviésase el pecho, y cae muerta. Don Gonzalo y las religiosas lanzan un grito de horror.)</i></p> |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|





# ALFONSO EL CASTO,

DRAMA EN TRES ACTOS EN VERSO,

ESTREADO EN EL TEATRO DE LA CRUZ A 25 DE JUNIO DE 1861.

## PERSONAS.

ALFONSO, llamado después  
el Casto.  
JIMENA.  
SANCHO.  
ORDONO.  
BERNARDA.  
SILO.  
LUPO.  
TOIDA.

NEFTALI.  
UN PLATERO.  
UN ESPADERO.  
UN ENTALLADOR.  
SOLDADOS.  
ESCLAVOS.  
ESCLAVAS.  
DUEÑAS.  
PAJES.

*La escena en el acto primero es en un valle de Galicia poco distante del monasterio de Samos (anteriormente Sámamos); el segundo acto y el último pasan en Oviedo.*

La accion es en el año 792.

## A DON JOSÉ ZORRILLA,

EN MUESTRA

## DE GRATITUD Y AMISTAD

J. E. H.

### ACTO PRIMERO.

A la derecha del espectador, en las últimas cajas, un cobertizo ó soportal, que da entrada á una casa de labor; á la izquierda, en el proscenio, una cruz grande de piedra sobre un pedestal rodeado de escalones; en el fondo un pais fragoso. Debajo del cobertizo una mesa, y sobre una silla una rueca con un copo de lana blanca.

#### ESCENA PRIMERA.

SANCHO, BERNARDA, SILO, LUPO,  
SOLDADOS.

*(Sancho está debajo del cobertizo, sentado á la mesa, escribiendo en un papiro ó pergamino: Bernarda tiene toca de viuda.)*

*San. (A Bernarda.) Yo daré cuenta en  
De vuestras declaraciones, [Oviedo*

*Bern. Y eso ¿qué me importa?*

*Siilo. Mucho,*

*Si le mintiéreis al Conde.*

*Bern. ¡Conde, y tan mozo! Persona  
Será de mérito enorme.*

*¿Dónde gobierna?*

*Siilo. En Saldaña,  
Tierra de Leon.*

*Bern. ¡Demontres!  
¡Tierra de pan! Si pudiera  
Irme trayendo á terrones  
A Galicia tres yugadas  
De la buena, era en el orbe  
Yo la mas feliz.*

#### ESCENA II.

JIMENA, QUE SALE CON TOCA BLANCA,  
TRAYENDO UNAS LLAVES EN LA MANO; DOS  
ESCLAVOS, DOS ESCLAVAS; DICHS.

*Jim. (A Bernarda.) Las llaves  
De las puertas y los cofres.*

*Bern.* Ténganlas.  
(*Tomándolas, y poniéndolas encima de la mesa.*)

*Silo.* (*Cogiendo una.*) ¡Llave de hierro!  
No es utensilio de pobre.

*Bern.* No las uso yo de palo,  
Gracias á los bienhechores.

*San.* (*A Lupo.*) Vos registrareis la casa.

*Bern.* (*A Jimena.*) Vaya ella con esos  
Déles cuanto quieran; pero [hombres.  
Ellos, sin pedir, no tomen.

*Lupo.* Nada tomarán, villana.

*Bern.* Bernarda, no se equivoque,  
Bernarda me llamo.

*Lupo.* Sepa  
Que no trata con ladrones.

*San.* Id.

(*Lupo toma las llaves, y entra en la casa precedido de Jimena y seguido de algunos soldados y de los esclavos.*)

ESCENA III.

SANCHO, BERNARDA, SILO, SOLDADOS.

*Bern.* Inútil será.

*Silo.* Basta  
Con verlo.

*Bern.* Aunque se desojen,  
No hallarán al fugitivo.

*San.* Segun todos los informes,  
Aqui pasó cuatro dias  
O cinco.

*Bern.* Cinco, señores,  
Cinco.

*Silo.* Y la tarde de ayer.

*Bern.* ¿La tarde? Y tambien la noche.  
Durmí, se levantó en paz,  
Cumplió con sus devociones,  
Le di el almuerzo, me dió  
Un abrazo, y acogiése...

*Silo.* ¿Adónde?

*Bern.* A otro nido.

*Silo.* ¿Cuál?

*Bern.* Así mi difunto Jorge  
Gloria tenga, como es cierto  
Que puesta en los escalones  
De aquella cruz, le perdí  
De vista, mirando al bosque.

*San.* (*A Silo.*) Nada sabrá; y si lo sabe,  
Lo callará.

*Bern.* Se supone.  
¿Había de permitir  
Que llevaran en prisiones  
Al que di yo de mamar?  
Aunque me hicieran gigote.  
Cuando él se vino á Sabrega,  
Ya tendría sus razones.

*San.* ¿Con que en vuestra casa, en fin,  
Don Alfonso no se esconde?

*Bern.* A fe de g llega honrada  
Lo juro, á fe de mi nombre  
Y de nodriza de Rey.

*Silo.* Ya no es Rey.

*Bern.* No se alborote.  
Si Alfonso no reina ya,  
Reinó, y en dos ocasiones.

Mas sáqueme, por la Virgen,  
El de Saldaña, y perdone,  
De una duda; pues con todo  
Que he nacido en estos montes,  
Tengo un sobrino alarife,  
Maestro de gran renombre,  
Y fui de casa del Rey

Fruela, que de Dios goce;  
Y allí, de otr platicar  
A guerreros y doctores  
Tantas veces, comprendí  
Que ha de haber algun desórden  
En Asturias y Galicia  
Siempre que haya sucesiones  
De reyes; pero elegido  
El sucesor, acabóse.

Y como hace un año ya  
Que juntos los electores  
Admitieron la renuncia  
De don Bermudo, y acordes  
Juraron á Alfonso, digo:  
Para que así le destronen,  
¿Qué habrá hecho?

*San.* Malquistarse  
Con la Iglesia y con los nobles.

*Silo.* Y basta.

*Bern.* Pueden alzar  
El Rey que les acomode,  
Verdad es; pero á este, dicen  
Que van á meterle monje  
Si le pillan, y le quieren  
Cegar como á los traidores:  
¿De qué delito le acusan  
Los que tal pena le imponen?

*San.* Quiso hacer guerra á los moros  
Contra el voto de la corte,  
Y que tuvieran ancianas  
Por amas los sacerdotes...

*Silo.* Y que al francés Carlomagno  
Rindieran los españoles  
Vasallaje.

*Bern.* Si es verdad  
Lo que habeis dicho á la postre,  
Merecería por eso  
Que le colgaran de un robie.

*Silo.* Pues todo es cierto.

*Bern.* Pues yo  
Me figuro que los próceres  
No tendrían mucha gana

De ir á sacudir mandobles ;  
 Los clérigos no querrian  
 Ver á su lado visiones ;  
 La embajada vino bien  
 Para achacar mil horrores  
 A Alfonso ; y si da la gente  
 En decir que rabla el gozque,  
 Sea verdad ó no sea,  
 Todos á matarle corren.

## ESCENA IV.

JIMENA, LUPO, SOLDADOS, ESCLAVOS,  
 DICHOS.

*Lupo.* No está.  
*Bern.* Ya lo dije.  
*San.* Silo,  
 Mirad los alrededores  
 Antes de emprender la marcha,  
 Si gustais.  
*Silo.* Estoy conforme. [hija...  
 Pero escuchad. (*Aparte á Sancho.*) Esa  
 (*Baja la voz.*)  
*San.* No deis en cavilaciones.  
 (*Siguen hablando aparte.*)  
*Silo.* Ordoño lo encargó tanto... [bora.  
*Bern.* (*A su gente.*) Cada cual á sus la-  
 (*Los esclavos se retiran; Jimena toma*  
*la rueda, se sienta y se pone á hilar.*)  
*Silo.* ¿Quereis que yo la examine?  
*San.* Yo lo haré.  
*Silo.* A ver qué responde.  
 (*Se marcha con algunos soldados.*)

## ESCENA V.

SANCHO, JIMENA, BERNARDA, LUPO,  
 SOLDADOS.

*San.* ¿ Con quién vino don Alfonso?  
*Bern.* Con su bridon y su estoque.  
*San.* ¿ Llegó solo?  
*Bern.* Rey caido  
 Suprime los batidores.  
*San.* ¿ Y su hermana?  
*Jim.* (*Aparte.*) ¡ Oh Dios!  
 (*Cáesele el huso.*)  
*Bern.* ¿ Jimena?  
*San.* Pues.  
*Bern.* ¿ Corriendo él á galope,  
 Le pudiera ella seguir?  
 Ni ¿ á qué? Si no la conocen.  
 ¿ Hay alguién que la haya visto  
 En trece años ó catorce?  
 Donde quiera está segura.  
 (*Jimena deja caer otra vez el huso:*  
*Bernarda le alza.*)  
 Tenga cuidado la torpe.

*Jim.* Perdone, señora madre.

*Bern.* Vaya adentro.

*Jim.* No se enoje.

(*Se levanta para retirarse.*)

*San.* Temblando está. Si nosotros  
 Damos á vuestros temores  
 Motivo, pronto marchamos.

*Bern.* A su cuarto, y no se asome.

*San.* No me priveis de la vista  
 De esa bellissima jóven ;  
 Que juro que su habla dulce,  
 Sus angélicas facciones,  
 La agitacion que amortigua  
 El brillo de sus colores,  
 La mirada de modestia  
 Y el señorío del porte,  
 Impresion hubieran hecho  
 En un corazon de bronce.  
 ¡ Qué poco, serrana bella,  
 Te ennegrecieron los soles!  
 ¡ Qué poco se ha ejercitado  
 En campesinas labores  
 La mano con que avergüenzas  
 El blanco vellon que coges!

*Bern.* Ya que el de Saldaña mira  
 Con ojos tan reparones,  
 Y lo blanco de la cara  
 Le ha dado al momento golpe,  
 ¿ Cómo es que la blanca toca  
 No parece que le choque?  
 A doncella consagrada  
 A Dios, no se dicen flores.

*Jim.* Denme licencia...

*San.* Esperad.

Hablé así, no porque ignore  
 Cuánto respeto mereca  
 Quien ese velo se pone,  
 Sino porque me dejé  
 Llevar de las ilusiones  
 Que hace un año á mi memoria  
 Vienen y se van veloces.

*Jim.* No me está bien escuchar  
 Livianas conversaciones.

*San.* Con ese desden, zagala,  
 Con que tus elogios oyes,  
 Me pagó tambien un dia  
 La ingrata de mis amores. —  
 Era una tarde de otoño;  
 Trasponia el horizonte  
 El sol, dorando la cima  
 De los árboles mayores  
 Que daban sombra á una casa  
 Coronada de una torre;  
 Cantaban allá á lo lejos  
 Alegres trabajadores,  
 Que cerraban los portillos  
 De unos rotos paredones;  
 Percibiase á otro lado

e una arpa, dócil  
nano, que en la tuya  
Señor que se copie.  
en á la tañedora  
esentas! Al borde  
fuente se sentaba,  
la espalda á unos bojes;  
dos en la arena  
deslumbradores,  
ando en su mejilla  
idos arreboles...

Callad. (*Aparte á Sancho.*)

«Callad, exclamaba,

rdin quereis que torne.»

que amenazas eran

recubrirme favores:

abatió el desengaño

ras presunciones.

¡ primera veía

de mi sol entonces:

entero ha pasado

ar sus resplandores.

ito de la esquiva

ba sus blasones;

ruaje recatado

el de un ánimo doble;

tendido el cabello

os usurpadores,

re la señalaba

dmistir corazones.

y! con rigor mas duro

a virtud corresponde,

sencilla supuse,

as olvida y rompe;

le mí, no parece

verjeles ni en balcones;

ro, quiero indignado

alma su imagen borre,

i pesar en el pecho

re permanece inmoble.

. ¡ Ah!

. (*A Bernarda.*) No eran á esta don-

rezes expresiones. (oella

n. (*Aparte.*) Ahora si que no lo creo;

inca peor se logre.

ESCENA VI.

SILO, SOLDADOS, DICHO.

. Conde, á lo largo del rio

ropa; los pendones

s nuestros, y conosco

in de Ordoño.

. Toquen

ntro en aviso, y vamos.

. (*Ap.*) ¡ Ay! A partir se disponen,

modo vindicarme

ustas acusaciones.

San. Casual, como veis, ha sido  
Que mi visita os estorbe.

Perdonad, y á Dios.

Jim. A Dios.

Bern. Él de gloria le corone.

San. (*Aparte á Jimena.*) No puedo ha-  
Y leed estos renglones. [blaros: tomad

(*Dale el pergamino en que escribió.*)

Jim. (*A él.*) ¡ Ah! sí.

San. Ya que vuestro estado

La obligacion os impone

De orar por todos, ¿ tendré

Parte en vuestras oraciones?

Jim. Sí.

San. No olvidéis la promesa.

Jim. No olvido yo nada, Conde.

(*Vanse Sancho, Silo, Lupo y los de-  
más soldados.*)

ESCENA VII.

JIMENA, BERNARDA.

(*Siguen con la vista por algunos mo-  
mentos á los que se retiran.*)

Bern. Ya salimos de afan.

Jim. ¡ Gracias, Dios mio!

Bern. ¡ Gracias, madre de Dios, de Cova-  
(*A Jimena.*) [donga!

Soltad la rueca de silvestre caña;

Es de marfil la que ceñir os toca.

(*Se la quita y la arroja al suelo.*)

Jim. Si vuelven, si te ven...

Bern. No; que la peña

Que nos oculta de su vista, doblan,

Y al ver la novedad, avisaría

El zagal que apostó sobre la loma.

Ya el Rey puede salir.

Jim. Llamaré genta.

Bern. Sobro yo aquí para mover la losa.

(*Aparte una piedra del pedestal de  
la cruz, descúbresse un hueco, y sale  
de él Alfonso.*)

Jim. (*Aparte.*) ¡ Esta carta del Conde!

Mal mi grado,

El ansia de leerla me devora.

ESCENA VIII.

ALFONSO, JIMENA, BERNARDA.

Alf. ¡ Hermana! (*La abraza.*)

Jim. ¡ Alfonso mio! ¡ De qué riesgo

Nos liberta una mano generosa!

Alf. ¿ Cómo pagar...?

Bern. Negocio mas urgente,

Príncipe amado, resolver importa.

Guia y disfrax sabéis que puedo daros;

La distancia de Sámanos es corta:

¿Persistís en pasaros al convento?

*Alf.* ¿Qué camino al venir trajo esa escolta?

*Bern.* El de Sámanos era, y por la orilla del río abajo, la vereda toman.

Libre os dejan el paso.

*Alf.* Le aprovecho.

*Bern.* Será vuestra partida sin demora.  
(*Vase.*)

### ESCENA IX.

ALFONSO, JIMENA.

*Jim.* ¿Con que partes al fin?

*Alf.* Sí, nos separan;

Me separan de ti por breves horas;

En tu busca vendré cuando la noche

Callada tienda favorable sombra;

Pero tiemble de mí, si triunfo un día,

Quien hoy consigue que te deje sola.

Tú fuiste de mi júbilo testigo

Cuando ciñó mi sien esa corona

Que ambicioné, porque valor me siento

Para poderla sostener con gloria;

Viste las miras que abarcaba; viste

Que en lucha fiera con la raza mora

Quise á gallegos, cántabros y astures

Empeñar; que á los hijos de Vasconía

Importuné también y á Carlomagno,

Para que desde Braga á Barcelona

Se alzarán con un fin, con una idea,

Cuantos la cruz del Redentor adoran,

Y de manos del árabe arrancaran

La herencia rica de la estirpe goda.

Ya de aquel porvenir esplendoroso

Me han dejado no mas que la memoria:

De trono, de poder, de hacienda y fama

Bárbaros enemigos me despojan;

Y con todo, Jimena, te lo juro,

Más en este momento me acongoja

La idea del peligro en que te veo,

Que la expulsión que mi vergüenza colma.

*Jim.* ¡Hermano! ¡dulce hermano!

*Alf.* En tu presencia

Enmudece mi orgullo, y con su antorcha

Disipa la razón la niebla oscura

Que en el pecho mis iras amontonan.

A tu lado, el huir, el ocultarme,

Acción no me parece ignominiosa:

Perdido el trono, conservar la vida,

Creo que es un deber: que á toda costa

Debo esa vida conservar, pues ella

Debe ser de la tuya protectora.

Si á tu lado no estoy... ¡Cuánto martirio,

Cuánto! El despecho y el furor me ahogan,

Y me afrenta el vivir.— Si tú quisieras

Bajo nuevo disfraz seguirme ahora... [alza,

*Jim.* Recuerda que hoy, al despuntar el

Contigo iba á partir.

*Alf.* ¡Ah, si! Perdona.

Yo fui quien te detuvo. No es posible:

Fuera la fuga hacer mas peligrosa.

Es verdad que el vecino monasterio

De la piedad de nuestro padre es obra;

Que en él hallé refugio cuando, niño,

Me dejó en horfandad mano alevosa;

Que en él, mancebo ya, de Mauregato

Los rencores burlé; mas ya reposan

En la etérea mansion los cenobitas

Que entonces me tuvieron en custodia.

Si almas heladas por mi mal encuentro...

Si también ellos contra mí se tornan...

¡Oh! no: espérame aquí.

*Jim.* Corta es la ausencia.

*Alf.* Cabe en ella vivísima zozobra.—

Más dime... En ese pedestal oculto,

Ni pude ver, ni oír. ¿Quién esa tropa

Que me viene á prender, capitanea?

*Jim.* Un joven...

*Alf.* ¿Jóven?

*Jim.* De presencia airosa,

Grata conversacion, humano pecho...

*Alf.* ¡A un enemigo tuyo tanto elogias!

*Jim.* No es mi enemigo, no; no es tu enemigo.

*Alf.* ¿Pudiste averiguar cómo se nombra?

*Jim.* Es...

*Alf.* ¿Quién?

*Jim.* El Conde de Saldaña.

*Alf.* ¿Sancho?

¡Bien la facilidad me galardona

Con que le di un gobierno! ¡bien me paga

Los alazanes y la fina cota

Con que le honré después, al concederle

Mi licencia real para su boda!

*Jim.* ¡Qué oigo! ¿Sancho, el traidor que te persigue,

Tiene mando por tí? ¿tiene la esposa?

*Alf.* Para dentro de un año disfrutaron

Del vínculo la santa ceremonia.

*Jim.* ¡Para dentro de un año! ¡que ahora cumple!—

¿Y no recordarás quien fué la novia?

*Alf.* Fué la hermana de Ordoño.

*Jim.* ¿Floresinda?

*Alf.* La que hablaste una vez.

*Jim.* Sí, y es hermosa.

Bien me acuerdo. Hace un año.— ¿Yes, Alfonso?

¿Yes tú qué de perfidias nos acosan?

Marchémonos de aquí. Vuelve á la noche:

Dónde quiera que vayas, estoy pronta

Siempre contigo á dividir tu suerte.

¡Qué de ilusiones la ignorancia forja!

Ya en ese conde contemplé un amigo,

Porque falaz me dirigió lisonjas...

*Alf.* ¡Sancho á ti...!  
*Jim.* Nada temas: él no sabe  
 Que era Jimena la villana tosca.

*Alf.* ¿Qué te dijo?  
*Jim.* Mentiras: que mi rostro  
 Le recordaba aquel que le enamora.  
 Tal vez era verdad: á Floresinda  
 Galanteó tal vez en mi persona.  
 ¡Es el Conde muy fiel!

*Alf.* Es deber suyo:  
 Marido es ya quien el contrato forma.

*Jim.* Tal es la ley.  
*Alf.* Pero interés sobrado  
 Parece que te inspira...

*Jim.* Me sonrojas.  
 Como nunca el amor has conocido,  
 Tú siempre sus indicios equivocas.  
 Yo tampoco amaré.

*Alf.* ¡Pluguera al cielo!  
*Jim.* Para mi hermano mi ternura toda.

*Alf.* Y para tí no mas Alfonso vive.  
*Jim.* Sí, que jamás Alfonso me abandona.

*Alf.* Nunca: mi voluntad irrevocable  
 Del amor para siempre me divorcia.  
 Jamás á una mujer al plé del ara  
 La banda me unirá cándida y roja. —  
 Mira, Jimena mía: este momento  
 De exaltacion sublime y religiosa,  
 De despedida y riesgo, acaso ofrece  
 La coyuntura favorable y propia  
 Para un designio...

*Jim.* Dile.  
*Alf.* Nuestro padre  
 Manchó con un delito sus victorias;  
 A su hermano mató, fué asesinado  
 Él tambien á su vez...

*Jim.* ¿Y bien?  
*Alf.* Costosa,  
 Tremenda expiacion, querida hermana,  
 Debemos á una víctima y á otra.

*Jim.* ¿Y cuál?  
*Alf.* Por esto quise que tu vida  
 Corriera en soledad; todos ignoran  
 Cuales son las facciones de Jimena;  
 Solo Ordoño te ha visto, y veces pocas,  
 Porque, pariente fiel, de mis intentos  
 Hiciste sabedor.

*Jim.* Di, que afanosa  
 Me tienes.  
*Alf.* En el reino que fué mio,  
 No hay hombre que merezca de tu boca  
 Otro el dulce sí, que llevaria  
 La obligación de hacerte venturosa.  
 Te acordabas ese deber. Jimena,  
 Por el amor de Dios misericordia  
 Para el que se te dio, por imitarme,  
 Por orgullo de ti, la blanca toca  
 Puesta por signo de mi fiel nodriza,

De otra mano recibela devota,  
 Postrada ante el altar.

*Jim.* Yo lo prometo.

*Alf.* ¿Lo prometes?

*Jim.* Lo juro.

*Alf.* Tú coronas  
 Mi esperanza.

*Jim.* Aniquílese en nosotros  
 Una prosapia misera y odiosa,  
 Que fatigada de mirarse siempre  
 Blanco de la traicion, cede y se postra.

*Alf.* Ven, ven, y el respetable juramento  
 Pronuncia allí, donde el Señor nos oiga,  
 Delante de la cruz. (*Lléganse á ella.*)

*Jim.* (*De rodillas.*) Padre pladoso,  
 Que nos ofreces del dolor la copa,  
 Sálvanos del peligro que nos cerca,  
 Y yo renuncio la mundana pompa,  
 Y en la morada fraternal viviendo,  
 Sierva tuya seré y humilde esposa.

ESCENA X.

BERNARDA, ALFONSO, JIMENA.

*Bern.* Vuestro mandato en mi aposento  
 Quien os ha de guiar: vestid la ropa [espera  
 Que ha de encubrirlos, y partid.

*Alf.* Al punto.

*Bern.* Por el huerto saldreis.  
 (*Cierra el pedestal, y éntrese en la casa.*)  
 Blanca paloma,

De carnívoras aves acechada,  
 Vele por tí quien la naciente rosa  
 Firme en el frágil vástago mantiene  
 Cuando furioso el aquilon le azota.  
 Fía en aquel á quien tu te dedicas,  
 Y en el único bien que no me roban:  
 Mi aliento, mi teson. Prestado cetro  
 El que me dieron fué; si le recobran,  
 Pueden hacerlo. Para destronarme,  
 Precisa era primero mi deshonra;  
 Por eso la calumnia les perdono:  
 El filo de una espada vencedora  
 Borrará con el tiempo las señales  
 Que manchan de mi honor la rica joya.  
 No crean los cobardes enemigos  
 Que destruyen la fábrica grandiosa  
 Comenzada por mí, que soy quien pierde:  
 Son ellos, es la patria. Ruda choza  
 Tenga, pues, el creyente por asilo,  
 Mientras huella el sectario de Mahoma  
 Pavimento de mármoles, y tienda  
 En él nuestras banderas por alfombra.  
 Desheredado en el pais nativo,  
 Con mis hazañas en region remota  
 Quizá mas rico patrimonio gane  
 Que ese que me altívez hoy abandona.



(Bernarda se presenta á la puerta con unos vestidos de hombre en el brazo, y se dirige al Rey.)

Bern. Venid. (*A Jimena.*) Quedad aquí  
 Alf. A Dios, Jimena. [vos en acecho.  
 Jim. A Dios: aguardo ansiosa.  
 (*Entran en la casa Bernarda y Alfonso.*)

ESCENA XI.

JIMENA.

Él solo en mi amparo vela,  
 Solo él. — Y tiene razon:  
 Hijos de desgracia son  
 Los hijos del Rey Fruela.  
 Piadoso el cielo por mí  
 Debeis hallar, padre mio:  
 Con harto dolor expió  
 Culpa que no cometi.  
 Por vos de su pecho lanza  
 Jimena el amor. — ¡Ay! no:  
 Consigo se le llevó  
 Fugitiva la esperanza.  
 ¡Y el traidor me llama linda,  
 Y se atreve á darme quejas!  
 ¡Y desertor de mis rejas,  
 Me olvidó por Floresinda!  
 Dice que huyo con rigor  
 Las veces que á verme acude.  
 ¿Cómo libertarme pude  
 De tanto avizorador?  
 Deber suyo hubiera sido  
 Los obstáculos vencer:  
 De mas hice yo en querer  
 Que los hubiese vencido.  
 En fin, ya todo le aparta  
 De mí, ya somos extraños:  
 Aunque encierre mil engaños,  
 Bien puedo abrir esta carta.  
 Yo no sé si la destroce  
 Sin verla. Si debería.  
 No, que ignoro todavía  
 Si el pérfido me conoce. (*Abre y lee.*)  
 Aparentando tomar un informe, trazo  
 estas palabras al pié de un escrito de mano  
 ajena: la ocasion me obliga á no decir sino  
 lo necesario. La única vez que os vi en  
 Oviedo, cuando un presentimiento venturoso  
 me llevó á registrar el jardin del alcázar, os  
 dije mi nombre, y me callasteis el vuestro:  
 indicios recientes me han descubierto quien  
 sois.  
 ¡Sabe quien soy!  
 Yo he solicitado el encargo de perseguir  
 al Rey, para salvarle; pero no he podido  
 traer sino soldados de quienes no me debo  
 fiar. Ordoño es el autor y el jefe de la con-  
 juracion, como vereis por ese plan escrito y

firmado por él propio, el cual ignora que yo  
 posea este documento, y aun está persuadi-  
 do de que no existe. Ordoño, que os co-  
 noce como sabeis, quiere á toda costa des-  
 cubrir vuestro asilo, y quizá no se halla  
 lejos. Avisad á vuestro hermano, y huid,  
 Jimena: huid, ó, por lo menos, ocultaos de  
 Ordoño.

Ni siquiera

Una palabra hay aquí  
 De lo que esperaba. Fui,  
 Fui demasiado altanera.  
 Sancho de salvarnos trata;  
 Como bueno corresponde:  
 ¿Qué mas quiero? Gracias, Conde;  
 No me tengais por ingrata.  
 Fuera ya un empeño loco  
 Volver los ojos atrás;  
 Ni él debe decirme mas,  
 Ni yo esperarlo tampoco.  
 Hecha la promesa santa,  
 ¿Quién devaneos medita?  
 No ambicione la proscrita  
 Lo que no logró la infanta;  
 Pues en tal persecucion  
 Es harta felicidad  
 Que algun resto de piedad  
 Nos quede en un corazon.  
 (*Oyese á lo lejos el chasquido de una  
 honda.*)  
 En la cumbre del collado  
 El pastor la honda restalla.  
 Algo que avisarnos halla.  
 ¿Vendrá gente?  
 (*Llégase al fondo á observar.*)  
 ¿Qué he mirado!  
 ¡Es Ordoño! ; Otra agonía!  
 ¡Ordoño y Sancho! ¿Si habrá  
 Partido mi hermano ya?  
 ¡Valednos, Virgen María!  
 (*Éntrase en la casa y cierra.*)

ESCENA XII.

SANCHO, ORDOÑO, SOLDADOS.

(*Los soldados no hacen mas que cru-  
 zar por el fondo; Ordoño sale re-  
 conociendo el sitio.*)

Ord. ¡Oh! la ventaja es inmensa.

San. Distinto es mi parecer.

Ord. Aquí se pudiera hacer

A pedradas la defensa.

San. (*Aparte.* ¿Habrá servido el aviso  
 Que dí á Jimena?) Pensemos,

Ordoño, qué resolvemos.

Ord. Si, vamos á lo preciso.

San. Tiempo quedará despues

Para ver esa doncella.

*Ord.* Silo dice que es muy bella ;  
Pero no tengo interés...

*San.* ¿ Con que afirmáis que Teudon  
Está en Sármanos armado ?

*Ord.* Banderas ha levantado  
Por Alfonso.

*San.* Es campeon  
De gran valor y pericia.

*Ord.* Hombre debe ser de cuenta,  
Cuando así que se presenta,  
La rebelion se desquicia.

*San.* ¿ Ya la l'amais rebelion ?

*Ord.* No me parece un insulto  
Dar este nombre á un tumulto  
Que perece en embrion.

*San.* No tomo yo por injurias  
Vuestras palabras.

*Ord.* Son copia  
Fiel, ó mas bien son la propia  
Voz de Galicia y Asturias.

*San.* Aunque yo mi voto aprecio,  
Cuando son de otro sentir  
Los mas...

*Ord.* Ir á desmentir  
A todos...

*San.* Es duro.

*Ord.* Es necio.

*San.* Pues ¿ qué partido tomar ?

*Ord.* Señor, al hundirse un bando...

*San.* Se puede morir lidiando...

*Ord.* Mas vale capitular.

*San.* Yo no tengo inconveniente,  
Si no le hubiere por vos.

*Ord.* Yo os creía de los dos  
El menos ondescendiente.

*San.* Mas natural es que tema  
El autor de la asonada.

*Ord.* ¿ Y no debe temer nada  
Quien se llevó la diadema?  
No esteis, buen Conde, tan ancho.

*San.* De asombro me quedo mudo.

¿ No fué aclamado Bermudo  
Segunda vez ?

*Ord.* Lo fué Sancho.

*San.* ¿ Yo he sido nombrado rey !

*Ord.* Y por toda una semana  
Grandeza y plebe asturiana  
Obedeció vuestra ley.

*San.* ¿ Qué es esto ? ¿ Sin mi noticia  
De mi nombre se abusó,  
Mientras he corrido yo  
Las montañas de Galicia !

*Ord.* Por ser tan ejecutivo  
La noche del alzamiento,  
Que partisteis al momento  
Tras el real fugitivo,  
Se hizo sin vos la eleccion ;

Y despues aquí engolfado,

Dar no pudo el enviado  
Con vos por ningun rineon.

Yo he llevado en vuestra ausencia  
De los negocios el peso :  
Conque no tengais por eso  
Escrúpulo de conciencia.

*San.* Debíó seros imposible  
Conseguir que os aclamaran,  
Y hariais porque nombraran  
Al rival menos temible.

*Ord.* Ansiaba cada elector  
El trono...

*San.* Y mas han querido  
Cederle á un desconocido,  
Que darle á un competidor.

*Ord.* Hallándome desairado  
De votos en la asamblea,  
Dije : á lo menos, que sea  
Rey mi futuro cuñado.

*San.* (*Aparte.*) ¿ Habrán huido ?

*Ord.* ¿ Qué afan  
Os tiene, Conde, perplejo ?

*San.* Nada.

*Ord.* Entremos en consejo  
Para evitar un desman.

A Saldaña gobernó  
Vuestro padre tiempo largo ;  
Y habiendo muerto, el encargo  
Que tuvo, se os confió.

Allí donde mil testigos  
De vuestros hechos contaís,  
Natural es que tengais  
Un gran número de amigos.

El poder del cetro godo  
Es en Castilla una sombra :  
El Rey los Condes le nombra,  
Y libre la deja en todo.

Vos en Galicia estais mal :  
Es claro hasta la evidencia  
Que os tomarán residencia  
Del reinado semanal.

Si vais á Saldaña al punto,  
Y dais al moro un avance,  
Como salga bien el lance,  
Se sepulta el otro asunto.

Crecida escolta os daré  
Que os libre de un accidente,  
Y lo demás de la gente  
Al Rey se la entregará,

Bajo expresa condicion  
De que yo quede bien puesto,  
Y os otorgue, por supuesto,  
Completisimo perdon.

*San.* Hablaré al Rey : á mi cuenta  
Eso quede.

*Ord.* Es que...

*San.* Acabad.



*Ord.* Hay una dificultad  
Para que yo lo consenta.

*San.* ¿Dificultad? Y ¿cuál es?

*Ord.* Conde, que no me conviene.

Amigo, cada uno tiene  
Que consultar su interés.  
Haced lo que os he indicado,  
Pues aquí soy el que manda;  
Y tenéis fibra algo blanda  
Para negocios de estado.  
Entended que yo el favor  
De Alfonso puedo alcanzar,  
Y vos habeis de pasar  
Sin recurso por traidor.

*San.* Hay medio de sincerarme,  
Y fácil, os lo prevengo.

*Ord.* Por sí es el mismo que testigo  
Para mí, debo explicarme.  
Aquí vió, según me dijo,  
Silo una jóven...

*San.* Serrana  
Del país.

*Ord.* ¿Y si es la hermana  
Del Rey?

*(Sancho se turba: Ordoño le da una  
mirada, y dice despues con segu-  
ridad.)*

Es ella de hijo.  
Cercada la casa está;  
La hallaré; se la presento  
Al Rey; y este miramiento  
Su consecuencia tendrá.  
¿Qué decis?

*San.* ¿Por qué he salido  
Nunca del hogar paterno?

*Ord.* Por alcanzar un gobierno.  
Sois Conde... y seréis marido:  
Disgusto ya deja ver  
Mi hermana; más no os añija;  
Que aceptada la sortija...

*San.* Nunca será mi mujer.

Descubro con claridad  
Que habeis jugado conmigo.

*Ord.* Conde, perdonad si os digo...

*San.* ¿Qué me direis?

*Ord.* Que es verdad.

*San.* ¡Ordoño!  
*Ord.* Tenéis valor,

Frais útil á mi empresa,  
Mi hermana es linda y traviesa:  
Os gané con el amor.

*San.* Bien que su artificio ruin  
Me ha podido deslumbrar,  
Sepa...

*Ord.* Si os hizo olvidar  
A la dama del jardín.

*San.* ¿Quién reveló...?

*Ord.* Cierta buena

Mujer que escondida os vió;  
Y ella fué la que estorbó  
La cita que dió Jimena.

*San.* ¡Jimena! ¡Trama infernal!  
Ya todo me desengaña...

*Ord.* ¿De qué, Conde de Saldaña?  
¿De que soy vuestro rival?

*San.* Ordoño... los de la tierra  
Que llaman de los castillos,  
Aunque pecan de sencillos,  
Rayos son para la guerra.  
Fronterizos del infiel,  
Vivimos desde la cuna,  
Con buena ó mala fortuna,  
Lidiando siempre con él.

Siembra y coge sin contienda  
Aquí el labrador el grano;  
Allí ha de saber su mano  
Labrar y salvar su hacienda.

Lanza es la ajada, chuzo es  
El cayado del pastor,  
Y la hoz del segador  
Alfanje por el revés.

Fe, sin embargo, y decoro  
Guarda entre sí el fiel linaje,  
Porque allí todo el coraje  
Se reserva para el moro.

Como tener deberéis  
De noble alguna vislumbre,  
Os oí, por la costumbre,  
Con la paciencia que veis.  
Mas ya que en justo furor  
Contra vos el pecho se arde,  
Mirad si no sois cobarde,  
Que yo sé que tengo honor.

*Ord.* Le tenéis, por de contado;  
Pero no hay que blasonar;  
Que es algo particular  
El honor de un conjurado.

*San.* No; si conspirar fingí,  
De salvar al Rey traté.

*Ord.* Veo que no me engañé  
Cuando yo me lo temí.

Y á fe que si me descuido,  
Me sacrifica mañana  
Esa honradez castellana  
Que me habeis encarecido. —  
Es forzoso que partais.  
Ya tendrá Silo informados  
De mi plan á los soldados.  
Resolved. ¿En qué os parais?

*San.* Con un enemigo vil,  
¿Qué hace un noble?

*Ord.* Acaso nada.

*San.* ¿No mirais que tengo espada?

*Ord.* Vos tenéis una, y yo mil.

*San.* Cuando lleguen en tu ayuda,  
Ya te habré yo confundido.

Deféndete, fermentido.

(Sacan las espadas y riñen.)

Ord. ¡Soldados!

ESCENA XIII.

SILO, LUPO, SOLDADOS, SANCHE, ORDOÑO.

Silo. Mirad: no hay duda.  
(A los que salen con él.)

Rehusa el medio en que estriba  
Nuestra salvacion.

San. ¡Villanos!

Ord. Matadle.

Silo. ¡A él, asturianos!

Ord. ¡Viva don Alfonso!

Sold. ¡Viva!

(Retírase el Conde por la derecha,  
haciendo frente á Ordoño y á los  
soldados que le persiguen.)

ACTO SEGUNDO.

A la izquierda del espectador en ángulo de la torre perteneciente á la primitiva iglesia del Salvador en Oviedo; desde el punto donde termina la pared de la torre, parte hácia la derecha una galería ó pasadizo abierto, que comunica con el palacio de Alfonso. Ventanas en la galería, por donde se verán á lo lejos varios edificios de una plaza aun no acabada de construir. El espacio que media entre el proscenio y la galería, corresponde á un jardín, del cual se verá un grupo de árboles á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO, ORDOÑO, SILO, TOIDA, NEFTALI, UN ENTALLADOR, UN PLATERO Y UN ESPADERO.

(Salen de la iglesia á la galería.)

Alf. Venid por aquí, maestros,  
Abreviemos el camino.

Ord. La galería nos da  
Paso al palacio.

Alf. Se hizo  
para que fuera mi madre  
lede su aposento mismo  
la iglesia.

Toida. ¿Es necesario  
que la conserve?

Alf. Preciso.  
mandrá por ella la Infanta  
esta dia á los oficios

Al templo del Salvador.

Toida. En lugar de un cobertizo  
Como este, veré de hacer  
Algo que merezca el título  
De galería, que Ordoño  
Por favor le ha concedido.

Alf. Arquitecto, reservad  
La ostentacion, ya lo he dicho,  
Para la iglesia.

Toida. Señor...  
No os enojareis conmigo.  
Yo al Salvador alzaré  
Templo decoroso y digno,  
En lugar de ese que, hablando  
Con el respeto debido,  
Manifiesta solamente  
La pinta y devoto ahinco  
Del Rey vuestro padre; pero  
Tanquam labraros confío  
Mejor casa que tenéis.

Ord. Toida, palacio decimos  
A la mansion del monarca.

Toida. Yo la advertencia os estimo;  
Pero con todo, si vos  
Hubiérais como yo visto  
Los alcázares de Córdoba  
Y de Sevilla, imagino  
Que os repugnaria dar  
Igual nombre á los prodigios  
Del arte, y á unas paredes  
Hechas de barro y ladrillo.

Alf. Tiene sobrada razon:  
Oviedo está en sus principios.  
Deba la posteridad  
Al afan vuestro y al mio  
Una ciudad en que al menos  
Halle un remedo mezquino  
De la grandeza de aquellas  
Que perdió el triste Rodrigo.

¿Qué me pedis por ahora? (A Toida.)

Toida. Por ahora y siempre os pido  
A vos libertad y manos,  
Y dinero á este judio.

(Señalando á Neftali.)

Alf. Todo lo tendreis: andad.

(Vase Toida.)

ESCENA II.

ALFONSO, ORDOÑO, SILO, NEFTALI,  
UN PLATERO, UN ESPADERO, UN EN-  
TALLADOR.

Plat. Señor, aun no habeis podido  
Ver mi obra.

Alf. ¿Sois...?

Plat. El platero.

(Presenta al Rey una arquita ó cofre-  
cillo de plata.)

*Alf.* A ver. ¡Trabajo exquisito!

*Ord.* ¡Caja preciosa!

*Alf.* A guardar

Una joya la destino

De gran valor. (*A Silo.*) Vos, oid.

(*Le habla en voz baja.*)

*Ord.* ¿Y dónde habeis aprendido  
La profesion?

*Plat.* En Sevilla:

Vivi diez años cautivo

En la casa en que se labra

La moneda.

*Alf.* ¡D pronto, Silo.

Tomad, y volved con ella.

(*Dale la arquita.*)

*Silo.* Corriendo.

(*Vase.*)

*Plat.* (*Al Rey.*) Estoy instruido

En el arte de acuñar,

Y si quereis...

*Alf.* ¡Ay amigo!

Ese ya para mi reino

Fuera lujo intempestivo.

Con moneda antigua y árabe

Pasamos cerca de un siglo;

Pasaremos de este modo

Mientras Dios fuere servido.

Maestro, para mi hermana

Quiero un espejo macizo

De plata.

*Plat.* Lo haré mas terso.

Que una lámina de vidrio.

(*Vase.*)

### ESCENA III.

ALFONSO, ORDOÑO, NEFTALI,  
UN ESPADERO, UN ENTALLADOR.

*Esp.* Yo soy espadero.

*Alf.* Como

Estareis ocupadísimo

Mientras yo reine, he rogado

Que os dé licencia el obispo

Para poder trabajar

Sin pecado los domingos.

*Esp.* Por el día, bien; la noche...

*Ord.* Es para el sueño.

*Esp.* Y el vino.

*Ord.* ¿Quién os ha enseñado?

*Esp.* Un moro

De Toledo.

*Ord.* ¡Otro discípulo

Del infiel!

*Esp.* Infiel ó no,

Quien sabe, tiene legítimo

Derecho para enseñar.

*Ent.* Yo nada les he debido

A los árabes.

*Alf.* Ya, sois...

*Ord.* Entallador, lo adivino.

Mal pudieran enseñaros

Ellos á hacer crucifijos.

*Alf.* Os encargo un elegante

Reclinatorio esculpido...

*Ent.* ¿Para vos?

*Alf.*

Para mi hermana.

*Ent.* Espero que he de servirlos.

(*Vanse el espadero y el entallador,  
sale Silo con la arquita.*)

### ESCENA IV.

SILo, ALFONSO, ORDOÑO, NEFTALI

*Silo.* Aquí está.

*Alf.*

Bien. — Neftali,

Mirad á la plaza: alisto

Gente allí para la guerra,

Y aquí dispongo edificios

Para engrandecer á Oviedo:

Un número muy crecido

De libras de oro es forzoso

En tal ocasion pedirlos.

*Neft.* Señor, el Dios de Abraham

Se ha dignado hacerme rico.

Cinquenta años há que soy

Mercader; cuanto he adquirido,

Es vuestro; pero no basta

Mi caudal y el de mis hijos

Para completar la suma

Que necesitais: me obligo

A que la den compañeros

En toda España esparcidos;

Sin embargo, no os conocen.

Una prenda necesito

Para que fien de mí

Como yo de vos me fio.

*Alf.* Se habia pensado en ello.

Traed ese cofrecillo.

(*Silo se acerca con la arquita; el Rey  
abre, y saca de ella un paño  
seda en el cual está envuelta  
llave grande de hierro.*)

¿Qué os parece, Neftali,

Que hay dentro de este tejido?

Mirad, mirad: esta llave

De trabajo tan sencillo,

Es la llave del alcázar

De Toledo. En el dominio

Del moro Toledo yace:

De Rey en Rey ha venido

A mí esta joya sagrada;

Y un siervo de Dios predijo

Que un dia con ella propia

Se abririan los postigos

Del palacio que fué silla

Del gótico poderio,

Y que seria un Alfonso

El Rey, el feliz caudillo  
Que plantara en sus almenas  
El estandarte de Cristo.  
Mirad si sobre esta alhaja  
Me prestarán.

*Nest.* Yo la admito...

(*Hablando aparte con el Rey.*)

En apariencia no mas :  
Hablemos aquí en sigilo.  
Diré que tengo la llave ,  
Y el cofre estará vacío :  
Ninguno vendrá á mi casa  
A levantar el pestillo.

*Alf.* Bien, Nestali.

*Nest.* ¿ Quereis algo  
Mas ?

*Alf.* El dinero que al cinto  
Lleveis ahora.

*Nest.* Os lo entrego  
En la bolsa, y me retiro.

(*Vase.*)

ESCENA V.

ALFONSO, ORDOÑO, SILO.

*Alf.* Silo, despues de apagada  
La rebellon que he vencido,  
Parece que á competencia  
Sus autores y yo fuimos :  
Ellos á ocultarse bien,  
Yo á no querer descubrirlos.  
Pero me dicen de vos  
Que os habiais ofrecido  
A matarme.

*Silo.* Señor, fué...

*Ord.* (*Aparte.*) ¿ Qué es esto ?

*Alf.* No hay que afligiros.

Como nunca os hice mal,  
No podeis ser mi enemigo :  
Necesidad por fuerza  
Me convirtió en asesino.

Remediaos con el oro  
Que os doy en ese bolsillo,  
Y haya paz entre los dos ;  
Porque si un dia me irritó,  
Con alzar un plé, hago polvo  
Semejantes hombrecillos.

[*guenza.*]

*Silo.* (*Aparte.*) No puedo hablar de ver-

*Alf.* (*A Ordoño.*) Quería desde este sitio  
Ver á mi hermana venir  
Del convento, á donde ha ido :  
Ya llega. En tanto que salgo  
A la plaza y la recibo,  
Acabad la conversion  
De aquel pecador contrito ;  
Que os interesa.

*Ord.* ¿ Cresis... ?

*Alf.* Yo de vos nada he creído,

Sino solamente aquello  
Que á vos decir os convino.  
Teneis mi sangre, teneis  
Talento ; Conde os elijo  
De los notarios.

*Ord.* Señor,  
Me deja tan confundido  
Lo que antes oí, que dudo  
Si es favor ese ó castigo.

*Alf.* Si os honrare, agradecedlo ;  
Si os castigare, sufridlo.

*Ord.* ¿ Con qué... ?

*Alf.* Lo que dije á aquel,  
Tenedlo vos entendido. (*Vase.*)

ESCENA VI.

ORDOÑO, SILO.

*Ord.* Pasmado me deja.

*Silo.* A mí

Ciego de rabia. ¡ Maldito  
Sea quien tiene la culpa  
De que me vea corrido !  
No volveré á dar lugar  
Yo, no, por Dios uno y trino,  
A que me eche en cara el rey  
Ni traicion ni deservicio.

*Ord.* ¿ Te resuelves á ser hombre  
De bien ? Yo te felicito.

*Silo.* Felicítarme podeis  
De veras ; que es muy distinto  
De ser partidario vuestro,  
Y partidario gratuito,  
El tener la bolsa llena  
Con el corazon tranquilo.

*Ord.* Me figuro, sin embargo,  
Que puedo contar contigo.

*Silo.* Para todo lo que fuere  
Razonable, justo, licito,  
Sí, señor ; pero en trayendo  
Al Rey daño en lo mas mínimo,  
Tan seguro como hay sol,  
Que os pierdo.

*Ord.* Aprecio el aviso.

*Silo.* Y si manda que os degüelle  
Un dia, por un capriche ;  
Para que Alfonso conozca  
La lealtad con que le sirvo,  
Cierro los ojos y acabo  
Con vos.

*Ord.* Sentiré infinito  
Dar ocasion á que tengas  
Que hacer ese sacrificio.

*Silo.* Bien : pues si llegare el caso,  
No os coja desprevenido. (*Vase.*)

## ESCENA VII.

## ORDOÑO.

Necesario es confesar  
Que Alfonso es hombre de tino.  
Muerto el conde de Saldaña,  
Sepultada en el olvido  
La revuelta, honrado yo  
Con el cargo de ministro,  
Tengo que servirle bien ;  
No me queda otro partido.  
Eae voto de Jimena...  
No es difícil rescindirle,  
Si ella quiere. Y bien, ¿querrá ?  
Por ahora es un delirio  
Pensarlo; mas adelante...  
Desde que en triunfo trajimos  
De Sámamos á los dos  
Hermanos, ha copadido  
Alfonso mas libertad  
A la princesa. Concibo  
La razon : fia en el voto.  
Pero ella no ha recibido  
El velo aún : ¿ hallaria  
Ya en las bodas atractivos ?  
La he de sondear. — Alfonso  
Le tiene tanto cariño...  
Demasiado abiertamente  
Para un corazon tan frio. —  
¡ Frio el corazon de un hombre  
De aquel ánimo ! — ¡ Qué miro !

## ESCENA VIII.

## BERNARDA, ORDOÑO.

*Ord.* ¿ Bernarda ! ¿ Vos por aquí ?  
*Bern.* ¿ Vos, Ordoño, en este sitio ?  
Vuestra hermana se desposa,  
¡ Y vos no habeis parecido  
Por allá !  
*Ord.* ¿ Venia de casa ?  
*Bern.* Es claro : como testigo  
De la muerte del primer  
Novio...  
*Ord.* Cierto : es requisito  
Indispensable probar  
Que el enlace primitivo  
Quedaba disuelto.  
*Bern.* Pues ;  
Aunque si hubiera vivido  
El conde, creo que hubieran  
Roto al fin el compromiso  
Los contrayentes.  
*Ord.* El conde,  
Aunque peleó con brío,  
Falleció de las heridas  
En vuestra casa ; y colijo

Que hizo bien, porque ya estaba  
Entonces por su delito  
Condenado á muerte.

*Bern.* Si él  
No muriera, tan benigno  
Fuera con él don Alfonso,  
Como con otros le ha sido.  
*Ord.* Pidieron esa cabeza  
Allá en Sámamos á grita  
Unánime cuantos jefes  
Se congregaron...

*Bern.* Que en limpio  
Fué decir : « Pague por todos  
Quien tenga menos arreño. »  
*Ord.* Con afecto hablais del conde.  
*Bern.* Con afecto... compasivo.  
Yo le cuidé, yo le ví  
Dar el último suspiro...

*Ord.* ¿ Y por qué no permitisteis  
Que viera el cadáver tío ?

*Bern.* Encomendadle al Señor,  
Pues iba á ser el marido  
De vuestra hermana, y al menos,  
Muerto, dejadle pacífico.

¿ Temeréis que resucite ?  
*Ord.* En el ordinario estilo  
No es comun, pero...

*Bern.* (Aparte.) ¿ Qué diablo... ?  
*Ord.* Todo lo puede el Altísimo.  
*Bern.* Voy á cerrar ; que me avig  
( Llegándose á la puerta que va á  
iglesia. )

Por las llaves mi sobrino.  
*Ord.* ¿ El arquitecto ? — Ya pronto  
Va á principiar el derribo  
De la iglesia.

*Bern.* ¡ Pronto !

*Ord.* Si.  
*Bern.* (Aparte.) Toda no me lo p...  
*Ord.* (Aparte.) Se ha quedado...  
*Bern.* ¿ Lo ha dicho el Rey ?  
*Ord.* El lo di...

Si tenéis algun tesoro  
En sus muros escondido,  
Sacadle sin dilacion.

*Bern.* (Aparte. Me inquieto.) Va á ser  
Quedad con Dios.

*Ord.* Anoches,  
Y en el lúgubre recinto  
Del templo desmantelado,  
Quizá tengais un poquito  
De pavor.

*Bern.* No creais tal.  
*Ord.* Con mi compañía os brindo  
Para...

*Bern.* Gracias.

*Ord.* Ha de ser.

*Bern.* Si sólo ha de ser, no replico.

Venid. (*Aparte.* Si no, recelara.)

*Ord.* Vamos. (*Aparte.* Haré buen registro.) (*Vase.*)

ESCENA IX.

SANCHO, TOIDA Y NEFTALI, EN LA TORRE.

*Toida.* Es pieza mas ventilada.

*Nest.* Estareis aqui mejor.

*Toida.* El mercader es doctor  
Que sabe...

*San.* Mal empleada  
Está en curarme su ciencia:  
No de su triunfo se loe,  
Porque la fiebre que roe  
Mi corazon, es dolencia  
Sin remedio, Neftali.

*Nest.* Si fuere mi auxilio vano,  
Implorable de la mano  
Del gran Dios de Sinai.

*Toida.* Dice bien; que es algo loe  
Que un valiente asi se explique,  
Y á un cristiano le predique  
Resignacion un hebreo.

*San.* ¡Por un infame vendido,  
Por una ingrata olvidado,  
Como si fuera un malvado,  
En este cuarto escondido...!

*Toida.* Dejad esos pensamientos.  
*Nest.* Mil veces, si bien se apura,  
Suele echar la desventura  
De la dicha los olvidos.

*San.* Cuando muerto me juzgaron,  
Y del ataud me alcé,  
¿Por qué, Dios mio, por qué  
Vinieron y me ocultaron?  
Fué una mortaja y arena  
Lo que mi tumba encerró,  
Si; pero encima quedó  
El baldon de mi condena.  
¡Huyo falto de vigor,  
Entro de noche en Oviedo,  
Busco á Ordoño, ¡ay! ¡y no puedo  
Saciar en él mi rencor!

*Toida.* Se empeñó el Rey en traer  
A su palacio á mi tia;  
Faltó allá la que os ponía  
Freno, y... adios, á correr.

*Nest.* Guiónos á vuestro lado  
Un impulso celestial,  
Al caer en el umbral  
De la iglesia, desmayado.

*Toida.* Bernarda tuvo el acierto  
De venirse con nosotros  
Aquella noche; que si otros  
Os hubieran descubierto...

*San.* Me librasteis de morir,  
Lo sé: vida me habeis dado;  
Mas para un desventurado,  
¿Qué beneficio es vivir?

ESCENA X.

BERNARDA, DICHO.

*Bern.* (*Aparte al salir.*) A la calle le  
Y va sin que nada note: | envíe,

Para que no se alborote  
Sancho, disimularé. —  
Una noticia importante, (*Al Conde.*)  
Que es forzoso que sepais,  
Me han dado. — *Gobriño*, ¿vais  
A derribar al instante  
Este edificio desierto,  
Que asilo al Conde le presta?

*Toida.* El Rey siempre me molesta  
Con instancias.

*Bern.* ¿Con qué es cierto?  
Señor conde, ya lo ois.

¿Podreis regir un caballo?

*San.* Mejor dicen que me hallo;  
Pero...

*Bern.* ¿Por qué no partís?  
¿Por qué habeis de consumiros  
En tan amargo despecho?  
¿No tengo yo alguna derecho,  
Conde, para persuadiros  
Lo que os conviene?

*San.* Bernarda,  
Sé que os expongo á los tres;  
Pero tú sabes quien es  
Quien mi partida retarda.

*Nest.* Dejémosla que se entienda  
(*Aparte á Toida, y ambos se retiran.*)  
Sola con él.

*Bern.* No me atrevo,  
Señor, lo digo de nuevo:  
Es fuerza que se sorprenda  
Jimena mucho, si os ve.

*San.* Que sufra.

*Bern.* Una reflexion.  
No siendo su corazon  
Vuestro ya...

*San.* ¿Cuándo lo fué?  
Solo yo pude pensar  
¡Insensato! que nacida  
De un monarca fratricida,  
Jimena pudiese amar.

*Bern.* Hacedis un cruel ultraje  
A su virtud.

*San.* ¡Su virtud!  
Si lleva la ingratitud  
En la sangre su linaje.

*Bern.* Conde, mirad que esa raza

Tiene sangre que me toca,  
Y al injuriarla esa boca,  
Mereciera una mordaza.  
El ingrato aquí sois vos  
Que me estais atormentando:  
Yo, por quien vivís, yo mando  
Que me habéis bien de los dos.

*San.* ¡Generosa recompensa  
Le debo á la noble dama,  
Cuando ve que se me infama,  
Y no sale á mi defensa!  
Ella debe de guardar  
En su poder un escrito,  
Que del soñado delito  
Me pudiera vindicar;  
Y aunque sabe mi inocencia,  
Dejó sobre mi memoria  
Caer la afrenta notoria  
De una bárbara sentencia.  
Mas ya comprendo el motivo.  
Sí; por Ordoño ha callado.  
Le ama, y ha sacrificado  
El rival difunto al vivo.

*Bern.* Si'os dije...

*San.* Bien lo denota  
La repugnancia que siente  
A ver ceñida su frente  
Con el velo de devota.  
No tienes que disculparla.

*Bern.* Y aunque la infanta quisiera  
A Ordoño ú otro cualquiera,  
¿De qué podeis acusarla?  
Si aquella tarde de otoño  
Quedásteis por ella ciego,  
¿Por qué pretendistéis luego  
Emparentar con Ordoño?

*San.* Calla, imprudente; que ignoras  
Ea rabia que en mí despiertas.

Abreme luego esas puertas,  
De mi oprobio encubridoras.  
Poco el salir me embaraza  
Como estoy, sin un acero:  
Se le arrancaré al primero  
Que atraviere por la plaza;  
Y en alas del frenesí  
Que mi sentido enajena,  
Iré y quitaré á Jimena  
La carta que la escribí,  
Y en la hoja la pondré  
De un puñal, y por padron  
De infamia, en el corazon  
De Ordoño la clavaré;  
Que defensa darán, harta  
Para destruir mi mengua,  
Muda de Ordoño la lengua  
Y acusándole la carta.

*Bern.* (*Aparte.*) Es capaz de ejecutarlo.

*San.* Yo pagaré la merced

Que te debo. Adios.

(*Encaminándose á la puerta.*)

*Bern.* Tened.  
Ya que no puedo evitarlo,  
Me resuelvo á daros gusto.  
Vereis á Jimena.

*San.* ¡Oh gozo!  
Falleciera de alborozo.

*Bern.* Y tal vez ella de susto,  
Si no le aviso con tiento.

*San.* ¡Oh! parte, no te detengas  
Pon cuidado en tus arengas,  
Y no la des sentimiento,  
Y sé breve. — ¿En qué paraje  
La veré? ¿cuándo ha de ser?

*Bern.* Ahora al anochecer,  
Cuando, como suele, baje  
A rezar sobre la losa  
De su padre.

*San.* ¿Al templo? ¿aquí?  
¡Tan cerca, y no percibí  
Las pisadas de mi hermosa!

*Bern.* Yo la suelo acompañar. —  
Os escondéis en lo oscuro,  
Y cuando podáis seguro  
Hablarla, os iré á llamar.

*San.* ¡Voy á verla! Me acobardo...  
No, que sabrá la falsía  
Del rival que me vendía. —  
Ven pronto.

*Bern.* Voy.

*San.* Allí aguardo. (*Vanse.*)

#### ESCENA XI.

JIMENA, ORDOÑO, DOS DUEÑAS Y DOS  
PAJES CON HACHAS, TODOS EN LA GA-  
LERÍA.

*Jim.* Llegar hasta aquí permito;  
Más allá no lo consiento.

*Ord.* Nunca falta impedimento  
Cuando hab'aros necesito.

*Jim.* ¿Qué me queréis?

*Ord.* ¡Ah señora!

Que recordárais el día  
Que os vi en aquella alquería,  
Vestida de labradora.

*Jim.* Con fácil condesa  
Me hallareis á vuestro ruego.  
Que los lances de Subrege  
Los recuerdo con frecuencia.

*Ord.* Si de vuestra indignacion  
Tal vez provoqué el suplico,  
Me valdré de aquel sermón  
Para obtener el perdón.

*Jim.* Aunque no lo divulgué  
Por mas de un justo respeto,  
Ya con usura en secreto

Esa merced os pagué.  
 Me encontrásteis fugitiva  
 En poder de unos soldados,  
 Que de órden vuestra apostados,  
 Hicieronme su cautiva.  
 Llegasteis haciendo muestra  
 De obsequioso rendimiento,  
 Con el rostro amarillento,  
 Manchada en sangre la diestra;  
 Y aunque la sangrienta mano  
 Me dió terrible pesar,  
 De ella me dejé llevar  
 A los brazos de mi hermano.  
 Borrar con aquella hazaña  
 Quisisteis unos errores,  
 Y hacer que otros, aun mayores,  
 No salieran á campaña.  
 Se cumplió vuestro deseo,  
 Y mi corazon confuso  
 Adoró lo que dispuso  
 El Dios, á quien amo y creo.  
 Con testimonios bien claros  
 Os pude entonces perder;  
 Pero yo quise tener  
 Un servicio que alegaros.  
 Y pues á lo que imagino,  
 La ocasion propia llegó,  
 Mirad lo que el rey no vió;  
 Mirad ese pergamino.

*(Saca de la escarcela la carta de Sancho, y se la presenta á Ordoño desplegada.)*

*Ord. (Aparte.)* ¡Cielos! debí de borrar Otro equivocadamente.

*Jim.* ¿Callais? Luego es evidente...

*Ord.* Que os dejo continuar.

*Jim.* Sancho aquí por jefe os pone

Del pasado desconcierto:

Sancho lo dice... ¡y ha muerto!

La razon ya se supone. —

¿Os me buscásteis á mí...

*Ord.* Para mostraros mi ley,  
 Para entregaros al rey.

*Jim.* Yo me lo persuado así;

Pero ya segun justicia,

Creo que os he satisfecho

Callando, lo que habeis hecho

En mi favor en Galicia.

Y si estimais un aviso,

Guardaos de recordar

Lo que trato de olvidar

Porque así el cielo lo quiso.

*(Esforzándose á disimular el sentimiento con la cólera.)*

Prevenid la ira y sonrojos

Que en mi la memoria labra,

O yo con una palabra

Os haré bajar los ojos.

*Ord.* ¡Me amenazais... y se trunca  
 Vuestra voz entre suspiros!

*Jim.* Tanto me cuesta el oiros.

No volvais á verme nunca.

*(Vase, y siguenla las dueñas y los pajes.)*

ESCENA XII.

ORDOÑO, Y DESPUES ALFONSO Y SILO.

*Ord.* ¿Que nunca la vuelva á ver?

Os verá, bella enojada;

Pero será cuando nada

Tenga de vos que temer.

Preciso es que me apodere

De la carta. *(Salen Alfonso y Silo.)*

*Alf.* Silo, estoy

De prisa; á la iglesia voy

A orar: sea la que fuere,

Decid á Ordoño la urgencia.

*Silo.* A vos.

*Ord.* ¿No flais de mí?

*Silo.* ¿Quién reina?

*Ord.* ¡Oh! yo no.

*Alf.* Yo sí.

*Silo.* A vos toca darme audiencia.

*Alf.* La doy.

*Ord.* ¡Bondad sin ejemplo!

*Silo.* Que salga, y despues alabe.

*Alf.* Salid.

*Ord.* Voy. *(Aparte.* Cogi una llave  
 A Bernarda; torno al templo.) *(Vase.)*

ESCENA XIII.

ALFONSO, SILO.

*Alf.* ¿Qué es ello?

*Silo.* Yo he proci

Con vos como un desalmado,

Y vos me habeis perdonado.

*Alf.* Eso es...

*Silo.* Notorio y sabido,

No hay duda; mas viene á cuento

Para añadir que seria

Un vil yo, si ver no hacia

Pronto mi agradecimiento.

*Alf.* Muy bien.

*Silo.* Pues, señor, sali

De aquí con harto bochorno,

Y paseándome en torno

De la iglesia, hablar oi.

*Alf.* ¿Dentro del templo?

*Silo.* En un cuarto

De la torre: me da gana

De escuchar á la ventana,

Llego, oigo, miro... y me aparto

Al punto con tal asombro,



Que os juro sentí en el cuello  
Erizarseme el cabello,  
Retirándose del hombro.

*Alf.* ¿Quién pudo rendir tu brio  
Con solo el aspecto suyo?

*Silo.* ¿Quién? Un enemigo...

*Alf.* ¿Tuyo?

*Silo.* Es vuestro, de Ordoño y mio.

*Alf.* ¿Algun conjurado?

*Silo.* Pues,

Que allí aguarda por ventura  
Favorable coyuntura

Para acabar con los tres.  
*Alf.* Has obrado cuerdamente  
En hablar conmigo solo.

*Silo.* En ese escondite hay dolo,  
Y el peligro es inminente,  
Porque el refugiado es hombre  
Capaz...

*Alf.* ¡Silencio profundo!

*Silo.* Sabed que es...

*Alf.* A todo el mundo  
Has de ocultar ese nombre.

*Silo.* ¿Ya dais en quien puede ser?  
(*Aparte.* Este Rey no tiene precio.)

*Alf.* (*Aparte.* Aun no ha comprendido  
Que no lo quiero saber.) [el necio]

Te nombro por la lealtad  
Que en guardar mi vida pones,  
Alcaide de las prisiones  
De palacio.

*Silo.* Descuidad.  
No ha de escapárseme reo,  
Poniéndole yo entre barras.

*Alf.* A tu enemigo...

*Silo.* A mis garras  
Venir á parar le veo.

Daré de mi celo pruebas.

*Alf.* Le buscas.

*Silo.* Bien.

*Alf.* Llevarás...

*Silo.* Espada.

*Alf.* Estará demás.

*Silo.* Él no la tiene.

*Alf.* La llevas: —

Te daré, como á hombre fiel,  
Un bolsillo.

*Silo.* Recibi

Uno ya.

*Alf.* No es para tí

Este.

*Silo.* Pues ¿es para él?

*Alf.* Justo.

*Silo.* ¿Para el escondido?

*Alf.* Si.

*Silo.* Yo creí que era pago...

Y de la espada, ¿qué hago?

*Alf.* Te llegas muy comedido,

Con ella y con el dinero

En la mano, y dios: « Soy

De casa de Alfonso, que hoy

Supo de vos, caballero;

Y no siendo esa morada

La que hombre cual vos merece,

En el alcázar se ofrece

A daros mejor posada;

Pero si vos aceptar

No quereis la franca oferta,

Un paje os tiene á la puerta

Caballo para viajar;

Y este hierro y este oro

Os darán, si el caso llega,

Favor en una refriega,

Y en toda ocasion decoro.

Partid, pues, sin embarazo,

Y luego volved acá;

Porque si tardais, irá

El Rey...

*Silo.* Y os dará...

*Alf.* Un abrazo. »

*Silo.* ¡Un abrazo! Y yo que quiero

Intrepretar... ¡Me he lucido!

Vamos, quedo convencido

De que soy un majadero.

#### ESCENA XIV.

ORDOÑO, QUE SALE DE LA IGLESIA;  
ALFONSO, SILO.

*Ord.* (*Al Rey.*) ¿Aquí estais? Oid.

*Alf.* ¿De dónde  
Venis?

*Ord.* Del templo, señor.

He descubierto un traidor  
Que en esos muros se esconde.  
Peligra vuestra corona.

*Alf.* No tal.

*Silo.* Bien segura está.

Sabe el Rey el caso ya,

Y conoce la persona.

*Ord.* ¿Cómo?

*Alf.* (*A Ordoño.*) Que calleis os pido.—

Voy á enviarle á decir

Que puede verme, ó partir.

(*Vase, y sigue Silo.*)

*Ord.* Si habla con él, soy perdido. (*Vase.*)

#### ESCENA XV. (*En la torre.*)

SANCHO, QUE TRAE EN BRAZOS A JIMENA;  
DESMAYADA; BERNARDA, CON UNA LUZ.

*Bern.* Colocadla en un asiento.

(*Pónenla en una silla.*)

En el claústro se quedó

Todo el acompañamiento;

tan visto.

¡Respiró!  
as. Cobrad aliento,

1. Prenda del alma,  
en tí.

¡Jesus! dijera...  
ciendo ademan como de quien se  
iere desasir de una persona.)  
sadia tan grosera!

1. No te fatigues; ten calma.

¡Siempre conmigo severa!  
(Mirando al Conde.) Esa voz es  
habla mas, por favor. [conocida.

Perdona, bien de mi vida.

¿Cómo, estando prevenida,  
stó mi salvador?

ros perdon imploro.

¡Angel del cielo estrellado,  
de mi eterno lloro...

¿Vos habeis por mí llorado?

¿Pues no sabes que te adoro?

Acaso en mi turbacion

yo sin fundamento;

ngo en el corazon

va de un casamiento,

da de una traicion.

ser hoy liviandad,

as dijera con ira

culpan de falsedad

as que son mentira,

nes que son verdad.

(Bernarda se retira.)

A escuchar hoy me resigno

humildad que otras veces

de que no soy digno,

un labio tan benigno

s para mí esquivaces.

uando allá en la quietud

apostento enlutado

el Señor la salud,

encontré abandonado,

o en un ataúd,

pensamiento primero

alma supo formar,

l Dios verdadero

e dejase llegar

cuánto te quiero.

yo, luz de mis ojos,

dí sin conocerte

alma por despojos,

mas que la muerte

ar tus enojos,

entendia que hubiera

dicha, mayor bien,

rir hasta que viera

da la fe sincera

e llora su desd

Aunque adorarte es delito  
Que puede costarme caro,  
Mi amor, Jimena, es tan raro,  
Que tú Infanta y yo proscrito,  
Yo ni en tí ni en mí reparo.

Media un abismo sin fin  
Entre ambos; pero en tí yo

Solo miro el serafín

Cuya luz me deslumbró

Hace un año en el jardín,

¡Ay! en aquel paraíso

Donde fe pura y ardiente

Juré mi labio sumiso,

Resbalando por el piso,

Nos sorprendió la serpiente.

Una mujer, una espía

Por Ordoño asalariada,

Nos miraba, nos oía.

Jim. (Aparte.) ¡Y respeto á la malvada,

Cielos, cuando me vendía!

San. Ese vil calumniador,

Aborto de los infiernos,

Hizo cundir el rumor

De que intentaba vendernos

Tu hermano al Emperador;

Y contra mi sencillez

De soldado, hicieron ligã

Dos monstruos de avilantez,

Y me pareció su intriga

Empresa de honor y prez.

Logró Floresinda echar

A mi cuello una cadena

Que no supe rechazar;

Si. — Yo tenia que amar,

Y no encontré á mi Jimena.

Jim. Solo de Ordoño el acento

En mi pecho despertaba

Desden y pesar violento;

Y yo capricho juzgaba

Lo que era presentimiento.

Mas ya vengo á comprender

Que á la invencible aversion

Hacia bien en ceder,

Pues hizo mi corazon

Justicia en aborrecer.

San. ¿Tú le aborreces? ¿es cierto?

Jim. Ya á perdonarle me inclino.

Ayer os juzgaba muerto,

Y él era vuestro asesino.

San. ¡Yo no sé si estoy despierto!

Mas no: todo es ilusion

De que es tiempo que despierte,

Pues me dice la razón

Que poco sintió mi muerte

Quien permitió mi baldon. —

Al Rey le debiste osada

Poner mi pliego en la mano.

Jim. Y al verás en llanto apogada,

¿Qué hubiera en tal abogada,  
Qué hubiera visto mi hermano?

*San.* Será mucho presumir;  
Pero en esos ojos noto...  
Di, por Dios...

*Jim.* ¿Qué he de decir,  
Si el labio me cierra un voto  
Que tengo á Dios que cumplir?

*San.* ¿Qué amante ese voto hace?

*Jim.* ¿Y qué zelosa deslinda  
Si es bien que al altar se abraçe?  
Yo supe el funesto enlace  
Tratado con Floresinda.  
Tiempo es de que reflexiones,  
Tú que con tal arrogancia  
Me hiciste reconvenciones,  
Que de tí tomé lecciones  
De perfidia, de inconstancia.  
Tú, con dejarme de ver,  
Dejaste en mí de pensar,  
Y quisiste otra mujer;  
Yo no te debí querer,  
Y no te pude olvidar.

*San.* ¡Qué oigo!

*Jim.* En esta confesion,  
Conde, solo tienen parte  
Mi decoro y mi opinion,  
Porque tengo que anunciarte...

*San.* ¿Qué?

*Jim.* Nuestra separacion.  
Ser del Señor ofrecí,  
Si de un riesgo me salvaba,  
Y al punto libre me ví:  
Ya del Señor soy esclava,  
Pues hizo lo que pedí.  
Contra la suerte luchamos,  
Y no hay poder que esclavice  
Tal poder. — Sancho, cedamos.  
Conspiraste, y votos hice:  
No es dable que nos unamos.

*San.* ¡Separarnos, cuando afable  
Tu rostro vine á mirar!  
Mas ¿qué tengo que extrañar?  
Soy un reo miserable:  
Nos debemos separar.

*Jim.* ¡Ingrato! Mi triste duelo  
Podrás hacer que se aumente;  
Pero yo tendré el consuelo  
De haber cumplido igualmente  
Con el hombre y con el cielo.  
Yo te justificaré,  
Para que cobres tu honor;  
Yo á mi hermano le diré  
Que si conspiraste, fué  
Para servirle mejor.  
Aquí es fácil que te vean,  
Y tu carta es de tal suerte,  
Que mas habrá de valerte,

Si yo logro que me crean,  
Y no se duda tu muerte.  
Parte á Castilla, y despues  
De absuelto, podrás sin miedo  
Descubrirte donde estés;  
Mas no pongas en Oviedo  
En mucho tiempo los piés.  
Disimular no sabrás  
Tu pasion, por mas que hicieres;  
Y si mi hermano quizás  
Adivina que me quieres,  
No te perdona jamás.  
Renuncia esperanzas vanas,  
Y acometiendo las villas  
A la frontera cercanas,  
Envianos á gavillas  
Las banderas africanas;  
Y un grito de admiracion  
A cada instante una nueva  
Traiga de mi campeon,  
De la márgen del Carrion  
Hasta la orilla del Deva;  
Y déme yo el paraben  
Si con tierno lloro mancho  
El velo que orne mi sten:  
Sabré que si quiero á Sancho,  
Que si le adoro, hago bien.

*San.* No prosigas de esa suerte;  
Que al mirar tanto heroismo,  
Se hace mi pasion mas fuerte,  
Pues conozco por lo mismo  
Cuanto pierdo con perderte.  
No hagas caso del dolor  
A que ves que me rendí:  
Ya me grita el pundonor  
Que si no tengo valor,  
No seré digno de tí.  
Bien: partiré, viviremos  
En diferente lugar,  
En apartados extremos;  
Por apartados que estemos,  
Al fin nos hemos de hallar.  
Rival que mi fe venera,  
Gozará en tí señorío  
De duracion pasajera;  
Solo á Dios yo le sufriera  
Que me robe tu albedrio.  
Pero la Suma Bondad  
Bien querrá favorecernos  
Acortando nuestra edad,  
Para dejarnos querernos  
Por toda una eternidad.  
Di pues, cuándo partiré,  
Aunque el corazon me tronces.

*Jim.* Con la aurora.

*San.* ¿Volveré  
A verte?

*Jim.* Realmente

segundo entonces.

El segundo?

¿Cuál intento  
 ie esta noche tuviste  
 intrar tan desatento  
 illa, me hiciste  
 conocimiento?  
 Jimena!

¡Tú con el manto  
 le mi ocultar  
 ácia tí me adelanto,  
 ayor espanto  
 luz apagar!  
 Jimena!

¡Un rapto! ¿Qué furias

on desatender  
 s de una mujer?  
 Infanta de Asturias!  
 a, no ha de ofender.  
 Yo robarte? ¿Qué demencia  
 ? ¿Cuándo me oíste...?  
 lencioso á mí viniste;  
 usó la conciencia,  
 enmudeciste.  
 guarda, Jimena, aguarda;  
 n odioso recelo  
 echo me acabarda.—  
 te hallé en el suelo,  
 egué con Bernarda.  
 Dios mio!

Mira que hallamos

las la capilla;  
 los dos te aizamos;  
 mi fe sencilla  
 ¡ siempre.

¡ Estamos

ciertos!

¿Qué ha sido?

¡, cuando yo sola estaba,  
 i te aguardaba,  
 mbre ha parecido.  
 as señas, su porte : acaba.

ESCENA XVI.

BERNARDA, JIMENA, SANCHE.

Señora, vamos corriendo;  
 y os viene á buscar,  
 lo la tardanza,  
 in susto mortal.  
 ana llave; Ordoño  
 ió de quitar,  
 ntrar en la iglesia.  
 Él entró sin duda ya!  
 Ordoño!

Huyamos.

Escucha.

ESCENA XVII.

ALFONSO, ORDOÑO, SILO Y SOLDADOS, EN  
 LA GALERIA; SANCHE, JIMENA Y BER-  
 NARDA, EN EL CUARTO DE LA TORRE.

*Alf.* (*A Ordoño.*) Vos esta puerta guar-  
 dad.

(*Aparte.* ¡ Sancho y Jimena en el templo!)

*Jim.* Adios : luego me verás.

(*Vase con Bernarda.*)

*Alf.* Vosotros conmigo.

(*Pasa con algunos soldados á la  
 iglesia.*)

*San.* Vay

A matar á mi rival

Donde quiera que le encuentre. (*Vase.*)

*Ord.* Las linternas ocultad,

Silo, que sirvais al Rey.

*Silo.* A él sí; pero á nadie mas.

*Jim.* (*Dentro.*) ¡ Socorro! ¡ favor!

*Bern.* (*Dentro.*) ¡ Socorro!

*San.* Ya tengo con que lidiar.

(*Saliendo á la galeria con una espada  
 en la mano, defendiéndose de los  
 soldados que le acosan.*)

Venid.— ¡ Ordoño! (*Se encamina á él.*)

*Ord.* Prendedle.

*Alf.* Prended á ese desleal.

(*Volviendo á la galeria con Jimena de  
 la mano.*)

*Jim.* No es desleal : en mi mano

Su vindicacion está.

Conde, soltad esa espada,

Que no la necesitais.

(*La entrega el Conde.*)

*Alf.* ¿ Por qué te hablaba ese alve?

*Jim.* Porque viene á reclamar

Un escrito que en Galicia

Me confió. Escucha y haz

Justicia. (*Abriendo la escarcela.*)

*Ord.* Ved el escrito,

Sí, vedle.

*Jim.* ¡ Dios de piedad!

¡ Me le han robado!

*San.* Ese infame...

*Alf.* Basta. Silo, sepultad

Al villano usurpador

De la corona real

En el mas ruin calabozo

Que á un esclavo se le da.

*Jim.* Respétese su fuero.

*Alf.* Le degradó un tribunal.

*San.* Me sentenció sin oirme.

*Alf.* Llevadle atado : acabad.

*Jim.* Eso no : Sancho es mi esposo:

Tratádmelo como tal.

## ACTO TERCERO.

Salía del palacio de Alfonso. Una mesa con recado de escribir. Algunas armaduras colgadas del muro. Una puerta á cada lado.

## ESCENA PRIMERA.

ALFONSO, SENTADO CERCA DE LA MESA; BERNARDA, TOIDA Y NEFTALI, QUE SALEN CONDUCIDOS POR SILO.

*Silo.* Ordoño, si dais licencia, Se os quisiera presentar Después de acabado el juicio.

*Alf.* ¿Cómo se defiende?

*Silo.* Mal;

Pero niega bien.

*Alf.* ¿Y el Conde?

*Silo.* O no dice la verdad,

O yo no sé conocerla,

O él no la puede probar.

*Alf.* Tráed á Ordoño al volverte á la prisión.

*Silo.* Bien está. *(Vase.)*

*Toida.* Los jueces nos encomiendan; Señor, á vuestra piedad. Perdonadnos.

*(Arrodillanse Toida y Neftali.)*

*Neft.* ¿Perdonadnos!

*Toida.* Tía, ¿no os arrodilláis Con nosotros?

*Bern.* No pequé;

No tengo por qué rogar.

*Alf.* ¿Por qué habéis favorecido A mi enemigo mortal?

*Neft.* Erá un jóven...

*Toida.* Un guerrero.

*Neft.* Y quisimos imitar Vuestro ejemplo.

*Toida.* Recordamos

Con qué magnanimidad

Les disteis á los rebeldes

Amnistía general.

*Alf.* A él no.

*Toida.* Ya; pero nosotros

Dijimos: Por uno ma...

*Neft.* Bernarda, señor, que os tiene

Un cariño maternal

A vos y á Jimena, dijo...

*Bern.* Que era su deber salvar A un huésped suyo.

*Neft.* Que el Conde,

Aunque conoció el disfraz De la Infanta allá en Galicia,

Se portó noble...

*Alf.* Y galan:

Decidlo: es su amante.

*Toida.* Y bien:

¿Por qué lo hemos de negar,

Si ya la vida del Conde,

Mediando respeto tal,

Nos debió de parecer

Sagrada?

*Neft.* Considerad

Que nuestro amor á Jimena

Socorro nos hizo dar

Al Conde; y por ella diéramos

La vida.

*Alf.* Libres estais.

*Bern.* ¡Ah señor!

*(Queréndonse arrodillar con Toida*

*Neftali.)*

*Alf.* Hicisteis bien.

*Toida.* Mi sangre...

*Neft.* Mi oro...

*Alf.* Marché

*(Vanse Bernarda, Toida y Neft)*

## ESCENA II.

SILO, ORDOÑO, ALFONSO.

*Silo.* Aquí está el reo; uno de ellos Quise decir.

*Ord.* ¡Silo!

*Silo.* ¡Bah!

¿Quién me lo sufre á un amigo Una familiaridad?

*Alf.* Dejades soles.

*Silo.* Entonces

Permitidme colocar

Centinelas á las puertas,

Porque á mi me pedirán

El preso, si se me fuga

Por una casualidad.

*Alf.* Cumplid vuestra obligación; Que él la suya cumplirá. *(Vase Si)*

## ESCENA III.

ALFONSO, ORDOÑO.

*Alf.* ¿Os han sentenciado?

*Ord.* Sí.

*Alf.* ¿A qué?

*Ord.* A perder mi caudal

Y á destierro.

*Alf.* No esperaré

Yo tanta severidad.

*Ord.* Yo sí; como dije.

*Alf.* ¿Y á Sancho

*Ord.* A lo que era de esperar.

Se confirma la sentencia

De antes: pena capital,

É infamia. Dentro de poco

ACTO III, ESCENA III.

Os traerán á firmar  
Ambos fallos; para mí  
Hay una distincion.

*Alf.* ¿Cuál?

*Ord.* En vista de mis servicios,  
Y de que vuestra bondad  
Me tenia perdonado,  
Una súplica eficaz  
En mi favor os dirigen.

*Alf.* Bien: atendida será.  
Si he permitido á los jueces,  
Por no mostrarme parcial;  
Que os prendieran, mi palabra  
No debe volver atrás.

Conservareis vuestra hacienda.

*Ord.* Gracias.

*Alf.* Con sinceridad

Os declaro que no puedo  
Concederos que sigais  
De Conde de los notarios,  
Por la grande enemistad  
Que ha mostrado en este juicio  
Una parte principal  
De los nobles hácia vos.

*Ord.* Conspiraron á la par  
Conmigo; nada alcañaron,  
Y yo sí: era natural  
Que á la primera ocasion  
Me quisieran derribar.

Luego, Sancho (yo confieso;  
Señor, mi temeridad)

Se ha acusado de un delito  
Y á vos no debo negar.

*Alf.* ¿Cómo!

Compassion imploro:

Señor, fuf su rival.

*Alf.* ¿Tú amas á Jimena; tú  
Tambien!

*Ord.* Muchos años há.

*Alf.* ¿Y no has temblado al hacerme  
Revelacion tan audaz?

¡Un enemigo, un traidor,  
Sus pensamientos alzar  
Hasta la hermana de aquel  
Que entre ignominia y afan  
Ay viviera desterrado  
Fuera del suelo natal,  
No hubiera una justicia  
Que abatiese la maldad!

*Ord.* Señor...

*Alf.* ¿Qué jueces son esos

que no saben despojar  
vuestro corazon de un culpado  
con todo velo falaz?

¿Vereis á Sancho, á vos destierro,  
Y el delito igual!

¿Vereis que ya la acusacion  
no ha podido probar

El Conde, para mí queda  
Convertida en realidad,  
Pues un rival de la especie  
Que vos, de todo es capaz.

*Ord.* ¡Ah! quien ama, y años y años

Tiene su amor que callar,  
Porque ve que sus suspiros  
Aversion excitarán,

¿Cómo no ha de aborrecer  
De muerte al hombre fatal  
Que le usurpa una ventura  
Que ya no espera jamás?

Vos, que por una excepcion,  
Harto digna de envidiar,  
Tranquilo entráis en los años  
De la varonil edad

Sin haber sentido zelos,  
Ni saber lo que es amar,  
Achacareis á delito

Lo que es infelicidad;  
Y no podreis entenderme,  
Y aun oirme os cansará,  
Porque juez que nunca erró,  
No acostumbra perdonar.

A las flaquezas ajenas  
Las propias disculpa dan;  
Y vos que absoluto impero  
En vuestro pecho gozais,

Que á vuestro querer las olis  
Le deteneis á ese mar,  
Que llevais á la razon

Sujeta la voluntad  
Y mirais una hermosura  
Cual un busto de metal,

Vos ¡ah! no podeis en mí  
Vuestro retrato mirar.

*Alf.* ¿Quién os ha dicho que yo  
No pagué á la humanidad  
El tributo que ninguno  
Debe ni puede negar?

*Ord.* Pero si habets una vez  
Amado vos, confesad  
Que habrá sido sin tener  
Imposibles que allanar.

*Alf.* ¡Imposibles!

*Ord.* No habreis sido

El testigo presencial  
Y continuo de las gracias  
Nacientes de una beldad;  
No la habreis visto, capullo

Escondido en el rosal,  
Crecer, sus hojas abrir,  
Y lozano derramar

En las auras el aroma  
De su cáliz virginal;  
No habreis sentido el horrible  
Tormento de codiciar

Una prenda que no habia

De ser para vos.

*Alf.* Cesad.

*Ord.* No habreis querido á una jóven,  
Que os escuchara jovial  
Como deuda, que os tuviese  
Deferencia y amistad,  
Y os hubiera aborrecido  
En llegando á sospechar  
Que por ella vuestro pecho  
Ardia en llama voraz.  
¡Alfonso! ¡dichoso vos,  
Dichoso os vuelvo á llamar,  
Que de amor no habeis sufrido  
La dura cautividad!

*Alf.* Ordoño...

*Ord.* Compadecednos,  
Y no dudeis que será  
Horroroso, padecer  
Y no poderse quejar.

*Alf.* ¡Qué! ¿nunca habeis roto vos  
Ese silencio tenaz?

*Ord.* Quise atreverme una vez;  
Mas al quererme explicar,  
Me atajaron los enojos  
De la rígida beldad.

*Alf.* Si ella os castigó por eso,  
No os debo yo castigar.

#### ESCENA IV.

BERNARDA, LUPO, ALFONSO, ORDOÑO.

*Bern.* Señor, la Infanta me envia  
A pedir que permitais  
Que os vea ya.

*Alf.* Sí, mandé  
Que no me pudiese hablar  
Mientras no se sentenciara  
Esa causa, y ya lo está.

Que venga. *(Vase Bernarda.)*

*Lupo.* Os presento aquí  
Los fallos del tribunal.

*Alf.* Los veré. Llamad á Silo.

*Ord.* *(Aparte.)* Amansó la tempestad.  
Echada está la semilla;  
Su fruto producirá. *(Sale Silo.)*

*Alf.* Llevad á Ordoño á la torre;

*(A Silo.)*  
Y vos mi firma esperad. *(A Ordoño.)*

*Silo.* Vamos. *(A Ordoño.)*

*Ord.* De un grave negocio  
*(Aparte á Silo al irse.)*

Me importa conferenciar  
Con Bernarda al punto: creo  
Que tú la permitirás  
Que venga á la cárcel.

*Silo.* ¡Oh!

No tengo dificultad.

*(Vanse Ordoño y Silo.)*

#### ESCENA V.

JIMENA, ALFONSO.

*Jim.* Ya que hoy el entredicho se levanta  
Que en medio de los dos vuestra ley puso,  
Fuerza será que me escuchéis. No intento  
Quejarme ya del abandono duro  
Que por tres dias padecí...

*Alf.* Jimena,  
Jimena, perdonad si os interrumpo.  
El rey de su presencia os alejaba;  
Pero el hermano sin cesar estuvo  
Viendo á su hermana, por angosto hueco  
Disimulado en el macizo muro  
Que cerca esa mansion.

*Jim.* ¿Tú me veías?

*Alf.* Te ví, te ví, de admiracion confuso,  
Llanto afrentoso derramar, y al cielo  
Dirigir ayes de dolor espúrio;  
Y la vergüenza que de tí me daba,  
Tan sola fué la que impedirme pudo  
Que corriese á decir: «Ven, mi Jimena,  
Vierte en mi seno la afliccion del tuyo.»

*Jim.* ¡Ah! me queda un hermano todavia,  
Todavía no estoy sola en el mundo.

*Alf.* ¿Qué quieres de tu Alfonso?

*Jim.* Que no extrañe  
Si por un desdichado le pregunto,  
Y su sentencia me revele: á todos  
Con iguales palabras importuno,  
Y en respuesta me dan vaga esperanza  
Con labio alegre y con semblante mustio.  
¿Qué falló el tribunal?

*Alf.* Miralo.

*(Dándole la sentencia del Conde.)*

*Jim.* ¡Muerte!  
¡Y á Ordoño Sancho confundir no supo!

*Alf.* ¿Con qué pruebas?

*Jim.* ¡Ay Dios! no recordaba  
Que fuera allí mi testimonio nulo,  
A tenerle que dar. A tí que sabes  
Que es incapaz mi boca de un perjurio,  
A tí que puedes la cruel sentencia  
Deshacer con un rasgo de tu puño,  
Por esta cruz del sacrosanto leño,  
*(Poniendo la mano sobre la que lleva  
al cuello.)*

La inocencia de Sancho afirmo y juro.  
Él en Galicia me entregó una carta,  
Y en ella el plan del bárbaro tumulto  
Por Ordoño su autor; y el vil Ordoño  
A favor luego del horrible susto  
Que mis sentidos embargó un instante,  
Medio de recobrar el pliego tuvo.

Falte á mis ojos la celeste lumbre,  
Si á Ordoño en algo sin verdad acuso.

*Alf.* ¡Crédula! tus palabras son el eco  
De la pérfida voz que te sedujo.  
Alzarse contra mí, y á los halagos  
De mi hermana aspirar, era un insulto  
Que tú no habías de sufrir; el Conde  
Para evitar tu cólera, supuso  
La carta que perdiste, y á mostrarla,  
Se volviera tal vez en daño suyo.

*Jim.* ¡Ah! ¡qué mal le conoces!

*Alf.* A sus jueces  
Remito mi opinion. Mas ¿qué disputo?  
¿Puedes negarme que estalló en su nombre  
La rebelion que de mi trono augusto  
Con furor me lanzó? ¿puedes negarme  
Que entre ruidosos vitores del vulgo  
Fué proclamado rey, mientras corría  
Tras mí con una tropa de verdugos?  
Si fué leal á mi persona el Conde,  
¿Por qué con tan extraño disimulo  
Los lazos ocultó que me tendian,  
Y ayudó á los rebeldes para el triunfo?

*Jim.* Pide sagacidad al cortesano  
En las marañas áulicas maduro;  
Que un jóven de Castilla solo sabe  
Con sangre de Ismael hacer fecundo  
El nativo confín. Ordoño, Ufla,  
Cuantos crédito dieron al absurdo  
Rumor del vasallaje á Carlo Magno,  
Reos son como Sancho, y á ninguno  
Quisiste castigar.

*Alf.* Por eso es fuerza,  
Si el reino quiero mantener seguro,  
Un escarmiento hacer. Yo no buscaba  
La victima; su estrella la condujo  
Aqui; la ley sobre su cuello pide  
Que hiera; hiero: mis deberes cumplo.

*Jim.* ¡Cielos! Y Ordoño en tanto...

*Alf.* Yo no puedo  
Distinguir el malvado del iluso.  
Ni Ordoño, ni otros ciento de mi corte,  
Que son cobardes aunque son astutos,  
Conspiraran jamás, á no ofrecierles  
El Conde su valor. Muy útil juzgo  
Que la ambiciosa juventud aprenda,  
Viendo á Sancho morir, cuál es el fruto  
De la imprudencia y la traicion.

*Jim.* ¡Ingrato!  
El Conde libertarte se propuso.

*Alf.* Perfidia doble: pues á dos vendia,  
Tome venganza por los dos el uno. [ble

*Jim.* ¡Sancho, Sancho morir! Es imposi-  
- que puedas tú pensar lo que iracundo  
Tu labio dice sin querer. ¿Olvidas  
Que yo le tengo amor?

*Alf.* Ese es un hurto  
Que haces á Dios, á quien te liga un voto.

*Jim.* Yo lo quise cumplir, aunque me In-  
A formar lo el pesar, mas que el deseo [dujo  
De que tuviera fin nuestro infortunio.  
Aquella noche que prendiste á Sancho,  
Noche cubierta para mí de luto,  
¿Sabes cuál fué la ley que irrevocable  
Mi varonil resolucion le impuso?  
La de alejarse para nunca verme,  
La de morir por libertar del yugo  
Musulman españoles, que aumentarán  
Fuerzas á tu poder, glorias al culto.  
Esto me prometió, y esto compliera,  
Sin el lance fatal que le detuvo. [virtieron

*Alf.* ¿Cómo al verme despues, se con-  
Tan bizarros propósitos en humo?

*Jim.* Tú quisiste en mi amado envile-  
Y eso jamás lo sufrirá mi orgullo. [cerme,

*Alf.* Lo tendrá que sufrir. La decantada  
Separacion entiendo, el fin descubro.  
Esperabas que al Conde sus proezas  
Engrandecieran á tan alto punto,  
Que pudiese pedir tu mano en premio,  
Y en mí negarla pareciera injusto.

Acaso calculasteis los azares  
De la guerra tambien, á que conduzco  
Mi nacion hasta hoy adormecida,  
Y os prometisteis el aciago nudo  
Estrechar algun dia, siendo el ara  
De esa union que detesto, mi sepulcro.  
No, que te hará otra tumba con oprobrio  
Buscar en una celda tu refugio.

*Jim.* Se estrechará, se estrechará primero  
Esa union infeliz, contra tu gusto.  
De mi voto el prelado me dispensa,  
Y esposa puedo ser; niega el indulto  
A Sancho, manda que su sangre corra:  
Mujer que á costa de su honor sostuvo  
Que era esposa de un hombre, ya es forzoso  
Que la mano le dé.

*Alf.* Será difunto  
Un instante despues.

*Jim.* Sancho del golpe,  
Yo de la pena, moriremos juntos.

*Alf.* ¡Cuánto le ama, oh Dios!

*Jim.* ¿Que si le amo?

Tú no lo puedes comprender, y dudo  
Si yo misma hasta aquí supe que fuese  
Mi amor tan entrañable como puro.  
Pocos instantes por la vez primera  
Le hablé cuando la suerte le condujo  
Al verjel cuya cerca levantaban;  
Pocos instantes; que cortés anduvo  
(Acaso por demás) en retirarse  
Cuando vió mi desden sobrado adusto;  
Y sin embargo sus palabras fueron  
Por todo un año mi placer, mi estudio,  
Mi continua ilusion. En nuestra fuga  
Veloz, en medio del peligro sumo,



Solo me consolaba el pensamiento  
De que siguera Sancho nuestro rumbo. —  
¿Que si le amo? Por amarle solo,  
Disimulando mi dolor agudo,  
Que á Saldaña partiera le pedia;  
Porque le amo, resistí el impulso  
De tus iras, al ver que con afrenta  
Le iban á hundir en calabozo inmundo;  
Porque le amo en fin, ves que á tus plantas  
De la altivez de infanta me desnudo,  
Y te pido piedad, perdon, la vida  
De Sancho, que es la mia.

*Alf. (Aparte.)* ¡Cuánto sufro!  
Levanta.

*Jim.* No, derramaré en el suelo  
Mi ardiente lloro sin reparo alguno,  
Aunque á tus piés me vean, y me ahogue  
Mi sonrojo despues.

*Alf. (Aparte.)* ¿Dónde me oculto?

*Jim.* Tú, benigno con todos, ¿es posible  
Que con tu hermana rigido y sañudo  
Solo vengas á ser? Sélo en buen hora.  
Yo cedo á tu rigor y ne murmuro,  
Si la victima soy: muera yo y viva  
Sancho.

*Alf.* ¿Por él...?

(*Con un violento ademan de cólera.*)

*Jim.* Tu rostro furibundo  
Me anuncia que te enojo con hablarte  
De mi amor; está bien: ya le sepulto  
En el pecho, ya calló, y me levanto.  
No te irrites; mudemos de discurso;  
Hablemos del cariño que te tengo,  
Del que me tienes tú: siempre mi escudo  
Fué mi hermano, mi guía. Alfonso, dime:  
Con mi fatal pasion, ¿en qué te injurio?  
¿Temes acaso que te olvide? Mira:  
Primero á Sancho, Indúltale, y pronuncio  
Mi voto. Pero lloras. ¡Ah! yo venzo.  
Naturaleza cobra su tributo.  
Vivirá el Conde.

*Alf.* Vivirá.

*Jim.* Consiente  
Que mis brazos...

*Alf.* Aparta. Restituyo  
A Sancho sus honores, si le dices...

*Jim.* Habla, ninguna condicion rehuso.

*Alf.* Le dirás, y de modo que lo crea,  
Para atajar á su ambicion el curso,  
Que se olvide de tí, que no le amas,  
Ni le amaste jamás.

*Jim.* ¿Qué es lo que escucho?

Yo desmentir mi amor! ¡mentirle á Sancho!  
*Alf.* Con tu primera falsedad te arguyo.

Mentisteme diciéndote casada;  
Mentira fué que deshonor produjo:  
Mientele al Conde por honor ahora. —  
O mientes, ó parece: no hay efugio.

*Jim.* No morirá; que tu palabra tengo:  
La diste y eres Rey.

*Alf.* Tiembla, si abuse  
De mi poder, Jimena. Mi mandato  
Se ha de cumplir.

*Jim.* Tirano sin segundo,  
Ya te conozco: porque nunca puerta  
Para el amor en tus entrañas hubo,  
De nuestras almas desterrar pretendes  
El dulcísimo afecto que no plugo  
Al cielo coronar. Odio quisiste  
Sembrar entre nosotros: harto justo  
Es que recaiga en tí.

*Alf.* Calla: no digas  
Que me aborreces, no.

*Jim.* Lo digo, y huyo  
De tu presencia.

*Alf.* Ve, ve á prepararte  
Para tus bodas; que al momento, al punto  
Las voy á celebrar: no con el Conde,  
No con el Redentor; con un verdugo  
Cuya vista no mas te martirice:  
Con Ordoño: tus votos oportuno  
El prelado anuló. Parte, no temas;  
El conde vivirá, yo lo aseguro.

*Jim.* Un sacrificio que me dé la muerte,  
Será un favor: te lo agradezco mucho.

(*Vase.*)

#### ESCENA VI.

ALFONSO, Y DESPUES LUPO.

*Alf.* Vivirá, vivirá; mas no imagines  
Que ha de volverte á ver. Fallemos. —

(*Siéntase á la mesa, examina las*  
*sentencias y toma la de Sancho.*)  
La sentencia de Ordoño, la del Conde.

(*Sale Lupo.*)

(*A Lupo.*) Aguardad.

(*Dictase y escribe.*)

«Quiero como Rey, en uso  
De mi prerogativa, la sentencia  
De muerte mitigar.» Me tiembla el pulso.  
«Cárcel perpetua y...»

(*Sigue escribiendo.*)

#### ESCENA VII.

BERNARDA, ALFONSO, LUPO.

*Bern.* Necesito hablarla.  
(*A Lupo desde la puerta.*)

*Lupo.* Ocupado le veis.

*Alf.* Firmo y concluyo.  
(*Toma la otra sentencia.*)

A Ordoño en libertad.

(*Ve á Bernarda y á Lupo que se le*  
*acercan.*)

Lejos, espías.

(*Sigue escribiendo, firma y sella.*)  
**Bern.** (*Aparte.*) Por Dios, que este sea  
 Es un indicio mas. [pecho tan profundo  
*Alf.* Tomad : entrambas  
 (*Levantándose y dando á Lupo ambos  
 pliegos.*)  
 Sentencias al alcaide, y que no excuso  
 Ni la mas leve dilacion.  
 (*Lupo va á retirarse, el Rey le detiene,  
 y le habla un momento al oído.*)  
**Lupo.** Entiendo, (*Vase.*)  
*Alf.* (*Aparte.*) No ha de volver á verla :  
 yo lo juro.

ESCENA VIII.

ALFONSO, BERNARDA.

**Bern.** Quisiera, si no es enoja,  
 Decir...  
*Alf.* ¿Alguna mentira?  
 ¿Qué hace Jimena?  
**Bern.** Suspira  
 De modo que da congoja.  
*Alf.* ¿Qué le has oído?  
**Bern.** Enmudece  
 Con empeño perlina,  
 Manda que la deje en paz;  
 Replico, y se ensoberece.  
*Alf.* Su cólera es el castigo  
 Justo de tus libertades.  
**Bern.** Mayores (y no te enfades)  
 Me voy á tomar contigo.  
*Alf.* Soy hombre, y es diferente,  
 Mas al fin te debí el primer  
 respeto; pero haz por ser...  
**Bern.** ¿Qué?  
*Alf.* Menos impertinente.  
**Bern.** Lo haré.  
*Alf.* ¿Cuál es el asunto  
 Que á verme te determina?  
**Bern.** Esa boda repentina.  
*Alf.* ¿Quién te dió parte? preguntó.  
**Bern.** Respondo : si en una casa  
 Se grita cuando se alterca,  
 Y hay quien escuche de cerca,  
 Se ha de saber lo que pasa.  
*Alf.* ¿Cómo en tal negocio cabe  
 Que tengas tú que mediar?  
**Bern.** Te voy á comunicar  
 Un escrúpulo muy grave. —  
 Si se entrara en religion  
 La infanta, yo callaria,  
 Pues un esposo elegia  
 Que nunca fué reparon;  
 Pero Ordoño es caballero  
 Que mira (y yo se lo alabo)  
 Mucho por su honor, y al cabo

La conciencia es lo primero.  
*Alf.* Por Dios, que me apurarás  
 La templanza ántes que empieces.  
 Al caso.  
**Bern.** Si te enfureces  
 Ahora, luego ¿qué harás?  
*Alf.* Sigue, Bernarda : adelante.  
**Bern.** Ten.  
 (*Presentándole un espejo pequeño de  
 plata.*)  
*Alf.* ¿En la mano me pones  
 Un espejo!  
**Bern.** En tus facciones  
 ¿Hallas algo semejante  
 A las de Jimena?  
*Alf.* Absorto  
 Me dejas. ¿Qué relacion...?  
**Bern.** Será tu contestacion,  
 Echando por lo mas corto,  
 Que no.  
*Alf.* Pero ¿á qué te vales  
 Hoy de tan extraordinarios  
 Reparos?  
**Bern.** ¿No son contrarios  
 Tambien vuestros naturales?  
*Alf.* ¿Contrarios! ¡Ay! ¡Ojalá  
 No lo fueran tan de lleno!  
 Pero, Bernarda, que peno  
 Demasiado, ¿Adónde va  
 A parar esa prolija  
 Cuestion con que me molestas,  
 Que entre mil dudas opuestas,  
 Yo no sé lo que colija?  
**Bern.** A ofrecer un testimonio  
 De honradez, aunque yo pague  
 Sola por dos, y naufrague  
 De Jimena el matrimonio.  
*Alf.* ¿Naufragar? ¿por qué?  
**Bern.** Faltó  
 Hacer una diligencia,  
*Alf.* ¿Cuál?  
**Bern.** Obtener la licencia  
 De su madre, que soy yo.  
*Alf.* ¡Su madre! ¡Dios infinito!  
 ¿Es cierto lo que escuché?  
 Dime que no me engañé.  
 ¡Tú su madre!  
**Bern.** Lo repito.  
 Madre de Jimena soy.  
*Alf.* ¡Cielos hasta aquí tiranos!  
 ¿Con qué no somos hermanos?  
 ¡Qué misterio rompéis hoy!  
**Bern.** Muerta desgraciadamente  
 De la vida en el umbral  
 La hija del lecho real,  
 Hallándose el Rey ausente,  
 Quiso la Reina...  
*Alf.* Lo entiendo,

Quiso excusar el dolor  
De mi padre, ó su furor:  
Uno y otro era tremendo  
En aquel carácter fuerte  
Incapaz de reprimir.  
No tienes mas que decir:  
Yo necesito creerte.  
No es mi hermana: ¡si el cariño  
Fraternal tiene otros goces,  
Si lo está diciendo á voces  
Mi corazón desde niño!  
Sal ya de mi pecho, sal,  
Secreto que yo temblaba  
De averiguar, y hoy acaba  
De mostrármese cabal;  
Sal, que ya la Providencia  
De toda culpa te exime:  
Ya es puro mi amor, sublime  
Le hizo mi resistencia.  
Parte, y á mi hermana di,  
(No es mi hermana, que es mi cielo,  
Mi bien, mi gloria) que el velo  
Que me cegaba rompí,  
Que ya no será de Ordoño,  
Que en vano se desconsuela,  
Que la sangre de Fruela  
No ha de quedar sin retoño. —  
Pero no me satisface  
Que tú... (*Hace que se va.*)  
*Bern.* ¿ Vos amais... ?  
*Alf.* Si á fe,  
Siempre á mi Jimena amé,  
La adoro quince años hace.  
*Bern.* ¿ De veras la amais ?  
*Alf.* Con loca  
Pasión: ¿ no ves mi alegría ?  
*Bern.* Eso es lo que yo quería  
Escuchar de vuestra boca.  
*Alf.* Bernarda, me dan recelos...  
*Bern.* Niega ya, desalumbrado,  
Que á tu hermana has castigado  
Y al Conde, solo por zelos.  
*Alf.* La pasión me despeñaba  
Sin conocerlo yo mismo.  
*Bern.* Tu rigor en un abismo  
De males hoy sepultaba  
A dos, cuyo amor honesto  
Es digno de compasión.  
*Alf.* ¿ No lo es también mi afición ?  
*Bern.* Rey, la tuya era un incesto.  
*Alf.* Mas ya sin crimen aspira  
A que Jimena...  
*Bern.* No esperes  
Nada, no: su hermano eres.  
Cuanto has oído, es mentira.  
*Alf.* ¡ Oh !  
*Bern.* Lo cierto es que poseo  
Tu secreto, y esta vez

No podrá vengarse juez  
Quien se ha confesado reo.  
*Alf.* Pues bien, mi furor se aquiete  
Con sangre de quien le atiza.  
(*Toma una espada, que hay con otras  
armas colgada del muro.*)  
*Bern.* ¡ Infeliz ! ¡ á tu nodriza !  
*Alf.* ¡ Insensato de mí ! — Vete.  
(*Soltando la espada y sentándose a  
tído.*)  
(*Pausa: Bernarda da algunos pasos  
para retirarse, y luego se para  
Rey vuelve la cabeza y manifiesta  
su rostro su sentimiento: entor  
Bernarda se acerca á él.*)  
*Alf.* ¿ No quieres obedecer ?  
*Bern.* Señor, os oigo gemir.  
*Alf.* Quita.  
*Bern.* No me puedo ir,  
No, que os veo padecer.  
*Alf.* Déjame.  
*Bern.* Aunque no me cuadre  
Tan excelsa dignidad,  
Llorad conmigo, llorad;  
Que no tenéis otra madre.  
Forzoso ha sido que apele  
Al secreto que os amengua;  
Pero cortadme la lengua,  
Si teméis que lo revele.  
Vos solo y yo lo sabremos:  
Jimena lo ignora todo,  
Y aun podéis hacer de modo  
Que vos y yo lo olvidemos.  
De una pasión una hazaña  
Las consecuencias ataje...  
Y pagadme el hospedaje  
Que hallasteis en mi cabaña.  
Ofrecísteisme por Dios  
Una gracia; lo sabéis:  
Os pido que me otorgueis  
Mi perdón... y el de otros dos.  
(*Se arrodilla.*)  
*Alf.* Alza; que no debe estar  
A mis piés, ni un breve espacio,  
La que tiene en mi palacio  
Derecho para mandar.  
Que venga mi hermana.  
*Bern.* ¡ Ahora  
Si que tenéis sangre mía !  
(*Corriendo hácia la puerta*  
¡ Señora ! — Me ahogaría  
Si no llorara. — ¡ Señora ! (*Vase.*)  
*Alf.* ¡ Hola ! — Afortunadamente  
(*Sientase á la mesa y escribe con r  
pidez unas líneas.*)  
Sé que no tuvo lugar  
Silo para ejecutar  
Esa sentencia inclemente.

ESCENA IX.

LUPO, ALFONSO.

*Alf.* Volad : esa órden entregad á Silo.  
(*Lupo toma la órden y se va.*)  
Mandé que con la trompa me avisara  
Luego que la sentencia ejecutara :  
No sonó la señal , estoy tranquilo.

ESCENA X.

ORDOÑO, ALFONSO.

*Ord.* A vuestros piés la gratitud me guia...  
*Alf.* (*Aparte.*) ¡Cielos!  
*Ord.* Os dejo al punto, sin embargo.  
Sentencia bien distinta de la mia  
El momento presente os hace amargo.  
Dignaos de leer estos renglones  
(*Le da un pliego cerrado.*)  
Que acabo de escribir con prisa grande :  
Conocereis aquí mis intenciones ;  
Y en casa espero que mi Rey me mande.  
*Alf.* Partid á vuestra casa en derecha ;  
Y con ninguno hableis. (*Vase Ordoño.*)

ESCENA XI.

ALFONSO, Y LUEGO SILO, DENTRO.

*Alf.* Me da martirio  
El ver esa sardónica mesura.  
¡Casarle con Jimena ! Fué un delirio.  
(*Abre el pliego y lee.*)  
« El secreto de vuestro corazon no le ha  
comprendido Bernarda, sino yo, que se lo  
confiado á ella, por ser de los que hu-  
millan mucho revelados por un hombre. Si  
este secreto se divulgara, perderiais el con-  
cepto de todos los que admiran la pureza de  
vuestras costumbres ; vuestros enemigos  
provecharian la noticia para completar  
vuestro descrédito, y os arrojarían del trono.  
He oido vuestra conversacion con Bernarda,  
y quien no me quejo porque haya servido á  
una señora y no á mí ; pero os aviso que el  
remio de mi silencio es la mano de Ji-  
mena. »  
Primero el corazon sabré arrancarte.  
(*Se encamina á la puerta por donde  
salió Ordoño.*)  
La puerta me cerró. ¡ Misera treta !  
(*Va á la puerta del lado opuesto.*)  
Bónde de mi furor has de librarte,  
¡ feliz ?  
(*Ruido á la derecha de voces y armas,  
y al mismo tiempo tocan una trom-  
peta.*)  
¡ Cielo santo ! ¡ La trompeta !

*Voces.* (*Dentro.*) ¡ Arma ! ¡ Traicion !  
*Silo.* (*Dentro.*) A él : ved que os engaña.  
(*Alfonso toma una maza de armas :  
al mismo tiempo salen por la iz-  
quierda algunos pajes, que á una  
señal del Rey corren á echar abajo  
la puerta de la derecha.*)

*Alf.* Aquí...  
*Silo.* (*Dentro.*) Muera.  
*Alf.* Tened. — ¡ Piedad divina !  
*Silo.* (*Dentro.*) No respeteis que es conde.  
*Alf.* ¡ Le asesina !  
(*Fuerza la puerta de un golpe de maza.*)  
Ya abrí.  
(*Franca la puerta, va á la pieza inme-  
diata ; pero se detiene al oír la voz de  
Silo, que sale precipitado con la es-  
pada desnuda.*)  
*Silo.* Traed al Conde de Saldaña.  
(*Saliendo.*)

ESCENA XII.

SILO, ALFONSO.

*Alf.* ¿ A quién esos cruces mercenarios  
Han muerto ? ¿ á quién ?  
*Silo.* (*A los pajes.*) Salid.  
(*Vanse los pajes.*)  
*Alf.* Responde luego.  
*Silo.* A ese Conde traidor de los notarios,  
Que á Lupo quiso arrebatar el pliego.  
*Alf.* ¿ Detener el perdon Ordoño quiso ?  
*Silo.* Y ciego queda Sancho, si la Infanta  
Por un momento mas no se adelanta,  
Dándome ya de la merced aviso.  
Lupo la entrega del perdon resiste,  
Le hiere Ordoño, de prenderle trato,  
Lidia, tocan sin órden á rebato,  
Y el criminal espira.  
*Alf.* ¿ Ya no existe ?  
*Silo.* Mirad. (*Señalándole la puerta.*)  
*Alf.* ¿ Nada al morir ha descubierto ?  
*Silo.* Nombro á Sancho y á vos : « Erré el  
camino, »  
Dijo ; despues : « Merezcó mi destino ; »  
Y le faltó la voz al labio yerto.

ESCENA ULTIMA.

JIMENA, SANCHE Y BERNARDA, POR LA  
IZQUIERDA ; ALFONSO, SILO.

*Jim.* ¡ Hermano... !  
*San.* ¡ Mi señor... !  
*Jim.* Siempre esperaba...  
*Bern.* (*A Jimena.*) Bien os decia yo.  
*San.* Mientras respire  
Sancho, vuestro será.

*Jim.* Seré tu esclava.  
*Alf.* Callad, ó haredis que de vergüenza es-  
 Oid. Porque no hay crimen sin castigo, [pire.  
 Porque os defiende el cielo soberano,  
 Libres ambos estais de un enemigo.  
 Ordoño ha muerto.

*Jim. San, y Bern.* ¡Ordoño!

*Silo.* Por mi mano.

*Alf.* (*A Sancho.*) Acaso declarar vuestra  
 inocencia

Quiso, y en vano fué, ya moribundo :  
 Justificado estais en mi conciencia ;  
 Pero falta la prueba para el mundo.  
 Un escarmiento mi dosel reclama ,  
 Que haga á la rebelion temer su estrago :  
 Sacrificadme, Conde, vuestra fama ,  
 Y la ventura vuestra os doy en pago.  
 Con un anuncio que sospechas borre ;  
 Se mostrarán de Ordoño los despojos ;  
 De vos se contará que en una torre  
 Gemis, privados de la luz los ojos.  
 De Jimena dirán que sin su amante  
 Elijó en su dolor un monasterio ;  
 Huid en tanto, y en region distante  
 Vivid cercados de feliz misterio.

*Jim.* ¡ Separármos de tí!

*Alf.* No es sin motivo.

*San.* ¿ Permitireis un día que volvamos ?

*Jim.* Nadie sabrá...

*Alf.* Jamás : os lo prohibo.

La vez postrera viéndonos estamos.

*Jim.* ¿ La vez postrera ?

*Alf.* Sí. Para tu dote  
 Los bienes todos de mi padre cedo,  
 Y á la noche en secreto un sacerdote  
 Os unirá.

*Jim.* A tu vista.

*Alf.* No, no puedo...

*San.* Señor... [diere un hijo

*Alf.* (*A Sancho.*) Si el cielo os conce-  
 Que retrate á Jimena, de ese, aguardo  
 Que ser el padre me otorgueis.

*Bern.* Yo exijo  
 Que se le ponga el nombre de Bernardo.

*Alf.* (*A Bernarda y Silo.*) Adios. — Vo-  
 sotros seguides su suerte. —

Mudad de nombre. Partireis mañana :

(*A los amantes.*)

Y nunca me verás, nunca he de verte.

(*A Jimena.*)

(*Hace que se va.*)

*Jim.* ¿ Te vas sin un abrazo de tu her-  
 mana ?

(*Vuelve Alfonso, abraza á Jimena y  
 da la mano á Sancho.*)

*Alf.* Adios, hermana. Adios. —

Tú que mi pena

(*Aparte á Bernarda, separándose de  
 Sancho y la Infanta.*)

Sabes, si el cielo de mi vida el plazo

Acorta en una lid, dile á Jimena

Cuánto habré padecido en ese abrazo.

## APÉNDICE.

Los malaventurados amores de la Infanta  
 doña Jimena y el Conde de Saldaña, de quie-  
 nes nació, segun el arzobispo don Rodrigo,  
 el célebre Bernardo del Carpio, pasan hoy  
 generalmente por una fábula, y aun se niega  
 que haya existido ninguno de estos tres per-  
 sonajes, porque, á la verdad, ni los dos es-  
 critores de aquella época, Sebastiano y el  
 Monje de Silos, ni aun el obispo don Pelayo  
 en las adiciones que hizo al primero, dicen  
 una palabra acerca de los padres ni del hijo,  
 cuyas primeras noticias aparecen en dos es-  
 critores del siglo décimotercero. Este no es  
 inconveniente para el que pretenda introdu-  
 cirlos en un poema dramático; porque si  
 tiene facultad el poeta para crear personajes  
 de su invencion y ponerlos al lado de los  
 que realmente existieron, nadie podrá im-

pedirle que al presentar en la escena una  
 figura histórica, le coloque al rededor otras  
 inventadas por los historiadores, y que han  
 pasado como históricas tambien por espacio  
 de muchos siglos. Sin embargo, aun en estos  
 últimos tiempos, hay escritor bien respec-  
 table que ha admitido la existencia de la In-  
 fanta y del Conde, negando solo que dicran  
 el ser á Bernardo : ponemos las palabras del  
 autor á quien nos referimos, al frente de las  
 otras autoridades que abajo se copian, para  
 manifestar en qué fundamentos estriba la  
 parte histórica del drama.

« Fruela..... tuvo un hijo que reinó despues  
 con el nombre de Alonso el Casto, y una hija  
 llamada doña Jimena, tan célebre en las anti-  
 guas fábulas españolas por sus amores y casa-  
 miento clandestino con el conde de Saldaña,

y por las hazañas de su supuesto hijo Bernardo del Carpio. » — Don Alberto LISTA, *Historia de España*, tomo 26 de la *Universal*.

« Alonso II, sucesor de Bermudo, é hijo de Fruela I, empuñó el cetro en el día 14 de setiembre del año 791. No lo recibirían todos con igual gusto, pues según refiere el Monje de Albelda, hubo gente rebelde y poderosa que al año siguiente (no diez años mas tarde, como dice Rodrigo Jimenez) se atrevió á encerrarlo en un monasterio, de donde lo sacaron con noble denuedo algunos fieles vasallos, entre quienes se distinguió Teudán por su fidelidad y constancia. » — MASDEU: *Historia crítica de España*, tomo 12.

« Alonso, jóven á la sazón (791) de 25 años, y educado en la escuela del infortunio, desplegó todas las virtudes necesarias en su situación. Manso y afable con los suyos, terrible contra los enemigos, intrépido en los combates, prudente en el consejo, no quiso reinar sino para el bien de los cristianos y engrandecimiento de la fe.

.....  
 Teudío y otros señores principales, apenas supieron la maldad, le sacaron de su retiro y le resituyeron al trono. No son conocidos en la historia ni los nombres de los conspiradores, ni el objeto que se propusieron en su empresa, ni las resoluciones que tomaron despues de haberla logrado, ni el castigo que se les dió. » — LISTA.

Como hubo razones para que Sebastiano callara un acontecimiento de tanto bulto, y el Silense que lo menciona, guardara profundo silencio acerca de las personas que intervinieron en él y acerca de sus pormenores, ¿no pudo haberlas tambien para omitir la noticia del casamiento de Jimena y Sancho? ¿No pudo esta razon ser la misma? ¿No pudo el casamiento coincidir con la rebelion, y haber tenido parte en ella los dos amantes ó el uno? Por lo menos es innegable que la pena de perder los ojos no se imponía por la legislacion gótica, sino á los reos de alta traicion, á quienes el rey perdonase la vida: el casamiento clandestino era castigado con mucha menos severidad. Véanse las leyes siguientes.

« Si alguno probare de matar al príncipe, ó de le toler el regno, á cualquier que se le prube estas cosas ó alguna de ellas, despous que fuere fallado, reciba muerte, e non sea dejado vevir: é si el príncipe por piadat le <sup>omissione</sup> dejar vevir, nol' deje, que nol' saquen porque tal non vea el mal que cobr, é que haya siempre amargosa vida. » — *Fuero-Juzgo*, libro 2º, título 10.  
 « moyer libre casar con ome libre, el dela debe fablar primeramente con res; é si la podier haber por moyer, de

las arras á los padres asi como es derecho; é se non la podier ovier, Inque la moyer en poder de los padres: é si ela casar sen voluntad del padre ó de la madre, é ellos non la quisieren recibir de gracia, ela nen los fijos non deben heredar en a buena de los padres, porque so casó sen voluntad délos; mas sel' quisieren dar alguna cosa los padres, bien lo poden facer. » — *Ibid.* lib. 3º, tit. 2º.

« Si los hermanos tardan el casamiento de la hermana... por tal que la podan meyor casar, é ela (non catando so óndra) tomar marido de menor guisa que non debe, pierda tod el derecho que debe haber de la bona de sos padres. » — *Ibid.*, *ibid.*

Estas conjeturas serán de poquísima importancia miradas bajo el aspecto histórico; pero bajo el aspecto dramático no las creo sin interés: porque al aplicar la historia á la escena, casi vale tanto lo que puede ser, como lo que fué.

« El buen rey don Alfonso que vió al tirano (Mauregato) con tantas fuerzas que era imposible resistirle....., salió de Asturias, y fuése á meter á Alava..... Estuvo tambien huido y escondido en el monasterio de Samos... Parece como estuvo agora el rey allí escondido; por un privilegio que tienen los monjes.... Dice en castellano: Estuvo despacio allí en Sámamos y en otro lugarejo llamado Subrego en la ribera del rio Daura, y con los monjes mucho tiempo en el tempo de su persecucion. » — MORALES, *Crónica general*, tomo 7º.

« El arzobispo don Rodrigo cuenta luego tras esto como se le rebelaron al rey don Alfonso algunos de los suyos con tiranía, y lo pusieron en tanto estrecho, que se hubo de retirar á un monasterio llamado Abeliense... — Tierra de Abelanía..... se llama aquella de Samos; y hemos de entender que el rey estuvo en Samos siendo niño, y en tiempo de Mauregato, y agora tambien. Asi que estuvo tres veces. » — MORALES: *ibid.*

« Los gloriosos principios del reinado deste príncipe tan señalado se amancillaron y escurecieron con un desastre y afrenta que aconteció en la casa real; y fué que su hermana la infanta doña Jimena, olvidada del respeto que debía á su hermano y de su honestidad, puso los ojos en Sándia ó Sancho, conde de Saldaña, sin reparar hasta casarse con él.... Acusaronle (al Conde) de traicion y de haber cometido ofensa contra la majestad. » — MARIANA, tomo 5º de la edicion de Sabau.

Masdeu observa que la simple falta de honestidad, cometida voluntariamente entre solteros ingénuos, ni se castigaba en tiempo de los godos, ni daba derecho á la doncella para pretender la mano del autor de su deshonra. Por la ley 5ª del libro 3º título 4º de Fuero-Juzgo, se permitía al padre, hermano ó tio que sorprendiese en aquel delito deu-

tro de la casa paterna á la hija, hermana ó sobrina, matarla ó hacer de ella lo que le pareciese; pero la calificación de *adulterio* que allí se da al crimen, y la disposición última de la ley 12 del mismo título, manifiestan que se trata de doncellas ya desposadas con otro que su corruptor. Las penas que señala la ley 11 del título anterior, comprenden á los que seducen solteras con engaño, por medios de tercera y faltando á lo que prometieron, ó bien se casan por fraude con ellas, y contra la voluntad de la contrayente. Nada de esto hubo en el casamiento de Sancho y Jimena, tal como se pinta el suceso; y así no es de creer del virtuoso rey Alfonso II un rasgo de crueldad y tiranía tan escandaloso. Si existieron aquellos dos personajes, si fué cegado el Conde y encarcelado por vida, y la Infanta reclusa, otras circunstancias mas graves debieron ocurrir en su culpa; y si esta no fué mas que un matrimonio clandestino, por ella no pudo imponérseles el castigo citado. En tal duda, el autor del drama, aprovechando la frase última de Mariana, conciliadora de ambos extremos, ha manejado el asunto del modo que favorecía mas á los personajes, dejando la tradición á cubierto; pues reputado el hecho por fabuloso, no habia motivo para guardar á la ficción el miramiento y consideraciones que ni aun se suelen guardar á los fueros de la historia.

« También algunas doncellas, sin salir de su casa paterna, se vestían de religiosas, profesando virginidad por toda su vida, y se llamaban, ya *vírgenes sacras*, y ya *devotas*, por

corrupcion de la palabra latina *Deo vol* equivale á *consagradas á Dios*. Cua obispo las recibía en la iglesia á la pro no solo las bendecía como á las viudas: tambien las cubria con un velo blanco habian de llevar siempre sobre la cabeza por testimonio glorioso de su virginidad. MASDEU: *Historia crítica de España*, to

Romey copia á Masdeu este pasaje otros muchos.

*Conde de los notarios* era, segun deu, cargo que entre los godos equiv de secretario de estado; segun Sala daba este nombre á los *notarios* ma á los *notarios principales*. La autor Masdeu es de mas peso, y la idea q mas clara.

*Tioda* es el verdadero nombre del tecto de Alfonso el Casto: se ha inve órden de las dos primeras vocales po su pronunciaci6n mas suave en el Alteraciones de esta especie eran co en los nombres de aquella época: Teudio, Teuda, Teudas, Teudan, Teudon y Teudonio son variantes nombre mismo, y acaso el Tioda tambien.

El personaje de *Ordoño*, amigo f Conde y enamorado de la Infanta, est á semejanza del *Conde don Rubio* troduce Cubillo en la conocidísima ( titulada *Primera parte del Conde daña*, cuyos dos primeros actos se nido presentes al escribir este dram:

# PRIMERO YO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS EN VERSO.

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL PRINCIPE A 14 DE ABRIL DE 1842. <sup>1</sup>

## PERSONAS.

LUCIANO.  
ROSALIA.  
ISIDORO.  
MARIANA.  
DON FABIAN.  
DON BLAS.  
AGAPITO.  
DAMAS.  
CABALLEROS.

MONJES.  
GUARDIAS DE CORPS.  
SOLDADOS.  
ALGUACILES.  
UN OFICIAL.  
UN ESCRIBANO.  
UNA CRIADA.  
UN UHIER.

*La escena es en el Escorial.*

La accion principia el día 11 de Octubre de 1757.

## AL S<sup>R</sup> D. LORENZO ALLO

### SU AMIGO AGRADECIDISIMO

J. E. H.

## ACTO PRIMERO.

A la derecha del actor la peña que llaman LA SILLA DE FELIPE II; á la izquierda la subida á una casa grande de guardas, de la cual se verá un ángulo; en el fondo, á lo lejos, se descubren los lienzos de oriente y mediodía del monasterio del Escorial.

### ESCENA PRIMERA.

MARIANA EN LO ALTO DE LA PEÑA, Y MIRANDO HACIA DENTRO; LUCIANO AL PIE, APOYADO EN UN ARBOL EN ADEMAN DE PERSONA DÉBIL Y FATIGADA.

*Mar.* Sí, tío, no dude usted; Esa es la casa del guarda.

*Luc.* ¿ Con que nos tienen ahí La merienda preparada?

*Mar.* Pues, ahí.

*Luc.* Me alegre mucho, Porque ya me fatigaba.

*Mar.* Sí, para un convaleciente...

*Luc.* Es bien grande la distancia Desde el Escorial aquí.

*Mar.* Es tal que fastidia. — Nada, No parecen Isidoro Ni mi tía.

*Luc.* Se cansaban Tambien, y se detuvieron Junto á la fuente que llaman De las Arenitas.

*Mar.* Ya, Pero...

*Luc.* ¿ Qué?

<sup>1</sup> El asunto de este drama está tomado de un episodio ingerido en la novela filosófica de ENRIQUE ZSCHOKKE, titulada: *Alamontade der Galeeren-sklave*, Alamontade el Galeote. El medio empleado para hacer que el protagonista se descubra, recordará al lector el personaje de lady Macbeth el cual ha sido imitado con el mismo objeto por varios autores franceses de diferentes épocas.



*Mar.* ; Qué flema gastan !

*Luc.* Pues tenla tú. — En esa peña

Cada día se sentaba

El rey Felipe segundo

Para fijar sus miradas

En la fábrica que había

De ser maravilla octava.

Para él se labró el asiento

Donde estás encaramada.

*Mar.* (*Bajando.*) Pues si hubiera sido yo

Entonces reina de España,

Tuviera un defecto menos

Esta especie de atalaya.

*Luc.* ¿ No ves bien desde ese punto  
El monasterio ?

*Mar.* No basta.

Se había de ver tambien

Una senda despejada,

Por la cual se descubriera...

*Luc.* Sí, ya estoy, á los que tardan  
En llegar, como Isidoro.

*Mar.* Excusado verbigracia :  
Como otro cualquiera.

*Luc.* Vámos, Vámos,  
Vamos, yo sé lo que pasa.

*Mar.* Eso es decir...

*Luc.* La verdad :  
Que estás muy enamorada.

*Mar.* ¿ Yo enamorada ? ¿ De quién ?

*Luc.* De Isidoro.

*Mar.* Yo pensaba  
Que no.

*Luc.* Pues cree que sí.

*Mar.* Como usted me lo persuada,  
Lo confesaré. ¿ Qué hacen  
Dos, así, cuando se aman ?

*Luc.* Si se quieren, y no pueden  
Hablar...e...

*Mar.* Eso preguntaba.

*Luc.* El galán en ese caso

Procura ver á la dama

En la calle, en el paseo,

En la iglesia... donde vaya.

*Mar.* ¿ Sí ?

*Luc.* Suele alquilar un cuarto  
Enfrente de sus ventanas...

*Mar.* ¡ Oiga !

*Luc.* Suele con frecuencia,  
Si maneja la guitarra,

Cantar alguna cancion

Tierna, y en un anagrama

Decir, en secreto á voces,

El nombre de su adorada.

*Mar.* ¡ Mire usted !

*Luc.* Suele la niña,  
Cuando hay pajarera en casa,

Llevar á los pobrecitos

Canarios pamplina y agua,

Y de camino asomar

Furtivamente la cara

Por una guardilla, y luego

Dar dos ó tres ojeadas

A las tejas, á las nubes,

A las veletas ; arranca

Un yeso de la pared,

Se le tira á un papanatas

Que cruza la calle, rie

La señorita la gracia,

Y oye entonces una voz

Que en tono jovial exclama :

« ¿ Con que usted tira la piedra,

Y esconde la mano ? » Para

La atencion, y en la guardilla

De enfrente ve que se halla

El que los pasos le sigue

De dia, y de noche canta :

Se turba la niña un poco ;

Pero se sonríe ; baja

Los ojos, huye ; y con esto

No mas ( ¿ quién lo imaginara ? )

Ya queda fija la base

Del tratado de alianza.

*Mar.* ¿ Con que usted todos los dias  
En Madrid nos acechaba

A mí y á Isidoro ?

*Luc.* Soy

Tutor, y la vigilancia

Es mi obligacion primera.

*Mar.* Pero, tío, unas niñadas

De esa especie ¿ son amor ?

*Luc.* Son su carrera ordinaria :  
Por ahí principia.

*Mar.* ¿ Hicimos  
Mal... ?

*Luc.* Tú querrás ser casada,  
Supongo.

*Mar.* Muy bien supuesto.

*Luc.* Entonces es circunstancia

Precisa que trates gentes

Para ver el que te agrada.

*Mar.* Ese camino ya está

Andado.

*Luc.* ¿ Haciendo escapadas

A la pajarera ?

*Mar.* Pues.

*Luc.* Ya vas siendo buena pájara

Tú.

*Mar.* Con todo, usted me quiere

Mucho ; no seré tan mala.

*Luc.* Porque te quiero, deseo

Verte bien acomodada.

*Mar.* Creo que Isidoro...

*Luc.* Es pobre.

*Mar.* Yo soy rica, eso se gana.

*Luc.* No es de ilustre cuna.

*Mar.* ¿ Qué

Importa? Un sí nos iguala.  
 ¿No quiere usted que me case (*Astificada.*)  
 Con él?

*Luc.* Pero, atolondrada,  
 ¿Quién le admitió en la familia  
 Sin yo? ¿quién?

*Mar.* Principiaba  
 A temer ya... ¿Qué locura!  
 Cuando veo que le tratan  
 Mi tia y usted lo mismo  
 Que á un hermano, y que le pagari  
 Una pensión, á pretexto  
 De que nos tenga ordenada  
 La biblioteca; y es sófo  
 Para que adelante siga  
 Mientras que se lleve á hacer  
 Jurisconsulto de fama.

*Luc.* Todo eso y algo mas hice  
 Cuando vi que te prendías  
 De él.

*Mar.* ¿Cuánto debo á mi tio!  
*Luc.* Y á tu parecer; (sé franca)  
 ¿Te quiere mucho?

*Mar.* Yo ¿cómo  
 Lo he de saber? No se apartan  
 Ustedes nunca de mí;  
 Y él no me dice palabra.

*Luc.* Ya rondará por las noches  
 Tu reja en esta jornada:

*Mar.* ¡Ay! no, señor; ¡ay! ¿qué miedo!  
 ¿Y si viene la fantasma?

*Luc.* ¿La fantasma? ¿Viste tú  
 La de la noche pasada?

*Mar.* Sí, señor.

*Luc.* ¿Si? Yo creía  
 Que fuese alguna patraña.

*Mar.* No, no.

*Luc.* Yo he dormido fuera  
 Del palacio, y como nada  
 Turbó mi sueño... Di:

*Mar.* Anoches;

Un poco antes que amaneciera  
 Las cuatro, como yo estoy  
 Hace dias desvelada,  
 Me puse un rato á la reja:

*Luc.* Ya se adivina la causa.

*Mar.* Por torrar el fresco.

*Luc.* Y ver...;

*Mar.* ¡Ay! ¡lo que ví!  
*Luc.* ¿Qué ví? Acaba.

*Mar.* No sé de dónde vino;

Si brotó de las entrañas  
 De la tierra, sí... ¡Jesus!

Era una figura blanca  
 Tan grande... ¿cómo diré?

¡Oh! mayor que las estatuas  
 Que en el patio de los Reyes  
 Hay puestas en la fachada.

*Luc.* (*Ap.* ¿Qué será esto?) Y bien, ¿qué?

*Mar.* Hacía temblar. Vagaba [hacia?]  
 Entre los árboles, ya

Lenta, ya precipitada;  
 Vino hácia palacio; entonces  
 Dió un alarido...

*Luc.* ¿Gritaba?

*Mar.* Gritaba, y también reía;  
 Pero como cosa mala,

Como cosa de otro mundo:  
 Por último, alzó con rabia

La mano, haciendo ademán  
 De dar una puñalada,  
 Y pronunció...

*Luc.* ¿Una blasfemia?

*Mar.* Peor que si blasfemara,  
 Mucho peor: lo que dijo,

Fué mi nombre, fué «¡Mariana!»

*Luc.* ¡Mariana! (*Aparte.*) Debí soñando  
 Levantarme de la cama.

¿Maldito achaqué!

*Mar.* At oírlo,  
 Yo me cai desmayada.

*Luc.* Eso ¿lo has contado?

*Mar.* A nadie.

*Luc.* Sintiera que me enojaras.

*Mar.* Que no: como me mandaron  
 Ustedes que me acostara,  
 Y no obedeci...

*Luc.* Pues es  
 De muchísima importancia  
 Que acerca de esa vision  
 Guardes silencio.

*Mar.* Bien.

*Luc.* Tratá  
 De ser tambien desde ahora

Un poco mas reservada  
 Con Isidoro.

*Mar.* ¿Por qué?

*Luc.* Solo el que yo le indicara,  
 Te debía bastar.

*Mar.* Usá

Razoncita mas no daña.

*Luc.* Hija, el hombre es tuma poco  
 Lo que sin afán alcanza;

Y harto temprano comienza  
 La mujer á ser esclava,

Sin que se abrevie los dias  
 Que tiene de soberana.

Tú que en la senda de amor  
 Fijas la inexperta planta;

Y que bella, virtuosa  
 Y pura, mereces que ardan

De cien y cien albedros  
 Las ofrendas en tus aras;

¡Predate en lo que vales;  
 Mantén oculta la llama  
 De tu pasión; mira y oye

Siempre con desconfianza  
Promesas que hace el deseo  
Y las borra la inconstancia,  
Suspiros hijos acaso  
De miras interesadas,  
Y obsequios que han de parar  
En tiranía mañana;  
Que si rindes sin defensa  
El baluarte del alma,  
Bien pronto del vencedor  
Te mirarás despreciada  
Cual contrario que no supo  
Capitular con ventaja;  
Y olvidándote, irá en busca  
De otra conquista mas árdua.

*Mar.* Y con esa alegoría  
¿Quiere usted decirme en plata  
Que sea con Isidoro  
Eso que, á estilo de Francia,  
Llaman *coqueta*?

*Luc.* No; pero  
Cuanto mas desvío, cuanta  
Mas indiferencia afectes,  
Has de ser mas cortejada,  
Mas querida de tu amante.

*Mar.* ¿De veras?

*Luc.* De fijo.  
*Mar.* Basta.

Si fomenta la pasión  
Tenerla y disimularla,  
No ha de saber Isidoro  
Que yo le estoy inclinada,  
Si no pena mas por mi  
Que Amadis por Oriana.—  
Algun escrúpulo tengo  
De que es traidorcilla y falsa  
Esta conducta, con todo  
Que mi vanidad halaga;  
Pero mi tutor lo exige;  
Yo le estoy subordinada;  
Si peco en obedecerle,  
Sobre él mi culpa recaiga.

## ESCENA II.

ISIDORO, LUCIANO, MARIANA.

*Isid.* Señores...

*Luc.* ¡Hola, Isidoro!

Ya aquí de menos te echaban.

*Isid.* ¿A cuál debo de los dos  
El favor?

*Mar.* Al tío.

*Isid.* (*Aparte.*) ¡Ingrata!

*Mar.* ¿He mentido bien?

(*Aparte á Luciano.*)

*Luc.* ¿Qué has hecho  
De mi esposa?

*Isid.* La acompaña  
Don Fabian, y no he podido  
Sufrir su enfadosa charla.

*Luc.* Pues es un viejo muy guapo.

*Isid.* Como yo me adelantaba  
Aquí, me dió Rosalía,  
Que por tu salud se afana  
Mas que tú mismo, este pomo.

*Luc.* Mi medicina: tomarla  
Debo á esta hora; es verdad.  
Voy arriba á pedir agua  
Y azúcar.

*Mar.* El brazo.

*Luc.* No.

(*Aparte á ella.*) Si ahora Isidoro hablara  
De amor, le podías dar  
Unas medias calabazas.

*Mar.* Bien. (*Aparte á su tío.*)

*Luc.* (*Aparte.*) Serás mía, aunque todo  
El mundo me lo estorbara. (*Vase.*)

## ESCENA III.

MARIANA, ISIDORO.

*Isid.* ¡Luciano venturoso!  
¿Quién no le tiene envidia?  
Jóven, rico, adorado  
De una consorte fina,  
Cuya virtud encanta,  
Cuya beldad admira,  
Él tan solo parece  
No conocer su dicha.

*Mar.* (*Aparte.*) No me divierten estos  
Elogios á mi tía.

*Isid.* ¿No piensa usted lo mismo?  
¿No es verdad, Marianita,  
Que es muy feliz el hombre  
A quien el cielo envía  
Un ángel que á su lado  
Continuamente asista,  
Que le haga mas preciosos  
Los goces de la vida,  
Y con su cauta mano  
Desvíe las espinas  
Que cercan el sendero  
Donde á su bien camina?

*Mar.* Y ese ángel ¿solo puede  
Llamarse Rosalía?

*Isid.* Idolo de mi pecho,  
No cautelosa finjas;  
Que, bien lo sabes, eres  
Alma del alma mía.  
Mil veces lo dijeron  
Los ecos de mi lira,  
Y hoy, dulce prenda, el labio  
Que de temor vacila,  
Humilde te declara

s por quien suspira.  
 (*Ap.*) ¡Ay! ¡qué bien enamora!  
 que perderia,  
 rvor menguara,  
 nacion sabida!  
 ¿Callas? ¿Nada respondes?  
 Prosiga usted, prosiga.  
 No imagines que ciega  
 incion olvida  
 hidalgo pobre,  
 lustre y rica;  
 y mi amor se engrie  
 pobreza misma.  
 , blasones y oro  
 saber conquista:  
 ulce es consagrarlos  
 dad querida!  
 : veces que el sueño  
 i frente encima  
 ) á cuyas hojas  
 la doctrina,  
 mi gusto  
 fantasia,  
 colocado  
 ente silla,  
 e por la esfera  
 á mí venia  
 que coronada  
 o y siempreviva,  
 se despojaba  
 ñir la mia!  
 Mariana hermosa,  
 ue me traías  
 dicha en premio  
 es y vigilias;  
 hallando entonces  
 s expresivas  
 inmenso gozo  
 a agradecida,  
 ante tí doblaba  
 e y la rodilla. (*Lo hace así.*)  
 No se punce la pierna  
 on las hortigas.  
 Perdóname, Mariana;  
 i mi osadia.  
 feliz albergue  
 i fué mecida,  
 é hacerme digno  
 ecerte un dia.  
 s, y no ahora,  
 ré que admitas  
 enaje puro  
 e mi fe te brinda.  
 ntre tanto solo  
 lo desestimás.  
 . Lo estimo mucho.  
 ; Oh gloria!  
 . Pero alce usted : arriba.

*Isid.* Mi gratitud eterna...  
*Mar.* ¿Cómo no estimaria  
 Al hombre que me dice  
 Cosas tan divertidas?  
 Me jura que me adora,  
 Me llama usted bonita,  
 Me quiere dar la mano  
 Vestido de golilla  
 Luego que el Rey le nombre  
 Corregidor en Indias;  
 Si esto no es de apreciarse,  
 Venga Dios y lo diga.  
*Isid.* Ese tono ligero,  
 Mariana, me intimida.  
*Mar.* ¿Prefiere usted que calle?  
*Isid.* No, siga usted, prosiga.  
*Mar.* Admiro la franqueza,  
 La heroica bizarria  
 De un amante que ofrece  
 Bienes en perspectiva,  
 Suerte que yo no dudo  
 Que al cabo la consiga;  
 Mas si un galan mañana  
 Mi mano solicita,  
 Rico, gallardo, amable,  
 ¿No fuera boberia  
 Dejar por la dudosa  
 La oferta positiva?  
 Corren, don Isidoro,  
 Los años muy aprisa,  
 Y plazos dilatados  
 Aterran á las niñas.  
 Quizá será muy bueno  
 Pasar embebecida  
 En esperanza alegre  
 Que cumplirá tardía,  
 La verde primavera  
 De juventud florida;  
 Pero ir á desposarse  
 Y ser ya talludita,  
 Para mi gusto, vamos,  
 Es cosa que horroriza.  
 Así, don Isidoro...  
*Isid.* No siga usted, no siga.  
 Ya veo la sentencia  
 Que contra mí fulmina.  
*Mar.* No se fie usted mucho  
 Tampoco de su vista.  
*Isid.* ¿Qué quiere usted decirme?  
 Sea usted compasiva;  
 Que no sabe la pena  
 Con que me martiriza.  
 Declare por lo menos...  
*Mar.* Prosiga usted, prosiga.  
*Isid.* Que me permite amarla.  
*Mar.* ¿Cómo lo impediria?  
*Isid.* Que espere.  
*Mar.* ¡Ay! A ninguno

La esperanza se quita.

*Isid.* Prométame el consuelo  
De escucharme benigna.

*Mar.* Si hiciese lo contrario,  
No fuera buena amiga.

*Isid.* Ya nada mas deseo.

Nada; y en pago, exija  
Usted la sangre toda  
Que por mis venas gira.

*Mar.* No es tanto lo que quiero.

*Isid.* Dígalo usted, prosiga.

*Mar.* Quiero que usted á todos  
Amarme les permita.

*Isid.* ¿Cómo?

*Mar.* Y que no se enfade  
De sus galanterías.

*Isid.* ¡Mariana!

*Mar.* Y que les deje  
Que esperen.

*Isid.* ¡Señorita!

*Mar.* Pues, y que sus requiebros  
Oiga yo complacida.

*Isid.* Eso es decir...

*Mar.* Que gusto

De la igualdad estricta,  
Y no de que un privado  
Mande mi monarquía.  
Usted que hace ya tiempo  
Que reina me apellida,  
Medita bien ahora

La ley que se le dicta,  
Y vea en sus amores  
A qué se determina;  
Que á mi me da lo mismo  
Que cesen ó prosigan.

No hago mal de coqueta (*Aparte al irse.*)  
Para quien hoy principia. (*Vase.*)

#### ESCENA IV.

ISIDORO.

¿Qué lenguaje es el que oí,  
Que me aflige y maravilla?  
¿Esta es la jóven sencilla  
Que era un ángel para mí?  
Yo por idolo escogí  
Dentro de la mente un sér  
Que me forjó á mi placer;  
Pero al tocar la verdad,  
Hallo en lugar de deidad,  
Solamente una mujer.  
A la que sin distincion  
Ha de admitir al momento  
El galante rendimiento  
De cualquiera inclinacion,  
Niego yo la posesion,  
Niego en mi pecho la entrada;

Pues cuando doy á mi amada  
La llave del albedrío,  
Exijo en cambio del mio  
Todo un corazon, ó nada.  
Mariana, tú á nadie quieres,  
Presumiendo mas que vales:  
¿Serán á Mariana iguales  
Todas las demás mujeres?  
¿Serán sueño los placeres  
Que yo del amor espero?  
¿Existe amor verdadero? —  
Si Mariana me engañó,  
Preciso será que yo  
Sospeche del mundo entero.  
En mi retiro profundo  
Con los libros encerrado,  
Temo haberme figurado  
Mejor de lo que es el mundo. —  
Por dicha en poco lo fundo.  
No hace ley un ejemplar.  
Otra mujer puedo hallar  
Que ame como un serafín,  
Porque la mujer al fin  
Ha nacido para amar.

#### ESCENA V.

LUCIANO, ISIDORO.

*Luc.* Mi específico tomé,  
Mas aunque por él aboga,  
Pronto bebidas y drogas  
A la calle arrojare.  
Les tengo un odio mortal,  
Y voy estando valiente:  
Me prueban perfectamente  
Los aires del Escorial.  
Libre del todo me advierto  
De las punzadas reacias  
Ya del dolor, á Dios gracias.

*Isid.* Y á tu mujer.

*Luc.* Es muy cierta.

Me cuidó... ¡de qué manera  
Rosalía me cuidó!  
Quince noches se llevó  
Clavada á mi cabecera.  
Yo nunca lo olvidaré.

*Isid.* ¿Nunca?

*Luc.* Ya lo verás tú.

Vale mi esposa un Perú:  
Es de lo que no se ve.  
Tratarla, confesarás  
Que es un rato de los buenos.

*Isid.* Alábala un poco menos,  
Y quiérela un poco mas.

*Luc.* Yo soy con ella finura  
Todo, todo cortesía.

*Isid.* Pues ella preferísia

nqueza y mas ternura.  
cuando tú me hiciste  
e mi guardillon  
dríd, mi situacion  
rto infeliz y triste.  
mi entendimiento,  
sanchó por tí su esfera :  
iseria, ni siquiera  
de tener talento.  
raste con tu amistad,  
pagarla en parte,  
do hacer mas que hablarte  
la sinceridad.  
in afectacion,  
del desgraciado,  
iente has alcanzado  
il estimacion.  
darte varias veces  
rgos de honra han venido,  
s has admitido ;  
le que los mereces.  
numerosa grey  
mano socorrió ;  
mbre en Madrid llevé  
idos del Rey,  
e su favor en señas ;  
de su mano esposa,  
bella, poderosa,  
de las madrileñas ;  
do así por modesto,  
e pretendieras nada,  
e con una ahijada  
ismo Fernando el sexto.  
ien, Luciano, á pesar  
mérito eminente,  
hace ser justamente  
o popular,  
esta al pecho la mano,  
i me das licencia,  
y en tí gran diferencia  
poso al ciudadano.  
s á la gente rica  
nor y virtud ejemplo ;  
vocation en el templo  
leles edifica ;  
iendo diversion  
plática tu labio,  
se inclina al resaca  
il murmuracion :  
o es tan de sentir  
tés haciendo á la par  
casa suspirar,  
as ajenas reir ;  
un mendigo tu favor  
is con bizarría,  
as á Rosalía  
lada de amor.  
io, este proceder

Es culpable, y, no lo dudes,  
No autorizan mil virtudes  
Para faltar á un deber.

*Luc.* Sufrida la repension,  
Mi panegrico emprendo ;  
Pero hay que empezar diciendo  
Que no te falta razon.  
Confesar en la querella  
De Rosalía es preciso ;  
Que ella me quiere, ó me quiso,  
Mas que yo la quiero á ella.

*Isid.* ¿ Hay alma que si alicié  
De tal belleza resista ?

*Luc.* Ese es placer de la vista,  
Cuando el alma no lo siente !  
No basta con la hermosura  
Sola para enamorar :

A nadie vi requebrar  
Una imágen de escultura.

*Isid.* Tiene ingenio tu señora,  
Y es de admirar esa dote.

*Luc.* Aunque admiro el don Quijote,  
Maldito si me enamora.

Por cálculo y reflexion  
Mi voluntad no se inflama ;  
Cautívemela mi dama,  
Porque esa es su obligacion.

Si vivo interés no tomo  
Por ella, que no haga extremos ;  
Queremos y no queremos  
Sin saber por qué ni cómo.

Y pues á esto nos conduce  
La cuestion, sufre que diga  
Que es oro con mucha liga  
Ese que tanto reluce.

Con su belleza hechicera,  
Mi mujer no es tan cabal ;  
Que no tenga tal y cual  
Defecto, como cualquiera.

*Isid.* Me dejas de asombro lleno.  
Yo no he descubierto...

*Luc.* Eso es  
Porque tú todo lo ves  
Solo por el lado bueno.

Su modesta mansedumbre  
Que de una santa parece,  
No es mas sino que obedece  
El genial á la costumbre.

Largo tiempo con afan  
Sus sentimientos acalifa ;  
Pero al fin rompe y estalla  
Bajo la nieve el volcan.  
Zelosa hasta el frenesí,  
Su disimulo me asusta :  
Yo soy franco, y no me gusta  
Que me quiera nadie así.  
Y á no haber separacion  
De cuartos, ¡ ay ! recibiera



Que el mejor día me ahogara  
 Por exceso de pasión.  
 Aquí tienes de qué modo  
 Nació en mí la indiferencia  
 De su reserva y violencia,  
 Por ser yo blandura todo.  
 Mas yo siempre he de seguir  
 Con ella galán y atento.

*Isid.* Y ¿no es eso fingimiento,  
 Luciano?

*Luc.* Es saber vivir.

*Isid.* Esa ciencia y la honradez  
 No suelen juntas andar.

*Luc.* Tú das en equivocarte  
 La virtud con la sandez.

*Isid.* ¿Qué prometiste al casarte?

Rosalía no es feliz.  
 Mientras no incurra en desliz  
 Que de tus brazos la aparte,  
 Justicia es que el voto augusto  
 Cabal cumplimiento tenga.

*Luc.* Lo que al hombre le convenga,  
 Aquello solo es lo justo.

*Isid.* Ninguna ventaja toco  
 De hacer el mal que señalo.

*Luc.* ¿Qué sabes tú lo que es malo  
 Ni lo que es bueno tampoco?

*Isid.* Por mi conciencia instruido,  
 Me consta con evidencia.

*Luc.* Una cosa es la conciencia,  
 Y otra el hábito adquirido.

Antes de saber hablar,  
 Nos dan para que estudiemos  
 La pauta porque debemos  
 Obrar, sentir y pensar;  
 Y hombre que con vanagloria  
 Cree por sí discurrir,  
 No hace mas que repetir  
 Una lección de memoria.

El que eleva mas la vista,  
 Y en el mundo colocado,  
 Sabe que Dios se le ha dado  
 Por herencia ó por conquista,

Busca la felicidad,  
 Que es la mira que le rige,  
 Y de los medios elige  
 Según la oportunidad,  
 Siendo, en todo lo que intenta,

Su axioma regulador,  
 Que es el arbitrio mejor  
 Aquel que tiene mas cuenta;

Y así juzga, con desden  
 De la voz universal,  
 Malo lo que sale mal,  
 Bueno lo que pinta bien.

Como de ser mero amigo  
 De mi mujer, hasta aquí  
 Ningun perjuicio sufrí,

Creo que hago bien, y sigo;  
 Y de tu sermón apelo  
 Al público testimonio  
 De que á mas de un matrimonio  
 Soy citado por modelo.  
 En fin, hacer los casados  
 Con su mujer de galanes  
 Es propio de ganapanes,  
 No de hombres acaudalados;  
 Y aun raya en usurpación  
 Que un enlace, cuya esencia  
 Fué la pura conveniencia,  
 Resulte de inclinación.  
 Y pues por tí me cansé  
 Con un discurso tan largo,  
 En represalia un encargo  
 Te voy á dar, que olvidé,  
 Y es llevar á doña Mónica  
 La viuda estos treinta duros

(*Saca un bolsillo.*)

Para que de sus apuros  
 Salga en su dolencia crónica.  
 Le has de ocultar, claro está,  
 Quién socorre su vejez,  
 Y sufrir tanta chochez  
 Como allí te encajará.

Mi mujer viene: ahí te entrego  
 La bolsa. Haga este favor  
 El señor procurador

De casadas, y hasta luego.

(*Vase dejándole á Isidoro el bolsillo  
 en la mano.*)

*Isid.* ¿No es cosa particular  
 Tener esas opiniones,  
 Cuando tan bellas acciones  
 Las desmienten sin cesar?

#### ESCENA VI.

DON BLAS, CON UN PARAGUAS ABIERTO;  
 AGAPITO. ALGUNOS CABALLEROS Y DAMAS  
 QUE CRUZAN LA ESCENA EN DIRECCION A  
 LA CASA DEL GUARDA; ISIDORO.

*Blas.* (A Isidoro.) A la órden.

*Isid.* Don Blas Querol,  
 Salud.

*Blas.* Ya no necesito  
 De sombra: toma, Agapito;  
 Guárdame ese quitasol.

*Agap.* Soy paje, no soy lacayo.

*Blas.* Soy médico, y si te coge  
 Una fiebre...

*Agap.* No se enoje  
 Usted; que voy como un rayo.

(*Le toma el paraguas y se va corriendo.*)

*Blas.* ¿Qué día de barahunda  
 Tendremos!

del bolsillo un pañuelo para  
arse el sudor, y deja caer al  
o tiempo una funda de para-  
)

¡ Eh, muchacho, eh !  
¡ quitasol... Tendré  
levarle la funda. (Vase.)

ESCENA VII.

NO, ROSALIA, DON FABIAN,  
ISIDORO.

escansa, estarás rendida.  
o no. ¿ Tú cómo llegaste?  
ien.

¿ Por qué te adelantaste?  
(Aparte á Luciano.)  
ido consumida  
an.

Vuelvo el pañuelo.  
o á Rosalia un pañuelo con un  
de arena.)  
Ah, sí ! Repara, Isidoro,  
os ! Parecen oro.  
en un arroyuelo.  
'eamos.

¿ Cómo se llama  
ra qué se aplica?  
e dan el nombre de mica...  
¡sted confunde á esta dama.

Y de qué nos informa  
buena explicacion !  
as cosas... son...  
illas de esa forma.  
¿ atengo á la letra,  
lo especifico :  
nica ni mico,  
cual, ecetra.  
Viva nuestro regidor !  
ni, nuestro alcalde.

Interino ;  
ed atento y fino  
servidor.  
Bebiste ya...?

Al punto. A ver

don de la conjunta ,  
ano), una pregunta  
ria de beber.  
tanse los dos á un lado. Rosalia  
enta.)  
¿ Qué hay ?

Que segun casualmente  
arde en la farmacia  
la, por desgracia  
d un ingrediente  
r, cuando me dió

La receta cuyo uso  
Le prueba tan bien.

Luc. La puso  
Mi mujer, que se encargó  
Tiempo há de ser mi enfermera,  
Y ese remedio fabrica.

Fab. Entrando yo en la botica,  
Me hallé al mancebo Mosquera,  
Que al paje Agapito daba  
Una droga, que dijeron  
Ser para usted.

Luc. Pues fingieron  
Eso.

Fab. Mosquera ocultaba  
El bote ; yo no soy manco,  
Y soy alcalde ; cogí  
El bote, el rótulo vi...

Luc. Y ¿ decia...?  
Fab. Espejo blanco.

Luc. ¡ Hombre !  
Fab. Es, creo, un anodino  
Para...

Luc. ¡ Oh ! sí, todo lo cura.—  
(Aparte. ¿ Si mi mujer por ventura  
Querrá hacer un desatino?)

¿ Leyó usted bien?  
Fab. Specul. al.  
Speculum album.

Luc. Marchemos  
De aquí, don Fabian, y hablemos  
De ese lance original. (Vanse los dos.)

ESCENA VIII.

ROSALIA, ISIDORO.

Ros. (Aparte.) Sin mirarme se fué.  
(Pausa de algunos instantes, durante  
los cuales Rosalia clava tristemente  
la vista en el Escorial.)

Isid. (Aparte. ¿ Qué he de decirle?)  
¿ Por qué miras allí con tal ahinco?

Ros. Isidoro, ¿ qué amargas reflexiones  
Me inspira ese magnífico edificio !  
¿ Qué paz debe ofrecer al desgraciado  
La sagrada quietud de su recinto !

Isid. ¿ No habitamos en él ?  
Ros. No recordaba  
Que es palacio ademas. Ni sé qué digo.

Ver los muros creí del monasterio  
Que dedicado á Juana y á Francisco  
Allá en Madrid de levantar acaba  
La regia cristiandad de mi padrino.  
« ¿ Querrás vivir en él ? » me dijo un día :  
¡ Oh ! ¡ si entonces el hábito me visto !  
Dios por boca del Rey el bien me daba :  
Lo deseché : mi vanidad expio.

Isid. Lanza esas melancólicas ideas.



**Ros.** ¿Qué fué lo que de mí Luciano dijo?  
¿Cómo disculpa su desden? Responde.

¿Por qué no paga mi leal cariño?

**Isid.** ¡Ay Rosalía! Quien de veras ama,  
Yerra en darlo á entender, yerra en decirlo;  
Que un amor entrañable declarado  
La ingratitud engendra y el olvido;  
Y tú cuya pasión...

**Ros.** Del blanco lejos  
Tu pensamiento da. ¿Pues no me ha visto  
Ese esposo cruel, para agradarle,  
Caricias alternar con el desvío,  
Trocar la seriedad en travesura,  
Y dejar la razón por el capricho?  
¿Qué mas puede exigirse de una esposa?  
Ni tanto. De furor pierdo el sentido.  
Si acaso una rival...

**Isid.** ¡Oh! no delires.  
¡Luciano serte infiel!

**Rosal.** ¡Con regocijo  
Supiera su traición! Así vería  
Que no es su pecho de insensible risco,  
Y que puedo esperar.

**Isid.** No desconfíes:  
A tu afecto y virtudes sometido  
Un día ha de quedar.

**Ros.** ¿Y cuándo llega?  
Seis años hace que por él suspiro.  
¡La virtud! ¿qué le importa al que la llama  
Flaqueza de un espíritu mezquino?  
¿Qué es el amor para quien no conoce  
Su tierno afán, su encantador delirio,  
Y en vez de abandonarse al bien que adora  
Para vivir en él mas que en sí mismo,  
Sufre con repugnancia que le quieran,  
Y guarda con candado su albedrío?  
Ahora que mi fe, mis oraciones  
Del Señor la salud le han conseguido,  
¡Mira tú lo que obtengo de mi esposo  
En recompensa del desvelo mio!  
Mas abandono aún: le es insufrible  
La fiel constancia de mi porte digno;  
Con su estudiada indiferencia intenta  
Mi orgullo exasperar; está ya visto;  
Quiere que le aborrezca, y hay instantes...  
Muchos... en que ha logrado su designio.

**Isid.** ¡Rosalía!

**Ros.** Isidoro, impulsos tales  
Me dan alguna vez, que me horrorizo.  
Ayer... ¡Jesus! — ¡Mas ay! ¿de qué me quejo?  
En esta sociedad en que vivimos,  
De pegadiza liviandad francesa  
Y española esquivaz extraño mixto,  
Un sentimiento que avasalle el alma,  
Befa merece y general ludibrio.  
No hay en la corte corazón que sepa  
Dar á un cariño fiel premio debido; [veco.  
No le hay que sepa amar. — Le hay, me equi-

Hay este al menos con que yo respiro.  
Y otros habrá también; es suerte suya  
Que nunca se han de ver dos reunidos.

**Isid.** (Aparte. ¡Ah Mariana cruel! si el  
tuyo fuera

Como el de esta infeliz...!) Sí, bien has dicho,  
Jamás se unen, jamás, porque era entonces  
Trasladar á la tierra el paraíso.

**Ros.** ¡Dichoso tú mil veces, Isidoro,  
Que jamás el amor has conocido!

**Isid.** ¿Qué! ¿te figuras que mi pecho al-  
Un corazón indiferente y frío?

**Ros.** Indiferente no. ¿Cómo ha de serlo  
Quien es con mi pesar tan compasivo?  
Mas la razón en tí por dicha tuya  
Someterá el amor á su dominio.

**Isid.** Lo espero así.

**Ros.** ¿Lo esperas?

**Isid.** Lo deseo.

**Ros.** ¿Lo deseas también?

**Isid.** Lo necesito.

**Ros.** ¿Con que no eres feliz?

**Isid.** Es imposible.

Feneció mi esperanza; y es preciso  
Renunciar para siempre á la ventura  
Y al bien que codicié.

**Ros.** ¿Le habrás perdido?

¿Murió tu dama?

**Isid.** Vive.

**Ros.** Desahoga

Por un momento tu dolor conmigo.  
Di: ¿quién es la mujer que preferías?  
De casa rara vez salir te vimos,  
Y al venir con el Rey á la jornada,  
Tú sin dificultad nos has seguido.  
Poco debiste verla.

**Isid.** A todas horas.

**Ros.** ¿Cómo?

**Isid.** Un techo á los dos nos daba abrigo.

**Ros.** ¡A los dos! No prosigas, Isidoro.

**Isid.** Era en mí presunción, era delito  
Sobrado grande pretender...

**Ros.** ¡Ah! Cesa;  
Líbrame, al menos, del rubor de oírlo;  
Demasiado mis ojos, demasiado  
Mi corazón callando me lo dijo.

**Isid.** ¡Señora...!

**Ros.** Una imprudente confianza

Nos conduce á los dos al precipicio:

Tiempo es de retirarnos todavía

De la garganta horrible del abismo.

Solo un camino que seguir nos queda,

Y buscarlo te toca y elegirlo.

Necesitaba amar, y sé que amo;

Pero yo quiero amar á mi marido. (K'oso.)

ESCENA IX.

ISIDORO.

gañada, y lo tolero,  
ruyo su idea!  
¿Ni en no lisonjea  
diga: « te quiero? »  
razon de acero  
tanta pasion?  
Luciano un sermon  
s con tanto brío!  
yo desvarío,  
á ser un bribon.  
te se prometia  
Mariana olvidar?  
ede escarmentar  
propósitos fia.  
bo á Rosalia,  
sar en Mariana.  
é he de hacer? ¿Qué? Mañana  
deligro. Si;  
algo de aquí,  
hasta la Habana.



ACTO SEGUNDO.

a Galeria de los convalecientes, y á  
ha del actor la bajada desde la bóveda  
dines del convento. Una fuente hacia  
rda. Varias banquetas esparidas  
atro.

ESCENA PRIMERA.

LUCIANO, ISIDORO.

Aun me persigues aquí?  
¿Las tonterías.  
¿hace una porcion de dias  
s huyendo de mi.  
¿s claro: si el porfiar  
¿mado por costumbre,  
¿te da pesadumbre  
¿ango que negar.  
¿ti me escondo.  
¿ero es hacernos un ultraje...  
¿i vas á tratar de viaje,  
¿m el no redondo.  
¿a se frustró.  
¿le es de precision extrema.  
¿mí no, y en mi sistema,  
¿yo, y siempre yo.  
¿¿ues el viaje se hará.

Luc. ¡Bravo!  
¿Y los medios, caballero?  
¿Usted no tiene dinero,  
Y yo no sueto un oclavo.  
Isid. Las razones considera  
Que tengo manifestadas.  
Luc. Si son mentiras forjadas  
Mal y de mala manera.  
Isid. ¡Luciano! ¿con que tendré  
Que revelar el misterio?  
Luc. ¡Hombre! ¿qué tono tan serio!  
Vamos: ¿qué es el caso? ¿qué?  
Isid. ¿No has sido tú negociante?  
Luc. Sí: noble y pobre nael:  
Contraté, me enriquecí...  
Vaya el misterio adelante.  
Isid. Algo la conservacion  
De tu oro te importaria.  
Luc. Mi bienestar dependia  
De él y mi reputacion:  
No era, pues, de desecuidar.  
Isid. ¿Fia un mercader prudente  
Sus arcas de un dependiente  
Que le pudiera robar?  
Luc. No doy con la aplicacion  
Del ejemplo que has citado:  
Yo no sé que de letrado  
Te hayas metido á ladrón.  
Isid. ¿Y no hay en tu casa joya  
Que pueda yo codiciar?  
Luc. Acabara usted de hablar.  
Ya comprando la framoya.  
¿Pobre Isidoro! vacila  
Tu juicio, y todo lo yerras.  
¿Con que en suma te desenterras  
Porque amas á mi pupila?  
Isid. No, no. {rareza  
Luc. (Desentendiéndose.) ¿Y á qué es la  
De tal determinacion?  
¿Es por desesperacion,  
O bien por delicadeza?  
Isid. Si me oyes...  
Luc. Por la presente,  
Puede ponerse una tacha  
A tu amor á esa muchacha  
Que goza un caudal decente.  
Isid. Yo no aspiro...  
Luc. Su tutor  
Soy, y al fin me alcanzaria  
Alguna bachillería  
Del vulgo murmurador.  
Si falto de clientela,  
Con la niña hago que cases,  
Dirán que es porque me pases  
Embrollos en la tutela.  
Isid. ¡Dale!  
Luc. Sigue en tu bufete,  
Trabaja y prosperarás;

Que no te envejecerás  
Tanto en seis años ó siete.

*Isid.* Pero dime, ¿cuándo cesas...?

*Luc.* Mientras tanto á Marianita  
Nos la tendrá guardadita  
La madre Ana en las Salesas.

*Isid.* Es inútil, es absurda  
La separacion que trazas.

*Luc.* ¡Qué! ¿te ha dado calabazas?  
¡Diantre! La niña no es zurda.  
Pues bien, para que no veas  
A la que tu descontento  
Causa, entrará en el convento.

*Isid.* Abandona esas ideas,  
Por Dios; que me desatina  
Tu empeño en favorecerme.  
¿Es justo, por no quererme,  
Oprimir á tu sobrina?  
Ella procedió discreta  
En hacer desaire y mofa  
De un amante de mi estofa,  
Insustancial y veleta.  
Debió hacerle presentir  
Su espíritu perspicaz  
Que era mi pecho capaz  
De olvidar, de delinquir,  
De abandonarse al furor  
De una pasión reprobada,  
De querer á una casada  
Mujer de mi bienhechor.

*Luc.* ¡A mí esposa!

*Isid.* Su presencia  
Debo evitar; es preciso.

*Luc.* Yo te agradezco el aviso,  
Y obraré en su consecuencia.  
Pero si parece cuento.  
¿Quién se pudo figurar  
Que hubiese de tropezar  
En ese mal pensamiento  
Jóven de prendas tan altas,  
De tanta sabiduría,  
De... vamos, el que me hacia  
Avergonzar de mis faltas?

*Isid.* Con esa idea importuna  
Lidio también sin cesar,  
Y me quiero disculpar,  
Y no hallo disculpa alguna.  
¿Cómo hallarla? No la hay, no.  
Porque al fin, Mariana ha sido  
Por quien de amor el latido  
Primero mi pecho dió.  
Y despues... ¡ah!

*Luc.* No te asombres  
De lo que pasó despues;  
Que lo mismo que en tí ves,  
Sucede á todos los hombres.  
Nos sale una empresa mal;  
Se tiene un rato molesto:

Luego..., á rey muerto, rey puesto;  
No hay cosa mas natural.

Tú casi de veinticinco  
A enamorar principiaste;  
Por lo mismo que tardaste,  
Quieres con mayor ahinco.  
Si es forzoso: á cierta edad,  
A no ser uno de leño,  
Tener un galante empeño  
Es una necesidad.  
A nadie ves, ni te trata  
Nadie sino dos personas:  
Llega un dia, y te aficionas...  
Pues..., de la mas inmediata.  
Ella es mujer de entusiasmo,  
Y ese que caracteriza  
Tu natural, simpatiza  
Con el suyo que es un pasmo:  
Fuera de ser cosa clara  
Que teniendo que elegir,  
Nos hemos de decidir  
Por la que nos hace cara.

*Isid.* Tu mujer no...

*Luc.* Me adelanto  
A la disculpa que alegues,  
Pues aunque tú me lo niegues,  
Yo sé que te quiere y cuánto.  
Y no me perdone Dios  
En mi hora, si no es cierto  
Que lo habia descubierto  
Antes que vosotros dos.

*Isid.* Todo eso es acrecentar  
De mi partida la urgencia.

*Luc.* ¿Qué gano yo con tu ausencia,  
Ni á qué fin te has de alejar?  
Poco tiene por su honor  
Un marido que temer,  
Cuando el que le ha de ofender,  
De sí propio es delator.  
Para que en tí se sofoque  
Ese fugaz frenesí,  
Bastará que por ahí  
Veas otra que te choque.  
Y si sois tan infelices,  
Que la pasión que brotó  
En vosotros, extendió  
Ya tan hondas las raíces,  
Que á la razón se rebela  
Y al tiempo; que toda extremos,  
Es de aquellas que no vemos  
Sino escritas en novela;  
Entonces, aunque vivais  
Tú en Lima y ella en Madrid,  
¿Quién os quitará, decid,  
Que os ameis cuanto querais?  
No mas la cuestion entables  
De fuga; oye mis consejos:  
Objetos hay que de lejos

s agradables.  
 peto á que obligo;  
 o faltareis  
 ue debéis  
 .. y á un amigo.  
 , jamás: si mi flaqueza  
 desaliento,  
 fianza siento  
 mi entereza.  
 no partiré,  
 io lo aprobaras;  
 eces raras  
 hablaré;  
 si algun instante  
 nos sin testigo,  
 eza conmigo  
 endrá un vigilante.  
 ; tendiere lazos  
 ud seductora,  
 ar, como ahora,  
 o en tus brazos;  
 lebilidad  
 llanto propicio  
 del sacrificio  
 uestra amistad.

ESCENA II.

NA, UNA CRIADA; LUCIANO,  
 ISIDORO.

io.  
 ¿Qué hay?  
 Para usted vino  
 que salió.  
 ¿Quién?  
 Don Fabian el alcalde,  
 on Blas Quérol.  
 El médico? Doy la vuelta  
 i mi habitacion.  
 e fueron ya.  
 ¿Sin dejar  
 ?  
 No, señor.  
 i á los jardines,  
 de la oracion,  
 e á la botica  
 nto.  
 ¡ Ah! Bien.  
 Yo voy  
 na á visitar  
 s Calderon;  
 no hay allí  
 , y yo estoy  
 on ellos, pido  
 torizacion  
 iar la visita,  
 a de doctor.

*Luc.* Bien. Si quieres que Isidoro  
 Te acompañe... (*Ap. á ella.*) Di que no.  
*Mar.* No, no. (*Ap.*) Segun le desairo,  
 Debe estar loco de amor.  
*Isid.* Gusta poco Marianita  
 De que esté á su lado yo.  
*Mar.* Es Isidoro sujeto  
 De rara penetracion.  
*Luc.* Si no me engaño, hace dias  
 Que aquella amistad cesó,  
 Que tomabais al principio  
 Con demasiado calor.  
*Mar.* ¡ No sino que una estuviera  
 Obligada á pensar hoy  
 Del modo que ayer!  
*Isid.* Las damas  
 Gustan de la variacion.  
*Luc.* Los hombres tambien.  
*Mar.* A mí,  
 Lo confieso, me da horror  
 Ver siempre lo mismo.  
*Luc.* Entonces  
 La idea que me ocurrió  
 Hace poco, debo al punto  
 Ponerla en ejecucion.  
*Mar.* ¿ Y es?  
*Luc.* Aunque su majestad  
 Habitaciones nos dió  
 En palacio por hacer  
 A Rosalia favor,  
 Y estamos cómodamente,  
 He pensado acá *inter nos*  
 Que ya te fastidiarla  
 El Escorial.  
*Mar.* Se engaño  
 Usted.  
*Luc.* Por lo cual mañana  
 Tendrás la satisfaccion  
 De salir para Madrid  
 Antes que despunte el sol.  
*Mar.* ¡ Para vivir sola en casa!  
 Vaya, tío, ¡ qué aprension!  
*Isid.* Yo me opuse.  
*Mar.* Hizo muy bien  
 Usted, y gracias le doy. —  
 Me aburro en viéndome sola.  
*Luc.* Es que estás en un error.  
*Mar.* ¿ En cuál?  
*Luc.* No es á casa adonde  
 Te envió.  
*Mar.* ¿ Adónde sino?  
*Luc.* A las Salesas.  
*Mar.* No me hace  
 Falta mas educacion  
 Que la que me dió mi tío.  
*Luc.* Pero el tío decidió  
 Que á su sobrina conviene  
 La paz de aquella mansion.

**Mar.** Replicará la sobrina

A su tío y su tutor  
Que le contrista en el alma  
Tan dura resolución;  
Pedirá que la revoque;  
Y él, que nunca la afligió,  
Renunciará á sus ideas,  
Ganándose en galardón  
Un abrazo de la niña,  
Y si uno no basta, dos.

**Luc.** Deberá entonces el tío  
Revestirse de valor  
Para poder resistir  
A tan fuerte seducción,  
Porque le es forzoso hacer  
Lo que primero pensó.

**Mar.** Pero cuando ella la mano  
Le bese con sumisión, *(Bésasela.)*  
Cuando algún tierno sollozo

Ponga por intercesor,  
El compadecido entonces

Se rendirá á discreción.

**Luc.** Él la enjugará piadoso  
Las lágrimas que vertió;  
Procurará con cariños  
Disiparla el mal humor;  
Y con la risa en los labios,  
Con la sincera efusión  
Del hombre que ha obrado bien,  
Dirá: « Me cuesta un dolor  
Inexplicable, hija mía,  
Negarme á tu petición;  
Pero esta es la vez primera  
Desde que se me encargó  
La tutela, que me opongo  
A tu voluntad: por Dios,  
Cede siquiera una vez,  
Una, á quien tantas cedió, » —  
¿Qué haría la niña oyendo  
La postrera observación?

**Mar.** Probablemente callar *(Abatida.)*  
Y obedecer, como yo.

**Isid.** *(Aparte.)* Este empeño de alejarla  
Me llena de admiración.)

**Mar.** ¿Quiere usted venir conmigo,  
Isidoro, adonde voy?

**Isid.** Por mí, Marianita...

**Luc.** *(Aparte á Isidoro.)* Espérate.)  
Recuerdo una ocupación  
Ahora, y le necesito.

**Mar.** No es día de gracias hoy  
Para mí.

**Luc.** A Dios.

**Mar.** *(Aparte á Isidoro.)* Isidoro,  
Tenemos que hablar.) A Dios.  
*(Vase con la criada.)*

### ESCENA III.

LUCIANO, ISIDORO.

**Isid.** ¿Con que hospedas en tu casa  
A un amigo seductor,  
Y echas fuera á tu pupila?  
¿No es mala contradicción!

**Luc.** Mariana entre palaciegos,  
Frailes y guardias de Corps,  
Iba por días aquí

Tomando el resabio atroz  
De recibir los obsequios  
De todos sin distinción;  
Y la maña de traer  
Siempre un ciento al rededor,  
Si se arraiga, no se quita  
Con la nupcial bendición.

En la quietud del colegio  
Se irá ese primer hervor  
De la edad amortiguando;  
Y si hace comparación  
A sus solas de los hombres  
Que en la corte conoció,  
Quizás en su aprecio salgas  
Declarado vencedor.

Entonces ya te habrán hecho  
Perder toda la ilusión

Las manías de mi esposa  
Y tú propio pñdonor;  
Entonces irá Mariana  
Ganando tu estimación  
Cada vez que en el convento  
Charleis un rato los dos;  
Y al fin parará en noviazgo  
Formal, el que se frustró.

**Isid.** Pero tú...

**Luc.** Quéjate ahora  
De lo que hago en tu favor.

**Isid.** ¿Te figurás?

**Luc.** Es inútil  
Dar vueltas á la cuestión.

Salga verdadero ó falso  
Mi pronóstico anterior;  
Llegueis á quereros bien,  
O á cobraros aversión  
Tú y Marianita;... Isidoro,  
Te digo en buen español  
Que me conviene apartaros  
Ahora, y... antes soy yo.

### ESCENA IV.

ROSALIA, AGAPITO, ISIDORO

*(Durante esta escena y la  
cruzan algunas personas  
jardin.)* *[terit]*  
**Ros.** *(Bajando la escalera.)*

¿saber queria  
an P

Páese; que si habla  
el duende ó fantasma.  
(Ap.) Rosalía con su pajé.  
lebo ocultar.

Un modo tiene de hablar  
ian, que da coraje.  
Dios que el maldito  
en todo cuanto pása.  
manos en la masa  
en la botica.

Chito,  
(Pase Agostito.)  
la cerca.  
oro.) Segun  
la galería;  
3...

Si, Rosalía;  
stro amigo común.  
¿Le has hecho ya convent  
artida?

No cede:  
siste en que me quede;  
no pienso partir:  
¿Ya no partes? ¡Ay! me expones  
temeridad.

por piedad  
que me abandones.  
de vivir luchando  
en continua zozobra;  
viaje por obra;  
tijo, yo lo mando;  
usentes apagar  
amor no consigámos;

ro último hicimos  
lerlo alcanzar.

Quedarse aquí y resistir  
mas grande fuera.

Amando, la verdadera;  
a hazaña, es huir.

usca con fe fluseria  
on para triunfar,  
de pelear  
ido la victória.

mpires valentia  
haga mas desgraciada:

er mujer hórrada,  
lo soy todavía.

la que me engañé  
lo que fiel esposa,

estar zelosa;  
ano me quejé.

enguaje feroz  
de amor ultrajado:

gañar disfrazado;  
el crimen la voz.

po rinde los bronces;  
lo de mí sin nuevas

Me olvides, lo que no apruebas  
Hoy, lo aplaudirás entonces.

Vete, olvida, y ¡ojalá  
Su auxilio el Señor te preste,  
Y el olvidar no te cueste  
Lo que á mi me costará!

Isid. Pero aquí ¿no olvidaremos  
Tambien, si nos empeñámos?

Ros. ¿Y si conocen que amamos,  
Y no el valor que tenemos?

¿Y si á Luciano el rumor  
Llega, y engañado entiende  
Que su consorte le vende,  
Que su amigo le es traidor?

Isid. Luciano de la malicia  
Desprecia el lenguaje impuro,  
Y ya estoy yo bien seguro  
De que nos hace justicia.

Ros. Quizá con ruina complacencia  
Mi descrédito verá,  
Pues así disculpará  
Conmigo su indiferencia.

Isid. Le haces una ofensa grave  
Sospechando de ese modo.  
Luciano lo sabe todo.

Ros. ¡Dios mio! ¿Cómo lo sabe?  
¿De quién?

Isid. Yo lo revelé  
Por vencer su resistencia  
A mi fuga.

Ros. ¿Qué imprudencia!  
Me perdistes

Isid. Te salvé.  
No era para él un arcano  
Nuestra inclinacion nácienté.

Ros. ¡Y calla y no te consenta  
Huir á país lejano!

A nadie debo acusar  
Yo que tan débil me muestro;

Peró ese porte siniestro  
Da mucho que recelar;

Y en los golpes desiguales  
Con que mi pecho se explica,

Desgracias me pronostica,  
Bien que yo no entienda cuáles.

Ya no puedo sin sonrojo  
La vista á mi esposo alzar;

Y así, ó me has de abandonar,  
O á un monasterio me acojo.

Isid. ¿Cómo sufro que recibas  
La honra tuya ese baldón?

No resiste mi teson  
A tan dura alternativa.

Podrá Luciano, podrá  
Culparme de veleidoso;

Mas su pecho es generoso,  
Y al cabo me excusará.

Yo de tu casa ahuyenté

La quietud con mi llegada :

Con mi pronta retirada

A dárosla volveré.

*Ros.* Pronta debe ser : no aguardes

A mañana : por instinto

Preveo un riesgo indistinto ,

Pero terrible , en que tardes.

Verás en tu gabinete

Un bolsillo que he bordado ;

En él hay oro sobrado

Para el viaje. Por Dios, vete.

*Isid.* Partiré al instante.

*Ros.* Ahora.

Sepárenos mar y tierra.

Mientras te veo, me aterra

Angustia devoradora.

*Isid.* ¿Podré esa mano estrechar

Que otro tiempo mas risueño

Fué de amiga ?

*Ros.* Tiene dueño ,

Y no te la debo dar.

El alma se fuera en pos

De tí ; la estoy deteniendo

Por estarnos aquí viendo ,

No solo los hombres , Dios.

Vete ya.

*Isid.* ¿Cómo obedezco ,

Si ese llanto reprimido.... ?

*Ros.* Atiende á que te despido ;

No mires lo que padezco.

*Isid.* ¡Ah !

*Ros.* Ni esto es padecer ; lucho

Por no llorar : lo notaran...

Y al fin... dos que se separan ,

No se habrán querido mucho.

*Isid.* A Dios : con mas apacible

Estrella te verá un día.

*Ros.* Pronto, imprudencia seria ;

Mas tarde será imposible.

A Dios. (*Vase Isidoro.*) Por fin ha partido ,

Por fin ya puedo llorar.

Basta de disimular, (*Rompe en sollozos.*)

Basta. — ¡Jesus ! ¡mi marido !

#### ESCENA V.

LUCIANO, ROSALIA.

*Luc.* Todavía no han llegado

Querel ni don Fabian. — ¡Hola !

¿Tú aquí ? Pues ¿cómo tan sola ?

*Ros.* Así estoy bien.

*Luc.* ¿Has llorado ?

*Ros.* Sí.

*Luc.* ¿Gustarás de decirme

La razon ?

*Ros.* Sí.

*Luc.* Representate

Mi sorpresa de que..

*Ros.* Siéntate.

*Luc.* Y cuánto debe afligirme

Verte... (*Se sientan.*)

*Ros.* Cuando de mi mano

Te hizo dueño nuestra union ,

Yo, por tu reputacion ,

Adoraba en tí, Luciano.

*Luc.* Poniamos á la par

Nuestro estudio en complacernos. —

Y al cabo de seis inviernos ,

¿Cómo estamos de adorar ?

*Ros.* Sabes que te conocia

Muy poco al tiempo de hacerse

Nuestra boda.

*Luc.* A conocerse

Mejor, ¿quién se casaria ?

*Ros.* Pronto observé con dolor

Que no tenia en mi esposo

Un amigo cariñoso ,

Sino un especulador ,

Que despues que le condujo

La fortuna ó su destreza

Al lujo de la grandeza ,

Si se casó, fué por lujo.

*Luc.* Fuese una especulacion

O no mi objeto al casarme ,

Ninguno podrá negarme

Que hice muy buena eleccion.

*Ros.* ¿Cómo luego paso á paso

Cesaste de ser galan ?

¿Es un sistema, es un plan

Tambien el no hacerme caso ?

*Luc.* ¡Un plan ! ¿Y con cuál intento... ?

Tal vez quisiste irritar

Mi venganza, y provocar

Por último un rompimiento.

*Luc.* Ya ves que te oigo tranquilo ;

Con que hálbame francamente.

¿Te parece conveniente

Que nos separemos ? Dilo.

*Ros.* ¡Ah !

*Luc.* Si no hay quien se convena

Mas pronto que yo. — Batallas

Entre tí...

*Ros.* ¡Luciano !

*Luc.* ¿Callas ?

Accedes.

*Ros.* No. ¡Qué vergüenza !

*Luc.* ¿Cómo ?

*Ros.* No quiero exponerte

A habilllas del vulgo rudo ,

Ni debe romper el nudo

Sagrado, sino la muerte.

¡Separarnos ! ¿Qué concepto

El rey de mí formaria ,

Si viera tal rebeldía

Contra su gusto y precepto ?

Rey en su lugar  
unido : suframos  
cadena, y veamos  
de aligerar.  
andono lamento;  
es tambien quejarte:  
la cual por su parte,  
de el resentimiento.  
emos de vivir;  
el aborrecer;  
ad es un placer:  
puede servir  
ra fiel y segura  
e un naufragio cierto,  
os ponga en el puerto  
z y la ventura.  
cion de esta idea  
soledad:  
corte ni ciudad;  
nonos á una aldea;  
la quietud del campo,  
millos placeres,  
yo de mis deberes  
n mi pecho estampo,  
o lo que no supo  
s advertirá,  
nar aprenderá  
orte que le cupo.  
enos para querer,  
ni amor pagado,  
engo adelantado,  
sfuerzo que hacer.  
Yo con una condicion  
é que emigremos  
teble y resucitemos  
s y Filemon.  
anza climatérica  
propones, requiere  
go, y si viniere

No, va á América.  
No tal, si me ha prometido...  
Yo despues le he aconsejado  
le he facilitado  
, y ya habrá partido.  
¡Partido ya!

(*Vivamente agitado.*)

Si.

¡Es tan serio  
(*Despues de una pausa.*)

po...!

Y bien...

¡Tan groseras  
tes! — ¿No te pudieras  
á un monasterio?  
¡Luciano!

Mariana va  
alesas mañana;

Yo creo que con Mariana  
Estarias bien allá.

Ros. ¿Eres-tú quien me propuso...?

Luc. Un retiro necesario.

Ros. Me agradara voluntario;  
Forzoso, no; lo rehuso.

Luc. Será inútil.

Ros. Pues ¡qué...!

Luc. Irás.

Ros. No, nunca.

Luc. ¿No?

Ros. Aunque perezca.

Luc. Sé hacer que se me obedezca,  
Y así... me complacerás.

Ros. ¿Tú separarme pretendes  
De tí de ese modo infame?

Tú no quieres que te ame;

Tú amas á otra y me vendes.

Luc. Esa es una inculpacion

Bien difícil de probar;

Más te puedo yo asustar

Con igual acusacion.

Ros. ¡Oh!

Luc. Pero es un miserable

Quien usa de armas vedadas:

Quiere sí que te persuadas

De que es mi orden inmutable.

¿Cómo he de desconocer

Que el amor propio se irrita?

Pero esto conviene.

(*Acércase á tomarla una mano.*)

Ros. Quítala.

No creas que he de ceder.

Incansable acechadora

Tus pasos he de seguir

Desde hoy, hasta descubrir

Mi oculta competidora.

Luc. Eso muda ya de aspecto.

La energia de ese tono

Da á entender...

Ros. Que no abandono

Mi plan.

Luc. Ni yo mi proyecto.

Siento la desavenencia

Que nos viene á perturbar,

Porque ahora iba á implorar

De tí una condescendencia.

Ros. ¿Cuál?

Luc. Días há que no tomo

Mi bebida acostumbrada

Que tú me tienes guardada.

¿Quisieras traer el pomo?

Ros. Para irritar mi altivez

Me encargas ese mandado.

Muy bien: haré de criado

Tuyo, por última vez.

(*Vase.*)



## ESCENA VI.

DON FABIAN, DON BLAS, LUCIANO.

(Poco á poco va llenándose el jardín de Caballeros, Damas y Guardias de Corps: unos se sientan y otros pasean.)

**Blas.** Buenas tardes.

**Luc.** Bien venido,

Doctor.

**Fab.** A los piés de usted,  
(*A Rosalia, que va ya lejos.*)

Señora. — Enojada va,  
Segun al llegar noté.

**Luc.** No ha sido nada. Sentémonos.

**Fab.** Sí, que estoy cansado.  
(*Siéntanse los tres junto á la fuente, y don Blas pulsa á Luciano.*)

**Blas.** A ver  
El pulso.

**Fab.** Aunque mil negocios  
Acometen de tropel  
Hoy á mi interinidad,  
Yo le reconciliaré  
A usted con madama, en caso...

**Luc.** Fuera una ridiculiz.  
No hay necesidad.

**Fab.** Mejor.  
Cuando dos se quieren bien,  
¿Qué valen tres, cuatro, ó quince  
Quimeras en medio mes?

**Blas.** La otra mapo.  
**Luc.** Usted estuvo

En mi casa.  
**Fab.** Y no le hallé.  
**Luc.** Me lo han dicho, y he sentido  
No haberme...

**Blas.** Va para seis  
Dias que usted no adelanta.  
**Luc.** Será porque no tomé  
La medicina.

**Blas.** Pues hace  
Usted mal; es menester  
Seguir.

**Fab.** Como iba diciendo,  
Estuve allá...

**Luc.** ¿Para qué  
Era?

**Fab.** Su majestad quiere  
Que averigüe...

**Blas.** Hay pesadex  
Aqui, plenitud.

**Fab.** Que informe  
Sobre lo que puede ser  
Esa maldita fantasma,  
Que una noche, la del diez,  
Alborotó el Sitio todo,

Y puso en arma el cuartel.  
Usted se quedó esa noche  
En casa de don Andrés,  
Y por si acaso notó  
Algo...

## ESCENA VII.

MARIANA, Dichos.

**Mar.** Tío, ¿qué papel  
Es este que desde un coché,  
Que sale á todo correr,  
Isidoro me ha arrojado  
Sin detenerse?

**Luc.** (*Aparte levantándose. Se fué  
Ya.*) — Sepamos lo que áice.  
(*Lee.*) «A Dios para siempre.»

**Fab.** Amén.

**Luc.** Esto es decir que se marcha...

**Fab.** Y que no piensa volver.

**Mar.** Pero, tío, ¿qué ha pasado?

(*Llevándose á un lado á Luciano  
hablándole aparte.*)

¿A qué se ausenta? ¿Por quién?

¿Cómo así se desvaneco

La esperanza que formé?

Si me ha tomado aversion

Por mi fingido desden,

Usted que tiene la culpa,

Debe el yerro deshacer.

Disponga usted que le sigan,

O yo gente buscaré

Que le detenga y le traiga.

**Luc.** Si, no hay tiempo que perder.  
Envía á Luis.

**Mar.** Voy. (*Aparte.*) No quier  
Decir que ya le envié. (*Sube la escal.*)

**Fab.** Bromas hay en esta casa.

(*Aparte á don B*)

**Blas.** Malos sintomas se ven.

(*Aparte á don Fab*)

**Luc.** (*Ap.*) Aunque le alcanca, ya  
Que no se querrá volver.

## ESCENA VIII.

ROSALIA, AGAPITO, Dichos.

**Ros.** Mariana, escucha.

(*Encontrándose con Mariana e  
alto de la galería.*)

**Mar.** No puedo  
Escuchar hasta despues. (*R*)

**Fab.** Pues como iba diciendo, esa  
Fantasma de Lucifer

Me tiene fuera de juicio,

¿Estamos? Ya consulte

Al Padre Pavon, al Padre

a)...  
 pito, á una seña de su ama, pone  
 una del brocal de la fuente un  
 icho ó cajita, y se retira luego  
 otra distancia. Rosalía saca de la  
 a un frasco pequeño con goma,  
 i copa y un pomito que entrega á  
 ciano.)

Tome usted.

Gracias. (*Aparte á ella.*) ¿Te has  
 [determinado

(*Aparte á Luciano.*) Ma señor, no  
 Don Blas, tomo la bebida. [iré.

Salud,  
 Es de suponer (*Ap. á don Blas.*)  
 ed receta eso.

Mucha.  
 Sobre esa agua pregunté  
 á don Luciano.  
 No respondió.  
 Un secreto; pero  
 lo que entra en él,  
 tiene espejo negro?  
 Hombre, no; ¿qué ha de tener?  
 uno de los nombres  
 mico.

¿Sí?

Tén.

A Rosalía, volviéndola el pomito.)  
 No.

(*Aparte á ella.*) Repórtate, no de-  
 blar. [mos

(*Aparte.*) Ma consumiré.  
 a el pomito y lo coloca en el brocal  
 la fuente.)

Prosiga usted, don Fabian.  
 alia.) Siéntate.  
 (*Aparte.*) ¿Eso más? (*Se sienta.*)

Pardiez,

¿ hablar, diga primero  
 me ha de atender.

¡Oh! Sí.

¿Vió usted la fantasma?

No, señor, no desperté  
 noche, á pesar  
 loso somaten  
 do.

Por mas que hurreno,  
 no puedo coger  
 de esta aventura;  
 mar un lugar,  
 majestad me ha dicho  
 re sumo interés  
 r la procedencia  
 nde que amo el helyo.  
 no Rey, como estuyo  
 a tan mala ayer,  
 l caso el primerito

Que la vela siempre es él,  
 Toda la noche de Dios  
 Al balcon tuvo un ujier,  
 Que le avisara si el trago  
 Aparecía otra vez.  
 Mas no.

Luc. Dame el abanico  
 Si gustas, me aventaré,  
 Que me ahogo de calor.

Ros. (*Ap.*) ; Cómo se burla el cruel!

Fab. Dígame usted su diotámen.

Luc. Si es la aparicion un ser  
 Sobrenatural, entonces...

Fab. Yo el flaco le buscaré.  
 Hisopazo y tente, perro,  
 Hasta que diga quién es  
 Y qué pide y cómo y cuándo.

Luc. También puede suceder  
 Que sea un tuno que quiera  
 Jugar con la timidez  
 Supersticiosa del pueblo.

¡Ay!

Ros. ¿Qué tienes?

Luc. Yo no sé.

Fab. Si es un picaro, y le sejo,  
 Y no tiene un cuarto, ¡ay de él!

Blas. ¿Y si es un loco?

Fab. La pena  
 Le hará en su juicio volver.

Luc. ¿Y si fuere... algun somanábulo?

Fab. No es cosa de ese jaez.

Los que andan y hablan dormidos,  
 ¿Cómo se han de entretener

En disfrazarse de espectro?

Luc. El señor dirá...

(*Manifiesta gran desasosiego y  
 fatiga.*)

Blas. Biré

Que hay quien tenga esa manía  
 De hacer soñando tal vez

Algo de lo que trató  
 De día. Murió en Uclés

Há tiempo un amigo mío  
 Intimo, á quien yo curé;

Y al tal, si no se le ataba,  
 Le solía acontecer...

Ros. Tú te indispones, Luciano.

Luc. Sí, mucho.

Blas. El pulso.—Esta piel  
 Abrasa.

Fab. ¡ Hombre!

Blas. Usted padece...

Luc. Horrible dolor... y sed  
 Devoradora.

Ros. ¡ Dios mío!

Luc. Las entrañas siento arder.

Fab. ¿Si será que la bebida...?

Ros. No, si yo la preparé.

*Blas.* ¿Usted? A ver ese pomo.  
(*Echa en la copa algo del líquido que contiene el pomito.*)

Voy á la botica.

(*Sube apresuradamente la escalera.*)

*Ros.* Ven

A casa, ven.

*Fab.* (*Aparte.*) ¡Qué sospecha!

*Luc.* Por Dios, no me abandonéis.

### ESCENA IX.

MARIANA, ISIDORO, Dichos.

(*Varios Caballeros y Damas que han observado la indisposicion de Lucia-no, se acercan á él con interés.*)

*Mar.* Aquí está, aquí estamos.

*Luc.* ¡Ah!

No veo.

*Isid.* ¡Qué palidez!

*Mar.* ¡Querido tío!

*Luc.* ¡Mariana!

¿Eres tú?

*Ros.* ¡Esposo!

*Blas.* Corred.

(*Desde la galería á dos Religiosos que bajan corriendo la escalera, uno con un vaso, y otro con una redoma.*)

Beba el antidoto al punto.

Ese hombre va á perecer.

Le han dado veneno.

*Ros.* ¡Cielos!

*Todos.* ¡Veneno!

*Fab.* ¡Favor al Rey!

Guardias, prended á ese paje.

*Ros.* No, no.

*Fab.* Es culpable, lo sé.

De la farmacia del pueblo

Ese doméstico infiel,

Engañándome, ha sacado

Un tósigo.

*Isid.* ¡Infame!

*Agap.* Faé

Por orden de mi señora.

*Todos.* ¡Por orden de su mujer!

*Isid.* ¡Rosalia!

*Ros.* ¡Estoy perdida!

*Mar.* ¡Tía!

*Ros.* Yo se lo mandé.

Quise... no puedo... (*Se desmaya.*)

*Todos.* ¡Qué horror!

*Isid.* Yo no acabo de creer...

*Fab.* En tanto que al Rey aviso,  
Que presa en palacio esté.

## ACTO TERCERO.

Galería alta de la Iglesia por el costado del Palacio, vista de ángulo: descúbrese por los vanos parte de la bóveda de la capilla mayor, una pechina y el arranque del cimborio.

### ESCENA PRIMERA.

MARIANA, DON FABIAN.

*Fab.* Vaya usted con el ujier;

(*Al salir, dirigiéndose hácia adentro.*)

No se detenga un momento,

Y vuelva despues aquí,

Porque es necesario vernos. —

Yo le haré á usted compañía (*A Mariana.*)  
Mientras tanto.

*Mar.* ¿Qué hay de nuevo,

Don Fabian? Me habla usted hoy

Con un aire tan risueño,

Que á no ser descortesía

Y pecado el juramento,

Jurara que usted va á darme

Buenas noticias.

*Fab.* Es cierto.

Mi interinidad es época

De...

*Mar.* ¿De?

*Fab.* De grandes sucesos.

*Mar.* Sí, pero tristes.

*Fab.* Y alegres

Tambien.

*Mar.* Digame usted esos.

*Fab.* En primer lugar, su tío

De usted, mi señor y dueño...

*Mar.* Sí.

*Fab.* Si quiere contentarse...

*Mar.* ¿Qué?

*Fab.* Puede dar un contento...

*Mar.* ¿A quién? ¿Sobre qué? ¿por qué?

Diga usted.

*Fab.* (*Aparte.* Por poco entrego

La carta.) ¿Por qué será?

Cosa es que la viera un ciego.

Porque se pudo morir

Del tósigo, y no se ha muerto.

*Mar.* ¿Y á qué fin su majestad

Llama hoy al tío? ¿Qué objeto

Le parece á usted que tiene

Semejante llamamiento?

*Fab.* El Rey desde la tribuna

Donde há poco estaba oyendo

Misa, reparó en ustedes..

*Mar.* Ya lo vi.

*Fab.* Tiene un proyecto,

confiado...

¿Y cuál,

Hija, es un secreto,  
secreto interino,  
licio, eterno.

Pero ¿y mi tía? ¿y mi pobre  
cuándo la veremos?  
¿está?

Sin novedad.

.. Ya lo creo.  
de diversion  
¿está sucediendo?  
¿a injustamente  
¿elito tan feo!  
¿Injustamente? Eso es mucho

Pues yo lo sostengo,  
declarado así  
y lo haré ciento.  
que la puso presa  
escándalo, el médico  
s, que solo debió  
aplicar remedios,  
que aún no ha sabido  
la verdad del hecho,  
des, todos tres,

¿Qué?

Unos majaderos.

Eso fué lo que de mi  
estadés dijeron.  
posible otra cosa :  
en tal extremo  
hijadita, no habia  
le que diesen crédito  
dicios; despues  
an ido convenciende.

No hay tal : antes cada dia  
con mayor empeño  
: por eso fué  
r comisario regio  
a causa, y se altera  
el procedimiento  
io : al fin, mi tía  
ce en un encierro ;  
su cuarto, y aun viene  
onde le han dispuesto  
una, á oír misa.  
stos privilegios  
que sus majestades  
el presentimiento  
es inocente.

O quieren  
parezca á lo menos.  
Pero ¿ puede usted creer  
¿ haya dado vénenos

A su marido?

*Fab.* Yo no ;

Mas ¡qué diantre! el argumento  
Del juez es tal, que, hija mia,  
No hay con qué desvanecerlo.  
Su tía de usted confiesa  
Que por su mandato expreso  
Se compró el tósigo. Aquí  
De Dios. Señora, ¿qué objeto  
Llevaba usted al hacerse  
Con esa droga?—Silencio  
A esta pregunta.—¿Es usted  
La que desde que anda enfermo  
Su marido, le prepara  
Las bebidas?—Yo.—¿Y hay medio  
De que alguna otra persona  
Pueda intervenir en ello?—  
Yo guardo las medicinas  
En un botiquin, y llevo  
Siempre conmigo la llave.—  
Venga la llave.—Se ha abierto  
El botiquin, se ha encontrado  
En él la droga que dieron  
En la botica ; faltaba  
Un poquito para el peso,  
Y ese poco es justamente  
Lo que se ha encontrado dentro  
Del pomo de que bebió  
Don Luciano : ellos tuvieron  
Aquella tarde palabras ;  
Ella hacia mucho tiempo  
Que no se llevaba bien  
Con su esposo...—Santo y bueno  
Será que uno no calumnie  
Al prójimo ; mas confieso  
Que con tales datos , yo  
Sospechara del Jucero  
Del alba.

*Mar.* ¿Será posible?

Pero no, no, algun misterio,  
Algun misterio horroroso  
Hay aquí, y no le comprendo.  
¿Ha confesado mi tía

Que cupo en ella el intento  
De envenenar á su esposo?

*Fab.* ¡Qué candider! Por supuesto  
Que no ; pero eso ¿qué prueba?  
Que quiere salvar su cuello.

*Mar.* ¿No espera usted que la den  
Por libre?

*Fab.* ¿Libre? Sospecho  
Que nadie le ha de quitar  
Un calabozo perpétuo.  
Y aun así, cuando se sepa,  
Se ha de alborotar el pueblo,  
Segun está furibundo  
Contra ese atentado horrendo.

*Mar.* ¡Ay Jesus!

*Fab.* Pero yo estoy  
Aquí para contenerlo.  
¡Pese al diantre! Si se armara  
Una bolina por eso  
Cuando llevase la tropa  
De aquí á su confinamiento  
A Rosalía, y hubiera  
Pedradas y tiroteo,  
Y pudiéramos coger  
Unos cuantos prisioneros  
Que sacar luego á caballo  
A recibir los doscientos  
De costumbre, entonces si  
Que quedaba en San Lorenzo  
Una memoria indeleble  
De mi interino gobierno.

*Mar.* ¿Y no es mejor dejar fama  
De virtudes sin estruendo?  
¿Fama de ser complacientes  
Con las damas, por ejemplo?

*Fab.* Como eso se sabe poco.

*Mar.* Si no hay mas que ese tropiezo,  
Permitame usted hoy ver  
A mi tia, y yo le ofrezco  
Declarar á todo el mundo...

*Fab.* ¡Que he faltado al cumplimiento  
De mi deber! Usted quiere  
Hacerme perder mi empleo  
Quince dias antes.

*Mar.* Vamos:  
¿Y si callo?

*Fab.* Ya veremos.

### ESCENA II.

LUCIANO, UN UJIER, DIGNOS.

*Luc.* Marianita, estimaria  
Que me hicieras el obsequio  
De dejarme hablar á solas  
Con don Fabian...

*Mar.* Obedezco.

*Luc.* Te acompañará el señor

(*Por el ujier.*)

Hasta tu cuarto.

*Mar.* Voy.

(*Ap. á don Fabian.*) Cuento  
Con usted, y vuelvo al punto.

*Fab.* Veré, digo: más, no puedo.

(*Vanse Mariana y el ujier.*)

### ESCENA III.

LUCIANO, DON FABIAN.

*Fab.* ¿Vió usted á sus majestades?

*Luc.* Si, amigo.

*Fab.* ¿Y le convencieron?

*Luc.* A la primera palabra:

Fuera de que yo respeto  
Mucho el querer de mi Rey,  
Soy á la piedad propenso,  
Y bien á disgusto mio  
Contra mi mujer pleiteo.  
Si no fuera porque el lance  
Del semi-envenenamiento  
Fué en público, y la justicia  
No pudo desatenderlo,  
Yo no me hubiera mostrada  
Parte.

*Fab.* Me admiro y me alegro  
De esa generosidad.

*Luc.* Amigo, todos tenemos  
Necesidad de indulgencia  
Y de perdon, yo el primero.  
El Rey quiere que le olvide  
Todo: ya procuro hacerlo;  
Que este lance para mí  
Nada tiene de halagüeño.

*Fab.* La acusada niega; el juez  
Dice que á no usar de apremios,  
No adelantará la causa  
Un paso mas; el Rey, tierno  
De corazon, no ha querido  
Permitir que sea tormento  
A esa desgraciada jóven,  
A quien mira con afeto  
De padre: por otro lado,  
El atropellar los fueros  
De la justicia, era indigno  
De un Rey condescendiente y justo.  
En tal conflicto, ¿qué se hace?  
Lo que la Reina ha propuesto,  
Que se escape la acusada,  
Y se la sentencie luego.

*Luc.* Sus majestades querian  
Que se entrara en un convento;  
Mas yo les he persuadido  
Que abandonara el proyecto;  
Pues con esa condicion  
No huye mi mujer.

*Fab.* ¿Es serio  
Indómito!

*Luc.* Hagámonos cargo:  
Sin la confesion del rey,  
No se le puede imponer  
La pena de muerte; y como  
Que ella niega; la sentencian  
A reclusion: monasterio  
Y cárcel allá se van.  
O no nos determinamos  
A perdonarla, ó si no,  
Que sea el favor completo.  
Váyase fuera de España;  
Proporciónémosle medios  
De vivir sin estrechos;  
Y, si le es posible serlo,

feliz.

Pero, hombre,  
a libre y lejos,  
iucta de una esposa  
porta á usted un bledo?  
El lazo que nos unía  
uedará disuelto.  
¿Usted me promete  
er al efecto  
ontífice.

Así  
da me sorprendo.  
Mal pudiera yo olvidar  
nacido caballero.  
¿Y cuándo ha de ser la fuga  
lia?

Prohemos

¿A qué?  
A decidirla.  
¿Voto al cimborio! ¿Tendrán  
irme por favor  
ibre del aprieta?  
Como afirma que no está.

Alguno de nosotros  
acer yo, si al hablarla  
con embebecos.  
Por eso no debe ser  
bien le hable.

Conxengo;  
a tal encargo,  
hombre nos fiaremos?  
De Isidoro: es un amigo,  
ma de talento,  
que á Rosalia  
a sin gran esfuerzo.  
Cuando venga á mí, haré  
hablen en este puesto;  
diese, á la noche  
el pájaro vuelq.  
Corriente.

Oiga usted ahora  
rrencia.

Ya atiando.  
No puede usted figurarse  
adumbre que tengo  
oder descubrir  
irritu, si es cuerpo  
sma aquella.

Y bien...  
Para atravesar el reino,  
que Rosalia  
un compañero.  
Un auxiliar bien pagado.  
Pues, hombre, si dispusiéramos  
paje favorito,  
nuchachon, ó el maacebo

De la botica, que está  
Tambien de resultas preso,  
La acompañara...

Luc. Es muy fácil.  
Fab. Se pondria el paje un cuévana  
En los hombros que le alzase  
Vara y media ó mas, y envuelto  
En dos sábanas ó tres  
Que fueran barriendo el suelo,  
Podia sacar tapada  
Con aquellos faldamentos  
A Rosalia, y lográbamos  
De esta suerte dos objetos:  
Hacer esa escapatoria  
De un modo ruidoso y nuevo,  
Y que el público creyera  
Que los fuggitivos fueron  
Autores de la fantasma  
Anónima.—¿No es invento  
Curioso el mio? ¿Qué tal?

Luc. ¿Y si un centinela, viande  
Aquella mole, dispara  
Un tiro?

Fab. No hay que temerle.  
A gente del otro mundo  
Nadie le pierde el respeto.  
Se hará que estan de servicio  
A esas horas dos gallegos,  
Cada cual por sí capaz  
De hacer frente á un regimiento  
De esgúzaros; pero al ver  
El alma en pena, yo apuñeto  
A que le rinden las armas,  
Dándose golpes de pecho.

Luc. Pues bien, buscaré á Isidoro  
Para que venga corriendo. (Vase.)

Fab. Que no tarde.

ESCENA IV.

Dos FABIAN.

Ea, por fin  
Se me logran mis deseos.  
Un hombre como yo, es claro  
Que debe dejar impreso  
En cuanto mano pusiere  
De su carácter el sello.  
Huyen hoy los dos, se sabe  
Mañana, se hacen extremos.  
Se envian requisitorias  
Por un camino diverso,  
Me llama el juez descuidado  
Y torpe, yo hago el modeste,  
Regresa el señor alcalde  
Propietario al Sitio, y ceso;  
Y entonces gritan á coro  
Gentecilla y palaciegos:

« Por los desatinos que hizo  
Don Fabian, le depusieron.  
Tiene colérico al Rey.  
Van á ponerle en arresto.  
Cuando menos se lo espere,  
Le envian á Ceuta. » — ¡ Necios !  
El Rey me dirá entre tanto :  
« Buen Fabian, ya sé que puedo  
Servirme de tí. — Señor,  
Yo sé guardar un secreto. » —  
Pero ¿ qué demonios hago ?  
Pues no estoy hablando recio  
Conmigo solo ! ¿ Hay tal pico ?  
Si me hubiera estado oyendo  
Alguno, por vida mia,  
Que daba un golpe maestro.  
¡ Comprometer á mi Rey !  
¿ Yo ? Vamos, si no me enmiendo,  
Soy un badulaque, digno  
De ser declarado inepto  
Para poder ejercer  
Otro interinazgo nuevo.

## ESCENA V.

ROSALIA, DE NEGRO Y CON EL VELO ECHADO,  
ACOMPAÑADA DE DOS ALGUACILES DE VISTA;  
DON FABIAN.

*Ros.* Vamos de prisa; que nadie  
Me vea.

*Fab.* ¿ Tiene usted miedo  
Tambien de mí ?

*Ros.* ¿ De usted ? ¡ Yo  
Que tantos favores debo  
A mi compasivo alcaide !  
Pero con todo, hoy me quejo  
De usted; hoy me ha abandonado,  
Y hoy precisamenté siento  
Un afán inexplicable  
De preguntar... Yo preveo  
( Me lo dice el corazon  
Sin cesar ) que decidieron  
Ya mi suerte; y de usted solo  
Que me la revele espero.

*Fab.* ¡ Yo revelar !

*Ros.* No se enoje  
Usted; por Dios se lo ruego.

*Fab.* ¡ Faltar yo á la confianza  
Que en mí el soberano ha puesto !

*Ros.* No, solo quiero saber...

*Fab.* ¡ Saber ! Pues : ahí está el cuento.  
Pues sepa usted que he hecho voto  
De callar como un madero,  
Porque así me importa á mí  
Y á otro, y porque presento  
Que por usted, sí, señora,  
Por usted seré depuesto,

Quizá con mengua, del cargo  
Que interinamente ejerzo,  
Y la clase de interinos  
Perderá su buen concepto.

## ESCENA VI.

ISIDORO, UN ESCRIBANO, DICHO.

*Isid.* Orden del juez.

( *El Escribano da un pliego á  
Fabian.* )

*Ros.* ( *Aparte.* ) ¡ Isidoro !

Por fin á esperar empleo.

No se ofrecerá á mi vista

Sin traerme algun consuelo.

*Fab.* ¡ Albricias ! puede usted ver  
A quien guste.

*Ros.* ¡ Dios eterno !

*Fab.* Y sin escucha. Por tanto,  
Nosotros nos correremos  
A los lados, mientras hablan  
Usted y este caballero.

( *Vanse don Fabian y los Alguac*

## ESCENA VII.

ROSALIA, ISIDORO.

*Ros.* ¡ Cuánto ansiaba esta visita !  
¡ Cuánto al Señor agradezco  
Que ver ya se me permita  
Un rostro en que venga escrita  
La compasion que merezco !  
Dime pronto si han creído  
Las gentes esas maldades  
Que se me han atribuído ;  
Qué piensan sus majestades,  
Qué ha pensado mi marido.  
Dime qué debo inferir  
De que me vengas á ver.  
Junto me lo has de decir  
No lo podré comprender ;  
Mas yo lo sabré sentir.

*Isid.* Mucho pides á la par.  
Al vulgo murmurador  
No es bien importancia dar.

*Ros.* ¿ Se ceba en mí con furor ?

*Isid.* Harto digo con callar.

*Ros.* Si hay quien mi honor despedi  
¿ No hay quien favor me dispense ?  
¿ No hay quien mi defensa abraze ?

*Isid.* Uno.

*Ros.* Dios le recompense  
La justicia que me hace.  
No en vano esperé, no en vano  
Le consta que en mi decoro  
No cabe un hecho villano.

me será Isidoro,  
lerto?

El nombre es Luciano.  
¿Cómo! ¿Salió á defenderme  
as debiera acusarme,  
to viéndome inerte,  
endo conocerme,  
ste abandonarme?  
si rehuías  
vez mi abogado,  
porque temías  
on las arterias  
nas ejercitado;  
ás concebí  
negra sordidez  
as de mí.  
o esperar del juez,  
juzgas así?  
cuán hondo hirió  
que ahora me clavas. —  
nenadora! ¡yo!  
fo me persuadí que amabas  
lo...

¡Ojalá no!  
mucho te he querido. —  
¡Yo! Soy pecadora,  
perdonos pido;  
¡envenenadora...!  
que no lo he sido.  
Pues qué...!

Mira allí un altar;

Señor es esta  
á la culpa temblar:  
o á la protesta  
ní vas á escuchar. —  
dia de extravío  
, de aberración,  
el pié de mi mansión  
no hubiera un río,  
tenos un balcon.  
ia en que al oponer  
ición á la idea  
voz del deber,  
ortar la pelea  
ejarme vencer.  
tósigo buscar,  
ré hasta la boca,  
y volví á tomar.  
as: estaba loca  
, loca de atar.  
obré la quietud,  
el polvo-homicida  
i solitud  
iempre la bebida  
Luciano salud.  
sueño fatal  
ma sin luz ni freno,  
maquina!

Mi mano pasó el veneno  
De un cristal á otro cristal.  
Todo cabe en la batalla  
Que traje; mas si despliega  
La razon los velos que habia,  
Cuando ella vacila y calla,  
El corazon habla y niega.  
Juzga tú si estoy demente,  
Si estragos en mí habrán hecho  
Las penas que el alma siente,  
Cuando hasta dudó y sospecho  
Si mi conciencia me miente.

*Isid.* Y esa duda, desgraciada,  
¿No ves que es fuerza que indique...?

*Ros.* No, por Dios, no soy culpada.

¿No hallas en mi acento nada,

Nada que me justifique?

Ahora sí que comienzo

A temblar por fama y vida.

¿Por qué vine á San Lorenzo?

De seguro estoy perdida  
Cuando á tí no te convenzo.

De seguro que la suerte

En ludibrio me convierte  
Y horror del pueblo español,

Y me condenan á muerte,

O á no ver la luz del sol.

*Isid.* ¡Ay! sí, yo te lo confieso;

Victima indefensa caes

De infame sentencia al peso.

*Ros.* ¡Isidoro! ¿es todo eso

El consuelo que me traes?

*Isid.* No, yo te vengo á salvar;

Serénate, el llanto enjuga.

*Ros.* ¿Cómo me has de vindicar?

*Isid.* Tiempo es preciso ganar,

Apelando...

*Ros.* ¿A qué?

*Isid.* A la fuga.

*Ros.* ¿Yo huir?

*Isid.* Que adviertas te pido...

*Ros.* ¿Yo huir? ¿yo dar á entender

Que un crimen he cometido

De que no me han convencido,

Ni me pueden convencer?

Eso nunca.

*Isid.* No te ciegue

La fuerza de ese reparo:

Huye hasta que se sosiegue

La borrasca, y dia llegue

Para tu opinion mas claro.

Mientras no hicieres saber

Que con lícito motivo

Te decidiste á querer

Comprar el veneno activo

Encontrado en tu poder,

Ni nombre, ni calidad,

Ni accion, nada te disculpa.



*Ros.* Y si digo la verdad,  
Entonces doy á la culpa  
Mayor probabilidad.

*Isid.* Huir, huir te conviene.  
El Rey, que tu fuga aprueba,  
Medidas tomadas tiene,  
Sin que su real nombre suene;  
Para que partas.

*Ros.* ¡Qué nueva;  
Qué inagotable bondad!

*Isid.* Hay más: para esta evasión  
Luciano á su majestad  
Ha dado su aprobación.

*Ros.* ¿La dió sin dificultad?  
(*Con amargura, en tono casi asfáltico.*)

*Isid.* Poniendo una condición.

*Ros.* Pesada para él la ley  
Era de nuestro consorcio;  
Huyendo yo á extraña grey,  
¿Qué mas desea?

*Isid.* Que el Rey  
Le facilite un divorcio.

*Ros.* ¡Un divorcio! ¡Ah! ya reune  
Con mas fuerza mis rentores.  
Cese el combate impertuno,  
Y un pecho entre dos amores  
Alcese libre del yugo.

Ya es mengua titubear:  
Apariencia, realidades;  
Todo tiende á desatar  
La union de dos voluntades  
Que no se pudo formar.

*Sea.* ¡En hora venturosa  
Nació, nació con estrella  
Luciano maravillosa!  
Basta que quiera una cosa  
Para salirse con ella.

Se cansó de mí el cruel,  
De sí alejarme anheló;  
Sirvióle el destino fiel:

Goza las ventajas él;  
Sufro la ignominia yo.  
Mientras me llamen en tropa  
Mis amigos y parientes

Mengua de mis ascendientes,  
Y sea por toda Europa  
Escándalo de las gentes,  
El del yugo detestado  
Sacudiendo la cerviz;

De mí vivirá olvidado,  
Cada vez mas estimado,  
Y cada vez mas feliz.

Yo á la mano sometida  
Cuya ley adoro y sigo,  
Cedo, y á sufrir me obligo  
La pena no merecida  
Por otra culpa en castigo.

Pero ¿tanto delinquí  
Dando entrada á una pasión  
Cuya fuerza reprimí?  
¿No me dieron ocasion?  
¿Me quiso Luciano á mí?  
¡Ay cielo! Si pude errar  
Bien pago mi error, bien caro.  
¿Y Dios lo ha de tolerar...?  
No quiero de él murmurar,  
Porque no tengo otro amparo.

(*Aparece Mariana en el fondo; y queda escuchando.*)

Huiré; que su providencia  
Quizá en premio de que postro  
La altivez de mi inocencia;  
Y el peso bárbaro arrostro  
De la vil maledicencia,  
Quizá un día protector  
Se me declare, y yo alegre  
Vea deshecho el error,  
Y mi fama se reintegre,  
Y adquiera mas esplendor.  
Huiré.

*Isid.* De carceleta  
Sales hoy.

*Ros.* A Luciano antes  
Y á Mariana ver quería.

*Isid.* Sí, las veras.

*Ros.* ¿Y quién gata  
Luego mis pasos errantes?

### ESCENA VIII.

MARIANA, ROSALÍA, ISIDORO.

*Mar.* ¡Oh! No le pregunte usted.

*Ros.* ¡Mariana!

*Mar.* Lo entendí todo.

Quien á usted la salvará;

Seré yo, con Isidoro.

¿No es verdad?

*Isid.* Sí, Rosalía,

Yo te libraré, yo solo.

Yo hé de acompañarte...

*Mar.* Aun cuando

Partiese á un país remoto.

*Isid.* Ese es mi deber, Mariana.

*Mar.* Y sino, yo se le impongo.

*Ros.* ¿Tú?

*Mar.* Puedo mucho con él.

*Ros.* ¿Mucho?

*Mar.* Me sirve á mi antojo.

*Isid.* Déjeme usted arreglar  
Entre ambos el tiempo y modo

Para...

*Mar.* Aunque yo me quedara,  
No serviría de estorbo.

*Isid.* No es menester.

Sí, sí, quédate.  
 sé lo que en ambos noto.  
 Pues, y esta ocasión podemos  
 arla nosotros.  
 Para qué?  
 Hablemos delante  
 sin rebozo.  
 otra vez, otra vez.  
 HÁBLA,

Es el tiempo corto,  
 alle usted.  
 Díce bien:  
 un pecado gordo  
 va á revelar  
 er el vergonzoso?  
 , el señor y yo  
 mos.

¿Qué es lo que oigo?  
 ¡Cielos! ¿Desde cuándo?  
 Hace mas de un año.

¿Cómo!  
 ntes que entrad en casa  
 diera mi esposo?  
 Desde mucho antes.

*Aparte.)* ¿Cayó  
 ; ya nada ignoro.  
 Yo por consejos ajénos,  
 salieron costosos;  
 amarle...

¡Fingia!  
 Y el buen señor fué tan bobo,  
 o creyó de veras;  
 descuido un poco,  
 escapa á las indias,  
 usca su acomodo.  
*Ap.)* Me hablaba de ella sin duda,  
 si... ¡Oh! ¡qué sbrrojo!  
 ¡Mariana!

Aunque para amár  
 á otra, era pronto.  
 Muy pronto, sí; y yo no creo  
 esmienta Isidoro.

Mi tío, que se ha encargado  
 el de ángel custodio,  
 ha dejado nunca  
 rnos; y hoy que logro  
 revista, de usted  
 plácito imploro;  
 inque Isidoro calla;  
 o que dice: « Otorgo. »  
 Entiendo yo su silencio  
 n, y por él respondo.  
 digo vuestra union:  
 el cielo dichosos.  
 ro que se difiera  
 vuestro matrimonio.

Yo no necesito ya  
 De nadie.  
*Isid.* A tus plés me arrojó,  
 Y pido en favor del celo  
 Que en salvar tu vida pongo...  
*Ros.* Mi vida va á terminar  
 En un cadalso afrentoso.  
*Isid.* ¡Señora! pues ¿qué...?  
*Ros.* *(Llamando.)* ¡Justicia!  
*Mar.* ¡Tía!  
*Ros.* ¡Ministros!  
*Mar.* ¡Qué enojo,  
 Qué despacho es este?

ESCENA II.

DON FABIAN, ALGÚACILES, DICHO.

*Fab.* Aquí  
 Estamos.

*Ros.* Oídme todos,  
 Para que de mis palabras  
 Deis ante el juez testimonio.  
 Hoy el arrepentimiento  
 Ha penetrado en el fondo  
 De este corazón, guarida  
 De delitos horrorosos.  
 El veneno, aquel veneno  
 Que me procuró el soborno,  
 Para un vil asesinato  
 Lo destinaba mi encono,  
 Y con tan bárbaro intento  
 Yo misma lo eché en el pomo.

*Todos.* ¡Oh!  
*Ros.* Llevadme donde vea  
 Si de mi propia me escondo.  
*Mar.* ¡Jesus!  
*Fab.* ¡Infeliz!  
*Isid.* ¡Dios mío!  
 Ya para ella no hay socorro.

ACTO CUARTO.

Sala adornada de tapices perteneciente al Pa-  
 lacio, á la cual están inmediatas la habitacio-  
 de Rosalia por un lado y la de su marido por  
 otro. En el fondo una puerta, y mas allá un  
 largo corredor ó claustrillo. Es de noche  
 hay una luz sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

ISIDORO, MARIANÁ.

*Isid.* Sostégate, hermosa mía.  
*Mar.* ¡Ay Dios!

*Isid.* Todo está en reposo  
Por aquí; vuelve á tu cuarto.  
¿Vas perdiendo el miedo?

*Mar.* Un poco;  
Pero hasta que no amanezca,  
No entro yo en mi dormitorio.  
Aquí tengo el paso libre,  
Si asoma otra vez el coco,  
Y echo á correr.

*Isid.* Eso ha sido  
Un sueño.

*Mar.* ¡Es mucho negocio  
Que no pueda convencerte  
De lo que vi con mis ojos!  
Era la fantasma.

*Isid.* ¡Qué!  
No.

*Mar.* Mira, por temoso,  
Merecias que viniera.

*Isid.* Que venga.

*Mar.* No fuera flojo  
El susto que te daría.

*Isid.* Ahora que reflexiono,  
Creo entender lo que tú  
Miras como prodigioso.  
Me parece que tendremos  
Mañana un día de gozo;  
Que aun podrá su vida triste  
Salvar del último oprobio  
Aquella infeliz.

*Mar.* ¿Mi tia?  
Me dejas llena de asombro.  
¿Qué tiene que ver con ella  
La vision?

*Isid.* Yo estoy absorto  
Como tú; pero á este lance,  
Si tal solucion no adopto,  
No encuentro ninguna.

*Mar.* ¿Cuál?

*Isid.* Don Fabian, que es medio loco,  
Discurrió, para la fuga  
De Rosalia, que un mozo  
Se vistiera de fantasma.

*Mar.* ¡Qué sacrilegio espantoso!

*Isid.* Mas con esa confesion,  
Quedó el plan deshecho y roto:  
Los Reyes se arrepiñieron  
De haber sido tan piadosos  
Con la culpable, y la dejan  
En el mayor abandono:  
Fallo de muerte pronuncia  
El juez, y sin fruto imploro  
Por ella el perdon; el Rey  
Se hace á mi súplica sordo;  
Y hasta me vedan que llegue  
Con mas instancias al tronó.

*Mar.* Yo no puedo persuadirme  
Que ha de morir.

*Isid.* Yo tampoco,  
Y á cada momento aguardo  
Algo de maravilloso.

En fin, si Dios no la libra,  
Tal vez la salve un arrojito.  
A Madrid han de llevarla;  
Ni sé cuándo ni sé cómo,  
Porque ella y el juez y el Rey  
Todos son para nosotros  
Invisibles hoy; no obstante,  
Animo tengo...

*Mar.* Y yo oro.

*Isid.* Pero tal vez esten ya  
Satisfechos nuestros votos.  
La Reina está en cama, el Rey  
Afligido y melancólico,  
Habrá usado de piedad  
(Como en acto meritorio  
Para que Dios con la Reina  
Deje de ser rigoroso);  
Y Luciano y don Fabian  
Acuden al tramantojo  
De la fantasma que viste,  
Para que entre el alboroto  
Que produzca, huya la presa.  
Hubiera sido muy prepio  
Haber contado conmigo;  
Pero yo se lo perdono.

*Mar.* Ya verás como los hechos  
Te dejan por mentiroso.  
Ninguno de ambos pudiera  
Tener el capricho tonto  
De darme un susto capaz  
De ocasionar un trastorno.

Mi tio cierra mi cuarto  
Cada noche á piedra y lodo;  
Yo sentí andar con la puerta,  
Y descorrer los cerrojos  
Y volverlos á correr

Muy despacio; me incorporo,  
Llamo, no me oyen, me visto,  
Doy á la lámpara un soplo,  
Abren, una luz lejana  
Me deja ver un coloso  
Blanco... y entra en mi aposento  
Diciendo en acento ronco:  
«¡Mariana, Mariana!»

*Isid.* Vamós,  
Eso...

*Mar.* No la echés de docto  
Incrédulo; que de nuevo  
Te digo, y no me equivoco,  
Que vi la vision, y ol  
Nombrarme como me nombro.  
El hecho es que está mi cuarto  
Abierto, que no tiene otro  
Picaporte que el que guarda  
Mi tio tan cuidadoso,

Pues le hemos llamado, y duerme,  
 Por lo visto, como un tronco.  
 Pues ¿quién será la fantasma?  
 No es hombre, es un duende.

*Isid.* En golfo  
 Tal de confusiones, yo  
 El rumbo ya desconozco.  
 Vamos otra vez al cuarto  
 De Luciano: es ya forzoso  
 Que despierte y abra.

*Mar.* Siempre,  
 Con tener sueño de plomo,  
 Cierra su alcoba lo mismo  
 Que si fuera un calabozo.

*Isid.* ¿Qué habrá sido?  
 (*Profundamente pensativo.*)

*Mar.* Oigo rumor.

*Isid.* Alguien viene.

*Mar.* ¡San Antonio  
 Me valga!

*Isid.* Nos llevaremos  
 La luz. (*La toma.*) Ven.

*Mar.* ¡Ay! yo me ahogo  
 De miedo.

*Isid.* Estando á mi lado,  
 No temas.

*Mar.* Huyamos pronto. (*Vanse.*)

ESCENA II.

ROSALIA, ESCOLTADA POR VARIOS SOLDADOS  
 MANDADOS POR UN OFICIAL. DON FABIAN  
 CON ALGUNOS ALGUACILES. UN SOLDADO  
 TRAE UNA LUZ Y UN ALGUACIL OTRA.

*Fab.* Pisad quedo. — ¡Qué torpeza!  
 No sonar esos fusiles.  
 Vosotros, los ministriles,  
 Volveos desde esta pieza.

(*Vanse los alguaciles.*)

*Ros.* Sigalos usted, no baje.

*Fab.* Pues ¡qué! ¿no mereceré  
 Que usted la mano me dé

Al tomar el carruaje?

Desco es bien natural  
 En momento tan amargo.

*Ros.* ¡Ay Dios!

*Fab.* Mucho se la encargo  
 A usted, señor oficial.

*Ros.* No trate usted de impedir  
 Que él por sus impulsos obre:

Todo es igual á una pobre  
 Que es conducida á morir.

(*Isidoro, que á este tiempo volvía, y  
 llegaba á la puerta con la luz en la  
 mano, oye á Rosalia, sale precipita-  
 damente, deja la luz en la mesa y  
 rompe por entre los soldados.*)

ESCENA III.

ISIDORO, DICHO.

*Isid.* ¡A morir!

*Ros.* ¡Cielos! ¡qué veo!

*Fab.* Fué en vano todo el sigilo.

*Ros.* Llevadme.

*Fab.* Llevadla en vilo  
 De aquí, cumplid su deseo.  
 Ella no ha querido hablar  
 A nadie de la familia.

*Isid.* ¡Y quién no se reconcilia  
 Cuando se va á separar,  
 Y cuando va á ser eterna,  
 La separación?

*Ros.* ¡Ay triste!  
 ¿Por qué al paso me saliste?

*Isid.* El que todo lo gobierna  
 Me trajo á esta habitacion,  
 Para que al verte salir,  
 Pudiera á tus piés gemir  
 Implorando compasion.

*Ros.* ¡Quién la pide á quién! — Paraos,  
 (*A los soldados.*)

Si gustais, aquí un minuto.

*Fab.* ¿No han de gustar? Solo un bruto  
 Se negaría. — Apartaos.

(*Los soldados se desvian.*)

*Ros.* Mariana no podrá oírnos.

*Isid.* No, se halla de aquí distante.

*Ros.* Sintiera verla delante  
 Al tiempo de despedirnos.

Ni ella ni mi esposo pueden  
 Saber lo que á ti te diga,

Si la angustia y la fatiga  
 Que concluya me conceden.

Mis desventuras me oximen  
 De miramientos, pues creo

Que todo es lícito al reo  
 Que muere y paga su crimen.

*Isid.* No, por fuerza ó por ardíd  
 O consiguiendo tu indulto...

*Ros.* Va á ser mi suplicio oculto  
 Así que llegue á Madrid.

No hay que esperar.  
*Isid.* Si: yo vuelo

Tras tí con gentes...

*Ros.* ¡Ah! cesa.  
 Mi esperanza está en la hueca

Y en la muerte mi consuelo. —  
 Esta infeliz, hoy odiosa

Al mundo, tuvo al nacer  
 Cuanto pudo apeteer

La mujer mas ambiciosa;  
 Mas de un funesto vaiven

Nadie en la tierra se libra,  
 Porque al fin siempre equilibra

La suerte el mal con el bien.  
 Yo para mi perdicion,  
 Para mi oprobio y afrenta,  
 Recibí un alma sedienta  
 De goces del corazon;  
 Y en esa frívola corte  
 Que enamora por oficio,  
 Que tiene por moda el vicio  
 Y el vil interés por norte,  
 De cuantos amor postró  
 A mis piés, ninguno vi  
 Que me quisiera por mí,  
 Que sintiera como yo.  
 Pero no es gran maravilla;  
 Pues ¿quién sospechara, quién,  
 Que hoy, empolvada la sien,  
 Vistiendo bata y cotilla,  
 Pudiera haber ni una sola  
 Castellana palaciega  
 Que supiese amar tan ciega  
 Como una antigua española?  
 Muda el tiempo las naciones,  
 Varían los personajes,  
 Y lo mismo que los trajes,  
 Se cambian los corazones.  
 De esta ley se exceptuó  
 El mito para su daño,  
 Y vióse en un mundo extraño,  
 Y el mundo le atropelló,  
 Cual flor que vino á brotar  
 En vereda pasajera,  
 Donde solo haber debiera  
 Pedernales que pisar.  
 Pensé que aquel á quien di  
 De esposo el sagrado nombre,  
 Me amaba: vi luego un hombre  
 Que solo se amaba á sí.  
 Por él á casa viniste  
 Tú en quien mi cariño acopio:  
 No te engañes á tí propio,  
 Tú tampoco me quisiste.

*Isid.* ¡Oh! sí; mi estrella maligna...

*Ros.* No, yo te aplatido imparcial:  
 Mi amor era criminal,  
 Y yo del tuyo era indigna.  
 Este, este es el verdadero  
 Crimen en que yo he caído,  
 Y este á pensar me ha inducido  
 Otro, y por pensar lo, muero.  
 Yo jamás quise atentar  
 A otra vida que la mía;  
 Por lo amarga que sería,  
 Fué el quererme envenenar.  
 Ya estaba resuelta á huir;  
 Supe tu callado amor,  
 Y me pareció mejor  
 Acabar ya de sufrir.  
 Del vulgo la necia charla

Cuanto quiera me atribuya;  
 Vida que no ha de ser tuya,  
 No he querido conservarla.

*Isid.* ¡Oh nueva que me aniquila! —  
 Yo te libro, ó moriré.

*Ros.* No, no: me desahogué  
 Con esto, y me halló tranquila.

Nos vimos aquí los dos;  
 Venció el impulso terreno;  
 Mas ya parto, y me sereno  
 Para dirigirme á Dios.

Conmigo espero que ablande  
 Su justicia rigorosa;

Que si es mi culpa horrorosa,  
 La expiacion es bien grande.  
 Cuando mi alma descargada  
 Del peso de la existencia,

Llegue ante la Omnipotencia  
 Que nos hizo de la nada;  
 Si en las etéreas regiones  
 Algun recuerdo subsiste

De este miserable y triste  
 Valle de tribulaciones;  
 Si es lícito del Señor  
 Que fulminó en Sinaí,

Para el que se queda aquí  
 Gracia implorar y favor,  
 Yo solo le rogaré

Que me permita bajar  
 A ser ángel tutelar

Del hombre á quien tanto amé.  
 ¡Oh! y aún debó enando así  
 De nuevo á la tierra me unó,

Velar también sobre alguno  
 Y alguna que aborrecí. —  
 Ya no aborrezco, ya amansa  
 La tormenta pertinaz

Del pecho, y ansio la paz  
 Del que en la tumba descansa.  
 Di al que sin querer me pone  
 Hoy en esta situación,

Que yo le pido perdón  
 Para que Dios me perdona.  
 Di que le ruego otra cosa  
 Que mi afán último fué,

Y es que, muerta yo, te dé  
 A Mariana por esposa.  
 No la reveles que amamos  
 A un hombre mismo ella y yo,

Y hazla, pues te mereció,  
 Hazla feliz. A Dios. Vamos.

(*Vase, y sigúese el oficial y los dados: Isidoro detiene á don F. dian.*)

ESCENA IV.

ISIDORO, DON FABIAN.

Don Fabian, aguarde usted;  
arche usted aún.  
No, déjeme usted.

Por Dios,  
lvo de inquietud,  
una novedad  
ie nada comun.  
¿Cómo?

La Tántasma ha vuelto  
erse.

¡Jesus!  
rá algun difunto  
do en su ataud,  
á que me ha robado  
umiento un gabdul,  
espantar las gentes  
as y con capuz?  
ide anda?

Por palacio.  
¿Aqui? ¡Voto á Belcebú!  
torada del Rey!  
me dé Dios salud  
scubriese el duende,  
e sea ángel de luz  
ieblas, le enseño  
bar la quietud  
donde gobierna  
ian Villaragut.  
Le han visto en nuestro aposento.  
¿Quién?

Mariana.  
¡Huy, huy, huy, huy!  
ndo: algun mozalbeté,  
es de la sangre azul,  
e, y no puede verla,  
aja á bultuntun  
a de costarle el chiste  
er alcuzcuz  
ia. Es preciso  
i la juventud.  
e ya don Luciano?  
Aun no.

Avisárselo. Abur. (*Yéndose.*)  
a patrulla, rondo,  
os: ¿no se da? ¡plum!  
tiro, que le dejen  
diga tus ni mus. (*Vase.*)

ESCENA V.

ISIDORO.

torbo menos. — Fuera  
vil ingratitude

Abandonar á su suerte  
A Rosalía. Segun  
Dijo Mariana... Con su oro,  
Si acudo con prontitud,  
Podré ganar los soldados;  
Y si no, aunque la segur  
De la justicia provoque  
Con algun delito, algun  
Desacierto, yo la salvo:  
Lo juro á Dios y á una cruz. (*Vase.*)

(*Queda el teatro solo algunos momentos, durante los cuales el reloj del convento da las cuatro. Entonces en el fondo del claustro, que está oscuro, aparece un hombre envuelto en una sábana que le cubre de pies á cabeza; adelántase con paso lento y vacilante; y cuando entra en la sala, donde Isidoro ha dejado la luz que trajo, descubre el espectador las fuciones de Luciano. Tras en la mano unas llaves, y cerrados los ojos; su ademán y voz son los de una persona afectada del somnambulismo.*)

ESCENA VI.

LUCIANO.

Lo que importa es cerrar.  
(*Entorna la puerta del fondo haciendo con una de las llaves el movimiento para cerrar. Despues de unos pasos hacia el proscenio, alza la mano como para dolgar las llaves, y encerrarielas en una relajera, y las deja caer sobre una silla.*)

Nadie lo sabe.  
Mi precaucion no ha sido sin provecho.  
Nadie me ve, cerrado bajo llave,  
Si tal vez me levanto de mi lecho.  
A Madrid, á Madrid; que ya estoy harto  
Del Sitio donde vive Rosalía. —  
¡Qué cerradura aquella de mi cuarto!  
Mejor que las de aqui: no la abriría. —  
Todo en el Escorial, todo me asombra.  
Aun el peligro que corrí, me pasma,  
¿Con que yo soy á quien el vulgo nombra  
Cada vez que recuerda la fantasma? —  
¿Yo entre sueños hablar? ¿Qué estoy di-  
ciendo?

No: yo soy mi mejor, mi único amigo.  
Veinte años há que el disimulo aprehdo,  
Y nunca fui traidor pare conmigo. —  
Yo primero. — ¡Mariana! ¡Oh mi tesoro!  
¡Rosalía! ¡Qué fe! ¡qué virtuosa!  
Es un pobre infeliz el Isidoro.  
Ella y él, ¡qué pareja! — ¡Qué enfados

## ESCENA VII.

ISIDORO, LUCIANO.

*Isid.* No hay tiempo que perder : llevo dinero ,  
Y pistolas tambien , por si es preciso.  
*Luciano* no responde. (*Repara en él.*)

*Luc.* Yo primero.

*Isid.* ¿Luciano!

*u c.* Yo primero : te lo aviso.

*Isid.* Esos ojos cerrados...

*Luc.* (*Sonriéndose.*) Mi cautela

Con la verdad á descubierto engaña.

*Isid.* Somnábulo es : el corazón me hiela  
Una sospecha atroz.

*Luc.* (*Aterrado.*) ¿Quién me acompaña?  
¿Quién en mi aajo entró sin mi licencia?

¿Quién eres tú que estremecer me has hecho?

*Isid.* ¿Le hablaré?

*Luc.* La conozco : es mi conciencia.

*Haye:* te he desterrado de mi pecho. —

¡Una copa! Da aquí , la haré pedazos :

No puedo ver las copas de esa hechura.

¿Qué dama es esa que me traes en brazos?

¿Cómo pudo romper la sepultura?

*Isid.* ¿Me es lícito escuchar? ¡Oh! no me  
Sin ver... [aparto

*Luc.* ¿Espejo blanco? Observaremos. —  
Otra tarde los dos juntos iremos.

Sal hoy sin mí. Te aguardaré en tu cuarto. —  
Salió. — ¡La llave falsa de la arquita!

(*Dirigese hácia el lado donde figuró  
guardar las llaves, y hace que las  
vuelve á tomar. Isidoro sigue sus mo-  
vimientos, repara en las llaves que  
están en la silla, y las coge, y examina  
una pequeña, dejando, al hacer  
esto, las pistolas en una mesa. Luciano  
vuelve al medio de la sala, y ejecuta  
la pantomima de una persona que abre  
y registra un mueble, temiendo ser visto.*)

*Isid.* ¡Llave falsa!

*Luc.* ¿Me ven?

*Isid.* ¡Es esta!

*Luc.* Ahora.

No acierto... ¡Qué temblor! Mano cobarde,

Sírveme bien. Sin miedo, sin demora.

¿Helada estás? ¡y mi cabeza se arde!

(*La congoja de los remordimientos se  
apodera de él por un instante, y  
prorrumpe en sollozos.*)

Una gota que abraza me ha caído...

¡Yo llorar! ¿No abrí ya? ¿Qué me detengo?

Ya debe estar mi pecho encallecido

Con la pasión voraz que en él mantengo. —

¿Renunciaré...? ¿Y mi bien? No ha  
hacer caso. —

Este pomo... un papel... Veamos. Co  
Analizo... ; Es veneno! Eso me ahorro  
Acercá. Mudo el líquido á mi vaso.

*Isid.* ¡Oh!

*Luc.* ¿Y he de envenenarme

Se trata de la dicha. Se prepara

La ocasión... — Si de mí se separara,

Quizá... Si no consiente, pido y bebo.

Ya minoré la dosis; tendré á mano

El doctor y el antidoto... — Era ciert

La traza... — y en efecto, ya estoy sa

Y libre voy á estar.

*Isid.* Monstruo, despie

(*Sacudiendo reciamente á Lucia  
los brazos, para hacerle volver.*)

*Luc.* ¿Quién llama? ¿Dónde estoy?  
me observabas?

*Isid.* Sí, y en tu lénguaraz somn:  
Delator imprudente de tí mismo, [

Tu iniquidad de revelar acabas.

*Luc.* ¿Hablé?

*Isid.* De todo ya tengo not

*Luc.* ¿De qué?

*Isid.* De todo. Es fuerza que r  
(*Mostrándole la llave falsa del  
quin.*)

Ese crimen atroz, y á la justicia

Inocente á tu víctima declares.

*Luc.* ¿Cómo? [E

*Isid.* Escribe un papel, y h

*Luc.* ¿Puedo libre salir de este rec

*Isid.* Solo tu amigo, por ventura es  
Solo yo te escuché.

*Luc.* (*Aparte.*) Ya es muy distin

*Isid.* Y yo á mí bienhechor no seré  
Aunque bien lo merezca su alma imp

*Luc.* No es tiempo ya de hacer el m:  
Hablemos, Isidoro, con lisura.

*Isid.* ¡Eh! nada ya de cuanto dig:  
Yo escribiré el papel, firmalo y vete.

Ya te conozco, y con vergüenza veo

Que todos te servimos de juguete.

*Luc.* ¿Me creerás si digo que lo ac

*Isid.* ¡Qué audacia!

*Luc.* ¿Será audacia si

Que olvidas que al abrisete mis pue:  
Eras, tú que me insultas, un mend

*Isid.* Al mendigo en tu casa recog

Mas ¿cuál de tu bondad era el misteri

Tú cerca de tu esposa me pusiste

Para acusarla un día de adulterio.

*Luc.* Sobrado lejos de mi fin has  
Otra fué mi intención.

*Isid.* ¿Otra? ¿Cuál?

*Luc.* Que siendo del tutor favorec  
Te abstuvieras de amar á la pupila.

despues cedió al arrullo  
 lecion : me aproveché del lance ;  
 solo amaste por orgullo,  
 ió en ser honrada á todo trance.  
 de que es su amor débil centella,  
 erior á mi pasion tirana,  
 cualquier obstáculo atropella  
 quiriir la mano de Mariana.  
 ¿De Mariana? ¡Gran Dios! ¿So-  
 rivales?  
 ¡Ah! — No entendia que ignorabas  
 ¿Tú amarla? [esto.

Si, y en competencias tales  
 iene que ceder el puesto.  
 No quien sabe querer.

¿Y el que en el orbe  
 fuerza capaz de detenerle,  
 que sabe amar? — ¿Debe temerle  
 minar hácia su fin le estorbe?  
 ejemplo mi infeliz esposa  
 ; nadie resistirme empresa.  
 e de ser de mi pupila hermosa,  
 el que robármela pretenda!  
 Triste del criminal!

Declamaciones  
 o; por tu bien te lo suplico.  
 ) será que reflexiones  
 e de jamás el fuerte, el rico.  
 El fuerte aquí soy yo : puedo per-  
 á tu esposa es mi conato. [derte,  
 Sin que nada mi plan se descon-  
 e,  
 edo librar dentro de un rato.  
 dejado sin defensa alguna  
 n la idea de morir se aferra ;  
 tigo parto mi fortuna,  
 rta te obligas á Inglaterra.  
 No, vuélvele su honor, vil asesino.  
 or tí lo voy á ser, hombre insen-  
 (Coge las pistolas.)  
 armas : salgamos al camino ;  
 por seguro que te mato.  
 tir prefieres con espada,  
 o tampoco la palestra :  
 i mano inhábil y turbada,  
 mia imperturbable y diestra.  
 riendo tú, se te figura  
 ida á la ley daré en tributo,  
 as ; la opinión de que disfruto  
 uin sospecha me asegura.  
 lde beneficios he sembrado ;  
 lde todo el mundo me venera.  
 ler me tiene autorizado  
 er sin peligro cuanto quiera.  
 /amos donde tu vil hipocresia  
 caiga de mi noble aliento :  
 unfar hasta el presente dia ;  
 va á ser mayor el escarmiento.

En vano con su bárbara prudencia  
 Los hilos de una red el crimen ata ;  
 Con un golpe no mas la Providencia  
 El pérfido artificio desbarata.  
 Vélo en tí : cuando nada necesitas  
 Para que el triunfo horrible se corone,  
 Tú vienes, y la máscara te quitas,  
 Y el labio tuyo contra tí depone.  
*Luc.* Conoce tú (y acaso te estremezcas)  
 Si al destino le tengo avasallado,  
 Cuando por mí dispone que hoy padezcas  
 Error tan de notar en un letrado.  
 Tú debiste llamar quien me escuchara :  
 No hay de mi confesion acusadores.  
 ¿Quién, euando mueras, contra mí declara?

ESCENA VIII.

DON FABIAN, ABRIENDO DE GOLI  
 DEL FONDO, Y SALIENDO ACOMPAÑADO  
 LACIEGOS Y SOLDADOS ; DICHO.

*Fab.* ¿Quién? Mirelos us!

*Isid.* ¡Oh cielo!

*Luc.* Me perdí.

*Fab.*

Vaya ustea

Si gente son que confianza inspira.  
 Y otro mas principal estaba oyendo,  
 Que haciéndose mil cruces se retira.

*Isid.* ¿Quién?

*Fab. y Pal.* El Rey.

*Fab.*

Al andar por este lado,

Sentimos bulla; comprendí el asunto,  
 Dí aviso, vino el Rey, mandó un soldado,  
 Y á su ahijada recibe en este punto.  
 Yo, como alcalde pues, aunque interino,  
 De la bondad de don Luciano espero  
 Que se ponga la capa y el sombrero,  
 Y me siga al lugar de su destino.

*Luc.* No hay remedio.

(Éntrase en su habitacion.)

*Fab.* Seguidle y de-armadle.

(A dos soldados, que entran en la ha-  
 bitacion de don Luciano.)

*Voces.* ¡Viva el Rey, viva el Rey!

(Dentro.)

*Ros.* (Dentro.) Señor, clemencia.

*Isid.* Es ella : ya está aquí.

*Ros.* (Dentro.) No, perdonadle.

*Una voz.* Muera el calumniador de la  
 inocencia. (Dentro.)

ESCENA ULTIMA.

ROSALIA, APARECIENDO EN LA PUERTA DEL  
 FONDO; MARIANA, QUE SALE DE SU CUARTO  
 POCO DESPUES; DICHO.

*Ros.* ¡Ah! nada he conseguido.



*Isid.* ; Rosalia!

*Ros.* ; Isidoro!

(*Oyese un pistolotazo en el cuarto de Luciano.*)

*Isid.* ; Dios mio!

*Ros.* ¿Qué he escuchado?

*Isid.* ¿Será posible?

*Mar.* (*Saliendo.*) ¡Él, él! ; se ha suicidado!

*Isid.* No llores ; ni piedad mereceria.

*Ros.* Perdónale, mi Dios.

*Mar.* ; Oh desventura!

*Ros.* Yo mientras permanezca entre vosotros, Yo rogaré con súplicas ardientes (vientes, Por él en la estrechez de una clausura.

*Isid.* El siglo aún te dará dias serenos.

*Ros.* Quiero una celda.

*Mar.* ¿Y yo?

*Ros.* ; Ruego importuno!

Ya nadie me ha de ver.

*Isid.* ; Nadie!

*Ros.* Ninguno.

*Mar.* Pero nosotros si,

*Ros.* Vosotros menos.

# EL BACHILLER MENDARIAS,

DRAMA EN CUATRO ACTOS EN VERSO

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE A 15 DE OCTUBRE DE 1842.

## PERSONAS.

MENDARIAS.  
DON JUAN.  
DOÑA BEATRIZ.  
DON BELTRAN DE ERIL.  
ELVIRA.  
MELITONA.

ALFONSA.  
SORIANOS.  
PRESOS.  
CRIADOS.  
SOLDADOS.

La escena es en Soria el año 1385, por San Juan. Los actos primero y segundo piden en la ciudad, el tercero y cuarto en el alcázar extramuros.

## ACTO PRIMERO.

Sala de una casa particular: las paredes blancas, el techo de armadura en cuadros, con una moldura alrededor, que forma un encajonado sencillo. Situada de nogal y un escritorio: á un lado un altar de San Juan con muchas luces y muy adornado de candelabras y flores. Oyense en la balte músicas y gritaría.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA BEATRIZ, CON MANTO; DON JUAN.

*Beat.* Ya lo ves, por mas que Elvira  
Quiera hacerse la devota,  
Ella no pierde una fiesta  
De cuantas ofrece Soria.  
Vamos á salir tapadas,  
Y sin embargo se adorna  
Con esmero tan prólijo  
Como si fuese á una boda:  
La que se engalana tanto,  
No piensa meterse monja.  
*Juan.* Ella asegura que si.  
Vos pecais de bondadosa:  
Vos no hacéis nunca valer  
El fuero de protectora  
O de madre (pues al cabo  
No ha tenido jamás otra).

Y lejos de procurar  
Inclinarla á ser mi esposa,  
Le ofreceis un rico dote  
Si llega á ceñir la toca,  
Le asalariáis un maestro  
De letras, la compráis joyas,  
Y en todo su voluntad  
Sirve á la vuestra de norma.  
*Beat.* ; Qué pesadumbre recibo  
Con tus quejas envidiosas,  
Don Juan! Niño abandonado,  
Mi marido (que esté en gloria)  
Te trajo á su casa, y hoy  
La manejas como propia.  
Tú cuidas de mi caudal;  
Tú arriendas, vendes y compras  
Mis tierras: doña Beatriz  
De Lara no es la señora  
Aquí; don Juan es el amo:  
A tí la familia toda  
Por tal obedece, y hasta  
El clérigo de corona,  
Ese maestro de Elvira,  
Que ya tal vez te incomoda,  
Tú me le trajiste á casa  
Para enseñar á tu novia.

*Juan.* De Mendarias nada temo:  
El bachiller es persona  
Que se ha criado conmigo,  
Y hace lo que se me antoja.

*Beat.* Cierto: porque tú lo quieres,  
El tan rígido se porta

Con Elvira.

*Juan.* Ese interés  
Vivísimo que en vos notan  
A favor de una muchacha  
Huérfana...

*Beat.* Me desazonas,  
Don Juan. Lo he dicho mil veces :  
Hay un secreto que ignoras,  
En ello.

*Juan.* Vos la tratais  
Como la mas cariñosa  
De las madres.

*Beat.* ¡Madre! — Tú  
Cuando hablas, viertes ponzoña. —  
Sí, don Juan: mi corazón  
Es de madre: así me nombra  
Elvira por gratitud :  
Me consuela, me ilusiona  
Ese título; mas ¡ay!  
Si alguna vez de otra boca  
Lo hubiese oído... ¡Qué dicha,  
Qué dicha inefable goza  
La que tiene un hijo, digno  
De la madre que le adora!  
En su atavío empleara  
Yo la tela mas costosa;  
No envolverían su cuerpo  
Lienzos que no fueran obra  
De mi mano; yo arreglara  
De su cabello las ondas,  
Yo le vistiera la aljuba,  
Yo le ajustara la cota,  
Yo le tuviera el estribo  
Cuando la bética trompa  
Montar le hiciera á caballo  
Para ir á lidiar con honra.  
Y mis ojos seguirían  
Su carrera polvorosa;  
Y de allí volara al templo,  
Y á la luz de mil antorchas,  
Ante el ara de la madre  
Del Dios de misericordias,  
Ante el ara por mí llena  
De ofrendas propiciatorias,  
Alzárase cada día  
Mi súplica fervorosa  
Por el pedazo del alma  
Que me tenía en zozobra.  
¿Qué supone la belleza  
De la hija mas hermosa  
Para lo que vale un hijo  
Cuando de la guerra torna,  
Y pide á su madre un beso  
En premio de la victoria?  
Negóme el cielo este bien;  
Mas pues en cambio me otorga  
El amor de una doncella  
Confíada á mi custodia,

Déjanos en paz querernos  
Como sabemos nosotras.

*Juan.* Ella abusa de ese amor.

*Beat.* Ordenes que yo le imponga,  
¿Podrán hacer que te quiera,  
Si tú mismo no lo logras?

*Juan.* Cuando se trata de hacer  
A una doncella dichosa,  
Y ella su bien desconoce,  
Una buena directora  
Manda, y se hace obedecer.  
Yo, si Elvira es religiosa,  
De todo seré capaz.

*Beat.* Calla por Dios, no nos oigan.

*Juan.* Ignoro quién fué mi padre :  
El cura de la parroquia  
Me criaba con el nombre  
De don Juan, y esto denota  
Sangre ilustre; vuestro esposo  
Me igualó con su persona  
En la educacion que darne  
Quiso; por su muerte pronta  
Y sin hacer testamento,  
Nada de mi origen consta;  
Pero creerme hijo suyo  
No fuera una paradoja.  
Con todo, perdí su herencia.

*Beat.* Yo seré tu bienhechora :  
Dividireis tú y Elvira  
Mi hacienda.

*Juan.* Es harto cuantiosa  
Porción la mitad; no obstante...

*Beat.* Ya: tú la quisieras toda.

*Juan.* La mano de Elvira quiero.  
Darámela sin demora  
Si vos habláis en mi apoyo.

*Beat.* Es imposible: perdona.

*Juan.* Por el día de mañana...

*Beat.* ¡Ah!

*Juan.* Por la tierna memoria  
Que en el día de San Juan  
A vuestros ojos agolpa  
Tantas lágrimas.

*Beat.* No mas :  
Con ese recuerdo postras  
Mi voluntad á la tuya  
Siempre. Basta.

*Juan.* (*Aparte.* Se sonroja :  
He vencido.) No creais  
Que os amenazo, señora ;  
No : yo sé callar; la fama  
Vuestra, pura, esplendorosa,  
Brillará siempre, cual esos  
Ricos balajes <sup>1</sup> que adornan  
El relicario que nunca  
Vuestro seno desaloja.

<sup>1</sup> Una especie de rubies.

Basta, digo : yo seré  
ira rigorosa ;  
le niego el dote  
y se la arroja  
do, si no es tuya.  
Con esa advertencia sobra  
ella reflexione...  
Pero si no reflexiona,  
de hacer?—A Elvira nunca  
quien la socorra.—  
ré á don Beltran.  
La opinion suya ¿qué importa?  
Respetá mi gusto. Haz tú  
s indagatorias  
origen tambien.  
¿A qué fin?  
Pregunta ociosa.  
Yo lo quiero así,  
que lo disponga.

ESCENA II.

, CON MANTO; ALFONSA, DICHOS.

Aquí estoy ya. ¿Qué os parezco,

Un ángel.

Una diosa.

Un solo Dios hay, don Juan.

blasfematorias  
en á mis oídos,  
suenen á lisonja.—  
madre ; que esta noche  
le divertir á costa  
el mundo : el señor,  
e no nos conozcan  
s, que no nos siga.

ESCENA III.

MENDARIAS, DICHOS.

do. *Dominus vobiscum.*

¡Hola!

¡Ay! ¡ay!

Salud,

er.

do. ¿Se va de broma?

Es vispera de San Juan...

Hay velada...

Se alborota,

ta, baila y chancea...

Cosas inocentes todas.

do. ¿Inocentes? Ya lo creo.

ace la vista gorda...

¡peripuesta sale!

¡Disposiciones famosas

Para echarse encima el sayo

Burdo y quedarse pelona!

Pero al caso : ¿y la lección...?

Elv. Una ocupacion forzosa...

Mendo. Vine á las diez...

Elv. Si...

Mendo. No estábais.

Vuelvo por la tarde...

Elv. ¡Toma!

Por la tarde...

Mendo. *Volaverunt.*

Dije : « Fuerza es que la coja

De noche en su casa. » Vengo,

Y ¡escapais tambien ahora!

Pues, no señor, sin dar antes

Lección, no hay escapatoria.

Elv. ¡Madre...!

Beat. En eso él es quien manda;

Yo no.

Mendo. Para ser lectora

De provecho, es menester

No hacerse la remolona,

O tendreis en el convento

Que aprenderos de memoria

El rezo, y será imposible

Que llegueis á ser priora,

Ni aun sacristana.

Beat. Al momento...

Despachas.

Mendo. Tómale, Alfonsa,

Tómale el manto.

Alf. (*Que está lejos de Elvira.*) ¿Voy?

Elv. Si.

Mendo. Los guantes están de sobra

Tambien.

Elv. Me los quitaré.

Mendo. Y cuenta, que hay palmatoria

Flamante, en lugar de aquella

Que echó al pozo esa fregona.

Elv. ¡Vaya!

Alf. Como yo la pille...

Mendo. Creo que no esteis quejosa

(*Aparte con Beatriz.*)

De la dulzura que gasto

Con la niña.

Beat. Me destroza

El corazon el oiros;

Pero si no hay otra forma

De obtener que se disguste

Del monjio. ¡Y aun me agobia

Don Juan á reconvençiones

De que no le sirvo!

Elv. (*A Alfonsa.*) Corta

Es la detencion : no ¡dobles

El manto.

Mendo. (*Aparte á don Juan.*) ¿Vendrá

La gente?

*Juan.* Si.  
*Mendo.* No saldrá  
 De su jaula la paloma.  
*Elv.* ¿Dónde puse los papéles?  
*(Registrando un escritorio.)*  
*Mendo.* ¡Discípula cuidadosa!  
 Ni los ha visto.  
*Elv.* Sí tal.  
*(Aparte.* Por lo blanco de las hojas.)  
 Ya han parecido.  
*Mendo.* *Laus tibi,*  
*Christe.* Ocupo mi poltrona.  
*(Siéntase en un sillal: Alfonsa coloca un escabel delante de Mendarias, y sobre él se sienta de rodillas Elvira para dar lección: santiguándose ambos antes de empezarla.)*

Vamos allá.—No direis  
 Que la letra es mala: copia  
 Es hecha por mí de un pliego  
 Del Rey, que me proporciona  
 Por gran favor el notario  
 Del concejo.  
*Elv.* *(Aparte.)* ¡Qué enfadosa  
 Tarea!  
*Mendo.* Sabéis así  
 Cualquier novedad de monta  
 Que ocurre, al punto. Empecemos  
 Por el trato de Bayona.

*Elv.* *(Lee.)* «Trato de paz habido entre los mensajeros<sup>1</sup> del Rey don Juan el primero de Castilla, é el Duque de Alencastre, hermano del Rey de Inglaterra, firmado en la ciudad de Bayona en este año del nacimiento de N. S. de mil é trecientos é ochenta é ocho años.»

*Mendo.* Bien: al primer otrosí.  
 Ya va un punto.

*Beat.* Esc se borra.

*Elv.* «Otrosí, que finada ya la guerra, los dichos Rey de Castilla é Duque de Alencastre, é la Duquesa doña Costanza su mujer, hija del Rey don Pedro, farán que se faga casamiento por palabras de presente entre el Infante don Enrique, hijo primogénito del Rey de Castilla, é doña Catalina, hija de los dichos Duque é Duquesa.»

*Mendo.* Aquí.

*Elv.* «Otrosí, que el dicho Rey de Castilla dará é pagará al Duque de Alencastre seis-cientos mil francos de buen oro é justo peso; é amen desto, cada un año por toda su vida

<sup>1</sup> Elvira lee *mensajeros* en lugar de *mensajeros*. Mendo corrige.

<sup>2</sup> En este y los demás trozos que lee Elvira, comete una porcion de equivocaciones, que también corrige Mendo.

de los dichos duque é duquesa, cuaren francos puestas en la ciudad de Bayona

*Juan.* Ya sabe el inglés  
 Vendernos cara la torta.

*Elv.* ¿Pero Bayona en Francia  
 No está?

*Mendo.* Sí tal.

*Elv.* ¿Se aloja  
 Ese Duque inglés, ó manda  
 Hoy allí?

*Mendo.* Vaya de historia.  
 Bayona y Burdeos son  
 De los ingleses ahora.

*Juan.* Seiscientos cuarenta mil  
 Francos se le desembolsan  
 Al Duque este año.

*Mendo.* Seguid.

*Elv.* «É que los dichos Duque é Duquesa renunciarán é demtirán en el Rey don Juan é sus herederos todo el derecho que é que h bieren á los regnos de Castilla.

*Mendo.* Vamos, estas mentirosas  
 Esta noche como nunca.

*Elv.* «Otrosí, de los hijos del Rey don Juan é Pedro que el Rey de Castilla tiene presos esto ficará *(Elvira lee finada.)* cuerda...»

*Mendo.* ¿Qué cuerda ni qué mara  
 En acuerdo... y porque vos  
 Os acordáis... *(Tómale la mano.)*

*Elv.* Perdon: otra  
 Vez lo haré mejor.

*Mendo.* *Estúpida,*  
 Que no es ni *ni nada.*

*(Le da palmas.)*  
*Mendo y Elv.* *(Respetando.)* «Dado  
 del Rey don Pedro que el Rey de Castilla  
 tiene presos, que esto ficará en  
 del Rey é del Duque.»

#### ESCENA IV.

DON BELTRAN, DICHO.

*Belt.* Guárdeos Dios.

*Juan.* ¿Señor alcaide?

*Beat.* Don Beltran, su servidora.

*Belt.* Elvira, altar y lección  
 Cosas son contradictorias.

*Elv.* Ya, pero...

*Belt.* *(A Mend.)* ¿Adelanta?

*Mendo.* *(A Mend.)* Nadie.

*Belt.* La tenéis medio llorosa.

*Mendo.* Si me enesta el enseñarla  
 Mas que á vos regir la tropa  
 Que tenéis de guarnición  
 En el alcázar de Soria.

*Belt.* Don Juan, á buscaros vengo.

¿Quereis que hablemos á solas?  
 Quiero antes oir á Elvira.  
 o. Esta letra es más redonda.  
 (*Dale otro papel.*)

*Lee, y don Beltran le va diciendole palabras en voz baja.* « Hase orden en las Cortes de Briviesca que para cuantía que el Rey ha de dar al conde de Alencastre, que se demande un conde general al regno. »

o. Don Beltran, silencio.  
 n se va cuando sopla el espíritu santo!  
 nna me deshonra.  
 nas de palmetas  
 na perezosa

Perdonadla.  
 o. (*A doña Beatriz.*) El señor,  
 pre por ella aboga,  
 a á conmutar  
 cía percursoria.—  
 esta noche Elvirá.

Eso...  
*Aparte.*) Mal lobo le coma.  
 Que no salga?

o. Y bajo llave  
 rrada en su alcoba.  
 Por qué?

¿Por qué?  
 o. Porque estamos

pera ruidosa  
 an, que á las doncellas  
 o les trastorna.  
 las que piensen casarse...

o. Y ese altar con tanta rosa  
 iz, ¿no se ha puesto  
 or la ceremonia  
 orar al santo,  
 se silenciosa  
 dió en agua despues,  
 lo á ver si nombran  
 los que vocean  
 le hasta la aurora?  
 No hará eso Elvira.

Sería  
 supersticiosa.  
 o es capaz...

*Aparte.*) No habia yo  
 en ello, y me acosan  
 ibirmelo, tanto,

¿Con que habrá encerrona?  
 Pobre Elvira!

o. Os haré yo

a.  
 Y yo.

*Elv.* Gustosa  
 La admitiera; pero ved  
 Que era entonces ilusoria  
 La pena. (*Aparte.* Asi me liberto  
 De la presencia enojosa  
 De don Juan.) Adios, señores. (*Vase.*)  
*Mendo.* Cuidado tú, cariboba,  
 Con la puerta.  
*Alf.* ¿Abrirla yo?  
 ¡Pues ya! (*Aparte.* Lo he de hacer á posta.)  
 (*Vase.*)  
*Beat.* Venid, por si la presencia  
 Nuestra á don Beltran estorba.  
 (*Vanse doña Beatriz y Mendarias.*)

ESCENA V.

DON BELTRAN, DON JUAN.

*Juan.* Noble don Beltran de Ertl,  
 ¿Qué me tenéis que mandar?

*Belt.* De vos quiero cenñar  
 Un negocio harto sutil.

*Juan.* Cuando salís del castillo  
 A tales horas, barrunto  
 Que es gravísimo el asunto.

*Belt.* El venir es muy sencillo

En noche de tal jarana:  
 Os hablo, y al paso noto  
 Si hay sintomas de alboroto  
 En Soria para mañana.

*Juan.* ¿Qué puede á este vecindario  
 Conmoverle, don Beltran?

*Belt.* Ese préstamo á que dan  
 El nombre de voluntario.

*Juan.* Soria no lo paga.

*Belt.* Veo

Que ignorais una noticia.

*Juan.* ¿Se deroga la franquicia  
 De la quema y el saqueo?

*Belt.* Señor, no hay que hacer asombros:  
 Cura el tiempo los reveses.

*Juan.* ¿Qué dejaron los franceses  
 Aquí? Ceniza y escombros.

*Belt.* Pero en diez y ocho años

Desde esa calamidad,  
 Bien pudo ya la ciudad  
 Reponerse de sus daños;  
 Y fundada en esta base  
 Va la nueva ley de fisco:  
 Con todo, temo un pedrisco  
 Mañana, y dudo que pase.

*Juan.* Si ya la saben algunos,  
 Pondrán el grito en los ciélos  
 Desde hoy, y vuestros recelos  
 No serán inoportunos.

*Belt.* Vamos ahora al encargo  
 Que hace poco recibí



Del Rey, y aunque me honra, á mi  
Me repugna, sin embargo.  
Lo haré; pero al Rey despues  
Diré en frases comedidas  
Que es mal averigua-vidas  
Un soldado aragonés;  
Y si no lo escribí ya,  
No fué por falta de gana,  
Sino porque esta semana  
Parece que viene acá.

*Juan.* ¿Y qué es lo que va conmigo  
En tal averiguacion?

*Belt.* El descubrir quienes son  
Los padres de vuestro amigo.

*Juan.* ¿Quién?

*Belt.* El Bachiller.

*Juan.* ¿Mendarias?

*Belt.* Con él os habeis criado...

*Juan.* ¿Son para bien del estado  
Tales nuevas necesarias?

*Belt.* Trajo un caballero inglés  
El pliego, y á lo que siento,  
En ese descubrimiento  
Pone el Rey gran interés.

*Juan.* ¿Un inglés?

*Belt.* Que ha conocido  
A Mendarias en Bayona.

*Juan.* No equivoca la persona.  
Mendo en Bayona ha vivido.

*Belt.* Es preciso hacer que dé  
Completa razon de todo,  
Preguntándole de modo  
Que hable y no sepa de qué.  
Me lo previenen así.

Vos que sois jóven capaz,  
Disimulado y sagaz,  
¿Me hareis este encargo?

*Juan.* Si.

Pero vos cuya prudencia  
Tal respeto en casa inspira,  
Y tiene en Beatriz y Elvira  
Irresistible influencia,  
¿No hareis para que el desden  
De Elvira se disminuya,  
Y pueda llamarla suya  
Quien muere por ella?

*Belt.* Bien.

Pero no es fácil mandar  
En el ajeno albedrío.

*Juan.* Tampoco el encargo mio  
Es fácil de ejecutar.

*Belt.* Malcasar á una mujer  
Es exponerla á un desastre.

*Juan.* Serviz pudo al de Alencastre  
El padre del bachiller,  
Y por secretas razones  
Quizá les puede importar  
Al Rey y al Duque á la par

Echar al hijo prisiones.

*Belt.* ¡Oh! si haceis un acertijo,  
Lo armareis segun os cuadre;  
Pero en la culpa de un padre,  
¿Qué tiene que ver el hijo?

*Juan.* Padece grave desmedro  
Vuestra memoria, por Dios.  
¿No hay preso, encargado á vos,  
Un hijo del Rey don Pedro?  
¿Un don Juan?

*Belt.* Sí, señor, hayle;  
Y ni de él se me permite  
Hablar, ni que le visite  
Sino un médico y un fraile.

*Juan.* Niño era, y en reclusion  
Le puso cruel decreto.

*Belt.* ¿Es el bachiller sujeto  
De tanta suposicion?

*Juan.* No será ningun infante;  
Pero el cura que nos dió  
Enseñanza, le crió  
Con el esmero bastante  
Para poder afirmar  
Que, enseñándole latin,  
No era hijo de un galopin.

*Belt.* Eso me habeis de aclarar,  
Y os ofrezco en recompensa  
Favorecer vuestro amor;  
Aunque de uno á otro favor  
Hay una distancia inmensa.  
Disimulad la lisura  
Propia de un guerrero anciano,  
Que no adula cortesano,  
Pero tampoco murmura.  
Si Elvira os hace penar  
Porque prefiere el convento,  
A tan respetable intento  
No se puede replicar;  
Pues aunque seais un lince,  
Si á Cristo Judas tasó  
En treinta dineros, yo  
No diera por vos ni quince;  
Y la muchacha, al revés,  
Creo que es tesoro tal,  
Que está el doncel mas cabal  
Con mucho honor á sus piés.  
Mas al fin, si ha de tener  
Esposo, y pocos hay buenos,  
El que la merezca menos,  
Mas la debe de querer.  
¿Es con vos feliz? he sido  
Casamentero de estrella.  
Que no lo es: os mato, y ella  
Se buscará otro marido.  
No hay pues en lo que ofrecí  
Peligro que me acobarde.  
A Dios, y en su gracia os guarde  
Para guardaros de mí. (Vase.)

ESCENA VI.

DON JUAN.

he replicado al viejo;  
ha de quedar impune  
naza, como pueda  
e una pesadumbre.  
ormacion... En ella  
isterio á todas luces;  
be ser misterio  
beneficio redunde  
darias, cuando quieren  
maña lé pregunte.  
mi juntos el cura  
lebrun Celebrunz  
ogió: diré á Mendo  
esito me busque  
mias; y como  
entrambos se confunden,  
as vendrán con ellas,  
dá, y no lo trasluce.

ESCENA VII.

MENDARIAS, DON JUAN.

do. Cuidado con que el encierro  
(Cruzando por el fondo.)  
a la noche dure. —  
señora.  
do. (Llamando á Mendo.) Chit.  
do. (Llegándose á don Juan.) Presa  
a niña; y no dudes  
haberle vedado  
ga la oracion y escuche  
es de los que pasan,  
ara que procure  
no y otro, y logren  
us solicitudes.  
do. Los músicos están cerca,  
re yo les anuncie  
ventana que es tiempo,  
arán.  
do. ¡Qué de embustes,  
marañas te cuesta  
icion que te consume!  
do. Dirás el amor.  
do. El tuyo  
mor *ad utrumque*:  
y al dote. Aquí  
u amor en resumen.  
do. ¿Qué entiende un capigorrón  
?  
do. Cuenta, no me atufe;  
n puedo ceñir espada  
ue me disgaste  
nteo.

Juan. ¿Y la promesa  
Que á don Celebrun y al Duque  
De Alencastre hiciste? ¿Así  
Lo que les juraste cumples?  
Mendo. ¡Pobre cura! Era un presbítero  
De apostólicas virtudes.  
¡Qué de afanes y regaños!  
¡Qué de varas de acebuche  
Le tengo de costa yo!  
Juan. Eras aquí un bulle-bulle  
Insoportable.  
Mendo. Si acierta  
A ser de mayor volúmen  
Aquel ladrillo de marras,  
Te dejo en el sitio.  
Juan. Estuve  
Dos meses descalabrado.  
Mendo. Desde entonces nos reunen  
Los lazos de una amistad  
Que ha de ser indisoluble.  
Tienes derecho á mandarme.  
Juan. No verás que de él abuse.  
Mendo. ¿No es abuso el exigir  
Que atolondre y atribule  
A esa pobre niña, ese ángel  
De candor y mansedumbre,  
Para que harta de aguantar,  
Case contigo? No supe  
Lo que hacia cuando aquí  
De dómine me introduje.  
Juan. Veo que te has hecho en Francia  
Muy tierno.  
Mendo. Soy... *homo duplex*,  
Mezcla de galán y docto:  
Mendarias lidia y arguye,  
Y lo mismo es para él  
*Amo amas que musa musæ.*  
Juan. ¡Oiga!  
Mendo. Díganlo en Bayona  
Damiselas y monsiures.  
Juan. ¿Te querían?  
Mendo. Todas: yo  
Odio las ingratitudes;  
Correspondia: me hallaba  
Con un rival; cada lunes  
Y cada martes habia  
Pendencia.  
Juan. ¡Buena costumbre!  
De fijo á don Celebrun  
Le diste mil inquietudes.  
Mendo. Cuando yo maté al inglés  
Que era de la servidumbre  
Del de Alencastre, por poco  
Le cantan el *de profundis*  
Al viejo. El Duque tambien  
Hizo por mí cuanto pude  
Apetecer: me escondió:  
Sí nó, mi garganta cruje.



*Juan.* La gracia de Dios entonces...

*Mendo.* Por ella y la certidumbre  
De que ordenándome yo  
Lograba quedar inmune  
De la justicia seglar,  
Dije: Ea, que me tonsuren.  
Hago confesion, me imponen  
Una penitencia dulce,  
Pero extravagante; mandan  
Que vaya á Inglaterra y curse;  
Me gradúo; el pobre cura  
De gozo, y de cien octubres,  
Se muere, y torno á Bayona;  
Al de Alencastre le ocurre  
Que entre religioso para  
Que en su gracia continúe;  
Rehusó, enfádase, y vuelvo  
A nuestros lares comunes.

*Juan.* Y nuestra amistad antigua  
Se renueva.

*Mendo.* Me seduces  
Mostrando la cicatriz  
Que hace en tu sien un respunte,  
Y de atormentar á Elvira  
Entro en el villano ajusté.

*Juan.* Por darte ocupacion...

*Mendo.* Me haces  
Verdugo.

*Juan.* Pronto concluyes.  
Y si quieres emplearte  
En cosa que mas te guste...

*Mendo.* Desde luego.

*Juan.* Pues, á ver  
Si mis padres me descubres.  
Tú, Elvira y yo somos huérfanos:  
No hay cosa que mas abunde  
En el día que los hijos  
Fruto de amores volubles;  
Pero se los reconoce,  
Y á nosotros no: me aturde  
Esto, y me obliga á pensar  
Si es que una sangre nos une.

*Mendo.* ¡ Hermanos tú y yo!

*Juan.* A la puerta  
Del piadoso Celebrunex  
Juntos nos echaron.

*Mendo.* Tú  
Envuelto en sedas y tules,  
Y yo en estopa y sayal;  
Tú al cuello con un estuche  
Verde y una alhaja, yo  
Con unas cuentas azules.  
¡ Vaya una igualdad!

*Juan.* No importa:  
Yo estimaré que te ocupes  
En esta investigación;  
O muéstrame los apuntes  
Que te dió don Celebrun

Sobre los dos.

*Mendo.* Es inútil:  
Están en cifra.

*Juan.* Recuerda,  
Hombre, nuestras juventudes,  
Y no me desaires. Mira  
Esta señal.

*Mendo.* Me destruyes  
Con ese argumento, al cual  
Mi resistencia sucumbe.

*Juan.* ¿ Y por qué es la resistencia?

*Mendo.* Razon hay en que la funde.  
¿ No fuimos expuestos juntos?  
Pues cuantos datos ilustren  
El hecho, revelarán  
Tambien quién soy yo; y aburre  
Mucho á un bachiller en cánones,  
A quien hidalgo presumen,  
Salir hijo de un pelgar  
O de una judía.

*Juan.* Anduve  
Con mi súplica imprudente:  
Justo es que por tí renuncie  
A saber mi origen.

*Mendo.* Eso  
Es hacer que se estime  
Mas mi generosidad,  
Y nadie excederme juzgue  
En ella.

*Juan.* (Aparte.) Cayó en el lazo.

*Mendo.* Mañana así que despunte  
El sol, corro las iglesias,  
Y encargo en todas que anuncie  
El predicador que importa  
Mucho para un *casus juris*  
Saber quién abandonó  
A la piedad transeunte  
Dos niños la noche tal;  
Que hay prendas de que resulte  
La identidad del sujeto,  
Y que si él las restituye,  
Por mucho que pida, nada  
Habrá que se le refuse.  
¿ Qué te parece?

*Juan.* Soberbio.

*Mendo.* Cito á mi posada, acuden;  
Y veremos si en tiniebla  
Tal se nos dá una vistumbre.  
Dinero, ¿ habrá?

*Juan.* (Aparte.) Beltran debe  
Pagar... Si. Adios.

*Mendo.* El te ayude.

*Juan.* Yo voy á mi cuarto.

*Mendo.* Yo  
A ver qué galan se luce. (Vanse.)

ESCENA VIII.

FONSA, Y LUEGO ELVIRA.

A los he visto salir :  
 e me ha encargado  
 puerta cuidado :  
 do voy á abrir.  
 recogió,  
 n se encerrará :  
 escuchará.  
*y llama á Elvira, que está adentro.)*

i.

¿No hay nadie ?

No.

y! es mucho rigorismo

*m el cabello tendido y vestida  
 nco.)*

¡alle! ; despeinada,  
 ! ; Hacedis la velada  
 shiben?

Por lo mismo.

en.

Se acaba la paciencia.

e qué deseo

to á paseo,

le negar licencia l

ñora, si es un Nerón

del cleriguillo; —

el estribillo

diar la lección.

que á poco que estudiará,

yo leer.

no queréis aprender?

por cierto.

; Cosa rara !

dar escozor

Te parece

, amiga, escuece

osa peor.

pobre discernimiento

o ha conocido.

leyendo de corrido,

en el convento.

s queréis con harto afan

¿Qué he de querer?

saos.

No puedo ver

de don Juan.

¡icho que dejo

: así tiempo gano :

s que cada mano

n el pellejo.

or qué dudais en decir

A mi ama la verdad ?

*Elv.* ¿Ir contra su voluntad?

¡Jesus! primero morir.

*Alf.* Yo pienso que por el gusto

De doña Beatriz, no fuera

Don Juan á quien escogiera

Para esposo vuestro.

*Elv.* Justo.

Pero él rige el albedrío

De ella como por milagro,

Y yo, por deber, consagro

A doña Beatriz el mio.

*Alf.* A ser yo vos...

*Elv.* ¡Oh! no se hable

De inobediencia formal

A una dama, sin la cual

Fuera yo una miserable.

Voy dando largas, resisto

A medias, á ver si encuentro

Escape : si no le hay, entro

Monja, me caso con Cristo.

*Alf.* Pero, vamos, con franqueza :

Si casaros no quereis

Con don Juan, ¿es que teneis

Quebradero de cabeza?

*Elv.* Yo creo que pide á veces

Un huésped mi corazón.

*Alf.* ¿A quién diera habitacion?

Decid.

*Elv.* Si no le conoces.

*Alf.* ¿Qué no le conozco? ¡Bah!

Esa disculpa no pasa.

Veamos. ¿Quién entra en casa?

¿Es el maestro quizá?

*Elv.* ¡Qué!

*Alf.* No merece desprecio.

*Elv.* No, y aun digo sin rebozo

Que me parece buen mozo

Cuando no sacude recio.

*Alf.* ¿Es don Beltran?

*Elv.* Loca estás.

*Alf.* Me habeis de decir su nombre

Porque os di suelta.

*Elv.* Es un hombre

A quien no he visto jamás.

*Alf.* Tal querer, se me figura

Un poquillo estrafalario.

*Elv.* No te diré lo contrario;

Pero amor todo es locura.

Ni es tampoco una pasión

Lo que siento, no lo creas :

Combato con mil ideas,

Y una vence á la razon.

En fin, de blanco vestida

Me ves, y el cabello suelto :

Es qué á San Juan he resuelto

Pedir que de mí decida.

Tráeme agua.

*Alf.* Aquí está el lebrillo  
De plata.  
(*Sácalo de debajo de la mesa que sirve  
de altar.*)

*Elv.* Quitame al pié  
Izquierdo el chapín.

*Alf.* Bien.

*Elv.* Vê  
Y echa ahora aquel pestillo.

*Alf.* Sí, por si acaso.

(*Mientras Alfonsa cierra, Elvira echa  
agua de uno de los jarrones del altar  
en el lebrillo.*)

*Elv.* El misterio  
Empieza. ¡ Dios de Israel!  
¿ Qué nombre oiré?

*Alf.* Si es Manuel...

*Elv.* Entonces... al monasterio.

(*Pone el pié izquierdo desnudo dentro  
del lebrillo que ha colocado Alfonsa  
frente al altar.*)

Profeta precursor, estrella hermosa,  
Cuya luz anunciándonos venía  
La del místico sol que trajo el día  
Término de la humana esclavitud;  
Que viste al Unigénito del Padre  
Inclinar la rodilla reverente  
Cuando tus manos la divina frente  
Regaron con el agua de salud;

A tí en la noche de hoy en que te place  
Revelar á la virgen amorosa  
Quien ha de ser el que la llame esposa,  
A tí los ayes de mi pecho van.

Y el pié me baño en ceremonia pia,  
Y con túnica blanca el traje imito  
Del pueblo que buscándote contrito  
Cercaba la ribera del Jordan.

Tú ves mi corazón desde la silla  
Que gozas entre mártires triunfante;  
Indeciso le ves y vacilante:  
Dispon ahora de mi honesta fe.

La voz de tus oráculos decida  
Entre el mortal y el vínculo divino:  
Dime á quien debo amar, y mi destino  
Con el que tú me nombres uniré.

(*Suena dentro música y cantan lo si-  
guiente.*)

Maravilla siendo están  
De la gente de Teruel  
Una dama y un galán.  
Finos aman ella y él.

Aprender podrán  
El cariño fiel

Las doncellas, de Isabel,  
Y los hombres, de don Juan.

*Elv.* ¡ Don Juan! — Don Juan dicen.

*Alf.* ; Hemos

Hecho negocio! ; Voto á...!

*Elv.* Pero ¿ qué don Juan será?  
Juanes hay mil.

*Alf.* Escuchemos.

(*Cantan dentro*

Los amantes de Teruel  
Ya es el nombre que les dan.  
Pero ¿ cuándo se unirán?  
Rica es ella, pobre es él.

Con este afán  
Que es tan cruel,  
Penando están.

Pero Isabel  
Quiere á don Juan.

(*Se repite este verso varias ve-*

*Alf.* Que améis á don Juan ordena  
La voz.

*Elv.* Si un Juan indicara  
Que yo sé, no me costara  
Obedecer mucha pena.

### ESCENA IX.

DON JUAN, SALIENDO POR LA PUERTA  
A LA CALLE; DICHAS.

*Juan.* Elvira...

*Elv.* ; Oh Dios!

*Alf.* (*Aparte.*) ; Hay  
Como él?

*Juan.* ; Os he sorprendido?  
No hay por qué: solo he venido  
A sacaros de prision.  
Bajé á la calle, di vuelta  
Por la puerta principal,  
Y no he de llevar á mal  
Que vos...

*Alf.* Yo le he dado suelta.

*Elv.* Os ruego que no digáis  
A madre...

*Juan.* ¿Cuál os encuentro?  
No temáis. Vete tú adentro.

*Elv.* Vete. (*Vase Alf.*)

*Juan.* Hermosísima estais.  
Un ser pareceis, que dudo  
Si á la tierra pertenece,  
Que adoraciones merece...  
¡ Ah! tendreis el pié desnudo.

*Elv.* ; Eh...!

*Juan.* La prueba.

(*Señalando el cal-*

*Elv.* ; Qué ay

Alzad ese chapín.

*Juan.* Le alzo.

*Elv.* Salid mientras me le calzo.

*Juan.* No, que yo os le he de cal

*Elv.* No.

*Juan.* Si.

*Elv.* No.

1. La noche que es,  
ensa.  
Lo permito.  
1 Juan.  
1. No es un delito  
me postre á esos piés.  
*Ve Elvira el pié sobre el escabel en  
e se apoyó para dar lección, y  
n Juan le calza el chapín. Vuelve  
sonar la música dentro, y can-*  
2.)  
este afán  
es tan cruel,  
ndo están.  
1 Isabel  
de don Juan?  
1. ¿Hicísteis ya la oracion?  
La hice.  
1. Soy afortunado,  
nombre que ha sonado...  
Es el vuestro.  
1. La cancion...  
Acaso es vuestra.  
1. Esa es mucha  
cia.  
 Vos cantar  
steis.  
1. ¿Pude acertar  
stábais en escucha?  
A la calle habeis salido...  
1. Por la otra puerta salí.  
Visteis músicos, y...  
1. Vi  
gente haciendo ruido,  
aso me acerqué  
e venir me importaba  
e mi Elvira estaba),  
asion pregunté  
ulla: unos ingleses  
cter algo esquivo  
stán aquí con motivo  
as), poco corteses,  
que promovieron  
lmera: llegó  
de, y les habló,  
se contuvieron;  
a amistad que brilla  
no hay quien la trabuque,  
mil vivas al Duque  
y don Juan de Castilla...  
¿Don Juan de qué? No he entendido.  
1. De Castilla.  
Pues, entero,  
el nombre primero  
rió esta noche mi oído.  
1. Picalis algo en ambiciosa.  
Rey habeis pensado!  
Está el Rey muy bien casado,

Y Dios le guarde su esposa:  
Rijan entrambos la grey  
Que yo gobernar no espero;  
Mas ¿no hay ningun caballero  
Que se llame como el Rey?  
*Juan.* Castilla no es apellido;  
No hay tal linaje en España.  
*Elv.* ¿Fuera cosa tan extraña  
Que empezara en mi marido?  
*Juan.* Ansiábais antes la toca,  
¿Y ya de marido hablais!  
*Elv.* Vos de anunciar acabais  
Mi suerte por vuestra boca.  
Yo con respeto profundo  
Rogué á San Juan me dijera  
Dónde á Dios servir pudiera,  
Si en la celda, si en el mundo;  
Y aquí de mi vocacion  
Dando por vos testimonio,  
Me señala un matrimonio  
Que era toda mi ambicion.  
*Juan.* ¿Qué escucho?  
*Elv.* Una maravilla  
Que al cielo no cuesta nada:  
El me tiene destinada  
Para un don Juan de Castilla,  
Y aquel á quien prefiriera  
Mi pecho sin duda alguna,  
Aquel (mirad; qué fortuna!)  
Se llama de esa manera.  
Don Juan de Castilla nombrae  
Por via de distintivo  
Al triste infante cautivo,  
Y yo mi señor.  
*Juan.* Me asombran  
Ese brie y ese exceso  
De franqueza. ¿Cómo hicísteis,  
Elvira, que conseguísteis  
Hablar al infante preso?  
*Elv.* Si aun no le vi.  
*Juan.* ¿Por escrito  
Fué...?  
*Elv.* No sé escribir tampoco,  
Ni aun leer.  
*Juan.* Me volveis loco.  
¿Le amais por fe?  
*Elv.* Cabalito.  
Cada vez que visitábamos  
A don Beltran en el fuerte,  
Se disponia de suerte,  
Que siempre nos colocábamos  
Frente al torreon aquel  
Que sirve de calabozo  
Al desventurado mozo  
Hijo de Pedro el Cruel;  
Y detrás de los barrones  
De la espesísima reja,  
Cuya distancia no deja

Ver de un rostro las facciones,  
 Parecía allá lejana  
 Movable sombra indecisa,  
 Que ya lenta, ya de prisa,  
 Cruzaba por la ventana;  
 Y que al pasar, entre el son  
 De la cadena rodante,  
 Lanzaba un ay penetrante  
 Que partía el corazón.  
 Y mirando yo á la torre  
 Donde el gemido se oía,  
 Secretamente decía:  
 «Nadie á ese infeliz socorre,  
 Nadie en salvarle se afana;  
 Y en esa cárcel angosta  
 Se aja misera y se agosta  
 La flor de su edad temprana;  
 Y allí vejez prematura  
 Su sien encanecerá,  
 Y allí olvidado tendrá  
 Solitaria sepultura.  
 ¡Cuánto ese hombre estimaría  
 El don de la libertad,  
 O hallar en su soledad  
 Consuelos y compañía!» —  
 Parecióme tal empleo  
 Muy digno de ennoblecér  
 A quien está de su ser  
 Dudosa, cual yo me veo;  
 Y el plan vine á concebir,  
 Que en empeño se convierte,  
 De obtener que se liberte,  
 O con él presa morir.

*Juan.* ¿Quisierais encarejada  
 Sufrir ajeno castigo,  
 Pudiendo vivir conmigo  
 Libre, dichosa y honrada?

*Elv.* Sois argumentante diestro;  
 Pero ¿dudáis en conciencia  
 Que fuera mas penitencia  
 Vivir una al lado vuestro?

*Juan.* ¿De dónde inferir podeis  
 Que conmigo padecais?

*Elv.* Del modo con que tratáis  
 A quien todo lo debeis.  
 No sé qué causa secreta  
 Os da autoridad tan rara  
 Con madre; mas basta para  
 Que yo no me comprometa.

*Juan.* Si de mi parte se pone,  
 ¿Qué direis á su precepto?

*Elv.* Don Juan de Castilla, acepto;  
 Don Juan á secas, perdone.

*Juan.* ¿Con tan ingrata osadía  
 Le responderéis?

*Elv.* Si tal,  
 Que una voz hoy celestial  
 Me reveló mi energía;

Además de ser mal visto  
 Que vos, cual yo vil gusano,  
 Resistais, siendo cristiano,  
 La voz del primo de Cristo.  
 Yo á su oráculo me entrego,  
 Pues fuera error bien notorio  
 Tener con vos purgatorio,  
 Y hallar el infierno luego.

*Juan.* No agraviéis la fe sencilla  
 Que humilde os vengo á ofrecer.

*Elv.* Pero si he de ser mujer  
 De ese don Juan de Castilla.

*Juan.* El Rey con motivo grave  
 Quiere que no tenga medro  
 La sangre del Rey don Pedro,  
 Y que en sus hijos acabe;  
 Y si el don Juan pretendiera  
 Casarse, lo estorbaría.

*Elv.* ¿Y cómo lo impediría  
 Si yo lograra que huyera?

*Juan.* Poner al reino en discordia  
 Merece penas crueles.

*Elv.* Dios manda hacer á los fieles  
 Obras de misericordia.

*Juan.* Vos imposibles tratáis,  
 Desatinando de intento.

*Elv.* Por mas imposible cuento  
 Que á ser mi esposo vengais.

*Juan.* Eso es ya claro decir...

*Elv.* Que está la noche muy buena  
 Para coger la verbena,  
 Y hareis mal en no salir.

*Juan.* ¡Me despedís!

*Elv.* Perdonad:  
 Yo soy la que se despierta;  
 Que á vos ninguno os impide  
 Quedaros aquí. *(Toma una luz)*

*Juan.* Aguardad.

*Elv.* Ea, dormid bien.

*Juan.* ¿Y cómo?

¡Ah! Dejad ese capricho  
 Por don Juan.

*Elv.* Harto os he dicho.  
 Dios me le da; yo le tomo.

*Juan.* Consultad...

*Elv.* ¡Qué tarabilla!  
 Consultaré con la almohada  
 Si será buena casada...

*Juan.* ¿Con...?

*Elv.* Con don Juan de Castil



ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

MENDARIAS, DON JUAN.

¡Te luciste, vive Dios!  
*(Riendo á carcajadas.)*  
 Bien conmigo te divertirés!  
 No te olvidas de don Juan  
 fácilmente.  
 Medidas tengo tomadas  
 el mal se remedie.  
 lo que te dice  
 rizo.  
 ¡Hola! ¿Tiene  
 o la llamada?  
 Y grande.  
 Perfectamente.  
 saberlo.  
 ¿Díste  
 correspondientes  
 el anuncio?  
 Sí.  
 á buscarme fuere  
 enviaránle acá:  
 clara y breve  
 iglesia dejé,  
 a voz á los fleles  
 el sacristan  
 cador. — Me debes  
 algun dinero  
 dar á esas gentes  
 or que nos hacen.  
 ¿Cuánto será suficiente?  
 Poco: cien maravedís  
 viejos.  
 Tú siempre  
 argo,  
 Tú pecas  
 Basta con veinte.  
 ¡Qué miseria!  
 Por tu rumbo,  
 s fueron marqueses.  
 Ya tomara yo que fueran  
 no me recuerdes  
 de mis pañales;  
 por mi bonete,  
 o zapatero  
 or, sin que tiemble  
 decirme; «Seo domine,  
 l nos pertenece.»  
 Igual temor puedo yo

*Mendo.* Es diferente.  
*Juan.* ¿Por qué?  
*Mendo.* Llevas don, y en cuanto  
 Haces, revelas quien eres.  
 Yo me dejo dominar  
 De todos; tú nunca cedés:  
 Combinas un plan, y allí  
 Te fijas, y erre que erre;  
 Aquello ha de ser, y nada  
 De tu designio te mueve;  
 Ni atenciones, ni respetos,  
 Ni sentimientos: de Reyes  
 Tu sangre debe de ser,  
 Pues son los que únicamente  
 Logran que lo que desean,  
 Se haga, cueste lo que cueste.  
 No es muy regio el reparar  
 En el dinero; pero ese  
 Será influjo de la madre.  
*Juan.* Me voy: doña Beatriz viene. *(Vase.)*

ESCENA II.

DOÑA BEATRIZ, MENDARIAS.

*Beat.* Os he mandado llamar  
 Para un asunto no leve.  
*Mendo.* Mayor placer para mí  
 Como á serviros acierte.  
*Beat.* ¿Sabéis que quiere don Juan  
 A Elvira?  
*Mendo.* Y que ella prefiere  
 A otro don Juan.  
*Beat.* Un delirio  
 Es; pero ¿cómo se vence  
 La resistencia?  
*Mendo.* ¿Es Elvira  
 A la voz vuestra rebaldes?  
*Beat.* Si no me atrevo á mandarle  
 Que á don Juan la mano entregue;  
 Si temo hacerla infeliza.  
*Mendo.* Mandad á don Juan que deje  
 La pretension.  
*Beat.* ¡Ay maestro!  
*Mendo.* Señora...  
*Beat.* ¡Ojalá pudiese!  
*Mendo.* Siendo vuestra voluntad...  
*Beat.* Su voluntad es mas fuerte  
 Que la mia.  
*Mendo.* *(Aparte.* ¡Aquí hay misterio!)  
 Don Juan es un mequetrefe,  
 Como yo, un hijo de nadie,  
 Y no le toca dar leyes  
 A....  
*Beat.* No prosigais.  
*Mendo.* Decidle  
 Que vos sois quien le mantiene;  
 Que deje á la niña en paz,

O desocupe este albergue.

*Beat.* Es que él exige que á Elvira diga eso yo cabalmente.

*Mendo.* ¿Lo exige? ¿Puede exigirlo? (*Aparte.*) ¿Será esta su madre?

*Beat.* Puede, Aunque no debiera.

*Mendo.* Entonces ¿Qué sé yo qué os aconseje? De cualquier modo, bondad Sobrada es la que concede Tal poder á un... un intruso Como don Juan.

*Beat.* Él posee Mi confianza... y secretos... Ha manejado papeles Importantes.

*Mendo.* Sí, los hay Que uno los fía, y lo siente Luego.

*Beat.* Hay hallazgos casuales... A él debo que se conserve Integro hasta hoy el mas Precioso de cuantos bienes Gozaba antes de casarme.

*Mendo.* (*Aparte.*) Hijo suyo es.

*Beat.* Me parece Mejor lo que vais á oír.

*Mendo.* Decid, que estoy impaciente.

*Beat.* Yo quiero á Elvira en el alma, Y me reconozco débil Para darle pesadumbre Con rigores aparentes, Con una amenaza en vano, Si los ojos la desmienten. Vos, Mendo, sois la persona Sola á quien Elvira teme : ¿Quereis ver si conseguís Que su capricho deseche Por ese Infante invisible, Y admita á quien la pretende?

*Mendo.* ¿Qué medios he de emplear?

*Beat.* Emplead los que quisiéreis.

Os permito la amenaza De mi abandono.

*Mendo.* De suerte Que... ¿vos me dais firma en blanco?

*Beat.* Sí, Mendo.—Pero se entiende Que no la habeis de afligir Demasiado.

*Mendo.* ¿Qué excelente Carácter!

*Beat.* Idos con tiento, Porque sois un poco agreste.

*Mendo.* Señora, no habeis llegado Todavía á conocerme.

*Beat.* ¡Oh! sí tal; y mas os digo: Vuestras facciones prometen

Mas dulzura que teneis.

Cuando yo os vi... francamente... La cara, la voz, el ser Expósito... ; Me conmueve Tanto un huérfano!...

*Mendo.* ¡Ah señora!

Llanto vuestros ojos vierten;

Llanto vertisteis tambien

Cuando os vi primeramente :

Si algun secreto dolor

Suele agitaros al verme,

Y es de aquellos que se alivian

Cuando hay quien los compadece,

Sépalo yo, y con mis lágrimas

Vuestra amargura se temple.

*Beat.* ¿Sabeis, Mendo, que ese tono, Esas razones corteses

Y sentidas, os están

Muy bien ?

*Mendo.* ¡Pues qué! por haberme

Echado á cuestras el hábito

De San Pedro (y ciertamente

No por mi gusto), ¿creeis

Que tengo el pecho de nieve?

El domine y el amigo

Son cosas muy diferentes.

*Beat.* Lo empiezo á ver.—¿Y sois clérigo

No muy voluntariamente?

*Mendo.* Si recibí la tonsura,

Fué...

*Beat.* ¿Por qué?

*Mendo.* Por una muerte...

*Beat.* ¿Que hicisteis?

*Mendo.* Sí.

*Beat.* Y era el muerto.

*Mendo.* Rival mio.

*Beat.* ; Matasiete

Vos y enamorado !

*Mendo.* Un jóven

Sin padres que le sujeten,

¿Qué ha de ser ?

*Beat.* ¿Fué desafio?

*Mendo.* No los evita un valiente...

O un presumido.—Conozco,

Señora, que no conviene

A mis años el honor

De ser vuestro confidente;

Pero mirad en mí un hijo...

*Beat.* ; Hijo!

*Mendo.* Que á su madre ofrece

Su voluntad, sus deseos;

Que servir de algo pretende

A la que tiene que amar,

Si ha de cumplir sus deberes.

*Beat.* Perdonad, amigo. ; Y yo

Que os creía indiferente,

Y hasta incapaz de ternura!

*Mendo.* Si á vuestro lado se aprende.

ido muy cariñoso  
poco anteriormente;  
as amansaría  
ra mas silvestre  
estro acento no mas.  
. ¡Ojalá que poseyese  
reto!  
*do.* En fin, yo sé  
r los de toda especie.  
ia de ser sacerdote,  
... Tengo yo igualmente  
etito tambien.  
*le Elvira y quédase escuchando.)*

ESCENA III.

ELVIRA, DICHOS.

. Decidlo, si pertenece  
ro origen, decidmelo.  
*do.* No; si es esto: al concederme  
lenes, me impusieron  
itencia siguiente.—  
la Trinidad  
Inglés...  
*(Aparte.)* ¿Esas tiene  
line?  
*do.* Y por cinco años,  
e que decir oyese:  
ame la Trinidad!  
nento he de ponerme  
lias, y besarle  
io al que lo dijere.  
rto que se ha compuesto  
nera, que el presente  
ia el plazo, y aún  
vez arrodilléme.  
t. Secreto de mas cuantía  
. Madre... *(Acercándose á los dos.)*  
t. ¿Qué quieres?  
. Ha venido don Beltran.  
t. Voy corriendo allá. Detente  
ú.  
. Bien.  
t. Y oye al domine  
n deo mis poderes. *(Vase.)*

ESCENA IV.

MENDARIAS, ELVIRA.

. Antes que emplee á refír  
l señor bachiller,  
ue sabré leer  
ronto, y quizá escribir.  
*do.* Yo lo celebro, y confío  
umplireis la promesa.

¿Tirais á ser abadesa?  
*Elv.* ¡Qué! ya se acabó el monjio.  
*Mendo.* ¿Quereis boda?  
*Elv.* Es claro y obvio.  
*Mendo.* Entonces se me figura  
Que está de mas la escritura.  
*Elv.* Si ocurre escribir al novio...  
*Mendo.* En casa vais á tenerle,  
Y siempre mal pareciera.  
*Elv.* No está en casa, que está fuera,  
Y donde no es fácil verle.  
*Mendo.* ¿No es don Juan?  
*Elv.* ¿Tengo yo trazas  
De amar á un don Juan casero?  
*Mendo.* Madre quiere...  
*Elv.* Yo no quiero.  
*Mendo.* Y él espera...  
*Elv.* Calabazas.  
*Mendo.* Dareis un pesar agudo  
A madre, que le apadrina.  
*Elv.* Tambien ella está que trina  
Con ese hombre testarudo.  
¿Por qué mi valor no iguala,  
Y su imperio recobrando,  
No quita á don Juan el mando,  
Y le envia noramala?  
*Mendo.* Ya quiere hacer vida nueva,  
Ya su dominio recobra;  
Mas hace al ponerlo en obra,  
En vos la primera prueba.  
Ved que para convencers  
De hablar por ella me encargo;  
Ved, si se enoja, el amargo  
Conflicto en que habeis de veros.  
Con toda formalidad  
Os ruego que el sí otorgueis:  
De lo contrario, os perdeis.  
*Elv.* ¡Válgame la Trinidad!  
*Mendo.* ¡La Trinidad!  
*(Cae de golpe de rodillas.)*  
*Elv.* ¿Qué os ha dado?  
¿Qué es esto?  
*Mendo.* Cumplir así  
La pena que merecí  
Tiempo hace por un pecado.  
Dejad que os bese la diestra  
Humillado á vuestras plantas.  
*Elv.* Eh, vaya esta vez por tantas  
Como he besado la vuestra.  
*Mendo.* Prosigo, pues... *(Se levanta.)*  
*Elv.* *(Interrumpiéndole.)* Dispensad.  
Yo, sin hacerme favor,  
¿No merezco algo mejor  
Que don Juan?  
*Mendo.* En realidad...  
*Elv.* Si doña Beatriz se enoja,  
Si de su auxilio me priva,  
¿No habrá un alma compasiva



Que en su casa me recoja?

Yo sé servir á una dama,

Yo entiendo hilado y costura...

Vamos, si fuérais ya cura,

¿No me quisiérais por ama?

*Mendo.* Tal vez no. — Si no os casais,  
Haceis á madre perjuicio.

*Elv.* Ese es un puro artificio,

Que para asustarme usais.

*Mendo.* Hay un secreto espantoso...

(*Aparte.*) Finjamos : la aturdiré.

*Elv.* ¿Cuál?

*Mendo.* No puedo...

*Elv.* Guardaré

Mi mano para otro esposo.

*Mendo.* No lo será el que os agrada :

Pensarlo es un desacierto.

*Elv.* Si del uno me liberto,

Ya me doy por bien librada.

Pero es muy rara manía

Que por don Juan abogéis,

Cuando oponeréis debéis

Mas bien á su tiranía.

Vos sois jóven, y jurara

Que habeis loqueado en grande :

¿No encontráis nada que ablande

Vuestro rigor en mi cara?

*Mendo.* ¿Vive Dios! ¿Qué liviandad!

¿Así olvidais mis lecciones?

¿Así las obligaciones?...

*Elv.* ¿Válgame la Trinidad!

*Mendo.* Permitted... (*Arrodillado.*)

*Elv.* Hay que ajustarse

Antes; pronto se despacha :

El besar á una muchacha

La diestra, debe pagarse;

Y un pecador que se humilla,

Disculpa ajenos errores.

*Mendo.* Decid.

*Elv.* Servid mis amores

Con don Juan, el de Castilla.

*Mendo.* De seducirme haceis gala

Vos.

*Elv.* Y no vale mentir;

Mas dejao seducir,

Que esta seducción no es mala.

*Mendo.* ¿Vos quereis que yo prometa...?

*Elv.* ¿Resistireis por ventura

A la mano en que tan dura

Descargábais la palmeta?

*Mendo.* Por Dios...

*Elv.* (*Aparte.*) Veamos si priva

Mas bien con él el ultraje.)

Basta : de vuestro linaje.

Dais prueba en la negativa.

*Mendo.* ¿Cómo?

(*Alzándose de pronto sin besar la  
mano á Elvira.*)

*Elv.* No es de caballeros

A una dama desairar ;

Mas yo no debí rogar,

Porque debí conoceros.

*Mendo.* Supe ya tales habilillas

Mil veces desatender ;

Mas vos lograis encender

El color de mis mejillas ;

Y aunque pudiera excusarme

Con que mi suerte no ordeno,

Pues me tuvisteis por bueno,

Como tal he de portarme.

*Elv.* Con que...

*Mendo.* Cesan mis reparos.

Ya soy vuestro.

*Elv.* Sois la prez

De España. Vaya, esta vez,

Tomad sin arrodillaros.

Es la mano de una amiga. (*Dándosela.*)

(*Aparte.*) Sé que tiene vanidad.

*Mendo.* (*Aparte.*) ¿Qué hermosa! De-

Lo que quereis que consiga ; [terminad

Bien que parece un absurdo

Amar sin saber á quién.

*Elv.* ¿Y es absurdo mi desden

A don Juan?

*Mendo.* Menos me aturdo

De eso : él y todos los Juanes

Habidos y por haber

No merecen poseer

A Elvira.

*Elv.* Para mis planes

Lo primero es apartar

De mí á ese don Juan tan ávido.

¿Le teneis por hombre impávido,

No fácil de amedrentar?

*Mendo.* Ni es cordero, ni es leon ;

Y séalo ó no, se ensaya...

*Elv.* Lograré tenerle á raya

Si me auxilia un campeón.

Don Juan oprime á Beatriz.

Represalia : amenazadle

En nombre mio, y dejadle

Con un palmo de nariz. —

*Mendo.* Será darle zelos.

*Elv.* Hasta

Darle zelos se os consiente.

*Mendo.* Mas dados por un suplente.

Son zelos de mala casta.

*Elv.* (*Aparte.*) ¿Valdrá lo que el bachill

El infante que he pensado

Que me está predestinado?

*Mendo.* ¿Cómo os he de defender?

*Elv.* Como... alumna.

*Mendo.* ¿Elvira!

(*Tomándole una mano*

*Elv.* *Qued*

Que diré : como una hermana.

o. ¡Ah! ved... (Con énfasis.)  
Veo una sotana.

¡Oh! ved el alma que hospedo  
ria apariencia  
aron por mitad  
de mi horfandad  
traña penitencia.  
ra mi el sobejano  
del sacerdocio,  
ventura negocio  
amino mas llano,  
l el devaneo  
posible conquista;  
r pide traio y vista  
co deseo.

¡quieren Infantas;  
n igualdad:  
e que os honre, honrad  
spire á esas plantas.  
á quien van á brindarle  
mor gratis date,  
halla de barato,  
¡nunca en pagarle.  
¡mis demandas,  
notabilidad  
harta novedad  
lan hopalandas  
que entré por enganche  
perdone) en el cléro,  
¡torno al sendero  
le mas ensanche.  
ente mi juventud;  
labios lo acertaron:  
mi pecho inflamaren  
a y la virtud:  
¡esfuerzo penoso  
¡costado el flngir  
y hacer gemir  
¡fn tan hermoso!  
sol de beldad,  
me mostré  
sábelo, fué...

Válgame la Trinidad!  
o. ¡Ah! oid. (Se arrodiña.)  
Aparte.) ¡La salida es chusca!  
o. Oídme, y todo se explica.

ESCENA V.

MELITONA, Dichos.

¡Guárdela Dios, Elvirica.  
¡Fia Melitona, ¿qué busca?  
¡Busco al dómíne.

Escuchad.

(Habla aparte con ella.)  
o. (Aparte.) Para que mi orgullo  
lección! [dome,

Melit. Alce, tome.  
(Llegándose á Mendo.)

¡Yálgame la Trinidad!  
(Mendo besa la mano á Melitona y se levanta.)

Elv. (Aparte.) ¡Qué risa!

Mendo. (Aparte.) ¡Y aun lo celebra!

Elv. (Aparte.) ¡Así fuera tan gallardo  
Como este el preso bastardo!  
A Dios. Y en paz. (Ap. ¡Bien requiebra!)

ESCENA VI.

MENDARIAS, MELITONA.

Mendo. ¿Quién es ella? ¿qué me quiere?

Melit. Repárame y lo verás.

¿No dice el traje que soy  
Plañidera titular?

Mendo. Aquí no se ha muerto nadie.

Melit. Perálvillo el sacristan  
Me dirige á ti, hijo mio,  
Porque parece que estás  
Encargado de informarte  
Sobre ese particular  
De unos niños...

Mendo. ¡Ah! sí.

Melit. Estuve  
En tu posada, y acá  
Me encaminaron.

Mendo. Y bien:

¿Qué me podeis revelar?

Melit. Lo que sé de mi compadre  
Aniceto Barragan.

Mendo. ¿Quién es ese?

Melit. Un sevillano.

Mendo. ¿Noble?

Melit. Maton: ¡una sal,  
Un garbo tenia!

Mendo. (Aparte.) ¡Ay Dios!

¿Tendré consanguinidad  
Con él? ¿Dónde pára ese hombre?

Melit. ¡Ay! paró en el hospital,  
De resultas de un paseo  
Que hizo por esta ciudad,  
Con chilladores delante  
Y envaramiento detrás.

Mendo. ¿Se hizo el amigo de pencas?

Melit. No lo pudo remediar.

¡Murió la prez de Sevilla!

Mendo. ¿Murió?

Melit. Sin publicidad,  
Sin ser visto de ninguno.

¿Quién lo creyera jamás?

En alto acabar debiera;

Bien que espiró en un desván,

Mendo. Ya es algo. (Ap. Me burlo, y casi  
Por él debiera rezar.)

¿Qué tenía con los huérfanos  
Que entender ese jayan?

*Melit.* El los traje de Sevilla.

*Mendo.* ¿Somos andaluces Juan  
Y yo?

*Melit.* ¿Eres aquel Mendillo,  
Aquel travieso rapaz  
Que se llevó á Francia el cura?  
¡Huy! Estás hecho un dean.  
Pues sí, Aniceto os guardó  
Hasta que os hubo de echar  
A la puerta de la casa  
Del cura.

*Mendo.* ¿Teneis señal  
Alguna?

*Melit.* El día que fué  
Sacado á despollillar  
Aniceto, por si acaso  
Le sentaba el aire mal,  
Me mandó llamar, y díome  
Unas prendas á guardar.

*Mendo.* ¿Hay papel ó pergamino  
Con ellas?

*Melit.* Sí que los hay.

*Mendo.* Vaya, pues dádmelos.

*Melit.* ¿Cómo?

*Mendo.* Que los deis.

*Melit.* Y tú ¿qué das?

*Mendo.* Señora, haced vos la entrega,  
Y luego se os premiará.

*Melit.* Dá tú la paga, y despues  
Daré yo mi propiedad.

*Mendo.* ¿Con qué antes?

*Melit.* Antes.

*Mendo.* ¡Oh! no;  
Antes no.

*Melit.* Pues á la par.  
Toma y daca: ya rebajo.

*Mendo.* (*Aparte.* Ello para mi es igual:  
De mi bolsillo no sale.)  
Fijemos la cantidad.

*Melit.* Hijo, en mi oficio hay apenas  
Un ardite que ganar.

De siglo á siglo se muere  
Un sujeto principal;

Para Santiago de Jullo  
Cumplo medio centenar;

Y de día en día voy  
Perdiendo la habilidad

Para quedar sin esfuerzo  
Airosa en un funeral.

Yo que antes, cuando queria,  
Lloraba á cántaros, ya,

Sin la cebolla, no puedo  
Una lágrima arrojar.

Si doy alaridos, cojo  
Una ronquera tenaz,

Y si hago que me repelo,

Me hago daño de verdad.

Por eso, hijo, en este lance

No te debes espantar

Si aprovecho la ocasion.

*Mendo.* Pues decid: ¿acaso hará

Mi dinero que lloreis

Con mayor facilidad?

*Melit.* No; pero tendré con él  
Menos veces que llorar.

*Mendo.* ¿Cuánto, para llorar menos.  
Es lo que neceitais?

*Melit.* Mil maravedis de cobre.

*Mendo.* ¿Mil?

*Melit.* Mil... y pico.

*Mendo.* ¿Serán  
Nuevos, supongo.

*Melit.* (*Aparte.* Subamos.)

Viejos.

*Mendo.* Se os dará el millar.

*Melit.* (*Aparte.* Poco he pedido, pue  
Me pone dificultad.)

Los mil se entiende que son

Por los pliegos nada mas.

Las joyas no entran en cuenta.

*Mendo.* Las joyas ¿qué costarán?

*Melit.* Hay un relicario...

*Mendo.* ¿De oro?

*Melit.* No.

*Mendo.* ¿De plata?

*Melit.* De metal;

Pero menos de doscientos

Maravedis, no saldrá

De mi poder; que aunque liso,

Quizá vale un dineral.

Pues ¡y las cuentas azules!

*Mendo.* No tengo curiosidad

De verlas. (*Aparte.* Son de las mias.

*Melit.* Es que...

*Mendo.* Nada: os quedarán

De beneficio. Y bien, ¿cuánto

Me entregareis lo demás?

*Melit.* Cuando puedas entregarme  
Los dos mil.

*Mendo.* Dismulad:

Son mil y doscientos.

*Melit.* ¿Eso

Son?

*Mendo.* Sí.

*Melit.* Yo no sé contar:

Doscientos y mil, creí

Que eran dos mil.

*Mendo.* Pues errais.

*Melit.* Pues para no errarlo, cuenta  
Los dos mil, y acertarás.

*Mendo.* Venid esta tarde.

*Melit.* Vengo,

Traigo, tomo, doy, y en paz:

Por dos mil maravedis,

á Barragan.  
 re Aniceto ! ; ay ! ; cómo  
 ¡uel espaldar !  
 re compadre mio!  
 re andaluz ! ; ay ! ay !  
 lo. ; Eh, tía, eh !  
 Creí que estaba  
 llevarle á enterrar. (Vase.)

ESCENA VII.

ON BELTRAN, MENDARIAS.

Maestro, esperando estuve  
 vieja carcama!  
 lo. Señor alcaide,  
 e teneis que mandar? [gen...  
 (Aparte. El Rey y el inglés lo exi-  
 es mi sagacidad  
 o!) ¿Hay trazas en Soria  
 hagan creer que habrá

lo. Lo que es por ahora,  
 a tranquilidad.

Me alegro. Don Juan me ha dicho...

lo. ¿Qué cosa?  
 Que ¿cómo andais  
 ubrimientos?

lo. Bien.  
 se va á rasgar  
 de.

¡Oiga! ¿tan pronto  
 con seguridad  
 s dió el ser... á los dos?  
 lo. Sí.

Quisiera presenciar

do. ¿Por qué no?  
 Pues

r la festividad  
 convidada á Elvira:  
 uisiérais honrar...  
 do. ¿En el castillo?

Es mi casa.

do. La llorona traerá  
 s pliegos.

Que vaya  
 zar : avisad...  
 de vive.

do. Corriente.  
 ¡Qué miedo cervical  
 de qué...!

¿Miedo? El hombre  
 de preparar

do. Ya; mas la negra  
 la, la vanidad...

Si se encuentra uno con sangre  
 De Mahoma ó de Caifás...  
 Entrañas de tigre tiene  
 Todo padre que es capaz  
 De abandonar á sus hijos  
 Con tal inhumanidad.

Belt. ;Entrañas de tigre! Vaya,  
 Que eso es mucho ponderar.  
 Puede un hombre á veces...

Mendo. Nunca  
 Puede hacer una ruindad.

Belt. ¿Ruindad llamais...?

Mendo. Condenada

Por la fe, por la moral.

Belt. Hombre...

Mendo. (Aparte. Don Beltran se turba :

¿Será el padre de don Juan?)

¡Negar su nombre, su amor,  
 Su cuidado paternal  
 A una infeliz criatura,  
 Que tal vez perecerá  
 De miseria!

Belt. Se le puede  
 Asistir sin declarar  
 El nombre.

Mendo. ¿Y quién el cariño

De los padres suplirá?  
 De los vicios que contraiga  
 Por efecto regular  
 De esa educacion un hijo,  
 Cuenta al padre pedirá  
 La justicia del Señor  
 En su recto tribunal.

Belt. ¿Y si el hijo no es vicioso?

Mendo. Cualquiera infelicidad  
 Que sufra, todas las lágrimas  
 Que vierta, recaerán  
 Sobre el padre despiadado...

Belt. Bachiller de Barrabás,  
 Puede no ser infeliz.

¿No estais viendo un ejemplar  
 En la casa? Juan y Elvira  
 ¿Qué echan menos?

Mendo. ¿Ignorais  
 Tal vez que doña Beatriz  
 Va de su lado á lanzar  
 A Elvira...?

Belt. ;Qué oigo!

Mendo. ¿Y que el otro  
 Sufriera el propio desman,  
 Si doña Beatriz tuviese  
 Un poco de aliento mas?

Belt. ;Justo Dios! ;Y me decia  
 Que los iba á desposar!

Mendo. Contra su gusto.

Belt. ;Por qué?

Pues ¿quién la precisará  
 A dar su consentimiento?

*Mendo.* La ingrata importunidad  
De don Juan, la fuerza. Elvira  
Le odia.

*Belt.* ¿Qué es eso de odiar?  
¿Quién es ella para odiarle  
Sin un mandato especial?

*Mendo.* (*Ap.* Le defiende: es su hijo.) Yo  
Os voy á desengañar.  
Elvira tiene otro amor.

*Belt.* ¿Qué superficialidad! —  
¿Quién es?

*Mendo.* Don Juan de Castilla.

*Belt.* ¿Jesucristo! ¿Aquel baután?  
Mejor iria con un  
Pobre de solemnidad.  
¿Y á mí se me calla todo!

Es una loca de atar  
La chica, y doña Beatriz,  
Que no la corrige, mas,  
Esto no ha de ser. Señora. (*Gritando.*)  
Don Juan, Elvira, llegad. (*torpetá?*)

*Mendo.* (*Aparte.* ¿Habré hecho alguna  
Oid.

*Belt.* ¿Voto á mi solar,  
Mendo, que ha sido el hablaros  
Inspiracion celestial!

#### ESCENA VIII.

DOÑA BEATRIZ, ELVIRA, DON JUAN,  
DICNOS.

*Belt.* Señora, bastante tiempo  
Usé de vuestra bondad;  
Demasiado tiempo fui  
Esclavo del qué-dirán  
De una familia orgullosa  
Y de un pundonor falaz.  
El depósito que os di,  
Os lo vengo á reclamar,  
Porque yo desde este día  
Principio á ser su guardián.  
¿Soy padre!

*Mendo.* (*Aparte.*) Juan es el hijo.

*Juan y Elv.* ¿Padre de quién?

*Belt.* (*A doña Beatriz.*) Publicad  
A quién dió el ser Magdalena  
De Falces, mi angelical  
Esposa.

*Juan y Elv.* ¿Fuisteis casado?

*Beat.* Y lo tuvo que ocultar.

*Belt.* Aun despues de muerto el idolo  
De mi amor.

*Elv.* (*A Beatriz.*) Hablad.

*Juan y Mendo.* Hablad.

*Beat.* Abraza á tu padre, Elvira.

*Elv.* ¿Padre!

*Belt.* ¿Hija mía!

*Mendo.* (*Aparte.*) ¡Fatal  
Descubrimiento!

*Juan.* (*Aparte.*) Es legitima.

*Mendo.* (*Aparte.*) ¿Y estaba yo por  
Que iba á ser masculina esta  
Recuperacion filial!

*Elv.* Vos siempre sereis mi madre  
*Beat.* Siempre me lo llamarás.

*Elv.* De alcaldesa va á tenerme  
Vuestro tocayo, don Juan. (*Aparte*)

*Belt.* Hoy hallas padre; mañana  
Tendrás esposo.

*Juan.* Aceptad

Mi enhorabuena.

*Elv.* (*A Beltran.*) ¿Y quién...?

*Belt.*

No lo debe preguntar

Una niña bien criada:

El que la den, tomará.

(*Aparte á ella.*) Si don Juan resulta  
Con don Juan te casarás.

*Juan.* (*Ap.*) El me prometió...

*Elv.* ¡Ay Mendarias! (*A*)

*Mendo.* (*Ap. á ella.*) En Dios y  
[C

### ACTO TERCERO.

Sala en el castillo de Soria. Una puerta  
fondo, otra á un lado, y al opuesto ve  
Mesa y siales.

#### ESCENA PRIMERA.

DON BÉLTRAN, DON JUAN.

*Juan.* Es echar por el atajo.

*Belt.* Todavía estoy perplejo.

*Juan.* ¿No os parece mi consejo...

*Belt.* Me parece vil y bajo.

*Juan.* No sé qué tenga de vil  
Cumplir una órden real.

*Belt.* ¿Es cosa noble y marcial  
Convertirme en alguacil?

Presos sabré mantener

Aqui los que se me fien;

Mas ¿que á un alcalde le envien

Mandato para prender!

*Juan.* ¿No fué el convidar á Mend  
Para ponerle á recado?

*Belt.* Solo me estaba mandado  
(Por eso en ira me enciendo)

Traerle, para que hablara

plorador  
 mi buen millor  
 instrucciones  
 y, y su excelentísima  
 os, con poquísima  
 de expresiones :  
 a la Melitona,  
 título, y leído,  
 ¡ Mendo un cumplido,  
 aja en chirona. » —  
 lido ni qué aenga  
 gor ablanda ?  
 fadid que el Rey lo manda,  
 tal vez le convenga.  
 ¿ quién ? ¿ á Mendo ? Eso irrita.  
 Il ha sido un perdulario ;  
 sedentario  
 mas necesita.  
 fuérais vos...

¿ Y entendéis  
 Rey prenderle quiere ?  
 rad : lo que no os dijere,  
 lo preguntéis.  
 menos sería  
 que si no...

Hablemos

Nada tenemos  
*(Afectando despejo y orgullo.)*  
 en la materia.  
 La muchacha no se libra  
 que yo á propósito  
 : á ver si este expósito  
 : de buena fibra.)  
 lissimula  
 ede soportaros ;  
 a de auxiliares  
 e, resulta puala.  
 como yo la adoro-aún...  
 o le haceis grande merced.  
 a no es mi igual ; mas creed  
 e lo comun  
 que le es molesto.  
 designaos.

Me resigno ;  
 de amarla indigno  
 ara tan presto.  
 Quereis haceros justicia  
 Pues confesad  
 estro amor, la mitad  
 es, es codicia.  
 hasta ahora  
 ña hechicera,  
 coheredera  
 i fiel protectora,  
 : « No me prive  
 pe presunta  
 todo se junta

Si ella mi mano recibe. »  
 Hoy dan mas brillo á sus prendas  
 Caudal nuevo y jerarquía,  
 Y decís : « Bueno sería  
 Pillar entrambas haciendas. »  
 Está muy bien calculado ;  
 Pero sirvaos de gobierno  
 Que no quiero para yerno  
 Un huérfano desechado.

Juan. No imaginéis que yo tilde  
 Vuestra determinación :  
 Conozco mi situación,  
 Y me toca ser humilde.  
 Quizá hoy descubra en mi abono  
 Que sangre noble heredé ;  
 Pero me consolaré  
 Si no ; que no lo ambiciono.

Belt. ¿ Cómo no ?

Juan. Si mi homenaje  
 Con gusto Elvira aceptara  
 Siendo yo hidalgo, me holgara  
 De ser hombre de linaje :  
 Esto es poco meritorio.  
 Para ella, y en consecuencia  
 Espero sin impaciencia  
 Noticias de mi abolorio ;  
 Y oigo sin indignación  
 Llamarme hijo de desecho,  
 Porque os debo de derecho  
 Respeto y veneración.

Belt. Ese respeto es ya mengua :  
 Mas hubiera yo querido  
 Que con el rostro encendido,  
 Trémula de ira la lengua,  
 Me dijérais : « Don Beltran,  
 No hay que mirarme con ceño,  
 Porque el grande y el pequeño  
 Todos son hijos de Adán. » —  
 ; Respeto ! ¿ Qué hidalgo sufre  
 Lo que yo os digo, con calma ?  
 Vos teneis de nieve el alma,  
 Y la del noble es de azufre.  
 Sabed que un experimento  
 Fué esa palabra afrentosa :  
 Elvira por melindrosa  
 Me tenia descontento ;  
 Que nó es bien que me despoje  
 Yo, por ser ella una perla,  
 Del poder de establecerla  
 Con aquel que se me antoje.  
 Dijo con tal arrogancia  
 Que os aborrece, que el modo  
 Me irritó mucho, con todo  
 Que no hace mal en sustancia ;  
 Y afirmo por San Jerónimo  
 Que si os me poneis soberbio  
 Aquí, si me hablais con nervio  
 Al nombraros hijo anónimo,

Me seducís, se me altera  
El caletre, pierdo el tino,  
Y emparentar determino  
Con vos, quiera ella ó no quiera.

*Juan.* (*Aparte.*) ¡Ah! [mático  
*Belt.* Pero os vi tan fle-

En el instante fatídico,  
Que tuvc ya por verídico  
Lo que antes fué problemático.  
Debéis tener sangre hebrea;  
Yo gasto un humor diabólico,  
Y no trata un buen católico  
Con gente de esa ralea.  
Cuando la llorona llegue,  
Yo como real ministro  
Haré con vos el registro  
De las señales que entregue;  
Os daré luego en dinero  
De tal servicio el salario  
(Porque oleís á mercenario  
Vestido de caballero);  
Y si aquí nunca volvéis,  
Si en la calle, al encontrarme,  
Os pasáis sin saludarme,  
Un grande favor me hareis.

*Juan.* Vereis que sin vacilar  
Os serviré complaciente.  
(*Aparte.*) ¡Vive Dios, viejo insolente,  
Que me las has de pagar! (*Vase.*)

## ESCENA II.

ELVIRA, DON BELTRAN.

*Elv.* Padre...

*Belt.* ¿Qué ocurre?

*Elv.* ¿Son ciertas  
Las sospechas que he formado?  
¿Estáis conmigo enojado?

*Belt.* Me alegro de que lo adviertas.

*Elv.* ¿Porque os dije que se fragua  
En mí cierta propension...?

*Belt.* Es que tal declaracion  
Merece encierro á pan y agua.

*Elv.* Yo me someto al castigo.

*Belt.* ¡Ah! ¡bueno!

*Elv.* Pero si erré,  
Fué solo que equivoqué  
El padre con el amigo.

*Belt.* Eso muda de apariencia.  
Salvando la dignidad  
Paterna, ya la amistad...

*Elv.* Permite alguna licencia.

*Belt.* La mayor satisfaccion.

*Elv.* Lo de la inclinacioncilla  
A don Juan el de Castilla,  
Fué solo una indicacion  
*Hecha al amigo.*

*Belt.* Muy bien.

*Elv.* Hubiera dicho á mi padre:  
Haced de mí lo que os cuadre,  
Por siempre jamás, amén.

*Belt.* Esto es ser honrada y buena.

*Elv.* Yo mi obligacion acato.

*Belt.* Eres el vivo retrato  
De mi pobre Magdalena.  
Sigue, con tu voz recreáme.

*Elv.* ¿Filial ó amistosamente?

*Belt.* Como á tí mas te contente.

*Elv.* A lo amigo.

*Belt.* Pues tutéame.

*Elv.* Si nos oye algun soriano,  
Dirá que os faltó al decoro:  
Que así se hablan mora y moro.

*Belt.* Tambien hermana y hermano.

*Elv.* A ver si cojo el estilo.

Beltran...

*Belt.* ¿Qué quieres?

*Elv.* Pedirte

Un favor.

*Belt.* ¿Puedo servirte?

*Elv.* ¡Oh, sí!

*Belt.* Cuenta con él: dílo.

*Elv.* Como hago de piedad gala,  
De ver al infante trato.

*Belt.* Le verás dentro de un rato.

*Elv.* ¿En la torre?

*Belt.* En esta sala.

*Elv.* ¿Sale de allí el prisionero?  
¿Quién ese milagro hizo?

*Belt.* Es que hay un don Juan postiz  
Y otro don Juan verdadero.

*Elv.* El don Juan original

¿No es el que preso se encuentra?

*Belt.* No: quien hoy en cárcel entra,  
Es el Infante real.

*Elv.* ¿Y hasta hoy en la torre pena  
Otro lo que no debía?

*Belt.* La deja un don Juan vacía,  
Y el otro don Juan la llena.

*Elv.* No entiendo esa trapisonada,  
Y toma el diálogo un sesgo...

*Belt.* Oye, pues que nada arriesgo,  
La verdad monda y lironda.

Muerto don Pedro en Montiel

A manos de don Enrique,

Se fué su poder á pique,

Y rindiéronse en tropel

Al vencedor en un punto

Los pueblos que aun peleaban,

Menos Carmona en que estaban

Los hijos del Rey difunto.

Quitóse al fin el padrastró,

Y cuando en Carmona entró

El Rey, un niño encontró

Que dijeron de la Castro.

res yo estaba en la creencia,  
 pública fama,  
 con Pedro esa dama  
 descendencia.  
 en la misma persuasión  
 Rey; mas se hallaron  
 se demostraron  
 edó sucesion  
 una sevillana,  
 ocultarse honesta;  
 a el hijo de esta  
 de doña Juana  
 pasar se hacia,  
 la duda acordado,  
 á razon de estado,  
 i carceleria:  
 era intentar  
 nombre valer  
 el precaver  
 remediar.  
 Beltran Claquin  
 ; union bastarda  
 en su guarda,  
 francés paladin  
 ando de Soria  
 ar posesion  
 de donacion  
 ; ilustre memoria.  
 la ciudad al francés  
 eudo prestar...  
 él la mandó saquear...  
 quemaría luego.

Pues;  
 rebeldía  
 el aventurero  
 al Rey por dinero,  
 ió la alcaldía. [tan...!  
*Aparte.*) ¡Oh! ¡qué pormenores  
 yo en esta fortaleza  
 con mi cabeza  
 nces, de don Juan.  
 in sacerdote  
 l cabo se ha hecho...  
 n galan de honra y provecho.  
 n tonto de capirote.  
 Cierta?  
 El que te figurabas  
 brillante, eximio,  
 cara de jimio...  
 ty Dios!  
 No vale dos habas.  
 Es por ventura bisojo?  
 abal. Y ha estado perlático.  
 No tiene una tos de asmático

Y es bastante cojo.  
 ya?

Sí.

*Belt.* ; Prohibídolo  
 Tengo, y te le dejan ver!

*Elv.* Yo no queria creer  
 Que fuera él.

*Belt.* Pues es tu ídolo.  
*(Aparte.* Yo di la órden...) ¿Te entusiasma  
 Ese Adónis todavía?

*Elv.* La obra de mi fantasía  
 Se trueca...

*Belt.* En una fantasma.  
 Como que del cautiverio  
 Sale el pobrecillo tal,  
 Que de aquí irá al hospital,  
 Y desde allí al cementerio.

*Elv.* El don Juan de alto coturno  
 Será cosa muy distinta.

*(Aparte.)* Si no tiene mejor pinta,  
 El pronóstico nocturno  
 Queda sin ejecucion.

*Belt. (Aparte.)* Confundida ya la noto.  
*Elv.* Atemos el hilo roto,

Beltran, á la relacion.

*Belt.* De un hombre de poco lastre  
 No has de ser tú.

*Elv.* Cuando gustes...

*Belt.* A efecto de los ajustes  
 Hechos con el de Alencaestre,  
 Dicen que ahora resulta  
 Por un exámen prolijo  
 Quién es de don Pedro el hijo  
 Y de aquella dama oculta.

La hermanastra del bastardo  
 Que hoy de Alencaestre es duquesa,  
 Dió al Rey la notiola; y esa  
 Es la causa porque aguardo  
 Que el descendiente genuino  
 De la prosapia que se odia,  
 Sea bajo mi custodia  
 De una torre hoy inquilino.

*Elv.* ¿Con que si á don Juan se encierra,  
 Sufre que se le encadene  
 Su hermana?

*Belt.* Hija, así conviene  
 A Castilla y á Inglaterra.

*Elv.* Y en caso de interesar  
 A los dos reinos coger  
 Y encerrar á esa mujer,  
 ¿Se dejaría pillar?

*Belt.* Como amigo y sin enfado,  
 Te diré que una muñeca  
 Bien puede hilar á la rueca,  
 Pero no hilar tan delgado.

*Elv.* ¡Libreme el señor San Roque  
 De tales deudos y hermanas!

*(Oyese á lo lejos tocar á rebato.)*

¡ Calle! tocan las campanas  
 En la ciudad.

*Belt.* Ese toque...



*Elv.* Es á rebato.  
*Belt.* Ya inflero  
 La causa : está alborotada  
 Ya Soria.  
*Elv.* Si hay asonada,  
 El futuro prisionero  
 No vendrá.  
*Belt.* No iré á cogerle  
 Yo.  
*Elv.* Ni yo lo permitiera.  
 Verle prender lo sintiera...  
 (*Aparte.*) Pero mucho mas no verle.

## ESCENA III.

DOÑA BEATRIZ, ALFONSA, DON BELTRAN,  
 ELVIRA.

*Beat.* ¿Oís? ¿oís? ¿Qué alboroto  
 Es este, señor alcalde?  
*Belt.* El préstamo voluntario,  
 Sin duda.  
*Elv.* Decídmelo, padre,  
 Si es voluntario ¿por qué  
 La gente ha de alborotarse?  
*Belt.* Es voluntario el pedirlo ;  
 Pagarlo es inevitable.  
 Repetir quiero á mi tropa  
 Las órdenes dadas antes. (*Vase.*)

## ESCENA IV.

DOÑA BEATRIZ, ELVIRA, ALFONSA.

*Alf.* Mirad, mirad.  
 (*Asomándose á la ventana.*)  
*Elv.* ¡Cuántos vienen  
 Al castillo á refugiarse!  
 (*Llegándose á la ventana también.*)  
*Alf.* Son judíos de la Aljama.  
*Beat.* Gente opulenta.  
*Elv.* Y cobarde.  
*Beat.* Dos motivos de temer.  
 Inspiración de algún ángel  
 Fué venirnos al castillo.  
*Elv.* Si, señora; en todo trance  
 Estamos seguras.  
*Beat.* ¡Ay!  
 ¿Y tu maestro?  
*Elv.* ¡Qué diantre!  
 Y es verdad. Estaré inquieta  
 Mientras que Mendarias falte...  
 Y don Juan.  
*Beat.* Don Juan aquí  
 Está.  
*Elv.* Si son tres los Juanes.  
 Juan el de casa, otro Juan

Que entra en esta, y el que sale.  
*Beat.* No entiendo...

## ESCENA V.

DON BELTRAN, DICHAS.

*Belt.* No hay que te  
 Por ahora.  
*Beat.* ¿No se sabe  
 De Mendo?  
*Belt.* Pronto estará  
 Aquí : con los capellanes  
 Nadie se mete.

## ESCENA VI.

MENDARIAS, MELITONA, DETRAS  
 JUAN, DICHAS.

*Mendo.* Señores...  
*Belt.* ¿Veis?  
*Melit.* ¡Ah!  
 (*Dejándose caer en una silla.*)  
*Juan.* ¿Puedo presentar  
 (*A don Beltran desde la puerta.*)  
*Belt.* Hombre, sí : luego que digo  
 Yo dos ó tres sequedades,  
 Tan amigos como siempre.  
*Melit.* ¡Ay! ¡ay! ¡qué miedo tan grande  
 Nunca he llorado con menos  
 Esfuerzo.  
*Belt.* ¿Qué novedades  
 Hay en Soria?  
*Mendo.* Poca cosa  
 Es : gritos descomunales,  
 Carreras, pedradas, muchas  
 Lanzas y espadas al aire,  
 Ocho ó diez vecinos muertos...  
*Beat., Elv. y Alf.* ¡Muertos!  
*Mendo.* Unas casas que at  
 Otras que se han de arrasar,  
 Orden de fortificarse  
 Otras; en fin, todo es una  
 Miseria que nada vale.  
*Juan.* ¿Tan poca importancia das  
 A tales atrocidades?  
*Beat.* En efecto...  
*Melit.* ¡Ay Jesus mío! (*Sollazan*)  
*Elv.* Me pongo esta vez de parte  
 De don Juan : es la primera,  
*Melit.* ¡Diez van ya! (*A Alfonso*)  
*Alf.* Esos funerales  
 Mas teneis.  
*Elv.* Y ¿cómo ha sido  
 Que á esos infelices maten?  
*Mendo.* Eran los que sostenian

mo se pagase.  
quiénés eran?  
Haedo,  
Artal, los Garayes,  
fin, los que están  
lo gravámen,  
en de donde  
se les saque.  
¿y los nobles?  
¿Y el clero?  
o resisten?  
No tal.  
Hacen  
a todos.  
¿Cómo?  
licad...  
Hasta los frailes  
rechazar  
a que trae  
se halla en un pueblo  
guas distante.  
¿qué...?  
Si el tributo alcanza  
toda clase?  
toda: á nobles...  
¿A nobles!  
dama...  
¿Qué disparate!  
doncellas...  
¿A nosotras  
viudas...  
¿Qué infame  
sirvientes...  
¿Qué horror!  
ornaleros, estudiantes,  
, hasta al santo  
los altares.  
solo sabía el cupo,  
o lo reparten.  
es justo es  
otros se levanten.  
atísimo.  
¿Atropellar  
n respetables!  
ue el pechero.  
No paso  
pague nadie.  
é repúblico habrá sido  
gran dislate?  
una ciudad hasta ahora  
argas casi,  
a...  
Que rehusan  
más ciudades.  
las, en efectó.

Beat. Y todas  
Consiguen que se recaude  
De otro modo.  
Melit. Hablando ahora  
De recaudar, si aprontaste (A Mendo.)  
Aquellos maravedís,  
Segun me has dicho, los traes,  
Y te entregaré los...  
Mendo. ¿Tienes (A don Juan.)  
Aquel dinero?  
Juan. Sí.  
Mendo. Dásele  
A esta mujer.  
Juan. Tomad.  
(Da una bolsa á Melitona, que vacía el  
dinero sobre una mesa, y lo cuenta.)  
Melit. ¿Vos  
Pagais?  
Juan. Yo... por el alcalde.  
Melit. ¿Mendo es rico? (Ap. á don Juan.)  
Juan. No.  
Melit. ¿Va á serlo?  
Juan. Va á ser perpetuo habitante  
Del alcázar.  
Melit. ¿Eso hay?  
Bell. Hija,  
Puedes de aquí retirarte,  
Porque debemos quedarnos  
Solos.  
Elv. Haced que me llamen,  
Si viene don Juan.  
Bell. Ya estoy.  
(Vanse Elvira y Alfonsa.)  
Mendo. Yo no trato de quedarme  
Tampoco.  
Bell. Si tal.  
Juan. Sí.  
Mendo. Tú  
Que las nuevas deseaste,  
Oyelas y goza en ellas;  
Noticias desagradables  
Como las que espero yo,  
Recíbalas lo mas tarde  
Posible. Ahí va eso.  
(Deja un envoltorio sobre una mesa.)  
Bell. Bien,  
De todo os daremos parte  
Despues.  
Voces. (Dentro.) ¡Arma, arma!  
Bell. ¡Demonio!  
Dent. (Muy lejos.) ¡Vivan nuestras li-  
Bell. ¿Qué es esto? [bertades!  
Dent. (Mas cerca.) ¡Viva el Rey!  
Bell. (A una ventana.) ¡Firmes!  
Tratan de dar un ataque  
Los sorianos al castillo;  
Yo mando en él: dispensadme.  
Vos, señora, y vos, don Juan,

Mirad eso, y Dios os guarde.

*Mendo.* Yo os sigo; y si hay cuchilladas, Ya vereis ¡con qué donaire Sacudo! (*Vanse don Beltrán y Mendarias.*)

ESCENA VII.

DOÑA BEATRIZ, DON JUAN, MELITONA.

*Melit.* ¿Con que á los dos Se me remite?

*Juan.* Sí: dame Los testimonios. Sentaos. (*Sientanse todos.*)

*Beat.* ¿Qué cosa va á averiguarse?

*Juan.* Los padres de Mendo, y míos Quizá.

*Beat.* Es muy interesante.

*Juan.* (*Ap.*) En verdad que el corazon Ya fuertemente me late.

*Melit.* Tomad.

(*Desenvuelve un pañuelo, y saca de él un pergamino, un relicario, un rollo de tiras de lienzo, unas cuentas azules, etc.*)

*Juan.* Venga: un relicario

Cerrado. ¿Cómo se abre

Esto?

*Beat.* Ya probaré yo

Luego.

*Juan.* Unas cuentas de jaspe

Azul.—Compañeras de estas.

(*Tomando otras del envoltorio que dejó Mendarias.*)

*Beat.* Unas tiras de pañales.

*Melit.* Unos de lienzo muy rico;

Mas los otros...

*Juan.* Una clave.

Esto es lo que importa mas.

Por ella ha de descifrarse

El escrito que ha dejado

El bachiller.

*Beat.* Confrontarle.

(*Don Juan pone la clave, que es un pergamino calado, sobre otro pergamino ó papel que trajo Mendarias.*)

¿Sacas algo en limpio?

*Juan.* Sí.

Cosas muy particulares.

(*Aparte.*) Don Beltran nada me ha dicho

Del motivo de encerrarle...

¿Si será....?

*Beat.* Lee, por Dios.

*Juan.* (*Ap.*) ¿Vendremos á ser rivales?

*Melit.* Leed.

*Juan.* (*Lee.*) « En el nombre de Dios, amén. Sepan cuantos esta carta vieren, como yo don Pedro, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, etc. »

*Beat.* ¿Es el Rey don Pedro...?

*Juan.* Sí, señora, el otorgante.

(*Lee.*) « Por mi alma salvar é desembargarme á fuer de caballero, declaro de haber conocido á una doncella sin decilla mi nombre, á la cual ansimesmo voto jurado fice de callar el suyo. »

*Beat.* ¿Otra desdichada, victima De los caprichos reales!

*Juan.* (*Lee.*) « É porque la dicha dama, que agora va á ser casada en Soría, si algun dia le pluguiere, haya razon é manera donde conocer el fijo que ella puso en mi poder para que fués criado, digo que á una legua de la mi ciudad de Sevilla... »

*Beat.* De Seyilla...

*Juan.* (*Lee.*) « Puse en su cuello por mi mano un dia de San Juan... »

*Beat.* ¿De San Juan!

*Juan.* (*Lee.*) « Una joya de oro de precuada labor é de finos balajes... »

*Beat.* ¿Una joya de balajes!

*Juan.* (*Lee.*) « Con una cifra como la que he fecho entallar por dentro en un relicario de cobre, que se abre sutil é disimuladamente de la propia guisa que la joya. »

*Beat.* Ese relicario... venga.

*Juan.* Señora...

*Beat.* Sigue, adelante.

*Juan.* Os indisponéis.

*Beat.* No, no.

*Juan.* Pugnais por abrir...

*Beat.* Dejadme.

Seguid, leed.

*Melit.* Sosegaos.

*Beat.* Leed.

*Juan.* (*Ap.*) Principio á inquietarme.

(*Lee.*) « Este relicario y carta habrá consigo, en señal de su nacimiento, el infante fijo mio é de la dicha dueña, de quien me fice llamar don Alfonso, como mi padre. »

*Beat.* ¡El es!... y la cifra es esta;

(*Abriendo el relicario.*)

Sobran las demás señales.

*Juan.* ¡Vos... de don Pedro...!

*Beat.* ¡Oh rubor!

¡Madre de Dios! amparadme.

(*Se desmaya.*)

*Melit.* Señora... — ¡Socorro!

*Juan.* ¡Cielos!

De Mendarias es la madre.

ESCENA VIII.

ALFONSA, DICHOS.

*Melit.* Venid, venid.

*Alf.* ¡Mi señora

¡a!

Pronto: al aire:  
Esa estará

Vamos.

Ayudadme.  
*na y Alfonsa se llevan á doña  
iz á un cuarto que está á un lado.)*

ESCENA IX.

DON JUAN.

scubrimiento! Adios  
nzas y planes.  
su hijo; no heredo  
atriz; va á amarle  
yo voy á ser  
l comun desaire;  
me abandonado,  
, miserable.  
e buena gana  
.. Aunque lo rasgue,  
orta ya? Fuera en vano,  
Beatriz lo sabe.  
mos de leer  
ones fatales.  
s la fecha? En Toledo,  
os días antes  
para Montiel.  
t el desastre  
que le esperaba,  
econciarse  
lo ese Rey mónstruo,  
de cien linajes.  
gue?  
Dicho infante mi fijo ha sido dado  
asimesmo con otra joya de me-  
or que se guarda en un estuche

Tambien es  
que al abandonarme  
con.  
« Que tiene labrada en marfil una  
l bienaventurado Ildefonso. »  
Ildefonso!  
«Y ha sido baptizado con el nombre  
uan. »  
n! Un rayo me mate.  
n! ¿Luego yo soy hijo  
— ¿Será que me engañe? (Lee.)  
hijo de don Pedro.  
aldecido á mi padre!  
alli de vergüenza  
aliento yace,  
a me tuvo en su seno!  
ia, perdonadme. —  
quif me declaro,

Van al punto á encarcelarme:  
A un hijo del Rey don Pedro  
No hay quien de prision le salve.  
¿Qué he de hacer?

ESCENA X.

MELITONA, DON JUAN.

Melit. Ya ha vuelto en sí.  
Juan. ¡ Gracias á Dios! Voy...  
Melit. Infante,  
Oid.  
Juan. ¿Cómo es eso? ¿Qué?  
Melit. ¿Os admirais de que os trate  
Como debo?  
Juan. ¿Sabes tú...?  
Melit. Sé que debeis contemplarme,  
Si no quereis que os encierren  
Para siempre en una cárcel.  
Juan. ¿Te has quedado con algun  
Pergamino?  
Melit. En esta márgen,  
(La inferior de la clave.)  
¿No veis unas ondas? Prueba  
De que han debido cortarle  
Un pedazo.  
Juan. Y tú le guardas.  
Melit. Le guardaba para un lance.  
Juan. ¿Le has leído?  
Melit. Yo no sé  
Leer; pero el personaje  
Que me le entregó, me dijo  
Las palabras literales  
Escritas allí.  
Juan. ¿Y qué...?  
Melit. Si uno  
Las borrara, y en dos frases  
Pusiera...  
Juan. Habla bajo. ¿Qué?  
Melit. ¿No lo adivináis?  
Juan. Declárate.  
Melit. Que á Mendo y á vos...  
Juan. ¿Un trueque?  
Melit. Sí. — ¿Qué os parece?  
Juan. Admirable.  
Melit. Huir, no podeis; por una  
De tantas casualidades,  
El castillo está cerrado.  
Juan. ¿Cómo he de recompensarte?  
Melit. No soy codiciosa yo,  
Ni gusto de estos enjuagues;  
Pero porque cuando muera,  
Me pueda á mí llorar álguien...  
Juan. Acaba.  
Melit. Dadme quinientos  
Maravedís en rescate  
(De plata se entiende), y uso

De mis plenas facultades,  
Y se os desinfanta.

*Juan.* Advierte  
Que urge escribir al instante  
Eso.

*Melit.* Don'te presos hay,  
Como aquí, ¿pensais que falte  
Algun escribiente diestro  
En esas habilidades?  
Corre de mi cuenta.

*Juan.* Yo  
No tengo suma tan grande  
Conmigo: pero esta noche  
Ve á casa.

*Melit.* Quiero fiarme  
De vos esta vez.

*Juan.* Pues corre  
A eso.

*Melit.* Voy.

*Juan.* Y no tardes, [hijo

*Melit.* (*Aparte.*) Él nunca dirá que es  
Del Rey: bien hago en pelarle. (*Vase.*)

*Juan.* Encubramos, por ahora,  
El esplendor de mi sangre;  
Que día vendrá despues  
En que se muestre brillante.  
Orgulloso don Beltran,  
Tiembla ya del que injuriaste:  
Elvira será mi esposa,  
Y tendrás que resignarte  
▲ consentirlo.

#### ESCENA XI.

DON BELTRAN, MENDARIAS, ELVIRA,  
DON JUAN.

*Mendo.* Tuvieron  
Por fuerza que retirarse.

*Juan.* ¿Los amotinados?

*Mendo.* Pues.

*Belt.* Que ellos alboroten, pase;  
Razon tienen; mas pensar  
Que habia yo de entregarles  
El fuerte, eso no: primero  
Sufrir que me despedacen.

*Elv.* Y mientras tanto don Juan...

*Belt.* Le vas á ver. — ¿Aclarásteis  
Aquel negocio?

*Juan.* No falta,  
Para que todo se aclare,  
Sino un escrito que pronto  
Vereis.. (*Aparte.*) ¡Dios mio! ¿quién sale?

#### ESCENA XII.

DOÑA BEATRIZ, QUE SALE APOYADA EN  
ALFONSA; DICROS.

*Beat.* Don Beltran... un caballero  
(*Hablando con fatiga*)

Como vos, que por oficio  
Tuviera el bien, el servicio  
Del Rey don Juan el primero...  
Que por la guerra civil  
Hubiera visto arrasados  
Pueblos, montes y sembrados  
Desde el Ebro hasta el Genil;  
Que temblara con la idea  
De ver entre furia y duelo  
Nuevamente en este suelo  
Arder la extinguida tea...  
Si supiese de un contrario  
Del Rey, que blasfema de él,  
Y del que murió en Montiel  
Fué constante partidario;  
¿Cómo con ese enemigo  
Vasallo tan fiel obrara?  
¿Qué afecto en vos excitara  
Esa persona que os digo?

*Belt.* Mientras un real mandato  
Me dejara algun residuo  
De albedrío, á ese individuo  
Le dijera: « Mentecato,  
Si no quieres dar lugar  
A que te eche la garra,  
Cállate, ó vete á Navarra  
O Aragon á blasfemar. »

*Beat.* ¿Y si en su acaloramiento  
Vuestro aviso no admitiera?

*Belt.* Yo el aviso repetiría  
Una vez y otra, hasta ciento.

*Beat.* ¿Y si á vos la comision  
Os dieran de la captura  
De esa persona?

*Belt.* Ya apura  
Mucho la suposicion.

El propio Amadis de Gaula  
Dijera: « Ya hice y no poco,  
Por vos: ¿disteis en ser loco?  
Pues os zampo en una jaula. »

*Beat.* Pues bien: yo que no me arredo  
Ante el poder que hoy blasona  
Real, yo soy la persona  
Que fué parcial de don Pedro.

*Belt.* ¿Vos?

*Mendo y Elv.* ¿Vos?

*Beat.* Yo la que en ardien

Quejas sin cesar insulta  
A quien en vida sepulta  
A sus deudos inocentes.

*Juan y Belt.* Señora...

Yo rica fembra,  
as fortificadas,  
on los Moncadas  
; yo la que si siembra  
iciosa semilla,  
arto mas al estado  
que ese desdichado  
on Juan de Castilla,  
rde juventud  
en prison á gemir,  
solo salir  
en un ataud;  
n, la que con sollozo  
do se conceda  
uan, que partir pueda  
o su calabozo.  
¿ Con vos?

¿ Por qué?  
(*Aparte.*) ¡ Ah! ya comienzo  
ar el por qué.  
Sobrado tiempo callé;  
scrúpulos venzo.  
dama el pudor  
adre mostrarse debe.  
¡ Madre!

Sí: porque la plebe  
iedo mofador  
ñiale, yo elijo  
asar el umbral  
astillo fatal,  
o, me roba un hijo.  
¿ Hijo vuestro?

¿ Vuestro?  
o. ¿ Quién?  
(*Aparte.*) ¡ Qué ansia!  
El del Rey destronado,  
oy será encarcelado,  
l mio tambien.  
o. ¿ Vos madre de don Juan?  
Sí,  
uan que está presente.  
Con su nombre ó diferente?  
o. ¿ Aquí está el infante?

ESCENA XIII.

MELITONA, DICHOS.

Aquí.

lo un pergamino de don Beltran.)  
Leed.  
le la clave y el otro pergamino.)  
). No seais tardo.  
¿ No le dice una voz fiel  
guno que es aquel  
razos aguardo?  
). Eh, la voz del corazon

Es de las mas engañosas:  
A mí me dice mil cosas,  
Y todo será aprension.

*Bel.* « (*Leyendo.*) Seyendo cercano de mi  
finamiento yo Lope Arias, conosciado por  
Aniceto Barragan, declaro de haber con-  
fesado al clérigo Celebrun Celebrunex, como  
he tomado para mí (que non debiera) el  
cabdal que me dió el Rey para la crianza  
de un su fijo; é atraido por el deseo de me-  
jorar al que hobe yo de mi difunta, cambié  
ropas y señas á dambas criaturas para  
echarlas; é por ende, el niño que llevaba un  
papel en que decia haberse baptizado con el  
nombre de don Juan, es mi fijo legitimo  
Mendo, y el que decia llamarse Mendarias  
es el verdadero don Juan, fijo del Rey don  
Pedro. »

*Mendo.* ¡ Ah! mi pecho non mentia.

*Beat.* ¡ Hijo querido del alma!

(*Se abrazan.*)

*Juan.* (*Aparte.*) Me salvé.

*Melit.* Ved cómo empalma

Un troso y otro. (*Juntando los de la clave.*)

*Bel.* ¡ Garcia! (*Llamando.*)

*Elv.* ¡ Mi maestro!

*Bel.* (*Aparte á Elvira.*) La verdad,

Hija: ¿ este don Juan inclina

Tu amor?

*Elv.* Dios me le destina;

Cúmplase su voluntad...

Y sea la vuestra.

(*Sale un soldado con una bandeja cu-  
bierta con un tafetan.*)

*Bel.* Infante  
(*De rodillas con la bandeja en las manos.*)

Don Juan, en la precision

De cumplir mi obligacion

(Que es hoy harto repugnante),

Ya que á mi Rey satisface,

Desquitarme con vos quiero,

Reparando caballero

El mal que súbdito os hice.

Esto os dá mi soberano:

(*Descubre la bandeja: hay en ella unas  
prisiones.*)

Preso quiero que vivais

Él; yo, si vos me aceptais

Por suegro, os doy esta mano.

(*Tomando la de su hija.*)

*Beat.* ¿ Es posible?

*Mendo.* ¡ Oh dicha!

*Juan.* (*Aparte.*) ¡ Oh rabia!

*Mendo.* Vos... (*A Elvira.*)

*Elv.* Segun vos, el deber

Filial es obedecer.

*Juan.* ¿ Y si el monarca se agravia

(*Interponiéndose.*)



De que sin su venia...?

*Belt.* Espero

Que no.

*Mendo.* ¡Bah! Por de contado:

Un hombre que se ha dejado  
Atrapar como un cordero,  
Un Infante, sin razon  
Justa preso, me parece,  
Señores, que bien mereca  
Alguna indemnizacion.

*Beat.* (*Aparte.*) Salvarle será mi anhelo.

*Mendo.* (*Ap.* Quizá me libre mi esposa.)

Señor... madre... Elvira hermosa...  
Estoy tan... así... tan lelo  
Con esto de mi linaje...  
Y lo de aquella bandeja...

(*Don Juan tira del brazo á Mendo.*)

Y con este, que no deja  
Que uno piense en su noviaje,  
Que lleno de cortedad,  
No sé si mi diestra unir...

*Elv.* Vaya, os tendré que decir:

¡Válgame la Trinidad!

(*Mendarias se arrodilla y besa la mano á Elvira.*)

## ACTO CUARTO.

### ESCENA PRIMERA.

(*Es de noche aun, pero cerca de amanecer.*)

DON BELTRAN, ELVIRA, SOLDADOS.

*Belt.* En su puesto cada cual  
Con brio, con decision.

Nada importa que tengamos  
A ese pueblo gritador  
Dentro de la cerca, nada;  
Sois valientes, y ellos no;  
La tregua que nos dan, muestra  
Su falta de corazon.  
Marchad.—Si algun preso trata  
De huir, muera.

*Elv.* ¡Qué rigor!

Exceptuad por lo menos...

*Belt.* Para nadie hay excepcion.

Alanceado en el acto:

Oís?—El embajador

De los rebeldes, que venga:

Yo mi seguro le doy.

(*Vanse los soldados.*)

*Elv.* ¡Ay padre! ¡qué horrible noche!

*Belt.* ¡Buena ha sido, voto al sol!  
Salen don Juan y la vieja

De aquí, reina la mayor  
Quietud un rato, y de pronto...

*Elv.* ¡Qué estruendo! ¡qué confusion!  
Esos judios que dentro  
De la muralla exterior  
Tienen sus casas, habrán  
Abierto algun boqueron...

*Belt.* Tendrá el concejo la traza  
Por la cual se fabricó

Este fuerte, sabrá alguna  
Fácil comunicacion  
Para poder penetrar

En la Aljama, y la ocupó.

*Elv.* Pero si ciegan el foso,

Si labran algun ponton...

*Belt.* Se abre la puerta, matamos  
Al que entre, y se concluyó.

Márchate á rezar con doña

Beatriz, y estad sin temor. (*Vase Elvira.*)

### ESCENA II.

DON JUAN, DON BELTRAN.

*Belt.* ¿Sois vos el comisionado?

*Juan.* Señor don Beltran, yo soy.  
Me han supuesto amigo vuestro...

*Belt.* ¡Extraña suposicion!

¿Y qué quiere la ciudad?

*Juan.* Cosa que sin deshonor

Podéis otorgar. El pliego

Vuestro al Rey, se interceptó.

*Belt.* Dudo...

*Juan.* Vedle. ¿Os quedará  
Duda?

*Belt.* Ya ni la menor.

Este lo llevaba Frias.

¿Y el que llevaba Muñoz?

*Juan.* Eran los correos...

*Belt.* Eran,

Por si uno fallaba, dos.

*Juan.* No le hace. En este anuncios

Al Rey que ya se prendió

Al hijo del Rey don Pedro.

Un pueblo en agitacion

Pide un jefe; si libramos

A don Juan, nos es deudor

De un beneficio, que es fuerza

Comprometa su teson

A defendernos: es rica

Su madre, el jóven precoz

É Infante: aclamarle, pues,

Caudillo nuestro y señor,

Ya podeis imaginar

Lo bien que nos pareció.

*Belt.* Mas yo tengo aquí el objeto

ra proclamacion.

Para que nos le entregueis,

un de mediador :

asi del castillo

o la guarnicion

..

¿ Antes de vencer

como vencedor ?

El castillo va á ser nuestro.

Pues es una indiscrecion

pidais á don Juan,

o cogerte vos.

¿ Rehusais... ?

¿ Que si rehuso ?

¿ Ocurrió

¿ Ocurrió ?

Escuchad.

¿ Qué ?

¿ Ocurrió ?

Otra mejor.

¿ Ocurrió ?

¿ Ocurrió ?

¿ Ocurrió ?

¿ Ocurrió ?

¿ Ocurrió ?

¿ Ocurrió ?

¿ Ocurrió ?

¿ Ocurrió ?

¿ Ocurrió ?

¿ Ocurrió ?

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

Decid en estos

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

¿ Oh !

*Juan.* Solo por ella

Me puse á alborotador.

*Belt.* Don Juan Mendo Barragan,

Quien antes os la riegó,

Dice ahora que si haceis

Otra demanda ulterior,

Sin respetar el seguro

Va á tiraros de un balcon.

*Juan.* Mas calma, si no quereis

Hacer ese viaje vos.

*Belt.* ¡ Oiga ! ¿ De dónde esos humos... ?

*Juan.* De mi... de mi posicion.—

¿ Me negais á Elvira ?

*Belt.* Sí.

Ya á don Juan palabra dió.

*Juan.* ¿ Y si fuera yo don Juan... ?

*Belt.* ¡ Ridicula pretension !

*Juan.* ¿ Qué me dijerais ?

*Belt.* Dijera :

Venid á ser defensor

Del castillo, quedad preso

Despues, ganad el amor

De Elvira, y con ella os caso.

*Juan.* Vuestra muerte decidid

Esa respuesta quizá,

Don Beltran : sangre y horror

Sembraré en este castillo :

Pronto á mi disposicion

Elvira, sin padre, y lejos

Del esposo que eligió,

Tendrá por ventura grande

Hallar en mí un protector.

*Belt.* ¡ Protector suyo... ! ¡ Mendarias !

Vos, cobarde ó baladron,

Me irritais siempre. Idos fuera.

*Juan.* Un choque exterminador

Va á empezar : doña Beatriz,

Que de madre me sirvió,

Se halla aquí ; sepa yo de ella

Si prefiere esta mansion

A la suya en la ciudad.

*Belt.* ¡ Alfonsa ! (Llamando.)

*Juan.* (Aparte.) Crimen atroz

Fuera dejar á mi madre

Aquí.

ESCENA III.

ALFONSA, Dichos.

*Alf.* ¿ Sois vos quien llamó ?

*Belt.* Sí. Doña Beatriz, que venga.

(Vase Alfonsa.)

Muy breve conversacion

Os permito. Beatriz creo

Se quedará.

*Juan.* Tal vez no.

*Belt.* Donde está su hijo...



*Juan.* Es probable  
Que ceda á mi persuasión.  
(*Vase don Beltran.*)

## ESCENA IV.

Doña BEATRIZ, DON JUAN.

*Juan.* Señora, rápidos huyen  
Los instantes que os dedico :  
A don Beltran significo  
Los riesgos que le circuyen,  
Y nada en su ánimo influyen :  
Su orgullo le va á perder :  
Seguidme para no ver  
La lid que se va á trabar,  
En que el hierro popular  
Sangre á rios va á verter.

*Beat.* ¿ Van á entrar á sangre y fuego  
Los bárbaros sitiadores ?  
Desvanece mis temores :  
Dime la verdad, te ruego.  
Cuando á ver un hijo llevo,  
¿ Debo temblar por su vida ?  
El, yo, esposa, padre, unida  
Tenemos todos la nuestra ;  
Y herido uno en la palestra,  
Sentiremos tres la herida.

*Juan.* Salvar á todos pretendo ;  
Mas ya recelo y desmayo :  
Don Beltran provoca el rayo  
Que le amenaza tremendo :  
Quiere morir combatiendo  
Con inútil vanagloria ;  
Opone á su hueste Soria  
Por cada espada cuarenta :  
Bien poca duda presenta  
De quién será la victoria.

*Beat.* Yo no me puedo apartar  
Del hijo que al fin recobro.  
¿ Dios mio ! en el mundo sobro ;  
Llévame tú en su lugar.  
No pudo menos de armar  
Beltrán su diestra briosa :  
Quiere lidiar por su esposa ;  
¿ Le perderé por valiente ?  
¿ No respetará esa gente  
Su real sangre generosa ?

*Juan.* Para hacerse respetar,  
Esté preso y no combata ;  
Pero lidiando, se trata  
De morir ó de matar.  
Eso es querer arriesgar  
Su vida, sin proteger  
La vuestra : ese proceder  
Os debe hacer inferir  
Que el que os expone á morir,  
De vos no pudo nacer.

Un hijo á quien en verdad  
El nombre de tal le cuadre,  
Debe alejar á su madre  
De un sitio de mortandad.  
Por eso de la ciudad  
Aquí vengo á ver si humilla  
Su teson quien acaudilla  
Esas lanzas mercenarias.  
No es hijo vuestro Mendarias ;  
Yo soy don Juan de Castilla.

*Beat.* Vano es quererme engañar  
Con tan grosero artificio ;  
Que ya la causa malicio,  
Y es fácil de adivinar.  
Tú me quieres heredar ;  
Tú, que fuiste mi verdugo  
Desde que al cielo le plugo  
Que supieras mi deslíz,  
Con ese cuento infeliz  
Quieres volverme á tu yugo.  
Nunca te abandonaré :  
Mi esposo te protegió ;  
A mí te recomendó ;  
Yo su encargo cumpliré.  
Pero ¿ pretender que dé  
Mi maternal aflicion  
A quien en toda ocasion  
Debi dureza y desdenes ?  
Jamás : usurpa mis bienes,  
Déjame mi corazon.

No pido que traigas pruebas  
De tan villana impostura :  
Prueba es contra tí segura  
Conocer el fin que llevas  
Admiro, si, que te atrevas  
A venir con esa traza  
Que mi seno despedaza,  
Cuando há tanto que estás viendo  
Cómo ha latido por Mendo,  
Y cómo á tí te rechaza.  
¿ Hijo de mi seno hidalgo !  
¿ Hijo tú de sangre regia !  
Quien la tiene tan egregia,  
Siempre lo revela en algo.  
Ni del tronco de que salgo,  
Ni del real eres rama.  
¿ En qué muestras tú la llama  
Que al pecho noble hace hervir ?

*Juan.* ¿ No es noble saber sufrir  
Una acusacion que infama ?  
La vieja y yo supusimos,  
Por no quererme dejar  
Para siempre encarcelar,  
Que el día que expuestos fuimos  
Yo y Mendo, un trueque sufrimos,  
Que no se verificó.  
Mano comprada escribió  
Las líneas que visto habeis ;

on, y lo sabreis  
no que las trazó.  
madre : sí. Dudad,  
será duda vana ;  
uchad á esa anciana :  
ireis la verdad.  
abandonad  
o mal seguro ;  
aunque tan duro  
con suponéis,  
vivo hasta que esteis  
lado del muro.  
No es posible.

Aprovechemos

opicia ocasion,  
tras la rebelion  
a fuga tracemos.  
o al Rey tenemos ;  
su seguridad  
sigue ; renunciad  
que me hace guerra,  
nemos otra tierra  
ego y libertad.  
es dent. ¡ Libertad ! ¡ libertad !

(Ruido de armas.)

¡ Cielos !

igo ?  
2. Rompióse la tregua,  
t. ¡ Por la ciudad el alcázar !  
1. Dentro del castillo suenan  
e lidian.  
t. La ciudad  
ado á su promesa.

ESCENA V.

ELVIRA, Dichos.

n. ¿ Qué es esto, Elvira ?  
Los presos  
rebrantado las puertas  
encierros, y ya  
las torres alientan  
orianos que abajo  
, para que acometan.  
re les hace frente ;  
an con ellos pelea  
en ; pero ya un tropel  
or las escaleras  
brir, y echar el puente.  
haced que se detengan  
rianos, id.  
n. Seguidme. (A Elvira.)  
vos tambien con ella. (A Beatriz.)  
. Pero ¿ y don Juan ?  
n. Yo os prometo  
r de que no padezca  
uan de Castilla.

Dent. Arriba,  
Arriba.  
Juan. Vamos apricsa.  
Beat. Yo te acompaño.  
Elv. ¡ Dios mio !  
Velad vos en su defensa. (Vanse.)

ESCENA VI.

MELITONA, PRESOS ARMADOS.

Melit. Señores presos, por Dios,  
Libértense enhorabuena ;  
Mas no hagan un atropello  
Con una honrada doncella.  
Un preso. Calle.  
Melit. No soy del castillo,  
Señores ; vine de fuera :  
Don Juan consigo me trajo  
Para...  
Preso. Entregue cuanto tenga.  
Melit. Para servir de testigo  
A todo lo que él dijera. —  
Deje la manga.  
Preso. ¿ Qué tiene  
Aquí ?  
Melit. Nada.  
Preso. A ver si suelta.  
Melit. (Aparte. ¡ Maravéis de mi alma !)  
Son medallas.  
Preso. Es moneda.  
(Sacándola un bolsillo.)  
Melit. Miren que no es mio.  
Preso. ¿ Qué  
Nos importa de quien sea ?  
Si no es suyo, nada pierde ;  
Si es suyo, tenga paciencia.  
(Vanse los presos.)  
Melit. ¡ Los quinientos que me ha dado  
En oro don Juan, se llevan !  
Oigan, escúchenme por  
La Virgen de las Candelas. (Vase.)  
Dent. ¡ Viva don Juan de Castilla !

ESCENA VII.

MENDARIAS Y SORIANOS, TODOS ARMADOS.

Mendo. ¿ Qué importa que viva ó muera  
Para que de mano armada  
Entreis en la fortaleza ?  
¿ De este modo la ciudad  
Un armisticio respeta ?  
Sor. 1º. La fuerza que ya mandaba  
El castillo, hizo la entrega :  
Que se nos dé por los presos,  
Que don Beltran lo rindiera,  
Todo es lo mismo : el tomarlo

Era cierto : él señorea  
La ciudad ; ella no puede  
Hacer una resistencia  
Temible sin él ; y entonces  
La corte no conviniera  
En revocar el tributo  
Que á todo el reino subleva.

*Sor.* 2º. Haciéndonos respetar ,  
Lograremos que se avenga  
El Rey á un reparto justo,  
Y la condicion primera  
Del trato ha de ser que os nombre  
Marqués de la ciudad nuestra.

*Mendo.* ¿ Yo vuestro señor ?

*Todos.* Si, si.

*Mendo.* Mil gracias por la fineza.  
No puedo...

*Algunos.* Aceptad.

*Mendo.* No debo...

*Sor.* 1º. Cuando Soria lo desea...

*Mendo.* Ni soy...

*Sor.* 2º. ¡ Oh !

*Mendo.* Ni soy capaz  
De desairar tal oferta.

*Todos.* ¡ Vitor !

*Mendo.* (*Aparte.* A ver si reduzco  
A esta gente, de manera  
Que ellos logren lo que quieren,  
Y el Rey un favor me deba.)  
Amigos míos...

*Todos.* Vasallos.

*Mendo.* Vasallos amigos, fuerza  
Es sobre la causa pública  
Tener una conferencia.

*Todos.* Sí.

*Mendo.* Celebrémosla al punto.

*Todos.* Al punto.

*Mendo.* (*A uno.*) Que se suspenda  
Toda hostilidad : no sigan  
A don Beltran.

*Sor.* 3º. Él se aleja,

(*Mirando por una ventana.*)

Y se han parado los nuestros.

*Mendo.* A mi madre se prevenga  
Que cuide de Elvira.

*Sor.* 3º. Bien. (*Vase.*)

*Mendo.* Sillas.—La sesion comienza.

(*Siéntanse todos.*)

Honrados varones, de Soria vecinos,  
Que al hijo de Pedro señor elegis,  
Que firme rechace consejos dañinos  
Al Rey inspirados en mal del país:  
Oídme primero que pública jura  
Recíproca ligue la vuestra y mi fe :  
Sincero mi labio la suerte futura  
Revele del pueblo que yo regiré.

*Sor.* 1º. Oigamos.

*Sor.* 2º. Pues habla con mucho despejo.

*Sor.* 4º. Y anuncia mas fondo que im-  
[porta quizás.

*Sor.* 1º. Por mozo de brio le nombra el con-  
Con todo, él es dócil, y harásele mas. [cejo.

*Mendo.* Engendro de un padre bizarro y  
Nacido en aquella lozana region [valiente,  
Que riega del Bétis la clara corriente,  
Con alma respiro de bravo leon.

Críeme abatido soñando grandezas,  
Hambriento de goces vedados á mí :  
Desquítame ahora, nadando en riquezas,  
Del tiempo azaros que pobre vivi.  
De sedas y de oro se teja mi ropa,  
Soberbios palacios albergue me den,  
Gentiles donceles me sirvan la copa,  
Y hermosas me ciñan de flores la sien.

*Sor.* 4º. Palacios nos pide.

(*Aparte á los que están á su lado.*)

*Mendo.* Mas no se presume  
Que pueda el regalo mi aliento menguar :  
Tendido en el lecho de mórbida pluma,  
Proyectos de guerra sabré meditar.

Hermanos me quedan que gimen en grillos :  
Yo juro salvarlos; mi estado armaré :  
Vasallos que saben entrar en castillos,  
Pondrán como en este, en otros el pié.

*Sor.* 1º. Señor, ¿ puede Soria lidiar con un

*Sor.* 2º. El juicio ha perdido. [reino?

*Sor.* 1º. ¡ Qué temeridad !

*Sor.* 4º. Señor, soy un hombre que ya canas  
Mostraros quisiera... [peino:

*Mendo.* Buen viejo, callad.

Si el título de ayo alguno se arroga,  
Y tiene el capricho de darme leccion,  
Recele que al cuello le ciña una soga  
Un dia la mano del rudo sayon.

*Algunos.* ¡ Ay ! ¡ qué humos !

(*Murmullo general.*)

*Mendo.* ¿ Qué es eso ?

*Sor.* 4º. Yo digo que á un tigre,  
A un mónstruo, rehuso mi voto prestar.

(*Vase.*)

*Mendo.* Si Dios no le inspira que calle y  
[emigre,  
Del mónstruo le juro que se ha de acordar.—  
(*Murmullos.*)

Mi arenga no agrada, y yo no adivino  
Por qué mis razones disgustan así :  
Quien no esté contento, que siga el camino  
Del buen ciudadano que parte de aquí.  
¿ Por qué he de ofreceros como un San Fernan-  
Ser pio, y prudente como un Salomon, [do  
Si en mi sus pasiones está renovando  
El Rey de Castilla que fué su Neron ?

*Sor.* 2º. ¡ Infama á su padre !

*Mendo.* Traed á mis arcas  
Tesoros ; yo quiero la pompa oriental :  
Fabríquese el nieto de tantos monarcas,

placeres, un reino ideal.  
Sereis un perdido.

Sereis un tirano.  
Y quése prometel pueblo infeliz  
de un yugo que amaga lejano,  
y otro cargar su cerviz?  
desangra con recios tributos,  
yo dueño, ¿saldreis del afan?

¿atiga los míseros frutos  
orados entonces serán. [grande.  
firad, pues en eso razon tiene, y  
Pondránse de acuerdo monarca y

[señor,  
obre Soria tendrá en quien la  
mpuestos un ejecutor. [mande,  
de un brazo que está siempre  
distante, el golpe evitar. [encima,  
El nombre de un dueño me pone  
[ya grima;  
sonada ¿ cómo ha de acabar?

Declare el Infante con toda fran-  
cosotros cuál es su sentir; [queza  
na fingido tan mala cabeza,  
¿a hacernos á un punto venir.  
Que diga, que diga.

¿Quereis de lo hecho  
ataja posible sacar?

Es llano.  
Mirando su bien y provecho,  
nobleza armóse á la par.  
Pues bien : el impuesto, en menos  
parto al Rey ofreced. [cuantía,  
El tercio.

Corriente. Si á mi se me envia  
abajada, tendrélo á merced;  
ir con otro, persona pudiente.  
Sí, vaya el Infante y lleve la voz.  
Bien que es en la corte mi riesgo

[eminente,  
el peligro de hoz y de coz.  
¿, haciendo la salva rendido  
rotesta de eterna lealtad, [tenido  
os que han muerto, la culpa han  
alterado ayer la ciudad.

Y solo á tal punto su empeño  
[nos trajo.

Al fin era gente de poco valor,  
que debe, quien queda debajo,  
malo pasar por autor.  
ue pinto al Rey apagada  
tella de lucha civil,  
a sorda mantiénese armada,  
¿e lleve asomo de hostil.  
mprende cuál es el partido  
¿ liberta de un recio vaiven;  
¿ inero que se ha recogido, [amen-  
o á los muertos, *requiescant*,  
se cruzan, el hecho se abona,

Se dan al Rey vivas, hay fiesta y sermon,  
Renuévase el lazo de pueblo y corona,  
Y dura la calma... hasta otra ocasion.

Sor. 1°. Sí, sí : que se abracen tan cuerdos

Todos. Tal es mi dictámen. [consejos.

Sor. 2°. Mil gracias se os dan.

Sor. 1°. Honor á este jóven que enseña á

Sor. 2°. Que viva el infante. [los viejos.

Todos. Que viva don Juan.

ESCENA VIII.

DON JUAN, DICHO.

Juan. Huyó el alcalde : los árboles  
De la convecina selva  
Nos le han ocultado. Tiempo  
Es ya de que se proceda  
A la eleccion...

Mendo. Otra cosa  
Tiene la ciudad resuelta.

Juan. ¿ Cómo?

Mendo. No quiere encargar  
A nadie que la proteja.

Sor. 2°. Le sale caro.

Sor. 1°. Y ha visto  
Que sabe hacerlo bien ella.

Juan. Con que mi proposicion...

Sor. 1°. Se ha pensado...

Sor. 2°. Y se desecha.

Mendo. Retiraos á elegir  
El que ha de ser mi colega.

(*Vanse los sorianos.*)

ESCENA IX.

MENDARIAS, DON JUAN.

Juan. ¿ Qué gente de gravedad  
Es esta, cuyos afectos  
Cambian con tal velecidad?

Mendo. Amigo, son los efectos  
De mi popularidad.

Yo su bien les demostré,  
Y me nombran su emisario :  
Cuando hable al Rey, probaré  
Que le serví, y en salario  
Mi libertad pediré.

Juan. ¿ Tú servirle? Me da risa  
Que esa esperanza te halague.

Mendo. Doyle una ciudad sumisa,  
Y de rebelde y remisa  
En pagar, hago que pague :  
Luego con mi peticion  
No de lo justo me alejo;  
Que no es grande galardón.

Juan. ¿ Sabes tú que ese manejo  
Tiene un viso de traicion?



*Mendo.* ¿Traicion?

*Juan.* Cabal. ¿No comprendes  
Que te perdiera, á contarlo?

*Mendo.* Bien sé yo que no me vendes :  
Darme un sustillo pretendes ;  
Y callar despues de darlo.  
Todo es, á lo que colijo,  
Envidia al que te robó  
Dama y nombre; pero yo  
¿Qué culpa tengo en ser hijo  
Del padre que me engendró?

*Juan.* ¿Sabes quién el ser te ha dado?

*Mendo.* Saber... el interesado  
Siempre de saberlo dista :  
Yo no puedo ser citado  
Como testigo de vista.

*Juan.* Pues hoy, señor capellan,  
Que reconozcais confio  
Por padre al buen perillan  
Aniceto Barragan.

*Mendo.* ¿Y don Pedro?

*Juan.* Ha sido el mio.

*Mendo.* ¿Y el trueque?

*Juan.* Frases escritas  
De mi órden hacen el trueque ;  
Prueba hay, si la solicitas.

*Mendo.* ¡Me das padre y me le quitas  
Cual si fuera un zarambeque!

*Juan.* Inmenso caudal disfruto,  
Y siempre fué mi intencion  
Pagar la sustitucion.

*Mendo.* ¡Ser preso yo sustituto!  
¡Yo infante de quita y pon!

*Juan.* Si erré, ya ves que deshago  
La equivocacion á tiempo.

*Mendo.* Tú nunca das golpe en vago :  
Hablas porque no hay amago  
Para tí de contratiempo.

*Juan.* Pronto oirás por una cruz  
A Melitona jurar  
Que es tu padre el andaluz  
Arias.

*Mendo.* Ello ha de quedar  
Tan claro como la luz.

*Juan.* Ya mandé con eficacia  
Llamar á la vieja, y pienso  
Que la duda mas reacia  
Disipe.

*Mendo.* Estoy bien propenso  
A creer una desgracia ;  
Y aunque saber me disguste  
La nueva desagradable,  
Siendo intriga que se entable  
Por tí, siendo algun embuste,  
Me parece muy probable.  
¡Luz clara en esta contienda  
Pedi! — Una prueba especiosa  
Que tu infantazgo defienda,

Me hará cederte prebenda

Tan poco beneficiosa,  
Y hasta el mismo nombramiento

Que á los sorianos licurgos  
He debido hace un momento,  
Que fué el de llevar en Burgos  
La voz del ayuntamiento.  
Quizá allí tu suerte sijen  
Méritos míos que cobras :

Mis conatos se dirigen  
Desde hoy á realizar mi origen,  
Y á renacer en mis obras.

Quedo sin madre, y lo siento ;  
Pero la mia, aunque humilde,  
Celebró su casamiento :

Si pierdo un gran nacimiento,  
Gano otro limpio de tildes.

Con esto y con la esperanza  
Que concibo de medrar

En la guerra por mi lanza,  
Soportaré la mudanza

Que va mi suerte á cambiar.  
Conducir á Elvira quiero

A su padre antes que irradie  
El sol, y diré sincero

Que ya no soy caballero,  
Que soy un cualquiera, un nadie,  
Que no merece aspirar

A la ventura de unirse  
Con Elvira en el altar ;

Mas porque el lazo al partirse  
No le haya de avergonzar,

Sabré buscar entre infieles  
De honor abundante mies,

Que fatigando corceles,  
En presecas y laureles

Iré enviando á sus piés ;  
Y todo sin otro fin

Que el de adquirir nombradía,  
Porque pueda el serafin

Que la dicha me ofrecía  
Con su mano de jazmin,

Decir al mas engreido  
Un dia con justa ley :

«A ser Mendo mi marido,  
Nadie hubiera conocido

Que no era el hijo de un Rey.»

*Juan.* Aunque juzgo muy sensata  
Esa tu resolucion

De la partida inmediata,  
Reparo en ella una errata

Que merece correccion.  
Está muy bien que te afanes

Por dar á la envidia en ojos  
Degollando musulmanes ;

Que rico botin les ganes,  
Y laureles á manojos ;  
Pero eso de conducir

castillo á Elvira ,  
 les omitir :  
 ella suspira ,  
 a de consentir.  
 . Pues no dudas que saldrá.  
 saldrá, no digo que no ;  
 ompañará  
 nto la llamará  
 ue seré yo.  
 . Es que te aborrece.

Apelo

: Elvira, en quien brilla  
 n cristiano celo,  
 a guarda el cielo  
 Juan de Castilla.  
 . Es que el padre, aunque es tu  
 ene aversion. [cepa  
 Es que hoy, sin mas dilacion,  
 nadie lo sepa,  
 n ella á Aragon.  
 . Si ella consiente en el viaje...  
 Basta que yo lo disponga.  
 . ¿ Y si hay álguien que se oponga ?  
 No sé yo ese personaje  
 odo se componga.  
 . Hará presente el derecho  
 a boda ajustada,  
 á la interesada.  
 Se plan está deshecho :  
 queda cerrada.  
 ¿ La tienes tú prisionera ?  
 No ; mas tengo prevenida  
 de poca espera,  
 (Señalando al foro.)  
 eñe la salida  
 n irte fuera.  
 Necesitaba mas arte  
 ie á tanto se arroja.  
 s podido olvidarte  
 re paso la hoja  
 en el talabarte ?  
 Es Mendo buen castellano ,  
 gera señal  
 i espada leal  
 de su rival ,  
 o de un soberano.  
 . Como aún no vi documento  
 , no es imprudencia  
 nda mi creencia,  
 ) miramiento  
 á tal exigencia.  
 ra ha de elegir  
 er ó marchar :  
 la ha de escoltar,  
 le suplicar,  
 ia de decidir.  
 fe aviso que á vueltas ando  
 uerdo importuno

De que he sufrido callando  
 Sonrojos... y estoy ansiando  
 Vengarlos hoy en alguno.  
*Mendo.* Y yo debo de avisarte  
 Que si por Incuria ciega  
 Tuve en tus enredos parte,  
 Ya es ocasion de enseñarte  
 Que conmigo no se juega.  
*Juan.* ¡ Infeliz ! si doy un grito...  
*Mendo.* Yo soy don Juan todavía  
 En Soria.  
*Juan.* ¡ Criados... !  
*Mendo.* Chito,  
 Si entra alguno, antes te quito  
 La vida.  
*Juan.* ¡ Qué alevosía !  
*Mendo.* Ya que temiste exponerte  
 Diciendo á todos quién eras,  
 Pues tuve tu nombre, advierte  
 Que para que tú le adquieras,  
 A mi me has de dar la muerte.  
*Juan.* ¡ Yo lidiar... ! ¡ qué desatino !  
 ¡ Lidiar con un clerizonte !  
 Recce el oficio divino.  
*Mendo.* ¡ Don Juan... !  
*Juan.* Apártese.  
*Mendo.* (Desenvainando.) Ponte  
 En defensa, ó te asesino.  
*Juan.* ¡ Villano !  
*Mendo.* Nadie me afrente :  
 La lid servirá de dato  
 Que la sangre experimente.  
 Vamos á ver si te mato  
 Villana ó bizarramente.  
*Juan.* Acata mi dignidad  
 Primero.  
*Mendo.* No me arrodillo  
 Con hierro en mano : lidiad,  
 O salgamos del castillo.  
*Juan.* ¡ Válgame la Trinidad !  
*Mendo.* ¿ Sabeis..... ?  
 (Cáese la espada.)  
*Juan.* Postraos.  
*Mendo.* (Arrodillándose.) ¡ Qué exceso  
 De humillacion !  
*Juan.* No repara  
 Nadie, no temais por eso.  
*Mendo.* Con esta mano que os beso,  
 Os he de cruzar la cara.  
 (Bésale la mano, se levanta, y toma y  
 envaina la espada.)  
 Vamos.

ESCENA X.

ELVIRA, DICHOS.

*Elv.* (A Mendo.) Don Juan, ¿ es posible  
 Lo que madre me revela ?

*Juan.* Yo soy don Juan. — Ya observais  
Que el bachiller no lo niega.

*Elv.* ¿Es verdad?

*Mendo.* No lo sé ahora:  
Yo lo diré cuando vuelva.

(*Vanse Mendo y don Juan.*)

### ESCENA XI.

Doña BEATRIZ, ELVIRA.

*Beat.* Don Juan... Arias... — No me escu-  
Sus miradas centellean. [chan.

¿A dónde irán? ¿Observaste...?

*Elv.* Harto observé, pues vi impresa  
En el rostro de Mendarias  
De su oprobio la certeza.

*Beat.* ¿Habrán tenido razones...?

*Elv.* ¿Qué importa que las tuvieran?

No habéis de eso; habládmelo solo  
De lo que dice esa vieja.

Yo no lo puedo creer,  
Hasta que vean la letra  
Los maestros, y declaren  
Si es antigua ó contrahecha  
Recientemente.

*Beat.* Muy pronto  
Darán su informe: sosiega  
Tu agitación.

*Elv.* ¿Sosegar!

Pues ¿qué! vos ¿no estais inquieta?

¿Qué! ¿no vale mas el hijo

Que perdeis, que ese que os queda?

¿No os habeis ya acostumbrado

A su halago que embelesa,

A su cariño leal

Que el alma nos encadena?

¿No le quereis como yo?

*Beat.* Lo confieso con vergüenza:

Temblando estoy de que vayan

A reñir una pendencia,

Y no me atrevo á decir

Por quién mis entrañas tiemblan.

*Elv.* Madre mia, ya lo veis,

He quedado sola, huérfana;

Don Juan querrá ser mi esposo;

A Mendo su baja esfera

Le separa de mí; vos

Porque á don Juan no le prendan,

Vais á Aragon: yo no.

*Beat.* Pero,

Hija querida, contempla

Que en medio de una ciudad

Sublevada, estás expuesta.

*Elv.* No: dejádmelo en un convento

Aquí, porque estoy resuelta,

Si no puede ser Mendarias

Mi esposo, á que Dios lo sea.

*Beat.* ¿Eso resuelves?

*Elv.* Sí, madre,

Y ha de ser con diligencia

Y secreto, no se oponga

Don Juan. Si ahora estuviera

Ocupado, era ocasion...

*Beat.* Probemos.

*Elv.* Vamos.

(*Llegan á la puerta, y se presen-  
criado.*)

*Criado.* Se os ve

Salir.

*Elv.* ¿Qué oigo!

*Beat.* ¿Quién lo manda

*Criado.* Lo manda don Juan. (*Ret-*

*Elv.* ¿El?

Infamia faltaba solo

Para que yo maldijera

Su nombre.

*Beat.* ¿Qué desafuero!

*Elv.* ¿Con que es decir que estoy!

*Beat.* ¡Oh! yo te juro...

*Elv.* ¿Es decir

Que don Juan me considera

Como esclava suya, y quiere

Llevarme á lejanas tierras,

Para que allí, por la fuga

Puesta ya mi fama en lenguas,

Tenga que unirme con él

Por no acabar de perderla?

*Beat.* No, no: quedarás aquí.

### ESCENA XII.

MENDARIAS, DICHAS.

*Mendo.* (*Dentro.*) Huid, infame ca!

(*Se ve á dos criados cruzar p  
fondo huyendo.*)

*Beat.* ¡Cielo! es él.

*Elv.* Él es.

*Mendo.* (*Saliendo.*) Elvira...

*Elv.* Ven.

*Beat.* Esa espada sangrienta...

*Mendo.* (*Aparte.*) ¡Fatal encuent!

*Beat.* ¿De

Es la sangre que gotea

Ese acero?

*Mendo.* ¡Ah! perdonadme:

Los zelos, la ira, la afrenta...

Yo, señora, tengo brios,

Aunque me falte nobleza.

*Beat.* ¿Habeis herido á don Juan?

*Mendo.* Ya socorriéndolo quedan:

No haceis á su lado falta.

*Beat.* ¡Ah! corro con mi asistencia

arle. Si él perece,  
ladad de mí!

(*Vase.*)

ESCENA XIII.

MENDARIAS, ELVIRA.

*ido.* No se pierda  
npo : don Juan queria...  
Librame de sus violencias ;  
lo sé : un monasterio  
lo que respetan  
; ocúltame en uno  
as noticias me llegan  
padre.  
*ido.* No es temible  
Juan.  
¿ Crees que muera ?  
*ido.* Odio eterno me juró :  
so que me aborrezca  
icho tiempo.

ESCENA XIV.

MELITONA, Dichos.

*it.* Repito  
*blando, al salir, con personas que  
tán adentro.)*  
doy otra respuesta. —  
libertadme  
maestros de escuela.  
*ido.* ¿ Quiénes ?  
Son los que hemos hecho  
para que vean  
aracion del cambio.  
*do.* ¡ Oh ! yo tambien he de verla.  
¿ Y qué dicen ?  
*t.* Que no pueden  
ue es cosa supuesta :  
presente yo el preso  
escribió.  
*do.* (*Aparte.* ¿ Qué sospecha ! )  
iso.—Se le manda  
...  
Pues.  
*do.* Se coteja  
...  
*t.* Huyeron los presos,  
¿ cómo se le encuentra ?  
*do.* Nombradle, y se le hallará,  
le esconda la tierra.  
Nombradle.  
*t.* Yo necesito  
Juan me dé licencia.  
*do.* Que le nombreis digo, ó juro...  
A mí no se me amedrenta

Con voces : yo solo temo  
A quien debo.

ESCENA XV.

Doña BEATRIZ, Dichos.

*Beat.* ¿ Quién me venga ?  
¿ Quién me consuela ? Don Juan  
Ha muerto.  
*Elv.* ¡ Cielos !  
*Melit.* ¿ De veras ?  
*Mendo.* Señora, yo...  
*Beat.* Aparta. ¿ Sabes  
El dolor que experimenta  
Una madre, que despues  
De tantos años que lleva  
Sin conocer á su hijo,  
Le halla, y se le matan ? Diera  
Mis tesoros por verter  
Toda tu sangre.  
*Mendo.* Vertedla,  
Señora : vedme postrado...  
*Elv.* Perdon...  
*Melit.* ¡ Jesus ! ¿ quién tal piensa ?  
¿ Somos herejes ó moros  
Aqui ? Mirad, si estais cierta,  
Bien cierta, de que don Juan  
Murió, y murió de manera  
Que no resucite, entonces...  
Asignadme alguna renta  
Corta... lo que os pueda al año  
Costar una camarera...  
Y os aconsejaré...  
*Beat.* ¿ Qué ?  
*Mendo.* Decid.  
*Melit.* Que no compreis tela  
Para el luto, pues el pliego  
Que los peritos observan,  
Aseguran que no es  
Escrito de ayer, y aciertan  
*Beat.* y *Elv.* ¡ Ah !  
*Mend.* Pues...  
*Melit.* Juran que está escrito  
En el año de la fecha.  
*Mendo.* ¿ No es fingido ?  
*Melit.* No, señor.  
*Mendo.* ¿ Alguna tramoya nueva  
De don Juan ?  
*Melit.* Esta fué mia :  
Lo primero es la conciencia.  
*Mendo.* ¡ Infame !  
*Melit.* Si me insultais,  
La declaracion os cuesta  
Mas cara.  
*Beat.* Hablad.  
*Elv.* Ese pliego...  
*Melit.* Ayer en la faltriquera



Lo traje con los demás.  
Dejo que los otros lea  
Don Juan; se da por infante,  
Ve de fijo que le encierra  
Don Beltran, se asusta, ideo  
Suponer un trueque, acepta;  
Finjo que voy á buscar  
Quien el falso escrito extienda,  
Vuelvo con el verdadero,  
Lo muestro y... *requiem aeternam.*

*Beat.* ¡Soy madre aún!

*Elv.* ¡Soy esposa!

*Mendo.* ¡No era dable que mintiera  
Mi sangre!

*Elv.* ¡Bien nos has hecho

(*A Melitona.*)

Padecer!

*Melit.* Harto me pesa.  
Yo engañé con la verdad,  
No creyendo que quisiera  
Pasar nunca por infante  
El muerto; y me hice la cuenta  
De que al fin él me pagaba  
Muy bien el que le sirviera  
Mintiendo, y que si servia

(*Por Mendo, ó sea don Juan.*)

Al señor, era una pena  
Decir la verdad de balde.

#### ESCENA XVI.

SORIANOS, DICHSOS.

*Sor. 1°.* Venid, venid con presteza,  
Don Juan: el alcalde ha vuelto;  
Las tropas del Rey se acercan.

*Sor. 2°.* El mismo Rey en persona,  
La espada envainada, llega  
Proclamando paz á Soria.

[*ordena*

*Sor. 3°.* (*Saliendo.*) Este pliego el Rey  
Que se os entregue, don Juan.

*Mendo.* ¿Para mí? Rompo la nema.

(*Abre y lee el pliego.*)

*Beat.* ¡Pliego del Rey!

*Elv.* Toda tiemblo.

*Mendo.* ¡Qué veo!

*Elv.* (*A Beatriz.*) Mirad: se altera.—

Don Juan... (*A él.*)

*Sor. 1°.* ¿Qué hacemos?

*Mendo.* Abrid,

Abrid sin temor las puertas  
A don Beltran, pues el Rey  
Se anticipa á la propuesta  
Que íbamos á hacerle.

*Todos.* ¡Viva

El Rey!

*Mendo.* Le pidió licencia (*A Elvira.*)  
Tu padre para casarlos...

*Elv.* ¿Y qué?

*Mendo.* Verás la respuesta.

#### ESCENA ULTIMA.

DON BELTRAN, SOLDADOS, DICHS

*Belt.* Paz, señores, paz y olvido.

*Elv.* ¡Padre!

*Belt.* ¡Hija! Voto al infie

Ya te he recobrado.—Yerno,

¿Qué haceis?

(*Viendo inmóvil á Mendo, ó se Juan.*)

*Mendo.* ¿Os es conocido

Lo que me escribe su alteza?

*Belt.* Asunto es para mí oculto;

Lo respectivo al tumulto

Es lo que conmigo reza.

De la impositcion infausta (*A los soris*

Dad lo que querais, con tal

Que entre algo en el arca real,

Que está, como siempre, exhausta.

Mas por ser en vilipendio

Del Rey cualquiera motin,

Y mas este en que hubo al fin

Sangre, y su poco de incendio,

Fuerza es la sabida treta

En estos lances usar,

Haciendo algun ejemplar

Para salvar la etiqueta.

Y así al que la conmocion

Produjo, ó se le supone,

Un castigo se le impone,

Y es...

*Mendo.* ¿Cuál?

*Belt.* Perpetua prision.

Con que rebuscad en Soria

Cualquier viejo sin hogar,

A quien convenga pasar

Por victima expiatoria.

*Mendo.* Alto: no hay que recurrir

A tan ruin supercheria.

El tumulto es obra mia:

Yo la pena he de sufrir.

*Belt.* ¿Vos?

*Elv.* ¡Don Juan!

*Sor. 1°.* No se reu  
La oferta.

*Sor. 2°.* No asentiremos...

*Mendo.* Moderad esos extremos:

Oid lo que el Rey me escribe.

(*Lee.*) « Un tratado me precisa

A limitar mi bondad:

Se os diera la libertad

Si os ordenárais de misa. »

*Belt.* ¡Cómo!

*Beat.* ¡Oh Dios!

¡Ay de mi amor!  
*do. (Leo.)* • Si casaros pretendéis,  
 iones vivireis:  
 ¡ue os está mejor. »  
 No quiero yo tan costosa

..  
*do.* Al cetro de un imperio  
 y el cautiverio  
 madre y con mi esposa.  
 ¡Mi bien!

¡Hijo!  
*do. (A los sorianos.)* Ya observais  
 motin en descargo  
 ¡ un preso: me cargo  
 a, y eso ganais.  
 Señor...

*do.* Fuera cumplimientos.  
 ¡ Hundir vuestra juvenil

!  
*do.* Eh, preso por mil,  
 or mil y quinientos.  
 s del feliz hallazgo

Que de angustias me redime,  
 Debo con algo sublime  
 Inaugurar mi infantazgo.

*Beat.* ¡ Hijo!

*Mendo.* Quien de esto se asombra,  
 Nunca ha sabido querer; —  
 Y yo debí de nacer  
 Para vivir á la sombra.

*Belt.* ¡ Don Juan!

*Beat.* ¡ Dios, á quien invoco!  
 Salvad...

*Elo.* ¡ Cuándo merecí  
 Tal sacrificio?

*Mendo.* Por tí,  
 El de mi vida era poco.  
 —Y por mí no hay que llorar,  
 Señores: si yo me río.  
 Soy preso por gusto mío:  
 Yo me lo sabré pasar.

(*Abraza á su madre y á Elvira. Cae el telon.*)



# LA JURA EN SANTA GADEA,

DRAMA EN TRES ACTOS EN VERSO,

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL PRINCIPE A 29 DE MAYO DE 1845.

## PERSONAS.

EL REY DON ALFONSO el VI de Leon.  
LA REINA ALBERTA, viuda de don Sancho II.  
RODRIGO ó RUI DIAZ DE VIVAR, el Cid Campeador.  
JIMENA DIAZ.  
GONZALO ANSUREZ.  
ALVAR FAÑEZ.

ILLAN.  
NUÑA.  
CABALLEROS CASTELLANOS.  
CABALLEROS LEONESES, GALLEGOS Y ASTURIANOS.  
DAMAS.  
PUEBLO BURGALÉS.

*La escena es en Burgos y extramuros, año de 1073.*

AL S<sup>n</sup> D. ANTONIO GIL Y ZARATE,

EN MUESTRA DE AMISTAD Y AGRADECIMIENTO,

EL AUTOR.

## ACTO PRIMERO.

Vestibulo de una ermita cercana á Burgos. En el fondo, entre dos pilares, la puerta: y á un lado y otro unas verjas de madera sobre un macizo de una vara de alto. A la derecha del espectador las gradas y la puerta de la capilla. En el mismo lado, cerca del proscenio, una tabla de ex-voto y debajo un corazon pequeño de metal, colgado de una cadenilla: otro igual en la pared de enfrente. Por la puerta y el enverjado del fondo se descubre el campo.

### ESCENA PRIMERA.

LA REINA ALBERTA (1) <sup>1</sup>, EL CID, ILLAN, DAMAS Y CABALLEROS CASTELLANOS, TODOS SALIENDO DE LA CAPILLA. EL ACOMPAÑAMIENTO SE VA FUERA DEL VESTIBULO; LA REINA Y EL CID SE ADELANTAN HACIA EL PROSCENIO.

*Reina.* Acabé de visitar

<sup>1</sup> Véase la primera de las notas puestas al fin del drama.

Los lugares que solia  
Mi esposo en mi compañía  
O yo sin él frecuentar.  
Mil recuerdos de placer  
Llevaré de este confin  
A las orillas del Rin,  
Que vió mi cuna mecer.  
Del suelo por él fecundo  
Que le abre cauce hondo y ancho,  
Vine para unirme á Sancho,  
Rey de Castilla segundo.  
Viuda el alevoso acero  
De un cobarde me dejó,  
Sin que á la corona yo  
Tributase un heredero.  
Titulo al cetro perdí;  
Bajar del solio me toca:  
No murmurará mi boca  
De Dios que lo quiere así:  
Pues me dió lo que me quita,  
No conviene hacer extremos.  
Vos, en tanto que volvemos  
A Burgos desde esta ermita,  
Ved si con algun favor  
Me puedo amiga mostrar  
De Rodrigo de Vivar,  
El noble Cid Campeador.

*Cid and queen. Alberta pleases to  
see their friend Illan*

¿Qué gracia queréis que pida,  
 lamais vuestro amigo?  
 : nombre consigo  
 e ambicioné en mi vida.  
 rto que entrando vos  
 nero, mi cosecha  
 gos hasta la fecha  
 ice solo á dos.  
 Alvar Fañez es,  
 no, jóven valiente,  
 ordinario anda ausente  
 el reino leonés.  
 me anunciásteis hoy  
 e al suelo nativo:  
 r amistades privo,  
 fortunado soy.  
 genio pertinaz  
 an: no es maravilla:  
 Vormes, yo en Castilla,  
 idrémonos en paz,  
 er blasonaré  
 Reina mas dichoso  
 í con su real esposo,  
 iras provoqué,  
 e mi labio imparcial,  
 unca aplaude al que yerra,  
 iso á la injusta guerra  
 i ha sido tan fatal.  
 na. Por final disposicion  
 an Fernando primero *tern an*  
 reino quedó heredero *tern an*  
 nijo suyo varon,  
 n regia dignidad  
 mbras tambien quedando,  
 ida con el mando  
 cual de una ciudad.  
 uella monarquía  
 : antes, recayó flaca  
 vira y en Urraca,  
 acho, Alfonso y García.  
 ibo Sancho de ver  
 su mayorazgo  
 io y otro infantazgo,  
 coronas hacer:  
 aba su decoro  
 ilo de Señora  
 rraca tomó en Zamora,  
 lvira se impuso en Toro,  
 insulto á la justicia  
 lfonso en Leon reinara,  
 liese la áurea vara  
 sobre Galicia.  
 harto mejor que Rey,  
 ido con loco ahinco  
 sin duelo entre cinco  
 pura de uno en ley:  
 er de hermano mayor,  
 ) unir quiso por tanto

Los girones que á su manto  
 Arrancó el paterno amor.  
*Cid.* Fué resolucion extraña  
 La de hacer tantas partijas;  
 Por hijos miró y por hijas  
 Fernando, no por España.  
 Pero ya que mal ó bien  
 La division aceptó  
 El reino en Cortes, debió  
 Sancho admitirla tambien.  
 Yo culpé, yo resistí  
 Que guerra á su sangre hiciera:  
 Me mandó que le siguiera,  
 Y entonces obedecí.  
 Marcho á Leon, rompo, hiero:  
 Logra en Llantada triunfar  
 Sancho, y junto á Volpellar  
 Queda Alfonso prisionero.  
 Corre la misma fortuna  
 García luego en su tierra,  
 Y vencido se le encierra  
 En el castillo de Luna.  
 Bien me repugnaba en pro  
 De mala causa lidiar;  
 Pero eso lo ha de mirar  
 El Rey, el soldado no.  
 « Ya veis, aunque traigo queja,  
 Que os sirvo, » clamaba terco  
 No á vuestro esposo en el cerco  
 Sobre Zamora la vieja.  
 « Imitadme y respetad  
 Vos, aunque de mala gana,  
 Los derechos de una hermana  
 Y una augusta voluntad. »  
 Ruego vano. Y ¿ qué resulta?  
 Que el traidor Vellido llega,  
 Y al Rey propone la entrega  
 De no sé qué puerta oculta.  
 Él no entiende la solapa;  
 Vanse juntos... ¡ voto al diablo!  
 Traspasa con un venablo  
 El pérfido al Rey, y escapa.  
*Reina.* ¡ Ah!  
*Cid.* ¡ Yo que correr le vi,  
 Que inquieto agarré de pronto  
 Un caballo ajeno, monto  
 Sin hierro en el borceguí!  
 ¡ Y aquel infame Iscariote  
 Iba volando de miedo!  
 Sigo, sigo... ¡ qué! ni aun puedo  
 Sacar al rocín del trote,  
 Por mas que la doble suela  
 Mi pié en el ijar le mete.  
 ¡ Maldiga Dios al jinete  
 Que cabalga sin espuela!  
*Reina.* Sufro que vituperéis  
 A mi difunto marido,  
 Pues por vengarle en Vellido

Sé lo que hicisteis y hacéis,  
Y que no verá en su frente  
Alfonso la castellana  
Diadema, si no se allana  
Primero solemnemente  
A jurar que no pensó,  
Ni ordenó, ni se ha tratado  
Con él el fiero atentado  
Que Zamora presenció.

*Cid.* Exigir esa seguro  
Es ley que hizo el reino entero,  
Y yo á fe de caballero  
Que nos la cumplan os juro.  
Fué don Alfonso al país  
De Leon á recobrar  
Su cetro, y vos á la par  
Entre tanto nos regís.  
Mas que pensábamos tarda;  
Pero en llegando...

*Reina.* ¿Os vendreis  
Luego á mi patria?

*Cid.* No insteis.

*Reina.* Sí, la Alemania os aguarda.

*Cid.* Contra el moro furibundo  
Necesita España brazos,  
Y estos humildes ribazos  
Para mí valen un mundo.  
Yo vivo con desazon  
Hasta invadir las comarcas  
Moras, y á nuestros monarcas  
Recordar su obligacion.  
Con cuatro palmos aun  
De tierra, se andan matando  
Entre sí, quieto dejando  
Al enemigo comun.  
Como algo me tuera el gesto  
Alfonso (porque si no,  
Primero es él), se acabó,  
Hago tropa, busco un puesto,  
Planto mi bandera verde (2),  
Señal de firme esperanza,  
Y desde allí con mi lanza...

*Reina.* Permitidme que os recuerde  
Que para eso falta os hace  
Mas caudal que manejaís.

Por qué no lo acrecentais  
A favor de un rico enlace?  
¿Quereis que elija una dama  
Para vos, por despedida?

*Cid.* Señora....

*Reina.* ¿Está ya elegida?  
Sepamos cómo se llama.  
Por fin habreis de casaros:  
Edad contais con exceso (3).

*Cid.* ¿En qué sitio me habláis de eso!

*Reina.* Pues aquí... Fuera reparos.

*Cid.* Aquí el astro rutilante  
Del bien para mí lueció,

Aquí mi pecho sintió  
El primer latido amante;  
Aquí mi voz siempre esquivá  
Sonó una vez carifiosa,  
Aquí me dió el sí la hermosa  
Que adoraré mientras viva.

*Reina.* ¿Eso hay?

*Cid.* A hora muy temprá

Con venatorios aprestos  
Corrí los contornos estos  
De Burgos una mañana.  
Por entre una y otra breña  
Dos mujeres descubrí:  
Miré, no las conocí...

— Una niña y una dueña. —

Virgen celeste, ángel bello  
A la niña imaginé:  
Desnudo llevaba el pie,  
Tendido atrás el cabello,  
Sobre un vestido galeano  
Corta y burda tunicela,  
En una mano una vela  
Y un cestillo en la otra mano.

*Reina.* Iba á cumplir algun voto  
En hábito penitente.

*Cid.* Su madre estaba doliente.

En esto, cruzando el soto,  
Sale á caballo un jayán,  
Traba de la crenecha rica  
A la hermosa, álzala y pica  
El bárbaro á su alazan,  
Dando por mayor agravio,  
Para que la presa calle,  
Tormento á talle con talle  
Y horror á labio con labio.

« ¡ Socorro! ¿quién nos ampara? »

Gritó la dueña: en respuesta

Lanzó de sí mi ballesta

Contra el ladrón una jara.

Cayó, espiró, corré, hablé:

La jóven, algo indecisa,

Trájome aquí, oyó la misa,

Y hasta Burgos la escolté.

Tornó, le ofrecí mi amor,

Y escuchóme sin desvío,

Sufriendo un abrazo mio

Por los del vil robador.

Y luego en cada venida

Debí á mi prenda adorada

Mas cariño á la llegada,

Mas y mas en la partida.

Lloró una vez sin querer...

Fué nuestro mal presentir:

Ojos que la vieron ir,

Nunca la han visto volver.

*Reina.* Y la que de amores loco

Tiene al burgalés prohombre,

¿Quién es?

No supe su nombre.  
 ¿Sabe ella el vuestro?  
 Tampoco.  
 No es de Burgos, por supuesto.  
 ¡Vive en sus cercanías.  
 ¿Y eso ha pasado hace días?  
 ¡Ará siete años muy presto.  
 ¿Si os olvidó?  
 ¿Veis allí  
 n de metal?  
 Sí.  
 ¿Veis en frente otro igual?  
 Ex-votos sin duda.

Si;  
 la corazon  
 s, que aquí pusimos  
 ita y yo, les dimos  
 nificacion;  
 o aquel, arguyo  
 i mi dama constante,  
 e su fe quebrante,  
 rar el suyo.  
 ¡Ay Rui Diaz! advertid  
 icho para mujer  
 , y no saber  
 i dama del Cid.

ESCENA II.

ALVAR FAÑEZ, Dichos.

¿Qué me decís? ¿es posible?  
 ando al salir con unos caballeros  
 comitiva de la Reina.)  
 lid! ¿aquí la Reina!  
 ¿Quién...? Pero Alvar Fañez es.  
 di primo!

Señora excelsa,  
 mano á besar.  
 Alvaro!  
 ¡Rodrigo! Venga

¿Cómo as-  
 tan de sorpresa?  
 e venís?  
 Señora,  
 no via recta,  
 spues que asistí  
 nificas fiestas  
 el Rey don Alfonso  
 brado la vuelta,  
 es con unos deudos  
 en una aldea.  
 ¿Cuándo acude Alfonso á dar  
 ugartenencia?  
 po ya que en Burgos  
 be.

Mis nuevas

Algo atrasadas serán,  
 Y débisteis ya tenerlas.  
 Alfonso marchó á Galicia  
 Con extraña diligencia,  
 Mandando por todos lados  
 Tropas hácia la frontera.  
 Cid. ¡A Galicia!  
 Reina. ¿Hubo tal vez  
 Alguna desavenencia  
 Entre García y Alfonso?  
 Alv. Se dice que experimenta  
 El buen don García á ratos...  
 Reina. ¿Qué?  
 Alv. Trastornos de cabeza (4),  
 Raptos de locura: Alfonso  
 Querrá curarle, á la cuenta,  
 Y será para la cura  
 El ejército que lleva.  
 Cid. Todo eso se ignora aquí.  
 Reina. Y es para excitar sospechas  
 El que Alfonso no me avise  
 De tan graves ocurrencias.  
 Como estoy de despedida....  
 Cid. Vos os vais y el Reino queda.  
 Bien merece....  
 Reina. ¿Priva alguno  
 Con el Rey?  
 Cid. ¿Quién le aconseja?  
 Alv. Gonzalo Ansurez.  
 Cid. Vasallo  
 Fiel y de valor á prueba.  
 Reina. Pero altanero, envidioso...  
 Pronto vereis cómo siembra  
 Zizaña entre vos y el Rey.  
 Alv. Don Alfonso el Sesto aprecia  
 Como merece á mi primo:  
 Lo sé de su boca regia.  
 Solo en hacerle favor,  
 Solo en complacerle piensa.  
 Porque es magnánimo Alfonso  
 Como no teneis idea:  
 El de la mano horadada  
 Le llaman por sus larguezas.  
 Por cierto que he de pedirle  
 Una merced no pequeña:  
 La mano de una hermosura  
 Confiada á su tutela.  
 Reina. Buen Alvar Fañez, decid  
 Lo que á Rodrigo interesa.  
 Alv. También os importa á vos.  
 Reina. ¡A mí!  
 Alv. Si, y en gran manera.  
 Cid. ¿Pues cómo?  
 Alv. En Leon me dijo  
 El Rey: «Mi cuñada Alberta  
 Sin hijos quedó de Sancho:  
 Si á Rodrigo pretendiera  
 Yo como á un principe honrar;

Si se hiciese la propuesta  
Al Cid y á la Reina viuda  
De casarse, ¿consintieran?»

*Cid.* ¡Qué oigo!

*Reina.* Vos ¿qué respondisteis?

*Cid.* Sin duda alguna simpleza.

*Alv.* Respondí: « Señor, tres veces  
En tres mortales refriegas  
Debí la vida á mi primo:  
Si yo ciñese diadema,  
Si yo tuviese tres hijas,  
La mas hermosa le diera.»

*Cid.* ¡Loco!

*Reina.* Dijo bien: con todo,  
Si en mi lugar estuviérais,  
Hubiéseis dicho que el Cid  
Tiene una pasion secreta  
Siete años há.

*Alv.* ¡Y me lo calla!  
¡Felonia como ella!

*Reina.* Y á la que el lecho ocupó  
De un monarca, la sujeta  
El uso, casi hecho ley,  
A retirarse á una celda.

*Cid.* Si no quiere.....

*Reina.* A veces debe  
Hacerse..... aunque no se quiera.

*Cid.* (*Aparte.*) No sé qué pensar.

### ESCENA III.

ILLAN, DICROS.

(*Los caballeros y las damas aparecen  
en el fondo.*)

*Illan.* Señora,  
Jinetes aquí se acercan,  
Que á Burgos parece van  
Escoltando una litera,  
Y hemos creído á lo lejos  
Oír cajas y trompetas.

*Alv.* Tambien se me ha figurado  
Lo mismo veces diversas,  
Y he vuelto el rostro y he visto  
Una grande polvareda.

*Reina.* ¿Qué será? ¿Qué novedad...?

*Cid.* Señora, prudente fuera  
Retiraros.

*Reina.* En efecto.

*Alv.* Si me concedéis licencia  
De serviros.....

*Reina.* ¿Por qué no?

*Cid.* Yo veré qué tropa es esa.

*Reina.* Rodrigo, á Dios.

*Cid.* Él os guarde.

(*Vanse la Reina, Alvar Fañez, Illan,  
los caballeros y las damas.*)

### ESCENA IV.

EL CID.

Por San Pedro de Cardena,  
Que la viuda de don Sancho,  
Si el orgullo no me ciega,  
Me cobra aficion. Sus ojos,  
Su mal guardada reserva,  
¿Qué indican? — Mas ¿no rehusa  
La boda que el Rey proyecta?  
¿He de imaginar que finge  
¿Puedo sospechar que mienta?  
Imposible: soy mas necio  
Que mi caballo Bableca.  
No me quiere, no, ni debe  
Quererme, ni yo quererla.  
Pero ¡ay! mi desconocida.....  
¡Tan niña! rayaba apenas  
En los trece: ¿habrá olvidado  
Nuestra solemne promesa?  
¿O la habrá roto quizá,  
Y aquí por escarnio deja  
Suspendida de su amor  
La ya mentirosa prenda?  
¿Y yo despreciara en tanto  
El amor y las riquezas  
Que puedo tal vez....? — ¿Si habrá  
Muerto? Pero viva ó muerta,  
No he de amar á otra mujer.  
Será locura; que sea:  
No afrentaré yo mi nombre  
Por locuras como esta.

(*Yéndose á mirar al fo*

Registremos..... Allí ya  
Se ha parado la litera.  
Dos damas se han apeado  
Y hácia aquí vienen cubiertas.  
Una romería.

### ESCENA V.

JIMENA (5) Y NUÑA, CON LOS VIE  
ECHADOS; EL CID.

*Jim.* (*Saliendo acelerada.*) Aquí,  
Aquí fué, Nuña: ¿te acuerdas?

*Nuña.* Como el primer dia.

*Jim.* (*Bajo á Nuña.*) ¡Un ho  
Aguarda á ver si despeja.

*Cid.* (*Aparte.*) Con misterio hablé  
Me holgara de conocerlas.

*Jim.* No se va. — Mirale, Nuña;  
(*Conocién*

Mirale tú: á mí una niebla  
Me ofusca la vista: mirale.

*Cid.* (*Aparte.*) ¿Si las estorbo?  
*Nuña.*

Que es él ; pero no, que es este  
Mas gallardo de presencia.

Jim. Por eso debe ser él. [Dejémoslas.

Cid. (*Aparte.*) Me miran : ya, al Cid.  
(*Hace que se va.*)

Jim. Se va. Allí está el corazón.

(*Se dirige al ex-voto y corazón colóca-  
dos á la izquierda del espectador.*)

Rodrigo lo ve, y se detiene.)

Le besaría de buena

Gana.

Cid. (*Aparte.*) Al corazón se va  
Que puse. El pecho me tiembla.

Salgamos de dudas.

(*Vuelve y toma el corazón de la dere-  
cha, como quien lo examina, aten-  
diendo entre tanto á los movimientos  
de Jimena, que observa también los  
de Rodrigo.*)

Jim. Vuelve.

Ha cogido la cadena....

Desengañémonos.

(*Ase también la cadena del corazón  
de la izquierda.*)

Cid. Coge

Mi ex-voto. ¡Cielos!

Los dos. ¡Le besa!

(*Cada uno besa el corazón que tiene  
asido, y acabando de conocerse por  
esta demostración, corren ambos á  
encontrarse con los brazos abiertos.*)

Jim. ¡Defensor mío!

Cid. ¡Ángel mío! (*Se abrazan.*)

Por fin Rodrigo te encuentra.

Jim. ¿Rodrigo mi bien se llama?

Cid. Sí, mi sol : ¿y tú?

Jim. Jimena.

Nuña. Estaremos á la vista

Para que no los sorprendan.

(*Retrase al fondo.*)

Cid. ¿Cómo es que sin darme parte  
huiste?

Jim. Fué de improviso,

No pude mandar aviso.

Cid. ¿Qué te has hecho?

Jim. No sé : amarte.

Cid. ¿Y dónde....?

Jim. A Oviedo volví,

Y allí tuve mi mansión,

Y un mes al fin en Leon.

(*Pausa, durante la cual Rodrigo con-  
templa absorto á Jimena.*)

¿Qué miras?

Cid. Me miro en tí.

No sabes tú lo que goza

Mi corazón este día.

¡Vive Dios, Jimena mía,

Que estás arrogante moza!

Me embeleso como un niño  
Cuando á mis ojos te ofreces  
En hermosura con ereces,  
Y sin mengua en el cariño.

¿Cómo, ídolo encantador,  
Cómo es que hoy aquí te tengo?

Jim. Ha muerto mi madre, y vengo  
A Burgos con mi tutor.

Cid. ¿Tu madre te guardaría  
Como antes, bien encerrada?

Jim. Conviene así á niña honrada.

Cid. Y á mi amor le convenía,

Que andaba expuesto á reverses

Si de la luz porque existo

Los rayos hubieran visto

Asturianos y leoneses.

Jim. ¿Temiste en mi veleidad?

Me ofendiste, me agraviaste.

Cid. ¡Y qué! ¿tú no sospechaste  
Nunca de mí? La verdad.

Jim. Dicta el amor en su escuela

Con desigual enseñanza,

Al hombre la confianza,

Y á la mujer la cautela.

Por eso, aunque amante fino

Yo á mi defensor creía,

Cada año aquí dirigía

Un devoto peregrino,

Que era de amor emisario

Sin que él se lo imaginara,

Mandándole que mirara

Cuidadoso el santuario :

Y yo haciendo la deshecha

Decía al volver el tal :

« ¿Qué hay en aquel soporal,  
Entrando, á mano derecha? »

Y era mi júbilo inmenso

Al responderme el bendito :

« Allí hay un corazóncito

De una cadena suspenso. »

¡Ah! nunca respuesta igual

Oí sin dar en tributo

Los brazos, por sustituto,

Al cazador del breñal.

Cid. Cobremos. (*Abraza á Jimena.*)

Jim. Basta : ¿qué haceis?

(*Con amorosa dignidad.*)

Cid. Desquitarme, pese á mí :

Un abrazo recibí;

Estoy atrasado en seis.

Jim. Deja esa loca porfía,

Que ya mi tutor vendrá.

Cid. Preciso es que salga ya

Mi hermosa de tutoría.

Jim. Tú veras cómo ha de ser.

Cid. Ello se lo está diciendo.

¿Cómo ha de ser sino siendo

Los dos marido y mujer?



Tiempo es de que un *sí* nos una,  
Si me amas.

*Jim.* No me desdigo :  
O de Dios , ó de Rodrigo.

*Cid.* Y yo tuyo ó de ninguna.  
Está jurado.

*Jim.* Jurado  
Por nuestra madre.

*Cid.* Por ella.

*Jim.* Por la honra de una doncella.

*Cid.* Por el honor de un soldado.

*Jim.* Si hay algun Inconveniente.....

*Cid.* Yo de vencerlos me pico.

*Jim.* Tengo un patrimonio..... rico.

*Cid.* Y yo un estado..... decenté.

*Jim.* Una provincia mi padre  
A sus órdenes mantuvo.

*Cid.* Tambien el gobierno tuvo  
De otra el padre de mi madre.

*Jim.* Entre mis mayores brilla  
Un monarca de Leon.

*Cid.* Tronco de mi estirpe son  
Los dos jueces de Castilla.

*Jim.* Bien : de esa manera salvo  
Mi eleccion : nada me inquieta :  
Si de un monarca soy nieta.....

*Cid.* Yo desciendo de Lain Calvo.

*Jim.* Pero si de tan lucidas  
Casas los dos procedemos ,  
Debemos ambos.....

*Cid.* Debemos  
Ser personas conocidas.

*Jim.* Yo sí , en las cortes de España  
Donde la cruz se venera.

*Cid.* Yo dentro de ellas y fuera ,  
En la corte y en campaña.

*Jim.* En fin , para no cansar...

*Cid.* Por no pecar de inmodesto...

*Jim.* Soy prima de Alfonso Sesto.

*Cid.* Soy Rodrigo de Vivar.

*Jim.* ¡ Cielos ! ¡ el gran adalid  
Que al moro de espanto llena !

*Cid.* ¿ Qué menos para Jimena ?

*Jim.* ¿ Es posible ? ¡ Mio el Cid !  
Ese título de honor

Qué al Rey moro le debiate

Que en Zaragoza venciste ,

Y significa *Señor* ,

Yo antes dártele debí

Al rendirte el señorío ,

De mi gusto y albedrío ,

Que fué desde que te vi.

Pero un temor me despierta

De mi éxtasis halagüeño.

Alfonso ¿ no tiene empeño

En casarte con Alberta ?

*Cid.* Aunque nada me escribió,  
Parece que lo ha pensado.

*Jim.* Pues á mí con un privado  
Suyo , que no me nombró,  
Me ha dicho que está dispuesta  
Para enlazarme .

*Cid.* ¿ A eso aspira ?

*Jim.* De eso trata : con que mira  
Si previenes mi respuesta.

*Cid.* Y ¿ cuándo piensa llegar  
A Burgos Alfonso ?

*Jim.* ¿ Cuándo ?  
Si me viene acompañando.

Te lo anuncié.

*Cid.* ¡ No mandar  
Un pliego ! ¿Cuál su intencion  
Será ?

*Jim.* ¿Cuál ? No es muy oscura.  
No hacer al reino la jura ,

Y tomar la posesion.

*Cid.* ¡ Faltar á lo establecido

Por el voto general

De Castilla la leal !

¡ Oh ! yo veré si lo impido.

A Dios : voy á disponer.....

*Jim.* Oye.

*Cid.* No.

*Jim.* Es un disfavor.....

*Cid.* Entre el deber y el amor ,  
Lo primero es el deber. (*Vase.*)

*Jim.* ¡ Rodrigo !

*Nuña.* El Rey.

(*Viniendo desde el fondo.*)

*Jim.* Va á notar

Lo turbada que me encuentro.

*Nuña.* Id á la capilla , id.

*Jim.* Entro :  
Mi inquietud quiero calmar. (*Vase.*)

## ESCENA VI.

### EL REY, NUÑA.

*Rey.* (*Aparte al salir.* Él es quien sale  
¡ Y mi prima que se empeña [de aquí.

En venir sola , tomanda

A todos la delantera !)

*Nuña.*

*Nuña.* Señor.

*Rey.* Dad acá

La mano.

*Nuña.* (*Aparte.*) ¡ Ay Jesus !

*Rey.* Os tiembla.

*Nuña.* El viaje , la desazon.....

*Rey.* Eso lo cura la piedra  
De esta sortija. (*Dácela.*)

*Nuña.* Vivalis

Mil años.

*Rey.* El que se aleja  
Por allí , el Cid , ¿ es amante

¿Prima? Con franqueza.

. Gran señor, si os irritais....

Ni pienso en ello siquiera.  
¿Por qué?

. Sí, señor.

¿Mucho?

. Él dejaría por ella,  
resumo, aunque fuese  
emperatriz de Persia.

¿Há mucho tiempo que se aman?

. Mas ya de media docena

Bien : id con mi prima  
y que no sepa  
esto.

. Harélo así.

. El diamante echá centellas.

(Vase.)

ESCENA VII.

GONZALO, EL REY.

Gonzalo, ¿van ya llegando  
las noticias?

. Las descubiertas

ya se ven  
en las eminencias;

mas, es forzoso  
en algunas leguas.

Ya Alberta habrá recibido

las noticias : tengo impaciencia  
por qué resulta.

. Yo,

no me detuviera;

iré á la ciudad

de : « Abrid las puertas  
de Castilla. »

Para

este tiempo me queda.

. Yo no escribiera tampoco  
de la misma manera

No la envío ya :

de otra manera.

Le pretender

no le conceda

de la ; mas con todo,

hubo para esa oferta.

Yo al Cid de mi parte,

de Castilla entera.

. Ensalzar tanto á un vasallo.....

Es vasallo que se hembra  
por los reyes.

. Os venció,

preso en la iglesia

de León.

Si él en mi ejército

Peleara, yo venciera

Gonz. Caudillos tiene Leon

Que por el Cid no se truecan.

Rey. Tú le quieres mal, Gonzalo.

Gonz. Confíeselo sin violencia.

Su indocilidad me ofende,

Me irrita de su soberbia, /

Y de que su fama casi

La deba solo á su estrella....

Fatal para vos. Por él

Sancho os usurpó la herencia : /

Su mano os hundió en el claustro, 2

Su mano os vistió de jerga, 3

Su mano osó cercenar

Vuestra ungida cabellera,

Y de su mano cruel

Huíamos ¡oh vergüenza !

Cuando fuimos á Toledo 4

Pidiendo amparo y defensas

A un Rey moro, un enemigo

De nuestra fe verdadera.

Rey. Pues esa maná algo vale.

Gonz. ¿Sabeis que ajustando cuentas,

De la lealtad de Rodrigo

Cabe concebir sospechas? (6)

Rey. ¿De su lealtad á mi hermano?

Gonz. Precisamente.

Rey.

Tú sueñas.

Gonz. Cuando Sancho muerto fué,

¿Quién le halló? ¿quién dió la nueva?

Rodrigo solo, que acusa

A un hombre á quien nadie encuentra

Desde ese instante, Rodrigo

Solo, que dejó que huyera.

Cuando oigo decir á todos

Que, sin razon ó teniéndola,

Desterró al Cid vuestro hermano

Poco antes de esa ocurrencia,

Y aunque le llamó despues,

No se dió por satisfecha

La altanería del Cid,

Confieso á vuestra grandeza

Que dudo que la traicion

Solo de Vellido sea,

Puedo equivocarme, sé

Que la enemistad es ciega

Para juzgar, y al Cid yo

Se la tengo manifiesta :

No me hagais caso.

Rey. Sí, si :

Tratemos de otra materia;

Se envilece el corazon

Cuando se habla de vilezas.

Recuérdame algun vasallo

Que aun esté sin recompensa,

Para dársela.

Gonz. ¿Quereis

Hacer la dicha completa

De un hombre ?

*Rey.* Habla.

*Gonz.* Ved si ya

Es tiempo de que yo obtenga

La mano que me ofrecisteis

De vuestra prima Jimena. [amor

*Rey.* (*Aparte.* ¡ En qué dia va... ! ) ¿ Es tu Tal... ?

*Gonz.* Las delicadezas

De galan no cuadran bien

Con mi condicion austera.

Mi estado pide una esposa,

Y por vos he de obtenerla :

Vos me propusisteis una

Como de la mano vuestra :

En mí encontrará un cariño

Fiel y libre de flaqueza :

El apasionado amor

Mi lealtad os lo reserva

A vos y al trono, y es tanto.....

*Rey.* Sí, como el odio que alberga

Contra el Cid.—Pues bien, será

Tuya, como ella consenta.

*Gonz.* Señor....

*Rey.* ¿ Qué estrépito es ese ?

*Gonz.* Música festiva suena.

#### ESCENA VIII.

JIMENA, NUÑA, DICHS.

*Jim.* La Reina viene, señor,

Con el clero y la nobleza

De Burgos á recibiros :

Los he visto por la reja

De la capilla.

*Rey.* ¡ Hola ! ¿ estábais

Rezando asomada en ella ?

*Jim.* Si os desagradé.....

*Rey.* (*A Gonzalo.*) Los otros

Once de escolta que vengan.

(*Vase Gonzalo.*)

Vos á mi lado. El instante

De vuestras bodas se acerca :

Os diré con quién al tiempo

De exigir vuestra obediencia.

#### ESCENA IX.

LA REINA, ALVAR FAÑEZ, CABALLEROS  
CASTELLANOS : CLERO, NOBLES Y PUEBLO  
BURGALÉS, EL REY, JIMENA, GON-  
ZALO, Y OTROS ONCE CABALLEROS LEO-  
NESES.

*Reina.* Rey don Alfonso Fernandez,

Aunque fué poco veloz

El mensajero que á Burgos

Vuestra venida anunció,

Diligente á recibiros

Corren juntos á mi voz

El clero, nobleza y plebe

De su vasta poblacion.

Intérprete de su afecto

Me nombran para con vos :

Recibid su bienvenida,

Rey Alfonso de Leon.

*Rey.* Reino en Galicia tambien.

*Alv. y Cast.* ¡ En Galicia !

*Reina.* Así leyó

Mi secretario en el pliego ;

Mas túvelo por error.

*Rey.* No : mi hermano don Garcia

Perdió el juicio en la prision

Donde le encerró don Sancho

Despues que le destronó.

Libre como yo Garcia,

Muerto nuestro vencedor,

Recobrar el cetro quiso ;

Pero el bien de la nacion

Otra mas segura diestra

Para aquel cetro pidió ;

Y ejército numeroso

Marchando tras mi pendon,

Con la rapidez del rayo

La Galicia recorrió,

Abatiendo á los que hicieron

La resistencia menor.

Celebrada brevemente

Allí mi coronacion,

Con igual velocidad

Traigo mi ejército en pos,

Y ante Burgos me presento

De esta nueva portador.

*Alv. y Cast.* ¡ Viene con tropas !

*Reina.*

Dejando

Para mejor ocasion

El daros el parabien

Debido á un conquistador,

Haced memoria del pliego

Que Castilla os envió

Cuando me privó de esposo

La mano de la traicion.

*Rey.* Sí, para que yo entre á ser

De mi hermano sucesor,

Quieren las Cortes que jure

Que de ese crimen atroz,

En mi ausencia cometido,

No he sido cómplice yo.

Veinte mil soldados traigo,

Veinte mil testigos son

Que unánimes en su voto

Deponen en mi favor.

¿ Hace falta ya con eso

Tomarme declaracion ?

*Reina.* La decision de las Cortes....

Pura lealtad la dictó;  
con hacerla cumple  
donal pundonor.  
ses, castellanos,  
vienes viendo estoy  
es que me han conocido  
óven y varon,  
ntre vosotros uno  
si para con Dios  
e que es Alfonso  
hermano matador?  
*mos Cast.* No, no.

Pues entonces vamos

*os.*  
*z.* (Con voz fuerte.) A Burgos.  
*voz dentro.* No.  
¿Quién se opone?  
*y Cast.* El Cid, el Cid.  
(Anunciándole.)  
(Aparte.) ¡Dios mío!  
*z.* ¡El Cid! ¡Oh furor!

ESCENA X.

EL CID, DICHO.

No mas aquí ya, no mas :  
que perder un instante.  
ses, adelante;  
fonso, atrás, atrás.  
¿Que yo mi camino fuerza?  
es venir me han hecho.  
Y si tenéis el derecho,  
né os valeis de la fuerza?  
usca esa muchedumbre  
alleros que asoma  
el pié de una loma,  
las quiebras de una cumbre?  
es que desde la raya,  
nforma un huido,  
eso y han impedido  
ise cada atalaya?  
ie una huete se auxilla,  
do embiste la puerta  
pueblo le tiene abierta  
el padre su familia;  
niedo quiere inspirar,  
infundirlo tan grande,  
nca en el reino mande  
etende intimidar;  
menos previsor  
sas lanzas mirando,  
que viene atropellando,  
nonarca opresor.  
Castilla le avisa  
erle daño se piensa.  
l caso la defensa  
iral, es precisa.

Nobles, pueblo burgalés,  
A las armas acudid :  
Si no quiere Alfonso lid,  
Ya nos lo dirá despues.

*Alv. y muchos Cast.* A las armas.

*Gonz. (Aparte.)* Yo me abrazo.

*Jim.* Señor..... (Al Rey.)

*Reina.* Que nadie hostilice....

*Rey.* Lo que el buen Rodrigo dice,

Suena bien ; mas no hace al caso.

De Sancho espero mañana

La corona recibir,

Y traigo tropas que unir

A la tropa castellana,

Y á una y otra sin rencilla,

Obedeciéndome ya,

Rodrigo las guiará

Contra el moro de Sevilla.

Si á los vigías prendí

Que pudieran anunciarme,

Eso fué por excusarme

Lo que está pasando aquí.

A mí el esperar me enfada,

Y hubiera sido imprudencia

Pediros una licencia

Que tal vez fuese negada.

Pero si á Castilla dan

Mis tropas tan grave susto,

Tranquilarla es muy justo :

A Burgos no pasarán.

*Algunos Cast.* Bien, bien.

*Rey.* Y si os ponen grima

Esos doce que me traje

Hasta aquí, dadme hospedaje

A mí solo y á mi prima.

*Reina.* Señor.....

*Rey.* En cuanto al asunto

De la jura reclamada,

No es cuestion acomodada

Para hablarse en este punto.

Con mas oportunidad

Tratarse en palacio puede.

*Cid.* Como en trato no se quede....

*Rey.* Vos ya la solemnidad,

Si os place, arreglar podeis.

*Cid.* ¡Oh! sí.

*Gonz.* Señor.....

*Rey.* De camino

Yo dar otra determino

Que os ruego que presenciéis.

*Cid.* Rey don Alfonso, mandad.

*Rey.* Mi prima, que sin injurias,

Lleva en Leon y en Asturias

La palma de la beldad....

*Jim.* ¡Ah!

*Rey.* Jimena, á quien regalo

Dos villas y una dehesa,

Va á hacer solemne promesa

De vida y alma á Gonzalo.

*Jim.* (*Aparte.*) ¡Cielos!

*Gonz.* ¡Oh felicidad!

*Cid.* ¡Ah!

*Alv.* ¿Casais á esta hermosura?

*Cid.* ¿Cuándo?

*Rey.* Despues de la jura. —  
Marchemos á la ciudad.

## ACTO SEGUNDO.

Salon del alcázar de Burgos.

### ESCENA PRIMERA.

JIMENA, ALVAR FAÑEZ.

*Alv.* ¡Ah Jimena!

*Jim.* ¡Ay Alvar Fañez!

*Alv.* ¿Fué por ventura ilusión

La nueva que en mis oídos

Hace poco resonó?

¿Os casais?

*Jim.* Casármelo quiere

Nuestro Rey y mi tutor.

*Alv.* ¿Amais á Gonzalo Ansuras?

*Jim.* ¿Me hacéis tal pregunta vos,

El único caballero

Con quien Jimena trabó

Pláticas alguna vez

En la corte de Leon?

*Alv.* Cierto es que á Gonzalo nunca

Vuestra boca le nombró.

*Jim.* Nunca.

*Alv.* ¡Ay! aquellos instantes

De honesta conversacion

Jamás de la mente mia

Ningun placer los borró.

Con grata curiosidad,

Con gracejo encantador

Me preguntábais noticias....

*Jim.* De la ciudad en que estoy,

De Burgos.

*Alv.* Tal vez pedisteis

Que os hiciese relacion

De qué amigos me trataban

Con intimidad mayor,

Y de quién entre ellos era

Mas galan, ó mas hombron,

Mas diestro en lanza y espada,

Mas certero tirador,

*Jim.* ¡Ah! sí.

*Alv.* Y yo siempre al informá

Daba fin con un sermón

De honras á mi primo el Cid,

Que la vida me salvó.

*Jim.* Por cierto que me dijisteis  
Que no era gran cazador.

*Alv.* El caudillo castellano,

El que en buen hora nació,

Segun su pueblo le llama

En una y otra cancion,

¿ Ha de abatirse á emplear

Sus armas y su valor

En tímidas bestezuelas

Que mata un perro, un huron?

*Jim.* Perseguir al jabali

Y al oso.....

*Alv.* Es un deshonor

Para el Cid: es general,

No es montero; y voto al sol,

Que bestia por bestia, moro

Hay mas fiero que un leon.

Serán tan pocas las veces

Que el Cid la ballesta armó.....

Bien que si la coge un día,

Tirá como el mejor,

Porque en armas es maestro

Nato por gracia de Dios.

*Jim.* ¡Oh! lo creo.

*Alv.* ¿ Con que al fin

Os venís á la razon?

Me alegro: le haciais antes

Al Cid muy poco favor.

*Jim.* Como no le conocia...

*Alv.* Ya le conocisteis hoy.

*Jim.* En la ermita.

*Alv.* Allí al venir

Le hallé con la Reina yo.

*Jim.* ¿ Con la Reina?

*Alv.* Sí por cierto.

Él es muy merecedor

De la honra de acompañarla.

*Jim.* ¿ Y estaban solos los dos?

*Alv.* ¿ Solos? Casi.

*Jim.* Y bien, ¿ qué obje

Es el que á verme os guió?

*Alv.* Por el siglo de mi padre...

Perdonad mi distraccion:

Todo lo olvidó al alguno

Me nombra á mi salvador.

Ilustre Jimena Diaz,

Un hombre de decision,

Un hombre que en vos adora

Desde el momento que os vió,

Toma á su cuenta libraros

De esa mal trazada union.

*Jim.* Pero decid...

*Alv.* Gente llega.

Pero decidme si sois...  
Soy quien sabe de un revés  
un competidor. (Vase.)  
; Otro empeño mas! Sin duda  
Cid le confi6.

ESCENA II.

REY, LA REINA, JIMENA.

Todos lo dicen.  
Reina, con quien sale conver-  
to.)

Padecen  
quivocacion.  
Jimena misma habra oido...  
Dejad eso.

¿Qué es, señor?  
Ap. Demos arranque á sus celos  
(ar su pasion.)  
egado á vos, Jimena,  
co rumor

Reina y el Cid  
inclinacion?  
mi... Perdonad... No debo...  
) ; Qué sospecha tan atrozi!

En presencia de una jóven,  
r su pudor  
materias hablar.  
na jóven á quien doy  
hoy á mañana...  
Tan pronto!

Esa exclamacion  
ria, esos ojos  
al suelo el dolor,  
s que merecen  
estra atencion  
i voz que me achaca  
ado amor,  
llo) no es posible.  
No es posible? ; Por qué no?  
Preguntádselo á Jimena,  
abe la razon. (Vase.)

ESCENA III.

EL REY, JIMENA.

¿Qué es esto? ¿qué significa  
io arrebol  
estra inclinada frente  
a acusacion?  
blad.

No me atrevo.  
y un tirano feroz?  
vuestro primo,  
; su rigor.

Jim. No me entregueis á Gonz  
Si me teneis compasion.

Rey. ¿Luego Alberta en lo que  
De vuestra boda, acertó?—  
Bien. Y en órden á la suya  
¿Cuál fuera vuestra opinion?

Jim. Yo... ¿cómo quereis...?

Rey. Decidla.

Jim. Por mi voto...

Rey. Sin temor.

Jim. Dejadla que salga viuda  
Del territorio español.

Rey. ¿Y si la acompaña el Cid?

Jim. Ponedle por condicion

Que á Burgos vuelva soltero,

O no le deis (y es mejor)

Permiso para alejarse

De donde estemos los dos.

Rey. Si esas gracias os otorgo,

¿Cuál será mi galardón?

Jim. Pedid mi vida.

Rey. Guardadla

Para hacer un servidor

Leal y un feliz esposo

De....

Jim. ¿De quién?

(Aparece por una puerta el Cid.)

Rey. Ved quién entró.

Jim. ; Rodrigo!

Rey. (Bajo á Jimena. Voy de Gonzalo

A obtener su sumision

A vuestro gusto.) Esperadme,

Rodrigo.

Jim. ; Oh mi bienhechor!

(Besa Jimena la mano al Rey, y vase  
este.)

ESCENA IV.

EL CID, JIMENA.

Cid. ¿Se va el Rey porque entro aqui?

Jim. No: motivo se le ofrece

Mas grave: vos si, parece  
Que andais huyendo de mi.

Da mucho la Real amiga

Que hacer á su consejero.

Cid. Yo solo á Jimena quiero,

Y basta que yo lo diga.

Jim. Cuando á los pocos instantes

De la jura se pensaba

Casarme.....

Cid. Antes importaba

Lo de la jura, siendo antes.

Jim. Yo á cualquier otra atencion

Te prefiero.

Cid. De ese modo

Se estima al Cid, porque á todo

Prefiere su obligacion ;  
Y esté Jimena segura  
De que es tan bella virtud  
En hombre la rectitud  
Como en mujer la ternura.

*Jim.* ¿Qué has hecho, pues? ¿qué cuidados  
Reclamaban tus oficios?

*Cid.* Mirar por mis compatriotas,  
Que son unos apocados,  
Cuyo entusiasmo no enciende  
La pró general del reino.  
¡Voto á las barbas que peino,  
Que Alfonso es Rey que lo entiende!  
Pidiendo hospitalidad

Aquí se entró: bien sabia  
Qué efecto en Burgos haría  
Su imponente majestad.  
Cien veces á mi ira pábulo  
Dió el concilio hoy reunido,  
Que casi me ha parecido  
Miserable conciliábulo.  
La jura con vehemencia  
Recuerdo allí, y en conjunto  
Responden los mas: « Al punto  
Júrese al Rey... obediencia.

—Oid la voz varonil  
Del honor:—y grita un necio:  
Rui-Díaz, habla mas recio  
La voz de los veinte mil. »  
Hay gentes muy peregrinas  
Que tienen vueltas bellacas:  
En un consejo ¡qué urracas!  
En un lance ¡qué gallinas!  
« ¿Qué consistorio tan vario  
Es este? » grité yo adusto.

« ¿Cómo lo que ayer fué justo,  
No ha de ser hoy necesario?  
Jure el Rey antes que herede.  
¿No hizo Castilla esta ley?  
Cumplan el reino y el Rey  
Lo que ha mandado quien puede.

Si en los hijos de los godos  
No hay ya para tanto aliento,  
Yo tomaré el juramento  
Salvando la ley y á todos. » (7)  
El remate de la arenga  
Un sí general me atrajo:  
Diríanse por lo bajo:

« Allá el Cid se las avenga. »  
La junta viéndose índemne,  
Me cede la parte amarga,  
Y ella de arreglar se encarga  
La ceremonia solemne;  
Con lo cual de aquel recinto  
Salgo, y vengo donde estás  
Tú, mi bien, que vales mas  
Que un reino con tercio y quinto.  
*Quédense armando quisquillas*

Allá en la grave cuestion  
De si el Rey en la funcion  
Se pondrá ó no de rodillas,  
Y veamos si consigo  
Que pues yo solo te igualo,  
No se me apropie Gonzalo  
Bien que merece Rodrigo.

*Jim.* Suele ser la diligencia  
La madre de la ventura;  
Pero en esta coyuntura  
Quien ganó fué la indolencia.  
El Rey, por cierta expresion  
Que dijo Alberta en despique,  
Se ha empeñado en que le explique  
Yo su significacion,  
Y fiada en la bondad  
Que me mostraba, en efecto,  
De nuestro callado afecto  
Le declaré la verdad;  
Y en el punto que lo digo,  
Está sin mas intervalo  
Intimándole á Gonzalo  
Que me renuncie en Rodrigo.

*Cid.* ¡Cielos!

*Jim.* Vea el Cid si estima  
Tanto el juramento que haga  
El primo, y tanto le halaga,  
Como el que le hará la prima. »

*Cid.* ¿Quién tanta dicha resiste?  
¿Con que cesó nuestro afan?  
¡Oh! no ha mentido el refran:  
Al que obra bien, Dios le asiste.  
Apenas evito al gremio  
Del clero y de la nobleza  
Cometer una bajeza,  
Cuando ya recibo el premio.  
¡Y sin abrir yo la boca!  
Es cuanto hay que desear,  
Porque ello me iba á costar  
Mi repugnancia, y no poca.

*Jim.* ¿Cómo?

*Cid.* ¿No es accion vilana  
Proponerle á un hombre honrado  
Que falte á lo que ha tratado...  
Porque yo quiero á fulana?  
Mas si él con toda advertencia  
Rompe el empeño primero  
Porque hay daño de tercero,  
O porque puede en conciencia;  
Eso es distinto, y lo sabe  
Cualquier sayagués intonso.  
Prémieselo Dios á Alfonso,  
Que en mí pagarlo no cabe,  
Ni aunque sepa conquistar  
Para él, feliz paladin,  
Cuanto hay desde Albarracín ?  
Al peñon de Gibraltar.  
¡Y yo á este hombre atropellé!

...sas hace un vasallo!  
 ey será Alfonso. Hoy callo;  
 jurándole fe,  
 dicha á compás  
 humos, por la cruz  
 todo el reino andaluz  
 eva Satanás.

ESCENA V.

EL REY, EL CID, JIMENA.

Rodrigo.....  
 ; Cuánto os adenda  
 no!  
 A esos piés postrada...  
 Ya que no con la cuñada,  
 casa con una deuda.  
 ; Con que Gonzalo...?  
 Tesson  
 da; pero ha cedido.  
 La pérdida que ha sufrido  
 consideracion.  
 a el pobre me inspira:  
 aré de aplacarle.  
 Me propongo yo casarle  
 i hermana doña Elvira.  
 ; Oh mi Rey!  
 Y al fin, ; qué habeis  
 to en junta?  
 El concejo  
 a un poco perplejo;  
 insiste en que jureis.  
 ; Queréisme el por qué decir?  
 Es tal, qué no se contrasta.  
 tá mandado? Pues basta.  
 ; Y no se puede abolir?  
 Para que observarse deba,  
 otivo preferente.  
 ; Cuál?  
 Es un reino naciente  
 a: dos Reyes lleva.  
 undo que nos manda,  
 principio de corona!  
 mata una persona  
 adie sabe dónde anda,  
 segun el previno  
 sion bárbara y sañuda,  
 ede ponerse en duda  
 ue un infame asesino.  
 r. Un regicida.  
 t. Cabal  
 on tal borron no mancho  
 atador, pues don Sancho  
 a su Rey natural. (8)  
 í que nadie lo escucha,  
 llido me hace cara,

Confesemos que quedara  
 Su nombre con gloria y mucha.  
 El á su patria salvó,  
 Si se oye á los zamoranos.  
 Mas gritan los castellanos:  
 « ¡ Y si álguien se lo mandó? »  
 ; No debemos enseñar  
 Al mundo con un ejemplo  
 Que el regio palacio es templo  
 Que al crimen se ha de cerrar?  
 Vos á quien la ley invita  
 Para ceñir la diadema,  
 ; Podreis culpar que se tema  
 Que el delito se repita?  
 ; Cómo no temblais que infiel  
 Algun pariente Real  
 Un día pague un puñal  
 Y vida os quite y dosel?  
 A eso se dará ocasion  
 Si en muriendo un Rey aquí,  
 Reina el que le sigue así  
 Sin mas cuenta ni razon.  
 Poco, señor, os pedimos,  
 Y algo merece el mandarnos;  
 Y en algo hemos de mostrarnos  
 Súbditos de quien lo fulmos.  
 Que Alfonso los labios abra  
 Le es al reino suficiente;  
 Pues aquí no solamente  
 Se da fe á la Real palabra,  
 Sino que se ha de acatar  
 Cual voz incontrovertible  
 De Dios, en quien no es posible  
 Ni engañarse ni engañar. —  
 Esto lo digo en presencia  
 De vuestra prima, esperando  
 Que ella con acento blando,  
 Con fementil elocuencia,  
 Hará la razon valer,  
 Que por mostraria desnuda,  
 Tal vez en mi boca ruda  
 No consigue convencer,  
 Y logrará de contado  
 Que en numerosa asamblea  
 Mañana en Santa Gadea (9)  
 Jureis... para ser jurado.  
 Rey Habló el patrielo: oiga pues  
 Defender sus regalías  
 A un Rey de dos monarquías,  
 Próximo á serlo de tres.  
 Los Soberanos, por mas  
 Que traigan el mundo en peso,  
 Son hombres de carne y hueso  
 Lo mismo que los demás.  
 El respeto que inspiramos,  
 Es tan solo el escabel  
 Que nos eleva; por él  
 A los pueblos gobernamos,



Y es nuestra ley mas sagrada  
 Que nunca el respeto cese :  
 Al que se le pierden, ese  
 Ni es Rey, ni es hombre, ni es nada.  
 Decidme vos esta vez :  
 ¿Qué respeto he de esperar  
 De un pueblo que va á empezar  
 Por erigirse mi juez ?  
 ¿Cómo sonará potente  
 Mi voz en corte ni en villa  
 Cuando en magnífica silla  
 Para regiros me sienta,  
 Si hasta el siervo mas bozal  
 Recordará que me ha visto  
 Con la mano sobre el Cristo  
 Cual reo en un tribunal ?  
*Cid.* No temais inobediencia  
 Del que accion mire tan santa :  
 Ninguno la ley quebranta  
 Cuando el Rey la reverencia.  
*Rey.* Sabe el discreto arbitrista  
 Que hay cosas que entran sin ruido  
 Que aturda, por el oido,  
 Y alborotaran la vista.  
 Si á solas, de Alfonso á Ruf,  
 Mi juramento aceptais,  
 Y vos despues anunciais  
 A Castilla que le di ;  
 Me conformo... y no embaraza  
 Que por solo concurrente,  
 A Castilla represente  
 Jimena, que nos enlaza.  
 Mas si entre parches y bronces  
 Quereis el acto con bulla,  
 Mucha gente de casulla  
 Y de espuela y pueblo, entonces (*A Jimena.*)  
 De todo me desobligo,  
 Y por buen modo ó por malo,  
 Vos casareis con Gonzalo,  
 Aunque le pese á Rodrigo.

(Vase.)

## ESCENA VI.

## EL CID, JIMENA.

*Jim.* ¿Oiste ?  
*Cid.* Oí.  
*Jim.* ¡Qué crueles  
 Extremos !  
*Cid.* O Lucifer  
 Le tienta, ó se echó á perder  
 Alfonso entre los infieles.  
*Jim.* ¿Es ira, es venganza vil  
 Por su derrota y prision ?  
*Cid.* ¿Pues le prendí yo en Carrion  
 Con engaños de alguacil ?  
*Jim.* ¡Rodrigo!

*Cid.* ¡Ruin artimaña,  
 Débil para seducirme !  
*Jim.* ¿Y qué harás ?  
*Cid.* Tenerme firme,  
 Firme como una montaña.  
*Jim.* ¿No admites la insinuacion ?  
*Cid.* Es una supercheria.  
 Entonces yo cargaria  
 Con la infamia de la accion.  
*Jim.* Eres rígido en exceso.  
 Con ese medio templado...  
*Cid.* ¡Eh ! no es eso lo mandado,  
 Y así no puede ser eso.  
*Jim.* Renuncia un cargo que indigna  
 Contra nosotros al trono.  
*Cid.* Yo nunca el puesto abandono  
 Que mi deber me designa.  
*Jim.* ¿Piensas que la multitud  
 Aprece valor tan nuevo ?  
*Cid.* Obro yo así porque debo,  
 Y no por su gratitud.  
*Jim.* Va á ser á los dos funesta  
 Tu ansia fatal de heroísmo.  
*Cid.* Brillará mas por lo mismo,  
 Pues vale conforme cuesta.  
*Jim.* Te costará dignidades,  
 Persecuciones, sonrojos,  
 Mi amor...  
*Cid.* ¡Ay luz de mis ojos !  
*Jim.* Por Dios que de mí te apiades :  
 Por Dios, en tan dura pena,  
 Que lleve el amor la palma.  
 Cede, Rodrigo del alma :  
 No pierdas á tu Jimena.  
*Cid.* ¿Y mi honor, fúlgido norte  
 Que sigo, dios que venero ?  
*Jim.* ¿Pierde su honor un guerrero  
 Por un melindre de corte ?  
 Que de ese modo ó que de este,  
 Con sinceridad ó dolo,  
 En público ó solo á solo  
 Alfonso la jura preste ;  
 ¿Dejas de ser por quien goza  
 Mil triunfos tu patria ? ¿aquel  
 Que rindió, imberbe doncel,  
 Al moro de Zaragoza ?  
 ¿El que nunca errando tiro,  
 No bien estrenó la malla,  
 Dió muerte en campal batalla (10)  
 Al Rey de Aragon Ramiro ?  
 ¿El caudillo en cuyas manos  
 Tiene la España suster ?  
*Cid.* Yo quisiera ser tambien  
 Espejo de ciudadanos.  
*Jim.* Pues para que te adelantes  
 A todos en todo, pon  
 Límites á tu ambicion...  
 Y sé modelo de amantes.

lo sacrificio  
 al ruego procura,  
 e con usura  
 constante oficio.  
 flaqueza .. ó ya  
 ser la que fúi,  
 flaqueza por mí  
 jera le honrará.  
 ; Quién le resiste, quién ? ¡Oh!  
 mayor encanto  
 lo! Merece tanto  
 . — Merece un no.  
 ¡ Qué olgo!

Al enojo mas fuerte,  
 rision me resigno:  
 e mostrarme indigno  
 efiero perderte.  
 Luego si Alfonso...

Esperemos  
 onstancia corone.  
 d respeto impono...  
 sabe aún... ? Confíemos.  
 ; Confiar ? ; Y si persiste  
 me precipita ?  
 Retirarás de la ermita  
*(Ves de una breve pausa en que hace  
 bles esfuerzos para dominarse.)*  
 on que pusiste  
 ; Y mi mano se unirá... ?  
 A otro que á mí : yo lo pida.  
 á mí , dame al olvido.  
 amás.

Bien está.  
 Tan cuerdo me aconsejas ,  
 ide , tan virtuoso  
 , que es vergonzoso  
 ni ayes ni quejas.  
 te descompones  
 estarás padeciendo),  
 valor aprendo  
 r mis pasiones.  
 e es duro sin duda  
 mi dueño presunto  
 fique á un difunto...  
 o manda su viuda.  
 cella vulgar,  
 ivo tan sobrado ,  
 hubiera dejado  
 r arrebatat,  
 con todo al traste ,  
 te á grito herido  
 lor, fermentido,  
 ue nunca la amaste... —  
 vida amar podría  
 en la niñez soldado ,  
 era se ha criado  
 gre y carnicería ;  
 as que se conquisté

Renombre con sus hazañas ,  
 Se ha formado las entrañas  
 Del hierro de que se viste. —  
 Yo no : como tan vecina  
 Estoy al gran campeón ,  
 Tengo cierta obligación  
 Tambien de ser heroína.  
 Y lo soy : ved esta frente  
 Que del bien llamábais astro.  
 De ira ni de amor... ni rastro  
 Hay en ella... y si lo hay, miente. —  
 Mil triunfos y mil os dé  
 Ese valor que os inflama ,  
 Ya os caséis con vuestra fama ,  
 Ya con la Reina... que fué.  
 Yo... pues mi afecto se trunca  
 Por vos , habré de casarme  
 Tambien... para no acordarme  
 De vos nunca, nunca, nunca. *(Vase.)*

## ESCENA VII.

EL CID.

Dios que tu fe me arrebatat ,  
 Quiera cumplir tus anhelos,  
 Aunque esos injustos celos  
 Me quiten la vida , ingrata.  
 ; Este corazón que da  
 Latidos de que me aterro ,  
 Este dicen que es de hierro ,  
 Que es insensible ! ¡ ojalá !  
 Insensible , me prestaba  
 El inmenso beneficio  
 De librarme de un suplicio  
 Cuya existencia ignoraba.  
 De angustia y rabia se me arde  
 La frente , el alma : ¡ oh ! no siente  
 Martirio igual un valiente  
 Cuando le rinde un cobarde.  
 ; Daba yo fin tan diverso  
 A mi amor ! Se ata mi lengua.  
 Paredes que veis mi mengua ,  
 Calládsela al universo.  
 No se sepa que fingí  
 Valor ante una beldad ,  
 Y luego en la soledad...  
 Mis ojos... ; Quién anda ahí ?

## ESCENA VIII.

LA REINA , EL CID.

Reina. Rodrigo , ¡ cuánto me alegro  
 De hallaros aquí y á solas !  
 Rodrigo , ved que Jimena...  
 Cid. ; Es ya de Gonzalo esposa ?  
 Reina. No la condenéis á serlo.

La infeliz se aflige, llora...  
El Rey no cede : cedamos  
Nosotros.

*Cid.* ¡Qué eso proponga  
La viuda del Rey!

*Reina.* Mi ejemplo  
Serviros puede de norma.  
Yo antes la jura exigi ;  
Yo de ella desisto ahora ;  
No se ofenderá por eso  
De Sancho la augusta sombra.  
Él desde la tumba admira  
Vuestra integridad heroica ;  
Mas no quiere que el caudillo  
De sus huestes vencedoras  
La dicha de un puro amor  
Sacrifique á su memoria.  
Ni lo habrá de consentir  
Su viuda : es mas generosa.  
La víctima que reclama  
Sancho, no sois vos , es otra ,  
Es su asesino. Alvar Fañez  
Me da una nueva que importa  
Averiguar.

*Cid.* ¿Cuál es?

*Reina.* Dice  
Que entre las varias personas  
Que acaban de entrar en Burgos  
Con mi cuñada...

*Cid.* ¿Cuál?

*Reina.* Doña  
Urraca...

*Cid.* Y bien...

*Reina.* Pues, entre ellas,  
Dicen que, oculto con ropas  
De disfraz, viene Vellido.

*Cid.* ¡Vellido!

*Reina.* Turbas ansiosas  
De su muerte le buscaban :  
Gonzalo á su cargo toma  
Tambien su persecucion.

*Cid.* ¡Gonzalo! Muy officiosa  
Es tal diligencia en él.

*Reina.* Jueces he mandado y rondas  
Que se anticipen y al reo  
Ante mi justicia pongan.  
Ya veis que puede quizá  
Declararnos tales cosas,  
Que resulte innecesaria  
La dispuesta ceremonia.

*Cid.* ¡Oh, sí! y entonces...

*Reina.* Seréis  
Dueño de la que os adora.

*Cid.* Y á vos deberé mi dicha.

*Reina.* Y en ella como en la propia  
Gozaré, y acabarán  
Las sospechas injuriosas  
De alguene, que espero al fin

Que por quien soy me conozca.  
*Cid.* ¡Gonzalo! (*Viéndole*)

### ESCENA IX.

GONZALO, Dichos.

*Reina.* ¿Y Vellido?  
*Gonz.* Ya

Pagó su accion alevosa.

*Reina.* ¿Quién le halló? ¿quién le

*Gonz.* Mi brazo os vengó, señora

*Reina.* ¿Cómo en lugar de prend

*Gonz.* Dos burgaleses de nota

Yañian delante de él

Cuando le hallé: fué mas pronta

Mi espada de lo que quise.

*Cid.* Y al espirar ¿dijo...?

*Gonz.* Pocas  
Palabras.

*Reina.* ¿Quiénes estaban

Allí, que de ellas depongan?

*Gonz.* Dos heridos batallando

Con las últimas congojas :

Vivo y sano solo yo.

*Reina.* Vos revelareis....

*Gonz.* Si otr

Permiso mi Rey, al punto.

*Reina.* Vamos por él.

*Gonz.* En buen

(*Ap. al Cid.*) Despues tenemos qu

*Cid.* Sí, sin que nadie nos oiga.

(*Aparte á G*)

(*Vanse la Reina y*)

### ESCENA X.

GONZALO, Y LUEGO ALVAR F

*Gonz.* Casar con Elvira fuera

Ganar en caudal y en honra ;

Pero ; ceder una dama....!

Sin combate no lo logra

Un rival de mí. (*Sale*)

*Alv.* Gonzalo.

*Gonz.* Alvar Fañez.... (*Ap.* ; E  
Visita!)

*Alv.* Sabed que vengo

Del cuarto de vuestra novia.

*Gonz.* ¿De la Infanta?

*Alv.* De Jim

Esa pregunta denota

Gran atraso de noticias

En órden á vuestra boda.

Mientras vos habeis corrido

Tras el Judas de Zamora ,

Ha mudado de dictámen

El Rey.

Mudanza dichosa  
honor.

Todavía  
ue cantar la victoria.  
aquí.

En esto vos  
is ?

Soy.... un rival.

¡Hola!

Sí, y un rival que creyendo  
ias engañosas,  
se juzgó.

Presuncion tenéis de sobra.  
; Y ahora me dice Jimena  
a á mi primo! De cólera

¿Contra Rodrigo ?  
Como no puedo en su contra  
; como mi vida  
, pues vivo á costa  
ingre , que por mí  
indante su cota ;  
blanco necesito  
pasion zelosa.  
el que de Jimena  
dad estorba :

ncio á su cariño,  
no hay hombre en Europa  
e mirar la dama  
id para suya escoja :  
así, Gonzalo , ved  
ena sin demora  
, ó yo me encargo  
aros á la gloria.

¿ Vos os atreveis conmigo ?  
Dejémonos de hambolla.  
r sangre del Cid  
e á vos me anteponga.  
s. Al Cid le honro yo si mido  
da con su Tizona.  
Probadlo en mí.

Audaz mancebo,

id hora por hora  
s hasta lgualar  
nfos que me coronan,  
luego á que os mate  
oy por loco os perdona.  
Como deis un paso mas  
a union.....

Ya es forzosa.  
teson empeñais.

Pues fácil es que se exponga  
como villano  
uye una lid honrosa.

¿ Con que amenazais mi vida ?  
¿ que el riesgo que-corra  
za cuenta.

(Mirando al fondo.) Si el Rey

No viniese..... Pero en otra  
Parte nos veremos.

(Vase.)

Gonz. Esto  
Me decide. Quien se arroja,  
Sale bien : si rindo al Cid  
Y evito la jura odiosa ,  
Mi privanza afirmo , y nadie  
Me hace ya en Castilla sombra.

ESCENA XI.

EL REY, LA REINA, EL CID, CABALLE-  
ROS CASTELLANOS, CABALLEROS LEONESES,  
GONZALO.

Rey. De vuestra proposicion

(A los castellanos.)

Me enteré : haré mi consulta ,  
Y se os dirá la resulta.

Gonz. ¿ Qué es ello ?

Rey. Esa pretension....

Gonz. ¿ De la jura ?

Cid. Sí.

Reina. Quizá

Con lo que Gonzalo oyó

Se excuse.

Rey. Dilo.

Reina. Si no....

Cid. Si no, se hará.

Gonz. No se hará.

¿ Quién pide la jura ? — ¿ Cómo ?

(Hay un momento de silencio, durante  
el cual el Cid aguarda á que hablen  
los castellanos.)

¿ Ninguno me ha respondido ?

Cid. ¿ No sabéis que yo la pido ?

¿ No sabéis que yo la tomo ?

Gonz. ¿ Solo vos ? ¿ Y no sabéis

Que sobre lo irreverente

De que á un Rey se juramente,

Vos, Rodrigo, no podéis ?

Cid. ¿ Juzgais que la calidad

Del juramento me empacha ?

Gonz. Es que tenéis una tacha

Horrenda.

Cid. ¡ Yo ! ¿ Cuál ?

Gonz. Temblad.

Cid. Mandadle que hable, señor.

Gonz. Vellido dijo al morir

Que mató al Rey por servir.....

Todos. ¿ A quién ?

Gonz. Al Cid Campeador.

Todos. ¡ Al Cid !

Cid. ¡ A mí !

Gonz. A vos.

Cid. ¡ Malvado !

Por la honra de mis abuelos,  
Por el Dios que está en los cielos,

Que es mentira que has forjado  
Tú, so'apado malisín,  
Balдон de mis enemigos.

*Rey.* ¿Hay testigos?

*Cid.* No hay testigos :  
No hay mas que su dicho ruin.

*Gonz.* Sostengo lo que afirmá.

*Cid.* Cuando digas te desamieato.

*Gonz.* El duelo exijo.

*Cid.* Al momento,  
Al momento : pero ¡ qué !

¿ Merpee esse descreido  
Que á lidiar con él me haze ?

Ni él, ni todo su linaje,  
Ni aun el reino en que ha nacido.

*Reina.* ¡ Rodrigo !

*Rey.* ¡ Rui Diaz !

*Gonz.* Ved  
Que á un reino habeis insultado.

*Cid.* Pues si el reino se ha picado,  
La palabra recoged.

*Leoneses.* Que satisfaga.

*Cid.* Salid,  
Seguidme.

*Reina.* No lo permito,

*Rey.* Desdecios.

*Cid.* Lo repito :  
No se vuelve atrás el Cid.

*Gonz.* Mirad que no reconoca

(*A la Reina.*)

Su yerro, que nada escucha.

*Cid.* Sangre necesito.... y mucha.

No es nada la de esos doce.

*Gonz.* Con los doce que hay aquí,

Lidiará quien los desadora.

*Cid.* Con quince lidié en Zamora, (11)

Y á los quince los vencí.

*Rey y Reina.* Paz, paz.

*Cid y Leon.* No.

*Reina.* ¡ Qué desven-

*Cid.* Por mí no tengais recelo. ¡ tura !

(*A la Reina.*)

Mañana á las nueve el duelo, (*A Gonz.*)

Mañana á las diez la jura. (*Al Rey.*)

## ACTO TERCERO.

Entrada á la iglesia de Santa Gadea. El tablado representa el ámbito de una lonja que corre delante de la iglesia. Este espacio está cerrado con verjas en el fondo : desde las verjas adentro se quebranta el plano, suponiéndose que de él se baja á otro plano inferior (que es el piso de la calle) por una elevada gradería. A la derecha del espectador la puerta del templo, y cerca de ella un altar

con una cruz y un misal. A la izquierda primer término un dosel, cerrado con tinas de arriba abajo : mas allá se ve que hay una puerta en el muro de un correspondiente ó contiguo á la iglesia cual llega hasta la verja, y tiene un choso balcon en el mismo ángulo. Ban sillas á un lado y otro de la escena.

### ESCENA PRIMERA.

ALVAR FAÑEK, ILLAN, DOS CENTI  
FUERA DE LA VERJA.

*Alv.* La hora del duelo se acerca,  
(*Saliendo de la iglesia.*)

Todo prevenido está ;  
Y Rodrigo no parece  
Ni en casa ni en la ciudad.  
¡ Salir de Burgos anoche  
Sin decir adónde va,  
Y no volver ! ¡ Vive Dios,  
Que no sé qué imaginar !  
Veamos si este escudero  
Me puede instruir.... Illan.

*Illan.* Señor.

*Alv.* ¿ Vino por aquí  
Mi primo ?

*Illan.* ¿ Mi amo ? Sí tal.  
A la madrugada.

*Alv.* ¡ Gracias  
A Dios ! Gran nueva me das.

*Illan.* Nadando estaba en sudor :

Se acababa de apear,  
Segun me dijo : miró  
Con mucha prolijidad  
Todos los preparativos

Para la funcion Real :  
Debajo del dosel puso  
La silla : sobre el altar

Por su mano colocó  
En el atril el misal :

Me mandó que una ballesta  
Sacara : fuila á buscar,

Y cuando volví no estaba,  
Ni aquí ha parecido mas.

Como vino tan causado,  
Iriase á descansar.

*Alv.* ¿ Y adónde ?

*Illan.* Si no que fuere  
Al cuarto de un capellan....

*Alv.* Pero teniendo su casa  
Ahora en la veindad,

De modo que, aún sin ser visto,  
Desde allí puede pasar

Por la iglesia aquí, seria  
Raro.... Me voy á informar

por no.  
dentro. ¡ Viva el Rey  
uso!  
¿A qué será  
ría?

ESCENA II.

GONZALO; ILLAN, QUE POCO  
DESPUES SE REVIRA.

Para  
suban, arrojad  
esa buena gente.  
Ya os empiezan á aclamar:  
s que esta salida  
co os convendrá.  
Buen templo es Santa Gadea.  
. Y por eso es el lugar  
para un acto.....  
e celebrará.  
el cerrojo en que usan  
galeses jurar.  
Todo ya se halla dispuesto.  
. Es el Cid muy eficaz.  
todo está corriente  
luelo.

Confesad,  
lme si las voces  
lido le achacais,  
as mismas que dijo  
into de aspirar.  
. Os ruego, por el decoro  
gia majestad,  
pendais por ahora  
iemanda instar.  
Es que si verdad no fuese.....  
. Ya la cuestion principal  
inocencia del Cid  
pabilidad;  
ravio cruel  
lo nacional,  
de que es famoso  
; y se vengará,  
vos de camino  
anto deseais.  
vasallo vuestro  
leber atajar  
fueros del Cid:  
e de temple tal  
os de los Reyes  
; al fin á trocar.)  
ha visto si producen  
erjudicial  
tes osadías  
lo sin castigar.  
is en vuestra casa  
; una niña audaz,

(Vase.)

Resistiendo abiertamente  
A la triple autoridad  
De monarca y de tutor  
Y cabeza familiar.

Rey. Afirmo por el recuerdo  
De nuestra cautividad  
Que esa inobediencia es cosa  
Que no puedo tolerar.  
Jimena, la que antes era  
La dulzura angelical  
Propia, la tímida misma,  
La misma docilidad,  
¡Negarse á daros la mano  
Tan resuelta y contumaz!  
Por Dios que antes de dos horas  
Ha de vencer y agobiar  
Esa cerviz altanera  
La toca humilde claustral.

Gonz. Debiera cual caballero  
Yo de esa pena apelar;  
Mas como recto ministro,  
Como ofendido galan,  
Por mas que me aflija, no  
La puedo desaprobar.  
Aunque ella ya se arrepienta  
De su necia terquedad,  
Fuera yo, siendo su esposo,  
Burla del vulgo procaz.  
Robusteced en Castilla  
Vuestra débil potestad:  
Yo á la obra cientos echo:  
Vos la debéis acabar.  
Si en ese combate, contra  
Toda probabilidad,  
Pudiéramos ser vencidos  
Nosotros, ¡ay de vos! ¡ay  
De la paz de vuestro reino,  
Si á Rodrigo no domais!

Rey. ¡Oh! si él despues....

Gonz. Ahora mismo,  
Fuera de Burgos ¿qué hará?  
Esa nocturna salida,  
Ese excesivo tardar  
Cuando la hora de la lid  
Al momento rayará,  
¿Qué significan? Acaso  
Contra vos trata de armar  
De los pueblos convencinos  
La ruda credulidad.  
Ese dosel y la silla  
Que oculta ese tafetan,  
Silla que, á vos destinada,  
Burgos la mandó labrar  
En Valencia al mas famoso  
Artífice musulman,  
Os deben con muda voz  
Vuestro deber acordar.  
Si queréis poner el trono

A cubierto de *desman*,  
Amarrad firme á sus gradas  
Al caudillo popular.  
Señor, quien se sienta aquí...

(*Alza una de las cortinas que cierran el dosel, y se ve al Cid durmiendo, recostado sobre la silla del trono, caída.*)

¡Cielos!

*Rey.* ¿No es él?

*Gonz.* (*Aparte.* ¡Pese á tal!)  
Rodrigo es: yace dormido.

*Rey.* Mientras vos imagináis  
Que conspira, ¡está sirviendo  
A mi dosel de guardian!

*Gonz.* Descuidado guardian hace.

*Rey.* ¡Dormir con tranquilidad  
Cuando un combate le espera!  
Poco la lid temerá,  
Poco su suerte le importa.

*Gonz.* Poco le debe importar,  
(*Reparando ahora en que la silla está caída.*)

Cuando le está un Rey mirando  
Con tan rara ceguedad,  
Que no advierte su actitud,  
Embebecido en la faz.

Rey Alfonso, ella os fascina,  
Rey Alfonso, reparad  
Que sobre un trono volcado  
Rodrigo durmiendo está.

*Rey.* ¡Y es cierto!

*Gonz.* Y esa es la silla

Que vos hoy vais á ocupar.

*Rey.* ¡Por él derribada en sueños!  
¡Es profética señal  
Que me avisa de un peligro  
De que me debo guardar,  
O es un acaso...?

*Gonz.* En Toledo  
Por un suceso casual  
Como este, os vaticinaron  
Que habian de coronar  
Tres diademas vuestra frente.  
No fué el presagio falaz.  
Cumplióse el próspero anuncio:  
Prevengamos el fatal.

*Rey.* ¡Volcado por él mi trono!

*Gonz.* Señor, es fuerza velar

Por él y por vos.

*Rey.* Sí, sí.

*Gonz.* La Reina.

### ESCENA III.

LA REINA, SALIENDO POR LA DERECHA.  
DÍCELOS.

*Reina.* Alfonso, piedad  
Os pido para Jimena.  
¿Cómo quereis principiar  
Vuestro reinado en Castilla  
Con esa severidad  
Contra una dama, una deuda...?

*Rey.* Hoy hasta las diez podrá,  
Por despedida del mundo,  
Usar de su libertad  
Completamente mi prima;  
Pero al tiempo de prestar  
Castilla obediencia á Alfonso,  
Jimena pronunciará  
Sus votos al cielo: yo  
Os prometo respetar  
El último acto de vuestra  
Dominacion temporal:  
Respetad vos el primero  
De la mia, y perdonad.

(*Vase, y Gonzalo co*

### ESCENA IV.

JIMENA Y NUÑA, POR LA IZQUIERDA  
LA REINA.

*Reina.* Nada he conseguido, nada  
Jimena.

*Jim.* Era de esperar:  
Era inútil: son los hombres  
Duros como el pedernal.  
*No, no, me responden todos:*  
No saben mas que negar.  
Gonzalo mismo, que dice  
Que me tiene voluntad,  
Que tiene zelos, Gonzalo  
Hace poco fué capaz  
De ofender con otro no  
Mi mujeril vanidad.

Dilo tú, que de sonrojo (A N  
Yo no lo podré contar.

*Nuña.* Por evitar ese duelo...

*Jim.* Ese duelo criminal...

*Reina.* Horrible: peligrá en él...

*Jim.* La vida del capitán  
Mas ilustre de Castilla.

*Reina.* De España.

*Nuña.* Pues por salva  
Esa vida, hizo Jimena  
La noble infidelidad  
De ofrecer hoy á Gonzalo  
Su pretension aceptar.

*Jim.* Sí, y él rechazó mi diestra.

e sangre no mas;  
 e amor.  
 1. ¿Y qué amor  
 e Jimena dar?  
 Si, razon teneis: ¿yo amarle?  
 le: odio mortal  
 cto que yo  
 era consagrar.  
 orque hay odio siempre  
 ay infelicidad.—  
 años de ilusiones  
 vienen á parar!  
 mujer mas infeliz,  
 ibo nunca ni habrá.  
 2. ¿Tanta experiencia de penas  
 tu florida edad,  
 sumes que ningunas  
 as igualarán?  
 amada te tienes  
 ndo que separar;  
 del monasterio  
 ia soledad  
 decirte: «Rodrigo  
 y siempre me amaré.»  
 a tu suerte ahora  
 le... (Nuña, apartad.)  
 (Vase Nuña.)

suerte de una triste  
 istoria escucharás,  
 hoy desgraciadamente  
 rede confiar.  
 gótica abadia  
 to imperio aleman  
 a una viajera  
 ayo llegará,  
 de oro en la frente,  
 lo púrpura Real,  
 en el semblante,  
 l pecho hondo pesar.  
 uerta la corona  
 anto se quedarán;  
 nla los pesares  
 del sagrado umbral.  
 en la pobre celda  
 nca ha de abandonar,  
 á tal vez, regando  
 grimas el sayal:  
 mé sin culpa, y mi amor  
 de perpetuo azar,  
 ontra sí el desden  
 nido ¿qué dirán?  
 gna acaso que yo,  
 una rival  
 son que en secreto  
 elaba conquistar.  
 fué el encubrirme  
 entiroso antifaz,  
 á la ardiente pasion

Apariencias de amistad.  
 Cada estudiado discurso,  
 Cada medido ademan,  
 Cada vez que indiferente  
 Dí al Cid mi mano á besar,  
 (Jimena, abatida y confusa, clava los  
 ojos en el suelo.)  
 Fué un esfuerzo, un sacrificio  
 Al decoro mundanal,  
 Al orgullo de la sangre  
 Mia, á la virtud quizá;  
 No sé á qué ni á quién; sé solo  
 Que aquello era agonizar,  
 Teniendo que sonreir  
 Ante el autor de mi mal.  
 ¡Jimena, Jimena! ¿es esto  
 Sufrir? ¿es esto penar?  
 Estas dos mujeres frente  
 A frente las dos están.  
 Yo amé tambien á Rodrigo,  
 Y él no lo supo jamás. (Vase.)

ESCENA V.

JIMENA, Y LUEGO EL CID.

Jim. ¡Le ama y él aun no lo sabe!  
 Grande será su dolor;  
 Pero aun mi pena es mas grave,  
 Que en otra mujer no cabe  
 Amor igual á mi amor.  
 Sin paga continua y cierta  
 Menos la pasion se inflama.  
 ¡Rodrigo! no te ama Alberta  
 Como yo.

Cid. ¿Quién me despierta?  
 (Dentro del pabellon.)

Jim. ¿Qué voz oigo?

Cid. (Saliendo.) ¿Quién me llama?

Jim. ¡Tú aquí!

Cid. Me quedé dormido....

¡Ah! ¡qué sueño me has robado! —  
 Pero ese nupcial vestido....

Jim. Te anuncia, Rodrigo amado,  
 Que del mundo me despido.

Cid. ¡Del mundo! ¡Y yo te vela  
 En sueños (! dulce ilusion!)

Al lado de un campeón  
 Que tierno tu mano asia!

Jim. Los sueños; ay! sueño son.  
 Mas dile, y al paso cuenta  
 Por qué anoche te ausentaste  
 De Burgos.

Cid. Tú me obligaste,  
 Tú que de mí te apartaste  
 Respirando ira violenta.  
 Yo acosado sin cesar



De un pensamiento importuno,  
Quise en la ermita mirar  
Si estaban en su lugar  
Los dos corazones. ... ó uno.

*Jim.* Mi zeloso desacuerdo  
Pasó, trayéndome en pos  
La promesa....

*Cid.* ¡Qué recuerdo!

*Jim.* « O de Rodrigo ó de Dios : »  
De él seré, ya que te pierdo.

*Cid.* ¡Ah mujer de pecho hidalgo!  
¡Ah fiel amante sin par!  
¿Qué soy para tí? ¿qué valgo?

*Jim.* Di el sueño : soñemos algo :  
Tardemos en despertar.

*Cid.* Cabalgaba aprisa, y lleno  
De triste inquietud el seno :  
Flotaba el manto al desgaire :  
Bramaba furioso el aire,  
Retumbaba hórrido el trueno.

« Vence á ese viento veloz »,  
Gritábale yo á Babieca,  
Su ijar batiendo feroz.  
En esto doliente y hueca  
Lejana se oyó una voz. —  
« De vuelta la escucharé :  
Corra ahora el caballo, corra. —

¡No hay quien por Dios me socorra,  
Por la Virgen? » — Se me fué  
Por sí la mano á la gorra.  
Hacia el eco lastimoso  
Dirijo al noble animal :  
Un relámpago horroroso  
Me alumbró, y miro un leproso  
Hundido en un tremedal. —

« Da la mano. — No está sana :  
No la toqueis (replicó)  
Sin guante. — Advertencia vana :  
Quizá moriré mañana.  
Ten y sal. Sube. » Subió. —  
« ¿ Dónde habitas? — Lejos. — Guía ;  
Que no por eso desmaye. »

Aquí me miró al soslayo,  
Y dijo : « Haces bien. » — Corría  
Mi caballo como el rayo,  
Y un valle de sepulturas  
Hollaba su planta leve.  
Entonces las vestiduras  
De aquel hombre, antes oscuras  
Y hediondas, ya de la nieve  
Afrentaban el albor :  
Sus llagas y cicatrices  
Lanzaban vivo fulgor.

*Jim.* ¿ Es sueño lo que me dices?

*Cid.* Es verdad, es un favor  
Que el cielo me otorga, acaso  
Para que en la lid sucumba  
*Sin sentir hoy el fracaso.*

*Jim.* ¡Oh!

*Cid.* « Mira, ( gritaba al paso  
Mi guía ) mira esa tumba.  
Alta fué ; mas ya cayó,  
Pues á un guerrero erigida  
De alma alevé y fementida,  
Del libro se le borró  
De la fama y de la vida.  
A un soberbio al otro lado  
Esconde la espesa grama :  
Por su orgullo ese soldado  
Yace siglos há borrado  
Del libro de vida y fama.  
Con esa severidad  
Dios en el varón que lidia  
Peraigue la vanidad,  
Postra la inhumanidad  
Y escarmienta la perfidia.  
Huya el escollo Rodrigo  
Que glorias mil sumergió ;  
Si no, perderá en castigo  
Fama aquí, vida conmigo. »  
Dijo y desapareció.

*Jim.* ¡Qué espanto!

*Cid.* ¡Qué espanto! Y halléme al pie

De esta iglesia ; á ella acudí :  
Oté, me repuse, hablé :  
Bajo el dosel pretendí  
Velar ; dormíme y soñé ;  
Y el benigno protestor  
Que desde el emíreo cielo  
Vino á enfrenar mi valor,  
Me dió un sueño de escusado  
Tras la vision de terror.

*Jim.* ¡ Ah ! Di, di.

*Cid.* Sobre la arena  
De un mar, de naves cuajado,  
Vi una ciudad sarracena,  
Tinta en sangre cada almena,  
Cada muro apuntillado.  
Sin hierro en el talabarte,  
Morisca tropa bajaba  
Con pena de un baluarte  
Donde la cruz tremolaba...  
¡ Y era verde el estandarte!

*Jim.* Es el tuyo.

*Cid.* Con decoro  
Disimulando el rubor,  
Sumiso un alcalde moro  
Ponia unas llaves de oro  
A los pies del vencedor.

*Jim.* ¿ Quién era?

*Cid.* Le detesté.  
Solo de espaldas á mí ;  
Pero tú, bella y ufana  
Qual triunfante soberana,  
Tú, Jimena, ibas allí.  
*Jim.* ¡ Yo!

Y á dos niñas tomaste  
 uno y las llevaste  
 : fuéas á volver... —  
 o me despertaste,  
 o la hube de ver.  
 Santo Dios! ; qué confusión!  
 a la aparición...  
 o tan risueño...  
 métrico el sueño,  
 za la vision?  
*abriendo el pabellon y tirándolo*  
*eno.)*  
 is de Valencia la silla;  
 ó mi inadvertencia:  
 á esa ocurrencia  
 el pendon de Castilla  
 trono de Valencia?  
*(Oyense voces muy á lo lejos.)*  
 Ay! ; cómo su engaño tráza  
 antaño loca!  
 ena allá en la plaza:  
 vestir la coraza,  
 probarme la toca.  
 i: tal es la realidad,  
 es desvario.  
 debilidad:  
 demos con brio  
 á la adversidad.  
 i fe de cristiano  
 ve ayer en el reto  
 acundo y vado;  
 cion prometo  
 a la lid humano:  
 endarme aspiré:  
 die llevo encono:  
 Gonzalo miro  
 , que le retiro  
 y le perdono.  
 que entre él y yo,  
 mi frenesi,  
 se advirtió:  
 acusó, mintió;  
 lé, no mentí;  
 re el provincial puntillo  
 anto de vergüenza,  
 s claro y sencilla:  
 a tiene un caudillo  
 haya quien le venza? —  
 lo mi esplendor  
 roy: trance harto fiero  
 si muero,  
 menos.  
 ; Qué horror!  
 al calumniador,  
 ablo nocivo  
 : ponzoña vierte:  
 ; cómo vivó,  
 cómo se apareció

Que desde allí voy á verla.

(Señalando al balcon.)

Cid. ¡Tú!

Jim. Mucho la plaza dista;  
 Mas basta ver la cimera  
 De tu almete: considera  
 Que lidias hoy á mi vista  
 Por vez primera y postreña.  
 Si vence el opuesto bando,  
 ¿No he de ir al altar llorando  
 De que al Cid rinda un alevé?  
 Pero ; ah! si triunfa quien debe  
 Triunfar, porque yo lo mando,  
 En tí fija la memoria,  
 Pisaré el sacro dintel  
 Con sonrisa de victoria,  
 Revestida de tu gloria  
 Y ornada con tu laurel.

Cid. Basta, que será mal diestra  
 Despiadada si me exaltes.

Jim. Antes de ir á la palestra,  
 Recibe y guarda esa muestra  
 Del cariño á que te faltó.

(Le da el corazón de metal.)

Cid. ¡Ah! mi ex-voto penderá  
 Siempre allí donde reposa.

Jim. ¿Siempre?

Cid. Si, ninguna ya,  
 Siendo tú de Dios esposa,  
 De Rodrigo lo será.

Jim. No lo sepa yo si no.

Cid. Antes un rayo me hienda.

Jim. A Dios. ; Esto se acabó!

Cid. A Dios, dulcísima prendá.

Jim. No me olvidas nunca.

Cid. No. (Vase.)

ESCENA VI.

NUÑA, JIMENA.

Jim. ; Dios potente de Israel,  
 Cuyos rigores bendigo,  
 Saca del trance cruel,  
 Sácame salvo á Rodrigo,  
 Y doy mi vida por él!  
 Nuña. Señora, el Rey.  
 Jim. ¿El Rey vuelve?  
 Pues ya que tengo licencia,  
 Veamos á su presencia  
 Cómo la suerte resuelve  
 De Rodrigo la sentencia. (Vase.)

## ESCENA VII.

EL REY, LA REINA, CABALLEROS LEONESES,  
CABALLEROS CASTELLANOS, DAMAS.

*Reina.* No os falta acompañamiento.

*Rey.* Me embargan uno, busco otro.

Doce caballeros traje:  
Los doce están en el coso:  
He tenido que avisar  
Que vengan mas.

*Reina.* Vienen todos:  
Vuestro ejército va entrando  
En Burgos.

*Rey.* Es un antojo  
De mi hermana doña Urraca.  
Como se armó ese alboroto  
Ayer, y los que quisieron  
Matar á Vellido Dolfos  
Atropellaron la estancia  
De ella y hasta su oratorio,  
Está ofendida: ¿qué importa  
Esa entrada un rato corto  
Antes ó despues?

*Reina.* ¡Oh! ved  
Que me usurpáis ese poco  
Tiempo de gobernacion:  
Os creí mas generoso;  
Y de ese adelanto de hora  
Me he de vengar de algun modo.

*Rey.* Yo no me resentiré:  
Palabra os doy.

*Reina.* Me conformo.

*Rey.* ¿Y vos con vuestra presencia  
No honrais el duelo tampoco?

*Reina.* No: me horrorizan los duelos.

*Rey.* Son al Estado costosos  
Por lo comun, y á no ser  
Mal sonante y peligroso  
Evitar este, lo hiciera  
Por mi parte: me propongo  
Esperar su éxito aquí,  
A prestar mi jura pronto.....  
Si hay quien me la tome.

*Reina.* Burgos

Con el mas vivo alborozo  
Os aclamará, entre tanto  
Que si no poneis estorbo,  
Yo partiré.

*Rey.* ¿Al punto?

*Reina.* Al punto.

*Rey.* ¿Con enojo?

*Reina.* Sin enojo.

*Rey.* Ruido suena.

*Reina.* Habrá empezado  
El duelo.

## ESCENA VIII.

JIMENA é ILLAN AL BALCON, DICHO.

*Jim.* Clarines oigo:  
Salgamos.

*Rey.* Jimena ocupa  
El mirador: por su rostro  
Sabremos lo que sucede.<sup>1</sup>

[*mis votos*  
*Reina.* (*Aparte.*) ¡Dios mio! escuchad!

*Jim.* Ya se ven.

*Illan.* Mi amo es aquel.

*Jim.* ¿Es aquel?

*Illan.* Sí, reconozco  
Sus ricas armas, su banda  
Verde, su caballo tordo.  
Mirad, ya toman carrera.

*Jim.* ¡Protégale, Dios piadoso!

*Illan.* No tengáis miedo, señora:  
Contrarios mas poderosos  
Está enseñado á vencer  
Que esos vasallos de Alfonso.  
Ya llegan, ya chocan.

*Jim.* ¡Ay!  
Tengo que cerrar los ojos.

*Illan.* Mirad su contrario en tierra.

*Jim.* ¡Ay Jesus!

(*Como quien respira despues de pasar  
un peligro.*)

*Illan.* Cayó redondo.  
Ya va uno: viva el Cid! (*Gritando.*  
¡Viva mi señor!

*Reina.* (*Ap.*) ¡Oh gozo!  
*Castellanos.* (*En voz baja.*) Casti

*Rey.* Señor

Con auspicios venturosos  
Principia el Cid.

*Reina.* El principio  
No es nada.

*Rey.* (*Ap.*) Estoy en un potro.

*Illan.* Ya vereis qué paso llevan.  
Pues aquel..... No me equivoeco,  
Gonzalo es aquel.

*Jim.* ¿Gonzalo?

Sí, sí: me lo dice el odio  
Con que le miro. ¡Maldiga  
Dios tu brazo, hombre azaroso  
Para mí, causa primera  
De mis males! En el polvo  
Hundido te quiero ver:  
Aliento para ello cobro;  
Que no hay justicia en el cielo,  
Si quedas tú victorioso.  
Aprisa, Rodrigo: mas,

<sup>1</sup> Se supone que desde el plano de la no se ve á los combatientes; pero si del balcon, como punto mucho mas alto.

las : acaba con el monstro.  
irme ahora : hiera, véngame,  
lenga tu nombre glorioso.  
Infeliz de mí ! (Dando un grito.)

Todos. ¿Qué ha sido ?  
Jim. Voy á morir de bochorno.  
(Quítase del balcon.)

Reina. ¿ Ha sido vencido el Cid ?  
Ilan. Gonzalo ha triunfado.  
Leoneses. (Bajo entre sí.) Somos  
Vengados los de Leon.

Ilan. ¡Ay Dios ! le sacan en hombros.  
Todos. ¡ En hombros !  
Ilan. Inmóvil va :

La gente se agolpa en torno :  
¿Si habrá muerto ?

Todos. ¿ Muerto ?  
Reina. (Aparte.) ¡ Cielos,  
Valedle !

Ilan. A su lado corro.  
(Quítase del balcon.)

Rey. Id vos. (A un leonés.)  
Reina. Sabed lo que pasa.

(A un burgalés.)  
Rey. Tratadle como á mi propio.  
(Vanse los dos caballeros.)

Reina. Castellanos, la postrera  
Va vuestra obediencia invoco.  
Cast. Mandadnos.  
Reina. Vencido el Cid,

Consultar era forzoso  
Quién ha de tomar la jura :  
Yo á tal consulta me opongo.  
Resistid de ella tambien.  
Cast. Desistimos.  
Reina. A ese solo  
Acienda y empuñe el cetro  
El hermano de mi esposo.  
Darán señal las campanas  
En toque alegre y sonoro  
De que acaba mi reinado  
Y que principia el de Alfonso.  
(Hace que se va.)

Rey. Honor á la Reina Alberta.  
(Acompañanla todos.)

ESCENA IX.

NUÑA, DICHS.

Reina. ¿ Y Jimena ?  
Nuña. Ahogada en lloro

Va al monasterio y os pide  
Vuestra bendiccion.

Reina. La otorgo  
Y en mis brazos se la llevo.  
Mas ¿ quién sube ?

ESCENA X.

ALVAR FAÑEZ, SOSTENIDO POR DOS  
CABALLEROS ; DICHS.

Alv. Poco á poco,  
Señores, que el batacazo  
Ha sido de tomo y lomo. (Le sientan.)

Reina. ¡ Vos con la banda del Cid !  
Alv. Y con sus armas y todo.  
He combatido por él.

Todos. ¿ Por él ?  
Alv. Si el muy perezoso  
Llega ahora.

Reina. (Con entusiasmo.) ¡ Nuña, si-  
gueme ! (Vase.)

Alv. Tardaba : yo andaba loco

Buscándole, murmuraban  
El Gonzalo y sus consocios :  
Al tal Gonzalo le tengo  
Un afecto rencoroso  
Regular : con que por ver  
Si daba un golpe á ese mozo,  
Cogí el caballo y arneses  
Del primo, y voy y me emboco  
En la liza, bien echada  
La visera sobre el rostro.

Al verme, se armó un estrépito  
De aplausos escandaloso :  
Todos gritaban : « Ya está :  
Que se emiece : pronto, pronto. »  
Los caballos con la bulla  
Se espantan y dan corcovos ;  
Yo haciéndome el distraido,  
Bufando y mirando fosco,  
A jueces y contrincantes  
Los distraigo y atolondro :  
El ceremonial se olvida ;  
Frente á un leonés me coloco,  
Él me hace cara, y partimos  
A toda advertencia sordos.  
En aquella suerte el Cid  
Contrahecho quedó airoso ;  
A la segunda rodé  
Sin mas sentido que un tronco.  
Gonzalo es hombre de puños,  
Lo confieso sin rebozo.

Rey. Habelis expuesto el honor  
Del Cid.

Alv. Pero ¡ qué furioso  
Que vino ! A mí me llamó  
Simple, á sus contrarios topos,  
A los jueces ignorantes  
De su obligacion y flojo  
Reclamó combate nuevo,  
Se le otorgaron atónitos,  
Y vuelta á principiar : esto  
Si, me tiene pesaroso

De mi enredo, porque ahora  
Va á hacer mi primó un destrozo  
En esa familia; cada  
Bote costará un responso.

ESCENA X.

ILLAN, DICHOS.

*Illan.* ¡ Castilla! ; Castilla! el campo  
Ha quedado por nosotros.  
Seis leoneses han volado  
De la silla como copos  
De lana.

*Alv.* Como yo. ¡ Ese  
Es el Cid, voto al demonio!

*Illan.* Gonzalo el séptimo fué.

*Alv.* ¿ Rodó tambien ese prójimo?

*Illan.* Cayó...

*Alv.* ¿ Sí? pues me levanto.

*Illan.* Pero cayó como un plomo;  
Y juzgo que á la hora de esta...

*Per Christum Dominum nostrum.*

*Rey.* ¿ Murió Gonzalo?

*Illan.* Parece  
Que las entrañas se ha roto.

Allí en el suelo ha rogado

Que no prosiga el negocio,

Pues lo que dijo del Cid

Era falso testimonio.

*Rey.* ¿ Falso? Dios es justo: sea  
Con él misericordioso.

*Voces dentro.* (A un lado.) ¡ Viva el Cid!  
¡ Viva Castilla!

*Dentro.* (A otro lado.) ¡ Viva Leon!

*Alv.* ¿ Qué alboroto  
Es este?

*Rey.* Ya están mis tropas  
Aquí.

*Dentro.* ¡ Viva don Alfonso!

¡ Muera el que pida la jura!

*Cid.* (Dentro.) Silencio: dejadme solo.

ESCENA XI.

EL CID, CASTELLANOS; SOLDADOS LEONESSES,  
ASTURIANOS Y GALLEGOS; UN ESCUDERO,  
CON EL PENON DEL CID; PUEBLO, DICHOS.

*Cid.* Rey Alfonso, acallad la gritaría  
De esa feroz y desbandada hueste,  
Primero que de alguna tropelia  
Cólera brote que venganza cueste.  
Gonzalo pereció, y en su agonía,  
Temblando de la colera celeste,  
A mí en público....

*Rey.* Bien: os satisfago.  
*Lo sé.*

*Cid.* Pero hubo mas.

*Rey.* ¿ Y qué mas hizo?

*Cid.* Con viva muestra de dolor profundo  
La confesion me declaró en secreto  
Que le arrancó á Vellido moribundo.

*Rey.* Ya me tenéis por escucharla in-  
quieta.

¿ Qué dijo en fin el regicida inmundo? ?

*Cid.* Dijo que de Zamora en el aprieta  
(*Aparte al Rey.*)

Vuestra hermana mandó el asesinato,  
Y él contó con que á vos os fuera grato. (ble?

*Rey.* ; A mí! ¿ Tal me jugaba el malera-  
¡ Mi hermana fué capaz de accion tan fiera!  
¿ Qué pensareis de mí?

*Cid.* No temais que habla  
De vos, ni aun debo sospechar siquiera;  
Y de princesa el nombre respetable  
Fiel en Urraca mi lealtad venera.

*Rey.* Basta: vuestra palabra me asegura;  
Pero es preciso mas. Haré la jura.

*Cid.* Burgaleses, leoneses, asturianos,  
El digno Rey que obedecer debemas,  
Para dechado ser de Soberanos,  
La jura otorga que pedido habemas.

*Alv.* Así le adorarán los castellanos.

*Rey.* Sí, la otorgo. Tomadla y abreviadla.

*Cid.* La ballesta.

(*Illan va, y vuelve poco despues con  
una ballesta armada.*)

(*Aparte.*) Leamos de camino

Lo que ahora la Reina me previene.

(*Saca unas tabletas de marfil cogidas  
por un extremo con un cordón, y  
lee en ellas lo siguientes.*)

Que retardais la jura os encomiendo,

Y no reciba el estro mi cuñado

Sin que antes las campanas con estruendo

Mi gobierno ya don por acabado.

Precepto singular, que no comprende;

Pero será cumplido y acatado.

*Illan.* Tomad, señor.

(*Dándole la ballesta.*)

*Cid.* La ceremonia empieza.  
Oid, y descubridme la cabeza.

(*Se acerca al Rey, y le pone la ballesta  
cerca del pecho: el Rey tiende la  
mano encima.*)

Poned la mano en la ballesta armada (12)

Y jurad ante el reino de Castilla

Que de Sancho la muerte desastrada,

Bien que él os arrojó de vuestra silla,

No fué por vos urdida ni mandada.

*Rey.* Juro que culpa tal no me amanella.

*Cid.* (Ap. De la campana la señal me  
siento.)

Se os da fe.— Se repite el juramento.

*Rey.* † Repetirlo!

**Cid.** Empuñad este cerrojo  
Con que cierra su umbral Santa Gadea.

(Yendo con el Rey hasta la verja y moviendo la hoja en que está el cerrojo.)

**Rey.** Rodrigo, reparad que me sonrojo....

**Cid.** Jurad que ni aun tuvisteis leve idea  
De que otro por temor ó por enojo  
Mandara el golpe que á Vellido afea.

**Rey.** Yo lo juro, y por Dios que se llmite...

**Cid.** (Ap. Nada escucho.) Se os cree. —

**Rey** ; Otra vez mas ! [Se repite.

**Cid.** Con la rodilla hincada

(Va con el Rey hasta el altar, donde está el misal, y le abre.)

Y tocando esa página divina  
Donde empieza la crónica inspirada  
Del que á salvar al hombre de su ruina  
Descendió de la cédica morada  
Para morir en cruz en Palestina,  
Rendid á la verdad nuevo homenaje.

**Rey.** (Arrodillándose.) Ved que habeis  
de prestarme vasallaje.

**Cid.** Sostened y jurad que tan lejano  
De vos anduvo el criminal intento  
De tender asechanzas al hermano,  
Que antes bien al saber su fin sangriento.....

(El Rey interrumpe al Cid, y pone la mano sobre el Evangelio.)

**Rey.** Juro que ajeno de placer villano  
Le consagré el piadoso sentimiento  
Que es bien que el noble con su sangre tenga.

**Cid.** Como jurado habeis, tal os avenga.

No hay en Castilla tribunal de Reyes

Ni nuestros ojos ven los corazones :

Al Sumo Juez que con iguales leyes,

Adosado de angélicas legiones,

Ha de pedir á las humanas greyes

Cuenta del bien y el mal de sus acciones,

Pues en ciencia y poder es infinito,

El juramento que prestais remitó.

**Rey.** Él juzgue. [vado

**Cid.** Y para ejemplo del mal-

Que á traicion de un contrario se deshaga,

Y el título de jefe de un Estado

Por un perjurio vil recibia en paga,

Permita el cielo, amen, que destronado

Victima espire de plebeya daga,

Y arrastra-lo por valles y laderas,

Cebo á las aves dé, pasto á las fieras.

**Rey.** ¿ A quién es ese amago tan funesto

Con que de rabia se me enciende el rostro ?

¿ Es á mí ?

(Suenan las campanas: se levanta el Rey.)

**Cid.** (Ap. ¡ La señal ! ) No : lo protesto.

Vos el Monarca sois á quien me postro.

¡ Castilla por el Rey Alfonso el Sexto !

(Se arrodilla.)

**Todos.** ¡ Viva el Rey ! ; viva el Rey !

**Cid.** Vuestra ira arrostro,

Y en señal de legitima obediencia

La mano os pido.

**Rey.** Huid de mi presencia.

Solo porque sois vos el que dispuso

Que vasallaje aqui se me ofreciese,

Recibirle de nadie aqui rehusó :

Quien súbdito de Alfonso se confiese,

Venga al alcázar, y conforme al uso,

Y sin que el Cid en medio se atravesase,

Tendrá el acto solemne cumplimiento.

Partid vos de mis reinos al momento.

(Al Cid.)

Fuera un error que la razon condena

Dejar impune escándalo tan grave. [trena

**Cid.** Orden con que su mando el Rey es-

Sagrada es por demás, dura ó súave :

Señalad, pues, el término á la pena,

Para mostraros hoy y cuando acabe,

Cuán fiel vuestros preceptos idolatro.

**Rey.** Por un año salid.

**Cid.** Saldré por cuatro.

(Vase el Rey, y le siguen todos, menos

Alvar y algunos castellanos.)

ESCENA XII.

EL CID, ALVAR FAÑEZ, CASTELLANOS.

**Alv.** ¿ Y adónde irás ? Alfonso te destierra,

Tú al vecino Aragon de un Rey privaste,

Tu padre del Navarro entró en la tierra

Y pueblos le ganó que tú heredaste. [sierra

**Cid.** Bien en la España mora habrá una

Donde probar, aunque mi vida gaste,

Si de raiz de infieles la descepo,

Ya que en la España de Jesus no quepo.

**Alv.** Te seguiré donde la planta sientes.

**Algunos cast.** Yo tambien.

**Otros.** Yo tambien.

**Cid.** ¡ Divino rayo

Que en las cumbres de Asturias eminentes

Inflamó á los guerreros de Pelayo !

Brilla sobre esta tropa de valientes,

Para que haciendo de su fuerza ensayo,

Quien echado del suelo de su cuna

Hoy sin patria se ve, se alza con una.

**Todos.** Sí. [viento,

**Cid.** Patria, donde libres como el

Lejos vivamos de áulicos erguidos,

De compatricios de menguado aliento,

De Alfonsos, de Gonzalos y Vellidos,

¡ Y ojalá cuando vista y pensamiento

A los muros volvais antes queridos,

Ojalá que mireis con faz serena !

Yo no : yo dejo aquí.... ¡ Cielos ! ¡ Jimena !

## ESCENA ULTIMA.

LA REINA, JIMENA, ACOMPAÑAMIENTO,  
DICHOS.

*Jim.* ¡ Mi Rodrigo! [gada....

*Cid.* ¡ Señora! Esta lle-

*Reina.* Ya puede ser Jimena tu consorte.

*Jim.* La voluntad de Alfonso fué burlada  
Por la Reina.

*Cid.* ¡ Por vos!

*Reina.* Trazas de corte.  
Para las diez estabas señalada

La ceremonia...

*Cid.* ¡ Vengativo porte  
De Alfonso, que á hora tal ya presumia

Que alzado por Monarca se le habria!

*Reina.* La aclamacion del Rey, por mi  
artificio,

Fué despues de las diez. Jimena en tanto  
Resignada al violento sacrificio,

lbale á consumir. Yo me adelanto:

Alzo la voz, suspéndese el oficio

Y cesa de las vírgenes el canto

Al oír que le grito á la prelada:

« Esa jóven su fe tiene jurada. »

*Jim.* Con la cruz en la mano me pregunta:  
Yo no pude mentir.

*Reina.* Allí, delante  
De la curiosa muchedumbre junta,  
De vos Jimena declaróse amante....

*Cid.* ¡ Ah!

*Reina.* Y á mí se arrojó casi difunta.  
La prelada exclamó: « No se quebrante

Voluntad que tan firme persevera.

Sirva Jimena á Dios de otra manera. »

*Cid.* Pero el Rey..... [grado

*Reina.* Ya lo sabe, y mal su  
En vuestra union por último consiente.

*Cid.* ¿ Es posible?

*Reina.* Conmigo está obligado  
A respetar el acto que se cuenta

Por último y final de mi reinado,

Y en este aun era mi poder vigente.

*Cid.* Propios de corte son esos ardides,  
Mas no de castellanos adalides.

Lo rechazo.

*Jim.* Pues ¡ qué...!

*Cid.* Vuelve de nuevo  
Al alcázar del Rey y á su tutela:

Yo de sus manos recibirte debo  
Por su libre querer, no por cautela,  
No como que robada te me llevo.  
Él para el sí que tu Rodrigo anhela,  
Él quiero que tus aienes enguirnalde.  
Pero no admito yo nada de balde.

*Jim.* Mas ¿ cómo....? [vasallas

*Cid.* Villas hay que por  
Codicia Alfonso en el confuir rayano:

Yo voy á echar á tierra ans murallas:

Ya el Rey se templará si ve que gana.

Una, dos y otras dos, cinco batallas, (1)

Una por cada dedo de tu mano.

*Jim.* ¡ No temes que la muerte nos desam-

*Cid.* Conmigo va tu amor, va mi fortuna.

*Jim.* ¡ Otra separacion!

*Cid.* Esa es la vida

Que de un guerrero á la mujer le espera:

Cuando el clarín á batallar convida,

Viuda ha de ser sin que su esposo muera.

Y siendo tú del Cid la prometida,

En desconocimiento de los dos cediara

Marchar al templo sin llevar en arras

Cien haces de cautivas cimarras.

Animo, pues: consiente, y partiremos.

Y vos dadme la mano generosa.

Quizá ya nunca....

*Reina.* Nunca nos veremos.

*Jim.* Abrazadle cual madre de su esposa;

(A la Reina.)

Si no, no callaré lo que os debemos.

*Cid.* ¡ La Reina á mí!

*Reina.* Una triste religiosa  
Vuestra Reina va á ser.

*Cid.* ¡ Qué hay que os obligue...!

*Reina.* Falta en el mundo quien con él me  
ligue. (Abrázans.)

*Cid.* Señora, á Dios.

*Jim.* (Arrodillándose.) Señora, mil per  
¡ Oh! cuánto os ofendí! [donde

*Reina.* Yo en la clausura.

Yo al Señor con fervientes oraciones...

Yo pediré, Jimena, tu ventura...

Victoria de tu esposo á los pendones,

Paz para mí.

*Cid.* (Arrodillándose.) ¡ Celeste criatura

*Reina.* Por despedida vuestra union bes  
Partid. [dig

*Cid.* Jimena, á Dios.

*Jim.* A Dios, Rodrigo.

## NOTAS.

(1) *La Reina Alberta.* Ningun antiguo hizo mencion de que el Rey don Sancho hubiese sido casado. Pero lo que aquellos no expresaron, se averigua por dos escrituras las cuales expresan el nombre de la Reina, que era *Alberta*: y podemos decir que fué extranjera, segun lo peregrino de la voz, pues acá no usaron de tal nombre. Cuál fuese la patria ni la casa, no se sabe hasta ahora... y es creible que se volviese á su tierra despues de la muerte del marido, como sabemos lo practicaron otras. » FLOREZ, Reinas católicas, tomo I.

(2) *Planto mi bandera verde.* « E ellos estando en esto, vieron venir al Cid Rui Diez con trecientos caballeros, e conocieron la su seña verde. » Crónica del famoso caballero Cid Rui Diez Campeador, capítulo III.

(3) *Edad contáis con exceso.* « Las grandes hazañas que se le atribuyen (al Cid) relativas al reinado de don Fernando I, se inventaron por los poetas que compusieron sus romances en alabanza del héroe castellano, despues del reinado de san Fernando. Lo primero que se fingió, fué el nacimiento del Cid en el año de 1026. Las memorias mas antiguas que tenemos de Rodrigo Diaz, indican expresamente que era muy jóven cuando murió su padre Diego Lainez, cuyo fallecimiento fué en el principio del reinado de don Sancho, Rey de Castilla. Las genealogías de los Reyes que contiene el Tumbo negro de Santiago, traen esta primera noticia : *Cuando murió Diego Lainez, padre de Rui Diaz, priso el Rey don Sancho de Castilla á Rui Diaz, et eriólo et fizolo Caballero.* En lo cual siguió el autor de las genealogías las historias anteriores.... Habiendo, pues, comenzado á reinar don Sancho en el año de 1066, y siendo entonces Rodrigo Diaz tan jóven que tuvo necesidad, por la muerte de su padre, de que el Rey don Sancho le llevase á su palacio y perfeccionase su educacion, se evidencia que los romances y crónicas adelantaron su naci-

miento al año 1026 con solo el fin de poner al Campeador en edad de poder señalarse en valor, y de atribuirle las hazañas que fingieron en lo relativo al reinado de don Fernando. » Historia del Cid por el Padre Risco, páginas 86, 87, 88.

*Cuando lidió el Rey don Sancho con el Rey don Ramiro en Grados, non hi ovo mejor caballero que Roi Diaz.* Cita de Risco, *ibid.*, página 119.

La batalla de Grados parece que se dió en el año 1067 : luego si Rodrigo era capaz de distinguirse notablemente por las armas en este año, no podia ser muy muchacho en el año anterior 1066 : en vista de esto se ha fijado aquí el nacimiento de Rodrigo en 1044, para que en 1073 fuese mayor de edad con exceso segun el Fuero Juzgo.

(4) Se dice que experimenta  
El buen don Garcia á ratos...  
— ¡ Qué? — Trastornos de cabeza.

« Estaba Garcia, en cuanto alcanzo, algun tanto dementado, y así era absolutamente incapaz de reinar. » ROMER, historia de España, tomo II, pág. 397, col. 2ª de la traduccion.

(5) *Jimena.* (Es Jimena Diaz.)

« El Rey don Alonso, restituido á su reino... olvidándose de los agravios que le habia hecho (el Cid) en las guerras de que resultó su total ruina, fué servido de ordenar se casase con doña Jimena Diaz, hija de Diego, Conde de Oviedo, y prima hermana del Rey don Alonso. Este casamiento se celebró tan poco tiempo despues de la restitucion de don Alonso á su reino, que se sabe estaban ya casados en el año de 1074. » Risco, historia del Cid, páginas 127 y 128.

« Las Crónicas del Cid y la Historia general de España llamada del Rey don Alonso, convienen en que Rodrigo Diaz se casó con doña Jimena Gomez, hija del Conde don Gomez de Gormaz, á quien el mismo Rodrigo quitó la vida, segun su crónica, en el cap. 2.º »

« El matrimonio de Rodrigo Diaz con



doña Jimena *Gomez* no es otra cosa que una de las muchas patrañas que se han adoptado en nuestras crónicas contra la autoridad de los monumentos mas auténticos, que *solo* dan á Rodrigo por mujer á doña Jimena *Diaz*.» *Ibid.*, cap. 17, pág. 275.

- (6) De la lealtad de Rodrigo  
Cabe concebir sospechas.

Este recurso de que el autor se vale tambien en el acto 2º, y aun en el 3º, se lo han sugerido, en cierto modo, los versos siguientes de Guillen de Castro, en la segunda parte de *Las mocedades del Cid*.

El Cid (á Don Alfonso).

Oye el por qué no te juro,  
Pues no te ofendo, aunque callo.  
Señor, el vulgo airevido  
Locamente ha murmurado  
Que fui cómplice por tí  
En la muerte de tu hermano.

Guillen de Castro tomó la especie del romance que dice :

..... Señor,  
Ficiéralo de buen grado,  
Si no fuera por el vulgo,  
Que gran sospecha ha tomado  
Que por órden vuestra y mía  
A traicion murió don Sancho.

Por eso se dice despues con referencia á Vellido :

Vuestra hermana mandó el asesinato,  
Y él (Vellido) contó con que á vos os fuera grato.

- (7) Yo tomaré el juramento.

« Cumque nullus esset qui juramentum à Rege auderet accipere, suprafatus Rodericus Didaci, strenuus miles, juramentum à Rege accepit. Quapropter Rex Adefonsus semper habuit sum exosum. » *LUCAS TUDENSIS*.

- (8) . . . . Don Sancho  
No era su Rey natural.

« Entre los que estaban dentro (de Zamora) habia uno llamado Vellido Dolfó Ataulfo, de cuya patria no dicen nada los antiguos y varían los modernos. » *FERRERAS, Historia de España*, tomo V, pág. 119 de la primera edicion.

- (9) Quiere decir en la iglesia de Santa Agueda, parroquia antigua de Burgos, que quizá seria entonces muy principal. *Gades* es corrupción de *Agueda* ó *Agatha*.

- (10) Dió muerte en campal batalla  
Al Rey de Aragon Ramiro.

Esto no es histórico. Se ignora quién dió muerte al Rey Ramiro en la batalla de Grados, en la cual se señaló Rodrigo, como ya se manifestó en la nota 3.

- (11) Con quince lidió en Zamora.

« Cum verò Rex Sanctius Zamoram ob sederit, tunc fortuna casu Rodericus Didaci solus pugnavit cum XV militibus ex adversa parte contra eum pugnantes; VII autem ex his erant loricati, quorum unum interfecit, duos verò vulneravit et in terram prostravit, omnesque alios robusto animo fugavit. » *Apéndices á la Historia del Cid por el Padre Risco*, núm. 6, pág. 16.

- (12) Poned la mano en la balista armada.

Los cuatro primeros versos de esta octava son casi los mismos que en igual caso le atribuye Diamante al Cid en la comedia titulada *El cerco de Zamora*.

Las imitaciones que del Romancero del Cid hay en esta escena y en otras del drama, no se advierten á los lectores por lo conocidas que son.

- (13) Una, dos y otras dos, cinco batallas...

« E juró luego en sus manos (en las de Jimena) que nunca se viese con ella en yermo nin en poblado, fasta que venciese cinco lides en campo. » *Crónica del famoso caballero Cid Rui Diez Campeador*, capítulo III.

# LA MADRE DE PELAYO,

DRAMA EN TRES ACTOS EN VERSO,

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL PRINCIPE A 24 DE MARZO DE 1846.

## PERSONAS.

LUZ.  
VITIZA.  
ALICIO (ó PELAYO).  
GERONCIO.  
AZAEL.

MERVAN.  
ESCLAVAS.  
SOLDADOS.  
CONJURADOS.  
ACOMPAÑAMIENTO.

*La escena es en Túi por Marzo ó Abril del año 102.*

La accion pasa en el palacio del Rey.

## ACTO PRIMERO.

Cámara del Rey. Dos puertas laterales  
y una en el fondo.

### ESCENA PRIMERA.

MERVAN, AZAEL.

*ael.* Salud al siervo.  
*r.* Salud  
recader.  
*ael.* A juzgar  
vestido, eres moro.  
*r.* Y tú judío.  
*ael.* Es verdad.  
me llamo.  
*r.* Creo  
herte visto jamás.  
*ael.* Ni yo á ti; mas te conozco.  
*r.* A ver.  
*ael.* Tu nombre es Mervan.  
*r.* Cierto.  
*ael.* Soldado y amigo  
del gran general  
en Africa.

*Mer.* Si fui.  
*Azael.* Cautivo en Galicia estás  
Hace seis años.  
*Mer.* Fui preso  
En un combate naval.  
*Azael.* Y desde que Muza supo  
Tu infausta cautividad,  
Cada primavera envia  
Un emisario sagaz  
Que te rescate si quieres  
Adquirir la libertad,  
Y si no, de tí reciba  
Relacion individual  
De lo que hubieres podido  
En palacio averiguar  
Como esclavo de Vitiza,  
Que es Rey de los godos ya. —  
Esta vez vengo yo á Túi  
De emisario.  
*Mer.* La señal.  
*Azael.* Es este sello partido.  
(*Sácala de la bolsa.*)  
*Mer.* Mira aqui la otra mitad.  
(*Sácala de la faja.*)  
*Azael.* Confróntala.  
*Mer.* Está bien.  
*Azael.* Dime  
Si te debo rescatar.  
*Mer.* Nada menos. — Cierta noche

Fuí testigo presencial  
De un lance que el Rey á todos  
Quisiera siempre ocultar,  
Y desde entonces con él  
Gozo de una intimidad  
Como de cómplice. — Puedes  
Cuanto quieras preguntar.

*Azuel.* Muza, ansioso de extender  
El dominio musulman,  
Quiere saber si es ya tiempo  
De que atravesando el mar,  
Cubra de blancos turbantes  
La España meridional:  
Quiere saber si ese Rey  
Que acaban de coronar  
Los godos, es enemigo  
Temible para el Islam,  
Si es amado de su pueblo,  
Y si por él lidiará.

*Mer.* ¿Has estado tú en España  
Antes?

*Azuel.* Sí.

*Mer.* Entonces sabrás  
Que la pueblan, con mayor  
O menor antigüedad...

*Azuel.* Sí, tres razas, primitiva,  
Romana y setentrional,  
Sin contar la mia, siempre  
Aislada entre las demás.

*Mer.* Tres pueblos hay aquí, dos  
Bien mezclados, y uno mal;  
Este, el godo, manda; aquellos  
Le sirven á su pesar.  
Godo y español-romano  
Se tienen odio mortal:  
Los godos entre sí abrigan  
Intestina enemistad,  
En dos bandos divididos  
Que se hacen guerra tenaz:  
Uno ha logrado á Vitiza  
En el trono colocar;  
Otro pretende á Rodrigo  
Vestir la púrpura real:  
Nacion tan desavenida  
Fácil es de subyugar.

*Azuel.* ¿Y el Rey?

*Mer.* Siempre fluctuando  
Entre la benignidad  
Y la violencia, á un delito  
Ya se ha dejado arrastrar:  
Si hay ocasiones que irriten  
Su fogoso natural,  
No será el último. Pronto  
Muestras de sí nos dará.

*Azuel.* ¿Pronto?

*Mer.* Difunto su padre,  
Partió con celeridad  
Vitiza á Toledo; allí

Su coronacion legal  
Pudo obtener; aquí en tanto  
Se alzó la parcialidad  
De Rodrigo, todavía  
Muy débil para luchar.  
Vuelve Vitiza; al saberlo,  
Se conmueve la ciudad;  
Rodrigo con sus hechuras  
Toma un bajel y se va  
De España; el Rey á la Reina  
Culpa de complicidad  
Con los rebeldes, y anula  
El vínculo conyugal.  
Hoy presos cien conjurados  
Aguardan con ansiedad  
La sentencia: tú por ella  
De Vitiza juzgarás.

*Azuel.* ¿Temes un fallo severo?

*Mer.* Si se llega á interesar  
En favor de los culpados  
Luz, misericordia habrá.

*Azuel.* Luz...

*Mer.* Es viuda de Favila,  
Un ilustre capitán  
Tío de Rodrigo; el Rey  
Nada le sabe negar,  
Pues por ella arde en amor.

*Azuel.* Vacío el lecho nupcial  
Del Rey, ¿le ocupará Luz?

*Mer.* ¡Oh! no lo permita Alá.  
¡No tenga al lado Vitiza  
Nunca un genio tutelar  
Que le encamine hácia el bien  
Cuando se incline hácia el mal:  
No! tiranice: los godos  
Su yugo rechazarán;  
Y cuando mire Sevilla  
Nuestra bandera ondear,  
Los romanos-españoles  
De brazos se cruzarán  
Viendo impasibles la ruina  
Del trono peninsular,  
Cuya base no afirmaron  
La justicia y la igualdad.  
Contenga al Africa Muza;  
Deje á España acelerar  
Su pérdida propia; abrumela  
Despues con la inmensidad  
De su poder; y la España,  
No hay duda, sucumbirá.

*Azuel.* Gente viene.

*Mer.* Pasa allí.

(Señalando una puerta latera)

*Azuel.* Quisiera al Rey presentar  
Unas joyas.

*Mer.* No es ahora  
Tiempo; despues le verás. (Vase *Aza*)

ESCENA II.

GERONCIO, MERVAN.

Ordo del Rey, Dios te salve :  
 caridad  
 no sacerdote  
 n el lugar,  
 ta, que anhela  
 za la faz.  
 ala hora de hablarle escoges.  
 e llegar  
 'uí, recibe  
 n que le dan  
 os de Galicia.  
 ebe cruzar;

paso puedo... Yo

modidad  
 á medio día.  
 viene.

Pues calla ó sal.

ESCENA III.

ACOMPÑAMIENTO, GUARDIAS,  
 MERVAN, GERONCIO.

n gozo, ilustres varones,  
 id singular  
 as escuché-  
 fidelidad;  
 tiempo justicia  
 reclamar :  
 pes godos, id  
 mesa formal  
 ré á los rebeldes  
 n ejemplar.

(Vase el acompañamiento.)  
 guelos, clérigo. (Ap. á Geroncio.)

Esclavo,  
 indose de Mervan y dirigién-  
 el Rey.)

ñor, escuchad.  
 o tengo tiempo.

(Cruzando el teatro.)

Sois Rey.  
 ¿quién se atreve á replicar?  
 lote!

Un humilde  
 , que además  
 esposo.

Y bien...  
 apoyo de mi edad  
 mi hijo Alicio,  
 cuenta poco mas  
 ilustros, ayer

Con bien poca humanidad  
 Fué encarcelado por cómplice  
 Del tumulto popular.

Vit. ¿Le prendieron á tu lado?

Ger. ¡ Ah señor !

Vit. Di la verdad.

Ger. No la puede á vos ni á nadie

Un sacerdote negar.

Há un mes que Alicio faltaba

De la casa paternal.

Vit. ¿ Con licencia tuya ?

Ger. No.

Vit. ¿ No ? ¿ Fugitivo quizá ?

Ger. Sí.

Vit. Trabajo no pequeño

Juzgo que te ha de costar

La defensa de ese mozo.

Ger. No me supongais capaz

De pedir una merced

Que repugne á la equidad ,

No : si es delincuente Alicio,

Su culpa debe pagar ;

Mas permitaseme verle :

Yo con el ruego eficaz

De la princesa Luz , esto

De vos pretendí alcanzar.

Vit. ¿ Luz ! ¿ La viste ? ¿ Y qué ? ¿ Mostró

Por tí ? ...

Ger. ¿ Cuánta es su bondad !

Pero ha dicho que temia...

Vit. ¿ Qué ?

Ger. Vuestro enojo excitar.

Vit. ¿ Por qué ?

Ger. Porque le era fuerza

Con otra importunidad

Acudir tambien á vos.

Vit. ¿ Otra ?

Ger. Suya.

Vit. ¿ Suya ? ¿Cuál ?

Ger. Yo repeté su secreto,

Como os podeis figurar.

Vit. (A Mervan.) Avisen á la princesa

Que venga.

Mer. Se avisará. (Vase.)

Vit. ¿ Dónde está preso tu hijo ?

Ger. Aquí en la torre.

Vit. Podrás —

Verle cuando quieras.

Ger. ¡ Oh ,

Señor !

Vit. Le doy facultad

Para andar por mi pretorio,

No traspasando el umbral.

Ger. Yo respondo...

Vit. En nombre mío ,

A él y á tí os hospedará

Luz.

Ger. Señor , ¡ tanta merced !

Dadme la mano á besar.

*Vit.* Acompáñale á la torre,  
(*Al jefe de la guardia, despues de haberle hablado en secreto.*)

Y anuncia mi órden allá.

*Ger.* ¡Bendiga vuestro reinado  
La divina Majestad!

(*Vanse Geroncio y la guardia.*)

#### ESCENA IV.

MERVAN, VITIZA.

*Mer.* Aviso á Luz envié.

*Vit.* Y acerca de ella en mi ausencia  
¿Qué logró tu diligencia  
Descubrir?

*Mer.* Bien poco sé.

*Vit.* ¿Llora ya con mas templanza  
La pérdida que ha sufrido?

*Mer.* Ni aquel pesar ha cedido,  
Ni aquella sed de venganza.

*Vit.* ¿De venganza!

*Mer.* La aniquila  
Su ansia, cada vez mayor,  
De encontrar al matador  
Del malogrado Favila.

*Vit.* ¿Tiene sospechas?...

*Mer.* Ninguna.

*Vit.* Solitario era el paraje;  
Yo no llevaba mi traje;  
Cubierta estaba la luna.  
Pero al salir á la plaza...  
Aquel jóven imprudente  
Que hallé...

*Mer.* ¿Aquel que os hizo frente  
Con un venablo de caza?

*Vit.* ¿Quién seria? Él, aunque poco,  
Me hirió tambien, y caí.

*Mer.* Tal vez no será de aquí,  
Ni vuelva jamás tampoco.

*Vit.* De atormentarme no cesa  
El recuerdo...

*Mer.* No andéis triste  
Por eso.

*Vit.* ¿Qué descubriste  
Acerca de la princesa?

*Mer.* Lance de entidad liviana  
Es, aunque algo peregrino.  
De Norba-Cesárea <sup>1</sup> vino  
A ver á Luz una anciana,  
Que parece fué su sierva  
De mas confianza ~~en ella~~,  
Y á quien ella todavía  
Cariño grande conserva.  
Esta venida influyó

<sup>1</sup> Hoy Alcántara.

De modo en la triste viuda,  
Que desde entonces, no hay duda,  
Su dolor se exacerbó,  
Sin trazas de que le rinda  
El tiempo con su poder.  
Luz despues no quiere ver  
Ni aun á su hija Hormesinda,  
A quien (y es raro misterio  
Lo singular del antojo)  
Ha mandado con enojo  
Conducir á un monasterio.  
Luego á cada instante clava  
Su mirada zahareña  
Luz en una arca pequeña  
Que le ha traido la esclava:  
Y tan pronto se la ve  
El arca besar gimiendo,  
Como embravecerse asiendo  
Aquel venablo que hallé  
Cuando Favila murió,  
Y fué del jóven insano  
Que alzó contra vos la mano,  
Y al veros en tierra cayó.

*Vit.* ¿Contiene el arca un objeto  
Que á Luz su pensar agrava?

*Mer.* Sola ella guarda la llave  
(*Viendo venir á la princesa*  
De tan oscuro secreto.)

#### ESCENA V.

LUZ, VITIZA.

*Luz.* Señor...

*Vit.* ¿Cómo! ¿tan vencida  
Por la afliccion os halláis,  
Bella Luz, que os olvidáis  
De darme la bienvenida?

*Luz.* Siempre el triste obra sin tino:  
Desagradaros temí;

Deina de la reina fui,  
Y es Rodrigo mi sobrino.

*Vit.* ¿Por qué tan injustamente  
Habeis de mí sospechado  
Que puedo con el culpado  
Confundir al inocente?

*Luz.* Disimulé un error  
Que es de mis pesares hijo.

*Vit.* Para perdonarlo, exijo  
Que me pidais un favor.

*Luz.* Poned pues en libertad  
A un jóven que anoche preso...

*Vit.* Conseguido teneis eso:  
Procurad por vos, hablad.

*Luz.* Que uséis de clemencia pido  
Con la turba sublevada.

*Vit.* Bien: quedará sepultada  
Su traicion en el olvido.

una profecía  
perderé,  
rdar no sé  
y jerarquía;  
e raye en extrema  
ni confianza,  
Rodrigo lanza  
e yo la tema.—

Debeis recordar  
s de escaso fruto  
s de un tributo  
por abonar,  
rmino harto breve  
uestros ministros.  
é quemar los registros,  
rá quién debe.  
de la España entera  
endiciones.  
hay, entre esas pretensiones,  
na siquiera?  
á mi hija envié...

Sí,  
ro: me han dado aviso.  
s concededme permiso  
me allí.  
un claustro vos! No será,  
llo despacio.  
io no hay reina en palacio,..  
mismo la haya quizá.  
usto consideréis  
í ya bastante,  
eso llegó el instante  
andar príncipes.  
ndar! ¡expresion extraña,  
sonjero!  
ónde?

En mi primero,  
i toda España.  
! ¡yo!

Así se galardona  
ie os engrandece.  
nte os ofrece  
no y corona.  
de la raza que Dios  
ie en el lodo:  
t.  
Era godo  
só con vos.  
aunque de vuestra grey,  
o era tan alto.  
lo del linaje balto,  
uede ser rey.  
s hubo...

Derogólas

an pronto pasan

Vit. Hace que casan

Los godos con españolas  
Cincuenta años; y abolido  
Fué el estatuto inclemente  
Por un Rey, precisamente  
Padre de vuestro marido.  
¡Luz! sabed que una pasión,  
Que ya recatar no debo,  
Fatal me abrasó mancebo,  
Me ha consumido varon.  
Atormentado en el potro  
De los zelos, conocí  
Que no pensábais en mí  
Porque adorábais en otro.  
Y fuisteis suya, y callé,  
Y ese hombre me aborreció,  
Y á pesar de que murió,  
Aun me usurpa vuestra fe.  
Por no enlazaros conmigo,  
Por ser imposible cosa  
Que yo quisiera á mi esposa,  
Venganza pidió á Rodrigo.  
Ya sabeis lo que es penar;  
Por vos padecí quince años:  
Mirad, Luz, ¡de cuántos daños  
Me debeis indemnizar!

Luz. Señor, señor, ¡qué decís!  
Olvidad ese extravío,  
Que vais á ser dueño mio  
Si á mis deudos acudis.  
Nada contra vos me escuda,  
Porque á la infeliz mujer  
Ni aun libre la deja ser  
El triste luto de viuda;  
Y al recordar que ofendí  
La ley con procaz denegado  
Cuando á Favila en Toledo  
Secretamente me uní,  
Dirá mi familia austera,  
Pues ya me elegi coyunda,  
Que me doble á la segunda  
Para expiar la primera.  
Se! conmigo generoso;  
Dadme contra vos amparo;  
Yo no puedo, os lo declaro,  
No puedo amar á otro esposo.  
Mi Favila se llevó  
El corazon que le di:

¡Oh! no me arranquéis un *sí*,  
Que fuera el disfraz de un *no*.

Vit. Aunque el pecho me taladre  
Cada razon que os escucho,  
Mirad que puede hacer mucho,  
Cuando es reina, la que es madre.

Luz. No ya *cuál* antes mi amor  
Es á Hormesinda infinito:  
No una hija necesito;  
un hijo vengador.

*Vit.* ¿Un vengador? ¡Cómo!...

*Luz.* Rayo

En la lid fuera quizá.  
Diez y seis años tendrá,  
Si es que vive, mi Pelayo.

*Vit.* ¡Pelayo! Alónto, inquieto  
Me poneis —Haced que entienda...

*Luz.* El fué la misera prenda  
De mi consorcio secreto.  
Escuchad la confesion  
De un trance de honor cruel,  
A ver si hácia mí con él  
Se apaga vuestra afcion.  
—Sabeis que, hija inobediente,  
Dejé llevarme al altar  
En Toledo, sin contar  
Con padre ni con pariente.  
Mal la pasion se concilia  
Con el disimulo: así  
Pronto mi secreto vi  
Sabido de mi familia.

¡Qué horrible persecucion  
A Favila! ¡qué injuriarme!  
Se juró no perdonarme:  
Se invalidó nuestra union.  
Ellos violencias extrañas  
Usando... yo en su poder...  
Guardar no pude al nacer  
El fruto de mis entrañas.  
Me fué robado el que hiciera  
De mi vida el embeleso:  
Me le quitaron... ni un beso  
Permitieron que le diera.—  
Al volver yo de un desmayo,  
Mi esclava Irene me dijo  
Que ella bautizó á mi hijo  
Con el nombre de Pelayo.

*Vit.* ¿Y qué fin tuvo el suceso?

*Luz.* Trájose un arca embreada,  
Por la cubierta horadada,  
Provisto el fondo de peso;  
Y ordenó mi parentela  
Que allí, cristianado el niño,  
Revuuelto con desaliño  
En ropas de ruda tela,  
Fuese un momento despues  
Abandonado agua abajo  
A la corriente del Tajo,  
Como en el Nilo Moisés.

*Vit.* Mas cuando al fin se mostró  
A vuestra boda propicio  
Mi padre el Rey...

*Luz.* Ni un indicio  
Del expósito se halló,  
Cual si para darne guerra  
La imaginacion á solas,  
Le sumergieran las olas,  
Le sepultara la tierra.

Solo há unos dias que estando  
En Norba, su patria, Irene,  
(Pues libre allí se mantiene  
De mis dones disfrutando),  
Con asombro superior  
A cuanto en voces cabria,  
Se halló en una hospederia  
El arca misma, señor,  
El arca donde al infante  
Sus manos propias pusieron,  
Y que allí, segun dijeron,  
Se le olvidó á un caminante.

*Vit.* ¿Con que esa arca á donde torra  
O triste la faz volveis,  
Ha estado?...

*Luz.* Sí, diez y seis,  
Diez y seis años en Norba;  
Y ni sé quién la dejó,  
Ni á dónde fué el pasajero,  
Si era español, si extranjero,  
Si vivo al niño encontró,  
Si con hórrido fracaso  
Dió el arca en alguna roca...  
—Ni al que hace negra mi toca  
Le deseo lo que paso.

¡Qué noches! Mi ánimo enfermo<sup>1</sup>  
De noche á parar no acierta:  
Velo y deliro despierta;  
Deliró mas cuando duermo.  
Ya opresa de angustias graves,  
(¡Hijo de mi seno casto!)  
Ser te ve tu madre pasto  
De las fieras y las aves;  
Ya el corazon me quebranta  
Mirarte jóven gentil  
En traje de esclavo vil  
Con argolla en la garganta;  
Ya te oigo fiero, indignado  
Gritar: « Mi padre murió... »

*Vit.* ¡Ah!

*Luz.* « Ya que no puedo yo,  
¿Por qué tú no le has vengado? » —  
Señor, donde el poderio  
Se disputan á la par  
Odio y dolor, no hay lugar  
Para otra pasion vacío.  
Abandonad un desvelo  
Que me ha de encontrar ingrata:  
No hagais vuestra á la insensata  
Que halla placer en su duelo;  
Y si hacerme deponer  
Un dia el negro capuz  
Quereis, y que tenga Luz

<sup>1</sup> Imitacion de la *Mélope* de Alfieri, escena del acto III. Se han tenido presentes para drama varias tragedias que hay con aquel argumento ó con otro semejante.

Sourel

que agradecer;  
 raedme al impio  
 i esposo me priva;  
 ne, haced que viva  
 hijo mio;  
 ante mi en pedazos  
 ) aparezca,  
 o me enloquezca  
 mi hijo en mis brazos;  
 tonces, llegad,  
 e acreedor,  
 si pundonor  
 mi voluntad;  
 poco os asombre,  
 e anegada en llanto  
 y que olvide entre tanto  
 triste nombre.  
 es bien, oíreis que retumba  
 regon rigoroso  
 cará, si es forzoso,  
 os á la tumba.  
 aje ó vil sayo,  
 a polvo y ceniza,  
 erá Vitiza  
 ora fuere Pelayo;  
 tal el camino  
 ceros es,  
 é á vuestros piés  
 nais asesino;  
 ces recordad  
 umplí vuestros deseos  
 o en esos reos  
 ) la piedad;  
 ntradiecion  
 en causa vuestra,  
 se la maestra  
 mplo la leccion.

(Vase.)

ESCENA VI.

Luz, y luego Alicio.

Qué me quiso decir? ¿Es por  
 ra  
 esposo al matador conoce  
 pretende? Fuera en vano.  
 (Sale Alicio.)  
 ñora... [jóven...  
 Aparte.) ¡Santos cielos! Este  
 ois la princesa Luz?  
 Y tú ¿quién eres?  
 aspecto galan, su voz, su porte,  
 no se parecen?...  
 Yo, señora,  
 el anciano sacerdote...  
 h! sí: remisa en tu favor anduve.  
 acer.  
 ¡Oh no!—Mientras informes

Un soldado á mi padre le pedia  
 De mí, yo recorriendo estos salones,  
 Anhelante os busqué para mostraros  
 Mi viva gratitud!

Luz. Tu cuna ¿dónde  
 Ha sido?

Ali. Cerca de Gijón.

Luz. ¿Tan lejos  
 De aquel país por donde el Tajo corre!  
 ¿Llámaste?

Ali. Alicio.

Luz. ¿Falleció tu madre,  
 O vive aún?

Ali. ¡Ay! no: la perdí.

Luz. Entonces  
 ¿Qué edad contabas tú?

Ali. Cinco años, creo.

Luz. ¿Cómo ha sido el prenderte?

Ali. Mis errores

Os quiero confesar.

Luz. Dímelo todo,  
 Y no temas de mí reconvenções,  
 No: mujer, madre soy... ¡madre sin hijo,  
 Madre que llora al infeliz consorte!  
 Yo tengo afán de conocer tu vida:  
 Nada en tu relación dejes que ignore.  
 ¿Cómo se te crió?

Ali. Por mucho tiempo

Las fieras acosar del patrio bosque

Fué mi ordinaria ocupación, armado

Con fuerte chuzo, cuyo astil de roble

Yo corté y adorné. Quiso inscribirme

Mi padre de Vitiza en las legiones,

Y condújome á Túi: una desgracia

Nos ocurrió al entrar; acobardóse

Mi padre y me volvió mal de mi grado

Al quieto albergue de su iglesia pobre.

Ya en aquella quietud me consumía,

Ya en aquel estrechísimo horizonte

Me ahogaba; parecíame, señora,

Que desde esta ciudad me daban voces,

Me tiraban: por último, una tarde

Que por un encinar á un oso enorme

Buscaba el rastro, percibí á lo lejos

De un guerrero clarín los gratos sonos.

El son me arrebató; fuése alejando,

Y fui siguiendo el helicoso toque,

Y andando y escuchando embebecido,

Perdí la senda, me cogió la noche.

A la aurora encontré con los soldados

Que guiaba el clarín.— Dios me perdone

La ingratitud con que pagué á mi padre

Sus deavelos y amor.

Luz. No te abochornes:

Habla. Ali. A pocas palabras que dijeron...

Luz. Los seguiste: ¿no?

Ali. Sí. Y eran traidores,



Después lo conocí; secuaces eran  
De Rodrigo, que el susto y el desorden  
Por campañas y pueblos derramaban,  
Buscando de su causa valedores.  
Traté de huir: me hicieron maniatado  
Correr con sus caballos á galope.  
Vienen á unirse con Rodrigo en Túi;  
Viene Vitiza en pos; mis opresores  
Me arrastran en su fuga, el Rey los prende,  
Y en cadenas con ellos se me pone.

*Luz.* Grande tu culpa fué; mas ya el castigo

Llevaste que á la culpa corresponde.  
Siento de tí piedad; y sin embargo  
Solo debieras encontrar rigores  
En mi labio y en todos. Tú no sabes,  
Alicio, qué martirios tan atroces  
Padece el padre de quien huye un hijo;  
Tú no sabes lo que es el que le roben  
A una madre ese bien. ¡Feliz la tuya  
Que murió sin sufrir tan duro golpe!  
Mucho debió quererte: amor inspiran  
Tu rostro, tu mirar, tus expresiones.  
Yo no me canso de escucharias. — Dime  
Qué fué, si no hay motivo que lo estorbe,  
Lo que la vez primera que vinisteis  
Aquí, llenó á tu padre de temores.

*Ali.* ¡Ah! ¿Qué me preguntais? Hay un secreto...

Mi padre mismo aún lo desconoce.

*Luz.* ¿Lo desconoce... y le aterró? No atino... [brotó]

*Ali.* ¡Eh! vos hacéis que involuntaria Del pecho la verdad.

*Luz.* Tu protectora Y amiga fiel tu confesion recoge. [tramos:]

*Ali.* Tarde y sin luna en la ciudad en- Ya en la plaza, ignorábamos adónde,  
Para hospedarnos, ir: en una esquina  
Mi padre me dejó y adelantóse.

Rumor en esto se movió lejano

Entre unos arruinados paredones,  
Y me acerqué á mirar: un hombre al punto  
Con acero en la mano se me opone,  
Y con terrible voz, «atrás,» me dice,  
«Atrás, ó el pecho te abrirá mi estoque.»  
— «Yo espero aquí,» le contesté. —  
«Villano,»

Reposo, «aprende á obedecerme dócil.»

*Luz.* ¿Te acometió?

*Ali.* Furioso.

*Luz.* Y tú indefenso...

*Ali.* Nunca sin armas van los cazadores:

Yo mi venablo rústico traía,  
Y él me libró de perecer entonces.

*Luz.* (Ap.) ¡Un venablo! Si aquel...

*Ali.* A mi enemigo

Se lo arrojé, y cayó quedando inmóvil,

Sin voz en tierra.

*Luz.* ¿Muerto?

*Ali.* Yo conf

De mi victoria en tan forzado choq  
Sin dilacion hui. Rusco á mi padre,  
Le hallo y me dice congojoso: «Co  
Sígueme, que la guardia del palacio  
A un delincuente busca, y si nos ca  
Nos ha de encarcelar.»—A nuestra  
Me hizo el paso torcer aquella noch  
Y sepultado en mí quedó el secreto  
Que hoy por primera vez mi labio r

*Luz.* ¿Cuándo ese lance fué?

*Ali.* No se me

Hace un año y un mes... y dias...

*Luz.*

*Ali.* Once, cabal.

*Luz.* (Aparte.) ¿Qué escucho!  
tío, el día!...

*Ali.* ¿Sabels quizá noticias poster

*Luz.* ¡Irene! (Llegándose á un  
y llamando.)

*Ali.* ¿Qué inquietud!

*Luz.* (A una esclava que sale  
venablo... (Vase la e

*Ali.* ¿Qué pude yo decir que  
azore?

*Luz.* ¿Reparaste quizá cómo ve  
El infeliz que heriste? ¿Como pró  
O capitán?

*Ali.* Dé capitán.

*Luz.* El manto..

*Ali.* Rojo... Para juzgar de los  
Era escasa la luz: de la persona

Libre está que la imagen se me boi

*Luz.* La estatura...

*Ali.* Elevada.

*Luz.* La

*Ali.* La espada rica.

*Ali.* Sí.

*Luz.* (Aparte.) Todo es co  
¿Abandonaste tu venablo en tierra

*Ali.* Sí.

*Luz.* ¿Sí? ¿Cómo era?

*Ali.* ¿Pa

*Luz.* B

Su astil...

*Ali.* Mondado en parte...

*Luz.* En p

La corteza, y figuran sus labores...

*Ali.* Dos cintas que hacen cruz

*Luz.* El

*Ali.*

Y al asta fijo con brocal de bronce.

(La esclava sale con un venab  
se le toma.)

*Luz.* Mira y di la verdad. ¿Es

El mismo :  
 1. ¡ Dios vengador de mis mayores !  
 2. Con este me libré de un temerario,  
 un injusto agresor.  
 3. No le baldonea.  
 4. No le defendais vos : matarme quislo.  
 5. Me engañas, impostor. ¿ Sabes  
 quién te oye ?  
 6. ¿ A quién mataste ? á mi marido.  
 7. ¡ A vuestro esposo yo !  
 8. Mas no blasones  
 victoria... Guardía. (Llamando.)  
 9. ¿ Era su esposo !

ESCENA VII.

ERVAN, GUARDIAS, LUZ, ALICIO.

1. Guardias. [órden...  
 2. Mandad, señora, dadnos  
 3. Ese mató á Favila.  
 4. ¿ Ese ?  
 5. ¡ Yo he sido !  
 (Con gran pena y abatimiento.)  
 6. Ya lo oís. — Que le vuelvan á la  
 orre.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

VITIZA, MERVAN.

1. ¿ Nada en fin se ha descubierto ?  
 2. Podeis estar bien tranquilo.  
 Luz, sin duda alguna  
 atador es Alicia.  
 3. La aparicion de ese jóven  
 pone á grave peligro :  
 4. Urle á mucha distancia  
 ta ciudad es preciso.  
 5. ¿ Y si vuelve ? Contemplad  
 6. algo travieso el niño.  
 7. Si al Africa le traslado  
 8. el jefe de un castillo  
 9. gila bien, no es fácil  
 10. torne al país nativo.  
 11. Bien poco por vos mirais.  
 12. Luz gusta de Rey benigno :  
 13. no es probar á ver  
 14. su favor conquistado.

Por ella, de los rebeldes  
 Ya de prision ha salido  
 Parte, y á los otros luego  
 Libertaré de sus grillos ;  
 Y á los que marchen de Túi,  
 Y á cuantos por mis dominios  
 Viajaren desde hoy, burgueses,  
 Tratantes ó peregrinos,  
 Que me busquen á Pelayo  
 Encargarles determino.

Mer. Una persona podrá  
 Mejor que nadie serviros  
 En ese negocio.

Vit. ¿ Quién ?

Mer. Azael.

Vit. ¿ Ese judío

A quien de comprar acabo  
 Las joyas que á Luz dedico ?

Mer. Va por todo el reino...

Vit.

Bien.

A Luz con recado mio

Preséntese á recibir

Ordenes. Corre á decirselo. (Vase Mervan.)

ESCENA II.

LUZ, VITIZA.

Luz. ¡ Ah, señor !

Vit. Os esperaba...

Luz. ¿ Sabéis ?...

Vit. Todo lo he sabido.

Nada me digais.

Luz. Complóse

Por fin mi anhelar continuo :

Ya dí con el ser fatal

Que de luto me ha vestido.

Vos de él respondeis.

Vit. Calmaos.

Luz. Imposible : no respiro

Sino furor y venganza.

Pronto, pronto : ¿ qué suplicio

Destinais al que á traicion

Me privó de mi marido ?

Vit. ¿ A traicion ? ¿ Por qué, por dónde

Se le imputa ese delito ?

Segun el padre, casual

Debió ser el homicidio :

Y el hijo hablando con vos...

Luz. Mienten el padre y el hijo.

¿ Por ventura ignora nadie

(Vos podeis ser buen testigo)

La templanza de Favila,

Su virtud, su recto juicio ?

¿ No era vuestro mas valiente,

Vuestro mas noble caudillo ?

Decid.

Vit. ¡ Oh ! sí. (Aparte.) ¡ Qué tormento !

*Luz.* ¿Y este hombre tiene el capricho,  
La bajeza de medirse  
Con un rapaz, sin motivo,  
Y el rapaz borra al valiente  
De la tabla de los vivos?  
¡Oh! no puede ser: creerlo  
Posible, fuera delirio.

*Vit.* Y un jóven que de palacio  
Siempre lejos ha vivido,  
Que no conoció á Favila,  
Y aquí con su padre vino,  
¿Qué impulso pudo tener  
Para el crimen inaudito  
Que le achacais?

*Luz.* ¿Su defensa  
Tomais vos?

*Vit.* Yo no le he visto,  
Y así ningún interés  
Cobrar por él he podido.

*Luz.* No le veais, porque va  
El traidor á seduciros:  
Lo sé por mí — Vos me habeis  
Ricas joyas ofrecido,  
Que no me es dado admitir  
En el dolor en que gimo:  
Solo un don puede agradarme  
Mientras ignore el destino  
De mi Pelayo: ese don  
Le quiero, le ansio, le pido.

*Vit.* ¿Cuál?

*Luz.* Hacedme juez y dueño  
Arbitro de mi enemigo.

*Vit.* Convengo; pero tambien  
Una promesa os exijo.

*Luz.* Tened magnanimidad...

*Vit.* Bastante ya la he tenido.  
El día que de Pelayo  
Se sepa, ese día hijo,  
Mia habeis de ser.

*Luz.* Señor...

*Vit.* Reina sereis, lo repito.—  
Un hebreo mercader;  
Perdadoje hábil y activo,  
Que con otros emlsarios  
Para que os sirvan expido,  
Vendrá luego: dadle todos  
Los informes instructivos  
Que el hallazgo faciliten  
Del expósito perdido,  
Y haced para los demás  
Que se extiendan en un escrito  
Cuanto hayais en este caso  
De vuestra esclava sabido.

*Luz.* ¡Ah! voy si me permitís...

*Vit.* Id, que tambien me retiro.

(Vase Luz.)

### ESCENA III.

MERVAN, VITIZA.

*Mer.* Queda avisado Azael.

*Vit.* Será conducido Alicia  
Aquí á presencia de Luz,  
Que de él dispondrá á su arbitrio.  
Procura que no peligre  
Nuestro secreto.

*Mer.* ¿Permito  
Al padre que hable al muchacho?

*Vit.* No viéndolo Luz, permitelo. (Va

*Mer.* Sacerdote, ven y espera,  
(Llegándose á una puerta)  
Que al punto vendrá tu hijo.

(Sale Geroncio y vase Mervan)

### ESCENA IV.

GERONCIO.

¡Ocultarme un lance así!  
¡Oh necio y fatal sigilo!  
Sabiéndolo yo, no hubiera  
Mi pretension dirigido  
A Luz, no la viera él  
Hoy tampoco. — ¡Es tan altivo,  
Tan indócil!... Urge ya  
Cortar el vuelo á sus bríos.

### ESCENA V.

ALICIO, GERONCIO, Y AL FIN MERVAN.

*Ger.* Aquí está.

*Ali.* ¿Padre y señor!

*Ger.* No ese título me des.

*Ali.* ¿Qué intempestivo rigor?...

*Ger.* Arrodíllate á mis piés:  
Respóndele al confesor.

¿Por qué la sangre vertiste  
De que hoy se te pide cuenta?

*Ali.* Padre, esa voz me amedrenta.  
¿Piensan de mí?...

*Ger.* Que mentiste,  
Que asesinaste.

*Ali.* ¿Oh qué afrenta!  
¿Yo? — Ministro del altar,

Sin querer Hídí y herí;

Mas ya llevo á sospechar

Que soy capaz de atentar

Contra el que me culpe así.

*Ger.* Con menos altanería

Te debes hoy defender.

*Ali.* La inocencia da osadía:  
Seguro yo de la mía,  
Nada tengo que temer.

Conviene que te persuadas  
de alma dotadas  
justo las trunca :  
hombre ensangrentadas  
ocentes nunca.  
un contrario me acomete  
ni un vocablo,  
r yo su juguete ?  
de cual compete,  
diera el venablo.  
avila ¿ te dijo?...  
« Atrás,  
trás, villanuelo :  
i no te vas. »  
spada sin duelo...  
ten : contra fuerza, mas. »  
Por qué hacerle resistencia ?  
era mal?...

¿ Huir ?  
a mucha prudencia.  
oviste la de encubrir  
osa ocurrencia.  
h ! mucho pené y aun peno  
bla ocultado.  
uelo ! Aquel dictado  
un pellon de cieno  
dante arrojado.  
berbia en tí sin excusa,  
reca y deplora.  
ro ¿ es ella quien me acusa ?  
ti franqueza abusa !  
si es mi protectora,  
Roba en un punto  
dulce encanto :  
n noble junto,  
te fuese otro tanto  
oz el difunto.  
A tu víctima escarneces !  
no te pervertiste  
uga ! Mereces  
as altiveces  
nunca oiste.  
padre !

Acaba de colmar  
del error :  
n sin vacilar  
gado á renegar  
el Salvador.  
or piedad...

Al mal caminas  
que llevas traza  
pensar que te inclinas  
las doctrinas  
an los de tu raza.  
i raza ! ¿ Quién me ha engendrado ?  
neno este mi brio ?  
o : tú eres un desdichado  
re abandonado,

Y ese padre era judío.

*Ali.* ¡ Judío !

*Ger.* Si : yo logré  
Sacarte de un riesgo fuerte :  
Yo por hijo te adopté...  
Y hoy sabré aquí defenderte  
De todos...

*Ali.* Ya ¿ para qué ?  
(*Aparte.*) ; Yo judío !

(*Sale Mervan y detrás la guardia.*)

*Mer.* Viene Luz :  
Geroncio, vete al momento.

*Ger.* Perdóname este tormento,  
Hijo, y sé fiel á la cruz.

*Ali.* Padre, hasta el postrer aliento.  
(*Vase Geroncio. Mervan se retira.*)

ESCENA VI.

LUZ ; UNAS ESCLAVAS, CON UNA ARQUITA ;  
ALICIO ; MERVAN, RETIRADO ; GUARDIAS.

*Luz.* Poned en la mesa el arca.

(*La colocan.*)

Llegadme aquí el delincuente. (*Siéntase.*)  
*Ali.* (*Ap.*) Temo que han de ver patente  
Sobre mi rostro una marca.

*Luz.* Matador, el Rey ordena  
Que yo tu suerte decida.

*Ali.* Mandad quitarme la vida :  
Benedicré mi condena.

*Luz.* (*Ap.*) Toda ya me ha conmovido  
Su voz de dolor tan hondo.)  
Ven aquí.

*Ali.* (*Ap.*) ¿ Dónde me escondo ?

*Luz.* (*Ap.*) ¿ Y quién le da al fementido  
Tal poder ? En iras ardo  
Apartada de su vista,  
Y en viéndole, me contrista  
Su afliccion, y me acobardo.  
Valor.) Dime... sé sincero.

Dime... pero sin mentir.  
Di... si mereces vivir.

*Ali.* Ni lo merezco, ni quiero.

*Luz.* ¿ Confiesas?... ch of  
al

*Ali.* Todo, señora,

Todo lo que preguntéis.

*Luz.* ¡ Me engañaste antes !

*Ali.* ¿ Quereis

Mas cuando me acuso ahora ?

*Luz.* Si te declaras culpado,  
No es bien que te mortifique.  
Mas quiero que se me explique  
Mejor aquel altercado.

Ofensa, provocacion,  
Algo capaz de irritar  
Debió entre los dos mediar  
Para mover la cuestion.

Porque ello, si temes que hable  
 Con pasion, Galicia entera  
 Podrá decirte quién era  
 Mi esposo: benigno, afable,  
 Diestro en regir el acero,  
 Cauto en la lid sin igual...  
 Por él llanto general  
 Vertieron noble y pechero.  
 Tú al recto varon heriste,  
 Tú al diestro adalid mataste:  
 ¿Cómo ese triunfo alcanzaste  
 Cuando allí morir debiste,  
 O mas bien huir veloz,  
 No pudiendo soportar  
 Si te miró, su mirar,  
 Si habló contigo, su voz?

*Alí.* Esa voz y esa mirada  
 Fatales á entrambos fueron:  
 Jamás de mí consiguieron  
 Ira ni soberbia nada.

*Luz.* ¿Y quién eres tú, reptil,  
 Para juzgarte ofendido,  
 Porque un godo esclarecido  
 Te hable en tono señorial?

*Alí.* ¡Ah!

*Luz.* ¿Qué orgullo incomprendible!  
 ¿Cuándo tu estirpe ha criado  
 Plebeyo tan entónado,  
 Audacia tan insufrible?  
 Acaso menos altivo,  
 Con ser de la sangre balta,  
 Fuera el hijo, que me falta  
 Descubrir si es muerto ó vivo.  
 ¿Dios le libre, hasta llegar  
 Donde conmigo se abraza,  
 De alguno cual tú, que nace  
 Tan solo para matar!

*Alí.* Rogad tambien le liberte  
 De verse en tal estrechez,  
 Que por favor á su juez  
 Pida como yo la muerte.

*Luz.* ¿Te figuras que me obstino  
 En quererte castigar?  
 ¿Si es tan dulce perdonar!  
 Pero ábreme tú camino.  
 ¿Qué pierdo yo con que vivas?  
 ¿Qué ganaré si murieras?  
 Siempre fueron las mujeres  
 Mas blandas que vengativas.  
 En prueba quiero olvidar  
 Mi judicial ministerio:  
 Quizás haya aquí misterio  
 Que no alcanzo á penetrar.  
 A mí propia sin violencia  
 El hecho me has confesado:  
 Pues bien, yo no me persuando  
 Aún la malevolencia.  
 Si algun prócer, descontento

Con mi esposo, te sedujo  
 Y te obligó con su influjo  
 A servirle de instrumento,  
 Dilo.

*Alí.* Señora, mi mano  
 No se vende.

*Luz.* Pero asombra  
 Que tú por tí solo... Nombra,  
 Si es preciso, al soberano  
 Mismo; y pues no hay á quien cuadre  
 La idea de sugestion  
 Mejor, culpa si hay razon  
 Para ello, á tu mismo padre.

*Alí.* ¡Mi padre! ¡Pues qué! segun  
 Lo que hoy os conté indiscreto,  
 ¿No era para él un secreto  
 Ese triste lance aún?  
 Ninguno mi instigador,  
 Nadie mi cómplice ha sido,  
 Y si le hubiera tenido, —  
 Nunca fuera delator.

*Luz.* ¿Con que yo no he de saber  
 A qué grado corresponde  
 Tu delito, ni hasta dónde  
 Puedes disculpable ser?  
 Pero sí: bien conjeturo  
 Cuanto ha podido pasar.  
 ¿Matas y sabes callar!  
 Asesino, de seguro,  
 Asesino eres. ¡Qué horror!  
 ¿En años tan juveniles!...  
 Poco mas de quince abriles  
 Tendrá, y fué ya desertor  
 De su casa... y es secuaz  
 De rebeldes y malvados,  
 Enemigos enconados  
 De mi esposo y de la paz;  
 Siendo tal su pertinacia,  
 Que despues de declararse  
 Reo, no piensa en echarse  
 A mis piés pidiendo gracia.  
 Sal, evita el furibundo  
 Enojo que mi alma siente:  
 Huye á la Libia, serpiente  
 Capaz de infestar el mundo.  
 ¿Vejez dichosa le das  
 Al padre que te engendró!

*Alí.* ¡Ah!

*Luz.* Llévadle donde yo  
 No le vea ni oiga mas.

(*Llévanse á Alí*)

#### ESCENA VII.

LUZ, MERVAN, ESCLAVAS.

*Luz.* Agradece, mónstruo fiero,  
 Que aun madre imagino ser;

*Char  
 of Luz*

por Dios que ahora  
 echura al Rey  
 de ese cuello,  
 deja vencer,  
 separaran  
 rla á mis piés.  
 é no? Di á tu amo (*A Mervan.*)  
 o pronta y cruel,  
 al reo la pena  
 antoje escoger. (*Vase Mervan.*)

ESCENA VIII.

ERONCIO, LUZ, ESCLAVAS.

Princesa Luz, escuchadme.  
 Eroncio, ¿qué pretendéis?  
 engo á defender á Alicio.  
 is en vano.

Es mi deber.  
 la confesado su crimen.  
 eñora, reconoced  
 otó á vuestro esposo,  
 cado por él.  
 s ciega el amor paterno.  
 eñora, difícil es.  
 padre de Alicio.  
 Pues quién es su padre? ¿quién?  
 gre es la suya?

¡Ay! sangre  
 jos de Israel.  
 Es un hebreo! ¡es judío!  
 de raza, mas no de ley.  
 Pero aquel valor y aquella  
 ñola altivez  
 hallan en el hijo  
 ctario de Moisés?  
 creible.

Nunca  
 le revelé  
 y.

¿Y cómo vino  
 as manos?

Há un mes  
 seis años ya  
 sitania pasé,  
 trándome en Lishoa,  
 uí sin querer  
 multo que hubo allí  
 judáica grey.  
 n las plazas la sangre  
 víctimas y cien.  
 nian: dejaba  
 lo á la mujer,  
 al hijo: yo en medio  
 las almas de hiel  
 el hórrido estrago  
 a detener.

Un jóven en una calle,  
 Perseguido de un tropel,  
 Me pone un niño en los brazos  
 Clamando: « Por Dios, tened,  
 Ocultadle, que esos tigres  
 Ni aun respetan la niñez. »  
 Huyó con esto hácia el río;  
 Yo á mi posada tambien:  
 Los amotinados llegan  
 Y pretenden que les dé  
 El niño, que contaría  
 De dos semanas á tres.  
 Yo les decia: « Es cristiano. »  
 — « Es hijo de un mercader  
 Judío, » me replicaban:  
 Muera. — « No, no le mateis:  
 Este niño es hijo mío. »  
 Con esto le liberté.

Luz. Y luego...

Ger. Luego, señora,  
 Verdad se vino á volver  
 La mentira: traje al niño  
 A Gijon, y le crié  
 Como si le hubiera dado  
 A luz mi angélica Inés.

Luz. Mas... del padre verdadero...

Ger. Mucho lo sollicité;  
 Mas nada supe.

ESCENA IX.

AZAZEL, DICROS.

Azael. Señora...

Luz. ¿Quién eres?

Azael. Soy Azael,

Negociante israelita,  
 A quién vos teneis que hacer,  
 Segun el Rey me asegura,  
 Un encargo.

Luz. Verdad es:  
 Uno que pudiera darme  
 Vida larga de placer,  
 O acabármela de un golpe  
 Con tremenda rapidez.

Ger. (*Aparte.*) Este hombre... esa voz...

Azael. Mandad

A vuestro stervo.

Luz. (*A las esclavas.*) Traed  
 El arca.

Ger. (*Aparte.*) Es el mismo.

Luz. (*A Azael.*) Aquí

Fué puesto un niño al nacer.

Azael. ¡En esta arca!

Luz. Sí, mi hijo.

Azael. ¿Qué años hace?

Luz. Diez y seis.

Azael. ¿Y dónde fué?...

*Luz.* Fué en Toledo.  
*Azael.* Lejos era... (*Medio para sí.*)  
*Luz.* ¿Para qué?  
*Azael.* Habladme del arca.  
*Luz.* En ella  
 Dispuesta segun la veis,  
 (*Hablando con los dos.*)  
 Lanzaron el niño al Tajo,  
 De sus aguas á merced.  
*Azael.* ¡Al Tajo! Acabad, señora.  
*Luz.* ¡Ay! he dicho cuanto sé:  
 Tan solo puedo añadir  
 Que este año una esclava fiel  
 Halló esa arca...  
*Azael.* ¿Por ventura  
 En Norba-Cesárea fué?  
*Luz.* En Norba, sí. Pero tú...  
*Azael.* En algun hospicio.  
*Luz.* Pues.  
 Pero ¿cómo?...  
*Ger.* (*A Azael.*) Vos allí...  
*Azael.* Allí yo el arca dejé.  
*Luz.* ¡Ah! ¿Luego tú con el niño  
 La debiste recoger?  
 Di que sí, dílo: no digas  
 Que no, que me moriré.  
*Azael.* Sí, sí.  
*Luz.* ¿Bendita la hora  
 En que Dios te hizo nacer!  
*Azael.* Viajaba orillas del Tajo...  
*Luz.* Del Tajo... preciso. Y bien...  
*Azael.* Y venir vi por las aguas  
 El mal seguro bajel,  
 Dentro sonando quejidos  
 Que con asombro escuché.  
*Luz.* ¡Hijo mio!  
*Azael.* Por un lado  
 Hice entrar á mi corcel:  
 Así la caja y abríla,  
 Y en ella un infante hallé.  
*Luz.* ¿Dónde está, dónde?  
*Azael.* Aguardad.  
*Luz.* ¿Qué! ¿no se halla en tu poder?  
*Azael.* ¡Ah! no.  
*Luz.* ¿No? ¿Madre infeliz!  
*Ger.* No temais. (*A Azael.*) Vos, respon-  
 ¿No llevásteis ese niño?... [*ded.*]  
*Azael.* A Norba: allí abandoné  
 El arca.  
*Ger.* ¿No fuisteis luego  
 A Lusitania con él?  
*Azael.* Sí, y en medio de un tumulto...  
*Luz.* ¿En Lisboa?  
*Azael.* Le entregué  
 A un anciano...  
*Luz.* (*Designando á Geroncio.*) ¿Este?  
 (*A Geroncio.*) Callad.  
 (*A Azael.*) ¿Qué le dijiste?

*Azael.* «Tened,  
 Ocultadlê, que esos tigres...  
*Luz.* Ni aun respetan la niñez.»  
*Azael.* Esas fueron mis palabras.  
*Luz.* No hay duda, no hay duda, él  
*Ger.* Alicio es el hijo vuestro.  
*Luz.* Es mi Pelayo. Corred,  
 Traedle, traedme al hijo  
 Que tantos años lloré.

## ESCENA

## VITIZA, DICHO.

*Vit.* Señora, con la justicia  
 Y con vos cumplí á la vez.  
 Alicio al Africa parte,  
 Y nunca mas le veréis.  
 A servidumbre y destierro  
 Perpetuo le condené.  
*Luz.* ¿Esclavo mi hijo!  
*Vit.* ¿Cómo!  
*Luz.* Dios me le quiso volver.  
 Alicio es Pelayo.  
*Vit.* ¡Alicio!  
*Luz.* Sí, díselo tú, Azael:  
 Decídselo vos, Geroncio. —  
 ¿Qué testigo es menester  
 Despues que lo afirmo yo,  
 Que en mi seno le llevé?  
*Vit.* (*Aparte.*) Conviene alejarle.  
*Luz.* (*Al Rey.*) Pr  
 Que venga.  
*Vit.* Pero atended.  
 ¿Olvidais que su venablo?...  
*Luz.* ¡Un rayo parta mi sien!  
 ¿Pelayo mató á Favila!  
*Ger.* ¡A su padre!

## ESCENA XI.

## MERVAN, DICHO.

*Mer.* (*Al Rey.*) Disponed  
 Cómo se ha de reprimir  
 A ese indómito doncel,  
 Que casi al sayon ahoga  
 Cuando le quizo poner  
 La argolla de esclavo.  
*Luz.* Es hijo  
 Mio: bien hizo.  
*Vit.* Preven  
 Que con todo miramiento  
 Y escoltado de ocho ó diez  
 Se le lleve y se le embarque.  
*Luz.* Señor...  
*Vit.* Nada me rogueis.  
 Mas benigno yo que vos

cia pronuncie :  
culpable la pena  
só merecer.  
dadme á Pelayo, y su madre  
tra, hoy si quereis.  
is os ofrezco  
— ¡ Ah!  
o un grito al ver á Pelayo, y  
desalada hácia él.)

ESCENA XII.

(Ó PELAYO), CON ESPADA EN MANO,  
YENDO DE ALGUNOS SOLDADOS ;

No han de poder  
vuestras espadas,  
esta que os quité.  
Hijo del alma !  
*Ger. (A los soldados.)* Dejadle.  
Señora, decid al Rey  
esclavitud prefiero  
le.

Ven aquí, ven.  
madre : Geroncio  
que te ha dado el ser,  
dichado Favila...  
Madre, yo no le maté !  
*batado de gozo al dar una mi-*  
*ra á Vitiza.)*

muerto á nadie, no.  
os brazos podeis.  
¿ Es posible ? ¡ Ay ! ¡ qué alegría !  
vive el que yo derribé.  
herida mortal.  
cara volved : *(Al Rey.)*  
¡ ! *(A Luz.)*

¡ El Rey !

¿ El Rey ?

¡ Vos

mano pretendéis,  
odiábais á mi esposo,  
bais donde fué  
aquella noche !

Luz,

soy : suspended  
que serán al cabo  
á todos tres.  
frica partirás : *(A Pelayo.)*  
ono ascenderéis :  
al su suerte admita  
n la lobrequeza  
terio la desgracia  
triste noche.

Bien,

*(Reprimiéndose á toda costa.)*  
estaré ese arcano,

Con tal que vos respeteis  
En la viuda de Favila  
El estado de viudez.

*Vit.* Imposible. — Retiraos.  
*(Vanse Geroncio, Azael y las esclavas.)*

A mi amor has de ceder.  
*Pel.* Madre, cuando el Rey me halló,  
Sangre en su acero noté :  
Con él en mano salia  
Tras una rota pared :  
Tras ella debió mi padre  
A sus manos perecer.

*Vit.* ¡ Insensato !

*Luz.* ¡ Él le mató !

Sí : mira en la palidez  
De su semblante la prueba  
Del crimen : huyamos de él.

*Vit.* Inútil es ya negarlo :  
Yo á Favila provoqué :  
Yo en combate singular  
Le tendí muerto á mis piés :  
Yo al salir de entre las ruinas,  
Con un jóven tropecé,  
Que al mandar que se alejara,  
No me quiso obedecer.  
Muerto el padre, faltó poco  
Para dar muerte tambien  
Al hijo : él me hirió : Pelayo  
Tendrá de mi sangre sed :

Yo la tengo de la suya,  
Porque odio á su padre en él.  
Luz, un justo Rey de mi  
O un monstruo puedes hacer :  
Sacrificate en las aras  
Del general interés :

Sacrificate á Pelayo,  
Cuya sangre hoy verteré,  
Si hoy, dueño tuyo, no logro  
A su padre suceder.

*Pel.* ¡ Tirano !

*Luz.* ¡ Hijo mio !

*Vit.* Vedlo

Entrambos y resolved.

*(Vase, clavando una mirada amena-*  
*xadora á Pelayo, estrechamente abra-*  
*zado por su madre.)*

ACTO TERCERO.

Habitacion de la Reina en el palacio de Vitiza.  
Una puerta principal en el fondo ; á la iz-  
quierda del espectador otra, que comunica  
con la morada del Rey ; á la derecha dos ; la  
primera, que tiene cortinas, da paso á las



estancias de la Reina; la segunda corresponde á una escalera secreta. Al lado izquierdo una ventana grande.

**ESCENA PRIMERA.**

LUZ, SENTADA JUNTO A LA VENTANA;  
VITIZA.

*(Varias esclavas cruzan la escena, llevando en azafates regalos del Rey: sobre una mesa hay otros, entre ellos varias ropas magníficas.)*

*Luz.* Ya nos habeis separado.

¡Diez y seis años ausente,  
Y ni un dia solamente  
Me le dejásteis al lado!

*Vit.* Pelayo ultrajó mi cetro:  
Cuando á un Rey se le amenaza,  
Diciéndole que se traza  
Su ruina, yo no penetro  
Cómo nuestra dignidad  
Consentirá prescindir  
De hacer á un loco advertir  
Cuál fué su temeridad.

*Luz.* Por el honor de su padre  
Nuestro enlace resistía.  
Se arrebató...

*Vit.* ¿Qué quería?  
¿Que le dejara su madre  
Morir? ¿Que Vitiza abriese  
Las puertas de su reinado  
Con un odioso atentado?

*Luz.* Ya no empezáais con ese.

*Vit.* Si á Favila fué siniestro  
El combate entre él y yo,  
Quien fué tu esposo, debió  
Ser mas valiente ó mas diestro.  
Sin razon te poseía,  
Pues te defendió tan mal:  
Cuando el cingulo nupcial  
Mañana te dé por mia,  
Que vengan, que osen quererme  
Disputar el bien que gano.

*Luz.* El que es fiel á un soberano,  
Combate con él inerme.  
Sujeta la mano entró  
Mi esposo en la lid impia,  
Donde no la valen ia,  
Sino el poder le mató.  
El poder, cuya sentencia  
Me priva con fiero abuso  
De un hijo, hoy que me le puso  
En brazos la Providencia.  
El poder que despiadado  
Sobre el lecho me agarrota  
Que sangre caliente brota

Del seno por mí adorado.

Pero ese poder emana  
De Dios que me escuchará,  
Y no, no permitirá  
Que yo respire mañana.

*Vit.* ¡Mañana! ¿Harás tentativas  
Contra tí? Luz, reflexiona  
Que hay bien cerca una persona  
Que vive... con tal que vivas,  
Hace poco me injurió:  
Delirante me aparté  
De vosotros, y mandé...  
Lo que el furor me dictó.

*Luz.* ¡Cielos!

*Vit.* No sé qué sería;  
Mas no se pondrá por obra. —  
Motivos tienes de sobra  
Para odiar mi tiranía;  
Pero crímenes de amor,  
Él los puede reparar:  
Paz vierte de sí el altar,  
Y el tiempo es consolador.  
Hay, aunque tu gusto inmoles,  
Hay suertes, Luz, mas aciagas;  
La tuya permite que hagas  
El bien de los españoles.

Pregunta, averigua, inventa  
Cuanto por medios humanos  
Pueda á godos y romanos  
Tenerles en algo cuenta,  
Y acude á mí; y si vacilo  
En cumplirte algun empeño,  
Que me castigue ese ceño  
Que no puedo ver tranquilo.  
Cediendo á la mansedumbre  
De mi consorte real,  
Se me hará al fin natural  
La piedad con la costumbre.  
La pasion á un precipicio  
Me descarrió tremenda:  
Guíame tú por la senda  
Que trueca en virtud el vicio.

*Luz.* ¡Con que vos que en agonía  
Continua me manteneis,  
Vos hacer os proponeis  
De mi virtud granjería! —  
Yo á vuestro querer me cifño  
Como una gracia recabe:  
No entre Pelayo en la nave  
Que ya le espera en el Miño.  
¡Yace tan lejos, tan lejos  
De aquí la orilla africana!  
Si puedo, como una hermana,  
Con súplicas ó consejos  
Contribuir algo al lustre  
Del reinado, que goceis  
Mil años, no receleis  
Que vuestra esperanza frustre.

nuestro calzado  
 a, medianera  
 poliada heredera  
 sto calumniado.  
 en toda accion por hito  
 ir, como conviene,  
 stro nombre resuene  
 español bendito.  
 ; ya lo ofrecí :  
 antes' el galardón :  
 la peticion  
 que hago por mí.  
 Oye, Luz : voy á ser franco.  
 o lo que te aflige ;  
 su bien á tu hijo  
 tuyo le arranco.  
 rso vitupera  
 a supersticion ;  
 ella prediccion  
 tura ceguera,  
 as con rebatirla  
 ma se me ahonda ;  
 lo á la redonda  
 capaz de cumplirla,  
 i temer los arrojós  
 uérfano dejé,  
 n dia rendiré  
 ganza los ojos.  
 ; Señor !  
 ¡No ver ese azul !  
 (Señalando á la ventana.)  
 e á tí ! — Cruzar debe  
 l mar : no renueve  
 furor de Saul.  
 ¡ Ah ! sí, sí.  
 Cuando ni rastro  
 niedo en mí subsista,  
 da sufrir la vista  
 noso padrastró ;  
 qui ; en tanto límite  
 os á esperar  
 ; á visitar ;  
 . ; que no me visite !  
 No, no ; yo le escribiré,  
 señaré paciencia. —  
 eis pronto licencia  
 ?  
 ¿ Pronto ? Veré.  
 t : anda, inspecciona  
 gníficas salas,  
 bitacion : tus galas  
 prueba tu corona.  
 e en mi estrado radie  
 osura en su fulgor  
 mo : ese corredor  
 alando la puerta de la izquierda.)  
 de paso á nadie  
 Reina-hasta mí :

Para mis plantas vedado,  
 A ti sola será dado  
 Cruzarle yendo de aquí.  
 (Luz rompe en sollozos.)  
 Busca tus dueñas, enjuga  
 Los ojos y deja verte  
 Despues...  
 Luz. Lo manda mi suerte.  
 Cedo. (Ap.) Intentemos la fuga. (Vase.)

ESCENA II.

MERVAN, VITIZA.

Mer. Estoy de vuelta, señor.  
 Vit. ¿ Dejas á bordo á Pelayo ?  
 Mer. Am no.  
 Vit. ¿ Qué escolta le diste ?  
 (En tono de reconvençion.)  
 Mer. Hombres bien aleccionados  
 Por mí, de acuerdo con vos.  
 Vit. Y bien...  
 Mer. Trató de ganarlos.  
 Vit. ¿ Con qué fin ?  
 Mer. Con el de entrar  
 Oculto en este palacio.  
 Vit. Que no venga ese infeliz.  
 Mer. Pues viene, y es á quitarnos  
 La vida.  
 Vit. ¡ Él á mí !  
 Mer. Así ha dicho  
 Él propio al sagaz soldado.  
 Con quien trató de escaparse  
 Cuando á la nave llegáramos.  
 Vit. ¿ Cómo no le habeis por fuerza  
 En la galera embarcado ?  
 Mer. Recordad lo que mandásteis.  
 Vit. Mandé espíarle los pasos,  
 Indagarle los designios...  
 Mer. Y fingir para indagarlos  
 Inclinaçion á servirle.  
 Vit. Pero arrojármele armado  
 Al frente, para que irrite  
 Mi furia y le haga pedazos,  
 Jamás disponerle pude...  
 O debió ser delirando.  
 Mer. Delirio sin duda fué,  
 Y nosotros deliramos  
 Tambien creyendo que vos  
 Pensábais tenderle un lazo.  
 Fingieron sus conductores  
 Ceder y le abandonaron.  
 Vit. Nada en mí bien adivinas :  
 Parece que es tu conato  
 Perpetuo que yo señale  
 Mi carrera con estragos.  
 Mer. Es el hijo de Favila,  
 Señor, tan apasionado ;

Es en él tan elocuente  
El furor, el ruego, el llanto,  
Que á menos de ser de piedra,  
No hay mas que sentir su agravio  
Cuando dice de su padre...

*Vit.* ¿Que mis zelos le inmolaron,  
Que espiró casi á su vista?

*Mer.* Que vos, ruinmente callando,  
A él propio le habéis expuesto  
A morir sacrificado  
Por su madre aquí.

*Vit.* ¡Tal osa  
Proferir el temerario!

*Mer.* Aunque él supiera callar,  
¿No hablarán los partidarios  
De Rodrigo, primo suyo?  
¿No tendrán muy buen cuidado  
De unirle á su bandería?

*Vit.* Dices bien: debo esperarlo.

Si yo le maté á su padre,  
Que le vengue, no es extraño.

—Quizá dejándole aquí,  
Pueda Luz reconciliarnos,  
Y evite una sedición  
Que allá en un país lejano  
Mas fácil fuera tramar.

*Mer.* Soy un infeliz esclavo:  
No me toca dar consejos,  
Sino ejecutar mandatos;  
Amais á la madre; fuerza  
Es que procedais incauto  
Con el hijo: al pronto ¿cómo  
La pasión no ha de cegaros?

*Vit.* ¿Cegarme! ¿Qué has dicho? Si:

Mi riesgo me has recordado.  
Sin tí, en la red que me tiende  
Mi negro destino, caigo.  
Yo soy Rey: debo tener  
Sujetos á mis vasallos,  
Debo defenderme, debo  
Vivir: mueran mis contrarios.—  
¿Cómo pretende ese loco  
Penetrar hasta mi cuarto?

*Mer.* Su cómplice, ó mejor dicho,  
El nuestro, tiene el encargo  
De facilitarle entrar  
Hasta la sala en que estamos;  
Y lo hará luego que empiece  
La noche á tender su manto.

*Vit.* Sigue.

*Mer.* Porque resultara  
Su atroz designio probado,  
Se le dijo que un disfraz  
Le sería necesario.

*Vit.* ¿Cuál?

*Mer.* Un traje de Luz: ella  
Sola puede visitaros  
Libremente por allí. (Por el corredor.)

*Vit.* Y en ese ardid tan villano,  
Él ¿constió?

*Mer.* Sí.

*Vit.* Vergüenza

Es... bien que al fin, un muchacho...

¡Y el necio no reflexiona  
Que necesita el amparo  
De su madre para el crimen,  
Y que ese lo espera en vano!—  
Recorran pueblo y contornos  
Los que al prófugo escoltaron;  
Y en hallándole, á la nave  
Con él, y amárrenle á un banco.  
Prevento: yo en tanto haré  
Que cierren todo el palacio.

*Mer.* ¿No mandásteis esta noche  
Soltar á los indultados?

*Vit.* Ni ellos ni nadie saldrá  
Mientras no esté asegurado  
El conspirador: despues  
Franquea tú sin reparo  
Las puertas á todo el mundo;  
Antes no.

*Mer.* Quedo enterado.  
¿Y si Pelayo penetra  
Dentro de este sitio sacro?

*Vit.* Si seduce por su mal  
O burla á mis emisarios  
Y el plé en el pretorio fija,  
No haya piedad; allanadlo  
Todo á viva fuerza, y quede  
Libre yo de mi entenado.

*Mer.* Bien.

*Vit.* A Luz di que esta noche  
No me vea: que lo mando  
Así.

*Mer.* Muy bien.

*Vit.* Tú, colócate  
En un hueco de ese tránsito  
Único á mi habitación: (El corredor)  
Como pase disfrazado  
O sin disfraz por allí  
Mi enemigo...

*Mer.* Le traspaso,  
Ahogo su voz, oculto  
El cuerpo, y queda ignorado  
Todo.

*Vit.* Me entendiste. Voy  
A mandar cerrar.

(Van  
(Ha oscurecido)

### ESCENA III.

LUZ; LUEGO ESCLAVAS, QUE SACAN LUC  
MERVAN.

*Luz.* (Aparte.) Dios trajó  
Mis pasos aquí: no hay fuga

Negocios impensados  
lan al Rey, señora,  
eciba.

No era mi ánimo

En hora buena.

*(Hace que se va.)*

*n esclavas que ponen luces y se  
ran.)*

*(Ap. A ver  
nta.)* ¿ Los conjurados  
bres?

En cogiendo  
eo, van á estarlo.

¿ Y si tardan en prenderle?  
Se halla cerca... y vendrá rápido  
: será un toque  
peta.

¿ Está tratado

No : se me ha ocurrido  
es mas breve. En tanto,  
arán el alcázar.  
¡ Ah ! ya... ¿ y despues ?

En sonando

), libres serán  
os encarcelados  
rre, y el umbral  
ueive á quedar franco.  
Bien. Vete.

¿ Con que no veis

Rey ?

De aquí no salgo.  
Guárdeos Alá. *(Vase.)*

ESCENA IV.

LUZ.

¡ Fiera ! ¡ Fieras !

le estais acechando  
vorarle ! Al fin,  
cuentran los soldados  
le aquí, ne hay peligro.  
mi separado ;  
va. Ya es de noche.  
nertas los candados  
orrer. Se salvó :  
puede haber entrado.

ESCENA V.

PELAYO, LUZ.

Gracias : ¡ oh ! bien me guiaste.  
*(Huyendo con un soldado que le ha  
roducido por la puerta secreta)*

Aquí ha de ser su morada.

*Luz.* ¡ Qué oigo ! Él es.

*Pel.* ¡ Madre adorada !

*Luz.* ¡ Infeliz ! — ¿ Dónde te entraste ?

*Pel.* Donde un monstruo tiraniza

Con su poder tu albedrío,  
Donde esta noche confío  
Libertarte de Vitiza.

*Luz.* Pasar el regio dintel

Fué abrirte la sepultura :  
La perfidia y la impostura  
Te han asaltado en tropel.  
Quien aquí te ha conducido,  
Los que tu fuga ampararon,  
Todos los que te prestaron  
Favor, todos te han vendido.

*Pel.* La cólera y el sonrojo  
Me ahogan. Quiero dudar,  
Madre : quiero preguntar  
Al guía...

*(Llégase á la puerta por donde entró,  
y no puede abrirla.)*

Pasó el cerrojo.

*Luz.* ¿ Lo ves ? Pero si á Mervan  
Y al Rey los he estado oyendo  
Yo aquí : si era un plan horrendo  
Para obligarte á un desman,  
A un crimen ; si ansian que trames  
La pérdida de ese tigre,  
Para que sin que él peligro  
Te pierdas tú.

*Pel.* ¡ Vil ! ¡ Infames !

*Luz.* Diste en el inicuo lazo  
Del enemigo sañudo :  
Solo tienes por escudo  
Mi cariñoso regazo.

Ley tirana me vedó  
Con mi sangre alimentarte ;  
Mas de aquí no han de arrancarte,  
Sin que antes perezca yo.

*Pel.* No, madre del alma mía,  
Vive y en vengarme piensa :

Exponerte en mi defensa  
Dos víctimas juntaría.  
Tus bodas quise impedir ;  
Tuve en mi designio azar ;  
Osado vine á matar ;  
Impávido iré á morir.

Ya soy del que fui distinto ;  
Debo á mi nombre respeto :  
El hijo de Luz es nieto  
Del Rey Flavio Recesvinto.  
Mi muerte la potestád  
Quebranta de mi verdugo :  
Si vivo, te aguarda un yugo ;  
Si muero, la libertad.

*Luz.* ¡ Oh bizarras expresiones  
En que su estirpe refleja !

*Chas. y  
Pelayo*

Lo mismo al padre semeja  
En ánimo que en facciones.  
Mas y mas con tu denuedo  
Se enardece mi cariño,  
Y aprendo valor de un niño,  
Y nada me infunde miedo.

Esa canalla soez  
Te busca : no te amedrentes,  
Hijo mio : los valientes  
No mueren en la niñez.  
Pero tampoco es valer  
Ir el riesgo á provocar.  
Entra allí : voy á tratar  
De salvarte... con honor.

*Pel.* Y si no, no saldrá falso  
Este brio prematuro.

*Luz.* Yo, mi bien, yo te aseguro  
Que no hay para tí cadalso. (*Vase Pelayo.*)

#### ESCENA VI.

LUZ, LUEGO AZAEL.

*Luz.* No quiero tentar á Dios :  
Veré antes al Rey. (*Sale Azael.*)

*Azael.* Princesa,  
Cosa que al Rey interesa,  
Quiero decíroslo á vos.

*Luz.* Sígueme, si es que te agrada.  
Voy allá.

*Azael.* No os dejarán :  
Tiene orden un capitán  
De prohibiros la entrada.

*Luz.* ¿A mí?

*Azael.* Sobre su cabeza. (*revoqué*)  
*Luz.* (*Aparte.*) ¿Cómo he de hacer qué  
El fallo?

*Azael.* En sonando un toque  
De trompa, que con presteza  
Me han dicho que sonará,  
Entonces audiencia franca  
Nos dará el Rey.

*Luz.* (*Aparte.* ¿Quién le arranca  
El perdón no entrando allá?)  
Pero... ¿y si una carta empleo?..

*Azael.* Todo aviso lo desdeña  
El Rey, mientras no hagan seña  
De que han sorprendido á un reo.

*Luz.* (*Ap.* ¡Un medio me queda solo!)  
Di ya, di.

*Azael.* El pueblo israelita,  
Vejado con inaudita  
Crueldad, obra con dolo.  
Espía de Muza entré  
Aquí : él prepara un ensayo  
De su fuerza : vi á Pelayo,

Y á vendederos renuncié.  
Su madre sois, al monarca  
Os unís, y me merece  
Amor cuanto pertenece  
Al niño que hallé en el arca.

*Luz.* ¡Buen Azael!

*Azael.* De un amigo  
Sé que estallaré un tumulto  
Esta noche, y que anda oculto  
Disponiéndolo Rodrigo.

A nadie quiero dañar :  
Del caso estais advertida :  
Ved cómo sin una herida  
Se puede el golpe burlar.

*Luz.* Gracias. ¡Oh! yo en mi alma!  
Lo que me toca cumplir.

(*Llegándose á la puerta por la  
entró Pelayo, que es la de las  
finas.*)

Hijo, ya puedes salir.

Retírate, buen hebreo.

(*Entra Azael donde estuvo Pelayo*)

#### ESCENA VII.

PELAYO, LUZ.

*Pel.* Voces oí de la gente  
Que en mi busca juzgo que anda ;  
Pero mi aliento se agranda  
Para hacer al riesgo frente.

*Luz.* ¿Qué riesgo, hijo? Ya casé.  
Con un paso que yo dé,  
Te salvo... Mas no podré  
Verte luego.

*Pel.* ¿Cómo me?

*Luz.* Así el lance se gobierna.  
¿Para qué lo he de explicar?

No vuelvas á conspirar :  
Fija en la justicia eterna,  
Y perdona generoso

Al que hace tu vida amarga :  
Llega un día en que descarga  
Dios el brazo poderoso.  
Siempre en la memoria ten  
A Geroncio y al judío ;  
Te sacó infante del río,  
Y hoy te servirá también.

*Pel.* ¿El á mí?

*Luz.* Cuando se oyere  
La trompa, sal ; pero sea  
Vistiendo la ropa hebrea  
De Azael.

*Pel.* ¡Madre!

*Luz.* Lo quiere  
Tu madre.

*Pel.* No has de querer

char de Luz

ACTO III, ESCENA ULTIMA.

e. Sufra en paz  
so disfraz  
aba el de mujer.  
h! perdon. (Confundido.)  
Yo te le pido,  
por vencerte.  
as que la muerte  
ras resentido.  
: ¿no? — Ea : el plazo  
os tardará  
vez : bien será  
postre abrazo.  
adre, ¡el postre! ¿Qué dices?  
o!  
Es de ánimos tiernos...  
vamos á vernos,  
ya tan felices!  
ladre!  
ado á su hijo hasta la puerta de  
tina.)

Vé, y sigate en pos  
n mar y campañas.  
e mis entrañas!  
dis ojos! A Dios.  
(Éntrase Pelayo.)  
cielo santo,  
i corazon penetras!  
zar unas letras...  
e á un bufete y toma unas  
las que hay en un azafate.)  
le sold. (Dentro.) Entremos.  
Vienen. El manto...  
un velo magnífico de otro aza-  
y éntrase precipitado por el  
dor, cubriéndose el rostro.)

ESCENA VIII.

GERONCIO Y SOLDADOS, POR LA  
PRINCIPAL : GERONCIO SALE EL  
, Y NO REPARANDO EN OTRA PUERTA  
DE LAS CORTINAS, SE COLOCA DE-  
DE ELLA.

Entremos. (Dentro.)  
(Saliendo.) No, parad.

Seguid.  
(Saliendo con los soldados.)  
Delante de la puerta.) Detente,  
ombre de Dios.

Sufra el castigo  
cion Pelayo.

Es inocente.  
é partidario de Rodrigo.  
llos le aclaman su caudillo á voces,  
o de esa estancia las paredes  
ifar con él. Entrad veloces.

Apártate : no es tiempo de mercedes. [Pelayo.

Ger. ¡Princesa! ¿dónde estás? Salva á  
(Gritando.)

Vit. Presentadme sus miembros por  
[despojos

Antes que salga Luz y en llanto rompa.

Ger. Mercenarios, atrás.

(Tocán á la derecha la trompeta.)

Vit. Sonó la trompa.

Libres de un enemigo están mis ojos.

Allí le han muerto.

(Señalando la puerta del corredor.)

Ger. ¡Oh Dios!

(Éntrase en el corredor.)

Vit. (A un jefe.) Ved si un desmayo

Tiene postrada á Luz : velen por ella.

Vamos tras esa turba que atropella

Los escalones de mi excelso trono.

A ninguno la vida le perdono.

ESCENA IX.

MERVAN, VITIZA, SOLDADOS.

Mer. Esto arrojé al caer.

(Le da unas tabletas.)

Vit. (Mirándolas.) Esto lo ha escrito

Luz : aquí la traicion me revelaba

Y la vida del hijo me pedía.

¿Cómo en esta mansion á Luz no advierto?

ESCENA X.

PELAYO Y CONJURADOS, POR LA PUERTA DE  
LA CORTINA ; DICHS.

Pel. Madre, venid, venid.

(Gritando al salir.)

Vit. ¿A quién has muerto?

(Mirando atónito á Pelayo, y luego á  
Mervan.)

Pel. Libertar á mi madre necesito :

Dámela, Rey, ó tu vivir acaba.

Vit. Dámela tú.

ESCENA ULTIMA.

GERONCIO, SOSTENIENDO A LUZ, HERIDA ;  
DICHS.

Ger. ¡Socorro!

Pel. ¡Madre mia!

(Rodarla y colócala en una silla.)

Mer. Me engañé.

Pel. ¿Quién te hirió?

Vit. ¡Dios me destruya!

Mer. Yo pensé al hijo herir en ese traje.

*Ger.* Por tu vida tu madre dió la suya.

(*A Pelayo.*)

*Pel.* ¡Qué has hecho! Deja que mi mano

*Vit.* ¿Tú fuiste?... (*A Luz.*) [ataje...]

*Luz.* Sí; le amaba con delirio...

Le quise redimir... y á mi Favila

Permanecer leal.

*Vit.* ¡Oh qué martirio! [tira]

*Luz.* Rey, yo muero: la sangre que des-  
Mi seno maternal, paga merece.

Paz haya entre vosotros.

*Vit.* Tregua corta,

No paz á mis contrarios les prometo.

Huyan, si es que la vida les importa:

Ya en mí toda virtud desaparece.

(*Los conjurados dan muestras de querer retirarse.*)

*Ger.* Mirad al cielo y olvidad el mundo.

(*A Luz.*)

*Luz.* El cielo por mi labio moribundo  
Te anuncia, Rey, tu porvenir completo.

*Vit.* Calla... (*Asorado y trémulo.*)

*Luz.* Concitarás odio profundo,  
(*Con acento profético.*)

Y en tu dosel Rodrigo colocado,  
Ni ojos te quedarán para que liores.

*Vit.* ¡Piedad!

*Luz.* Tus hijos á nacion extraña  
Venderán su país.

*Vit.* ¡Ellos traidores! [cinde]

*Mer.* (*Ap.*) Ya está nuestro poder vail-

*Ger.* Ruegos aplaquen la celeste saña.

*Luz.* Hijo mio... tu madre te ha salvado...  
Porque has de ser... el salvador de España.

(*Muere.*)

# HONORIA,

DRAMA EN CINCO ACTOS EN VERSO

(PRIMERA Y SEGUNDA PARTE).

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL PRINCIPE A 6 DE MAYO DE 1843.

## PERSONAS.

|                      |                      |
|----------------------|----------------------|
| HONORIA.             | CABALLEROS.          |
| DESIDERIA.           | EMBOZADOS.           |
| JIMEN.               | CRÍADOS Y CRÍADAS.   |
| DON GARCILLAN.       | PAJES.               |
| EL DOCTOR ALMORAVID. | ALGUACILES.          |
| DON LOPE.            | ALDEANOS Y ALDEANAS. |
| BONIFAZ.             | UNA HERMANA LEGA.    |
| DAMAS.               | UN RELIGIOSO.        |

*La escena es cerca de Sepúlveda, en Segovia, y en un pueblo inmediato.*

*La acción pasa por los años de 1468.*

### PRIMERA PARTE.

## ACTO PRIMERO.

la desde la ermita de San Julian, en el  
minio de Sepúlveda, á la orilla del rio  
raton, que corre por entre una quebrada  
fundisima. Arboles, peñascos y matas por  
as partes: del horizonte se ve muy poco.

### ESCENA PRIMERA.

HONORIA, DESIDERIA.

*Honoria descende con tristeza y len-  
ud una de las sendas que serpentean  
tre los peñascos; Desideria baja de  
ntillas por otra senda observando á  
onoria, y al llegar á lo llano, la al-  
nza y le toca en la espalda.)*  
on. ¡Ay!  
ssid. Te observé, te cogí :  
i registrar el árbol.  
on. ¡Qué susto!  
ssid. Bien cerca tienes

Agua, si te has asustado ;  
Limpio corre el Duraton ,  
Y traje en mi cesta vaso :  
Beba y sostéguese el idolo  
Del pueblo sepulvedano.

*Hon.* Déjate de chanzas.

*Desid.* Tú

Que conmigo te has criado  
En San García, tú que hoy  
Vives como yo al amparo  
De doña Inés en Sepúlveda,  
¡ Te reservas de mí tanto !  
¿ Qué es esto, Honoria ?

*Hon.* Cumplir  
Un juramento sagrado.

*Desid.* ¿ Juramento de callar ?  
No es delito quebrantarle  
Entre mujeres.

*Hon.* Hoy cesa  
La obligacion ; hoy el plazo  
De mi silencio se cumple.

*Desid.* Auto en favor. Ea, vamos :

¿ Para qué ha sido el hacermé  
Levantar hoy tan temprano ?

*Hon.* Para subir de las huertas  
Fruta.

*Desid.* Y luego que llenamos  
Las cestas, ¿ no me has traído  
Poco á poco paseando



Halló a don Julian? ¿no has hecho  
Que entrara en el santuario,  
Para que no reparase  
Cómo en el hueco del álamo,  
Que hay junto al pozo sin fondo,  
Introducias la mano?

¿Qué buscabas allí?

Hon. Cosa.  
Que no hallé.

Desid. ¿No?  
(Poniéndose la mano delante de la  
boca, para que Honoria no la vea  
sonreírse.)

Hon. Condenado  
Vuelo tienes de reírte  
Cuando una está suspirando.  
Descubre esa boca; y hagas  
Burla ó no, véase claro.

Desid. Vaya en gracia. — ¿Y qué debías  
Hallar? ¿papel ó regalo?

Hon. Papel.

Desid. ¿De un galán?

Hon. Galán.  
En todo.

Desid. Por muchos años.

¿Algun muchacho del pueblo?

Hon. Ni es del pueblo, ni es muchacho.

Desid. ¿Con que forastero?

Hon. Sí.

Desid. ¿Labrador?

Hon. No, cortesano.

Desid. ¿Oiga! ¿Un caballero?  
(Mordiéndose los labios.)

Hon. Mucho.

Desid. ¿Rico?

Hon. Pobre.

Desid. ¡Ah! ya.

Hon. Soldado.

Desid. Y ¿á quién sirve, hoy que Castilla  
Está dividida en bandos?

¿Al Infante don Alonso?

Hon. Al Rey don Enrique cuarto.

Desid. ¿Dónde has conocido tú

A ese hombre? ¿Cómo fué? ¿Cuándo?

Hon. Hace tres años, aquí.

Desid. ¿En sitio tan solitario?

Hon. Cuando recia enfermedad

En donde Inés se cebó,  
Cuya incesante bondad  
Desde siete años cuidó  
Nuestra misera horfandad,  
Por ella el ánimo inquieto  
A rogar aquí me traje;  
Pues trabajando á destajo  
Muchas noches en secreto,  
Del precio de mi trabajo  
Gasté parte en cera, y pan  
De ofrenda, y en el bolsillo

Guardé el resto con afán  
Para echarlo en el cepillo  
Del bendito San Julian,  
Hecha con alma contrita  
La humilde oracion al santo  
De quien había mi vida,  
Bajaba yo de la ermita  
Vertiendo mis ojos llanto,  
Y exclamé: — «¿Quién, quién ahora  
Su amparo me prestará,  
Si falta mi bienhechora?» —

Y oyóse una voz sonora  
Que dijo: «No faltará.»  
Mi pasmo llegó á su colmo.  
Dar gracias al santo quiero;  
Torno á subir el sendero... —  
Y veo detrás de un álamo  
Asomar un caballero.

Me habló; yo, sin acordar,  
Empresé la senda atajo;  
Siguíome; empecé á temblar;  
Tomé entonces un atajo;  
Mas él me vino á atajar.

Me ofreció en la senda inhiesta  
Su apoyo; yo rehusaba;  
Pero de instantánea en respuesta,  
Él ya la mano me daba  
Desde el medio de la cuesta:

Mi susto cediendo fué  
Al verle tan cortesano,  
Y hasta llegar á lo llano,  
Por hacer caso del día,  
Abandoné la mano.

Dijo que con su bandera  
Recorría la Castilla,  
Y andando por mí en espera,  
Me había seguido fuera  
De los muros de la villa.

Me llamó lucero y sol  
Y cielo; yo le traté  
De micrófono y astel;  
Y el juró quererme, á fe  
De caballero español.

Bien que nada le creí,  
Dejé seguir el quillótro;  
Rogóme volviese allí;  
Respondí que no... y volví  
Otro día, y otro y otro.

La bandera al fin partió;  
Él prometió que vendría;  
Yo lo dudé, y él cumplió.  
Estando en la ermita el día  
Mismo que me señaló.

Y siempre le encontré lleno  
De amor, libre de resabias  
Marciales tan noble y bueno...  
(Reparando en la acción de Desid.)  
; Eh! no te muerdas los labios

ien ajeno.  
 na : ¿ á quién ~~no~~ interesa  
 un fiel testimonio  
 que se profesa,  
 una promesa  
 matrimonio?  
 cha mas esquivas  
 a : de mí sé  
 aunque no reciba  
 as de él , la querré  
 siempre ~~mientras viva.~~  
 eba ~~ahora~~ hoy  
 ño profundo :  
 , que ~~cumplen hoy,~~  
 que á todo el mundo  
 e amada soy ;  
 y amanecía  
 staba en mi ~~presencio.~~  
 io contenía  
 como solta  
 la ausencia ;  
 ) revelar  
 in escondido,  
 l pié del altar  
 lian imploras  
 de un fermentido ;  
 ue aunque me toca  
 es á toda falta,  
 e amor ~~tan~~ loca,  
 a duda que me ~~asalta~~  
 do de mi boca ;  
 ndole por mí ,  
 e pregunto yo  
 á verle aquí,  
 ue el juicio que no,  
 orazon que sí.  
 ; Amor ~~bien~~ encanecido,  
 a poco temerario!  
 a villana ;  
 n ~~deklararnos~~  
 origen nuestro ;  
 y entre las dos lazo  
 sco, es lo solo  
 ormadas estamos.  
 s doña Inés .  
 e por un rasgo  
 , en San García ;  
 nos haya educado  
 o cual pudiese .  
 ndola en algo ,  
 ardas » es el título  
 a nos ha dado.  
 huérfana y pobre ,  
 instancias ~~acaso~~  
 ra que á nosotras  
 pingua bidalgo ?  
 ú con el tuyo  
 de don Pelayo ?

*Hon.* Sabe que huérfana soy  
 Sin parientes ni allegados ;  
 No sabe mas : atenciones  
 Debidas á un tío anciano,  
 Dijo que le precisaban  
 A ocultar nombre y estado,  
 Y que por eso tampoco  
 Recibir queria en cambio  
 Mas noticias de mí.  
*Desid.* ¡ Qué !  
 ¿ Ni siquiera le has hablado  
 De las cajitas de acero,  
 Que á modo de reticario,  
 Cuadrada una, otra redonda,  
 En San García llevábamos?  
*Hon.* Sí ; pero ya doña Inés  
 Nos las habia tomado  
 Cuando á Jimen conocí,  
 Y luego se las llevaron  
 Los soldados del Infante  
 Que entraron la villa á saco.  
*Desid.* ¿ Jimen se llama tu fiel  
 Y puntual enamorado?  
*Hon.* ¡ Puntual! — No me aflijas : tiempo  
 Queda para un desengaño.  
 Respeta á Jimen , cual yo  
 Respeto á ese desdichado  
 De Bonifaz , que te quiere.  
*Desid.* ¿ Bonifaz? ¿ Le hago yo caso?  
*Hon.* Es rico, es gran pescador...  
*Desid.* No me echará un mentecato  
 El anzuelo á mí. Yo vivo  
 Sin amorosos cuidados  
 Muy feliz : nada me inquieta,  
 Nada deseo.  
*Hon.* ¡ Qué engaño!  
 ¿ Nada? Ya , ya.

ESCENA II.

BONIFAZ, CON CAÑA DE PESCAR, CHISCAL  
 Y RED ; DIGNAS.

*Bon.* ¡ Desideria!  
 ¡ Honoria!  
*Hon.* ¡ Feliz hallazgo!  
 Tu galan.  
*Bon.* ¡ Qué par de truchas.  
 Entrambas para mi plato!  
*Desid.* ¿ Entrambas?  
*Hon.* Eso es hacer  
 A Desideria un agravio.  
*Desid.* Bonifaz no sabe nunca  
 Lo que se pesca.  
*Bon.* ¡ Ganario!  
 En querer pescarte á ti,  
 No anduve muy acertado,  
 No.

*Hon.* ¿Por qué?

*Bon.* ¿Por qué ha de ser?

Porque no muerde en gusano,  
Ni entra en la red. ¡Si supieras,  
Honoría, cuál me ha tratado  
Ayer! Señor, que le den  
Calabazas á un cristiano,  
Vaya con Dios; pero, amiga,  
Que le llamen ranacuajo  
A uno, y chisgarabís  
Y aguilucho de retablo  
Por añadidura, ¡tiene  
Escama! Renuncio á barbo  
Con tantas espinas.

*Desid.* ¡Oiga!

*Bon.* ¡Qué manteo has estrenado  
Tan garrido, Honoría! Ayer  
Con el disgusto del chasco  
No reparé; pero ¡vaya  
Si te está pintiparado!  
¿Sabes que me gustas? ¿Sabes  
Que en tí venta pensando?

*Desid.* Honoría no piensa en tí,  
Bonifaz.

*Bon.* Ya me hago el cargo.  
Señor, sin que se eche el cebo,  
No viene el pez; eso es claro.—  
Antes que lo olvide, toma  
Todo lo que hoy ha picado.

*(Dándole los peces que trae en la chistera.)*

¡Harto me picas á mí  
Tú!

*Hon.* No, gracias.

*Bon.* O aceptarlos,  
O creeré que me tienes  
También por un monicaco.

*(Echa los peces en la cesta de Honoría.)*

Chica, ya lo sabes, yo  
Ni soy carne ni pescado;  
Pero á hombre de bien no cedo  
Ni al Rey don Gaspar el mago.  
Si necesitas un día  
Novio, á falta de hombre honrado,  
Aquí estoy yo. A Dios: me voy  
Hacia el puente de Talcano:  
Echaré la red á ver...  
Y si alguna anguilla atrapo,  
Vuelvo y te la doy.

*Desid.* ¿Y á mí?

*Bon.* Linda pesca, á tí ¡cañazo! *(Vase.)*

### ESCENA III.

DESIDERIA, HONORIA.

*Desid.* ¡Miren el mueble!

*Hon.* Ten, es

*(Echa los peces en la cesta de Desideria.)*  
Tuyo de ley su...

*Desid.* ¿Qué más da que tú lo lleves?  
¿Y sabes que ahora saigo  
En que dice bien? Ningun  
Traje tan bien te ha sentado  
Como ese.

*Hon.* Tú lo elegiste  
Para mí.

*Desid.* Visto despacio,  
Parece mejor que en pieza.

*Hon.* Haré que me dejen dártelo,  
Pues te gusta.

*Desid.* ¡Oh, no!

*Hon.* Con él  
Agradará mas tu garbo

A Bonifaz.

*Desid.* Bonifaz,  
Dime, ¿será el reemplazo  
De Jimen, si no parece?

*Hon.* ¿Te han dado envidia las cuatro  
Flores que me ha dirigido?

*Desid.* No; pero me pesa el trato  
Que le hice sufrir ayer  
En un momento de enfado.  
Así es que deseo...

*Hon.* Sí,  
Todo cuanto ves, llevártelo.  
Mi manteo y mi obsequiante  
Aquí se te han antojado  
En un momento: convécete  
De que todos deseamos,  
Y tú mas que nadie.

### ESCENA IV.

JIMEN, DICHAS.

*Jimen.* ¡Honoría!  
*(Saltando por lo llano)*

¡Honoría!

*Hon.* ¡Dios soberano!

¡Es Jimen!

*Jimen.* Sí, tu Jimen,  
Sí.

*Hon.* No me has abandonado:  
Ya soy feliz. ¡Ay! estaba  
Con tu tardanza penando.

*Jimen.* Verás como no era mía  
La culpa.

*Hon.* No es necesario.

*Desid.* *(Ap.)* Nació con ventura Honoría  
Jimen es mozo gallardo.  
Retirémonos, no piensen  
Que me propongo estorbarlos.

*(Apártase hacia el fondo, y poco á poco se va por un costado.)*

## ESCENA V.

## HONORIA, JIMEN.

¿Del susto me desquito.  
 ¿Dudaste que yo vintiera?  
 No es mucho lo que quisiera  
 dudara un poquito;  
 con vanagloria  
 sin cesar:  
 poder encontrar  
 a mí como su Honoria?  
 ¡Sol mio, tengo también  
 por mi parte  
 supiera amarte  
 como Jimen.  
 Los sin reserva  
 no amoroso,  
 esa y esposo.  
 Di señor y humilde sierva.  
 ¿...?

Entre tantas vidas  
 por toda la comarca  
 sepulcro la parca,  
 nito mal heridas,  
 tío el tributo  
 a humanidad.  
 Es triste felicidad  
 a de costar un luto.  
 ¿Segovia?

No obstante  
 es donde residía  
 esa, seguía  
 cuya corte errante  
 en lugar anda;  
 incomodidad  
 y su ancianidad  
 tron en Aranda.—  
 crees que quepa  
 a en doña Inés  
 ¿...?

No; mas ya ves  
 necesario que sepa  
 cion y apellido;  
 mi ver con justicia,  
 una noticia  
 ue ha fallecido.  
 ¿Oírás de disgusto absorta  
 Conde?

Di primero:  
 por heredero?

¡No.  
 Pues entonces no importa.

1. La riqueza ¿no te agrada?  
 Villana, es mala pareja  
 e.

1. Aunque no me aqueja  
 la codicia nada,

Yo quisiera engalanar  
 A la hermosura que adoro,  
 Con sederías del moro,  
 Con perlas del indio mar;  
 Yo quisiera en un brido  
 Verla cabalgar, asida  
 En una mano la brida,  
 Llevando en otra un halcon;  
 Quisiera yo que con trajes,  
 De amor espléndido señas,  
 Sirvieranla en casa dueñas,  
 Fuera escuderos y pajes;  
 Que solo sobre tapetes  
 Pisara su pié gentil;  
 Que aspirara ella el abril  
 En esencias y en pebetes;  
 Que lo mas precioso y rico  
 Su camarín ostentase,  
 Y una princesa envidiase  
 Las plumas de su abanico;  
 En fin, quisírate dar  
 Cuanta dicha se conoce,  
 Guardándome solo el goce  
 De vértela disfrutar.

Hon. Y á mí entre tanto oropel  
 Que te prenda imaginario,  
 Me afligiera de ordinario  
 La certidumbre cruel  
 De que cuanto mas empeño  
 El grande pone en brillar,  
 Tanto mas hace envidiar  
 Y padecer al pequeño.

Jimen. La suerte así lo dispuso.

Hon. Muerto ya el Conde tu tío,  
 ¿Quién hereda el señorío?

Jimen. Una hija suya que expuso,  
 De la cual nunca saber  
 Quiso mientras que vivía,  
 Y cerca de la agonía  
 Se dignó reconocer.

Es su última voluntad  
 Que la busque y dé su hacienda,  
 Y en pago se me encomienda  
 A su generosidad;

Por lo cual voy con un juez  
 A que su partida apreste  
 A Segovia; y culpa de este  
 Fué mi tardanza esta vez.

El á doña Inés visita  
 Ahora (es su conocido),  
 Y yo en tanto, conducido  
 Por mi amor, cumplo la cita.

Hon. ¿Luego esa vida opulenta  
 Que me desea tu amor,  
 Pende solo del favor  
 Dudoso de tu parienta?

Jimen. El heredero presunto  
 Del tío era yo; mas luego

Que supe de su hija, el ruego

Mio decidió al difunto

A no dejar despojada

A la huérfana infeliz,

Siendo ella por un deslíz

De su madre, castigada.

Hay además un secreto

Que mi esperanza resguarda.

Hon. ¿Lo podré saber?

Jimén. Mas tarde,

Hon. ¿No ahora?

Jimén. No.

Hon. Me anieto.

(Con cierta repugnancia.)

Jimén. Ya ves que si mi leal

Porte la heredera estimo...

Hon. ¿Qué deuda tenéis?

Jimén. Es prima

Mia.

Hon. ¿Qué prima?

Jimén. Carnal.

Hon. ¿La tratas?

Jimén. ¿Cómo ha podido?

Aun no la conozco.

Hon. ¿Sientes:

Que seais los dos parientes

En un grado prohibido?

Jimén. ¡Qué temores!

Hon. No son raros.

Porque el secreto me agita.

Gracias que la Condesa

Y tú no podeis casaros.

Jimén. ¿Casarnos? En ley cristiana.

Eso no pudiera darse:

Lo mismo es para casarse

Una prima que una hermana.

Hon. Cierto: á un Rey, que haga consercia

Con deuda, si se divulga,

Su santidad le excomulga,

Como resista el divorcio.

Jimén. Esto al caso no nos hace,

Pues antes de ir á encontrar

A mi prima, ha de ajustarse

Con doña Inés nuestro enlace.

¿Quieres mas?

Hon. No me atreya.

Tanto como eso á pedir,

¿Adónde tienes que ir

Por tu prima?

Jimén. A San García.

Hon. ¡Cómo! ¿á la villa de fama

Por sus lindas hijas?

Jimén. Sí:

Paso por Segovia.

Hon. Di:

Tu prima ¿cómo se llama?

Jimén. Flor.

Hon. No es nombre conocido

En el pueblo que he nacido.

Jimén. ¿Cómo sabes...?

Hon. Me he criado

En él, y acaso he nacido.

Jimén. ¡Dios mio! ¿Qué dadas estalla

En mi pecho! Tranquiliza

Mi afán: tu madre ó nodriza

¿Cómo se llamaba?

Hon. Olalla.

Jimén. ¿Ruiz?

Hon. Sí.

Jimén. ¡Cielos! En qué

De una Olalla Ruiz estaba

Mi prima Flor.

Hon. ¡Qué! ¿cuídaba

De tu prima esa mujer?

Jimén. ¿Y tu origen es incierto

También?

Hon. Nada sé de mí.

Jimén. La nodriza...

Hon. La perdi

A los siete años.

Jimén. ¿Ha muerto?

¿Sabes si hay algo escondido

En la caja ó medallón

Que...?

Hon. Para mas confusión,

Esa caja se ha perdido.

Jimén. ¿Será tal nuestra miseria...?

Hon. ¡Oh! se ha criado también

Conmigo otra joven.

Jimén. ¿Quién?

Hon. A verla vas. — ¿Desideria!

(Llamando)

## ESCENA VI.

DESIDERIA, DUCES.

Desid. ¿Qué ocurre?

Hon. Por Dios, respó

A una dñda que se ofrece.

Una de las dos parejas

Que ha de ser hija de un Conde.

Jimén. Del Conde de Valabrik.

Desid. ¿Una?

Hon. Sí.

Desid. ¿Hija... natural?

Jimén. No.

Desid. ¿Legítima?

Hon. Sí tal.

En nuestra edad infantil,

¿Recuerdas te hayan contado

Algo que deja á entender

Cuál de entrambas pueda ser

La heredera del condado?

Siempre á nuestra guardadora

Distinciones mereciste.

no, y además fuiste  
e mas observadora.  
n. Decid, que nos interesa  
...  
d. Sentiria  
na á quien le vendria  
que á mi lo condesa.  
n. No obstante...  
Di.  
d. Yo imagino  
noria, si lo olvidó,  
ará se me dió  
e á mi el traje mas fino.  
n. ¿ Es verdad?  
Si. [chlo  
d. Que, aunque de  
inflera quizás,  
la he puesto jamás  
nos en el cabello;  
que me sobrepuja  
, hizo mi tocado  
, y aun este labrado  
[*Quitando el colchado de la camisa.*]  
á su hábil aguja.  
. No hay duda.  
n. Es otra señal...  
d. El recuerdo que no exijo,  
lalla no lo dije  
niga servicial,  
e una rara especie  
te debí encubrir,  
mal hecho afligir  
na que se aprecie;  
te la confidencia  
izo en tan corta edad,  
de, por vanidad  
nala inteligencia,  
quivocacion  
ia de interés,  
si entendí al revés  
a revelacion.  
n. ¿ Y es...? [dora...  
i. Que una... goberna-  
á luz.  
n. ¿ Fué...?  
d. Burgalesa.  
. ¿ Y á mí?  
d. Decirlo me pesa.  
egada ó mora.  
. ¡ Mora! [*Aterrada.*]  
n. ¿ Y qué? — En Burgos nació  
[*A Honoria.*]  
desa, allí mi tío  
bernador. Bien mío,  
os primos tú y yo.  
. Seré morisca.  
n. Blasones  
s dos mi nobleza

Tiene: la mejor limpieza  
De sangre son las acciones.  
Desid. Pero...  
Jimen. Ven, que á doña Inés  
Voy á demandar tu mano.  
[*Tomando de la suya á Honoria y  
partiendo ambos.*]  
Hon. Ella nos dirá...  
Desid. Es en vano:  
Ella...  
Hon. Ven. [*A Desideria.*]  
Desid. Old.  
Jimen. Despues.  
[*Vanse Honoria y Jimen.*]

ESCENA VII.

DESIDERIA.

Satisfagan su capricho;  
Pregunten sobre el asunto  
A doña Inés, que por junto  
Sabe lo que yo le he dicho. —  
Id con Dios, primo Jimen.  
Si, porque se me figura  
Que la Condesa futura  
Soy yo. — Pues, señor, muy bien;  
Por fin el deseo ardiente  
Aquel, que me mortifica  
Siempre que miro una rica,  
Se me cumple de repente.  
Voy á heredar un condado,  
Lucré joyas y galas,  
Tendré en magníficas salas  
Mi habitacion y mi estrado;  
Pero por mas que me sobre  
Todo en el fausto que espero,  
No tendré yo un caballero  
Que me haya querido pobre.  
De modo que comparando  
Suerte con suerte, en rigor  
Honoria con el amor  
De Jimen, sale ganando.  
¡ Ojalá ella la heredada,  
Y yo la querida fuera! —  
De cualquier modo sintiera  
No ser condesa y amada.  
Es dura cosa en vérdad  
Dos bienes apetecer,  
Y venir á poseer  
Solamente la mitad.  
Unica dueña me veo  
[*Saca de la faltriquera dos medallones  
de acero, uno cuadrado y otro redondo,  
pendiente cada uno de un  
cordon ó cinta.*]  
De estas prendas tan buscadas,  
Que cogí y di por hurtadas

En el día del saqueo.  
 Deseaba yo inquirir  
 Lo que hay dentro, y no he sabido  
 Nada: no las he querido  
 Romper, ni las pude abrir,  
 Ni á un artífice flar  
 Para tal operacion,  
 Pues por ellas un pregon  
 Hizo doña Inés echar.  
 Humana persona sabe (Sonriéndose.)  
 Nada sobre el nacimiento  
 De las dos; si no presento  
 Los medallones, no cabe  
 Justificar en rigor,  
 Porque yo lo diga y crea,  
 Cuál entre Honoria y yo sea  
 La Condesa doña Flor.  
 ¡Pobre Honoria! en tal enredo  
 No se podía casar.  
 ¡Buen chasco se iba á llevar!  
 Ya; pero entonces no heredo;  
 Y fuera el abrir la puerta  
 A tan malignos antojos  
 Sacarme yo entrambos ojos  
 Por dejar á Honoria tuerta.  
 Haré con habilidad  
 Que parezcáis de contado,  
 ¡Malditos! que habeis burlado  
 Toda mi curiosidad...

(*Da enojada contra una peña un golpe á uno de los medallones, que tiene asidos de las cintas, y el medallon se abre. Dentro hay un papel doblado, que toma con una mano, mientras que conservando en la otra el medallón, examina su mecanismo.*)

¡Ah! rompí el medallon. — Pero  
 No. ¡Qué dicha! no está roto.  
 Cedió el muelle, y segun noto,  
 Se abren por el asidero.  
 Ya puedo salir de afanes.  
 Leamos este papel. (Lee.)  
 ¿Qué descubro? — ¡Suerte infiel!  
 ¿Soy esta yo? A Dios, mis planes. —  
 Viene gente. ¿Los escondo?  
 No: me infaman: abismarlos  
 Debo. Sí, voy á arrojarlos  
 Dentro del pozo sin fondo.

(*Sube precipitadamente la senda que guía á la ermita.*)

#### ESCENA VIII.

HONORIA, JIMEN, DON GARCILLAN;  
 LUEGO, DESIDERIA.

Hon. Vereis á mi compañera  
 De suerte.

Jim. Don Garcillan,  
 Habladla vos como juez,  
 Y decidnos qué pensais.  
 Gar. Hasta ahora nos hallamos  
 En profunda oscuridad.  
 Visito á doña Inés hoy;  
 Ella, como es natural,  
 Adónde voy me pregunta;  
 Principio celo á contar,  
 Y averiguo con asombro  
 Que aquí la huérfana está  
 Que en San Garcia los dos  
 Entendiamos hallar.  
 Por eso venia á daros  
 Cuenta de la novedad.

Hon. ¡Desideria! — ¡Ah! ya la veo  
 (*Al tiempo que Honoria la li  
 aparece Desideria en lo alto ó  
 senda, y baja.*)

Baja pronto.

Garc. Os es fatal  
 La pérdida de las cajas.  
 Doña Inés no sabe mas  
 Que esos indicios que ahora  
 De descubrir acabais.

Hon. Ven, Desideria.

Desid. Señores,  
 ¿Qué me tenéis que mandar?

Garc. El Conde de Valabril,  
 Señora, (Dios le dé paz)  
 Figurándose una ofensa  
 Contra la fe conyugal  
 (Que luego tuvo al morir  
 Por una ilusion falaz),  
 Cuando su esposa murió,  
 De su casa hizo lanzar  
 Una hija nacida á costa  
 De la vida maternal.  
 Una tal Otalla Ruiz  
 Encargóse de criar  
 La niña; y dudoso el Conde  
 Entre cólera y piedad,  
 A esa mujer un papel  
 Dió, guardando copia igual,  
 Que á la huérfana proscrita,  
 Si en su estado de humildad  
 Importaba conocerla,  
 Sirviese de credencial.  
 Hoy la expósite su nombre  
 Y herencia va á recobrar.  
 Yo tengo el traslado, falta  
 El escrito original;  
 Vos, que, segun se me dice,  
 (A Desideria)

Con algun dato contais  
 Para presumiros hija  
 Del Conde don Sebastian,  
 Dignaos manifestarme

lo habré de buscar,  
dme todo cuanto  
sérvir además  
ue pronto se os pueda  
ndesa saludar.

*id.* Ignoro si en San García  
ayor daros sabrán  
as que con Olalla  
viesen amistad ;  
yo sabia, téngolo  
Inés dicho ya,  
eso con el temor  
lirme equivocar.

*en.* ¿ Nunca os mostró ese papel  
(*A las dos.*)

?

*id.* Nunca.

*id.* Jamás ;  
do sí que mil veces  
dicho á cada cual  
la misma fué quien hizo  
s cajitas labrar,  
bien que no tuviesen  
valor material,  
portaba muchísimo  
arias. Es de pensar  
ando nuestra nodriza  
ba importancia tal,  
idrian los papeles  
cen falta.

*id.* Es regular ;  
s hemos perdido ;  
z no parecerán,  
misterio sin ellos  
es de aclarar.

*c.* Y vos ¿ podeis acordaros  
da seguridad  
ue Olalla os decia  
úmero de años há ?

*id.* ¿ Te dijo que era mi madre

*en.* ¿ Lo podeis jurar ?

*id.* Hasta ahora lo creí ;  
mo vos observais,  
ños tenia entonces,  
entenderlo mal ;  
rarme á jurarlo  
una temeridad.

*en.* Me parecísteis mas cierta

¿ Te vuelves atrás  
ue has dicho ?

*id.* ¿ Apeteces  
gen musulman ?

*id.* Jimen no repara en ello.

*en.* Moros bien hidalgos hay.

*id.* Peor que la sangre mora  
consanguinidad.

*Jimen.* A San García es forzoso  
Partir.

*Garc.* Hay que pregonar  
Los medallones.

*Desid.* Ya se hizo :  
¿ Quién sabe dónde estarán ?

ESCENA IX.

BONIFAZ, DESCALZO DE PIERNA; DICHOS.

*Bon.* Desideria, Honoria...—Guarde  
Dios á todos.

*Desid.* Bonifaz  
(*A don Garcillan y Jimen.*)

Es un amigo.

*Bon.* Un amigo,  
Sí, que os viene á regalar,  
Entregando á cada una  
De su pesca la mitad.

*Hon.* Eh, déjanos.

*Bon.* A otro día  
Despues del saqueo, Blas  
El pregonero anunció  
Que os importaba cobrar  
A toda costa unos dijés  
Perdidos.—¿ Os acordais  
De las señas ?

*Hon.* Demasiado.

*Desid.* ¿ Y qué ?

*Bon.* Os voy á aturrullar.

Frente al desembocadero  
De un copioso manantial  
Acabo de echar la red ;  
Y al ir tentando, mirad,  
Envuelta con unas ovas,  
¿ Qué pieza vine á sacar !

(*Saca de la chistera los dos meda-  
llones.*)

*Desid.* ¿ Los medallones !

*Hon.* ¿ El mio ! (*Tomándolo.*)

¿ El tuyo !

*Jimen.* ¿ Oh felicidad !

*Garc.* ¿ Es posible ?

*Desid.* Pero ¿ cómo

irían allí á parar ?

*Bon.* El caso es que no se cria  
Ova en aquel arenal,  
Y la que traian era  
Del pozo de San Julian.

*Hon.* ¿ Del pozo sin fondo ?

*Bon.* Así

Lo llaman por ignorar  
Todos que no se le encuentra  
Fondo, porque es un canal  
Inclinado que recoge  
Varios hilos de agua, y va



Con ellos dentro del río  
Justamente á desaguar  
Donde esas prendas hallé.  
A mi ver, si algun secuaz  
Del Infante las robó,  
Las ha debido arrojar  
Allí arriba. *(Señalando hácia la ermita.)*

*Hon.* ¡ Ah! me has salvado.

Gracias.

*Desid.* *(Aparte.)* Me perdió.

*Hon.* *(A don Garcillan.)* Tomad.

Este es el mio : rompedlo.

*Garc.* Sé yo abrirlos.

*Bon.* *(A Desideria.)* ¿ No me das  
Gracias tú?

*Desid.* ¿ No se podía

Por ahora dilatar

El registrarlos?

*Hon.* No.

*Jimén.* No.

*Garc.* Decid solo, si gustais,  
Cuál es vuestro y cuál de Honoria.

*Hon.* ¡ Qué! no hay posibilidad

De trocar uno por otro,

Porque nos desmentirán

Doña Inés y mil tentigos :

El redondo es propiedad

De Desideria, el cuadrado

Mio.

*Desid.* ¿ Quién lo ha de negar?  
Es público.

*Hon.* Abrid.

*Garc.* *(Abre el medallon.)* Hay dentro  
Un papel.

*Jimén.* Él nos dirá...

*Hon.* Leed.

*(Garcillan lo desdobra y lee.)*

*Bon.* *(Aparte.)* Mi poca produce  
Sobrada curiosidad.

*Desid.* ¡ Qué ansia! *(Aparte.)*

*Jimén.* ¿ Es lo que se esperaba?

*Hon.* Oigamos.

*Desid.* *(Aparte.)* ¡ Estoy mortal!

*Garc.* *(Lee.)* « La niña que lleva este  
papel por señal, que le será puesta al cuello  
dentro de una caja de acero de figura cua-  
drada, es doña Flor, hija de la Condesa de  
Valabril doña Florentina Giron. »

*Jimén.* ¡ Mi tia! *(Atorrado.)*

*Hon.* ¡ Qué oigo! *(Idem.)*

*Bon.* ¡ Hija Honoria  
De un Conde!

*Hon.* ¿ No os engañais?

*(Dando el papel á Honoria.)*

*Garc.* Leed.—Y la nota tiene

Compléta conformidad

Con la del Conde.

*Jimén.* *(A Honoria.)* ¿ Sospechas

Que hayan podido trocar

Esa seña?

*Desid.* Se la he visto

Desde su mas tierna edad.

*Hon.* Es cierto; mas no es posible

Que sea tan principal

Mi cuna. Abre tú esa caja. *(A Desid.)*

*Jimén.* No tengais dificultad

En permitirnos...

*Desid.* Pudiera

Negarme; mas por sacar

A Honoria de dudas... Ten.

*(Abre el medallon redondo, sa-  
papel y dásele á Honoria.)*

*Hon.* *(Lee.)* « Por este papel, que yo (   
Ruiz he mandado escribir y guardar d  
de una caja redonda de acero, será  
cida Violante, hija natural de una  
cuyo nombre me está prohibido revel  
cual ahora vive en tierra de moros. »

*Desid.* Ya ves : hija natural

Y acaso morisca soy,

Si confundí la verdad

De lo que Olalla me dijo,

Como se debe pensar.

*Hon.* Luego nosotros...

*Garc.* Señora,

Vos, segun esta señal,

Si otra no le quita fuerza;

Sois doña Flor de Guzman,

Condesa de Valabril.

*Desid.* Condesa, y prima carnal

De don Jimén.

*Jimén.* ¡ Primo suyo!

*Hon.* ¡ Dios mio! ¡ piedad! ¡ piedad!

*(Déjase caer abatida sobre un sofá.)*

*Jimén.* ¡ Honoria mia!

*Garc.* ¡ Infelices!

*Bon.* Desideria, estergalan *(Ap. á*

Se aflige, Honoria tambien;

¿ Por qué les sienta tan mal

La condadura á los dos?

*Desid.* Por una calamidad.

Son primos los dos, se quieren,

Y no se pueden casar.

**ACTO SEGUNDO.**

en casa de los Condes de Valabril,  
en Segovia.

**ESCENA PRIMERA.**

ERIA, CON UN RICO TRAJE DE DAMA;  
BONIFAZ.

¿ Con que no está?  
z. Debe pronto

¡ Oh! pues yo sin verla,  
voy.

z. ¿ Y qué me dices  
de la grandeza  
casa?

Que no habrá  
media docena  
Segovia.

z. La Infanta  
abel y la Reina,  
y se hallan en la ciudad,  
que no se hospedan  
icio mas magnífico.  
rede vivir contenta  
estado Honoria... digo,  
ra la Condesa.

¿ No lleva el nombre de Flor?

z. Ella, como yo, conserva  
ueblo : habia sido  
rada con él, suena  
s algo singular  
lichas le recuerda,  
laro, le gusta.

¿ Cómo  
reconocieran  
de Valabril?

z. Porque nació con estrella,  
ias. En San García  
alló ninguna prueba  
imiento de Honoria ;  
olo por la seña  
dallon y el papel,  
andona la herencia.  
que es el inmediato  
e, abogó por ella :  
juez peca de rígido  
las partes contentas.

Pues, amiga, ese es un rasgo  
mun de nobleza.

z. ¡ Simple! Eso es amor.

¿ Qué gana  
si su prima hereda?

Ella se puede casar,  
Menos con él, con cualquiera.

Desid. No se casará; no hay miedo.

Bon. Si quiere, ¿ quién se lo veda?

Desid. Hay dos estorbos : el uno,  
Que ella tambien sigue muerta  
Por Jimen,

Bon. ¿ Y el otro estorbo?

Desid. El otro es cosa secreta.

Bon. Quédo enterado : es razon  
Que hace muchísima fuerza.

Desid. El Conde de Valabril  
Fúndó un convento : ¿ creyeras  
Que me parece que en él  
Ha de ocupar una celda  
Honoría?

Bon. Mas natural  
Es que se quede soltera,  
Si quiere al primo.

Desid. Pues no :  
Me alabo yo de profeta.

Bon. ¿ Y qué tal hace de dama  
Honoría?

Desid. Bien mal : no acierta  
A comprender que en su clase  
Todo el mundo tiene puesta  
La mira ; y así cómo  
Gravísimas imprudencias.

Bon. Vaya, ¿ qué sucede?

Desid. Yo

Soy de Honoría compañera,  
Soy (puede decirse) hermana  
Suya, segun me contempla ;  
Y me desazona mucho  
Cuando hay aquí concurrencia  
O asistimos al alcázar,  
Oir tantas indirectas,  
Y aun tantas acusaciones  
Formales, con que se afea  
Que vivan en una casa  
Ella y Jimen, que no niegan  
Tenerse inclinacion. Esto  
Da lugar á mil sospechas,  
Injustas, pero que ofenden  
A su crédito.

Bon. ¡ Parítema!

Si dan en decir que yo  
No sé coger una tenca,  
Y traigo todos los dias  
Rebosando la chistera,  
¿ Qué importa? Pesque yo bien,  
Y hablen de mí lo que quieran.

Desid. Ellos están casi siempre  
En una sala ; en presencia  
De la familia hablan bajo ;  
Comen juntos, juntos cenan ;  
El sale poco, sin él  
No pisa las calles ella ;

Pero en todo esto no hay ápice  
De malicia : ligereza ,  
Imprevision , sí : es muy poco  
Previsora la inocencia.

*Bon.* Ya , ya : libre está que tú  
Imprevisiones cometas.  
¡ Pobre Honoria ! Lo que extraño  
Yo mucho es que andando en lenguas  
Su fama , la trate nadie.

*Desid.* Y aun en casa la festejan  
Los que fuera la murmuran.

*Bon.* ¿ Y á tí ?

*Desid.* ¿ A mí ? Nadie se acuerda  
De mí.

*Bon.* ¿ A que sí ?

*Desid.* ¿ No ves que otra  
 Toda la atencion se lleva ?

*Bon.* Entonces , ¿ por qué rehusas  
Mis amorosas ofertas ,  
Mujer ?

*Desid.* Te lo he dicho ya :  
No gusto de hombre que pesca.

*Bon.* El maloncito es  
El pez que se te indigesta.  
¡ Rencorosa !

*Desid.* ¡ Yo !

*Bon.* ¡ Envidiosa !

*Desid.* ¿ Yo envidia ? Pues á tenerla ,  
¿ Viviera yo aquí ?

*Bon.* (*Reflexionando.*) Es verdad...  
En parte : ajustemos cuentas.

Eres pobre , y sin embargo  
Me das calabazas ; dejas  
A doña Inés que te trata  
Como hija predilecta ,  
Y te vienes aquí , donde  
Eres casi una sirvienta.

¡ Huy , huy , huy ! no puede estar  
La maula mas descubierta.

*Desid.* ¡ Qué aprension... !

*Bon.* Siempre pecaste  
De ambiciosa y altanera.

*Desid.* ¡ Bonifaz !

*Bon.* Sí tal : si vives  
Con tu amiga...

*Desid.* Es por quererla.

*Bon.* Sí , por quererle quitar  
Su amante.

*Desid.* (*Con rabia.*) ¡ Infeliz !

*Bon.* ¿ Te quemas ?  
Otra señal.

*Desid.* Calla , calla ,  
Te digo.

*Bon.* Porque padezca  
Honoria el dolor de ver  
Que con toda su opulencia  
No puede quitarte el gusto  
De inspirarla zelos , fueras

Tú capaz de enamorarte  
De un forzado de galera ,  
De un judío , hasta del hijo  
De la hija de mi abuela.

*Desid.* Bonifaz , oye.

*Bon.* Soy sordo.

(*Yénd*

A Dios.

*Desid.* Ven.

*Bon.* No me detengas.

*Desid.* Dime...

*Bon.* Dime tú , si quieres

Que algun favor te agradezca ,  
Dónde tiene su posada  
Don Rui-Beltran de Valera.

*Desid.* Pues ¿ qué... ?

*Bon.* Le traigo unos p

*Desid.* ¿ De quién ?

*Bon.* No sé de quién

*Desid.* Te aconsejo...

¿ No respond

... Un de alguna reserva  
Para hablar con él.

*Bon.* ¿ Me dices

Dónde vive ?

*Desid.* Es que se arriesga...

*Bon.* ¡ Dale !

*Desid.* Se asegura...

*Bon.* ¡ Torna

*Desid.* Y es fácil que piensen...

*Bon.*

## ESCENA II.

### DESIDERIA.

Vaya bendito de Dios ;  
Pues no quiere que le advierta  
Que acusan á Rui-Beltran  
De seguir correspondencia  
Con el Infante , y espian  
A cuantos con él conversan.—  
¿ Pudiera hacer ese estúpido  
Con su informe , que resuelva  
Doña Inés mandar llevarme  
A Sepúlveda ? ¿ Partiera  
Yo ? Jamás , y eso que todo  
Aquí , todo me atormenta.—  
Persuadiré á Bonifaz.—  
Jimén y su prima llegan.

## ESCENA III.

### HONORIA , JIMEN , UNA CRIADA DESIDERIA.

*Hon.* Sí , sí : que con todo espacio  
(*A la cri*

bonifaz : me agradan  
 tas... cual me enfadan (*A Jimen.*)  
 onvento y palacio.  
*Desideria quita á Honoria el velo y  
 retira.*)  
 anta y á las monjas (*A Desideria.*)

l. ¿Y á la Reina ?

No :

Diego salió,  
 dio de mil lisonjas  
 á su alteza era  
 le recibirme ;  
 aría á decirme  
 , y su silla ó litera

Don Lope de Utiel

l. ¿Te recibió la Infanta

¿Pues no? si es una santa  
 doña Isabel :  
 al mozo y al viejo  
 d y discrecion.

l. Deja esa conversacion.

Se acabó, Jimen, la deajo.

l. Si otra de mas importancia  
 mprender...

l. Sí, de mucha.

l. Me voy : hablád sin escucha.

l. No, no salgais de la estancia.

l. ¿Les habrá dado materia  
 (*Aparte desviándose á un lado.*)  
 isto la visita ?

Jimen, ¿qué hay ?

l. (*En voz baja.*) Honoria, evita  
 ir con Desideria  
 quella indicacion  
 infanta.

Y yo ¿qué pierdo

lo sepa? Recuerdo

la expresion.

no teneis malicia,

rtaos de modo

no yo, el pueblo todo

os haga justicia. »

l. Pues tiene su fundamento

ncia tan enfática.

a luego ¿qué plática

s en el convento!

Estuvo la madre Cruz

s cansada que estila,

terna retahila

ios os preste su luz,

os de toda mengua

conocimiento,

s de un juramento

y una mala lengua. » —

Pero, señor, porque habito  
 Contigo, ¿pueden culparnos?  
 Habernos amado, amarnos,  
 ¿Es por ventura delito?

(*Desideria se retira.*)

Jimen. Y dime, ángel de candor,  
 ¿Piensas que el mundo comprende  
 Cómo á entrambos nos defiende  
 Nuestro amor del mismo amor?

A una pasion permitir  
 En nuestro pecho la entrada,  
 Y por una ley sagrada  
 Tenerla que reprimir,  
 Y hacer en bárbara guerra  
 Que el rebelde corazon

Arrojara la porcion

Que le prestaba la tierra,

¿Es tan fácil sacrificio,

Que posible se contemple

Por espíritus de temple

Medio entre virtud y vicio?

No : palma tan meritoria

La negarán suspicaces

Cuantos fueren incapaces

De imitar nuestra victoria.

Hon. ¿Qué importa si yo la via

Del bien impávida sigo,

Y tengo á Dios por testigo

Y á mi conciencia por guia?

No repitas el capitulo

De cargos que refuté

Al tiempo que recobré

Mi condicion y mi título.

Dijiste que á no habitar

Los dos casa diferente,

Iba en nuestra fama el diente

La murmuracion á hincar;

Y de modo asegurarme

De su garra pretendiste,

Que sin compasion quisiste

De tu presencia privarme.

Sin fruto, pues no hay poder

Con que al vulgo restringir

La libertad de mentir,

Ni el deleite de morder.

Desideria ó Garcillan

Nuestro afecto revelaron,

O mas bien lo publicaron

Nuestros ojos sin guardian;

Y así resistí y resisto

A tus ruegos sempiternos :

Cuanto perdamos de vernos,

Ha de dársenos por visto.

Dichosa yo en tal estado,

Seguir en él me propongo :

El honor tuyo, supongo

No será mas delicado.

Jimen. ¿Y es justo, siendo mentira,

Exponerme á ocasionar  
Que me puedan achacar  
Una interesada mira?

*Hon.* ¿Cuál?

*Jimén.* Pensarán que dependo  
De tí.

*Hon.* ¿Y bien?

*Jimén.* Que mi hospedaje  
Se parece á un pupilaje.  
En fin...

*Hon.* ¿Eso irán diciendo?  
Toléralo, aunque batalles  
Con tu honradísimo orgullo,  
Como sufro sin murmullo  
Que aquel secreto me calles.  
Y al fin, si tendrán razon.  
Sí tal: yo no lo recato:  
Por sujetarte, dilato  
Hacerte una donacion.  
Si yo te enriquezco, dejas  
De verme diariamente;  
Y aun veo, si habla la gente,  
Que de Segovia te alejas.  
La oferta testamentaria  
Que abandonó á mi querer  
Mi buen padre, es menester  
Que te sea necesaria.  
No lo es aún: ten paciencia,  
Si precisa la contemplo,  
Si te casas, por ejemplo,  
Cesará tu dependencia.

*Jimén.* ¡Yo casarme, Honoria! Arguyo

Que olvidas lo que juré.

Yo solo me casaré  
Por gusto y servicio tuyo.

*Hon.* Yo de tu promesa en pos,  
Yo en premio de ella, me obligo,  
Ya que no viva contigo,  
A guardarme para Dios;  
Y si violencias ó dolo  
No me hacen la vida amarga,  
Solo la codicio larga  
Para existir por tí solo.  
Imítame tú á despecho  
De necios ó maldicientes;  
Si de ellos herir te sientas,  
Huye y ven bajo este techo.  
Que por asilo seguro  
La paz doméstica eliges,  
Aquí la virtud erige  
Aras al afecto puro.  
Puro, sí; que destinadas,  
Jimén, nuestras almas fueron  
A unirse; y cuando se vieron,  
Una á otra desaladas  
Se vinieron á arrojar;  
Y al ceder su amor fogoso,  
La amistad forma el reposo.

En que han debido parar.  
Hay sobre el piso convexo  
Que forma el globo terrestre,  
Hay quien por obra demuestre  
Que no tiene el alma sexo.  
Y si al girar en sus gonces  
Por tí la puerta del ser  
Nacieras cual yo mujer,  
Lo mismo te amara entonces.  
Así mi pecho se ufana  
De sentirse palpitante  
Con la viveza de amante,  
Con la blandura de hermana.

*Jimén.* Basta ya, luz de los ojos  
Que en tí se ceban sedientos:  
Tú elevas mis pensamientos,  
Cobardes antes y flojos.  
Ceda el pundonor mundano  
A virtud mas eminente:  
Cuando contemplo tu frente,  
Cuando te estrecho esta mano, (*Básate*)  
¿Cómo entrar en tu mansion,  
Cómo llegar á mi oido  
Pudiera el sordo zumbido  
De la voz de la opinion?  
En tal bienaventuranza,  
En este goce inefable,  
Si el corazon insaciable  
Algo á pretender alcanza,  
Seria mi único anhelo,  
Por no ver mi bien cesar,  
Morir en él para entrar  
Desde un cielo en otro cielo.

#### ESCENA IV.

DESIDERIA, HONORIA, JIMEN

*Desid.* Perdonad la distraccion  
Que á causaros he venido.  
Don Lope Utiel me ha pedido (*A J*)  
Que os diga si la atencion  
Tendreis de oírle un instante.

*Jimén.* ¿Don Lope?

*Hon.* Vó con presteza  
Quizá le envia su alteza.

*Desid.* Con recado terminante  
De la Reina viene.

*Jimén.* Acudo  
A saber qué se nos manda.

*Hon.* Si, no te detengas, anda.  
(*Vase Jim*)

ESCENA V.

DESIDERIA, HONORIA.

(Va anocheciendo.)

Semblante menos ceñudo  
to ya. ¿Se disipa  
ad que trajiste?  
Cualquiera pesar de un triste  
si se participa...  
Con un primo : ya.

Un asunto

e consultar  
nos por tocar.  
Sí, nunca salís de un punto.  
Se trata de la persona  
ser abadesa  
gnar en esa  
n, como patrona.  
las monjas conoces  
pues las has tratado,  
eras al prelado  
re Ana Quincoces?  
Para gobernar se pinta  
cargo interino;  
go, yo me inclino  
ccion muy distinta.  
na comunidad  
siempre se cuenta  
nija, amiga, ó parienta  
a dignidad:  
rá en Segovia  
pósito alguna  
porque la fortuna  
yó de novia,  
ue á las repetidas  
Señor atienda  
/ ser pretenda  
e escogidas,  
e buena gana  
lacia el velo,  
ará mas celo  
una pobre anciana.  
hermosura  
amar con ardor  
al Criador  
la criatura,  
en si juntar,  
uedo entender,  
be para hacer  
da ejemplar.  
o mismo digo; y no es cosa  
ue me la roben,  
alguna jóven  
religiosa.  
lal vez.

¿Quién es?

Por las señas,

A quién aludo verás.

Hon. Di el nombre.

Desid. Tú lo dirás.

Hon. Señala, ya que te empeñas.

Desid. Es una que goza el don  
De una extrema candidez,  
Y á la moral rigidez  
Debe una satisfaccion.

Hon. ¿Una muchacha?

Desid. Pues : una

Que, por esa tiranía  
Del qué dirán, debería  
Acordarse de su cuna.

Hon. Ya.

Desid. Pues ; una que al abrir  
Los ojos, verá espantada  
Que está de escollos cercada  
De que no puede salir ;  
Que al mar que la asalta rudo  
Soltó ella el sople del austro ;  
Que solo la salva un claustro ;  
Que... ¿Sabes á quién aludo?

Hon. Amiga, el runfo perdí  
En la borrasca alegórica.  
Declarame sin retórica  
Si tratas quizá de tí.

Desid. ¿De mí? Llevo una leccion  
Que en verdad no la esperaba ;  
Creí que te retrataba  
A tí, faccion por faccion.

Hon. ¿Quién me impone á mí  
De entrar en un monasterio ?  
¿Por qué culpa? Esto es ya serio.

Desid. ¿Por qué has llegado á entender  
Tú que yo lo necesite?

Hon. Perdona mi arranque arisco :  
Fué...

Desid. Ser de origen morisco  
No es óbice que me quite  
Amar á cualquier cristiano ;  
Y á ser de él correspondida,  
No hay parentesco que impida  
Que pueda darle la mano.

Hon. Deja ese entrecejo torvo,  
Mujer ; que harás muticiar  
Que ya principiaste á amar,  
Y yo te sirvo de ejemplo.

Desid. ¿Estas? ¿De dónde infieres?...

ESCENA VI.

BONIFAZ, DICHAS.

Bon. El santo de los cobardes  
Me socorra. — Buenas tardes,  
O buenos anocheceres.

Hon. ¡Bonifaz! ¡tú aquí!

Bon. Yo mismo.



Del alcázar vengo, y traigo  
Tal prisa, que á un tris me caigo,  
Y en las gradas me descrismo.  
Salvadme.

*Hon.* ¿Qué te alborota,  
Buen Bonifaz? Yo te ofrezco...

*Bon.* ¡Yo bueno! ¡yo que merezco  
Estar en una picota!

*Hon.* ¿Tú?

*Bon.* Yo: un hombre de pericia  
Me acaba de hacer patente  
Que soy un gran delincuente,  
Sin tener de ello noticia;  
Y que si al buscarme un juez,  
Tú (digo, vos), vos... me fallas,  
Colearé de las agallas  
En el aire como el pez.

*Hon.* ¿Qué ocurre?

*Bon.* ¿Qué ha de ocurrir?  
Que por ser yo tan babieca,  
Tomé de Gil Raspaseca  
Unos pliegos al venir,  
Los que me rogó el truhan  
Que entregara en propia mano  
A un señoron segoviano  
Que llaman don Rui-Beltran.

*Desid.* El secuaz de don Alonso.

*Hon.* Hombre temible.

*Bon.* Por cuyo  
Temor, á un agente suyo  
Pueden cantarle un responso.

*Desid.* A mas de uno han castigado  
Ya.

*Hon.* Si Rui-Beltran no aboga  
Por ellos...

*Bon.* Siempre la sogá  
Quiembra por lo mas delgado. —  
Yo, ajeno de todo, busco  
A mi hombre: había salido,  
Al alcázar dirigido:  
Voy al alcázar; me ofusco  
Entre tanto personaje,  
Y digo á cuantos encuentro:  
« Don Rui-Beltran ¿está dentro?  
Porque le traigo un mensaje. »  
Unos, como con enojo,  
Miran, bufan y se largan;  
Otros, como que me encargan  
Silencio, guiñando el ojo.  
Hallo por fin en efecto

Al don Rui tan deseado:  
Nos apartamos á un lado;  
Me habla al pronto circunspecto;  
Pero apenas en la sarta  
De preguntas que dirige,  
Respondo que á todos dije  
Que le traía la carta,  
Huy! fué tal su indignacion,

Que á ser menos diligente  
Yo, me deja sin un diente  
Allí de un sornaviron.  
Y vi entonces, al compás  
De sus ternos escapando,  
Que era del contrario bando  
Ese hombre de Barrabás;  
Que he sido sin advertirlo  
Traidor á la real corona,  
Y que el don Rui me abandona  
Porque canté como un mirlo. —  
Condesa de Valabril,  
A quien sin querer tuteo,  
Guárdame de un lance feo  
En cualquier chiribitil;  
Que si en dos riesgos me quiso  
Poner mi bachillería,  
Antes con ella te había  
Salvado de un compromiso.

*Hon.* Gracias: de cualquiera suerte,  
Te tuviera y tendré oculto.

*Bon.* Y perdóname el insulto  
Del tú.

*Desid.* ¿Qué ha de agradecerte  
Honoría?

*Bon.* Mientras andaba  
Dando en el alcázar vueltas,  
Por unas palabras sueltas  
Que oí, vi que se trataba  
De tí.

*Hon.* ¿De mí?

*Bon.* En un corrillo  
De unos cuantos mozalbetes.

*Desid.* ¿Qué decían?

*Bon.* (A Honoría.) ¿Me prometes  
No enfadarte?

*Hon.* Sé sencillo:  
Dinos...

*Bon.* Es que tal maldad  
No le ocurre á Belcebú.

*Desid.* ¿Y es?

*Bon.* Que dais Jimen y tú  
Escándalo en la ciudad.

*Hon.* ¡Escándalo!

*Desid.* ¿Dicen eso?

*Bon.* Angelitos patizambos  
Les mueven la lengua. — Que ambos  
Vivais aquí ¿es un exceso?

*Hon.* ¿Luego hasta con ignominia  
Nos tratan ya?

*Bon.* « Les agravia  
Quien piensa mal, » dije: « rabia  
Es todo, y no mas, *inquinia*.  
Que al heredar ella el feudo  
Se amaban... ¡Valiente oprobio!  
Se quisieron á lo novio,  
Y se quieren á lo deudo. —  
Que algo hay en casa que tire

pues nunca sale. —  
 ía, ¿no vale  
 le que la mire? »  
 ¿Eso has dicho?  
 Inspiracion  
 íe: ¿verdad?  
 ¡Qué flujo  
 r!  
 Pues mira, produjo  
 insinuacion.  
 ¿Efecto?  
 Y de magnitud.  
 Fuiste sobrado atrevido  
 ...  
 Pero he fingido  
 similitud.  
 ¿Permite que te recuerde...  
 Te he dicho... [sas?  
 A Honoria.) ¿Tambien me aco-  
 seas melindrosas;  
 , y esta no pierde.  
 ¿Y mi crédito? Un embuste  
 ¿acérmelo arriesgar?  
 ¿Vamos, que lo regular

Qué?  
 Que Jimen le guste.  
 ¿A mí?  
 ¿A Desideria?  
 Puedo  
 ne; pero el trato,  
 Eres un mentecato.  
 Quizá.  
 Un idlota.  
 Concedo.  
 . Un hablador.  
 No te azores,  
 si hay error,  
 de lo interior  
 les exteriores.  
 .. ó decidme vos, (A Honoria.)  
 : la verdad pura y tersa. —  
 ia novia ¿conversa  
 in á gusto?  
 . A Dios.  
 eparar un cuarto  
 se necio se esconda.  
 Espérate á que responda.  
 (Deteniendo á Desideria.)  
 . Apártate.  
 No me aparto.  
 o es justo se cavile,  
 con relumbrones  
 , que habrá razones  
 e se emperejile?  
 . Honoria me está mandando  
 : que me aderece.

Hon. ¡Oh! y en eso se obedece  
 Puntualmente lo que mando.  
 Bon. Mas : es de tal calidad  
 La amiguita (y no se enoje)  
 Que es fácil que se le antoje  
 Bien de ajena propiedad.  
 Desid. ¡Que oigas á un loco villano...!  
 Bon. Mas : ella debe atender  
 A si, pues tú no has de ser  
 El perro del hortelano.  
 Hon. Luego...  
 Bon. Mas : (y de los mases  
 Aquí va el de mas valor)  
 Ganará mucho tu honor  
 En que con Jimen la cases.  
 Hon. ¿Casarla!  
 Bon. Porque se evite  
 La comun vocingleria.  
 A las dos os convenia;  
 Con que... ¿Cuál es mi escondite?  
 Hon. ¿Lleva eso alguna vislumbre  
 (Asiendo de la mano á Desideria, y  
 apartándose con ella á un lado.)  
 De verdad? Habla sincera.  
 Responde.  
 Desid. Para tí, ¿fuera  
 Una grande pesadumbre?  
 Hon. Fuera tan duro tormento,  
 Fuera tan cruda agonía,  
 Que no la resistiria.  
 Desid. Pues, mujer, mucho lo siento.  
 Hon. ¿Le amas?  
 Desid. Oye con templanza.  
 Iba á decir que no sé  
 Qué prueba te ofreceré  
 Que me sirva de fianza.  
 Para que quedes en paz,  
 ¿Qué se te ocurre mandarme?  
 Hon. Casar con otro.  
 Desid. ¿Casarme!  
 Cuando tú.—Ven, Bonifaz. (Vanse los dos.)

ESCENA VII.

HONORIA.

Le ama.— ¡Y yo no lo advertia!  
 No, que en mi dulce bonanza  
 Me cegó la confianza,  
 Y confié en demasia.  
 ¡Le ama! — Es una alevosia.  
 Me debe ella respetar;  
 Debe, pues yo del altar  
 No espero la bendicion,  
 Dejarme por compasion  
 Libre de zelos amar.  
 Pero el interés villano  
 Me responderá soberbio



Con ese vulgar proverbio  
Del perro del hortelano.  
Mio es Jimen : si su mano  
Me deniega la fortuna,  
Basta que amor nos reuna :  
Yo su promesa admiti :  
Su corazon para mí,  
Su mano para ninguna.  
¿Para ninguna? ¿Podrá  
Jimen cumplir lo jurado?  
Hasta ahora no he dudado :  
¿Por qué, pues, recelo ya? —  
Otra le ama : lo sabrá,  
Querrá agradecido ser,  
Él es hombre, ella mujer,  
Yo prima... ¡Ay Dios! me estoy viendo  
Sufrir el martirio horrendo  
De envidiar y aborrecer. —  
¿Qué procedimiento es ese?  
¿Manda eso la amistad? ¿mándalo.  
El honor? — Ya : doy escándalo ;  
Mi amiga quiere que cese.  
Pues cuidado no le pese  
La caridad. — ¡Oh! no tal :  
Jimen ha de ser leal ;  
Yo lo conozco por mí.  
No la querrá, no ; y así  
¿Qué me importa una rival?  
Mas ¿y el empeño cruel  
Con que en mí cebarse anhela  
Esa voraz sanguijuela  
Pegada siempre á mi piel?  
Nada : yo le haré un papel  
De una donacion : reciba  
De mí esta merced, y viva  
Donde nada menos eche,  
Ni á mí ni á Jimen acoche,  
Ni sepa de él, ni le escriba.

## ESCENA VIII.

JIMEN, DON LOPE; DOS PAJES, QUE  
SAGAN LUCES; HONORIA.

*Lope.* Esto hay.

(*Aparte á Jimen al salir.*)

*Jimen.* Era natural. —

Honoria, por tí don Lope

Viene.

*Hon.* Enhorabuena sea.

*Lope.* Condesa, quiere esta noche

Veros la Reina, y me manda

Que os acompañe en su nombre,

Teneis su litera pronta.

*Hon.* Agradezco sus favores.

*Jimen.* ¡Hola!

(*Llamando.*)

*Hon.* ¿Solo vos me habeis

De acompañar?

*Lope.* Se supone  
Que irá con vos una dueña.

*Hon.* ¿Y nadie mas?

*Lope.* Mil perdones.  
Esa pregunta... (*Habla aparte á Honoria.*)

## ESCENA IX.

DESIDERIA, UNA CRIADA, HONORIA,  
JIMEN, DON LOPE.

*Desid.* ¿Quién llama?

*Jimen.* La Condesa se dispone  
(*A Desideria y á la criada ó dueña.*)  
A salir.

*Hon.* (*A don Lope.*) Hablad.

*Lope.* Señora,

Vuestro primo se conoce  
Que se olvida de informaros  
De los usos de la corte.

*Hon.* Soy yo quien no los aprende,  
No obstante que se me informe.

*Lope.* No haceis bien. Mirad : la Reina  
Se negó á veros...

*Hon.* ¿Negóse,  
Decís!

*Lope.* Se negó, repito,  
Porque iba con vos entonces  
Don Jimen.

*Hon.* ¿Qué me anunciáis?

*Lope.* Y extraño en verdad que ignore  
Que no pareceis bien juntos  
En todas las ocasiones.

*Hon.* Él antes me lo previno,  
Y yo...

*Lope.* Debeis ser mas dócil.  
Esto por mi boca os dice

La Reina, y cumplo sus órdenes. [*afrenta!*]

*Hon.* ¡La Reina! (*Aparte.*) ¡Otra nueva

*Lope.* Oid las insinuaciones

De Jimen en adelante,

Y ahora vamos.

*Hon.* Disponte

Para acompañarme tú, (*A Desideria.*)

Si gustas.

*Desid.* ¿Yo? Unas labores  
Quería concluir.

*Hon.* ¡Ah!

(*Aparte.*) ¿Se quedará por él? Oye,  
Jimén; veo que te debo

(*Hablan aparte los dos.*)

Mil sacrificios enormes,  
Porque me has cumplido mil  
Antojos que eran errores :  
Haz el último.

*Jimen.* ¿Y es?

*Hon.* Haz

Que á Sepúlveda se torne

Desideria :  
 ¿ada de dones

n. Pero...

A tí y á mi  
 porta.—A Dios, señores.  
 : una seña á la criada, y se va  
 don Lope y con ella.)

ESCENA X.

DESIDERIA, JIMÉN.

n. (*Aparte.*) ¡Despedir á esta mu-  
 en empeño me pone! [Jer]  
 l. ¿Se ofrece algo que decirme  
 e de vuestra noble

n. Eh...

l. Sí habrá, sí, pues hemos  
 contestacionea.

n. ¿Se puede saber la causa?

l. Era de interés muy pobre :  
 de mí.

n. Pues era  
 le los mayores.

l. ¿ha sido la cuestion?

l. Porque Honoria se propone  
 estado, y yo le digo

n. ¿Qué?

l. Que no se incomode :  
 el ejemplo vuestro ;  
 ntras no se despose  
 mientras no caséis  
 quiero velaciones.

n. Bien dicho. Ella ¿manda en vos?  
 ue se os antoje  
 olver á Sepúlveda. [*torbe.*]

l. Cierto, no hay quien me lo es-  
 n. Y en verdad, aquí debéis  
 artos sinsabores.

l. Mas que pensáis.

n. Ver á Honoria  
 de adoraciones

l. Astro de luces menores,  
 ezo á su vista.

n. Allá en Sepúlveda...

l. Dóblese

n. : todo menos  
 pisar terrones.  
 de los amigos,  
 ausas que desazonen,  
 de consuelo.

n. ¿Acaso

n Segovia amores?  
 l. Hay mil obstáculos. ¿Quién

Ha de querer á una jóven  
 De sangre infiel?

Jimén. Buena sangre  
 Tiene quien tiene buen porte.

Desid. La falta de hacienda...

Jimén. Honoria

Va á daros un rico dote.

Desid. ¡Oiga! ¿Sí?

Jimén. Lo ha prometido :  
 Lo sé.

Desid. Dios la galardone.

Es un gran favor.

Jimén. Que debe  
 pagarse.

Desid. Estoy tan conforme,

Que ya tal vez lo he pagado  
 Con mas que le corresponde.

Jimén. ¿Con qué?

Desid. Con un sacrificio  
 De aquellos de primer órden.

Jimén. ¿Cuál es?

Desid. Callar un secreto :  
 Seguir vuestras intenciones.

Jimén. ¿Un secreto?

Desid. Vuestro.

Jimén. ¿Mío?

Desid. Ya os asoman los colores.

No hay por qué; no puede haber  
 Un rasgo que mas os honre.

Jimén. ¿Qué queréis decir?

Desid. Que oí

Lo que con un sacerdote  
 Y un escribano en Aranda  
 Tratásteis el diez ó el onca  
 Del mes pasado.

Jimén. ¿Es posible?

¡Desideria! ¿mis acciones  
 Andais espiando

Desid. Pché :

Soy mujer : esto me abone  
 O disculpe el ser curiosa.

Jimén. ¡Por Dios, que...!

Desid. Habláts á vo-

Y se leyó tantas veces  
 Aquella carta del Conde,  
 Que pude tomar la pluma,  
 Y, con mil interrupciones  
 Y enmiendas, copiar lo escrito.

Jimén. ¿Copiarlo?

Desid. Ya se supone

Que de malísima letra :  
 La mia. A ver si está acorde,

(*Saca un papel.*)

Jimén. ¡Cielos!

Desid. (*Lee.*) «Hija mia, firmado ya mi  
 testamento, con arreglo á la generosidad  
 de Jimén, te dirijo esta carta para que sepas  
 que voy á morir en medio de una cruel in-

certidumbre. Si tu madre fué esposa leal, yo he sido injusto contigo separándote de mi lado; si fué culpable, no deberías tú heredar ni transmitir mi nombre. No pretendo forzar tu voluntad; pero si quieres cumplir el último deseo de un anciano pandonoso, renuncia á la grandeza de tu estado, sé religiosa.»

¿Dice así?

*Jimen.* Así dice.

*Desid.* Me alegro. Este papelote  
Ya, para que no digais  
Que merece se le corte  
La mano á toda mujer  
Que sabe escribir... se rompe.

(*Rasga el papel.*)

*Jimen.* Gracias, Desideria.

*Desid.* Amigo,

Vos me dais tales lecciones  
De nobleza, que obligais  
A que hasta en ella se os copie.  
Digo: ¡perdeis un condado  
Por no privaros del goce  
De ver á Honoria! Es sublime  
Heroísmo... con un toque  
De simplicidad.

*Jimen.* Señora,  
Basta.

*Desid.* Pero aunque os elogio  
Como caballero, como  
Cristiano temo os acose  
Algun escrúpulo.

*Jimen.* A mí...

*Desid.* Lo que *in articulo mortis*  
Ruega un padre, ciertamente  
Que lleva carácter de orden.

*Jimen.* No tanto, no.

*Desid.* Confesad

Que al dictar esos renglones  
El moribundo, dijisteis  
Vos para vuestro capote:  
« Cuando los lea la hija,  
Se hace religiosa al golpe,  
Y heredo el vínculo, aunque ella  
Todo lo libre se apropie. »  
Resulta hija la misma  
Que amábais para consorte:  
¡Aquí el apuro!

*Jimen.* Si á Honoria  
Muestro el papel...

*Desid.* Acabóse  
Para ella la paz: la lucha  
Entre sus obligaciones  
Y su amor, fuera cruel,  
Cierto. Acaso los fervores  
Amorosos de uno y otro  
Con el tiempo se aminoren:  
*Entonces será ocasión*

De dar la carta y de que oire,  
Mientras tanto haceis muy bien  
En rogar á vuestros cómplices  
Que callen, y callar vos. —  
Con oro y buenas razones  
Ganásteis notario y clérigo:  
Don Jimen, ¿de qué resorte  
Os valdreis para evitar  
Que mi lengua se desboque?

*Jimen.* Amiga de Honoria sois,  
Y no ignorareis que corren  
Acerea de ella y de mí  
Bien injuriosos rumores:  
Divulgada esa noticia,  
Ya veis que fueran atroces  
Las sospechas: no querreis  
Que viles suposiciones  
La infamen. Vos sois testigo...

*Desid.* De que sois acreedores  
Entrambos á que por mártires  
Del fino amor se os corone.  
Por mártir yo del silencio,  
¿Puedo imponer condiciones?

*Jimen.* Decid.

*Desid.* Si Honoria se empeña  
En que de aquí desaloje,  
Prometedme interceder  
Para que el fallo revoque.

*Jimen.* Lo prometo. ¿Exigis mas?

*Desid.* ¡Oh! las consideraciones  
Que á la que guarda un secreto  
Se deben, se presuponen.  
Jimen me protegerá  
Cuando yo su auxilio implore,  
Jimen, cuando yo y Honoria  
Tengamos nuestras cuestiones,  
Pondráse de parte mia  
(Si es razon que se coloque),  
Y abrazará algun consejo  
Mio, que á su bien importe.

*Jimen.* ¿Quereis que sea un esclavo  
Temeroso del azote?

*Desid.* Quiero que Jimen su honor  
Y su libertad recobre.

*Jimen.* ¿Su honor?

*Desid.* Que sus compañeros  
Y amigos no le abochornen.

*Jimen.* ¡Cómo!

*Desid.* Que no se le llame  
Entre viejos y entre jóvenes  
El galan pupilo, el digno  
Modelo de segundones,  
El penitente de amor,  
Y qué sé yo cuántos motes.  
*Jimen.* Desideria, si sabéis  
Tanto, sabreis que mi estoque  
Ha dejado escarmentados  
Tambien á los mofadores.

Pero con las mofadoras  
ode.

Que se mofen.

Todos callan si hacéis caso  
monestaciones.

No cuideis tanto de mi,  
nos á la postre.

¿Reñir? ¡Ingrato! Mas no;

razon es noble;

que me agradezcals

disposiciones,

de proseguir

por ellas logre

ais libre, estimado

feliz... y Conde.

¡Conde! ¿Y Honoria? ¿Y mi

Dejaos de exclamaciones.

¡Oh! yo me propongo hacérosalas

Vos, Jimen, sois hombre:

o el hombre proponga,

mujer disponen. *(Vase.)*

ESCENA XI.

JIMEN.

esto? ¿es amistad, amor ó envidia?

¿sé, ni descubrirlo intento:

pado mi secreto siento;

ruto Desideria lidia.

uanto me cerca, todo insidia

o que en sí vive contento;

la lo empaña con su aliento;

le prepara la perfidia.

or qué justa ley tiene proscrito

o nuestro amor, y la mudanza

ne por deber á voz en grito?

cuyo saber todo lo alcanza,

en duda igual, di si es delito

ina mujer sin esperanza.

ACTO TERCERO.

n de Jimen en casa de Honoria. En  
o la puerta de entrada; á la derecha  
ectador la puerta de un dormitorio,  
arriba una mesa ó bufete; á la iz-  
a un balcon, y un biombo formando  
saliente entre el balcon y la puerta de  
l. El techo, todo de madera, compar-  
casetones ó cuadros, uno de los cuales  
entanillo, cerrado con una portezuela.  
oche y la pieza está á oscuras.

ESCENA PRIMERA.

HONORIA, QUE SALE EN TRAJE DE RECOGERSE,  
CON UNA LUZ EN LA MANO, Y PISANDO CON  
SIGILO; DESPUES JIMEN.

Hon. No me engañe; descansaré sin duda;  
Cerrado tiene ya su dormitorio.

Sí: mañana Jimen verá el escrito

Que con furtiva mano aquí depongo.

Tiempo es ya por mí mal de que se cumpla

La voluntad de un padre.

*(Va á dejar el papel en una mesa y se  
detiene al sentir á Jimen.)*

Jimen. Pasos oigo.

*(Asomándose á la puerta de su alcoba,  
y saltando al conocer á Honoria.)*

¿Quién es?—¡Honoria!

Hon. ¡Ay Dios!

*(Llena de turbacion, trata de ocultar  
el papel y se le cae al suelo.)*

Jimen. En estas horas

Que te llaman al plácido reposo,

¿A qué vienes aquí? ¿Qué pliego es ese

Que tratas de ocultar? Cayó. ¿Lo tomé?

Hon. Para tí lo escribí. Si has de leerlo,  
No en mi presencia. A Dios.

Jimen. ¡Idolo hermoso!

*(Viendo el papel y deteniéndolo.)*

Detente, que ya entiendo... sí, ya he visto

Lo que has trazado en él. No me sonrjo

De admitir este don: al hombre nunca

Cubrirle debe de vergüenza el rostro.

Una merced de amor.

Hon. Eres ya rico;

Satisfechos, Jimen, dejo tus votos.

Hoy por última vez morada tuya

Este asilo será tan venturoso:

Quiérello así la Reina, así me dice

Que lo manda mi honor y mi decoro.

Jimen. ¿La Reina?

Hon. Una region desconocida,

Un mundo que contemplo con asombro,

Me descubrió su voz: en ese mundo,

Contra el cual combatir es peligroso,

Consiste la virtud en la cautela,

Y es delito la falta de rebozo,

La ingenuidad inútil ó nociva,

La verdad nada, la apariencia todo.

Callado nuestro amor, licito fuera;

Reos de haberle descubierto somos;

Y es fuerza para amarnos todavía

Que uno haya de vivir distante de otro.

Jimen. Modera tu pesar, dueño querido:

No porque nos separen queda roto

El tierno lazo que nos une. El mundo

Que reclama un esfuerzo tan penoso,

Harta razon para exigirlo tiene;



La voz de la experiencia habla en su abono.  
 ¿Qué hallarás en Castilla si diriges  
 Una mirada perspicaz en torno?  
 Raudal de corrupcion pujante brota  
 Bajo las gradas del augusto sollo,  
 Que las chozas y alcázares inunda,  
 Y aun salpica el altar de cieno hediondo.  
 Cuando del regio tálamo los velos  
 Arrastra la malicia por el lodo,  
 ¿Cómo cabe esperar que se establezca  
 Privilegio especial para nosotros?  
 No quiso el cielo que visible al hombre  
 Pudiera ser del corazon el fondo;  
 Y erran los que tan mal juzgan del nuestro;  
 Pero es error que se repite poco.

*Hon.* ¡Ojalá que á mi vista fuera dado  
 Penetrar en tu pecho misterioso!  
 Comprenderia entonces cómo puedes  
 Un lenguaje emplear declamatorio  
 Cuando me dejas ¡ay!, cuando obedeces  
 Un precepto tiránico y odioso,  
 Que arrancar á tu labio debería  
 No mas que acentos de dolor y enojo.  
 Tú no sabes amar cual yo te amo.

*Jimén.* ¿Qué hablas de mas amor? ¿qué  
 de abandono?

Me verás en tu calle cada día  
 Regir ufano mi alazan fogoso:  
 En la corte, en la iglesia, en tu sarao  
 Me encontrarás tambien: siempre que el  
 soplo

De la calumnia emponzoñar no pueda  
 La expresion de la fe con que te adoro,  
 Mira en tu alrededor; no estará lejos  
 De tí Jimén, en tu beldad absorto.  
 Caballero nací, viví soldado,  
 Y al númen del honor la frente doblo:  
 De una separacion que la honra libra  
 Y deja á mí querer su casto logro,  
 No me puedo quejar. Tú que lanzada  
 Del paternal alcázar ostentoso,  
 Flor solitaria, cándida creciste  
 Bajo las ramas de la vid y el pobo;  
 Tú cuyo espejo allí desde la cuna  
 Fué la virtud, la sencillez tu adorno,  
 Aunque ames tanto como yo, no debes,  
 Ni pudieras amar del mismo modo.  
 Sin miedo tú del qué dirán te ries,  
 Tranquila con el noble testimonio  
 Que la conciencia da; yo no, bien mío;  
 Para mí la opinion es un tesoro  
 Cuyo valor á inestimable suben  
 Pérdida fácil y difícil cobro.

*Hon.* Tú mas noble serás, yo mas amante,  
 Y es el único timbre que ambiciono.

*Jimén.* Dividirlo conmigo necesitas;  
 De merecerlo bien me vanaglorio.  
 Yo de cada capricho de los tuyos,

(Perdon te pido porque así los nombro),  
 De cada inocentísimo deseo  
 Para la fama tuya pernicioso,  
 Yo el inmediato efecto presentia;  
 Yo lo pronosticaba, y en mi apoyo,  
 Del amor á las artes acudiendo,  
 Luchar queria contra tí brioso.  
 ¡Ay! en vano: á un acento, á una mirada  
 Mi razon ofrecia por despojo  
 Las armas á tus piés, y el caballero  
 En ciego amante se trocaba solo.  
 Por fin, al culto fiel de tu hermosura  
 Me puedo consagrar con desahogo:  
 Un muro entre los dos alce el respeto,  
 Y por la inmensa redondez del globo  
 Vuele despues la fama del cariño  
 Que obsequios mil difundirán famoso.  
 De tus colores sacaré libreas,  
 Entallado tu nombre en letras de oro  
 Mi escudo lucirá, y en un torneo  
 Adonde acudan de pais remoto  
 Cien guerreros de prez, el brazo mío  
 Siempre por tí lidiando victorioso,  
 A todo paladin que lid me ofrezca  
 Le hará rodar por el menudo polvo,  
 Si de virtud y de beldad la palma  
 Niega á tu corazon, niega á tus ojos.  
 Pide mi vida, mi ventura pide;  
 Si importan á tu honor, te las inmolo.

*Hon.* Quietud y oscuridad es lo que quiero,  
 No servicios brillantes y ruidosos:  
 Aldeana primero que señora,  
 Con el retiro y el silencio gozo;  
 Y si alguna merced por despedida  
 Pretendiera de tí, de precio corto  
 Fuera no mas.

*Jimén.* ¡Oh! dila.

*Hon.* Desideria  
 Ya no me inspira ni temor ni encono.  
 Aunque te ame...

*Jimén.* ¿Tú crees...?

*Hon.* Nada importa.  
 De mi primer impulso me abochorno.  
 Ruines los zelos son; si yo los teno,  
 Nobles los he de hacer y generosos. <sup>[día.</sup>

*Jimén.* No cabe amor en Desideria, envi-  
 Tan solo sentirá.

*Hon.* Yo lo supongo:  
 Envidió á los principios mi atavío,  
 Mi fortuna despues: más ambicioso  
 Luego su corazon, que solamente  
 Creo que se deleita con el robo,  
 Por envidia es quizá de que me ames,  
 Capaz de amarte con ahinco loco.  
 Sea: lícito le es, ¡por mí desgracia  
 Mas lícito que á mí! No me alborotó  
 Ya por su inclinacion; conmigo viva.  
 El obsequio, Jimén, satisfactorio

... para mí que un sacrificio  
ver y ejecutar costoso,

... ¿Cuál?

Que revelar quisieras  
creto por el cual malogro  
son mil súplicas.

... ; Honoria!  
; Estréchame la mano cariñoso!  
el labio, suspirando, en ella!  
... ti consigo, lo conozco. [verme.  
... Sí : cuando puedas renunciar á  
bañe tus párpados el lloro,  
abra el tiempo con su dura diestra  
ante y la mía surcos hondos,  
o creas que Jimen ha sido  
... tu fe, vil, codicioso,  
... illero, te lo juro, entonces  
to diré que tanto escondo.  
; Ah! nunca lo sabré.

... Sera entre tanto  
en tempestad cayó en un golfo,  
... sean adentro blandamente la  
... ta del fondo.)

ESCENA II.

BONIFAZ, HONORIA, JIMEN.

Don Jimen.

(Desde dentro á media voz.)

... Que no te vean  
estas horas : retírate.  
Detrás del biombo... (Se oculta.)  
(Entreabriendo la puerta.) Señor  
in.

... ¿Qué hay que motive  
nada?  
(Saliendo.) ¿Qué hay? Hay  
o atroz. Me persiguen.  
... ¿Cómo lo sabes?

Arriba  
ngo mi escondite,  
tragaluz; por él  
lo menos quince  
de una traza  
aza de alguaciles);  
n la casa, y temo  
á quien se dirigen.  
... ¿Has visto bien?

(Oyense aldabazos dentro.)

A la puerta  
Válgame la Virgen!  
... Escuchemos quien se anuncia.  
(Llégase al balcón.)

Garcillan.  
Lo dije :  
lento al canto.

Jimen. Sube

Al cuarto de que saliste :  
No es fácil que allí te encuentren.

Bon. Yo no lo creí difícil,  
Y quería por lo mismo  
A campo raso escurrirme.

Jimen. Pasa entonces por mi alcoba.  
(Llegándose con él á la puerta del dor-  
mitorio, y señalándole lo interior.)

Ven, mira : en ese tabique  
De enfrente hay puerta ; la cierras  
Por el lado opuesto...

Bon. Y firme.

Jimen. Tiene un cerrojo por dentro  
Y otro por de fuera : sigues  
El corredor, y hallarás  
La bajada á los jardines.  
Con esta llave un postigo

(La saca de un cajón.)

Abres ; y si no percibes  
Ruido ni gente, sal.

Bon. ¡ Bravo!

Hágame Dios invisible  
Por las calles ; que en el muro  
Ya sé por dónde me tire  
Sin peligro,

Jimen. Para darte  
Tiempo, si acaso nos piden  
Tu persona, haré que el juez  
Toda la casa examine,  
Llevándole muy despacio. —  
Vete pues, y no vaciles.  
Deja al paso este papel

(Dándole el que trajo Honoria.)

Ahí.

Bon. San Pedro me libre,  
Que fué pescador.  
(Entra en la alcoba, y Honoria se asoma  
desde el biombo.)

Hon. ¿Qué ha sido  
Eso?

Jimen. ¡ Qué ! ¿ no nos oíste ?

Hon. No.

Jimen. Que Bonifaz recela  
Que la justicia le espíe.

ESCENA III.

DESIDERIA, JIMEN ; HONORIA, OCULTA.

Desid. (Dentro.) ; Jimen !

Jimen ; Desideria !

(Al oír la voz de Desideria, Honoria  
vuelve á esconderse.)

Desid. (Saliendo.) El juez

Garcillan está aquí, y dice  
Que desea hablar con vos  
Un momento, si es posible.



*Jimén.* ¿Conmigo á estas horas?  
*Desid.* Viene  
 Sin apariencias hostiles;  
 Quiero decir, sin la ronda. [litre  
*Jimén.* ¿Sin ronda? (*Aparte.* El otro he-  
 visiones, de miedo, vió.)  
 Sepamos, pues, con qué fines  
 Me busca.— Pasad.  
*Desid.* Me quedo.  
*Jimén.* ¿Aquí?  
*Desid.* Si se me permite.  
*Jimén.* ¿Para qué?  
*Desid.* Para esperaros,  
 Para saber el origen  
 De esta venida nocturna  
 Cuando volvais.  
*Jimén.* (*Aparte.* No malicie,  
 Si me opongo.) ¡Ah! bien. A Dios.  
*Desid.* Traed noticias felices.  
 (*Jimén se encamina lentamente á la  
 puerta, Desideria se llega al balcon  
 y observa la calle.*)  
 Alguna novedad hay (*Al balcon.*)  
 En Segovia. Se distinguen  
 Muchas luces por las calles.  
 (*Jimén, aprovechando la distraccion  
 de Desideria, dobla una hoja del  
 biombo, hace salir á Honoria, y  
 ambos se colocan en la puerta.*)  
*Jimén.* Ahora.  
 (*Aparte á Honoria.*)  
*Hon.* Vé á referirme  
 (*A Jimén en la puerta.*)  
 Lo que el juez te diga.  
*Jimén.* Si.  
 (*Vase Jimén por un lado : Honoria se  
 oculta por el otro algunos instantes.*)  
*Desid.* Parece un anuncio triste  
 Ese movimiento sordo,  
 Ese silencio terrible  
 De los que vienen y van.  
 ¿Qué habrá que así los agite?

## ESCENA IV.

HONORIA, APARECIENDO POR LA PUERTA DEL  
 FONDO, COMO SI VINIERA DE SU CUARTO;  
 DESIDERIA.

*Hon.* ¿Tú aquí, Desideria?  
*Desid.* Ha sido  
 Que vine á dar un recado  
 A Jimén : en casa ha entrado  
 El juez.  
*Hon.* Sí; ya lo he sabido.  
 ¿Sospechas tú cuál objeto  
 Aquí á Garcillan le traiga?  
*Desid.* Un recelo se me arraiga,

Y tal que con él me inquieto.  
 ¿Habló por casualidad  
 La Reina de sí se iba  
 A hacer una rogativa  
 Pública en esta ciudad?  
*Hon.* Sí, porque paz y concordia  
 Tenga el reino.  
*Desid.* Oigo decir  
 Que aun hay mas por que pedir  
 Al cielo misericordia.  
*Hon.* ¿Sí?  
*Desid.* Y es voz de mal presagio  
 Cuando principia á extenderse.  
*Hon.* ¿Qué es?  
*Desid.* Que comienzan á verse  
 Los indicios de un contagio.  
*Hon.* ¿Su majestad nos defienda  
 Del mayor de los azotes!  
*Desid.* Por eso los sacerdotes  
 Encargan tanto la enmienda  
 De las costumbres, que están  
 ¡Huy! en una corrupcion  
 Espantosa.  
*Hon.* Es ocasion  
 De volver en sí.  
*Desid.* Un volcan  
 Pisamos, un precipicio  
 Se abre bajo nuestra planta.  
*Hon.* Un contagio ¿á quién no espanta!  
*Desid.* ¿Te ha encargado algun servicio  
 La Reina? ¿Para qué fué  
 Llamarte?  
*Hon.* Benevolencia  
 Pura : me hizo una advertencia  
 Útil, y la cumpliré.  
*Desid.* Como ella plática enjergue,  
 Dicen que habla de provecho.  
*Hon.* Mañana bajo este techo  
 No tendrá Jimén albergue.  
*Desid.* ¿Tan gran novedad ocurre?  
 (*Sonriéndose.*)  
 ¡Vaya! ¿Con que...?  
*Hon.* ¿Eso te alegra?  
*Desid.* Así os librais de la negra  
 Nota con que se os aburre.  
 Ello, sí, te habrá costado  
 Mucho : las separaciones  
 Exigen explicaciones...  
*Hon.* Pues no se han necesitado.  
*Desid.* Estará muy bien resuelto  
 No darlas; pero en tan critico  
 Lance, fuera muy político  
 No dejar un cabo suelto,  
 Que luego á dar guerra vaya.  
 En caso tal se cancela  
 Todo escrito, y se revela  
 Cualquier secreto que haya.  
*Hon.* ¿Cualquier secreto?

Es razon.  
: pueden tanto los buenos  
aya, tú echas menos  
elacion.  
rito.  
¿ De Jimen ?  
Pues ya.  
Tú le rogaste...?  
Y se niega.  
Miren qué gracia ! Y ¿ qué alega ?  
e si habla, me pesará.  
Oh ! como den en ser cautos  
s, todo lo abultan. —  
que te ocultan  
nstará en autos...  
Sí. ¿ Qué harías ?  
provechar un momento,  
allanamiento  
n niñerías.  
egistrar con tan endeble  
Idea siniestra !  
¿ tienes llave maestra  
uerta y mueble.  
va mañana.  
Este juego  
a lo gana :  
¿ que mañana,  
antes que luego.  
, no.  
Pronto se escudriña  
dentro de un bufete.  
...  
Basta : vete.  
¿ i temerás que te riña ?  
¡ jor ! Por Dios... — Pero dime :  
in descubrimiento  
¿ qué presentimiento !  
¿ ombre sublime :  
er estóico  
pio colegir  
¿ de encubrir  
suyo heroico.  
¿ afirmó que á excitarse  
¿ la disension,  
nfesion.  
res, para justificarse.  
que es una oferta  
¿ ilustre y rica ?  
no me perjudica.  
¿ quedaría brecha abierta  
¿ sucesion ?  
¿ algun documento  
¿ conocimiento  
¿ racion ?  
¿ ocultarlo

Era un deber por su parte,  
Y á tí podria dañarte  
Quizás el averiguarlo.  
*Hon.* Tambien por delicadeza,  
Por un escrúpulo urgente  
De conciencia, es conveniente  
Procurarse la certeza.  
*Desid.* (*Aparte.* Es mia.) Era aventurar  
Mucho ; no te lo aconsejo :  
Ya me desdigo, y te dejo.  
Buenas noches : descansar.  
*Hon.* ¿ Te vas ?  
*Desid.* Antes que me acueste,  
Quiero ver á qué el alcalde  
Viene, que no será en balde.  
¿ Dios nos libre de la peste ! (*Vase.*)  
*Hon.* *Amén.* A Dios. — Tal vez labro  
Mi mal ; mas no hay quien reprima  
Tal ansia. Ya se fué : encima  
Tengo la llave ; entro y abro.  
(*Entra en la alcoba.*)  
*Desid.* Clavado quedó el arpon :  
(*Apareciendo furtivamente en la puerta  
del fondo.*)  
¿ Habrá sido bueno el tiro ?  
Sí ; por aquí no la miro :  
Entré en esa habitacion.  
Tengo de acechar antojo...  
Por la otra puerta, se entiende.  
¿ Y si sale y me sorprende  
Allí ? Pasaré el cerrojo.  
El hidalgo desvario  
De Jimen debe acabarse.  
¿ No empiezan á separarse ?  
Que los separe un monjio. (*Vase.*)

ESCENA V.

BONIFAZ, ABRIENDO CON PRECAUCION LA VENTANILLA DEL TECHO Y ASOMANDOSE POR ELLA.

¿ Adónde va la trampilla  
Esta que por ver me queda ?  
Ya estoy ; adónde se hospeda  
El primo de la primilla.  
Pues por el observatorio  
De al lado, si por lo listo  
Que miré no erré, la he visto  
A ella abrir un escritorio.  
No hay que pensar por ahora  
En salir á cielo raso ;  
Nada : hay gente á cada paso  
Que trasciende á prendedora.  
Quédome en este desvan  
A pagar aquí metido  
La culpa que han cometido  
Raspasaca y don Beltran.  
(*Cierra la trampa.*)



## ESCENA VI.

JIMEN, DON GARCILLAN, DON LOPE,  
ALGUACILES, CRIADOS; HONORIA, DENTRO  
DE LA ALCOVA; BONIFAZ, ARRIBA.

Lope. La Reina propia me dijo  
(A don Garcillan.)

Que estábais aquí?  
Garc. Sí, vine

A dar aviso á Jimen,  
Pues me encargan que le invite  
A la junta que esta noche  
De pronto ha de reunirse.

Jimen. Es favor...  
Garc. Me coge al paso.

Lope. Camarero también...  
Garc. Asisten

Nobles, médicos, teólogos,  
Y otras personas viaibles,  
Entre ellos un forastero  
Que quiere á vos dirigir: (A Jimen.)  
El doctor Almoravid.

Jimen. No le conozco.—Indecible  
Es mi sorpresa: creía  
Que eran temores pueriles  
Los del contagio.

Garc. No puede  
El hecho contradecirse.  
Abundan las pruebas, y antes  
Que la ciudad se contagiara,  
Importa infinito ver  
Buen lo que se determine.

Lope. Pero antes de todo quiero  
La Reina que se averigüe  
Dónde pára un Bonifaz,  
Que parece que les sirve  
De correo á los rebeldes:  
A entrambos se nos remite  
Este encargo, y así traje  
Vuestra ronda que os auxilie  
Para prenderle.

Jimen. Os afirmo  
Que no es persona temible  
Ni culpable: ha visitado  
A Honoria, como os previne;  
Después se marchó: veréis  
Si mandais que se registre  
La casa, que no está aquí.

Garc. Haced que nos autorice  
La Condesa con su venia,  
Y si ella no lo resiste...

Lope. Como se trata de un reo  
De estado, no es presumible  
Que se niegue.

Jimen. Ved mi cuarto  
Primero, y luego seguidme  
Al de Honoria.

Hon. ¡Ah!  
(Entreabriendo la puerta de la  
para salir, y volviéndola á  
al ver gente.)

Garc. ¿Qué sonó?  
Lope. Cerraron, sin advertirse

Quién.  
Garc. ¿Puede esconderse ahí  
Bonifaz?

Jimen. No es verosímil.  
(Aparte.) Desideria se quedaba  
Aquí: es ella.

Lope. ¿Se decide  
Que entremos, ya que Jimen  
Consiente que se principie  
El registro?

Garc. No: que él entre.

Jimen. Bien.  
Lope. ¿Él solo?

Jimen. Permitted  
Don Lope, que os diga...

Garc. Entrad:  
Amais al rey don Enrique,  
Y no negareis un hombre  
Que se teme que conspire  
Contra él.

Jimen. Obraré de suerte  
Que esa opinion justifique.  
(Aparte. Habrá corrido el correo  
Bonifaz, y eso le impide  
A Desideria salir.)

(Llégase á la puerta, levanta  
porte y no puede abrir.)  
¿Cómo?

Lope. ¿Qué hay?

Garc. ¿No puede abrir  
la puerta?

Jimen. Con llave está  
Cerrada.

Lope. Todo coincide  
Para creer...

Jimen. (Alzando la voz.) Qué  
Dejad que el cuarto visite  
Yo solo. Abrid.

(Entreabrese la puerta y pasa.  
Bonifaz abre la trampilla.)

Bon. (Aparte.) Ruido suena.  
¡Huy! La gavilla de tigres  
Ya se coló.

Lope. (A Garcillan.) Dentro es  
Sin duda el correveidillo  
De don Beltran: de esta casa  
No le vió salir Martinez.

Garc. ¿Vos le conocéis? (A un al.  
Alguacil. No hay ni

De que á mi se me despinte.  
Le he visto, y tengo buen ojo.

Bon. (Aparte.) ¡No te los me

¡Honorla encerrada! Todo  
(*Aparte al salir de la alcoba.*)  
¡Círralo.

¿Qué visteis?  
Señores, me equivoqué

(*A Garcillan.*) ¿Qué tal?  
Persuadíme

¡Bonifaz estaba  
Segovia libre.  
¡Maldita sea.

(*Aparte.*) ¡Diantre!  
Espero

¡Garcillan! ¿Consentirme  
de vos mi prima  
¡Solicite.

¿Cuál?  
Que á Bonifaz dejéis,  
de conducirlo  
¡Arrestado

(*Aparte.*) ¡*Sancta mater Christi!*  
No hay inconveniente, siempre  
estudiándole se obligue

(*Aparte.* A descorrer voy  
o.) Es creíble  
del preso responda.

Yo trataré de eximirle  
Os le entregaremos  
¡Certo.

(*Dando una voz.*) Mil y miles  
¡Seo don Jimen.

¿Dónde...?  
¡Cielos. Él es.

(*Aparte.*) ¡Maldito simple!  
¡Pensaba salvarle!  
¡Para esto no se recibe  
en la casa.

¡Imbécil!  
¡Le echa, y se excusa el chisme  
« Ahí está el pájaro;  
¡Ministriles. »  
¡Bajad.

Diga la Condesa  
¡Dígame; si admite  
¡Cuarto; aquí puede  
¡Quien me atisbe,  
¡Declaración

Dice bien: que avisen  
¡Maldita sea.

Ahí está,  
¡Cuarto.

¿Qué dices?  
¡Maldita sea!

¿Aquí la condesa?  
¡A estas horas! Imposible.

*Alguaciles.* ¡En el cuarto de su primo!  
*Jimen.* Creed...

*Bon.* Que Dios me castigue  
Si no es ella la que andaba

Mirando los cajetines  
De un bufete: en fin, que sea  
O no, importa dos ardites.

¿Qué tiene de extraño?  
*Garc.* (*Ap. á Lope.*) Hagamos  
Que no se desacredite.)

¡Guíad á su habitacion. (*A Jimen.*)  
*Lope.* Ello es. (*Ap. á don Garcillan.*)

*Garc.* (*Ap. á Jimen.*) ¿Por qué nos  
Aquí? [trajisteis

*Bon.* Es ella, ó Desideria.  
*Garc.* Vamos.

*Bon.* Pues aquí estoy Interin.  
(*Cierra la trampa.*)

*Jimen.* No presumáis...

*Garc.* Basta.  
*Lope.* Sé

Callar.

ESCENA VII.

DESIDERIA, DICHOS.

*Desid.* Señores, oidme.  
(*Saliendo de la alcoba.*)

*Todos.* ¡Ah!  
*Garc. y Lope.* ¡No era ella!

*Jimen.* (*Aparte.*) ¡Qué sorpresa!  
(*Jimen habla á un criado al oído, y este  
se vá.*)

*Desid.* Salgo, bien que con rubor,  
Pues veo en duda el honor

De mi amiga la Condesa.  
*Garc.* Desideria, perdonad...

*Lope.* El cielo nos es testigo...  
*Desid.* Este lance es un castigo

De... de mi curiosidad.  
Abandona esta mansión  
Mañana Jimen, y Honoría,  
Con la bondad que es notoria,  
Le ha hecho esta donación.

(*Muestra un papel.*)

Para que él no lo supiera  
Hasta despues que marchara,  
Quiso ella que se la echara  
A él en su papelera.

Hallé cartas, me entretuve  
Registrando una, traté  
De escapar, me acobardé  
Al veros, y me detuve.

*Garc.* No hay mal.  
*Lope.* No.

*Desid.* (*Aparte á Jimen.*) Ruido senti  
En la puerta, abrí en el acto,

Salió Honoria, hizo un pacto  
Entre ambas, viney menti .

*Jimén.* ¡Bien! ¡bien! (*Aparte á ella.*)  
*Desid.* (*Aparte.*) La he comprometido.

### ESCENA VIII.

HONORIA, UN CRIADO, DICHO.

*Hon.* Este hombre me da noticia...  
(*Con grande agitacion que procura reprimir.*)

*Garc.* Perdonad á la justicia  
Que se os haya interrumpido  
A tal hora vuestra paz.  
Ya veis...

*Hon.* Todo se me alcanza;  
La mas completa fianza  
Ofrezco por Bonifaz.

*Lope.* Culpad á la lealtad mia  
Que este disturbio ocasiona.

*Hon.* No es cosa que desazone  
Lo solemne de este dia:  
Dia, señores, que Honoria,  
Por muchos años que cuente,  
No ha de poder fácilmente  
Desterrar de la memoria;  
Dia en fin tan señalado,  
Que mi primo y yo... (*Aparte á él.* Atencion.)  
Irrevocable eleccion  
Hemos hecho en él, de estado.

*Jimén.* ¿Qué va á decir? (*Aparte.*)

*Hon.* Yo, cumpliendo

Lo que mandó moribundo  
Mi padre, abandono el mundo.

*Garc.* ¿Vos, señora?

*Jimén.* No te entiendo.

*Hon.* Sí, don Garcillan, con harta  
Razon creo que aprobeis  
Mi designio, si leéis  
Lo que contiene una carta.

(*Aparte á Jimén.*)

La vi, lo sé todo.

*Jimén.* (*Aparte.*) ¡Oh Dios!

*Hon.* Fijo está nuestro destino.—

Vos pudiérais ser padrino (*A Lope.*)  
De Jimén, y mio vos. (*A Garcillan.*)

*Garc. y Lope.* Señora...

*Jimén.* Esta no es materia  
Para...

*Garc.* ¿Quién va á ser esposa  
De Jimén?

*Hon.* Mi generosa  
Amiga, aquí, Desideria.

*Jimén.* (*Aparte.*) ¡Ella!

*Hon.* La que al cuarto aquel  
Viene, y siendo mi ministra,  
*Cartas de Jimén registra,*

¿No se ha de casar con él?

*Lope.* Reciban ambos así  
Mi parabien.

*Jimén.* (*Aparte á Hon.*) Yo no lle  
Al altar...

*Hon.* La honra le debo:

(*Aparte á Jimén*)

Págasela tú por mí.

*Jimén.* (*Aparte.*) Nunca.

*Lope.* Entrambos ca

*Hon.*

No se deshará el enlace:

Ella le quiere, y él hace

Siempre lo que mando yo.

*Jimén.* Por Dios... (*Aparte á e*

*Hon.* Muestra de otorg

Él da callando modesto,

Y ella dice que con esto

(*Dando á Desideria la mano de*  
*men.*)

No la queda que envidiar.



## SEGUNDA PARTE.

### ACTO PRIMERO

#### Y DEL DRAMA EL CUARTO

Jardin de una casa de campo á una legua  
Segovia. Una elevada escalinata en el flanco  
á la derecha del espectador el muro de la  
con ventanas y puerta: á la izquierda  
pedestales ó machones, coronados con  
escultura cualquiera, que indiquen ser  
la entrada ó paso á una calle del jar

#### ESCENA PRIMERA.

JIMEN, DESIDERIA, GARCILLAN,  
MAS Y CABALLEROS, TODOS DE  
APARECEN BAJANDO POR LA ESCALINA  
LA PARTE INFERIOR DEL JARDIN, D  
HAY UNA MESA QUE VARIOS CRIADOS E  
ACABANDO DE SERVIR. JIMEN DA LA  
A DESIDERIA Y TRAE UNA SAETA EN  
CINTO.

*Desid.* En el jardin se descansa  
Hoy de nuestra cacería;  
Con que bajad: no permito  
A ninguna que se vista  
Ropa casera, sin que antes

se sirva.  
flores: aquí  
mando en mi quinta.  
2. Señora Condesa, el Conde  
(*En tono de chanza.*)  
no debería  
peda, y no á vos.  
Viene de la caza herida...  
(*De chanza tambien.*)  
Y á título de doliente,  
poso me mima.  
1. ¿Sentís en efecto...?

¿Es algo  
que parecia?  
No es nada, don Garcillan.  
perdida,  
de muy lejos,  
suelo se caia,  
¿puede hacer? Cuanto  
ingre.  
1. Expuestilla  
ado.

Eso es cierto.  
unas misas,  
gracias á Dios  
bligro me libra. —  
a flecha. (*A Jimen.*)

Ten.  
*aria rompe la flecha por me-*

1. ¿Para qué es el dividirla  
ad?  
(*A un criado.*) Lucas, lleva  
á la capilla  
bastian; este otro  
para que sirva  
ia del suceso

*criado la punta de la flecha, y  
iado se va. Desideria clava el  
pedazo en la tierra de un jar-*

Desearia  
en la disparó.  
1. Es á la verdad distinta  
estras.

Algun pobre  
n duda iba  
so del pinar  
al corzo la pista:  
cha sin vernos;  
despues la grita  
steis al mirármela  
anga prendida,  
fué.

Puede.  
Aquí  
res, golosinas,

Frutas, vinos... Cada uno  
Puede ver á qué se inclina. (*Siéntanse.*)

Dama 1. Señora condesa, ya  
Que Segovia queda limpia  
De la peste, ¿cuándo vemos  
El Azoguejo?

Desid. ¿Qué prisa  
Corre? Estamos á una legua:  
El día que se decida,  
Pasamos.

Garc. Es mi cuñada  
Leonor algo antojadiza,  
Y quiero saber...

Dama 1. Queremos  
Todas saber mil noticias.  
¿Tanto luto como habrá  
Tanta herencia repentina...!

Desid. Lo pensaremos.  
Dama 1. Cuidado,  
Que á la primera visita  
Que hagais á Honoria, yo quiero  
Ir en vuestra compañía.

Dama 2. Y yo tambien.  
Dama 3. Y yo.  
Todas las damas. Todas.  
Jimen. Anda hace tiempo enfermiza.  
¿No te escribe eso? (*A Desideria.*)

Desid. Pues.  
Dama 1. Hoy  
Es ella la maravilla  
De Segovia.

Garc. La llamaban  
Antes la santa novicia,  
Y ahora la santa madre  
Honoria.

Dama 2. Dios la bendiga,  
Porque á ella sola se debe  
Que mil infelices vivan.

Jimen. Ella dió de sus riquezas  
Una parte muy crecida  
En favor de los dolientes  
Que la epidemia sufrían.

Ella sugirió al obispo  
Que se hiciese enfermería  
De mujeres su convento.

Garc. ¿De qué modo hizo asistir las,  
Aunque no mandaba, pues  
No quiso la prelación  
De la fundacion! Os debe  
Dar orgullo vuestra prima.

Desid. Seguro: yo en especial  
Le estoy muy agradecida:  
Me casó, dejó á mi esposo  
Todo lo que no podia  
Quitarle, cediendo el vínculo...

Jimen. ¿Condesa! (*Aparte d ella.*)

Dama 1. Ahí va esa pildora.  
(*Aparte d Garcillan.*)

*Garc. y Damas. } La madre Honoria es un ángel.*

*Desid. (Aparte.)* ¡Qué enfadosa letanía De elogios!

*Garc.* Curas se cuentan A su cuidado debidas, Que á milagro se atribuyen.

*Desid.* ¿De ella ó de la medicina? Debe tenerse presente, Señores, que allí asistia Ese doctor á quien nadie Conoce, y todos admiran.

*Garc.* ¿El doctor Almoravid?  
*Desid.* Que parece de familia Mora, como su apellido. Seco, alto, cara cetrina, Pronunciacion extranjera Y unos ojos que intimidan.

*Jimen.* Cierto, es hombre misterioso.

*Desid.* A mi casa vino un dia, Me hizo una pregunta ó dos Sobre dónde fuí nacida Y educada; respondi; Se le escapó una sonrisa Como de burla ó disgusto; Y va y me pide en seguida Que en el convento de Honoria Le procure una entrevista Con ella.

*Garc.* ¿Con ella?

*Dama 2ª.* Es raro.

*Garc.* ¿La vió?

*Desid.* Sí.

*Garc.* ¿Y qué le queria?

*Desid.* Eso... los dos lo sabrán.

Pero es tanta la malicia De las gentes...

*Jimen.* ¡Desideria!

*Dama 1ª.* ¿Qué? ¿Qué es eso?

(*A Desideria con sencilla curiosidad.*)

*Desid.* La porfia

Del doctor en verla, cada Vez que se lo permitian, Hizo pensar...

*Dama 1ª.* ¿Con que dió En hablarla...?

*Desid.* Y disuadirla De ser monja.

*Jimen.* Mas Honoria Rechazó sus tentativas.

*Desid.* ¿Lo niego yo?

*Dama 2ª.* ¿Es el doctor

Amante de la monjita?

*Jimen.* No lo creais.

*Desid.* La primera

Soy yo que la santifica. Solo que como el doctor

Almoravid preferia El asistir á las madres, Hay infinitos que opinan Muy poco piadosamente De su presencia continua En el monasterio : en fin, Murmuraciones...

*Jimen. (Levantándose.)* Mentiras.

*Desid.* Mias no son.

*Jimen.* Estas damas Querrán quitarse de encima El traje de caza.

*Damas 1ª y 2ª.* Sí.

*Desid.* Ya veis que mi esposo os cuida. No os detengais.

*Garc. (A la dama 1ª.)* La Condesa Tiene una lengua de víbora.

*Dama 1ª.* Sí; ¿mas por qué no hace lo Que á ese doctor le despidan? [nota]  
(*Vanse don Garcillan, las damas y caballeros.*)

## ESCENA II.

### DESIDERIA, JIMEN.

*Jimen.* ¡Muy bien! ¡os portais, señora! ¿Con que ello, no ha de bastar Orden ni ruego á enfrenar Vuestra lengua detractora? En un estado brillante Os veis por esa mujer; Os dió por satisfacer La envidia vuestra, su amante; La gala que llevais puesta Es suya; ¡y no os contentais, Que aun su opinion envidiais, Que es lo solo que le resta!

*Desid.* ¡Qué acusacion tan fogosa! Yo siento haberte enojado: Perdona si he blasfemado Un momento de tu diosa, Y alaba la bizzarria Menos de la noble dama; Que si conserva su fama, Le cuesta un poco á la mia. Si contigo me casé, A Honoria libré de afrenta; Porque aquello fué una venta En que, es verdad, yo gané; Mas desde que nos ha unido El cura, si bien atiendo A mi porte, no comprendo Que conmigo hayas perdido.

*Jimen.* Era sobrado excusada Para tu abono esa arenga: Cualquier mujer que yo tenga, Bien sé que ha de ser honrada.

denigrativa

1. ya me disgusta :  
con Honoria justa,  
no caritativa.

2. que no penetra  
so tus intenciones :  
er plan que te propones,  
nozco á la letra.

3. Tu gracia divinadora  
or qué vegetar  
quí?

4. Por no escuchar  
anzas de Honoria.

5. Cabal : oír ensalzarla  
burria. — No entro  
Segovia, si dentro  
onoria.

6. ¿ Irás á echarla  
nvento?

7. Soy terca,  
enestar padece :  
que me oscurece,  
quiero tan cerca.

8. conventos á millares  
iva sosegada  
en consagrada  
de los mtares?  
camino arriba,  
el cielo se remonte,  
que yo en mi horizonte  
nta ni perciba.

9. que en realidad,  
doctor afianza  
ure una mudanza  
, de su enfermedad.  
10. ¿ Se le agravó la dolencia?

11. Un poco.

12. ¿ Y sin ver su escrito,  
de paz, te permito  
correspondencia!  
gonzosa desidia!  
partir prefieres :  
Segovia.

13. ¿ Y quieres  
enga á Honoria envidia?  
ibe en tu alazan,  
camino volando,  
e devorando  
e me matarán :  
que me persuadí  
ní profugo vives,  
unque no ves ni escribes  
ia, tu alma está allí.  
te en ella piensas,  
efigie idolatrando,  
) estás pagando  
s que son ofensas ;  
as lo que excede

La pasion de que hago alarde,  
Al amor de una cobarde,  
Que se encierra y te me cede.  
A mí no se me enclaustrara  
Si en su puesto hubiera estado :  
Yo á mi rival, del trezado  
La hubiese llevado al ara. —  
La razon aquí me inspira  
Que mi violencia modere :  
Mujer á quien no se quiere,  
Malogra el llanto y la ira.  
Me dirijo á un hombre cuerdo  
Capaz de considerar  
Que nos importa marchar  
Ambos de comun acuerdo.  
Bien que morisea y bastarda,  
Exigente y caprichosa,  
Desideria que es tu esposa,  
De tí respetos aguarda.  
Para que de un día hermoso  
Recibamos los reflejos,  
Trasládese Honoria lejos ;  
Y de que en nuestro reposo  
No verás hora turbada  
Por fiadora te salgo. —  
Si conozco yo que valgo  
Menos, y á su vista, nada.  
En fin, aunque una merced  
De rival debe dolerme,  
Ella te mandó quererme ;  
Cúmplamelo vuesaaced,  
Y no pediré tenaz  
La ausencia con que le asedio :  
Mientras tanto, ese remedio  
Es el único eficaz ;  
Y por esta conviccion,  
Contento con tu indulgencia,  
Ya dí alguna providencia  
Relativa á trastacion.

*Jimén.* Veo, por mas que ingeniosa  
Te me vengas vindicando,  
Que por la envidia empezando,  
Concluyes en ser zelosa.  
; Buena prenda has descubierto  
Para vivir sin disputa !  
Será preciso una gruta  
Ir á buscar al desierto :  
En cualquier otro retiro  
Damas hemos de encontrar,  
Y te vas á accidentar  
Si una me mira ó la miro.  
Bien : mi noble proceder  
Te servirá de leccion ;  
A ver, segun mi opinion,  
Si el marido hace mujer.  
Que deje se tratará  
Su pacífica morada  
Honoria, y bien apartada

De tí se la llevará.  
Mas si soy condescendiente  
Así, cuñita no me apures;  
Cuenta que de ella murmures  
Ni aun que tu boca la miente;  
Que si llegas á irritar  
Al que tu bien te aconseja,  
La celda que Honoria deja,  
Tú la puedes ocupar.

*Desid.* Para indicarme un deber,  
No es preciso amenazarme.  
(*Aparte.*) Lo veo: no podrá amarme  
Mientras viva esa mujer.

## ESCENA III.

DON LOPE, DE CAMINO; DICHO.

*Lope.* ¡Ah de casa! ¡Hola!  
*Jimén.* ¡Don Lope!

Recibid mi bienvenida.  
*Desid.* ¿Qué tal venís de Madrid?  
*Lope.* Bueno. A Segovia volvía,  
Y quise veros.

*Desid.* Vereis  
Otros amigos y amigas.

*Jimén.* Manda que dispongan...  
(*A Desideria.*)

*Desid.* Voy  
Al instante. (*Vase.*)

*Lope.* Juraría  
Que os llega otro huésped.  
*Jimén.* ¿Quién?  
*Lope.* A la entrada de la villa  
El doctor Almoravid  
Está.

*Jimén.* ¿El doctor?  
*Lope.* Y ya había

Pasado adelante; pero  
Una de las averías  
Propias del viaje, parece  
Que á retroceder le obliga.  
Ello es que una gran porcion  
De gente va dirigida  
A una litera parada  
Debajo de unas encinas.

*Jimén.* El doctor es buen jinete:  
Supongo que no vendría  
En litera.

## ESCENA IV.

DESIDERIA, DON GARCILLAN, DAMAS,  
CABALLEROS, JIMÉN, DON LOPE.

*Desid.* Vedle allí.  
*Todos.* ¡Don Lope!  
*Lope.* Señoras mías,

Señoras... ¡Qué buen encuentro  
Me proporciona mi dicha!  
Leonor, Garcillan, Vitoria,  
Bien hallados.

*Voces dentro muy lejos.* ¡Viva! ¡viva!

*Desid.* ¿A qué será esto?

*Voces dentro.* Allí, allí.

## ESCENA V.

BONIFAZ, DICHO.

*Bon.* Dios guarde á la compañía.

*Desid.* ¡Bonifaz! ¡tú por acá!

*Bon.* Señora, soy espologista  
De una amiga vuestra.

*Desid.* ¿Quién?

*Bon.* ¿Quién ha de ser, voto á criba  
¿Por quién puedo yo emplearme  
En funciones tan indignas,  
A no ser Honoria?

*Todos.* ¡Honoria!

*Desid.* Ya. ¿Con que esa vocería...?

*Bon.* Es por ella. ¡Qué! si está  
Alborotada la villa

De gozo, de gratitud,  
De... Pues ¡y cuando salta  
De Segovia! Pero viene  
Tan mala la pobrecilla...

*Todos.* ¿Viene enferma?

*Bon.* Pues si no  
¿Para qué se pasaría  
A otro monasterio?

*Jimén.* (*Ap.*) ¡Cielos!

*Damas.* Corramos á recibirla.

*Bon.* Ya entrábamos en el bosque  
Mas se sintió acometida  
De un accidente, y paramos  
A ver si se tranquiliza.

*Dama 1ª.* Vamos á ver á la santa

*Todas.* Vamos.

*Desid.* ¡Oh qué algarabí  
(*Aparte.* ¡Honoria aquí!) Reparad  
Que está enferma; no aturdiría  
Con voces: una emoción  
Fuerte le será nociva.

*Jimén.* ¿no vienes?

*Jimén.* (*Aparte á Desideria.*) ¡Lá  
Por fin lo que pretendías:  
De Segovia sale.

*Desid.* Sí;

Y viene á mi casa misma;  
¡Logro bastante!

*Garc.* (*A don Lope.*) Aguardad  
Vos.

*Jimén.* (*Aparte.*) ¡Cuánto temo su  
(*Vanse Desideria, Jimén, Bonifaz,  
las damas y caballeros.*)

*z.* (*Dentro.*) Que se abran todas  
puertas  
lines.

*voces.* (*Dentro.*) Abrirlas.  
¡a viene.

*aliendo aldeanos, aldeanas y  
por la izquierda, y criados  
y puerta de la casa, todos los  
van colocándose á los lados  
escalinata, á la puerta ó en  
entanas.)*

*e los que salen.* Aquí estamos bien.

¡El jardín se precipita

¡el cielo.

*Dentro.*) Coged flores :

¡el amo.

¡Sencilla

¡ion, pero bien

¡gnificativa!

¡Viva nuestra madre Honoria!

¡Viva muchos años!

¡Viva!

ESCENA VI.

*, SOSTENIDA EN UNA HERMANA  
ACOMPAÑADA DE UN RELIGIOSO ;  
RIA, JIMEN, DAMAS, CABALLEROS,  
DON GARCILLAN, DON LOPE.*

*acerer Honoria en lo alto de  
calera, los aldeanos tiran las  
as al aire, las aldeanas arrojan  
al suelo, y todos se hincan de  
las conforme va descendiendo.)  
evantao por Dios. — ¿Qué se re-  
que nos ve desde la altura, ¡serva  
a miserable criatura  
doblais ? Indigna sierva,  
diciosa de renombre vano  
lar á la ciudad doliente ;  
caridad, y justamente  
astiga con mi fin temprano.  
vivireis, vivireis.*

*Si mi existencia  
ni convento finaliza,  
re, mi pecho tranquiliza*

*(Al religioso.)*

¡jé por vos, por obediencia.  
e de mi celda desterrada  
nuevo por el mundo traigo,  
tengo de que en brazos calgo  
¡amiga con quien fui criada.  
deria, ven: ¿donde te has ido?  
stro yo, que me comprende.  
z has de ser si el cielo atiende  
s que por tí le he dirigido!  
deria, un vínculo precioso

Entre las dos que nuestras almas liga.

¿Cómo...? Empleo á sentir nueva fatiga.

¿Cómo no me presentas á tu esposo ?

*Desid.* Mira á mi esposo aquí.

*Jimen.* Tu amigo tierno.—

¡Cielos ! ; cuánto dolor leo en su frente!

*(Aparte.)*

*Hon.* (*Aparte.* Le miraré, pues ya el Om-  
nipotente

Calmó el afan que imaginaba eterno.)

*(Alza los ojos para mirarle.)*

*Jimen...* vengo por fin á ser testigo...

*(Aparte.* No sé qué turbacion involuntaria  
Me priva de la fuerza necesaria...)

*Jimen...* nos une Dios... Él sea conmigo...

*(Se siente desfallecer.)*

*Jimen.* ¡Honoria...!

*Desid.* Se desmaya.

*Hon.* Aturdimiento

*(Esforzándose á serenarse, pero sin  
poderse sostener.)*

Del viaje, nada mas.

*Desid.* (*Aparte.* Fingir no pudo:

Elle le ama tambien ; ya no lo pudo.)

Esposo, dirigidla á mi aposento.

*(Vanse Honoria, Jimen, el religioso,  
el pueblo, y algunas damas y caba-  
llos : otros se quedan.)*

ESCENA VII.

DESIDERIA, DON GARCILLAN, DON LOPE,  
DAMAS, CABALLEROS.

*Desid.* (*Aparte.* Lleva testigos ! bien  
Acompañarla Jimen.) [puedo

Se cumplió nuestro deseo ; (*A la dama 1<sup>a</sup>.)*

Ya lograsteis conocer

A la santa religiosa

Que inspira tal interés.

*Garc.* Es un entusiasmo justo :

El aplauso que se dé

A la virtud, es estímulo

Que la puede promover.

*Desid.* Todo requiere fortuna.

Don Garcillan siempre fué

Apasionado de Honoria.

*Garc.* Cierto ; pero ¿ no es cruel

El ver á esa criatura

Enferma ?

*Desid.* No os asusteis :

Me parece que su mal

No es cosa muy de temer.

La presencia de su primo

Quizá la cure : es muy bien

Específico la vista

De un deudo fino y cortés.



## ESCENA VIII.

BONIFAZ, POR LA ESCALINATA; DICHS.

*Bon.* (*Aparte.* ¡Para buen asunto el Me ha venido á detener!) [*médico* Señora... (*Aparte.*) ¡Jesus! ¡qué lance! Se armará aquí una Babel.

*Desid.* ¿Qué hay, Bonifaz? ¿Quieres algo?

*Bon.* Lo diré á solas.

*Desid.* Despues :  
Antes di , ¿ cómo es que vienes  
Con Honoria?

*Bon.* Me arruiné :  
Digo, me arruinaron. Cuando  
Salí del arresto aquel  
Para Sepúlveda, habia  
Producido un somaten  
La noticia del contagio.  
Voy á entrar. ¡ Dios de Israel!  
Cien paisanos míos, hecho  
Cada uno un lucifer,  
Gritan que traigo la peste;  
Que no se me da cuartel.  
Los arengo, no consigo  
El poderlos convencer;  
Viene una razon de á libra  
Y me santigua una sien;  
Huyo, declara el concejo  
Que contagiar intenté  
La poblacion, y aplicándome  
Su vil codicia por ley,  
Me lo venden todo, y quedo  
*Per istam sanctam.* amén.

*Desid.* ¡ Hombre! ¡ qué calamidad!

*Garc.* Se puede ahora poner  
Una demanda...

*Bon.* A Segovia  
Me volví, echando la hiel,  
Y dije: No pesco ya,  
No; pero yo cazaré.  
Allá en la ronda de afuera  
Ballestero quise ser:  
Paró en la ciudad la peste,  
Y al cesar, picó tambien  
Dentro de mi pueblo; un día  
Vino á Segovia á vender  
Frutas de la pedrada,  
Y pagómela, pardiez.

*Desid.* ¿Cómo?

*Bon.* Se empeñó en entrar,  
Me opuse, instó, y á las tres  
Advertencias, cogí el arco  
Y una jara le fleché.

*Damas 1ª y 2ª.* ¡Qué horror!

*Bon.* La órden era esa :  
Yo cumplí con mi deber.

*Desid.* Tiro tan cercano...

*Bon.* Como

Era yo arquero novel,  
Primero que los avios  
Aquellos acomodé,  
Ya el otro estaba de mí,  
Lo menos á veinte y seis  
Pasos.

*Desid.* ¡ Ah! de esa manera  
Solo le pudiste hacer,  
Si le acertaste, una herida  
Leve.

*Bon.* Cuanto le toqué :  
Se iba riendo; con todo,  
Rió por última vez.

*Desid.* ¡ Calle! pues ¿ qué...?

*Bon.* Es un secreto  
De la ronda.

*Desid.* ¿ Correré  
(*Dirigiéndose en tono de chanza á las  
damas.*)

Peligro por el flechazo  
Que hoy me tiró no sé quién?

*Bon.* ¿ A vos?

*Desid.* Sí, junto al camino.  
Jimen se empeñó en traer  
La saeta : ve allí un trozo.

*Bon.* ¡ El arcángel San Miguel  
(*Aparte examinándola.*)

Me asista!

*Desid.* No la conoces :  
¿ Verdad?

*Bon.* (*Aparte.* Yo me adelanté  
Dos horas con el doctor,  
Y hemos cazado tambien.)

(*Alto.*) ¿ Tenia el otro pedazo  
Una señal? ¿ una B?

*Desid.* No hice alto : en la iglesia está,  
Si quieres satisfacer  
Tu curiosidad.

*Bon.* La tengo  
Y bien grande; pero... ved  
Que me ha encargado el doctor  
Que á vos cual amiga fiel  
De Honoria, diga un recado.

*Desid.* ¿ Qué doctor?

*Bon.* ¡ Ah! ¿ No sabeis  
Que el doctor Almoravid  
Se halla aquí?

*Desid.* ¿ Se halla aquí?

*Bon.* Pues.  
Toma, si acompaña á Honoria.

*Desid.* ¿ La acompaña? ¿ Qué tal, eh?  
(*A las damas.*)

*Garc.* Está enferma y necesita...

*Desid.* Que vos la justifiqueis.

¡ Cuidado si tiene empeño

En curar á esa mujer

El tal doctor!

*Bon. (Inadvertidamente.)* ¡ Desideria...!  
(*Reparando.*) Señora... No dellreis.  
Precisamente... Escuchad.

(*Hablan aparte Desideria y Bonifaz.*)

*Dama 1ª.* Hijas, principio á temer  
Que no es Honoria tan ~~anta~~  
Como yo me figuré.

*Garc.* Nada en contra de ella prueban  
Indicios de ese jaez.

*Lope.* Imprudente siempre ha sido.

*Desid.* ¡ Eso dice! (*Aparte á Bonifaz.*)

*Bon.* Y que no andeis

Con dilaciones.

*Desid.* ¡ Jesus!  
¡ Qué compromiso! —Veré

De anunciárselo. Aquí llega.

*Bon.* Sí, si queria coger  
El aire. (*Aparte.*) Le diré á Honoria  
Lo que me temo.

(*Vase llevándose el pedazo de la flecha.*)

*Desid. (A las damas.)* Tened  
La bondad de perdonarme;

Aquí sale, como veis,

Nuestra enferma, y he de hablarle  
A solas.

*Dama 1ª.* Está muy bien.

*Bon.* Lo que es cierto, no estoy; pero  
(*Al salir, hablando aparte con Honoria.*)

Al doctor le prevendré,  
Y corro á la iglesia: está

Lejos, y por no perder  
Tiempo mientras vuelvo á casa,

La campana tocaré.

*Hon.* ¿ Con que si oigo tocar, hablo?

*Bon.* Si no, no la amedrenteis.

(*Vanse don Garcillan, don Lope, Bonifaz, las damas y caballeros.*)

ESCENA IX.

HONORIA Y LA RELIGIOSA, EN LA CUAL SALE  
APOYADA; DESIDERIA.

*Desid. (Ap.)* ¿ Cómo la he de preparar  
A la noticia?

*Hon.* Me alivia

El salir á respirar

El aura olorosa y tibia

Del jardín. Podéis marchar. (*A la religiosa.*)

*Desid.* A mi esposo prevenid  
Que estoy en este paraje. (*Vase la religiosa.*)

*Hon.* Salíó á ofrecer hospedaje

Al doctor Almoravid.

*Desid.* Tu compañero de viaje.

*Hon.* En verdad que no quisiera  
Que á casa nos le trajera.

*Desid.* A él parece que le gusta  
Sentarse á tu cabecera.

*Hon.* Ese médico me asusta.

*Desid.* Pues sabe mucho el doctor.

*Hon.* Perdóneme si le ofendo.

Há poco me dió un licor,  
Y desde entonces, sintiendo  
Me voy cada vez peor.

Verdad es que lo bebí  
Con tan fuerte repugnancia...

*Desid.* ¿ Por...?

*Hon.* Porque al doctor le oí  
Decir una extravagancia,

Que es blasfemia para mí.

*Desid.* ¿Cuál?

*Hon.* Hablando de mis votos,

Dijo: « Poca es mi pericia

En esto; mas con justicia

Me atrevo á dejarlos rotos

Sin dispensa pontificia. »

Me irritó aquella impiedad.

*Desid.* Supongamos que lo fuera,

Y no una vulgaridad:

Yo no creo que perdiera

Por ello su habilidad.

Sé con el docto varon

Mas tolerante, hoy que tienes

Esa gran satisfaccion

Digna de mil parabienes.

*Hon.* ¿Cuál?

*Desid.* Tu triunfal procesion.

*Hon.* Mas vale el placer de hallarte

En este segundo Eden

Feliz con tu esposo.

*Desid.* En parte

Lo soy; mas puedo mostrarte

Mujer mas dichosa.

*Hon.* ¿Quién?

*Desid.* ¿Quién? El lucero que brilla

En Segovia, y es el pasmo

De gente docta y sencilla,

Que no duda en su entusiasmo

Inclinarle la rodilla.

*Hon.* Basta.

*Desid.* Oye la distincion

Entre ambas, y di si es leve:

Un pueblo, media nacion

Te ama, y á mí ni el que debe

Amarme de obligacion.

Si ocurre que Jimen pierda

Su frialdad lo que baste

A que conmigo malgaste

Un halago, es que se acuerda

De que tú se lo mandaste.

Yo entre sedas y entre alhajas,

Tú en humilde desalifo,

Dime si no me aventajas,

Pues vivo de las migajas

Que sobran de tu cariño.

*Hon.* Mucho en verdad me entristeces

Con la nueva que me das ;

Pero ¿ y si acaso mereces

Todas esas esquivaces

Que ponderándome vas ?

Yo casi á creer me inclino ,

Conociendo el noble y fino

Corazon de tu consorte ,

Que la culpa de su porte

La tenga tu poco tino.

A poder mi voz lograr

Que tu pecho desapare

La propension á enfiar ,

Como á él le puedo mandar

Que sus desdenes repare ,

Santuario esta vivienda

Hicierais de paz los dos ;

Mas ya que de mí no penda

Que ella á vosotros descienda ,

Puedo implo arlo de Dios.

Haz tú de tí mas caudal ;

Mira lo que has adquirido ,

No lo que goza tu igual ;

No canses á tu marido ,

Y no hables de nadie mal.

Nuestro loco devaneo

Los objetos hermosea

En que se fija el deseo ;

La posesion vuelve feo

Cuanta engalanó la idea.

Y no fuera muy extraño

Que examinando con pausa

Si hay en tus zelos engaño ,

Solo fuera cierto el daño ,

Siendo aparente la causa.

Yo los tengo por un sueño ,

Si de Jimen por mí juzgo ,

Y sostendré con empeño

Que pues mi pecho sojuzgo ,

El será del suyo dueño ;

Y de su pasion primera

Ya ni vestigio existiera ,

Si tu insano frenesí

Haciéndole no estuviera

Siempre acordarse de mí.

*Desid.* ¿ Con que , segun decidiste ,

Queda por cosa sentada

Que en mí tan solo consiste

Si yo no soy la casada

Mas venturosa que existe ?

Creo que lejos del blanco

Tu ingenio los tiros hizo ,

Y así no me satisfizo ;

No obstante , séame franco

Tu labio , y me tranquilizo.

Juzgas de Jimen , atenta

A que tú vives en calma ;

Y es la razon á mi cuenta ,

Porque parece os alienta

A entrambos á dos un alma.

Yo creeré que he soñado

Todas cuantas amarguras

Por Jimen he devorado ,

Si me afirmas y me juras

Que tú nunca le has llorado ;

Que con el santo sayal

Contra el amor escudada

En el recinto claustral ,

Nunca has vuelto una mirada

A mi lecho conyugal ;

En suma , que esa incidencia

De perder voz y color

De Jimen á la presencia ,

Efecto fué de dolencia ,

Y no falta de valor.

Con tal pues que se me dé

A esta pregunta por tí

Un sí en respuesta , perdí .

Mi temor , y esperaré

Que Jimen adore en mí.

*Hon.* Por lo mismo que no miente

Mi boca , no estoy dispuesta

A contestar : es patente

Que á una pregunta imprudente ,

Fuéralo mas la respuesta.

*Desid.* No así mi afan se mitiga :

Cuando callas , con razon

Temes la revelacion.

*Hon.* No temo lo que te diga ,

Sino la interpretacion.

Tomará un dia otro sesgo

Tu genial , que hoy no lo admite ;

Y con el tiempo , en desquite ,

Dia vendrá en que sin riesgo

El alma en tí deposite.

Si yo de mi enfermedad

Supiera que fallecia ,

Toda la dificultad

Cesaba , y satisfaria

Tu inútil curiosidad . —

Quizá ese dia veremos

Pronto.

*Desid.* (*Aparte.*) Ella me abre carrer

Para que el anuncio ingiera ;

Mas temo...

*Hon.* ¿ Nos estaremos

Viendo por la vez postrera ?

*Desid.* ¿ Por qué tan desalentada

Te entregas á la zozobra ?

*Hon.* ¡ Ay ! me encuentro tan postrada

Quien da esta vida prestada ,

Cuando quiere la recobra .

*Desid.* Jóven eres.

*Hon.* Mi mal dura

Tanto... ¿ Sabes en conciencia

mi se augura?  
 rra mil veces la ciencia.  
 so que el doctor procura  
 se me reboce.  
 ios Uno y Trino,  
 lo que adivino.  
*parte. Ella su estado conoce.)*  
 ae previno

¿Qué?  
 Me ha encargado...

No vayas á creer  
 esesperado.  
 puedo ya responder  
*ndo fijamente á Desideria.)*  
 has preguntado?  
*ideria baja los ojos y calla.)*  
 iesgo es inminente.

...  
 Si : la muerte me aguarda :  
 desmiente.  
 rdon si fui...

¡Dios clemente!  
 alpé de tarda.—  
 rás exigir  
 iegue en albricias  
 i transmitir  
 las noticias  
 recibir?  
 mo aletargada  
 beleño,  
 uerte anhelada,  
 se rinde al sueño  
 i jornada?  
 e satisface,  
 ya sucumba  
 a que hice;  
 gen de la tumba  
 ad se dice,  
 ntre honor y saña  
 r la cerviz,  
 equivoca hazaña  
 or cual zizaña  
 ó la raiz.  
 emponzoñador,  
 endo sus frutos,  
 aca el dolor  
 era enjutos  
 nsumidor.  
 é de pujanza  
 con lentitud,  
 lá en lontananza  
 s de bonanza  
 i virtud.  
 la suavidad  
 mi Hacedor,  
 libertad,

Amándole á él por amor,  
 Y á Jimen por caridad.  
 Y nunca la frente laeía  
 Eché en el rudo terliz,  
 Sin rogar con eficacia  
 Para él al Señor la gracia  
 De ser contigo feliz.  
 Que esto y nada mas quedó  
 De ~~mi~~ pasion á Jimen.  
 Todo el deseo murió...  
 O sino... se convirtió  
 En deseo de su bien.  
 Este afecto permitido,  
 Este amor enaltecido  
 Fué del alma dulce pasto,  
 Con el amor confundido  
 A Dios, reverente y casto :  
 Bien que, por la misma union,  
 Tal vez me aterraba austera  
 La voz de la religion,  
 Para que no le ofendiera  
 Con una profanacion.  
 Ya con el afan termino  
 Que tuve, de poner freno  
 Al ánimo de contino  
 Porque huyese lo terreno  
 Y abrazara lo divino.  
 Ya mi pié firme vadea  
 El peligroso remanso :  
 ¡ Mil veces hendito sea  
 Quien despues de la pelea  
 Me premia con el descanso!  
 ¡ Bendito el que al desatar  
 Los lazos de mi existir,  
 Los aparta sin sentir!

*Desid.* ¡ Ah! ¡ se te debe enviar  
 Hasta el modo de morir!  
 Añade á tanto prodigio  
 Que obrar donde quiera sueles,  
 Por colmo de tus laureles,  
 El sobrehumano prestigio  
 Con que á tus plantas me impeles.  
 (*Arrodillase.*)

*Hon.* ¡ Oh! no.  
*Desid.* Deja que humillada  
 Te ruegue que me perdones...  
*Hon.* ¡ Alguna culpa olvidada?  
*Desid.* Mil.  
*Hon.* Quiero excusar cuestiones  
 Al salir de esta morada.  
*Desid.* He sido tan criminal...  
*Hon.* Deja mi pecho contrito  
 En paz.  
*Desid.* Ven donde tu mal  
 Cuiden.  
*Hon.* Solo necesito  
 El médico espiritual.  
*Desid.* ¡ Oh! Dios tu fin no consienta



Cuando desterrada sale  
De mí la envidia sangrienta,  
O haga, porque no lo sienta,  
Que una suerte nos iguale;  
Y si la sentencia airada  
Que sobre tí dar le plugo  
Ser no puede revocada,  
La víctima no manchada  
Que muera con su verdugo.

(*Tocan á lo lejos una campana.*)

Hon. ¡ La campana! ¡ Oh Dios!

Desid. ¿ Qué es esto?  
¿ Quién á estas horas la toca?

Hon. (*Aparte.*) Es Bonifaz.

Desid. Ven, ven presto  
A casa.

Hon. ¡ Oh! no. Dios te ha puesto  
Las palabras en la boca.

¡ Es nuestro ser tan precario!

¿ Podrás (y esto no te agite)

Dar el perdón necesario,

Si por yerro involuntario

Hay quien la salud te quite?

Desid. ¿ Quitar la salud has dicho?

Hon. Ya ves que hoy te hirieron...

Desid. ¡ Oh!  
Esto...

Hon. Aunque apenas brotó  
La sangre...

Desid. (*Aparte.* ¡ Monjil capricho!)

Yo perdono á quien me hirió.

Hon. ¿ Cierto?

Desid. Cierto.

Hon. No lo olvides,

Y promete obedecerme.

Desid. ¿ En qué?

Hon. En curarte.

Desid. ¡ Ponerme  
En cura...!

Hon. Y no te descuides.

Desid. ¿ Pretendes loca volverme?

Yo manejo brazo y mano

Bien, y siento apenas...

Hon. Haz

Cuenta que no hablaré en vano.

Desid. Recuerdo el sepulvedano

(*Medio para sí.*)

Herido por Bonifaz.—

¿ Me podrá en riesgo poner

Mi herida? ¿ Será creíble?

Hon. En esta época terrible

Verías establecer

Alguna medida horrible,

Jamás usada, inaudita,

Para que no se extendiera

Por una provincia entera

Un mal que solo se evita

Cuando y como Dios lo quiera.

Desid. Sí, tenía en general,  
Quien de enferma poblacion  
Fuese á otra libre del mal,  
Inmediata impositcion  
De la pena capital.  
Pero ¿ adónde me conduces  
Con esto? que me acobarda  
El afán que en mí producees.

Hon. Segovia formó una guarda,  
Que por falta de arcabuces,  
Fué casi toda de arqueros;  
Y el jefe quiso lograr  
Que en llegando á disparar  
Los tiradores certeros  
Al que intentara escapar,  
Sin remedio pereciera  
El prófugo brevemente  
Solo con que se le hiriera,  
Aunque, herido y todo, huyera  
En un caballo excelente.

Desid. Y bien...

Hon. Cada flecha dada  
Con este fin exclusivo

Á la gente asalariada...

Desid. Por Dios...

Hon. Estaba empapado

Desid. ¿ En qué?

Hon. En un veneno acido

Desid. Y la que á mí me ha tocado.

Hon. Medio hay que su accion destina  
Bonifaz la ha examinado...

Desid. ¿ Él?

Hon. Y el toque que ha sonado

Dice que la flecha es suya.

Desid. ¡ Suya! ¡ Oh Dios!

Hon. Sí, pero es

Desid. ¡ Suya! ¿ No habrá salvacion  
Para mí?

Hon. ¿ Te descubriera

Yo el riesgo, si antes no hubiera

Pensado la curacion?

Desid. ¿ Tú? ¿ Qué me puede valer

Tu auxilio?—(*Gritando.*) ¡ Criados! ¡

¿ Me dejarán perecer

Sola aquí?

Hon. Conmigo sola

Tienes cuanto has menester.

Desid. Quita, mujer, que nació

(*Queriendo separarse de Honoria*

*llevándosela consigo hácia la casa*

Para la vergüenza mia.

Tú en mi pena gozas.

Hon. ¿ Yo?

(*Soltándola con un movimiento de*  
*dignacion.*)

Desid. ¡ Socorro!

(*Precipítase por la puerta del costado*  
*derecho.*)

*Hon.* Merecería...  
(*Mira hacia adentro.*)  
No, no, que se desmayó.  
(*Va á socorrer á Desideria.*)

ESCENA X.

JIMEN Y BONIFAZ, BAJANDO LA ESCALINATA.

*Bon.* Que me perdone.  
*Jimén.* ¡ Oh Dios! ¡ ambas  
Expuestas á perecer!  
No vuelvas sin el doctor.  
*Bon.* Con sus criados se fué  
A ver esas ruinas góticas  
Que cerca de aquí se ven.  
*Jimén.* ¡ Honoria! — Mas antes debo  
Acudir á mi mujer.  
*Bon.* Al recogerse á los guardas  
Las flechas, las entregué  
Todas, menos esa sola  
Que yo no debí de ver.  
Cruza el venado el camino...  
*Jimén.* Vete.  
*Bon.* Me inspira Luzbel  
Que entre en el monte y le ataje;  
Le tiro, ¡ y vengo á coger  
La saeta envenenada!  
Y no hay duda: las marqué:  
La conozco.  
*Jimén.* ¿ Y se consigue  
La ponzoña detener  
Del modo que tú me has dicho?  
*Bon.* A todo el mundo lo oíreis.  
*Jimén.* Basta, corre. (*Vase Bonifaz.*)

ESCENA XI.

JIMEN.

Yo remedio

Tan extraño probaré.  
Si me informo del doctor,  
No me dejará exponer  
Mi vida, que juzgará  
Llena de venturas él.  
Aun mi esposa ha de ignorarlo:  
Dermida la curaré.  
¡ Desideria! vivirás.  
No sabrá bien absorber  
Un irracional el tósigo  
De tu herida; yo lo haré. —  
Si muere mi Honoria, quiero  
Morir á la par también. —  
¡ Traérmela aquí á espirar!  
¡ Dios mío! es rigor cruel.  
¿ No adora mi esposa en mí?  
(*Con amarga ironía.*)

Justo es mi vida ofrecer  
Por ella. Sí: yo el veneno  
De su herida chuparé.  
(*Se dirige resuelto á la casa, y en el  
umbral de la puerta se halla con Ho-  
noria, que le ha estado escuchando  
un instante.*)

ESCENA XII.

HONORIA, JIMEN.

*Hon.* Sería ya inútil.  
*Jimén.* ¡ Ah!  
*Hon.* Como por dicha has tardado,  
Mi labio se ha adelantado:  
Salvada tu esposa está.  
*Jimén.* ¿ Tú...?  
*Hon.* Cuando ella en su sentido  
Vuelva...  
*Jimén.* ¡ Tú te envenenaste!  
*Hon.* Le dirás que tú sanaste  
La herida.  
*Jimén.* ¡ Oh! no. — ¡ Te has perdido!  
*Hon.* No es culpa de gravedad:  
Siempre de mi mal muriera:  
Lo que hoy en tí crimen fuera,  
En mí es generosidad.  
*Jimén.* ¡ Honoria! ¡ Y has de dejarme!  
*Hon.* Y aun con ánimo gozoso.  
Muerta yo, serás dichoso:  
Muerta, podrás olvidarme.  
*Jimén.* ¡ Olvidarte!  
(*Tiéndele los brazos para sostenerla,  
porque la ve apoyarse en una silla:  
ella le rechaza blandamente.*)  
*Hon.* Si hoy de mí  
Te apartan mis brazos yertos...  
*Jimén,* con ellos abiertos  
Te voy á esperar allí.  
(*Señala el cielo, y toda trémula se en-  
tra en la casa.*)

ACTO SEGUNDO

Y DEL DRAMA EL QUINTO.

Vista exterior de las ruinas de un palacio gó-  
tico, las cuales ocupan un tercio del tablado  
y casi todo el telon de fondo. En este la  
puerta principal con dos hojas estropeadas  
y endebles; sobre la puerta una ventana  
grande. A la derecha del espectador, y de

frente á él, otra puerta tambien de dos hojas medio carcomidas. Al lado izquierdo árboles corpulentos y espesas matas. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA.

DON GARCILLAN, DON LOPE, DAMAS,  
CARALLEROS, UN CRIADO CON UN FAROL.

*Garc.* En estas ruinas, aquí  
Sin dársele sepultura,  
Quedará depositada  
Mientras el obispo juzga  
Qué nos corresponde hacer  
En tan ardua coyuntura.

*Dama 1ª.* ¡Jesus! ¡qué lance!

*Dama 2ª.* ¡Qué escándalo!

*Lope.* ¿Quién lo imaginara nunca?

*Dama 1ª.* Estaría loca Honoria

Cuando le dió aquella furia.

*Lope.* Mas ¿quién oye lo que dijo

Que no se aterre y confunda?

Corre la voz de que está

Cercana de ser difunta

La santa, y el pueblo todo

Acude y la casa ocupa.

Un desmayo hace que Honoria

La confesion interrumpa;

Llega el doctor, da un encargo

Al padre, que se apresura

A cumplirlo; Almoravid

Queda con la moribunda

Un instante; acude luego

La Condesa; y de su aguda

Voz llamados, no tan solo

Nosotros, sino la turba

De afuera, oímos aquellas

Expresiones que espeluznan.

*Garc.* « ¡No soy cristiana! ¡no estoy

Bautizada! »

*Lope.* Y aquí anuda

Su lengua la muerte, y rinde

El alma.

*Dama 1ª.* Eso fué locura,

Fué un extravío; y sostengo

Que sin razon dificultan

El sepultarla en sagrado.

*Lope.* Sabeis la respuesta pública

Del doctor, cuando la gente

Le preguntaba confusa.

Dijo que no estaba loca

Honoria, que era la pura

Verdad cuanto había dicho,

Y que á él le constaba.

*Dama 1ª.* Y cruza

La alcoba al decirlo, sale,  
Y por mas que el juez le busca,

(*Señalando á don Garcillan.*)

No se le ha podido hallar  
Desde entonces.

*Garc.* Esa fuga  
Da motivo de creer

Que es todo tramoya suya.

Pero es negocio eclesiástico:

Y luego la gente rústica

Que ve así morir á aquella

Mujer á quien se tributa

Veneracion como á santa,

Se escandaliza y murmura.

Cuanto mas la idolatraron,

Repugnancia mas profunda

Tal descubrimiento causa.

*Dama 2ª.* Si el médico disimula,  
No hay nada.

*Garc.* Pues la Condesa  
Merece menos disculpa.

Si hace al escuchar á Honoria

Que su confesor acuda

Solamente, y no vocea

Para que allí se reunan

Todos, se ignora el suceso,

Y el escándalo se excusa.

*Lope.* Ya; pero si muere Honoria

Sin que el escándalo cunda,

Quedaba su nombre ileso,

Hubiera metido bulla

Su entierro, y vendria á verle

Media España: era una angustia

Para la rival de Honoria

Semejante barahuuda.

*Dama 1ª.* ¿Con que la envidia tambie  
Despues de la muerte dura?

*Lope.* ¿Por qué no, si sobrevive

Todo lo que al muerto ilustra?

*Garc.* Bien pudiera la Condesa

Suspender el que conducan

Aquí el cadáver, teniéndolo

En casa mientras pronuncia

Su fallo el obispo. Fué

Desde Segovia á Sepúlveda;

Pero mañana á las diez

Su decision absoluta

Nos trae á un propio.

*Dama 1ª.* Luces

Allá-abajo se vislumbran.

*Garc.* Sí; vienen ya con el féretro.

*Dama 1ª.* Mirad: ¡es cosa que asusta

¡Ni un clérigo!

*Dama 2ª.* ¡Ni una cruz!

*Garc.* No reza nadie.

*Lope.* Circundan

El ataud en silencio.

*Garc.* ¡Hoy entre vítores triunfa,

sin que nadie la llore,  
fama la sepultan !

ESCENA II.

ERIA, ALDEANAS VESTIDAS DE BLAN-  
UE TRAEN EN EL ATAUD A HONORIA  
IDA TAMBIEN DE BLANCO. ACOMPAÑA-  
TO DE DUELO. PUEBLO, CRIADOS CON  
AS, DICHS.

d. Tomad y abrid, ya que es fuerza  
ndo una llave d un criado, que  
re la puerta del palacio.)

triste deber se cumpla.

pero que volvamos  
con la pompa augusta

region á dar

nfeliz criatura

so en tierra sagrada,

r hoy se le rehusa.

z. Si; pero como personas

crédito repugnan

, como agradecidos

bienhechora, en suma,

teles, imploremos

nteligencia justa

para esa mujer

n su fin nos conturba.

virtuosa siempre

os; de su hora última

es dado juzgar;

mi mi fe me anuncia

abres tu seno tú

nas en las alturas.

isa, durante la cual oran todos.)

d. Id.

tran el ataúd en las ruinas: si-  
enle los del acompañamiento.)

z. Jimen no habrá querido

traslacion nocturna.

d. Pues, y me encargó del duelo.

z. ¿Y eso?

ignando la herida de Desideria.)

d. Novedad ninguna

en el brazo el doctor

ipo de hacer la cura,

por libre de todo

za 1°. Por vuestra fortuna,

irse la saeta

aljaba por la punta

tiempo, habia ya

tádose la untura

veno.

z. Si el doctor

e que de su ayuda

esitais, podeis

Vivir tranquila y segura.

No se engañó en el pronóstico

Funesto que hoy os enluta.

Desid. Ya observaria que á Honoria

La mataba la clausura.

Se consumía de pena

Ella de verse reclusa.

Garc. Libro fué su vocacion.

Desid. Murió, y es inoportuna

La reticencia; no importa

Ya que todo se descubra.—

Si mi prima tomó el hábito,

Fué porque está muy en duda

Si su madre ingirió ó no

Sangre bastarda en la alcurnia

Del Conde.

Garc. ¿Es posible?

Desid. Es cierto.

Y allá cuando la aventura

Descubrir á Bonifaz,

La llama que estaba oculta

En el cuarto de Jimen,

(Aunque yo tuve la culpa)

Era Honoria.

Lope y Garc. ¡Honoria!

Desid. Allí

Colocada en la estrechura

De quedar sin opinion

La encontré; allí la renuncia

Del mundo y mi casamiento

Le inspiró el cielo: resulta,

Señores, que no fué todo

Virtud lo que se gradúa

De tal; fué interés, desco

De mantener incorrupta

Su reputacion, en fin,

Lo que se ve en la conducta

De la mujer casi siempre,

Que es vanidad y tontuna.

Lope. ¡Excelente oracion fúnebre!

Desid. Puede que sea la única

Desde el orador se atiende

A la verdad, y no adula.

(Salen de las ruinas los que entraron,

habiendo dejado dentro las luces.)

Garc. Ya salen.

Desid. Vamos. Yo, es cierto

(Un criado otierra y da la llave á Desi-

deria.)

Que fui mil veces injusta

Con ella, y solemnemente

Lo declaro.—Oiga la súplica

De perdon que le dirijo

A la region donde alumbra

Luz de desengaño eterna,

Paz que la pasion no turba;

Y desde allí me verá

Mi compañera de cuna



Reconciliada con ella  
Al fin.

*Garc. (Aparte.)* Sí, sobre la tumba,  
Cubierta de deshonora,  
Donde tu piedad la insulta. (*Vanse todos.*)

ESCENA III.

JIMEN.

Todo se desvaneció,  
(*Saliendo por entre los árboles últimos  
de la izquierda.*)

Lúgubre susurro, luces,  
Túnicas blancas, capuces,  
Palmas... ya nada quedó.  
En silencio indiferente  
Yacen las ruinas que habita  
Allí una beldad marchita,  
Aquí un corazón doliente.  
¿Por qué la razón no ahuyenta  
De mí este afán, como anhelo,  
Si aun de que pisé este suelo  
Podrá pedirseme cuenta?—  
¡Honor! No; no esa tez  
Han de ver descolorida  
Los ojos que allí la vida  
Bebieron alguna vez.  
No; tu voto me sujeta  
Cuando conmigo conté:  
Como la celda viviendo,  
Jimén la tumba respeta.  
Solo, mi Honor, á hurtadillas  
He llegado á estos umbrales,  
Y de tus restos mortales  
Me despido de rodillas,  
Para rogarte, pues ya  
Que te olvide has exigido,  
Que tú me des el olvido,  
Pues en mi poder no está.

(*Mirando á la ventana grande sobre  
la puerta.*)

Mas ¿qué es esto? El resplandor  
De las hachas disminuye.—  
Hielo por mis venas fluye.—  
Percebo un sordo rumor.—  
Detenerse es por demás.  
La puerta resiste en vano.  
La forzaré.

(*Abre la puerta de una patada.*)

ESCENA IV.

UN EMBOZADO CON ANTIFAZ, QUE APARECE EN  
EL UMBRAL DE LA PUERTA CUANDO JIMEN  
VA A ENTRAR; DICHO.

*Emboz.* Atrás profano.

*Jimén.* ¡Jesus mil veces!  
(*Retrocediendo.*)

*Emboz.* ¡Atrás!  
(*Retírase el embozado y ciérranse la  
hojas de la puerta.*)

*Jimén.* ¿Ha sido una aparición?  
¿Es un viviente? — ¿Qué dudo?  
Con el estoque desnudo  
Arranco tras la visión.  
Ningun pensamiento impío  
Me mueve. (*Abre.*) ¡Nueva sorpresa!  
Ya todo en tiniebla espesa  
Está. — ¡El ataúd vacío!  
¡Qué esperanza! ¡qué recelo!  
¡Me la roban! — Luz se ve  
Allí... ¡Oh! no la cederé  
Ni á los ángeles del cielo. (*Entra.*)

ESCENA V.

DESIDERIA, BONIFAZ, CON UN FAROL.

*Desid.* Es inútil, no me niegues  
Que hacia aquí se encaminó  
*Jimén.*

*Bon.* Porque daros pude  
Muerte, aunque sin intención,  
Teneis derecho de hacer  
De mí un lacayo, un pastor...  
A todo me avengo, menos  
A servir de soplón.  
Ha salido el Conde, sí:  
No sé hacia donde salió.

*Desid.* ¡La puerta abierta!

*Bon.* ¡Caramba!

¿No teneis la llave vos?  
*Desid.* ¡Apagadas las antorchas!  
Llega con ese farol.

*Bon.* ¿Qué habrá ocurrido?

*Desid.* ¡El cadáver  
No está! Desapareció  
De aquí.

*Bon.* ¡Virgen de la Peña!

*Desid.* No está.

*Bon.* ¡Virgen de la Hoz!

*Desid.* ¿Habrá sido arrebatado  
Por divina permisión?  
¿Habrá...? Jimén ha venido  
Aquí...

*Bon.* ¿Si resucitó  
Para cristianarse, y luego  
Morirse en gracia?

*Desid.* El doctor  
Que se oculta... mi marido...

¡Espantosa confusión! —

*Animo.* Da esa luz. Sígueme.

*Bon.* ¡Por la madre que os parió,  
Y no conocéis, no hagais

o tan atroz!

i. Sigueme.

No entráis, no entreis horrible mansion. os pertenece, há un siglo tiene habitador : horribles, dicen emerario que entró guen sin descanso. l. ¡ Cuentos!

Quizá un malhechor, os, tienen aquí ida, y ellos son el cadáver se llevan e la poblacion e, y huya y no pare uas al rededor. onos, reunamos gente de pro lla, y que ellos vengan la requisicion. i. Si, vamos : es mas seguro. Mas prudente.

i. Loca voy.

e cerquen las ruinas.

Bien : yo seré un cercador.

(*Vanse.*)

ESCENA VI.

JIMEN, TRES EMBOZADOS.

n. Bandidos, no os librareis.

*Dentro de las ruinas, á lo lejos.*

oz. 1º. (*Dentro.*) Romped por aquí.

oz. 2º. Cedió.

*rense las puertas de la derecha : otro de este ángulo del edificio aren con antifaces tres embozados, uno de los cuales tiene una cha, y otro cuida de Honoria, que nóvil como un cadáver yace retada en unas gradas.)*

os : estáis herido.

oz. 1º. Levemente.

oz. 2º.

Huye, señor.

na tu proyecto.

e en esta region

eliz. O atacar

á Jimen...

oz. 1º. ¡Qué horror!

oz. 2º. O desistir de llevarla.

oz. 1º. ¡Y ha de ignorar mi intencion?

de conocerme nunca?

do se me frustró.

oz. 2º. Escríbeselo y salvémonos.

oz. 1º. Sé feliz, Honoria. A Dios.

(*Vanse los tres por la derecha.*)

ESCENA VII.

HONORIA, SIN SENTIDO, Y LUEGO JIMEN, AMBOS EN EL PORTAL QUE SE VE A LA DERECHA.

*Jimen. (Dentro.)* No saldreis con vuestra Ya en vuestra sangre teñi [empres: La espada. (*Sal.*) ¡ Ah! venci, venci: Abandonaron la presa.

Huyeron.— ¡ Ay Dios! ni el sello

De la muerte descompone

Su rostro : respeto impone,

Tan candoroso, tan bello.

¡ Por qué profana esa gente

Tu morada mortuoria?

Yo no sé; yo no sé, Honoria,

Mas que te tengo presente.

¡ Ay! aun aquí eres ajena,

Y no me debo atrever

Ni una lágrima á verter

En tu frente de azucena.

Y cuando el pecho se parte

Del dolor que le devora,

¡ Ay! ¡ el solo que te llora,

Se esconde para llorarle!

¡ Honoria! — ¡ Y se ha reducido

A esto la que amaba! — Inerte

Cual piedra... — ¡ Por qué la muerte

No nos habrá reunido?

Mucho el premio ha de valer

Que Dios nos ha de guardar,

Para podernos pagar

Tanto y tanto padecer.

Horrible es que se dilate

Por tanto tiempo el martirio. —

¡ Santos del cielo! ¡ es delirio?

Creo que su seno late,

Creo notar que respira.

Querer llevarla robada...

¡ Dios mio! no me persuada

Yo lo que será mentira.

Sienta yo su mano, sienta

Circular... (*Asla una mano.*)

No, no es prestigio.

Honoria vive. ¡ Oh prodigio!

Hon. ¡ Ay! (*Abriendo los ojos.*)

Jimen. Honoria mia, alienta.

Hon. ¡ Ay!

Jimen. Gracias, mi Salvador :

Volvistes por vuestra esposa.

Mírame.

Hon. Padre... me acosa

Una duda.

Jimen. El confesor

Me cree. Soy Jimen.

Hon. (*Sin comprenderle aun.*) Él

Me ha de llevar al abismo.

¿Creeréis... que ahora mismo...  
Temo quererle...?

*Jimén.* (*Aparte.* ¡Mas hiel  
Sobre la herida enconada!)  
Calla, que Jimén lo exige.  
Yo soy Jimén.

*Hon.* ¡Tú! ¿Qué dije?  
¿Por ventura...?

*Jimén.* Nada, nada.  
Ni lo sientes ni imaginas,  
Ni lo creo: no pensemos  
En esto; pensar debemos  
En que salgas de estas ruinas.

*Hon.* ¿Ruinas? Cierto: no descubro  
La ostentosa colgadura  
Del cuarto. ¿Qué vestidura  
Es esta con que me cubro?  
¿Dónde estoy? No es esta ropa  
La de mi orden.

*Jimén.* A mejor  
Ocasión diré...

*Hon.* El doctor  
Al presentarme una copa,  
Si no confundo el sentido,  
Me anunció...

*Jimén.* ¿Qué te decía?  
¿Qué?

*Hon.* Que se me creería  
Muerta. ¿Si lo habreis creido?

*Jimén.* Sí, sí.

*Desid.* (*Dentro.*) A este punto acudid.

*Jimén.* De Desideria es la voz  
Que oigo.

*Hon.* Búscame veloz  
Al doctor Almoravid.  
Él un horrible alboroto  
En mi razon ha excitado;  
Él es el que se ha empeñado  
En que era nulo mi voto.

### ESCENA VIII.

DESIDERIA, DON GARCILLAN, DON LOPE  
Y CABALLEROS CON ESPADA EN MANO, PUE-  
BLO, DAMAS.

*Garc.* Los que huyen no se la llevan.

*Desid.* Aquí debe estar.

*Jimén.* ¡Miradla!

(*Saliendo con Honoria.*)

*Todos.* ¡Milagro!

*Desid.* ¡Vive! ¿Es verdad?

*Jimén.* El cielo quiso salvarla.

(*Las damas llegan á sostener á Hono-  
ria, y la traen á un lado de la esce-  
na, donde hay unos trozos de las  
ruinas, sobre los cuales se sienta.*)

Yo la liberté de manos

De unos viles que intentaban  
Llevarse la.

*Desid.* ¿Y quiénes eran?

*Jimén.* A ninguno vi la cara.

*Garc.* Ya los persiguen. Honoria  
Pudiera indicarnos...

*Desid.* Habla,  
Honoria.

*Hon.* Nada comprendo.  
Hablaís de robo, con armas  
Venís... El doctor podrá  
Daros alguna luz.

*Desid.* Falta  
Del pueblo.

*Jimén.* (*Aparte.*) Debió ser él  
A quien dí la cuchillada.

*Desid.* ¿Recuerdas, Honoria, habernos  
Dicho que no eras cristiana?

*Hon.* Sí. ¡Qué horror!

*Garc.* Deliraríais

Entonces.

*Hon.* No deliraba,

No.

*Jimén.* ¿Cómo?

*Hon.* Jura el doctor  
Que yo he sido bautizada  
Con agua de flores.

*Garc.* Era  
Nulo el bautismo. Sin agua  
Natural no hay sacramento.

*Lope.* Pero el decirlo no basta.

*Jimén.* Debería darnos pruebas  
El doctor.

*Hon.* Me ofreció darlas.

*Desid.* Y no lo ha cumplido, y huye,  
Con ser la cuestion tan ardua.

*Hon.* ¡Oh! si ha mentado, es un monstro  
Por poco el susto me mata.

*Desid.* No temas: tu enfermedad  
Tambien será imaginaria.

*Hon.* ¿Tambien?

*Desid.* A favor de pócmas

Para que te desmayaras,  
Habrá logrado el doctor  
Que tú de Segovia salgas,  
Para simular tu muerte  
Fuera del claustro.

*Hon.* ¿Qué causa  
Pudiera el doctor tener...?

*Desid.* Eso cualquiera lo alcanza.

*Jimén.* ¡Desideria!

*Desid.* Ya es forzoso

Crear que el doctor te ama.

*Hon.* ¡Oh vergüenza!

*Jimén.* ¿Piensas...?

*Desid.* (*A Jimén.*) Piens

Que como la circunstancia  
De nulidad del bautismo

s invalidaba  
ria, quiso el doctor  
manera engañarla,  
se figurase  
a ser casada.  
¡Casada!  
Y comprometerla  
apto á ello.

Calla,  
n puñal para mi  
r de tus palabras.  
Yo no te culpo.

Me culpa  
cion, me ultraja,  
todos crearán  
usar esa traza  
una mujer,  
ió autorizarla.  
bes tú que nadie  
mposible que amara  
que á un hombre... que á Dios...  
é digo: se abrasa  
e, y á un tiempo juicio  
cia se me acaban.

hallarse al doctor,  
afirmase se aclara,  
eré yo al convento,  
uros no me salvan  
nias afrentosas  
ras asechanzas.  
no quiero vida  
os me hacen amarga,  
nerme obligaciones,  
me dejan guardarlas.  
Honoría es muy concienzuda,  
idará la carta  
dre.

¡Oh Dios! ¡Qué dije!  
s que mis votos vaya  
ar en el claustro.—  
y su honor lo mandan.

(*Aparte.*)

ESCENA ULTIMA.

Z, EL EMBOZADO 1º CON UN BRAZO  
DO; ALDEANOS ARMADOS; DICHOS.

Cuidado, que no se escape.  
z. Dejadme paso, canallas.

(*Se descubre.*)

¡El doctor Almoravid!  
Yo soy: así se me llama,  
mi oficio y mi origen;  
re cierto es Audalla.  
¡Un moro!

Cabal: un moro  
rico de Granada.

*Jimén.* Estais herido: vos sola...

*Doct.* Soy el que á Honoría robaba;  
Soy el que le dió á beber  
Una pocion que aletarga;  
Soy el que para evitar  
Que viva la sepultaran,  
He descubierto que fué  
Con engaño bautizada.

*Hon.* Pero ¿es verdad?

*Doct.* Me lo ha dicho  
Tu madre... que fué mi hermana.

*Hon.* Es imposible.

*Doct.* Era mora.

*Desid.* ¿Mora?

*Doct.* Sí, fué cautivada  
Niña; á Segovia trajéronla;  
Prendó á su señor la esclava;  
Murió aquel sin que los vínculos  
Del amor legitimara;  
Y firme ella en su creencia  
(Cual buena mahometana),  
Al dar á luz una hija  
Cuya vida peligraba,  
Para no imprimirle el sello  
Que al nazareno señala,  
Mandó que un siervo ignorante  
La frente infantil regara  
Con agua de olor.

*Bon.* ¡Huy! ¡qué  
Mora tan mala cristiana!

*Doct.* Supimos de ella; partí  
Y la conduje á la patria;  
De la hija, ya en secreto  
A San García enviada,  
El nacimiento calló:  
Fué luego esposa Zoraida,  
Y ya es polvo.

*Desid y Hon.* ¿Ha muerto?

*Doct.* Sí.

Al morir me lo declara  
Todo y me entrega papeles,  
Para que venga en demanda  
De mi sobrina: la encuentro,  
Y viéndola tan fanática  
En su fe postiza, tuve  
Que apelar para llevármela  
A ese medio extraña.

*Hon.* Estais  
En un error.

*Desid.* La bastarda  
Hija de mora, soy yo.

*Jimén.* Sí.

*Doct.* Quien lo crea se engaña.  
Tú, cuya insaciable envidia (*A Desideria.*)  
Despuntó desde la infancia,  
Codiciosa de la joya  
Que al cuello Honoría llevaba,  
Cual otra tú, precisaste

A tu nodriza á trocarlas.

*Todos.* ¿A trocarlas?

*Desid.* Falsedad.

Yo no me acuerdo de nada.

*Hon.* Ni yo.

*Doct.* Teniais tres años.

*Desid.* Siempre con la misma alhaja  
Se nos vió.

*Doct.* No permitiste  
Que dos horas disfrutara  
Honoría su diástinivo.

*Desid.* ¿Y cómo nuestra encargada  
No habló de ese trueque á nadie?

*Doct.* Cuatro años despues Olalla

Te dijo que era tu madre  
Una noble castellana,  
Mujer de un gobernador  
De Burgos, y que ignoraba  
Si era la madre de Honoría  
Una mora ó renegada.

Esto deshacia el trueque;  
Y la nodriza contaba  
No morirse tan de pronto  
Sin hacer que destrocarás.

*Garc.* ¿Consta eso?

*Doct.* De todo hay pruebas,

Ya por mí justificadas.

Míralas tú, que eres juez,

Y di si aparecen válidas.

*(Entrega unos papeles á don Garcillan.)*

Olalla menciona aquí  
El trueque de las medallas  
Y los nombres que os pusieron  
Para que ocultos quedaran  
El de Flor y el de Violante.  
En este papel se marca  
Entre las señas de Honoría  
Un lunar en la garganta.

*Todos.* No hay duda.

*Doct.* No la hay : tú eres

La de estirpe musulmana,  
Honoría; tú, Desideria,  
La Condesa propietaria,  
Prima de Jimen.

*Desid.* ¿Su prima!

*Bon.* ¿Casado con prima hermana!

¿Jesus! Matrimonio nulo.

*Hon.* ¿Podrá ser?

*Desid.* *(A don Garcillan.)* Hablad, y  
De duda si soy esposa  
O si quedo divorciada.

*Garc.* No hay tribunal que no juzgue  
Evidente la probanza.

*Desid.* ¡Ay! — ¿Y los votos de Honoría?

*Bon.* ¡Toma! No siendo cristiana,  
Tampoco pudo ser monja.

*Garc.* Si los hizo voluntaria,  
*Entonces...*

*Hon.* Los pronuncé

Creyendo que ejecutaba

La voluntad de un padre.

*Garc.* Quedais libre.

*Doct.* *(A Desideria.)* Y á tí pasa

La obligacion.

*Jimen.* Y el condado,

Pues la donacion firmada

Por Honoría es nula.

*Desid.* Sí,

Todo es nulo por desgracia.

*Hon.* *(Aparte.)* ¡Infeliz!

*Doct.* *(A Jim. y Hon.)* Vosotros, creo

Que os amásteis y os amábais...

*Jimen.* Por compasion...

*(Señalando á Desideria.)*

*Hon.* Respetad...

*Doct.* Vuestra suerte fué cambiada:

*(A las dos)*

Destrocais : á ella tu claustro,

A tí su marido.

*Desid.* *(Aparte.)* ¡Oh rabia!

*Jimen.* Desideria...

*Hon.* Amiga mía...

*Desid.* Basta de consuelos, basta.

Yo tu galan te usurpé;

Tú mi esposo me arrebata;

Monja te hice, monja me haces :

Lícita es la represalia.

*Bon.* Bautizo y boda en un día

Vamos á tener en casa.

*Doct.* La primera ceremonia

No la veré yo : mañana

Torno á mi país.

*Hon.* ¡Tan pronto!

*Doct.* Con el oro que guardaba

Para tí, volveré luego.

*Hon.* Señor...

*Doct.* Pero antes que parta,

¿No me dará mi sobrina

Los brazos?

*Hon.* Ellos y el alma.

*Doct.* Los tuyos, Jimen.

*Jimen.* Señor...

*Doct.* Hijos, Alá os destinaba

El uno al otro; yo tengo

Vuestras manos estrechadas :

¿Pudiera uniros?

*Jimen.* Aún

No es tiempo.

*Hon.* No.

*Doct.* En mí recaiga

La culpa. *(Hace que se abraze)*

*Garc.* Y en mí.

*Jimen.* ¡Bien mio!

*Hon.* ¡Jimen! — ¡Dios eterno, grac!

¿Quién mas dichosa que yo?

*Desid.* Ninguna : huérfana, dama,

En el siglo, en el convento,  
Enferma, resucitada,  
Tu vida feliz ha sido,  
Mi vida triste y amarga.

Hon. ¡Siempre envidiada!  
Desid.  
Mereces ser envidiada.

Siempre

## NOTAS.

1°. Este drama va dividido en *dos partes*, no porque el autor crea que comprende dos acciones, sino porque abraza dos épocas y corresponde en cierto modo á dos géneros. Los tres primeros actos pertenecen algo mas á la comedia que al drama; en los dos últimos casi todo es drama y nada es comedia. El lector á quien incomode ese renglón de *primera y segunda parte*, considérelo como una errata y bórralo de su ejemplar.

2°. El desenlace producido por la nulidad de los votos religiosos, es una imitación de *En el mayor imposible nadie pierda la*

*esperanza*, comedia de Moreto, el cual tomó esta idea de una anécdota ó cuento que se halla repetido en varias obras. En el acto 5° hay también una imitación de *Romeo y Julieta*; y en cuanto al trueque de los distintivos de ambas huérfanas (medio comunísimo sin ir á copiarlo de *La Recherche d'un père*), hay que prevenir que cuando se empezó á escribir este drama, el autor creía que no debería representarse *El Bachiller Mendaz*; por lo cual no reparó en echar mano de un recurso que le resulta empleado ahora dos veces de seguido.

# LA VISIONARIA,

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA,

ESTRENADA EN EL TEATRO DEL PRINCIPE A 21 DE MARZO DE 1860.

---

## PERSONAS.

|                |               |
|----------------|---------------|
| DOÑA CRISPULA. | UN ORDENANZA. |
| VALENTINA.     | UN MÉDICO.    |
| DON VICENTE.   | DOS SEÑORAS.  |
| RAIMUNDO.      | UN CERRAJERO. |
| MARCOS.        | ALGUACILES.   |
| UN ESCRIBANO.  |               |

*La escena es en Palma, capital de la isla de Mallorca.*

*La acción pasa en 1805.*

---

## ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala baja. En el fondo una ventana grande con reja, por la cual se descubre la calle. A la derecha del actor, la puerta de entrada; á la izquierda otra, con una mampara, que da paso á las piezas interiores. Una mesa, sillas muy altas de respaldo, y un bastidor de bordar.

---

### ESCENA PRIMERA.

VALENTINA, BORDANDO JUNTO A LA REJA;  
DOÑA CRISPULA, OBSERVANDO A DON  
VICENTE, QUE PASEA LA CALLE CON IN-  
QUIETUD.

*Crisp.* Ya lleva una hora de planton, y no hay trazas de que se retire tan pronto. Imposible que sea mallorquin ese perdulario. Valentina.

*Val.* ¿Manda usted?

*Crisp.* Ven aquí: deja la labor.

*Val.* Si usted me permite concluir este ramo... Son dos puntadas.

*Crisp.* Hazme el gusto de quitarte de la ventana inmediatamente.

*Val.* Voy: no se enfade usted.

*(Se levanta.)*

*Crisp.* Supongo que esta vez no dirás que

veo visiones, que interpreto al revés las cosas. Mira aquel hombre.

*Val.* ¿Y quién es, madre?

*Crisp.* Eso es lo que yo te iba á preguntar, hija.

*Val.* Con la celosía, no distingo bien sus facciones; pero me parece, por el aire del cuerpo...

*Crisp.* ¿Qué? Vamos: di.

*Val.* Me parece que no le conozco.

*Crisp.* Si estuvo en Santa Eulalia el domingo pasado.

*Val.* Puede.

*Crisp.* Y bien cerquita de nosotras.

*Val.* ¿Qué tiene de particular?

*Crisp.* Y no apartó los ojos de tí mientras duró la misa.

*Val.* No reparé. Y lo que es hoy, ni siquiera he mirado á la calle.

*Crisp.* Lo que tú te empeñas en callar, lo revelan las imprudencias de tu novio.

*Val.* ¡Mi novio! ¿Quién? ¿aquel caballero? A usted debo el primer anuncio de esa conquista.

*Crisp.* ¿Pues á qué vienen las mojigangas que hace?

*Val.* ¿Y cuáles son?

*Crisp.* Rondar la calle arriba y abajo, sin perder de vista nuestra casa... Una miradita á esas rejas, otra á los balcones del cuarto principal, que está desalquilado... Se viene despues al portal; sube la escalera, dando

on en cada peldaño; silba, canta, on el baston puertas y paredes.... é armará tal estrépito, sino para rle, te asomes?

Todo eso se puede hacer sin objeto ado. El ocio, el fastidio, la impa-

Si nunca me salen erradas mis is.

¿Nunca, madre? ¿Se acuerda usted chasco tan serio...?

¿Cuando me figuré que robaban nte, y era el escribano don Celedo- acia un embargo? Apariencias tan s confundirían á cualquiera.

No, yo hablaba de cuando fuimos rio de Bonanova.

¡Ah! ¿El día del Dulce Nombre? ¿Buen sofoco me hizo usted pasar, ninguna! Porque nos seguía un ojo por mas señas, se figuró usted iba de entregarme un papel. Me usted del brazo, echa á correr con- riñe, me pellicza.... ¿Y qué era misterio? Que usted habia perdido o en la ermita; que aquel buen o habia recogido, y queria devol- uste.

Y por esa casualidad, ¿querrás dirme que entre tanto monuelo que ora al paso cuando salimos, no hay guste?

¿usted es á quien le desagradan

¿Y á tí ninguno! ¿Qué desenvol- é atrevimiento! Me has de quitar á res la vida.

Madre, madre, por las entrañas de ntísima, ¿quiere usted decirme, ito á los deberes de buena hija? ve usted día y noche amarrada á lor, sin alzar cabeza, para que el si trabajo nos saque de la estrechez s pone la corta viudedad que usted on quién gasto yo conversacion? piés aquí nadie mas que Raimundo? ¡Ah! ese no es de temer. Estoy nente cierta de que-no te quiere. Querverme? Ni piensa en mí si- Valiente cabeza de gorrion! Tres ya que no parece por casa.

En fin, si me aseguras que es otro no ronda por tí...

lo señora, no. (*Llama don Vi- z reja.*)

¡Calle! Pues él es el que está . (*Llegándose á la ventana.*) e ofrece á usted, caballero?

*Vic.* Perdone usted mi franqueza, se- ñora. Yo tenia precision de molestar á usted con una visita. La persona que debía pre- sentarme no parece, y me canso de aguard- dar en la calle.

*Crisp.* ¿Y quién es ese sujeto?

*Vic.* El sobrino del propietario de esta casa.

*Crisp.* ¿El sobrino de don Leon?

*Vic.* Pues, don Raimundo.

*Crisp.* Don Raimundo Torrella. En efec- to, muchos dias suele venir por aquí á estas horas. Dé usted la vuelta, que voy á abrir.

*Vic.* Mil gracias, señora. (*Quítase de la ventana.*)

ESCENA II.

Doña CRISPULA, VALENTINA.

*Crisp.* ¿Lo has oido? Á casa viene, yo no le conozco; con que no hay remedio, es á verte.

*Val.* Pues yo no le quiero ver, si viene por mí. Permita usted que me retire á mi cuarto mientras hablan ustedes.

*Crisp.* Bien: así le podré yo sondear mas libremente. (*Va á abrir la puerta.*)

*Val.* ¿Qué querrá este hombre? ¿Para qué se encargará Raimundo de traer aquí á nadie? ¿Como soy yo tan aficionada á vi- sitas! Merecia que no recibiese las suyas. (*Vase.*)

ESCENA III.

Doña CRISPULA, DON VICENTE.

*Crisp.* Perdone usted que le haya hecho esperar.

*Vic.* Por Dios, señora...

*Crisp.* Hará usted el favor de tomar asiento. (*Va á buscar sillas.*)

*Vic.* No era necesario, pero... (*Aparte.*) No se figurará esta señora que vengo á ver la casa para comprarla.

*Crisp.* Vamos, sin cumplimiento.

*Vic.* He dado á usted una prueba de que no los uso.

*Crisp.* Mejor: á mí me gusta la gente franca.

*Vic.* Su rostro de usted no me es des- conocido. Yo la he visto á usted no sé dónde.

*Crisp.* Sí, como soy tan devota de Santa Eulalia...

*Vic.* Cierto: en Santa Eulalia se hallaba usted el domingo. Y si no me engaño, la acompañaba á usted una jóven.



*Crisp.* Mi Valentina, mi hija única.

*Vic.* Criatura hechicera.

*Crisp.* ¡Eh! Tal cual.

*Vic.* No, no; que es su vivo retrato de usted.

*Crisp.* Déjese usted de tonterías.

*Vic.* A fe de Vicente Montaner.

*Crisp.* ¿Montaner es su apellido de usted?

*Vic.* Para servirla.

*Crisp.* ¿Tiene usted algun parentesco con doña Dolores Montaner de Bausá?

*Vic.* Somos primos.

*Crisp.* ¿Primos? Pues Dolores es madrina de mi hija.

*Vic.* Por muchos años.

*Crisp.* De manera que usted y el difunto don Jaime...

*Vic.* Éramos hermanos.

*Crisp.* ¡Excelente casa! ¡Hombre opulentísimo! Usted habrá tenido parte en su herencia.

*Vic.* No, señora; la repartió entre los pobres de la familia.

*Crisp.* (Ap.) Es rico.

*Vic.* Bastante hizo por mí con enviarme á la Habana y ponerme en carrera.

*Crisp.* ¡Hola! (Ap.) Es indiano.

*Vic.* Se empeñó mi hermano en que yo habia de hacer mi fortuna en América, y no paró hasta salirse con ello. « Te vas á Cuba (me estaba repitiendo siempre), y cuando hayas adquirido un mediano capital, regresas á tu país, te haces propietario y te casas con una palmesana honrada y bonita. »

*Crisp.* (Aparte.) ¿Qué tal? ¿Si decía yo bien?

*Vic.* Cuentas galanas, que luego salen como Dios quiere. En fin, despues de quince años de expatriacion...

*Crisp.* Vuelva usted á Palma, como buen mallorquin, con los tesoros del nuevo mundo.

*Vic.* Aun queda por allá lo mejor de mis bienes. — El motivo que me obliga hoy á recurrir á la complacencia de usted...

*Crisp.* Ya me figuro cual será.

*Vic.* No extrañaría yo que tuviera usted algun antecedente. Un trato licito no hay por qué ocultarlo de nadie.

*Crisp.* Mucho que no.

*Vic.* Pues, señora, yo á los quince dias de haber desembarcado, pasé casualmente por esta calle. Miré aquí... volví á mirar... y me quedé parado mas de media hora ahí delante.

*Crisp.* Pues, contemplando las rejas...

*Vic.* Las rejas y los balcones y toda la

casa, porque le confieso á usted sin reboso que me tiene enamorado, trastornado el juicio.

*Crisp.* Ya lo he conocido yo. Si miraba usted con una ansia, con una inquietud...

*Vic.* Es furor, es locura. En apasionádome yo de un objeto, no puedo disimularlo, y sacrifico cualesquiera intereses al logro de mis deseos.

*Crisp.* Es decir que cuando usted quiere, quiere bien.

*Vic.* Con toda mi alma.—Me presenté á don León...

*Crisp.* El tío de Raimundo.

*Vic.* Como dueño de la casa...

*Crisp.* Y él le hablaría á usted de no otras.

*Vic.* Sí, me dijo que el piso principal estaba desahogado, y que el bajo le ocupaban una señora viuda y su hija, personas de honor y virtud á carta cabal. Nos vimos varias veces. La última (que fué en la semana pasada) quedamos en que hoy se reuniría aquí don Raimundo conmigo; y mire usted el grandísimo lotarato ¡qué prima tiene! Yo, no pudiendo sufrir mas, dije para mí: Apelenos á la bondad de esta señora, que tal vez se dignará franquearnos sus puertas, y darme las noticias que necesito.

*Crisp.* Ha hecho usted perfectísimamente. Sin testigos, podemos hablar aun mejor.

*Vic.* Sí, señora. Y me haría usted un obsequio grande, si reservara para sí todo lo que ahora tratásemos.

*Crisp.* Corriente.

*Vic.* Cuando les consta que una es de los que atropellan por todo, se hacen de rogar y se ensanchan al doble.

*Crisp.* Señor don Vicente, ya sabe usted el refrán: á buen bocado, buen grito.

*Vic.* Confieso que las apariencias no pueden ser mejores; pero esto no basta. ¿Cómo puedo yo conocer el fondo, aunque desde la calle me parezca hermosísima?

*Crisp.* Por eso viene usted á verla.

*Vic.* Para eso esperaba á don Raimundo.

*Crisp.* Pues ya no es necesario. Cuando usted quiera, pasaremos al gabinete, y en seguida...

*Vic.* Dígame usted primero qué cosa que hubo en un tiempo, con motivo de ciertos amores, una comunicacion del cuarto principal á este.

*Crisp.* ¿Amores? ¿Comunicacion?

*Vic.* Secreto.

*Crisp.* O no ha habido tal cosa, á tan

secreta ha sido, que yo no he podido descabrirlo.

*Vic.* No lo digo porque sea un defecto.

*Crisp.* Pues, aunque me esté mal el decirlo, sepa usted que ni tiene ese, ni otro ninguno.

*Vic.* Pues entonces es una alhaja.

*Crisp.* Y que la codician muchos.

*Vic.* Eso ya me lo dijo don Leon, y en parte no lo extraño.

*Crisp.* Quizá el exterior es en ella lo que menos vale.

*Vic.* Pues la fachada es magnífica. Me decido. Robusto cimiento, sólida estructura, capacidad, segun dicen... Vamos, será mia.

*Crisp.* Poco á poco: falta que yo quiera.

*Vic.* ¡Ah! ¿Luego consiste en usted?

*Crisp.* ¿Pues en qué? ¿Pues en qué?

*Vic.* Don Leon no me ha dicho palabra.

*Crisp.* Pues yo le digo á usted que el negocio ha de ser á mi gusto.

*Vic.* (*Aparte.* ¡A buena parte he venido á informarme!) Yo he manifestado á usted, quizá imprudentemente, la vehemencia de mi deseo; pero ya lo hice, y no me vuelvo atrás. Dictama usted las condiciones que exige.

*Crisp.* Yo lo pensaré maduramente, como corresponde á negocio de tal entidad.

*Vic.* Resuelva usted pronto, por Dios. Ya puede usted haber conocido mi carácter impaciente.

*Crisp.* Sí; pero tengo precision de saber antes la voluntad de mi hija, porque está mas interesada que yo.

*Vic.* Ya. En ese caso, permitame usted que hable yo tambien con la señorita.

*Crisp.* Es muy puesto en razon. (*Pasa Raimundo por delante de la ventana.*) Allí viene ya don Raimundo.

*Vic.* Ya era tiempo. (*Doña Crispula va á abrir.*) ¡Me he portado! Ahora que sabe esta señora el capricho que tengo, me va á costar un ojo de la cara la casita dichosa.

#### ESCENA IV.

DOÑA CRISPULA, RAIMUNDO, UN CERRAJERO, DON VICENTE.

*Raim.* Servidor de usted, doña Crispula; *aprovecha,* don Vicente.

*Vic.* Amiguito, venturosos los ojos que ven á usted.

*Raim.* Riñame usted ahora, cuando vengo desde el puerto en una carrera, y me he dado una costalada, que por poco no me

desnuco. Yo le declaro á mi tío: Ya me ha predicado usted bastante; yo no le hago á usted falta para el embarco, y se la estoy haciendo al señor don Vicente; pero el buen viejo es tan fecundo cuando regaña, ó se despide... Y como hoy tenia que reunir ambos puntos en una plática...

*Crisp.* ¿Se despedia de usted?

*Vic.* ¿Don Leon se ha marchado?

*Raim.* Sin ánimo de volver á Palma.

*Vic.* ¿Pues con quién he de entenderme yo entonces?

*Raim.* Mi tío se lo hubiera dicho á usted, si hubiese parecido por allá estos dias.

*Vic.* Ya les previne á ustedes que pasaria en Puerto Pi una semana.

*Raim.* Tambien hemos andado nosotros ocupadísimos. Como iba diciendo, desde que los ingleses rompieron las hostilidades, principié mi tío á enviar sus fondos á Barcelona; y cuando ha visto que el almirante Nelson ha querido hacernos una visita, ha dicho: «No, zámptome en España de un salto, y no paro hasta el corazon de la Península.»

*Vic.* (*Aparte.*) Doña Crispula será la encargada de la venta.

*Raim.* El señor es el cerrajero, y yo traigo las llaves; la de la puerta y la otra. Doña Crispula, con permiso de usted, voy á enseñar el cuarto de arriba al señor don Vicente, que parece nos quiere comprar la casa.

*Crisp.* ¿Comprar la casa? Ah, sí, ahora recuerdo...

*Vic.* Ya he hablado con esta señora...

*Crisp.* Sí, ya sé que el señor Montaner viene de América con ánimo de adquirir propiedades en Palma. (*Aparte á don Vicente.*) Guarde usted silencio con Raimundo sobre lo que hemos tratado.

*Vic.* (*Aparte á doña Crispula.*) Bien está.

*Raim.* Bajaré luego. A los piés de Valentina.

*Vic.* A Dios, señora.

*Crisp.* A mas ver. (*Vanse don Vicente, Raimundo y el cerrajero.*)

#### ESCENA V.

VALENTINA, DOÑA CRISPULA.

*Val.* ¿No ha estado aquí Raimundo, mamá?

*Crisp.* Sí, ahora sale.

*Val.* ¡Y no ha querido saludarme si-

quiera! Cuidado que se va haciendo descortés hasta un grado insufrible.

*Crisp.* ¡Ay Valentina, Valentina! ¡Cuánto peor es la falsedad que la impolítica!

*Val.* ¿Por qué lo dice usted?

*Crisp.* ¡Valiente cuidado te dará que no te salude Raimundo! El don Vicente es el que sientes que se vaya sin hablarte.

*Val.* ¿Qué don Vicente?

*Crisp.* El señor Montaner.

*Val.* ¿Quién es ese señor?

*Crisp.* El Indiano.

*Val.* Pero ¿quién es el Indiano?

*Crisp.* Tu novio.

*Val.* Dale. ¿Y quién es mi novio?

*Crisp.* Dale. El que estaba haciéndote guiños á la reja, el que se nos ha encajado en casa sin aguardar á que le presenten, el que me ha declarado que está perdido de amores por tí, el que me acaba de pedir formalmente tu mano.

*Val.* ¿Es posible?

*Crisp.* Házteme de nuevas ahora.

*Val.* Crea usted...

*Crisp.* Lo que yo creo es que debes dejarte de misterios y tonterías; que es tiempo ya de pensar con juicio, y determinarse al vado ó á la puente.

*Val.* ¿Le ha dicho él á usted que me quiere?

*Crisp.* Con delirio, con frenesí. Y mira que desea una contestacion decisiva y pronta.

*Val.* Pero, señora, si yo aun no sé...

*Crisp.* Y va á venir á verte: yo le he prometido una conferencia contigo.

*Val.* (*Aparte.*) A lo menos le veré entonces, y sabré á que atenerme.

*Crisp.* ¿Y á qué te parecerá á tí que va con Raimundo? A ver el cuarto principal, porque piensa comprar esta casa. ¡Una casa con dos viviendas separadas, tres con la del tonelero; que acaso es la única de la ciudad que las tiene...! Don Vicente es hombre riquísimo, y no extrañaría yo que hiciese la compra para regalártela. ¿Te ha hecho alguna indicacion...?

*Val.* ¿Cómo me ha de haber indicado nada, si le he dicho á usted que jamás...?

*Crisp.* No se desdirá, aunque la maten. Sigue enhorabuena tu sistema de disimulo: á mí, que no he tratado hasta hoy á ese hombre, me ha parecido un sujeto de excelente carácter, un partido superior á lo que tú mereces.

*Val.* ¡Merezco yo tan poco...!

*Crisp.* No, eso no: tienes tus defectillos; pero tambien te me pareces en muchas co-

sas: bien lo ha reparado don Vicente. Y no es mal mozo, que es otro *item mas* importante.

*Val.* El hombre que se hace querer es el mas hermoso del mundo.

*Crisp.* Su edad... ¿Qué edad podrá tener? ¿La de Cristo? Será todo lo de Dios. Tú vas á cumplir diez y ocho años; con que no es una boda, ahí, desproporcionada. A tí te gusta vestir bien: siempre te andas quejando de que te traigo como á la hija de un payés infeliz: en tu mano está llevar el tren de una grande de España. Tú gustas de la lectura, de los bailes, de los paseos, de los saraos; en fin, de lucir y de divertirse, como todas las jóvenes: yo no te puedo proporcionar tales desahogos, porque necesitamos trabajar para vivir. Todo eso y cuanto apetezcas, te proporcionaría tu boda con don Vicente.

*Val.* ¡Ay mamá! poca experiencia tengo de mundo; pero me parece que la mujer que ame á su marido, no necesita fausto para vivir contenta.

*Crisp.* Auto en favor. Piénsalo bien, y entre tanto yo consultaré á tu madrina y tomaré mis informes acerca de don Vicente. Déjate de melindres, repito, y mira que conveniencia mejor no ha de presentásete nunca.

*Val.* ¡Ah! Raimundo. (*Viéndole entrar.*)

*Crisp.* Si: déjé abierto á propósito.

#### ESCENA VI.

RAIMUNDO, Doña CRISPULA,  
VALENTINA.

*Raim.* Buenos dias, Valentinita.

*Val.* Sea usted bien venido.

*Crisp.* ¿Qué hace don Vicente?

*Raim.* Anda con el cerrajero registrando los rincones de la casa, empeñado en dar con uná puerta condenada, cuya llave dejó mi tío. Yo he venido entre tanto... (*Saca del bolsillo una caja de tabaco y ofrece un polvo á doña Crispula.*)

*Val.* ¿A regalarle la nariz á mi madre?

*Raim.* A regalarme yo con la vista de su hija.

*Val.* Usted me favorece.

*Crisp.* (*Aparte.* ¿Qué inocenton es este muchacho!) Raimundo, usted no es de cumplimiento. Valentina le hará compañía mientras me visto.

*Val.* ¿Va usted á salir?

*Crisp.* Sí, á casa del escribano, don Celedonio.

**Raim.** ¿Qué negocios tiene usted en la curia?

**Crisp.** Embarzaron, ahí, á un conocido; me pidió que me constituyera su depositaria por unos dias, y pasan meses y meses, y tengo la casa revuelta con sus trastos. Se ha nombrado por fin otro depositario, á petición mia, que es el tonelero nuestro vecino; y quiero saber en qué consiste que no hayan sacado los muebles de aquí. Des: es pasaré á casa de la madrina.

**Val.** (*Aparte á su madre.*) No le hable usted todavia de eso.

**Crisp.** ¿Y á qué aguardar?

**Val.** Necesitaba yo para decidirme.... una... una explicacion... (*Mirando á Raimundo.*)

**Crisp.** ¡Con don Vicente! Bien: callaré por ahora.

**Raim.** (*Durante el diálogo de madre é hija, se ha estado sacudiendo el polvo de la ropa con un pañuelo, y al sacár este del bolsillo, ha drjado caer al suelo una carterita envuelta en un papel.*) ¡Cómo se empolva uno, cuando rueda por el suelo!

**Crisp.** ¿Qué hace usted? Tome usted un cepillo. (*Le da un cepillo que saca de un cajon de la mesa.*)

**Raim.** Viva usted mil años.

**Crisp.** (*Alzando del suelo la cartera.*) ¿Qué envoltorio es este? ¿Es de usted, Raimundo?

**Raim.** ¡Diantre! Se me ha caido sin duda al sacar el pañuelo.

**Crisp.** ¿Ha dado usted en la gracia de ser jugador?

**Raim.** ¿De qué lo infiere usted, señora?

**Crisp.** ¿No es esta una baraja?

**Val.** ¡Madre!

**Raim.** Desenvuelva usted, y lo verá.

**Crisp.** (*Desenvolviendo el papel.*) ¡Ah! sí es una cartera. Una cartera nuevecita.

**Val.** Muy preciosa.

**Raim.** Regalo de mi tío, que está á la disposición de ustedes. Siento no poder decir lo mismo de lo que encierra.

**Crisp.** ¿Hay billetes?

**Raim.** Bastantes.

**Crisp.** ¿De la novia?

**Raim.** Dé Banco.

**Crisp.** Creo que falsifican muchos de esos ahora.

**Raim.** De estos no, porque son muy raros aquí: de vales falsificados, verdad es que hay plaga. Por eso ha dado ese bando tan riguroso el capitan general. Fusilado á las veinte y cuatro horas el que resulte reo de falsificacion. Para él son estos billetes.

**Val.** ¿Para el reo?

**Raim.** Para el capitan general, señora. He ido á llevárselos, y habia salido su excelencia. Hasta la tarde no podré verle.

**Crisp.** Pues si se le antoja á usted sacar el pañuelito en el puerto, hace usted un pan como unas hostias.

**Raim.** Figúrese usted. Y ahora no tengo tío á quien ir á contarle lástimas.

**Crisp.** ¿No le es forzoso á usted pasar por aquí pa a ir al palacio?

**Raim.** ¡Ah! ¿Quiere usted guardarme la cartera hasta luego?

**Crisp.** Sí, señor, porque mas segura estará en mis manos que en las de usted.

**Raim.** No diré lo contrario. Tómela usted.

**Crisp.** Venga. Voy á aviarme. (*Vase.*)

ESCENA VII.

VALENTINA, RAIMUNDO.

**Raim.** ¡Cuánto me alegro de que nos haya dejado solos mamá! Tengo mil cosas que decir á usted, Valentina.

**Val.** Serán muy agradables, segun los indicios.

**Raim.** Como que estoy de enhorabnena. Tuve antes de ayer con mi tío la trifulca mas horrorosa... Vamos, soy el hombre mas dichoso de toda la isla. Lo menos que me dijo fué que era un imbécil, un haragan, un perdido...

**Val.** Reciba usted mi parabien.

**Raim.** Lo acepto con el alma.

**Val.** No es para menos el fortunon. ¿Y por qué hacia esos elogios de usted?

**Raim.** No fué por equivocac una cuenta, dar en algun pago dinero de mas, ó cobrar de menos...

**Val.** A esas habilidades ya estará acostumbado.

**Raim.** Si las hago cada dia. La cuestion fué puramente personal.

**Val.** ¿Y á qué persona se refirió?

**Raim.** ¡Cosa mas rara! A usted.

**Val.** ¡A mí! ¿Con qué motivo?

**Raim.** Manías de señor mayor. Se ha empeñado en que estoy muerto de amor por usted.

**Val.** ¡Por mí! ¿Qué es lo que oigo?

**Raim.** ¡Ya ve usted qué calunnia! Yo que en la vida le he dirigido á usted ni si- qu era la vulgar expresion de «buenos ojos tienes.» Y eso que lo podia decir, sin quebrantar el octavo mandamiento.

*Val.* Y usted ¿qué respondió á la acusacion?

*Raim.* Lo que dicen que ya no está en uso. — La verdad.

*Val.* Negaría usted.

*Raim.* Como un hereje. Pero él me arguyó tanto con mis visitas á esta casa, con el gusto que tengo en ver á usted y en ensalzar las cualidades que la distinguen, que yo principié á sospechar si mi tío tendría razon; si mi corazon habria rendido la plaza, sin contar con la voluntad para ello.

*Val.* ¡Qué bueno sería!

*Raim.* Hubo mas. Me dijo su merced que apostaba veinte mil libras á que en haciéndose él á la vela, venia yo aquí sin falta, y dejábamos ya entablado nuestro casamiento.

*Val.* No peligrá el dinero del buen don Leon, por lo visto.

*Raim.* Señor, si no es propio de la situacion. Si yo le digo á usted que la quiero, ¿cómo le he de decir que me marcho?

*Val.* ¿Se marcha usted? (*Ap.*) ¡Cielos!

#### ESCENA VIII.

DOÑA CRISPULA, ASOMADA A UNA PUERTA;  
VALENTINA, RAIMUNDO.

*Crisp. (Aparte.)* ¿Qué se hablarán estos chicos?

*Val.* ¿Y adónde es el viaje?

*Raim.* A Cartagena.

*Val.* ¿Pronto?

*Raim.* De un día, de un momento á otro puedo recibir la orden de partir. En esto paró la sarracina de antes de ayer. Al cabo de una granizada de réspedes, sale mi tío con la pata de gallo de que no sirviendo yo para comerciante, seré militar, seré marino. ¡Yo que lo he deseado toda mi vida! ¡Marino! ¡Yo que siempre me represento la fortuna naciendo, cual Vonus, de entre las olas! Como me hallaba tan poco dispuesto á una peripecia del género heroico, me quedé con la boca abierta, se me oprimió el corazon, el agua del mar se me vino á los ojos, y eché á llorar lo mismo que un náfrago cuando cuegla un ex-voto en la ermita de la Bonanova.

*Crisp. (Aparte.)* Bien decía yo que de este no hay que tener recelo. (*Vase.*)

#### ESCENA IX.

VALENTINA, RAIMUNDO.

*Val.* ¿Con que nos abandona usted? ¡Cuánto lo siento! Ahora que queria yo que bailase usted en mi boda...

*Raim.* ¿Usted se casa? ¿Con quién?

*Val.* Eso no lo debo declarar todavía.

*Raim.* ¡Y me lo dice con tanta frescura! Usted que se vendia por mi amiga, que me aseguraba no tener para mí secreto ninguno, ¡me ha ocultado el de mas importancia!

*Val.* Ha sido cosa muy repentina: tan repentina como su marcha de usted.

*Raim.* ¡Casarse cuando yo me ausento! ¡Vaya una aprension! ¿Pues no podría usted aguardar á que yo volviera?

*Val.* ¿Me traeria usted algun amante reclutado á bordo?

*Raim.* Yo quisiera que me dijese usted qué necesidad tiene de casarse tan pronto.

*Val.* Yo quisiera que me explicase usted qué precision hay de que usted se embarque.

*Raim.* Mi tío lo manda...

*Val.* Mi madre ha dispuesto mi casamiento.

*Raim.* Es el caso muy diferente. Usted se casa... solo por casarse; y yo me hago marino... ¡Calla! pues es verdad: yo me hago marino por casarme tambien.

*Val.* ¡Tambien el tío le proporciona á usted boda?

*Raim.* No, señora; mi tío solamente me desposa con el mar, á lo Dux de Venecia: el que ha pensado en boda soy yo.

*Val.* ¿Sí? Pues vaya. Diga usted, diga usted.

*Raim.* Yo me he puesto á discurrir estos dias y he hecho este cálculo: Señor, los inglesitos han dado ahora en la flor de aprensarnos en plena paz nuestros buques, y llevarse los millones de las Indias, via recta, á descargar en el Támesis. Su majestad que Dios guarde, invita á sus leales y valientes súbditos (alusion personal de que no puedo desentenderme) á que rechacen la fuerza con fuerza mayor. Cuando se trata de vengar el honor de la patria, ¡ha de permanecer un Torella aquí, acopiando naranjas, aceite y escobas? No, por vida del rey Gerion. Hombre al agua. Yo no sé manobrar en tierra, porque no es mi elemento; pero en el mar soy mas intrépido que un churru-guer. Estamos en el año de gracia de 1805; para el de ocho, ya se puede haber acabado la guerra. Yo me hallaré seguramente con diez ó quince balazos repartidos por el

cuerpo; con un ojo, ó una pierna menos, tal vez; pero mandaré tal vez un navio; con que váyase uno por otro. Entonces vuelvo la proa, echo el ancla, me divorcio con la gloria, y me caso con Valentina.

*Val.* ¡Connigo! ¡Qué declaracion tan súbita!

*Raim.* ¿Le desagrada á usted?

*Val.* No por cierto.

*Raim.* Pues está andada la mitad del camino. Yo á nadie desluceo: yo no quito que sea un bienaventurado ese otro novio de usted, sobre todo si Dios le da un tabardillo; pero mas vale lo malo conocido, que lo bueno por conocer.

*Val.* Un verdadero cariño suple cien faltas.

*Raim.* Dicen que el verdadero cariño le trae á uno desvelado; y lo que es el mio, no me desvela mayormente, pues aunque sueñe con usted todas las noches, al cabo para soñar, duermo. Que me lleve Dios si advierto que algun curioso registra esa reja; que no haya insistido en saber de usted quien es su novio, por no verme en la precision de andar á estocadas con él; que si oigo hablar con poco miramiento de usted, rompa la crisma al lucero del alba; esto quizá no sea una verdadera pasion: no obstante, deje usted que nos casemos, que yo me apasionaré entonces de otra manera.

*Val.* Cualquiera mujer se contentaria con ese amor.

*Raim.* No, señora: ¡qué diamante! Tenga usted ambicion, como yo la tengo... Y dígame algo de lo que necesito saber.

*Val.* ¿Qué quiere usted que yo le diga? Usted no habrá dejado de observar...

*Raim.* Si, he observado que nadie la visita á usted sino yo, y he dicho: Puede que Valentina venga á poner los ojos en mi persona, si se hace cargo de que no tiene otra en quien ponerlos. — ¡Usted se rie! Es decir que no se incomoda. — ¿Usted calla? Es decir que otorga. Ahora recuerdo que tengo un rival... ¿Se rie usted tambien con él de ese modo? ¿Se rie usted de los dos, Valentina?

*Val.* No, señor, su rival de usted no me inspira gana de reir.

*Raim.* ¿Con que es cierto que todavía no he perdido su amistad de usted? ¡Y yo, majadero de mí, acusándola injustamente! Merecia cien bofetadas, y me las quiero dar con la mano ofendida. (*Se la besa repetidas veces.*)

*Val.* Basta, Raimundo, basta de castigo.

*Raim.* No tenga usted misericordia de mí. He sido un gahnápiro, que sin la urgente circunstancia de la partida...

ESCENA X.

DOÑA CRISPULA, VALENTINA,  
RAIMUNDO.

*Crisp.* ¿Qué hacen ustedes?

*Val.* ¡Cielos!

*Raim.* Señora...

*Crisp.* ¿Con esas ceremonias anda usted al despedirse, Dios sabe hasta cuándo? Todo lo he oido. Un abrazo y bien estrecho.

*Raim.* ¡Valentina!

*Val.* ¡Raimundo! (*Se abrazan.*)

*Crisp.* Y otro á mí, que yo tambien soy amiga de usted.

*Raim.* ¡Amiga! Mi madre.

*Crisp.* Cuenta, que si tenemos ocasion de volvernos á ver, esta despedida es puramente provisional.

*Raim.* ¡Oh! Por supuesto. Aunque es una ceremonia algo triste, tiene su parte deliciosa tambien. (*Toma el sombrero.*)

*Crisp.* (*Ap. á su hija.*) Te voy á dejar encerrada, para que no abras á don Vicente. Que venga á hablarte cuando esté yo aquí.

*Val.* Como usted quiera.

*Raim.* ¿Gusta usted de que la vaya sirviendo?

*Crisp.* (*Aparte á Raimundo.*) Dejo á la chica bajo llave, porque no quiero que reciba visitas peligrosas.

*Raim.* Bien pensado: sí, guárdela usted de todo el mundo.

*Crisp.* De todos, menos de usted. A mí no me la pega ninguno.

*Raim.* (*Besando á Valentina la mano á hurto de su madre.*) Eso es claro, ninguno. (*Vanse.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CRISPULA, SENTADA; VALENTINA,  
DE PIÉ; AMBAS CON GRAN AGITACION:  
VALENTINA TIENE LA CARTERA EN LA MANO.

*Crisp.* ¡Jesus! ¡Qué lance! Mañana empiezo una novena á San Antonio bendito

Lo estoy viendo, y no lo acabo de creer. Un milagro es, un milagro.

*Val.* ¡Ay! ¡qué cartera de mis pecados! Deseando estoy que venga Raimundo y se la lleve, y no la vuelvan á ver mis ojos. ¿Dónde la perdería usted?

*Crisp.* Cuando llegué á la lonja de don Agustín, la cartera iba conmigo. Yo quería que don Agustín, como es persona tan inteligente en esto de papel moneda, viese los billetes.

*Val.* ¿Y qué necesidad había de que los viera ese hombre?

*Crisp.* Me importaba salir de una duda, y prevenir un daño, muy grave tal vez. El Señor ha hecho justicia á la rectitud de mis intenciones.

*Val.* ¿Qué daño es el que usted recibía?

*Crisp.* Suponte tú, como ese Raimundo es tan atolondrado, que antes de venir hoy aquí, se hubiese dejado la cartera en paraje donde un pícaro le hubiese podido escamotear los billetes legítimos y ponerle otros falsos...

*Val. (Aparte.)* ¡Gran Dios!

*Crisp.* Es cosa que puede suceder: esto no es ver visiones.

*Val. (Aparte.)* ¡Qué sospecha!

*Crisp.* ¡Buen lance hubiera sido ir á presentárselos al capitán general, que está deseando ajusticiar á un falsificador! Por eso deseaba yo que registrase don Agustín la cartera. Yo no me detuve en la tienda ni tres minutos. — ¿Está el amo? — No, señora. — Lo siento, porque tenía unos billetes que enseñarle.

*Val.* ¿Eso dijo usted?

*Crisp.* Ni una palabra más. Y me marché al punto.

*Val.* ¿Y había mucha gente en la lonja?

*Crisp.* Muchísima: media hora costaba el abrirse paso hasta el mostrador. ¡Qué fortuna la de haber envuelto yo la cartera en un sobre dirigido á mí! Se me caería en la calle, y como todos me conocen...

*Val.* ¿Si se la robarían á usted en aquella apretura?

*Crisp.* ¿Estás en tu juicio? Si le hubiese echado la garra un ladrón, ¿nos la hubiera devuelto? ¡Y con qué circunstancias! En el mismo orden están los billetes que esta mañana: parece que manos no los han tocado ¡Lástima que no hayas podido ver sino de espaldas á ese siervo de Dios!

*Val.* Yo tenía entreabiertos los postigos del gabinete; siento que tiran de la calle una cosa; miro, y me hallo con la cartera de

Raimundo. Me asomo á la ventana, y divisó un hombre embozado que se retiraba apresuradamente de aquí, y al momento dobló la esquina. Me dejó usted encerrada, y así no me fué posible pasar al patio; que si no, llamo á la puerta del tonclero, y como su taller tiene la entrada por la otra calle, tal vez por allí hubiera podido salir al encuentro al incógnito.

*Crisp.* ¡Mira tú que buena alma! ¡Habría cual si cometiera una mala acción, cuando hacia una de que serán capaces tan pocos! ¡Entregar un hallazgo que hubiera podido conservar sin peligro, y no dar la cara, porque no le agradeciésemos el favor!

*Val.* Un instante después llegó usted.

*Crisp.* Dios le conceda tanta gloria como pesadumbre me ha excusado.

*Val.* En efecto, ¿qué hubiéramos perdido á Raimundo?

*Crisp.* ¡Y ahí es decir que tengo el arca llena para satisfacer lo que hubiese perdido! Si llego á echar menos la cartera antes de volver á casa, me da un accidente y no vuelvo de él. Te quedas sin madre, Valentina.

*Val.* Mi mamá, si me quiere, no querrá exponer otra vez á su hija á perder su único apoyo.

*Crisp.* Libreme Dios. ¿Tocar yo en adelante á cosa que no me pertenezca? Ni pensarla. Guarda, guarda en la mesa ese chisme, porque temo que aun se nos ha de escapar de entre las manos. (*Valentina echa la cartera en un cajón.*) No mas conjeturas sobre negocios de esta naturaleza.

*Val.* ¡Oh, sí, mamá! Viviremos tan felices entonces en medio de nuestra pobreza...

*Crisp.* Tú, hija mía, ya que sacas esta conversación, tú has nacido para disfrutar una suerte más envidiable. Desde la lonja de don Agustín, fui á casa de la madrina, que está desazonadilla la pobre, y puede que envíe á Marcos esta tarde por ti. ¿Has pensado ya la contestación que has de dar á don Vicente?

*Val.* Sí, señora: ¿pues no?

*Crisp.* ¿Y es?

*Val.* La que usted puede discurrir.

*Crisp.* Admitirás su mano.

*Val.* ¡Cómo! Perdóne usted: no es eso lo que pienso decirle.

*Crisp.* ¿Con que no? ¿Sabes tú lo que me ha contado Dolores? ¿Sabes la fortuna que pierdes? Don Vicente es un sujeto amabilísimo.

*Val.* No será el único de la ciudad.

*Crisp.* Es poderoso.

*Val.* Yo pobre.

*Crisp.* Acaba de comprar una casa de campo magnífica en Sa-Faulera, para pasar los veranos.

*Val.* Yo estoy acostumbrada á pasarlos en Palma.

*Crisp.* Tiene coche inglés.

*Val.* ¡ Buena recomendacion para mí !  
¡ Mire usted qué hombre ! que va á dar dinero á los enemigos de su nacion , á los que están cada día cañoneando los buques de bandera española , echándolos á pique , volándolos... ¡ Cuántos hijos de Mallorca no han perecido á sus manos ya ! ¡ Cuántos no están expuestos á perecer !

*Crisp.* ¿ Qué frenesí patriótico es ese que te ha dado de pronto ?

*Val.* ¿ No nos oyó usted á Raimundo y á mí la conversacion que tuvimos esta mañana ?

*Crisp.* Sí por cierto, y al subir él al cuarto de arriba, me dijo que su tío le habia agregado á la Marina real.

*Val.* Pues si procura usted mí bien, refiera usted á don Vicente aquel diálogo punto por punto.

*Crisp.* Y á él ¿ qué le importa ?

*Val.* ¿ No le ha de importar la noticia de que tiene un competidor ?

*Crisp.* ¡ Raimundo su competidor ! ¿ Ese badulaque, el único de quien no sospechaba yo, ese se ha atrevido... ?

*Val.* ¿ De qué se admira usted ahora ? ¿ No dice usted que nos oyó ?

*Crisp.* Fué solo un momento.

*Val.* (*Aparte.*) ¡ Ah ! ¡ imprudente de mí !

*Crisp.* ¿ Con que te ama Raimundo ?

*Val.* No es tiempo ya de negarlo.

*Crisp.* ¿ Y por él desprecias á don Vicente ?

*Val.* Despreciarle, no : no hay motivo.

*Crisp.* ¡ Acabáramos ! Me habias dado un susto. ¿ Quieres que sepa don Vicente que tienes otro amante, para que los zelos aviven su cariño ? No me parece del todo mal ese rasgo de coquetería.

*Val.* ¿ Coquetería ? Usted me atribuye habilidades que yo no tengo.

*Crisp.* Convéncete de que por mas que estudies, no podrás formar un proyecto, sin que yo lo adivine. Ya esta mañana dije yo al señor Montaner que no te faltaban pretendientes : con todo, mira como te manejas ; no te quedas sin uno y sin otro. Sin don Vicente, quiero decir ; pues aunque Rai-

mundo se haya declarado contigo, tú no le habrás escuchado, seguramente.

*Val.* ¿ Cómo no le habia de escuchar ? A no taparme los oidos...

*Crisp.* Digo que no le habrás dado la mano.

*Val.* La tomó él.

*Crisp.* Ni palabra ninguna.

*Val.* Palabra no ; solamente le dí un abrazo por órden de usted.

*Crisp.* El cual equivale á un pasaporte.

*Val.* (*Aparte.*) Dejémosla ahora con su aprension.

*Crisp.* Estoy tranquila. Si tuvieras quince años, sí, me inspirarias algun temor, porque á esa edad se encapricha una de cualquiera, sin hacerse cargo de nada : á los diez y ocho, ya se reflexiona algo mas. ¿ Cómo habias de plantar á un hombre de caudal y de mérito, que te ofrece su mano, por un calaverilla, que tal vez no se acordará de tí en perdiendo de vista la costa ?

*Val.* Puede que sí.

*Crisp.* Puede que no. Puede tambien acabar su carrera en el primer combate.

*Val.* No lo permita Dios.

*Crisp.* Ni yo lo deseo. Pero demos que tú le quisieras, que él te guardara fidelidad, y que las balas se obligaran á respetar su uniforme. ¿ Y si yo faltó antes que ascienda Raimundo, antes que la campaña concluya ?

*Val.* Mamá, usted se deleita en atormentarme.

*Crisp.* ¿ Quién mirará por tí ? ¿ Qué amparo te queda ? ¿ La madrina ? Pues nada le sobra ; y siendo parienta de don Vicente, lo que te aconsejará entonces es lo que te suplico yo ahora, y lo único que te está bien. En fin, yo no debo tolerar que ma'ogres tan buena ocasion, te arrepientas mañana, y te quejes de la debilidad de tu madre.

*Val.* (*Aparte.*) Me parte el corazon con cada palabra.

*Crisp.* ¡ Qué veo ! ¿ E-tás llorando ? ¡ Hija querida ! No ha sido mi ánimo el afligirte : ya sé yo que no viene al caso nada de lo que he dicho, sino que unas palabras traen otras y... Mira, mejor es que abandones artificios de que no necesitas, y que te expliques francamente con el Indiano. ¿ Lo harás ?

*Val.* Sí, señora.

*Crisp.* ¿ Llamó á casa al marcharse ?

*Val.* Nadie la llamado.

*Crisp.* Entonces no volverá hoy.

*Val.* Está arriba : despues de comer, ha vuelto con el cerrajero y un albañil.



*Crísp.* ¡Qué diantre! Puede bajar á ver- nos, y yo tenía precision de salir. Desde la tienda de don Agustín, me fui á casa de la madrina y me olvidé de pasar á la del es- cribano.

*Val.* No se detenga usted por eso: bien acostumbrada estoy á quedarme sola.

*Crísp.* Te volveré á encerrar.

*Val.* Mire usted que Raimundo tiene que recoger la cartera.

*Crísp.* Se la das por la ventana. El tal Raimundito me ha pegado un chasco, que me servirá de escarmiento. Poca conversa- cion por la reja: tome usted y abur; nada mas.

*Val.* Bien está. Nunca he dado á la ve- cindad que decir.

*Crísp.* Y si don Vicente está arriba y lo advierte... ¡No digo nada! Con que, á Dios.

*Val.* El guie á usted. (*Vase doña Cris- pula.*)

## ESCENA II.

VALENTINA.

¡Desdichada de mí! Crueles son las re- flexiones que acaba de hacerme mi ma- dre. Crueles... y justas acaso. Por justas que sean, mi corazón grita mas fuerte. Rai- mundo, bien que destituido de cualidades brillantes, tiene para mí la de hacerse amar. Ser suya es la única felicidad á que yo as- piraba. ¿Y he de renunciar á la esperanza que me hacia gustoso el retiro y dulce el afán de mis labores? En mala hora me vió el Indiano.—Que ya no soy niña; que Rai- mundo es un simple...—¿Qué hombre mas discreto he tratado hasta ahora? Por lo que ven los ojos, es por lo que se aficiona la vo- luntad. Sí, es necesario que yo hable á don Vicente, ó le escriba: yo no quiero engañar á un hombre de bien. Sepa que mi corazón no es libre; que mientras me quiera Rai- mundo, no puedo ser de otro. (*Abrese en la pared una puerta disimulada de dos hojas, al nivel de una mesa sobre la cual hay dos canastos de ropa, que ruedan al suelo al girar los postigos. Don Vicente aparece en el hueco.*) ¡Poder de Dios! ¿Qué es esto?

## ESCENA III.

DON VICENTE, SALIENDO POR LA ESCALERA SECRETA; VALENTINA.

*Vic.* Señorita... ¡Huy! ¡Qué estropicio he causado! Disimule usted...

*Val.* Caballero... Perdone usted tambien mi sorpresa. ¿Cómo...?

*Vic.* ¿No les advirtió á ustedes Raimun- do esta mañana que estábamos buscando una escalera oculta?

*Val.* Sí, creo que nos habló de una puerta condenada; pero yo lo habia olvidado.

*Vic.* Tambien yo indiqué algo á mamá... Porque supongo que tengo el honor de ha- blar á la hermosa Valentina.

*Val.* Servidora de usted.

*Vic.* Señora mía. ¿Me permite usted pa- sar á la sala para ver cómo se disimula el ajuste de estas puertecillas?

*Val.* Es usted muy dueño. (*Arrima una silla á la mesa.*) Por esta silla bajará usted mas fácilmente.]

*Vic.* No se incomode usted. — ¡Cuán- ta bondad! (*Baja.*)

*Val.* (*Aparte, recogiendo la ropa de los dos cestos y poniéndolos en una silla junto á la mesa.*) Ya puedo decir que he visto al rival de Raimundo.

*Vic.* (*Que ha estado examinando cómo cierran las puertas de la escalera secreta.*) El diantre que conozca el secreto.

*Val.* Mi madre y yo, que vivimos aquí hace una porcion de años, ni siquiera le sospechábamos.

*Vic.* A don Leon le dieron noticia de esa escalera cuando compró la casa; pero nunca habia tenido necesidad de buscarla, ni curiosidad tampoco. Yo sí, porque habiendo de ocupar las habitaciones de entrambos pisos, esta comunicacion me vendria muy bien. Despues de haber buscado el cerrajero y yo la puerta esta mañana, nos convencimos de que habia que derribar un tabique: hemos tenido que volver con un operario, y al fin pareció el escondrijo: se descubrió la puerta y el agujero de la llave. A propósito, ¿le ha prevenido á usted su señora madre que yo he solicitado con usted una conferencia?

*Val.* (*Ap.* No me atrevo á decirle en su cara...) Sí, señor. Pero... Ha tenido que salir... y en asensia suya...

*Vic.* Bien: hablaremos en otra ocasion. Yo de todos modos he de verme con mi se- ñora doña Crispula, porque ni he pregun- tado acerca de la casa nada á Raimundo, ni aunque quisiera, hubiera podido. Me auto- rizó para echar abajo el tabique, me dijo que comia hoy con unos oficiales de Marina, es- capó como un rayo, y no le he vuelto á ver.

*Val.* Ni yo.

*Vic.* Vuelvo á pedir perdon á usted del susto y la molestia que le he causado, y con su licencia me retiro.

*Val.* (*Ap.* A lo menos no es importuno.)  
¿Quiere usted hacerme primero un favor?

*Vic.* Con el alma y la vida. ¿En qué puedo complacer á usted?

*Val.* En registrar con cuidado los billetes que hay en esta cartera. (*La saca del cajon, dejándolo á medio cerrar.*)

*Vic.* ¿Con cuidado dice usted? A ver. (*Abre la cartera y mira los billetes uno por uno.*) Fruta rara es esta en nuestro país: yo creía ser el solo que tuviese algunos.—Pues nada observo reparable. ¿Quiere usted que se los descuente?

*Val.* Examínelos usted como si se los presentaran con ese objeto.

*Vic.* (*Volviendo á mirarlos.*) ¡Hola! Vamos con detencion. Estos números se me figuran demasiado marcados, demasiado recientes. El papel y el estampado parecen legítimos... pero en el número... A ver por el revés.—¡Demontre!

*Val.* (*Ap.*) Yo estoy temblando toda.

*Vic.* ¿Son estos billetes de usted, Valentina?

*Val.* Mios no.

*Vic.* ¿Ni de su madre de usted?

*Val.* Tampoco.

*Vic.* Me alegro infinito, porque son falsos.

*Val.* ¿Falsos? (*Ap.* ¡Ah! bien lo temí.)  
¿Falsos dice usted? ¿Está usted seguro?

*Vic.* Segurísimo; no le quede á usted duda.

*Val.* (*Aparte.*) ¡Dios de bondad!

*Vic.* Encargue usted al dueño de estos papeles que los haga ceniza, porque aun el conservarlos en su dominio, le puede ser peligroso.

*Val.* ¿Peligroso?

*Vic.* Y mucho. Ya tendrá usted noticia del bando expedido por el capitán general.

*Val.* Es rigorosísimo, es inhumano.

*Vic.* Rigor indispensable, porque el abuso de la falsificación había llegado en esta plaza al mayor extremo.

*Val.* ¿Y si fuese indispensable presentar hoy esos títulos? Si fuesen como un depósito...

*Vic.* Lo tendría que abonar el depositario.

*Val.* ¿Es grande la suma?

*Vic.* Grande... Conforme. Tres mil pesos.

*Val.* ¿Cuántas libras?

*Vic.* Cuatro mil quinientas.

*Val.* ¿Cuatro mil? (*Ap.*) ¡Madre! ¿qué hiciste?

*Vic.* ¿No podrá el depositario disponer de esa suma?

*Val.* Jamás: es pobre.

*Vic.* Entonces, según el carácter de la persona á quien se deba el reintegro, así tendrá el asunto mejor ó peor compostura.

*Val.* Es el capitán general, ese dinero es suyo.

*Vic.* Poco le importaría á su excelencia la cantidad en otra ocasion, y aun ahora mismo; pero necesita hacer un ejemplar de escarmiento.

*Val.* De esa manera...

*Vic.* El que vaya hoy á palacio con estos billetes, puede estar seguro de que mañana ha dado cuenta al Criador.

*Val.* (*Ap.* ¡Oh! Yo no puedo consentir que Raimundo peligre.) Pero si ese infeliz es inocente...

*Vic.* Se justificará, si puede. Pocas diligencias caben en veinte y cuatro horas; sin embargo, si sus declaraciones dan luz para descubrir el culpable.

*Val.* (*Ap.*) Mi madre entonces se verá presa, encausada... ¡Oh! ¡Qué ignominia!

*Vic.* Valentina, usted se ha quedado suspensa. Las noticias que he dado á usted, le interesan mucho, si no me engaño.

*Val.* No lo sabe usted bien.

*Vic.* ¿Tan de cerca le tocan á usted?

*Val.* Sí, don Vicente, muy de cerca.

*Vic.* Si usted quisiera hacer confianza de mí...

*Val.* (*Ap.*) Si es cierto que este hombre me ama...

*Vic.* Sin empeño de averiguar quien es la persona que debe restituir la cartera, podría darle algun buen consejo, siempre que me aclarase usted ciertos puntos.

*Val.* Iba á hacer á usted esa súplica.

*Vic.* Como esta es la vez primera que nos hablamos, y usted no puede ver mi corazón, no sé si atribuirá á curiosidad mi oferta, si le parecerá temeraria.

*Val.* Hija de la honradez, hija de la bondad la supongo.

*Vic.* Francamente, yo deseo ser amigo de usted, ya que no me toque aspirar á otro título.

*Val.* (*Aparte.*) Piensa con delicadeza.

*Vic.* No obstante, si tiene usted otro de quien valerse...

*Val.* ¿Amigos? Dos hombres han entrado en mi casa desde que murió mi padre. Usted es el uno.

*Vic.* ¿Raimundo será el otro?

*Val.* Ese es hoy para mí un acreedor.

*Vic.* ¿Cómo?

*Val.* Su tío le entregó esta mañana esos billetes para que los llevase á la capitania general...

*Vic.* ¡Don Leon! Imposible que ni por ignorancia ni por malicia diese títulos falsos á su sobrino.

*Val.* Imposible también que los haya falsificado Raimundo.

*Vic.* Tal creo. Y ese muchacho ¿cómo los paga?

*Val.* Ni está aquí su tío, ni él tiene medios, ni culpa.

*Vic.* ¿Han salido acaso de su poder los créditos?

*Val.* Han salido y no han vuelto. Su excelencia no estaba en palacio, y Raimundo confió la cartera...

*Vic.* ¿A quién? Sospecho desde luego de esa persona.

*Val.* ¿Sin conocerla?

*Vic.* No tendrá el don de persuadirme, como usted lo posee.

*Val.* (*Ap.* Padezca yo, y no pierda el concepto mi madre.) Pues... No se admire usted de mi turbación.—No acierto á decirle que aquella cuya amistad usted solicita...

*Vic.* Esa es usted.

*Val.* Esa es la que en una tienda llena de gente se ha dejado robar entre la confusión la cartera de Raimundo.

*Vic.* ¡Usted, Va entina! No sé si creerlo.

*Val.* ¡Oh! Sí, sí, créalo usted, créame usted, dígame usted que lo cree.

*Vic.* Basta; no insista usted más. Ese tono me convence... de que me debo dejar convencer.

*Val.* Sí; la cartera ha sido robada, y al cabo de dos horas, un desconocido la arrojó por la ventana del aposento inmediato.

*Vic.* ¡Qué infamia! ¡No contentarse con el hurto, sino exponer al robado á pagar el crimen del malhechor! Así aseguraba él su impunidad, así se ocultaba más fácilmente.

*Val.* Lo que yo no comprendo es cómo pudo hacerse tan pronto la falsificación.

*Vic.* Se conoce que ese picaro ha ejercido sus habilidades fuera de aquí. Tendría billetes con el número en blanco, pilló la cartera, imitó los números en los títulos falsos, y se quedó con los verdaderos.

*Val.* ¡Oh! eso ha sido.

*Vic.* ¿Y Raimundo no tiene noticia de este suceso?

*Val.* Aun no. Ni mi madre.

*Vic.* ¿Ni su madre de usted?

*Val.* ¡Así ambos lo pudieran ignorar siempre!

*Vic.* Yo creía que Raimundo alcanzaba con usted amistad más íntima.

*Val.* (*Aparte.* Ya está celoso.) No, señor: viene á casa, porque mi madre lo permite, porque mi madre le estima... sin hacer caso de él.

*Vic.* Y su hija le hace caso, le estima y le ama. ¿No es verdad, Valentina? También en esto creeré lo que usted me asegure.

*Val.* Pues le aseguro á usted... puedo jurarle... que hasta el día de hoy no me ha dicho palabra de amor. Y se halla en vías de partir de Mallorca.

*Vic.* Si usted me lo permite, yo me encargo de terminar este asunto con su excelencia, sin que Raimundo ni mamá lleguen á traslucir lo más mínimo.

*Val.* ¡Ah! Si usted me libra de este conflicto, mi gratitud será eterna. (*Quiere arrodillarse.*)

*Vic.* ¿Adónde va usted con esa demostración? Nada de gratitud: yo también tengo aquí mi particular interés. Yo exijo de usted en cambio...

*Val.* ¿Qué exige usted?

*Vic.* Que haga usted lo posible para que se me venda esta casa.

*Val.* ¿No mas que eso? De mil amores. Poco valgo; pero yo hablaré, yo trabajaré cuanto esté de mi parte...

*Vic.* Pues tenga usted la bondad de darme la cartera.

*Val.* Tome usted. (*Llama Marcos á la ventana.*) ¿Quién llama? (*Va á verla.*)

*Vic.* (*Aparte.*) Me haré cuenta que alguno de esos golosos ha pujado en tres mil pesos la finca.

#### ESCENA IV.

MARCOS, A LA VENTANA; VALENTINA, DON VICENTE.

*Val.* ¿Eres tú, Marcos?

*Marc.* Servidor de usted, señorita.

*Vic.* ¿Marcos? (*Llegándose á la ventana también.*) En efecto, es el criado de mi prima Dolores.

*Marc.* ¡Oh, señor don Vicente!

*Val.* ¿Es usted primo de mi madrina?

*Vic.* Primo segundo. — ¿Qué le trae al amigo Marcos por esta casa?

*Marc.* Un recado de mi señora. Se halla un poco indispueta, y quería que doña Valentina hiciese el favor de ir á verla al instante.

*Val.* No está madre en casa.

*Marc.* Ya lo sé: si la he encontrado junto á la del escribano don Celedonio. La di el recado que traía, y me dijo que me

adelantara y se viniese usted conmigo corriendo.

*Val.* ¿Te ha dado la llave?

*Marc.* ¿La llave? No, señora.

*Val.* Pues no puedo salir.

*Vic.* ¿Está usted encerrada?

*Val.* Así me guarda siempre mi madre.

*Vic.* Así se deben guardar los tesoros.

*Marc.* Estaba la buena señora tan enfrascada en una disputa, que no es extraño se le olvidase que tenía la llave consigo.

*Val.* ¿Trataban de los muebles depositados?

*Marc.* Pues : parece que el negocio ha pasado de un escribano á otro, al cual no conoce su madre de usted ; y por eso, como que le repugnaba entenderse con él. Don Raimundo procuraba convencerla...

*Val.* ¿ Estaba allí Raimundo?

*Marc.* Todos se dirigian aquí.

*Vic.* (*Adelantándose hácia el proscenio con Valentina, y habiéndola en voz baja.*) ¿ Vendrá por ventura á buscar la cartera?

*Val.* Sin duda. Y delante de mi madre, yo no sabría qué excusa dar. Si Marcos hubiera traído la llave, me iba, y citaba una explicacion peligrosa.

*Vic.* ¿ Quiere usted hacer uso de aquella escalera, y saldremos por el cuarto principal? El cerrajero permanece aun con las llaves arriba.

*Val.* Sí, señor, sí. ¿ Feliz casualidad!

*Vic.* Mi coche se halla ahí al lado : ¿ me permite usted que le lleve en él á casa de mi prima?

*Val.* Con mucho gusto. (*Valentina y don Vicente se acercan á la reja.*)

*Vic.* Marcos, avisa á mi cochero que arrime.

*Val.* Y luego quédate aquí para decir á mi madre que el señor don Vicente se ha tomado la molestia de acompañarme á casa de tu ama. (*Aparte á Marcos.*) Si se inoocmoda, dile que yo la desenojaré.

*Marc.* Pero ¿ por dónde...?

*Vic.* Dile que hemos salido por la escalera secreta.

*Val.* Y á don Raimundo, que su cartera la tengo yo.

*Vic.* Y que le será devuelta al instante.

*Marc.* Bien está : me situaré en la tienda de vinos para ver venir á mamá.

*Vic.* (*Dando dinero á Marcos.*) Toma esa friolera : esperaiás bebiendo.

*Marc.* Será á la salud de ustedes, señores. (*Quitase de la ventana.*)

*Vic.* ¿ Salimos?

*Val.* Cuando usted quiera.

*Vic.* Voy el primero. Cerraremos para que quede segura la casa.

*Val.* Muy bien.

*Vic.* Deme usted la mano.

*Val.* (*Subiendo por una silla á la mesa.*) Tengo miedo de...

*Vic.* Cuidado, por Dios.

*Val.* ¡ Ay! (*Va á caer, se apoya con una mano en la silla donde están los canastos de ropa, y tira la silla al suelo. Don Vicente sostiene á Valentina, que toma al fin la escalera.*) No ha sido nada. Vamos. (*Vanse y cierran la puerta secreta.*)

ESCENA V.

DOÑA CRISPULA, UN ESCRIBANO Y ALGUACILES, POR LA PUERTA DE ENTRADA.

*Escrib.* Sí, señora ; doy fe conozco esta casa. Adelante, alguaciles. En cuya virtud diaté la providencia de entrar por la otra calle, por la tienda del tonelero. (*Los alguaciles se colocan, á cierta distancia, delante de los cestos caídos, de modo que doña Crispula no ve aquel desórden al pronto.*)

*Crisp.* Señor secretario, yo quiero que el vecino presencie la entrega del depósito.

*Escrib.* Si al constituirnos en su oficina nos ha otorgado poder para envtarle allí los efectos en secuestro, ¿ á qué es molestarle?

*Crisp.* (*Aparte.*) ¿ Qué hombre tan negado ! ¿ Qué cara ! ¿ Un facticeroso parece ! Yo me hubiera compuesto mejor con el señor don Celedonio.

*Escrib.* Yo creia que aquel jóven con quien celebró usted comparecencia en la esquina, la había vencido á usted en juicio con sus alegatos.

*Crisp.* Cuando hablé yo con aquel jóven á parte, le eché una reprimenda por cierta manía que nie ha jugado ; y por eso se ha quedado en el taller, y no ha venido con nosotros. Yo, como no le conozco á usted...

*Escrib.* (*Sacando un papel.*) Este documento en debida forma es el que debe usted conocer, y le basta.

*Crisp.* Como he tropezado con usted en medio de la calle...

*Escrib.* Usted iba á personarse en la posada de don Celedonio ; yo salia : me interroga usted ; declaro : requerimiento de mi parte para que usted suba ; rebeluña de parte de usted... Resulta de autos que nuestro conocimiento, tácito ó expreso, goza ya de la autoridad de cosa juzgada.

*Crisp. (Aparte.)* ¿Será este hombre escribano de veras? A ninguno he oído hablar como él.

*Escrib.* Reitero la demanda, reclamo la entrega de los muebles consabidos, como mas haya lugar en derecho.

*Crisp.* Déjeme usted antes avisar á mi hija... (*Reparando en la silla y estos caídos.*) ¡Ay Madre de Montserrat!

*Escrib.* ¿Qué le sucede á usted? ¿Qué aspavientos son esos?

*Crisp.* Aquella silla... aquella ropa...

*Escrib.* Están en el suelo; ¿y qué?

*Crisp. (Gritando.)* Valentina, Valentina. No responde. Hija, muchacha.

*Escrib.* Haga usted una requisitoria y suspenda el pregon.

*Crisp. (Encaminándose á la puerta de la mampara y reparando en la masa.)* Este cajon entreabierto... (*Lo registra.*) ¡Cielos! La cartera no se halla aqui. ¡Valentina! (*Abre la mampara y retrocede llena de espanto.*) ¡Ay, que no está en su cuarto!

*Escrib.* Testimonio fehaciente de que está en otra parte.

*Crisp.* Tenia la llave yo, la he dejado encerrada.

*Escrib.* ¡Diantre!

*Crisp.* Aqui ha entrado gente. Habrán entrado allí adentro á mi Valentina, la han estado vendado la boca, muerto quisas. Aqui hay ladrones.

*Escrib. y Alguaciles. (Llenos de miedo.)* Ladrones!

*Crisp.* ¡Hija de mi alma! Yo no me atrevo sola... Socórranme ustedes. Los infames vendrían por el patio. Ellos no han salido.

*Escrib.* ¿No han salido? Salgamos nosotros.

*Crisp.* No, seguidme.

*Escrib. (Con gran fuerza de expresion que sorprende á doña Crispula.)* ¡Silencio!!!

*Crisp.* Yo no callo. Me acercaré á la reja.

*Escrib. (Deteniéndola.)* Quieta: usted nos pierde.

*Crisp. (Aparte.)* ¡Perderlos! Me aterra este hombre.

*Escrib.* Venga usted con nosotros y salvará la vida.

*Crisp.* ¿La vida?

*Escrib.* Vamos: pronto.

*Crisp. (Turbada y dudosa.)* Pero... No son ustedes... de la justicia?

*Escrib.* ¿No nos ve usted tamblando de

que nos pillen? Nosotros siempre vamos á cosa hecha.

*Crisp. (Aparte.)* Ya lo comprendo: todos son unos.

*Escrib.* Escapemos.

*Crisp.* Por Dios... ¡Mi hija...!

*Escrib.* Silencio, repito, silencio.

## ESCENA VI.

RAIMUNDO, DOÑA CRISPULA, EL ESCRIBANO, ALGUACILES.

*Raim.* ¿Qué ruido es este? ¿Qué pasa aqui?

*Crisp.* Raimundo, libérense usted de estos bandidos.

*Escrib.* Yo soy escribano.

*Alguaciles.* Somos justicia.

*Crisp.* Han sorprendido á Valentina, nos han robado, le han robado á usted... Están adentro.

*Raim.* ¿Adentro? Pagarán con la vida. (*Desenvaina el espada y se encamina á la puerta de la mampara. En esto el coche ha parado delante de la reja. Don Vicente y Valentina suben á él, y el carruaje arranca.*)

*Crisp.* ¡Cielos! ¡No: mirad. Ella es, ella son. ¡Un rapto!

*Raim.* ¡Don Vicente! ¡Valentina!

*Crisp.* Corred, detenedlos. ¡Que me roban mi hija... ¡que se huyen!

*Escrib.* A ellos, que huyen!

*Raim.* Parad, parad ese coche.

*Escrib. y Alguaciles.* Favor á la justicia! ¡favor al Rey! (*Vanse todos apresuradamente.*)

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

DON VICENTE, ESCRIBIENDO; RAIMUNDO, MARCOS.

*Raim.* ¿Acaba usted?

*Vic.* La primera carta, principio la segunda.

*Raim. (En voz baja.)* ¿Son para los padrinos?

*Vic.* Ya sabrá usted para quiénes son.

*Raim.* Despáchese usted.

*Vic.* Mas fíema, querido. Nunca llevo yo prisa para hacer simplezas.

*Raim.* ¿Simpleza llama usted...?

*Vic.* Simpleza se llama satisfacer á un botarate.

*Raim.* Usted me insu'ta.

*Vic.* Usted no me deja escribir.

*Raim.* No piense usted que se ha de librar de mi tan fácilmente como de los alguaciles y el escribano. A mí no se me vence con oro.

*Vic.* ¿Quién sabe?

*Raim.* ¿Qué dice usted?

*Vic.* Que allá lo veremos. — He concluido. Marcos, toma: á su direccion inmediatamente. (*Vase Marcos.*)

*Raim.* Supongo que ahora nada le detendrá á usted.

*Vic.* Supone usted mal, porque lo primero, quiero saber si ha vuesto de su accidente esa pobre niña.

*Raim.* Niegue usted que ese interés que manifiesta, es amor.

*Vic.* Lo que niego á usted, y lo he dicho cien veces, es el derecho de pedirme tales explicaciones.

*Raim.* Y yo le he repetido á usted otras tantas que soy el amante de Valentina.

*Vic.* Nada me importa.

*Raim.* Correspondido.

*Vic.* No tengo celos.

*Raim.* Pero usted no se mueve de aquí. Usted quiere hablarla.

*Vic.* A su madre. Hágame usted el obsequio de dejarme á solas.

*Raim.* Hubiera complacido á usted hace rato, si no se hubiera hecho el sordo cuando le pedí mi cartera.

*Vic.* Ni sordo, ni mudo. Bien claro he respondido que no quiero soltarla.

*Raim.* ¡Don Vicente!

*Vic.* Al anocheecer nos veremos junto á la cueva de la Joana, como usted ha indicado: entonces, antes de medir las armas, entregaré á usted esa prenda de tanto valor.

*Raim.* Ahora la necesito, ahora la quiero, ahora va usted á ponerme la en la mano.

*Vic.* Ahora digo que no.

*Raim.* Por última vez la reclamo.

*Vic.* Y yo la niego.

*Raim.* Mire usted que haré un desatino.

*Vic.* Cuanto dice usted y hace lo es.

*Raim.* Mi cartera; ó le envaso á usted de una estocada. (*Desenvaina el espadín.*)

*Vic.* ¿Qué es eso, imprudente?

*Raim.* ¡La cartera! Es empeño de honor el que me obliga á exigirla. ¡La cartera, digo!

*Vic.* Pero, hombre, considere usted...

*Raim.* Considero que á usted no le asiste título para retenerla, que yo tengo humos de marino, y que mi sufrimiento se acaba.

*Vic.* Y también el mio. Tómela usted, y allá se componga.

*Raim.* Bien está. Me retiro para ir á entregarla.

*Vic.* Vaya usted con Dios. Feliz viaje.

*Raim.* Y cuidado con faltar á la cita. (*Vase.*)

*Vic.* ¿A la cita? Como tú acudas, no será malo. Vaya el muy impertinente á la cárcel, ya que se empeña.

ESCENA II.

DOÑA CRISPULA, UN MÉDICO, DON VICENTE.

*Médico.* Nada, no necesita ni un mal sinapismo. No darle mucha conversacion, no molestarla por ahora, y que tome otro par de tazas de salvia. Abur, doña Crispula. (*Vase.*)

*Crisp.* Dios guarde á usted. (*A don Vicente.*) Parece que se ha retirado Raimundo.

*Vic.* Sí, señora; le entregué su cartera, tal como me la dió Valentina, y se fué con mil diablos. — ¿Con que sigue la niña tan bien?

*Crisp.* Va cobrando el conocimiento. A su lado quedan aquellas dos amigas.

*Vic.* Bien. Yo, como puede usted figurárselo, necesito hablar con usted.

*Crisp.* Yo también debo hacer á usted algunas preguntas.

*Vic.* Pues diga usted.

*Crisp.* No: usted primero.

*Vic.* Como usted mande. (*Aparte.* Bueno será que llevé su sermoncito.) Ruego á usted que me vacuche con atencion.

*Crisp.* Ruego á usted que se siente.

*Vic.* Pues, señora doña Crispula de mi alma, yo ni aun quiero recordar el lance en que acabo de verme, por no causar á usted mortificacion y disgusto. Usted pudo observar cuál fué mi sorpresa cuando, apenas subimos al coche, resonaron los gritos de ustedes, que nos mandaban detener en nombre de su majestad. Se abrieron de golpe las puertas y ventanas de toda la calle; se abalanzó un tropel de gentes á parar las mulas; nos hicieron apeaer á mi y á la niña; y sin hacer caso del pobre Marcos, nos trajeron aqui entre los denuestos de mil majaderos, que precisamente porque no me conocian, se consideraban autorizados para calificarme

á su arbitrio. Usted y Raimundo me apellidaban raptor, el escribano y los alguaciles ladrón, los vecinos espía de los ingleses, y aun hubo quien dijo que yo habia tenido la culpa de que perdiésemos las cuatro fragatas en el cabo de Santa María. Valentina se acongoja y pierde el sentido, chillan todos, nadie oye. — Repito que me propongo no volver á tratar de acontecimiento tan desagradable.

*Crisp.* Sí, ya veo que usted lo pasa por alto, refiriendo todas sus circunstancias.

*Vic.* Dejando esto á un lado, yo quisiera merecer de usted el favor de explicarme de qué principio partió, en qué indicios se fundaba usted para creer que me llevaba robada á la chica.

*Crisp.* Amigo, ver que mi hija salia de casa, sin mi permiso, con el hombre de quien sé que está enamorada...

*Vic.* ¿Qué dice usted, señora?

*Crisp.* Que Valentina acaba de revelar todo lo que pasa entre ustedes dos. ¿Lo entiende usted? Todito.

*Vic.* ¿Y ha dicho que me quiere?

*Crisp.* Las vecinas y el médico lo han oído como yo. ¿Y sabe usted lo que añadió despues? « ¡Infeliz de mí, si don Vicente no me cumple su palabra! »

*Vic.* Ya entiendo yo esas expresiones. ¿Hizo mencion de la cartera?

*Crisp.* Sí; pero confundiendo las especies. Ya se ve, estaba delirando...

*Vic.* ¡Ya! ¿Con que en medio del delirio fué cuando dijo que me queria?

*Crisp.* Por ese delirio he averiguado yo cosas...

*Vic.* ¿Cuáles? ¿De qué mas ha hablado?

*Crisp.* ¿De qué? De imprudencias graves... de compromisos...

*Vic.* ¿Sin nombrar á usted?

*Crisp.* Nombrándose á sí misma.

*Vic.* ¡Ah! Pues tambien lo comprendo.

*Crisp.* Me alegro mucho. Ha hablado despues de su honor, de la escalera oculta, y hasta de recurrir al capitán general. Con que yo necesito que usted me explique esta jerigonza. ¿Qué palabras se han dado ustedes? ¿qué compromisos median entre ambos?

*Vic.* Uno muy sencillo. Fué el objeto final de la conversacion que tuvimos. Valentina me prometió conseguir que se me vendiese la casa.

*Crisp.* ¿La casa? ¿Qué casa dice usted, santo?

*Vic.* ¿Qué casa he de decir? Esta.

*Crisp.* Pero venga usted acá: ¿es suya?

*Vic.* ¿En qué quedamos? ¿De quién es?

*Crisp.* ¿No lo sabe usted? De don Leon.

*Vic.* Bien; pero ¿quién me la vende?

*Crisp.* ¿Qué sé yo? Pregúnteselo usted á Raimundo.

*Vic.* ¿No me encargó usted que no le hablara sobre el particular?

*Crisp.* Ni lo he pensado. Usted sueña. Usted entiende al revés las cosas.

*Vic.* Iba á decir á usted lo mismo.

*Crisp.* Caballero, si me he equivocado una vez, por casualidad...

*Vic.* Usted padece tantas equivocaciones casuales como pensamientos le ocurren.

*Crisp.* No le toca á usted echarme en cara. ¡Suponer que ha prometido mi hija lo que le es imposible cumplir!

*Vic.* ¿Imposible, señora? Recuerde usted lo que me dijo.

*Crisp.* ¿Qué dije yo?

*Vic.* Que en usted y Valentina consistia la venta.

*Crisp.* ¿Yo he dicho eso?

*Vic.* ¿Con que no?

*Crisp.* ¿Cuándo? ¿dónde?

*Vic.* Hoy, en esta sala.

*Crisp.* Señor, si solo tratamos de nuestro asunto; para el queria yo contar con la voluntad de mi hija.

*Vic.* ¿Y á qué asunto he venido yo aqui?

*Crisp.* A uno que esta mañana quedó pendiente, y ahora quedará terminado.

*Vic.* Sea enhorabuena, porque deseo concluir.

*Crisp.* Por concluido. Señor don Vicente, es usted mi yerno.

*Vic.* ¡Yerno de usted!

*Crisp.* Sí, señor, le concedo á usted la mano de Valentina.

*Vic.* ¿La mano de...?

*Crisp.* Sí, la que usted me ha pedido con todo el entusiasmo y ahinco de una verdadera pasion.

*Vic.* ¿Yo? (*Aparte.*) ¡Simple de mí, que no habia advertido que esta pobre mujer es loca!

*Crisp.* Parece que usted se ha quedado absorto.

*Vic.* No es para menos... (*Aparte.*) Si la desmiento, arma otro escándalo.

*Crisp.* Verdad es que la sorpresa, el contento...

*Vic.* Pues.—El anuncio de una felicidad tan inesperada...

*Crisp.* Nada quiero averiguar acerca de las palabras misteriosas que se le han escapado á mi hija. Sin embargo, las señoras que están acompañando á la niña, no son

mudas... Sabrá todo el mundo que ustedes se quieren... Vamos, es indispensable dar prisa á la boda.

*Vic.* ¿La boda? (*Aparte.* Esto va serio: tratemos de eludir la cuestion.) Permitame usted decir dos palabras antes á Valentina.

*Crisp.* No me parece que, en el estado en que se halla, sería oportuno...

*Vic.* Tiene usted más razon que yo.

*Crisp.* Mañana ó esotro...

*Vic.* Pues bueno: mañana ó esotro quedará zanjado el asunto. — Yo tengo que practicar esta tarde unas diligencias...

*Crisp.* No se detenga usted por mí. — ¿Me promete usted hacer feliz á mi hija?

*Vic.* Nada omitiré de cuanto esté de mi parte. Con permiso de usted, señora.

*Crisp.* A-Diós.

ESCENA III.

DOÑA CRISPULA.

Todo se compone perfectamente. Es muy buen sujeto el señor Montaner. Un poco desmemoriado... Achaque de ricos... Un poco arrebatadillo tal vez... Achaque del que ha mandado á negros.

ESCENA IV.

RAIMUNDO, UN ORDENANZA DE MARINA,  
DOÑA CRISPULA.

*Raim.* Un momento, ordenanza. (*Llamando.*) Don Vicente, don Vicente. (*A doña Crispula.*) ¿Dónde está don Vicente?

*Crisp.* Acaba de marcharse. No sé cómo usted no ha tropezado con él.

*Raim.* ¿Dónde ha ido?

*Crisp.* A un negocio urgente.

*Raim.* ¿A su casa?

*Crisp.* No me lo ha dicho.

*Raim.* Le buscaré, le hallaré donde quiera que pare.

*Orden.* Mire usted que no hay tiempo que desperdiciar; nos están ya esperando. Viene la órden á raja-tabla.

*Crisp.* ¿Qué órden es esa?

*Raim.* La de embarcarme.

*Orden.* Con tres fuegos.

*Raim.* Y busco á don Vicente...

*Crisp.* Ya, por lo de la casa.

*Raim.* Para darme de estocadas con él.

*Crisp.* ¿Un desafío! Raimundo, por Dios... ¿Estamos entre infieles, que no les

importa su salvacion? Renuncie usted á ese designio.

*Raim.* No, señora: uno de los dos amantes de Valentina ha de soltar la piel.

*Crisp.* Si usted ama á mi hija, ¿tendrá valor para comprometer su reputacion, llenarla de sentimiento, privarla tal vez del que va á ser su esposo?

*Raim.* No se quedaria sin proveer la vacante.

*Crisp.* No seria para usted.

*Raim.* ¿Luego tanto sentiria su pérdida? ¿Luego tanto le quiere?

*Crisp.* Por supuesto. ¿Se casaria si no le quisiera?

*Raim.* Es que á veces por salir de soltera y de madre... Es que ustedes suelen disponer de las hijas á lo cabo de escuadra. ¿Quién dice que sí? ¿Usted ó ella? Sepamos.

*Crisp.* Ella lo ha dicho, y si usted se empeña en orlo de su misma boca, venga usted.

*Raim.* ¡Engañosa, ingrata! Pero ¿cuándo ha nacido, cómo ha podido formarse esa inclinacion?

*Crisp.* Eso es lo de menos. Olvide usted á Valentina, y considere que la aficion de dos personas honradas, dirigida á buen fin, es muy respetable.

*Orden.* Que se hace tarde: al primer cañonazo deberiamos entrar en la lancha.

*Raim.* Pues, señor, se acabó. Todos me dicen que soy un pollino, y lo merezco por haber sido capaz de enamorarme de tal escorpion. Yo volveré sobre mí. Los ingleses, los marineros, todo el mundo me ha de pagar la rabia que ha sembrado en mi corazon esa pérdida. Doña Crispula, Dios le dé á usted salud, y pídale ust d para mí...

*Crisp.* Sí, laureles, victorias.

*Raim.* Una descarga de metralla lo mas pronto posible. Despidame usted de Valentina, y dígame usted que ella... que yo... que usted... que mi tio... Ella sale.

ESCENA V.

VALENTINA, DOS SEÑORAS, DOÑA CRISPULA, RAIMUNDO, EL ORDENANZA.

*Val.* (*A una de las señoras.*) Basta, lo agradezco: ya no necesito su apoyo de usted.

*Crisp.* ¿Cómo te atreves...?

*Val.* Estoy buena ya. ¡Oh Raimundo...!

*Raim.* Presente.

*Crisp.* Viene á despedirse de tí.



*Raim.* Sí, señora, vengo porque me voy. Me embarco.

*Val.* ¿Ahora?

*Orden.* Sobre la marcha.

*Raim.* Sí, señora, al instante. Lo estoy deseando con una furia...

*Crisp.* (*Ap. á Raimundo.*) Cuidado con lo que usted dice.

*Raim.* (*Ap. á doña Crispula.* No tema usted, que sé disimular como la primera.) Valentina, cuando yo era niño, me contaba mi abuela, que santa gloria haya, qué el suelo de nuestro país... pues, el de usted y el mío... no criaba sabandijas... es decir, bichos malignos, sierpes venenosas. — A la abuela de Poncio Pilato le sostendría yo que mientras haya mujerea que con sus ojos, y con su labio, y con su mónica, y... (*Suena un cañonazo distante.*)

*Orden.* ¿Oye usted? Vamos.

*Val.* ¿Qué es eso?

*Raim.* Es el cañonazo de llamada, el cual nada tiene que ver con usted; conmigo sí. Valentina, Dios le dé á usted lo que mas le convenga. Los hombres mudan de parecer según las circunstancias...

*Val.* ¿Qué me quiere usted dar á entender con eso?

*Raim.* Que el mayor favor que puede usted hacerme, es considerar como un capricho, como una broma, de que me arrepiento, lo que hablé con usted esta mañana.

*Val.* ¿Es posible?

*Raim.* Hágase usted ilusión; persuádase usted que yo me había desayunado con una cuartera de malvasía de Bañalbufar. En fin, olvidese usted de mí; yo haré otro tanto de usted; pelitos á la mar, y Cristo con todos. Hasta el valle de Josafat, señoras. (*Vase con el ordenanza.*)

*Val.* ¡Raimundo! Oiga usted. ¡Raimundo!

#### ESCENA VI.

DOÑA CRISPULA, VALENTINA, LAS DOS SEÑORAS.

*Val.* (*Aparte.*) ¡Cielos! ¡Me olvida! ¡A Dios, esperanzas; á Dios, ilusiones de tantos años!

*Crisp.* Hija, no hagas caso de tonterías. Vaya bendito de Dios. Doña Lucía, doña Gabriela, muchísimas gracias por la asistencia. Pueden ustedes retirarse á descansar.

*Una Señora.* Si hacemos falta...

*Crisp.* Suplicaremos á ustedes... Abur, abur. (*Las acompaña hasta la puerta.*)

*Val.* (*Aparte.*) Ha temido á su rival, ha dudado de mi constancia. ¡Qué ofensa!

*Crisp.* ¡Eh! ya se nos ha marchado Raimundo. A menos bultos, mas claridad.

*Val.* ¡Cuál me ha tratado!

*Crisp.* Nada te ha dicho que deba sentirse. ¿Que te olvidará? Gracias infinitas... ¿Que le olvides tú? Prevención excusada. ¡Cierto que el niño merece tenerle muy en la memoria!

*Val.* ¡No lo merecería, no: por ingrato, por injusto, por necio!

*Crisp.* Y por haber faltado á mi confianza. Bien que otros han hecho lo mismo, y se lo perdono.

*Val.* ¿Por quién lo dice usted?

*Crisp.* Olvidemos lo pasado. He dado lugar á que te quejes de mí, y no me estaría bien reprenderte.

*Val.* ¿Reprenderme? ¿Por qué?

*Crisp.* Por nada, mujer. Se compuso ya todo. Estuviste delirante por un buen rato y dijiste...

*Val.* ¿Cosa de que usted pueda ofenderse?

*Crisp.* Yo no soy de mármol: tengo honra y vergüenza...

*Val.* ¡Ay! pues le pido á usted perdón, mamá. Yo no sé en que términos me explicaría; pero lo cierto es que don Vicente ignora la verdad; don Vicente ni aun sospecha la ligereza de usted.

*Crisp.* ¿Qué ligereza? Solo falta que me echés la culpa.

*Val.* Mamá, sea usted ingenua: ¿quién la tiene?

*Crisp.* ¿Nada te remuerde á tí la conciencia? ¿No estás pesarosa de haberme ocultado tu amor? ¿de haber hablado á solas con el Indiano?

*Val.* A no haber él abierto esa puerta, ¿cómo hubiéramos salido del compromiso de los billetes?

*Crisp.* ¿Cuáles?

*Val.* Los de la cartera de Raimundo, que eran falsos.

*Crisp.* ¿Falsos? ¿De dónde te consta?

*Val.* Lo dijo don Vicente. Yo creía que usted lo supiera.

*Crisp.* ¿Por qué conducto?

*Val.* Por haberlo dicho yo delirando.

*Crisp.* Mujer, yo creo que cuando realmente deliras, es ahora. Tú nos has dicho entre lágrimas y sollozos que eras perdidita, si don Vicente no te cumplía su palabra. ¿Qué palabra era?

*Val.* La de evitar que usted y Raimundo fuesen acusados como falsificadores.

*Crisp.* ¿Qué me cuentas? ¿Con que le habian trocado los billetes? ¿Con que mis sospechas se realizaron? ¿Y don Vicente por casualidad tenia consigo otros que sustituir?

*Val.* No, señora. De camino que íbamos á casa de la madrina, queria entrar en la suya, verificar el noble cambio y remitir á usted la cartera, para que sin saber nada se la entregase á Raimundó.

*Crisp.* Si digo que mi yerno es un ángel de Dios. Tú te la llevabas, temerosa de que me cometiese otra tentación como la pasada. No hacias mal.—¡Ay! ahora que me acuerdo... ¡Pobre muchacho!

*Val.* ¿Quién?

*Crisp.* Raimundo, que antes de embarcarse, va á llevar los billetes al capitán general.

*Val.* Y bien, ¿qué?

*Crisp.* Que don Vicente no ha salido de aquí; no ha tenido tiempo para ir á su casa; la cartera se la ha vuelto al chico, tal como se hallaba antes.

*Val.* ¡Cielos! ¿Está usted segura?

*Crisp.* El mismo don Vicente lo ha dicho.

*Val.* ¡Ah! No habrá podido resistir á las instancias de Raimundo. ¿Qué es lo que ha hecho usted?

*Crisp.* ¡Dios mio! Le prenden sin remedio.

*Val.* Le van á formar causa, va tal vez á perder la vida.

*Crisp.* Por su imprudencia, por haber fiado la cartera de manos no tan seguras, no tan felices como las mias.

*Val.* ¡Pues qué! ¿Aun no ha conocido usted á quién debe el infeliz esta desgracia?

—¡Oh! no es tiempo de acusaciones, sino de diligencia. Yo, madre, no sé si podré llegar al palacio: por Dios, corra usted, detenga á Raimundo, pídale la cartera; quítela usted de las manos, y tráigala usted á las mias.

*Crisp.* Sí, mujer: voy volando.

*Val.* No haga usted mas de lo que la ruego; por el dia de mi nacimiento, que no haga usted mas. Mire usted que si Raimundo entra en una cárcel, le ha de costar á usted lágrimas.

*Crisp.* Sí, porque seria una lástima. ¡Lo que dan que hacer los desciertos de los muchachos! (*Vase.*)

## ESCENA VII.

VALENTINA, Y DESPUES DON VICENTE.

*Val.* Sálvese ahora; luego sabrá mi madre á qué peligro le expuso. (*Sale don Vicente por la escalera oculta.*)

*Vic.* ¡Valentina!

*Val.* ¡Ah, don Vicente! Baje usted. Mil cosas tengo que preguntarle. Acabo de saber que la infausta cartera...

*Vic.* No tema usted. Probablemente cuando Raimundo vaya á entregar los billetes, ya un dependiente mio se habrá anticipado en su nombre.

*Val.* El cielo premie tanta virtud.

*Vic.* Envié á mi cajero un aviso con Marcos y una carta para su excelencia. Al presentarse Raimundo en la capitanía general, le pondrán en la mano un recibo, y le dirán que vaya con Dios. Si Raimundo tomase la delantera al cajero, lo peor que podria suceder seria que le arrestaran por breves momentos. Traquílese usted, pues ni pelagra ese jóven, ni el decoro de usted.

*Val.* Gracias, mil gracias.

*Vic.* Por usted, por el buen concepto que de usted he formado, he vuelto á pisar esta sala, sirviéndome de la llave de la escalera, olvidada en mi poder. He subido, he aguardado ahí, he sentido salir á madre, y aprovecho la presente ocasion para suplicar á usted que procure quitar á la buena doña Crispula un capricho de la cabeza.

*Val.* Perdónela usted. La infeliz, entre mil buenas cualidades, tiene una...

*Vic.* Una con que nos vuelve locos á todos. Para que usted la desengañe, cuando la pille en un lúcido intervalo, informaré á usted de lo que ha de decir.

*Val.* Ya lo espero.

*Vic.* Es una revelacion importante, que por ahora exige secreto.

*Val.* Nadie lo sabrá mientras usted no lo permita.

*Vic.* De los quince años que he permanecido en la Habana, doce me llevé trabajando sin fruto: en los tres siguientes la casualidad, la bondad del Señor, me hizo rico de un golpe.

*Val.* Bien merecia serlo quien habla de hacer tan buen uso de sus caudales.

*Vic.* Cuando el oro nos abre las puertas de la felicidad, cuando nos allana la posesion de una mujer digna, como usted, de ser adorada, vil y miserable seria quien, favoreciendo al prójimo, no se desquitase de una parte minima de lo que debe al cielo.

*Val. (Aparte.)* Ya se declara. — ¿Qué respondo yo á un hombre á quien debo tanto?

*Vic.* Tres años hará que regresó á la Habana, desde Santiago, una jóven cuyos méritos no podré encarecer mejor que comparando con usted su persona. Acababa de cumplir veinte y cinco años, y era millonaria...

*Val.* Dos méritos que yo no tengo.

*Vic.* Ignorantes de una circunstancia particular, mil pretendientes le habian ofrecido la mano. — Este mérito no le faltará á usted.

*Val.* Ni le he tenido, ni le deseo.

*Vic.* Mi habanera decia otro tanto, y al cabo un hombre sin mas prenda que su hombría de bien, la hizo mudar de dictámen y envanecerse de ser amada.

*Val.* Cosa naturalísima.

*Vic.* Pero que ofrecia muy graves inconvenientes.

*Val.* Siendo rica y libre...

*Vic.* Una madre por el estilo de la de usted, una visionaria á lo divino, la habia obligado de niña á que hiciese voto de castidad. Era necesario solicitar dispensa, y dar con el mayor sigilo los pasos, por no apesadumbrar á la madre, la cual agriada por sus dolencias, que la impedian moverse del lecho, se hubiera escandalizado hasta el punto de maldecir á su hija. (*Viento entrar á doña Crispula*) ¡Maldiga Dios á la que ahora nos interrumpe!

### ESCENA VIII.

DOÑA CRISPULA, MARCOS, VALENTINA,  
DON VICENTE.

*Crisp. (á Marcos.)* Ahí tienes al señor don Vicente.

*Val.* ¿Habló usted á Raimundo?

*Crisp.* He hallado á Marcos al salir de esta calle, que para el caso, nos da lo mismo.

*Marc.* Su cajero de usted me manda decirle que ya se ha visto con su excelencia.

*Val. (Aparte.)* Respiro.

*Marc.* Su excelencia queda en admitir los billetes que le presente Raimundo, entregarle su carta de pago, y devolvérselos á usted inutilizados.

*Vic.* Bien: vete. (*Ap. á Valentina.*) Está usted servida. (*Vase Marcos.*)

*Val. (Ap. á don Vicente.)* Le debo á usted mas que el vivir.

*Crisp.* De buen peligro ha libertado usted al pobre Raimundo.

*Val.* ¿Se sabe si ya se ha embarcado?

*Crisp.* Yo creo que sí, aunque no he oído el tiro de leva.

*Vic.* Parece que debía usted inferir lo contrario de esa razon.

*Val.* Sí, sí; miradle.

### ESCENA ULTIMA.

RAIMUNDO, DOÑA CRISPULA, VALENTINA, DON VICENTE.

*Raim.* Siento mucho tener el gusto de ver á ustedes por última vez, despues de la última.

*Crisp.* ¿No se ha marchado usted todavía?

*Raim.* ¿Pues no ve usted que estoy aquí? ¡Vaya una pregunta! No, señora, no me he marchado, porque no ha salido el paquebot que habia de llevarme; no ha salido, porque están los ingleses á tres millas de aquí, y están á tres millas de aquí los ingleses, porque se han engolesinado con las presas que han hecho esta mañana, y acaban de saberse.

*Val.* ¿Ha entregado usted los billetes?

*Raim.* De allá vengo, señorita. Ya sé todo el teje-maneje que ha habido. ¿Creyeran ustedes que yo no habia de mirar los títulos al tiempo de dárselos al capitán general? ¿Que no habia de conocer la falsificación, y quedarme hecho un babieca? ¿Que no habia de reconvenir luego á su excelencia que me daba un recibo, en vez de mandarme levantar la tapa de los sesos?

*Vic.* ¿Ha tenido usted una explicacion con su excelencia?

*Raim.* Me ha enseñado la carta de usted.

*Vic.* ¿Quiere usted ahora batirse conmigo?

*Raim.* A muerte. A eso vengo.

*Val.* ¡Raimundo!

*Crisp.* Hombre de Dios...

*Raim.* Yo no tolero que otro pague por mí los descuidos de Valentina.

*Crisp.* ¿Qué Valentina? Yo fui quien perdió la cartera.

*Raim.* ¿Usted?

*Vic.* ¿Usted?

*Crisp.* Valentina no salió esta mañana de casa.

*Raim.* Ya: se atribuyó la habilidad de usted para sacar mejor partido del novio.

*Val.* Para salvar á mi madre.

*Raim.* ¿Hay estrella mas picara? Ni el consuelo me queda de haber estado expuesto á morir por esta muchacha.

*Crisp.* Diga usted por su mala cabeza. A usted fue á quien le falsificaron los billetes.

*Raim.* A usted habrá sido, en tal caso.

*Vic.* A usted debe haber sido.

*Val.* En efecto, madre, ha sido á usted.

*Crisp.* ¡A mí! ¡Jesus! Estoy empecatada, estoy dejada de la mano de Dios.

*Val.* Tres mil duros debemos al señor don Vicente.

*Vic.* No me debe usted nada.

*Raim.* Nada, ni una malla, ni media. Caballero Montaner, es de usted esta casa. Ahora salga usted al campo conmigo.

*Vic.* ¿Qué dice usted?

*Raim.* Digo que antes que nos demos de cachilladas, le vendo á usted la casa que quiere, que se la doy por los consabidos tres mil. ¿No lo entiende usted? ¿Y usted? ¿Y usted? Cuidado que es torpeza.

*Crisp.* Criatura, ofrezca usted lo que sea muyo.

*Raim.* Mío es lo que ofrezco, voto á la campana de la Figuera. ¿No me ven ustedes los ojos hinchados de llorar? Pues no es por usted, (*Dirigiéndose á Valentina*) y si lo fuera, me guardaría muy bien de decirlo: es por mi pobre tío, que acaba de entrar en el puerto...

*Val.* ¿Cómo?

*Raim.* ¿Cómo? Sin cabeza. Una bala de cañon se la ha llevado al cielo.

*Vic.* ¿Atacaron los ingleses el buque?

*Raim.* Hecho una granada viene el casco.—¡Y con sesenta á la cola, habia hecho el santo varon la tontuna de dejarme por su heredero!

*Crisp.* ¿Su heredero?

*Val.* (*Aparte.*) Ya es rico.

*Raim.* Así me acaba de decir ese escribano que no era ladron.

*Crisp.* Amigo, reciba usted el parabien del pésame que debemos darle.

*Raim.* ¿De qué me sirve el dinero ahora? Pero no, pero sí, de algo me puede servir. Valentinita, yo voy á hacer testamento tambien. Lego todos mis bienes á usted, me bato en seguida con el señor, le dejo que me abra en canal, y entonces no tiene usted mas remedio que llorarme *coram populo*, vestir luto por mí y retardar su boda. Despues de yo muerto, poco me importa que se case usted con el patriarca de Jerusalem.

*Val.* ¿Oye usted esto, mamá?

*Crisp.* Hija, ya es tarde. El señor don Vicente...

*Vic.* El señor don Vicente está ya frito de que no se le deje meter haza en esta barraunda, y lo echará todo con ciento de á caballo. Señor don Raimundo, señora doña Crispula, con una palabra se ataja el raudal de desatinos que vierten ustedes, cada cual con su tema. Yo no puedo casarme con Valentina, por la sencillísima razon de que estoy casado.

*Raim.* ¡Casado!

*Val.* ¡Casado!

*Crisp.* ¡Casado con ella sin mi permiso!

*Vic.* ¡Vive Dios! No, señora; casado con otra.

*Val.* ¿Con la habanera millonaria?

*Vic.* La misma.

*Crisp.* Me he quedado extática.

*Vic.* ¿Se convencerá usted ahora de que yo no he pedido la mano de su hija? ¿De que solo hablé de la casa?

*Raim.* ¡Unos amores de cal y canto!

*Val.* ¿Creerá usted ahora lo que yo la dije? ¿Que hasta hoy no habia visto al señor?

*Raim.* ¿Creerá usted ahora que yo no creo nada de lo que usted me ha dicho?

*Crisp.* Será lo que quieran ustedes; pero yo estaba plenamente persuadida de que mi hija no tenia inclinacion á Raimundo.

*Raim.* Prueba segura de que me quiere, porque usted lo entiende todo al contrario. ¿No es verdad, Valentina? Dígalo usted.

*Vic.* En efecto; á ella le toca...

*Crisp.* Bien, yo me conformo. Dígalo ella.

*Val.* Entre mentir y desmentir, ¿qué medio hallaría usted, don Vicente?

*Vic.* Callar y dejar hacer.

*Raim.* Usurpo el consejo. Señora doña Crispula, por usted ha estado en un tris mi pellica; por usted he injuriado á esta palomita sin hiel; por usted he querido batirme con armas desiguales, es decir, con un hombre casado. En satisfaccion de tantas ofensas.... don Vicente, (*Tendiéndole una mano.*) usted es mi amigo. Doña Crispula, (*Tendiéndole la otra.*) usted es mi madre. Ven aqui tú, pimpollo, tú eres mi esposa. (*Se separa de don Vicente y doña Crispula, y abraza á Valentina.*)

*Vic.* ¡Bravo!

*Crisp.* Pues, señor, mi bendicion les caiga. Por fin veo á mi hija casada á mi gusto... con quien yo no quería.

*Val.* ¡Y eres militar! ¡Y tendrás que dejarme!

*Crisp.* No tal: Raimundo, como ya es rico, tratará de eximirse...

*Raim.* Por equivocarse usted, hasta en eso lo yerra. No me eximiré, no, señora: ¡la sangre de mi tío pide venganza! Todos

los grandes generales han sido lidiaré por mi patria, por mi Re amor, por mi suegra... Me di brillaré... No quiero proseguir, ¡ digan ustedes que yo también est visiones.

# LA COJA Y EL ENCOGIDO,

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA,

ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA CRUZ A 16 DE JUNIO DE 1843.

## PERSONAS.

ADELA.  
DON FABIAN.  
DON RUFINO.  
DON SILVESTRE.

GREGORIA.  
TOMASA.  
UN CRIADO, QUE NO HABLA.

*La escena es en Madrid en una casa de posadas.*

## ACTO PRIMERO.

*Patio con jardín al cual tienen salida algunas habitaciones de huéspedes; á la derecha del espectador un ángulo del cuarto de Adela, con una ventana grande de frente al público. En medio del jardín un pozo, junto á él una pila, y por el medio bancos ó sillas y una mesa. Las personas del cuarto de Adela están cerradas.*

### ESCENA PRIMERA.

DON FABIAN, GREGORIA, Y LUEGO  
TOMASA.

*(Gregoria apareció cruzando el teatro, de izquierda á derecha del espectador, con una bandeja y en ella varios platos; don Fabian sale por la izquierda, detrás de Gregoria.)*

*Fab.* Chit, chit, señora Gregoria.

*Greg.* ¡Don Fabian! ¿Qué milagro es este, que se le ve á usted por el jardín? Desde que se halla usted aquí de huésped, creo que es la primera vez que baja.

*Fab.* Sí, señora, la primerita: figúrese usted que no será sin motivo.

*Greg.* Pues ¿qué hay? Diga usted pronto, que ando de prisa.

*Fab.* Está muy hermoso este jardinito del patio, y pocas casas de huéspedes tendrán otro igual en Madrid; es muy agradable respirar por la mañana el olor de las flores; pero, querida Gregoria, las diez y media han dado hace rato.

*Greg.* ¡Las diez y media ya! ¡Y la nueva huésped quería el desayuno á las diez!

*Fab.* Si tuviera usted la bondad de acordarse del mío...

*Greg.* ¿Todavía está usted en ayunas?

*Fab.* Sí, señora; por eso...

*Greg.* ¡Pobre don Fabian! Con esa calma, no es extraño que usted engorde.

*Fab.* Pues á pocos días de abstinencia como este, me quedo en lo firme.

*Greg.* Es el caso que me ha destinado el ama desde hoy á los cuartos de abajo, y por eso me toca servir á la señora que vino anoche; la Tomasa es la que tiene que asistirle á usted. Ahí sale: acuda usted á ella. *(Vase, y sale Tomasa en direccion opuesta, llevando tambien un almuerzo.)*

*Fab.* Tomasita, ¿me hace usted el favor de subirme al cuarto del chocolate?

*Tom.* Eso le tocará á la tia Gregoria, que es quien le ha servido á usted siempre.

*Fab.* Si me dice que le han encargado á usted la asistencia de arriba.

**Tom.** Anoche me dijo el ama los nombres de los huéspedes á quienes habia yo de servir desde hoy; pero lo que es á usted no le mentó. A la cuenta seria un olvido.

**Fab.** Pues, uno de tantos.

**Tom.** Como usted no riñe nunca, ni habla, ni habla, no hay forma de tenerle presente. Descuide usted; que yo le llevaré el almuerzo, en aviando á todos. (*Vase.*)

**Fab.** ¡Lisonjera distincion! Pues hasta ahora, gracias á Dios, he pagado mis tres pesetillas tan puntualmente como el primero. Debo irme de esta posada, y muy pronto. ¿Estamos en Mayo? Para ferias ó para navidad, me despido.

### ESCENA II.

DON SILVESTRE, DON FABIAN.

**Silv.** No sé como he acertado á volverme por esas calles. (*Viendo á don Fabian.*) ¡Hola! Felices dias, camarada.

**Fab.** Felicisimos. Beso á usted la mano.

**Silv.** Usted, si no me equivoco, es el caballero de anoche.

**Fab.** ¿De anoche? ¡Ah! sí. Muy servidor de usted.

**Silv.** ¡Y tan servidor como usted se mostró! ¡Vaya, que fué buen lance! Cruza usted el portal cuando llegábamos la chica y yo, y los mozos acababan de dejar en el suelo nuestro equipaje; se me antoja que es usted un criado, cojo un lio y se le echo á usted á cuestras gritándole: «Marcha con eso adentro.» No sé que fué mas de admirar, mi torpeza ó la cachaza de usted, que se entró con el fardo como un corderito.

**Fab.** Me mandó usted con un aire tan imponente, que no me atreví á desobedecer.

**Silv.** De nuevo le pido á usted mil perdones en mi nombre y en el de mi sobrina.

**Fab.** ¿Es sobrina de usted la señora que le acompañaba?

**Silv.** Sí, señor, una muchacha que vale un Perú.

**Fab.** ¿Con que es jóven? No tuve el gusto... el honor... de ver á la señorita. Sentada en un rincón oscuro... y con aquel sombrero... Yo, tambien, me subí corriendo á mi cuarto.

**Silv.** Ese es el de mi sobrina y mio, señor don... ¿Cómo es su gracia de usted?

**Fab.** Me llamo... me llaman...

**Silv.** (*Interrumpiéndole.*) ¿Se le ha olvidado á usted su nombre?

**Fab.** ¡Por Dios! ¿cómo puede usted imaginar...?

**Silv.** (*Aparte.*) Se ha puesto colorado.

**Fab.** Vea usted el registro de la patrona, ó pregúntele quien soy, y le responderá: «Fabian Huronera.»

**Silv.** Muy señor mio: Silvestre y Adela Gomez están á la disposicion de usted, amigo don Fabian.

**Fab.** Haga usted presentes mis respetos á la señorita.

**Silv.** (*Yéndose.*) En hablándole recio al hombre, se le deja corto. (*Vase.*)

**Fab.** Pues: si me hubieran dado mi chocolate, no hubiera tenido precision de bajar, y de hablar luego con un desconocido, que para mí es el apuro mayor que hay. (*Encamínase á la izquierda, y tropieza con don Rufino, que sale por el mismo lado.*)

### ESCENA III.

DON RUFINO, DON FABIAN.

**Ruf.** ¡Eh! mire usted por donde va.

**Fab.** Perdone usted... una distraccion...

— ¡Oh señor don Rufino!

**Ruf.** ¡Usted aquí, don Fabian!

**Fab.** Si vivo en esta casa.

**Ruf.** Bien lo sé; pero como usted habita allá en las altas regiones...

**Fab.** Un asuntillo urgente me ha sacado de mis casillas: á no ser por la necesidad, no hubiera bajado.

**Ruf.** Pues yo venia... por supuesto que con ánimo de ver á usted para tratar de nuestras cuentas.

**Fab.** Mil gracias.

**Ruf.** Yo, que antes era editor responsable, ahora soy propietario de un periódico.

**Fab.** Si usted es cuanto hay que ser, cuanto quiere.

**Ruf.** Para llegar á ser algo, hay que emprenderlo todo. Usted ha escrito para mi, y es justo que se le remunere por su trabajo.

**Fab.** Cuando usted quiera.

**Ruf.** Pero antes venia á tomar unos informes. Aquí sirve una vieja, llamada Gregoria, que fué ama de llaves de mi papá, y queria que me dijera si ha venido ya una señorita de Cádiz, que habrá de parar en esta posada.

**Fab.** Esa señorita ¿viaja en compañía de su tío?

**Ruf.** Justo: un hombre de edad, gordote, rechoncho...

*Fab.* Que se llama don Silvestre.

*Ruf.* Cabal, y ella Adelita.

*Fab.* Tio y sobrina llegaron sin novedad anoche, y ocupan ese cuarto.

*Ruf.* ¿Ese? Bien. — ¿Y qué tal es la gaditana?

*Fab.* Yo entraba en casa cuando llegaron; pero no reparé en ella.

*Ruf.* Mal hecho: en las mujeres se debe reparar siempre. Cuidado que usted, por su maldito encogimiento, no sirve para nada.

*Fab.* Pues sin embargo hice á esos señores anoche un servicio.

*Ruf.* ¿A la sobrina?

*Fab.* Al tio.

*Ruf.* El tio me importa á mí dos bledos. En fin, Gregoria los habrá visto y me dirá...

*Fab.* Ella los sirve.

*Ruf.* Tengo una impaciencia de saber...

*Fab.* Le interesa á usted mucho la nueva huésped.

*Ruf.* Hay su por qué: y eso que todavía no la conozco.

*Fab.* Sabrá usted quizá que es bonita.

*Ruf.* Según noticias es persona de lindo talle, de mucho garbo, mucha gracia para andar.. Ya se ve, gaditana.

*Fab.* Tendrá la sal del mundo.

*Ruf.* Pero es bizca: y yo aborrezco á los bizcos de muerte.

*Fab.* Entónces...

*Ruf.* La madre de Adela tuvo una hermana que casó con un tio mio, el cual pasó de España al Perú, donde hizo un mediano caudal.

*Fab.* De modo que Adelita y usted son primos políticos.

*Ruf.* Sí, señor. Del tal tio hacía veinte años que nadie sabia nada, cuando al buen señor le ocurrió la idea de morirse, habiendo sobrevivido á hijos y mujer.

*Fab.* Ocurriencia feliz para usted, si testó á favor de la parentela.

*Ruf.* Testó en efecto; y al parecer fué su ánimo beneficiar igualmente á su línea y á la de su esposa.

*Fab.* Si ustedes no son muchos...

*Ruf.* Por parte de la tia, no mas que Adela; por parte del tio, solito yo. Otro primo lejano habia tambien por mi lado; pero murió al concluirse la guerra civil.

*Fab.* Siendo así, Adelita y usted partirán á medias la herencia.

*Ruf.* La idea del tio indiano fué que la disfrutaran en comun dos de sus parientes y afines, hembra y varon, á favor de una boda.

*Fab.* Es decir que casándose usted con su prima, se alza con el santo y la limosna.

*Ruf.* El alzamiento con respecto á la prima no lo ambiciono.

*Fab.* Puede ser una jóven amable; puede quererle á usted mucho.

*Ruf.* Nunca podrá mirarme con buenos ojos.

*Fab.* Esa nueva operacion de tenotomía aplicada al estrabismo prueba muy bien.

*Ruf.* Yo no tengo vocacion de casado.

*Fab.* En el corto tiempo que hace que nos conocemos, le he oido á usted decir alguna vez que era enemigo del matrimonio; pero yo creia que habia usted mudado de dictámen.

*Ruf.* ¿Cómo? ¿Qué significa eso? ¿Qué sabe usted para...?

*Fab.* Serán suposiciones.

*Ruf.* Pero hable usted.

*Fab.* Nada, sino que paseándome por la orilla del canal, porque mis paseos siempre son...

*Ruf.* Sí, por donde Cristo dió las tres voces. Pro siga usted.

*Fab.* Iban delante de mí unos cuantos jóvenes, que parecian como libreros ó cajistas... y hablaban de usted.

*Ruf.* Mal, por supuesto, porque esa gente ..

*Fab.* No, señor, muy bien... Decian que usted no entendia una jota del arte.

*Ruf.* ¡ Buen elogio!

*Fab.* Pero que por lo mismo era usted mas fácil de contentar.

*Ruf.* Sí, de engañar. ¡ Bribones!

*Fab.* Decian que pagaba usted bien, que tenia dinero...

*Ruf.* ¡ Qué calumnia!

*Fab.* Y que seria usted pronto un sujeto rico.

*Ruf.* Porque mi empresa prosperaria.

*Fab.* No: porque iba usted á casarse con una señora millonaria y...

*Ruf.* Y vieja: ¿ no es verdad?

*Fab.* Precisamente.

*Ruf.* No haga usted caso de habladerías. Hay gentes que no viven si no divulgan todo lo que pasa. No porque eso tenga nada de particular: seria una especulacion como otra cualquiera; pero... ¡ Yo dinero! ¡ yo pagar bien! Dígame usted si no le estoy debiendo los artículos que me ha redactado.

*Fab.* Verdad es, y por cierto...

*Ruf.* Ese periodiquillo miserable que he puesto, lo sostengo con dinero prestado.



**Fab.** ¡Dichoso el hombre á quien le prestan !

**Ruf.** Créame usted ; no vuelva usted á pasearse por la pradera del canal : corre allí un aire húmedo muy perjudicial á la gente de letras. Pasémos á la fonda de enfrente, y mientras se hace hora de visitar á mi prima, le enteraré á usted de un pensamiento para mejorar mi periódico, en el que cuento con el auxilio de usted. Podremos tomar algo, porque usted es madrugador y hará ya tiempo que se ha desayunado.

**Fab.** No, señor, hoy me ha hecho esperar la criada mas que otros dias.

**Ruf.** En haciéndose de miel, se burlan de uno criados é impresores. Ea, vamos.

**Fab.** No concurre allí nunca, y así, como que me repugna entrar.

**Ruf.** Sacuda usted ese encogimiento, visite usted, converse usted : al mes de práctica habrá usted adquirido igual desembarazo que yo.

**Fab.** Sí, á los ocho dias habré cometido tantas atrocidades, que ya no me atreveré á saludar á un alma viviente. Si no ha producido Asturias un hijo mas cuitado que yo. Cuando estudié latinidad con el dómine, las primeras semanas no habia dia en que no llevase palmetas, á pesar de que tenia buena memoria y estudiaba bien la leccion. Acercarme al maestro para darla, y poneriné á temblar, todo era uno : así es que me cogia tantos puntos como veces me miraba. Durante el curso era yo de los mas adelantaditos de la clase ; el dia de los exámenes siempre me quedaba de burro. En la universidad, lo mismo : en habiendo acto público, perdía á vista de una concurrencia numerosa todo el concepto que me habia granjeado mi aplicacion entre los catedráticos y los compañeros. Por eso no me he atrevido á graduarme en leyes, porque estoy seguro de que si el dia de mañana me tocara defender la causa de un hombre mas inocente que el mismo Abel, de hijo con mi defensa iba derecho al palo.

**Ruf.** Por eso le predico á usted : mientras no venza ese empacho ridículo, se reirán de usted hombres y mujeres.

**Fab.** Las señoras hasta hoy poco se han burlado de mí.

**Ruf.** ¿Ha sido usted mas afortunado con ellas ?

**Fab.** No, sino que como la primera y la segunda y la tercera me han escarmentado, no me he atrevido á emprender con la cuarta.

**Ruf.** Usted debe principiar á franquearse con las personas á quienes trata.

**Fab.** No me trato con nadie. Usted y otro compañero suyo que me dan que escribir, y el muchacho de la imprenta que me trae las pruebas, son casi las únicas personas que veo, y eso de tarde en tarde.

**Ruf.** Pues principie usted á desenfadarse conmigo.

**Fab.** (*Aparte.*) ; Famosa ocasion para pedirle lo que me debe !

**Ruf.** Y marchemos ahora á la fonda.

**Fab.** Señor don Rufino, tomando su consejo de usted, quisiera...

**Ruf.** Café primero con tostadas, ¿no ?

**Fab.** Quisiera hacerle á usted presente...

**Ruf.** Luego unas chuletas ó un bifeck.

**Fab.** Usted no extrañará que en mi situación...

**Ruf.** Si prefiere usted una trucha ó jamon dulce...

**Fab.** Yo trabajo noche y dia...

**Ruf.** Eso es, noche y dia : y sin gozar jamás de una diversion, sin almorzar en fonda ni... Hoy debuta usted.

**Fab.** Solo á fuerza de privaciones es como consigo...

**Ruf.** Cierto : no faltarán en la fonda literatos jóvenes á quienes aconsejar que aprendan de usted.

**Fab.** Sin dinero no puede uno...

**Ruf.** Eso les diré yo : sin dinero no se puede vivir. ¿Quieren ustedes ganarlo ? Trabajen ustedes como el señor. ¿Quieren ustedes no hallarse en apuros ? Limitense ustedes como el señor. No vestrá con lujo ; pero no deberá un cuarto : antes le deberán á él. Yo le debo, señores ; yo no me avergüenzo de confesarlo.

**Fab.** Por lo mismo estimaría que usted...

**Ruf.** Yo miro por la gloria y adelantos de ustedes mas que ustedes mismos. Los españoles pecamos por lo comun de holgazanes ; y si la necesidad no nos estimula, nos echamos á dormir. Por eso yo me hago á veces el remolon para pagar : claro es que el que no paga es porque no puede ó no quiere. Señor don Fabian, todas las obras de mérito se han escrito con hambre : usted se halla ahora en la mejor ocasion para hacer algo de provecho.

**Fab.** (*Cortado.*) Adopto la insinuacion de usted, y me retiro á ponerla en práctica.

**Ruf.** ¿No almorzamos juntos ?

**Fab.** Gracias por el convite y por el aviso. (*Aparte.*) Este hombre, para mí, aconseja como paga : siempre el resultado es igual á cero. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON RUFINO.

Ya me le he quitado de encima, y de balde. Gastar algo con él, vaya; pero darle lo que le debo, hasta que me case no puede ser. ¿Qué sería mejor? ¿casarme con la bizca ó con la vieja? La herencia del tío redituará unos dos mil duros anuales, á todo correr; los bienes de doña Gertrudis rentan seis veces mas: la vieja me ha adelantado cantidades enormes; ella paga todas mis trampas: ella poco puede vivir: si el matrimonio es un cautiverio, estoy por el mas breve; si es una especulacion, debo estar por la mas productiva. Despues de la muerte de Gertrudis, probablemente seré dueño de cuanto posee; y si quiero, podré escoger entre todas las niñas de Madrid que hacen á derechas. Veré á mi prima, y pensamos; pero el caso es que hay que decidir de hoy á mañana. Lo primero es buscar á Gregoria. (*Vase.*)

ESCENA V.

APARECEN LAS PERSIANAS DEL CUARTO QUE OCUPAN ADELA Y DON SILVESTRE, Y APARECEN LOS DOS SENTADOS A UNA MESA REDONDA, ACABANDO DE ALMOZAR; GREGORIA LES ESTA SIRVIENDO.

*Ad.* Sí; mejor está abierto, Gregoria. Ya que nadie nos ve, respiremos el aire fresco del jardinillo.

*Greg.* Si ustedes reparan en la asistencia algo que no sea de su gusto, diganlo.

*Ad.* El té no me ha parecido bueno: cuando salga, he de ver si lo encuentro de mejor calidad.

*Silv.* ¿Habrá manzanilla en casa, Gregoria?

*Greg.* Sí, señor; y si no, se traerá de la botica.

*Ad.* ¿De la botica?

*Greg.* Pues ¿de dónde? En las boticas se halla de todo.

*Silv.* ¿Hasta el vino de Sanlúcar?

*Greg.* ¡Ah, que es un vino de su tierra de usted! Se lo preguntaré al ama.

*Silv.* Sí, ve y no te vuelvas sin una cañita. (*Vase Gregoria.*)

ESCENA VI.

ADELA, DON SILVESTRE.

*Silv.* Con que, sobrinita del alma, ya

estás en Madrid, y supongo que hoy verás á tu primo político.

*Ad.* ¿Quién sabe? Se le anunció el dia de nuestra llegada, y no por eso ha salido á recibirnos. Inferio que tiene poquisimo deseo de conocer á su prima.

*Silv.* ¿Y tú?

*Ad.* Yo estoy resuelta á llevar á cabo mi plan; pero poco esperanzada de un feliz éxito.

*Silv.* ¿Aun no has visto al primo, y ya recelas de él?

*Ad.* Recuerde usted los informes que ha recogido esta mañana. En primer lugar le han dicho á usted que ha sido siempre una especie de vago.

*Silv.* No hay cosa mas noble que no trabajar.

*Ad.* Que es un tramposo, un petardista.

*Silv.* Pero sabe serlo: solo engaña á ricos y á tontos.

*Ad.* Se susurra que galantea á una vieja.

*Silv.* Mejor se prenderá de ti que eres jóven.

*Ad.* Es que yo no quiero que se prenda de mí por ser jóven, ni por ser heredera, sino por ser mujer de bien... y algo mas.

*Silv.* Ese algo mas comprende lo de amable y discreta, lo de no ser ya bizca, etc., etc.

*Ad.* Yo le confieso á usted que vivo en una inquietud mortal hasta salir de mi experiencia.

*Silv.* Poco puede durar tu zozobra, porque el plazo urge.

*Ad.* Sí: mi tío político don Gabriel me instituyó su heredera absoluta, si en el término de un año me casaba con un pariente suyo.

*Silv.* Y si no, pasarían al pariente mas inmediato los bienes del tío, quedándose solo una pension anual de seis mil reales.

*Ad.* El buque que traia la primera copia del testamento padeció naufragio, el segundo perdió la derrota, y el tal documento ha venido á Europa por Londres, de Londres á Santander, y de allí á Madrid: de manera que el año se cumple mañana.

*Silv.* Eso te excusa de cavilar mucho tiempo sobre la decision. Con decir: « Soy novia, » está concluido.

*Ad.* O con decir: « No me caso, » y contentarme con esa corta pension.

*Silv.* No sería mal disparate. Mira que la mujer no suele tener mas que una ocasion para ser rica.

*Ad.* Ser rica, ser rica... Bien me gos-

taria á mí serlo : aun soy jóven y ya no soy niña, y por consiguiente no me falta ambicion ; pero esto de arriesgar una su felicidad por el vil interés...

*Silv.* Sé buena y serás feliz, lo mismo siendo rica que siendo pobre. Ya se ve : tú quisieras que el tío te hubiera dejado sus bienes sin carga ninguna : muy bien querido ; pero como él pensó de otro modo, no hay mas que sujetarse á su voluntad. Considera tu situacion : tú no tienes mas arrimo que yo, y por mas que haga...

*Ade.* Tío, por Di-s... Usted tiene hijos y pocos meinos : demasiado ha hecho con acompañarme á Madrid consintiendo en ser mi auxiliar y mi cómplice.

*Silv.* Los peligros de la opulencia no sé qué tan grandes serán, porque nunca los he conocido ; los de la pobreza sí, y te aconsejo que no te expongas á ellos. Mas virtud se necesita para vivir contenta con seis mil reales, que para corregir á un marido calavera, teniendo las cualidades que tú. Y luego debes reflexionar que en el enlace de los dos herederos de don Gabriel el sacrificio es igual y reciproco. Tambien amará su libertad don Rufino, tambien le asustará tu exterior, tambien mirará con repugnancia ese matrimonio, porque á todo el mundo incomoda que le digan : « Con fulana te has de casar, ó te desheredo. » A pesar de los informes que he recibido, yo formaré muy buena opinion de tu primo si conviene en casarse, aunque no le vea muy enamorado : motivos tienes para estar segura de que despues, al aprecio seguirá el amor.

*Ade.* No es tanto lo que exijo yo por ahora : fuera un absurdo ; pero con el galanteo de la vieja no puedo transir.

*Silv.* Adelita, fuera de bromas : ¿ has dejado en Cádiz algun quebradero de cabeza ?

*Ade.* ¡Tío! ¿No tiene usted mil pruebas de que mi corazon es libre ?

*Silv.* Es verdad : y lo que es en Madrid, todavia...

*Ade.* No he visto mas hombre que el huésped de anoche, cuya cordad nos ha hecho reir tanto. ¿Cómo me ha dicho usted que se llama ?

*Silv.* Don Fabian : para tí me ha dado memorias.

*Ade.* Debe de ser un Juan Lanas completo.

#### ESCENA VII.

GREGORIA, EN EL CUARTO ; DICHO.

*Greg.* Aquí está la manzanilla, señor.

*Silv.* Ya no me acordaba yo de tal cosa ; ya se me ha pasado la sed.

*Greg.* He tardado porque me ha detenido un caballero, preguntándome mil cosas de usted, señorita.

*Ade.* ¿De mí ?

*Silv.* ¿Quien es ?

*Ade.* ¿Es siquiera el mozo de cordel que mi tío se improvisó anoche ?

*Greg.* ¡Qué! No, señora, si es mi señorito : quiero decir, el hijo de un amo que tuve yo. Es don Rufino.

*Ade.* ¡Mi primo !

*Silv.* ¿Dónde anda, que no viene ?

*Greg.* Me dijo que le parecia aun temprano para visitar, y que se alegraría infinito de verla á usted antes de anunciarme como pariente.

*Ade.* ¡Oiga !

*Greg.* Me encargó que no le dijese á usted palabra, y por lo mismo se lo prevengo.

*Ade.* ¿Y ha cumplido usted del propio modo el encargo que le hice á usted anoche ?

*Greg.* ¿El de callar que usted no es bizca, sino que en cambio... ? ¡Vaya ! no, señora : me he hecho la desentendida ; nada sabe.

*Silv.* ¿De veras ?

*Greg.* A fe de quien soy. Las circunstancias de los encargos no son iguales : el señorito ha prometido regalarme y usted me regaló. (*Asomándose á la ventana.*) Allí viene ya.

*Ade.* Quite usted ese velador y retirese ustedes.

*Silv.* Yo me retiro, y voy á salir para dejarte el campo libre.

*Ade.* Sí, yo sola quiero entenderme con él. (*Vanse don Silvestre y Gregoria.*)

#### ESCENA VIII.

DON RUFINO, EN EL PATIO ; ADELA, A LA VENTANA.

*Ruf.* (*Aparte al salir.*) Segun dijo Gregoria, á la ventana debe estar.

*Ade.* (*Medio tapándose con una cortina.*) Aquel ha de ser. No me descontenta la traza.

*Ruf.* (*Aparte.*) Entre la cortina distingo un bullo : ella se á.

*Ade.* (*Aparte.*) Haremos la deshecha á ver cómo se explica.

*Ruf.* Señorita...

*Ade.* Caballero...

(*Aparte.* No es bizca : no es ella.)  
e usted la libertad...

Hasta ahora no es grande.

(*Aparte.* ¡Qué chusca!) El cuarto  
de Adelita Gomez...

Es el mismo que ocupe yo.

¿Este?

Pues.

Yo no sabia... ¿Ha venido usted  
en ella?

Nunca me separo de su persona.

Formo un gran concepto de quien  
tan amable amiga.

¿No conoce usted á Adela? Como  
reguntaba por ella, juzgué que sí.

Nunca la he visto; pero tengo un  
dato cono:erla.

¿Un dato, eh? Ya comprendo

Una señalita.

Un distintivo particular.

Una gracia, gratis data.

Que se nota al golpe, cierto. ¿Us-  
tre que la avise?

Es mi obligacion visitarla; pero  
me la hora fuese intempestiva.

Ella... ocupada está, y bien, segun

En el tocador acaso.

No, en conversacion con un caba-

Siendo así, esperaré.

Pero nosotras no gastamos etique-  
ta ve usted; el solo anuncio de que  
usted relaciones con Adelita ha bas-  
tara detenerme á hablar con usted  
una ventana, como si estuviera en  
cia. ¿Se conversa en Madrid tambien  
rejas?

Poco, porque apenas hay cuartos

Diga usted, y debajo de los altos  
hay? ¿soportales? ¿zaguanes?

Tiendas.

Ya: como todavía no he visto la  
a villa...

Llegada de anoche, ¿cómo? Yo me  
á mostrar á usted todo lo notable de  
ital.

Mil gracias. Pero no continúe usted  
enga usted la bondad de dar la vuelta  
r adelante: aunque el tío habrá sa-  
blará usted con su servidora.

Señora mia.

Ello, para entrar aquí habrá usted  
ar por donde está Adelita.

¡Oh! pues ya le digo á usted que no  
de incomodarla. Yo solo me he apre-

surado á venir por saber si habia llegado  
con salud.

*Ado.* Sin novedad. Cansadilla... como yo.

*Ruf.* Es inevitable. ¿Y qué tal el viaje?

*Ado.* Bueno. Solo hemos volcado una vez.

*Ruf.* Entonces ha sido felicísimo.

*Ado.* Para lo que se acostumbra...

*Ruf.* Supongo que no habrán ocurrido  
desgracias.

*Ado.* No, señor, unos coscorrónes y nada  
mas.

*Ruf.* Del mal el menos. El susto sí seria  
grande.

*Ado.* Adela fué quien se asustó menos.

*Ruf.* ¿Tiene espíritu, eh?

*Ado.* Está hecha ya á esos lances. En un  
vuelco de coche fué donde le sucedió la ave-  
ria que usted sabrá... Porque supongo que  
usted será persona que le toque muy de  
cerca.

*Ruf.* Figúrese usted: cuando soy el pri-  
mero que la visita...

*Ado.* ¿Es usted...? — No será usted su  
primo, porque don Rufino la hubiera venido  
á ver anoche.

*Ruf.* Estuvo sumamente ocupado. (*Ap.*)  
No me soltó la otra.

*Ado.* De modo que usted viene á discul-  
parle. Usted será un amigo suyo.

*Ruf.* Intimo, inseparable.

*Ado.* Como yo de Adela. Me lo he pen-  
sado desde que la vi á usted.

*Ruf.* Sentiria mucho que estuviese re-  
sentida con su primo.

*Ado.* Pues algo hay de eso. Ha recibido  
ciertos informes que no favorecen gran cosa  
á ese galan.

*Ruf.* ¿En averiguaciones anda la seño-  
rita?

*Ado.* Si eso le ofende al primo, cóbrese  
en la misma moneda: averíguele los peça-  
dos á la primita.

*Ruf.* Pues supóngase usted que don Ru-  
fino me ha dado á mí esa comision.

*Ado.* Va por supuesto.

*Ruf.* ¿Tendria usted la imparcialidad  
suficiente para informar de su amiga sin  
adular ni deprimir?

*Ado.* Me parece que este diálogo, enta-  
blado con una persona á quien veo por  
primera vez, es una señal de franqueza.

*Ruf.* Como la pregunta que voy á hacer  
á usted lo es de la confianza que usted me  
inspira.

*Ado.* De la cual yo me felicito. Pregunte  
usted.

*Ruf.* Adelita ¿viene dispuesta á casarse  
con su primo?

*Ade.* No venía mucho; pero va mudando de parecer.

*Ruf.* ¿A pesar de los consabidos informes?

*Ade.* El último informante aboga por don Rufino.

*Ruf.* Y Adela... Usted se reirá de la pregunta, supuesto que voy á verla al instante; pero la curiosidad...

*Ade.* Adelante con la curiosidad.

*Ruf.* ¿Qué tal parecer, qué tal vista tiene? ¿Es cosa que repugne...?

*Ade.* Lo que es de cara...

*Ruf.* Por ella pregunto.

*Ade.* Pues crea usted que no trocará Adela de figura conmigo.

*Ruf.* Señorita, eso es burlarse. Esas facciones, esos ojos...

*Ade.* No son mejores que los de Adela, no.

*Ruf.* Es que yo no tengo por buenos sino á los que sobre ser como esos, miran... como usted.

*Ade.* Los de Adela reúnen ambas cualidades.

*Ruf.* Pero ¿no es bizca?

*Ade.* Ya no.

*Ruf.* ¿Cómo? ¿Le han hecho la nueva operacion?

*Ade.* Felicisimamente: si dentro de poco no habrá un bizco por un ojo de la cara.

*Ruf.* ¡Y dirán que no progresan las ciencias! ¡Oh! pues teniendo la prima la presencia de usted, no hay en que reparar.

*Ade.* ¡Hola! ¿usted perdona cualquier defectillo corporal en favor de un fostro agradable?

*Ruf.* ¿Qué duda tiene? Los ojos son el espejo del alma. Pero esa visita...

*Ade.* (*Mirando hácia adentro.*) Se está acabando. ¡Ay! Adela se dispone á salir.

*Ruf.* ¿Qué diantre! y yo que deseaba verla... Usted no extrañará este deseo...

*Ade.* Antes lo estimo.

*Ruf.* Detenerla cuando va á salir fuera impolitico; pero...

*Ade.* Le diré que cruce por el patio, y usted puede salirle al encuentro y hablarla.

*Ruf.* Sí, y acompañarla. Un millon de gracias por tanta bondad.

*Ade.* No hay por qué. Cuidado, no se asuste usted al ver á la prima.

*Ruf.* Si es como usted, no hay miedo.

*Ade.* Pues por lo mismo. Abur. (*Cierra las persianas y vase.*)

*Ruf.* A los piés de usted, señorita.

## ESCENA IX.

DON RUFINO.

¿Asustarme? Si Adelita vale lo que su compañera de viaje, es una perla, una joya. Buenos y rebuenos son los patacones de doña Gertrudis; pero una mujer amable, aunque sea propia, tiene su valor. ¡Cáspita, y qué salada es la gaditanita!

## ESCENA X.

DON FABIAN, Y LUEGO GREGORIA Y TOMASA; DON RUFINO.

*Fab.* (*Saliendo por la izquierda.*) Tampoco está por aquí la muchacha, y tengo que salir. Vamos, hoy toca desayunarse después de siesta.

*Tom.* (*Saliendo por la derecha.*) Ea, ya despaché. ¡Huy, don Fabian! ya no me acordaba de usted. Suba usted á su cuarto, que allá voy corriendo con el chocolate.

*Fab.* Corriendo no: vaya usted despacio, no se le vierta. (*Aparte.*) Si no hubiera aquí gente, le decia mil tempestades.

*Tom.* Pero usted ¿no viene?

*Fab.* Déme usted desde arriba una voz. (*Vase Tomasa.*)

*Greg.* (*Saliendo.*) Señor don Rufino, he dicho á doña Adelita prodigios de usted, ¡está tan contenta.

*Ruf.* ¿No va á salir?

*Greg.* La mantilla se estaba poniendo.

*Ruf.* Cuando salga, anuncíeme usted á ella con cualquier pretexto.

## ESCENA XI.

ADELA, CON MANTILLA, ECHADO EL VELO, APOYADA EN UNA MULETA Y COJEANDO; UN CRIADO, DETRAS; DICHOS.

*Ade.* (*Al criado.*) Sí, Pedro, vaya usted delante y pregunte eso al ama. (*Vase el criado.*)

*Greg.* (*A don Rufino.*) Aquí está ya: mirela usted.

*Ruf.* ¡Jesucristo!

*Fab.* ¡Una coja!

*Greg.* El señor es el primo de usted, señorita.

*Ade.* ¡Mi primo!

*Ruf.* ¡Mi prima!

*Ade.* ¡Querido primo! ¡Cómo me ha engañado usted! (*Quítase el velo.*)

*Ruf.* ¡La de la ventana! — El engañado he sido yo.

*Ade.* No tal: soy coja, pero no soy bizca.

*Ruf. (Aparte.)* ¡Buena compensacion! o ignoraba...

*Ade. (Aparte.)* ¡Qué gesto ha hecho! una volcadura de un coche debo este aco servicio. Yo le suponía á usted mas terado de mi filiacion.

*Fab. (Aparte.)* Tiene gracia la cojita.

*Ruf.* Pues no: y por eso... *(Aparte.)* lo no me caso con una inválida.

*Ade. (Aparte.)* ¡Ni una expresion de ortesia siquiera! En fin, ya nos hemos visto.

*Ruf.* El reconocimiento ha sido un poco glacial; pero...

*Ade.* Calmada la primera sorpresa, obra la sangre, digo la afinidad.

*Ruf.* Cierto, y fuera de este sitio...

*Ade.* Aun aqui, mi primo no me rehusará un abrazo.

*Ruf.* ¿Cómo era posible? *(Al tender Adela los brazos á su primo, cásese la mueta y dale en un pié á don Rufino, y se aparta haciendo ademanes de dolor, mientras que Adela se apoya en Gregoria: la mueta permanece en el suelo.)*

*Ruf.* ¡Ay!

*Ade.* ¡Ay que le ha caido á usted la mueta encima!

*Ruf.* Sí, sobre la punta del pie. ¡Ay!

*Ade.* ¡Cuánto lo siento!

*Ruf.* Yo tambien.

*Greg. (A don Fabian.)* Alce usted esa mueta, hombre de Dios.

*Fab. (Alzándola)* No me atreví...

*Ade.* Es mi estrella fatal, primo.

*Ruf.* Dígalo mi pié.

*Ade.* Iba á salir; usted hubiera podido acompañarme...

*Ruf. (Aparte.)* ¡Y que Gertrudis lo supiese!

*Ade.* Y por esta maldita casualidad... luego de mi mueta.

*Ruf. (Aparte.)* Amén.

*Ade. (Aparte.)* ¡Y no se me ofrece! ¡Le incomoda á usted mucho el golpe? ¿No puede usted andar, primo?

*Ruf.* ¡Ay prima! *(Ap.)* Ponderémoslo, para no acompañarla. Mire usted como ando. *(Cojea.)*

*Ade.* Anda usted como yo.

*Fab. (Ofreciendo la mueta.)* Señorita...

*Ruf. (Aparte.)* Herencia, y no boda: es preciso hacer que me aborrezca.

*Ade. (Aparte.)* Salió lo que yo pensaba: ya no me puede sufrir.

*Ruf.* Unos paños de agua y vinagre, creo que me harían al caso.

*Ade.* ¡Válgame Dios! ¡Qué daño le he hecho á usted, primo! *(Aparte.)* Apuesto á que lo finge por no salir.

*Ruf.* ¡Es tanta mi sensibilidad de piés...!

*Fab.* Señorita...

*Ade.* Asista usted á mi primo, Gregoria. Volvámomos adentro.

*Ruf.* ¡Oh! no deje usted sus diligencias por mí.

*Ade. (Aparte.)* ¿Cómo le daría yo en ojos...?

*Fab.* Tenga usted la bondad de... *(Dándole la mueta.)*

*Ade.* Gracias. Usted es quien tuvo anoche la atencion...

*Fab.* Sí, señora, el del lio.

*Ruf.* ¡Ay!

*Ade.* El criado no sabe las calles, y mi primo no me puede acompañar: ¿gustaría usted de ofrecerme su brazo?

*Fab.* ¿Yo? Sí, señora... ¡toma...! ¡vaya...! Si don Rufino lo permite...

*Ruf.* ¿Porqué no? ¡Ay!

*Ade. (A don Fabian, que se equivooca de brazo.)* Ese es el brazo de la mueta.

*Fab.* Perdono usted. *(Aparte.)* He de estar colorado como un pimiento.

*Tom. (Desde una ventana junto al tejado.)* Don Fabian, aqui tiene usted ya el chocolate.

*Fab. (Aparte.)* ¡Maldita sea tu boca! Hoy almuerzo fuera.

*Ade.* Sí, conmigo.

*Fab. (Aparte.)* ¡Ay Jesus! ¡y no llevo mas que medio duro!

*Ade.* Primito, á Dios.

*Ruf.* Abur.

*Ade.* Aliviarse.

*Ruf.* Divertirse.

*Ade. (Aparte.)* No será Rufino mi esposo.

*Ruf. (Aparte.)* A mi vieja me vuelvo.

*Fab. (Aparte.)* De hambre y de cortejada no veo la tierra que piso.

*Ade.* Por aquí, don Fabian.

*Ruf.* Por allí, Gregoria.

*(Adela cojeando, apoyada en don Fabian, se va por un lado, y por el otro don Rufino, cojeando tambien, y apoyado en Gregoria.)*

~~~~~

ACTO SEGUNDO.

Sala de la habitación de Adela. Puerta principal en el fondo y una de un gabinete á un lado. Un sofá y cerca de él un velador.

ESCENA PRIMERA.

DON RUFINO Y DON SILVESTRE, QUE APARECEN SENTADOS.

Silv. (*Levantándose.*) No, no es razon que espere usted mas. (*Yendo hácia la puerta del fondo.*) Perico. Gregoria. — Se han vuelto sordos. — Permitame usted que vea si están ahí, y que envíe á uno de los dos á ver si viene esa chica.

Ruf. Déjelos usted, que ya mi prima no tardará.

Silv. No le hace, no le hace. — ¡Perico! (*Vase.*)

ESCENA II.

DON RUFINO.

A este buen hombre ya le he calado : es un imbécil que puede servirme de mucho. El diantre de la cojitranca me sedujo al pronto ; pero despues.... ¡Guarda, Pablo ! Y el tio que me afirma que es incurable... Lo que antes dije : « herencia, y no boda. » El papel que debo hacer con mi prima está reducido á dos puntos : jurar que estoy pronto á casarme con ella, y al mismo tiempo disgustarla de modo que no se atreva á cogermela palabra. Es preciso improvisarle un novio inmediatamente. Don Fabian es el único para el caso. Sí, es preciso hacer que don Fabian quiera á mi prima y mi prima á él, y comprometerlos á los dos á casarse : con esto la herencia se me viene rodada.

ESCENA III.

DON SILVESTRE, DON RUFINO.

Silv. Ya le han dado al muchacho las señas y ha salido á buscar á mi sobrinita dichosa.

Ruf. ¿Qué necesidad habia de eso ?

Silv. Hace dos horas que está usted aquí esperándola.

Ruf. ¿Y qué ? mientras tanto usted y yo hemos hecho conocimiento.

Silv. ¡Cuidado que ha sido imprudencia de criatura hacer que el criado se vuelva á casa, y dejarse acompañar de un extraño !

Ruf. Y rogarle, que es mas.

Silv. ¿ Con que ella le rogó que le diese el brazo ?

Ruf. Y don Fabian, á pesar de su timidez, no se hizo de pencias.

Silv. Ahora que hablamos de ese individuo, ¿ qué casta de pájaro es ?

Ruf. Es un literato de buhardilla con quien tropecé hará cosa de un año, por ser yo entonces editor responsable de un periódico, para el cual encargaban de cuando en cuando á ese mozo algun articulillo de mención.

Silv. Ya : en la redaccion se verian ustedes.

Ruf. No, señor : los editores responsables no parecen por las redacciones. Como nada tienen que hacer allí...

Silv. ¿ No ven lo que firman ?

Ruf. Si su obligacion es firmar sin ver. Al editor se le envían en blanco unos pliegos de papel de imprimir, él echa en ellos su garabato, y el redactor los llena con lo que mejor le parece. Este fué el motivo de concernos Fabian y yo. Me llevó á casa un par de artículos para que viera si queria autorizarlos con mi firma, y yo conociendo en este paso su ignorancia completa de las costumbres periodísticas, le hice preguntas, le di consejos, y desde aquí datan nuestras relaciones, que se reducen á habernos hablado media docena de veces para algunos asuntillos de imprenta.

Silv. ¿ Creerá usted, señor don Rufino, que ese jóven no me da buena espina ?

Ruf. Él es un tonto, y eso tiene adelantado para hombre de bien.

Silv. Esta mañana cuando le pregunté como se llamaba, casi no acertó á responderme. ¿ Qué hombre de bien teme decir su nombre ?

Ruf. Pues hoy es cuando le he visto mas intrépido que nunca. Bien que la curiosidad de conocer á la nueva huésped... Anoche, creo que se hizo encontradizo con ustedes.

Silv. Anoche nos le encontramos en el portal ; esta mañana me le encontré en el patio ; despues ha vuelto, y se ha encontrado con Adela : de modo que á pesar de la cordad del angelito, viendo estoy que un día me le voy á encontrar en la sopa.

Ruf. (*Aparte.* Aquí de mi plan.) Señor don Silvestre, su penetracion de usted confirma mis recelos. Yo tambien he sospechado que don Fabian se inclina á mi prima.

Silv. Perdone usted; yo no habia penetrado tanto.

Ruf. No vale disimular : usted no es lerdo y los indicios saltan á los ojos. Fabian se halla en un estado infeliz ; ha supuesto rica á mi prima, la ha visto coja, la ha creído mas fácil de alcanzar, y hasta ahora no lleva mal camino.

Silv. Pues en usted consiste el echarle á un lado. ¿ Está usted en ánimo de casarse con Adela ?

Ruf. Si ella me quiere , al punto.

Silv. ¿ A pesar de su cojera ?

Ruf. Ya sabe usted el refran : la buena casada , la pierna quebrada.

Silv. ¿ Cesará usted de visitar á esa otra señora mayor ?

Ruf. ¿ A doña Gertrudis ? Si le he dicho á usted que solo mantenía con ella relaciones de intereses.

Silv. Entonces usted será mi sobrino. Trate de hacerse querer de Adelita, y cuente con mi auxilio.

Ruf. Lo acepto con entusiasmo. Oiga usted lo que debemos hacer.

Silv. Disponga usted de mí.

Ruf. Adelita quizá no venia muy dispuesta á prendarse de mi persona.

Silv. Cierto, y los informes que de usted nos han dado no la han dispuesto mas favorablemente.

Ruf. Yo sospecho que se ha picado porque no he salido con ella.

Silv. Hizo usted un disparate de los que una niña tarde perdona.

Ruf. Adela, por lo mismo que no me quiere, debe estar muy propensa á dejarse querer de otro.

Silv. Sin embargo, como tiene que decidir de hoy á mañana...

Ruf. El ser simple tal vez es un mérito para con las mujeres.

Silv. Para con algunas no diré que no.

Ruf. Por eso lo primero que debemos hacer es combatir la propension que Adela pueda tener á inclinarse á Fabian.

Silv. Yo le diré que cometeria un absurdo si se encaprichara por ese titere.

Ruf. No, lo que debe usted hacer es dar por supuesto que se ha encaprichado.

Silv. ¡ Hombre !

Ruf. Y reconvenirla por ello : esto da mas plé.

Silv. Verdaderamente...

Ruf. Y si ella niega que él piense en ella, sostenerlo de firme, hasta que acosada, aturdida, aburrida, se le haga saltar y tome una resolucion... favorable á mí.

Silv. Usted me seduce con su elocuencia, me aturde tambien y me inspira su propio entusiasmo. Si, señor, yo predicaré, yo machacaré, yo desesperaré á mi sobrina, para que usted sea mi sobrino. De un modo ú otro, usted heredará al tío de Indias.

Ruf. Ese es mi único objeto.

ESCENA IV.

ADELA, DOY FABIAN, DICHO.

Ad. Ya estamos de vuelta.

Silv. Ya era hora.

Ruf. Bien venidos, señores.

Fab. (*Queriendo retirarse.*) Con permiso...

Ad. ¿ Se pasó ya el dolor ?

Ruf. Cuando la he visto á usted, ha cesado.

Ad. Bueno es que de la que hizo el daño salga el remedio.

Fab. Si ustedes permiten...

Ad. Ustedes me consentirán que vaya á quitarme esta ropa.

Silv. De camino que vas á tu cuarto, te diré en el gabinete cuatro palabras.

Fab. (*Despidiéndose.*) Señorita...

Ad. Adios, don Fabian : no se olvide usted de mi encarguito.

Fab. ¡ Oh ! pierda usted cuidado.

Silv. (*Yéndose con Adela.*) ¡ Encarguillos tenemos ! (*Vanse los dos.*)

ESCENA V.

DON FABIAN, DON RUFINO.

Ruf. Amigo don Fabian, no dirá usted que no le favorecen las damas.

Fab. Hasta ahora no tengo mucho que agradecerles.

Ruf. Ambiciosillo es usted. ¿ Le parece poco acompañar á una niña y almorzar con ella ? Porque supongo que usted no estará todavía en disposicion de decir misa.

Fab. Poco menos. Pero ¿ de qué susto he salido ! Cuando estuvimos en la calle, Adela mandó retirar al criado y me dijo que primero iríamos á casa de un señor antiguo, camarada que fué del padre de ella. Harto me asustan á mí las visitas ; pero, ¡ qué trasudores me daban cuando pasábamos por delante de una fonda ! Diez reales de vellon era todo lo que llevaba en el bolsillo.

Ruf. ¡ Ah, ah, ah !

Fab. Yo rezaba á todos los santos del

cielo para que me librasen de aquel apuro, yo iba tropezando con todos, consumido de angustia y sin atreverme á decir á la pobre coja : « Esta boca es mía. » Llegamos á la casa del señor consabido, que es un castellano viejo que vió construir la puerta de Alcalá, y vive aun á la usanza de su pueblo : apenas nos habíamos sentado, cuando ya había prevenido al ama que sacase las once. ; En la vida podré yo pagar á aquel santo varon la merced que me ha hecho ! Amigo, nos pusieron una mesa con tantas viandas y tanto lujo, que apenas me atrevi á probar un bocado.

Ruf. A la vuelta ya tendria usted menos cortedad con mi prima.

Fab. Si, señor, animado por su bondad, y libre de tener que confesar el estado de mi bolsillo, pude responder á las preguntas que me hacia.

Ruf. ¿Y qué encargo es ese que le ha hecho á usted ?

Fab. Son dos : el té que le han servido esta mañana no le ha gustado, y desea que pregunte dónde lo hay bueno : necesita además una criada, y me ha pedido que avise en la agencia.

Ruf. ¿Y qué clase de preguntas hacia ?

Fab. Principalmente sobre los usos y costumbres de Madrid. Por ejemplo : me preguntó si pareceria mal salir por la noche al patio á tomar el fresco. Yo dije que no habia inconveniente.

Ruf. Ya lo creo. ¿Y qué infiere usted de esa pregunta ?

Fab. Que tendrá de noche calor en su cuarto.

Ruf. ¿Y nada mas deduce usted ?

Fab. ¿Qué mas ?

Ruf. Lo que está patente.

Fab. Soy un topo : nada columbro.

Ruf. Don Fabian, hablemos claro. Mi prima le ha escogido á usted por su guia, su confidente, su agente. Por modesto que usted sea, no me podrá negar que estas confianzas prueban una cosa.

Fab. ¿Cuál ?

Ruf. Que mi prima le tiene aficion á usted.

Fab. ¿ Está usted en su juicio ? ; A mí !
Ruf. A usted, á usted.

Fab. Credulidad se necesitaba para persuadirselo. ; Una mujer que me ha visto anoche por primera vez !

Ruf. Por la impresion de la primera vez se suele amar.

Fab. A una persona que posea cualidades aventajadas, pase ; pero ; á mí !

Ruf. ; Puede usted quejarse ! ¿ Es usted feo ?

Fab. Hombre...

Ruf. ¿ Es usted tonto ?

Fab. A lo menos dicen que lo parezco.

Ruf. Recomendacion para ser querido.

Fab. Y el ser pobre ¿ es tambien recomendacion ?

Ruf. Es que Adela no es rica.

Fab. ¿ No heredan usted y ella al indiano ?

Ruf. ; Valiente friolera ! ¿ Sabe usted lo que le tocará á mi prima, segun mi cuenta ! Unos seis mil reales anuales.

Fab. ¿ Nada mas ? Eso es lo que voy á ganar con mis articulillos.

Ruf. Y eso cuando se los pagan á usted. Casándose ustedes dos, juntaban doce mil, que ya dan para ir pasando medianamente. Porque eso sí, como usted se case con Adela, los seis mil del pico no hay quien se los quite. Y como usted ni es muy ambicioso, ni debe tampoco prometerse un gran porvenir...

Fab. ¿ Qué me he de prometer, si llevo ya mil desengaños de que no sirvo para ninguna carrera ? ¿ A quién me presento yo, que no me tenga por un idiota ? Que entro en una casa para el manejo de papeles, ó en una asociacion literaria : como los primeros dias ando aturrido y fuera de mí, cometo mil errores ; y antes que llegue á cobrar confianza y acreditar me, ya se han hartado de mí, ú otro mas resuelto me ha birlado la plaza. No se hable de pretender, porque una vez que me propuse dar un memorial, aunque tuve ánimo para llegar á los ministerios, no me atrevi á pasar de la porteria.

Ruf. Pues ya ve usted : con ese carácter, difícil será que usted medre ni haga jamás una gran boda.

Fab. Y tan difícil como es.

Ruf. Mi prima le convenia á usted. Usted que tan filósofo se muestra escribiendo, debía preferir en una esposa lo moral á lo físico.

Fab. Seguro que debe preferirse.

Ruf. Y en realidad, para una mujer, el uso expedito de ambos piés es un puro lujo. Las cojas andan, las cojas corren : lo que no pueden hacer es bailar ; pero una casada debe renunciar al baile.

Fab. Y las solteras que bailen como yo, tambien.

Ruf. Con que ánimo, don Fabian. Usted se debe casar con Adela.

Fab. Para casarse se necesita quererse.

Ruf. En mi opinion no es muy preciso.

Fab. En la mía sí. Y como yo no he pensado en tal cosa...

Ruf. ¡Oh! pues la muchacha lo merece. El tío dice que es la misma amabilidad y virtud.

Fab. Será un ángel; pero yo no la quiero.

Ruf. Vamos, que es imposible que á usted le disguste.

Fab. Tampoco me disgusta: me es indifferente, pues al cabo es una mujer á quien hoy principio á tratar. Ahora, si mas adelante... sobre todo, si ella me quisiera...

Ruf. Si ella le quisiera á usted, ¿la respondería?

Fab. Siempre es lisonjero verse querido.

Ruf. Pues usted lo es.

Fab. ¡Bah!

Ruf. Prueba al canto.

Fab. ¡Qué!

Ruf. Irrecusable. Adela le ha dado á usted una cita.

Fab. ¿Cómo? ¿cuándo?

Ruf. ¿Todavía no ha caído usted en ello, hombre de Dios? ¿No le ha dicho Adela á usted que esta noche queria salir á tomar el fresco al jardín?

Fab. Si tal, así que anocheclera.

Ruf. Pues ahí tiene usted la cita con todas sus circunstancias: día, sitio, y hora: ¿quiere usted mas? ¿Cómo se dan las citas de amor al principio?

Fab. Como esta para mí será la primera...

Ruf. Ya se conoce. Pues, querido, si usted es hombre de honor y vergüenza, no debe faltar.

Fab. Hombre de vergüenza sí soy: de muchísima. Pero ¿y si es todo una fision de usted?

Ruf. El modo de desengañarse es acudir.

Fab. Eso verdad es. Acudiendo y mirando bien lo que hablo... No propasándome á una declaracion...

Ruf. ¡Ah! ¡quiere usted que ella sea la que se declare! Me parece que cuando da el primer paso, no se le caerá á usted la ventera si da el segundo.

Fab. Pero se me caerá el alma á los plés si me contesta con un réspecto.

Ruf. Ninguna jóven se enfada porque la requieran de amores. Y además ¿qué juicio formaría usted de una dama que á la primera insinuacion se rindiera? Muéstrese usted muy fino y muy apasionado, y no le desdeñarán á usted, no.

Fab. ¿De dónde he de sacar yo una pacion que no siento?

Ruf. Tanto mejor para ponderarla. Estudie usted su papel, piense usted antes lo que ha de decir.

Fab. ¡Oh! por pensarlo no quedará. Para cualquier asunto que tenga que tratar con una persona, me prevengo antes en casa. Me siento, cavilo en silencio al principio; luego me enfresco; me levanto de la silla hablando solo; doy mil vueltas á la cuestion; y cuando llega el momento, y la tal persona me sale con un reparo que no se me ha ocurrido, me quedo hecho un pasmarote, encajo una necesidad y ciento en seguida.

Ruf. Afortunadamente en esta ocasion no puede usted errar. Si habla usted á Adela con desembarazo, su elocuencia de usted la persuadirá; si se muestra usted tímido, considerará ella la timidez como una señal de amor; y en ambos casos debe usted prometerse una respuesta favorable. Con que, ¿bajará usted al patio?

Fab. (*Aparte.* Yo de buena gana le diria que no; pero si no me atrevo.) Usted me ataja por todos lados. No estoy convencido; pero no sé qué responder. En fin, una señorita coja será menos descontentadiza que otra que esté en mejor pie.

Ruf. Es decir...

Fab. Es decir que acudiré á la dicha cita... que Dios sabe aun si es cita ó no.

Ruf. Bien. Pues retírese usted á estudiar dulzuras para el coloquio.

Fab. No: antes voy á desempeñar los encargos de Adela. (*Vase.*)

Ruf. Al galan involuntario ya le tengo medio convencido: falta ver cómo se nos presenta la dama.

ESCENA VI.

ADELA, DON RUFINO.

Ad. Perdone usted que me haya entretenido tanto.

Ruf. He conversado con don Fabian, que por cierto me ha divertido mucho.

Ad. No ha sido tan divertida mi conversacion con el tío. Una repasata me ha echado...

Ruf. Cosas de señor mayor.

Ad. Cosas de señor que todo se lo cree. ¿Qué tonterias le ha dicho usted acerca de ese don Fabian, que me ha aturdido toda con ellas?

Ruf. Primita, ¿no podríamos hablar de algo mas importante que ese sujeto?

Ado. Para mí todo es mas importante que él. Diga usted.

Ruf. ¿No sería oportuno que principiásemos á tratar de nuestros negocios particulares?

Ado. Segun los que sean.

Ruf. Yo aludia al testamento del tío difunto.

Ado. ¡Tanta prisa! Considere usted que he llegado á Madrid ayer.

Ruf. Considere usted que el plazo para decidir nuestra suerte cumple mañana.

Ado. En efecto: segun el testamento de don Gabriel, ó para mañana habia yo de estar casada con pariente suyo, ó al otro dia pasaba á usted el derecho á la herencia.

Ruf. La llegada del testamento se ha retardado...

Ado. Por lo cual es imposible que se casen mañana los que hoy mismo aun no se conocian: así á entrambos nos estaria bien acordar una próroga lo mas larga posible.

Ruf. Lo mas breve, diria yo; y lo que es por mí no la necesito.

Ado. ¿Usted ha tomado ya su resolucion?

Ruf. Decisivamente.

Ado. Me figuro ya cuál será.

Ruf. No es difícil.

Ado. No: y por si á usted le enesta trabajo explicarse, yo seré su intérprete.

Ruf. Veamos.

Ado. Mujer que como yo necesita un apéndice para andar, mal puede inspirar una pasion repentina.

Ruf. ¡Oh! eso...

Ado. Hombre que como usted ya no es criatura, y ha vivido casi siempre en Madrid, debe ser de paladar muy delicado.

Ruf. Es que usted...

Ado. Por consiguiente mi primo no querrá casarse con su prima. ¿No es esto lo que iba usted á decirme en limpio? Confiese usted que sí; que yo no me enfadaré por eso.

Ruf. ¡Hola! ¿no se enfadará usted, prima? Eso es decir que usted me daría calabazas de buena gana. Es usted muy dueña.

Ado. Ya: como que á usted. no le pesaria librarse de una mujer contrahecha y hallarse con una herencia muy cabal.

Ruf. Ni á usted le disgustaria que yo renunciase á su mano, dejándola con su libertad y la herencia. El argumento es aplicable á los dos.

Ado. Hay antecedentes en contra de usted. Usted ha sido siempre mas aficionado á galanteos que al matrimonio.

Ruf. Tampoco usted le habrá tenido grande aficion cuando no se ha casado.

Ado. ¿Tantos hombres hay capaces de querer á una coja?

Ruf. ¿Hay muchas mujeres que quieran á un pobre?

Ado. Lo cierto es que ayer usted no me lló á recibirme.

Ruf. Vine hoy temprano.

Ado. Y se entretuvo usted á mi ventana con una jóven que suponía usted no era yo.

Ruf. Pero esa jóven, que es usted, me agradó infinito.

Ado. Mientras me vió usted en busto que cuando me vió de cuerpo entero...

Ruf. Me sorprendió en efecto que la tonadura de los ojos se hubiera trasladado á mi pierna; pero usted, en vez de mostrárame amable, se burló de mí y se fué á vivir con un advenedizo.

Ado. Porque usted no quiso acompañarme.

Ruf. Porque usted me imposibilitó.

Ado. Señor don Rufino, valga la verdad. Usted no quiere casarse conmigo.

Ruf. Eso es lo que yo he sospechado de usted.

Ado. Tal vez seríamos infelices casados.

Ruf. Si uno de los dos se empeña, es fijo.

Ado. ¿No podríamos hacer una transacion útil á uno y otro, ya que los dos queremos nuestra libertad, y por desgracia necesitamos dinero?

Ruf. (*Aparte.* Ya capitula.) Segun y conforme.

Ado. ¿No podríamos partir la herencia?

Ruf. Partirla, bien; pero ¿de qué suerte?

Ado. ¿De qué suerte? Señor, á medias.

Ruf. Querida prima, permítame usted una observacion. Usted ha pedido la primera que se prolongue el plazo; usted ha declarado espontáneamente que no se incomodaría porque yo desistiera de pretender su mano; usted ha propuesto la primera que dividiríamos los bienes del tío: usted, que es la que falta á la condicion del testamento, parece que debia contentarse con el reparto hecho por el testador.

Ado. Ya: la pensión para mí, y lo demás para usted.

Ruf. En justicia eso debia ser.

Ado. ¡En justicia! La cuestion no era de justicia sino de delicadeza, y ahora veo que usted ni asomo de ella tiene.

Ruf. ¡Prima! (*Aparte.*) Esto marcha.

Ade. ¡Mire usted qué hombre, para quererle, para decidirse por él de hoy á mañana! Un egoista, dominado solo por el vil interés, un mal pariente que abusa de la honradez y tierno corazón de una huérfana, que no quiere, ni puede, ni debe dar su mano sino á quien la merezca, á quien le pague su amor.

Ruf. No es culpa mia si usted me le rebusa; y pues que tal es su decision... (*Hace que se va, y dice aparte.*) Yo triunfo.

Ade. (*Aparte.* Me he precipitado sin necesidad: probemos el medio contrario.) Señor don Rufino...

Ruf. (*Volviendo.*) Señorita...

Ade. (*Aparte.* Para desdecirse, siempre hay tiempo.) Antes que rompamos del todo, oigo de usted una contestacion categórica.

Ruf. ¿Sobre...?

Ade. Sobre el asunto en cuestion. ¿Usted está pronto á ofrecermelo su mano?

Ruf. Bajo todos conceptos debo responder á usted y le respondo que sí.

Ade. Pues bien: disponga usted que se firmen nuestros esponsales mañana.

Ruf. (*Aparte.* Esto va con segunda.) Hoy si usted quiere.

Ade. Hoy no, porque esta tarde la quiero destinar á una averiguacion previa. Quiero saber qué especie de relaciones mantiene usted con doña Gertrudis Ciscon.

Ruf. (*Aparte.* ¡Mal! ¡) Me ha adelantado unos fondos.

Ade. Yo sabré la casa de esa señora, y la visitaré.

Ruf. (*Aparte.* ¡Demonio!) Yo le daré á usted las señas. (*Metiendo la mano en un bolsillo.*) No tengo aquí mi cartera.

Ade. No faltará donde escribirlas. (*Llama.*) Gregoria.

ESCENA VII.

GREGORIA, Dichos.

Greg. (*Dentro.*) Señora.

Ade. (*Alto.*) Un tintero y papel.

Ruf. (*Aparte.*) Pondré las señas de mi antigua patrona, doña Tiburcia, y la hará fingirse doña Gertrudis.

Ade. (*Aparte.*) Se me figura que está inquieto.

Greg. (*Saliendo.*) Aquí está el recado de escribir.

Ade. Déjele usted aquí y váyase. (*Gregoria pone el tintero y el papel en el velador inmediato al sofá, despues de lo*

cual se retira, mientras don Rufino escribe.)

ESCENA VIII.

ADELA, DON RUFINO.

Ade. En dando las seis, tomo la muleta y la mantilla, y sea hora conveniente ó no sea, nos encajamos en casa de esa señora mi tío y yo.

Ruf. La urgencia del caso lo disculpa. Aquí están las señas. Calle de Hortaleza, frente á la fuente de los Galápagos.

Ade. Mire usted que yo he de sonsacar por todos los medios posibles á doña Gertrudis.

Ruf. No tengo miedo.

Ade. Como usted haya tratado matrimonio con ella, yo lo he de saber: las viejas no niegan eso nunca.

Ruf. Pero si lo plega, ¿se casará usted conmigo?

Ade. Como no haya inconveniente por usted, sí.

Ruf. (*Aparte.* Yo pondré remedio.) El inconveniente que pudiera haber quedará zanjado ahora mismo. Yo soy menos desconfiado que usted, y aunque necesito ciertos informes, quiero debérselos á usted misma. Si nos casamos, ¿dará usted al olvido su naciente inclinacion á don Fabian?

Ade. ¿A don Fabian? Aquí tenemos otra vez la mania del tío.

Ruf. ¡Oh! pues cuando el tío lo cree, no es extraño que yo lo tema.

Ade. El tío y usted deliran.

Ruf. Usted esta mañana le ha concedido á don Fabian una distincion...

Ade. De que me hubiera guardado muy bien, si ese sujeto no me fuera del todo indiferente.

Ruf. Pues, primita, él no la mira á usted con indiferencia.

Ade. Suposicion.

Ruf. Acabo de hacérselo confesar.

Ade. Permitame usted que lo dude. A mí no me ha hecho ni la mas leve insinuacion.

Ruf. Pues no tardará en declararse.

Ade. Si se declara, le diré que me caso con usted, y se acabó la historia.

Ruf. ¡Oh! dígaselo usted con todas las precauciones posibles, porque sino...

Ade. ¿Qué sucedería?

Ruf. Todo hombre tímido es sensible en extremo, y con una respuesta dura seria capaz ese infeliz de tirarse al canal. ¡Un primer amor malogrado!

Ade. ¿Un primer amor?

ESCENA IX.

GREGORIA, Dichos.

Greg. Señorita.*Ad.* ¿Qué hay?*Greg.* (Al oído á Adela.) Don Fabian me ha dado con mucho sigilo un papel para usted.*Ad.* (Alto.) ¡Don Fabian!*Ruf.* Si estorbo...*Ad.* Al contrario. Gregoria, repita usted, para que el señor lo oiga, lo que me acaba usted de decir.*Greg.* Ya que usted lo manda, lo haré. Don Fabiancito ha llegado ahora á la puerta sudando como un pollo, me ha dejado este cucurucho (lo saca), y me ha encargado que le dé á usted esta cartita.*Ad.* (Tomándola y dándosela á don Rufino sin abrirla.) Hágame usted el favor de leerla; que yo (tentando el cucurucho) ya supongo su contenido. (Hace una seña á Gregoria, y vase esta. Durante la escena siguiente se la ve algunas veces cruzar por el fondo.)

ESCENA X.

ADELA, DON RUFINO.

Ruf. Veamos. (Abre y lee.) « Adelita, con el mas vivo interés acabo de desempeñar la doble comision con que usted me ha honrado. »*Ad.* ¿No lo dije? Adelante, que ya vendrá lo bueno.*Ruf.* No se ria usted, que este diminutivo de Adelita, y este vivo interés no se han puesto aquí á humo de pajas.*Ad.* Prosigá usted.*Ruf.* (Lee.) « Comision con que me ha honrado, y que perteneciéndole á usted no podia menos de serme preciosa. » ¡Qué tal! ¿y esto?*Ad.* Es pura cortesía y nó mas.*Ruf.* (Lee.) « Yo no he podido encontrar té mejor... que el que despachan en la lonja cuyas señas expreso abajo. »*Ad.* Y de eso ¿qué me dice usted?*Ruf.* (Lee.) « Y del cual dejo á usted una muestra. »*Ad.* Aquí está: si usted gusta...*Ruf.* (Tomando el cucurucho.) Pues para muestra, lo menos le ha traído á usted media libra. Regalar así quien apenas tiene para comer, digo, ¿es prueba de amor?*Ad.* (Aparte.) ¡Pobrecillo!*Ruf.* (Lee.) « Respecto á la crianza han informado de una que gusta mas vir á una ama que de servir á una criada de cualidad rarísima, que en Madrid es admirable: la verá usted mañana. B piés..., etc. — P. D. Además del té pe que yo tambien hago uso, hay en la lonja té negro, que el comerciante ponderado en su género por el mejor.*Ad.* ¿No, dice mas?*Ruf.* No señora.*Ad.* ¡Oh! es menester que mi tío esta derretida epístola amorosa. (Yé Tío, tío. (Entra en el gabinete.)

ESCENA XI.

DON RUFINO.

Por mas que diga, no ha recibido noticia del supuesto amor de Fabian. pudiera sacar todavia mas partido papel? Yo me acuerdo de haber leído una novela que dos personas se ciertos avisos por medio de un per en el cual rebuscaban las palabras has precisas para su idea, las señ con una rayita sutil por debajo, lei cual lo rayado por el otro, y se ent reciprocamente. (Lee.) « Adelita, mas vivo interés... » Si al nombre de siguiese un epíteto como hermosa, ble, preciosa... ¡Calle! la palabra ciosa está escrita á los cuatro reng mi prima no ha visto aun el papel: subrayar el nombre propio y el ad (Toma la pluma y raya.) A ver si l ces en la carta con que poder constru frase. No... por aquí no. — Tampoc ¿qué digo? Sí tal: perfectamente. aquí: otra raya acá, y el sustant trueca en pronombre: otra aquí, nombre se convierte en verbo. Ni c cargo podia Fabian haber escrito propósito su billete. Tantas rayas, q bien gordas, le han de chocar á forzosamente; y al momento que l dicciones de las subrayadas, cae cuenta. Ya vienen: disimulemos.

ESCENA XII.

DON SILVESTRE, ADELA, DON RU

Ad. Salga usted y verá un trozo de prosa galana de mi nuevo amante.*Silv.* ¿Qué prosa viene á ser esa

Ruf. La de una carta de don Fabian que yo sostengo que es una especie de declaracion de amor, y Adela no quiere creerlo. Léala usted y decida, y á la noche me participará su dictámen. Ahora tango precision absoluta de separarme de ustedes. (*Da el papel á don Silvestre.*)

Ad. Vaya usted con Dios, primito, vaya con Dios.

Ruf. (*Aparte.*) Corro á dar á doña Tibercia sus instrucciones y su propina. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ADELA, DON SILVESTRE.

Silv. (*Lee.*) « Adelita, con el macizo interés... »

Ad. Lea usted bien, por Dios.

Silv. Es que está inicuaamente escrito. ¡Ah! (*Lee.*) « Con el mas vivo interés... acabo de desempedrar... — No, de desempeñar. — Acabo de desempeñar la doble comision con que usted me ha honrado... » Ya, son los encargos de que me hablaste.

Ad. Lea usted.

Silv. En efecto, aquí los especifica : el **te** y la criada. No hay duda en que esto no es una declaracion de amor; pero el **tonillo** meloso con que está escrita, la **prontitud** con que ha ido ese hombre á evacuar esas diligencias... ¡Calla! ¿Qué diablos sale aquí?

Ad. Ustedes se han empeñado en hacer pretendiente mio á mi paje de esta mañana, y lo mismo piensa él en mí que yo en él.

Silv. Cabal : en lo rayado está la trampa. ¿Con que dices que don Fabian no se acuerda de tí?

Ad. Como yo de él, lo repito.

Silv. ¿Qué mas quisiera el muy necio para reirse? ¿No has visto tú esta carta?

Ad. Se la mandé abrir al primo y él la leyó.

Silv. Pues mirala ahora, y te convencerás de que tenia don Rufino razon.

Ad. ¿Razon? Leamos. (*Lee.*) « Adelita, con el mas vivo interés... »

Silv. El nombre de *Adelita* tiene una raya por debajo para llamar la atencion. Adelante.

Ad. Mmmm. (*Lee.*) « Perteneciéndole á usted, no podia menos de serme preciosa. »

Silv. El adjetivo *preciosa* está subrayado tambien.

Ad. (*Lee.*) « Yo no he podido encontrar té mejór. »

Silv. Los dos monosílabos *yo* y *te* subrayados.

Ad. ¡Qué diantre! (*Lee.*) « En la lonja... » Mmm... — « Respecto á la criada... » Mmm... « gusta mas de servir á una ama que de servir á un amo. »

Silv. Subrayado el *amo*. Lee ahora de seguido todas las voces rayadas.

Ad. (*Lee.*) « Adelita... preciosa... yo... te... amo. » ¡Cosa mas particular!

Silv. Pues todavia falta : continúa.

Ad. (*Lee.*) « Cualidad... Mmm... inestimable. »

Silv. *Inestimable*, con raya.

Ad. (*Lee.*) « Además del té perla... »

Silv. Con raya el *perla*.

Ad. Y tambien con su rayita los dos monosílabos de arriba *yo* y *te*.

Silv. Sigue.

Ad. (*Lee.*) « El comerciante me ha ponderado en su género... »

Silv. Las tres últimas letras de la palabra « *ponderado* » y las dos de « *género* » tambien tienen su cacho de raya. Una ahora.

Ad. (*Lee.*) « Inestimable... perla... yo... te... adoro. » ¡Qué aprension!

Silv. Ahí tienes. « Adelita preciosa, yo te amo : inestimable perla, yo te adoro. » ¿Qué tal? ¿Negarás ahora que esta es una declaracion?

Ad. ¿Cómo he de negarlosies evidente?

Silv. ¿Negarás ahora que te quiere don Fabian?

Ad. A lo menos aquí lo dice, y dos veces para que no haya duda.

Silv. ¿Y te quedas tan fresca, sin incomodarte, sin hacer añicos ese papel?

Ad. ¿Por qué? El arteificio, aunque pueril, no deja de tener gracia. No le creí yo á don Fabian con tanto ingenio.

Silv. ¿Ya le alabas?

Ad. Si por cierto. Vea usted : mi primo con toda su trastienda no habia conocido ese secreto á voces : prueba de que no seria capaz de hacer otro tanto.

Silv. ¿Ya le prefieres á tu primo?

Ad. Motivon habria : algo mas de delicadeza deja ver don Fabian que Rufino.

Silv. Cuando una persona nos gusta, todas son perfecciones en ella.

Ad. Pero ¿usted se figura que quiero á don Fabian?

Silv. Empiezas á quererle, sí.

Ad. Pues se equivoca usted. Él si me quiere : eso ya está visto : yo se lo agradezco, y aquí se acabó.

Silv. Por agradecer se empieza.

Ade. Creo que será un buen amigo.

Silv. La amistad es la tercera del amor.

Ade. Es de estimarle que no se haya desdeñado de acompañar á una coja.

Silv. Por el pié te ha cogido.

Ade. Pero de esto á cobrarle cariño hay una distancia infinita.

Silv. Yo te creeré si mañana te decides á casarte con tu primo.

Ade. Pues bien, tanto me aburren usted y él, que para que vean que don Fabian me es del todo indiferente, si esta tarde averiguamos que mi primo no ha tratado de casarse con doña Gertrudis, me caso con él.

Silv. Admito la condicion: ese es el matrimonio que le conviene. Y para que el don Fabiancito no te vuelva á molestar con billetes de máscara, yo le diré esta noche lo que hace al caso.

Ade. ¡Jesus! De ningun modo.

Silv. A la hora de la cena subiré á su camaranchon, y le pediré que me componga, por mi dinero, unos versos para tus bodas.

Ade. Seria insultarle.

Silv. Y de camino le volveré el té que nos ha traído. (*Lo coge.*)

Ade. Seria un desprecio.

Silv. Y en señal de tu boda le llevaré un cucurucho de dulces de calabaza.

Ade. No haga usted tal cosa.

Silv. No hay que darle vueltas: yo he resuelto apadrinar á Rufino, y esta noche te he de dejar libre de las persecuciones de ese otro baboso. (*Yéndose.*)

Ade. Oiga usted.

Silv. Nada.

Ade. Va usted á desesperarle.

Silv. Que se ahorque: un tonto menos. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

ADELA.

Tío. No me atiende. Tío. Si le dice esas atrocidades á don Fabian, se va el pobre á morir de sonrojo. Es menester que mi tío no le vea; es menester que antes le hable yo y le prevenga con buenos modos; ya que me quiere, me toca impedir que le traten mal por mi causa. No me queda mas recurso que mandarle á decir que esta noche necesito hablar con él en el patio; vea usted aquí á una pobre mujer precisada á dar una cita á un hombre con quien no tiene maldito el interés! Rentego, amén,

del tío, del primo, y de esa fatal herencia que parece que me la ha enviado el enemigo para que me case contra mi gusto.

ACTO TERCERO.

La decoracion del patio jardin.— Principia á anochecer.

ESCENA PRIMERA.

DON RUFINO, GREGORIA.

Ruf. Al fin me ha obligado usted á cortárselo todo.

Greg. Como si ya no me hubiese figurado yo lo que pasa. Yo sé quien es doña Gertrudis Ciscón y que tiene su habitacion en la Red de San Luis: de modo que cuando me dió parte doña Adela de que iba á visitar á la tal señora, y que usted le habia dicho que vivia en la calle de Hortaleza, al momento dije: «Aquí hay intrínquilis.»

Ruf. ¿Dijo usted eso á mi prima?

Greg. ¡Eh! no: me lo dije á mi misma, allá en mis adentros.

Ruf. (*Dándole dinero.*) Reciba usted esto por ahora. Por Dios que no me descubra usted.

Greg. Acuérdesse usted de las travesuras que hacia cuando yo estaba en casa de papá, y le ayudaba á usted en ellas. ¿Quién las ha sabido? Nadie. Yo le aseguro á usted que no se arrepentirá de haberse fiado de mí.

Ruf. Es que esta mañana me llamó usted que mi prima era coja.

Greg. Porque ella me lo encargó: así verá usted mi fidelidad. Yo sirvo á todo el que se vale de mí, se entiende si me pagan; sirvo á unos contra otros á veces; pero á cada cual segun su intencion.

Ruf. ¿Cómo es que don Silvestre no ha ido con Adela á casa de doña Tiburcia?

Greg. Ya se marchaban juntos á ver á la tal doña Tiburcia, ó sea la doña Gertrudis postiza, cuando recordó don Silvestre que tenia que despachar una carta, por lo cual se quedó en casa escribiendo, y la señorita fué con el criado. Salió despues el tío á certificar la carta, y desde Correos hacia cuenta de dirigirse á casa de doña Tiburcia, donde aun pensaba encontrar á la señorita.

Ruf. Pues habrá mudado de parecer, porque doña Tiburcia solo ha recibido la visita de Adela : el tío no se ha dejado ver.

Greg. ¿Viene usted de allí ahora ?

Ruf. En derechura.

Greg. ¿Y qué tal ha hecho su papel la antigua patrona ?

Ruf. Ella dice que perfectamente. Dice que Adela queda ya convencida de que no le he pensado casarme con doña Gertrudis ; pero doña Tiburcia , con arreglo á mi plan , lo ha persuadido tambien que aborrezco el matrimonio con vieja y con joven.

Greg. Con lo cual comprenderá la señorita que usted la está engañando , como es cierto , y le enviará á usted enhoramala , que es lo que usted desea.

Ruf. No hay otro medio para pillar la herencia del tío.

Greg. Pero si llega usted á casarse con doña Gertrudis , que es tan rica , ¿no tiene bastante con los bienes de esa mujer ?

Ruf. En primer lugar , lo que sobra no es doña ; y luego que esa boda aun no está hecha . ¿Y si doña Gertrudis muda de parecer y no nos casamos ? Y aunque nos casemos , ¿y si testa á favor de alguna sobrina , como hizo mi tío ? Yo soy hombre de gusto y de garbo ; tengo ambición , y amor á los placeres ; y por mucho caudal que junte siempre gastaré mas que tenga : mi prima es una pobre muchacha enseñada á pasarlo con estrechez , y no sabría qué hacer del dinero. Ella no lo necesita para vivir contenta , y yo sí : lo que necesita es un marido como don Fabian , y ese yo se le proporcionaré. Por eso trato de que esta noche precisemos á los dos á explicarse , quererse y casarse.

Greg. Ya le dije á usted el recado que doña Adela me dió para don Fabian : que bajase aquí al anochecer.

Ruf. Usted y yo y algunos huéspedes , amigos míos , bien acechando desde las rejias , bien escondidos entre esas matas , escucharemos á los amantes , para que no puedan desdecirse despues.

Greg. Ya : cogiéndolos en el garlito , ¿cómo ha de tener ánimo la señorita para decir luego que se quiere casar con usted ?

Ruf. Si al cabo no habia de ser feliz conmigo . ¡Qué diantre ! si es coja. En no ser yo su esposo , le hago un favor ; y con tomarme la herencia , le quito un cuidado.

Greg. ¡Y aun se quejará !

Ruf. Será una ingratitud , será no conocer su bien.

ESCENA II.

TOMASA , CON UNA REGADERA ; DON RUFINO , GREGORIA.

Tom. (Viendo á don Rufino.) ¡Calle ! aquí está por quien vino preguntando el otro. (Acercándose.) Caballero , usted creo que se ha de llamar don Rufino.

Ruf. Ese es mi nombre.

Tom. Bien decia yo : si la señá Gregoria me ha hablado de usted. Pues aquí ha venido un criado en busca de usted hace poco.

Ruf. ¿De parte de quién ?

Tom. De parte de la señora... doña Gertrudis qué sé yo como. Rincon ó Picon creo que es el apellido.

Ruf. ¿De parte de doña Gertrudis ? (Aparte.) ¿De dónde sabrá ella que vengo yo aquí ?

Tom. Sí , señor ; de parte de esa señora , y con un recado muy urgente. Yo me fui á mis haciendas ahí adentro , y en el interin ha llegado usted.

Greg. Pero dale el recado al señor.

Tom. Que fuera usted corriendo , corriendo , á casa de esa señora.

Ruf. Si he estado allí casi toda la tarde.

Tom. Pues el caso es ese : parece que apenas salió usted de casa de la doña Gertrudis , cuando ocurrió... ¿qué sé yo qué me dijo el criado ? Ocurrió que hacia usted falta , y yo quedé en avisar á usted si venia.

Ruf. Bien está : gracias. (Aparte. Algun capricho de los suyos.) Gregoria , ¿podrá usted hacerme un favor ?

Greg. Mande usted.

Ruf. Suba usted al cuarto de don Fabian , y dígame que no baje al patio : que no hable con mi prima hasta que yo venga.

Tom. Su prima de usted es la señorita coja ; ¿no es esto ?

Ruf. Sí : doña Adela.

Tom. Pues yo daré ese recado al señor don Fabian , porque tengo que subir á su corredor en regando aquellas macetas.

Ruf. No lo olvide usted. (Tomasa va y llena de la pila inmediata al pozo la regadera que ha traído.) Gregoria , aun no es de noche ; tendré tiempo de ir á casa de doña Gertrudis y volver ; pero por si acaso no puedo , acche usted á don Fabian y Adela , y si se hablan , avise á los huéspedes de ese cuarto para que los escuchen. (Señala una reja.)

Greg. ¿Los del número cinco ?

Ruf. Sí ; los conozco y están en servirme.

Greg. Se les avisará. (Vanse los dos.)

ESCENA III.

TOMASA, Y LUEGO DON FABIAN.

Tom. (Regando las macetas.) Subiré al cuarto de don Fabian ahora mismo, porque de lo contrario me va á suceder con el recado lo que esta mañana con el desayuno: cuando se le dé, ya será tarde.

Fab. (Salindo.) Esta es otra temperatura: me derretia, me ahogaba de calor en mi cuarto. — Buenas tardes, Tomasita.

Tom. Muy buenas, don Fabian. Me excusa usted una distraccion. Don Rufino me ha dicho que le diga á usted que no hable esta noche con la señorita andaluza hasta que él venga.

Fab. Corriente. (Aparte.) Vamos, me quiere ayudar. Dios se lo pague.

Tom. Y que no baje usted al patio.

Fab. Como he bajado ya, eso querrá decir que me suba. Subiré así que haya acabado de oscurecer.

Tom. Hará usted bien, porque en su cuarto de usted, como está tan retirado, nadie le oye á usted cuando habla solo, y aquí sí...

Fab. ¿Me ha oido usted algo, Tomasita?

Tom. Pasaba por el corredor, le sentí á usted charlar, y atisé por la cerradura.

Fab. Pues créame usted, Tomasita; no es bueno eso de espiar á las gentes: por lo regular no oye uno sino disparates.

Tom. ¡Qué! si hablaba usted como un diputado. Jamás le he visto explicarse con tanta soltura. Se conoce que tiene usted mas confianza consigo que con nadie.

Fab. ¿Y qué decía yo?

Tom. Decía usted: « Compadézcase usted de mi cortedad: nunca ha sido mayor; pero nunca mas fundada que ahora. »

Fab. (Aparte.) ¡Bestia de mí! ¡Yo le hubiera estimado á usted tanto que me hubiera dado una voz...!

Tom. Hubiera sido una lástima. Usted estaba en sus glorias hablando, y yo escuchándole. (*Sigue regando los tiestos.*)

Fab. (Tomando una silla.) Está visto: en hallándome solo y desocupado, necesito mordaza.

Tom. (Aparte y observando los movimientos de don Fabian.) Qué trajin traía allá solo en su cuarto! Parecía que eran dos, él y una señorita. — Se ha sentado: apuesto á que es por no hablar solo, si se pasea. — Mueve la cabeza hácia abajo. Yo ya le entiendo sus ademanes: estará diciendo entre sí: « ¡Qué estrafalario, qué majadero soy! »

— Se encoge de hombros: eso significa: « ¿Y qué remedio tiene? ¿qué le hemos de hacer? » — Ahora menea la cabeza, ladéandola hácia donde estoy yo: jurara que dice: « La Tomasita me ha oido: ¡eh! ¡para que no sepa todo el mundo mis conversaciones secretas! » — Mira hácia la puerta: es que espera á alguno. — Los tiestos ya están aviadados: me voy. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON FABIAN.

(Permanece algunos instantes en silencio; pronuncia despues algunas expresiones en voz muy baja, y luego va subiendo progresivamente.)

Esta mania de hablar solo... No me sucederá otra vez. (*Pausa*) La tal Adela... Me ha mandado venir. — ¿Qué he de hacer? Vendré. — La hablaré. — Don Rufino me ayudará. — Dicen que la gaditana me quiere: un hombre á quien una mujer distingue, debe hablarla con resolucion. (*Se levanta.*) Con resolucion, pero con miramiento; pues aunque ella haya puesto los ojos en mí antes que yo en ella, no es justo que una señorita de modo sea la primera que se declare. A mí me toca decir que la quiero... y por Dios que se me figura que no mentiré. — ¡Una coja! Y bien mirado, ¿valgo yo lo que ella? Si ella es coja, yo soy tartamudo y lerdo patizambo. Nada, nada; tengo estudiada mi arenga, y así que llegue ocasion, la espeto de corrido, sin mirar á Adela para no turbarme. — « Señorita, compadézcase usted de mi cortedad: nunca ha sido mayor; pero nunca mas fundada que ahora. Su hermosura de usted... » — Pero si miro al suelo al hablar de su hermosura, va á creer que es pulla, porque entonces lo único que puedo verla son los pies. Debo decir: « Ese hermoso semblante, esos divinos ojos, ese talle de síflida, etc... »

ESCENA V.

ADELA, EL CRIADO, DON FABIAN.

Adel. ¡Oh señor don Fabian! ¿Ya le tenemos á usted por acá?

Fab. ¡Oh Adelita! (*Aparte.*) Me cortó el hilo á lo mejor.

Adel. ¡Jesus! ¡qué cansada vengo! ¡qué calor traigo! ¿Tiene usted la bondad de acercarme una silla?

Fab. Con mil amores. ¿Va usted á descansar aquí un rato?

Ado. Sí, señor, y si usted gusta de hacerme compañía mientras viene mi tío...

Fab. Yo, Adelita... (*Aparte.*) Rufino no está aquí; pero ¿cómo resisto yo al ruego de una señora?

Ado. (*Al criado.*) Pedro, haga usted el favor de llevar esa mantilla á mi cuarto. (*Vase el criado.*)

Fab. (*Aparte.*) ¡Nos dejan solos, y ya meurepe!

ESCENA VI.

GREGORIA, QUE SALE DE PUNTILLAS Y SE ESCONDE DETRAS DE UNAS MATAS; ADELA, DON FABIAN.

Ado. (*Aparte.*) Como es tan tímido, conviene hablarle con la mayor suavidad.

Fab. (*Aparte.*) Ahora, ¿quién conoce que esta mujer es coja?

Greg. (*Aparte.*) Aquí me colocó.

Ado. Señor don Fabian, yo deseaba mucho este momento.

Fab. ¿Sí? Vaya, pues... pues Dios se lo pague á usted.

Ado. Por otro lado lo temo tambien un poquito.

Fab. Lo mismo me sucede á mí.

Ado. Principio por manifestar que he leído su carta detenidamente, que me he enterado bien de ella, y por todas y cada una de sus cláusulas le debo á usted un agradecimiento sin límites.

Fab. Usted me avergüenza. Usted merece que uno se... ¡Vaya...!

Ado. Pero tengo que hacer sobre el particular varias observaciones.

Fab. Yo no he hecho mas que repetir lo que me han dicho en la lonja y en la agencia. Si el té ó la criada no son lo que usted desearia...

Ado. No se trata de mis encargos, señor don Fabian, sino del que los ha desempeñado.

Fab. Ya, se trata de mí.

Ado. Sí, señor: mi tío se proponia verle á usted mañana, y esto me obliga á verme antes con usted.

Fab. Bien haya el tío que me proporciona esta... este...

Ado. No le debe estar muy agradecido usted, porque él no piensa de usted tan favorablemente como su sobrina.

Fab. ¿No? pues merezca yo el favor de la sobrina, y mas que se pongan contra mí todos los tios del universo. (*Aparte.*) Esto no ha salido mal.

Ado. Podré acaso ceder á la fuerza de las circunstancias; pero el aprecio que hago de usted será inalterable.

Fab. Adelita hermosa... (*Aparte.*) ¿Qué mas claro lo ha de decir?

Ado. Por lo mismo, y confiada en la honradez de usted, quiero consultarle sobre mi porvenir, quiero poner en su mano mi suerte.

Fab. (*Aparte.*) Esta es la ocasion crítica para mi arenga.

Ado. Usted decidirá segun su delicadeza le inspire.

Fab. (*Entusiasmado.*) ¿Apela usted á mi delicadeza? Pues sí, pues bien: ya sé lo que me corresponde hacer.

Ado. Oígame usted.

Fab. Perdone usted: oígame primero. (*Aparte.* Ya está muy oscuro, y á favor de las tinieblas tendré menos empacho.) Señorita, compadézcase usted de mi cortedad: nunca ha sido mayor; pero nunca mas fundada que ahora. (*Viendo salir á Tomasa con una luz.*) ¡Ah!

ESCENA VII.

TOMASA, CON UN FAROL DE REVERBERO; DICHOS.

Tom. (*Cruzando la escena.*) El farol del pasillo se me habia olvidado. (*Vase.*)

Fab. (*Aparte.*) Esa maldita luz me ha dejado ciego.

Ado. Animo: siga usted. (*Aparte.*) El pobrecillo me quiere de veras.

Fab. Pues como iba diciendo... (*Aparte.* Ya no sé donde iba.) ¡Ah!—Su hermosura de usted, ese lindo talle, esas gracias que estoy viendo...

Ado. ¿A oscuras las ve usted, don Fabian?

Fab. (*Aparte.* Ya me perdí.) Los ojos del alma... penetran... descubren... Y cuando uno se halla al lado de una... de una hermosa... y le faltan los recursos... los recursos propios... (*Mirando hacia la puerta.*) y tambien los ajenos... entonces no tiene mas recurso que recurrir... que recurrir á decir.... (*Cambiando rápidamente de tono.*) A decir que si á usted le parece, suspenderemos esta conversacion hasta que venga don Rufino.

Ado. ¿Cómo? ¿Rufino ha de venir?

Fab. Segun creo, no tardará.

Ado. Conviene que no nos vea juntos.

Greg. (*Aparte.*) Aquí estoy yo para suplirle. (*Llégase á una raja quedáto, y*

dice á las personas que se supone están dentro :) Atención.

Ade. Aunque solo nos conocemos de hoy, por lo que me han dicho de usted y por la idea que da de sí mismo al momento que se le habla, estoy segura de que es un jóven juicioso y de buena familia.

Fab. Mi familia, aunque pobre, era honrada como la que mas. Y digo *era*, porque estoy en que de ella solo he quedado yo, y acaso un primo segundo ó tercero, cuyo nombre ignoro, y de quien nunca he tenido noticia. Porque ha de saber usted que aunque me llaman Fabian Huronera, ni soy Huronera ni soy Fabian.

Ade. Bien, ya me explicará usted eso despues.

Fab. Un efecto de mi cobardía. Cuando vine de Asturias á Madrid, me trocó el nombre el alcalde del barrio, al darme el padron.

Ade. Un yerro casual, ya entiendo.

Fab. Fui al otro dia, le hallé despachando á una porcion de gente y le dije: « Señor alcalde, vengo á hacer á usted presente, con el debido respeto, que ha padecido una equivocacion. » — « Yo no me equivoco nunca, » me replicó muy grave: « vaya usted con Dios, y déjeme despachar. No piensan ustedes sino en desconceptuar á la autoridad pública. » Ya se ve, como dijo que él era infalible, debí creer que quien se habia equivocado de nombre hasta aquella fecha, era yo; y así me retiré pidiéndole mil perdones, y resuelto á ser don Fabian hasta nuevo empadronamiento.

Ade. Atiéndame usted. — Una tia mia carnal se casó...

Fab. Sí, con un tio carnal de don Rufino: ya sé la historia.

Ade. Sabrá tambien usted que el tio murió en América dejando un caudal...

Fab. Sí, muy corto.

Ade. No, muy decente: renta mas de dos mil duros anuales.

Fab. ¿ Eso renta?

Ade. Y todo lo heredaré yo, si en un término dado me caso con un pariente de mi tio político.

Fab. ¿ Qué me dice usted!

Ade. Pero si no, don Rufino lo hereda todo.

Fab. ¿ Todo? (*Aparte.*) Pues me ha engañado.

Ade. Menos una pension de seis mil reales para mí.

Fab. (*Aparte.*) Ahora comprendo la

pulla de los seis mil reales. ¡ Habrá pícaro!

Ade. Y lo peor es que el término para mi decision cumple mañana.

Fab. ¿ Mañana?

Ade. De modo que me hallo en la alternativa siguiente: ó prometer mañana casarme con mi primo, que es un buen perillan, ó perder la herencia y reducirme á una triste pension. ¿ Qué me aconsejará usted que hiciera?

Fab. ¿ Con que si usted se inclina á otra que su primo, tiene que sacrificar las conveniencias al amor? Yo no sabia eso.

Ade. ¿ No?

Fab. Ni una palabra. Si yo hubiera tenido la menor idea de que usted podia ser, así, rica, ¿ juzga usted que me hubiera atrevido á pensar...? Yo estaba en la inteligencia de que usted en ningun caso podia heredar mas que la consabida pension.

Ade. ¡ Ah! ¿ usted me tenia por pobre?

Fab. Por tan pobre como yo. Unos seis mil reales vendré á ganar al año.

Ade. No es gran cosa, seguramente.

Fab. ¿ Qué ha de ser? Y pudiendo usted disfrutar cuarenta y seis mil...

Ade. ¿ Con que, en su opinion de usted, debo casarme con don Rufino?

Fab. (*Con tristeza.*) En mi opinion... En mi opinion, Adelita, usted es una jóven que merece disfrutar todas las prosperidades de la vida, y mas fácil es que lo consiga usted con la herencia que sin la herencia.

Ade. ¿ Cree usted que la felicidad se mide por el dinero?

Fab. El dinero tiene su mérito, y jamás lo he conocido yo como ahora.

Ade. Pero es que yo no quiero á mi primo.

Fab. Si usted es su esposa, usted cumplirá sus deberes: usted le querrá.

Ade. Es que él tampoco me quiere á mí.

Fab. ¿ Como si fuera fácil vivir á su lado de usted sin amarla!

Ade. Es que yo estoy persuadida de que él huye tambien de unirse conmigo.

Fab. ¿ Es cierto que trata de casarse con una vieja?

Ade. Por desgracia no.

Fab. ¿ No? Pues tiene usted razon, que es una desgracia muy grande.

Ade. Él quiere que la boda se deshaga por mí para llevarse la herencia.

Fab. ¿ Qué iniquidad! Yo iba á aconsejar á usted que le cogiera la palabra á su primo, que se casara con él y le obligase

á que la quisiera á usted con el alma y la vida; pero ya ¡un demontre!

Ade. Hubiera sido un consejo muy generoso; pero...

Fab. Pero muy necio. ¡Hola, hola! ¿Luego el primito se figura que usted no vale mas que la herencia del indiano y todas las Indias? Pues bueno: ármese usted de resolucion; enfádense usted.

Ade. Bien.

Fab. Y cuando el primo venga, dígame que usted se estima demasiado á sí propia para unirse con un hombre que no tiene entrañas ni honor. — Y sepa usted que esto es verdad.

Ade. Así lo creo.

Fab. Dígame usted que se guarde, en hora buena ó mala, esa herencia que tanto codicia; que á él no le aprovechará de nada porque la consumirá en cuatro días, y á usted no le hace falta para ser feliz como lo ha sido hasta hoy.

Ade. También eso es verdad.

Fab. Y que para que conozca la mujer que pierde, va usted á casarse con un hombre á quien ama y que adora en usted.

Ade. Y eso ¿será verdad?

Fab. En usted consiste.

Ade. En mí sola no.

Fab. Si tal, porque á la dama toca elegir.

Ade. Y al galán proponer.

Fab. Tal puede ser él que no se atreva á ponerse en candidatura.

Ade. ¿Quiere usted que le diga las cualidades que desearia yo en un esposo, y encargarse de buscarme uno?

Fab. ¿Uno? (*Aparte.* Animo: esto se prepara bien.) Lo que es uno, ya pudiera yo indicarle.

Ade. Pues yo no necesito dos.

Fab. Es que tiene tantos peros el tal, que dando si será de recibo.

Ade. ¿Es hombre de bien?

Fab. Sí; pero bastante simplon.

Ade. ¿Será capaz de quererme?

Fab. ¡Oh! mucho; pero exigirá de usted otro tanto.

Ade. ¿Será aplicado y trabajador como su esposa?

Fab. Sí; pero hasta ahora poco le ha lucido su trabajo.

Ade. ¿Gastará buen genio? ¿Reñirá con su mujer?

Fab. Hasta la presente no ha reñido con nadie; pero se ha burlado de él todo el mundo.

Ade. ¿Sí? Pues yo me encargo de sa-

tisfacarle en nombre del género humano.

Fab. ¿Es posible! ¿Está usted resuelta...?

Ade. A no rehusar mi mano á ese sujeto, siempre que...

Fab. Siempre que se resuelva él...

Ade. A pedirla.

Fab. Pues... la pide... la pido.

Ade. Yo la concedo.

Fab. Y yo la... la... la...

Greg. (*Llegándose de pronto y dando á don Fabian la mano de Adela.*) Hombre, tómelas usted con mil santos.

Fab. ¡Huy! ¡qué vergüenza! tenemos un testigo.

Greg. (*Aparte.*) Y mas de dos.

Ade. No me importa ya que todo el mundo lo sepa.

Fab. ¿No? ¡Canario! pues á mí tampoco. Ya es tiempo de sacar los piés de las alforjas. (*Besa repetidas veces la mano de Adela.*)

ESCENA VIII.

DON SILVESTRE; TOMASA, CON UNA LUZ;
DICROS.

Silv. (*A Tomasa.*) Muchacha, alumbrala. (*Viendo á don Fabian y Adela.*) ¡Bravo, señoritos, bravísimo!

Fab. ¡Ay Jesus! (*Se aparta confundido á un lado: Gregoria y Tomasa despues de haber hablado entre sí un instante se retiran: la luz ha quedado sobre una mesa.*)

Silv. Teniendo tú aqui tan buena ocupacion, ¡hien podia yo estar aguardándote un siglo en casa de aquella señora!

Ade. Bastante le aguardé yo á usted.

Silv. ¿En casa de doña Gertrudis?

Ade. Sí, señor, segun convinimos.

Silv. Si vengo yo de allí, y me ha dicho que no has parecido.

Ade. Se ha equivocado: á Pedro se le puede preguntar.

Silv. Ignoro por qué me lo ha negado doña Gertrudis. En fin, ya sabrás que se te cumple tu gusto. Rufino, en efecto, le ha dado á la vieja palabra de matrimonio, y ella jura que le sabrá impedir que se case contigo.

Fab. ¿De veras?

Ade. Tío, yo no le entiendo á usted: doña Gertrudis me ha sostenido que todo eso es pura suposicion.

Silv. A mí me ha demostrado que es verdad, y con pruebas irrecusables.

Ade. Si se ha reido de mí cuando le he hecho esa pregunta.

Silv. Pues cuando yo le he hablado de ello, ha llorado como una Magdalena.

Ade. No creía yo capaz de arrojar una lágrima á una mujer tan fría y tan sosa.

Silv. Al contrario; si es una viejecita muy lista.

Ade. ¿Lista? ; Con aquel corpanchon de un par de quintales!

Silv. Si es dolgada.

Ade. Pero altona.

Silv. No tal, chiquita, muy elegante, postizo negro.

Ade. La doña Gertrudis que vi yo, viste mal y gasta peluca rubia.

Fab. O las doñas Gertrudis son dos, ó esa mujer cambia de genio y de figura á cada visita. Vamos á ver: ¿dónde vive esa dama pelirubia y pelinegra?

Ade. Calle de Hortaleza, frente á la fuente.

Silv. Eso es: yo no he podido acompañar á mi sobrina, porque tenía antes otras cosas que hacer; pero segun las señas que dejó don Rufino, esa fuente tiene por distintivo unos galápagos.

Ade. Justamente.

Fab. Así es.

Silv. Pues bien: desde aquí me dirigí á la puerta del Sol: allí pregunté, y me pusieron en una calle toda de tiendas.

Fab. La calle de la Montera, sin duda.

Silv. Esa misma. Ello es que me dijeron: «Siga usted esta acera de la derecha, y no pare hasta encontrar la fuente de los galápagos.» Seguí, hallé una fuente grande...

Ade. Chica.

Silv. Grande, con sus dos galápagos de bronce.

Ade. De piedra.

Silv. No tal, de bronce, interpolados, por mas señas, con dos ranas del mismo metal.

Fab. Esa es la fuente de la Red de San Luis.

Silv. ¿Hay acaso por allí dos fuentes adornadas de galápagos?

Fab. Sí, señor: hay una al extremo de la calle de la Montera, y otra en la calle de Hortaleza, mucho mas arriba.

Silv. Pues dígole á usted que este Madrid es un galápagar. Pero sea lo que fuere: yo, hegado que hubo á la fuente susalicha, pregunté en una lonja si vivía por allí una doña Gertrudis Giron, y me contestaron que en el primer piso de aquella casa. Subí

al primer piso, me anuncié, me recibieron, y no cabe duda en que aquella es la doña Gertrudis verdadera, porque delante de mí envió un recado para que buscaran á don Rufino á fin de carearle conmigo. La lástima fué que no se le encontró.

Ade. Vamos, la Gertrudis que yo hallé debe ser una solemne embustera: esto ha sido una farsa de ese enredador de Rufino, que no dice palabra de verdad.

Silv. Poco á poco: él fué el que me insinuó que te inclinabas á don Fabian, y segun las trazas no ha mentido en eso.

Ade. Mintió en la fecha, porque entonces estaba yo muy distante de pensar como ahora.

Fab. ¿Con que mintió, eh? ; Qué perdía! Él me lo dijo, y yo lo creí.

Ade. Afortunadamente no me engañó á asegurarme esta mañana que usted me desagrababa su afecto.

Fab. ¿Esta mañana? Pues tambien es mentira: entonces todavía no pensaba yo en usted.

Ade. ¿Será posible?

Silv. Segun veo, cada uno de ustedes estaba muy satisfecho de que era querido, y á ninguno de los dos le habia pasado por la imaginacion el querer al otro.

Fab. ; Virgen de Atocha!

Ade. Otro embuste de mi primito; pero á lo menos es innegable que el señor me ha escrito esta carta. (*Se la da á don Fabian.*)

Fab. (*Mirándola á la luz que hay en la mesa.*) A ver.—Si, señores, mi carta es esta; no hay duda. (*Lee.*) «Adelita, con el mas vivo interés...» Si por cierto; es verdad; yo me interesaba vivamente por el desayuno de Adela, y... Pero ¿quién ha subrayado aquí tantas dicciones?

Silv. Usted que las ha escrito, será.

Fab. Yo no, yo no he tirado raya ninguna.

Ade. ¿No? ¿Si haria eso don Rufino cuando le dejé solo?

Silv. ¿No? Pues lea usted: lea usted lo rayado, y verá lo que sale.

Fab. (*Leyendo.*) «Adelita... preciosa... yo... te... amo... inestimable... perla... yo... te... adoro!» ; Qué adulteracion! ; Qué anacronismo!

Ade. ¿Luego usted no escribió con doble sentido ese billete?

Fab. ¿Cómo habia yo de componer de intento esos dos versos chabacanos que parecen de un aguador? Adelita, yo de palabra me explicaré mal; pero por escrito, ya

es otra cosa. El que escribe puede corregir : ¡ así se pudiera hablar de dos veces, una en borrador y otra en limpio! Yo no le hubiera escrito á secas á usted : « yo te amo » ; ni cómo habia de haberme atrevido á tutear á usted ? Yo no me hubiera contentado con llamar á usted « perla » sino « ángel, diosa, cielo. » — ¡ Ah ! perdone usted ; ahora calgo que nos estamos queriendo por equivocacion.

Ado. Ann por eso iba usted á agombrarme que aceptara la mano de mi primo. Como usted no me quería...

Fab. Lo mismo que usted. Si hubiera estado decidida en mi favor, no me hubiera pedido consejo sobre lo que habia de hacer.

Silv. Por dióha, el desengaño ha venido pronto ; y al cabo, si ustedes se han querido por impulso ajeno, dueños son de quererse por su voluntad.

Fab. Ya es imposible.

Ado. ¿ Por... ?

Fab. Porque si don Rufino se casa con la vieja, la herencia es de usted ; y yo no puedo ni debo querer sine á una mujer... como yo.

Ado. ¿ Que no sea coja ?

Fab. Que no sea rica.

Ado. ¡ Eh ! calle usted y no diga desatinos.

Silv. Aquí viene el falsificador de cartas y viejas.

ESCENA ULTIMA.

DON RUFINO, ADELA, DON FABIAN,
DON SILVESTRE.

Ado. Señor primo...

Silv. Señor don Rufino...

Fab. Señor tira-lineas...

Ado. ¿ A casa de quién me ha dirigido usted esta tarde ?

Silv. ¿ Sabe usted que no estoy acostumbrado á que nadie juegue conmigo ?

Fab. Yo sí lo estoy ; pero trato ya de perder la costumbre.

Ado. Usted no puede aspirar á mi mano : me constan ya sus relaciones con doña Gertrudis.

Silv. La de los galápagos de bronce, no la otra. Sepa usted que la acabo de ver.

Ruf. Lo sé ya : salir usted y entrar yo ha sido todo uno.

Silv. Lo creo : como que estando yo allí le envié á llamar á usted.

Ruf. Sí, para hartarme de vituperios á consecuencia de las noticias que usted le

dió, y para decirme en dos palabras que ajustásemos cuentas y buscase otra novia.

Ado. ¿ Con que en efecto era novia de usted ?

Ruf. Antes de conocer á usted, pensé en ella, lo confieso.

Ado. Y despues de conocerme usted, no ha pensado en mí sino para engañarme.

Fab. Para engañarnos.

Silv. A los tres.

Ruf. La ambicion me cegó : por ella aparté los ojos de usted y los puse en la herencia. De esto ha nacido el dirigir hoy á usted á una doña Gertrudis fingida.

Silv. Y por lo mismo habrá sido el suponer que Adela y don Fabian se querian.

Ruf. Yo los creí muy dispuestos á ello, y traté de ponerlos de inteligencia. La prueba de que no me equivocaba, está en lo que me acaban de decir Gregoria y unos huéspedes, que les han escuchado á ustedes la conversacion á oscuras.

Ado. (*Aparte.*) ¡ Cielos !

Fab. Este hombre se ha empeñado en que por fuerza nos hemos de amar.

Ruf. Nada de eso ; yo á pesar de todo, estoy pronto á dar la mano á Adela, si quiere admitirla.

Ado. Nunea : se la doy al señor para cumplirle el gusto de casarse con pobre.

Fab. ¿ Adela de mi vida ?

Silv. (*A Adela.*) ¿ Con que son para el señor los bienes del tío ?

Ruf. Mi prima se obstina en ello : ¿ qué le he de hacer ?

Ado. Sí, guárdelos usted, y ¡ ojalá mis circunstancias me permitiesen rehusar la pension á que tengo derecho, para no tener que agradecer ni un maravedí al difunto don Gabriel Garay !

Fab. (*A Adela.*) ¿ Cómo, don Gabriel Garay ? ¿ Era ese su tío de usted ?

Ado. Tío del señor.

Fab. ¿ Natural de Oviedo ? ¿ Casado con doña Verónica Gomez ?

Ruf. El mismo.

Silv. El propio.

Fab. Ese tambien era mi tío.

Ruf. ¿ De usted ?

Ado. y *Silv.* ¿ De usted ?

Ruf. No puede ser : solo tenia un sobrino llamado Ramon.

Fab. El Ramon soy yo.

Ruf. Si se llama usted Fabian.

Fab. De eso responderá el alcalde del barrio.

Silv. A don Ramon le mataron los facciosos.

Fab. Es una calumnia; no hicieron mas que darme una paliza y dejarme por muerto.

Silv. ¿Con que los novios son primos políticos? Don Rufino de mi alma, le acompaño á usted en el sentimiento de la pérdida.

Ruf. Déjeme usted en paz.

Fab. ¿Cómo? ¿qué es eso?

Ade. Que el señor se ha quedado sin doña Gertrudis y sin la herencia del tío: casando yo con un pariente suyo, es legítimamente mía; y el primo Rufino me ha comprometido á casarme con el primo Ramon.

Fab. ¿De modo que Adela se quedaba pobre por mí, y por mí vuelve á ser rica? Prima novia, en paz y jugando.

Silv. (Dando una palmada en el hombro á don Rufino.) ¿Qué dice usted á eso?

Ruf. Que me he lucido.

Ade. Queda usted convidado á mi boda, y le reservo el primer rigodon.

Fab. ¿Bailas con muleta?

Ade. La muleta duerme esta noche en el pozo. (Corre diligentemente al pozo y la tira.)

Fab. ¿Qué veo!

Ruf. ¿No era coja!

Silv. ¿Qué habia de ser? En mi familia nadie anda en malos pasos.

Fab. ¿Qué ha sido esto?

Ade. Un capricho para ver si me querian por mí y no por la herencia.

Fab. ¿Canario! ¿qué esposa se ha perdido usted, primo!

Ruf. Hombre, no me lo diga usted otra vez, si no quiere que vaya á echarme tras la muleta. (A Adela.) ¿Quéjese usted de mis trapisondas, despues de habernos engañado á todos de una manera tan atroz!

Fab. Yo no me quejo.

Ade. Mi engaño es de mejor índole que los de usted. Yo deseaba cariño y usted dinero; por usted he reunido ambas cosas. En recompensa, se le pagarán á usted sus dadas y se le cederá la pensión.

Fab. Llegó el punto en que se vea
(Al público.)

Si agradó nuestra fatiga,
Y falle el concurso y diga
De qué pié el drama cojea,
¿Habrá aplausos ó marea?
En medio de tal afan,
Sufrá el público galan
Que al fin de esta decimilla
Parodie una seguidilla
Que todos conocerán.
« Como tengo este genlo
Tan encogido...
Bien quisiera un aplauso;
Mas no le pide. »

NOTA.

En esta comedia hay varias imitaciones: para las principales se ha tenido presente una pieza en un acto de Mr. Fagan, titulada: *Le Rendez-vous*, y otra en dos, perte-

neciente al teatro inglés, que fué traducida á nuestro idioma en el año de 1801 con el título de *La prueba caprichosa*.

JUAN DE LAS VIÑAS,

COMEDIA EN DOS ACTOS EN PROSA,

ESTREADA EN EL TEATRO DE LA CRUZ A 12 DE MARZO DE 1864.

PERSONAS.

JUAN DE LAS VIÑAS.
DON VENANCIO.
LEOCADIA.
DON GORGONIO.
DON LUCIO.

UN ALCALDE.
UN CABALLERO DE S. M.
CRIADOS.
CRIADAS.
ALGUACILES.

La acción pasó extramuros de Madrid á principios del siglo XVIII.

ACTO PRIMERO.

Vista de las afueras de Madrid desde el camino de Vallecas: en un ángulo del fondo una casilla de campo con puerta y balcon practicables.

ESCENA PRIMERA.

JUAN DE LAS VIÑAS, Y DESPUÉS DON GORGONIO.

Juan. Pasado el convento de Atocha, la segunda casa de campo, á la izquierda del camino de Vallecas: esta es. (*Llégase y llama.*) ¡Ah de la gente! ¡Ave María purísima!

Gorg. (*Dentro.*) ¿Quién es?

Juan. ¿No vive aquí don Gorgonio Grajales Ladrón de Guevara?

Gorg. (*Dentro.*) Está fuera.

Juan. Pues lo que es su voz se ha quedado dentro. Si le conozco yo á usted.

Gorg. (*Dentro.*) No puedo yo decir de usted otro tanto.

Juan. Soy Juanillo el de Cuenca, el hijo de la señora Bárbara su vecina de usted, su administrada de usted, la que se quedó pereciendo por su maña de usted.

Gorg. (*Al balcon.*) En efecto, es el mis-

mo Juan de las Viñas, tan agudo como siempre.

Juan. Para lo que usted guste mandar.

Gorg. Yo esperaba que no hubieses encontrado nunca mi casa.

Juan. Pues ya ve usted que soy mas hábil de lo que usted se figura.

Gorg. ¿Y qué es lo que quieres de mí?

Juan. No es dinero ni cosa que lo valga, porque entonces excusado era el viaje.

Gorg. Tú me haces justicia.

Juan. Pero acaso tendrá usted una carta de mi madre para mí, y vengo por ella.

Gorg. ¿Nada mas?

Juan. ¿Y qué mas?

Gorg. ¿De veras?

Juan. ¿Me ha cogido usted alguna vez en mentira?

Gorg. Tienes razon: tú aunque simple, eres un buen muchacho. y si te vas pronto y no vuelves, el mejor del mundo. Aguarda, que bajo á abrir. (*Aparte.*) Todo lo ignora aun: no hay que andar con recelo. (*Quítase del balcon.*)

ESCENA II.

JUAN; Y LUEGO DON LUCIO, EMBOZADO.

Juan. Nada ha mudado el buen señor: tan berrugo y tan desconfiado es en Madrid como en Cuenca.

Lucio. (*Saliendo.*) Mocito, mocito, mo-

cito. ¡Caramba con el mocito! ¿Oye usted, buen hombre?

Juan. Oigo, si señor.

Lucio. ¿Hace rato que anda usted por aquí?

Juan. Sí señor.

Lucio. ¿Ha visto usted por aquí una calesa?

Juan. Sí señor.

Lucio. ¿Se ha marchado ya?

Juan. Sí señor.

Lucio. ¿Como si el calesero se hubiese cansado de esperar?

Juan. Sí señor, como si hubiese perdido un viaje y le hubiera salido otro.

Lucio. ¡Carambita, carambola, caramba! ¡Maldita sea la prisa del calesero y la tardanza mía!

Juan. Amén, por la parte que á usted le toque.

Lucio. ¿Ha echado usted la vista hácia aquella huerta?

Juan. No señor.

Lucio. ¿Hácia aquella puerta falsa?

Juan. No señor.

Lucio. ¿No ha visto usted salir por allí una dama jóven?

Juan. No señor.

Lucio. ¿Una tapada?

Juan. No señor.

Lucio. ¿Ni asomarse á lo menos?

Juan. Ni aun eso. — Caballerito, ¿quiera usted decirme...?

Lucio. ¿Cómo? ¿Usted me viene con preguntas? ¿Usted trata de sonsacarme? ¿Es usted algun espía colocado aquí por el padre de la muchacha?

Juan. ¿Yo?

Lucio. Si dice usted una palabra de lo que le he descubierto, si dice usted que me ha visto siquiera....

Juan. ¿Qué sucederá entonces?

Lucio. Tenga usted entendido que aunque me han criado para abate, soy hombre de humos.

Juan. ¿Pretende usted que le abra yo en los cascos una chimenea?

Lucio. A fe de Lucio Quiñones que si usted chista, le atravieso de un espadinazo. (*Aparte.* Voy á ver si encuentro otro calesero que lle.) ¡Carambita, carambola, caramba! (*Vase.*)

Juan. El abate en ciernes amenaza y se escurre. No sé como me le detenido en sacar la tizona. Pero ¿quién se mete con un chisgaravis semejante?

ESCENA III.

Don GORGONIO, JUAN.

Gorg. Esta es la carta, la cual vino cerrada dentro de la mía. En justicia me debias abonar la mitad del porte.

Juan. ¡Para abonos estoy! Si soy dueño de un mal... llévete el diabito á usted.

Gorg. No gusto de oír juramentos ni lastimas: adios.

Juan. ¿No quiere usted auxiliarme con un consejo?

Gorg. Lo que es auxiliarte, lo haria yo de muy buena gana. Di.

Juan. Pues, señor, ya sabe usted que mi madre poseía algunos bienes en Cuenca.

Gorg. Por cierto que nadie atinaba cómo los habia adquirido, excepto yo.

Juan. Sabe usted que empezamos á venir á menos desde que fué usted nuestro administrador.

Gorg. Casualdades desgraciadas.

Juan. Y usted empezó á ir á mas.

Gorg. Casualdades venturosas.

Juan. Sabe usted que abracé varias profesiones, y que me las hicieron dejar.

Gorg. No lo digo por alabarte; pero ¿eras tan inepto para todas!

Juan. Inepto, sí, inepto. Lo que yo sé decir es que me puse á alcablero; y porque no quise defraudar de sus derechos á la real hacienda, los tratantes (que no podian verme) no pararon hasta hacer que se me destuyera de órden de su majestad don Felipe V. Me puse á mayordomo de un señor; y porque no aisaba con la señora, hizo que su marido me plantara de patitas en la calle. Entré de oficial en una escribanía; y porque rehusé hacer una trampa, mi principal me aconsejó que tomara otro modo de vivir, porque no servia para la curia. ¿Fué esto ineptitud, ó fué cumplir con mi obligacion?

Gorg. Cierto que tu obligacion era cobrar la alcabala; pero como los derechos eran exorbitantes, tú por servir al Rey desollabas á tus convecinos. Cierto que tu obligacion era mirar por los intereses de tu amo; pero los bienes eran del ama, y entre él y tú no le dejábais manejar un maravedí. Cierto que tu obligacion era ejercer legalmente la curia; pero la trampa que te propusieron era de las que llaman legales, y se intentaba para detener los efectos de otra de la parte contraria. Tú obraste honradamente; pero como hiciste daño, natural era que te le hiciesen á tí.

Juan. Pues: eso mismo me decia todo

l mundo; y cada vez que lo oía, me daban unos berrenhines de desesperación, que ¡a. — « ¡Hola! » exclamé yo entonces: « ¿con que el fruto que saco de portarme bien, siguiendo los impulsos de mi corazón, es atraerme desgracia sobre desgracia, y el desprecio de las gentes por añadidura? Pues bueno; yo escarmentaré; yo me corregiré: es decir, me pervertiré, me haré malo, malísimo. »

Gorg. Chico, chico...

Juan. Y cumplí mi propósito. Yo dije: « ¿Soy desgraciado obedeciendo á mi natural instinto? Pues voy á hacer todo lo contrario de lo que él me dicte; ¿á ver si así tengo mas fortuna? »

Gorg. ¡Hombre!

Juan. ¿Por qué le parece á usted que me hallo en Madrid?

Gorg. Me parece... Me parece que no lo sé.

Juan. Pues es por una atrocidad, por una inhumanidad sin ejemplo.

Gorg. ¡Demonto! ¿Qué has hecho?

Juan. Una diablura en grande.

Gorg. ¿Cuál?

Juan. La obligación de un hijo, creo que ha socorrer, mantener á su madre.

Gorg. Por supuesto.

Juan. Mi madre, aunque jóven y guapa, no tenía mas recurso que yo. Pues, amigo, la he abandonado como un galopo.

Gorg. Sin decirle...

Juan. Ni una palabra. Vendí unos vestidos, hice unos cuartos, me acordé de usted, y puse en un papel: « Madre, me escapo de casa y me voy á Madrid: si quiere usted enviarme su maldición, remítamela franca de porte por conducto de don Gorgonio: » — ¿No se admira usted de mi perversidad?

Admírese usted, hombre; admírese usted.

Gorg. Me admiro, me espanto, me deslumino y me encierro en mi casa para no verte. Cata la cruz. (*Vase.*)

ESCENA IV.

JUAN.

Hace bien en huir de mí: un mal hijo es un monstruo cuya vista mata como la del basilisco. Emprendamos con la carta de madre. ¡Buenas cosas me dirá la infeliz! Que la he condenado á la miseria; que por mí va á morir de hambre. Me falta valor para abrirla. Pero no, picaro; ya que hiciste la iniquidad, sufre las consecuencias: lee y aguanta, ó cuélgate de una viga; que sin

dinero y maldito de tu madre, nada te está mejor. Con todo, lo del ahorcamiento debe ser la postrera alegría en la vida del hombre malo. (*Abre la carta.*) Poco escribe; pero será de mi flor. (*Lee.*) « Juanito... » ¡Juanito á mí! No hay duda que merezco bien esta expresión cariñosa. (*Lee.*) « Juanito de mi vida... » La bondad de mi madre me parte el corazón. (*Lee.*) « Juanito de mi vida: no podías haber hecho cosa mas acertada... » ¿Eh? *Acertada*, dice. (*Lee.*) « No podías haber hecho cosa mas acertada ni mas agradable para mí, que separarte de mi lado. » ¡Cosa mas particular! Me doy la enhorabuena. (*Lee.*) « Yo no soy tu madre. » ¿Qué es lo que descubro? ¡Cuánto me alegro! ¡cuánto lo siento! ¡Perder una madre que (sin serlo) me ha querido tanto! ¡Librarme del pesar de haber abandonado á mi madre! Porque no siéndolo, vamos, la escapatoria tiene otro ver. (*Lee.*) « No soy tu madre: don Lucas Velez queria darme su mano... » ¡Esas tenemos! (*Lee.*) « Pero exigia que te apartase de mí; yo no me atreva á decirte palabra, y tú me has librado de un cruel compromiso. Si quieres averiguar tu origen, recurre al santero de San Blas, Cosme Candiles, y á don Gorgonio Grajales, valiéndote de cualquier medio, por violento que sea, para obligar al último á que se explique. Don Lucas, que es ya mi esposo... » Por muchos años. (*Lee.*) « Envía con esta fecha órden á don Roque Ruiz, el mercader, para que te dé una ayuda de costa. » ¡Jesucristo! ¡qué dicha! (*Lee.*) « Y de parte de la que te amará como madre siempre, recibe la seguridad de su agradecimiento por tu fuga y su cordial bendición. » De rodillas, madre Bárbara, de rodillas la recibí yo, besando tu carta, ya que no tu mano. Esto es lo que se llama acertar contra todas las probabilidades. Está visto que mi sistema es bueno, y no hay mas que seguirlo.

ESCENA V.

LEOCADIA, TAPADA; JUAN.

Leoc. Caballero, caballero...

Juan. Eso está en duda.

Leoc. Caballero en duda, favorézcame usted.

Juan. ¿En qué y cómo?

Leoc. Usted ha hablado aquí con don Lucio: usted le conocerá, usted será su amigo.

Juan. Nada menos que eso.

Leoc. Si tiene usted cara de amigo de todos.

Juan. Entonces tambien lo seré de usted, aunque no la conozco sino para servirla.

Leoc. Eso es lo que yo pido y usted debe hacer : servirme.

Juan. ¡ Y bien ! ¿ qué le pasa á usted ?

Leoc. La mayor desgracia posible. Yo vivo en aquella primera casa de labor : mi padre, que es un profesor de agricultura muy querido del Rey, muy inteligente en hortalizas y plantíos, y que nada entiende de lo demás, va á marcharse mañana con un buen empleo á las Indias.

Juan. ¿ Es esa la desgracia de que usted se queja ?

Leoc. Sí señor, porque mi padre me quiere llevar consigo, y yo no quiero ir.

Juan. ¿ Y por qué no quiere usted ?

Leoc. Es porque me quiero quedar.

Juan. ¿ Y por qué quiere usted quedarse ?

Leoc. Porque hay una persona que no quiere que me vaya.

Juan. Que será don Lucio Quiñones.

Leoc. ¿ Ve usted como le conoce ? Yo no le he dicho á usted su apellido.

Juan. Lo que yo conozco es que usted quiere mucho al señor Carambita.

Leoc. Mucho, mucho no, porque se me antoja que es un mentecato solemne.

Juan. Basta que usted lo diga.

Leoc. Y es pobre, segun me ha confesado.

Juan. Y es un marica, un titere, aunque no lo confiese.

Leoc. Pero yo he vivido siempre encerrada; he cumplido diez y seis años (que me parece que ya es tiempo de tener mi cuidadillo en el alma); don Lucio es el primero que se ha presentado, y... su fortuna le ha valido.

Juan. Fortuna harto envidiable, siendo usted rica, segun supongo, de buena índole, como ya observo, y hermosa, como desearia ver.

Leoc. Mi padre á veces suele exclamar mirándome..... (*Se descubre.*)

Juan. ¡ Divina criatura !

Leoc. Eso mismo suele decir mi papá.

Juan. ¿ Qué es lo que exige usted de mí ? ¿ En qué puedo servirla ? Mándeme usted : disponga usted de mi persona, de mi vida.

Leoc. Pues óigame usted. Don Lucio queria sacarme hoy de mi casa.

Juan. Señorita...

Leoc. Va usted á decir que es muy mal hecho; ya lo sé yo : vaya si lo sé; pero hágame usted cargo de la razon.

Juan. A ver.

Leoc. Mi padre ha aceptado ese maldito empleo, que no le hace falta, y se expone á una navegacion peligrosa, á la diferencia notable del clima, á las enfermedades de aquella tierra..... Yo le he hecho estas reflexiones; pero él..... empeñado en que he de ser millonaria, aunque arriesgue su vida. ¡ Mire usted para que necesitará millones una muchacha que vive á lo labriego ! ¿ Cómo le estorbo yo á mi padre que se marche á América ? Casándose en Madrid; porque como me quiere tanto, donde yo esté ha de vivir él. ¿ Y cómo me caso ? Moviendo un escandalillo que no tenga otra compostura; pues pensar que si don Lucio me pide, mi padre ha de concederle mi mano, eso es pensar en un imposible, porque parece que el Rey le ha dicho á mi padre que él me casará cuando lo crea oportuno. Con que ya ve usted.

Juan. Ya, ya. (*Aparte.*) La muchacha es encantadora.

Leoc. Hoy habia de haber venido Lucio por mí con un coche.

Juan. No he visto ninguno por estos cortornos.

Leoc. Ni yo. Solo vi una calesa; y le aseguro á usted que el tal carruaje casi casime ha quitado las ganas de dejarme robar.

Juan. Si, un robo en coche ya es mas decente.

Leoc. Mi padre ha tardado hoy en salir, y así no he podido salir yo hasta despues que ha salido él.

Juan. Es natural.

Leoc. Aquí entra mi pretension. ¿ Quiere usted acompañarme hasta un convento de la calle de Atocha, dejarme allí y buscar á don Lucio ?

Juan. Señorita.....

Leoc. Se lo estimaré á usted tanto....

Juan. (*Aparte.* ¿ Cómo resiste uno á... ?) Señorita, basta que usted... (*Aparte.*) Pero ¿ y mi sistema ?

Leoc. ¿ Qué piensa usted ?

Juan. (*Aparte.*) La obligacion del hombre es amparar á la mujer, y eso es lo que me dicta mi corazon; pero ¿ y si me cuesta caro ?

Leoc. ¿ A qué se decide usted ? Por Dios...

Juan. (*Aparte.*) Nada, nada; lo que debo hacer es todo lo contrario de lo que pienso.) Señorita... (*Ahucando la voz.*) ¿ Cómo se llama usted ?

Leoc. Leocadia Morales Valdeperal y Tomiza.

Juan. Señorita doña Leocadia Morales

stetera, ¿sabe usted que lo que me propone es un atentado contra las leyes divina y humana?

Leoc. Sí señor, es verdad; pero....

Juan. ¿Sabe usted que la obligación de una hija es hacer en todo y por todo la voluntad de su padre?

Leoc. ¿Qué duda tiene? Yo lo confieso.

Juan. ¿Sabe usted que no hay cosa mas sagrada que un padre capaz de sacrificar sus comodidades, su salud, su vida acaso, por el bienestar de su hija?

Leoc. ¿No le he de saber? Si yo propia....

Juan. ¡Y usted ahora, sin reparo, sin remordimiento ninguno, proyecta hacer á ese padre amoroso una ofensa tan grave! ¿Qué pensará cuando vuelva y no la encuentre á usted en casa?

Leoc. ¡Ay Jesus! no me lo recuerde usted.

Juan. ¿Qué dirá cuando sepa que ha budo usted con un pisaverde, indigno de merecer ese ingénuo corazón, ese tesoro de gracias y de hermosura?

Leoc. ¡Oh! no me adule usted para refirme.

Juan. ¡Teme usted que la vida de su buen padre peligre en América! ¿Y el sentimiento que ahora le va usted á dar? ¿no basta para acabar con sus días?

Leoc. ¡Qué horror!

Juan. ¿Y por qué es todo? ¿Por que la violencia de una pasión irresistible la arrastra á usted á cometer ese crimen? Ni aun esa disculpa tiene usted. Usted no ama verdaderamente á don Lucio; usted no puede ni debe amarle. Y entonces ¿qué espera usted de un vínculo que la honestidad reprueba y que el amor no justifica?

Leoc. ¡Ah! perdon, perdon: no añada usted mas. Dios le ha enviado á usted para librarme de mi pérdida; usted es mi santo tutelar, usted es sin duda mi ángel custodio.

Juan. (*Aparte.*) ¡Vaya un angelito!

Leoc. Ahora conozco que soy una loca, una hija ingrata. Yo repararé mis desaciertos, yo renunciaré á ese imprudente capricho que deslumbraba mi razón. Perdóneme usted en nombre del cielo y de mi padre. (*Se arroja.*)

Juan. No obtendrá usted mi perdon si al momento no se vuelve á su casa.

Leoc. Bien, sí señor, me volveré: lo que usted quiera, como usted quiera.

Juan. Alce usted, vames.

Leoc. Pero no le diga usted nada á mi padre.

Juan. Eso, señorita....

Leoc. ¡Ay! aquí viene: yo me escapo antes que me vea. Por Dios no le diga usted nada, no me pierda usted. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON VENANCIO, JUAN.

Ven. (*Aparte.* ¡Mi hija fuera de casa, y hablando con un desconocido!) Hidalgo, palabra.

Juan. ¿Qué se le ofrece á usted?

Ven. Aquella niña que va hácia allí corriendo, es rama de este tronco.

Juan. ¡Hombre! ¿tronco es usted?

Ven. Quiero decir que es mi hija.

Juan. ¡Ah! Muchas con salud.

Ven. Han estado ustedes hablando..

Juan. Largo y tendido, sí, señor.

Ven. ¿Qué asuntos tienen ustedes que ventilar?

Juan. (*Aparte.* La otra me ha dicho que calle, y es lo que debería hacer; por lo mismo no lo hago.) ¿Qué asuntos, eh? Asuntos que le tocan á usted bien de cerca, asuntos de honra.

Ven. Esos se deben tratar con el padre, no con la hija.

Juan. Ya; pero cuando el padre no cumple con su obligación...

Ven. ¿Cómo que no cumplo con ella? Mi huerta es la mejor cuidada de la provincia, mis verduras y mis plantíos son la envidia de todos.

Juan. Sí señor: pero mientras usted se embebece plantando brécoles y sembrando pepinos, no sabe lo que ocurre en su casa.

Ven. ¿No sé lo que ocurre? Explíquese usted.

Juan. Su hija de usted está enamorada.

Ven. ¿Sin aguardar el real permiso?

Juan. A la cuenta no será necesario para querer.

Ven. Pero si es una flor todavía en capullo, una mocosilla que hace seis meses jugaba con las muñecas.

Juan. Ya es con muñecos.

Ven. ¿Y quién es el que la levanta de cascos?

Juan. El muñeco que la levanta de cascos es un tal don Lucio Quiñones: ¿le conoce usted?

Ven. Ni en rama ni en grano.

Juan. Aunque le conociera usted en polvo, nada perdíamos. Pues, señor, como su hija de usted se había encaprichado de ese dou-

cel, le hacía muy poca gracia el irse con usted hasta el otro mundo.

Ven. Por eso sería el oponer tantas objeciones al viaje.

Juan. Cabalito. Y viendo que usted las desechaba, ¿sabe usted lo que habían determinado los dos amantes?

Ven. Acabe usted, que tiemblo como la hoja en el árbol.

Juan. Pues no era mas que trasponer el chico á la chica y acudir al Vicario.

Ven. ¿Trasponería? Es decir, trasplantarla: es decir, un rapto.

Juan. Yo lo he impedido.

Ven. ¿Usted?

Juan. Yo, sí señor: he sabido el lance por una casualidad, he echado un buen sermón á Leocadia, y la he puesto mas blanda que un guante.

Ven. Eso de ponerla blanda corre de mi cuenta. ¡Infame! ¡atrevida! La he de empezar como el cáñamo, la he de enterrar como la escarola, le he de quitar á golpes la vida.

Juan. Lo que es una buena felpa, merecida se la tiene.

Ven. ¿Cómo? ¿Usted aprueba que maltrate á mi hija? ¿Qué sospecha! ¿Será usted otro amante suyo, zeloso del otro?

Juan. (*Aparte.* Sin querer, la he salvado de una tollina.) Y bien: ¿y qué? ¿tendría algo de particular?

Ven. Tendría y mucho. ¿Es usted digno de ingertarse en mi casta?

Juan. (*Con graciosa petulancia.*) No señor.

Ven. A lo menos es usted franco. — ¿Es usted noble?

Juan. No conozco á mis padres.

Ven. ¿Tiene usted bienes?

Juan. Treinta dias al mes, ropa puerca y bolsa limpia.

Ven. ¿Y con esas cualidades se atreve usted á poner los ojos en mi hija?

Juan. ¿Y porqué no? Querer por querer, un pordosero puede adorar á una princesa. Yo hasta ahora no he dicho palabra á su hija de usted.

Ven. ¿No? ¡Y me lo dice usted primero á mi! Hombre, no puedo menos de confesar que así proceden las personas de honor y de juicio: y esto me previene mucho en favor de usted.

Juan. ¡Qué! si ustedes se van mañana de este país, y yo me quedo. A muertos y á vivos....

Ven. Cierto: de un amor semejante, ¿quién puede ofenderse? Amigo mio, su in-

genuidad de usted me ha interesado misimo, y la extrañeta de su conversacion mitigado la ira que me inspiró la temeridad de Leocadia. Usted con un poco de cul con algo de poda, sería un árbol de provecho. ¿Gusta usted de decirme su nombre?

Juan. Juan de las Viñas.

Ven. Me gusta el apellido por consecuencias. ¿Con quién se trata usted en Madrid?

Juan. Don Gorgonio, el que vive: me conoce.

Ven. ¿Quiere usted hacerme el favor de pasar á mi huerta y aguardarme al momento?

Juan. No tengo inconveniente.

Ven. Pues hasta luego.

Juan. Hasta despues. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON VENANCIO.

(*Llamando en casa de don Gorgonio.*) Señor vecino.—Vaya con la muchacha, de vicio va echando! En descuidándose las hijas, al momento se le plagan á un pulgon. Ya se ve, el mismo encierro es ha vivido, la falta de madre, su propia cillez, su atolondramiento... Hija de ¡ al fin.

ESCENA VIII.

DON GORGONIO, DON VENANCIO

Gorg. (*Al balcon.*) ¿Era usted, don Venancio?

Ven. ¿Me permitirá usted que le haga una pregunta?

Gorg. Con muchísimo gusto: bajo el nombre. (*Quitase del balcon.*)

Ven. El Rey me dijo ayer que le diese una gracia por despedida: eso me ha salvado la honra: voy á hacer caca en él para tantear su fondo; y si sale bueno, he de pedir á su majestad le conceda un destino.

Gorg. (*Salendo.*) ¿Qué me tiene que mandar?

Ven. Acabo de hacer conocimiento con un jóven muy extravagante, una especie camués silvestre....

Gorg. Por las señas no puede ser que Juan de las Viñas.

Ven. Justo: me ha dado cuenta de ronda á mi chica un tal don Lucio; y confesado que él la quiere tambien; y le petado tanto el diantre del mozo, que

ted me da buenos informes de él, no me jongo en camino hasta sacarle un empleo en América.

Gorg. ¿Trata usted de llevarle a América? (*Aparte.* ¿Qué mas pudiera yo desear?) Señor don Venancio, Juanito es un mozo de provecho, honrado, fiel, incapaz de hacer una trampa, incapaz de ensuciarse las manos con tizne de moneda. Envíele usted á Indias, envíele usted.

Ven. Pero su familia....

Gorg. Excelente, me consta.

Ven. ¿Sí? Pues está usted mas adelantado que él mismo. Diga usted, diga usted.

Gorg. (*Aparte.* Maldita imprudencia!) Quise decir que me parecia.... Hay probabilidades... pero faltan las pruebas. ¿Y qué le hace la familia pará la persona? El muchacho es bueno: sáquele usted de España, envíeme usted: aquí hay viñas de sobra y en América no.

Ven. Quería yo conocer á fondo su cepa.

Gorg. (*Aparte.* ¿Qué demonio!) Acaso le podrá dar á usted noticias el mercader don Roque Ruiz.

Ven. ¿Don Roque? No necesito mas: gracias por todo.

Gorg. No hay de qué... (*Pase don Venancio.*) Las noticias que adquiere de don Roque, serán harto vagas; pero no hallando otras, habrá de contentarse con ellas. Lo que es yo, libre está que declare mas. ¡Guarda!

ESCENA IX.

DON LUCIO, DON GORGONIO.

Lucio. (*Aparte.* Los caleteros se niegan á servirme de balde, y la hora ha pasado: que salga Leocadia y nos iremos á pié.) Buen viejo, ¿ha visto usted pasar por aquí á mi hermosa vecina?

Gorg. ¿Doña Leocadia? Sí, ha salido y se ha vuelto.

Lucio. ¿Carambita! ¿Salió sola?

Gorg. Sola salió; pero aquí encontré compañía.

Lucio. ¿Compañía? ¿Quién?

Gorg. Un jóven.

Lucio. ¿Un jóven? Y por casualidad, ¿sabe usted...? ¿Les oyó usted algo?

Gorg. No; pero presumo cuál sería el objeto de la conversacion.

Lucio. ¿Me importaría tanto...!

Gorg. ¿Es usted por ventura el don Lucio que pretende á Leocadia?

Lucio. Silencio, que va usted á perderme.

Gorg. No, eso ya está hecho; nada tiene usted ya que perder.

Lucio. ¿Pues cómo?

Gorg. El jóven que habló aquí á doña Leocadia, que es un tal Juan de las Viñas, hijo presunto de Bárbara Robles, vecina de Cuenca....

Lucio. Sí, bien: ¿qué?

Gorg. Ese ha descubierto su amor de usted, y ha dado parte á don Venancio.

Lucio. ¿Cielos!

Gorg. Ese quiere tambien á Leocadia.

Lucio. ¿Es posible?

Gorg. Don Venancio lo sabe, y supongo que aprobará su amor cuando trata de emplearle en América, adonde él se va.

Lucio. ¿Con que mi rival se interpona entre mi idolo y yo, y se alza con la proteccion del papá? ¡Carambita, caramba! Es menester que uno de los dos deje de existir.

Gorg. Nada perdería yo en que fuese él otro... Mírele usted por dónde viene.

Lucio. ¿Aquel? Ya le conozco, el de antes, el de sí señor y no señor, el que quería hacerme una chimenea en el occipucio. Me las ha de pagar.

Gorg. (*Aparte.*) Por sí ó por no, estaré á la mira. (*Pase á su casa, y quedase acechando detrás de la puerta, que entrará una á otra vez durante la escena siguiente.*)

ESCENA X.

JUAN, DON LUCIO; DON GORGONIO, DENTRO.

Juan. (*Sin ver á don Lucio.*) Vaya que el don Venancio me ha dejado confuso. Que recoja mis papeles y todo lo que me pertenezca. Pues, señor, iré primeramente á San Blas, á ver si me da luces Cosme Candiles.

Lucio. Señor don Juan de las Viñas...

Juan. Señor don Lucio Quiñones...

Lucio. Ya lo sé todo.

Juan. ¿Dichoso usted que nada tiene ya que aprender!

Lucio. Usted ha estorbado la fuga de Leocadia, porque es mi rival.

Juan. ¿Eh?

Lucio. Sí señor, porque usted la quiere.

Juan. Santo varon, desengáñese usted... (*Aparte.*) Pero, ¿qué iba á decirle? Todo al revés.

Lucio. ¿De qué me he de desengañar? Vamos.

Juan. De que Leocadia no es para usted.

Lucio. ¡Oh! no confíe usted en el favor del padre, no crea que porque él le agencie á usted un empleo en América...

Juan. ¿Empleo en América? Ahora comprendo : esto es lo que me quería dar á entender con tantos circunloquios.

Lucio. ¿Con que aun no lo sabia usted?

Juan. No, amigo don Lucio; á usted debo tan agradable noticia.

Lucio. ¡Y soy yo quien se la participa! — Señor don Juan, yo necesito desahogar mi bilis : yo necesito hacerle á usted algun daño en trueque del que me hace. Yo no soy quimerista; pero estoy furioso, rabioso, reventando de odio y mala voluntad. Si usted no mide conmigo su espada, es un hombre sin honor.

Juan. Oiga usted.

Lucio. Un vil cobarde, un gallina.

Juan. Oiga usted, seor abate renegado, véngase detrás de aquellas tapias, y verá quien soy. (*Vase.*)

Lucio. Al momento voy, al momento. ¡Carambita con el abridor de chimeneas! Pero Leocadia sale por allí sola : aprovechemos la ocasion. (*Va á recibirla.*)

Gorg. (*Saliendo de su casa.*) ¡Un desafío! Esto es mejor que el viaje de América para librarme del Juanito dichoso. Avísenos al alcalde de las afueras. (*Vase.*)

ESCENA XI.

LEOCADIA, DON LUCIO.

Lucio. Leocadia mia, sígueme : aun es tiempo.

Leoc. Ya no lo es : mira hácia aquella puerta.

Lucio. ¡Carambita! ¿Es tu padre el que está allí medio asomado?

Leoc. Él es, y de su parte vengo á hablar contigo.

Lucio. ¡Carambola! ¿Y por qué? ¿y para qué?

Leoc. Para pedirte buenamente que renunciés á mi cariño : solo á este precio me perdona mi padre.

Lucio. Falsa, no es verdad eso : ya sé la verdad : tu nuevo amante acaba de confesármelo.

Leoc. ¿Cuál nuevo amante?

Lucio. Ese Juan de las Viñas, que ha trastornado mis planes para afirmar los suyos.

Leoc. ¡Calla! ¿Con que todo lo que me dijo fué por estar enamorado de mi?

Lucio. ¿Luego no lo sabias?

Leoc. Si hasta ahora no se me ha declarado.

Lucio. ¡Y soy yo quien le sirve de intérprete!

Leoc. ¡Qué disimulado! ¡qué astuto! Mira, Lucio mio, no te enfades; pero francamente, ese Juan de las Viñas sabe mas que tú.

Lucio. Eso es, alábase en mis barbas.

Leoc. Y lo que es de persona...

Lucio. ¡Carambita, carambola, caramba!

Leoc. Con que si llego á quererle, no podrás decir que te he dado un sucesor indigno. Adios, y consuélate con ese recuerdo que te envia mi padre. (*Le da una cartita y vase.*)

Lucio. Un recuerdo... ¡una cartita! (*La abre.*) Libranzas contra don Roque Ruiz. ¡Librancitas á mí, y en tal circunstancia! Las haré mas añicos... No, no; las haré añicos don Roque, si quiere, despues que yo las haya cobrado.

ESCENA XII.

JUÁN, POR UN LADO; DON GORGONIO, EL ALCALDE DE LAS AFUERAS Y ALGUACILS POR OTRO; DON LUCIO.

Juan. Señor don Lucio...

Gorg. (*Aparte al alcalde.*) Aquel es el retador, aquel es el verdadero culpable. (*Señalando á Juan.*)

Alc. Estad á la vista, corchetes.

Lucio. Señor mio... (*Aparte.*) Este pagará por las libranzas.

Juan. Vengo á buscar á usted.

Gorg. (*Bajo al alcalde.*) Ya oye usted : él le busca.

Lucio. Señor mio, vamos allá. Aunque he estado á pique de ser abate como decia, nuestro desafío ha de ser á muerte, como decia...

Juan. Si usted decia eso, yo no lo oí, ¡yo no lo digo : no admito el duelo.

Gorg. (*Aparte.*) ¡Maldito seas!

Alc. (*Aparte á don Gorgonio.*) Hombre, esto no es lo que usted me dijo.

Lucio. ¿Con que usted no admite el duelo? (*Aparte.* Este es el momento de gallear.) Yo le he ofendido á usted, y estoy en ánimo de ofenderle verbal y manualmente, y cualquiera en su lugar...

Juan. Es que yo hago lo contrario de lo que haria cualquiera.

Lucio. Si usted no saca al punto la espada, le hago picadillo con esta. (*La saca.*)

Juan. En ese caso, porque usted no me pique... ya me pico yo. (*Saca la espada y las cruzan los dos.*)

Alc. (*Corriendo á ellos.*) Ténganse al Rey. Prendedlos, desarmadlos. (*Los alguaciles los desarman.*) Les hemos oído á ustedes.

Lucio. (*Aparte.*) ¡Buena la hice!

Juan. (*Aparte.*) ¡Acerté en negarme!

Alc. Señores, ustedes sabrán la severidad de las leyes contra el duelo, y si no lo saben, yo lo sé y basta. Usted (*á don Lucio*) que es el provocador, no merece miramiento ninguno: irá usted á la cárcel. Usted (*á Juan*) que ha resistido el duelo, podrá quedar bajo fianza en una casa segura.

Juan. En la del señor, por ejemplo. (*Por don Gorgonio.*)

Gorg. En la mía no, en la de don Venancio.

Lucio. (*Aparte.*) ¡Cielos! ¡con Leocadia!

Juan. (*Aparte.*) ¡Con Leocadia!

Alc. (*A un alguacil.*) Acompañe usted al señor á casa de don Venancio. (*A don Lucio.*) Y usted venga conmigo.

Lucio. ¡Carambita, carambola, caramba! (*Fansa.*)

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de don Venancio.

Dos puertas laterales y una ventana. Otra puerta en el fondo. Un biombo cubriendo un ángulo donde hay un tocador.

ESCENA PRIMERA.

DON VENANCIO, DON GORGONIO.

Gorg. Por estas razones me pareció que el muchacho estaría mejor en su casa de usted que en la mía.

Ven. Sí, sí: diga usted que los dedos se le antojan huéspedes, y no diga más. Usted debía hablarle porque le conoce mejor que yo.

Gorg. A usted le gusta y á mí me encorera.

Ven. Usted se queda aquí, y yo me voy mañana.

Gorg. ¿No me ha dicho usted que sería

capaz de suspender el viaje hasta sacarle á Juan un destino?

Ven. Ya se le he sacado, ya he visto al Rey. ¿Le parece á usted que si se forma causa sobre el duelo, me serviría de plato de gusto detenerme para custodiar á ese señorito

ESCENA II.

LEOCADIA, DICHO.

Leoc. Ya está corriente la habitación para el arrestado.

Ven. ¡Qué hacendosa andas tú hoy, por no hallarte á solas conmigo! ¿Creerá usted que se ha compuesto de modo que aun no he tenido ocasión de reñirla?

Leoc. ¿Qué hay que reñir? Si yo he delinquido, también he satisfecho. Usted prometió perdonarme si despedía á don Lucio: le despedí: estamos en paz.

Ven. Eso es: todavía habrá que darte dinero encima. — Señor don Gorgonio, yo ando de prisa, y con los preparativos del viaje y con el huésped, tengo toda la gente ocupada. ¿Quisiera usted llegar á la tienda de don Roque Ruiz y decirle que no se olvide de comunicarme las otras noticias que me ha ofrecido acerca de Juan?

Gorg. Con sumo gusto.

Ven. Y perdone usted la molestia.

Gorg. Adios, señores.

Ven. Abur.

Leoc. Mucho se entretiene por allá nuestro preso. ¡Ah! ya sale aquí.

ESCENA III.

JUAN, DON VENANCIO, LEOCADIA.

Leoc. ¿Qué le ha parecido á usted el cuarto? Lo he arreglado yo.

Juan. Está como de mano de usted. Pero ¡qué incomodidades he venido á causar! Ustedes están de marcha, y habrán tenido que deshacer los, desempaquetar trastos...

Leoc. Favor que nada cueste no es de estimar.

Juan. Señor don Venancio, ¿daré yo ocasión á que usted retarde su marcha?

Leoc. ¿Y qué importaría?

Ven. Si importaría algo; pero según discurro, no hay que temer. A estas horas suelen sus majestades bajar de paseo al convento de Atocha: irá y dará cuenta al Rey de ese desafío; y aunque ya hoy le he molestado con una petición, estoy seguro de que mandará poner á usted libre.

Leoc. Si, sí, papá: no se pierda el tiempo: corra usted.

Ven. Llevaré de camino un ramo de flores para la Reina, lo mejor de mi estufa; las voy á coger. (*Aparte á Juan.* Haga usted por desagrado á Leocadia, y se viene usted conmigo á las Indias.) Haz tú compañía al señor.

Leoc. Cuanto usted quiera, papá. (*Vase don Venancio.*)

ESCENA IV.

JUAN, LEOCADIA.

Leoc. ¿Gusta usted de que me sentemos?
Juan. Un preso está á la disposición de su alcalde.

Leoc. En efecto, el alcalde (ó la alcaldesa) ahora soy yo. En virtud, pues, de mis facultades... siéntese usted ahí.

Juan. Obedezco sin réplicas.

Leoc. ¿Se le hace á usted muy dura la cárcel?

Juan. (*Aparte.* El padre me propone que le disguste; con que debo progresar agradarle.) ¡Ay Leocadia hermosa! La que yo sentiré en que tan dulce cautiverio me dure siempre.

Leoc. ¿De veras?

Juan. ¿Duda usted de mí?

Leoc. Debería dudar, si señor: ¡es usted tan misterioso, tan reservado!

Juan. ¿Reservado yo? Por lo regular suelo decir cuanto me pasa al primero que llega.

Leoc. Pues, y al propio tiempo suele usted guardar con la persona mas interesada un silencio obstinado.

Juan. ¿Tiene usted alguna queja de mí?

Leoc. Si le parece á usted que no hay por qué...

Juan. (*Aparte.*) ¿Si se habrá persuadido también que la quiero?

Leoc. ¿Declararse con don Lucio, y no tener confianza conmigo?

Juan. (*Aparte.*) ¡Ciertos son los toros!

Leoc. Al delante se le ocurre elegir por confidente á su esposito. ¿Qué había de resultar? un lance, de fijo. Si hubiese habido muerte ó heridas, ¿quién hubiera tenido la culpa?

Juan. (*Con tono sentimental algo afectado.*) La desgracia que sin cesar me persigne.

Leoc. ¿Su desgracia de usted? Pues cierto que debe usted quejarse. Sin haber dicho esta boca es mía, se halla usted instalado

en casa, con honores de favorito del padre y de predicador de la hija: ya es avaricia pretender mas.

Juan. (*Aparte.* A una indirecta de esta especie debía uno echarse á sus piés y declararle su amor: yo todo al contrario.) Señorita, (*Levantándose.*) las quejas de usted, que serian capaces de sacar de sus casillas á un anacoreta, me ponen en un extraño conflicto. Yo, señorita, soy un hombre particular, singular, exótico, (como diria don Venancio); soy un hombre que siente en el corazón ciertos arranques centripetos, y luego en la cabeza ciertos sacudimientos centrifugos: hombre sistemático, problemático, tal vez lunático: hombre cuya razon y cuyos afectos andan tornapuntados, y entre sus afectos y su razon, entre la inclinacion impulsiva y la voluntad repelente... no sabe como demonios salir de la trapisonda en que se ha metido.

Leoc. Habla usted que da envidia oírle; pero... ¿qué quiere usted decir?

Juan. Señora, lo que digo es que entre su padre de usted por un lado, y usted por otro lado, y don Lucio por otro lado, y yo por otro, que son los cuatro costados de mi posicion, estoy aquí preso con muchísimo gusto... digo, contra mi santísimo gusto... me alegro, y lo siento... y... Cada vez me voy embrollando mas.

Leoc. Ya varia eso algo de lo que decía usted antes. Al principio afirmé usted que se alegraba infinito de hallarse preso, y ahora veo que en parte se alegra y en parte lo siente. Pues lo que es yo, le prometo hacer que la prision dure todo lo posible: si á usted le agrada, para complacerle; y si no, para castigarle de sus errores.

Juan. ¡Oh! eso será lo que tasé un sastrero. Si se me antoja salir, ¿quién me detiene?

Leoc. Amiguito, en nombre de su majestad ha sido usted preso: la obligacion de un buen vasallo es respetar la justicia del Rey.

Juan. Es que yo...

Leoc. Y la obligacion de un arrestado es no comprometer á su fiador.

Juan. Eso basta para que haga yo todo lo contrario.

Leoc. ¿Tratará usted de fugarse?

Juan. Andadito.

Leoc. Cerrará las puertas. (*Vase á cerrarlas.*)

Juan. Brincaré por la ventana.

Leoc. No salte usted, no, que se hará mucho daño. ¡Ah!

(*Salta Juan por la ventana.*)

ESCENA V.

DON VENANCIO, LEOCADIA.

Ven. ¿Por qué chillas?

Leoc. ¡Ay papá! ¡qué picardía tan grande! ¡qué insulto! Enfádese usted. Consiéleme usted.

Ven. ¿De qué? ¿Por qué? ¿Ha entrado algún rebaño en la huerta?

Leoc. No señor, no ha habido entrada sino salida: el arrestado se ha ido de casa sin hacerme caso.

Ven. ¿Juan de las Viñas?

Leoc. Juan de las Viñas, sí señor, que se ha portado como un Juan Portal.

Ven. ¡Lindo! Si el Rey nó le indulta, vienen á tomarle declaracion: no podré presentarle, y me verá en un descubierto con la justicia.

Leoc. Sí señor: á eso nos expone.

Ven. ¡Voto á la cebolla del azafran! ¡Y yo que no estaba lejos de aclimatar á ese corneño en mi casa!

Leoc. ¡Y yo que he estado bien cerca de decirle que le quería!

Ven. ¿Eso ibas á hacer, cabeza de chorlito?

Leoc. Como me habian asegurado que él me quería á mí...

Ven. ¿Quién te lo ha contado?

Leoc. Don Lucio.

Ven. ¿Y de quién lo sabia don Lucio?

Leoc. De quien no podía equivocarse, de Juan.

Ven. Juan me juró á mí que en su vida te habia dicho palabra.

Leoc. Eso es verdad: ni aun ahora se ha explicado tampoco.

Ven. ¿No? (*Aparte.* Ya lo entiendo: como le mandé que la disgustase, ha huido para desahuciarla.) Pues, hija mía, cuando un mozo de las prendas del señor don Juan de las Viñas, ha sido capaz de abandonar la casa de su fiador, sus razones le habrán asistido: respetémoslas.

Leoc. ¡Con que usted ya le disculpa!

Ven. No me pregunte usted, no sonsaque usted á su padre.

Leoc. ¡Ah! ya lo entiendo yo tambien. Usted le habrá exigido palabra de callarme su amor; y el pobrecillo, por no faltar á su promesa, y temiendo caer en la tentacion, ha recurrido al ingenioso arbitrio de la fuga.

Ven. (*Aparte.*) ¡Qué penetracion de chica! Toda ha salido á mí.

Leoc. ¿Quién no ha de admirar un sacri-

ficio tan grande? ¿quién no ha de querer á un jóven tan virtuoso?

Ven. Niña, niña, usted sabe cuántas veces el Rey ha prometido casarla. Usted no debe querer sino á quien mande el Rey.

Leoc. Yo le rogaré que me mande querer á Juan.

Ven. Tú mereces otra cosa mejor.

Leoc. Esa es vanidad de padre. Usted ha confesado que pensaba instalar en casa á mi prófugo.

Ven. Sí, pero ¿por qué? Porque como él te quería, y yo pensaba que tú á él no, ninguno mejor para espantajo, digo, para vigilante tuyo y de tus pretendientes.

Leoc. Por no hacer de espantajo, se habrá espantado él.

ESCENA VI.

EL ALCALDE, DICHOS.

Alc. Señores, señores, ¡gran novedad!

Ven. ¿Lo dice usted por la escapatoria del preso?

Alc. Tranquílcese usted: don Juan se ha encontrado conmigo al salir, y que quieras que no, le he hecho volver.

Leoc. ¡Ah!

Ven. ¡Hola!

Alc. Leyendo queda un pliego que le ha traído un dependiente de la Real Casa.

Ven. (*Aparte.*) Su nombramiento.

Alc. La novedad que vengo á anunciarles á ustedes, es que don Lucio se halla ya libre.

Ven. ¿Don Lucio libre?

Leoc. Pues entonces Juan...

Alc. Queda libre tambien, por supuesto. Es lo único que le he dicho de cuanto pasa.

Leoc. Pero ¿qué pasa?

Alc. Que al entrar yo en Madrid con don Lucio y los alguaciles, tropezamos con sus majestades que paseando á pié, venian á Atocha.

Ven. En efecto, nada tenia de particular.

Alc. Don Lucio atropella á su escolta, corre y se echa á los piés del Rey pidiéndole indulto. «¿Qué has hecho?» preguntó su majestad entre bondadoso y rígido. — «Señor, es un desafío; no ha habido sangre; apenas hemos llegado á cruzar las espadas: el alcalde lo puede decir.» — Yo declaró que era verdad. — «¿Y quién es el...?» — «El que ha reñido contigo», quería decir el Rey; pero la Reina le interrumpió diciendo

con gracia: « No preguntes quién es él, sino quién es ella. »

Ven. ¡ Hola ! ¿ Con que la Reina... ?

Alc. Al momento adiviné que había dama por medio.

Leoc. ¿ Y qué les respondió don Lucio ?

Alc. ¿ Qué había de responder ? que el duelo había provenido de tener celos él de un galán mas afortunado, y que la dama era doña Leocadia Morales.

Ven. ¡ Pues ! ya saben los Reyes tus devaneos. ¡ Buen escándalo das !

Alc. « ¿ Leocadia ? » exclamó el Rey, « ya la conozco: es una muchacha muy linda. »

Ven. (Con enfado.) Favór de su majestad.

Alc. « Una niña muy loca », añadió la Reina.

Leoc. Favor de su majestad.

Alc. Con esto el Rey alargó benignamente la mano á don Lucio, pronunciando el: « Yo te perdono. »

Ven. ¡ Qué Rey tan bueno !

Alc. Y volviéndose á mí, me dijo: « Cuéntale á Morales el lance; adviértela que se divulgará al momento, porque nos han oído mas de treinta personas; y aconsejale en mi nombre qué trató de que su hija se case al punto con el que ella prefiere. »

Leoc. ¡ Qué Rey tan bueno !

Alc. Con que le cuento á usted el lance, le advierto que se divulgará al momento, porque lo han oído mas de treinta personas, y le aconsejo en nombre de su majestad que trate usted de que la niña se case con el que ella prefiere.

Ven. Pero, señor, si me voy de Madrid mañana.

Leoc. ¿ Si querrá su majestad que me case hoy ?

Alc. Su majestad me anunció por último que enviaria desde Atocha sus órdenes.

Leoc. ¡ Ay papá ! mire usted: un caballero de su majestad.

ESCENA VII.

UN CABALLERIZO DE SU MAJESTAD, DICHOS.

Cab. El señor don Venancio Morales.

Ven. Caballero caballero, yo soy.

Cab. Su majestad me manda prevenir á usted que habiendo consultado con el señor arzobispo, que estaba en Atocha, su excelencia dispensa las amonestaciones: y esperan á usted, á su hija y al novio para desposarlos dentro de media hora.

Ven. ¡ Dentro de media hora !

Cab. El señor alcaide será el padrino. Tal es la orden de su majestad. (Vase.)

ESCENA VIII.

DON VENANCIO, LEOCADIA, EL ALCALDE; LUEGO CRIADOS Y CRIADAS.

Leoc. ¡ Dios mío ! ¡ yo novia de mi orden !

Alc. ¡ Yo padrino !

Ven. ¡ Yo suegro !

Leoc. Su majestad lo manda: no hay mas que obedecer.

Alc. No hay mas que obedecer.

Ven. No habrá otro recurso.

Leoc. (Llegándose á una puerta.) Juan, Manuela, Martina.

Ven. (Llegándose á otra puerta.) Andrés, Tomás.

Alc. (Acercándose á la ventana.) Cabe de randa, que le dé á usted mi ama de gobierno el vestido de gala. Corra usted; que es casa del real servicio. (Salen por distintas puertas tres criadas y dos criados.)

Criados. ¿ Manda usted, señor ?

Criadas. ¿ Manda usted, señorita ?

Ven. La casaca de corte, la peluca de sacatrapos: pronto. (Vanse los criados.)

Leoc. Que abran, que descerrajen los cerros: traedme el jubon, la basquiña y la mantilla del Corpus. (Vanse las criadas.)

Alc. Aquella bendita mujer no va á saber donde están las hebillas. (Vase.)

Ven. ¡ Media hora para escoger un yerno !

Leoc. ¡ Media hora para peinarse y vestirse ! ¡ imposible !

Ven. Y no hay que darle vueltas: su majestad quiere que case á la chica con el que ella prefiere.

Leoc. Papá, ahora que me acuerdo: ¿ quién he de preferir yo ? No venga usted luego diciendo que no me he casado á su gusto: decídalo usted.

ESCENA IX.

JUAN, DON VENANCIO, LEOCADIA.

Juan. Leocadia, ya ve usted que no me he escapado muy lejos. — Señor don Venancio, acabo de recibir una real orden.

Ven. Yo otra.

Leoc. Yo puedo decir que otra tambien.

Juan. La mia es un nomenclato.

Leoc. La mía es una facultad de con-
brar.

Juan. A usted (*por don Venancio*) debo
sin duda que cambie mi suerte con una no-
vedad tan feliz.

Ven. Hay mas novedades.

Leoc. El Rey está en Atocha.

Ven. Y la Reina tambien.

Leoc. Y el arzobispo tambien.

Ven. Y tendremos que ir nosotros tam-
bien.

Leoc. Pues, tambien nosotros. El pri-
mero mi papá.

Ven. Pues, con la novia.

Leoc. Y con el novio.

Ven. Y el padrino, que ha ido á buscar
las hebillas.

Juan. Señores, ¿qué jerigonza es esta?

Leoc. Si es lo mas claro del mundo. Mire
usted: don Lucio le ha dicho al Rey que no
ha corrido sangre.

Ven. El Rey le ha dicho á don Lucio que
¿quién era él?

Leoc. La Reina le ha preguntado qué
¿quién era ella?

Ven. Luego ha venido el alcalde.

Leoc. Luego el caballero: y ya no hay
amonestaciones, y hay indulto, y un conse-
jo y una órden.... y se divulgará el lan-
ce.... y dentro de media hora.... ya verá
usted.

Juan. Lo que es hasta ahora estoy á
degas.

ESCENA X.

DOS CRIADOS Y DOS CRIADAS, TRAYENDO
PRENDAS DE VESTIR; DICHOS.

Criado. Señor amo, aquí está la ropa.

Criada. Señorita, cuando usted quiera.

Leoc. Hablen ustedes; que detrás del
bombo bien puedo oírlos. (*Ella y las dos
criadas se colocan detrás del bombo.*)

Ven. Señor don Juan de mi vida, voy á
explicar á usted la rara situacion en que
usted me encuentra, embrollado con una
boda que ha de sembrarse, nacer, crecer y
madurar en un periquete. ¿Me permite usted
que en su presen-
cia me vista?

Juan. Es usted muy dueño. (*Don Ve-
nancio se muda de peluca, chupa y ca-
saca.*)

Leoc. (*Detrás del bombo.*) Papá, repito
que disponga usted libremente; pero préstele
un traje á Juanito por sí ó por no.

Ven. Sí, ya entiendo. Vé á buscarlo, To-
más. (*Vase el criado.*) Amigo don Juan de
las Viñas, su majestad para atajar las mur-

muraciones que ha de producir el desafío de
don Lucio y usted, quiere que Leocadia se
case al instante.

Juan. ¡Cielos! ¿Con quién?

Leoc. (*Detrás del bombo.*) Con el que
yo prefiera: tal es la augusta voluntad de la
Real Persona.

Ven. Me hallo, pues, en el caso de con-
ferenciar con usted gravemente sobre el par-
ticular.

Un Criado. (*Volviendo con un ves-
tido.*) Aquí está la ropa, señor don Juan.

Juan. ¿Y me he de encajar yo eso?

Leoc. (*Detrás del bombo.*) Haga usted
lo que se le mande.

Juan. Veamos en qué pára esta funcion.
(*Se quita su ropa.*)

Ven. Por fortuna parece que á Leocadia
no se le habia arraigado mucho la aficion al
caballero Quiñones.

Leoc. (*Detrás del bombo.*) ¿Qué pesadez!
Corre pronto esa jareta, Martina.

Juan. ¡Oh! El sermon que yo le eché esta
mañana era capaz de ablandar á un risco.

Ven. Usted por su parte me confesó que
estaba prendado de la chica: usted hizo
igual declaracion á don Lucio: don Lucio se
lo contó á Leocadia: Leocadia lo sabe....

Juan. (*Enajenado.*) ¡Ah! Y yo sé tam-
bien cómo debo aprovechar tan feliz coyun-
tura. (*Acercándose al bombo.*) ¡Leocadia,
Leocadia hermosa! y bien... si sabe usted
eso, ¿qué es lo que usted me dice?

Leoc. (*Detrás del bombo.*) ¿Yo?... Vis-
tase usted.

Juan. ¡Dios mio! ¡qué dicha! Yo dudo si
lo entiendo, yo dudo si me equivooco. Señor
don Venancio, á usted acudo para....

Ven. Hombre, vistase usted.

Una Criada. (*Detrás del bombo.*) Se-
ñor amo, la señorita está mirando á don
Juan por un agujero, y no se deja aviar.
¡Ay!

Ven. ¿Qué ha sido eso?

Criada. (*Detrás del bombo.*) Un pe-
lizco atroz.

Juan. (*Junto al bombo.*) Leocadia, vida
mía, perdone usted mi turbacion, mi sor-
presa....

Ven. Que se pone usted la chupa al
revés.

Juan. ¿Quién piensa en la chupa ahora
que...?

Ven. Ahora que se trata de casaca: es
verdad.

Juan. Un sueño creo que es lo que me está
pasando; pero; qué sueño tan delicioso! Ya
por fin descubro los afectos de mi corazon,

por fin me conozco. Sí, Leocadia mía, desde el momento que la he visto á usted, la he amado: mi amor, sin sospecharlo yo, me ha hecho por instinto impedir la fuga de usted, hablar con su padre, deslumbrar á mi rival y dejarme conducir á esta casa. Leocadia, Leocadia mía, yo no la merezco á usted: yo no merezco ni alzar los ojos á mirarla. Desde aquí (*arrodillándose junto al biombo*) la adoro á usted postrado, porque en su presencia no tendria valor para estampar mis labios en esa mano hermosa, prenda de mi ventura.

Leoc. (Sacando la mano por un agujero del biombo.) Tómela usted sin verme. (*Juan la besa repetidas veces.*)

Ven. Basta, basta, hombre: avíese usted; no se impacienten sus majestades.

Juan. ¡Justo cielo! ¡Yo sin bienes, sin padres, sin ser conocido de ustedes, yo yerno de usted!

Ven. Media una órden del Rey, el cariño de una hija mimada, la poca aprension de un padre, y un viaje á Indias donde todo el mundo hace papel.

Juan. ¡Qué injusticia tan grande hacia yo al saber de la Providencia! Figúrese usted que amostazado de que mi honradex solo me atraía desgracias, me habia propuesto el absurdo sistema de hacer todo lo contrario de lo que me dictase mi corazon.

Ven. Yerno mio, usted (sin vanidad) es un poco simple; y como su corazon, aunque honrado, no le dictaria mas que imprudencias; el modo de acertar y proceder con cordura, era practicar todo lo contrario. Hay honradeces muy estúpidas, amigo Juan.

Juan. ¡Calle! Pues bueno sería que tuviese usted razon. Recapitulemos. El primer acto de mi sistema fué abandonar á la que yo tenia por madre, que andaba triste y despegada conmigo.

Ven. Si usted estorbaba, hizo bien en quitarse del medio.

Juan. Luego Leocadia me pidió su amparo, y se le negué.

Leoc. (Detrás del biombo.) Hizo usted bien, porque de lo contrario hago yo un disparate.

Juan. Luego le emboqué á usted el cuento del galanteo de don Lucio.

Ven. Hizo usted bien, porque peligraba mi honra.

Juan. Luego dije á don Lucio que yo amaba á Leocadia.

Ven. Hizo usted bien, porque así se le desahuciaba y nos librábamos de él.

Leoc. (Detrás del biombo.) Hizo bien, si dijo verdad.

Juan. Sí que la dije, sino que au habia caído en ello. Pero ¿y el habe husado un desafío?

Ven. Fué muy bien hecho, porq duelo es un crimen.

Juan. ¿Y el haber querido quebr el arresto?

Ven. Entonces he conocido yo to delicadeza de usted.

Leoc. (Detrás del biombo.) Y yo.

Juan. Resulta que sin saberlo portado como un Salomon. ¡Viva m tuna! ¡viva mi sistema! Pero no: r para siempre: desde ahora lo abando declaro que ya no rige.

Ven. ¿Por qué?

Juan. ¿No lo adivina usted? Por que ahora me dicta mi corazon y es cuto, es aceptar con entusiasmo es lace; y segun mi sistema lo deberia sar.

Ven. ¡Toma! es que el rehusarlo una necedad tan grande como lo hul sido las que usted ha evitado: este c entra en regla comun.

ESCENA XI.

DON GORGONIO, CON UNA CARTA E MANO; DICHOS.

Gorg. Santas y buenas tardes, sei
Ven. Felices.

Juan. Felicísimas.

Gorg. Señor don Venancio, don l acababa de salir de su tienda; pero dejado para usted esta carta, por le se la traigo á usted.

Ven. Désela usted á don Juan, qu le pertenece.

Juan. ¿A mí? ¿Y qué viene esto?

Ven. Tal vez halle usted ahí m acerca de su familia.

Juan. ¿De mi familia? En entran en la de usted, lo demás.... (*Ab carta.*)

Leoc. (Saliendo de detrás del bioricamente vestida.) ¿De la familia de nito se trata?

Juan. ¡Ah! ¡qué hermosa está ust

Ven. Veamos, veamos.

Juan. (Lee.) « Señor don Venancó rales Valdeperal: Muy señor mio...
Leocadia. Es que parece usted un fin... (*Lee.*) « No pudiendo, como

previene á usted, ilustrarle mas en órden á los padres de Juan de las Viñas... »

Gorg. (Aparte.) Ya sabia yo que seria bien poco.

Juan. (A Leocadia.) El pico del peto está torcido. *(Lee.)* « Mandé llamar, segun quedamos, á Cosme Candiles, el santero del San Blas... »

Gorg. (Aparte.) ¡Maldita ocurrencia! ¿Qué habrá dicho ese diablo?

Juan. (Lee.) « Y suyos son los datos que á usted comunico. » *(A Leocadia.)* En el hombro tiene usted cogido el encaje con el escote.

Ven. Hombre, usted se emboha contemplando á la chica, y á cada renglon hace una pausa. Dé usted aquí. *(Quítale el papel.)*

Leoc. Lea usted pronto; que hay mucho que hacer.

Ven. (Lee.) « Candiles... de San Blas... El susodicho Candiles declara que llevó á Madrid á Cuenca á Juan de las Viñas de edad de tres meses, y le puso en manos de Bárbara Robles por encargo de una persona desconocida. »

Gorg. (Aparte.) Bien.

Juan. Esa Robles es la que he tenido por madre.

Ven. (Lee.) « Declara asimismo el referido Candiles, con toda seguridad y certeza, que acerca de los padres del expresado Juan de las Viñas nada sabe de fijo. »

Gorg. (Aparte.) Salí del susto.

Ven. Pues, señor, el informe del tío Candiles puede arder en un candil. ¡Vaya un...!

Leoc. (Cogiendo á su padre el papel.) Si se interrumpe usted así, no acabaremos: yo seguiré. *(Lee.)* « Nada sabe de fijo; pero segun lo que oyó á cierto sujeto que hoy se halla en Madrid... »

Gorg. (Aparte.) ¡Diantre!

Leoc. (Lee.) « El padre del mencionado Juan de las Viñas fué... el difunto... » *(Solitando el papel.)* ¡Dios mio! ¡qué horror! ¡qué horror! *(Huye á su cuarto.)*

Juan. ¡Leocadia!

Leoc. No se me acerque usted. *(Entra y cacha la llave.)*

Ven. ¡Qué diantres le pasa! *(Coge el papel y lee.)* « El padre del mencionado Juan... fué... » *(Suelta el papel.)* ¡Virgen de los Enebrales! ¡qué descubrimiento! *(Dirígese á su cuarto.)*

Juan. ¡Señor don Venancio!

Ven. ¡Apártate de mí, infeliz! *(Entra y cierra.)*

Juan. Pero, señor, ¿quién es mi padre? *(Coge el papel.)* Salgamos de dudas. *(Lee.)* « El padre del mencionado fué... » *(Solitando el papel.)* ¡Jesucristo! Yo no sobreviví á este golpe. Voy á precipitarme en el pozo de la huerta. *(Vase.)*

Gorg. Pero ¿qué demonios dice ese papel, que vuelve loca á esta gente? Leamos. *(Coge el papel y lee.)* « El padre de Juan de las Viñas fué el difunto ejecutor de justicia de esta Villa y Corte. » ¡El ejecutor! El verdugo. ¡Ah! Ya lo adivino: bien fácil es. Pero ¿cómo habia yo de acordarme al pronto de lo que le dije á Cosme veinte años há? En fin, si el muchacho se ahorca de rabia, pleito por menos.

ESCENA XII.

DON LUCIO, DON GORGONIO; LUGO DON VENANCIO.

Lucio. El señor don Juan de las Viñas ¿está por acá?

Gorg. Ha salido á tomar el fresco.

Lucio. ¡Carambita! su majestad me enviaba á que me reconciliase con él.

Ven. (Saltando por la puerta del fondo.) Toma ese dinero, infeliz: huye donde nadie te... *(Reparando en don Lucio.)* Caballero, perdone usted. ¿Quién es usted?

Lucio. Soy don Lucio Quiñones.

Ven. ¡Don Lucio! El que me... el que la... Muy señor mio.

Lucio. Vengo de Atocha, donde acabó de recibir una gracia de su majestad despues de haber recibido otra: total dos. Principio por pedir á usted el perdon mas humilde. ¡No lo volveré á hacer mas, no!

Ven. ¿Viene usted de Atocha, eh? Su majestad ¿nos estará esperando?

Lucio. Por momentos.

Ven. Su majestad ¿se disgustaria si no se efectuase la boda?

Lucio. Le he oido decir que tenia empeño formal en ella.

Ven. ¡Empeño! Está visto, seria un escándalo el excusarse. Señor don Lucio, usted ha querido á Leocadia.

Lucio. Y la quiero todavia; pero...

Ven. Usted será su esposo.

Lucio. ¡Carambola! Pero es que ya...

Ven. Usted lo será, usted lo va á ser. Venga usted conmigo.

Lucio. Mire usted que Leocadia...

Ven. Leocadia ha de hacer lo que yo le mande, ó le costará la vida. Sígame usted.

Lucio. ¡Caramba! Atiéndame usted.

Ven. Sígame usted.

Lucio. Señor, que yo...

Ven. Señor, que yo lo quiero. Venga usted, venga usted. (*Llévaselo por fuerza.*)

ESCENA XIII.

DON GORGONIO, Y LUEGO JUAN.

Gorg. ¡Calla! ¿Con que al cabo don Lucio se casa con Leocadia, y entra en la buda el Rey? Y parece que don Venancio había pensado antes en otro yerno: no podía ser sino Juan.

Juan. (*Subiendo por la ventana, trayendo un palo.*) ¡Un hombre solo! Sí, sí: esto es lo que debo hacer. (*Cierra la vidriera y despues la puerta del fondo.*)

Gorg. ¿Aquí otra vez este? ¡Ay Virgen santa! — Oyes, oyes: ¿qué haces, chico?

Juan. ¿Qué hago, eh? Lo que debe hacer un hombre desesperado y dejado de la mano de Dios.

Gorg. El que está desesperado se ahorca.

Juan. Eso es lo que suele hacerse; pero no lo que se debe hacer. No debe uno ahorcarse, sino dejarse ahorcar: es mas cristiano, mas nuevo.

Gorg. Hombre, ¿quieres obligarme á que te ahorque yo?

Juan. No señor, ello vendrá por sus pasos contados. El camino del cadalso es el delito: yo quiero delinquir.

Gorg. Delinque tú solo; déjame huir para no ser tu cómplice.

Juan. Yo no le quiero á usted para cómplice, sino para víctima.

Gorg. ¡Juanito!

Juan. No hay Juanito que valga. En la huerta me he encontrado con el pozo abierto de par en par, que no parecia sino que me convidaba á sepultarme en su seno...

Gorg. ¿Y porqué has rehusado el convite?

Juan. Porque no he querido meterme en honduras. Allí cerca ví este garrote...

Gorg. ¡Juanito!

Juan. Y al momento comprendí que era el instrumento de muerte destinado á mí...

Gorg. ¿Para matarte?

Juan. Para matar con él al primero que hallara.

Gorg. ¡Animas benditas!

Juan. El primero ha sido usted: póngase bien con Dios, porque para merecer la horca, para ir al palo, voy á principiar por deslomarle á usted de una paliza.

Gorg. ¡Favor!

Juan. (*Echándole mano.*) Le ahogo á usted si chista, le derriengo si calla: escoja usted.

Gorg. ¡Juanito! — Válgame Dios! Yo no sé que decirle para ablandarle. — Juanito, recuerda nuestras antiguas relaciones.

Juan. Así será mayor el delito y mayor la pena, mejor para mí. ¡Muere á mis manos! (*Apalea á don Gorgonio.*)

Gorg. (*Huyendo.*) Juanito, por Dios, que estás engañado, que yo he conocido á tu padre.

Juan. Razon mas para que te acogite. Toma.

Gorg. Que no es eso: que tu padre era un caballero ilustre.

Juan. Eso lo dice usted por salvar mi pellejo. Zurrido.

Gorg. Créeme: á fe de Gorgonio Grijales Ladrón de Guevara. Tengo testimonios irrecusables, auténticos...

Juan. ¿Pues qué? ¿No era mi padre verdugo?

Gorg. Sí; pero...

Juan. (*Dándole.*) Toma.

Gorg. Hombre, no, no: óyeme. Verdugo era; pero él no era el verdugo.

Juan. Toma, para que te vengas con tu truécanos.

Gorg. Era Verdugo de apellido; de oficio no.

Juan. ¿Será posible? ¡Verdugo de apellido! ¡apellido noble! Pero ¿cómo lo confundió el santero?

Gorg. Le dije... le... le deslumbé yo.

Juan. Es decir que le engañó usted.

Gorg. Fué con la verdad.

Juan. ¿Y á qué vino ese engaño?

Gorg. A que tus padres... — Hombre, tira ese palo, si quieres que me explique (*Juan lo tira.*) Tus padres, que estaban proscritos por haber sido secuaces del chidduque, murieron ocultos en mi casa, donde tú naciste.

Juan. ¿Y por qué me hizo usted hijo de nadie sin mi permiso? ¿por qué? (*Coge el palo.*)

Gorg. Tente, y te devolveré el dinero de tus padres que guardo todavía: tente, por Dios.

Juan. ¿Con qué usted me ha robado mi herencia?

Gorg. Robarla no: me quedé con la mitad en remuneración de haber escondido en mi casa á tus padres, y la otra mitad se la di á tu madre adoptiva en Cuenca.

Juan. ¡Y se hizo usted nuestro admiral!

trador para alzarse tambien con esa parte de mis bienes! De modo que pudiendo yo vivir cómodamente con lo mio, aun he tenido que ser gravoso á mi pobre nodriza. Es menester de todos modos acabar con usted. (*Le apalea.*)

Gorg. ¡Socorro! ¡socorro!

ESCENA XIV.

EL ALCALDE Y ALGUACILES; LUEGO DON LUCIO, DON VENANCIO Y LEOCADIA; DICHO.

Alc. (*Abriendo la puerta del fondo de una patada.*) ¿Qué alboroto es este? ¿qué pasa aqui?

Gorg. Señor alcalde, sálveme usted de este verdugo.

Juan. Señor alcalde, préndame usted á un ladrón.

Lucio. (*Saliendo, como que huye de don Venancio.*) Señor alcalde, haga usted que me escuche este hombre.

Ven. Señor alcalde, mande usted á ese fugitivo que se deje casar.

Leoc. (*Que ha salido deteniendo á su padre.*) Señor alcalde, sáqueme usted de aqui y lléveme á un convento.

Alc. Por supuesto, al de Atocha: allá vamos todos.

Lucio. ¡Carambita! ¿Me dejarán ustedes hablar? Yo no puedo casarme, porque acabo de aceptar un beneficio eclesiástico: voy á ser abate.

Ven. ¿Abate? ¿Y quien se casa con mi hija?

Leoc. Ya que no ha de ser el señor (*por Juan*), ninguno.

Juan. (*Casi sin poder hablar de gozo.*) Es que... Leocadia mia... es que... señor don Venancio... es que... señor alcalde... es que ya puedo casarme yo.

Ven. ¿Habiendo sido su padre de usted verdugo?

Juan. Lo fué como yo: todos en mi familia hemos sido Verdugos, con muchísima honra, porque este es el apellido de mi familia.

Ven. ¿El apellido!

Leoc. ¡Ah!

Ven. ¿Es creíble?

Gorg. Es cierto, indudable. Una equivocacion del santero. Yo tengo las pruebas y las presentaré á su majestad. El señor es verdugo como yo soy ladrón.

Juan. Usted lo es de...

Gorg. Sí, Ladrón de Guevara: y tú eres Verdugo de...

Alc. De las Viñas.

Gorg. (*Resintiéndose.*) De Costillares. Yo he sido hasta hoy depositario de ese secreto.

Juan. Y de otras cosas.

Gorg. Pero hoy restituyo al señor su nombre y demás.

Alc. ¡Señor don Juan Verdugo de Costillares!

Ven. ¡Yerno mio!

Leoc. ¡Juanito mio!

Alc. ¡Ahijado mio!

Ven. ¡Qué susto nos has hecho pasar!

Juan. Todo el mal ha consistido en haberme separado de mi sistema: y si no vuelvo á él y apaleo al señor...

Alc. ¿Con que llegó usted á darle á don Gorgonio?

Juan. ¡Oh! pero de firme! El señor lo puede decir.

Gorg. (*Elevándose la mano á la espalda.*) Testimonios hay.

Ven. ¡Qué atropello!

Leoc. ¡Pobre vecino!

Juan. Pero la virtud de ese talisman prodigioso (*Señalando el palo.*) ha hecho al señor confesar que conserva en su poder bienes de mis padres.

Alc. ¡Hola, hola!

Ven. Entonces has obrado perfectamente. Hay árboles que dan á palos el fruto.

Juan. Ahora me acuerdo de que mi madre me encargaba que hiciese hablar al señor de cualquier manera. Tiene usted razon, suegro: he hecho perfectamente. Ya ve usted, don Gorgonio: la obediencia filial...

Ven. Don Gorgonio debe alegrarse de que le hayas excusado un pleito.

Alc. Que lo hubiera perdido con costas.

Gorg. Me hubieran dolido menos que las costillas.

Alc. Pero ¿qué hubiera sido de usted si le hubiese cogido la muerte poseyendo lo ajeno?

Leoc. ¡Ay! quizá debe usted su salvacion eterna á mi Juan.

Gorg. Vaya, pues... gracias por todo al señor don Juan.

Juan. Mande usted, don Gorgonio, mande con franqueza sobre el particular.

ESCENA ULTIMA.

EL CABALLERIZO DE SU MAJESTAD, DICHO.

Cab. Señores, está un coche de su majestad á la puerta para conducir á los indi-

viduos de la boda. ¿Se hallan prontos ustedes?

Leoc. El papá sí.

Ven. La novia también.

Alc. El padrino y testigos también. (*A don Lucio y don Gorgonio.*) Ustedes lo serán.

Cab. ¿Y el novio?

Juan. ¡Qué pregunta! Por supuesto que el novio... Pero ¡qué digo! El novio no.

Todos. ¿Cómo?

Juan. Como que no: ¡estoy escarmentado! La única vez que he cedido á mi natural impulso, he recibido una noticia horrible: si hago lo mismo ahora, me va á suceder otro percance.

Alc. Pero, hombre, ¿quiere usted casarse? Si ó no.

Juan. Quiere casarme; pero voy á decir que no quiero.

Ven. Entonces ¿cómo te han de casar?

Leoc. ¡Juanito!

Juan. Compónganse ustedes como gusten: yo no quebranto mi sistema: yo no me dejo casar voluntariamente.

Ven. Pues mi honor está ya comprometido, y la boda ha de verificarse.

Leoc. Yo estoy comprometida también.

Alc. Y yo, como alcalde y como padrino.

Cab. Y sobre todo la voluntad del rano. Tiene usted que casarse por fuerza.

Todos. Eso es, por fuerza, por fuerza.

Alc. Alguaciles, cojan ustedes al no llévenle al coche.

Todos. Al coche, al coche.

Juan. Basta, señores: eso ya es otra. Cuando se me violenta, lo que mi ánimo dicta es resistirme á todo trance: debí segun mi sistema hacer todo lo contrario lo contrario de resistir es obedecer.

Ven. ¡Gracias á Dios!

Juan. Leocadia mía, estoy á tus Señores míos, estoy á sus órdenes. don Gorgonio, despues ajustaremos cue No corre prisa: cuanto antes mejor.

Leoc. ¡Ay! Vámonos, vamos: no paciente su majestad.

Juan. Al revés de lo que siento

(*Al público*)

Procedo, y atino así:

Haga el auditorio aquí

Lo mismo en este momento.

Si es que ha quedado contento,

Con no aplaudir lo dirá:

Si es que disgustado está,

Retumben estas paredes

De aplausos: verán ustedes

¡Qué pesadumbre nos dá!

OPÚSCULOS VARIOS

EN PROSA.

HISTORIA DE DOS BOFETONES.

1839.

PRIMERA PARTE.

De la iglesia de San Sebastian de Madrid salta á la calle de las Huertas un dia de pascua de Pentecostes, hará siglo y medio con poca diferencia, un mendigo tan andrajoso como lucto y colorado, con un ojo y un pié menos, una joroba mas, dos muletas, cien remiendos y cien mil marrullerías. Bajaba resueltamente la calle, harto desigual y barbañosa entonces, avanzando seis piés burgaleses de cada tranco, y deteniéndose alguna vez á excitar la conmiseracion de los fieles que subian á la parroquia, hiriendo sus oídos con mil estudiadas fórmulas de pordiosear, articuladas en voz agudentosa y aguda. Brincando y pidiendo, bendiciendo á unos, renegando de otros y estorbando á todo el mundo, llegó á las últimas casas de la calle vecinas al Prado, y se paró delante de una de buena apariencia, como recién construida, limpio aun el desnudo ladrillo de la fachada, sin orin todavía los clavos de la puerta, blanca la madera del ventanaje, y acabada de esculpir sobre el friso de la portada en caracteres legibles á la media hora de estudio, esta inscripción que trasladamos al pié de la letra, y que parece queria decir : *Resucitó al tercero dia, año mil seiscientos, María, Jesus, José, setenta y ocho.*

RESSVR REX Y TERCIA DIE

AN. 16 MAR. IHS. IPH. 78.

(Entre paréntesis, esta fecha de la resurreccion del Señor me parece algo atrasada.)

Allí el astroso pordioso, esforzando la robusta voz de que estaba dotado, comenzó á demandar limosna, pasando lista á todos los santos del calendario; y cabalmente al nombrar al glorioso fundador de la venerable órden *tercera*, se oyó un suave ceceo detrás de las espesas celosías de una reja, correspondiente á la casa flamante que observaba el cojo, el cual oído el reclamo, atravesó de un brinco la calle, echó un papel y tomó otro por debajo de la celosía, recogió por delante de ella unas monedas, soltó un « el Señor la corone de gloria, » y emparejó calle arriba listo como un cohete, clamando á grito pelado : « Por la invencion de San Estéban, hermanitos, una caridad á este pobre lisiado. »

Pocos momentos despues los postigos de aquella reja se cerraron con estrépito, se oyeron voces de mujeres, unas humildes como de quien pide silencio, y otras impetuosas como de quien manda obediencia; y al cabo de un rato se abrió la puerta y salieron dos damas limpia y honestamente vestidas; pero sin paje, ni dueña, ni rodrigon, ni criada. Cubiertas con sus mantos, no era fácil adivinar su clase por lo señoril ú ordinario del rostro : el hábito del Cármen que llevaban, lo mismo convenia á la rica que á la pobre, á la tendera que á la titulada; pero el rosario devanado á la mano izquierda de cada una de las dos tapadas, labrado de filigrana de oro, con medallas preciosas y una cruz sembrada de diamantes, revelaba la riqueza que se encubria en el modesto atavio de la persona. Santiguáronse las dos al atravesar el umbral, y la que venia detrás dijo á la primera con voz

grave y no muy recatada : « Cuidado, doña Gabriela, con lo que te he prevenido; tú ya debes considerarte como casada, porque el señor don Canuto de la Esparraguera debe llegar muy pronto á recibir tu mano. Basta de devaneos; que si llevo á cogerte otro papel, allá de tu ingenioso Gonzalvico, por el siglo de mis padres que le he de dar ocasion para que encarezca en veinte sonetos la grana de tus mejillas. » Doña Gabriela respondió con voz tan sumisa y apagada á esta amorosa insinuacion en forma de apercibimiento, que solo se le pudo entender la palabra *madre*, tras un suspiro ahogado entre los pliegues del velo. Y con esto la madre y la hija se encaminaron á San Jerónimo, donde tocaban á misa mayor, dejando adivinar el desabrido silencio que una y otra guardaban, la poco airosa celeridad del paso y el violento manejo de los mantos, que si los hubiesen alzado entonces, hubieran dejado ver dos caritas ajenas de toda consonancia con la festividad de aquel día, que ya hemos dicho era de *pascua*.

¿Qué habia sido entre tanto del ágil correo con joroba y muletas? El cojo mientras tanto habia ya dado cuenta de su encargo en el atrio de San Sebastian á un caballero muy atildado de bigotes, pero algo raído de ropilla; y mientras el galan, vista la carta de doña Gabriela, iba á su casa y escribía la urgentísima respuesta que su enamorada le pedia, ya el correveidile habia evacuado tres ó cuatro negocios de igual especie, habia visitado media docena de tabernas, y antes que principiase el sermón en San Jerónimo, ya se hallaba á las puertas del convento aguardando ocasion de cumplir con un nuevo mensaje para Gabriela, encontrándose con ella al tiempo que saliese del templo el numeroso concurso que asistía al santo sacrificio.

Era entonces la iglesia de los padres Jerónimos inmediata al Prado, que de ella tomaba el nombre, mucho mas concurrida que lo ha sido en estos calamitosos tiempos que hemos alcanzado. En aquella época en que habitualmente se combinaba la holganza con la piedad, se iba á misa á San Jerónimo como si dijéramos : « por atun y ver al duque, » porque antes ó despues, ó despues y antes, se paseaba el Prado, el cual á la sazón merecia este nombre legitimamente, pues no era su suelo como ahora un tablar de monótona infecunda arena, sino una vistosa alfombra de lozana yerba salpicada de frescas flores. Agolpábase la muchedumbre de curiosos á las puertas del templo para

ver entrar y salir á las hermosas, y aprovechar una sonrisa, una palabra ó cosa de interés mas alto, y agolpábanse por consiguiente allí los que acuden siempre adonde se reúne gran gentío : vendedores, ociosos y pedigüeños. Fruteras despalfarradas, bollos sucios, alojeros montañeses harto mas á propósito para terciar la pica que para portear la garrafa, demandantes para monjas, para frailes, para hospitales, para presos, para una necesidad, para una dote, para mandar pintar un ex-voto, para comprar un cilicio, todos se apiñaban á las puertas del convento; y estimulados los unos por su interés, los otros por un santo celo (que viene á significar lo mismo) disputaban sobre el puesto, lo defendían ó usurpaban á fuerza de juramentos y cachetes; y cuando acabada la funcion, la gótica puerta vertía revueltas oleadas de pueblo, confundiendo en completa anarquía sexos, edades y condiciones, un grito general compuesto de mil se elevaba por el aire, y penetrando por las prolongadas naves del lugar santo, parecia al oír aquel ruido sordo bajo la empinada bóveda que las venerandas efiges, inmóviles pobladores de altares y nichos, murmuraban entre sí ofendidas de aquel escandaloso estrépito, codicioso y profano.

Apenas doña Gabriela y su madre, menguado el ímpetu de la multitud que las habia llevado á gran trecho de la puerta, pudieron caminar por voluntad propia y se detuvieron á reparar el desórden de los mantos y vestidos, fueron conocidas de la turba postulante; y en un abrir y cerrar de ojos se formó en torno de ellas un triple muro de chilladores espectros. Afamada por su caritativo corazón doña Lupercia (que no es justo se ignore el nombre de una mujer benéfica), así acechaban los necesitados su manto, su rosario y su vestido, como una enamorada pescadora la vela del barco de su marineró. Era de ver la gríta, el ahinco, el afán con que los pobres acosaban á la madre y á la hija. Un ciego, apisonando con su palo los piés de sus colegas á título de reconocer el terreno, se empeñaba en que le comprase Gabriela un romance de un ajusticiado; otro le ofrecía una jácara á lo divino donde, sin que la inquisicion se escandalizase, se calificaba al pan eucarístico de *pan de perro*; otro mas sagaz le presentaba la historia de los amores del conde de Saldaña, y conseguía ser atendido el primero. Doña Lupercia mientras tanto reñía al uno, preguntaba al otro por su mujer, limpiaba la moquita á una mu-

chacha, tiraba á un chicuelo de las orrjas, y distribuía el bolsillo segun las leyes de la equidad y de la justicia. Daba un real de á ocho á un infeliz que medio escondido entre los demás apenas se atrevía á implorar un socorro con la mirada de la necesidad y del encogimiento; pero al ver á un ex-trompeta, que apostando á tabaco y zumo de vides decía con harto mal modo: « Distinga vocé de personas, y acuérdesse, voto á Bruselas, de que ricos y pobres, todos los hijos de Adán somos hermanos, » la discreta señora buscaba el ochavo mas ruin del bolsillo, y entregándoselo al grosero con aire, le replicaba: « Tome, señor soldado; que si todos sus hermanos le dan otro tanto, millones puede regalar al Rey de España. »

Un grupo de damas y caballeros, de cuya alta jerarquía daba testimonio otro grupo de lacayos poco distante, se acercó en esto á las dos misericordiosas tapadas, cuyos nombres habian oido entre las bendiciones de los desgraciados á quienes socorrian. Abrieronles paso los mendigos, y la madre y la hija se levantaron entonces los velos. La madre contaba ya cuarenta y cinco años, y aun era hermosa: la hija era lo que la madre habia sido á los veinte años, una preciosa jóven. Al ver Gabriela á unas amigas suyas entre las damas que venian á saludarla, asomó á sus labios una sonrisa, graciosa sí, pero insuficiente á disipar cierta nube de tristeza que empañaba su semblante, animado antes y rubicundo, y ya pálido y ojeroso. Los recién venidos, despues de los comedimientos ordinarios, dirigieron á Gabriela repetidos parabienes de su próximo enlace, que ella oía clavados los ojos en el suelo, no sabemos si por modestia ó disgusto. Uno de los caballeros que allí se hallaban, atormentaba su escasa imaginacion buscando hipérboles y piropos con que cocarecer la felicidad de una novia, cuando en mala hora para ella descubrió su madre un brazo envuelto en una manga, toda rasgones y zarcidos, que penetrando el corro, buscaba la mano de la confusa y distraida desposada, la cual á pesar de su confusion, recibia disimuladamente un papel que procuraba ocultar en el pañuelo. Arrojóse doña Lupercia á su hija con la celeridad del águila, quitóle el billete, miró el sobrescrito, conocó la letra, y dejándose arrebatar de la ira, en nadie mas violenta que en una mujer devota, levantó furiosa la mano y descargó sobre doña Gabriela el mas recio bofetón que mejillas femeniles soportaron jamás. « Se lo habia prometido (perdóneme

el Señor el enfado), » decía doña Lupercia, mientras la triste jóven, casi muerta de rubor, se tapaba con el velo para ocultar su llanto. Y despidiéndose apresuradamente de aquellos señores, cogió á su hija del brazo, y se la llevó de allí, todavia mas aprisa que habian venido. Los mancebos del corro se rieron de la madre, las doncellas se burlaron de la poca destreza de la hija, las madres dijeron que estaba bien hecho lo que no sabian á punto fijo por qué se habia hecho; y al cabo de cinco minutos en que se habia hablado de salmon, de comedias, de peinados, del fiato y del gran turco, ya nadie se acordaba de una cosa tan insignificante como un bofetón dado *coram populo* á una niña casadera.

¿Y crearán nuestras amables lectoras (á quienes libre Dios de tan duros trances) que la severísima doña Lupercia se contentó con la afrentosa correccion que habia impuesto á la apasionada doncella? Nada de eso. Así que llegó á su casa, y antes de quitarse el manto, pidió la llave del cuarto oscuro y encerró en él á su hija, retirándose sin decirle ni una sola palabra; pero dejándole sobre una mesa una luz, un rosario, sus capitulaciones matrimoniales, y un tratado de agricultura. No hay que pensar que doña Lupercia tomase un libro por otro: el tratado de que hablamos, obra de un religioso sapientísimo, amigo de la familia, á vueltas de las instrucciones para el cultivo de la zanahoria y del puerro, contenia excelentes consejos de moral para las jóvenes, llegando á tal punto el esmero y minuciosidad del reverendo autor, que les prescribia lo que debian hacer cuando les aconteciese hallarse á solas con un hombre mal intencionado; y les aconsejaba que al salir de casa mirasen si les colgaba algun hilacho, ó si llevaban mal atadas las ligas. La lectura, pues, de algun capítulo de dicha obra era muy del caso en tal ocasion.

Aquella noche entre doce y una penetró con mucho sigilo una criada en la prison de Gabriela, y le entregó otro billete de su amante, instruido ya por el cojo del doloroso suceso de la mañana. Gabriela se apoderó con ansia de la pluma y del papel que le traía la sub-comisionada del cojo, y de un tiron escribió estas palabras: « Librame del poder de mi madre, Gonzalo mio, porque jamás seré esposa de un hombre, que aunque honrado, discreto y rico, tiene una cicatriz en la cara, no es capaz de escribir una redondilla, y se llama don Canuto. » Aquí llegaba, cuando acordándose del bofetón y

temiendo que podría no ser el último, rasgó el papel y dijo con resolución á la mensajera : « Vete, y dí á don Gonzalo que ni me escriba, ni me vea, ni vuelva á pensar en mí en toda su vida. »

Quince dias despues, mientras su madre estaba en el jubileo, se halló doña Gabriela en su cuarto al anochecer con el mismo don Gonzalo en persona. « Signeme, » prorumpió él : « todo está dispuesto para la fuga : dineros me faltan ; pero arrojo me sobra : viviremos pobres en una aldea, pero felices. » Gabriela seguía maquinalmente á su galán, el cual había ya pasado el umbral de la puerta, cuando recordando el tremendo golpe de la mano materna, recuerdo que llevaba consigo el de la promesa solemne hecha al caballero de la cicatriz, se paró, retrocedió, y cerrando de pronto el postigo, se quedó la dama dentro, y en el portal el desventurado amante, que no tuvo mas remedio que irse hácia el Prado á tomar el fresco, muy provechoso en ocasiones así.

Otros quince dias despues el cura de San Sebastian rodeado de una turba de curiosos, tapadas y muchachos, y asistido de sacristan y monacillos, preguntaba en la sacristía de la parroquia á doña Gabriela si quería por su legítimo esposo á don Canuto de la Esparraguera. Y aunque es de ley que todas las que se oyen dirigir tan tremendas palabras las escuchen con los ojos bajos, ello es que doña Gabriela, ó porque oyó alguna tos ó chicheo, ó porque sonó en el techo algun ruido que llamó su atención y temió que se le desplomase encima, levantó contra el ceremonial la vista, y su mirada se encontró con la de don Gonzalo. Tuvo ya la novia en los labios la primera letra de un *no* claro y redondo, que no diese lugar á interpretaciones ; pero acordándose en aquel momento del bofetón de pascua, miró á las manos de su madre, y pronunció sin titubear el fatídico *sí querido*.

Cuatro años despues subía á San Jerónimo una señora bizarramente vestida de terciopelos y encajes, con diamantes en la frente y perlas al cuello, vertiendo salud y alegría su semblante lleno y colorado, emblema de la paz y la dicha, apoyando su carnoso brazo en el de un caballero con un chirlo en el arranque de las narices, y acompañada además de dos dueñas, dos pajes, dos niños y dos pasiegas con dos criaturas de pecho. Traía la feliz pareja una conversacion secreta, aunque al parecer muy festiva ; y habiéndose parado un ins-

tante, dijo el caballero : « ¿ Fué por aquí sin duda ? » « Aquí fué, » respondió la noble matrona, fijando con amorosa expresion sus ojos hermosísimos en el semblante de su esposo. El caballero estrechó vivamente la mano de la virtuosa consorte, y le dijo en voz baja : « No me podrás negar que fué un bofetón bien aprovechado. »

SEGUNDA PARTE.

Era de noche, y un sereno de Madrid anunciaba las dos y media. Esto anunció que hemos dado un salto superior al de Alvarado en la calzada de Méjico ; y al adelantamos que el sereno llevaba pendiente del chuzo un farol numerado, nuestros lectores conocerán que hablamos de estos felices tiempos de libertad y de estados excepcionales, de liceos y de represalias, de poesía y de miseria. Eran las dos y media de la noche, y dentro de un gabinete profusamente adornado con estampas de la Abadía de Ivanhoe, de Bug-Jargal y del Comandante Ivanhoe, una interesante jóven de negros ojos y negra caballera, el rodete en la nuca y los rizos hasta el seno, se deshacía al amor de la lumbre en amargo llanto que inundaba sus mejillas medianamente flacas y amorlidas. Es comun decir que cuando llora una niña tiene algun hombre la culpa de su lloro ; y esto era puntualmente lo que se verificaba con doña Dolorcitas del Tormento aquella noche, porque hombre era el que había escrito no sé qué cuento, novela ó drama que tenia en el regazo, y al héroe de aquella soñada historia, oprimido de imaginarios males por gusto del autor, iban consagradas las lágrimas de la sensible lectora. Por lo demás ningun hombre había dado á Dolorcitas hasta entences motivo de pesadumbre, porque á todos los veintiseis amantes que había tenido hasta la edad que contaba (sin incluir en aquel número ningun galán del tiempo en que la niña iba á la maestra) á todos veintiseis había dado calabazas, al uno por jóven, al otro por machucho ; al uno por rico, al otro por no serio ; al uno por elegante, al otro por zaflo. Aguardando que la suerte le deparase algun Arturo ó caballero del Cisne, todos le parecían Frenes-de-Buey y Cuasimodos. Esparcidos por el suelo estaban todavía los pedazos de un billete color de rosa, perfumado y con orla y sello

Y canto dorado, primera entrega del vigésimo séptimo galán, hecha furtivamente aquella noche en una academia de baile; pero téngase entendido á pesar de esto, que sin llegar el amante novísimo al modelo ideal que existía en la cabeza de la melindrosa niña, tenía sin embargo cierto aire ó traza novelera que agradaba algun tanto á la pretendida. Mientras ella se acongelaba por la infelicidad ajena á falta de la propia, el libro mal colocado en los pliegues de la amplísima falda que se escapaba de un talle de sílfida, cayó repentinamente en el brasero, cuyas ascuas devoraron en un punto la inocente márgen de las mentirosas páginas. Acudió Dolores á salvar del suplicio de la inquisición á su héroe favorito; pero tardó tan tarde, que convertida ya en brasa gran parte de las hojas, el rápido movimiento de la mano libertadora al sacarlas del fuego, solo sirvió para hacer que brotase del libro consumidora llama que envolvió el brazo de la niña defendido solo por una delgada tela de algodón, fácil de inflamarse. Soltó Dolores asustada el libro, cayó este ardiendo sobre la falda, prendió en ella, y vióse en un momento rodeada de fuego y humo la señorita, que aturdiéndose entonces de todo punto, principió á correr por la casa como una loca, pidiendo auxilio con tan desaforadas voces como la ocasión requería, y un poco mas, si cabe. Al estrépito que armaba, despertó no solo la única persona que vivía con ella (que era una anciana, tia suya), sino la vecindad entera: quién creyó que los facciosos estaban ya cantando el *Te Deum* en Santa María, quién que estallaba en Madrid un pronunciamiento en regla, quién que sus acreedores habian descubierto el undécimo asilo que habia mudado en cuatro semanas. Conmovióse toda la casa; los milicianos nacionales de ella se echaron las correas encima y salieron á los corredores á paso de ataque y haciendo la carga apresurada: y fué ciertamente un espectáculo notable el ver abrirse unas tras otras todas las puertas y ventanas que daban al patio y á la escalera, y asomar por ella viejos y viejas, mozos y mozas, chicos y chicas, cada cual con su luz en la mano; envuelto en un cobertor el uno, el otro en una capa, ellos sin calzones y ellas en enaguas; habiendo llegado á tanto la curiosidad de una vecina coja y medo cegarra, que al salir á informarse olvidó su muleta, y no se olvidó del anteojito. Mientras todos preguntaban y ninguno respondía, los gritos habian cesado, y

por consiguiente la perplejidad era mayor. Era el caso que la respetable doña Gregoria (la tia de Dolores), puesta en pié al primer grito que oyó, habia saltado de la cama, y encaminándose hácia donde sonaban los alaridos, se encontró al atravesar la cocina con la atolondrada jóven, que ya no estaba para conocer á nadie; y gracias á las nueve arrobas que pesaba la buena anciana, pudo resistir el recio envion sin venir al suelo, y la que cayó hecha un ovillo fué la sobrina. La tia aprovechando aquella feliz coyuntura, hizo un esfuerzo para verter sobre Dolores un barreño de agua, y en un santiamen apagó el fuego y puso á la niña mas fresca que una lechuga. Desnudóla, llevóla á la cama, apaciguó el tumulto vecinal con dos palabras, volvió á la autora de él, vió que todo el daño que habia sufrido se reducía á un ligero chamuscon de rodillas abajo, y un rizo moose; con lo cual la prudente doña Gregoria se sosegó y principió á indagar la causa del incendio. « Ha de saber usted, » decia Dolores ya recobrada de su turbacion, « ha de saber usted, tia de mi alma, que de aquel lienzo que me regaló mi padrino, estaba haciendo yo unas camisitas que pensaba dar á los niños de la pobre viuda de la buhardilla, que están los angelitos que dá lástima verlos, cuando... » Al llegar aqui la relacion que, como ve el lector, no prometía mucha fidelidad histórica, saltó las narices de doña Gregoria un tufó á chamusquina que le hizo salir de la alcoba al gabinete, temerosa de nueva catástrofe; y casi debajo del brasero halló el lomo de un libro en rústica, cuyas hojas habian sido reducidas á pavesas. Apareció entonces toda la verdad del caso; amortazóse sobradamente la buena señora y apostrofó á su sobrina con los epítetos de embustera, desobediente, perturbadora del sosiego público, y romántica amén de esto, que le parecia peor que todo. Ella, para disculparse, habló de subterfugios inocentes y de irritabilidad de nervios, de consideraciones justas y de arbitrariedad doméstica, soltando de aquella boca tan copioso raudal de bachillerías, formuladas en la peregrina fraseología moderna, y acompañadas con tales suspiros, ayes y lágrimas, que la grave doña Gregoria, mas por ver si conseguia hacerla callar que por otra cosa, se atrevió á poner su mano irreverente y prosaica sobre aquellas mejillas de alfeñique. ¡ Nunca tal hiciera la mal aconsejada tia! Allí los chillidos de Dolores cual si la mataran, allí el arrancarse frenética los ca-

bellos, allí el caer en un soponcio de media hora de duracion, y salir de él para entrar en una convulsion espantosa, en medio de la cual invocaba á todas las potestades del infierno, desgarraba las sábanas y aporreaba á su tia, que no tuvo mas remedio que pedir favor á los vecinos. Nuevo alboroto, nueva encamisada. La habitacion de Dolores se llenó de gente: unos se destacaron en busca de facultativos, otros por medicinas. « Sinapismos, » decia uno; « friegas, » replicaba otro; « darle á oler un zapato, » decia un señor antiguo; « darle con él en las espaldas, » decia una desenfadada manola. Por último, como todo tiene fin en este mundo, menos las miserias de España, á las dos horas y media de brega y bauranda cesó el síncope, y volvió en su acuerdo la irritable señorita, á tiempo que se deshacian tocando á fuego las campanas de la parroquia, donde engañado uno de los vecinos, habia ido á avisar así que oyó las voces del primer alboroto, sin haber podido conseguir hasta entonces que el sacristan despertase. Poco despues comenzaron á sonar las demás campanas de Madrid; acudieron las bombas de la Villa, los serenos, los celadores, los alcaldes, la guardia con dos docenas de aguadores embargados, los milicianos que estaban de imaginaria; y guiados todos por el diligente vecino, ocuparon la casa; y poco satisfecho el celo de los peritos de la Villa con la declaracion unánime de los interesados, invadieron los desvanes, subieron al tejado, descubrieron dos ó tres carreras, echaron una chimenea abajo y rompieron los vidrios de un tragaluz, con lo cual se retiraron plenamente satisfechos de haber cumplido su obligacion.

Pocos dias despues, el vigésimo séptimo galan de Dolorcitas recibia una carta en que la chamuscada niña le decia que era el único hombre que habia encontrado el camino de

su corazon, y le rogaba que tendiera su mano protectora hácia una huérfana inocente, victima de una tia bestial.

Tres meses despues anunciaba un periódico chismográfico de la Corte que una agraciada jóven de ojos negros, pelinegra y descolorida, se habia fugado de la casa de su tutora en compañía de un peluquero, llevándose equivocadamente él ó ella cierto dinero y alhajas que no pertenecian á ninguno de los dos.

Dos años despues en la feria de Jadraco obtenia los mayores aplausos una cómica de la legua llamada como nuestra heroina, representando en un pajar el papel de la Infanta doña Jimena; y al dia siguiente su alteza la señora Infanta dormia en la cárcel de la villa por disposicion de un alcalde celoso de la salud y de la moralidad pública.

Mes y medio despues un alguacil que habia traído de órden de un señor juez una ninfa de ojos negros á Madrid, como pueblo de su nataraleza, contaba á un colega suyo en un figon de la calle de Fuencarral, que la ninfa mencionada habia preferido una habitacion en el hospicio á vivir bajo la custodia de cierta parienta suya que no gustaba de monerías.

Otro mes y medio despues faltaba una noche una persona en el dormitorio mujeriego de la casa de Beneficencia de esta Corte, y los dependientes del Canal de Manzanares á las cuarenta y ocho horas sacaban de aquellas cenagosas aguas el cadáver de una jóven con las manos puestas delante de la cara.

La jóven era la desventurada Dolores. Un castigo imprudentemente impuesto la condujo á la carrera del vicio; el mismo castigo hizo á Gabriela entrar en la senda del deber. A otros caracteres, otro modo de manejarlos: otros tiempos, otras costumbres.

Se publicó en el periódico titulado
El Panorama.

EL LUNES.

1839.

LUNES 17 DE JUNIO.

Por aciago generalmente reputan al dia que los gentiles distinguieron con el nombre

del Dios de la guerra; pero yo, aunque tengo particulares motivos para no emprender la apología del martes, creo que si puede ser considerado como fatal y funesto alguno de

los días de la semana, tan triste privilegio corresponde al lunes sin duda. Y no alegaré en apoyo de mi opinion el influjo del vario planeta á quien este dia está consagrado: no, señores; ya no solamente no hay quien crea en las deidades del paganismo, sino que hemos llegado á tiempos tan calamitosos, que ni aun los partes militares insertos en la Gaceta nos merecen entera fe y crédito. La fatalidad del lunes proviene de que para muchos es dia de pereza, de ociosidad y de holganza, y dia por consiguiente de propension al vicio, que así enerva el espíritu como enflaquece el cuerpo.

Pero real y verdaderamente, ¿no se necesita una resolucion punto menos que heroica para decidirse á saltar de la cama un lunes, despues de haber pasado la noche del domingo en un baile ó el dia en el campo, bien de caza, bien de broma y jaleo? ¡Levántate uno á trabajar cuando se le agolpan á la imaginacion los placeres de la víspera! ¡Cuando se acuerda uno tan deliciosamente de su pareja de rigodon ó de banqueta, del mito que dió la ninfa al pasar el arroyo donde se le quedó el zapato, y donde hubiera caído sin el oportuno socorro de nuestros brazos que por primera vez estrecharon un talle aéreo! ¡Cuando nos parece sentir aquel pisoton eléctrico, cuando resplandece á nuestros ojos aquella celestial mirada, cuando nos hacen tan dulce guerra, en fin, tantas otras frioleras, que aun con serlo, bastan á constituir la felicidad mayor que cabe disfrutar de tejas abajo! ¿Quién no se embebece en ideas tan gratas, lo bastante para que el ánimo rehuse entrar en el penoso círculo de sus cotidianas tareas?

Memorias de distinta naturaleza suelen ocupar tambien á numerosos individuos de la sociedad católica en la madrugada del lunes. El honrado menestral madrileño recuerda que la mañana del domingo trabajó hasta la una para satisfacer el antojo de un parroquiano ó de un maestro exigente; que fué luego corriendo á misa á la iglesia que dá frente á la plaza con nombre de puer-ta (1); que marchó despues á someterse á la mano segar de un barbero, poco dispuesto ya para aguzar el cansado filo de sus navajas; que regresó á su buhardilla; que comió la olla ganada con el sudor de su frente; y que á la hora precisa de disfrutar la dulzura de una siesta plácida... á esa hora fué cuando tuvo que echarse á cuestras la patriótica cruz de ante, la cual es tan pesada

1 La del Sol.

como otra cualquiera, menos la del matrimonio. Ahora bien, un hombre que ha empleado toda la tarde del dia consagrado al Señor en atravesar la pradera de los Guardias en todas direcciones con el chopo al brazo; este hombre, aunque haya pasado despues parte de la noche en una de las ermitas de Baco, ¿no habrá de acordarse á la mañana siguiente, de que Dios descansó al séptimo dia, y este dia ha sido para nuestro menestral siete veces de mas afan y molimiento que los seis anteriores? ¿No dará una vuelta en la cama cuando vea entrar la luz por el postigo entreabierto, y dirá con soñoliento labio: « Ya que nos roban el domingo, trasladémoslo al lunes? »

¡Con qué enviones, con qué porrazos, de qué mala gana abren los horteras y aprendices las puertas de la tienda ó taller despues del dia de huelga! ¡Qué caras se ven por las calles tan mustias, tan téticas y abatidas! No parecen sino de ministros en minoría ó de poetas silbados por ese público, que no porque silbe deja de ser benigno, indulgente y sobre todo ilustrado. Díjérase que á todos pone de mal humor la precision de volver al trabajo. Un teólogo que escribía versos endecasílabos tan bien medidos como aquel de *templa, Filandro, tu lira y cantaremos* (1), vela en este fenómeno la prueba mas convincente del pecado del primer hombre. « Si el trabajo no fuese un castigo, » repelia con frecuencia, « ¿cómo sentirían los hijos de Adán esa fuerte repugnancia á ocuparse en él, una vez interrumpido? » Aseguraba tambien cierto profesor de cirugía preciado de observador filósofo, que por espacio de cuarenta años apenas habia dormido tranquilo una noche de sábado, no porque le atormentasen brujas, sino porque le despertaban hijas, madres ó mujeres de jornaleros que le buscaban llorando para que acudiese á curar fracturas, heridas ó contusiones, que tuvieron su origen en las tabernas en aquellas noches en que tantos trabajadores se desquitan de la forzosa abstinencia de una semana. Yo confieso que un cachete y un navajazo suelen muy fácilmente brotar al riego de una copa; pero sospecho que aun con mas facilidad los engendra un bostezo; y el lunes es el dia en que mas se bosteza. El Esculapio consa-

1 Es el primero de una composicion dedicada á la reina Amalia, que si no me acuerdo mal, ha de titularse: *Ramillete de mistica fragancia para la noche de San Juan, dedicado á las señoras que no tienen fruto de bendición.*

bido dormiría fuera de su casa los lunes, y así no sabía las veces que sonaba aquella noche su campanilla.

El lunes no hay cocinera que no ahume el chocolate, ni doncella que acierte á peinar á su señora, ni virgen romántica que no se impacienta con su doncel querido, y aun tal vez hasta con su saldero. Las damas que salen á revolver almacenes en lunes, no hallan tela de buen gusto, ni mercader que se ponga en razon, ni amigo que se encargue de pagar lo que compren. El lunes es cuando las sesiones de los cuerpos legislativos son mas barrascosas, cuando se les descuadernan las galeradas á los impresores, cuando los cajistas levantan á los originales mas testimonios, y aun dicen malas lenguas que no hay en periódico alguno folletín de lunes que se escape de ser desabrido, chapucero é impertinente. (Eso ya lo habrán conocido en este nuestros lectores.) Lunes era, según conjeturas fundadas, cuando se dieron de cintarazos los dos grande amigos Oliveros de Castilla y Artús de Algarbe; y en lunes mandó el Rey don Enrique el bastardo que encerrasen á su hija doña Isabel en un convento, la pelasen y la encapucharan de grado ó por fuerza, solo porque se habia enamorado sin el real permiso. Si un Rey, si un ministro se ha divertido un domingo, ¡pobre del que vaya á pedirle gracias un lunes!

El carácter avinagrado de este dia tiene en España un testimonio vivo, una expresion animada, grandiosa y terrible, un espejo donde se retrata con todo los rasgos que le distinguen: los toros. Diversion es una corrida de toros; pero es diversion lunática, y sobra con esto para que sea cruel, bárbara y sangrienta. Trasládese esa fiesta á otro dia, y se la verá al punto desvirtuada; aunque la virtud que tiene que perder, no es mucha que digamos. Aquel manolo que ha vendido su chaqueta de alamares para llevar á los toros á su Curra, ¿creen ustedes que se hubiera mostrado tan ruinosamente galán en otro dia de la semana? No por cierto: cualquier otro dia no se hallaría su cabeza en aquel estado de entontecimiento en que se halla en el lunes. Aquellos dos individuos que disputan en el palco, que se insultan en correcto lenguaje, y que parece que van á darse correctamente de mojicones, ¿son dos carreteros disfrazados de diplomáticos? No señor: son dos personas de categoría y de

un carácter amabilísimo; pero no pueden menos de ceder á la influencia del lunes. La otra señorita, que rie como una loca de ver rodar por la plaza á un chulo, ¿tiene tan malignas entrañas, que se complace en el mal del prójimo? ¡Qué disparate! Cuando matan en su casa un pollo, aturde la vecindad á gritos. Ve la autoridad presidente que un toro marrajo se coloca en medio del circo, y no hay fuerzas humanas capaces de hacerle desocupar el puesto; y á pesar de ello envía al picador un alguacil con el recado de «dice su señoría que vaya usted al toro.» ¿Querrá el alcalde que le suceda una desgracia al torero? De ningun modo, sino que en lunes no sabe uno lo que se manda. El picador que responde al alguacil: «Diga usted á su señoría que busque él allí á la bestia si quiere,» ¿lo hará con ánimo de insultar á una persona á quien debe respeto? Tampoco, sino que en lunes no sabe uno lo que se dice. Por fin, ese pueblo que silba, que brama, que arroja á la arena cáscaras de frutas, palos y bastones, que se pone de pié furioso, apostrofando entre horrosas blasfemias con los epítetos mas hediondos al lidiador que rehusa arriesgar desatinadamente su vida, ¿se ha convertido por arte diabólica en una reunion de canibales sedientos de sangre humana? No: ese es un pueblo sensato y religioso, bien que extraviado momentáneamente por el irresistible y maléfico influjo del lunes.

Conozcamos, pues, que en el dia en que se pasa del reposo al trabajo no es dueño el hombre ni de su corazon ni de su entendimiento, y sírvanos esta observacion para hacernos mas justos, mas indulgentes con las flaquezas de nuestros semejantes. Si aparece en la Gaceta un decreto desaceratado, averigüemos, antes de enfurecernos contra el que lo firma, si el dia anterior habia celebrado una fiesta: si nos sentimos en el teatro acometidos de la tentacion de silbar un drama, reflexionemos que quizá lo habrá escrito el autor de lunes en lunes. Para convencernos completamente de que este dia es fatal y aciago, pregúntese en Madrid á los toreros y á los que juegan á la lotería antigua. Todas las desgracias, todas las pérdidas que unos y otros han sufrido, regularmente se han verificado en lunes.

Se publicó en el periódico titulado
El Correspondal.

EL MADRILEÑO EN LA ALDEA.¹

Un hijo de Madrid que ha llegado á la edad de mayoría, si, como á muchos sucede, no ha pasado en sus excursiones juveniles mas allá del Pardo ó de la Alameda, claro es que necesita correr tierras, ver mundo. El mundo se extiende por un lado mas allá de las lindes del que principió á ser *canal* y ha parado en cenagal, y por otro mas allá de las tierras que ostentan en sus mojonos el sobrenombre de *Río*: el mundo es tan grande, que saliendo por la puerta de Santa Bárbara, se llega á Mahudes y aun no se descubre donde remata. Esta expresion se atribuye en una erónica inédita del siglo pasado á un paisanito nuestro, mayorazgo, por mas señas, y arrogante chico. Lástima que Baena no nos haya conservado en su diccionario el nombre de ese hijo ilustre de Mantua: yo solo he llegado á rastrear que era el mismo que preguntaba si llegaban á ser muy rectos los árboles que producian la frasa, y si *barbecho* era la clase de papel mas á propósito para que luciesen los rasgos de una firma, fundándose sin duda en la vulgar expresion de *firmar como en un barbecho*. Don Alfredo Ricardo Hugolino del Mirabel y los Colibríes, que es el viajero de quien nos proponemos hablar en este artículo, no es mayorazgo, ni buen mozo siquiera; y faltar por consiguiente de toda disculpa para ser majadero, se ha visto en la dura precialon de instruirse. Alfredo sabe buscar en el mapa la posicion de *Colonia Agrípina*, solo con que le digan que tiene su asiento á orillas del Rin; sabe que al nombre trasmarino de *Walter* corresponde en español el de *Gualtero*, y que *Urraca* es un disfraz del de *Marta*; sabe, en fin, historia, economía política, frenología, pirotecnia, y hacer excelente charol de botas; distingue sin titubear un peral de un naranjo, y un garbanzal de una haza de algarroba. Alfredo, pues, en su viaje sabrá sostener en su punto el honor de la heroica villa donde osciló su cuna.

Demos por supuesto que el descendiente de los Colibríes se ha ajustado con un ordinario, porque no hay diligencia para el punto adonde él se encaminaba; que ha presentado al señor alcalde de barrio, para

sacar el pasaporte, uno, dos, ó tres fiadores exentos de toda tacha legal; que ha regalado al corsario para que le dé el mejor asiento, y que al subir al carruaje se lo ha usurpado una Maritornes antojadiza: cosas indispensables ó comunes en todo viaje. Hechas estas suposiciones, tomemos desde luego con él la ruta que pasa por Vallecas.

Los compañeros de Alfredo, que son un ex-mancebo de tienda, un tratante en carnes y una sirvienta dimisionaria, harta de ser doncella, comienzan á blasfemar de Madrid, donde han hecho su fortuna, y por poco se tragan á Alfredo, que se opone á sus invectivas. Es menester que sepan los extranjeros que á cualquier individuo de la discordie familia española le toleran sin dificultad sus hermanos que haga la apologia de su pueblo natal; pero el pobre madrileño que emprenda la vindicacion de su patria, bien puede contar con que se pronunciarán en masa contra él todos los provinciales que le oigan. Un leonés ponderará la susedad de las casas de la corte, un manchego la escasez de sus fuentes, un valenciano la inconstancia de carácter de sus hijos, un andaluz la bambolla de sus palabras. El exámen crítico de los usos y costumbres de los madrileños se prolonga de suerte, que ya se hallan nuestros viajantes cerca de Arganda, y todavía no llevan trazas de concluir conversacion tan gustosa.

Cansado Alfredo de sufrir y callar, baja del carro para dar una ojeada á la campiña: nota que las mulas caminan despacio, y saca la cartera para trazar con cuatro rasgos de lápiz el aspecto general del paisaje que observa. En el momento en que los caritativos censores ven á Alfredo entretenido en su obra, aconsejan al mayoral que aguije á las caballerías para tener el inocente gustazo de ver correr á un elegante de la corte con zapato de tela y pantalon de pliegues. Alfredo no repara en el carro, y por consecuencia no corre. Dirigese despues sosegadamente á la villa, y á la entrada encuentra unos muchachos con el traje de Adán en estado de gracia, los cuales entre horrosos gritos se dan reciprocamente furibundos porrazos. Les dice algunas palabras para poner-

¹ Este artículo pertenece al año 1830, aunque se publicó en 1839 algo distinto de como aquí se inserta.

los en paz, y suspenden en efecto sus hostilidades; pero es para cantar en coro al reconciliador, luego que les ha vuelto la espalda, una coplita, que no copiamos aquí por justos respetos á nuestros lectores. Alfredo piensa que con no hacer caso de aquellos malos bichos, cesarán de insultarle: pronto se desengaña cuando siente pasar zumbando junto á sus oídos sendas peladillas que le arrojan los angelitos argandefios. Regla general: cuando una persona grosera ó mal intencionada se proponga incomodar á un hombre sufrido, no le retarde aquella satisfaccion ni un momento; riña con él, aunque sea sin gana; porque si no, ya encontrará medios el necio provocativo para hacer al prudente que se desazone de veras.

Alfredo habia obrado muy cuerdamente en no apresurarse para alcanzar el carro: el carro habia volcado en la cuesta que hay al otro lado de Arganda para subir á los llanos, desde donde se descubren en un horizonte polvoroso y confuso los innumerables chapiteles de la capital de la monarquía; y para levantar el carruaje, habia sido preciso aligerar la carga. El carromatero habia achacado la caída á los viajeros que le habian inducido á correr; estos, resentidos del batcazo, se habian quejado ágricamente de la torpeza del conductor; y él y ellos habian convenido al fin en que el madrileño tenia la culpa de todo, pues que por él se habia corrido.

La tarde pasa mas tranquila que fué la mañana. Ninguna discusion peligrosa ocupa á los viajeros. Alfredo respira, sus compañeros nada le dicen: verdad es que cuando se duerme, por lo comun no se habla. Pero el monótono ruido del carro, junto con el de los resoplidos del vendedor de buey cansino por vaca, fastidian pronto á nuestro paisano, que se halla bajo un toldo con demasiados respiraderos para que no tengan entrada los rayos abrasadores del sol, y sentado sobre un rollo de sogas, que no le ofrece una poltrona muy blanda. El recurso de retratar á los dormilones, lo que equivaldria segun la originalidad de sus fachas á dibujar otras tantas caricaturas, no se puede intentar cuando se camina en un carruaje cuyos vuelcos y mala construccion recuerdan el siglo de Erietonio: componer versos, tampoco es ocupacion propia de aquellas horas, porque cuando Apolo le abraza á uno el cuerpo, no le inflama la mente. Pero una especie de instinto guia la mano de Alfredo hácia su bolsillo, donde halla un número de la Gaceta, plagado de providencias judiciales,

prospectos y anuncios; y á favor de la amabilidad de la materia, en breve el lector forma parte del soñoliento grupo que ocupa el carro. Entonces no habia mas periódico de politica en España que la Gaceta del Gobierno: los de hoy no hacen dormir; antes para quitar el sosiego son cuanto cabe.

Termina la jornada: Alfredo habia ajustado su manutencion con el conductor, y por eso cena; no habia ajustado la cama, y por eso se queda sin ella: habia gran concurrencia y sus compañeros han tomado por asalto los últimos colchones. Sospéchase que bien se hubiera podido todavia arreglar en la posada un lecho en que descansase Alfredo; pero una imprudencia de este le atraje la ojeriza del dueño de la mansion hospitalaria. Era el caso que un buen ciudadano que caminaba filosóficamente á pié, ni mas ni menos que un Tales ó un Pitágoras, se habia presentado á la puerta del meson pidiendo hospedaje, por supuesto por su dinero; y el huésped, en vista de que el viajante filósofo no podia hacer gasto de pluma, por no traer consigo cabalgadura, no habia tenido por conveniente admitirle bajo el techo destinado á dar asilo á todo el que lo pagase. Habiale sorprendido á Alfredo mucho la especie de que en las posadas de España se diese la preferencia á los cuadrúpedos sobre la especie humana, imágen del ser que la hizo, y habia declamado vigorosamente en favor del caminante de infantería. La declamacioncita le costó al orador pasar aquella noche sobre el suelo de la cocina, dando con sus carnes abundante cebo á una falanxe de vampiros en miniatura, y que á la mañanita cuando empezaba á quedarse dormido, el cortesísimo posadero se llegase á despertarle revolviéndole con el pié á un lado y otro como si fuera un perro, diciéndole á gritos «¡ Eh! levántese usted, tío suyo¹, que ya es hora de echar el aguardiente.» Entre los animales selváticos el mesonero es el mas indisciplinable de todos.

A otra jornada llega Alfredo á su destino. Ninguna persona de la casa donde ha de parar le conoce; pero va á ella bien recomendado. Recibe le con los brazos abiertos un buen anciano, padre de dos doncellas que le saludan sin alzar los ojos del suelo, porque antes de saludarle ya le han dirigido una ojeada capaz de satisfacer la doble curiosidad, y mujeril y aldeana. Un enjambre de chicos y chicas, ya talluditos, se ha agru-

¹ Histórico, lo mismo que la mayor parte del artículo.

do á la puerta del tío Garrones á presentarle el recibimiento del forastero: sus madres los llaman de lejos, los riñen en alta voz, porque escuchan lo que no les importa; les preguntan en secreto quién es el recién venido. Media hora despues ya ha habido muchas disputas en el lugar sobre el motivo de la venida de Alfredo, y le han casado con una de las solteras del vecindario. Mientras tanto, el objeto de las cuestiones disfruta de una cena abundante, si no delicada: las niñas se empeñan en regalar al huésped en términos que tiene que pedirles por los que pongan límite á su furor gastronómico si no quieren que reviente de abito. Al otro día el interés que Garrones y sus hijas manifestaban á Alfredo, ha menguado mucho. Alfredo se ha levantado á las nueve, una en que hace ya una que ha almorzado el cura del pueblo: Garrones se ha escandalizado de que su huésped haya perdido la mañana, y las muchachas se han picado de que no haya tenido la curiosidad de ir con ellas á ver la iglesia.

Hace aquel día una visita al señor alcalde: la señora alcaldesa se enfada tanto de que el señorito de Madrid venga á visitarla en traje indecente, es decir, sin capa, que para castigar una grosería con otra, se abstiene de sacar un plato de magras al forastero, trayendo herirle en lo mas delicado de su honor propio. El alcalde, menos reparon que su esposa, ha sostenido la conversacion, evitando la bondad hasta el punto de sufrir, hablando de libros, que le dijese Alfredo uno de los *Sueños de Torres*, lectura favorita de todos los que leían en aquella casa, no habian un camino. En cambio de esta condescendencia, el prudente alcalde quiere dar el voto de Alfredo sobre una composición poética manuscrita, en la cual entre otros versos se hallaban los siguientes:

Como galan de la fragante rosa,
El clavel boquirubio
Ambar respira, bálsamo derrama,
De púrpura vestido,
Por sacar la librea de su dama.

Alfredo desde que ha oido el primer endechado de este trozo, presta la mayor atención á la lectura. El alcalde que lo observa, continúa leyendo con entusiasmo; la alcaldesa, á cuyos ojos desaparece el frac del madrileño luego que advierte en sus labios una sonrisa con que escucha á su esposo, iba á levantarse con direccion á la despensa, cuando en Dios y en hora buena, el petulantísimo Alfredo interrumpe al lector dicién-

dole: « Permitame usted que vea si tengo buena memoria. » Y prosigue en estos términos, remedando el énfasis del alcalde:

Si bien sobre las sienas de escarlata
Le brotan de la rubia cabellera
Dos cuernecillos de lucida plata;
Porque aun entre las flores,
A cuya guarda asisten
Próvidos jardineros y guardianes,
No escapan de estas armas los galanes.

« ¿ Con que ya tenia usted noticia de estas décimas? » exclaman á un tiempo el alcalde y su esposa. « ¿ Las ha leído usted escritas de mano? » — « No señor » responde ingenuamente Alfredo, « las he visto en un libro impreso casi doscientos años hace (1). » — « Impresas dos siglos há las coplas de mi chico, que es el pasmo de Salamanca! » replica la alcaldesa. Alfredo conoce que ha descubierto una supercheria estudiantil, y coge su sombrero y se va sin decir palabra, pensando ya qué clase de armas ha de elegir cuando el hijo del alcalde le desafíe, de vuelta de Salamanca. Ya se sabe que las cuestiones literarias se deciden á porrazos.

Se trata aquella tarde de dar un paseo: el viejo insta, sus hijas lo desean, y con todo la hora se pasa, y las dos hermanas no cesan de proponer excusas para retardar la salida. Alfredo comprende que las chicas tienen que decirle alguna cosa y no se atreven. ¿ Qué de melindres hasta conseguir que hablen! Primero tratan de ovejas, y luego de esquila, despues de lana, luego de paños, y por último de ropa de hombre: todo para venir á parar en que el frac ó la levita es un traje impropio y ridiculo en aquel pueblo. Las dos niñas han cobrado afición á Alfredo; las dos gustan de pasar con él; pero por lo mismo quieren que salga á la calle con el vestido que en su entender es el mas airoso, con el que está mejor, con el que nadie se reirá del forastero. El complaciente Alfredo se pone una chaqueta de majo y el calañés de que se sirvió en el camino, con lo cual desaparecen las dificultades para la marcha, y la tarde corre agradablemente, sin mas disturbio que el haberse cariacontecido Garrones al oír que hablando de un olivar hermosísimo suyo, dijese Alfredo que valia sin duda un par de *talegas*. Las niñas no pudieron menos de reirse tambien á socapa, echándose las manos á las narices, y creyeron que Alfredo se burlaba de ellas cuando

1 Véanse las *Selvas del año* al fin de las obras de Lorenzo Gracian.

les explicó que *una talega* eran mil duros.

Una noche no puede dormir Alfredo, y se le antoja dar una vuelta por los alrededores del pueblo, persuadido de que no encontrará una alma á aquellas horas. Al doblar una calle, se le echan encima cuatro gañanes que le descoyuntan para sujetarle, y se le llevan en volandas á una especie de caverna subterránea. El pobre Alfredo cree que ha llegado su última hora. Sus conductores encienden unas astillas de tea, y el temor de Alfredo se disipa: se halla en una bodega rodeado de todos los mozos del pueblo, que le piden la patente de costumbre: es decir, que pague la licencia de salir á rondar. El paseo nocturno, la primera ronda que ha hecho sin pensar en ello, le cuesta además del susto, pagar un pellejo de vino.

Llega en esto la fiesta de la Virgen titular de aquella parroquia, y hay iluminación de hogueras, misa de tres en ringla, predicador vitoreado, danzas y procesion por las calles, enramadas á costa del arbolado del vecino menos bien quisto. Hay rifa tambien, siendo el objeto mas raro de ella un castillo de mazapan, construido por las monjas de un convento inmediato. Empieza la rifa del castillo, que allí corre con el nombre de torta: todo el pueblo asiste al acto solemne: las mozas ponen los ojos en la gustosa fortaleza; los mozos sondean la profundidad de sus bolsillos. Alfredo quiere obsequiar á sus huéspedes, y hace una puja considerable; conocen los ladinos labriegos que el forastero tiene gana de llevarse la torta; y algunos van subiendo las puestas tanto mas, cuanto menos esperan pagarlas. Repara Alfredo que el último postor es un sujeto cuya pinta no ofrece grandes garantías de posibilidad pecuniaria, y tiene la malicia de fingir que desiste de su empeño. Queda, pues, adjudicada la torta al tío Matavelas, que lejos de poder gastar en mazapanes, se daría por muy contento si pudiera hartarse de pan de centeno. Llévansela, pídenle la paga, y al declararse mi hombre insolvente, ¡ allí de las risotadas de todo el concurso! La rifa se dá por nula, vuelve á hacerse de nuevo, y la obra maestra de las religiosas recae sin disputa en el madrileño, con gran satisfacción de las señoritas Garrones, mientras que Matavelas se muerde los labios de rabia.

Preséntanse despues los danzantes, que vienen en cuerpo á poner en contribucion la generosidad de los que han gozado de sus habilidades. Alfredo, á quien en la segunda rifa habia salido la torta dos duros mas barata, regala los cuarenta del pico á los bai-

larines. ¡ Gran sorpresa de los beneficiados! Cunde la voz entre la gente, y aparece que ninguno de los magnates de la villa se ha extendido á dar la tercera parte de aquella suma. ¿ Qué resulta de aquí? Que toda la poblacion en masa se dá por ofendida y afrentada de la vana prodigalidad del madrileño.

¿ Qué efectos produce la torta que Alfredo triunfante pone á disposicion de las dos hermanas? Que de vuelta á casa, la mayor dá á Alfredo espontáneamente un abrazo, y la menor se deja dar un beso sin resistencia.

¿ Qué resulta del abrazo y del beso? Que dos mozos, pretendientes de las hijas del tío Garrones, llevan aquella noche calabazas en debida forma, y que Alfredo, sorprendido á la tarde siguiente detrás de unas tapias, recibe una magnífica paliza de manos de los dos zelosos rivales. Alfredo se levanta del suelo cuando puede, echa mano, aunque algo tarde, á dos cachorrillos, y los apunta hácia los que acaban de aporrearle. Dispara, yerra los tiros, vuelven á acometerle los apaleadores; pero la descarga ha llamado gente, y el alcalde, el digno progenitor del asombro de Salamanca, tiene que tomar conocimiento de tan grave asunto. Matavelas jura á Dios y una cruz que Alfredo ha querido asesinar á los dos mejores muchachos del pueblo; la alcaldesa se tiene que el madrileño es enemigo de toda la juventud de la villa; los poco bizarros caciques de la rifa susurran que hombre que gasta dinero con tal despilfarro, lo debe adquirir muy fácilmente, y que su conducta dá lugar á que se sospeche que es un agente de los emigrados del año 23, un *Negro*; los bailarines que ya se han bebido la propina, no se acuerdan de quien se la ha dado. Alfredo es conducido á la cárcel entre las aclamaciones del vecindario, mientras las dos hermanas se abofetean sobre quien ha de poseer el cariño del preso.

El negocio se enreda en términos que Alfredo no consigue su libertad sino al cabo de muchos dias y de dar palabra y mano de esposo á las dos hijas del tío Garrones: promesa que, como es de creer, no cumple luego á ninguna, dejando en el pueblo la opinion mas triste de la moralidad madrileña.

Diga lo que quiera Melendez en alabanza de la vida del campo, á menos de ser sordo, pescador de caña, ó valetudinario, difícil es que un madrileño pueda vivir á gustá arriba de quince dias en un pueblo corto de España.

El Corresponsal.

EL LUGAREÑO EN MADRID.

« Pues, señor, vamos á los Madriles, » dijo un día entre pesaroso y alegre el tío Pescueño, ciudadano labrador, vecino de un lugar de la Alcarria, de cuyo nombre no quiero dar cuenta. Ver la capital de la monarquía siempre es cosa lisonjera para un aldeano; y esto es lo que al sacar el pasaporte servía de satisfacción á nuestro alcarreño; pero emprender un viaje que le habia de obligar á gastos crecidos, templaba esta satisfacción considerablemente. Sabido es que los alcarreños no suelen pecar de pródigos: bien que ahora no hay labrador en España que pueda quebantar por este tipo las leyes de la prudencia, como no sea con el pensamiento. Si es cierta aquella máxima de que

Ser bueno, se halla de balde;
Ser malo, dinero cuesta;

pueso es confesar que por espacio de un siglo, jamás ha habido en España tantas vueltas, es decir, tanta pobreza como ahora. ¿Quién sabe? Quizá ha decretado el destino que la felicidad futura de España nazca de su miseria misma. Ello es que al pobre nadie le teme, ni le envidia, ni le hace caso; nadie se mete en los asuntos del que nada tiene. Sin protectores y sin enemigos, disfruta del bien mas apreciable, la quietud, la paz. Ya poco podemos tardar en tenerla nosotros.

.....; Oh afortunados
Españoles, si nadie os conociera!

También infunde algun recelillo al honrado Pescueño la probabilidad mas ó menos remota, según circunstancias accidentales, de tropezar por esos caminos de Dios con una banda... de ladrones, no: afortunadamente en nuestro país ya no se roba en despoblado. De puertas adentro, si señor, cuando se puede, cuanto hay; pero en los campos, lo mas que arriesgan los que viajan sin una division por escolta, es el pagar alguna contribucion extraordinaria de guerra. Recaudar este impuesto puede ser tomarlo ajeno contra la voluntad de su dueño; pero al fin una exaccion marcial no es un robo.

1 1839.

Es menester que todos vivan; aunque mal-dita la falta que hace á los mas la existencia de algunos.

Nuestro alcarreño ha llegado felizmente, á mujeriegas sobre su macho romo, hasta la puerta de Atocha. Ve los altísimos paredones del hospital inmediato, y exclama con tanta boca abierta: « ¡Qué barbaridad! » En su lenguaje esta expresion significa sencillamente: « ¡Qué edificio tan alto! » Pero el viajero filósofo que al llegar á Madrid pregunta cuál es el destino de aquella fábrica, prorrumpe al saberlo en una exclamacion idéntica á la del patán de la Alcarria. Barbaridad es y grande, en un clima tan caluroso, reunir millares de enfermos en un edificio. Pasa la puerta, sale libre, aunque no sin costas, de entre los Cerberos del resguardo; repara en la fuente de la Alcachofa, y desde la acera de las tahonas, vá descubriendo sucesivamente, á un lado y otro, el jardin botánico, la platería de Martinez, el Museo, las cuatro fuentes, la de Neptuno, el Tivoli, la estatua de Cervantes, el monumento del Dos de Mayo, el Apolo, la Cibele, la calle de Alcalá en fin, donde está el parador que busca, y á la derecha y en el fondo las verjas del Buen-Retiro y el arco soberbio que lleva el nombre de la ciudad ilustre, patria del autor del Quijote. Atónito el pobre Pescueño con tanta magnificencia como se agolpa á sus ojos, no ha cesado de exclamar desde la puerta de Atocha á su posada: « ¡Qué hermosura! ¡qué asombro! Madrid vale mas que una lluvia de Mayo: desde Madrid al cielo. »

Va luego á comer á una fonda, á una hostería si se quiere: aun el precio ínfimo de la lista le parece caro; pero ya sabe Pescueño á cuánto vendió en el lugar los garbanzos de su cosecha y los carneros de su manada; sabe lo que cuestan portes, puertas y portazgos, y que todo el que ejerce una industria, debe sacar ganancias de ella. Además, que á Madrid no se viene á economizar, sino á echarla de rumboso y satisfacer en cuanto se pueda los caprichos del pícaro cuerpo. Al traerle un mozo con mucha cortesía un plato, cuyo olor solamente vivifica todo el sistema nervioso del buen alcarreño, se acuerda de los bien ponderados avisos que le dió por despedida la tía Mastranzos, la

Sibila del pueblo. Ella, que en su vida habia salido de potaje de almortas, le aseguraba haciendo ascos que los madrileños comian mil suculdades; que lo de gato por liebre era tortas y pan pintado, porque caballo y mulo y aun carne humana sabian dar á sus parroquianos los hostereros de la Corte. Pescuño, sin embargo, engancha con el tenedor de plata, que maneja por primera vez, un buen tasajo de ternera, y... adios razonamientos de la tia Mastranzos. « ¡ Dianche! » decía el buen labrador relamiéndose; « mas quiero piltrafas de ahorcado aquí, que pechugas de perdiz en mi lugar, guisadas en la taberna de la Sidora. Cuando me acuerdo de las veces que la he visto partir magras encima del mandil de cordellate... »

Acude al día siguiente á una funcion de iglesia, y mi hombre se queda estático: ve representar una comedia de magia, y para él cada actor, cada actriz, y sobre todo cada bailarina, es un ser sobrenatural que le encanta: asiste á una corrida de toros, y goza mas, si cabe, que el día que se libró de la quinta. Se embelesa delante del avestruz en el gabinete de historia natural, y se hace mil cruces al descubrir el dromedario y la elefanta del Retiro, sitio que como tiene su Iglesia particular, su campo santo, sus huertas y tierras de labranza, le parece una poblacion, una villa distinta de la Villa y Corte. En esto se fundaria sin duda un geógrafo alemán del siglo pasado que designó al Buen-Retiro como una de las principales ciudades de Castilla la Nueva.

Todo agrada, seduce y admira en Madrid á nuestro aldeano. Si vá á comprar una tela para que su mujer se haga una saya, si ajusta unas cabezadas para sus mulas, si quiere ferriarse una hoz de podar ó un plico, los dependientes de las tiendas respectivas sufren sus regateos interminables sin echarle enhoramala; si se extravia á deshora de la noche por las calles, halla serenos que le dirijan á su posada; si pone su cara en manos de un barbero, sale de entre ellas sin barbas y con pellejo, todo al contrario de lo que en su lugar le sucede. Pero en la naturaleza se observa siempre la ley del equilibrio, y el tránsito del bien al mal es tan pronto como inevitable: no hay, pues, que extrañar que el tio Pescuño, tendiendo á la manzana la mano, adquiriese la ciencia del bien y del mal de la Corte.

Un día pregunta en la calle de la Comadre por donde habia de ir á la puerta del Sol: el sujeto á quien se dirige, le hace el

obsequio de acompañarle por un buen rato, y le encamina despues con tanto acierto, que el buen Pescuño se encuentra sin saber cómo en el patio de San Bernardino, donde quieren tomarle la filiacion y hacerle comensal de aquella santa casa. Otro día, cabalgando en su macho, se lo espantan unos pillos: desbócase la bestia y arroja al jinete, acude á levantarle del suelo un caritativo transeunte, le limpia la chupa, le trae el sombrero, y en seguida saca el incógnito del bolsillo un ejemplar de un bando y exige en términos enérgicos al aporreado patan la multa en que ha incurrido por correr por las calles con su caballería: caridad de alguacil, por fuerza habia de ser costosa.

Pescuño ha venido á Madrid con una comision del ayuntamiento de su pueblo, en virtud de la cual tiene que entregar cierta cantidad de moneda-crédito en una de las oficinas de la hacienda pública. El sencillo alcarreño contaba con despachar brevemente su encargo, porque para recibir dinero creia que los dependientes del gobierno no opondrian tantas dificultades como para darlo. ¿Quién lo pensara? Desde el primer día le dicen que el asunto es complicado y grave, que hay que liquidar, comprobar, ver expedientes y correr trámites, que lejos de correr, van á paso de tortuga. Un día el infatigable Pescuño se llega quedito á la mesa del oficial encargado de evacuar su asunto, y tiene la desgracia de sorprenderle *in fragranti*, dibujando una danza de monos. Amostázase el lugareño y pide con al gun retintin al caricaturista que no le haga perder mas tiempo en Madrid, porque han sufrido ya sus intereses bastante perjuicio. « Venga usted pasado mañana » le respónde el oficial secamente. Pescuño tiene la imprudencia de preguntarle si necesita nada menos que dos dias para dar la última plumada á sus mamarrachos. ¡ Tú que tal dijiste! El funcionario público se pone hecho un poeta inspirado (quiero decir, un energúmeno), tira de la campanilla, aparecen cuatro ó cinco sayones, los cuales al oír la órden enfática de « quítenme de delante á ese hombre indecente, » se apoderan del paletó, se le llevan en volandas hasta la escalera, hartándole de improperios, hijos del amor y respeto que profesan á sus superiores; no dándose por satisfecho el zelo porteril hasta que descargan sobre el mal aventurado Pescuño un razonable número de mojicones.

Jura y reniega á ¿qué quieres, boca? el honrado alcarreño contra Madrid; com

si Madrid tuviese la culpa de que él hubiese cometido una cerrilada. Vuelve dos días después á las oficinas, recházale el portero, pide auxilio á la guardia, y las bayonetas de los ciudadanos, á la voz de un galopo, amenazan á un hombre de bien que viene á depositar en las arcas del tesoro el fruto de los sudores de una porcion de individuos pertenecientes á la clase mas útil al estado. Desespérase el alcarreño: pasan días, sus diligencias son vanas, su bolsa disminuye, su angustia crece. Por fin, halla una mano benéfica que le saque de tan duro aprieto; pero esta mano que se tiende hácia la suya, se tiende abierta y es menester que no se retire vacía. Una ribeteadora, parienta (por Adán) de un barrendero de la oficina impenetrable, se encarga, mediante una gratificación previa, de zanjar el asunto del alcarreño. El pobre Pescuño tuvo que comprar un protector con faldas para conseguir que el erario nacional recibiese su dinero.

« No mas Madrid en mi vida, » decia al bajar la calle de Alcalá, dirigiéndose á la puerta de Atocha, fijos los ojos en la tierra,

y tan embebecido en el cómputo de los gastos del viaje, que ni siquiera al pasar por la casa de los duques de Villa-Hermosa le merecieron una mirada de despedida el Dios de los mares, ni el príncipe de los ingenios españoles. Con todo, al cenar en la posada aquella noche, se acordó de las ollas de Egipto, ó sean las de la hosteria donde consintió que le diesen gato por liebre; al reñir con la patrona por la cuenta, hizo memoria de que en Madrid se regateaba sin insultarse; al salir, ya en su pueblo, de la casa del desuella-caras con título, echó menos la mano suave del barbero que le rasuraba cuando habia de visitar al oficial dibujante; y pasado algun tiempo, y olvidadas las aventuras de San Bernardino, del alguacil y de los porteros, cuando le preguntaban sus vecinos acerca de la Corte, respondia el imparcial alcarreño: « Madrid es una poblacion grande y hermosa, donde puede vivir cómodamente un hombre, si tiene dinero para gastar, y cordura para conducirse. »

El Corresponsal.

EL MERCADER DE LA CALLE MAYOR.

Eran en Madrid dos siglos hace las gradas de San Felipe lo que ahora la puerta del Sol, es decir, el punto de reunion de los holgazanes y el mentidero de la Corte. Bajo este postrer concepto, sin embargo, cada café de la capital, cada gabinete de lectura, cada redaccion de periódico es una puerta del Sol hoy día ¹. Afirmarse puede sin escrúpulo de conciencia que son al presente mucho mas copiosas que en lo antiguo las trasgresiones del octavo mandamiento que se cometen dentro de los muros de la muy heroica villa, por la razon sencillísima de que hay ahora en ella mas andaluces que antes, mas diplomáticos, mas pretendientes, mas hambre, mas vendedores, mas poblacion en fin, y por consiguiente mas que mientan.

Una mañana, pues, en aquellos tiempos en que contaba Madrid menor número de mentirosos que en la época que alcanzamos, sabia pausadamente las gradas de la lonja

¹ 1839. Ya (1842) no existen San Felipe ni sus gradas.

de San Felipe un hombre de *edad proveccta y duros espolones*, medio escondido el rostro con el ala de un sombrero sin toquilla, pero con mugre, la capa de bayeta, la ropilla de paño negro de recia calidad, y el calzon de lo mismo, con un remiendo en cada rodillera, muy bien echado. Pidiéronle limosna unos cuantos pordioseros que ocupaban los lados de la escalera; socorrió al mas anciano, y él se lo agradeció entre dientes; de los otros pobres el uno le llamó ladron, el otro judío, y los demás le cantaron á coro una letanía de maldiciones. Calló el de los remiendos y prosiguió su camino, dirigiéndose á un corro de mozalbetes, donde se hablaba del mérito de una comedia de Calderon, que dos días antes se habia estrenado en el palacio del Buen-Retiro. Acercóse el buen hombre seis ó siete becas con el sombrero en la mano á uno de los caballeros del corro, jóven de mejor presencia que vestidura, y se hubo de retirar otras tantas, convencido de que ó no le veian, ó no querian escucharle. Iba en esto el jóven analizando los primores de la co-

media, y señalando en ella á la par tantos defectos por lo menos como rasgos ingeniosos celebraba, para lo cual repetía algunos versos que habia aprendido de los cómicos; y queriendo imitar la accion del galan en uno de los pasajes del drama de mas efecto, dió dos pasos atrás, y extendió violentamente el brazo derecho en ademán de desenvainar la espada; pero con tan fatal acierto para el pobre diablo que aguardaba el fin de la disertacion crítica, que le plantó encima de un pié el tacón de una bota, y entre barba y narices el puño cerrado. Volvió la cara el manco al advertir que habia tropezado con una persona, conoció al paciente, y echando un voto, le dijo: « ¡ Ahí estabais, Mondragon? Válgame el diablo. ¡ Siempre con la vara de medir á vuestras, y todavía no habeis calculado la distancia que debe mediar entre nosotros! » Abogó un suspiro Mondragon al oír estas palabras de doble sentido, contentándose con responder al caballero lo mas sumisamente que pudo: « Si me dijerais, señor don Gaspar, dónde y cuándo me seria posible abocarme con vos, sin que os causara molestia, me hariais una merced que os estimaria en el alma. » — « Yo habia pensado haceros una visita hoy mismo, » contestóle don Gaspar, « porque necesitaba cien ducados para esta noche. » — « Os los tendré prevenidos, » replicó Mondragon, lanzando esta vez el suspiro anteriormente sofocado. « Supongo que ireis de noche, porque de dia ya sé yo que nunca os dejais ver por mi casa. » — « Iré á la noche, » repuso el caballero volviendo á Mondragon la espalda, « y decid á Beatriz que gustaré de oírle cantar un tono nuevo. »

Mondragon hizo una cortesía á cada uno de los jóvenes del corro, que habian estado algo distantes mientras duraba este corto diálogo, y se apresuró á dejar un sitio donde su presencia era una aparicion extraña. « Gracias á Dios, me ha dicho que irá, » exclamó con el acento de la esperanza; y para mostrar su agradecimiento al Señor, dió un maravedí á cada mendigo de los que antes le habian insultado, los cuales, consecuentes en su carácter, le insultaron tambien entonces, aguardando solamente á que estuviese algo apartado de ellos para aplicarle los epítetos de logrero, de ruin, y de giboso por añadidura.

¿ Quieren saber mis lectores quién era este hombre remendado y mugriento, con toda la sumision de un pobre, y con ciertos visos de poderoso? Sigámosle los pasos, y á

pocos saldremos de duda. Véanle ustedes entrar en una tienda de la calle Mayor, abriéndose paso entre los compradores con tanta grosería, como atencion y encogimiento manifestaba no há mucho en la lonja de San Felipe. Aquella tienda, aquella casa era la suya. Equivocariase mucho quien, para formar idea de la tienda de Mondragon, escogiese por tipo alguna de las que ahora vemos en el mismo paraje. No se hable de banquetas elegantes y cómodas, no se piense que allí habria lámparas magníficas, ni espejos, ni columnas, ni dorados, ni esculturas, ni pavimento de mármol: una pieza baja, estrecha, oscura, con las paredes denegridas; tres escalones que descender para llegar á un piso mal estabado; y por mostrador una mesa larga de pino sin pintar, como la destartada anaqueleteria; esto era en aquella época un almacén de modas en la capital de España, señora de dos hemisferios.

Damas de guardainfante, escoltadas de rodrigon y dueña, caballeros de hábito, doncellas de labor, sastres y novios ocupaban la tienda: todos al ver á Mondragon, le gritan que los despache, y él con un desabrido *aguardarse* responde á todos, y se entra á dejar el sombrero y la capa. Presentase despues á la concurrencia calándose un gorro sucio y descolorido, reparó unos torniscones á los mancebos que manejan los lios, y empieza á preguntar á cada uno de los parroquianos qué es lo que quiere. — *Estuñillas de martas*, dice una señora: *modas de pelo*, dice un pisaverde. — *Raso, rastilla, chamelote, colonias, sempiterna*, claman á un tiempo los demás. — « Vayan á chillar á un lavadero, noramala para sus lenguas, » prorumpió Mondragon hecho la segunda parte de su apellido: « á cada uno le llegará su vez. — Que tengo prisa. — El compañero de mas arriba está mano sobre mano: pase usacod allí y se lo agradecerá, y yo tambien que me deje. » Toda esta amabilidad y dulzura empleaban para despachar sus géneros los antiguos mercaderes de España. Por fin riñendo y contestando, satisface brevemente á todos, les hace pagar lo que quiere, desocúpase la tienda, y el mercader se sube á ver á su hija.

Mondragon era un comerciante rico; pero la misma magnificencia se observaba en el atavío de la hija, que en el mostrador y el menaje de casa del padre. Beatriz vestia un hábito de anascote: en su habitacion no se veía, como en las de las comerciantas

de ahora, piano ni arpa, ni tocador con espejo movable, ni dibujos ó bordados de la señorita puestos en lujosos marcos, ni en su mesa había mas libros que un *Ordinario de la Misa*, impresion de Amberes con viñetas, regalo de un canónigo, y el *Flos Sanctorum*, en letra de tortis. Sábase empero por tradicion fidedigna que la niña conservaba ocultas en su baul la *Diana* de Gil Polo, las novelas de Montalvan, y un tomo de comedias del Maestro Tirso de Molina.

Beatriz se ocupaba en una labor, en la cual apenas ponía los ojos, porque á la primera mirada que fijó en su padre, conoció que traía que decir, y así esperaba con ansia el momento en que Mondragon desplegase los labios. No se atrevia á dirigirle una pregunta; pero procuraba dejar advertir su impaciencia. Mondragon, despues de un rato de silencio, le rompió diciendo:

— He hablado á don Gaspar.

— ¡Bendita sea la bondad de Dios!

— Le tendremos aquí esta noche: pensaba venir á verme.

— ¡Ah! bien os decia yo.

— Sí, necesitaba cien ducados.

— ¡Para eso viene!

— ¡Para qué ha de acudir á la casa de un mercader un boquirubio de la corte? Para estafarle su dinero, para afrentarle su hija.

— Padre, por Dios... Yo no merezco...

— ¿Cuándo te persuadirás de que á una doncella no le basta ser honrada, si da lugar á sospechas su poco recato? Te han visto hablar á ese hombre que puso en tí los ojos en hora menguada, y has perdido tu reputacion, como si hubieses cometido una culpa mas grave. Él propio, para satisfacer su vanidad, se habrá alabado de favores que no ha conseguido... Para el mundo, Beatriz, estás desconceptuada, deshonrada; y al don Gaspar no te da la mano, no hay mas asilo para tí que una clausura. » Beatriz se deshacia en llanto al escuchar estas terribles palabras. Mondragon prosiguió: « Vendrá tu galan esta noche, y si me atrevo á decirle: sois un aleve si no os casais con mi hija, me responderá: vos sois un villano, y yo no quiero viciar mi sangre mezclándola con la vuestra. Si le recuerdo que te he librado de sus acreedores, y que me he dejado engañar de intento con promesas y firmas que nunca serán satisfechas, para ver si su pundonor le excitaba á reparar el daño que habia hecho su loco amor á mi honra, me replicará entonces que todo el oro que encierran mis arcas es mezuquino

premio de tan alto enlace, y que no es culpa suya que tú hayas sido crédula, y que yo en medio de la ruindad de mis pensamientos haya hecho un cálculo descertado sobre la elevacion de su espíritu. Porque, hija mia, yo que fui pobre y que á fuerza de industria legitima y de constancia soy ya opulento, lejos de haberme granjeado el aprecio de los hombres, me he atraído su aborrecimiento y su envidia; y ese jóven insensato, disipador del caudal de sus padres, ese nada ha perdido de su opinion y lustre por su disolucion y por su imprudencia. La carrera de los honores está abierta para él, y nadie le hace cargo de haber sumido en la miseria á veinte familias; y yo que mantengo en una cómoda mediania numerosos dependientes en varios puntos del reino, soy un hombre despreciable para las gentes. Él, que vive entrapando á todo el que no le conoce, inspira respeto hasta á sus mismos acreedores, y grandes y pequeños le quitan la gorra; á mí me escarnecen hasta los mendigos. »

Hay quien afirma que Beatriz, en tanto que su padre ensartaba esta relacion tan prolija de lástimas, decia interiormente que si los mercaderes se veian tan despreciados á la sazón, tal vez era la causa principal de este desprecio la rusticidad insufrible de sus modales, su ignorancia supina en aquellos ramos que dan cierta blandura y jovialidad al carácter, su avaricia sórdida que les privaba de todos los placeres honestos, y les hacia recrearse en la suciedad y el desaliño, y en fin, la falta absoluta de verdadero espíritu mercantil, que hacia de una profesion útil y honrada un arte de grosera engañifa.

Vino la noche, y don Gaspar, gracias al estado de su bolsillo, cumplió su palabra y acudió á la tienda. Encerráronse en un cuarto la hija y el padre y el caballero; y hubo allí reconvençiones y gemidos y voces, y ratos de hondo silencio, y por último abrazos y lágrimas de la mejor especie. A los dos dias don Gaspar salia de Madrid en posta con un bizarro traje de camino, y Beatriz cantaba á la vihuela en su cuarto un sentido romance con el tono de la mas dulce y amorosa melancolía.

Algunos meses despues se casaba don Gaspar secretamente en una villa junto á Palermo con una hermosa jóven, y la tienda de Mondragon en la calle Mayor de Madrid habia desaparecido. La esposa de don Gaspar se llamaba Beatriz, y el administrador de la casa del caballero era un español de

espalda encorvada que se firmaba M. y Carreño.

Todo esto fué necesario para que un caballero de aquella época se casase con la hija de un mercader que gastaba calzones remendados.

En el día un noble hubiera sido mucho menos escrupuloso, porque comerciantes como el suegro de don Gaspar ya no se usan.

Generalmente en las preocupaciones que han reinado contra tal ó tal clase ha intervenido alguna razon justa, fundada en los vicios ó ridiculeces de los individuos de ella, y por eso la preocupacion se ha desvanecido en el momento en que la clase menospreciada se ha hecho acreedora á mas ventajoso concepto.

El Corresponsal.

EL JORNALERO.

1839.

Quien tiene oficio, tiene beneficio. Esto se decia en España siglos há, cuando por otra parte la opinion y las leyes habian envilecido á los que ejercian ciertas profesiones útiles; cuando un hidalgo hambren de lugar hubiera ahogado entre sus manos á una hija suya si la hubiese visto enamorada de un molinero, aunque la niña tuviera, amén de pobre, la falta de un ojo y la sobra de una giba, y el galan fuese acomodado, rubio como unas candelas, y hombre de bien por añadidura. Entonces, si hemos de creer á nuestros mayores, habia en este país mas virtud y religiosidad que ahora; y á pesar de que la primera virtud del hombre social ha de ser la justicia, y que la fe del Salvador tiene por base la caridad, la humildad y la mansedumbre, el artesano era generalmente despreciado, cuando no fuese aborrecido. ¡Podia un zapatero corto de vista haberse atrevido, en la religiosa época del hipócrita Felipe II, á cruzar las calles de una populosa ciudad con las tijeras en el cinto, bajo el brazo un lio de tela, y un par de anteojos cabalgados en las narices! Ya le hubiera costado cara la broma. No hubiera andado tres calles sin que le hubieran apedreado los muchachos, ó le hubiese hartado de puntapiés algun lindo don Diego, ó conducido á la cárcel algun corchete celoso del decoro público. Solo tenia derecho á ver artificialmente entonces algun letrado de hosea y cetrina catadura, capaz de formar un alegato encima de la veleta de santa Cruz, ó bien algun predicador que se hubiese desdentado en el púlpito, donde con citas del moro Rasis, de Lucrecio y de Raimundo Lulio habia probado mil veces al

pio y estúpido auditorio, que le aclamaba tirando los sombreros al aire, que san Bernardo fué hermano de leche de Jesucristo, Traje, habla, trato y diversiones á parte, como raza proscrita, tenían á la sazón, en medio de una sociedad holgazana y vanagloriosa, los únicos que cumplian en ella con la eterna ley impuesta por el Criador al hombre, la de ganar el sustento con el sudor de su frente.

Hoy no es así: en la iglesia, en los peseos, en los teatros se ve al artesano al lado del titulo, y á guante puesto, difícil es que por el traje se acierte á distinguir al uno del otro. Quedan sin embargo aun resagos de la opinion que dominó un dia, como escombros de un edificio arruinado á orillas de una senda, cuyo libre paso embarazan. Todavía un meritorio de oficina que escribe *huérfano* con G, y *embrion* con H, se burlará de quien califique á un carpintero de persona apreciable. Examinemos las causas de este desvío, y prevengamos antes de todo que los jornaleros de quienes vamos á tratar en este artículo son únicamente los que ejercen las artes mecánicas; no sea que alguno tenga por comprendido en aquella denominacion á todo el que recibe un tanto por cada dia que trabaja: entonces entrarían en el número de los jornaleros muchos que no son artesanos.

¿Qué es un artesano en Madrid? ¿Quiénes son los artesanos ya? Un zapatero es todavía un menestral; un saestre y un peluquero son artistas: un tornero capaz de armar el aparato para tornejar óvalos, es un artifice: pues ¿dónde están los artesanos? Harto será que encontremos mas que los

arpinteros, los panaderos y los albañiles, y esto porque los unos labran y los otros usan *artesas*.

Madrastra la suerte con los artesanos, les regó favores que ha concedido á los que emprenden otras carreras. Sentíase antes un jóven llamado por el espíritu de abnegación, ó por el deseo de la holganza, á la cómoda austeridad del claústro: con pelarse la cabeza y echarse el saco encima, cátafe á Periquito hecho fraile. Un estudiante de retórica tropieza una mañana con el diccionario de la rima; y exclama *ex abrupto*: « Yo soy poeta: » y en prueba de lo que es, emborriona cartapacios, remite composiciones á los periódicos, lleva los dramas de tres en tres á la empresa de teatros, y anda á moquetes con sus compañeros si le echan en cara que ha rimado *andaluz con virtud*, y *arabeo con tudesco*. El artesano para llegar á ejercer un arte, tiene forzosamente que ser aprendiz primero, y emplearse en labrar un palo, pegar mangas, moler almazarrón ó machacar suela, operaciones (¿quién lo creería?) mas difíciles de desempeñar atinadamente que escribir un drama en media docena de jornadas, histórico, patético, simbólico, sistemático, drolático y circunlóquico: lo uno es necesario aprenderlo, y lo otro se hace sin necesidad de aprender nada: véase si es moco de pavo la diferencia.

Un aprendiz en España contrae al abrazar un oficio dos obligaciones: la de instruirse en él á *ratos perdidos*, durante cierto número de años, y la de emplear lo demás de este tiempo en servir al maestro, á su mujer, á sus hijos y oficiales en todo lo que les ocurra. ¿ Ven ustedes en el verano esos grupos de muchachos que juegan al chito en las inmediaciones de una fuente, aguardando *vez* para llenar sus botijos? Pues casi todos los actores de aquella escena de laboriosidad son artesanos de primera tonsura. En esta singular posicion tiene una gran ventaja el artesano sobre el alumno de las musas: el uno gasta tiempo y papel sin fruto, y al otro se le paga lo que huelga y lo que estropea en el obrador de su maestro. Fuera de España parece que pasa todo lo contrario: allí el que aprende paga al que le enseña; por lo cual se han empeñado en decir gentes cavilosas que mas allá de los Pirineos se aprende y se enseña mejor y mas pronto.

Hubo una época en que los aprendices componían, por el tiempo que duraba el aprendizaje, parte de la familia de su maes-

tro: con él comían, bajo su techo habitaban, con él iban á misa los domingos por la mañana y á paseo por la tarde, y él vigilaba su conducta y aun era en cierto modo responsable de ella. Aquel tiempo de austeridad pasó; los aprendices de ahora en el hecho de pasar de la casa paterna al taller se emancipan de la autoridad doméstica, y los dias y horas que están fuera del poder magistral, no conocen ni Rey ni Roque. Este hábito de independencia que cobran desde el momento en que ganan un real diario, se fortifica á medida que van adquiriendo alguna destreza en la profesion; por lo cual, si no se les aumenta el sueldo, pronto dejan al primer maestro y buscan otro que les haga mejor partido. Así, corriendo de taller en taller, temidos de los maestros que casi se ven precisados á contemplarlos, tratados á baqueta por los oficiales que se desquitan en ellos de lo que sufrieron cuando aprendían el arte que ejercen, pasa el tiempo, desentorpecen las manos, desenvuelve cada uno su habilidad respectiva, y llegan á la féliz época en que pueden encargarse de un destajo ó ganar un jornal decente, es decir, que llegan á ser declarados ó considerados oficiales. En todo este intervaño ya han tenido tiempo mas que suficiente para olvidar la instruccion primaria; y es cosa harto frecuente entre los artesanos tener á veinte años ó mas que dedicarse á cursar la lectura, á restaurar la letra, á recordar la aritmética y el dibujo que abandonaron en la edad en que no presumían cuán necesarios les habian de ser tales conocimientos mas adelante.

Entonces es cuando la fisonomía moral del jornalero toma todos sus caracteres propios y distintivos: entonces es cuando suele hacerse desabrido con sus iguales, atrevido con los que mira como inferiores, envidioso de los que gozan mas que él, tosco y grosero con todos. Olvidó la gramática de *Naharro* y se divorció de los libros, y cuando llega el caso, ni sabe escribir una carta, ni formular una cuenta, ni explicar á un parroquiano una operacion mecánica ó el plan de una obra. Esta rusticidad es la que repugna á los individuos de otras clases en que hay mas cultura, aunque no mas virtudes que en la clase fabril. Reunidos casual ó frecuentemente hombres de distintas categorías, cada cual gusta de hablar con quien pueda entenderle, y guarda silencio con los demás. La indulgencia y la cortesía deben reinar en toda conversacion; pero principalmente cuando la conversacion es entre per-

sonas que ó no se conocen, ó se rozan poco: y á fe que las dos prendas mencionadas no son muy comunes entre artesanos, y sobre todo entre jornaleros. Un menestral se irrita si advierte una ligera sonrisa en los labios del que le oye decir *necesidad*, *correspondencia*, *fantasta*, *quizaas*, *escorruto*; pero si advierte que algun profano emplea la voz de *cerraja* en lugar de la de *cerredura*, ya tiene ocasion de mofa para una semana. Acude á una oficina del gobierno para que le despachen un asunto; le cuesta dos ó tres viajes la diligencia, y ya le basta esto para decir que todo empleado es un gandul que se complace en entretener al pobre que solicita: sin acordarse mientras tanto de las infinitas palabras que ha dado de concluir sus obras para un día fijo, sin haberlas cumplido nunca.

El jornalero en Madrid gasta frac ó levita como el elegante; pero un gran número de individuos de la clase no han podido renunciar á su distintivo peculiar, la vara. Y ¿cómo han de abandonarlo, si es para ellos un instrumento absolutamente preciso? Llega un día de fiesta: Paco Tarugo se acicala para ir á Chamberí á ver á Maruja la bordadora: el domingo anterior mientras la daifa ocupaba una silla en la máquina giratoria del supuesto *tío Vivo*, la miraba un terne á lo zaino: buena y aun indispensable es la navaja; pero como es chisme que se reserva para las altas ocasiones, forzoso es llevar en la mano un retoño de fresno; y si se atisba al rival presunto, se cuadra uno, se pone la izquierda en jarra, se agita con la derecha el palo, se tose, se escupe por el colmillo luego; y el galán á quien se dirige la intimação indirecta, ó se ecurre prudentemente haciéndose el sueco, ó se arma la broma y

se luce un hombre á los ojos de su dama, sin que haya efusion de sangre. A favor de diez ó doce varazos por activa, pasiva ó participio, tal vez un gaché vence los rigores de una manola esquiva, y tal vez aplicados sobre la carnosa espalda de una beldad inconstante, fija un hombre para siempre aquel corazón jamás rendido al apacible halago de un cariño tierno.

El jornalero de Madrid concurre al teatro, principalmente las tardes de invierno, y por lo comun guarda compostura, escucha con atención, aplaude muchas veces y silba pocas: los que silban de oficio, los que alborotan, los que ni oyen ni dejan oír, no son jornaleros. Gusta mas de los toros, porque allí se divierte con más desahogo; pero al paso que vamos, pronto le divertirán igualmente ambos espectáculos, porque pronto veremos en el teatro tanta algazara como en la mas estrepitosa corrida. Las óperas le apestan; las comedias de ahorcados y de magia son su delicia. Suele casarse jóven: su mujer para ser feliz necesita principalmente saber dos cosas; dominarse á sí los sábados por la noche, y dominar á su marido en el resto de la semana. Por fin, en España hasta ahora los jornaleros trabajaban menos que los jornaleros de otros países, comían mejor, y aunque vestían con mas desaliño, se portaban con mas honradex, y un gran número de ellos moría en su cama sin haber hecho gasto de un maravedí al hospital y sin haber tenido que declarar nunca su nombre á los porteros del *palacio de provincia*. Hoy su suerte ha variado mucho: hoy no tienen que trabajar... con esto está dicho todo.

El Corresponsal.

TROPIEZOS DE UNA ESCALERA.

1839.

No hay que asustarse: la escalera de que voy hablar no es de aquellas oscuras y laberínticas, sigilosamente buscadas á ciertas horas de la noche en Madrid, las cuales si dlijeran lo que pasa por ellas, nos obligarian á taparnos los oídos, apurando todas las intenciones de la gramática. *Las paredes oyen*, dice el refrán; pero la experiencia nos

enseña que callan, y mas vale así. Por lo demás, ¡cosa chusca sería el oír hablar á una pared, ya fuera del gabinete de una beldad, ya del despacho de un señor ministro! Los muros de una cárcel podrian tambien contarnos anécdotas interesantísimas. ¡Tremendo es el umbral de una cárcel! Solo es mas terrible el de la vicaría.

Yo habito en un cuarto tercero de una casa nueva: tengo por consiguiente una habitacion, reducida (porque soy huésped) á una pieza sola, no muy larga, á la verdad, pero sí muy angosta. Cabe en ella, si embargo, una cama allá en el fondo; y desde las cortinas que la rodean hasta el balcon, hay primero un aguamanil y luego un armario y despues una mesita para escribir, y con el lienzo de enfrente cuatro sillas y un sofá. Cuando me vienen á ver hasta seis amigos, casi podemos estar sentados. Ya ven mis lectores que tengo una vivienda por el estilo de la de Sócrates, y eso que no puedo compararme con Sócrates sino en lo feo. Me parece, con todo, que mi patrona es mas fea que yo. Una bendita de Dios á parte de esto: mujer tan mortificada y penitente, que lo mas del año me trae penitenciado á mí, sin consultar con mi gusto. Cuando no se le olvida echar en la olla el chorizo, me suprime los postres: su memoria es tan infeliz que no se acuerda de coger los puntos de mis calcetas, y tal vez equivoca el día 21 con el último del mes. A pesar de todo, yo no pienso en mudar de posada: algo será ello.

Suenan tres golpecitos suaves en la pared donde apoya la cabecera de mi cama, pared que es medianería entre mi casa y la del vecino: contesto inmediatamente y corro al balcon; el balcon es lo que yo pago á mi huésped. Por pronto que me asome, ya se halla en el balcon inmediato una linda jóven que me dice: « Estamos solas y vamos á salir; si pasa usted á casa, puede que mamá le permita que nos acompañe. » — « Mercedes, niña, ven aquí, » grita la mamá desde adentro, y Mercedes tiene que escapar para que no la pillen en el garlito. Su mamá doña Gregoria es una madre con toda la severidad del siglo XV, todo el saber del siglo XVIII, y toda la desconfianza del XIX: ¡ vaya usted á averiguarse con tres siglos juntos! Así es que solo he conseguido besar la mano á mi hermana una tarde que paseábamos en un sitio donde no parecía un alma; y fué porque habiéndose levantado una fuerte ventisca, el polvo habia cegado momentáneamente al Argos que nos vigilaba. ¡ Triste sagacidad la de los mortales, cuando una ráfaga de viento se burla de ella!

Vistome apresuradamente; pero con esmero, porque bien lo necesito: ya he dicho que no soy nada galán, y que mi dama es muy linda. No hay que escandalizarse de que una jóven hermosa se prende de una figura de tapiz; porque las mujeres suelen

por lo comun escoger lo peor, y porque mi adorada, entre sus muchas perfecciones, tiene la faltilla de ser coja. Con las damas sucede lo contrario que con las composiciones poéticas; son menos difíciles las de pié quebrado. Bajo á brincos la escalera de mi casa, salgo á la calle, entro en el portal de Mercedes, y pongo el pié en el primer escalon al mismo tiempo que una criada sacude desde el último piso un felpudo, no removido quizá en dos meses; y la puerca me cubre en un santiamen desde el sombrero á las botas con una capa de polvo un dedo de gruesa. Juro y reniego copiosamente; pero la broza no huye de mi vestido espantada con mis juramentos; y por no dar que reír á doña Gregoria y quizá á su amable hija, vuelvo á mi cuarto para limpiarme, y por lo pronto tengo que ponerme en camisa. Terminada la operacion, salgo nuevamente de casa; pero tomo mis precauciones antes de internarme en la fatal escalera. Ya habia subido sin tropiezo hasta el cuarto segundo, cuando un inmenso rollo de esparto, una movible columna, una torre inclinada, sostenida en los hombros de un robusto gallego, me ataja el camino. ¡ Maldiga Dios á quien tan inoportunamente desestera! Resuélvome á retroceder, no pudiendo avanzar; mas ni aun esto me permite mi picara suerte. Mientras yo calculaba si el rollo de estera me dejaria paso, otro mozo de cordel que sube con un estante me corta la retirada: cósorse contra la puerta del cuarto segundo, y la puerta se abre y caigo á la larga, besando casi las faldas de la respectable doña Casilda que salia acelerada de su habitacion á reñir al mozo que subia el estante. Nunca dije con mas propiedad á los piés de usted á una señora; nunca lo dije tampoco de peor gana ni con mas sentimiento: habia caido en manos de la mujer mas habladora que produjeron jamás padre sangrador y madre ropera.

« ¿ Se ha asustado usted? ¿ Se ha hecho usted daño? Tome usted un vaso de agua. » Y que quieras que no, me encaja en la cocina. « Venga usted donde le dé el aire. » Y me lleva sin mas ni mas á su balcon, perpendicularmente colocado debajo del de Mercedes. « Lo mismo que á usted », continua, « le sucedió á don Telesforo Quinceces el año que fué tesoro de la hermandad de San Lucas evangelista, quince dias antes del que hablamos señalado para casarnos. Cuando digo que le sucedió lo mismo, quiero decir solamente que se dió una costalada en una escalera; pero el pobrecito don Teles-

foro se desnucó del golpe. » — « ¡ Mal rayo parta las escaleras ! » replicó yo. — « Amén, » contesta doña Casilda : « en una escalera fué donde reñimos mi Telesforo y yo la última vez. » Y la buena señora me ensarta la relacion de un altercado ocurrido el año que se incendió la plaza Mayor de Madrid. Cuando me refiere las razones de don Telesforo, baja la voz misteriosamente; cuando me da cuenta de las suyas, se enajena, habla en primera persona, y todos los que la oyen se figuran que riñe conmigo. « Usted es un pérfido, » exclamaba como una energúmena, « usted hace cocos á la vecina y luego dice que me quiere; no piense usted que á mí me satisface con decir que se correrán el domingo las primeras amonestaciones. » Una pelotilla de papel que me da en la cabeza, me hace mirar al balcón de arriba, y de entre los hierros veo escaparse la falda de raso de mi bella coja : conozco que nos ha oído, recelo una equivocacion que puede ser fatal á mis amores, y despidome de la novia del difunto cofrade de San Lucas; pero la desapiadada doña Casilda se ha apoderado de mi sombrero, y tarda en limpiarlo todo el tiempo que basta para que

el golpe de la muleta de Mercedes deje de sonar en los peldaños de la escalera.

Recobro por fin el sombrero, salgo aceleradamente..... ¡ Otro nuevo obstáculo ! Un astroso mendigo, tuerto por mas señas, me saluda militarmente con la mano izquierda, me dice que cayó prisionero en Aragon en *la Peña de Orduña*, y me pide una limosna con un modo que da gana de costarle sacando del bolsillo no una moneda, sino una pistola. Conténtele, ó creo contentarle, con una columnaria, y logro por último verme en la calle; pero ni en la calle ni en las inmediatas descubro á mi querida; su muleta parece que se ha convertido en el baston alado del correveidile de los Dioses. Cabizbajo y melancólico me restituyo á mi palomar, y al desnudarme echo de ver que mi reloj y mi dinero se han ido sin mi licencia con el prisionero de la accion de Orduña, dada en los campos de Aragon.

Ardiendo vea yo tan peligrosa escalera, luego que Mercedes se mude á otra casa, y antes que deje su cuarto la habladora de doña Casilda.

El Entreacto.

UN ENTREACTO.

Cada día hay cosas nuevas,
Que el ingenio todo es pruebas.

Esto dijo años há uno de los escritores dramáticos españoles mas ingeniosos, que era fraile de la Merced y por mas señas maestro en teología, por lo cual estaba en obligacion de decir verdad; y á mí se me antoja que la invencion del *acto*, y la del *entreacto* por consecuencia, fué una prueba grande de ingenio, así como fué una gran novedad en su época. Apostaría yo, si fuese amigo de apostar, que al bellacon de Aristófanes, al sublime autor de los Edipos, ó al desconocido Menandro, de quien se nos dice que valia por dos Terencios; si les hubiese indicado álguien, ya que á ellos no se les habia ocurrido, la idea de dividir sus dramas en varias partes, dar un descanso *en ellas* al espectador, y suponer que en *aquel* intervalo pasaban algunas horas y se

verificaban sucesos que no debian presentarse en accion, les hubiera parecido sumamente feliz este pensamiento, y lo hubieran aprovechado, dando las gracias al inventor, aunque fuese un mendigo de aquellos que para no perecer de frio en el invierno, acudian á calentarse á la lumbre de los baños públicos. Los griegos no conocieron los *entreactos*, porque sus obras escénicas se representaban de un tiron; pero los dramáticos modernos han adoptado la juiciosa y cómoda division de los latinos, dándole ese nombre al cual han precedido los de *intermedio* y *blanco*, y quizá alguno mas de que yo no me acuerdo. Verdad es que antiguamente no descansaban en el espacio de un acto á otro los cómicos ni los espectadores : los entremeses

primero y las tonadillas despues ocupaban aquellos huecos. Concluíase una jornada con una escena de zelos ó con la tierna despedida del galan y la dama, y un instante despues salian al tablado dos ó tres figuras grotescas, se insultaban recíprocamente, ya con leve motivo, ya con ninguno; decíanse desvergüenzas de grueso calibre, sacudíanse, en fin, á vejigazos el público, se retiraban, y seguía adelante la comedia, de la cual acaso el espectador ya no se acordaba. En las tonadillas, por lo comun, no se hacia mas que gorgoritear, sabe Dios cómo, un enfadoso altercado de los actores, disfrazados con sus propios nombres, sobre asuntos particulares suyos, tan interesantes para el auditorio como para el Preste-Juan de las Indias. Estos eran los entreactos en el tiempo de las gollas y de las coletas: veamos lo que son en este tiempo de progreso literario, en que para ver morir á *Macías*, es necesario ir á la plazuela de la Cebada.

Cae el telon, y una parte de los concurrentes al teatro se marcha al café. Esto no podia suceder por varias razones en tiempo de Lope: principalmente porque no habia cafés á la sazón. Entonces tanto los mosqueteros como los papamoscas, permanecian dentro del *corral*, y mientras atendian á las gracias del *vejete* ó del *bobo*, se atracaban de avellanas, nueces ó limas, guardando las cáscaras con algun pepino ó zanahoria de buen tamaño traídos de reserva, para arrojárselos á la cabeza al actor que tuviese la desgracia de merecer la desaprobacion del patio. Ahora aunque el mayor número de los espectadores se queda durante el entreacto ocupando su asiento, charlan allí, miran, rien, hacen guiños, talarean, duermen tal vez; pero no comen. Apenas ha caído el telon, empiezan á prepararse los violines para regalarnos con una pieza que mil veces hemos oído: el fastidio que vá á experimentar el oyente se apodera con anticipacion del músico; cada arco parece que arranca un bostezo á las sonantes cuerdas, cada Orfeo se convierte en un Dios, anteponiendo á su nombre una *M*. Pero este ruido es necesario: el silencio es aun mas fastidioso que una sinfonia traquetada.

Una dama rubia de la cazuela que todo el acto ha tenido, no sin incomodidad, fiteado el antejo en un asiento de luneta desde donde un caballero aplaudia con interés á una de las actrices, se vuelve á su compañera para preguntarle en qué país se

figura la accion de la comedia; y cuando vá á responder la preguntada, la dama del antejo la interrumpe diciendo que no se puede venir al teatro porque las actrices son detestables. Dos abonados del patio traban una fuerte disputa sobre si el pantalon del primer galan es obra de Picon ó de Utrilla: un tercero en discordia, persona de gravedad porque lleva gorro, y mas aun por su enorme barriga, los pone en paz, hablándoles, no sin enternecerse, de los tiempos de García Parra, y ponderándoles la mágica expresion de la voz de aquel actor insigne, mientras no se le llenaba la boca de saliva. Hacia el mediodía de la luneta se disputa acaloradamente en un grupo compuesto de personajes que no deben ser muy linceos, porque todos gastan anteojos y empuñan gemelos: los nombres de Metternich, Wellington y Guizot, que se les oye pronunciar á cada paso entre las expresiones de *equilibrio social*, *movimiento de las masas* y *tendencia de los protocolos*, nos manifiestan que son actores de otro teatro mas caro, aunque sus billetes se expiden gratis. Algunos de estos actores con usia ó con excelencia, que se habian dado la mano cordialmente al principio del intermedio, son enemigos irreconciliables antes que se vuelva á alzar el telon: un gesto de placer ó de desagrado, hecho al oír una noticia, es lo que ha producido tan rápida y completa metamorfosis.

¿De qué tratarán aquellos elegantes bigotudos? de modas: están en el artículo de los prendidos. ¿Y aquellas damas del palco, que cuchichean sin cesar? De bigotes: los buenos bigotes llaman la atencion de ambos sexos. Y de la funcion que se ejecuta, ¿quién se acuerda? Esos dos jóvenes de abultadas guedejas á lo Conde de Rebolledo. — « Es una composicion magnífica, » dice el uno. — « Es un plagio, » replica el otro, « esa rapsodia con que hace ocho dias nos fastidian, es una miserable imitacion de un sainete del teatro dinamarqués. Que lo diga, si no, este caballero que nos escucha. — Yo no estoy al corriente de la literatura danesa. — Pero usted no dejará de ver... — Lo que yo he visto es que usted estuvo divertidísimo mientras duró el acto primero. — Ya; pero no se debe tolear que el público sufra un engaño. — Hombre, deje usted al público en un engaño que tanto le gusta: para que le engañen aquí, paga su dinero. »

El espectador cuyos aplausos incomoda-

ban á la dama rubia, le ha dirigido una mirada significativa, y se dispone á salir : la señora sigue su ejemplo. Reúnense á la entrada de la cazueta. El caballero ofrece la mano á la dama de dorados cabellos, para bajar los escalones, y ella la rehusa con altivo desden : esta negativa produce una explicacion. Vienen primero los raptos de furor y la formal protesta de rompimiento, despues las quejas amorosas, y llegaba la zelosa dama al paso de llevarse el pañuelo á los ojos, cuando interrumpie la patética situacion una pareja procedente de la tertulia. Emparejan unos con otros, se ven, se miran... ¡Dios mio! ¡qué sorpresa! — « ¡Mi mujer con un romántico! » exclama el caballero que bajaba. — « ¡Mi marido con una manola! » grita la dama que no habia querido bajar. El elegante y la manola se escurren uno tras otro, y se dan el brazo al revolver la esquina. Al alzarse el telon, todo ha vuelto al estado normal : la

rubia aparece en la delantera de la cazueta: el romántico en la luneta, el clásico (quiere decir, el marido) está en la tertulia : solamente á la manola no se la descubre por ningun lado : tendria sin duda que hacer á aquellas horas. Todo se ha explicado, todo se ha creído, y terminada la funcion, los tres personajes se reunen y marchan juntos, y el pisaverde no tendrá en adelante necesidad de acudir al teatro para ver á la dama rubia : el marido le ha dicho que en su casa, facultades y personas están á su disposicion.

Todo esto y mucho mas pasa en un extracto : episodios independientes de la accion que se figura en las tablas, cada uno de estos lances puede servir de base á una composicion dramática trágica ó cómica, casi siempre de *intriga, de costumbres* siempre, pero rara vez ó jamás de *costumbres.... ejemplares.*

El Extracto.

UN VIAJE EN GALERA.

1842.

Cada dia va haciéndose el mundo mas viejo, y por consecuencia cada dia va descubriendo mas las manias de la vejez. Los viejos (y las viejas sobre todo) son muy aficionados á cuentos, y el mundo de hoy dia no es mas que una vieja curiosa y parlanchina que rabia por contar lo suyo y averiguar lo ajeno. La ancianidad del mundo es la que hace á los mundanos de hoy desvivirse por saber todo lo que pertenece á la vida privada de las generaciones que les precedieron, y divulgar la suya para instruccion de las razas venideras. De aquí los cuadros y escenas de costumbres, las biografías de todo bicho viviente, las novelas históricas y las historias novelas, las relaciones de actos públicos y los públicos actos de relaciones, las memorias de viajes y los viajes de memoria. Pero si la curiosidad del mundo va, como es de creer, aumentándose con el tiempo, quizá la mayor parte de los artículos de costumbres que se escriben ahora dejen mucho que desear á los curiosos de otras edades. Reflexionarán, y con razon, que estos artículos fueron es-

critos mas bien para deleitar con la amenidad de la narracion que con la verdad de los lances; que es enteramente gratuito el modo de presentarlos, y que no es fácil distinguir en ellos la línea que separa lo posible de lo caprichoso; y en esta duda, erudito habrá que prefiera una relacion de fiestas reales, aunque sea la de aquellas que hizo Madrid en octubre de 1823 (que es pieza de gusto), á las mejores páginas que trazó la pluma del Curioso Parlante. Nuestro erudito podria decir de la relacion mencionada, como cierto santo varon alabando un poema histórico : « que el autor de aquella obra tenia el mérito de no haber inventado nada. » El elogiante no era el inventor de la pólvora.

Todo este preámbulo viene á parar en resumen en que será inútil buscar en la narracion de este viaje la chispa y el interés de un cuento de invencion verosímil, porque no es sino la pintura exacta de un hecho comun : es crónica, no es novela ; se escribe para los que intervinieron en él, y para que de aquí á cuatrocientos años,

cuando se haya perdido en España la memoria de lo que fueron galeras (pérdida que será ganancia envidiable), pueda un autor de aquella época traducir estas notas en lenguaje corriente; y dirigiéndose á los que no hayan conocido medios de comunicacion tan fatales, ponga por epigrafe á su escrito, como el autor de cierta novela fantasmagórica ¹: « Leed y estremeceos; nada hay aquí de fabuloso. »

Yo tuve... (Otro diria *nosotros* á la moderna; pero yo creo que tal manera de hablar solo es propia de los que escriben en compañía con algúen, y de las personas múltiples ó dobles, como periodistas y embarazadas). Yo tuve precision de salir de Madrid á un pueblo de Castilla la Vieja; me importaba marchar pronto, y los billetes de la diligencia estaban tomados para muchos días anticipadamente; habian de ir conmigo doña N. N. y don N. N., que no son caballistas, ni yo tampoco; y así fué necesario recurrir á una galera, de lo que me arrepiento como del mayor de mis pecados. Suponga el lector hechos todos los preparativos de marcha; pero permitame no pasar en silencio el mas impertinente de todos, el pasaporte. El pasaporte para dentro del reino me ha parecido siempre la invencion mas estúpida de la civilizacion moderna; y en un país que se dice libre, es un ataque directo á la libertad de los ciudadanos. ¿Qué le importa al poder que manda, que esté yo en Cádiz ó en Barcelona? Donde quiera que yo necesite su amparo, allí debe tener él quien me proteja; donde quiera que yo quebrante la ley, allí debe tener él quien me reprima. Pedirme un fiador porque salgo del lugar de mi residencia equivale á suponer que forma cada poblacion un estado distinto, por lo cual el gobierno, impotente para espiar á cada viajante, exige que le dé otro ciudadano en rehenes, para que si se excede el que marcha, pague el que se queda: ¡sagar y admirable política! El dichoso documento me costó dos visitas al abonante, tres al alcalde del barrio y una al ayuntamiento: seis diligencias y cuatro reales en todo. En cambio de tantas molestias, el gobierno ofrece al que viaja un camino descuidado é inseguro, donde la vez que los carruajes no vuelcan y los ladrones no roban, es por un favor especial de la divina Providencia.

Hétenos pues N. y N. y yo en el umbral de una posada, calle de la Montera, espe-

rando el momento de la partida, que segun la costumbre de los ordinarios, no llegó hasta unos cinco cuartos de hora despues de lo tratado. Lo público del sitio y el ser ya media tarde hizo que me encontraran allí algunos amigos, lo que dió lugar á despedidas afectuosas y á estorbar el paso á los transeuntes. El abrazo de despedida y el de tornada son lo mejor de un viaje; solo por ellos debería caminar todo el mundo. Encaramado en la galera, cuando fué mi vez, registré su disposicion interior, y vi que nuestros hábiles conductores habian reunido los cofres de los viajeros y puéstolos de canto, sujetos á lo largo de las varas de la galera, formando así dos líneas de asientos medianamente blandos, por estar cubiertos con mantas; pero siendo todos los baules de diferente anchura, resultaba de uno á otro un escalon de algunas pulgadas, incomodísimo para el pobre á quien tocara sentarse encima. Los mejores puestos se hallaban ya ocupados por algunos consocios prudentes, que habian querido esperar dentro del carruaje y no á la puerta de la posada. Fui á sentarme, y al enderezar la cabeza, me di un razonable coscorron contra uno de los aros que sostenian el toldo: pregunté al mayoral si pensaba conducir á los pasajeros doblándolos como quien cierra un compás, y me tranquilizó respondiéndome que á las tres ó cuatro horas de camino (¡una friolera!) la carga bajaria por su propio peso, y podriamos alzar la cabeza impunemente. Me consolé reflexionando que yo seria el de menor estatura de todos, y por tanto el que menos derecho tenia para quejarse. Arrancó en esto la pesada máquina, sin embargo de que faltaba, segun dijeron, la mayor parte de los compañeros de camino, porque unos esperaban en la puerta de Bilbao, y otros habian preferido pasarse hasta Fuencarral, acaso por no ir hechos una C debajo del toldo. Yo observaba que apenas habia en la galera lugar vacío, y no podia atinar dónde ni cómo habia de embanastarse tanta gente. Mis temores eran fundados: llegó el terrible y apretado instante de que subieran los que caminaban á pié; y cuando nos vimos juntos adentro y pasaron cinco minutos sin que nadie reventara, sospechamos que nos habiamos convertido en sacos de algodón, capaces de extenderse por ancho prensados por el grueso. Quise entonces conocer qué compañeros me habia deparado la suerte, y advertí con satisfaccion que podriamos ponernos en buena armonía. Veinte y tres individuos componian la galerada, la mayor

¹ La Familia de Vieland ó los Prodigios.

parte jóvenes y de buen humor: seis estudiantes de medicina, uno de arquitectura, un empleado en no sé qué diputación provincial, un ex-sargento recién casado en Madrid, una joven que iba á casarse á Durango, un comerciante, una propietaria, dos niños delicados y enclenques, el padre del uno, la madre del otro, otra señora mayor achacosa de una pierna, una señora de menos edad, casada ya tres veces según dijo, y apalabrada para el cuarto matrimonio, mis dos anónimos consabidos y yo: la mayoría de los viajeros se componía de individuos naturales de las provincias del Norte, y se dirigían á ellas. Desde Fuencarral hasta San Sebastian de Alcobendas donde paramos, la pobre señora de la pierna doliente fué la que hizo el gasto de la conversación, siendo la víctima en que se cebó la mordacidad de los estudiantes, á mi juicio porque les pareció la persona de mas sufrimiento. Uno la desahuciaba asegurándole que era imposible llegase á Bilbao ni aun á Burgos; otros ofrecían celebrar una consulta gratis aquella noche y practicar la amputación de la pierna con una sierra de carpintero: la infeliz mujer unas veces les replicaba de firme y otras les dejaba desatinar. El sargento, el arquitecto futuro y otros procuraban cortar la broma; la de los tres maridos defendía con valor á la paciente; el comerciante y el padre de uno de los niños se miraban uno á otro escandalizados y atónitos; la novia bajaba los ojos como si la estuvieran leyendo la epístola de San Pablo; el un niño que iba mareado, nos mareaba á todos, y el otro que estaba cabalmente medio tullido de otra pierna, oía con espanto las predicciones aciagas que hacían á su compañera de mal los desapiadados alumnos de Hipócrates.

Con la llegada á San Sebastian acabó todo, y por lo pronto no pensé cada cual sino en la cena; prometí mala porque noté que habían parado en el meson otras dos galeras, y se juntaban á cenar mas de cincuenta personas: me equivoqué; no fué mala en cuanto á la calidad; pero en cuanto á la cantidad fué tan escasa, que solo en fuerza de que tal era la voz general, pude persuadirme de que había cenado. Colocaron á las señoras en mesa aparte; los estudiantes de nuestra galera y algunos mas que venían en otra, se pusieron todos juntos y pidieron el primer plato con tales voces y con un repique de cucharazos sobre los platos y la mesa, tan sostenido y ruidoso, que indudablemente debió quitar á

las Maritornes del parador todo el buen deseo que pudieron tener de servirnos. Con igual estrépito fueron marcados los intermedios de cada entrada, añadiéndose después la cancelon vascoence de *iru dámacho*, entonada á grito pelado por la turba escolástica. Alzados los manteles y quitadas las mesas, aparecieron allí como por encantamiento sendas guitarras, una flauta y una pandereta, indicios de que si Dios no lo remediaba, íbamos á tener baile para descanso de las pasadas fatigas. En efecto, nuestro mayoral trataba de enganchar á la una, y los estudiantes se propusieron, ya que el rato de sosiego habia de ser muy breve, no dormir ni dejar dormir á ninguno. El sargento, que estaba á mi lado, me propuso que antes que el baile finalizase, nos escurriéramos bonitamente hácia los cuartos con el loable fin de asegurar una cama. Hicimoslo así nosotros, y á muchos les debió ocurrir igual pensamiento, porque cesado que hubo el baile de allí á poco, y acomodadas las viajeras en su distrito, los bailarines se desparramaron por los cuartos para los hombres, y los menos listos no encontraron donde tenderse. Acudieron á reclamar á las mozas de la posada, y ellas respondieron que todos los aposentos estaban ocupados, y por consecuencia no habia camas que darles: replicaban ellos; y ellas para excusar contestaciones se metieron en su guarida, cerrando con llave. Aporrearon fuertemente la puerta los sin cama, haciendo renegar desde las suyas á los que las tenían: sosegóse la bulla con la cesión de algunos colchones hecha por los poseedores á beneficio de los desposeídos, que se arrojaron en ellos tendiéndolos en tierra. Preparábase todo para gozar un rato de silencio, cuando en hora aciaga se le ocurrió á nuestro mayoral hacer la cuenta con la huésped: discordaron en las partidas, y ni la baranda del baile, ni el golpeo de las puertas, ni el trasiego de las camas produjo ruido de tan desagradable efecto como los chillidos de la posadera que no queria pasar por los cálculos del mayoral, ni era fácil que quisiera, porque según se dejaba entender, él sustraía y ella multiplicaba. La disputa se prolongó hasta que vino á despertarnos una de las fregatrices: diligencia inútil, pues harto despiertos nos tenia su maldecida ama, cuyo tipe infernal penetraba hasta en el rincón mas retirado. La noche aquella hubo de correr bajo el influjo de algun astro engendrador de trabacuentas y embrollos: eria el astro que preside en España á la ad-

tracion de la hacienda. Uno de nuestros gallegos tenia que recibir en San Juan veinticinco pesos: envió un recado al deudor; respondió este con igual tono que al punto iba á entregar la can-referida; alegre el acreedor recom-generosamente al comisionado; el otro no se dejó ver, y el acreedor que iba ya con aquel dinero, tuvo que pro-curar la ruta con el que sacó de Madrid, y la propina de la comision.

En la mañana de cerca de las dos de la madrugada: me senté en la galera suspirando como re-entra en el cuarto de la tortura: la tristeza reinaba en todos. El mayo-rió agrías interpelaciones por haber-do con mas gente que permitia su aje; él juraba que aun habia cono-mas otras veces. « Vamos á sofocar-oy de apretura y calor » era la voz ge-que se oía: « la culpa tiene quien no-da á alcanzar asiento en la diligencia, ue para ir solo hasta Burgos tenga que: el billete hasta Bayona. » Sostenia el mayoral que no habia en verano carruaje cómodo que la galera: á ser en invierno era dicho lo mismo. « En la galera », me guiaba, « el toldo quita el sol, y por las as de los costados penetra el airé; en la mañana, como no tiene esa ventilacion, se no cuando le toca un dia de chicharrero el que tendremos hoy. » No sé qué motivo habrian consultado el mayoral y me aseguraban como él que habia de ser malo el dia: ello es que todos estaban convencidos de que íbamos á sufrir en él ochorno grande, y que el siguiente se-secó por entrar en el puerto de Somo-ra: cabalmente fué todo lo contrario. A esto, la galera presentaba un espectá-singular. Un mugriento candil que se colgaba del toldo en la delantera, medio alumbraba los semblantes pálidos y ojerosos de los pasajeros que por no querer ó no poder no ha-reposado: corría un vienteillo media-mente recio que hacia oscilar al candil y arrojaba la llama, la cual aunque apenas alumbraba, nos regalaba en cambio con un olor abundante. No estaba allí el odorífero humo de pajas: iban á darnos el mate, pasta enciclopédica que de todo, menos cacao. La jarra del agua y un de los que se nos trajeron fueron se-rados por los estudiantes, con el bene-placito del mayoral, en desquite de haberles quitado las camas. Principiaron las mulas á an-elar al aire á arreciar, mis compañeros á ir, yo á tiritar de frio: por entre las

esteras y el toldo soplaban un céfiro (*sdfro* decia nuestro zagal) que me hizo maldecir mil veces la ventilacion del carruaje vera-niego. El niño de los marcos se indispuso de manera, que daba lástima verle; la elegante capela del maestro sastre recibió copiosas señales de los padecimientos del niño. Al-morzóse en la galera, comimos en Caba-nillas lo peor que puede imaginarse: sir-vientas, manteleria, loza, cocido, asado, pan y agua, todo fué allí sucio y mal acondicionado. El frio nos obligó á caminar algu-nos ratos á pié, luego subiamos á la galera, y partiendo unos con otros la ropa de abri-go, era de ver á dos ó tres juntos rebujados en una capa: nadie podia figurarse que está-bamos á mediados de julio. Llegados á Bui-trago y sorbido el chocolate, que era verda-deramente de otra fábrica que el de San Sebastian, salimos á ver la villa, y con motivo de su nombre no faltó quien recor-dara el famosé romance de

El caballo vos han muerto,
Montad vos en mi caballo.

.....
Esto el valiente alavés
Señor de Fita y Buitrago
Dijo al Rey don Juan primero,
Y entróse á morir lidiando.

Allí tuvimos buena asistencia de plato y cama, prontitud, abundancia y aseo. Los alborotadores de la noche anterior eran ya otros, ó por mejor decir, entonces empeza-ron á manifestarse con su carácter verda-dero. El de los provincianos mas bien es formal que bullicioso: creyeron que el título de estudiantes les imponia la obligacion de decir y hacer locuras; pero cansados luego moral y físicamente, volvieron á su ser natural, y el fondo de honradez y decencia propio de jóvenes de buenas casas, hizo des-aparecer la petulancia postiza. Así al día siguiente dieron la mas completa satisfaccion á la anclana, cuya edad y achaques hubie-ran respetado si hubiesen caminado solos con ella: la juventud en general ama el es-cándalo, y donde no halla testigos no se propasa. Era este dia, tercero del viaje, aquel que temiamos que refrescara dema-siado por la subida del puerto: determina-mos los mas por esta razon caminar á pié las primeras horas, y cogimos una buena solana. Uno de los colegiales que era ca-zador y llevaba escopeta, hizo varios tiros al paso; quiso matar algo tambien el alumno de Vitruvio, y al disparar se le entró una hojuela de cobre de un piston en un dedo,

los Esculapios se la extrajeron, dando á la operacion tanta solemnidad como si se arriegara en ella la vida del herido. Juntos á media mañana en la galera para tomar el almuerzo, se renovó y generalizó sobre literatura española una conversacion suscitada durante el paseo á pié entre algunos de los compañeros y yo, la cual aun continuó por la tarde, despues que comimos en Somosierra tan mal como en Cabanillas. Lástima que la parte que yo recuerdo tenga el inconveniente de referirse á personas cuya amistad me honra, y respecto de las cuales mi lenguaje no podria menos de parecer apasionado; reproducido exactamente aquel diálogo, se hubiera visto en él cómo juzgan de los escritores contemporáneos las personas indiferentes, que sin roce con los autores leen sus obras y las críticas que de ellos se hacen. Porque no se puede negar que fuera del público facticio y pequeño que suele juzgar del escrito sin entrar en las ideas del autor, principio sin el cual no hay crítica posible, hay otro público menos presuntuoso é incomparablemente mas grande, que para formar su opinion no hace caso ni de las insolencias del satírico que le escandalizan, ni de las declamaciones del pedante á quien no comprende, ni de la hiel del envidioso que se deja comprender, ni de los elogios que se pagan, ni de las rechiflas que se compran: abandonándose á su instinto y su fe, tiene sobre el círculo melindroso la ventaja de poder sentir las bellezas, cuando el otro no repara sino en los defectos: el uno posee la ciencia del sentimiento, y el otro solo tiene el sentimiento de su ciencia; en el uno el sentir suple por el saber, y al otro el saber le priva de sentir. A muchas reflexiones diera lugar la opinion favorable ó contraria de los que hablaron respecto á las obras que conocian; muchas mas pudieran deducirse de que solo conocieran aquellas y no otras.

Iba el sol á ponerse, y llegaba el punto de separarme de mis camaradas de viaje, cuya compañía me era ya muy gustosa: desde Boceguillas tenia que tomar la direccion de Sepúlveda. Se acordó por voto unánime que se extendiese una relacion de nuestra viajata, y que se imprimiera en un periódico á fin de que pudiese llegar á manos de todos los interesados, no importándonos nada que fastidiase al público un artículo que no se escribía para él, sino para nosotros. Fuéronme diciendo todos su nombre, y quisieron que apuntase hasta los de las mu-

las: « pastora, capitana, gallarda, bando-

lera, generala, el macho peregrino, portuguesa y beata.» (Póngolas en primera línea, porque las bestias siempre van delante del carro.) Tambien me refirió cada cual los daños y perjuicios que le costaba ya el viaje, y resultaron tres abanicos y un paraguas rotos, dos pantalones y un casaquin rasgados, una navaja y un trozo de flauta perdidos: en el capítulo de pérdidas creo que debia entrar la paciencia de todos. Autorizóseme para que, fiel historiador, no disimulara las faltas de nadie; por cuya razon, y en desagravio de la urbanidad ultrajada, es fuerza revelar que fueron don Ceferino Garaygoitia y don Sebastian Córdoba los que mas escarnecieron á la respetable doña Manuela Fernandez, ayudándose algo á la broma don Federico Ondarreta y don Bonifacio Blanco: los otros dos colegas don Claudio Unamuno y don Ramon Zamarripa no tomaron parte en el pesado juego; antes el último y el empleado de la Diputacion don José Alvarez Carvallo fueron los mas comedidos y juiciosos entre los jóvenes de la cuadrilla. Igual elogio merece el sargento don José de Torres, y principalmente los dos niños don Antonio Ballesteros y don Gerardo Hernandez: aquel ni siquiera desplegó los labios, y este si los desplegó, no fué para hablar. La novia doña Justa Iturrilaga con las meditaciones propias de su situacion, y don Francisco Ballesteros, padre del Antonio, con el afan de conservar y defender el puesto mas cómodo, tenian demasiado á qué atender para prestar atencion á nada. La propietaria en Madrid, doña Juana Jimenez, don Pedro Meñaca el comerciante, y doña Josefa Hernandez, la madre del niño mareado, constitulan la parte senatorial de la galera: don Angel Revuelta el arquitecto *in spe*, y otro sujeto que por modestia no se nombra, hablaron por todos los que callaban: don Valentin Guinea, el maestro sastre, durmió por todos los desvelados; por el contrario, doña Juliana Alfonsea, la de las tres bodas y pico, se mostró muy despierta siempre. De las dos personas próximas á la mia no me toca hablar. Por conclusion, despedido amistosamente de todos los que pasaban adelante, me encaminé á la posada, volviendo de vez en cuando la vista á la galera, como temeroso de verme todavia bajo las cañas de su toldo. Harto son de temer, en efecto, pues con ese carruaje se emplean dos dias y medio para menos de veinte leguas; se ahoga uno de calor, porque no habiendo número fijo de asientos, el conductor embute allí á cuantos

se le antoja; se pasma uno de frio, porque no tiene contra él defensa de ninguna especie; pagando el pasajero bien la asistencia de las posadas, le sirven mal porque viajando en galera se pierde el derecho de comer limpio y sazonado; y en fin son tantos

y tales los inconvenientes que tiene, amén de los dichos, que todo el que estime su individuo en algo, debe procurar librarse de viajar en galera como de ser condenado á galeras.

[El Pasatiempo.

QUERER DE MIEDO,

DRAMAT-QUINTO A GALOPPE;

ES DECIR QUE LA ACCION VA A CORRE-QUE-TE-COJO.

Entran en ella (en la accion) los actores siguientes :

UN NOVIO.

DOS NOVIAS.

UNA VIUDA, con deseos de noviaje.

UNA MADRE, persona de gravedad
(nueve arrobas de peso).

UNA CRIADA, que no habla mas que una vez, ente inverosimil.

UN LORO, alias papagayo.

UN RELOJ.

TRES CARTAS.

Acompañamientos de muecas, sollozos, carcajadas, etc.

(En una sala con buenos muebles y dos balcones á una calle principal de Madrid, aparece una jóven muy peripuesta, que parece acabadita de sacar de un escaparate : está leyendo una carta, con visibiles muestras de desden y melindre. Cerca de un balcon hay una jaula de un loro, el cual charla que se las pela.)

La Señorita. (Acabando de leer.) « Su zel y ruidido amante Crispín Crispiniano Cabregas:» — ¿Se dará igual presuncion? ¡Clerto que era un novio á pedir de boca! ¡Mamá, mamá!

La Mamá. (Respondiendo desde las profundidades de la despensa.) Voy, mujer, voy.

La Señorita. ¡Yo con diez y seis años, y él casi de treinta! Calabazas mas solemnes que las que va á llevar el señor don Crispín, ni tampoco. ¡Mamá, mamá, mamá! *(Acercándose á una puerta.)* Pero, mamá, ¿tiene usted la bondad de venir?

La Mamá, saliendo... *(Nota bene.* En lenguaje de teatro, *salir* significa siempre *salir de*, no *salir de*: por consiguiente decir que la mamá *sale* es lo mismo que decir que *entra* en la sala donde está su hija. — Y dice la consabida mamá, saliendo á la susodicha sala, ó sea entrando en ella): Pero, Pepita, ¿á qué vienen esos alaridos que sturden la casa? Mas bulla metes que el loro.

Pep. No es el caso para menos, mamá.

La Mamá. ¿Y cuál es el caso?

Pep. Que he recibido una carta.

La Mamá. Por supuesto, de amores.

Pep. Por supuesto; pero ¿á que no adivina usted de quién?

La Mamá. ¿A que es de don Crispín?

Pep. ¿Cómo lo ha acertado usted al golpe?

La Mamá. Porque ayer me envió una esquila á mí previniéndomelo. Mírala.

Pep. (Leyendo el sobre.) « Señora doña Paz Valvidares. » *(Desdobra y repasa el papel.)* En efecto, le pide á usted mi mano, y á mí la mano y el corazon. Pues ni uno ni otro.

Paz. ¿Con que no te gusta?

Pep. ¿Cómo me ha de gustar un hombre tan serio, tan adusto?

Paz. Contigo bien jovial anda.

Pep. Es feo.

Paz. Pero buen mozo.

Pep. Alto y recio sí, pero desgarrado, estrafalario.

Paz. Es rico.

Pep. Sin elegancia ni gusto.

Paz. ¿Sin gusto? Para escoger novia no le ha tenido malo.

Pep. *(Dando una mirada al espejo y sonriéndose)* Lo que es eso, vamos, puede perdonársele; pero ¿y el haber querido ya nada menos que á tres antes de conocerme? ¿Estoy yo para suplefaltas de nadie?

Paz. Es que tú, por mi cuenta, ya has queido á cuatro.

Pep. A mí se me figura que no quise á ninguno.

Paz. ¿Por dónde has sabido los galanteos de don Crispin?

Pep. Por él mismo: yo le estreché y él confesó.

Paz. Sinceridad que le honra.

Pep. Si tiene unas extravagancias el santo varon... Oiga usted las necedades que ensarta aquí. *(Lee.)* « Si, Pepita hermosa, usted es el único bien de mi vida. »

Paz. ¿Es necedad eso?

Pep. ¡Válgame Dios! no lo digo por estas expresiones, sino por lo que sigue. *(Continúa leyendo.)* « Yo no me atrevo á presentarme á usted para saber mi sentencia de palabra ó por escrito; y sin embargo desearia salir al momento de tan penosa incertidumbre. Usted, á eso de las doce, acostumbra poner en el balcon á su favorito el loro, y siempre le hace repetir unas mismas palabras entonces; yo estaré en la calle á esa hora; y si veo y oigo al ave que ha de anunciar mi destino, subo á postrarme á los piés de usted; si el balcon está desierto, corro en derechura á la casa de postas á tomar un carruaje que me aleje de Madrid para siempre. » — ¡Ocurrencia mas ridícula!

Paz. Las palabras á que alude, creo que serán las de ese estribillo que no se le cae del pico al loro: « Dueño mio, ¿quién te quiere? yo, yo. »

El loro. *(Repitiendo.)* Dueño mio, ¿quién te quiere? Yo, yo.

(Pepita se abalanza á los postigos de los balcones y los cierra precipitadamente, dejando la sala á oscuras y gritándole al loro: « Calla, maldito, calla. »)

El loro. Calla, calla: ¿quién te quiere? yo, yo, yoooooooo.

Paz. No te asustes, mujer; aun no son las once, y por consiguiente don Crispin no estará en la calle.

Pep. El reló de los amantes siempre adelanta. Me desesperaria si hubiese acudido al reclamo.

Paz. Con que definitivamente, ¿no quieres casarte con él?

Pep. Definitivamente, mamá. Don Crispin es un buen sujeto; pero no es lo que yo apetezco para marido. La que se case con él, tal vez será dichosa; pero me temo que yo tal vez no lo seria, porque eso de amor y matrimonio, segun he visto en todas las novelas de folletin, cae bajo el dominio tiránico y exclusivo de la fatalidad. Ya ve usted lo que sucede con Marianita, la que está depositada en casa de órden superior. Era la muchacha mas obediente á sus padres; y de pronto se ha enamorado de su don Tomasito, y ni consejos, ni lágrimas, ni amenazas, han podido quitarle el capricho de la cabeza. ¿Qué es lo que ha trocado á Marianita de dócil en terca? La fatalidad. Yo no soy capaz de hacer daño á nadie; yo sé que voy á dar á don Crispin una pesadumbre que le puede costar la vida, si no saco al balcon el loro; y ¿en qué consiste que me encuentro con ánimo para ello, sin sentir el menor escrúpulo de conciencia? En la fatalidad: en que yo no he de ser de ese hombre. Crea usted, mamá, que ni la pólvora, ni la imprenta, ni el dinero, ni aun la moda misma, tienen la fuerza irresistible que el reciente invento de la fatalidad.

Paz. Basta, hija, basta, porque entre el número de las fatalidades debe contarse la de que no me hagan mella tus argumentos; pero yo me he propuesto casarte á tu gusto, y así tu voto es inviolable. Abre esos balcones: yo me llevo el loro al retrete.

(Doña Paz coge y se lleva la jaula; doña Pepita hace un mimo á su madre con la amabilidad propia de una niña que se sale con su gusto: abre los balcones, y luego se llega á la puerta del gabinete, y dice en voz baja: « Marianita, ¿puedes oírme? »)

Mariana. *(Que sale enjugándose los ojos.)* Aquí estoy, Pepita: ¿qué ocurre?

Pep. Parece que has llorado.

Mar. ¡Soy tan desgraciada!

Pep. ¿No vas á casarte con el hombre á quien amas? ¿con el hombre que adora en tí?

Mar. ¡Adorar! Catorce quimeras hemos tenido ya en quince dias. Te aseguro que el tal don Tomás va sacando un geniecito... Y luego, cuando una reflexiona sobre el porvenir... Enemistada con mis padres, amenazada de la miseria...

Pep. ¡Ay Mariana! ¡y te casas!

Mar. ¿Y qué he de hacer? Mi reputacion lo exige. Además que todo lo que sufra me lo tengo bien merecido. Si yo no hubiese desechado un partido excelente... Di para qué me llamas.

Pep. Era para decirte que tengo un novio.

Mar. Para bien sea.

Pep. No hay motivo de parabienes; que aunque le tengo, no le quiero tener.

Mar. ¿Vas á darle calabazas?

Pep. Hoy mismo.

Mar. ¿Tiene mala conducta?

Pep. No.

Mar. ¿Es viejo? ¿es achacoso?

Pep. No.

Mar. ¿Es pobre?

Pep. No.

Mar. ¿Es feo? ¿Es tonto?

Pep. ¡Eh! puede pasar. Tal vez tú le conozcas: don Crispín Cabrejas.

Mar. ¿Don Crispín? ¡Y desprecias á ese hombre!

Pep. ¿Te casarías tú con él?

Mar. ¡Ojalá me hubiera casado!

Pep. ¿Te ha pretendido?

Mar. Me pretendió, le desdené, pensé que no me acordaría de él en mi vida, y desde que miro cercano mi enlace, no se me aparta el tal don Crispín de la memoria. Yo no sé en qué estaba pensando cuando le di su pasaporte. ¡Fatalidad que la persigue á una!

Pep. ¡Fatalidad!

Una criada. (Anunciando.) Doña Dolorcitas Raspon.

(*Pepita y Mariana corren á recibir á la ciudadana Dolores, que viene toda de luto, hasta el pelo, y mas flaca y ojerosa que el espíritu de la golosina. Se besan, se abrazan, hablan las tres á un tiempo cinco minutos antes de sentarse y otros cinco despues de sentadas, y se pasan otros cinco primero que se entiendan; en limpio, un cuarto hora de guirigay.*)

Pep. ¿Y cómo te va, Dolorcitas? ¿Cómo te sientes de tus achaques? Mas aliviada, ¿eh? Se te conoce. (Aparte.) Debe ya estar élica en tercer grado.

Dol. ¿Qué sé yo como estoy? Dos años de matrimonio he pasado, que han sido dos años de infierno: ya se llevó Dios por fin á aquel maldito carcamal que destruyó mis bienes y mi salud: pensaba respirar en mi nuevo estado; pero, amigas, con achaques y acreedores, de nada sirve la satisfacción de ser viuda.

Mar. ¡Oh! tú te pondrás buena.

Pep. Podrás casarte.

Dol. ¡Casarme! Eso se queda para vosotros; lo que es yo, viuda moriré.

Pep. ¿Siendo tan jóven?

Dol. Veinte y cuatro años tengo; pero ¿y si no cumplo los veinte y cinco?

Mar. No seas aprensiva.

Pep. Debes procurar distraerte. No te faltan amigas ni amigos.

Dol. ¿Amigos? ¡Sí, buenos desengaños va una recibiendo! Conoci yo á un sujeto á quien tenía por la misma bondad, y acaba de darme un chasco... ¡de mi flor!

Pep. y Mar. ¿Cuál? ¿Qué? Explicate.

Dol. Es un jóven que trataba mucho á mi tutor, que se me mostraba muy fino, y... Vamos, parecía que...

Mar. ¿Fué amante tuyo?

Dol. Lo fué: hice el disparate de despedirle, y ¡bien me he arrepentido! Alguna maldicion me debió echar, porque desde entonces han llovido calamidades sobre mí. No olvidaré las palabras que me dijo, no. «Usted no me quiere por esposo; pero se halla en poder de un tutor astuto que tiene puesta la mira en usted, y lo que vá á hacer es ir espantando á esos mocitos elegantes que rodean á usted y en cuya comparacion pierdo yo; aprovechará alguna circunstancia favorable, y usted será de ese hombre libertino, malgastador y viejo.» Palabras de profeta: punto por punto lo que despues aconteció.

Pep. ¿Y cuál ha sido el chasco?

Dol. Luego que enviudé, le fuí á ver casualmente á una casa donde concurría: nos hablamos, le indiqué mi situacion apurada, me ofreció verse con mis acreedores y conmigo; y desde entonces... échale un galgo.

Pep. ¿No cumplió su palabra?

Dol. Las palabras fueron dos: ha hablado á mis acreedores, ha obtenido de ellos una espera de dos años, y aun creo que les haya dado maravedises...

Mar. Hasta ahora el petardo no es muy de sentir.

Dol. Si lo es, vaya: vosotras no queréis entenderme. Ha visto á esas gentes; pero no me ha visto á mí.

Pep. ¡Ah! ya...

Mar. Dolorcitas, ya sabes el refran: «cuando quise no quisiste, y ahora que quieres, no quiero.»

Pep. Una cosa parecida he oído contar hace poco.

Dol. Con todo, yo tengo sospechas de que eso ha de ser un artificio para ver si doy mi brazo á torcer. A la casa en que le ví, ya no va; he sabido que concurre á esta, y quisiera que le echáseis alguna indirectilla sobre el particular.

Pep. Todavía no nos has dicho su nombre.

Dol. ¿No lo he dicho? Está en que sí: es don Crispín Cabrejas.

Mar. ¡Don Crispín!

Pep. ¡Don Crispín!

Mar. Ese condenado de hombre tiene la fatalidad de hacer infelices á todas las que no le quieren.

Pep. ¡Fatalidad diabólica! (*A Dolores.*) Aquí viene mi madre, que podrá encargarse de tu comision.

(*Sale doña Paz con una carta en la mano: se repiten los cumplidos y los besos de la escena precedente.*)

Paz. (*A su hija.*) Toma esta carta de tu prima, que ha venido inclusa en otra que acabo de recibir.

Pep. ¡Carta de Pilar! ¡Cuánto me alegro!

Dol. Mientras la lees, voy á decir á tu mamá dos palabras.

Paz. Tenga usted la bondad de pasar á mi cuarto, y de camino verá los vestidos de Marianita: la modista acaba de traerlos.

Mar. ¿Ha venido la modista? Vamos allá.

(*Y se van en efecto la mamá, la viuda ética y la novia, con la celeridad y ansia que es de suponer entre mujeres, cuando se trata de registrar sus trapitos. Pepita no las sigue, porque ha desdoblado la carta, y su contenido le ha llamado fuertemente la atención. La primita Pilar, despues de pedirle cuentas acerca de los perifollos que se usan en la corte, se expresa en los términos siguientes.*)

« Aquí en Fraga tenemos un puente de madera, que á pesar de que lo construyen haciendo uso de la célebre maza, cada año se lo lleva el río. Dias pasados se ha hundido, al tiempo de pasar un carruaje procedente de Madrid; el carruaje ha caido; las personas que iban dentro han recibido fuertes porrazos, y una de ellas ha muerto, que era una amiga mia. Admirate de la desgracia de esta criatura. Tuvo un novio establecido en la corte, y este no le gustó; casó al fin con un catalán, y al venir á esta tierra ha encontrado en ella su sepultura. Si se hubiera casado con el de Madrid, quizá no hubiera tenido necesidad de pasar el puente de Fraga. Yo conocia al tal novio: era un don Crispín Cabrejas, de quien no sé si tendrás noticias. »

Pep. (*Suspirando.*) ¡Ay! demasiadas tengo.

(*El reloj de la sala, que es de los que anuncian la hora unos minutos antes, interrumpe el soliloquio de Pepita, diciendo en su lengua: « tirull-rull: tin, tin; ton, ton. »*)

Pep. ¡Dios mio! las doce menos cinco, y ese hombre ya estará acechando: hay que decidirse. ¿Se dará apuro mayor? A tres mujeres ha querido; las tres le han dado calabazas, y las tres han sido ó son infelices: si yo se las doy también, voy á correr igual suerte. Marianita, mal casada (porque ya como si lo estuviera); Dolorcitas, mal casada también, y amenazada de muerte próxima: si sus acreedores han consentido en no molestarla por dos años, es porque saben que antes de uno la heredarán; á la otra que no conozco, le ha caido encima la maza de Fraga. Pues, señor, ¡estamos bien! ¡Qué maldita fatalidad! O ser mal casada, ética ó difunta, que no sé qué es peor. O casarse con él, ó renunciar á la felicidad ó á la vida. No, ¡caramba! yo quiero vivir y vivir feliz; para eso soy jóven y bonita y amable y honrada y qué sé yo cuantas cosas mas: así lo dicen todos, ¡principiando por el espejo. — ¡Eso es!; Y un pimpollito como yo se ha de casar por fuerza con aquel zanquilargo, con aquel!... Pues bien está: ya que la fatalidad lo ordena, me casaré con él por no morirle; pero prometo aborrecerle con mis cinco sentidos. — El caso es que si le aborrezco, vivo infeliz también; y de todos modos él es quien triunfa, y yo la que peno. Está visto: no hay mas remedio que casarse con él y quererle; es preciso quererle... de miedo.

El Reló. « Tin, tin, tin, etc. » — Una docena de campanadas.

Pep. ¡Las doce! ¡La hora fatal, la hora que fija mi suerte! Ea: valor. La Virgen Santísima me favorezca. ¡Ay, que no está aquí el loro!

(*Parte como una exhalacion á buscar el animalito, quedando la sala vacía contra todas las reglas de la comedia clásica. Mientras viene, movtamos al lector á que se asome á uno de los balcones de Pepita, y verd en la calle á un caballero de buena estatura, que inmóvil y fijos los ojos en la repisa donde se coloca la jaula del loro, no repara que los transeuntes, de cada encontron que le pegan, le hacen bailar como una peonza. Pepita llena de azoramiento y vergüenza vuelve con la jaula, alarga*

el brazo y retira el cuerpo para que no la vean al poner al loro en su sitio; agáchase luego y dice bajito al que ha de ser su intérprete: « Dueño mio, ¿quién te quiere? yo. » El loro se rasca, haciéndose el sueco.)

Pep. (Mas recio y con ansia.) Dueño mio, ¿quién te quiere?

(El loro calla y alarga la patita á la apuntadora.)

Pep. (Dando un pellizco al loro.) ¿Quién te quiere? yo.

El loro. (Sacudiendo un picotazo á Pepa.) Que no, que no.

Pep. ¡Maldito animal! ¿Será seña bastante el que vea al loro? Acaso no, porque el pobre don Crispin es tan suspicaz y modesto... Tendré que asomarme al balcon y hacerle otra seña que no deje duda.

(*Pepita con la cara hecha un fuego se coloca en el balcon, y su bochorno y aturdimiento han llegado á tal punto, que al dirigir la vista hácia abajo, no distingue ningún objeto. Resúlvase á mover la mano á bullo, en ademán de quien llama, y se entra en seguida tapándose el rostro con ambas manos.*)

Pep. La cabeza le he de escaldar á ese picaro bicho que me ha chasqueado á la mejor ocasion. ¡Y qué daño me ha hecho del picotazo! Siento pisadas en la escalera; suena la campanilla: él es. Tratemos de aparentar serenidad y alegría, de hacer por quererle. (*Ensayando una sonrisa al espejo.*) ¡Huy! si se me están saltando las lágrimas.

Crisp. (*Saliendo con el encogimiento propio de un amante calabazado por tres veces, por cuya razon no las tiene todas consigo.*) Amable Pepita, ¿puedo fiar en la bondad de usted?...

Pep. (*Sin mirarle ni saber lo que se pesca.*) Si señor, fiése usted. Siéntese usted. ¿Cómo está usted?

Crisp. En el cielo viendo esos ojos. Pero la turbacion que observo en usted, aun (si cabe) mayor que la mia, me llena de sospechas, de miedo.

Pep. (*Entre dientes.*) ¡Sí, miedo! ¿quién tendrá mas?

Crisp. Le tiembla á usted la mano, Pepita. (*Esto equivale á decir que se la ha cogido sin oposicion.*) Está usted toda trémula. ¡Ah! no se anuncia así el cariño, no. Lo veo: es preciso separarnos.

Pep. (*Aterrada.*) ¡Ay! No, por Dios! No se separe usted nunca de mí.

(*Maquinalmente ha abierto los brazos para detener á su amante, que ajeno ya de dadas la estrecha en los suyos, mientras la pobre chica llora como una Magdalena. y recibe en la frente unos cuantos pares de besos con la resignacion de una mártir; en cuya patética situacion sorprenden al interesante grupo la mamá, la novia y la viuda.*)

Paz. (Como quien riñe de chanza.) ¡Eh!

Dol. (Como quien se sorprende de veras.) ¡Ah!

Mar. (Como quien se escandaliza de envidia.) ¡Oh!

Crisp. Soy feliz, doña Paz.

Las tres recien venidas. Ya, ya lo vemos.

Crisp. Pepita me quiere: ¿no es verdad?

Pep. Sí señor.

Crisp. Pepita va á casarse al punto conmigo: ¿no es verdad?

Pep. Sí señor.

Dol. Pero observo que Pepita llora y que tiembla como una azogada, cual si cediese á la violencia, cual si no le quisiera á usted.

Pep. (*Vivamente.*) ¿No querer yo al señor? Le quiero como á mi felicidad, como á mi salud, como á mi propia existencia. Si lloro, es que me ha pisado el loro. Vean ustedes ¡cómo me ha puesto la mano! (*Por supuesto que don Crispin estampa un beso en ella para que se pase el dolor.*)

Paz. Pues, hija, no podias elegir marido mas á mi gusto. Sé feliz con él y con mi bendicion.

Mar. (*Reconcomiéndose como si le hubiese picado el loro á ella.*) Amén.

Dol. (*Con gesto de catar vinagre.*) El señor don Crispin hará un excelente casado.

El loro. (*Con tono profético.*) ¡Ajajaj, qué regalo!

Crisp. Si Marianita ó Dolorcitas quisiera servírnos de madrina....

Dol. Tengo que salir á tomar aires á Málaga.

El loro. Buen viaje.

Mar. Yo tengo tambien que pasar á Malagon.

El loro. Buen pasaje.

Paz. Pero siempre quedaremos tan amigos todos.

Dol. y Mar. Sí, sí.

Crisp. y Pepa. Ya, ya.

El loro. (*Desgañitándose.*) ¡Ay qué risa, qué risa me dá!

Y sin mas pormenores
Del casamiento,
Aquí acaba, lectores,

El dramático.

La Risa.

MARIQUITA LA PELONA,

CRONICA DEL SIGLO XV.

Vituperable cosa parece traer de continuo palabras en la boca, de las cuales la significacion non se cala, como quier que mancilla seya del home de seso hablar de aquello que non entiende. Dígovos esto á los que la presente relacion hobiéredes á las manos, por cuanto bien os habrá veces fartas acaecido mentar á *Mariquilla la pelona*, é yo tengo para mí sayo que así quién fué Mariquilla la pelona sabredes, como sé yo quién se hobo de comer el gallo de la Pasion, magüer barrunto que seria ciertamente una boca. Quiérovos por ende tirar de inorancia sobre tal sujeto, é vos aviso que la tan remembrada Maria fué nascida en tierras de Segovia, et en la villa de Sant-García llamada, villa asaz famosa por la fermosura de las mancebas que cria, las cuales tan gentiles é donosas caras han de ordinario, que tales véalas yo en torno de mí á la hora de mi muerte. Padre fué de Maria un honrado labrador, de nombre Joan Lanas, cristiano viejo é bien quisto é non mal heredado, é de bien poca sal en la mollera, cosa que al padre é la fija mucho de malandanza trojo, cá en los tiempos que alcanzamos, Dios me perdone si non es fuerza mas haber de bellaco que non de bendito. Fué así que Joan Lanas, por malos de sus pecados, hobo de haber una litigacion con un su vecino sobre un parral que valdria fasta cinquenta maravedís; é habia razon Joan, é diérongela los jueces, en guisa que ganó la lite, salvo que non duró menos de diez años, nin le montó de costa menos de cinco mil maravedís, amén de un mal de ojos de que vino á fincar ciego á la postre. Como se topó menguado de hacienda é sin la vista de los ojos, aborrido é desconortado fizo dineros lo que del heredamiento de sus mayores leixárale la afambrida grey de letrados é de curiales, é tomó la via de Toledo con la su fija que entrada en los disiseis años, habiase fecho una de las mas garri-

das, apuestas é apetesibles doncellas que se pudieran fallar en Castilla é reinos allende. Cá ella era blanca al par de la azucena é colorada al par de la rosa: derecha é alta de estado, enjuta de talle é recla de cuadriles: otrosí habia la mano et el pié á maravilla pequeños é redondicos, é una mata de pelo que le decendia fasta las corvas. E yo conocí á la viuda de Sarmiento que fué ama de llaves suya, la cual me contaba como cuasi non podia abarcarle el tronco del pelo con ambas las manos, é que non de otra guisa la pudiera peinar, sinon puesta la doncella de pié, é sobida el ama en una tarima; cá si María se asentara, barrerlela su luenga cabellera el suelo, et enmarañariasele toda. E non vos figuredes que por ser tamaña su beldad é donaire pecase grandémentre de soberbiosa é casquillucia, segund que las rapazas de ogaño suelen: homildica era como una lega de caostra, é llamada como si mugier non fuese, é sofrida como la corderilla que mama, é afanadora como la hormiga, limpia como el arminio, et honesta como una sancta del tiempo en que por la misericordia del muy Alto nascian sanctas en el mundo. Fiduciarvos hé empero en amistanza que habia nuestra Maricuela vanidad non poca del su cabello, é que folgaba de lo mostrar; é por ende, oras en la calle, oras en visita, oras en misa fuese, diz que soltar el manto sotilmente solia fasta lo derribar en los hombros, facendo de la olvidadiza é mal cuidosa: tocas non traia nunca só la montera, cá decia que la ponian bochorno é congoja; é cada que su padre reprochábala por algun fecho punicion meresciente, é menazábala de le toller el cabello, júrovos que le dolia tres tantos mas que una vuelta de zurriaga, et estonce era buena tres semanas arreo: á tanto que Joan Lanas, catando la enmienda, reia á socapa, é fablando su fabla con los sus compadres, deciales que la su fija ganar

habia, como la otra sancta de Secilla, el cielo por los cabellos. Leixado este tema, conviende que sepades que Joan Lanás el ciego con trocar de tierra é posada non trocó de meollo, é si mentecapto era en Sant-García, mentecapto fincó en Toledo, consumiendo li los sus dineros con físicos é zurujanos roínes que non le sanaban la su ceguera é le empobrescian cada dia mas; que á non haber seido su fña tan ducha en labrar é guarnir paños de lino, lana é seda. yo vos prometo que el cuitado de Juan verseía mas de cuatro disantos sin alcandora que se poner, nia bocado que yantar, fueras ende que non lo demandara de puerta en puerta. Años pasaban; é María cada vegada mas fermosa, é su padre cada vegada mas ciego é mas ganoso de ver; fasta que la pesadumbre é coita le acució en cuer é magin tan fuertemiente, que María hobo de conocer claro como la lumbre del sol que si el su padre non cobrase la vista, finara de pena. A la hora María tomó á su padre é levló en cá de un físico arábigo de grand saber que moraba en Toledo, é dijo al moro de catar si el viejo habia cura de su malatia. El arábigo cató é tentó á Joan, é fizo con él esas et esotras probaduras, é todo paró en que el físico ficiese juras por el zancarron de Mahoma de que habia certinidad de guarir á Joan facendo que tornase á ver á su fña, á tanto que se le pagase la guaridura con quinientos maravedís de oro en oro; ¡asedo cabo de tan sabroso comienzo, cá los dos lacerados de Joan é María non habian en hucha nin maravedí nin blanca! Fuéronse dende mohinos, é María non cesaba de orar al señor Sant-Illan é al señor Sant-Yego que les quisieran acorrer en tan áspero trance. « ¿ De dó, » cavilaba ella en sus adentros, « de dó tirar quinientos maravedís para ser quitos con el honrado moro que tornarleía la vista de los ojos al triste de mi padre? A la hé, yo garrida moza soy, é amartelados de sobra cuento, pecheros é hidalgos, que me endigan quillotos é gentilezas; mas todos son mancebillos pitofleeros que de al non curan que de sus garzonías, é buscan barraganas é non dueñas segund la ley de don Jesu-Cristo. Mémbrome non obstante que frente de casa mora el espadero maese Palomo, que de contino me mira é remira é nunca me fabla; é así la Virgen me ayude que me parezca el home de asaz buena masa para marido; pero ¡cuál mochacha, non seyendo tuerta nin gibosa, podelleía querer con aquella la su nariz tan chata, con aquella la su color de

dátil maduro, con aquellos los sus ojos de beserro mortecino, é con aquellas las sus manazas que mas aina semejan de animalia bruta que de persona que en las folguras de amor falagar blandamiente debe á la fembra que la suerte le depare para la su compañía? Diz que non seya nada embriago nin apaleador nin doñeador nin mintroso, é que seya otrosí grandemiente cabdaloso é rico: ¡ lástima que tales partes adune quien es tan grandemiente feo é tozudo! » Dando é tomando en esto llegar Joan é María á su posada onde atendiéndolos un escudero estaba con loba de luto; el cual dijo á María que su tia del corregidor de la cibdad era muerta en estado honesto et en la flor de su edad, cá non habia cumplido los setenta, é que habiéndose de facer las obsequias de la doncellica setentaóna al otro dia, fuerza era que el su ataud fuese levado á la elesia por doncellas, é veniale á pescudar á María si plazriale de ser una de las porteadoras de la finada, é dariagele un hábito blanco é de yantar é un ducado é las gracias por añadidura. María, á fuer de manceba bien endotrinada, respondió que si el su padre venia bien en ello, ansimesmo venia ella: Joan acetó, é María regodeóse de poder andar á facer alarde de su cabellera, cá sabido es que las mochachas que levan á soterrar á otra van desmelenadas. É cuando á la otra mañana las dueñas de la corregidora adereszaron á María con el hábito blanco como el ampo de la nieve é fino como piel de cebolla; é cuando rodéronle al cenefío talle una faja carmesí de seda cuyos cabos pendian fasta el ancho ruedo de las haldas; é cuando cingieronle una corona de blancas flores por la su tersa é candidísima frente, dígovos que con el hábito é la faja é la corona é la fermosa cabellera tendida, é la muy mas fermosa faz é continente suyo, non semejava fembra de carne é de hueso formada, sinon sobrehumana creatura ó bienaventurada moradora de los lucientes cercos onde asisten las célicas hierarquías. Saliéronla á ver á la sala el corregidor é los del duelo, é todos de contino loaban á Dios á quien tan miraciosas obras plega facer para consolacion é solaz de los en el mundo vivientes. É allá en un rincon de la sala yacia inmóvil, como bulto de peña labrado, uno de los del mortuorio con el capuz de la loba echado, que non se le cataban mas de los ojos, los que habia de hito en hito enclavados en la garrida doncella, la cual traía los suyos honestamente abajados al suelo, é un poco doblegada la cabeza, é un poco co-

loradas de vergüenza las mejillas, mugier la sabia mucho bien oír los loores que de su gentileza facíanse. Abrióse á deshora un cancel, é comenzó de asomar una grande comba de saya, que al non era que la tripa de la corregidora, la cual pareció al cabo de dos brazas de vientre, cá estaba en dias de parto; é como vido á María fíncó hi parada, desanchó los ojos de un jeme, mordiése los bezos é llamó á su marido: departieron juntos una buena pieza, é fuéronse dende, é cuando tornaron, ya los del mortuorio eran idos.

En tanto que dan tierra á la defuncta, quiérovos decir, curiosos leyentes, como el corregidor é la corregidora eran desposados luengos años habia sin haber fijos; é cobdi-ciábanlos como el campero la pluvia de mayo, é por fin habiale tocado su hora de bendicion á la corregidra con grande contentamiento del su marido. Sonrugíase que la tal dama siempre habia picado en antojadiza: ¡juzguedes si serloía en el tiempo de su preñedad! E como frisaba ya en los cincuenta, era ya mas que medianamente calva é sin pelo, é mesmamente aquellos dias habia encomendado á una barbera que vivia en olor de bruja que le adobase una cabellera apostiza, salvo que non habia de ser de fembra defuncta, cá sesudamente decia la corregidora que si el cabello era de defuncto que gozaba de la superna gloria ó lastaba sus pecados en el purgatorio, profanamiento era levar prenda suya; é si yacia en el infierno, espantable cosa era traer en somo de la persona reliquias de un cuerpo damnado. E desque vido la corregidora la cabdalosa melena de María, antojó-sele para sí, é por eso llamó en porida: al corregidor, é rogóle afincadamiente de reducir á María á dejarse pelar, en tornando que tornase del mortuorio. — «Afirmovos,» decia el corregidor, «que pretendedes cosa bien peliaguda de recablar, cá en tal guisa idololatra en su cabello la moza melenuda, que mas alta endurará que la manquen de un dedo, que leixarse toller un mechon de la crencha.» — «Yo vos aseguro,» respondia la corregidora, «que si hoy en este dia no finca por mi mano rasa é monda como un melon la cabeza de esa rapaza, lo que albergo en el vientre tiene de sacar una cabellera pintada en el rostro, é si acertase á ser fembra, catad; qué donosa fija se vos apareja!» — «Parad mientes en que María demandará quizaves por el trasquileo muy buenos escudos.» — «Parad mientes en que si non, malograr habedeis vueso heredero ú

heredera tan á duras penas enventragado, é remembrad de pasada que non sodes tan mancocho que debades fiduciar de reponerle con otro.» Tornóle con eso al corregidor la espalda é partió para su aposento gritando: «Cabellera pido, cabellera quiero, é si cabellera non hé, para mi santiguada si encasciere.» Habíase en tanto fecho el entierro sin mas novedad que de mentar fuese, si non que cuando por las calles algun maleante queria entre la multitud urgar á la fermosa María, el encapuzado de quien suso mencion ficimos, tiraba con prestadumbre una correa de só la loba, enderezaba un gentil zurriagazo al descomedido sin le decir palabra, é seguía cabadelante cual si cosa non hobiese acontecido. Tornado el acompañamiento del duelo, el corregidor trabó de la mano á María é dýjole: «Ora bien, honrada doncella, menester es que departamos los dos un poco en esta cuadra,» é diciendo é faciendo metióla en el retrete de su mugier é asentóse en un sitial et inclinó la cabeza é manoseóse la barba en ademan de quien estodia el comienzo que conviene dar á la plática. María, un tanto abobada é confusa, fíncó de pié frontera del corregidor, é abajó tambien homildemente los sus ojos negros como la endrina, é por facer algo, meneaba blandamente sobre la falda, los cabos de la faja que le apretaba la cintura, non sabiendo qué se prometer del gravadoso gesto é silencio largo del corregidor, quien alzando la vista é catando á María de suso ayuso, como la vido en postura tan modesta, priso dende motivo para saltar diciendo: «Pardiez, María, que trades un porte tan recatado é sancimonioso, que á tiro de ballesta se conosce que vos criades para monja tocanegrada; é si esto ansi fuere, cual me presumo, yo vos ofrezco de negociar como entreis en castra sin dote, á trueco de que me endonedes cosa que va en somo de vos é que estonce non vos será necesaria.» — «Prométovos, señor corregidor,» repuso María, «que non creo me llame el Señor por aquese camino, cá estonce mi pobre padre fincaria sin el báculo de su vejedad en el mundo.» — «Agora pues, yo vos quiero dar un consejo sano, hermana María; vos ganades el pan con sobrada fatiga, é debriades aprovechar el tiempo tanto como posible vos fuese. Hamedicho una vuesa vecina que para facer el vueso tocado perdedes cada dia mas de dos horas: valiera mas que esas horas las emplegáades en vuesa labor, que en las tejedoras é moños que facedes con vueso cabello.»

— «Así es verdad, señor corregidor,» contestó María tornándose roja como unos claveles, «pero catad que non es culpa mia si hé una madeja de cabellos que para peinarlos é tranzarlos necesite un luengo rato cada mañana.» — «Dígovos que si es vuesa la culpa,» redarguyó el corregidor, «ca si vos cortáades esa madeja, vos ahorrábades aqueos tranzados é peinaduras, é trabajáades mas, é ganariades mas, é non daríades ocasion á que se vos tache de vana, é digan que aun vos ha de levar el enemigo por las guedejas. Non vos acutedes, ca ya columbre como vos asoman las lagrimillas, que las habedes en verdad farto someras; yo vos amonesto por el vueso bien sin interese ninguno: motiladvos, desmochadvos, rapadvos, buena María; é para toller vos el amargor del desmoche, yo vos endonaría cincuenta maravedis, siempre que me entriegáades la vuesa cabellera.» Cuando María oyó de buenas á primeras el ofrescimiento de tan razonable cuantía por el su cabello, paréscíele todo una burlería del corregidor é sonriyóse muy graciosamente, alimpiándose las lágrimas é reptiendo: «¡Cincuenta maravedis me endonades porque me pele!» Al corregidor (que diz non habia toda la trastienda de Ulixes) hóbole de parecer que aquella risa significaba que la moza non se pagaba de tan poco precio, é añadió: «si non vos contentáades con cincuenta maravedis, darvos he ciento.» Estonce María vido moverse cabadelante una cortina de un camarín facendo una grande bamba, é comprehendió que hí acechando estaba la corregidora, é que la bamba facíala su desafortada tripa; é como fuese María de buen engeño, calóse luego la entencion del corregidor é que seria un antojo de su oisio, é puso su firmedumbre en no sofrir el tresquilamiento si non tiraba dende los quinientos maravedis necesarios para pagar al fisico árábigo que había de descegar á su padre de ella. Sobió el corregidor los cient maravedis á ciento cincuenta é despues á ducentos, é María proseguia sus risas, cabeceos é molines; é cadaque el corregidor facia una puja é María contrafacia la dengosa, cuasi cuasi cobdiciaba ella que el corregidor se retrayera del su propósito, por lo mucho que le dolia se despojar de aquel preciado ornamento, non embargante que granjear había por él la salud del su padre. En soma, el corregidor ganoso de cerrar el trato, ca veyendo estaba las idas é venidas de la cortina, é conocia por ellas la comazon é ansiedad que traxia la su ve-

lada, remató clamando: «Ea, rapaza, quinientos maravedis se vos dan: catad nora-mala si vos acomoda.» — «Norabuena,» respondió sospirando María como si fugiérase el alma de las carnes con aquea palabra; «norabuena, siempre que non se haya de saber que finco pelona.» — «Yo vos lo fio» dijo la corregidora entrando en la cuadra con unas aguzadas tiseras en la mano é una fasaleja al brazo. Como vido María las tiseras, tornóse amarilla al par de la cera; é cuando la mandaron asentar en la silla del sacrificio, sintióse descaecer é hobo de pedir un sorbo de agua; é cuando cingieronle la fasaleja en torno de la garganta, cuéntase que hobera partido de carrera á non haberle fallido los espíritus; é cuando á la primer tiserada sintió el frio del hierro, digovos que le pareció que le atravesaban el cuer con una daga buida. Posible non fué que mantoviese la cabeza queda un momento durante la tonsuracion se facia; desviábase mal su grado á un lado é otro fugiendo las mordedoras tiseras, cuyo fuerte golpeo é crujido feriale acerbamente las orejas; nada empero valian sus meneos é trajin á la mezquina tresquilada, ca la pertinaz tresquiladora, con el ansia é cobdicia de una mugier en cinta que satisfaz un antojo, tomábale bien ó mal á puñados los cabellos é libaselos bravamente cercenando, é caian en la blanca fasaleja escorriéndose dende fasta pervenir en el suelo.

A la fin rematóse la facienda, é la corregidora que non cabia en si de gozo, trújole é retrújole á la motilona falagüeramente la palma de la mano desde la frente al color-drillo diciendo: «por el siglo de mi madre que vos he tonsurado tan igual é á raiz, que non vos rapara mejor el mas polido barbero: recoged vos é tranzad la mata mientras que mi marido vos apercibe las monedas, é yo vuesa ropa, para que de casa vayades sin que nada se barrunte.» Salleron el corregidor é la corregidora, é María desque se topó sola partió á se catar en un espejo que hí había, é como se vido calva perdió el sofrimiento que hobera fasta destonce tenido, é ginió de rabia é abofeteóse, é aun estovo por se arrancar las orejas que parecíanle á la sazón desafortadas de grandes, magüer non lo fueran: pisoteó los cabellos é renegó de haber consentido en los perder, sin se remembrar agora de su padre como si tal padre non hobera. Mas como seya propio de la humanal natura conortarse cuando al non se puede facer, asosegóse poco á poco la sañosa María, é alzó del suelo la cabe-

llera, é atóla é tranzóla en gruesos ramales, non sin la besar é plañir sobre ella muchas vegadas. El corregidor é corregidora tornaron; éi con los dineros et ella con el hábito de María, la cual desuudóse é metió en un pañizuelo el sayo blanco, vistióse el suyo, tapóse con el inanto fasta los ojos é caminó gimlendo pará casa del moro, sin facer caldal de que el home del capuz echado iba en pos de ella, é que abajando ella el manto en un momento de olvido por la maña que habia de mostrar el tranzado, vidosele estonce claramiente la cabeza mocha. Recibió el moro los quinientos maravedis con ei buen talante con que siempre es recibido el dinero, é dijo á María que le trajese hí á Joan Lanas para que hi posara en tanto que duraba el riesgo de la cura; María fuó por el viejo é callóle lo del esquiteo por non le dar pesadumbre, é mientras que Joan permanesció seyendo huésped del fisico, non osó María salir de su posada sinon de noche é bien encobierta: eso non embargaba empero que la siguiese siempre un embozado. El moro cierta noche avisóla en poridad que á la mañana siguiente alzaría á Joan las vendas de los ojos: acostóse esa noche María con grant regosijo, é para si pensaba que cuando su padre la catase (que sería con asaz de contento), sería ese contento tres y cuatro vegadas mas cumplido si podiésela catar con el gentil tocado que ella solia se facer en su pueblo. En tal cavilacion andaba al otro día al se poner la mejor saya é prendero para ir cás del arábigo, é como se hobiese asentado para se calzar, sopitáneamente sintió que le encajaban una como caperuzo en la cabeza; é revolviéndose, vido tras de sí al embozado de marras, que derribando el embozo se falló ser el espadero maese Palomo, el cual sin fablar, presentó á María un espejillo de Venecia onde catándose vidose con su mesmisima cabellera en tal forma guisada que dudó una buena pieza si era sueño que la corregidora la hobiese rapado. Era el caso que maese Palomo, gran compadre de la barbera, visto habia é conocido en su casa la crencha de María la mesma tarde del dia en cuya mañana veyera á María pelona, é calándose la facienda, sonsacó á la vieja para que guardara para él la crencha de María, leixando para la corregidora otra de igual color que la barbera habia de una finada: trueco por el cual la taimada vieja fizose contar muy lindos esculos. É dice la estoria que tan cedo como María topóse con su tan plañida é sospirada cabellera, por mano

rescatada del galan espadero, parecióle el maese muy menos feo que de antes; é non sé si diga que comenzó de tal punto á le catar con buenos ojos: ello es que rogándole él de le prender por su escudero fasta cás del moro, permitiógelo ella, é partieron los dos mano á mano levando ella sin rebozo la cara. En entrando los dos en el aposento del fisico, lanzógele á María su padre en los brazos gritando: « Gloria á Dios, ya te veo, fija mucho amada: ¡qué fornida é fermosa te has fecho! ¡Vale la pena de cegar por cinco años á trueco de ver á su fija en tal guisa medrada! Ya que torno á ver la claridad, razon es que no me hayas mas á tu cargo: yo trabajaré para mí, cá respeto de tí ya es hora de que te cases. » — « A eso vengo, » proromprió á la sazón el callado espadero. « Yo, como ya conosceris por la voz, soy vuestro vecino maese Palomo: yo quiero á María é vos pido su mano. » — « A la hé, maese, que la vuesa pinta non es muy cobdiciadera que digamos; empero si María vos aceta, yo soy contento. » — « Yo » respuso María, toda vergonzosa, é atusándose el pelo apostizo (que pesábale estonce en sono de la cabeza y del alma como un fardo de veinte arrobas), « yo, anái Dios me alumbre, como non atino qué respondervos. » Priso le Palomo la diestra mano sin le decir cosa; é al prendérgela cató María la muñeca del maese, é reparó en los puñetes de la su camisa polidamente labrados, é con algo de suspicion é latimientio del cuer le dijo: « Por lo que mas querades, mi buen vecino, que me declaredes de qué labranderia es aquea labor. » — « Obra es, » (respondió con yocundidad el maese), « obra es de una donosa manceba que há cinco años trabaja para mi persona, magüer ella nunca fasta agora lo sopó. » — « Agora caygo en la cuenta, » departió María, « de que todas las mugieres que venido han á me dar lienzos que coser é labrar eran por vos enderezadas, é por ende pagábanme muy mas que se usa. » El maese non respondió; mas sonriyóse, é tendiendo á María los brazos, María echóse en ellos abrazándole muy falagüera, é Joan ansimismo, diciendo á los dos: « Pardiez que sodes nascidos para en uno » — « Mia fe, adorada mia, » repriso el espadero á cabo de rato, « que á ser esta la mi faz menos desplaciente, non hobera seido yo mudo convusco tan luengos dias, nin hobiérame satisfecho con cataros de lueñe; hobiérvos fablado, me hobiérvos vos fecho sabidor de las vuestras coitas, é hobiérvos endonado yo los quinientos maravedis, para la guar-

cion de vuestro buen padre. » É fablándole pasito á la oreja, añadió : « Estonce non ho- biérades habido aquel tan mal rato en ma- nos de la corregidora ; empero si temedes que ella quebrante el prometimiento que vos fizo de callar vuesa motiladura , partiremos si vos place á Sevilla onde nadie vos co- nosce, é así... » — « Callede » clamó Maria tirando resolutamente al suelo la cabellera que Joan alzó todo atontecido ; « mandad esa cabellera á la corregidora , pues esa é non la de la defuncta es la que pagó tan cara ; que yo por guarirme de mi vanidad , voto vos fago , si me lo permitides , de ir rapada toda la vida : mal asientan á mugieres de mecánicos oficiales aquesos apostizos arreos. » — « Contad , » replicó el maese , « que desde

el punto que vos sepan pelada las mozelas de la cibdad envidiosas de vuesa fermosura , van á endilgarvos el apodo de *Mariquilla la pelona*. — « Así mesmamente lo creo, » respondió Maria ; « mas para que entiendan que non se me dará un figo de aquesa nin cualquier otro mote , afirmovos que de hoy para adelante non he de sufrir que nadie me nombre de otra guisa que *Mariquilla la pelona*. »

Tal aventura fué la que tan remembrada en las Castillas fizo á la fermosa fija del buen Joan Lanas , la cual casó en efecto con maese Palomo , é fué una de las mas hon- radas é parideras mugieres de la perillustre cibdad de Toledo.

La Risa.

EL AMA DE LLAVES.

(Artículo escrito para la obra titulada : LOS ESPAÑOLES PINTADOS POR SÍ MISMOS.)

Don Diego.—Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor : regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios.—MORATIN : *Si de las niñas, esc. I.*

Esta baraja de figuras que lleva el título de *Los Españoles pintados por sí mismos*, no se publica solo para los españoles, sino para todos los que gusten de verla : maldita la pesadumbre que le dará al editor el saber que se la manosean el inglés y el chino, el francés y el moro, el portugués y el brasileño, siempre que para entretenerse con ella, se la compren á su legítimo propietario. To'o español sabe lo que significan las palabras *Ama de Llaves ó de Gobierno*; pero en manos de tal extranjero pueden caer nuestras páginas, que fijándose en el distintivo de *las llaves*, vaya á figurar: e que la persona á quien se aplica es una portera ; ó que descaminado por la voz sonora de *Ama*, piense que se trata de una mujer casera, de una consorte hacendosa por cuya mano corren todas las llaves, inclusa la del dinero, en fin, de una *Ama de casa*. No señor : por Ama de Llaves se entiende acá en nuestro país (que es como si dijéramos en toda tierra de garbanzos) lo

que dice el Diccionario del idioma : « una criada encargada de las llaves y economía doméstica », una criada á quien se fía la ropa, utensilios y provisiones. — « ¿ Con que es una *servienta*, y le dan ustedes el nombre de *Ama* (exclamará aquí alguno de nuestros melindrosos lectores de extran- gis)? ¡ qué contradicción! ¡ qué rareza! — Amiguito, ¿ qué quiere usted? Cosas de España. »

Ése dictado de imperio ó dominio cuadra perfectamente á la que por él se designa, porque hay Amas de Llaves que tienen á sus órdenes doncella, criado, cocinera, y aun quizá otra ama tambien, la de cria : estas aristócratas de la servidumbre, estas sul- tanas validas, ya se ve que son señoras du- rante la época de su inseguro reinado. Otras hay, por ejemplo, que viven con un solte- ron ó viudo sin otro bicho viviente en su compañía : que guisan, que cosen, que friegan, que en nada se distinguen de una criada comun sino por su mayor edad, sa-

ber y gobierno, que inspiran mas confianza al que les da el salario: estas, claro es que no tienen á nadie bajo su inspeccion, y por consiguiente podria decirse que no les conviene el titulo de *amas*; con todo, les conviene en efecto, y lo son, porque mandan al amo. Regla general: la criada única de un celbato, de un ex-marido, de cualquier hombre que vive aislado, mono y lirondo, sin hermanos ni tias, sin sobrino, cuñada ni suegra, (que son para el mundo sirviente los enemigos del alma y del cuerpo), no solo es el Ama de las Llaves, sino el ama de todo, en el mismo y aun en superior grado tal vez que una esposa.

Si este artículo hubiera de ser no una copia lo mas fiel posible, sino una caricatura deforme, la tarea del escritor estaba reducida á desleír ó amplificar un poco las expresiones del célebre poeta dramático arriba puestas por epigrafe, las cuales son muy dignas de notar por haber salido de la pluma de un solteron, que por lo mismo hubo de vivir siempre entre amas, y debia conocerlas á fondo; pero como lo que aquí se pretende es retratar al Ama de Llaves, cual si ella hiciera el cuadro por si misma, principiaremos por suavizar ó explicar aquellas expresiones presentándolas á la luz á que deben verse. Condicion general, aunque no sin excepciones, es de las amas que han de ser solteras ó viudas; cláusula importantísima, aunque no sin dispensa, es que hayan de contar una edad razonable: ahora bien, la mujer que haya cruzado la línea equinoccial sin haber celebrado primeras ó segundas nupcias, ¿qué ha de ser en general sino fea? Y siendo vieja y fea, ¿qué ha de ser sino amiga de la comodidad, habladora y entremetida? Por consiguiente no hay que echar en rostro al Ama de Llaves lo que forma sus cualidades constitutivas. ¿Quería el don Diego de Moratin por Ama de Llaves á una buena moza, calladita y sana? No era mal gusto; pero niñas de esos requisitos difícil es que se libren de ser casadas ó cosa equivalente. Amas de Llaves se usan tambien jóvenes y bonitas; pero estas pertenecen á una especie bastarda: la raza pura, el tipo original, la verdadera Ama de Llaves debe ser jamona, gruñona y feotona. Siendo pues en su mas genuina forma una mujer de cuarenta á cincuenta, y hallándonos actualmente en el año 1843 de la era cristiana (4087 de la poblacion de España segun el calendario); esta hembra ha debido nacer á principios del siglo presente ó fines del próximo pa-

sado: es decir que su educacion, carácter, lenguaje, atavio y hasta su busto, han de resentirse forzosamente del influjo de aquella época: es decir que una Ama de Llaves en el apogeo de su saber y experiencia es una sirviente del siglo XVIII. Antes de tirar en el lienzo trazo ninguno de la figura que ha de bosquejarse, importa dar á conocer qué cosa eran en España las criadas antiguamente, y qué rasgos de estas conserva aun el Ama de Llaves en su singular y variada fisonomía. Sin esta explicacion, sin este conocimiento de las causas, podria creerse que tales y tales rasgos característicos eran individuales y caprichosos, cuando lejos de entrar en el número de las excepciones, son cabalmente distintivos forzosos y genéricos.

Hubo un tiempo en que la condicion de las criadas en España se diferenciaba poco de la servidumbre. Las costumbres románticas y caballerescas de la edad media nada tenían de suaves ni de benignas. Hasta el siglo XVII inclusive, el látigo era el que dirigia la enseñanza pública, el que añanzaba la obediencia filial, el que mantenía el órden doméstico. Un maestro en teología azolaba en la universidad á un discípulo tonsurado, aunque contase ya cuatro lustros; un mayordomo de grande zurraba sin misericordia la piel á los pajes de su señor, aunque tuvieran medianamente poblado el bozo; el padre hartaba de soplamocos al hijo por quitame allá esas pajas, y la mamá, cuando se le ponía en el moño, echaba mano al de la señorita y la arrastraba por el suelo: el abofetear, repelar, mesar ó dar una vuelta de cabellos, como solían decir, era entonces pan de cada día. La tal propension al zarandeo, que se ha conservado hasta nuestros días, era naturalísima en unos tiempos en que hasta los reyes se disciplinaban: ¿cómo habia de respetar la costilla ajena el que se mosqueaba la propia? Pues bien: en país donde tan duro trato recibían los hijos ó hijas de los amos, ¿cuál deberían recibir las criadas? Oigámoslo decir á una mozueta desenfadada de los últimos años del siglo XV, platicando muy de propósito con la insigne madre *Celestina* 1. « ¡Oh y qué duro nombre, y qué grave y soberbio es *señora* contino en la boca! mayormente de estas señoras que agora se usan. Gástase con ellas lo mejor del tiempo; y con una saya rota pagan el servicio de diez años. Denostadas, maltratadas las traen; y cuando ven cerca el tiempo de

1 La Celestina, acto IX.

la obligación de casallas, levántanles un caramillo; pídenle zelos del marido; ó que hurtó la taza, ó que perdió el anillo; danle un ciento de azotes, y échanla la puerta afuera diciendo: Allá irás, ladrona: no destruirás mi casa y honra. Estos son sus premios, estos son sus beneficios y pagos: *obliganse á darles marido*; quitanles el vestido. Nunca oyen sus nombres propios en boca de ellas, sino: ¿Qué hiciste, bellaca? ¿Por qué comiste esto, golosa? ¿Por qué no limpiaste el manto, sucia? ¿Quién perdió el paño de manos, ladrona? Y tras esto mil chapinazos, pellizcos, palos y azotes. — « ¡Y aguantaban eso las criadas de antaño! » saltará aquí echando fuego por los ojos alguna doncella de labor de estas elegantitas y pizpiretas de ahora. — « Salero, ¿no ha oído usted que los amos de entonces daban estado á las mozas de servir? ¿Por qué se dijo el refran de que *Todo lo compone un buen dote*? ¿Qué no sufrirá una mujer por casarse? » — Las pobres Amas de Llaves que por ser cuerpecitos mayores ó malos cuerpos, no tuviesen esperanzas de salir de penas á favor de una boda, esas sí que debían sufrir el infierno en la vida.

Pero pasaron años y siglos y costumbres; dejaron los señores á las criadas que cuidasen por sí solas de establecerse con dote ó sin él; emancipóse la criada: y ¿qué sucedió? Que no teniendo ya freno que la sujetase, toda la soberbia indómita de la clase baja y sin educacion, se desarrolló á sus anchas, y la sirvienta que antes era sufrida, se hizo insufrible. Vayan para hacer contraste con el trozo anterior esos otros, copiados de los sainetes de don Ramon de la Cruz; y no se imagine que por tomarse de obras de invencion no merecen crédito: el que extiende este artículo, que ha tratado Amas por espacio de muchos años, ha presenciado una porcion de escenas análogas, que hacen muy creible lo que va á leerse, y mas todavía. En el sainete de *la Presumida burlada*, la cual es una sirvienta que por el matrimonio ascendió á señora, ella y la que la sirve se dicen las lindezas siguientes.

El Ama. Friega otra vez mal, vea yo
Alguna mota en los platos,
Y verás si te los tiro
A la cabeza.

La Criada. Despacio,
Señora de poco acá;
Que un poco mejor fregados
Están que cuando usiria
Manejaba el estropajo.

Pero de fregoncillas de mala muerte no se debe hacer cuenta: escuchemos á una Ama de Llaves, persona que como constituida ya en cierta dignidad debe expresarse con mas miramiento y decoro. Escuchemos en *los Hombres solos* á la señora *Lucía*, Ama de don Pedro y don Lucas, caballeros que tratan de hacer un obsequio á unas damas. Toman parte en el diálogo, además de los dichos, un barbero, un peluquero y el criado Juanillo.

Pedro (á don Lucas). Digo, ¿y has contado Nuestra mujer de gobierno? [con

Lucas. Hará lo que se le mande.

Pedro. Conforme la coja el viento.
¿De qué humor se ha levantado Hoy, Juanillo?

Juan. De perverso.

Yo me estoy sin almorzar
Por no decirselo; y eso
Que la tengo dadas pruebas
De que soy buen compañero.

El Barbero. Porque yo quise poner
El escalfador al fuego
Mientras usted se vestia,
Agarró un tizon ardiendo,
Y si me descuido un poco,
Me afeita ella á mí primero.

Lucas. Sin embargo, llámala.
(*Juanillo va á llamarla, y Lucía se presenta
Nasca y ceñuda.*)

Lucía. ... ¿Qué quiere el concejo,
Que necesita en persona
Mi asistencia?

Juan. (A parte.) ¿Aqui te quiero!
El Barbero. Pocas criadas hay de estas
En las casas donde afeito.

Juan. Pues yo en las mas que he servido
Las encontré de este genio.

Lucas. Señora doña Lucía,
Es preciso echar el resto
De los primores de usted,
Y que tenga con aseó
Prevenida una salvilla,
Los vasos y los cubiertos,
Porque vendrán unas damas
Quizás á favorecernos,
Y es preciso quedar bien.

Lucía. Pues muy mal dia escogieron
De venir esas señoras.

Pedro. ¿Y por qué?
Lucía. Porque yo tengo
Que salir precisamente
Esta mañana.

Lucas. ¿Podemos
Saber á qué?

Lucía. A visitar
Tambien á otro caballero,
Que me tiene prevenido
Chocolate con pan tierno.

Lucas. ¿Y quién te ha dado licencia
De que salgas?

Lucía. En no haciendo

Cuenta de volver aquí,
Para irme yo me la tengo.

Lucas. Ni la tienes ni te irás,
Y harás cuanto te mandemos.

Lucia. ¿Yo? ¿Qué gracioso es usted?
¿Y me lo dice usted serio?
Si me he puesto yo á servir
En casa de hombres solteros
Por no aguantar amas, ¡vean
Cómo aguantaré cortejos
De mis amos, y servirles
Para que vayan haciendo
Burla de mí, y esta noche
Se publiquen mis defectos
En la tertulia! ¡Un demonio
Para ellas, y cuatrocientos
Para ustedes!

El Peluquero (que está peinando á don Lucas).

Un petit morceau de sebo,
Madama.

Lucia. Por la otra oreja,
Que por esta no lo entiendo.

Lucas. Un poco de sebo pide.

Lucia. No le hay.

Lucas. Anda ves á verlo.

(El peluquero dirige aquí un cumplimiento en francés á Lucia, que se enfurece como si la hubiesen llamado bruja.)

Lucia. ¡Esto nos faltaba ahora!

¿Qué apuesta usted que le peino?

El Peluquero. ¿Qué dís usted?

Lucia. ¿No lo entiendo?

El Peluquero. Non.

Lucia. Pues óigalo mas recio.

(Dale un manoton y vase.)

Aquí se ve al Ama del siglo XVIII, provocativa, feroz y ágil de manos, haciendo el papel de una señorota del siglo XV: en esto habian venido á parar el sufrimiento, la mansedumbre y la esclavitud antigua. Pues de esta ferocidad y de aquella sumision participa hoy el carácter del Ama de Llaves; de la una por efecto de la pésima crianza que recibió, de la otra por efecto de los años y los reveses sufridos, como tambien por el conocimiento de su interés personal. Una mujer de edad cuando ha tropezado en una casa con un amo bueno, conoce que su porvenir depende de su permanencia allí, de su perseverancia en tenerle contento; pero no siempre puede tanto consigo misma, que por no aventurar su suerte renuncie al gusto de soltar una insolencia ó hacer una barrabasada. Esta irritabilidad depende tambien de los incidentes que han traído al Ama de Llaves á serlo, y del país á que pertenece: las Amas naturales de Cataluña por fuerza han de ser mas desabridas que las gallegas

y valencianas; las aragonesas mas tercas que las andaluzas, y estas mas picudas y perezosas que las vizcainas: las de los pueblos inmediatos á Madrid compiten en lo zafio y desvergonzado con lo peor de la península. Nadie sirve sino porque es pobre; pero de distinto modo influye la pobreza en una mujer que nació destinada á servir desde luego, que en la que nacida en mejor fortuna hubo de abrazar el servicio doméstico porque se quedó sin padres ó sin marido: aquella será mas grosera y alegre, y esta mas civilizada y quejumbrosa. Y como diversas y aun contrarias han de aparecer forzosamente en su modo de pensar, obrar, hablar y vestir el ama vieja y la jóven, la que sirve en un pueblo y la que habita en una capital, la que vive con un soltero sin hijos y la que ha dado vida á los hijos de un soltero; el expediente mejor para que se comprenda todo lo que por término medio cabe en este brevísimo vocablo de *Ama*, será referir sencillamente dos biografías de dos Amas, extremadas las dos en su línea, entre cuyas individualidades se encuentra la verdad genérica del tipo: advirtiéndolo que en lo que vamos á referir todo es cierto, menos los nombres de las heroínas, los cuales significan puramente para el lector «Fulana yo no sé como, Zutana ¡qué sé yo cuantos!».

Cándida Rosa Rosalía Rolledales, hija de un zapatero remendon de un triste villorrio, se crió chiquituela y endeble, morenuzca, gangosilla y zarosa. Malas lenguas dicen que su padre, infatigable hablador cuando bebía un trago mas (y bebía á todas horas porque no podía menos), influyó no poco en el ganguero y coceo de su hija: como charlaba sin cesar, le incomodaba sobremanera que le interrumpiesen; y un día en que nuestra *Rosa Cándida* le atajó su palabra honrada tres veces seguidas, el prudente padre para corregir á la niña del resabio de bachillera, le tiró una horma á la cara que la dejó para siempre con las narices apuntando al juanete izquierdo. Con este y otros avisos del tirapié igualmente misericordiosos, comprendió Cándida lo que le importaba no desplegar los labios, de lo que resultó que no aprendiese á pronunciar bien por falta de ejercicio. Con un padre tan amoroso, claro es que la criatura consideraria el salir á servir como la mayor felicidad: acomodáronla de niñera en otro pueblo, y de niñera pasó á criada. A fuerza de oír decir por unanimidad que era fea y simple, hubo cast de

llegar á creerlo ; á fuerza de observar que se le reían en sus bigotes (tenía este adorno tambien) casi siempre que hablaba, hubo de tomar la resolución de callar ; á fuerza de notar que siempre que se presentaba á vistas producía su nariz un efecto nada favorable, trató de neutralizar la impresion de su fealdad con la limpieza y esmero del traje ; y como para vestir bien era menester ganar buen salario, hizo se aplicada y laboriosa para merecerlo. Humilde Rosalía, callada, limpia y trabajadora, valía un Perú para criada, si Dios la hubiese dotado de un poco mas de capacidad ; pero en apartándola del fogón ó de la mesa de planchar, no había mujer para nada. Llamaba á la puerta un sugeto á quien el amo deseaba hacer un recibimiento amistoso ; y Cándida, ó le despedía ó le hacía esperar un cuarto de hora á la puerta : venía un acreedor ó un pegote, y se los encajaba hasta la alcoba. Por esto hubo de perder buenos acomodos, cuando por su traza y explicaderas no le era fácil hallarlos. Dió por fin con un ricacho sesenton, que harto de amas bonitas se prendó de la cara de Rosa, la mas á propósito para espantar importunos, y ella desquió esta vez á la susodicha de todos los malos oficios que le había hecho en otras ocasiones : el ser fea le había impedido entrar de criada en algunas casas, y por fea ascendió en aquella al segundo grado de la escala servil femenina, es decir, á ser Ama de Llaves. Entonces descubrió nuestra heroína una cualidad que aun no había tenido proporcion de manifestar, y fué un amor á la economía que rayaba en miseria, dote que le valió la confianza del amo en términos de hacer á Cándida depositaria del numerario. Pasaba esto en tiempo de la guerra civil : un susto que dió una partida al pobre sesenton, le dejó medio lelo ; Cándida, aunque simple, conoció que debía poner el dinero á buen recaudo, y por sí propia lo escondió en paraje seguro sin decir nada al amo : fuertes tentaciones había sentido siempre hácia la sisa ; pero siempre la había contenido la idea de que si aun siendo fea le costaba trabajo acomodarse, teniendo malas mañas ¿quién la sufriría? Por el contrario, si se portaba honradamente con el viejo, natural era que este se acordase de ella al testar. Desde que se le ocurrió á nuestra simple tal pensamiento (que no era una simpleza á la verdad), empezó á mirar aquel dinero como suyo en parte, y como no sabía la parte que había de ser suya, claro es que debía custodiarlo todo

con igual celo. Pronto dió de él una prueba heroica en grado sublime : vuelven los facciosos al pueblo, entran en casa del anciano y le sorprenden en la cocina al amor de la lumbre, y por contribucion extraordinaria le intiman que apronte hasta el último ochavo. El viejo se remite al Ama de Llaves ; el ama afirma que no tiene en su poder un real ; los huéspedes registran la casa y no dan con el nido : ¿cuál fué la cólera de aquellos cristianos guerreros! Colgada de las llaves estaba en el hogar una caldera de agua cociendo : dos de los contribucionarios cogen de los brazos á Cándida y la amenazan con sumergirselos en la caldera si no declara ; Cándida se mantiene firme ; y por tres veces la zampán de manos aquellos sayones en el líquido, á ochenta grados justos del termómetro de Réaumur. Suena generala ; « los cristinos están ahí » es la voz que cunde ; los verdugos de Cándida llaman á talones, y el pobre viejo, reclamatione conmovido por tal escena, tiene que llamar al escribano, de camino que traen al barbero para la fidelísima Ama de Llaves. El viejo testa y se muere ; Cándida se cura y hereda la mitad del tesoro salvado con su silencio : la otra mitad pasa al único pariente del testador, otro viejo de pocos menos años, que se casa con Cándida, la cual feliz y llena de comodidades, goza hoy el premio que ganó con sus manos. Esta mujer pasaba por simple, por tonta : á fe que en todo el trascurso de su vida de sirvienta pudo apostárselas á la mas hábil y honrada.

Múdase la decoracion. Armengola Chirivía ni fué pobre ni simple, ni era tan fea, ni llegó al puesto de Ama de Llaves por escala rigurosa : hija de un labrador, y dotada de anchos hombros y talle, plés atroce y boca desahogada, amén de ser un poco bizca de un ojo y algo mas del otro, en época en que era desconocida la operacion nueva del estrabismo ; todavia pudo agradar á un zurdo su paisano, á quien sedujo sin duda la imponente mole de la bizca, la cual por su parte hacia lo imposible por mirarle con buenos ojos. El padre, que queria casar á su hija á derechas, la traspuso á un convento de monjas, donde aprendió á confeccionar mantecados y rosquillas, hojuelas, tortas de chicharrones y demás artículos *ejusdem farinae* : del monasterio se trasladó ella á los brazos del zurdo, y de ellos á la vicaría ; y así los amantes pasaron á novios, y ascendieron á consortes, y descendieron luego á indiferentes, y pararon en

enemigos mortales, porque el zurdo era un vago, jugador y pendenciero, que traía á la bizca desnuda y hambrienta; y del suegro no habia que esperar mas que su maldicion. Consolábase el zurdo con la esperanza de alcanzar en dias al viejo; pero se dió tan mala maña con las suyas, que hubo de morir de mano airada en un garito, dejando viuda á Armengola, que lloró de veras cuando supo que ni aun por esas le perdonaba el padre su aciaga boda. « A servir », dijo entonces la valerosa viuda; y en pago de lo que habia sufrido en su matrimonio, le deparó el cielo una buena casa donde *debutó* (estrenarse se decia en tiempo del antiguo régimen) por Ama de Llaves; y en poco tiempo se impuso en todos los primores de la profesion. Acostumbrose á cuidar la dentadura térreo-metálica del ama, y á despertar con la aurora para abrir la puerta al tranochador señorito: constante espia de las revoluciones de la moda, no se descuidaba en prevenir á la señora que á los dos meses de uso ya no se podia llevar decentemente el vestido A ó el pañuelo X ó la mantilla Z; todo lo cual fluia en creces plenitud de su cofre ó bolsillo. Llegó á ganar cuatro duros mensuales; pero era tan generosa la viuda del zurdo, que afirmaba serviria de balde á sus amos; y era capaz de hacerlo por las circunstancias siguientes. En aquella casa nadie tomaba chocolate sino el ama proplamente dicha (la cual tenia tan perdido el paladar como la dentadura) y nuestra doña Chirivía, que estipuló en su ajuste la condicion de que habia de asistirsele con chocolate por mañana y tarde. Suprimíase voluntariamente las dos onzas de desayuno y merienda, porque realmente comia muy poco (ya sabremos la causa); y como ella era la que compraba el dicho género, ahorrábase en ocho dias una libra, que á diez reales le redituaba dos duros cada treinta y dos dias, viniendo á juntar una mesada de seis pesos fuertes. Agregábanse á esto veinte reales mas, porque de una onza de chocolate hacia dos jicaras para la poco delicada señora, espesando el líquido con harina tostada; y ya la mensualidad resultaba de siete duros. Item mas: aunque no corriese por su mano la compra del aceite, carbon, tocino y demás cochinerías, jabon, garbanzos y otros artículos por mayor, siempre tenia ella un conocido de su tierra que recomendar al ama, garbancero ó choricero ó cosechero de vino; y por el corretaje de parroquia percibia del vendedor la bizca su

tanto por ciento, que no podia estimarse en menos de otros dos pesos al mes: cero y van nueve. Mas: el producto de la venta lícita anual de algunas arrobas de papel de periódicos, flanqueados de prospectos y anuncios; mas, las docenas de frasquetes vacíos de aguas de olor y dentífricos, los guantes y zapatos del ama que Armengola no podia usar porque los necesitaba de triple tamaño; la ceniza del fogon y braseros que le compraban en los tintes; la retribucion del señorito por la porteria matutina, y una limosna mensual tambien, que habia tenido la habilidad de sacar á la señora en favor de una religiosa exclaustrada, y la exclaustrada era ella misma: partidas todas que componian mas de un doblon al mes, de manera que nuestra industriosa viuda se embolsaba doce duros cada treinta dias, sin tener que gastar en vestirse. Gracias á los desechos útiles que hacia desechar al ama, con seis pares de zapatos al año y un añadido para el pelo (que ponía gran empeño en que no se le conociese, y siempre se dejaba fuera el cordon del tronco), estaba la buena de Armengola aviada de piés á cabeza. — ¿Qué hacia esa mujer de tanto dinero? — La cuarta parte la empleaba en dulces y golosinas que le estropeaban el estómago y la traían siempre sin apetito, y el resto lo imponía á ganancias en las administraciones de Loterías. — ¿Ganó alguna vez? — Un terno de diez mil reales, que se puede decir fueron dos, porque al mismo tiempo heredó á su padre. Entonces dejó de servir; entonces la obsequió un agente de cierta empresa de minas, que no era zurdo; se apoderó de los cuartos de la viuda, mina única que él se habia propuesto beneficiar; desapareció el día menos pensado, dejando á Armengola sin auxilio y enferma; y conducida al santo Hospital, espiró por gran favor en la sala de clínica, y su cadáver fué abandonado al cuchillo anatómico.

Casi á estos dos ejemplares puede reducirse el nacimiento, vida, pasión y muerte de la generalidad de las Amas: las que por instinto ó reflexion se portan con prudencia y rectitud, que son las menos, alcanzan una descansada vejez; las demás son infelícisimas. A muy pocas cabe la suerte de morir jubiladas gozando una pension, premio de haber servido bien largos años á un señor poderoso; muchas menos se jubilan por sí, porque el ahorrar es costumbre que no ha cundido nunca mucho en España, y el imponer en la caja de ahorros es cosa

harto nueva todavía. Entre el porte, mañas, carácter y aspecto de Cándida y Armengola está el de todo el resto de las Amas de Llaves, participando mas ó menos ya de la torpeza y fidelidad mazorral de la una, ya de la destreza poco laudable de la otra. Ambas á dos carecieron del distintivo mas general del Ama, que es el mal genio; la una por ser un ave zonza, que hasta para dar bufidos carecía de espíritu; la otra porque su mal humor no hubiera podido fundarse en el orgullo que inspira una buena conciencia: callaba porque tenía por qué callar. Entre la sisona y la limpia de manos está la que ni es del todo fiel, ni del todo digna de desconfianza; entre los dos extremos del silencio por incapacidad y por culpabilidad está la mediana impertinencia de la medianía de capacidad y honradez; entre la lugareña y la ciudadana de provincia, una y otra bastante cerriles é ignorantes, se halla el Ama de Llaves hija de Madrid, de mas disposicion que las otras, pero menos amante del trabajo; mas instruida, pero mas quisquillosa, mas murmuradora y antojadiza; entre los dos límites de la fealdad están las fealdades de menor cuantía, hasta ir desapareciendo del todo, y quedar en medio la flor de la hermosura. En efecto, hasta ahora solo hemos hablado de Amas feas; ¿y las bonitas? Las bonitas no tienen carácter general propio, porque son pocas, porque no son precisamente Amas de Llaves, y porque gozan de todas las exenciones concedidas á la belleza. El Ama de Llaves bonita está dispensada de ser hacendosa y madruguera, y aun de ser obediente, porque sea como sea, lo le ha de faltar acomodo. El Ama bonita no tiene necesidad de apropiarse lo ajeno sin contar con la voluntad de su dueño, porque su asignacion por lo regular es crecida, y aunque no lo sea, le importa poco: sabe hacerse regalar y siempre le sale la cuenta. El Ama bonita suele gastar buen genio, pues como se la mima y regala, no hay motivo para que se le exalte la bilis. El Ama bonita, como está mas desocupada que las otras, tiene mas proporcion para cultivar su entendimiento: lee periódicos, novelas y dramas, asiste al teatro, y se escandaliza de los equivocados y no puede sufrir á las damas de comedia que han olvidado su virtud. Su lenguaje es culto, su pronunciacion pura y clara; sus antecedentes juveniles no suelen ser muy claros ni puros. Todas han nacido en buenos pañales; todas han quedado huérfanas; y desde catorce años á

veinte ó veinticinco, esto es, desde que perdieron á su madre hasta que hallaron su conveniencia... « ¡lo que ha pasado por nosotras (dicen), solo Dios lo sabe! » Las Amas bonitas son por lo comun solteras, pocas hay viudas, más hay casadas, emancipadas del marido: caras son todas las Amas bonitas; pero esta última es la mas cara de todas, porque de continuo hay que echar una torta al consabido Cancerbero. El Ama bonita solo es para ricos: verdad es que ellas saben convertirlos en pobres: algunas suelen casarse con el amo *in articulo mortis*; otras se retiran á tiempo con sus ganancias que de ordinario les lucen poco. Por fin las Amas bonitas llegan con el tiempo y los achaques á ser viejas y feas, y entonces sufren la ley comun: vejez miserable y muerte en el Hospital.

Ensayada la parte anecdótica y moral del género, y bosquejados los principales distintivos de las especies, veamos obrar al Ama de Llaves bajo el aspecto comun á todas: considerémosla desde el día en que va á vistas hasta que se pierde de vista para sus señores. Las criadas se ponen para esta solemne ocasion el mejor vestido; el Ama se contenta con ir decente: el calzado, eso sí, tiene que ser nuevo. Hábito ó vestido negro, liso, de tafetan, con manga de jamon ó de fraile, y cuyo vuelo no ahueca el mirriñaque engañoso, pañuelo imitado á manta ó de crespon, mantilla de tafetan, guantes de seda ó los naturales, y un precioso abanico, regalo de alguna de sus amas, componen el ornato exterior de la pretendiente, si habita en la corte ó en alguna capital de provincia; en las demás poblaciones, jubon capilar, basquiña y mantilla redonda. El tocado con igual atraso respecto de la ley vigente; por delante una raya, y cogido el pelo á cada lado, formando un nudo ó rodaja mucho menor que la que usan ó usaban criadas y manolas; por detrás un rodete alto y su peinetita: en provincia el pelo echado atrás y moño de aldabon. La prenda mas característica del vestido del Ama es la que no se ve: un par de faltriqueras tamañas como alforjas. La candidata pregunta por la señora cuando la hay, se anuncia, y si la encaminan á la sala, insta modestamente que la señora no deje sus ocupaciones, y que la reciba en cualquier parte: y todo es porque el Ama sabe ya en virtud de su práctica que mejor se conoce el estado rentístico de una casa por la pieza de labor que por el gabinete. En esta sesion preparatoria, el Ama de Llaves se distingue notable-

mente de la criada; esta charla por los codos y murmura de sus amos anteriores; el Ama no habla mas que lo preciso, y los elogia, porque tiene mas conocimiento de mundo. Al contar el aprecio que hacian de ella en su última colocacion y lo que la queria la señorita mas jóven, el Ama no puede contener las lágrimas, y saca un pañuelo planchado en complicadísimos dobleces, que lleva de intento para dar casualmente una muestra de sus habilidades. Si el amo es soltero ó viudo sin hijos, el ajuste es cosa de un momento; si hay señora y es jóven, agraciada y elegante, tambien se contenta el Ama con un corto salario, porque damas de circunstancias tales nunca inspeccionan la cocina ni la despena; si la señora es de las que llaman *caseras*, especie ya casi desconocida, si hay además muchachos de cinco años á catorce, el Ama de Llaves pide doble remuneracion, porque le consta que se le preparan mucha brega y continuas disputas. Hecho el tratado á satisfaccion de ambas partes, y traído el baul á la nueva casa, el Ama se entrega de su negociado. El acto de pasar lista á la ropa, suele ser bastante pesado, porque el Ama no elegante, si lee, lee muy mal el manuscrito, tal vez no conoce los números, y hay que hacerle delante de cada artículo tantas rayitas como piezas comprende. Aquí suele caer en la tentacion de murmurar de su antecesora, si el estado de los efectos que recibe da lugar á ello; indica reformas y anuncia el programa de su gobierno, desde cuyo punto principia ya á funcionar. Es la primera que se levanta y la última que se acuesta, esfuerzo no muy penoso para quien por su edad suele ya tener poco sueño. Si está encargada de la compra, coge el talego ó manda coger el ceston al criado, á quien procura tener contento, porque no hay cosa mejor que la buena armonia entre compañeros. Las Amas de Llaves mistericas y rezadoras que son de la hermandad de Servitas y de otras cuatro ó cinco, porque una sola no basta á su ardiente devocion, nunca se acomodan sino en casas donde hayan de salir á comprar ellas solas; y no se crea que es con el objeto de monopolizar libremente el ramo de sisas y alcabalas (¿y la conciencia?); es para poder oír las misas que tienen de obligacion por los estatutos de las hermandades. En ellas, por cada individuo que muere, hay que hacer ciertos sufragios: los hermanos son muchos, las muertes menudean, y ninguna devota se contenta con oír las dos ó tres misas que

previenen las ordenanzas por cada difunto, sino que duplican á lo menos la cantidad, y de esto resulta que no hay día que no tengan que emplear hora y media en la iglesia. Por eso es axioma inconcuso en materia de economía doméstica, que toda Ama de Llaves que sea santurrona es muy cara de carbon en Madrid: mientras ella va á conversar con los santos, queda ardiendo en balde la lumbre, que dejó encendida para encontrar á la vuelta una hermosa brasa, á favor de la cual despache en un abrir de ojos los almuerzos. Al dar los buenos días ó el chocolate á los amos, nunca deja de darles tambien algun consejo higiénico en órden al mayor ó menor abrigo con que deben vestirse segun el estado de la temperatura. Por la noche ó en algun rato desocupado se calza en la nariz los anteojos, y se ocupa en deletrear el Diario para saber si ha llegado ya aquel arriero que trae las remolachas tan gordas, y á qué precio corren las medias negras *para señoras de estambre*. Este ameno y variado periódico, el libro de confesar, la lista de la ropa de que se hizo cargo y la tabla en que se apunta la que lleva la lavandera, son las únicas lecturas del Ama. Toda es celo y diligencia durante los primeros cuarenta días; pasada la cuarentena es de ley que ha de haber una cuestion mas ó menos suave, segun el genio de los interlocutores: la tal disputa puede adelantarse ó atrasarse, pero nunca suprimirse, porque es una necesidad, un secreto del oficio: el Ama que la ha promovido adrede, conoce por ella el aguante del amo ó ama, y calcula cuántos años ó meses podrá pasar en su compañía. La invencion de esta táctica se atribuye á las Amas gallegas: las alcarreñas la han adornado de variaciones. Si la prueba ha salido á satisfaccion del Ama, su celo que hasta entonces era un poco facticio, se convierte en real y verdadero: vigila y estimula al criado, riñe con la lavandera y el carbonero, lleva la condescendencia hasta ir á paseo con los chicos por donde ellos quieran, y compra de su mismo pecullo un par de libras de membrillos que distribuye en las diversas tablas del armario de la ropa para que huela bien, y cuando se pasan, los abandona generosamente á los muchachos. El Ama entonces se amolda al carácter del amo; pone buena cara á las visitas no femeninas que á él le son agradables, y despide á las que sabe que le importunan; se inquieta si viene tarde á casa; se asusta si no come con apetito; si cae enfermo, suspira, se angus-

tía, entra una docena de veces por hora en el dormitorio á preguntar al paciente cómo se halla; con lo cual y con andar gritando todo el día á los chicos, al criado y á la vecindad que guarden silencio, consigue que no lo haya nunca. Corre á la botica, y de allí al herbolario, y luego á la posada donde se venden las mejores sanguijuelas, finas y á prueba; y de camino dice en la lonja, y en la cacharrería, y en todas partes que el amo está muy malito y que ella va á caer mala de pesadumbre: todo por tener el gusto de oír alabar su celo y cuidado. Entonces es ver al Ama en todo su esplendor, en el centro de su elemento propio. — Que se necesita una sábana: — á oscuras, á tientas la encontrará en el guardaropa. — Que hace falta una bayeta amarilla..... — « ¡Jesus! lavadita la tengo de la semana pasada: parecía que me daba á mí el corazón que pronto había de necesitarse: ¡si una no estuviera en todo!... » — Pídele el cirujano trapos para cataplasmas. — « ¿Los quiere usted de lienzo fino, de coruña, de vibero? Mire usted, ¡qué de lios hay en la excusabaraja! cada uno es de su clase. Estos están casi nuevecitos; pero no, que el lienzo es tupido y gordo y hace mucho peso sobre el vientre; no señor: trapo á medio usar es lo que corresponde, ¿verdad usted? Aquí nos hay que ni pintados, y sin pelo de algodón. » — « Pongan ustedes al señor un botijo de agua caliente á los piés. » — « ¿Ven ustedes? » prorrumpe el Ama, dirigiéndose á los niños, que con la boca abierta rodean el lecho de su padre, « ¿ven ustedes cómo hice yo bien en no dejarles jugar á la calva con el botijo del verano pasado? » — « Si se le habían roto los pitorros y el asa, » contestan los chicos. — « Mejor para ahora, que así no le incomodarán á papá en los piés: voy á buscar tapones de los que conservo de las botellas de cerveza. » — El ama va y viene, se afana, trasnocha, y cuando el amo cura, ella con mas razon que la mula del coche,

..... s'en attribue uniquement la gloire.

Autorizada por estos servicios va cobrando satisfaccion y alas, y haciéndose áspera y regañona. Generalmente la petulancia de las Amas es relativa á su fidelidad, laboriosidad y limpieza: el amo que da con una de las que tienen, como ellas dicen, la casa hecha un cielo, tiene un infierno continuo con ella. Riña porque la servilleta está mal doblada, riña porque la puerta se cerró con

sola una vuelta de llave; riña porque el panecillo de hoy vino muy tostado y el de ayer casi crudo; riña porque no se le hace caso; riña porque se consulta con ella; riña porque se la riñe, riña porque se la deja. En estado tan violento y hostil, tres ó cuatro peleonas en grande preparan la dimision ó expulsion del Ama, aunque generalmente ellas son las que toman la iniciativa. El motivo de despedirse suele ser una grandísima friolera; pero como ya llueve sobre mojado, es el grano de arena que hace inclinar la balanza. Murió hace algunos años una Ama devota como ninguna y colérica como ella sola, mujer que rezaba matando un pollo y pelando un pavo, mujer que rezaba todas las horas que no empleaba en regañar, la cual vivamente irritada una vez con los hijos del amo, hizo venir á un hijo suyo, alguacil y voluntario realista nada menos entonces, para que amenazase á los muchachos que les pisaría las tripas si no guardaban respeto á su madre: no hay que preguntar cuál habria sido la opinion política del padre, cuando los chicos no se atrevieron á darle cuenta de la amenaza. Pues esta santa matrona que mandaba en jefe en casa del amo, la dejó porque le cumplieron un gusto. Tenia ella el encargo de la compra de provisiones, era su memoria infeliz, todas las noches al dar la cuenta se le olvidaba alguna partida, y por consiguiente le faltaba dinero. El amo que sabia que aunque soberbia y soez, era incapaz de engañarle, decia que le entregase el sobrante si lo habia, y se dejase de entrar en pormenores: empeñábase ella en que la cuenta se habia de ajustar cuarto por cuarto, y al ver que salia alcanzada, concluía todas las noches rogando al amo que la exonerase de aquel empleo. Harto una vez de oirla, tuvo la debilidad de creerla, y mandó al criado que desempeñara desde el día siguiente las funciones de la perpetua dimisionaria: el mismo día por la tarde, la señora Hermenegilda Cambrones, con grandísimo placer de los referidos chicuelos, sacaba el padron para casa de su hijo el corchete, quejándose de que el amo ya no hacia confianza de ella. Otra se despide alegando que el amo le dijo tres veces *ya, ó sí, ó puss* con retintín, y al tiempo de marcharse no deja escapar la ocasion de ingerir una docena de iguales monosílabos retintinados. Otra oye decir á la señora que en verano se debe gastar menos combustible; y á poco rato el Ama y su baul han desaparecido, y se encuentran apagada en la cocina

la lumbre y puesto el puchero al sol en una ventana. Amos y amas quedan recíprocamente contentos de haber salido de maulas; ellas con marcharse y ellos con que se marchen: el amo recibe otra; el Ama se acomoda con otro; y todo es patilla y cruzado y vuelta á empezar.

Tal es la vida del Ama de Llaves: su porte y conducta son el resultado de la educacion que ha recibido, de la influencia del carácter nacional, del suyo propio, y demás circunstancias que han agitado su existencia. Como en España se educa mal; como no se quiere comprender que hay una educacion para cada jerarquía social; como se desconoce que cada estado y condicion es una carrera con su enseñanza privativa, sin la cual es un puro acaso que el pobre sepa ser pobre, y el rico acierte á ser rico, pues una cosa y otra tienen que aprender mas que parece; el Ama de Llaves, ignorante de los límites de sus obligaciones y derechos, pocas veces es lo que debe ser; y tan pronto aparece la esclava temporal del siglo XV, como la majota procaz del siglo pasado. Esta especie salvaje va desapareciendo, al paso que nuestras turbulencias políticas van formando otra, compuesta de mujeres de modo y principios, á quienes la guerra y demás calamidades han reducido á la servidumbre. De estas, la que de buena fe se

resigna á su estado, es la mejor de todas las Amas: instruida y pundonorosa, amante de su deber y capaz de respetar los ajenos, se eleva á gran altura sobre la línea de sirviente y se convierte en amiga: esta no compra, ni vende ni difama ni golosea: viste como sus amas y es la compañera de las señoritas, que encuentran en ella juntamente doncella y aya. Ella y el ejemplar con que concluiríamos son las que forman el Ama de Llaves tal como debiera ser, y como se ve raras veces. Hablamos de aquellas respetabilísimas mujeres, rara y noble herencia del siglo pasado, que como vástagos ingertos en una familia, entraron niñas en una casa, y firmes é inseparables de ella, han visto pasar tres generaciones sucesivas, tratadas de tú por el abuelo, el hijo y el nieto; pero queridas y respetadas de todos, y cuya pérdida se llora como la de un paciente, la de una hermana. Una de estas crió á la madre del que escribe estas líneas; ella la acompañó á la casa de su esposo; en sus brazos nació yo; en sus brazos, dos años despues, murió la que me dió á luz; en su honesto regazo creció mi infancia; en la casa de mis abuelos acabó sus días; y su cariño dulcísimo fué el que desenvolvió en mi corazon el górmén de ternura que me trasmitieron mis padres.

LA LOCURA CONTAGIOSA.

1844.

A un cuarto principal de una casa nueva, sita frente al Rastro de Valladolid, corte á la sazón de Felipe III, subian una tarde de otoño del año 1603, mano á mano y en conversacion, al parecer de grave importancia, una mujer y dos hombres, personas los tres de razonable edad: el uno con sotana y manto de raja de Florencia; el otro con capa larga y gorra, baston, guantes y grande anillo; y ella con tocas blancas y saya de jerga: es decir un eclesiástico, un médico y una beata. « Quien nos haya visto venir acá juntos desde la iglesia de San Ildefonso », dijo sonriéndose el eclesiástico al poner el pié en el primer

escalón, « se habrá figurado que vamos á visitar á un enfermo de peligro. » — « ¿ Párecéle á vuestra merced, señor cura, » replicó la beata, « que es enfermedad poco peligrosa la de mi hermanastro? » — « Aun », replicó el médico, « no nos ha dado cuenta vuesa merced sino de algun que otro síntoma, que no me parece decisivo. » — « Ahora », prosiguió el cura, « nos informará con mas detencion y descanso la hermana Magdalena, porque hasta aquí mas nos ha aturrido con exclamaciones, que instruido con noticias. » — « Por eso rogué á vuestras mercedes, » dijo Magdalena, « que visitásemos á casa, y aprovechásemos la

buena coyuntura que se nos ofrece, por haber salido mi cuñada, mi hermana y sobrinas. »

Llamó en esto la beata á la puerta, y habiendo preguntado desde adentro una voz el sabido ¿quién es? Magdalena respondió, « abre, María. » Abrió al punto la criada, y la beata, haciéndole primero una seña, como de quien encarga sigilo, preguntó muy quedo á la moza si seguía aun el amo en su cuarto. « Todavía está allí, » contestó María, « y tan enfascado como siempre. » — « Vuestas mercedes me hagan la honra de pasar á la sala, » dijo la beata entonces á sus dos acompañantes; y dirigiéndolos ella, entraron en una pieza capaz y limpia, bien que alhajada con pocos y pobres muebles. Con esto, y con mandar á la criada que sacase chocolate al señor cura y al señor doctor, se retiró; y quedando solos los tres interlocutores de al principio, entablaron, según noticias, la siguiente conversación.

El Cura. (Bajito). Con que díganos vuesa merced ¿qué mas motivos tiene para creer que el señor hermano se halla tan mal de salud?

Magdalena. La del alma nunca me falte, señor cura, si no es cierto lo que imagino. Pues, señores... (*Suena en el aposento inmediato una ruidosa carcajada.*) ¿Oyen vuestas mercedes? Esas risas son las que á mí me hacen llorar: desde que vino mi cuñado de Sevilla, donde estubo preso, ha dado en la flor de encerrarse en ese cuarto y soltar de cuando en cuando unas risotadas que me estremecen. Cuando le hablamos, anda siempre distraído, y de ordinario contesta fuera de propósito: á mi entender el sentimiento de haberse visto en una cárcel y acusado injustamente de defraudador de la real hacienda, junto con la pesadumbre de considerar el desamparo en que su prision dejaba á su familia, que somos cinco mujeres, sin contar con la moza, á quienes hasta ahora ha mantenido honradamente con su trabajo; estas consideraciones, repito, han hecho en su ánimo ancha mella, y han debido trastornarle un poco el cerebro.

El Médico. Imposible no es: un hombre pundonoroso, y que pasa ya de cincuenta...

Magdalena. Es que hay otra cosa, y á fe que el señor cura me dé la razón. Mi madre doña Leonor de Cortinas, que santa gloria haya, ¡me tiene dicho tantas veces, afligida de la travesa indole de mi hermano, me tiene repetido tantas veces, llorando,

que las locuras de su hijo habian de dar que decir al mundo! Las predicciones de los padres.....

El Cura. (Tomando el chocolate que tras la criada.) Ciertamente son avisos de Dios. (*Aparte.*) Agasajo de chocolate como este, bien se podía perdonar.

El Médico. (Despachando su jicara.) Pero esas risas pueden provenir de que el señor hermano tenga algun motivo oculto para estar contento: acaso sus negocios prosperan.....

Magdalena. ¿Qué han de prosperar, señor doctor de mi alma, si jamás se ha visto peor? En otro tiempo escribía comedias, que le daban algo de sí, porque los comediantes y el auditorio las recibían bien; pero ya dicen todos que ha perdido la gracia, y que ni aun sirve para componer coplas de ciego. Acomodo estable en la corte no ha podido lograrlo nunca: las cobranzas esas que tenía, le ocasionaban continuos viajes y desazones, y le rendían muy poca utilidad: como fué soldado, no se dá maña para hacer la corte á los señores de ella; y así ninguno le atiende: con que ya ve vuesa merced ¡qué motivos de alegría le asisten! Pero lo mas particular es que desde que le ha acometido esa manía, se rie de cualquier cosa por sencilla que sea, y le ocurren unas bobadas, que jamás se han visto en él ni por pienso, pues seguramente que nunca ha pecado de bobo mi hermano de madre. Figúrense vuestas mercedes si es para extrañar el caso que voy á referir, que es el primero en que yo reparé. Recien llegado mi hermano de Sevilla, tuvo que tratar con un labrador de Sepúlveda no sé qué asuntos correspondientes á la administracion de unas tierras de aquella villa; y como en la lista de ellas hubiese una, sita en un término que parece llaman de *Sancho Pulza*; no bien oyó este nombre mi buen hermano, rompió á reir como un mentecato, diciendo: « ¡Famoso nombre, mudándole algo! ¡Famoso! » Porflaba el labrador que no habia que mudar al tal nombre nada, y mi hermano en que sí; y anduvieron de este modo altercando media hora, hasta que se separaron los dos, el labrador haró molino, y mi hermano muy satisfecho. Pocos dias despues habiamos salido él y yo á dar una vuelta fuera de la ciudad, y al subir una loma, encima de la cual hay un molino de viento, vimos que un muchacho se agarró ó se dejó coger no sé cómo de una de las aspas del molino, que le volteó y arrojó á gran distancia, dejándole sin sentido del

golpe. Yome asusté de manera que no pude dar un paso para socorrer al chlicuelo : mi hermano acudió á él ; le alzó, y le hizo volver en su acuerdo : pero ¿querrán vuesa mercedes creer que mientras le levantaba y hacia por volverle en sí, no paraba de reirse, exclamando : « ¡Qué donosa casualidad ! ¡vaya que no puedo contener la risa ! »

El Cura. Poco cristiano es en verdad eso de alegrarse del mal del prójimo.

El Doctor. Que se alegre un médico de que se le presente ocasion de hacer una buena cura, pase; pero un ingenio lego no está en igual caso. Con todo, aun eso no prueba que el amigo se halle fuera de juicio.

Magdalena. Pues vaya otro pasito mas. Vuesa merced, si no me engaño, es pariente de aquel famoso Juanelo Turriano, el del artificio para subir el agua del Tajo.

El Doctor. Cierto que sí.

Magdalena. Vuesa merced mismo es quien me ha contado aquel lance de Juanelo con el Emperador.

El Doctor. En efecto, yo he sido.

El Cura. ¿Qué lance es ese ?

El Médico. Uno que no deja de ser curioso. Cuando el César Carlos V, habiendo renunciado las coronas imperial y real, se retiró al monasterio de San Yuste, Juanelo, deseoso de dar á su majestad un buen rato, construyó una máquina de figuras de movimiento, que representaban la batalla de Pavía. Dada cuenta de sus intenciones á los monjes, ellos le proporcionaron con todo secreto sitio á propósito en que colocar su tramoya, y cuando estuvo lista, dijeron al Emperador que viniese á ver una curiosidad de gusto. Holgóse mucho su majestad con ella, porque el sitio de la pelea estaba representado al vivo, y las operaciones de los dos ejércitos perfectamente imitadas. Pues como la figura del Rey de Francia hiciese que se retiraba en derrota, y se hubiesen atascado con no sé qué tropiezo las de los nuestros que le perseguían, el Emperador que tenia los ojos fijos en ellas, como si mismamente estuviese viendo combatir hombres de carne y hueso, se dejó por un momento llevar de su imaginacion guerrera y fogosa, y exclamó á voz en grito, cual si estuviese aun mandando sus invictas escuadras : « Corre, Juan de Urbietta ; Diego de Avila, corre, que se os escapa el Rey Francisco. » Figúrese vuesa merced, señor cura, ¡qué efecto harían estas expresiones en todos los circunstantes ! Aunque casi todos eran monjes, padre hubo que se arrojó á coger del

pescuezo al Rey francés para que no huyera.

El Cura. Yo por mi le juro á vuesa merced que mas hubiera querido presenciar ese lance, que ser nombrado para la mitra arzobispal de Toledo.

Magdalena. Pues bien, refiriéndole yo há pocos dias ese acontecimiento á mi hermano, soltó tambien una carcajada, diciendo : « ¡ Brava aventura para achacársela á un titiritero ! »

El Médico. ¡ Tratar de titiritero á Juanelo, al insigne mecánico, mi pariente ! Vamos, no tiene duda : el hermano de Magdalena está loco.

Magdalena. Pues ¿ y lo que le oí decir acerca del piadoso robo del cuerpo de san Juan de la Cruz ?

El Cura. ¡ Qué ! ¿ Se divierte tambien el señor hermano á costa de los siervos de Dios ?

Magdalena. No ; pero dijo que él habia de dar su merecido al comisionado que hizo el robo, y al vicario y prior carmelitano que lo consintieron.

El Cura. ¿ Y qué es lo que queria darles á los reverendos ?

Magdalena. Una buena paliza por mano de no sé qué personaje.

El Cura. ¡ Palos á un ministro de los altares ! Vamos, no se puede ya dudar que ese hombre está loco.

Magdalena. ¡ Gracias á Dios que se convencen vuesa mercedes !

Quedó, pues, con esto calificado de demente el risueño y hasta ahora invisible hermano de la beata, y habiendo conferenciado entre sí los tres calificadores acerca de quien habia de ser el que hablase primero al enfermo, para inducirle á ponerse en cura, hubo de recaer la eleccion, como era natural, en el padre de almas, el cual levantándose y encomendándose á san Ildefonso, abrió la puerta del cuarto donde se hallaba el paciente, y colóse dentro con un *Ave-María*, seguido de la pregunta « ¿ Qué hace por aquí un hombre ? » Era la pieza grande, y el cura habia cerrado la puerta conforme antes estaba : el doctor y Magdalena se pusieron á escuchar con grande ahinco, y aun miraron por el agujero de la cerradura ; pero no les fué posible ver al manliático ni al cura, ni oírles palabra durante un breve rato, hasta que sonó de pronto un duo de carcajadas, en el cual el buen cura reía mucho mas recio que el presunto loco. Miráronse atónitos el doctor y la beata, la cual, como si súbitamente se sintiera agitada de una inspiracion profé-

tica, prorumpió, enclavijando las manos, y alzando los ojos al cielo (es decir, á las bovedillas de la sala): « ¡Ay, señor doctor de mi vida! ¿Si será locura contagiosa la de mi hermano, y se le habrá pegado al cura? » « ¡Oiga vuesa merced, contestó el doctor, pues no lo diga de chanza, que es cosa que puede suceder, y á fe que esta vez no las tengo todas conmigo! Sin embargo, voy á entrar y á preguntarles de qué se rien, porque á nosotros los de la profesion, como ya nos conocen, no se nos agarran las enfermedades. » Y diciendo y haciendo, encajóse en el cuarto. Siguióse á su entrada rumor confuso de cumplimientos de bienvenida, y luego otro rumor mas suave, que Magdalena no acertó á discernir, aunque se parecia al susurro que hace una persona que reza; y por último tornó á resonar otra salva de risotadas, aun mas estrepitosa que la anterior, por el refuerzo del nuevo auxiliar, cuya voz aun sobresalía sobre la del cura. Aquí fué la confusion y apuro de Magdalena. « ¡Tambien, exclamaba, tambien el doctor se ha contagiado, tambien el médico se vuelve loco! »

En medio de esta tribulacion, é invocando uno por uno á todos los santos del calendario, la hallaron cuatro nuevos personajes, que aparecieron en la sala, todos pertenecientes al sexo, que ahora se llama bello, y que entonces á la cuenta no lo seria cuando no se lo llamaban: dos jóvenes y dos respetables matronas. « ¡Catalina, Andreea, Isabel, Constanza! » exclamó Magdalena fuera de sí, dirigiéndose alternativamente á cada una: « mi hermano es nos ha vuelto loco, y comunica su locura á cuantos le hablan. » — « ¡Loco mi marido! — ¡mi padre! — mi hermano! — ¡mi tio! » exclamaron á la vez las cuatro. — « Pues ¿qué sucede? ¿Qué has notado en él? » preguntó Catalina. — « Que ha dado en la manía de reirse de todo, y á todos les entra hoy la misma manía en oyéndole: escuchad, escuchad ¡qué carcajadas dan allá dentro el cura de San Ildefonso y el doctor Turriano! » — « Es menester que yo aclare esto, » dijo Catalina

no poco turbada, y pasó al cuarto que parecia haberse convertido en el templo de la alegría: — á los dos minutos ya reia Catalina como los demás. Fueron entrando sucesivamente, atraidas de una curiosidad mezclada con una buena dosis de miedo doña Andreea, Isabel y Constanza, y á todas les sucedió lo mismo; de manera que á lo último, reunidas las siete voces ó risas, cada una de tono y sonido diverso, formaban el coro mas bullicioso y vario que imaginarse puede. Llamaban á gritos los de adentro á Magdalena; pero ella les respondia mas recio: « No en mis dias; ¡guarda Pablo! No quiero reirme; no quiero perder el juicio. » — «Tú estás libre de eso, » respondió desde adentro una voz un poco tartamuda; y un instante despues, vista la terquedad de Magdalena, que no consentia en moverse de la sala, salieron á ella los que estaban en el cuarto: el cura y el médico, las dos jóvenes, las dos señoras mayores, y detrás de todos un hombre, que rayaba en la ancianidad, de regular estatura y agradable aspecto, buen color, frente ancha, ojos vivos y nariz aguileña, el cual traía unos papeles en la mano. Salian todos fatigados de lo descompasadamente que habian reido; y el cura, dirigiéndose á Magdalena, le dijo: « No tenga vuesa merced cuidado, hermana beata, que por ahora la razon de mi buen feligrés el alcalaino, se halla mas que medianamente firme, sin embargo de que tengo para mí que la prediccion de la difunta doña Leonor, su madre, ha de ser en cierto concepto ámpliamente cumplida: las *locuras escritas* de su hijo el manco han de resonar en todos los ángulos de la tierra. » — « Mira, dijo entonces el hermano, alargando á la beata los papeles que habia sacado: mira lo que tan ocupado me trae hace algun tiempo, y lo que tanto ha divertido á estos señores. » Magdalena tomó los papeles, y leyó este rólulo en la cubierta: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra.*

El Globo.



OBSERVACIONES

SOBRE EL COMENTARIO PUESTO AL QUIJOTE

POR DON DIEGO CLEMENCIN.

1844.

El Quijote es el libro mas popular de los españoles; todos lo leemos, todos lo estudiamos, y se emplean á cada paso en la conversacion, como proverbiales, las expresiones que su lectura nos ha dejado impresas en la memoria. Ninguna obra por consiguiente puede tener mas influencia en la formacion del gusto literario en España; ninguna goza de igual proporcion para dar la ley al lenguaje. Pero este escrito, que tan alto y justo concepto merece, no es una produccion intelectual meditada con prolijo detenimiento y escrupulosamente limada; es una inspiracion felicisima, trasladada al papel con prisa, con afan de llevarla á cabo, y sin volver la vista atrás para mirar lo que iba hecho: es un borrador, un bosquejo de primera mano, con harta mas valentia y frescura por cierto que otros mil cuadros bien concluidos. Cervantes escribió la novela del *Ingenioso Hidalgo* siendo viejo y pobre, falto de memoria y de libros: por eso la parte erudita del Quijote es tan inexacta; por eso, cuando llegaba el autor al fin de un capítulo, no recordaba lo que habia puesto al principio. Cervantes además no se paró á ver si habia defectos de orden lógico y cronológico en su obra, porque su objeto no fué componer una fábula regular y rigurosamente concertada, sino un cuento festivo, una leyenda, una cosa que acabase con los absurdos libros de caballerías: vió logrado este fin con la publicacion de la primera parte del Quijote, y no quiso tomarse el enojoso trabajo de perfeccionar un instrumento que tan bien le habia servido; pues si escribió despues la segunda parte, fué quizá porque á ello le instaron sus lectores, sus necesidades y su librero. Pero, aun conociendo y apreciando esta razon ó disculpa de la indolencia de Cervantes, el hecho es que su libro anda en manos de todos, y que está compuesto muy á la ligera; por lo cual es útil que literatos de gran doctrina y de

exquisito gusto hayan examinado los defectos y primores de este magnífico monumento de las letras castellanas: bueno es instruir á los indoctos, para que no se figuren que es oro la escoria. El comentario del señor don Diego Clemencin, impreso en Madrid desde el año 1833, hasta el de 1839, seguramente aventaja, porque añade mucho, á lo que acerca del Quijote habian escrito Mayans, Rios, Pellicer y otros autores, si nacionales como extranjeros: las noticias que da el autor sobre los libros de caballería, ridiculizados en el Quijote, son muchas y raras; las observaciones correspondientes al plan, orden de tiempo y trabazon de la obra son atinadas y justas: el exámen gramatical del texto (considerando la lengua tal como ahora se habla) es generalmente concienzudo, fundado y legitimo. Creo, sin embargo, que el señor Clemencin se equivocó en juzgar el lenguaje de Cervantes, como si este hubiera vivido en nuestra época: voces, locuciones, modismos habia (y no pocos) entonces, que ya no son admitidos por el uso moderno. El que tuvo discernimiento y franqueza para conocer y declarar (t. II, p. 196) que el uso actual favorece mas á la claridad y exactitud del discurso, y que esta materia, sin perjuicio de lo mucho que floreció el habla castellana en tiempo de Cervantes, está mas afinada en el dia: ese, repito, habiera debido excusarse el trabajo de emborronar papel para demostrar que en un período, por ejemplo, habia prodigado Cervantes los relativos; que aquí un *pero* debia ser un *tambien*; que allá no correspondia emplear la preposicion *á*, sino la de *para*, que acullá tal adjetivo no era el conveniente, ó que esta gradacion no estaba bien seguida, ó que la otra inversion era violenta. No podia Cervantes, escribiendo de prisa, reparar en lo que no reparaba casi ningun autor de su siglo escribiendo despacio; y aun acaso el Quijote no debe considerarse como una obra escrita, sino como el discurso impre-

visado de un festivo orador, que en el tono familiar de la conversacion sabe hacerse entender bien de todos, aunque su diction no siempre sea la mas correcta. Por lo menos hay que confesar que el Quijote contiene un gran número de razonamientos y diálogos, en que entran personas de condicion humilde, y en estos pasajes sí que me parece muy inoportuno el reprimir ciertos rasgos de desaliño ó descuido, porque ese descuido suele ser el natural y propio de la conversacion y de la persona que habla; y así Cervantes mas merece elogio que censura. Claro es que el labrador, el cabrero, el ventero y la fregona no han de expresarse como grandes retóricos; y probablemente Cervantes sabria mejor que nosotros cómo hablaban sus contemporáneos. Para los jóvenes dedicados á la literatura, no dejarán de ser útiles los reparos gramaticales, aunque demasiado escrupulosos, del señor Clemencin, porque á lo menos les enseñarán la diferencia que hay entre el lenguaje de un siglo y otro; pero Cervantes tendria derecho para decir que se le juzgaba irregularmente, en virtud de leyes que en su tiempo no se hallaban establecidas. También hubiera podido el señor Clemencin descartar de su comentario alguna que otra nota, sobrado vulgar, con relacion á personajes de la mitología ó de la historia; pues indudablemente, de lectores que no sepan quiénes fueron Titon, Medea, el Conde don Julian y el caballo Babieca, no es de presumir que manejen una edicion de lujo, como es la del Quijote comentado. Otras anotaciones hay de las que recaen sobre el plan y contextura de la fábula, que pecan también de rigor excesivo; pues, aunque se hallan en el Quijote muchos cabos que el autor no se tomó el trabajo de anudar, no todos los que el señor Clemencin señala como tales, lo son en efecto. Así no es un defecto que Cervantes diga en la primera página de la obra, que tenia su héroe un mozo de campo y plaza, y que no se vuelva á hacer mencion de tal sujeto despues porque no se nombra á ese criado allí como *persona* correspondiente á la accion, sino como *cosa* ó circunstancia relativa á la *persona* de don Quijote, á fin de manifestar que la hacienda del Hidalgo alcanzaba para mantener un sirviente: del mismo modo hubiera podido Cervantes hacer mencion del padre, del abuelo y otros ascendientes de don Quijote, y no por eso debiera esperar el lector que todos figurasen en la novela. Otro tanto puede responderse á la observa-

cion de que antes de la primera salida que hizo don Quijote con Sancho, no expresa que aquel hubiese otorgado testamento, y en la aventura descrita en el cap. XX afirma don Quijote que habia testado: cosa de tan poca influencia en la fábula bastaba que se dijera cuando convenia; y en dicho lance venia de molde, sin necesidad de haberse anunciado anteriormente. Sin embargo todas estas críticas poco fundadas parecen de poca monta respecto de otros reparos que nacen, á mi juicio, de que el señor Clemencin no entendió siempre á Cervantes. Me limitaré á ellas en el presente escrito.

Las observaciones del señor Clemencin principian desde la portada de la obra que comenta: el título de *El ingenioso hidalgo* lo parece oscuro y poco feliz: yo por el contrario, lo tengo por claro, propio y chistosisimo. El adjetivo *ingenioso* era una palabra muy de moda en tiempo de Cervantes, y se aplicaba principalmente á los inventores de ideas singulares y peregrinas. Ahora bien: ¿qué idea mas singular pudiera darse, que la que tuvo don Quijote de resucitar la andante caballería, como remedio único de los males que afligian á la sociedad de su época, como poderoso agente para la felicidad del género humano? Se responderá que tal pensamiento, mas bien que singular, era desatinado y absurdo, como producido por la imaginacion delirante de un loco. Pues en eso consiste la gracia del título, el cual lleva ya el sello de aquella ironia delicada, en que sobresale Cervantes. Poco donaire hubiera tenido titular á una parodia de los libros de caballería: «El loco, el disparatado, el mentecato, ó maniático hidalgo don Quijote.» Siendo toda la obra una continuada burla, debia esta principiar desde el título; y á la verdad que es difícil contener la risa cuando considera uno que todo el ingenio del infeliz Alonso Quijano (que lo tenia bonísimo segun la expresion del cura) no le sirvió mas que para atraerle burlas, desprecios, pesadumbres y palizas. El adjetivo *ingenioso*, aplicado por Cervantes á una *persona*, está empleado con respecto á una *cosa* por don Manuel Breton de los Herberos con igual sentido en los versos siguientes de una de sus comedias.

Uno de los cien ministros
Que al año vienen y van,
Para acabar con don Carlos
Y su faccion infernal,
Halló el ingenioso arbitrio
De dejarme á mí sin pau.

¿No sería ridiculo el argüir á Breton, diciéndole que tal arbitrio mas bien era inhumano y necio que ingenioso? La intencion, pues, del pretendiente, que calificaba de ingenioso al decreto que le quitaba su modo de vivir, y la del escritor que llamaba ingenioso al hombre que juzgaba hacer un gran servicio á su patria, restaurando una institucion que ya no podia sostenerse, eran idénticas: ambas expresiones son pullas. Al que no se persuada con estas razones, y crea que el dictado de *ingentoso* debe entenderse aplicado en sentido natural y recto, se le podrá repetir, como queda indicado, que don Quijote fué autor de un pensamiento ó arbitrio, que en su tiempo no se le hubiera ocurrido á nadie, y esto hasta para que tambien en sentido recto esa calificacion sea propia. De cualquier modo el título está bien.

En el primer capítulo de don Quijote se halla el trozo siguiente, en el cual antes del señor Clemencin, nadie habia encontrado que reparar. « Vió que tenian (las armas de los bisabuelos del Hidalgo) una gran falta, y era que no tenian celada de encaje, sino morrion simple; mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que, encajada con el morrion, hacia una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podia estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que habia hecho en una semana: y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos. » El señor Clemencin pone dos advertencias á este pasaje: en la primera dice que si con el primer golpe deshizo don Quijote todo lo hecho, ¿en dónde dió el segundo? La pregunta hace reir: ¿qué duda tiene que encima de la media celada rota pudo el buen hidalgo dar no solo otro golpe sino doscientos? Lo que se collige de la relacion de este hecho, que está pintado con una verdad pasmosa, es que don Quijote, impaciente de ver qué tal le habia salido su obra de pasta, dió con gran prisa las dos cuchilladas una tras otra, y hasta despues de haber descargado la segunda, no reparó que habia roto la celada con la primera. El segundo reparo es mas importante, y recae sobre aquella saladísima advertencia de que *no dejó de parecer mal* á don Quijote la facilidad con que habia hecho la celada pedazos. Las palabras del comento son estas: « Todo lo contrario, *no dejó de parecerle bien*: para conservar

la palabra *mal*, era menester decir: *y no le pareció mal la facilidad*, etc. » Se ve que el señor Clemencin creyó que Cervantes habia querido decir que don Quijote se alegró de haber roto su obra; y Cervantes ni quiso, ni pudo querer expresar tal cosa. ¿Cómo le habia de parecer bien á don Quijote el haber inutilizado en un momento el trabajo de ocho dias? Le pareció muy mal, porque vió que habia hecho una cosa que de nada le servia; le pareció tan mal, que, cuando compuso despues la celada « y la dipuló y tuvo por celada finisima de encaje, » se guardó muy bien de hacer segunda experiencia con ella: ¡tan escarmentado quedó de la primera que hizo!

En el capítulo siguiente se detiene el comentador en este periodo: « Vió no lejos del camino una venta, que fué como si viera una estrella que á los portales, si¹ no á los alcázares de su redencion le encaminaba. » Advierte bien el señor Clemencin que aquí se alude al portal de Belen; pero se equivoca en añadir la particula *no* y en que debiera escribir Cervantes: *que nó á los portales, sino á los alcázares de su redencion* le encaminaba. *Alcázar* y *redencion* se contradicen en esta frase, porque el Redentor no nació en ningun alcázar, sino en un portal: por consiguiente el texto está bien con el correctivo del *si no*, y debe entenderse, como se entenderia parafraseándolo de este modo: « Fué como si viera una estrella, que le encaminaba (como la de los magos) á los portales de su redencion, ya que á los alcázares no pueda decirse con propiedad (por la razon citada). »

En el cap. III, en el cual aconseja el ventero á don Quijote que lleve dineros, hilas y ungüentos, escribe Cervantes: « Cuando sucedía que los tales caballeros no tenian escuderos (que eran pocas y raras veces), ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de mas importancia. » Clemencin cree que lo natural era decir de *menos importancia*; yo pienso que el ventero hablaba socarronamente como antes, cuando para ~~su~~ mérito habia dicho que en el *honroso ejercicio* de la caballeria habia *hecho tuertes, deshecho doncellas y engañado pupilos*. Demás de que solo podia parecer disculpable que un caballero andante llevase al-

¹ La equivocacion del señor Clemencin hubo de nacer de ver impreso *sino* en lugar de *si no*, que es, á mi juicio, la verdadera leccion.

forjas, suponiendo que era para cosas de mas importancia, si cabe, que el dinero y las medicinas, artículos necesarios á la conservacion del propio individuo. Para un tuno como el ventero la salud de don Quijote, á quien tenia por loco, no era cosa muy importante; lo importante para él era que llevase dinero con que pagarle si volvía á la venta: por eso le aconsejaba con tales encarecimientos lo de las alforjas.

En el cap. XI extraña el comentador que se llame comida á la que hicieron don Quijote y Sancho mucho despues de las tres de la tarde; y no recuerda que no se la podia llamar sino así, porque los asendereados andantes no habian hecho otra en todo el día. De cinco á seis de la tarde come ahora quizá la tercera parte de los habitantes de Madrid, y á pesar de la hora, no se dice que meriendan, sino que comen.

En el cap. XIII, hablándose del Rey Artús, se dice « que andando los tiempos ha de volver á reinar y cobrar su reino y cetro. » *Reinar y cobrar su reino* son para el comentador una misma cosa; para mí nó, porque se puede reinar en cualquier país; pero solo puede uno cobrar su cetro siendo rey donde ya reinó.

« Hicieron una mala cama á don Quijote (se lee en el cap. XVI) en un camaranchon, que en otros tiempos daba manifiestos indicios que habia servido de pajar muchos años. » Segun el comentador sobra aquí una de las dos cosas: si queda *en otros tiempos*, debe suprimirse *muchos años*. No es así en mi dictámen: se dice *en otros tiempos*, porque el haber sido pajar aquel canariucho no era cosa reciente: se dice *muchos años*, porque no habia servido de pajar un día ni dos, sino largo tiempo.

Al desengañarse don Quijote (cap. XVII) de que la venta donde asistia Maritornes, era venta y no castillo, pone Cervantes en boca del héros estas expresiones: « Lo que se podrá hacer por ahora es que perdoneis por la paga; que yo no puedo contravenir á la orden de los caballeros andantes.... que jamás pagaron posada. » Al comentador le parece que no es esta la contestacion que se esperaba de don Quijote, habiendo sido su engaño, sino que era mas natural que pagase al ventero. Para mí tiene muchísimo gracejo esta ocurrencia, porque es inesperada y propia: inesperada, porque despues que dijo don Quijote: « engañado he vivido.... pensé que era castillo, y no malo, » cree el lector que va á pagar, luego sale diciendo que no paga; propia,

porque don Quijote obra con arreglo á sus ideas, en atencion á que cree que los caballeros andantes no pagaban nunca hospedaje.

Sancho, despues de ser manteado en dicha venta, salió de ella, segun refiere Cervantes, muy *contento* de no haber pagado, y tan *turbado*, que se dejó olvidadas allí las alforjas. Para el comentador no se aviene bien uno con otro. Parece, sin embargo, muy fácil de comprender que Sancho salió *contento* por haber hecho su gusto, y salió *turbado*, porque acababan de mantearle, lo cual debe atolondrar á una cabeza de bronce. A esta razon física se puede añadir otra moral, diciendo que un *contento* puede turbar lo mismo que una pesadumbre.

El retrato del galeote Gincisillo de Parapilla está desempeñado en el cap. XXII, en esta forma. « Tras de todos estos venia un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metia el un ojo en el otro; un poco venia diferentemente atado que los demás, porque traia una cadena al pié tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda-amigo, ó pié de amigo, de la cual descendian dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se asian dos esposas donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado. » Nota el señor Clemencin con sobrada razon que este preso no venia *poco* diferentemente atado que sus compañeros, sino *mucho*: ¿es una friolera la diferencia! — ¿Seria irónico aquel un *poco*? Puede; pero á mí entender, no lo parece: mas bien creo que esas dos palabras pertenecen á la frase anterior por estar la puntuacion trastornada, debiendo leerse: « un hombre de muy buen parecer.... sino que al mirar metia el un ojo en el otro un poco: venia diferentemente atado que los demás, » etc.

Se halla en el mismo capítulo esta enfática expresion, puesta en boca del propio galeote Ginés: « Basta; que podria ser que saliesen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta. » Tiene el señor Clemencin esto por alusion á algun incidente ocurrido en los días anteriores, durante el viaje de los galeotes, en alguna venta: yo lo tengo por un modo proverbial de decir (que se usaria entonces en tono de amenaza), y equivaldria á la expresion de « pagarlas todas juntas. » En tono tambien de amenaza solemos decir á una persona « que algun día se sabrá todo, hasta lo de la callejuela, » y lo mismo se alude con este dicho á lances

ocurridos en callejuela, que á los que hayan sucedido en casa, en plaza, ó en deshabitado.

En el cap. XXIII llora Sancho la pérdida de su ruelo, y don Quijote (que *vió* el llanto y supo la causa) consuela á Sancho. El comentador cree que Cervantes debió escribir *oyó*, y no *vió*. No se alcanza la razon; en el llanto suele haber lágrimas y sollozos; aquellas se *ven*, estos se *oyen*: el escritor puede referirse indistintamente á lo uno ó á lo otro.

El título del cap. XXVI es el siguiente: *Donde se prosiguen las finezas, que de enamorado hizo don Quijote en Sierramorena*. Segun el señor Clemencin estaria mejor *las finezas de enamorado que hizo, ó las finezas que hizo de enamorado*. El señor Clemencin supone que hay aquí una trasposicion; y entiendo que la frase está en su órden natural, porque me figuro que el autor quiso decir: « las finezas que de puro enamorado hizo don Quijote. »

Estas desaliñadas observaciones me han ocurrido de paso al hojear los dos tomos primeros del comentario del señor Clemencin, curiosísimo y útil en lo demás por muchos títulos: y conengo enteramente con el comentador en que por un supersticioso respeto á las ediciones primeras del Quijote, muy defectuosas en todos conceptos, nos hallamos todavía sin una edicion de esta admirable obra, corregida de varios defectos, que sin duda son yerros de copia ó de imprenta, y no de Cervantes.

Recorreré mas de ligero los cuatro tomos restantes del Quijote comentado, porque bastan á mi parecer las observaciones anteriores para que se comprenda qué grado de estimacion merece la obra del señor Clemencin, y tambien porque, habiéndose publicado los tres volúmenes pertenecientes á la segunda parte despues del fallecimiento del comentador, es de presumir que no habia dado á sus apuntes la última mano, y que, al tiempo de imprimirlos, hubiera suprimido ó modificado algunas notas poco oportunas, que se hallan entre otras dignas de singulares elogios.

« He tenido con el gigante (dice don Quijote en el cap. XXXVII) la mas descomunal y desahorada batalla que pienso tener en los dias de mi vida; y de un revés, zás, le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que salió, que los arroyos corrian por la tierra como si fueran de agua.— Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondió Sancho. » Para el señor Clemencin quedaria la expresion mas airosa y gallarda, si se suprimiera

la palabra *tinto*, que la entorpece algun tanto. « Corrian (habia dicho don Quijote) los arroyos de sangre, como si fueran de agua.— Como si fueran de vino, correspondió que corrigiese Sancho, porque la oposicion entre agua y vino es mas clara, mas neta, mas absoluta, que entre *agua* y *vino tinto*. » —Será todo lo que quiera el comentador; pero la réplica está perfectamente dicha, porque Cervantes no trató de esforzar la oposicion entre agua y vino, sino la semejanza de color entre *sangre* y *vino tinto*, que fué lo que engañó á Sancho la noche antes, al entrar en el aposento de don Quijote. Sancho tuvo el vino tinto por sangre (error en que tal vez no hubiera caido á ser el vino blanco); Sancho quiere desengañar á don Quijote, y nombra el vino con la circunstancia que juzga mas á propósito para que su amo se desalucine. No le quiso decir: « lo que á usted le parecia correr como agua, era vino; » sino « lo que vuestra merced creyó que era sangre, era el vino que mas se le parece, el tinto. »

« Ser homicida de todo el género humano (cap. XL) » le parece al comentador un pleonasma, « porque (dice) no se puede ser *homicida* sino de *hombres*. » — A juzgar al señor Clemencin con la quisquillosa severidad con que trata á Cervantes, aqui venia de molde el replicarle que el género humano se compone de hombres y de mujeres, por lo cual no habia pleonasma, sino extension en la calificacion citada, una vez que se referia á un hombre feroz, que lo mismo se ensangrentaba en individuos del uno que del otro sexo. Pero, sin necesidad de recurrir á tan ridicula sutileza, claro está que una cosa es ser homicida (ó matador) de algunos hombres, y otra pretender como Azan-bajá ser matador de todos, que es lo que quiso significar Cervantes con las palabras « homicida de todo el género humano. » En aquel *todo* entrarian los padres y hermanos de Azán (caso que los tuviera) y todas las testas coronadas: de modo que no solamente califica Cervantes al bajá de homicida, sino de parricida, fratricida y regicida.

Escribe el cautivo á Zoraida (cap. XL): « A lo que dices . . . que has de ser mi mujer, yo te lo prometo. » Empéñase el señor Clemencin en que la expresion está mal, porque la promesa de que se habla no es del cautivo, sino de Zoraida; lo cual es como si se dijera: *yo te prometo tu promesa*. — Pero, por amor de Dios, señor Clemencin, ¿ no se necesita para un matrimonio la voluntad de los dos contrayentes? Es

claro que sí. Luego no basta que diga Zoraida : « Yo he de ser tu mujer, » mientras el cautivo no le responda « si lo serás, porque yo vengo en ello. » No es decir « yo te prometo tu promesa, » sino « yo acepto tu oferta, y por mi parte prometo lo mismo : tú te ofreces á ser mi mujer ; yo prometo que lo serás, yo prometo ser tu marido.

El título del cap. LII dice á la letra : « De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor. » Comprendió muy bien el señor Clemencin que el relativo *á quien* estaba en plural, según se usaba en el siglo XVII, en vez de *á quienes*, como ahora se diría, ó mejor *á las cuales*; pero antójasele que no intervino *sudor* en las dos aventuras de dicho capítulo. ¿Y qué aventuras son estas? Poca cosa. Primera : que don Quijote arroja un pan á la cara á un cabrero, y este salta sobre don Quijote, le ase del cuello, y si Sancho no acude, le ahoga. Libre don Quijote, vuelve á embestir al cabrero, el cual pilla á don Quijote debajo, y se dá de mojicones, hasta que de puro cansado le suelta. Segunda aventura. Harto de porrazos, va don Quijote corriendo á enfrenar su caballo, monta en él, acomete á unos disciplinantes, y uno de ellos le sacude tal garrotazo, que le derriba al suelo sin sentido. Si tal brega á pié y á caballo no es capaz de hacer sudar el quilo á cualquiera, que venga un luchador y lo diga. Pero lo mas gracioso es que Cervantes probablemente usaria en sentido figurado las palabras *á costa de su sudor*, y lo que deben de significar es : *á costa de su pellejo*, á costa del cuerpo de don Quijote.

Sancho (segunda parte, cap. II) pugnaba por entrar en casa de don Quijote, y el ama y la sobrina le defendían la puerta. *Defender*, á juicio del comentador, está usado en la significación de *prohibir una puerta*, en lugar de *prohibir que se entre por ella*; pero se dice, y se comprende muy bien, que se *defiende* una puerta, cuando hay una persona que pugna por entrar, y una ó mas que le hacen resistencia. Esto es algo mas que prohibir.

Al pisar las calles del Toboso (cap. IX) don Quijote y Sancho, se hace esta descripción grotesca : « No se oía en todo el lugar sino ladridos de perros . . . de cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñían puercos, mayaban gatos ; cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche. » Opina el comentador que voces no se dice con propiedad sino de

las humanas. Sin embargo el Diccionario de la Academia Española define la palabra *voz* diciendo que es sonido formado en la garganta y proferido en la boca del animal. Según la Academia también es voz la de los irracionales.

En el cap. XII de la segunda parte se cuenta la aventura del caballero de los Espejos, ó mas bien del bachiller Sansón Carrasco, que con tal disfraz se habia propuesto vencer á don Quijote, y mandarle que se retirase á su aldea. Apéase el fingido caballero en un bosque donde estaban durmiendo don Quijote y Sancho; despiértase don Quijote al ruido que de propósito hacían los recién llegados; atiende y oye que el desconocido toca un laud. — Y repara sobre esto el señor Clemencin « que no era el laud mueble muy cómodo para quien caminaba armado por montes y selvas en busca de un loco. » — Harto mas incómodas eran las armas, y el bachiller viajaba con ellas. El llevar el laud era para hacer que el encuentro del bachiller y don Quijote fuese lo mas novelesco posible ¹.

Don Diego de Miranda, el caballero del verde gaban, dice (cap. XVI) que no mantenía halcon ni galgos, sino « algun perdigon manso, ó algun huron atrevido. » Antójasele al señor Clemencin, por la afluencia de *manso*, que se habla de *perro perdiguero*, y no de *pollo de perdiz*. — Entonces hubiera dicho Cervantes una similitud. ¿Qué perro perdiguero no suele ser manso? Por el contrario, un perdigon puede muy bien no serlo, porque no es ave doméstica. Cervantes habló sin duda de un perdigon *domesticado* de aquellos á quienes se enseña que vengan á comer en la mano y no se espanten de los tiros.

Referido por Sancho Panza el famoso cuento del hidalgo, que convidó á comer á un Labrador pobre (cap. XXXI), « púsose don Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se le parecían. » Y dice el comentario : « Sospecho que está errado el texto ; pero no me ocurre cómo pudo decir el original. » — *Parecerse* aquí es *aparecer*, mostrarse, traslucirse, asomarse, ó dejarse ver. Cervantes dice que á don Quijote un color se le iba, y otro se le venia, y que estos colores se le traslucían, ó le asomaban al rostro, y se lo jaspeaban sobre

¹ La afición á comentar hizo olvidar al Señor Clemencin que el caballero de los Espejos no necesitaba llevar él mismo el laud, pues le acompañaba un escudero. — Nota del señor don Antonio Martínez del Romero.

su tez morena. Tal vez diria el original: « Se le parecian y le jaspeaban. »

Quieren los pinches de cocina en casa del Duque lavar á Sancho las barbas con agua de fregar, usando de un arteson por bacía; y amostazado Sancho de la pesada broma, exclama: « La costumbre del lavatorio que aquí se usa, es peor que de disciplinantes. »

— Expresion que no se entiende (pone abajo el señor Clemencin), porque ¿ *qué es costumbre de disciplinantes?* — Yo digo lo mismo: tampoco lo entiendo; pero vaya un par de conjeturas, nacidas de la palabra *lavatorio*. De los instrumentos que los disciplinantes usaban para zurrarse, uno era un palo ó caña, de donde salian unos ramales que llevaban á la punta una bola de cera erizada de pedacitos de vidrio, algunos de los cuales se les clavaban á los pacientes en la carne. Cuando á estos les lavaban la espalda para limpiar la sangre y ver si tenían hincado algun vidrio, la operacion debia ser algo prolija y no poco dolorosa. Ahora bien: ¿ queria decir Sancho que el sucio lavatorio de barbas, que le querian hacer los cocineros del Duque, le incomodaba mas que el lavatorio que sufría un disciplinante despues de vapulado? Esta explicacion no me contenta: vamos á otra. Quizá los disciplinantes acostumbrarian entre sí hacer en Jueves Santo el lavatorio de piés propio del día; y como eran por lo comun gente soez, la tal ceremonia debia ser harto desaseada. A saberse con certeza que hubiese existido este uso, ya era fácil de comprender que Sancho se quejaba de que le querian lavar las barbas con agua mas puerca que la que dejaban los disciplinantes al lavarse los piés.

Muerto el jabali en la cacería que dispusieron los Duques para divertirse con don Quijote, se retiraron á comer (cap. XXXIV), « y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el día. » Pregunta Clemencin: « ¿ Para qué esta requisa, si al otro día no habian de cazar? » — Respondo: Para ir llevando disimuladamente á don Quijote al punto por donde habian de salir los carros de los encantadores.

En el cap. XLIII reprende con enojo don Quijote á Sancho por su manía de ensartar refranes á cada paso. — Sancho contesta: — « Vuesa merced se queja de bien pocas cosas. A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo sino refranes. » **COMENTO.** « Expresion que no entiendo bien. Acaso seria menos oscura poniendo: ¿ A quién diablos se pudre? como

si dijera: ¿ A quién se le echa á perder nada, á quién resulta mal alguno de que yo me sirva de mi hacienda? » El señor Clemencin no comprendió en este pasaje ni la preposicion ni el significado del verbo, ni á quién venia este regido. ~~¿~~ *está usado* para preguntar en lugar de ¿ *para qué?* ó ¿ *por qué?* *Padre* se refiere á vuesa merced, es decir á don Quijote: *puerco* significa en sentido metafórico incomodarse, consumirse, aburrirse, quemarse, como ahora decimos. Póngase á la oracion el interrogante que está pidiendo, y resultará: « ¿ A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda? » Lo cual equivale á decir: « ¿ Por qué diantres se incomoda vuestra merced de que yo me sirva de mi hacienda, pues no tengo otra que la de mis refranes? »

Tampoco entendió en el capítulo XLIV el señor Clemencin la locucion *traer los piés*, que se lee en el romance burlesco de Alamedora. *Traer las piernas* (véase el diccionario) es *frotarlas, dar friegas* en ellas: traer los piés debe ser *frotarlos, rascarlos*.

TEXTO DE CERVANTES: cap. LI. Un río dividia dos términos de un mismo señorío. **COMENTO.** Cosa imposible: no puede haber dos términos, sin ser distintos los señoríos. — **DEFENSA.** Cosa posibilísima y clarísima: el río dividia dos términos *de dos pueblos*, que pertenecian á un mismo señor. Léase el trozo á cualquier patan: y ¿ á que lo entiendo al golpe?

TEXTO: cap. LXII. Me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. **COMENTO.** Aquí hay una impropiedad. Las estancias de Ariosto, como que no son del género lírico, tampoco pertenecen á las poesías cantables. — **DEFENSA.** Todo verso se puede cantar: las octavas del Tasso se cantan en Italia; en España pueden cantarse las del Ariosto. El soneto es quizá menos cantable que la octava, y sin embargo en el mismo Quijote se cantan algunos.

TEXTO: cap. LXVI. Dijo Sancho á los labradores, que estaban muchos al rededor de él, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya: Hermanos, lo que el gordo pide, no lleva camino. **COMENTO.** No me suena esto bien: mejor estaria: « Dijo Sancho á los labradores, muchos de los cuales estaban al rededor de él con la boca abierta, etc. » — **DEFENSA.** No es eso: el que no es relativo, sino causal y equivalente á *porque* ó *pues*. Antepóngasele un *paréntesis*, y quedará mas perceptible: véase. « Dijo Sancho á los labradores (que estaban, *porque estaban, pues estaban, muchos*

al rededor de él...): Hermanos, lo que el gordo pide, etc.»

TEXTO: cap. LXXII. Parece que habia madrugado el sol á ver el sacrificio. **COMENTO.** No se entiende bien qué sacrificio era este. — **CONTESTACION.** Verdad es; pero puede colegirse que alude al destrozo que Sancho habia hecho en los árboles, descortezándolos con los azotes que fingió darse en las espaldas.

TEXTO: cap. LXXIII. «Los muchachos decian unos á otros: Venid y vereis la bestia.... de don Quijote.» **COMENTO.** No es verosímil que los muchachos del lugar diesen á nuestro hidalgo este nombre que él se habia puesto, sino el que anteriormente tenia, que era el de Alonso Quijano. **DEFENSA.** Los muchachos del lugar, que rabiarian por poner mote á todo el mundo, debian llamar al ingenioso hidalgo con el postizo nombre que le hacia ridiculo.

TEXTO: cap. LXXIV. «Vuesa merced (dice Sancho) habrá leído en sus libros de caballerias ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros.» — **COMENTO.** ¿Pues qué, los habia leído Sancho? **DEFENSA.** ¿Y dice Sancho que los hubiese leído? Lo que hace es recordar á su amo lo que el mismo don Quijote habia dicho en otros términos mas de una vez.

Para no concluir estas apuntes con el mal sabor que dejan polémicas de tal especie, y para rendir de paso al señor Clemencin el tributo de alabanza que á su laboriosidad y buen gusto es debido, daré cuenta aquí de una de las notas mas curiosas y amenas de su comentario (tomo V, pág. 165), en la cual se trata principalmente de averiguar quien fué la verdadera persona que Cervantes designó bajó el nombre de Dulcinea. Parece que Cervantes hubo de estar en el Toboso por los años de 1584 hasta el de 1588, y que entonces fué apaleado por los vecinos de aquella villa: suficiente motivo para creer que en todo lo perteneciente al Toboso fuese la pluma de Cervantes guiada por el resentimiento y el afan del desquite. Así el señor Clemencin observa muy oportunamente que cuando Cervantes dice que en el Toboso hay muchos linajes antiguos y buenos, se burla á ojos vistas de los toboseños, porque la mayor parte de la poblacion era de moriscos, y no habia en ella mas que un solo hidalgo, que era el doctor Zarco de Morales. Como expresa Cervantes que Dulcinea era principal y bien nacida, naturalmente ocurrió al señor Clemencin que la persona á quien Cervantes

enunció con este nombre fingido, debia pertenecer á la casa del doctor Zarco: tenia el doctor una hermana soltera; y reparando el señor Clemencin en la analogia que hay entre el apellido *Morales* de aquella familia y el de *Nogales* que dió Cervantes á la madre de la supuesta Dulcinea, pues uno y otro son apellidos de árboles y tienen igual número de letras, igual desinencia y unas vocales mismas, dice (y dice muy bien) que en vista de tales precedentes «no parecerá temeridad creer que el original de Dulcinea fué la Señora *Ana Zarco de Morales*, hermana del doctor del mismo apellido. Con un poco de atrevimiento, aun á mi entender cabe esforzar mas estas conjeturas. Cervantes dice que Dulcinea se llamaba en su pueblo *Aldonza Lorenzo*: la hermana del doctor, la presunta Dulcinea del señor Clemencin, se llamaba *Ana Zarco de Morales*; parando la atencion en las letras que componen este nombre y sus dos apellidos, échase de ver que forman un anagrama, aunque imperfecto, de *Aldonza Lorenzo*. Tomando solo el nombre *Ana* con el apellido último de Morales, y repitiendo una vez las letras O, L, y S, resultan los nombres *Aldonza Loremsa*; pero tomando tambien el primer apellido *Zarco*, y repitiendo una O y la L, salen perfectamente las dos palabras *Aldonza Lorenzo*, sobrando las seis letras AA, C, E, M, R.

Aun hay mas. A la madre de Dulcinea dió Cervantes el nombre de *Aldonza Nogales*; y la madre de la Ana Zarco se llamaba *Catalina Morales*: antepóngasele un *de* al apellido, y con las letras de él y del nombre, repitiendo la C, la N, y la O, formaremos *Aldoncia Nocales*, sobrando una A, una E, una M, una R y una T; si no se pone la preposicion y se repiten la C y la O, resulta *Altomeia Nocales*, y no sobran mas que una A y una R. Todavía puede añadirse algo. Cervantes llamó al padre de Dulcinea *Lorenzo Corchuelo*; y aunque las letras de este nombre no se avienen con las de *Pedro Martinez Zarco*¹, padre de Ana; aunque es probable que con el sobrenombre de *Corchuelo*, diminutivo de *Corcho*, quiso Cervantes ridiculizar el original que tuvo presente, y tildarle de seco yroso, de hombre de poco peso y leve capacidad; todavia, examinando las letras de las palabras *el hidalgo Zarco* (pues así vulgarmente se le llamaria), y repitiendo las letras C, O, R y C, dan las dos dicciones *Lorenzo*

¹ Lo mas que se puede sacar, repitiendo una O, una E y una C, es *Orenzo Corciez*.

Gorchíelo, sobrando las letras A, A, D. Todos estos anagramas son defectuosos, y el último sobre todo es deforme; pero las letras que los desfiguran son de fácil trasmutación en las otras que les corresponden en los nombres inventados por Cervantes; y débese advertir que él evitara de propósito el hacer anagramas cabales, para tener alguna salida que dar, si los sujetos anagramatisados le pedían satisfacción, ó sin pedirla, trataban de tomársela. Todo esto va sobre la suposición, bastante temeraria, de que Cervantes se entretuviera en semejantes puerilidades.

Muchas notas hay en el comentario del señor Clemencin tan interesantes como la que ha dado ocasión á estas cavilaciones, que á la verdad me temo parezcan sobrado ridiculas é impertinentes; muchas y muy buenas noticias da de usos y costumbres antiguas, y todo va escrito con la claridad

y pureza propias de la pluma que trazó el elogio de Isabel la Católica. Para el que en edad crecida y habiendo antes leído y admirado el *Quijote*, quiera comprender muchas cosas que no están al alcance de todos, el comentario del señor Clemencin podrá generalmente ser provechoso; pero si cae en manos de un jóven, ú otra cualquier persona, que por vez primera vaya á leer la obra de Cervantes, la gran joya de nuestra literatura; el efecto que le harán tantos y tan pellizcosos reparos será desconcepcionar para con él tanto al autor como á su libro; y hacérselo cerrar y tirar á un lado, diciendo que obra tan defectuosa ni puede ni debe leerse. El *Quijote* se debe juzgar con mas fe que doctrina, por el sentimiento y no por las reglas; y si el señor Clemencin hubiera sabido algo menos, algo mejor hubiera sido su comentario.

El Laberinto.

DISCURSO

LEIDO POR D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

EN EL ACTO DE SU RECEPCION COMO INDIVIDUO DE NUMERO DE LA REAL

ACADEMIA ESPAÑOLA.

1847.

Caracteres distintivos de las obras dramáticas de don Juan Ruiz de Alarcón.

Señores: Si es ley de corazones honrados que la vehemencia del agradecimiento corresponda á la magnitud de los favores que se reciben, grande y vivo debe en verdad ser el mio al contemplarme en el seno de una corporación, por tantos y tan envidiables títulos esclarecida, y de cuyo umbral me alejaban á la vez el conocimiento de las prendas relevantes que se requieren para llamar con alguna confianza á sus puertas, y la justa persuasión de que era y sería siempre en mí temerario el intento de pretender un lugar donde habian tenido su silla Jovellanos y Melendez, Huerta y Cienfuegos, y donde hoy se sientan, dignos sucesores de aquellos varones célebres, otros cuyos nombres no es necesario citar en este sitio, ni quizá en otro alguno, si se

habla á españoles, porque todo español sabe y se envanece de confesar quiénes son los hombres cuya fama, sea del género que fuere, compone parte de las glorias de España.

Manifiestaros, señores, mi gratitud por haberme acogido entre vosotros, moviéndome á ello solo vuestra benevolencia suma; debería ser el objeto principal de este escrito, y el mas grato para mí, si solamente la Academia hubiera de oirme; pero ni la libre expansión de los afectos del alma apetece la publicidad, ni las consideraciones que se deben al respetable auditorio que presencia este acto, permiten que tarde mucho en ocuparme con otra materia. Aficionado á la poesía dramática desde que vi por primera vez un espectáculo escénico, natural y justo

parecerá que en esta ocasion solemne eche mano de un asunto propio de mis gustos é inclinacion constante, prefiriendo lo mas asequible á mis débiles fuerzas. Determinar pues el carácter por que se distinguen las obras de don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza será el objeto de este discurso, donde pretendo manifestar que ese autor, poco estimado en su tiempo, y no bastante leido en el dia, fué el poeta dramático mas filósofo, el mas original (despues de Lope y Calderon), y el mas correcto en su linea de cuantos produjo España en el siglo XVII.

Por los años de 1630 y los cuatro siguientes, en que aun vivia Lope y ya gozaba celebridad Calderon, pues habia ya escrito alguna de sus mejores comedias, el teatro español, admiracion de la Europa culta, habia llegado á la cumbre de su prosperidad, al periodo mas brillante de gloria. El drama nacional, produccion espontánea del suelo, árbol majestuoso, cuyo ramaje habia crecido sin probar casi los flos de la crítica, daba copiosísimos frutos, no siempre maduros y sazonados. En las anchas dimensiones de la forma dramática establecida por Lope cabian y entraban de hecho todos los elementos del drama griego y latino indistintamente mezclados; lo patético lo mismo que lo ridiculo; la sublimidad de Sófocles y el gracejo plautino, juntos en una accion fingida, como en la vida real se juntan á cada paso la grandeza y la pequeñez humanas, el placer y el dolor, la risa y el llanto. Bajo el nombre genérico de *comedia*, que significaba entonces *fábula dramática* ó *drama*, lo mismo se comprendia una composicion histórica, grave en la mayor parte de sus escenas, como un poema en que todo era inventado y alegre. Título de comedia llevaban los poemas dialogados cuyos protagonistas eran la Reina Ester y los Reyes don Rodrigo y don Pedro, lo mismo que *la Moza de Cántaro*, *el Desden con el Desden* y *la Villana de Vallecas*: toda produccion dramática era llamada *comedia* en teniendo tres actos. Aparte pues del auto sacramental, que si llevaba esa denominacion seria porque constaba de una jornada sola, habia en el teatro español dos especies principales de comedia: la de capa y espada y la histórica, tradicional ó mítica, sagrada y profana. En ambas especies de dramas y sus variedades, el punto de partida para el autor era generalmente uno, porque todos consideraban el teatro de la misma manera: teníanlo por el santuario de la poesia nacional, no por una cátedra facultativa; por un

lugar donde se proporcionaba al público un recreo lícito; y en agradando, la obligacion estaba cumplida. No codiciaban nuestros antiguos dramáticos el renombre de filósofos, de moralistas, de maestros del pueblo: creyendo que la enseñanza moral era inseparable de la religiosa, dejaban que los sacerdotes aleccionasen á los fieles desde el púlpito; y solo tomaban aquel grave carácter en las comedias devotas, porque allí la doctrina emanaba directamente del asunto. La comedia moral, aquella que pretende inculcar en el ánimo de los espectadores una máxima saludable y útil, ya por medio de la representacion de un carácter principal, ya por la accion combinada de todas las figuras comprendidas en una fábula, muy raras veces aparecia en la escena española, donde se moralizaba por casualidad mas que de intento. Nuestro drama era una novela caballeresca: el caballero español adoraba, despues de Dios, en su honor, en su Rey y en su dama: y sabido es que las exigencias del honor, las del vasallaje y la galanteria no van siempre conformes á la ley evangélica, ni á las de la recta razon y justicia. En ley de justicia Sancho Ortiz de las Roelas no debia matar á Bustos, por mas que el Rey se lo mandara; Sancho Ortiz no era el verdugo de Sancho el Bravo. En ley de justicia Garcia del Castañar no debia resolverse á quitar la vida á su inocente esposa, aunque la galantease un hombre que Garcia se figuraba ser el Rey don Alfonso XI: debia defenderla en lugar de matarla. En ley de justicia aquel Ursino Colona, aquel anciano que introduce Calderon en la comedia titulada *Con quien vengo vengo*, no debia tomar parte en un desafio que le ponía en el caso de cruzar la espada con su propio hijo; pero Sancho, Garcia del Castañar y Ursino Colona eran caballeros antes que todo: Sancho y Ursino habian dado una palabra, y les era forzoso cumplirla, aunque el uno tuviera que sacrificar la mujer que amaba, y se expusiera el otro á recibir la muerte de manos de su hijo ó á dársele. Garcia no estaba ligado con palabra ninguna; pero peligraba su honra; y no pudiendo asegurarla con la muerte del seductor, la queria preservar de la mas leve mancha, inmolando á la consorte virtuosa en quien no habian hecho mella las seducciones. Celosos creyentes, súbditos entusiasmados, caballeros pundonorosos, enamorados idólatras eran en general todos los galanes de nuestras comedias antiguas, porque estas cuatro pasiones ó afectos eran los que ani-

maban á la sociedad española : la dama era amante con preferencia á todo, sagaz, artificiosa y resuelta muchas veces, dulce y tierna otras, discreta siempre. Viejos alentados, hermanos tutores, criadas locuaces y un gracioso, agudísimo por lo comun é impertinente con frecuencia, completaban los personajes que de ordinario aparecian en una fábula escénica, tejido maravilloso de lances de amor, lleno de astucias y tropelias, de disfraces, escondites y cuchilladas, cuajado todo de madrigales y epigramas, odas y rasgos épicos; y esto lo mismo en las obras de argumento contemporáneo que en las que abrazaban épocas anteriores; lo mismo en las de argumento español que en las de personajes extranjeros. Las edades bíblicas, las fabulosas, las antiguas y la media, todas eran iguales para nuestros poetas cómicos : judíos y griegos, cartagineses y turcos, babilonios é indios occidentales, todos en el teatro eran españoles con ropilla y con ferreruelo, valientes y discretos, enamorados y católicos : el teatro español en el siglo XVII, como los españoles del siglo, era constantemente, si no escuela de la mas severa moral, escuela del honor, del ingenio y la galanteria. Tal se ostentaba en las obras de Lope, prodigiosas por su número, notables por la facilidad de la expresion y la ternura de los afectos : en las de Calderon, el primero en la combinacion de la trama : en las de Tirso de Molina, sin igual en el donaire malicioso : en las de Moreto, que heredándolos en vida á todos, los superaba en regularidad y gracejo urbano. A estos cuatro ingenios seguian otros muchos que, sin rayar tan alto, han dejado no obstante alguna obra que se acerca en mérito á las de aquellos cuatro colosos. Rojas, Mira de Mescua, Montalvan, Guillen de Castro, Mendoza y otros ciento enriquecian diariamente la escena española, y alguna vez con joyas de imponderable estima, de eterna duracion.

En medio de esta prodigalidad de ingenio, de esta caudalosisima corriente de poesia, ¿no se echaba menos algo en los teatros de España? Sí : el erudito debía sentir la falta de la tragedia : el filósofo buscaba, y no hallaba sino vez rarísima, la comedia moral. La tragedia, tal como la conformaron los griegos, no era á propósito para un pais cuya sociedad no estaba organizada como lo estuvo Grecia, ni habia asimilado su gusto al de aquella nacion por medio del estudio de sus escritos; pero la comedia en que se pinta, no precisamente al caballero ni al

hombre de tal siglo ó de tal pais, sino en general al hombre, podia ya echarse menos, podia y debía intentarse en nuestra peninsula en el siglo de los últimos Felipes de Austria. Ya fuese por instinto, ya porque buscando la variedad en los asuntos se habia de tropezar con asuntos morales; alguna vez habian dado los autores dramáticos anteriores á Lope, y los de su tiempo guiados por él, tal ó cual muestra del drama que corrige las costumbres riendo; pero ninguno de los cuatro escritores de primer orden, ninguno de los muchísimos que seguian su escuela, se habia dedicado con preferencia y ahinco á la comedia moral, reservando para ella los mejores recursos, las galas mas ricas de su entendimiento. Un hombre oculto traído de Indias á España (como otros iban de España á las Indias) por el deseo de mejorar su fortuna, emprendió y consiguió lo que por falta de voluntad, intencion ó peculiares disposiciones no fué dado acabar á Lope, á Tirso, á Calderon de la Barca, ni aun á Moreto, el gran perfeccionador de invenciones ajenas. Este hombre, que preparó desde España el advenimiento de Molière, del poeta cómico por excelencia, fué don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza.

Para deslindar por qué serie de observaciones, por cuáles estudios, por qué conjunto particular de circunstancias, por qué impulsos del corazon fué conducido á la gloriosa pero difícil tarea de censor del siglo en las tablas, era necesario saber punto por punto la vida de don Juan Ruiz de Alarcon: así comprenderíamos el autor conociendo el hombre; pero por desgracia poquísimas son las noticias que de él han llegado á nosotros, y hasta que sucesivos y venturosos hallazgos, que hay motivo de esperar, den luz mayor sobre los hechos de este varon ingéne, forzoso será buscar su fisonomía moral en sus escritos, y contentarnos con ella : ¡bien hermosa resulta por cierto, compensando con ventaja los defectos corporales del individuo! Porque lo primero que de Alarcon se sabe, lo que no se puede dudar porque consta de una porcion de escritos de índole no muy caritativa, es que el infeliz Alarcon era pequeñuelo, feo y corcobado en ambas especies : el año de su nacimiento se ignora; su patria fué Tasco, en la Nueva España. Trasládado á Madrid, y alargándose mucho el término de las pretensiones que traia, le obligó á escribir ese ordinario móvil de los ingenios desvalidos, aquello que Baltasar Gracian llamaba *sexto sentido del hombre*, la necesidad : el año 1621 ya le

habian representado ocho comedias á lo menos, entre ellas la famosa de *las Paredes oyen*, una de las mejores suyas, una de las mejores que se han escrito. En 1627 era rector del consejo de Indias, y en el desempeño de aquella plaza continuó hasta el año 1630, en que falleció á 4 de Agosto, siendo feligrés de la parroquia de San Sebastian, como lo fueron Cervantes y Lope, y teniendo su morada no lejos de la iglesia en la sombría calle de las Urosas. Su familia era ilustre, su educacion debió ser esmerada; su carácter, si correspondia en efecto al que principalmente domina en sus obras, noble debió ser y benigno, veraz, pundonoroso y firme; exquisito su gusto, su experiencia de mundo grande. La coleccion de sus comedias forma un tratado de filosofía práctica, donde se hallan reunidos todos los documentos necesarios para saberse gobernar en el mundo, y adquirir el amor y la consideracion de las gentes: allí se muestra lo que debe hacerse y evitarse para ser hombre de bien y de sabiduría. Alarcon sale al encuentro al inexperto viandante de la vida, y para que el espectáculo del mérito pospuesto y la medianía ensalzada no le sorprenda y le llene el corazón de miserable envidia, le presenta sin hiel y con verdad un cuadro de las raras combinaciones de la suerte en la comedia titulada *Todo es ventura*. Para que no desmayen las ambiciones legítimas, los deseos justos de mejorar de destino, hace ver en seguida al jóven emprendedor en *la Industria y la Suerte*, que tal vez aquella vence á esta y neutraliza su influjo. Ya el hombre, gracias á su actividad bien dirigida, goza el bien que anhelaba: preciso es advertirle ahora que la prosperidad humana es de poca dura, y que el paso continuo del bien al mal es acá en la tierra ley invariable de todos tiempos: tal es la leccion que ofrece el argumento de *los Favores del mundo*. Pero esta ley puede parecer dura y cruel á nuestra comprension limitada: conviene pues dar la sabia razon de esas inevitables alternativas, que es lo que hace ó pretende Alarcon en la amenísima fábula de *No hay mal que por bien no venga*. Sin embargo, el deseo del bien es connatural al hombre: ¿qué medios tiene de asegurar ese bien, ó de recobrarlo una vez perdido? El ejercicio de las grandes virtudes, cuyo modelo vivo descuellan en el protagonista de *Ganar amigos*, en el de *los Pechos privilegiados*, en el *Dueño de las Estrellas*, y en aquellos dos rivales tan generosos de *Antes que te cases mira lo que haces*. ¿Qué vicios hacen

odioso al hombre en la sociedad, le frustran sus mas vehementes deseos y le atraen tal vez su ruina? El apetito ciego, el interés personal que desatiende los compromisos del honor, la ingratitude, la detraction, la mentira, temas desenvueltos en *Mudarse por mejorarse*, *la Prueba de las promesas*, *las Paredes oyen*, *el Desdichado en fingir*, *los Empeños de un engaño* y *la Verdad sospechosa*. Para completar el sistema doctrinal de Alarcon, las amargas y dolorosísimas consecuencias generales del vicio están consignadas en otras dos comedias, *la Culpa busca la pena*, y *Quien mal anda en mal acaba*. El resto de las composiciones de Alarcon hoy conocidas, que no pasa de siete, pertenece á la escuela de Lope: las hay de enredo, las hay heróicas, de espectáculo y de magia; pero en todas ellas alguna idea útil brota, y si se oculta, vuelve á salir cual manantial intermitente; las máximas sanas abundan, y al cabo ningun escritor dramático nuestro compuso como él mas de la mitad de sus obras con fin instructivo; ninguno se dedicó de propósito como él á este género de poesia fructifera, madura; ninguno dejó como él modelos de la comedia de carácter, modelos imitados despues por extranjeros y nacionales, y nunca excedidos. Así pues el primero y mas notable rasgo que distingue á don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza como poeta cómico, es la moralidad, la filosofía.

Moralista entre hombres de imaginacion, claro es que esta circunstancia habia de dar á sus obras un realzado sello de originalidad. Por eso el doctor Juan Perez de Montalvan en el libro que tituló *Para todos*, escribe, mencionando las comedias de Alarcon, estas palabras: « Las dispone con tal novedad, ingenio y extrañeza, que no hay comedia suya que no tenga mucho que admirar y nada que reprender: que despues de haberse escrito tantas, es gran muestra de su caudal fertilísimo. » La novedad que Montalvan admiraba en las comedias de Alarcon, novedad que llegaba para él hasta la extrañeza, no podia consistir en la trama ni en los lances, porque en esto cada autor se esforzaba á ser nuevo; tenia que nacer principalmente de que Alarcon pintaba caracteres morales entre poetas que solo reproducian caracteres caballerescos: tenia que nacer de que Alarcon aspiraba á corregir entre poetas que solo se proponian deleitar.

De la novedad, de la diferencia del fin habia de resultar con precision diferencia, y por consiguiente novedad, en la *inventiva* ó

eleccion de los argumentos y en la manera de ordenarlos. A disposicion de todos los autores cómicos se hallaba en *el Conde Lucanor* la célebre conseja del Mago de Toledo; y sin embargo nadie sino Alarcon pudo introducir-la atinadamente en las tablas, porque á todos pareció sin duda mas doctrinal que caballeresca, y no eran de moda en aquel tiempo los dramas doctrinales. A disposicion de todos estaba el rasgo admirable de Garcirui-z de Alarcon, que en el punto de ir á matar á un enemigo suyo, detuvo el golpe al oír á su victima encomendarse á la Virgen; pero solo su descendiente Juan Ruiz el corcobado era capaz de fundar en aquella accion de piedad cristiana el filosófico pensamiento que se desenvuelve en *los Favores del mundo*. Escritores modernos han asegurado que la comedia de Lope de Vega titulada *el Premio del bien hablar* sugirió á don Juan de Alarcon la idea para *las Paredes oyen*; lo cierto es que la comedia de Lope de Vega es puramente de enredo, y la de Alarcon de carácter; pero es además igualmente cierto que la de Alarcon ya estaba escrita y coleccionada por los años de 1621, al paso que la de Lope, cuya coleccion principió en 1604, no aparece incluida allí hasta el tomo 21, dado á luz en 1635, el año mismo de la muerte de Lope: las probabilidades de originalidad están á favor de Alarcon. Él introdujo otra grande novedad para su época, modificando el personaje del criado cómico ó gracioso, quitándole el carácter filosófico-bufon, con que de ordinario se le representaba, y reduciéndole á ser un sirviente de confianza. Como en las obras de Alarcon entraba la filosofía por base, no habia necesidad de ponerla en boca de un personaje inferior: como el gusto de Alarcon era mas escrupuloso que el de sus compañeros de arte, le repugnaba una figura que ofendia repetidas veces la ley del buen gusto: como Alarcon en fin buscaba la verdad en sus obras, y el gracioso, tal como solia introducirse, no era personaje verdadero sino convencional, queriale nuestro autor en las tablas como venia á ser en el mundo. Esto lo habian conocido ya y dicho varios dramaturgos; Alarcon lo dijo y lo puso en práctica. La brevedad de los diálogos, el cuidado constante de evitar las repeticiones, y la manera singular y rápida de cortar á veces los actos, acaban de diferenciar completamente las obras de Alarcon de las de todos nuestros dramáticos contemporáneos suyos.

Ahora bien: aunque es laudable empeño en un poeta cómico pretender enmendar las

costumbres; aunque es preciosa prenda la originalidad en el poeta cómico; no obstante, ni la una ni la otra cualidad, ni ambas juntas, forman cabal un buen autor dramático. Por la simple enumeracion de los asuntos en que se ocupó don Juan de Alarcon, se ha visto que era filósofo: falta saber si sus obras inspiradas por la filosofía cumplian con las condiciones del arte: si morales en su fin y originales en sus medios, contenian caracteres bien ideados y desenvueltos: si estaban diestramente trazadas y bien escritas; si son en fin buenas comedias. Justo es confesar desde luego que el título de alguna promete mas de lo que la obra cumple, como sucede en *la Culpa busca la pena* y en *No hay mal que por bien no venga*: en otras el pensamiento filosófico se desarrolla en una fábula sobrado novelesca y recargada de incidentes, en medio de los cuales desaparece aquel pensamiento, como sucede en la de *Ganar amigos*, que sin embargo es bellisima. De cualquier modo que sea, tiene Alarcon dos comedias de carácter, que son: *las Paredes oyen* y *la Verdad sospechosa*: tiene otras cuatro de pensamiento filosófico mas ó menos grave, que son: *los Favores del mundo*, *la Prueba de las promesas*, *Mudarse por mejorarse*, y *Todo es ventura*: seis producciones que, tomando en cuenta la época en que fueron escritas, y aun sin tomarla con respecto á las dos primeras, colocan á don Juan Ruiz de Alarcon en tan elevado puesto como el que ocupa el mayor ingenio cómico. Las lecciones morales que se propuso Molière en *el Misántropo*, en *el Avaro* y en *el Hipócrita*, no las dió con tan acertado tino como el que tuvo Alarcon en su *Maldiciente* y su *Mentiroso*. El murmurador don Mendo y el embustero don Garcia se hacen odiosos, ridiculos é infelices por efecto del vicio á que se abandonan: el misántropo de Molière no puede ser odioso ni aun ridículo, porque siendo hombre de virtud y valor, queda siempre bien puesto en el concepto de los espectadores; y la mayor dicha que puede acontecerle es que le desaire una mujer voluble. El Avaro no recibe por su avaricia mas castigo que un susto de que sale bien pronto. El Hipócrita, conocida ya su hipocresía de todos, arrostra con descaro las miradas de sus victimas; y si pierde el fruto de sus viles artimañas, no es por haber sido hipócrita en cierta época, sino por haber sido antes un malvado famoso, cuyos crímenes habian llegado á noticia del Rey.

Además, avarientos, misántropos y embelecadores tan exagerados como los de Molière, pocas veces ó ninguna se habrán visto en el mundo : maldicientes y mentirosos como los de Alarcon los ha habido y habrá mientras no mude su ser en otro la flaca naturaleza del hombre : son pues mas verdaderos los tipos del poeta español, y es mas aplicable, y por ello mas útil, la censura del vicio.

Esto en cuanto á los caracteres : en cuanto á la manera de manejarlos, en cuanto al mérito artistico del cuadro respectivo en que figuran, no pudiendo aqui hacerse análisis de cada pieza, creo que bastará referir la opinion que de algunas han formado jueces irrecusables. Corneille, que tradujo en parte y en parte imitó *la Verdad sospechosa*, solia decir que daría dos de sus mejores composiciones por haber inventado el original, que era lo que mas le agradaba de cuanto habia leído en nuestro idioma. Molière confesaba que *la Verdad sospechosa*, imitada por Corneille, era la obra donde habia conocido la verdadera comedia. Voltaire principia el prólogo que puso al *Menteur* de Corneille diciendo que los franceses nos deben la primera comedia, lo mismo que la primera tragedia que ilustró á la Francia. M. de Pulbusque llama inapreciable tesoro á lo que halló Corneille en la obra de nuestro americano. El señor Adolfo Federico de Schack, á quien debe Alemania dos volúmenes de piezas del teatro español traducidas, y despues una apreciable historia de nuestra literatura dramática, sostiene, despues de hacer grandes elogios de Alarcon, que no tiene comedia que no se distinga con ventaja. El autor de *Edipo*, el de la oda á la beneficencia, el traductor de Horacio, el cantor de *Guzman el Bueno* han dicho de Alarcon lo que la Academia sabe, y me exime de entrar en pormenores prolijos. Los caracteres ya citados del maldiciente y el mentiroso, el del cortesano y benévolo don Juan de Mendoza, en quien tal vez se retrató Alarcon á sí propio con su nombre, apellido y fealdad, la doña Inés en el *Exámen de maridos*, el *Tejedor de Segovia*, los protagonistas de *Ganar amigos*, los *Favores del mundo* y el *Dueño de las estrellas*; algunas de sus damas, como la Leonor de *Mudarse por mejorarse*; alguna criada, como la Celia de *las Paredes oyen*; muchos criados, como el Tello de *Todo es ventura*, que es realmente el héroe; aquel don Domingo de don Blas, por cuyo bienhechor egoísmo se po-

dria dar toda la virtud humanitaria de muchos; estos y otros personajes de Alarcon tienen en sus comedias fisonomía propia, varia y bella; ni se parecen entre sí, ni pueden equivocarse con figuras creadas por otros autores. Feliz en la pintura de los caracteres cómicos para castigar en ellos el vicio, como en la invencion y desarrollo de los caracteres heróicos para hacer la virtud adorable; rápido en la accion, sóbrio en los ornatos poéticos, inferior á Lope en ternura respecto á los papeles de mujer, á Moreto en viveza cómica, á Tirso en travesura, á Calderon en grandeza y en habilidad para los efectos teatrales, aventaja sin excepcion á todos en la variedad y perfeccion de las figuras, en el tino para manejarlas, en la igualdad del estilo, en el esmero de la versificación, en la correccion del lenguaje.

Principiaba ya este á viciarse cuando comenzó á escribir Alarcon : algo le tocó del contagio, como era inevitable escribiendo para el teatro, donde, si se ha de agradar, forzoso es acomodarse en cierto modo á los usos ó abusos corrientes; pero era sobrado firme Alarcon, era su juicio muy sólido para sacrificar del todo su fe literaria al mal gusto que iba cundiendo. Quien tenia valor para estampar en el prólogo de la primera parte de su teatro, dirigiéndose al vulgo : « allá van esas comedias... si te desagradan me holgaré de saber que son buenas, » no podia renovar la fatal caída de Jáuregui, tan puro en su traduccion de *Aminta*, y tan gongorino de saber en su *Orfeo*. Dijérase que Alarcon, diariamente alimentado con la sana y sabrosa lectura de nuestros poetas del siglo XVI, no acertaba por fortuna suya sino rara vez á remedar la vana afectacion de los cultos. ¡Ojalá que nada se le hubiese pegado! En *la Prueba de las promesas* se leen estas hermosas liras de un galan desdeñado :

Hermoso dueño mio
 Por quien sin fruto lloro,
 Pues cuanto mas te adoro,
 Tanto mas desconflo
 De vencer la esquivieza
 Que intenta competir con tu belleza :
 La natural costumbre
 En tí miro trocada :
 Lo que á todas agrada
 Te causa pesadumbre :
 El ruego te embravece,
 Amor te hiela, llanto te endurece.
 Belleza te compone
 Divina, no lo ignoro,
 Pues por deidad te adoro :
 Mas ¿qué razon dispone

Que perfecciones tales
 Rompan los estatutos naturales?
 Si á tu belleza he sido
 Tan tierno enamorado;
 Si estimo despreciado
 Y quiero aborrecido,
 ¿Qué ley sufre ó qué fuero
 Que me aborrezcas tú porque te quiero ?

En estos versos, á lo menos en las primeras estrofas, no puede negarse que la dición se avecina mas á la sencillez de Garcilaso que á la altisonancia de Calderon. De esta sencillez, de esta claridad y tersura nace que despues de dos siglos conserve el estilo de Alarcon la frescura de las obras de ayer y de los buenos escritos de hoy : pasó él dos siglos há ; su habla vive. Citaré algunos trozos en que juntamente con la belleza de la expresion podrá admirarse la nobleza, profundidad, galantería ó chiste del concepto ¹.

En la comedia titulada *los Favores del mundo* en que Garcil-Ruiz de Alarcon, teniendo en el suelo á su enemigo, se pára al tiempo de herirle porque le oye exclamar «válgame, la Virgen, » encarece el principe de Asturias don Enrique, hijo de don Juan II, en estos términos la magnanimidad de García :

Vuestra dicha es tan extraña,
 Que quisiera, vive Dios,
 Mas haber hecho la hazafia
 Que hoy, García, hicistes vos,
 Que ser principe de España;
 Que en los pechos valerosos,
 Bastantes por si á emprender
 Los casos dificultosos,
 El alcanzar y vencer
 Consiste en ser venturosos;
 Mas en que un hombre perdona,
 Viéndose ya vencedor,
 A quien le quitó el honor,
 Nada la fortuna pone;
 Todo se debe al valor.
 Dar la muerte al enemigo,
 De temello es argumento;
 Despreciarlo es mas castigo,
 Pues que vive á ser testigo
 Contra sí del vencimiento.
 La victoria el matador
 Abrevia, y el que ha sabido
 Perdonar, la hace mayor,
 Pues mientras vive el vencido,
 Venciendo está el vencedor.

En *Mudarse por mejorarse*, pieza cuyo argumento envidiaría Scribe, se hallan los dos cortos pasajes que voy á tener la honra

¹ Se omiten algunos en obsequio de la brevedad.

de leer, advirtiendo antes que la accion de la comedia consiste en que un don García tratado de casar con cierta doña Clara, se enamora de Leonor, sobrina de la novia.

Leo. ¿ Por ventura, don García,
 Es uso en Madrid corriente
 Enamorar juntamente
 A la sobrina y la tia ?

Gar. Al menos, si tan divina
 Sobrina viene al lugar
 Como vos, uso es dejar
 La tia por la sobrina.

Leo. Mal uso.
Gar. No ha de llamarse
 Malo, si es tal la ocasion.

Leo. ¿ Cómo puede ser razon
 Mudarse ?

Gar. Por mejorarse.
Leo. Pues la ley de la firmeza
 ¿ A qué obliga, ó cuándo alcanza,
 Si hace justa la mudanza
 El mejorar la belleza ?

Que ser firme no es querer
 Firme el mas hermoso amor;
 Que para amar lo mejor,
 ¿ Qué firmeza es menester ?
 Firme es quien hace desprecio
 De otra ocasion mas dichosa.

Gar. Confieso, Leonor hermosa,
 Que ese es firme, pero es necio.

Leo. ¿ Luego en quien fuere discreto
 No hay que poner confianza,
 Puesa disculpa la mudanza
 El mejorar el sujeto ?

Gar. Claro está.

Leo. Pues siendo asi,
 Y que os tengo, don García,
 Por cuerdo, y dejais mi tia
 Por mejoraros en mí;
 Perdoneme vuestro amor,
 Que á resistir me prevengo
 Hasta que sepa si tengo
 Otra sobrina mejor.

La discreta Leonor, comprometida por los enredos de García, se ve precisada admitir fingidamente los obsequios de un marqués galan y rico, de quien al fin se enamora de veras. García se resuelve á sacarla de su casa en una silla de manos, l que da lugar al siguiente diálogo entre los dos y la criada Mencía :

Gar. El plazo veis limitado,
 Ya veis la ocasion forzosa :
 Cumplidme, Leonor hermosa,
 La palabra que habeis dado.
 Dadme la mano y entrad
 En esa silla, señora.
 — ¿ Agora dudais ? ¿ Agora
 Os deteneis ?

Leo. Perdonad,
 Que ya perdí de alcanzarme

La ocasion vuestro cuidado.

Gar. ¿Cómo, cruel, te has mudado
Tan presto?

Leo. Por mejorar me.

Menc. (Aparte.) Dióle con la misma flor.

Gar. ¿No bastara desdeñarme,

Ingrata, sino sgravarme

Haciendo al marqués mejor?

Leo. ¿Negareis la mejoría,

Aunque en sangre sois igual,

De poco á mucho caudal,

De merced á señoría?

Gar. No la niego; mas ¿qué pinta

A tu promesa le has dado,

Tirana, si la has mudado

En mejorando el sujeto?

¿Qué palabra me guardabas,

O qué firmeza tenías,

Si á mi solo me querías

Mientras no te mejorabas?

Firme es sola quien desprecia

La ocasion de mejoría.

Leo. Yo os confieso, don Garcia,

Que esa es firme, pero es necia.

Bajando algo mas la entonacion, es notable la apologia que un criado hace de las mujeres en *Todo es ventura*.

¿Qué es lo que mas condenamos

En las mujeres? ¿El ser

De inconstante parecer?

— Nosotros las enseñamos.

— ¿Tener al dinero amor?

— Es cosa de muy buen gusto,

O tire una piedra el justo

Que no incurra en este error.

— ¿Ser fáciles? — ¿Qué han de hacer

Si ningun hombre porfia,

Y todos al cuarto día

Se cansan de pretender?

— ¿Ser duras? — ¿Qué nos quejamos

Si todos somos extremos?

Difícil lo aborrecemos,

Y fácil no lo estimamos.

— Pues si los varones son

Maestros de las mujeres,

Y sin ellas los placeres

Carecen de perfeccion,

¡ Mala pascua tenga quien

De tan hermoso animal

Dice mal ni le hace mal,

Y quien no dijere: *Amén!*

Mostrar que estos pasajes están bien pensados y escritos, me parece tarea inútil: con oírlos basta. Pues así es como ordinariamente escribe Alarcon: la comedia menos feliz de las suyas está hablada de esta propia manera: como poeta no es igual nuestro Alarcon en todas sus producciones; como escritor, comedias tiene de poco mérito cuya versificación y lenguaje son mejores que el de sus obras maestras; mas corrección hay

en la comedia de *Quien mal anda* que en *la Verdad sospechosa*.

Ahora bien, este autor filósofo, original, correcto, buen dramático, ¿qué estima, qué concepto mereció á su siglo? Vimos ya que Montalvan hizo de él honorífica mencion en su *Para todos*: Nicolás Antonio le pone en muy alto predicamento en su biblioteca: Lope de Vega en su *Laurel de Apolo* le consagró unos versos encomiásticos, cuyo último pensamiento no es muy comprensible; pero el propio Montalvan, el mismo Lope, y con ellos Quevedo, Góngora, Tirso de Molina, Mira de Mescua y otra porcion de autores buenos y malos, hicieron al infeliz Alarcon blanco de una sátira, que á primera vista parece la mas encarnizada y absurda que pudo imaginarse. Consérvase una letrilla de Quevedo contra Alarcon; se conservan trece décimas de los autores antes indicados, entre quienes vuelve Quevedo á contarse; consérvase además algun epigrama suelto y una porcion de seguidillas, todo encaminado á poner á don Juan de Alarcon en ridiculo. Allí se le aplican los apodos de camello enano, cohombro, monaza vieja, galápago, poeta zambo, poeta baul, poeta entre dos platos, coco, tilde, esquilon de ermita, costal de huesos, nadador con calabazas, cara de buho, cuerpo de rana y pasatiempo de todos: allí además le llaman corneja y ave de rapiña; allí se le dice que no ha escrito en su vida cosa buena, y que *las Paredes oyen* y *Mudarse por mejorarse* se han de llamar comedias de Alarcon para su descrédito. No hay que indignarse: por fortuna se halla en las seguidillas una expresion que aclara el misterio: dicese en una de ellas que Alarcon « tiene por amigos hombres de cordelejo: » se dice asimismo en una décima que « se le esperaba y habia faltado, » de lo cual y de otros indicios se infiere que todo era una especie de burla ó vejámen de los que se usaban en las academias ó certámenes literarios, tan frecuentes á la sazón en España. Celebráronse en Madrid unas fiestas de toros y cañas, cuya memoria quiso perpetuar el duque de Cea en un poema descriptivo: encargó á nuestro poeta la descripcion; y él, que probablemente escribiria despacio, porque sus obras no son muchas y revelan todas meditacion y detenimiento, recurrió para que le ayudaran á sus amigos don Antonio Mira de Mescua, Luis Belmonte, Anastasio Panialeon y cierto don Diego, que no se sabe si seria Muget, Figueroa ó cuál, porque no consta el apellido. Salíó,

como aseguran los autores de las décimas y era de esperar, muy malo el poema de los cinco ¹, y en estas circunstancias hubo de haber una academia, tertulia ó reunion literaria notable en Madrid, á la cual, debiendo concurrir, no asistió Alarcon: falta que presumo fué castigada con las trece décimas, la letrilla y las seguidillas epigramáticas, ó con las décimas por lo menos, que en efecto parecen hechas de repente y en comunidad: todas son desaliñadas, muchas pecan de oscuras, y una de ellas consta de once versos: distraído estaria el señor doctor que la compuso. En las obras de Pantaleon se halla un vejámen dado en una academia, en el cual, despues de haber hecho espantosas caricaturas de los que entraron en el concurso, tildando á uno de ellos de puerco y á otro de vicioso, termina la sátira advirtiendo que todo ha de entenderse como dicho de burlas: una burla de estas debió ser la que se le hizo á don Juan de Alarcon en las coplas de los trece, burla en la cual se cargaria mas la mano por ir dirigida á un hombre á quien no se apreciaria mucho como poeta, y que por sus imperfecciones físicas estaria acostumbrado á oír necedades, asi como por su carácter á despreciarlas. Autorizan la última conjetura los siguientes versos de las *Paredes oyen*, en que se manifiestan las razones que impiden al hombre de miramiento contestar á una injuria con otra:

¿Satirizas? — No conviene;
Que esto solo puede hacer
Quien no tiene que perder,
O que le digan no tiene.
Siendo así, ¿cómo querias
Que predique sin ser santo?
¿Qué faltas diré, si hay tanto
Que remediar en las mias?

Alarcon, por lo que dan á entender estos versos, debia ser de carácter pacífico, lo

¹ Fueron (á lo que yo he podido entender) las que se hicieron en obsequio del principe de Gales á 21 de Agosto de 1623, segun refiere Leon Pinelo en su historia manuscrita de Madrid. « A estas fiestas (dice) sacó á luz sesenta y siete octavas el licenciado don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, como de su grande ingenio. »—Si en una obra de sesenta y siete octavas trabajaron cinco escritores, no podian tocarlo muchas á uno: por eso dice Lope con sobrada razon en su décima: « Que es tambien cosa cruel echarle la culpa á él de lo que la tienen tantos. » A pesar de todo, Pinelo, como se ve, *alaba el poema*. Yo no he podido haberle á las *manos*.

cual bastaba para que se le atreviesen: debia vivir retirado, y sobraba con esto para que se le juzgara con rigor: á quien no se ve, mal se conoce: todas las injusticias que se hacen los hombres al juzgarse en el trato civil, nacen por lo comun de no conocerse.

Verdaderamente los contemporáneos de Alarcon no podian tasar bien el mérito especial de aquel hombre. Sus comedias debian producir poco efecto en el público; porque sus bellezas no eran muy perceptibles para él, y sus defectos (de los cuales ya es razon decir algo) no eran de los que entonces fácilmente se perdonaban. Era Alarcon escritor único en su género, y así sus obras habian de tener algo de aquella extrañeza que apuntó Montalvan, la cual amortiguaria el brillo de las bellezas poniendo de realce las faltas. Ya hemos visto que los argumentos de sus fábulas eran graves por lo comun: primer inconveniente para que una obra guste á gentes que lo primero que buscan en el teatro, es diversion. Sus graciosos no eran bufones: otro inconveniente gravísimo para aquel tiempo: sus enamorados eran poco discitadores y pendentieros, por lo cual parecerian filos. Sus damas (y esta sí que realmente era falta crecida) pecaban tal vez de egoistas y prosáicas, por lo cual en varias comedias de Alarcon flaquea tambien el interés. Introducía mucha accion en sus dramas, la llevaba con rapidez, variaba á cada paso el lugar de la accion, y de ello resultaba que el espectador no le tomaba gusto. La repugnante situacion de un hombre luchando con una señora, y el odioso carácter de la mujer que tercia en daño del honor de otra, no son raros en las obras de nuestro poeta filósofo, poco filósofo en esta parte. Añádase á lo dicho una versificación mas limpia que música, una locucion mas exacta que pintoresca; y dígase si no era preciso que un auditorio, acostumbrado al tono enfático y campanudo de muchos autores, estimase poco las comedias de don Juan de Alarcon, por lo mismo que entendia sus pensamientos perfectamente. « Esto es trivial (exclamaria el descontentadizo mosquetero que tiranizaba el patio de la Cruz y del Principe), estos son conceptos de poeta de primera tonsura; no es esto lo que merece los bravos y palmadas de un auditorio culto. »

Hoy no es así: para nosotros todo el teatro antiguo español desde Lope acá ofrece un *visu*, un *tinte*, un colorido de antigüe

dad casi uniforme : objetos distantes entre sí, vistos de lejos, aparecen en un mismo plano. La posteridad ha comenzado á resarcir á Alarcon : la extrañeza que le perjudicó para su siglo, no lo es para el nuestro ; antes cabalmente de todos nuestros antiguos dramáticos, Alarcon es el que mas se avecina á la comedia moderna : por Alarcon es en mi concepto por donde se ha de principiar el estudio del antiguo teatro español. Nos desagradará en él en primer lugar todo aquello que es efecto del gusto viciado ó poco escrupuloso de la época ; pero en ningun otro autor se encontrará menos prominente ese vicio, menos grave esa falta de escrupulo. Formábanse nuestros antiguos dramáticos una cronología, una civilizacion y una geografía imaginarias para escribir sus dramas históricos, y gustaban de colocar la accion en países remotos ; Alarcon muy pocas veces eligió argumentos fuera ó lejos de España ; y en los asuntos españoles que pertenecian á las edades medias, no cometió tantos ni tan absurdos anacronismos como otros : Alarcon, conocedor de sí mismo y conducido por un instinto de buen gusto excelente, se empleaba en lo que mejor entendia, y vislumbraba á lo menos lo que debía hacerse. Españoles son los griegos que pinta en su *Amistad castigada* y en *el Dueño de las estrellas* ; españoles y coetáneos suyos son los personajes de *No hay mal que por bien no venga* y *la Crueldad por el honor*, que pertenecen á los siglos IX y XI ; pero en *la Prueba de las promesas* y *la Cueva de Salamanca*, todo ó la mayor parte es bastante sincrónico. Nos desagradará tambien la liviandad no escarmentada de alguno de sus personajes de segundo órden, y alguna, aunque muy rara vez, una expresion mal sonante á nuestros oidos ; pero así y no mas que así era la cultura de aquella época, y sobre poco mas ó menos tal parecerá la época actual á las edades futuras. Nos desagradará la fisonomía comun de sus segundos galanes y muchas de sus damas : nos entristecerá desagradablemente, por ser caso de inquisicion, su bien escrita comedia *Quien mal anda en mal acaba*. *La Crueldad por el honor*, *la Amistad castigada* y *el Dueño de las estrellas* nos interesarán poco : perdonaremos la del *Anti-Cristo* por lo atrevido del pensamiento, y la *Manganilla de Melilla* por el buen carácter de Venegas : leemos sin enfado la *Industria* y la *Suerte*, *el Semejante á sí mismo*, los *Empeños de un*

engaño, *el Desdichado en fingir*, *la Culpa busca la pena* y aun la misma *Cueva de Salamanca* : sonreiremos gratamente con *Todo es ventura* y *la Prueba de las promesas*. *Mudarse por mejorarse*, *No hay mal que por bien no venga* y *el Exámen de maridos* nos arrancarán la risa á cada escena, risa que se trocará, ya en pasmo, ya en dulces lágrimas al ver aquel don Fadrique de *Ganar amigos*, tan noble y virtuoso que salva de la muerte al que le habia muerto un hermano : aquel Rodrigo Villagomez de *los Pechos privilegiados*, que tan alto concepto tenia de la dignidad Real y de sí propio que no podia imaginar que un Monarca se valiera de él para una accion fea : aquel terrible Tejedor de Segovia, aquel amabilísimo Garci-Ruiz de Alarcon sufriendo constante las vicisitudes de la suerte, cual inmoble peñasco en medio de la mar agitada. Y cuando sonaren en nuestros oidos las sentidas y rigorosas quejas del padre que echa en cara al hijo el degradante vicio de la mentira ; cuando veamos á una jóven hermosa refugiarse al amparo de un caballero poco favorecido de la suerte y la naturaleza, huyendo como de una vibora de un amante murmurador, mentiroso de la especie mas abominable, porque la mentira del hablador atolondrado puede ser inofensiva, y la del maldiciente es sangrienta : entonces ¿qué escritor dramático, qué hombre nos parecerá, no superior, no igual, pero ni comparable siquiera al calumniado, al desatendido y olvidado Ruiz de Alarcon ? Ninguno, porque en el templo de Talía solo él descuella como campeon de la verdad, de la clemencia, del agradecimiento, de la entereza, de toda virtud.

Conmovidó el corazon, complacido el entendimiento, halagado el gusto con las bellezas que abundan en el teatro de Alarcon, ¿deberá, podrá el crítico reparar mucho en las formas de aquel teatro ? No : la cuestion de formas ya está decidida : las del antiguo drama español fueron lo que las circunstancias de la época permitian : con esa forma se han escrito excelentes obras : no desprecieemos un instrumento útil. El precepto de una *accion sola en un lugar y un día*, útilísimo para muchos asuntos escénicos, no es aplicable á todos : nuestros poetas antiguos lo desatendieron mil veces con poca necesidad ; mil veces tambien obraron juiciosamente en desatenderlo. A falta de estudios clásicos han atribuido muchos esa licencia de nuestros poetas ; los ingleses y alemanes del siglo pasado y el presente

muy versados en aquel estudio; los franceses, y tras ellos nosotros, despues de haber ensalzado la ley de las tres unidades, hemos vuelto á la forma establecida por Lope, considerando como él esencial para el drama la unidad de accion, y dependientes de la accion las unidades de lugar y de tiempo. Esto practicó Alarcon en sus comedias, quebrantando la de lugar con muchísima frecuencia, y limitándose en la de tiempo á dos dias en alguna pieza, á cuatro ó cinco en otra, á una hora sola en *la Prueba de las promesas*. Mucho se ha censurado la mezcla de géneros en el teatro español antiguo; Alarcon afortunadamente nos ofrece mas de un modelo de la comedia terenciana, de la comedia pura; Alarcon es el clásico de nuestro teatro antiguo. De las otras composiciones suyas, que pertenecen al género mixto, llamado unas veces tragicomedia, tragedia urbana otras, drama sentimental despues, y hoy lisa y llanamente drama, no hay ya que decir, habiéndose hecho tantas y tan vigorosas defensas de este género al vindicar á nuestro teatro antiguo, cuyo caudal se compone de dramas principalmente: el drama, la mezcla de lo festivo y lo patético está en la naturaleza y puede estar en el arte que la imita, por lo cual desde Menandro acá, en todos los teatros del mundo ha habido dramas. Drama es *el Rudens* de Plauto, drama *los Cautivos*, drama *la Hecyra* de Terencio, y en el mismo *Anfitrión* el personaje de Alcúmena pertenece al drama. Un drama fué la primera obra de mérito que produjo el clasicismo en España, *el Delincuente honrado*: la primera obra y la última de nuestro gran clásico Moratin, *el Viejo y la Niña* y *el Sí de las Niñas*, tienen escenas puramente de drama: si quisiéramos proscribir el drama los españoles, no nos quedaria teatro. Apreciemos pues los buenos dramas de Alarcon lo mismo que sus buenas comedias, porque todas las bellezas artísticas deben apreciarse. Alarcon, dotado de imaginacion menos viva que sus competidores, pero por lo mismo extraviándose menos; inferior en fecundidad, pero mas vario y por lo mismo mas original y mas nuevo; superior en luces á muchos; en gusto, correccion y filosofía á todos, es en

mi concepto, si no tan gran poeta dramático-lírico-caballeresco como Lope, Calderon, Tirso y Moreto, igual á ellos como escritor dramático de costumbres, y los excede como autor dramático de carácter. Si este juicio pareciere demasiado atrevido, fácil me será conciliar todas las opiniones, evitando un paralelo difícil. Alarcon cultivó un género que no era el de Lope; no comparemos cosas desemejantes; conservemos á Lope su templo donde reciba adoraciones del mundo entre Shakspeare, Schiller y Goethe, Moreto, Calderon y Tirso de Molina; pero en el templo de Menandro y Terencio, precediendo á Corneille y anunciando á Molière, coloquemos el ara de Alarcon como ara de alianza, como vínculo entre el romanticismo antiguo y los clásicos modernos, entre el *Romancero* y el *Gil Blas*, entre el siglo de Carlos V y el de Luis XIV. Allí, lejos de lo que le injuriaron de burlas ó veras, podrá Alarcon recibir el incienso que le es debido, sin que ofendidas y envidiosas se agiten en sus plintos las marmóreas esfiges de sus competidores.

Tal es, señores, el concepto que de las obras de Alarcon ha formado la humilde persona que en este largo y desordenado escrito ha tenido la honra de dirigirse á vosotros. Si la Academia española que alienta y protege hubiera existido en el siglo XVII, en lugar de las academias en que se vejaba, Alarcon admitido aquí (porque Alarcon es el mas académico de nuestros dramáticos) hubiera hallado entre vosotros defensa y compensacion de las injusticias de sus émulos. Imploro vuestra benignidad al concluir mi tarea: si la pasion me ha cegado al examinar las producciones de este notabilísimo ingenio, sirvame de disculpa la pasion misma: yo confieso que se la tengo, y si me preguntasen cuál era la causa, responderia trovando estos versos suyos:

Porque hizo su siglo mal
En tratarle con desden,
Y tengo al hombre de bien
Inclinacion natural.

He dicho.

Gaceta.

POESIAS SUELTAS.



EL AMANTE DESDEÑADO.

Desierta observo la feliz ventana
Descanso de los brazos de mi esquivia ;
Ni su mágica voz se oye lejana ,
Ni suena su laud , ni fugitiva
Su sombra vaga en el opuesto muro ,
En cuyo lienzo con la noche oscuro
Vierte la luz que arroja
La estancia refulgente
Su claridad amarillenta y roja :
Mírola yo impaciente ,
Y haciéndome traicion la fantasía ,
Se me figura percibir abierta
De un mundo de placer y de alegría
La esplendorosa puerta ;
Y espera el corazón á cada instante
Que del hermoso Eden que ve delante
Mensajero aparezca de ventura
Un ángel de bondad y de hermosura.

¡ Ay del amante que suspira en vano !
¡ Ay del que busca amor y halla desvío !
Naufraga y á un bajel tiende la mano ,
Y se la hiere marinero impío ;
Y en ciego desvarío ,
Mientras vigor alcanza
Sigue la senda cándida espumosa
(Fiel símbolo de frágil esperanza)
Que en la rizada superficie undosa
Tras sí bullendo deja
La quilla envuelta en cobre
De la nave que rápida se aleja .
Lucha el misero y vence la pujanza
Del piélago salobre ,
Que brama de que el hombre le resista ;
Lucha hasta que se esconden á su vista
Sobre el hirviente azul la espuma blanca ,
Tras el hirviente azul la oscura punta
Del mástil elevado .
Exhala el nadador desesperado
Un ay entonces que el dolor le arranca ,
Cierra los ojos y los brazos junta ,
Y entrega al mar con despechado arrojo

Su cárdeno cadáver por despojo ,
Que se sepulta como piedra inerte ;
Porque la acción robándole á la muerte ,
Con la esperanza , en su veloz huida ,
De aquel hombre que fué salió la vida .

Héme al pié de la reja sabedora
Del congojoso afán del pecho mio ,
Que una sierpe abrigó que le devora .
Héme aquí donde pierdo
Los ayes que en liviano desacuerdo
Del triste corazón al aire envío .
Sedientos de gozar mis ojos vagan
Por la región fantástica risueña
Donde ilusiones pérdidas me halagan ,
Donde feliz el ánima se sueña ;
Y la espalda entre tanto
Vuelvo á la realidad , embebecido
En el goce ideal del bien fingido :
Porque es en este mar de acerbo llanto
Privilegio el mayor de los mortales
Poder entre el delirio y el olvido
Soñar placeres padeciendo males .

Y males son los que la noche anuncia
Lóbrega y temerosa ;
Males la voz del huracán pronuncia
Tronando estrepitosa ;
Y el rayo serpeando por la esfera ,
Escribe en letras de color sangriento
La sentencia fatídica severa .
Fuego despiden que requema el viento
El macizo sillar y la ancha losa ,
Cual si volcan sepulcro
De Madrid bajo el sólido cimientto
Tenaz abriese con empuje oculto
Paso á la llama que su seno encierra ,
Taladrando las capas de la tierra .
De la nube que vela el firmamento
Desprendiéndose rara , el suelo azota
Gruesa , pesada gota ,
Cuyo golpe levanta

Del polvo humedecido
 Repugnante vapor, hálito ardiente :
 Con voz lúgubre canta
 El agorero pájaro en su nido :
 Del benéfico sueño abandonado,
 Con el cuchillo de la fiebre herido,
 Lanza infeliz doliente
 Sobre potro de pluma
 Penetrante gemido prolongado :
 Vil pesadilla abruma
 La mente de la púdica doncella,
 Gérmen fatal desenvolviendo en ella ;
 Y de su labio, del coral envidia,
 Voz que huye, con afañ articulada,
 Descubre las quimeras con que lidia,
 Y amedrenta á su madre deavelada.
 Gime cada morada ;
 Que bajo cada techo
 Sufre en sueños fantástica tortura
 Quien no se agita en doloroso lecho :
 Y al gemir allegándose el zumbido
 Del aire que murmura,
 Y la voz del cuidadoso centinela
 De las nocturnas aves al graznido,
 Y al ronco trueno que la sangre hiela
 El son de religiosa campanilla
 Y el susurro de rezo misterioso,
 Que se oyen y se dobla la rodilla,
 Por sí temblando el corazón piadoso,
 Naturaleza en confusion tan fuerte
 Manda al hombre temer próximo daño ;
 Y yo en delirio extraño,
 Provocando á la suerte
 A que con brazo de rigor me oprima,
 Quieto en la orilla estoy de la honda sima
 Que socava á mis piés el desengaño.

Sobrado conozco, bellissima ingrata,
 Que no hay en tu pecho amor para mí ;
 Si empero piadosa te hallara mi pena,
 Tornárase gozo mi triste gemir.

No aspiro á que empañe tus claros luceros
 De llanto amoroso rocío feliz,
 Ni pido á tu labio que trémulo se abra,
 Y lánguido diga dulcísimo sí.

De insecto pequeño, que es átomo vivo,
 La estrecha pupila no alcanza á medir
 La curva gigante que ciñe los orbes,
 Y caben en ella mil mundos y mil.

Tú númen de amores, tú sol de hermosura,
 Si quiero á tu esfera la vista subir,
 Hundido en el polvo del suelo me miro,
 Y tú te me esconde detrás del cenit.

Mas si es tu belleza de estirpe divina,
 ¿Por qué sus blasones desmientes así?
 Con rostro de cielo, con alma de fiera,
 Mirarte es amarte, y amarte sufrir.

Al ídolo salta la sangre que arroja
 De víctima herida la humilde cerviz ;
 Y al ídolo en vano su turbia mirada
 La res inocente levanta el morir.

Así cada día con frente serena
 Los ayes escuchas, que vuelan á tí,
 De aquel que postrado te muestra la llaga
 Que hicieron tus ojos con dardo sutil.

La queja del triste regala tu oído,
 Porque es de tu triunfo bastardo clarín :
 También el balido de inerte cordero
 Deleita á la tigre que asalta un redil.

De lloro y suspiros al alma impulsiste
 Acerbo tributo que ya te rendí :
 ¿No habrá una sonrisa, no habrá una mirada
 Que á tantos rigores dé plácido fin ?

¡ Ah, sí ! yo confío : mi amor me asegura
 Perdóname ; oh bella ! si no conocí
 Que máscara adusta de fiero devio
 Sagaz ocultaba legítimo ardid.

Quisiste que en rudo crisol de desdenes
 Mi fe sus quillates hiciera lucir :
 Vencida la prueba, la harás de tu seno
 Joyel con que adornes su puro marfil.

Quizá de mi gloria ya toco el instante.—
 Su voz se ha escuchado, sus pasos oí.
 Balsámica el aura me avisa que llega,
 Y el alma á los ojos se quiere salir.

¡ Oh ! ven á esa reja ; ven ya, mi señor !
 Y dulce tu labio de fino carmin,
 Vertiendo en mi pecho raudales de gozo,
 Le dé la esperanza de un plácido sí.

Cortó la voz al desdeñado amante
 Otra voz de suavísimo sonido,
 Lisonja sospechosa del oído,
 Caricia de enemigo mofador.

Palabras de pasión brotando ardientes
 Oyó el tímido siervo á su tirana,
 Y creyó que al dintel de la ventana
 Llegar no la dejaba su rubor.

« Tú eres mi único bien, » ella decía ;
 « Tuyo es mi pecho que leal te adora :
 Cesa de darme nombre de señora ,
 Que ya de tu querer esclava soy. »

« Premio debido á la constancia firme ,
 Sabré en halagos desquitar deadenes ;
 Contigo ya mi pensamiento tienes ,
 Y en esta mano el corazon te doy. »

Y viéronse dos sombras en el muro ,
 Frente de la ventana luminosa ;
 Y asido de la mano de su hermosa ,
 Un doncel á la reja se asomó.

Un amargo gemido á los amantes
 Pudo turbar en tan feliz momento ;
 Mas le apagó con su zumbido el viento ,
 Y la noche ocultaba al que gimió.

AL BUSTO DE MI ESPOSA.

Imágen de mi adorada,
 Consuelo de mi dolor,
 Única prenda salvada
 Del naufragio de mi amor,

¿ Por qué clavados están
 Siempre mis ojos en tí,
 Si jamás en tí verán
 A la hermosa que perdí ?

¿ Dónde el fuego de sus ojos
 Me ha conservado el cincel ?
 ¿ Dónde los matices rojos
 De su labio de clavel ?

Mas ¿ pudo quedar cautiva
 En piedra, tela ó metal
 Su belleza fugitiva,
 Su mirada angelical ?

Naturaleza al formarte,
 Idolo del alma mia,
 Quiso luchar con el arte
 Que en imitarla porfia ;

Y dijo con altivez
 Despues que en tí se miró :
 « Que venga el hombre esta vez
 A copiar lo que hice yo. »

Triunfabas, naturaleza,
 Y triunfas en mi memoria ;
 Pero ; con qué ligereza
 Renunciaste la victoria !

Polvo ya la criatura
 Donde brilló tu poder,
 No tiene esa piedra dura
 Competencias que temer.

Diestro, escultor, anduviste ;
 Disculpa mi loco error :
 No hay en la boca del triste
 Sino acentos de rigor.

¿ Qué dejaras por hacer
 Al que rige las esferas,
 Si tú una piedra pudieras
 Trocar en una mujer ?

Debiera yo comprenderte,
 Y en ese mármol fatal
 Ver el triste material
 De las urnas de la muerte.

Memorias de destruccion
 Graba en él la humanidad :
 ; Era fatídico el don,
 Escultor, de tu amistad !

Yerta me representaste
 La faz del bien de mi vida :
 ; Pronto la vi convertida
 En el mármol que labraste !

Como él encontré de frio
 Su labio cárdeno y mudo,
 La única vez que no pudo
 Responder al labio mio.

¿ Cuántas veces, dulce dueño,
 Turbó con su huella ardiente
 La dulzura de tu sueño
 El beso que dí en tu frente !

Mas no te pudo arrancar
 De aquel letargo profundo :
 De él solo has de despertar
 Al ay de muerte del mundo.

¡Qué condicion miserable !
 ¡Cuánta es del hombre la mengua !
 ¡Tener un ángel que le hable,
 Y no comprender su lengua !

Aquella noche postrera ,
 Bien mio, de tu vivir,
 Tú me hablabas placentera
 De un dichoso porvenir.

En tu semblante lucia
 Profética inspiracion :
 Era tu hablar de alegría ,
 Y era lúgubre su son.

¡ Cerca de la dicha estabas !
 ¡ No fué el presagio falaz !
 Poco despues habitabas
 Las regiones de la paz.

Como antorcha moribunda
 Tal vez aviva su fuego,
 Y el aire de luz inunda,
 Y en sombra se abisma luego ;

Así aureola brillante
 De esperanza y juventud
 Te cñó por un instante,
 Palpando ya el ataud.

Fugaz relámpago aquel
 De dicha para los dos,
 Todo fué ternura en él
 Porque era el último adios.

Así nos viene á halagar
 Con su plácido arrebol,
 Y se hace mas bello el sol
 Al sepultarse en el mar.

Leia en tu languidez
 La muerte su triunfo vil,
 Viendo tu rosada tez
 Vuelta en pálido marfil.

Bella y fuerte de improviso,
 Venturas te prometias...
 — Era que abrir te veias
 Las puertas del paraíso.

Tal te miro en ilusion,
 Que en mi despecho me arredra,
 Muchas veces en la piedra
 Que te retrata en borron.

Que allá en las horas de calma
 Vestidas de oscuridad,
 En que misterios al alma
 Revela la eternidad ;

Si tu imágen se estremece
 Cuando el viento ronco zumba,
 Que levantas me parece
 La cabeza de la tumba.

Luz que de purpúrea tinta
 Se reviste, porque pasa
 Por pliegues de roja gasa,
 Tu bulto cándido pinta ;

Y sus rayos se despuntan
 En el cristal ¹ que es el velo
 De tu semblanza de hielo,
 Y resbalan y se juntan ;

Y ornan la impasible sien
 Con diadema esplendorosa,
 Cual la que tu frente hermosa
 Lleva junto al Sumo Bien.

La piedra entonces se mueve,
 Se reaniman tus luceros :
 Ya coral en vez de nieve
 Son tus labios hechiceros :

Y eres tú, la misma, aquella
 Que yo delirante amé,
 La que mi vida, mi estrella,
 Mi cielo en la tierra fué.

Tú, mi angélica MARIA,
 Tan bella como te vi,
 Tan llena de amor, el dia
 Que diste el modesto sí.

De tus labios el consuelo
 Nace entre sonrisa pura,
 Tu frente exhala ventura,
 Derraman tus ojos cielo.

Buscando tus brazos voy,
 Ciego á la luz con que brillas :
 Adórote de rodillas,
 Y vienes adonde estoy.

Tu ósculo me hace sentir,
 Tu inefable ser divino,
 Y de su encierro mezquino
 Tras tí el alma quiere huir.

Con tu diestra la detienes,
 Y batiendo blancas alas,
 Vuelas ; ay ! y me señalas
 La mansion de donde vienes.

Y en tu rápido volar,
 Despidiéndote de mí,
 Te paras á pronunciar
 Un *espera* y un *allí*.

¹ Este busto está colocado dentro de un fa:

Y en el espacio azulado
Luego mis ojos no ven
Mas que un iris empapado
En fragancias del Eden.

Disipada la vision,
Cobras la forma glacial ;
Mas dejas al corazon
Esperanza celestial.

Que el hombre que á poseer
Llegó entre delicias mil
Un puro angélico ser
En un cuerpo femenil ,

En el valle del dolor
Querer solo puede ya
Unirse pronto á su amor
En el cielo donde está.

LA MUERTE.

Miradle : sobre púrpura sentado,
La copa del placer bebiendo está.
Oíd : — en su cantar regocijado
Ay de dolor discorde sonará.

« El hombre, del mundo rey,
Siervo de la muerte vive
Dicta á la tierra la ley,
De la nada la recibe. »

« Gloria y oprobio calabona ;
Pero en desigual razon :
Seguros sus hierros son ,
Disputada su corona. »

« No halla el hombre criatura
Que á su cetro no resista :
Dios le dá la investidura ,
Y él el poder se conquista. »

« Osado en su frente á herir
Insecto mísero viene,
Que armas para herirle tiene,
Y alas tambien para huir : »

« Y ante las aras se ve
De la muerte sin defensa
El inclito ser que piensa
Con una cadena al pié. »

« Y la segur del destino
Le postra al golpe fatal ,
Cual troncha cañas de lino
Granizada ó vendaval. »

« Es resistir á la parca ,
Es huirla insensatez :
Con sola una mano abarca
Del orbe la redondez. »

« El hombre en tal situacion ,
Para encubrir su flaqueza ,
Con risible sutileza
Forjó la resignacion. »

« Y quiso hacerse creer,
Sofista consigo mismo,
Que era virtud y heroísmo
Lo que es falta de poder. »

« ¿ Por qué ese título falso
De rey, hombre, se te da,
Si eres un reo que va
De la cárcel al cadalso, »

« Cuya muerte á proporcion
Se retarda ó se acelera
Segun dura la carrera,
Segun aguija el sayon ? »

« ¡ Ay ! para haber de arrastrar
Tan efimera existencia,
Esclavo de una sentencia
Que no se puede evitar, »

« Yo en el caso de elegir
Hubiera dicho : « Primero
Quedarme en la nada quiero,
Que nacer para morir. »

Así el hombre delira y se atormenta
Luchando con idea tan cruel :
Insecto que de flores se alimenta,
Y labra acibar en lugar de miel.

Timido caminante en noche oscura ,
Se asusta del benéfico pilar
Que próximo descanso le asegura
Tras largo y afanoso caminar.

Cáliz la vida con el fondo abierto
Que al licor deja sin cesar huir,
Y único punto al hombre descubierto
La muerte en el nublado porvenir,

¿Por qué dar á esa copa y á esa meta
Furtivas ojeadas de terror?
Mirarlas sí; mas con la vista quieta,
Y naciera del hábito el valor.

Despavorido huyó la vez primera
Que vió el salvaje el bélico corcel,
Y osado luego á la temida fiera
Clavó el arpon, y se vistió su piel.

Si al término de todos los caminos
Hay un despeñadero que rodar,
¿Por qué en la hondura amontonar espinos?
Plumas donde caer conviene echar.

¿Y qué es morir? ¿qué es eso que desvela
Tanto al hombre que eterno quiere ser?
Hallar al fin la eternidad que anhela,
Y un vestido prestado devolver.

No es el hombre la caja quebradiza,
Forma perecedera si gentil,
Que la mano del tiempo pulveriza
Y restituye á su principio vil:

Allí dentro un espíritu se encierra
Noble, puro, de origen celestial:
Aquello es hombre, lo demás es tierra,
Y aquello no perece, es inmortal.

Sediento el hombre de ventura vive,
Y apenas en la vida la entrevé:
¿Será posible que la mano esquivé
Que de los cielos posesion le dé?

Breve es la vida. — ¡Brevedad dichosa,
Que los días acorta de ilusión,
Y nos lleva en carrera presurosa
De la verdad á la feliz región!

¿Qué pide la virtud en la bonanza?
¿Qué anhela en la desgracia la virtud?
El piélagos cruzar de la esperanza,
Sirviéndole de barca el ataúd.

El malvado que gima y se amedrente
De rendir á la muerte la cerviz;
Huélguese en la miseria de viviente,
Temeroso de ser mas infeliz;

Pero es al cabo por decreto eterno
Desastroso el vivir del criminal;

Y si en la muerte asústale el infierno,
Su vida es otro infierno temporal.

Mezcla el hombre de espíritu y de lodo,
Ya excepcionado de la ley comun,
¿Por qué si el alma sobrevive á todo,
Mas privilegios pretender aún?

Esos orbes vivíficos de lumbre
Que al mundo animan y le dan color,
Florones de la diáfana techumbre,
O joyas del vestido del Señor,

Esta del hombre equívoca morada,
Cementerio con galas de jardín,
Todo al veraz abismo de la nada
Corre, y en él encontrará su fin.

Y en medio del magnífico vacío
Que llenará la cénaga majestad,
El hombre girará con señorío,
Satélite de un sol divinidad.

Plazo es la vida que emplear debemos
En adquirir felicidad mayor,
Felicidad que adivinar podemos
En los goces que dan virtud y amor;

Y consumir en quejas vanamente
Los días de este plazo de merced
Es en vez de limpiar escasa fuente,
Cegar su vena y perecer de sed.

Muerte, centro de todo, ley temida
Mucho rigiendo, al abolirse mas,
Porque el día fatal de tu caída
Contigo al universo arrastrarás;

Angel eres que al alma aprisionada
Libertas de prolija esclavitud,
Y ya del roca con el cuerpo ajada
La vuelves á su hermosa juventud.

¡Muerte! si tú me gulas á los brazos
De los seres que amé, de aquellos dos,
Que de mí se llevaron dos pedazos
En el amargo postrimer adios;

Si al padre caro, si á la esposa amante
Ya para siempre me uniré por tí;
Si á la madre he de ver que tierno infante
Primero la lloré que conocí;

Ven, que tú eres la dicha, errado el nombre
Tú haces la vida dulce de dejar,
Y tú puerto seguro das al hombre
Que errante boga por inquieto mar.

ISABEL Y GONZALO.

LEYENDA.



X.

EL DESCUBRIMIENTO.

Niebla densa y fría
Que sube del Tajo,
Cubriendo á la noche
La luz de sus astros,
Envuelve á Tolédo
En húmedo manto,
Reina por las calles,
Reina en el palacio
Profundo silencio,
Gustoso descanso.
Ni el ave agorera
Con lúgubre canto
Prontos funerales
Íntima al anciano,
Ni agudo ladrido
Despierta al avaro
Que nuevos tesoros
Apila soñando.
Ni suena campana,
Ni escúchanse pasos;
La villa parece
Sarcófago vasto,
Donde confundidos
Godos y romanos,
A sus sucesores
Están aguardando.
Solo entre la sombra
Descúbrese un claro,
De luz moribunda
Resplandor escaso;
Solo en el alcázar
Del Rey castellano,
Y en rico aposento
De techo dorado,
Un hombre no goza
Del sueño de tantos.
Enrique el segundo,
Enrique el bastardo,
Que vida y corona
Quitóle á su hermano,
Solicito espera
La aurora velando.
No porque le acosen
Recuerdos amargos
Del crimen que vieron

Montiel y su campo :
Temblaba algun día
De verse las manos ;
Mas ya se envanece
Del golpe villano :
Truecan de conciencia
Reyes adulados.
Del lecho mullido
Le tienen lejano
Sospechas que abriga
De cierto vasallo,
Que en prenda vedada
Sus miras acaso ,
Por desdicha suya ,
Puso temerario.
Paséase inquieto
Y asómase cauto ,
En una ventana
La vista clavando.
Ventana es aquella
Que fué muchos años
Hito de los ojos
De los toledanos,
Colgada de flores,
Vestida de ramos,
Verdes esperanzas
Que allí se secaron.
Jamás los suspiros
Y amantes regalos
Aquella ventana
Abierta encontraron ;
O nunca á lo ménos
El bello milagro ,
De mil albedríos
Amable tirano,
Señales visibles
De aprecio ni pago
Dió á los homenajes
Que le tributaron.
« Tienes, Isabela ,
Corazon de mármol , »
Cantábanle luego
Sus enamorados.
Hoy ya no se culpa ,
Sabido el arcano ,
Su dura esquiviza ,
Su honesto recato.
De Rey y vasalla ,
De ilícito lazo ,
La triste Isabela

Nació para el claustro,
 Y ya el sacro velo
 Le están preparando.
 Vino para darle
 Su primer abrazo
 Enrique á Toledo :
 Vendióselo caro.
 Por toda una vida
 De días de esclavo,
 Sin goces el alma
 Y el cuerpo penando,
 Le dió un apellido
 Regio, pero vano.
 Cierto que con ella
 No anduvo bizarro
 El mas generoso
 De los soberanos :
 ¡ Fíad en virtudes
 De razon de estado !
 La víctima hermosa
 Del triste holocausto
 El cuello sumiso
 Tendia llorando :
 Enrique por eso
 Vigila azorado
 De su hija la casa
 Frontera á palacio :
 Aquellos luceros
 Deshechos en llanto
 « Amor nos anubla »
 Dijeron incautos.
 Burlan las tinieblas
 El celo del Argos,
 Y abierto el postigo,
 La luz con sus rayos
 El espionaje
 Revela callando.
 Sale del alcázar
 El Rey embozado,
 Celoso dos veces,
 Padre y soberano ;
 Y al tocar los muros
 Que le dan cuidado,
 Pisadas percibe,
 Llaves y candados,
 Puerta cautelosa
 Que se abre despacio,
 Y seda que cruje
 Rozada con paño ;
 Y dos voces oye
 Decirse muy bajo
 En son de cariño,
 En eco de halago :
 « Adios, Isabela ;
 Adios, mi Gonzalo. »
 El Rey queda inmóvil,
 La espada en la mano.

III.

LA VENGANZA.

« Cumplid la piadosa ley,
 Noramala para vos :
 Sacerdote, hablad de Dios,
 Y no me nomeis al Rey. »

« ¿ No queda bien satisfecho
 Su enojo con mi cabeza,
 Si no postra la entereza
 De este generoso pecho ? »

« Pues á ese mezquino afan
 Yo mi pundonor igualo ;
 No triunfará de Gonzalo,
 Que soy Nuñez y Guzman. »

« Tengo vuestra absolucion
 De lo que á Dios ofendí ;
 Pero fiel vasallo fui :
 No pido á Enrique perdon. »

« Crédito á mi labio dad,
 Y tened por cosa cierta
 Que no se miente á la puerta
 De la oscura eternidad. »

« Solo supe que Isabel
 Sangre de Enrique tenia
 Cuando era ya esposa mia :
 Culpe á sus misterios él. »

« Que si al mas alto lugar
 Sabe amor alzar el vuelo,
 Timbre oculto con un velo
 Mal se puede respetar. »

« Pero decís que al Señor
 Un corazon usurpé. —
 Jamás Isabel su fe
 Consagró á su Redentor. »

« Si encarcelada vivir
 Le mandó precepto injusto,
 El silencio del disgusto
 No es promesa de cumplir. »

« Dios su corazon formó,
 Y pues que no le hizo suyo,
 Sin temeridad arguyo
 Que á mí me le destinó. »

« Porque solo hacer dichosa
 Mi vida Isabel pudiera,
 Y falta al Señor no hiciera
 Entre tantas una esposa. »

« Y me dice la ventura
Que en sus brazos he gozado,
Que pude, sin ser culpado,
Ser dueño de su hermosura. »

« Pues bien no se halla real
Donde la virtud no asiste,
Y es inquieto, amargo y triste
Todo placer criminal. »

« El negro cadalso así
Veré con serena cara,
Contemplando en él un ara
De martirio para mí. »

« Y si aunque erguida, me ven
Pálida un tanto la frente,
Es que al paso que inocente,
Soy querido y quiero bien. »

« Y no puede sin temor
La tumba ver un amante,
Pues le señala el instante
De renunciar al amor. »

« Esto, padre, repetid
Al monarca de Castilla,
Y que empuñe la cuchilla
Luego al verdugo decid. »

Enmudecido y absorto
De admiracion y piedad,
Dejó la fúnebre estancia
El ministro del altar;
Y detrás del cortinaje
Descubrió, con pasmo igual,
A un Rey trocado en espía
Menguando su majestad,
Monarca en la vestidura
Y reo en el ademan.
Con violencia respiraba,
Como en su sordo bramar
Hórrida explosion anuncia
El hervoroso volcan.
En esto llegó un anciano
En hábito monacal,
Y entrególe un azafate
Cubierto de un tafetan.
Un pliego y unos cabellos
Venian allí no mas,
Súplicas de una infelice,
Despojos de una beldad.
Volvióse Enrique de espaldas
Para poder ocultar
La conmocion que del pecho
Se le asomaba á la faz,
De recia interior batalla

Inequivoca señal.
Llegóse luego á una mesa
Donde vianse á la par
Cadenas y escapularios,
Licores, frutas y pan,
Cirios de amarilla cera,
Una segur y un dogal,
Y al pié del crucificado,
Dios de mansedumbre y paz,
Hecho cetro de la muerte
Un pergamino fatal.
Desarrollóse el Monarca,
Y en él con celeridad
Dos palabras escribió
Vencido el enojo ya.
Perdon era la primera,
La segunda *libertad*.

III.

LA SEPARACION.

De dos vírgenes tiernas
Apoyada en los hombros,
Trémulas las rodillas,
Desencajado el rostro,
Respirando congojas
Y hablando por sollozos,
Isabel lentamente
Se arrastra al locutorio,
Donde la está Gonzalo
Esperando anheloso.
Detiénese la triste
Para alentar un poco,
Desembargar la lengua
Y serenar los ojos:
Mostrar abatimiento
Parécele desdoro
De la consorte fina
Que con ánimo heróico
En vida se sepulta
Por dársela á un esposo.
Para que á su semblante
Suban matices rojos,
Sangre le pide al pecho
Dilacerado y roto;
Y para ver al hombre
Que en tiempo mas dichoso
Su ídolo fué adorado,
Su bien único y solo,
De la virtud y el cielo
Confía en el socorro.
Compónese la toca,
Desdobla el cuerpo airoso,
Del traje penitente
Repara el abandono,
Fija en una medalla

Osculos mil devotos,
 Y á vista de su amante-
 Ofrécese de pronto,
 Cual ángel cuya planta
 Huella el poder del Orco.
 Largo tiempo es del labio
 El ministerio ocioso;
 Que al través de las rejias
 Que al mundo ponen coto,
 Los dos enamorados
 Se dicen sin estorbo
 En las miradas mucho,
 En los suspiros todo.
 Dando al fin á la lengua
 Súbito desahogo,
 Isabel á Gonzalo
 Háblale de este modo :

« Al cerrar por mi mano las barreras
 Que de tí me separan y del mundo,
 Quise que nunca mi dolor profundo
 Con tu vista vinieras á aumentar. »

« Hoy te agradezco que mi ley quebrantes,
 Plácida recreándome la idea
 De que Gonzalo la constancia vea
 Con que mi pena sé sobrellevar. »

« Entre temer la culpa y expiarla
 Paso los dias y la muerte espero;
 Pero á este precio tu vivir adquiero :
 Dulce por tí se torna mi dolor. »

« Cuando recuerdo que mi amor bizarro
 Conserva á España su mejor caudillo,
 Corro al altar y ante el Señor me humillo,
 Y bendigo su mano de rigor. »

« A vida sin placeres condenada
 Desde que á ver la luz abrí los ojos,
 Vegetando entre muros y cerrojos,
 Fui como planta que sin sol creció. »

« Las trovas que cantaron á mi reja
 Galanes mil en amoroso ruego,
 Yo las oía como escucha el ciego
 El bramido del mar que nunca vió. »

« Por tí mi corazón aletargado,
 Llanura estéril, arenal desierto,
 Se vió de flores de placer cubierto,
 Y amaneció la dicha para mí. »

« Aquellas horas de dulzura llenas,
 Un beso tuyo, tu menor halago,
 Yo, Gonzalo querido, no los pago
 Ni con un siglo que suspire aquí. »

« Mil años de penar en el infierno
 Fueran de tanto bien premio mezquino...-
 Perdona mi locura, Juez divino :
 Compadece á una misera mortal. »

« Habla al esposo la infeliz esposa,
 Y se despierta su cariño blando;
 Hablo al que todavía estoy amando,
 Porque me vence mi pasión fatal. »

« ¡ Ah ! no lo permitais, Dios poderoso,
 Ni tú lo creas, mi Guzman querido.
 Nunca sobre tu amor caerá mi olvido;
 Pero á ponerle freno aprenderé. »

« Mas entre tanto que angustiada lloro,
 Quizá en otra mujer pérfido adores.
 No profanes jamás nuestros amores;
 Prométeme, Guzman, eterna fe. »

« ¡ Me miras y del manto te despojas!
 ¡ De Alcántara la cruz muestra tu pecho!
 ¡ Y yo, Dios mío, de su fe sospecho,
 Cuando se acoje como yo al altar ! »

« Centro ahora común de nuestras almas
 Dios, que desde su trono nos inspira,
 Nuestro cariño mirará sin ira
 Que á su seno amoroso va á parar. »

« Y la esposa podrá de dos esposos
 Implorar al Eterno por el hombre
 Que para gloria de su santo nombre
 Lidiará de Granada en el confin. »

« Y al escuchar las ínclitas hazañas
 Con que triunfe Guzman del agareno,
 Confundiré sin crimen en mi seno
 Mano y origen, instrumento y fin. »

« Que de mi amor con dura penitencia
 La parte terrenal acrisolada,
 Yo amaré tus virtudes y tu espada
 Como destellos del poder de Dios: »

« Y tras vida de paz sin amargura
 Tranquilos á la huesa bajaremos,
 Y en el cielo por fin nos uniremos
 Por edades sin término los dos. »

A LAS AGUAS DE PANTICOSA.

¡Aun mas subir! ¿Adónde
Mis pasos lleva la encumbrada via?
¿Dónde el valle se esconde,
Término y fin de la esperanza mia?
¿Dónde brota la fuente
Que hace al cadáver renacer viviente?

El alma se contrista
Del sendero en la bárbara aspereza;
La acobardada vista
Con agrias peñas por dó quier tropieza,
Y un monte y otro monte
La encarcelan en misero horizonte.

Descubre el Pirineo
Altas cimas de hielo coronadas:
Yo ¡triste! no las veo;
Que cautivar no puede mis miradas
Entre las rocas yermas
Sino el cristal de las bullentes termas.

Estrepitoso zumba
Caldarés en la quiebra donde osado
De golpe se derrumba,
Y de riscos enormes contrastado,
Embravecido ruje,
Y alza sus olas con doblado empuje.

Mas yo aparto los ojos
Del rio y de los fúlgidos cambiantes
Aureos, de plata y rojos
Que pinta en las espumas vacilantes
La luz del claro cielo:
Son otras linfas las que ver anhele.

Mas allá de la puente,
Ya el importuno estruendo se aminora
Del rápido torrente,
Y al fin el eco mudo lo devora,
Como el orgullo calla
Cuando traslinda la funérea valla.

Nada el silencio angusto
Conturba allí de la pendiente senda;
No hay plácido ni adusto
Pájaro cuya voz el aire hienda:
Solo en el hueco seno
Braman tal vez el huracan y el trueno.

Falta en aquella altura
Aliento al ave que volando sube;
Solo cruzar segura
Puede la esfera la ondulante nube,
Que da con forma extraña
Pomposo pabellon á la montaña.

Ya se irgue aquí lozano
El roble fuerte, el pinalbar derecho,
Y al pié del avellano
Convida el césped con florido lecho,
Donde á la fresca sombra,
Despierta sueño la fragante alfombra.

Allí yace escondida
La deliciosa, la buscada vega
De rosas circuida,
Cuya empinada cumbre al cielo llega:
La nieve que las viste
Cuarenta siglos há que al sol resiste.

Guste mi labio ardiente,
Guste pronto el licor maravilloso
Que aplaque dulcemente
La congoja del pecho fatigoso,
Carcoma de mi vida.
¡Oh! dadme la benéfica bebida.

Quité al fin de la boca
El vaso, limpio de sangrienta mancha.
¡Oh! ya esperar me toca,
Ya confiado el corazon se ensancha,
Sin miedo de que quiebre
Mis venas ya la devorante fiebre.

¡Qué insólita alegría
Por mi espíritu débil se derrama!
Pajante lozania
Los desmayados órganos inflama,
Y en vivas ansias arde
De hacer el pecho de su fuerza alarde.

Y suelto me encaramo
De los peñascos por la frente inhiesta,
Donde con silbos llamo
Al ganado que paca en la foresta,
O el manantial sorprende
Que se desgaja de la cumbre huyendo.

O bien en el estanque,
De mil arroyos con la ofrenda rico,
Doy al batel arranque,
Y cuando el remo á gobernar me aplico,
Cada vez que le hundo,
Círculos abro, imágenes confunde.

Y elévase la mente,
Y la bóveda azul atravesando,
Miro al OMNIPOTENTE
Con el dedo en los montes señalando
Su giro á los raudales,
Piscina milagrosa de los males.

Y alabo el santo nombre
Del justo Juez que al imponer la pena
De su soberbia al hombre,
De dádivas espléndido le llena,
Con que robusto y fuerte
Retarde la victoria de la muerte.

¿Por qué ignotos canales,
Señor, esas corrientes encaminas?
¿Qué ricos minerales
O qué gases vivíficos combinas
Allá en el antro rudo
Que vista humana penetrar no pudo?

¿Cuál es la lumbre que hace
Que hiervan los copiosos surtidores?
¿De qué, gran Dios, su diferencia nace
De temple y de sabores?
El orbe me contesta:
• UN HAGASE mi fábrica le cuesta. •

Asilo solitario
Que la proscrita paz halló en España,
Dichoso santuario
Que el fiero Marte perdonó en su saña,

Tú cuyas auras quietas
No turbó el son de bélicas trompetas;¹

Cuando de ti me aleje,
Sufre que en esta losa de granito
Reconocido deje
Mi oscuro nombre por mi mano escrito,
En muestra de que debo
A tu favor el existir de nuevo.

¡Así cuando sonara
De mi postrer anhélito la hora,
Pia mano llegara
A mis labios en copa bienhechora
Tu licor dulce tibio,
Mágico elixir de salud y alivio!

Entonces en sus brazos
Risueña la esperanza me acogiera,
Y los mortales lazos
Sin sentirlo mi espíritu rompiera,
Y de dolor exento,
Vivido hubiera hasta el fatal momento.

¹ Durante la guerra civil las bandas carlistas
no penetraron en aquel punto.

EN LA INAUGURACION

DEL

INSTITUTO ESPAÑOL.

¿Cuál es la criatura
De tantas como encierra
La doble inmensidad de mar y tierra,
Cuál es el triste ser á quien natura
Los dones de su amor de suerte tasa,
Que de madrastra rigurosa y dura
Con él parece codiciar el nombre?—
Pródiga para todos, solo escasa,
Solo injusta y cruel es para EL HOMBRE.

Le negó la firmísima pupila
Del ave que á su antojo
Cerniéndose en la atmósfera tranquila,
Examina del sol el disco rojo:
No le armó con la planta
Del fugitivo ciervo
Que al viento se adelanta;
No con la garra del leon, ni dióle
Del coloso selvático la mole:
De nombre rey, por su impotencia siervo,

De riesgos donde quiera
Y enemigos sin número cercado;
Al verle de pujanza desarmado
Con que su ruina el infeliz estorbe,
Creérsele debiera
Nacido mas para manjar de una fiera,
Que para dueño y árbitro del orbe.

Él es empero su señor. Su mano,
Si tan débil por sí, tan desvalida,
Con otra y otra y ciento y mil unida
Se reviste de impulso soberano,
Y desata el indómito torrente
De fuerza, á cuyo empuje
Redoblado y creciente
Junta la creacion-resiste en vano.
Por el hombre vencido, el tigre ruga,
Y dócil á la rienda y acicate
Se mueve el alazan: el hombre abate
Y ahonda el recio pino,

nolando en él tirantes lonas,
 el inquieto campo cristalino
 flotante puente
 me entre sí las apartadas zonas:
 seno aterradora copia á la nube,
 a tierra el volcán; en sus entrañas
 polvo escondiendo, [do
 endia; estalla, y con bramido horren-
 cia la explosión y al cielo sube,
 rizna leve de menudas cañas,
 chas en ceniza las montañas.

la preciosa herencia
 anterior generación uniendo
 idal todas de poder y ciencia,
 el hombre sin cesar camina
 dua senda que su mano allana,
 to de arribar al alto punto
 del saber y dicha humana,
 a entre el Eterno y su trasunto,
 ue al del emperio se avecina;
 el mísero ser á quien mezuina
 tos pareció naturaleza,
 ndole de intento
 o derisorio de flaqueza;
 mo, tan débil cuando solo,
 a la cabeza,
 EN SOCIEDAD de polo á polo;
 su omnipotente pensamiento
 audaz el vuelo de sus alas,
 en el aire suspender escalas,
 aza asaltar el firmamento.
 rayos fúlgidos de Apolo,
 la diáfana bóveda perdidos
 n solamente
 calor, aliento del viviente,
 oco oprimidos
 ojo de Arquímedes ardiente,
 an en centella destructora
 oles, piedras y metal devora.
 il de Siracusa
 a en las almenas
 umbre que al mar mira confusa.
 el guerrero, su consorte llora.
 ajeles, » exclaman, « son aquellos
 a, de la bárbara invasora:
 idas se ven de sus entenas,
 as á cebarse en nuestros cuellos,
 y la segur y las cadenas. »—
 bre el rayo de la ciencia vibra,
 nos á su patria libra.
 o el brazo tiende
 scudo fulminante armado,
 uma voraz el aire enciende.
 en su vuelo arrebatado
 polvo las marinas aves;
 hierven; las soberbias naves
 hoguera son. Hórrida grita

Por entre el humo suena,
 Y en temerosos ecos se difunde.
 Si el romano en el mar se precipita,
 Sigúele el fuego allí: la escuadra se hunde;
 Siracusa la frente alza serena
 Y adora al hombre que su ruina evita,
 Y en recia voz que el júbilo levanta,
 Su libertad y su victoria canta.

Pero triunfos sangrientos y crueles
 No son de ambicionar. Sendas de gloria
 Varias el hombre ante los ojos mira:
 Ramos en sus verjeles
 La madre de las Musas, la Memoria,
 Ramos guarda de plácidos laureles
 Para el compás y la paleta y lira.
 Adoradores fieles
 Somos del genio que el saber inspira,
 Y á coronas pacíficas aspira
 Nuestro común afán. También recata
 La sociedad en su agitado seno
 Mónstruos que al respirar vierten veneno,
 Que contamina y mata.
 Crimen, error y tedio forman liga
 Contra el inclito ser que siente y piensa:
 Torre aquí se levante de defensa
 Donde su diente vil no nos persiga.
 Aquí sus luces el saber derrame,
 Su asilo mire aquí la desventura,
 Despliegue sus encantos la hermosura,
 El ingenio se inflame,
 Y ardiendo de virtud en llama pura,
 Palpite el corazón, admire y ame.

¡ Grande empresa en verdad! A darle cima
 No será nuestra fuerza poderosa;
 Pero español aliento nos anima,
 Y el mágico mirar de tanta hermosa.
 ¿ Quién en ignoble ociosidad reposa,
 Quién al saber no da vigilia inmensa
 Por lograr de unos labios hechiceros,
 Escondida entre aplausos lisonjeros,
 Una tierna sonrisa en recompensa?
 Obra final del Hacedor divino,
 Culto de núnen la mujer merece:
 Por ella nuestra vida se embellece,
 Y enseñarnos tal vez es su destino.
 Al lanzarnos ahora por la vía
 Que allá á la cumbre guía
 Donde bañado en resplandor descuello
 De HUMANIDAD Y CIENCIA el doble templo,
 Ya en él la planta sella,
 Coronada la sien, AUGUSTA BELLA,
 Que con la voz nos llama y el ejemplo.
 De virtudes y genios reverente
 Cerco la cibe en torno,
 Que cien guirnaldas á la regia frente
 Solicitudos ofrecen por adorno,

Colocando á sus plantas en trofeo
 Las insignias de Apeles y de Orfeo.
 Constante bienhechora
 De la grande nacion que en ella adora,
 Tambien del instituto es esperanza,
 Cuando al nacer alcanza
 Que le tienda su mano protectora †.
 Crezca, pues, á su sombra guarecida,
 Esta que planta débil abre el suelo,
 Y riéguela el sudor de nuestro cielo;
 Que día llegará que se alce erguida,
 Y en tronco agigantado convertida,
 Superior á las nubes se remonte,
 Embarazando con su verde pompa

El ámbito del cóncavo horizonte.
 Brio mayor á la constancia nuestra
 Los obstáculos den; no haya fatiga
 De arredrarnos capaz, hasta que rompa
 Las auras con los ecos de su trompa
 Justa la fama, y diga
 Que la labor de nuestra firme diestra
 Rinde á la sociedad precioso fruto,
 Y es digno de su nombre el instituto.

184

† Su majestad la Reina Gobernadora se le dignado declararse Protectora del Instituto Español.

A NUESTRA SEÑORA,

EN LA TRASLACION ¹ DE SU IMAGEN DE LA FUENCISLA A SU SANTUA

Salve, Reina poderosa
 De los hombres y del cielo,
 Templo de oro, blanca rosa,
 Fuente viva de consuelo
 Para el triste pecador.

Salve, tú que á la serpiente
 Que rindió nuestra flaqueza
 Quebrantástele la frente;
 Salve, espejo de pureza,
 Virgen madre del Señor.

Como el sol que el orbe dora,
 Sin descanso tú repartes
 Del ocaso hasta la aurora
 Tu piedad en todas partes
 Con desvelo maternal.

Y á tus piés hoy reunido
 Todo el pueblo segoviano,
 Las mercedes que ha debido
 Al Eterno por tu mano
 Agradécete leal.

Quando airado el juez tremendo
 En la tierra nos aísla
 Con los males combatiendo,
 ; Madre nuestra de Fuencisla!
 Nuestros ayes van á tí.

Que es tu seno de ternura
 Rico vaso que recoge
 Nuestro llanto y le depura;
 Y así Dios el ruego acoge
 Que ofendíerale sin tí.

Levantó su voz la guerra
 Por los ámbitos de España;
 Y amagó dejar la tierra
 Plaga horrible con su saña
 En total devastacion.

Suspirando, al templo sacro
 A implorar tu gracia fuimos;
 Y á tu augusto simulacro
 Con el luto le vestimos
 Que llevaba el corazos.

¹ Se verificó el 25 de setiembre de 1842 por la tarde. El pueblo de Segovia saca de su sac en rogativa en tiempo de afliccion pública esta imágen, y la coloca en la catedral, dond manece vestida con un traje morado, hasta que habiendo cesado la calamidad, es res solemnemente la Virgen á su ermita; y se dice que antes ó al tiempo de verificarse la trasl aparece una estrella en el cielo, que se ve perfectamente en medio del día. A esta creen aquella costumbre alude la composicion.

Y al Altísimo aplacaron
Tus plegarias, Virgen pia;
Y las tumbas se cerraron
Que la peste cada día
Ensanchaba mas tenaz.

Y cesó la lucha horrenda,
Mas terrible que la peste,
Y los gritos de contienda
Resarcíó el favor celeste
Con los himnos á la paz.

Muda ya la fiera trompa
Que sonaba con espanto,
Da Segovia en esta pompa
Y en la gala de tu manto
Grato indicio de su fe.

Signo es doble, Madre nuestra,
De salud por tí alcanzada,
Y á la par tambien demuestra
Que de España desterrada
La discordia al fin se ve.

Brillen pues los rayos puros
Del clarísimo lucero,
Que al salir de nuestros muros
Testifica al mundo entero
Tu dichosa traslacion;

Y hagan hoy sus tornasoles,
Por influjo soberano,
Desde aquí á los españoles
Ser un pueblo todo hermano,
Mas familia que nacion.

Y esta España, cuyo aliento
Se dignó el saber profundo
Elegir por instrumento
Que rindiera medio mundo
A la cruz del Salvador;

Logre ser ¡oh Virgen pura!
Por lo fiel que te venera,
La nacion de mas ventura,
Ya que ha sido la primera
En virtudes y valor.

LA MEDIANIA DE INGENIO.

Mediocribus esse poetis

Non Di, non homines, non concessere columnas.

Horacio.

Simbólica verdad mal disfrazada,
Grito de la razon á la osadía,
Sueño que su impotencia, que su nada
Revelas á mi estéril fantasía;
Ya dejo la carrera comenzada;
Ya inútil reconozco mi porfía,
Y á pesar del sonrojo que padezco,
La leccion provechosa te agradezco.

Duerme el avaro y con el oro sueña
Que afanoso en sus arcas amontona;
Duerme el que sigue la marcial enseña,
Y ve en sus sienes la triunfal corona;
Duerme el amante, y la beldad risueña
Con su cariño fiel le galardona:
Dormí yo con mi altivo pensamiento;
Pero soñé mi opróbio y mi tormento.

En medio me encontré de una llanura,
Piélagó inmóvil de sutil arena;
Suelo entre cuya incómoda soltura
Rodeábase al pié tenaz cadena:

Cubria el horizonte noche oscura;
Mas brillaba el cenit con luz serena;
Luz que afrentando la del sol ausente,
Nacia de otro sol mas refulgente.

Del centro levantábase del llano
Altísima pirámide, y su cumbre
Era escabel de un genio soberano
Cercado en torno de celeste lumbre.
Coronas varias de laurel lozano
Tendia á la infinita muchedumbre,
Que anhelosa llegaba á cada instante
Al pié de la pirámide gigante.

Llamados de la plácida sonrisa
Del númen seductor y de su acento,
Que aun en el alma débil y remisa
Despertaba ambicion y atrevimiento;
Rivales todos en ahinco y prisa,
Ansiaban escalar el alto asiento,
Sin reparar en los pendientes lados,
De gradas y asidero despojados.

Bajo la planta vi de algun dichoso
Que el mármol ablandaba su dureza,
Labrándole escalones obsequioso,
Tras él deshechos con igual presteza.
Ceñir vi al genio con laurel glorioso
Del mortal predilecto la cabeza,
Y exclamé : « Cuando todo me resista ,
Mayor será la prez de mi conquista. »

En las juntas de la piedra entonces
Hiné las manos con pueril arrojo :
Para otros cera, mas conmigo bronce,
Mi sangre al punto las tiñó de rojo ;
Cada cual de los ásperos esconces
De mí quedaba con algun despojo,
Hasta que al medio ya de la subida,
La voluntad se declaró vencida.

Rodé precipitado de la altura
Dónde me alzó para mi mal mi anhelo,
Y encontré momentánea sepultura
Dentro del polvo del movable suelo.
Con mofa universal mi desventura
Solemnizó la multitud sin duelo,
Y al dolor del orgullo escarmentado
Desperté sobre el lecho acelerado.

Rayos de mustia lámpara oscilantes
Hirieron en el muro las facciones
De los ingenios como el sol brillantes,
Que envidian á mi patria mil naciones.
Vi los ojos de LOPE y de CERVANTES
Moverse en encontradas direcciones,
Y por sus labios extenderse lenta
Sonrisa amarga de piedad que afrenta.

Si : con postizas alas es en vano
Querer alzar hasta el olimpo el vuelo ;
Decreto irrevocable, aunque tirano,
Se burla del afan y del desvelo :
Dó quier que toca la azarosa mano
Que el genio no inspiró, derrama hielo,
Y hasta el aliento del bastardo vate
Aja las flores y su tronco abate.

Vislumbrar entre gasa incitadora
Purpúrea faz con ojos de centella,
Y acercarse á la imágen que enamora,
Y huir y el velo redoblar la bella,
Y seguirla con planta voladora,
Y hallarse siempre separado de ella :
Tal suplicio padece el desdichado
Que á Febo culto da sin ser llamado.

La verdad siente, adora la hermosa,
Y la quiere cantar ; mas cuando canta,
Con su voz la verdad se desfigura,
Con sus acentos la belleza espanta.
El pensamiento que pintar procura
Trueca naturaleza en su garganta,
O irritada con él diestra divina
Le fuerza á hablar por áspera bocina.

Puso el genio á sus lijos en la frente
Brilladora señal de vivo fuego,
Y abriéndoles su alcázar eminente,
Lo cerró á la violencia como al ruego.
« Si hay, » dijoles el númen, « quien intente
Mis umbrales hollar osado y ciego,
Sin que de allí le arrojen vuestros brazos,
Caerá sobre él mi pórtico en pedasos. »

Cedamos á la ley que nos condena ;
Callar es el deber del labio rudo ;
Con el destino la razon lo ordena :
Muera la envidia en el respeto mudo.
Abandone la citara sin pena
Quien la pulsó de inspiracion desnudo,
Y huyendo competencias desiguales,
Destrócela á los piés de sus rivales.

Cantad, poetas : vuestras arpas de oro
Con su mágico son llenen la esfera ;
Mi voz de mil y mil seguida en coro,
Romperá en vuestro aplauso la primera.
Fruto es del tiempo que perdido lloro
La admiracion que mereceis sincera.
Recibid el tributo que os ofrece
Quien os escucha y goza... y enmudece.

LA INFANTICIDA.

TRADUCCION DEL ALEMAN. (De Schiller.)

escucho? sordamente clamorea
tra campana, y su camino
¡ flecha del reloj. Pues, ea,
se mi destino;
on el favor del Juez divino:
le, precursores de la muerte,
¡ vil criminal su sangre vierte.—
rue! que con fatal encanto
as envenenas,
me diste de ventura llenas,
mis cariños y mi llanto
fuera de tí la planta llevo.—
do corruptor, nada te debo.

quedad, contentos de la vida,
os hoy en podredumbre negra;
zosa edad, edad florida,
briaguez el corazon alegre.
ejidos de oro,
de bien, hijas del cielo,
en este suelo
ardidas al nacer os lloro.
ostro verde vástago se trunca
no dé flor, ni brote nunca.

o tiempo fué la gala mía
cencia el cándido vestido
pluma del cisne afrentaría:
la túnica preciosa
ntil de colorada rosa,
io cabello entretejido
s á la par, luengo pendia.
del infierno en este día,
uecino traje se me viste;
lugar ¡ay triste!
en mi sien, sobre ella veo
nda y capuz, señal de reo.

me las que libres de flaqueza,
s vuestro decoro mancillado,
res da su aroma regalado
celestial de la pureza.
io en suerte el brio que domina
a agitacion del pecho hirviente,
ció mujer, y no heroína.
cual mujer, humanamente,
imiento mi martirio empieza.—
nzo de un pérfido cercada,
mi virtud aletargada.

Tal vez de otra beldad gira ya en torno
El corazon de sierpe que me olvida,
Y al lado de la mesa de su adorno¹
En plática de amor su ingenio apura
Cuando abren para mí la sepultura.
Con los rizos quizá de su querida
Liviano juguetea,
Y el ósculo recoge y saborea
Con que ella le convida,
Cuando en el tajo mi garganta rota,
La sangre eu alto desde el tronco brota.

¡Permita Dios, Herman², que donde
Te persiga mi coro funerario, [quiera
Y en tus oídos temerosa hiera
La rebramante voz del campanario!
Cuando del labio de la dama tuya
Entre susurro misterioso y tierno
Torrente para tí de gozo fluya,
Una saeta parta del infierno,
Que de improviso deje atravesada
La imágen del deleite sonrosada.

Tanto dolor de quien por tí vivía,
¿No fué para tí nada, ¡oh fementido!
Nada el oprobio que por tí sufría?
¿Nada para tu pecho empedernido
Lo que al leon y al tigre ablandaría,
El ser en mis entrañas escondido?
Huyes ¡ah!: tu bajel rápido boga;
Y en tanto que le miro, y que la pena
Mis ojos nubla, mi gemir ahoga,
Tú en la márgen del Sena
Contra víctima nueva, en torpe amaño,
Diriges el suspiro del engaño.

En el regazo maternal yacía
Reposando feliz el tierno infante,
Y al capullo entreabierto semejante,
Su labio encantador se sonreía.
Con placer congajoso descubría
En cada rasgo yo de aquel semblante
La faz que un tiempo mis delicias era:
Y á la vez me asaltaban á porfía,
Ya del cariño la piedad primera,
Ya desesperacion bárbara y fiera.

¹ Así se le llama en alemán al tocador.

² José es el nombre que hay en el original.

« Mujer, ¿ qué es de mi padre? » me gritaba
 Muda su tierna voz, muda y de trueno.
 « Mujer, ¿ qué es de tu esposo? » retumbaba
 Cada rincón de mi angustiado seno.
 ¡ Ay huérfano inocente!
 Será en vano buscar al inclemente
 Que tal vez otros hijos acaricia:
 Tú con harta justicia
 Maldecirás la dicha delinciente
 De la mujer y el hombre
 Que te legaron de bastardo el nombre.

En el inmenso mundo
 Solitaria tu madre se veía
 Con su dolor profundo,
 Y abrasadora sed la consumía
 Cada vez que abrazándote, gustaba
 Goces que el deshonor acibaraba.
 Del ya pasado tiempo de alegría
 Cada vagido tuyo despertaba
 El recuerdo cruel y despechado,
 Y puñal aguzado
 Para la triste Luisa
 Era, hijo mío, tu infantil sonrisa.

Suplicio si evitaba tu presencia,
 Suplicio igual teniéndote presente:
 Los abrazos que daba tu inocencia,
 Fatal recuerdo del perdido ausente,
 Me ligaban el cuello cual dogales
 De furias infernales.
 Tronando me aturdió
 Voz como si se alzara de la huesa,
 Que siempre del aleva la promesa,
 Que siempre su perjurio repetía;
 Y en la red de Satan así sin tino,
 Se convirtió la madre en asesino.

Permita Dios, Herman, que donde huyeres,
 Te acose infatigable sombra airada,
 Que te despierte con su mano helada
 En el dulce soñar de los placeres.
 De las estrellas en la luz radiante
 Mires centelleando la mirada

Del hijo agonizante;
 Y cuando rindas el postrer aliento,
 Salga á encontrarte pálido y sangriento,
 Y azote que en su diestra te amenace,
 Lejos del paraíso te rechace.

Contéplame á mis piés inanimado,
 Y á mí que inmóvil, yerta,
 Y el juicio conturbado,
 Correr miraba por la herida abierta
 De su sangre el torrente,
 Que se llevó mi vida juntamente.—
 Mas ¡ ay! de la justicia el enviado
 Ya pulsa con estrépito mi puerta.—
 Golpe mas duro aún mi pecho siente
 Que el golpe que ha sonado.
 Corro: la fría muerte apague luego
 Este afán que me abraza como fuego.

Es un Dios de piedad el de los fieles;
 Yo, Herman, soy pecadora y te perdono:
 Quiero al morir sacrificar mi encono,
 Y en holocausto ofrezco tus papeles.
 Brotad de los tisonos,
 Llamas, brotad. ¡ Albricias!
 Arde la oferta de su fe traidora,
 Y ¡ oh! ¡ cómo de los pérfidos renglones,
 Hinchidos de lisonjas y caricias,
 El fuego se apodera y los devora!
 Prendas de gozo ayer, hoy de quebranto,
 ¿ Qué hubo que para mí valiera tanto?

Tiembla de tu belleza seductora,
 Tiembla, mujer, del que adorarte jura;
 Lazo de mi virtud fué mi hermosura,
 Y en el cadalso la maldigo ahora.
 ¿ Qué miro? ¡ Cielos! ¡ el verdugo llora!
 Ceñidme ya, y acabe mi martirio,
 Ceñidme con presteza
 Un lienzo al redor de la cabeza.
 Para tronchar un lirio,
 ¿ Te ha de faltar denuedo?
 No mudes de color, hiere sin miedo.

LA CAMPANA.

IMITACION DEL ALEMAN. (*De Schiller.*)

Vivos voco, mortuos plango, fulgura frango.

Añalsado en el suelo fuertemente
Ya el molde está de recocida greda :
Hoy fabricada la campana queda :
Obreros, acudid á la labor.
Sudor que brote ardiente
Inunde nuestra frente ;
Que si el cielo nos presta su favor,
La obra será renombre del autor.

A la grave tarea que emprendemos
Razonamiento sólido conviene :
Gustoso y fácil el trabajo corre
Cuando sesuda plática se tiene.
Los efectos aquí consideremos
De un leve impulso á la materia dado :
De racional el título se borre
Al que nunca en sus obras ha pensado.
Joya es la reflexion ilustre y rica,
Y díose al hombre la razon á cuenta
De que su pecho con ahinco sienta
Cuanto su mano crea y vivifica.

Para que el horno actividad recobre,
Trozos echad en él de seco pino,
Y oprimida la llama, su camino
Búsquese por la cóncava canal.
Luego que hierva el cobre,
Con él se junte y obre
Estaño que desate el material
En rápida corriente de metal.

Esa honda taza que la humana diestra
Forma en el hoyo manejando el fuego,
En alta torre suspendida luego
Pregon será de la memoria nuestra.
Vencedora del tiempo mas remoto
Y hablando á raza y raza sucesiva,
Plañirá con el triste compasiva,

Pia rogando con el fiel devoto.
El bien y el mal que en variedad fecundo
Lance sobre el mortal destino sabio,
Herido el bronce del redondo labio
Lo anunciará con majestad al mundo.

Blancas ampollas elevarse he visto.
En buen hora : la masa se derrite.
La sal de la ceniza precipite
Ahora la completa solucion.
Fuerza es dejar el misto
De espuma desprovisto :
Purificada así la fundicion,
Claro el vaso ha de dar y lleno el son.

El con el toque de festivo estruendo
Solemniza del niño la venida,
Que á ciegas entra en la vital carrera,
Quieto en la cuna plácida durmiendo.
En el seno del tiempo confundida
Su suerte venidera,
Miseria ó placentera,
Yace para el infante ;
Pero el amor y maternal cuidado
Colman de dicha su dorada aurora.
En tanto como flecha voladora
Van huyendo los años adelante.
Ya esquivo y arrogante
El imberbe doncel huye del lado
De la niña gentil cuando él nacida,
Y al borrascoso golfo de la vida
Lanzándose impaciente,
Con el báculo se arma del viajero,
Vaga de tierra en tierra diferente,
Y al techo paternal vuelve extranjero.
En juventud allí resplandeciente,
Y á un ángel igualándose de bella,
Luego á sus ojos brilla
La cándida doncella,

Púrpura rebotando su mejilla.
 Insólito deseo
 El pecho entonces del mancebo asalta :
 Ya entre la soledad busca el paseo ,
 Ya de los ojos llanto se le salta ,
 Ya fugitivo del coloquio rudo
 De antiguos compañeros , que le enoja ,
 Desde lejos le sigue con vergüenza
 El paso á la beldad : solo un saludo
 Mil placeres le inspira ;
 Y de sus galas el verjel despoja
 Para adornar la recogida trenza
 Del caro bien por cuyo amor suspira.
 En aquel anhelar tierno , incesante ,
 Con aquella esperanza dulce y pura ,
 Ve los cielos abiertos el amante ,
 Y anégase en abismos de ventura .
 ¡ Ay ! ¿ por qué han de pasar tan de ligero
 Los bellos días del amor primero ?

Esos cañones negrear miramos :
 Pértiga larga hasta la masa cale ;
 Que si de vidrio revestida sale ,
 No habrá para fundir dificultad.
 Sus , compañeros , vamos ,
 Y pruebas obtengamos
 De que hicieron pacífica hermandad
 Los metales de opuesta calidad.

Sí, que del justo enlace
 De rigidez al par y de ternura ,
 De fuerza y de blandura ,
 La armonía cabal se engendra y nace.
 Mire quien votos perdurables hace
 Si con su corazón cuadra el que elige ;
 Que la grata ilusión momentos dura ,
 Y el pesar del error eterno aflige.
 Asienta bien sobre el cabello hermoso
 De la virgen modesta
 La corona nupcial que la engalana ,
 Cuando con golpe y son estrepitoso
 Convoca la campana
 De alegre boda á la brillante fiesta ;
 Mas día tan feliz y placentero
 Del abril de la vida es el postrero ;
 Que al devolver los cónyuges al ara
 Velo y venda sutiles ,
 Con ellos de su frente se separa
 La ilusión de los goces juveniles .
 Rinde al cariño la pasión tributo ;
 Marchitase la flor , madura el fruto .
 Desde allí entra el varón en lid constante :
 Verásele afanado y anhelante
 Pretender, conseguir ; veréls que osado

Con cien y cien obstáculos embiaste
 Para que su tesoro el bien conquisite.
 Entonces de abundancia rodeado
 Se encontrará, que por dó quier le llega :
 Su troj rebosa de preciosos dones ;
 Crecen sus posesiones,
 Y la morada que heredó se agranda ,
 En cuyo íntimo círculo despliega
 Su celo cuidadosa
 La vigilante madre , casta esposa.
 Ella en el reino aquel prudente manda ;
 Reprime al hijo y á la niña instruye :
 Nunca pára su mano laboriosa ,
 Cuyo ordenado tino
 En rico aumento del caudal refluja.
 De esa mano , que le hace en remolino
 Al torno girador zumbar sonoro ,
 Brota el hilo y al huso se devana :
 Ella el arca olorosa llena de oro ;
 Ella los paños de escogida lana .
 Ella la tela de nevado lino
 Custodia en el armario , que luciente
 Mantiene la limpieza ;
 Ella une el esplendor á la riqueza ,
 Y al ocio junto á sí jamás consiente.

El padre en esto, sonriendo ufano
 Desde alto mirador sobre la casa ,
 Que deja registrar tendido llano ,
 De sus bienes el número repasa ,
 El árbol corpulento
 Ve de crecidas pomas agoviado ;
 Su granero contempla apuntalado ,
 Y en densas olas al batir del viento
 Moviendo las espigas el sembrado .
 Y atrévese á exclamar con vanagloria :
 « Tan firme como el mismo fundamento
 Que sostiene la mole de la tierra ,
 Fuerte contra el poder de la desgracia
 Me hace el tesoro que mi techo encierra . »
 ¡ Oh esperanza ilusoria !
 ¿ Cuál poder eficacia
 Contra el destino tiene ?
 No hay lazo que sus vuelos encadene ,
 Y antes de prevenir con el amago ,
 Se nos presenta el mal con el estrago .

Bien se parte la escoria recogida :
 Ya principiar la fundición se puede ;
 Mas antes que la masa libre ruede ,
 Récese una plegaria con fervor .
 Dad al metal salida .
 ¡ Dios un destrozado impida ! —
 Río humeante, negro de color ,
 Se abisma en la canal abrasador .

Es el fuego potencia bienhechora
 Mientras la guía el hombre y bien la emplea;
 Que á su fuerza divina auxiliadora
 Deudor entonces es de cuanto crea;
 Pero plaga se vuelve destructora
 Cuando una vez de sus cadenas franca,
 Por la senda que elige libre arranca,
 Y avanza con fiereza,
 Salvaje de cruel naturaleza.
 ¡Ay si sacude el freno, y ya no hallando
 Quien resista sus ímpetus violentos,
 En apiñada poblacion derrama
 Incendio asolador inmensa llama!
 Guardan los elementos
 Rencor á los humanos monumentos.
 La misma nube cuyo riego blando
 Los perdidos verdoros
 Devuelve á la pradera que fecunda,
 Rayos tambien arroja furibunda.—
 ¡Escuchais en la torre los clamores
 Lentos y graves que á temor provocan?
 No hay duda: á fuego tocan.
 Sangriento el horizonte resplandece,
 Y ese rojo fulgor no es que amanece.
 Tumultuoso ruido
 La calle arriba cunde,
 Y de humo coronada
 Se alza con estallido,
 Y de una casa en otra se difunde,
 Como el viento veloz, la llamarada,
 Que en el aire encendiendo
 Sofocador bochorno,
 Tuesta la faz cual bocanada de horno.
 Las largas vigas crujen,
 Los postes van cayendo,
 Saltan postigos, quiebranse cristales,
 Llora el niño, la madre anda aturdida,
 Y entre las ruinas azorados mujen
 Mansas reses, perdidos animales.
 Todo es buscar, probar, hallar huida,
 Y á todos presta luz en su carrera
 La noche convertida
 En día claro por la ardiente hoguera.
 Corre á porfía en tanto larga hilera
 De mano en mano el cubo, y recio chorro
 En empinada comba
 Lanza agitando el émbolo, la bomba.
 Mas viene el huracan embravecido:
 El incendio recibe su socorro
 Con bárbaro bramido,
 Y ya mas inhumano
 Cae sobre el depósito indefenso
 Donde en gavilla aún se guarda el grano,
 Donde se hacina resecado pienso;
 Y cebado en aristas y maderas,
 Gigante se encarama á las esferas,
 Como en altivo alarde
 De querer mientras arde

No dejar en el globo en que hace riza
 Sino montes de escombros y ceniza.
 El hombre en esto ya sin esperanza,
 Se rinde al golpe que á parar no alcanza,
 Y atónito cruzándose de brazos,
 Ve sus obras yacer hechas pedazos.

Desiertos y abrasados paredones
 Quedan allí, desolador vacío,
 Juguete ya del aquilon bravío.
 Sin puertas y sin marco los balcones,
 Bocas de cueva son de aspecto extraño,
 Y el horror en su hueco señorea,
 Mientras allá en la altura se recrea
 Tropel de nubes en mirar el daño.

Vuelve el hombre los ojos
 Por la postrera vez á los despojos
 Del esplendor pasado,
 Y el baston coge luego de viandante
 Sonriendo tranquilo y resignado.
 Consuelo dulce su valor inflama.
 El fuego devorante
 Le privó de su próspera fortuna;
 Mas cuenta, y ve que de las vidas que ama
 No le faltó ninguna.

El líquido en la tierra se ha sumido;
 El molde se llenó dichosamente:
 ¡Ojalá á nuestra vista se presente
 Obra que premie el arte y el afán!
 ¿Si el bronce se ha perdido?
 ¿Si el molde ha perecido?
 Nuestras fatigas esperanza dan;
 Mas ¡ay! ¡si destruidas estarán!

Al seno tenebroso
 De la pródiga tierra conflamos
 La labor cuyo logro deseamos.
 Así con fe sencilla
 Confía el campesino laborioso
 Al surco la semilla,
 Y humilde espera en la bondad celeste
 Que germen copiosísimo le preste.
 Semilla mas preciosa todavía
 Entre luto y lamentos se le fia
 A la madre comun de lo viviente;
 Pero tambien el sembrador espera
 Que del sepulcro salga floreciente
 A vida mas feliz y duradera.

Son pausado
 Funeral

Ha sonado
En la torre parroquial.
Y nos dice el son severo
Que un mortal
Hace el viaje lastimero
Que es el último y final.

¡Ay que es la esposa de memoria grata !
¡Ay que es la tierna madre, á quien celoso
El rey de los sepulcros arrebató
Del lado del esposo,
Del cerco de los hijos amoroso,
Frutos lozanos de su casto seno,
Que miraba crecer en su regazo,
Su amante corazón de gozo lleno!
Roto ya queda el delicioso lazo
Que las dichas domésticas unía.
La esposa habita la región sombría;
Falta al hogar su diligente brazo
Siempre al trabajo presto,
Su cuidado, su aliño;
Falta la madre, y huérfano su puesto,
Lo usurpará una extraña sin cariño.

En tanto que se cuaja en sus prisiones
El vertido metal, no se trabaje,
Y libre como el ave en el ramaje,
Satisfaga su gusto cada cual.
Si al toque de oraciones,
Libre de obligaciones
Ve los astros lucir el oficial,
Sigue el maestro con tarea igual.

Cruza con ágil pié la selva espesa
Gozoso ya el peon, bien cual ausente
Que al patrio techo próximo se siente.
Abandona el ganado la dehesa,
Y en son discordes juntan
El cordero su tímido balido,
Y el áspero mugido
La lucía vaca de espaciosa frente,
Caminando al establo que barruntan.
A duras penas llega
Atestado de mies á la alquería
Bamboleando el carro; y en los haces
Una corona empuñase y despliega
Colores diferentes y vivaces,
Fausta señal de que empezó la siega.
El pueblo agricultor con alegría
Se agolpa al baile y al placer se entrega.
La ciudad mientras tanto se sosiega,
Segun desembaraza
El gentío las calles y la plaza,

Formando en amigable compañía
Las familias el corro de costumbre,
Ya en torno de la luz, ya de la lumbre.
Cierra la puerta de la villa el guarda,
Y ella cruje al partir del recio muro.
La tierra se encapota en negro manto;
Pero el hombre de bien duerme seguro.
No la sombra nocturna le acobarda
Como al vil criminal, ni con espanto
Pesadilla horrorosa le desvela;
No: de reposo regalado y puro
Disfruta la virtud: un centinela,
La previsora LEY, su sueño vela.

¡Preciosa emanación del Ser Divino,
Salud de los mortales, orden santo!
Mi labio te bendiga.
La estirpe humana que á la tierra vino
En completa igualdad, por tí se liga
Con vínculo feliz, que sin quebranto
Guarda á todos su bien. Tú solo fuiste
Quien allá en la nifex de las edades
Los cimientos echó de las ciudades:
Tú al salvaje le hiciste
Dejar la vida montaraz y triste:
Tú en la grosera pristina cabaña
Penetraste á verter el dulce encanto
Que á las costumbres cultas acompaña;
Tú creaste ese ardor de predo tanto,
Ese AMOR DE LA PATRIA sacrosanto.

Por tí mil brazos en alegre alianza
Reconcentran su fuerza y ardimiento,
Y á un punto dirigida su pujanza,
Cobra la industria rauda movimiento.
Maestro y oficial en confianza
De que les da la libertad su escudo,
Redoblan el ardor de sus afanes;
Y cada cual contento
Con el lugar que conquistarse pudo,
Fieros desprecian con desden sañudo
La mofa de los ricos haraganés.
Es la fuente del bien del ciudadano,
Es su honor el trabajo y su ornamento.
¡Gloria á la majestad del soberano!
¡Gloria al útil sudor del artesano!

Paz y quietud benigna,
Unión consoladora,
Sed de estos muros siempre
Benéfica custodia.
Nunca amanezca el día
En que enemigas hordas
Perturben el reposo
De que este valle goza.
Nunca ese cielo puro

Que plácida colora
La tarde con matices
De leve tinta roja,
Refleje con la hoguera
Terrible y espantosa
De un pueblo que devasta
La guerra matadora.

—
Esa fábrica endeble y pasajera,
Fuerza es, pues ya sirvió, que se destroce;
Y ojos y corazón nos alboroce
Obra que salga limpia de lunar.
Recio el martillo hiera:
Salte la chapa entera.
La campana vereis resucitar,
Cayendo su cubierta circular.

—
Sabe con segura mano,
Sabe en momento oportuno
Romper el maestro el molde
Cuya estructura dispuso;
Mas ¡ay si el líquido ardiente
Quebranta indómito el yugo,
Y en vivo raudal de llama
Discurre al antojo suyo!
Con el bramido del traeno,
Con ciegos y bárbaro impulso,
Estalla, y la angosta cárcel
Quebranta en pedazos menudos;
Y cual si fuese una boca
De los abismos profundos,
Estragos tan solo deja
En el lugar donde estuvo.
Que fuerza á quien no dirige
La inteligencia su rumbo,
No en creaciones, en ruinas
Emplea su empuje rudo,
Cual pueblo que se subleva,
En cuyo feroz tumulto
Desgracias hay para todos
Y bienes para ninguno¹.

Horrible es en las ciudades
Donde hacinado y oculto
Sedicioso combustible
Largamente se mantuvo,
Verlo de repente arder,
Y alzarse un pueblo iracundo,
Rompiendo en propia defensa
Hierros de dominio injusto.
Entonces la rebelion

¹ Alusión á los horrores de la revolucion de Francia, cuyos ejércitos habian penetrado en el territorio alemán cuando Schiller escribió esta oda, que fué en 1799.

Dando feroces ahullos,
Del tiro de la campana
Se suspende por los puños,
Y el plácido instrumento,
Organo grave del culto,
Da profanado la seña
Del atropello y disturbio.
La LIBERTAD, la IGUALDAD
Se proclama en grito agudo;
Y el tranquilo ciudadano
Cierra el taller y el estudio,
Y échese encima las armas,
Zozobroso y mal seguro.
Los pórticos y las calles
Se llenan de inmenso vulgo,
Libres vagando por ellas
Los asesinos en grupos.
Revistense las mujeres
De la fiereza del bruto,
Y al terror de la matanza
Unen la befa, el insulto,
Y con dientes de pantera
Despedazan en un punto
El corazón palpitante
Del contrario aun no difunto.
Desaparece el respeto;
Nada es ya sacro ni augusto:
El bueno cede el lugar
Al malvado inverecundo;
Y los vicios y los males
Entronizándose juntos,
Envanecidos pasean
La carroza de su triunfo.
Peligroso es inquietar
El sueño al león sañudo;
Terrible es el corvo diente
Del tigre ágil y robusto;
Mas no hay peligro mas grande
Ni de terror mas profundo,
Que el frenesi de los hombres
Poblador de los sepulcros.
¡Mal haya quien en las manos
Al ciego la luz le puso!
A él no le alumbró, y con ella
Se puede abarasar el mundo.

—
¡ Ah ! nos oyó la celestial grandeza.
Ved salir de la rústica envoltura,
Como dorada estrella que fulgura,
Terso y luciente el vaso atronador.
Del borde á la cabeza
Relumbra con viveza,
Y el escudo estampado con primor
Deja contento al hábil escultor.

Acudid en tropel, compañeros,
Y según la costumbre cristiana,
Bauticemos aquí la campana,
Y concordia por nombre tendrá.

Para amarnos, al mundo vinimos;
Y es la unión la ventura del hombre:
Con su voz la campana y su nombre
De esa unión pregonera será.

Que ese es el futuro empleo,
Ese es el fin para el cual
El artífice su autor
La ha querido fabricar.
Levantada sobre el valle
De la vida terrenal,
En medio del éter puro
Suspensa debe quedar;
Y vecina de las nubes
Que engendran la tempestad,
Y rayando en los confines
De la región sideral,
Habrá de ser desde allí
Una voz divina mas
Que alterne con las estrellas,
Que en su giro regular
La gloria de Dios pregonan
Y leyes al año dan.
Solo pensamientos graves

Inspire á la humanidad,
Cuando con sonoro acento
Mueva el labio de metal.
Sirva al tiempo y al destino
De lengua para contar
La rapidez de las horas
Y el curso del bien y el mal;
Siguiendo siempre, aunque ajena
De sentir gozo y piedad,
Las mudanzas que en la vida
Se suceden sin cesar.
El propio sonido suyo,
Cuyo armónico raudal
Pujante el espacio llena
Y se oye y pasa fugaz,
Imágen es que nos dice
Que así presuroso va
Todo en la tierra á perderse
En la inmensa eternidad.

Ahora con el cable retorcido
Salga del foso ya,
Y ascienda á las regiones del sonido,
Al aire celestial.
Tirad, alzád, subid. Ya se ha movido:
Ya suspendida está.—
¡Resuene, oh patria, su primer tañido
Con la gozosa nueva de la paz!



FABULAS

PUESTAS EN VERSO CASTELLANO.



PRÓLOGO.

Érase un opulento rey que poseía palacios magníficos.

Todos sus palacios tenían jardín.

En el centro de cada jardín había un estanque de gran extensión.

En medio de cada estanque se veía una isleta sembrada de hermosísimas flores.

—¿Con qué adornaríamos (preguntó una vez á su arquitecto el Monarca) la isleta del estanque, perteneciente al jardín de mi palacio número uno?

—Nada más adecuado (respondió el artista) para en medio de tantas flores, que la estatua de Flora en pie, que acaba de fundir en bronce el mejor escultor del reino.—

Admitió el Rey el dictámen, y la estatua de Flora fué colocada en el jardín del palacio número uno, donde excitaba la admiración de todos.

Se trató de adornar después la isleta del palacio número dos, y se colocó en ella otro ejemplar de la estatua de Flora.

Lo mismo se hizo en los jardines de los otros palacios. Cada uno tenía su Flora de bronce: bellas estatuas, pero todas iguales, todas realmente una.

Fundó su majestad una casa de campo con su jardín, su estanque y su isla; y el arquitecto se tomó la libertad de introducir en ella otra estatua de Flora sentada, escultura de diverso autor y distinta materia: era de plomo.

Al verla el Rey, dijo al arquitecto con algún disgusto: ¿Por qué has encajado ahí esa nueva Flora, que bajo todos conceptos vale mucho menos que la primera?

—Señor (contextó el reconvenido), porque no se vea en todos los jardines la misma.

Satisfizo al Soberano la razón, y repuso: Al cabo, aunque vale menos que la otra; en vez de una, tengo ya dos. Para llegar á obtener obras nuevas que compitan con las antiguas, hay que admitir los ensayos.—

La moralidad de esta fábula, ó por mejor decir, la aplicación de este cuento, es la siguiente.

Don Félix María Samaniego es el fabulista moral español: su mérito es difícil de igualar, quizá imposible.

Pero ¿no se han de leer más fábulas morales que las de Samaniego?

Las nuevas, probablemente serán inferiores á las antiguas; pero serán diferentes, y habrá esas más en castellano. Haciéndose repetidos ensayos, puede que alguno salga bien, y eso ganará nuestra literatura.

De esta manera debieron discurrir don Agustín Ibañez de la Rentería, don Juan Pison y Vargas, don Rafael José Crespo y otros autores españoles, que escribieron fábulas en el pasado y presente siglo. No hablo de don Tomás de Iriarte, porque redujo sus apólogos á las materias literarias, ni de don Cristóbal de Beña, porque solo se ocupó en las políticas; pero ¿quién no ha leído y admirado las excelentes fábulas de mi amigo don Ramon Campoamor?

La Flora del señor Campoamor no es de plomo; es de tan buen metal como la del señor Samaniego.

Quedemos, pues, en que no es mal hecho

escribir aun fábulas en España; y dado que lo fuese, por Dios que en sí llevaria la penitencia.

Pero la coleccion que yo publico, no es original sino en parte; y vé aqui un pecado sin perdon para algunos.

Pues vaya otra vez de cuento; que para prólogo de fábulas en verso, no vienen mal fábulas ó cuentos en prosa.

La casa de campo construida por el arquitecto arriba dicho, fué labrada con restos y despojos de antiguas fábricas. Allá en un territorio poco frecuentado, habia descubierto el artista unas ruinas, de las cuales sacó piedras, bustos y aun estatuas casi enteras para el nuevo edificio, que mereció la aprobacion universal, y fué llamado siempre obra del arquitecto *Máximo*.

El arquitecto Máximo pasó á vida mejor, y sucedióle en la direccion de las obras reales el arquitecto *Mínimo*, que hubo tambien de ocuparse en la construccion de una nueva casa real.

Y siguiendo el ejemplo de sus antecesores, sacó de ignoradas ruinas ricos materiales para su fábrica.

Y véase, ¡qué diferencia de suerte! Levantóse general clamor contra el nuevo arquitecto: decian todos que aquello era una profanacion, un robo.

—Señores (replicaba él), yo no hago mas que lo practicado por otro. Lo que se aplaudió al máximo, toléresele al mínimo.—

La Fontaine y Samaniego, sin subir á Fedro ni á Babrio, se valieron de lo que hallaron ya escrito, y no fueron rigorosamente fabulistas originales. ¿Ha de ser culpa en un moderno lo que fué digno de alabanza

en sus predecesores? Parece que no. Aunque estas fábulas no sean originales, basta que sirvan de algo, para que sea lícito publicarlas.

Pero es necesario dar á cada uno lo que le pertenezca: por eso al fin del tomo va un registro, donde se expresa qué originales he tenido presentes.

Los lectores que hagan el cotejo del original y la copia, echarán de ver que unas veces he traducido, otras he imitado, refundido ó desfigurado el original, segun me pareció conveniente, y segun hicieron otros antes que yo.

A fin de que resultase mas varia mi reducida coleccion, he introducido en ella unas pocas fábulas y algun cuento de varios autores nacionales, retocándolos para darles aplicacion distinta, para que se entendieran, ó sonaran mejor. Lo que vulgarmente se llama *cuenta*, y lo que los retóricos llaman *fábula racional*, es á veces lo mismo.

No doy á luz una obra compuesta de pensamientos malos; doy en ella pensamientos de otros en nueva forma; cogi la tela y pongo el cosido, como aquel jóven de Calderon...! Y va de cuento por tercera y última vez.

Remendaba con sigilo
Sus calzones un mancebo:
Yo que le acechaba, vilo,
Y pregunté: ¿Qué hay de nuevo?
Y él respondió: Solo el hilo.

! A Calderon se atribuye la comedia titulada *Nadia en su secreto*, en la cual se halla la quintilla que cierra este prólogo; pero aquel drama debe ser de otro autor.



EL TREINTA DE ABRIL.

FABULA

QUE SIRVE DE

INTRODUCCION.

De la furia del mar á duras penas
Un viajero nadando se salvaba,
Sumergida la nave que fletaba.
Calado el infeliz como una sopa,
Sin aliento y sin ropa,
Zozobroso pisaba las arenas
Del suelo salvador, suelo que el hombre
Ignoraba en verdad completamente
Si era ó no continente,
Y por supuesto su extension y nombre.
Del nombre no hay noticia:
Isla se sabe que era:
Nuestro viajante se embarcó en Galicia,
Y el perdido bajel era un transporte
Que salió para América del Norte.
De aquí el lector infiera
La situacion exacta y verdadera
De la isla conabida,
La cual por lo distante y reducida,
O por otra razon, se las escapa
Siempre á los constructores
De los atlas geográficos mejores,
Y nunca la colocan en el mapa,
— ¿Qué especie de hospedaje
(Se preguntaba el náufrago) me espera?
Por todo este paraje
No hay tierra cultivada.
¿Si estará inhabitada?
¿Si ocurrirá que por mi mal encuentre
Con un pueblo salvaje,
Que me ponga á tostar en una hoguera,
Y me aloje á bocados en el vientre?
De este modo confuso discurría,
Cruzando una espesura;
Cuando, ¡ válgame Dios! ¡ con qué alegría
Vió un trillado sendero, donde había,
Diversas en tamaño y en figura,
Huellas de cuatro pica con herradura!
— Ya (exclamó) no hay cuidado:
Estoy en un país civilizado:
Solo en un pueblo culto se procura
Que gasten los cuadrúpedos calzado,
Siguiendo la vereda,

En un camino entré llano y derecho.
— No hay camino sin gente. — Dicho y hecho.
Una gran polvareda
Se alza en la extremidad del horizonte:
Divisanse entre el polvo diferentes
Caballeros con armas relucientes,
Plumas, preseas y admirable pompa:
Repite el eco del vecino monte
Rudo son de timbales y de trompa,
Y óyese luego aclamacion festiva
De *viva el nuevo Rey! viva el Rey! viva!*
Los jinetes se apean,
Obsequiosos al náufrago rodean;
Y antes que diga nada
Ni acierte á disponer de su persona,
Pónenle un manto real y una corona,
Que á prevencion la comitiva trajo;
Súbenle á una carroza engalanada;
Y entre clamores mil, con goso grande,
Majestad por arriba y por abajo,
Mucho tirar al aire los sombreros
Y dale que le das los timbaleros,
Mándase al nuevo príncipe que manda
A su cochera que ande,
Y haciendo los caballos una curva,
Por donde vino tórname la turba,
Gritando sin cesar: ¡ Viva Facundo
Milésimo octogésimo segundo!
— Vamos (dijo el monarca improvisado),
Sin duda en esta tierra, que es ya mía,
Facundo se le pone,
Llámesa Andres ó Juan, Luis ó Conrado,
A todo hombre de bien que se corone.
Bien antigua será la monarquía
Donde, si llevan sin error la cuenta,
Los reyes pasan ya de mil y ochenta,
— No le parezca extraño
A vuestra digna majestad (repuso
Un paje tieso, cual si fuera un huso);
Pues sin que valga aquí poder ni amaño,
Nuestros reyes gobiernan solo un año.
Hoy, último de abril, la Providencia
Cada año nos envía

Un jóven para rey : desde tal día,
 Trescientos, reinará, sesenta y cinco,
 Sobre vasallos, cuyo solo ahinca
 Darle gusto será con su obediencia.
 Mas aun estando con el Rey contentos,
 Corridos los trescientos
 Sesenta y cinco dias (ordinario
 Número que tener el año debe,
 No trayendo febrero veinte y nueve),
 Su majestad, allá de mañanita,
 Que quiera ó no, recibe
 La incómoda visita
 De catorce alguaciles y un notario,
 Cara de enterrador, que le apercibe
 Diciéndole cortés, pero algo recio :
 Llegó San Indalecio ;
 Treinta de abril es hoy, y el calendario,
 De este dominio reza
 Que mude la corona de cabeza.
 Dejarla es necesario.
 Ya vuestra majestad es rey cumplido :
 Vuestra merced se dé por despedido.
 ¿ Ve (siguió el informante),
 Ve vuestra majestad allí adelante
 Sobre una yegua inquieta
 Un zángano que toca la trompeta ?
 Pues es un extranjero,
 Que ha sido rey aquí, y es trompetero.
 —¿ Trompetero? ¡ Gran Dios! (gritó el Mo-
 ¿ No supo ese infeliz llenar el arca [narca.]
 Para pasarlo bien, rey jubilado ?
 — No era por cierto su codicia parca ;
 Pero en este país, que separado
 Está del mundo entero,
 Da la casualidad que no hay dinero.
 — Bienes habrá y alhajas ;
 Y para echarlas mano,
 Prometo no dormirme entre las pajas :
 Raya en barbarie ya, que un soberano
 Luego que cese, reducido se halle
 A tocar la trompeta por la calle.
 — Las alhajas, señor, y las haciendas,
 Lo que rinden y artículos iguales,
 No son aquí del Rey ; son encomiendas
 Y bienes vinculados nacionales.
 Durante el año, puede
 Con ellos darse el Rey soberbio trato ;
 Pero á treinta de abril, fuerza es le quede
 Todo á su sucesor mas inmediato.
 Solamente sacar se le tolera
 Dos camisas ó tres, una montera
 Y un traje de sotana muy sencillo,
 Traje de sacristan ó monaguillo.
 — ¡ Jesus ! ¡ qué sociedad tan chapucera !
 (Interrumpió Facundo) : ¡ lindo pago
 Para el que reine bien ! ¡ famosa ganga,
 Entrar de rey para salir monago !
 ¡ Bah ! reincillo al fin de morondanga.

Por último, sepamos lo importante :
 Pasado el treinta del abril temido,
 ¿ Cómo suele vivir un rey cesante ?
 — Vive de la carrera que ha emprendido
 Para poderse manejar mañana :
 Bien, si le da de sí ; mal, si no gana.
 Sujetos hay de los que fueron reyes,
 Que interpretando leyes,
 Viven con esplendor : quién es banquero,
 Quién sastré, quién obispo, quién herrero ;
 Vende azúcar el uno ; el otro pinta ;
 Y movido por indole distinta,
 No falta quien abrace
 La descansada profesion de vago,
 Profesion de funesto desenlace,
 Que seguida del hambre y el zurriago,
 Da por constante suerte
 Vida infeliz y desastrada muerte ;
 Pues ni en la clase ilustre ni en la baja,
 Ninguno come aquí si no trabaja. —
 Cesó el paje de hablar, y el Rey contesta :
 Eso no me disgusta :
 Vivir de mi trabajo no me asusta.
 Sepa el amigo paje
 Que por juego una vez tejí una cesta :
 Con un año cabal de aprendizaje,
 Cualquiera adquirirla
 Destreza regular en cestería.
 Desde hoy constantemente
 Seis horas al oficio me consagro,
 Hasta que labre un cesto, que en su clase
 Por un esfuerzo pase
 Del arte cesteril, por un milagro. —
 Su majestad salió tan excelente
 Compositor de mimbre gordo y fino,
 Que en el concurso de la industria, vino
 A conseguir el respectivo premio,
 Siendo solemnemente declarado
 Primoroso oficial, honor del gremio.
 Al fin de su reinado,
 Quedándole por única prebenda
 Su rara habilidad, abrió su tienda,
 Que nunca se veía
 De concurrentes útiles vacía.
 Trabajador, y gastador juicioso,
 Riquezas adquirió, se hizo famoso,
 Y sucesivamente fué nombrado
 Alcalde, diputado,
 Inspector del marítimo registro,
 Cuatro veces virey y al fin ministro :
 Todo por ser sujeto
 Que observaba su ley con fe y respeto,
 Ser íntegro y veraz, de buena pasta,
 Y único para armar una canasta :
 De modo que á porfía
 Cada insular, al verle, prorumpia :
 No tenemos aquí, ni habrá en el mundo
 Mejor concludadano ni cesterero,

sucesor insigne de Facundo
no octogésimo primero.

POES Y LECTORAS

s, que en estudio provechoso
ocupar las fugitivas horas,
en ese naufrago dichoso,
ida tracé con desaliño,
oria tracé de todo niño.
padres, abuelos y parientes
ben con júbilo y cariño;
nan con frecuencia,
o complacientes;
terza de los lloros exigentes
e por todo á todos importuna,
on veleidosa omnipotencia
el movable trono de la cuna.
tiempo voraz, el que sin duelo
vidas y mármoles y bronces,
deja al muchacho sin abuelo,
adre tal vez y sin herencia,
rroso por sí vivir entonces.
ros tan ciertos y fatales,
medio no hay que la enseñanza,
rovecha en la edad plácida y verde
itajosos prendas naturales,
corazon y entendimiento.
soro nos da que no se pierde.
QUERIDOS JÓVENES, la vida
o interrumpida
to y de tormento,
ridas tempestades y bonanza;
unque en medio de vaivenes tales,
ropel de males
ce violento
ar vuestras débiles cervices,
tud y talento
ais que temer, seréis felices.

FABULA PRIMERA.

LA JOYA MILAGROSA.

Hay, según los navegantes,
lá lejos un país,
yos pobres habitantes
idan á todos instantes
n sus bienes en un tris.

Ya un espantoso huracan
ce en la cosecha riza,
a sepultura le dan
as piedras, lava y ceniza
; un repentino volcan.

Los de ilustre jerarquía
Y los míseros gañanes,
Todos viven entre afaes,
Recelando cada día
Terremotos y huracanes.

Para auxilio en tales daños,
Entrega el comun Señor
Allí á cada morador,
Ya desde sus tiernos años,
Una joya de valor.

Y tales prodigios obra
La joya á los niños dada,
Que con ella todo sobra,
Y sin ella no se cobra,
De lo que se pierde, nada.

Sin embargo, aquella gente
Se echa tanto el alma atrás,
Que es la cosa mas frecuente
Perder la joya excelente,
Y no recobrarla mas.

Causará sin duda espanto
Su locura; pero ¡qué!
¡Nada igual aquí se ve?
¡No hacen muchos otro tanto
Con la joya de la fe?

Y sus luces, en verdad,
Son las que nos guían solas
A puerto de claridad
En la noche y en las olas
De la ruda adversidad.

FABULA II.

LA ROSA Y LA ZARZA.

Murmuraba impaciente
Una Rosa naciente
Del cautiverio duro que sufría,
Porque una Zarza espesa la tenía
Con sus punzantes vástagos cercada.
—Yo (sin cesar decía),
Yo no disfruto aquí ni sé de nada:
Sin un rayo de sol, tasado el aire,
Desperdicio, de todos ignorada,
Y entre espinas incómodas reclusa,
Mi fragancia, colores y donaire.
La Zarza respondió: Jóven ilusa,
Tu prevision escasa,
Del bien que te hago, sin razon me acusa.
Bajo mis ramas á cubierto vivea

Del sol canicular que nos abrasa ;
 El golpe no recibes
 Del granizo cruel que nos deshoja ;
 Y ese muro de espinas que te enoja ,
 Defiende tu hermosura
 De que una mano rústica la coja. —
 La flor entonces, de despecho roja ,
 ; Mal haya (replicó) la ruin cordura ,
 Que de riesgos que no hay, tiembla y se
 No fué la maldición echada en vano. ¡apura!
 A los pocos momentos un villano
 Llega con la cortante podadera :
 La despiadada mano
 Descarga en el arzal; hiera, destroza,
 Y tan completamente me le raza,
 Que ni un retoño le dejó siquiera.
 Poco de la catástrofe se duele,
 Persuadida la Rosa de que gana,
 Quedándose sin aya que la cele.
 Descansen en paz la rígida guardiana.
 ¡ Qué feliz su discípula es ahora !
 Bañada en el relente de la aurora,
 Descoge con orgullo
 Su tierno y odorífero capullo :
 Princesa de las flores
 La proclaman los pájaros cantorea.
 Pero el viento la empolva y la molesta ,
 Sol picante la tuesta ,
 La ensucia el caracol impertinente
 Con pegajosa baba,
 Y apenas se la enjuga,
 Cuando voraz la oruga
 Su venenoso diente
 Una vez y otra vez en ella clava.
 Se descolora la infeliz, se arruga,
 Y una ráfaga recia de solano
 Desparramó sus hojas por el llano.

Es el recogimiento
 Condición de las jóvenes precisa :
 Falta en la mocedad conocimiento
 Del suelo que se pisa.
 La niña que imprudente ,
 Sola y sin guía recorrer intente
 La senda de la vida peligrosa,
 Tema la suerte de la indócil Rosa.

FABULA III.

LOS PREMIOS DE LA EMPERATRIZ.

La emperatriz Sofia
 Cuatro veces al año repartía
 En pública sesión dos medallones,

Cada cual de valer de cien doblones,
 Premio del colegial y colegiala,
 Que eran en los exámenes juzgados
 En grado superior aventajados.
 Vestiditos de gala,
 Y de curiosa multitud cercados,
 Entraban juntos en la rica sala,
 Donde, al son de trompetas y atabales,
 A veces con la joya recibían
 Otros diversos dones
 De las pródigas manos imperiales;
 Al paso que en algunas ocasiones
 Corridos niño y niña se veían
 Al recibir, delante
 De aquel numerosísimo concurso,
 Dádiva tan chocante,
 Que la plebe y la corte, sin recurso
 Burlábanse con dura pertinacia
 De los dos angelitos: verbi gracia,
 Benito y Valentina,
 Chicos de doce abriles,
 Él docto en la gramática latina,
 Y hábil ella en labores femeniles,
 Fueron los dos electos
 Por la junta de escuelas competentes
 Como pareja igual, sobresaliente,
 Como alumnos perfectos
 De latin y costura. Lindamente.
 Pero es el caso que en palacio había
 Un pajarito azul, que los defectos
 De los niños de escuela descubría;
 Y el pájaro maldito
 Contó á la Emperatriz... — ¡ Qué picardía
 Yo, vamos, el pescuezo le torciera. —
 Contó de Valentina y de Benito
 La corta friolera
 De que él era un lloron, y ella una fiera.
 Ya llegó el día de funcion prescrito.
 La señorita, pues, y el señorito
 Prepáranse de prisa y van despacio
 (Porque mejor los mire) á palacio.
 Su Majestad al cuello
 Les pone, al son del atabal sonoro,
 Los codiciados medallones de oro;
 Y despues (aquí es ello)
 Dice á Benito así: Cierta avecilla
 Que os atiba las faltas y las pilla,
 Te acusa de marica y apocado;
 Por lo cual, que te compren ha mandado
 Ese cumplido chal y esa mantilla:
 Póntelos de contado,
 Y usted (dijo á la niña) que es persona
 Del sexo débil y de clase fina;
 Pero que audaz y descarada y gritona,
 En vez de Valentina,
 Merece se la llame Valentina,
 Sepa que por sus rústicas hombradas,
 Le va á plantar aquí mi camarera

Un par de charreteras encorneadas
Y una gorra de pelo granadera.

Pues ó renuncian á su ser y nombre,
O han de tener por cualidad primera
Dulzura la mujer, valor el hombre.

FABULA IV.

LA VERDAD SOSPECHOSA.

Llevaban á enterrar dos granaderos
Al soldado andaluz Fermín Trigueros,
Embrollon sin igual, que de un balazo
Cayó sin menear ni pié ni brazo,
—¡Hola, sepultureros!
(Les dijo un oficial), ¿murió ese tuno?
—Murió (contesta, de los dos, el uno).
Aquí Trigueros en su acuerdo torna,
Y oyendo la expresion, dice con sorna;
Lo que es por la presente,
Me figuro que vivo, mi teniente.—
A lo cual replicó su camarada;
No dé usted á Fermín crédito en nada,
Siempre embustero fué: su fin es cierto;
Pero aun miente el bribon despues de muerto.

Quien falte á la verdad, con eso cuente:
Dirá que hay Dios, y le dirán que miente.

FABULA V.

PEDRO ENREDA.

De aquel célebre Juan, por mote *Lanas*,
Hijo fué Pedro, por apodo *Enreda*,
Buscador impertérrito de nidos
En tiempo de la veda,
Verdugo de lagartos y de ranas,
Y apedreador insigne de ventanas.
Estudiaba latin... Miento: asistia
Quince dias al mes, y no seguidos,
A la clase del dómine García;
Pero eso de estudiar... ¡qué tontería!
Les embelesa tanto los sentidos
A ciertas criaturas
El placer sin igual de hacer diabluras,
Que es trabajar en vano
Enseñarles latin ni castellano.
Al salir, pues, el estudiante maula
Un miércoles del aula,

Le fué Juan á esperar: llegó temprano,
Y estando enfermo por allí un vecino,
Pasóse Juan á verle de camino.
Perico Enreda en tanto
Se anticipó á salir.—A jugar, ea.
Hoy me toca ejercicio de pedrea;
Mas que venga provisto de antiparras
Por la calle y me vea
Ese dómine abanto,
Gruñidor y estafermo.
Yo sabré libertarme de sus garras.—
Dice: y agarra un canto,
Mira con precaucion á la redonda,
Ve una ventana abierta,
(Era la de la alcoba del enfermo),
Lanza por ella el proyectil con honda,
Y al inocente Juan á darle acierta
En lo alto de la calva descubierta,
Causándole del golpe tal herida,
Que por gracia de Dios quedó con vida.

Malas inclinaciones de muchachos,
Que el rigor á su tiempo no endereza,
Darán el fruto de partir en cachos
Al indolente padre la cabeza.

FABULA VI.

EL ENVIDIOSO.

Magnífico manzano
En el corral de un clérigo crecía.
Un vecino, de envidia se moría
Viéndole tan fecundo y tan lozano:
El ni manzano ni corral tenía.

Y ya que de otro modo
No supo desfogar su encono fiero,
Arrojaba al frutal desde un granero
El desperdicio de su casa todo,
Haciendo del corral estercolero.

Bien ensució el ramaje;
Mas la lluvia á su tiempo le limpiaba,
La tierra con la broza se abonaba,
Y el resultado fué del ruin ultraje
Que mas fruto y mejor el árbol daba.

Mas útil que nociva
Es la gente mordaz que tanto abunda,
Pues hace con su rabia furibunda
Que el íntegro varon mas cauto viva,
Y mas pronto á sus émulos confunda.

FABULA VII.

LA ROSA AMARILLA.

Amarilla volvióse
La Rosa blanca,
Por envidia que tuvo
De la encarnada.

Temán las niñas
Convertirse de blancas
En amarillas.

FABULA VIII.

LOS CASCABELES DE ORO.

Blanca, rubia, lindísima, salada,
Risueña, bien hablada
Y en mil habilidades eminente
Para su corta edad, tal era Rosa ;
Mas ¡ ay ! enteramente
Sus raras prendas olvidar hacia
Una falta notable que tenia.
Rosita, la discreta, la donosa,
Dió en la maña fatal de ser curiosa.
En acechar pasaba todo el día :
Todito, mal ó bien, lo averiguaba,
Y en seguida á vecinos y lejanos
Todo con adiciones lo contaba :
Curiosidad y chisme son hermanos.
Y si alguno lo duda, gente sería
Le enseñará, tratando la materia
Con grande copia de razones altas,
Que rarísima vez existe sola
Una de aquellas faltas.
Atisbar y contar, allá en el juicio
De muchos y doctísimos varones,
Son como en el reptil cabeza y cola :
Son dos partes de un cuerpo, dos acciones
Unidas con recíproco ejercicio :
Dos formas de pecar que tiene un vicio.
—Basta de digresion, que va largueta.
Sigamos con la historia de Rosita.—
Erà bien infeliz : á cada paso
Llenaban á su madre las orejas
De avisos y de quejas
Diferentes personas
Dignas de hacer de su dictámen caso ;
Y Rosa castigada,
Sin tregua ni descanso padecía
Dolorosos ayunos y encerronas,
Y siempre se veía

De toda suerte de placer privada,
Raramente vestida y mal peinada.
Doña Tomasa, su madre, pues, dijo :
Veré, con un ardid, si la corrijo.
No se trate ya mas de penitencia.—
Tomó la diligencia,
Y marchóse á vivir en un cortijo.
Como por incidencia,
Transitó por allí desde la Corte
El médico ordinario de la casa.
Encerróse con él doña Tomasa,
Y atando por adentro el picaporte,
Por no tener la cerradura llave,
Fingieron ventilar negocio grave.
Rosita, con aquellos aparatos,
Ya se supone que se puso alerta :
Quitóse los zapatos,
Y alzados los talones,
Pasito á paso fué como un pilluelo,
Y atisbó por debajo de la puerta.
Echada la curiosa por el suelo,
Besando los ladrillos,
Oyó decir á su mamá : Razones,
Indulgencia, rigor, todo se aplica ;
Pero nada me vale con la chica.
Hay otros defectillos
Que se pueden sufrir ; pero este, creo
Que si no es el mas feo,
Es el que excita mas la antipatía :
Nadie quiere vivir con un espía.
—Vamos, señora, vamos
(Contestaba el doctor), compadecemos
A tales infelices,
Pues nace el ser curioso
De órgano facial defectuoso.
—¡ Calle ! ¿Qué órgano es ese ?—Las narices.
Persona con nariz de poco peso
Tiene que ser curiosa con exceso.
La curacion del mal está en la mano.
¿ Es un sujeto de nariz liviano ?
Bueno : inmediatamente
Se le hace un añadido suficiente
De cualquiera metal, y agur, amigo :
En menos que lo digo,
La persona mas terca, la mas zafia,
Se olvida de espionaje y chismografía.
—¿ Está seguro usted ?—Y tan seguro
Que mas no puede ser : la señorita
Corre ya por mi cuenta. ¡ Pobrecita !
Usted la castigaba ; yo la curo...
Y sacará una moda muy bonita,
Que á costa de un pequeño sacrificio
Les hará mucho bien á varias gentes.
—¿ Y cuál es esa moda, don Patricio ?
—La de llevar en la nariz pendientes.
Voy á Madrid : me labraré un platero
Dos arillitos de oro con esmero,
Y haré que les agregue por colgantes

Un par de cascabeles elegantes,
Cuidando que les ponga la bolita
Del peso que la niña necesita.
Romper en la nariz los agujeros
Es obra de poquismos instantes :
Durante los primeros
Duele, pero poquito, casi nada.
Es mortificacion por conveniencia ;
Y Rosa, como niña bien criada,
Recibirá la aguja con paciencia.
En estando aviada
Con sus bonitos cascabeles de oro,
Le juro á usted por Avicena el moro
Que no ha de haber por la muchacha riña.
—Corriente : cascabeles á la niña.—
Rosita sin estruendo,
Pero con miedo atroz, se fué corriendo.
—Es verdad (exclamó), verdad y mucha,
Que siempre oye su daño quien escucha.
¡Vaya que los doctores son crueles !
¡A mí querer abrirme
A hierro la nariz ! ¡Yo cascabeles !
Las pinchaduras dolerán de firme ;
Y luego, para alivio de trabajos,
¿Qué papel haré yo con dos colgajos
Que nadie gastará ? ¿Quién se acomoda
Con tan extraña, tan horrible moda ?
¿Qué moda ? Si eso iguala
A un letrero que diga : *Yo soy mala.*
Y si voy á Madrid... ¡Virgen del Carmen !
Conmoverá la poblacion entera
El alboroto que armen
Los cascabeles de Rosita Vera.
Por no estrenar el afrentoso dije,
Pesado á la nariz, molesto al labio,
Me corrijo.—En efecto, se corrige,
Y tan completamente,
Que al regresar el narcicista sabio
Trayendo el salutifero presente,
Le dijo la mamá, de gozo llena :
Estamos por acá de enhorabuena.
La nariz de Rosita, no sé cómo,
Era de pluma, y se volvió de plomo.
Ya no atiba jamás ni picotea,
Y está, gracias á Dios, desconocida.
Por eso convendrá que suspendamos
La operacion aquella consabida ;
Pero si hay recaída,
Y otra vez repitiere sus dealices,
Entonces le plantamos
Cascabelitos de oro en las narices.

Cascabeles, cencerros, esquilones
De buque bien capaz y brocal ancho,
Llevar á la garganta deberia
La turba de curiosos embrollones,
Traperos de perdidas expresiones,
Que á todo cuanto ven echan el gancho.

Con el ruido el soplon se anunciaria ;
Y al llegar á un corrillo, álguien diria :
Quédese aquí la plática pendiente,
Porque el buen perillan que nos acecha,
Lo parla todo, y al contarlo, miente.
Oye lo que le llega buenamente,
Y añade lo demás de su cosecha.

FABULA IX.

TIMANTES.

Pintaba el celeberrimo Timantes
Un Júpiter con ojos fulgurantes,
Rayo en la diestra y en la izquierda rayo ;
Y al severo pintor díjole un payo :
Si en ambas manos el rigor le pones,
¿ Con cuál vierte ese Dios premios y dones ?

Es en la Omnipotencia
Igual á la justicia la clemencia.

FABULA X.

EL RETRATO DE JUPITER.

Haciendo por Tetuan una jornada,
Ocurrióle á Mercurio la humorada
De conducir un Mono á ver el cielo.
Cogióle, pues, al vuelo,
Túvole allá una buena temporada,
Y cuando al fin se le pasó el capricho,
Puso otra vez en el nativo suelo
Al venturoso trasplantado bicho.
En tropel acudieron sus iguales
A pedir al viajero
Noticia de las cosas celestiales.
—Que nos retrate á Júpiter (decian),
Que á Júpiter describa, lo primero.—
Tose el Mono y empleza
La majestad pintando y la grandeza
De la suma deidad... No le entendian.
Habla despues con religioso fuego
Del amor y respeto que inspiraba...
Ninguno le escuchaba.
—Todo eso que nos dices
(Interrumpió un Tití), vendrá bien luego ;
Pero los circunstantes
Quisieran mas que ver refrieras antes
Si tiene el Dios azules las narices,
Si es peludo, si es flaco,

Si es de origen papion, ó si es macaco, ¡
 Si de patas con garbo se enarbola,
 Y hasta dónde se alcanza con la cola.
 —Calla y no escandalices
 (Prorumpió el orador) : ¡ habrá pervertido !
 ¡ Cola pone al Señor del Universo !
 El Júpiter que vi de rayo armado,
 El poderoso númen que sentado
 Vi del Olimpo en el sublime trono,
 En nada, en nada se parece al mono.
 Ningun Dios, grande ó chico,
 Tiene un pelo de mono ni de mico.

Pero quien mas no alcanza,
 Lo hace todo á su pobre semejanza.

FABULA XI.

BLASITO.

Estaba el niño Gil postrado en cama
 De una fiebre tenaz y peligrosa,
 Y el médico mandó que el tierno brazo
 Tendiese á la lanceta salvadora.
 No era Gil de los tímidos chicuelos,
 Que si de sangre pierden una gota,
 Se ponen á temblar ; brioso y dócil,
 Se conformó con la sententia docta.
 A presenciar la interesante escena,
 Solicitos acuden á la alcoba
 Los padres, la criada, y el primero
 Blas, hermano de Gil, que en él adora.
 Atale á Gil el sangrador la venda,
 Báñale el brazo en agua, se le frota,
 Y la vena infantil hinchada al cabo,
 El hombre el pincho con los dedos toma.
 Callado Blas y atónito observaba
 La rara operacion preparatoria,
 Sin saber qué pensar ; mas en el punto
 Que la lanceta vió... ¡ Virgen de Atocha !
 ¡ Qué lágrimas ! ¡ qué gritos ! — Yo no quiero
 (Clamaba sin cesar aquella boca),
 Yo no quiero que pinchen á mi hermano.
 ¡ Váyase usted de aquí, mata-personas !
 — ¡ Cuánto me quiere Blas ! dijo el paclenté.
 — Es muy buen corazon, dijo llorosa
 De placer la mamá : lo mismo el padre
 Sintió, y el cirujano y la fregona.
 Retiraron á Blas, pues de otro modo
 Su fraternal dolor allí le ahoga.
 Corrió la sangre del querido enfermo,
 Y se alivió y curóse por la posta.
 El júbilo de Blas ya se supone.
 Como su afecto á Gil era una cosa

Fuera de lo común, su madre en pago
 Dióle unos mazapanes de Vitoria.
 — A la parte me llamo, Gil le dijo.
 — Guardarlos quiero, contestó con somn
 El cariñoso Blas. Para guardarlos,
 Se los comió en seguida el zampatorras.
 — ¡ Bravo ! exclamaba Gil. Señor goles
 Usted que tanto por su hermano llora,
 ¡ Un miserable mazapan le niega,
 Y sin reparo los engulle á solas !
 Pues el tener buen alma no consiste
 Solo en gimotear ; consiste en obras. —
 Blasito relamiéndose, repuso :
 Una cosa es llorar, y dar es otra.

FABULA XII.

LAS ESPIGAS.

La espiga rica en fruto
 Se inclina á tierra ;
 La que no tiene grano,
 Se empina tiesa.

Es en su porte
 Modesto el hombre sabio,
 Y altivo el zote.

FABULA XIII.

LA PEONZA Y LA PERINOLA.

La rebelde, la rústica Peonza
 Dijo á la Perinola con enfado
 Allí en su jergonza :
 Suerte bien desigual nos ha tocado.
 A tí con mucho mimo,
 Cuando te hacen andar, te dan impulso
 Entre los dedos revolviendo tu eje :
 No se me trata á mí con tanto pulso.
 Yo, cuando me andan, gimo
 Al compas de la bárbara correa,
 Con que un muchacho hereje
 Me arrima cada golpe que me brea ;
 Y cuanto mas el movimiento animo,
 Con mas ciego furor me zarandea.
 — Querida (respondió la Perinola),
 En tí consiste sola
 El trato que te dan : tú lo evitaras,
 A ser juguete, como yo, ligero ;
 Mas ¿ qué han de hacer contigo,

Si en apartando el látigo te paras ?
Yo, sin embargo, consolarte espero.
Nuestro papá el tornero
Puede, si se lo digo
Y quieres animosa decidirte,
Quitarte la madera que te sobra,
Y en ágil perinola convertirte.
—¡ Friolera es la obra!
(Exclamó la Peonza sofocada.)
Prefiero que el zurriago me atormente,
A sufrir que la gubia me hinque el diente.

¡ No sabes ni empezar el catecismo ,
Y al preceptor acusas de inelemencia!
Quejate de ti mismo :
Para buen colegial no hay penitencia.

~~~~~  
**FABULA XIV.**

**EL LATIGO.**

La Madre de un Muchacho campesino  
Ganaba de comer hilando lino,  
Y el Muchacho, grandísimo galopo,  
Le hurtaba una porcion de cada copo.  
Juntando las porciones, fué tejiendo  
Un látigo tremendo,  
Con la pícaro idea  
De surrar á los chicos de la aldea.  
Los ocios del amigo no eran buenos;  
La intencion, por lo visto, mucho menos.  
Dióse á pelar la rueca tanta prisa,  
Que hubo la Madre de notar la sisa,  
Y registrando con afan prolijo  
El arca donde el Hijo  
Guardaba con su ropa sus peones,  
El látigo encontró de repelones.  
Cogióle furibunda,  
Y al Muchacho pegó tan recia tunda,  
Que á contar de las piernas al cogote,  
No le dejó lugar libre de azote,  
Diciendo, al batanarle de alto á bajo :  
¡ Mira cómo te luce tu trabajo !  
A robar te llevó tu mal deseo,  
Y con el robo yo te vapuleo.

Siempre verás que el vicio  
Se labra por sus manos el suplicio.

**FABULA XV.**

**LA SARDINA Y LA OSTRA.**

Dirigida á la amable niña doña Rosita  
Andriani y Palacios.

A la Ostra le dijo la Sardina :  
¿ Qué se hace usted, vecina ?  
Por mas que nado yo, por mas que miro,  
Solo en este rincon alcanzo á verla.  
¿ En qué se ocupa usted en su retiro ?  
—En criar una perla.

Esa perla eres tú, cándida Rosa.  
¡ Dichosa tú ! ¡ Dichosa  
La niña á quien instruya  
Madre tan ejemplar como la tuya!

~~~~~  
FABULA XVI.

EL NIÑO MONO.

A Curro el figurero,
Grande remedador y gran gestero,
Llevó su padre á ver con otros chicos
Una porcion de monos y de micos,
Que, previa la licencia del alcalde,
Un Charlatan al público enseñaba...
Ya se deja pensar que no de balde.
Cualquier extravagante monería
Que uno de los cuadrúpedos hacia,
Currito la imitaba;
Pero ¡ cómo ! tan bien, que sin empacho
Con los bichos podía
Competir y vencerlos el muchacho.
Verle saltar allí, verle rascarse,
Quebrantar una nuez, una avellana,
Y al encontrarla vana
Escupir y enfadarse,
Fué ver, no una persona,
Sino la mas estrafalaria mona.
—Usted con su cuadrilla
(Le dijo en esto al Charlatan el Padre)
Por fuerza gana patacones buenos,
Porque en verdad, compadre,
Para animales, de razon ajenos,
El instinto que tienen, maravilla:
El habla solo se les echa menos.
—Ahí, señor don Roque
(Respondió el Charlatan), ahí es el toque.
Seis año hace que ando

A realitos ahuchando
 Cantidad que resulte razonable
 Para poder comprar un mono que hable.
 Ya, gracias al Señor, junté el dinero;
 Mas no hallo mono como yo le quiero. —
 Aquí mi Charlatan vuelve la cara,
 Y en las diabluras de Pachín repara.
 —¡Jesus! (exclama con asombro chusco.)
 Esto es lo que yo busco.
 Un mono verdadero,
 Pero blanco, pelon, buena figura,
 Diestro para llevar nuestro vestido,
 Y que hable por cualquiera coyuntura.
 Ya di con él por fin; ya ha parecido
 El animal famoso
 Que yo busqué afansoso
 Por todo el mundo, caminando á pata.
 Si me le vende usted, me hago de plata.

Erraba el Charlatan: sobrado abunda
 La raza de monillos con calsones,
 Que divierte de balde los salones
 Con esa habilidad, que Dios confunda.

~~~~~  
 FABULA XVII.

EL ESPEJO Y EL AGUA.

Disputaron el Agua y el Espejo,  
 Y fué la riña del tenor siguiente.  
 —EL: Yo, de genio duro, lo reflejo  
 Todo sin aprension exactamente.  
 —ELLA: Pues yo, con mi carácter blando,  
 Todo lo pinto á medias y jugando.  
 —El defecto menor, el mas pequeño  
 Tizne que manche un rostro, yo lo enseño.  
 —La mancha enseñarás; pero, amiguito,  
 Hago yo mas que tú, pues yo la quito.

Enoja la desnuda reprimenda;  
 Dulce amonestacion produce enmienda.

~~~~~  
 FABULA XVIII.

LA TOALLA.

¡Ay! (exclamó Isabel) ¡ay! ¡qué toalla!
 Cuando me enjugo el rostro, me le ralla.
 Su Aya le dice: Si la broza quita,
 Perdona el refregon, Isabelita.

FABULA XIX.

EL CABALLO DE BRONCE.

Niños que de seis á once
 Tarde y noche alegremente
 Jugais en torno á la fuente
 Del gran Caballo de bronce
 Que hay en la plaza de Oriente,

Suspended vuestras carreras,
 Pues hace calor; y oid
 Una historia muy de veras,
 Y de las mas lastimeras
 Que se cuentan por Madrid.

Ese Caballo... Yo empleo
 Esta expresion, algo tonta;
 Pero en mi conciencia creo
 Que decir *Caballo* es feo,
 Y no decir quien le monta.

Felipe cuarto es el tal;
 Pero el uso general,
 Que tiene fuerza de ley,
 Hace que olvidando al Rey,
 Se nombre al irracional.

La razon, yo no la sé:
 A muchos la pregunté,
 Y nadie fundarla supo.
 En fin, *Caballo* diré;
 Mas ha de entenderse *grugo*.

Èse Caballo años há
 Estaba, como quizá
 Sabreis sin que yo lo indique,
 Dentro del Retiro, allá
 Frente á la casa *del Dique*.¹

Allí da el jardin frescura
 Con sus aguas y vérdor,
 Y el canoro ruiseñor
 Tiene morada segura
 De enemigo cazador.

Allí al Caballo volaban
 Con fácil y presto arranque
 Mil pájaros, que llegaban
 A beber en el estanque,
 Cuyas ondas le cercaban.

Allí con reserva poca
 Le corria todo entero

¹ Así se llama vulgarmente, ó se llamaba
 que está á orillas del estanque mayor del
 tiro.

La turba intrépida y loca,
Y hallábale un agujero
Que tiene el bruto en la boca.

Es de tal disposicion,
Que por la parte de afuera
Da fácil introduccion
A un pajarillo cualquiera
Del tamaño de un gorrlon.

Por adentro, sin percance,
Todo el cuello de un avance
Mete el pájaro; despues,
Como no hay donde añance
Ni las alas ni los piés,

Ni ellos le son de provecho,
Ni ellas le hacen sino estorbo;
Y empujando con despecho,
Se hiere garganta y pecho
Contra el borde áspero y corvo.

Y víctima el animal
De su imprudencia fatal
Que salir de allí le veda,
Vuela, anda, se atonta y rueda
Por la cárcel de metal,

Donde triste prisionero,
Pidiendo en vano merced,
Sobre muchos que primero
Tuvieron su paradero,
Perece de hambre y de sed.

Milavecillas, buscando
Sombra densa en el estío,
Mil en el invierno, cuando
Ya lloviendo, ya nevando,
Trasasábalas el frío,

Embocáronse en la panza
Del Caballo, que en venganza
Debió decir para sí:
Renunciad á la esperanza,
Pájaros que entráis en mí.

Con el tiempo se mudó
Del jardín en que habitó
A la plaza donde está,
Y entonces se le quitó
El cuerpo que encima va.

Y los cóncavos secretos
Del cuadrúpedo cruel
Aparecieron repletos
De plumas y de esqueletos
De aves tragadas por él.

Dañosa curiosidad
Las condujo á muerte cruda.
— ¡Ay! ¡cuántos en nuestra edad
Por la brecha de la duda
Se abisman en la impiedad!

Abismo donde pedir
Favor al mortal discurso
No basta para salir:
Él nos deja sin recurso
Desesperar y morir.

FABULA XX.

EL SANTERO.

A cierta romería,
Sobre una dócil mula caballero,
Iba en Andalucía
Un pícaro Santero,
Que de cada espolozo
Al animal sacábale un pedazo,
Y mientras, cariñoso le decía:
Corra, que su cachaza me atribula,
Corra por caridad, hermana mula.¹

Faz de paloma, corazón de arpía,
Palabras de ángel y obras de demonio:
Tal es, sin levantarle testimonio,
La pérdida, la vil hipocresía.

FABULA XXI.

EL MILANO Y EL PELICANO.

Un Milano voraz, ladrón de oficio,
Vió el raro sacrificio
Que un Pelicano hacía
Para salvar á su naciente cría.
Falto de otro sustento,
Su pecho mismo sin piedad hería
El amoroso pájaro contento,
Y por manjar á sus polluelos daba
La sangre que la herida derramaba.
— Por Dios te juro (díjole el Milano)
Que por mas que cavilo, no comprendo
Esa barbaridad que estás haciendo.
¿Qué ave de juicio sano
Vertiera de su sangre ni una gota
Por una impertinente famíliota?

¹ Verso de Lope de Vega.

Que son tus hijos : ¡la razon es buena !
 Manténlos, como yo, con sangre ajena.
 Y esto ha de ser, mientras el pollo es chico ;
 En volando, que viva de su pico.
 — ¡ Educacion de fácil desempeño
 (Respondió el buen Pelicano) propones !
 Mas tú enseñas tus hijos á ladrones ;
 Y yo á los míos á querer enseño.

~~~~~  
**FABULA XXII.**

**EL NADADOR.**

Padre hay, de prudencia escasa,  
 Que dice meditabando :  
 Mientras no conozca el mundo,  
 No saldrá el chico de casa. —  
 ¿ Y sabrá lo que allí pasa,  
 Con encierro semejante ?  
 Contárselo no es bastante,  
 Para evitar que se pierda.  
 Esta aprension me recuerda  
 El cuento del Estudiante.

Con un Amigo se echó  
 Un Estudiante en el Tajo :  
 Nadaba solo hácia abajo,  
 Y por poco no se ahogó.  
 El Amigo le sacó ;  
 Y cuando ya pudo hablar,  
 El bueno del escolar  
 Salió con esta sandez :  
 No entro en el agua otra vez,  
 Hasta que sepa nadar.

~~~~~  
FABULA XXIII.

EL MUR DE GUADALAJARA

ET EL

MUR DE MONFERRADO.

(Enjemplo del Aroipreste de Hita.)

Mur de Guadalajara, lunes se alzó tem-
 prano :
 A Monferrado fué ver entrojarse el grano.
 Un Mur de franca barba en casa rescibiól,
 Convidó á yantar et una faba dió.
 Non el gentil sabor fuye la mesa poble,

Ni es la vianda poca do es el talente noble.
 A los manjares rudos el plaser lo repara.
 Pagó del hospedage el Mur de Guadalajara.
 El su yantar finido, é dicho el alabado,
 Convidó el forastero al Mur de Monferrado,
 Que á la su casa en villa ir le pluguiera el
 martes,

A tal que hobera estonce convite de amas
 partes.
 É vase, et le rescibe el otro, et dale queso,
 É buen tosino lardo, que non era salpreso :
 Un manjar mejor que otro bien á menudo hí
 anda :

Mas el villano topa que el diente le demanda.
 Folgando que folgaban, departiendo despacio,
 Cata que suena fuerte la puerta del palacio.
 Abria la señora, dentro quisier entrar :
 Los mures con el miedo fugieron á la par.
 Mur de Guadalajara cuélas en su forado :
 El huésped ¡ ay mezquino ! corre desalentado.
 Ni acá, ni mas allá do se cobije ve :
 Mantóvos á lo escuro pegado á la paré.
 Pasado el susto recio, ida del cuarto el ama,
 Bien falagüero al huésped el convidante lla-
 ma.

— Señor, sacude el miedo, alégrate (le dix):
 Sigamos con la cena : ¡ rica es esta perdiz !
 — Que no, que no (responde turbado el pere-
 grino) :

Malhada tus perdices adobo de veneno.
 Al que sosiego falta, panal le sabe á bel :
 Si ese banquete plaxte, come tú solo del.
 Cuando fugí sin tino, por poco no me mato :
 ¡ Guay de mi piel estonce si sobreviene un gato !
 Aquesta amarga vida ¡ qué val con mi cabaña,
 Do nunca el homén pisa, do el gato no raseaña !
 Con seguridad é pas, vive un honrado mur,
 Sin que valor de un figo de todo lo al se cur.
 Quien la tu vida quier, que sus peligros cat.
 Rica de gustos es la alegre pobredat.

~~~~~  
*Explicacion de las voces anticuadas  
 contenidas en esta fábula.*

Mur, *raton*; mures, *ratones*.  
 Et ó é, *y*.  
 Enjemplo, *ejemplo*, *fábula*.  
 Se alzó, *se levantó*.  
 Fué se ver, *se fué á ver*.  
 Entrojarse, *encerrar los granos en trojes ó  
 graneros*.  
 De franca barba, *de cara de generoso*.  
 Rescibiól, *le recibió*.  
 Convidó, *le convidó*.  
 Yantar, *comer*.  
 Faba, *haba*.

Diól, *le dió.*  
 Non, *no.*  
 Gentil sabor, *buen apetito.*  
 Fuye, *huye.*  
 Poble, *pobra.*  
 Talente ó talante, *voluntad.*  
 Plaser, *placer.*  
 Repara, *mejora.*  
 Pagós, *se pagó.*  
 El yantar, *la comida.*  
 Finida, *acabada.*  
 Convidó...que, *convitó á que.*  
 A tal que, *de modo que, á fin de que.*  
 Hobera, *hubiera.*  
 Estonce, *entonces.*  
 Amas, *ambas.*  
 Rescibe, *recibe.*  
 Tosino, *tocino.*  
 Salpreso, *salado.*  
 Hí, *allí.*  
 Topa, *halla.*  
 Folgar, *holgar, gozar, divertirse.*  
 Departir, *conversar, hablar.*  
 Cata, *ve, ve aquí.*  
 Fugieron, *huyeron.*  
 Cuélas, *se cuéla, se mete.*  
 Forado, *agujero.*  
 Mezquino, *miseró, infeliz.*  
 Do, *dónde.*  
 Cobije, *cubra.*  
 Mantóvos, *se mantuvo.*  
 Escuro, *oscuro.*  
 Paré, *pared.*  
 Falagüero, *halagüeño.*  
 Diz, *dice.*  
 Malhada (del verbo malhadar), *cosa á perder.*  
 Adobo, *aderezo.*  
 Venino, *veneno.*  
 Fiel, *hiel.*  
 Plazte, *te place.*  
 Fugi, *huy.*  
 Guay, *ay.*  
 Val, *vale.*  
 Homen, *hombre.*  
 Rascaña, *araña.*  
 Seguridad, *seguridad.*  
 Pas, *paz.*  
 Figo, *higo.*  
 Todo lo al, *todo lo demás.*  
 Cur (cure), *cuida.*  
 Quier, *quiere.*  
 Cat (cate), *vea.*  
 Pobredat, *pobreza.*

## FABULA XXIV.

## LA PENA Y EL PLACER.

Despues de haber andado  
 El Placer de la Pena separado,  
 Júpiter para dar á los mortales  
 Porcion igual de bienes y de males,  
 Hizo ante sí venir al par opuesto.  
 Eran entrambos del estado honesto:  
 Júpiter, pues, con ocasion tan buena,  
 Va y al Placer le casa con la Pena.  
 No se ha visto por vivos ni difuntos  
 Matrimonio mejor: siempre van juntos.

Aviso al que leyere:  
 Tema quien gose; quien padesca, espere.

## FABULA XXV.

## LOS TRES QUEJOSOS.

¡Qué mal gritó la Mona  
 Que estoy sin rabo!  
 ¡Qué mal estoy sin astas!  
 Repuso el Aano.

Y dijo el Topo:  
 Mas debo yo quejarme,  
 Que estoy sin ojos.

No reniegues, Camilo,  
 De tu fortuna;  
 Que otros podrán dolerse  
 Mas de la suya.

Si se repara,  
 Nadie en el mundo tiene  
 Dicha colmada.

## FABULA XXVI.

## LA LLUVIA DE VERANO.

Muy de madrugada  
 Sale de su aldea  
 Lucas para un viaje  
 De unas ocho leguas.  
 No hay en todas ocho  
 Parador ni venta,  
 No hay por el camino  
 Arboles siquiera.

Gran calor aguarda,  
 Porque Julio empieza :  
 Va por eso Lucas  
 Bien á la ligera.  
 De flexible paja  
 Sombrero lleva :  
 Pantalón y chupa  
 Son de primavera,  
 Y alpargata leve  
 Calza, que sujetan  
 Lazos que se cruzan  
 Sobre empeine y pierna.  
 Con lo cual y un palo  
 Y un morral de jerga,  
 Lucas diligente  
 Del lugar se aleja.  
 Aun el sol no asoma,  
 La mañana es fresca,  
 Nubes aparecen,  
 Se levanta niebla.  
 Horas van pasando;  
 La humedad se aumenta :  
 Ya menudas gotas  
 Por el aire ruedan,  
 Hasta que á torrentes  
 Lanzan las esferas  
 Lluvia que amenaza  
 Inundar la tierra.  
 Cual estaba Lucas,  
 Júzguelo cualquiera :  
 Hizose una sopa  
 De piés á cabeza.  
 No era ciertamente  
 Grande su paciencia :  
 Enojóse, y loca  
 Se soltó su lengua.  
 —Luego quieren (dijo)  
 Que uno se someta  
 Dócil á las leyes  
 De la Providencia.  
 Esta condenada  
 Lluvia que no cesa,  
 ¿Qué motivo tiene ?  
 ¿Qué bien acarrea ?  
 Mala es y remala  
 Para la cosecha,  
 Y salud y vida  
 Puede que yo pierda.—  
 Esto hablaba el necio,  
 Cuando de unas peñas  
 Un ladrón armado  
 Sale y se le acerca.  
 Lucas imprudente  
 Su garrote apresta,  
 Sin mirar que el otro  
 Tiene una escopeta.  
 Del gatillo tira  
 El ladrón con fuerza ;

Mas por dicha el tiro  
 Sin salir se queda.  
 Lucas acomete  
 Con audacia nueva,  
 Y el malvado entonces  
 Huye entre las quiebras,  
 Y para que Lucas  
 Algo se detenga,  
 La escopeta arroja,  
 Porque ya le pesa.  
 Nuestro caminante  
 Discurrió al cogerla :  
 No estará cargada,  
 Cuando así la suelta.  
 Mírala, y entonces,  
 ¿Cuál fué su sorpresa !  
 Carga doble dentro  
 Del cañón encuentra ;  
 Pero entrambas cargas  
 Barro estaban hechas,  
 Y lo mismo el cebo  
 De la cazoleta.  
 —¡Diantre ! (dijo Lucas  
 Muerto de vergüenza),  
 Locamente al cielo  
 Dirigi mis quejas.  
 Pólvora excelente  
 La del Ladrón era,  
 Y ella se inflamara  
 Si estuviese seca.  
 Niebla y lluvia hicieron  
 Que se humedeciera :  
 Si ellas me calaron,  
 Me salvaron ellas.

¡Gloria á Dios que rige  
 La naturaleza !  
 No hay mal en el mundo  
 Que por bien no venga.

~~~~~

FABULA XXVII.

LOS

POLVOS DE LA MADRE CELESTINA.

Señor Maestro (preguntó Raimundo),
 Los polvos de la madre Celestina,
 Que todo lo alcanzaban en el mundo,
 ¿Se sabe ó se imagina
 De qué pudieran ser?—Cuatro ingredientes,
 (Díjole el Preceptor) omnipotentes,
 Entraban en la mágica mixtura :
 Oro, saber, esfuerzo y hermosura.

Hoy, lo que tantas maravillas obra,
Es el oro no mas; el resto sobra.

Por gracia, no de Dios, reina el dinero,
Soberano señor del mundo entero.

~~~~~  
**FABULA XXVIII.**

**EL ARABE HAMBRIENTO.**

Perdido en un desierto  
Un Arabe infeliz, ya medio muerto  
De sed, hambre y fatiga,  
Se encontró un envoltorio de vejiga.  
Lo levantó, le sorprendió el sonido,  
Y dijo, de placer estremecido:  
Ostras deben de ser.—Mas al verterlas,  
¡Ay! (exclamó) son perlas.

En ciertas ocasiones  
No le valen al rico sus millones.

~~~~~  
FABULA XXIX.

EL DINERO.

Gastó su hacienda un rico
En dar limosna,
Y Dios, en recompensa,
Le dió la gloria.

Con el dinero
De este modo se puede
Ganar el cielo.

~~~~~  
**FABULA XXX.**

**LA FUENTE MANSA.**

Mira esa fuente plácida, Florencio,  
Que fluye sin rumor, y baña el prado.  
Con su ejemplo enseñado,  
Haz al prójimo bien, y hazlo en silencio.

**FABULA XXXI.**

**EL PASTOR Y EL BARBERO.**

(De don Sebastian de Villaviciosa.)

Perdonándole el dinero,  
La barba hacia á un Pastor  
Con la navaja peor  
Desazonada un Barbero.  
Roma la navaja estaba,  
Mellas además tenia,  
Y así el pelo no partia;  
Pero el rostro desollaba.  
Sufría sin respirar  
El Pastor la carda horrenda,  
Cuando fuera de la tienda  
Un perro empezó á ladrar.  
Era que el amo cruel  
A latigazos le hundia.  
Nuestro Barbero decia:  
¿Qué harán con el perro aquel?  
—Si no lo acertais, yo sí  
(Repuso el Pastor bufando):  
Le están sin duda afeitando  
De limosna como á mí.

Barbero descomunal,  
Compasión del pobre ten:  
Si haces al prójimo bien,  
No se lo amargues con mal.

~~~~~  
FABULA XXXII.

LA ZARZA.

A la Zarza punzante
Un Sauce preguntó: ¿Por qué manía
Cuando cerca de tí pasa un viajante
Clavas la garra en él con tal porfía?
¿Es que te ofende si contigo topa,
O tratas de quedarte con su ropa?
No es (contestó el arbusto) por quitarla,
Pues en mí no la empleo;
Pero me tiro á cuanta ropa veo,
Porque tengo un placer en desgarrarla.

Murmurador injusto, [gust
¿Por qué derramas miel? — Porque es:
—Gustos, así, tan malos,
(Dice bien el refran) merecen palos.

FABULA XXXIII.

TERSITES.

(De don Antonio Puigblanch.)

De tantos guerreros
 Que Grecia envió
 Al sitio de Troya
 Con Agamenon,
 Uno fué Tersites,
 Mordaz hablador,
 Y el ente mas raro
 Que nunca se vió.
 Con una joroba
 De marca mayor,
 Los ojos torcidos
 A un lado los dos,
 Mal pelo, y cabeza
 De guardacanton,
 Juntaba el ser cojo
 El ángel de Dios.
 La pinta era mala,
 La lengua peor:
 Completo era el hombre
 Un coco bufon.
 Creyendo sus faltas
 Ocultar mejor
 Con que á las ajenas
 Llame la atencion,
 A diestro y siniestro
 Pica su furor,
 Sin que deje quieta
 Persona de pre.
 Si álguien, sobre todo,
 No es de su opinion,
 A este arremetiendo
 Con bilioso humor,
 Tan desaforado
 Clava el aguijón,
 Que mas que una avispa
 Levanta escosor.
 Ninguno entretante
 Me le escarmentó,
 Y fué, por supuesto,
 Mas vano y atroz.
 Un dia, tomando
 Tono regañon
 En una asamblea
 Que se congregó,
 Quiso que le diesen
 De todo razon.
 ¿Por qué ha de ser esto?
 ¿Por qué aquello no?
 En una palabra,

Meterse á mandon.
 El principe Ulises,
 Que tal cosa oyó,
 Teniéndole ganas
 De tiempo anterior,
 Al bicho se vuelve,
 Y alzando el baston,
 Le mide la espalda
 Muy á su sabor.
 El títere entonces,
 Mudando de son,
 Se queja á los griegos
 Pidiendo favor.
 Yo (exclama) ¿qué hice?
 —¿Qué hiciste, bribon?
 (Ulises le grita
 Con hórrida voz).
 Hiciste, siguiendo
 Tu mala intencion,
 Ofensas á muchos,
 Y vengolas yo.

FABULA XXXIV.

EL OSO Y EL ELEFANTE.

Quejábase el Oso torpe
 Al Elefante sagaz
 De cierta contradiccion
 Que no acertaba á explicar.
 — ¡Cuidado (exclamaba el pobre),
 Que raya en atrocidad
 Lo que los hombres exigen
 De un infeliz animal!
 A mí, que soy justamente
 La misma formalidad,
 ¿No se empeñan los malditos
 En obligarme á bailar?
 Si saben que esas monadas
 No son de mi natural,
 ¿Por qué cuando ven que bailo,
 Me silban sin caridad?
 —También (dijo el Elefante)
 Me enseñan á mí á danzar,
 Y á fe que tú no me ganas
 A respetable y formal.
 Y sin embargo, de mí
 Nadie se rio jamás;
 Antes aplaudir he visto
 A todos mi habilidad,
 Admirando que una bestia
 Tan pesada y colosal
 Sepa mover diestramente
 Los cuatro piés á compás.
 Con que si en hacerte burla

La gente flagona da,
No debe ser porque bailas,
Sino porque bailas mal.

~~~~~

FABULA XXXV.

LA VISION Y EL LIBRO.

A cierto Pecador impenitente,  
De los que tienen conocidamente  
Ya en la conciencia callo,  
Todas las noches al cantar el gallo,  
Una horrible Vision se aparecia.  
De nada al visitado le servia  
Valerse de conjuros y oraciones:  
Tiesa que tiesa la Vision impia  
Dos horitas con él se divertia,  
Sus ojazos clavándole saltones:  
¡Huy! El Señor nos libre de visiones.  
Una noche de invierno  
En que rabiaba el hombre de furioso  
Con aquel pasmarote sempiterno,  
Va y coge una novela,  
Fresquita produccion de autor famoso,  
Pertenciente á la infernal escuela  
Patrona del delito,  
Y pónese á leer á voz en gritó.  
Hervia el indecente novelucho  
En pasos y personas discordantes.  
Allí escenas de crápula y garito;  
Allí era ver sayones y danzantes,  
Hijas de emperador, disciplinantes  
Con máscara y hachon y capirucho,  
Brujas que revolaban sobre escobas,  
Sangre desperdiciada por arrebas  
En duelos, en patibulo y tortura,  
Canto de gori gori, sepultura,  
Y al terminar la deleitable historia,  
Inferno y limbo, purgatorio y gloria.  
Al oír lo bestial de cierto chasco,  
Principió la Vision haciendo gestos.  
Llegaron dos pasajes nada honestos,  
Y á la pobre Vision le dieron asco.  
Bufando á cada instante,  
Sufrió la relacion una hora justa;  
Pero despues se le apuró el aguante,  
Y dando un revolcon, tomó el portante.  
—Esta clase de libros no le gusta  
(Dijo con alborozo el visitado):  
Pues bien, ya tengo el exorcismo hallado.—  
A la otra noche, la Vision en casa.  
El hombre, zas, comienza la lectura;  
Y la visita incómoda le dura  
Solo media hora escasa.  
Lo que es á la tercera

No dejó la fantasma ni siquiera  
Dos hojas acabar: huyó diciendo:  
No temas que mi vuelta se repita;  
Mas ya que te irritaba la visita,  
Sábetete que un suplicio mas tremendo  
Te ha de venir, bebiendo  
La moral de tu hermosa novelita.

Escritos hay en cantidad no corta,  
Que ni el mismo demontre los soporta.

~~~~~

FABULA XXXVI.

EL ABANICO.

Para ocultar el rostro
Enrojecido,
A las niñas dió Venus
El abanico.

Ciertas y ciertas
Cubren con él la falta
De la vergüenza.

~~~~~

FABULA XXXVII.

EL LEON DESVELADO.

Un adusto Leon, Rey de uña brava,  
Con su bufon el Mono conversaba,  
Y díjole una vez: ¿Oyes, bamboche?  
Yo no duermo en la cama por la noche.  
—Váyase (replicó travieso el Mono)  
Por lo mucho que duermes en el trono.  
Mató el Rey al bufon por la osadía,  
Y no durmió de noche ni de día.

No es fácil que repose ácalmente  
Ocioso cuerpo ni alma delincuente.

~~~~~

FABULA XXXVIII.

EL SUEÑO DEL MALVADO.

La fábula anterior iba leyendo
Un Caminante á pié, y halló durmiendo
En regalada paz bajo unos pinos
A un Saltador famoso de caminos.
Alejose de allí; mas entre dientes

A la fábula dijo : Amiga , mientes.
 El hombre de quien huyo acelerado ,
 Goza un sueño feliz , y es un malvado.—
 Sacó por sí la cara ,
 Contestando la Fábula : Querido ,
 Si el ladrón no durmiera , te robara :
 ¡ Mira lo que su sueño te ha valido !

Excepciones padecen , mas ó menos ,
 Las reglas generales.
 Mientras quietos están los criminales ,
 No peligran los buenos.

~~~~~  
**FABULA XXXIX.**

**RECETA CONTRA IMPORTUNOS.**

Ha dado toda la gente  
 Rica y pobre del lugar  
 En venirme á visitar ,  
 Y no sé como la ahuyente.  
 Así á Blas dijo Vicente ;  
 Y él repuso : Fácil es ;  
 Y apuesto á que pronto ves  
 Que huye de tí el mundo entero.  
 Pídele al rico dinero ,  
 Y al pobre no se le des.

~~~~~  
FABULA XL.

EL CUERVO Y LA ZORRA.

Rabiaba un carnicero
 Con el pícaro gato de un vecino ;
 Y por matar al animal dañino ,
 Separó una tajada de carnero ,
 Y adobada con dosis algo fuerte
 De un tósigo de muerte ,
 Púsola en el tejado ,
 Por donde á su capricho
 Entraba á merendar el susodicho.
 Un Cuervo que lo vió , partió flechado ,
 Pilló el macizo trozo ,
 Y á un árbol escapó lleno de gozo.
 Al tiempo que iba el Grajo
 A trincar el magnífico tasajo ,
 Hete pues que aparécese la Zorra ,
 Con gana siempre de comer de gorra ,
 Y exclama diestra con acento blando :
 ¡ Ave de Jove ! te saludo grata.—
 El Cuervo preguntó á la mogigata ;

¿ A quién discurrees tú que estás hablando ?

— ¿ A quién ? (le respondió la zalamera)
 Al águila altanera ,
 Que del lado de Júpiter clemente
 Baja diariamente ,
 Y echa desde la copa de esa encina
 El don que por suatento me destina.
 ¿ A qué venir disimulando ahora ,
 Cuando miro en tu garra triunfadora
 La codiciada presa ,
 Que á esta desamparada criatura
 Contigo el Dios envía de su mesa ?
 — La Zorra se figura
 (Para sí dijo el Cuervo complacido)
 Que soy águila yo : locura fuera
 Desengañarla y deshacer el truco.—
 Soltó con bizarría majadera
 El robo por la Zorra apetecido ,
 Tendió las alas y se fué tan hueco.
 El animal astuto
 Cogió contento el fruto
 Debido á sus indignas artimañas.
 Cómelo con presteza :
 Convulsiones extrañas
 Luego á sentir empieza ,
 Y abrásale el veneno las entrañas.

Ciertos bien conocidos perillanes ,
 Que viven de adular á la simpleza
 Sin rastro de pudor , ¿ no fuera bueno
 Que tragan en salsa de faisanes
 Una dosis decente de veneno ?

~~~~~  
**FABULA XLI.**

**EL LEON Y LA LIEBRE.**

Cierto Leon solía  
 Por su bondad de genio  
 Tener con una Liebre  
 Sus ratos de recreo.  
 ¿ Es verdad (preguntóle  
 La Liebre en uno de ellos)  
 Que un miserable gallo ,  
 Si empieza el cacareo ,  
 Os hace á los leones  
 Tímidos ir huyendo ?  
 — No tienes que dudarlo  
 (Dijo el Leon sincero) :  
 Lo mismo al elefante  
 Le pasa con el cerdo ,  
 Que si oye su gruñido ,  
 Se asusta sin remedio.  
 Los grandes animales  
 (Preciso es conocerlo)  
 Una flaqueza de estas

Por lo común tenemos.  
— ¿Sí? (replicó la Liebre.)  
Vamos, pues ya comprendo  
Por qué tenemos tanto  
Nosotras á los perros.

~~~~~  
FABULA XLII.

EL LEON Y LA RAPOSA.

—————
(Del Maestro Tirso de Molina.)

Viejo el Leon una vez
Y tullido (que no es nuevo,
Quien anda mucho mancebo,
Cojear á la vejez);
Como no podia cazar
Y estaba solo y hambriento,
Aguzó el entendimiento
Para comer sin andar;
Y llamando á cortes reales,
Mandó por edicto y ley
Que supuesto que era Rey
De todos los animales,
Acudiesen á su cueva.
Fueron todos, y sentados,
Dijo: Vasallos honrados,
Voy á daros una nueva
Extraña, que en mí provoca
Grandísima desazon:
Sabed, pues, que yo el Leon
Padezco de mal de boca.
No es bien que á sujeto real,
De tantos brutos señor,
Le dé repugnante olor
Su dentadura fatal:
Así el servicio me hareis
Algunos de los presentes
De registrarme los dientes,
A fin de que me informeis
Qué hueso estará en el caso
De que se limpie ó se saque,
Para que pronto se aplaque
La incomodidad que paso.
Metióse con esto adentro,
Y yendo á verle uno á uno,
De allí no salió ninguno.
La Raposa, que es el centro
De las malicias, olió
El poste inmediatamente;
Y llamándola el paciente,
En vez de entrar se apartó.
Cogió en el campo una toba,

O caña de cardo seco,
Mondo, larguísimo y hueco;
Llegó hasta la regia alcoba,
Y asomando la cabeza,
Dijo: Por no ser tenida
Por sucia y descomedida,
No entro á ver á vuestra alteza;
Pues como paso trabajos,
Hoy con ajos almorcé,
Y á un principe, ya se ve
Que le han de ofender los ajos.
Por aquesta cerbatana
Vuestra alteza eche el aliento;
Que si al recibirle siento
Mal olor, es cosa llana
Que hay muela que se dañó;
Y el sacarla no es mi cuenta,
Pues no hay en casa herramienta
Ni sé manejarla yo.

Huyó con esto advertida,
Diciéndose al escapar:
Nunca fué cordura entrar
Donde no se vé salida.

~~~~~  
**FABULA XLIII.**

**EL DROMEDARIO Y EL CAMELLO.**

El Camello le dijo  
Al Dromedario:  
— Comparado contigo,  
¿Cuánto mas valgo!  
No cabe duda:  
Yo tengo dos jorobas;  
Tú tienes una.

~~~~~  
FABULA XLIV.

LA LLAVE.

Saliendo á media noche de un jolgorio
Con la razon turbada por el vino
Cierta don Juan Tenorio,
Quiero decir, un mozo libertino,
Travieso cuanto cabe,
Dió un tropezon y se encontró una llave.
— Esta llave, sin duda
(Dijo entre sí con lengua tartamuda),
Es mi suerte, mi estrella, mi destino.
Bien la conozco: la perdió la viuda
Que por aquí desde la iglesia pasa,

La esquivá y hermosísima Colasa,
 Por quien suspiro há meses y me alampo.
 Voy á su casa, pues, y allá me zampo.—
 Allí se fué; mas por estar penoche
 Y ser la noche oscura,
 Trocó el jóven audaz con otra casa
 La de su amada y rígida hermosa;
 Pero metió la llave por el trueque
 Justamente en su propia cerradura.
 Abrió, salióle un quidam al encuentro,
 Que principió con él á soplamocos,
 Y el hombre conoció que estaba dentro
 De un hospital de locos.

Suelen venir á ser los calaveras
 Locos al fin de veras.

~~~~~  
**FABULA XLV.**

**EL COMPRADOR Y EL HORTERA.**

Cuentecillo forjado por deleite  
 Parecerá sin duda la contienda,  
 Que se trabó en Madrid en una tienda  
 De vinagre y aceite.

Despachaba en la calle de Torija  
 Líquidos un Muchacho madrileño;  
 Y otro, según la traza, lugareño,  
 Fué por aceite allí con su vasija.

—Tú, cara de lechuza  
 (Dijo sin aprension el Forastero),  
 Despáchame ligero,  
 Lléname bien la alcuza.

—Cuando sepas hablar en castellano  
 (Le replicó el Hortera),  
 Sabrás que lo que tienes en la mano,  
 Se llama la *aceitera*.

—En toda tierra que garbanzos cria  
 (Contestó el provincial enardecido),  
 Alcuza siempre ha sido,  
 Y alcuza la nombramos en el día.

—En tierra (dijo el otro) de garbanzos,  
 Corre por *aceitera* solamente;  
 Y quien le ponga nombre diferente,  
 Ha nacido entre malvas y mastranzas. —

El Patan en sus trece se mantuvo;  
 Le rechazaba el Horterilla listo:  
 Se incomodaron, y hubo  
 Por consiguiente la de Dios es Cristo.

A las voces y apodos  
 Cachetina siguió larga y furiosa:  
 Todo por una cosa  
 Que se puede llamar de entrambos modos.

Pueril extravagancia  
 Es, pero comunísima en el hombre,  
 No poner en disputa la sustancia  
 Y reñir por el nombre.

~~~~~  
FABULA XLVI.

LA FORTUNA.

Hízose moda llamar
 A la Fortuna cruel
 Y ciega y loca de atar:
 Ella mandó circular
 Por todo el orbe un papel.

« Quien tuviere (en él decía)
 Conmigo cuestion alguna,
 Presentese en Almería
 Tal año, tal mes, tal día.
 Firmado: Yo la Fortuna. »

Voló todo pretendiente
 Por no llegar el segundo.
 ¡Cuánta cara-diferente!
 Hasta de Zafra hubo gente,
 Que es pueblo fuera del mundo.

Con terrible trapisonda
 Pasó el primer peloton
 Al local de la sesion.
 Una gran mesa redonda
 Casi ocupaba el salon.

Cubre la mesa un brocado;
 Y en el centro, donde ya
 Ningun brazo llegará,
 Se halla esparcido y mezclado
 Cuanto la Fortuna da.

Bastones, mitras, dogales,
 Moneda en bolsas distintas,
 Plumas, azadas, puñales,
 Mantos, bulas, vendas, cintas,
 En suma bienes y males.

La Fortuna, que es traviesa,
 Cuando vió el tropel entrar,
 Se entretuvo en colocar
 Por la orilla de la mesa
 Muchas cañas de pescar.

Y dijo con aire ufano :
Para que el linaje humano
Cese de ponerse apodos ,
Van á tener en la mano
Desde hoy su ventura todos.

En la mesa viendo estais
Cuanto recibí del cielo :
Con el brazo llegais ;
Vamos á ver qué sacais
Con hilo , cuerda y anzuelo.

Si algun infeliz se engaña ,
Y mal por no bien se le enreda ,
Que se queje de su maña .
Señores , mano á la caña ,
Y á pescar lo que se pueda. —

¡Allí fué ver á la par
A fogosos y tranquilos
Anzuelos al aire echar !
¡Allí enredarse los hilos ,
Y romperlos al tirar !

Tras una dote un machucho
Fatigó la caña mucho ;
Pero con tan mala traza ,
Que le salió un cucurucho
De dulces de calabaza.

Por un anillo ducal ,
Que una Venus de arrabal
Ambicionó muy de veras ,
Enganchó un par de tijeras
Y un hábito de sayal.

Un coplero sin donaire
Por poco un laurel alcanza ;
Mas , burlando su esperanza ,
Le alzó una manta en el aire
Como al pobre Sancho Panza.

Un jugador que á un bolsillo
El anzuelo encaminó ,
Hizo presa en el gatillo
De un cargado cachorrillo ,
Que al disparar le mató.

Pescaba el sordo muletas
Y el volatin andadores ,
Y algunas niñas inquietas
Pescaron en vez de flores
Hilo hermoso de calcetas.

Y entre tanto un guardador
De la villa por la noche
(Sereno diré mejor)
Se halló con palacio y coche ,
Serenísimo Señor.

Así entre ruidosos gritos ,
Picaron allí toditos ,
De pena ó de gusto locos :
Los contentos fueron pocos ,
Los quejosos infinitos.

Vió la Fortuna la gresea ,
Y en ella su desagravio ,
Y con lástima burlesca
Dijo al fin : Que Diego el sabio
Nos dé una leccion de pesca. —

Llaman al sabio don Diego ,
Y entra conducido luego
De un perrillo ladrador .
— ¡ Calla ! (exclaman) ¡ es un ciego !
¡ Buen ojo de pescador !

Silban todos al pobrete ;
Y él sin que nada le inquiete ,
Oye , tiente , hace su arroje ,
Y en vez de una prenda , coge
Con el anzuelo el tapete.

¡ Bravo ! claman por aquí .
¡ Viva ! chillan por allá .
¡ Buena la leccion está ! —
Don Diego entre tanto va
Tirando el tapete á sí .

Con él vino , por supuesto ,
Cuanto en él estaba puesto
Porque nadie lo pilló ,
Y al pié del sabio modesto
Desde la mesa rodó .

Coronas de soberano ,
Dotes de bella mujer ,
Bastones , oro , placer :
Todo lo tiene en su mano ,
De todo puede escoger .

A un cetro tomó aficion ;
Mas pesaba en demasia :
Lo dejó con un baston ,
Que vió que se convertía
En látigo de sayon .

Encontró venalidad
En el sí de una belleza ,
En un laurel vanidad ,
Cuidados en la riqueza
Y odio en la celebridad .

Y en vez de gloria y poder ,
Tomó el limitado haber
De una honrada medianía ,
Que vivir le permitía
Sin malgastar ni deber .

— El ciego os ha de enseñar
 (Dijo la Fortuna al dar
 La señal para salir)
 Cómo podreis alcanzar,
 Cómo debeis elegir.

Legítima herencia son
 Del ilustrado varon
 Los bienes que el mundo encierra;
 Pero no hay dicha en la tierra
 Donde no hay moderacion.

~~~~~

FABULA XLVII.

EL DIAMANTE Y EL CRISTAL.

Cierto lapidario  
 Perdió en un camino  
 Un Diamante tosco  
 Y un Cristal pulido.  
 A su camarada  
 El Diamante dijo:  
 Yo salir espero  
 Pronto de este sitio.  
 Piedra soy al cabo  
 De valor crecido:  
 Quien me encuentre, llena  
 De oro su bolsillo.—  
 El Cristal picado  
 Respondióle: Amigo,  
 Mucho es lo que vales;  
 Pero no te envidio.  
 Tú y un vil guijarro  
 Pareceis lo mismo:  
 ¿Quién, pues, ha de verte  
 Si te falta el brillo?  
 Unos pasajeros  
 Acercarse miro:  
 Vamos á ver de ambos  
 Quién es preferido.—  
 El Cristal lanzaba  
 Resplandores vivos,  
 Y esto á los viajantes  
 Reparar les hizo.  
 Bájanse á cogerle,  
 Le alzan con cariño,  
 Y entre tanto pisan  
 Al Diamante rico.  
 Y sin ser de nadie  
 Desde entonces visto,  
 Se quedó en el polvo  
 Para siempre hundido.

Méritos ahora  
 Húndense de hijo,

Si les falta un poco  
 De charlatanismo.

~~~~~

FABULA XLVIII.

LOS VIAJES.

Un Pescador, vecino de Bilbao,
 Cogió, yo no sé donde, un Bacalao.
 — ¿Qué vas á hacer conmigo?
 (El pez le preguntó con voz llorosa.)
 Él respondió: Te llevaré á mi esposa:
 Ella con pulcritud y ligereza
 Te cortará del cuerpo la cabeza:
 Negociaré despues con un amigo,
 Y si me da por tí maravédises,
 Irás con él á recorrer países. ^{[cabo.}
 — ¡Sin cabeza! ¡Ay de mí! (gritó el pes-
 Y replicó el discreto vascongado:
 ¿Por esa pequeñez te desazonas?
 Pues hoy viajan así muchas personas.

~~~~~

FABULA XLIX.

EL ASNO FELIZ.

Llevaba por las calles un Jumento  
 Varios tjestos en flor, y el grato aroma  
 Que embalsamaba el viento,  
 Al rededor juntaba del Pollino  
 Cuantas narices de goloso olfato  
 Hallaba en el camino.  
 Viendo que se le sigue, va y lo toma  
 Por él el mentecato,  
 Y exclama interiormente:  
 No hay duda que hay aquí muy buena gente,  
 Y es conmigo finísima en sus modos.  
 Todos me obsequian, me acompañan todos.—  
 La estacion de las flores poco dura.  
 Sucede que otro día  
 Le cargan á mi Burro de basura;  
 Y huyendo entonces el fatal encuentro,  
 Se vuelve cada cual ó se desvia,  
 Y en hallando un portal, se mete dentro.  
 Y el animal decia:  
 No se me puede honrar mas á las claras:  
 Todos, para que marche sin tropiezo,  
 Se apartan de mi lado veinte varas.

Así vive feliz un arrapiezo  
 De los que dicen *ígnocencia* y *buya*,  
 Porque tiene la suerte  
 De que nada interpreta en contra suya,  
 Y todo en su provecho lo convierte.

## FABULA L.

## ESOPO Y EL BORRICO.

Al buen Esopo dijole un Borrico :  
 Por quien soy te suplico,  
 Si en algun cuentecillo me introduces,  
 Que pongas, como debes, en mi labio  
 Singular discrecion, lenguaje sabio.—  
 Esopo respondió : Yo bien podria  
 Fingirte bestia de talento y luces ;  
 Pero al ver tan solemne desatino  
 Todo el mundo á una voz nos llamaria,  
 El filósofo á tí, y á mí el pollino.

Es alabar á un necio  
 Locura digna de comun desprecio.

## FABULA LI.

## EL CUADRO DEL BURRO.

Pintó el insigne don Francisco Goya  
 Con tan rara verdad y valentía  
 Un Burro de la casa en que vivia,  
 Que el cuadro borrical era una joya.  
 Mister qué sé yo quién, inglés muy rico,  
 Veinte mil reales por el lienzo daba ;  
 Goya, que á la sazón necesitaba  
 Un estudio bien hecho de borrico,  
 Tenaz á enajenarlo se negaba.  
 Oyendo al fin un día  
 El Asno vivo discutir el trato,  
 Exclamó sollozando de alegría :  
 ¡Mil duros da el inglés por mi retrato!  
 Por el original, ¿qué no daría?

## FABULA LII.

## EL JUMENTO MURMURADOR.

Señor, es fuerza que la sangre corra,  
 (Dijo al Leon solicita la Zorra.)  
 Sin cesar el estúpido Jumento  
 De tí murmura con furor violento.  
 — ¡Bah! (respondió la generosa fiera),  
 Déjale que rebuzne cuanto quiera.

Pecho se necesita bien mezquino  
 Para sentir injurias de pollino.

## FABULA LIII.

## EL PERAL.

A un Peral una piedra  
 Tiró un Muchacho,  
 Y una pera exquisita  
 Soltóle el árbol.

Las almas nobles,  
 Por el mal que les hacen,  
 Vuelven favores.

## FABULA LIV.

## LA LUCIÉRNAGA Y EL SAPO.

En el silencio de la noche oscura  
 Sale de la espesura  
 Incauta la Luciérnaga modesta,  
 Y su templado brillo  
 Luce en la oscuridad el gusanillo.  
 Un Sapo vil, á quien la luz enoja,  
 Tiro traidor le asesta,  
 Y de su boca inmundada  
 La saliva mortífera le arroja.  
 La Luciérnaga dijo moribunda :  
 ¿Qué te hice yo para que así atentaras  
 A mi vida inocente?  
 Y el monstruo respondió : Bicho imprudente,  
 Siempre las distinciones valen caras :  
 No te escupiera yo, si no brillaras.

## FABULA LV.

## LOS CARACOLES.

Dos Caracoles un día  
 Tuvieron fuerte quimera  
 Sobre quién mayor carrera  
 En menos tiempo daría.  
 Una Rana les decia :  
 Yo he llegado á sospechar  
 Que sois ambos á la par  
 Algo duros de mover :  
 Antes de echar á correr,  
 Mirad si podeis andar.



## FABULA LVI.

## EL FILOSOFO Y LA VERDAD.

Un Filósofo, jóven atildado,  
 Cómodo y además acomodado,  
 Tuvo el capricho de emprender un viaje  
 A buscar la Verdad en carruaje  
 Que marchara veloz á toda costa.  
 El Filósofo pues, tomó la posta,  
 Y por villas lugares y caminos  
 A su vez á viajantes y á vecinos  
 Ansioso preguntaba :  
 ¿No sabéis cuánto dista  
 El alcázar insigne donde mora  
 Su alteza la Verdad?—A esa señora  
 (Cada cual contestaba)  
 Difícilmente le hallareis la pista.  
 Lo que es yo, ni de trato ni de vista  
 Ni de oídas conózcola siquiera,  
 Porque en mi vecindad es forastera.—  
 La esperanza el Filósofo perdía,  
 Cuando una tarde al fin, bien á deshora,  
 Encontró una pastora  
 Que pellico blanquísimo vestía.  
 La copa del sombrero le ceñía  
 Corona singular, ó bien guirnalda,  
 De ajeno, siempreviva y azucena :  
 Cubriale los hombros y la espalda  
 Rubia, copiosa, undívaga melena,  
 Y su semblante á veces parecía  
 De atezado color, feo y agreste ;  
 Y luego descubría  
 Cándida y rósea tez, beidad celeste.  
 —¿ Sabes, gentil doncella  
 (Dijo nuestro filósofo viajero),  
 Cuál es de la Verdad el paradero?  
 —Para saberlo (respondió sencilla)  
 Nadie mejor que yo.—¿ Qué maravilla,  
 Si la zagala aquella  
 Era, con su pellico y su corona,  
 La Verdad en persona ?  
 Por lo mismo su rostro parecía,  
 Segun la posicion del que veía,  
 O segun los antojos del deseo,  
 Unas veces hermoso y otras feo.—  
 Ahora bien, pastorcilla  
 (El caminante prosiguió), ¿ por dónde  
 Ha de guiar el conductor la silla?  
 —¡ Ay, Señor ! (le responde)  
 La rústica, la incógnita cabaña,  
 Que habita la Verdad, está en la cima  
 De una altísima y áspera montaña :  
 Sube un sendero allá, que pone grima,  
 Y lo fragoso de él y su angostura  
 No dan lugar á rueda ni herradura.  
 Al conductor y al amo les aviso

Que á pié, con harto afán, ir es preciso.  
 —¡ A pié ! (clamó el señor) ; á pié jornada  
 Segun lo que me dices, tan molesta !  
 ¿ Qué será de mi bota charolada ?  
 ¿ Mas qué Verdad es esta,  
 Que fama de útil en el mundo goza,  
 Y en lugar de palacio, vive en choza ?  
 Verdad que tanto cuesta,  
 Y que es tan ignorante, sobre todo,  
 Que desconoce el modo  
 De hacerse con dinero,  
 No es para nuestra edad, y no la quiero.

Hoy día es evidente  
 Que el saber se conquista sin trabajo.  
 En costando fatiga... buenas noches.  
 Si quiere la Verdad culto frecuente,  
 Viva con esplendor y en sitio bajo,  
 Accesible á los coches.

~~~~~

FABULA LVII.

LA SOBRIEDAD DEL GATO.

Bebe agua pura como yo, borracho,
 (Dijo el Gato al Mosquito.)
 ¿ Cómo tu paladar halla exquisito
 Ese indecente y pérfido calducho,
 De cuyo olor no más tomo yo empacho?
 —¿ De manera que usted, segun escucho
 (Contestó al miz el músico de oreja),
 Solo el vinillo deja,
 Porque la tal bebida no le agrada ?
 Pues yo tambien, sin ponderarlo nada,
 Ese mérito igualo peregrino.
 Si usted no cata el vino,
 Yo no como ratones, camarada.

~~~~~

## FABULA LVIII.

## EL TESORO.

Un tesoro encantado  
 En cierta gruta de Aragon habia :  
 Fiero dragon alado,  
 Cuya boca metralla despedia,  
 Y cuyos ojos nunca  
 Se cerraban, guardaba la espelunca.

(Paréntesis : he dicho  
*Espelunca* en lugar de *gruta* ó *cueva* ;

Mas no por el capricho  
De rebuscar la voz mas rara ó nueva :  
La ley del consonante  
Fué la que me obligó.—Paso adelante.)

Don Lope Revoltillo,  
Gran señor en los cántabros confines,  
Congregó en su castillo  
Cien y cien esforzados paladines,  
De combatir sedientos.  
Por cien y cien, entiéndase doscientos.

Número suficiente  
Aquel le pareció para la empresa  
De quebrantar la frente  
Al dragon de la gruta aragonesa,  
Y de aquellos rincones  
Sacar á luz millares de millones.

Gastó el buen caballero  
En equipar su ejército, aunque chico,  
Gran copia de dinero,  
Y aun para cierto endemoniado pico  
De no pequeño alcance,  
Contrajo deudas, trampas en romance.

Ello fué de manera  
Que al avistar en Aragon el punto  
Guardado por la fiera,  
El bizarro adalid se halló por junto,  
Limpios de polvo y paja,  
Cuatro maravedises en la caja.

Traban la lid : en ella  
Van todos al dragon, y él acomete,  
Derriba y atropella  
Capitan y peon, bruto y jinete.  
Cien combatientes, ciento,  
Rindieron en sus garras el aliento.

Herido ya don Lope,  
Con impetu mayor al monstruo avanza,  
Y sin que en hueso tope,  
Métele por los higados la lanza.  
Da un bufido sonoro  
Y muere el animal. ¡ Bien ! ¿ Y el tesoro ?

El tesoro importaba,  
¡ Rara casualidad ! precisamente  
Lo mismo que llevaba  
Revoltillo gastado con su gente ;  
No contando las vidas  
En la refriega bárbara perdidas,

Ni el afan y molestia  
De armar la expedicion, ni un chirlo guape  
Que á Lope dió la bestia.  
Pero en compensacion hallóse un trape.

Hilo y una redoma  
Con dos onzas de bálsamo de Roma.

Son los conquistadores  
Gloria de su país, pero funesta.  
Esfuerzos destructores  
Cada laurel á la nacion le cuesta,  
Y tras hechos brillantes,  
Queda, si estaba mal, tan mal como antes

## FABULA LIX.

## EL ELEFANTE BLANCO.

Cazado fué en un bosque  
Del reino de Siam  
Un Elefante blanco,  
Magnifico ejemplar.  
Al que hallan los Siameses  
Con circunstancia tal,  
Divino le reputan  
Y adoracion le dan.  
No hay que admirarse mucho  
De tanta ceguedad :  
Tambien hay quien adora  
Cuadrúpedos acá.  
Domesticada un poco  
La rústica deidad,  
Con su abultada mole  
Honró la capital.  
En un palacio rico  
Hicieron habitar  
A su divina-blanca  
Elefancianidad.  
Allí en bandejas de oro  
Y bombas de cristal  
El pienso y la bebida  
Le daban á embaular :  
Incienso le ofrecia  
Con obsequioso afan  
Caterva numerosa  
De gente principal,  
Y cuando en sus paseos  
Cruzaba la ciudad,  
Por tierra se postraba  
La turba popular.  
Acompañaba un gula  
Al dios irracional,  
Hombre que ser pudiera  
Allí divinidad.  
Con este el Elefante  
Se puso á conversar,  
Y preguntóle un dia  
Cierta dificultad.  
—¿ Por qué (le dijo) siempre

Que voy á pasear,  
 Se me arrodillan todos  
 Cuantos al paso están?  
 Demostracion tan rara,  
 Yo no sé á qué vendrá,  
 Pues yo no dejo al cabo  
 De ser un animal.  
 —¡Oh (respondióle el guia)  
 Modestia singular!  
 Mejor sabeis la causa  
 Que un infeliz mortal.  
 Punto es de fe que luego  
 Que al seno de la paz  
 Los héroes eminentes  
 De nuestra tierra van,  
 Sus almas vida nueva  
 Principian á gozar  
 En cuerpos de elefante,  
 Cual vos, y nada mas;  
 Y á fin de que los hombres  
 Los puedan venerar,  
 Esa blancura rara  
 Nos sirve de señal.—  
 Pasmado el Elefante  
 Oyó á su familiar.  
 —Eso (exclamó) ni aun pude  
 Soñarlo yo jamás.  
 ¡Yo en otros tiempos hombre,  
 Y hombre que fué capaz  
 De todo lo que llaman  
 Humana heroicidad!  
 Calumnia semejante  
 No debo tolerar.  
 ¿Qué rasgos en nosotros  
 Heróicos se verán?  
 Distingue al elefante  
 La magnanimidad:  
 Con un contrario débil  
 Rehusa pelear:  
 No envidia á sus iguales:  
 No es vano y suspicaz:  
 Feliz en su retiro  
 Mantiénesse frugal:  
 Y casto en sus amores,  
 Y fiel á su mitad,  
 No duda por su raza  
 Su sangre derramar.  
 ¿Cuál de los héroes todos,  
 Que hoy se celebran mas,  
 Cuál tuvo de estas pocas  
 Alguna cualidad?

## FABULA LX.

## LOS LOBOS.

Por Dios una descarga de metralla  
 (Gritó á su Cabo con horror un Quinto).  
 Ya todo este recinto  
 De hambrientos Lobos infestado se halla,  
 Que devoran feroces  
 Los muertos que al ejército contrario  
 Hizo nuestro valor en la batalla.  
 —Oye tú, perdulario  
 (Dijo al recluta con aullido fuerte  
 Un Lobo cano, que sintió las voces),  
 ¿Por qué han de disparar? ¿En qué peca-  
 Nosotros enterramos [mos?  
 Y vosotros matais: y de esta suerte,  
 ¿Quién será el criminal digno de muerte?

## FABULA LXI.

## EL PESCADOR.

Un pobre Pescador, volviendo al puerto,  
 Sacó en la red un muerto.  
 Sin mirar si era fiel ó si era moro,  
 Sepultura le dió, y halló un tesoro.

Premio de su virtud sencilla y pura,  
 La caridad le trajo la ventura.

## FABULA LXII.

## LA TIERRA DE LOS COJOS.

No lejos del *Estrecho*  
 Que hoy es de *Gibraltar* apellidado,  
 Hubo antes un país, ya sepultado  
 Por la furia del mar. Allí no habia  
 Ni un hombre que al andar fuese derecho:  
 Ley natural, que de sorpresa embarga  
 Por única en el mundo todavia,  
 Nacer á los indigenas hacia  
 Con una pierna corta y otra larga.  
 Salta pues, á los ojos  
 Que, á tales piernas, era  
 Consiguiente y precisa la cojera;  
 Pues aunque hay muchos cojos  
 Por otras causas que decir no importa,  
 Cojo es el que se ve por su desdicha  
 Con una pierna larga y otra corta,

rminos usando generales,  
 e tiene las piernas desiguales.  
 e de la gracia susodicha,  
 si tuvieran en la lengua nudos  
 res y varones,  
 iban además á tropicones:  
 eran en fin y tartamudos.  
 ó á este país un Europeo,  
 notar circunstancia tan chocante,  
 nuy arrogante:  
 'oy á ser aquí, pues no cojeo.—  
 mbre se llevó terrible chasco.  
 en de una ciudad las calles pisa,  
 do viéndole andar los moradores,  
 i de lástima exclama, quién de risa:  
 en el gesto y aparentan asco  
 as, señoritas y señores:  
 ando muecas y soltando pullas,  
 la multitud al forastero,  
 anda como los pavos y las grullas, »  
 sta un despilfarrado zapatero,  
 dole del brazo,  
 darle medida se empeñaba  
 hacerle una bota, que supliera  
 o alto del tacón el gran pedazo  
 según él juzgaba,  
 la pierna al otro le faltaba.  
 do el infeliz de tal manera  
 pudo callar.—Pueblo sin juicio  
 con voz robusta y altanera),  
 echo no es vicio;  
 cioso y lo feo  
 vaiven, el torpe bamboleo  
 in cesar vais dando  
 o saber andar: yo soy el que ando;  
 ritos de ver mi gallardía,  
 cual imitarme debería,  
 le fuese dable  
 turba de cojos miserable.—  
 estas injurias imprudentes  
 oyeron bien aquellas gentes;  
 como al son de la primera frase  
 lírico huésped, observaron  
 o era tartamudo, no esperaron  
 él sus invectivas acabase,  
 tudirle á voces y silbidos.  
 ue de taparse los oídos.  
 é qué-qué-qué (decían) lengua-guaje!  
 lo que habla el mu-mu-muy salvaje,  
 mi-mi-mitad se-se co-come.  
 in ma-maestro se-se le-le lleve,  
 i-fu-fuerza de-de zu-zurridos,  
 ue la-la costu-tu-tumbre tome  
 hablar y an-andar co-come debe.—  
 escapar de allí se tarda un poco,  
 enjaulan por loco.

suele acontecer al desdichado,

Que á combatir se atreve  
 Un error por el tiempo consagrado.

FABULA LXIII.

PLUTON Y EL CRITICO.

Del negro esquife de Caron salia  
 Escualido, amarillo y cejijunto  
 Cierta recién-difunto,  
 Vecino de la calle de Segovia,  
 Que muerto de hidrofobia,  
 Por huésped á Pluton se le venia.  
 Vió el señor de la region umbría,  
 Y extrañeza causándole su traza,  
 Le dijo: Buen amigo,  
 ¿Cuál mientras que viviste fué tu plaza?  
 —Mi plaza fué (le respondió)... Mal digo,  
 Mi grave ministerio,  
 Util como el que mas y necesario,  
 Fué repartir la mofa y vituperio,  
 Medicina del orbe literario.  
 Armado con el látigo inclemente  
 De la fria razon, crítico adusto,  
 El coco fué, la pesadilla y susto  
 Del escritor chanflon y el eminente:  
 Y hasta que al fin la suerte poco sabia  
 Me hizo morir de rabia,  
 Las endiabladas ocurrencias mias  
 Dieron amargos dias  
 A todo pobre á quien hincaba el diente.  
 —¡Hola! ¿con que mordias?  
 (Le replicó Pluton). Perfectamente:  
 Colocado en mi umbral, harás proezas.  
 Ese perro, que ves, de tres cabezas,  
 Se halla sin dientes ya y endeble de ancas,  
 Y ni ladra siquiera al forastero.  
 Te pondré su cadena y sus carlancas,  
 Y el puesto ocuparás del Cancerbero.

FABULA LXIV.

EL RUISEÑOR Y LA CALANDRIA.

Poeta campanudo, que te pierdes  
 Allá por las fantásticas alturas,  
 Sin que en tu vuelo rápido te acuerdes  
 De que al pobre lector dejas á oscuras,  
 A tí con las palabras me dirijo  
 Que el Ruisenor á la Calandria dijo:  
 ¿Por qué tan á las nubes te levantas?  
 ¿Quieres que no se entienda lo que cantas?

## FABULA LXV.

## LA PRAGMATICA DE TRAJES.

Notaba con dolor el Rey prudente  
De una region, que señalar no quiero,  
La general miseria de su gente  
Desde el ínclito prócer al pechero,  
Y con miseria tal unido el flujo  
De inaguantable ostentacion y lujo.  
Para cortar el mal, dispuso varios  
Edictos suntuarios;  
Pero, ¡ fatiga vana!  
Dados hoy, olvidábanse mañana.  
—Claro está (dijo el Rey con pesadumbre)  
Que se burla de mí la muchedumbre.  
Tratemos de ver cómo  
A cierta clase domo;  
Pues logrando una vez que se acostumbre  
Un ciento de mujeres y varones  
A vestir económico y decente,  
De ejemplares así, precisamente  
Resultarán despues imitaciones:  
Y si el vestido reformado ensaya,  
Porque le sienta bien á su figura,  
Tal ó cual hermosura  
De las que ponen en mí corte raya,  
La capital entonces á porfía  
Y la nacion, por imitarla, toda,  
La ley admitirán trocada en moda.—  
Pues dicho y hecho. Remanece un dia  
Hueca y oronda la oficial gaceta,  
Diciendo: « El Rey nuestro Señor decreta,  
Oido su Consejo, lo siguiente:  
Desde cinco de agosto del presente  
Ha de ser distintivo necesario  
De todo ciudadano pretendiente  
Vestirse de profeso mercenario,  
Y toda pretendienta ciudadana  
Vestirá de tercera franciscana. »  
¡ Qué pasmo! ¡ qué prodigio!  
En poco mas de un año  
Ya era casualidad hallar vestigio  
Del traje antes comun, que por extraño  
Solo quedó para disfraz de haile.  
Todos iban allí de monja ó fraile.  
— ¡ Cómo el decreto fué tan bien cumpli-  
do?  
¡ Tanto agradó el vestido?  
— ¡ Agradar! ¡ Quién tal piensa?  
Era barato, cómodo y honesto,  
Y eso jamás agrada, por supuesto.  
Se recibió con repugnancia inmensa;  
Pero en aquel pais desventurado,  
Por la miseria y lujo devorado,  
Los ya sabidos males  
A otro mas grave mal origen dieron.

Todos, sin excepcion, sus naturales  
Pretendientes de oficio se volvieron.

Suplico á mis lectores  
Que no den maliciosos en la maña  
De ver aquí la imágen de la España.  
Quiere decir, sin miras ulteriores,  
El cuento relatado  
Que es todo pretendiente bien mandado,  
Y si obtener su pretension aguarda,  
Sufrirá que le pongan una albarda;  
Quien tierno de hombros fuere,  
No solicite nada, si pudiere.

## FABULA LXVI.

## EL LINAJUDO Y EL CIEGO.

A un Ciego le decia un Linajudo:  
Todos mis ascendientes héroes fueron.—  
Y respondióle el Ciego: No lo dudo:  
Yo sin vista nacl; mis padres vieron.

No se envanezca de su ilustre raza  
Quien debió ser melon y es calabaza.

## FABULA LXVII.

## UNO DE TANTOS.

Poderosos, venid: trazaros quiero  
La historia singular de un caballero,  
Que, *immensamente rico*,  
Años contó noventa y nueve y pico.  
Escuchad y aprended: la historia es *estú*.  
*Don Fulano de tal nació en Almanax,*  
*Comió, bebió, murió y en paz descansó.*  
¡ Qué pérdida, señores, tan funesta,  
Si muere mas temprano  
Tan laborioso y útil ciudadano!

## FABULA LXVIII.

## BENEFICIOS DE LA LEY.

Caminaba á Jaen un Peregrino,  
Y le asaltó un Ladron en el camino.  
— La bolsa (le gritó), si no, la vida.—  
El infeliz devoto se intimida,

Y entrega su caudal como un cordero;  
 Pero no satisfecho el bandolero,  
 A saco luego sus vestidos entra,  
 Y un relicario de valor le encuentra.  
 En esto se aparece un Cuadrillero.  
 Suelta el Ladron la alhaja y el dinero,  
 Huye, y entre los árboles se embosca.  
 —¿Cómo (exclama el viajero, agradecido  
 Al ángel salvador recién venido),  
 ¿Cómo pagar á usted? — Venga la mosca.  
 — Hombre, déjeme usted lo necesario...  
 — Déme también usted el relicario.  
 — Pero, señor, con tales condiciones,  
 Nada, en librarme del Ladron, consigo.  
 — Yo tengo desgarrados los calzones:  
 Cámbiemelos usted, y agur, amigo.

Ya que existe un poder que al ciudadano  
 Libra del golpe de opresora mano,  
 ¿Por qué de ese poder es ley precisa  
 Que deje al protegido sin camisa?

~~~~~

FABULA LXIX.

EL PAJARO Y EL NIÑO.

Un Pajarillo
 Dieron á Blas,
 Niño travieso,
 Buen perillan.
 Atale un hilo,
 Le echa á volar,
 Y el prisionero
 Quieto se está.
 Blas le decía:
 — Torpe animal,
 Goza el permiso
 Que hoy se te da.
 Largo de sobra
 Es el torzal:
 Vuelos muy altos
 Puedes echar.
 — No (dice el ave),
 Que en realidad
 Ese bien luego
 Tórnase mal.
 Tú de la pata
 Me tirarás,
 Siempre que el vuelo
 Quiera yo alzar.

No hay servidumbre
 Que aflija mas
 Que una con visos
 De libertad.

FABULA LXX.

EL USO DE LA LIBERTAD.

« ¡ Viva la libertad! » Así gritaban
 Juntos con recia voz por largo rato,
 Al verse libres de su duro encierro,
 Una Marmota, un Gato,
 Un Colorin y un Perro,
 Que antes en un cortijo suspiraban,
 Víctimas del poder y los caprichos
 De un Labrador aficionado á bichos.
 ¿Qué se hace, compañeros?
 (Preguntó el Colorin, pues es costumbre
 De bestias á la vez y caballeros
 Que el promotor de las cuestiones sea
 La cabeza mas ruin de la asamblea.)
 Yo (prosiguió diciendo muy ufano),
 Puesto que terminó la servidumbre,
 Y en ella me enseñaban varios sonos,
 Quiero desde hoy con ellos al tirano
 Silbar, y confundirle á maldiciones.
 — Yo (dijo la Marmota),
 Buscaré un agujero
 Para dormir en él un año entero.
 — Aquí (el Gato exclamó), segun se nota,
 Por los collados hay y los ejidos
 Multitud de conejos y de nidos:
 Ya que se me presenta buena traza,
 Contrabandista me hago de la caza.
 — Yo (prorumpió sagaz el Perdiguero),
 Como que libre y suelto bien me lamo,
 Voy libremente á ver si encuentro un amo

¡ De tan indigno modo
 Empleó la cuadrilla emancipada
 La libertad dulcísima anhelada!
 Para las almas nobles ella es todo;
 Para egoistas, nada.

~~~~~

#### FABULA LXXI.

#### EL LEON Y LA VACA.

Hubo un Leon que, fiero  
 Verdugo, y no monarca,  
 Ni toro ni cordero  
 Dejó por la comarca.  
 Su sanguinario porte  
 Movió feroz encono:  
 La plebe con la corte  
 Fué y derribó su trono.  
 Piedad en su condena  
 Obtuvo inmerecida:

Perdió la real melena ;  
 Salvó la infame vida.  
 La turba que no en vano  
 Le acometió valiente,  
 Juzgó para un tirano  
 Tal pena suficiente.  
 Metióse en un terreno  
 De abominable traza ,  
 De cambroneras lleno ,  
 Sin fuentes y sin caza.  
 Allí con hambre aguda ,  
 Secas de sed las fauces ,  
 Comió por carne cruda  
 Los mimbres de los sauces.  
 Ya temeroso un día  
 De próximo exterminio ,  
 Débil tomó la vía  
 De su anterior dominio.  
 Una piadosa Vaca  
 Por tierra le descubre ,  
 Ve que la lengua saca ,  
 Y acércale la ubre.  
 Se alza él y satisface  
 La sed devoradora ;  
 Mas chupa tanto , que hace  
 Sangre á su bienhechora.  
 Y oyendo que gemia ,  
 « Perdoná (dijo el bruto) :  
 Pensaba todavía  
 Ser príncipe absoluto. »

~~~~~

FABULA LXXII.

EL BARCO, EL RIO MARAÑÓN

Y LA RIBERA.

Yo (dijo el Barco al Marañón bravío)
 Navego sobre tí : besa mi casco ,
 Y admira mi saber y poderío.
 — Yo (le replica el Río),
 Si revuelve mis olas un chubasco,
 Estrello en un peñasco
 Todo ese gran poder : tiembla del mio.
 — Vivid en paz (exclama la Ribera) :
 Si hay borrasca, me inundo la primera.

Si chico y grande con furor insano
 Se enzarzan en químera ,
 Quien no quiere reñir es el pagano.
 Falta, para que á todos bien redunde,
 Que no insulte el bajel, ni el agua inunde.

~~~~~

## FABULA LXXIII.

## EL MOLINERO.

Nuestros romances de ciego  
 (Jácaras que dicen otros),  
 Ya se sabe que empezaban  
 Exactamente de un modo.  
 Para cantar las proezas  
 De algun insigne galopo ,  
 Que acabó suspenso en horca  
 Sus dias facinerosos ;  
 Para referir con gracia  
 Las trapisondas y embrollos  
 De alguna bruja, tres veces  
 Baqueteada en el lomo ;  
 O bien para describir  
 Amorsos peligrosos ,  
 Que por milagro de Dios  
 P'araron en matrimonio ;  
 Principiaban los poetas  
 Pidiendo al Señor devotos  
 Favor para celebrar  
 Lances que inspiró el demonio.  
 Yo que un romance de aquellos  
 Enjaretar me propongo ,  
 Seguir quisiera un estilo  
 Tan general y piadoso ;  
 Pero temiendo que digan  
 Que no es de fábulas propio  
 Nombrar á Dios ni á la Virgen ,  
 Ni al celeste consistorio ;  
 Ya que haga una invocacion  
 Segun la norma que adopto,  
 Invocaré un personaje  
*Fabulable* y fabuloso.  
 Tú, Lazarillo de Tormes,  
 Sison célebre entre todos,  
 Tú que tan cara pagaste  
 La longaniza y el mosto ;  
 Ya que segun nos refiriera  
 En esas páginas de oro,  
 Bajo el techo de un molino  
 Abriste á la luz los ojos,  
 Inspira mi lengua sosa ,  
 Dale tu decir donoso  
 Para que el garbo engrandezca  
 Del molinero Jeromo.

Jerónimo Garranchon ,  
 Agil y robusto mozo ,  
 De vista de águila y manos  
 Como entre de gato y mono,  
 Alquilaba de ordinario,  
 Cual diestro en aquel negocio,  
 El molino de la harina  
 De un pueblo cerca de Toro.

Los molineros allí,  
 Desde el tiempo de los godos,  
 De todo el trigo que muelen  
 Se hacen en especie cobro.  
*Maquilar* llaman á esto;  
*Ma-quitar*, sostuvo un docto  
 Que fuera mejor; la causa  
 Búsquela por sí el curioso.  
*Maquila* es la cantidad  
 Que el labrador por abono  
 Cede al molinero en cambio  
 De hacerle su grano polvo.  
 A Jeromo, de maquila,  
 Tocaba en fanega solo  
 Medio celemin rasado,  
 Sin una línea de colmo;  
 Pero él las cosas á medias  
 Las miró siempre con odio,  
 Y á pares los celemines  
 Maquilaba sin rebozo.  
 —Es (clamaban los vecinos)  
 Cosa que nos vuelve locos:  
 Trigo que dé menos pan,  
 Nunca lo vimos nosotros.—  
 Esta merma ocasionó  
 Quejas, riñas y alborotos,  
 Y fué quitado el molino  
 Al tal picaron de á folio.  
 Tomólo un amigo suyo,  
 Que, siendo sison mas corto,  
 Comparándole al primero,  
 Era concienzudo y *probo*.  
 Tuvo el nuestro que moler,  
 Despues que sufrió el despojo,  
 Una fanega de aquellas  
 Que ganó, ya dije cómo;  
 Y encontró á su sucesor  
 Fuera del molino en corro,  
 Jugando con siete holgones  
 Una merienda de pollos.  
 —¿Tienes prisa? dijo el nuevo.  
 —Sí.—Pues yo no me incomodo.  
 Muele y maquila por mí.  
 —Corriente: á ver si me porto.—  
 Descargó y entró el costal;  
 Hinchió la tolva, y de pronto  
 Lleno de trigo sacó  
 Un esporton ancho y hondo.  
 —¿Habré maquilado bien?  
 (Preguntó al nuevo, Jeromo.)  
 El hombre, viendo la espuerta,  
 Le contestó con asombro:  
 ¿No mueles una fanega?  
 —Sí.—Pues, si no me equivoco,  
 En ese capacho sacas  
 Tres celemines.—Y bobos.  
 —¿Y es el trigo tuyo?—Mio;  
 Pero es tan blanco y tan gordo,

Que maquilar la mitad,  
 Aun me pareciera poco.

Es natural: ciertos vicios,  
 Cuando se arraigan á fondo,  
 A costa de cuanto tiene  
 Los ejercita el vicioso.

FABULA LXXIV.

LA ESCALA.

Hambriento un Avion cogió un Mosquito,  
 Que indulto le pidió por ser chiquito  
 Y dar poco alimento;  
 Pero enojado el otro, á fuer de hambriento,  
 —No esperes (dijo) que tu voz me ablande:  
 Muere, que si eres chico, yo soy grande.—  
 No bien hizo la muerte el inhumano,  
 Pillale entre sus uñas un Milano.  
 Temblando el Avion gime y suplica;  
 Pero el Milano adusto le replica:  
 —No tienes que pensar que yo me ablande;  
 Muere, que tú eres chico y yo soy grande.—  
 Vió el Aguila al Milano entretenido  
 En devorar el pájaro cogido,  
 Y volando veloz, le prende y mata,  
 Por mas que ruega y de salvarse trata.  
 —No es fácil (murmuró) que yo me ablande;  
 Muere, porque eres chico, y yo soy grande.—  
 Fué el Aguila á volar; pero la bala  
 De un diestro Cazador le rompe un ala,  
 Y al revolcarse por el suelo herida,  
 —¿Por qué (gritó) me privas de la vida?  
 —Porque no hay (dijo el Hombre) quien me  
 mande.  
 Muere, pues eres chica, y yo soy grande.

Nadie uso indigno de sus fuerzas haga,  
 O sepa, si obra mal, que al fin se paga.  
 No murió el Cazador, y sí el Mosquito,  
 Y el lector pensará que sin delito.  
 No, pues al Cazador con furia impia  
 Le chupaba la sangre noche y dia.

FABULA LXXV.

LA PRUDENCIA HUMANA.

Cayó en la red del pescador artero  
 Un Barbo jovencito.  
 ¡Allí fué trabajar el prisionero



Para romper el cáñamo maldito!  
 Chupa, muerde, batalla,  
 Deshilacha el torzal, quiebra una malla,  
 Y al fin se libra del peligro fiero.  
 —¡ Caramba! (prorumpió) ¡ de buena esca-  
 Viviré en adelante sobre aviso. [po!  
 Quien me pesque otra vez, ya ha de ser guapo.  
 Mas una cosa de comer diviso,  
 Que á merced de las olas sobrenada,  
 Por un hilo sutil á un palo atada.  
 Es, si no me equivoco,  
 Pan, y buena racion; pues me la emboco.—  
 Tirase al cebo el pez sin mas recelo,  
 Y al salir de la red, tragó el anzuelo.

Así, con sus propósitos ufana,  
 Se arroja en pos del apetito loco  
 De yerro en yerro la prudencia humana.

~~~~~

FABULA LXXVI.

EL AVARO Y EL JORNALERO.

(De don Agustín Moreto.)

Todo su caudal guardaba
 Cierta Avariento cuitado
 En onzas de oro, metidas
 En un puchero de barro.
 Por tenerlo mas seguro,
 Fué con su puchero al campo:
 Al pié de un árbol cavó,
 Y lo enterró con recato.
 Amaneció al otro día
 Hambriento y desesperado
 Un Jornalero, sin pan
 Ni esperanza en ganarlo.
 Sacudió las faltriqueras,
 Y hallando en una cuartos,
 Sale, se compra una sogá,
 Y en seguida, como un rayo,
 Se va al campo á que le quite
 Los pesares el esparto.
 Trataba de ahorcarse en fin,
 Y escogió para ello el árbol,
 Que era del tesoro en onzas
 Inmóvil depositario.
 Al afianzar de una rama
 Bien la sogá el pobre diablo,
 Se le hundió en el hoyo un pié,
 Y halló el puchero enterrado.
 Cogióle, besóle y fuése,
 Y corriendo á corto rato

Sus preciosas amarillas
 Vino á visitar el amo.
 La tierra encontró movida,
 Y el hoyo desocupado;
 Pero de puchero y onzas
 No vió ni sombra ni rastro.
 Reparó en la sogá entonces,
 Y haciendo á la punta un lazo,
 Se ahorcó para no vivir
 Sin su tesoro adorado.
 Así el puchero y la sogá
 Mal ó bien se aprovecharon:
 Él en un hambriento, y ella
 En el cuello de un avaro.

~~~~~

FABULA LXXVII.

LA ABUELA.

(De don Juan de Matos Fragoso.)

Cariño grande tenía,  
 Como es regular tenerlo,  
 A un niño de pocos años  
 Su Abuela casi de ciento.  
 Murió un pariente y dejó  
 A los dos por herederos,  
 Para que á medias gozaran  
 Sus alhajas y dinero.  
 Un grupo de San Miguel  
 Con el diablo por trofeo  
 Quedó de nones al cabo  
 Del total repartimiento.  
 Era el ángel de marfil,  
 Y el diablo de oro: y queriendo  
 Repartir los albaceas  
 Alhaja de tanto precio,  
 Dijo la Abuelita: Yo  
 Con lo peor me contento;  
 Venga el demonio conmigo,  
 Y lleve el ángel mi nieto.

Así son viejas y niñas,  
 Así son mozos y viejos:  
 Nadie quiere al ángel pobre;  
 Todos al diablo opulento.

## FABULA LXXVIII.

## TAL PARA CUAL.

(De Lope de Vega.)

Cuentan que dos se casaron,  
Y, la noche de la boda,  
Ya en quietud la casa toda,  
De tal manera se hablaron.  
Él dijo: Ya no hay que hacer  
Secretos impertinentes:  
Postizos traigo los dientes;  
Paciencia: sois mi mujer.—  
—Dijo ella: Perdon os pido.  
Postizo traigo el cabello;  
No hay que reparar en ello:  
Paciencia: sois mi marido.

Es muy justo y natural,  
Cuando hace un engaño alguno,  
Que encuentre con otro tuno,  
Y queden tal para cual.

## FABULA LXXIX.

## LA O ENTRE NUMEROS.

(De don Pedro Calderon de la Barca.)

De una dama era galan  
Un Vidriero que vivia  
En Tremecen, y tenia  
Un grande amigo en Tetuan.  
Rogó al Vidriero la dama  
Que al amigo le escribiera  
Que una mona remitiera;  
Y como siempre quien ama  
Quiere con garbo cumplir,  
A fin de que á su capricho  
La ninfa escogiera el bicho,  
Tres ó cuatro envió á pedir.  
El tres ó cuatro escribió  
En números el Vidriero;  
Y cádate que en un cero  
Vino á trocarse la O.  
Y sin mas antecedente  
Sobre el extraño pedido  
El de Tetuan sorprendido  
Leyó del tenor siguiente:

« Amigo: para personas  
De toda mi estimacion,  
Mándame sin dilacion  
Trescientas y cuatro monas. »  
Hallóse apurado el tal;  
Pero harto mas se apuró  
El Vidriero cuando vió  
Contra su frágil caudal  
Dentro de muy pocos dias  
Apearse con estruendo  
Trescientas monas haciendo  
Trescientas mil monerías.  
Y costó al mal escritor  
Su ortográfico delitto  
Ver hecho trizas todito  
El vidrio de su obrador.

Tales yerros cometer  
Suele en materia mas grave  
Quien manda mal á quien sabe  
Malamente obedecer.

## FABULA LXXX.

## LA IMAGEN DEL AMOR.

A poco de casado  
Un Pintor entusiasta de su estado,  
Hizo un cuadro soberbio de Cupido.  
Pintóle hácia una flor abalanzado,  
El rostro enardecido,  
Llama vertiendo los divinos ojos  
Exentos ya de la enojosa venda,  
Y provocando con sus labios rojos  
Al ósculo en que amor pierde la rienda.  
Es demás añadir que la figura  
Estaba en carne pura:  
Los dioses de la Grecia mentirosa  
No usaban, á la cuenta, vestidura.  
—Llega, (dijo á su Esposa  
Con orgullo el Pintor), llégate y mira.—  
Miró con interés; pero al instante  
Se le tiñó de púrpura el semblante,  
Bajándole confusa y vergonzosa.  
Él, viéndolo exclamó: ¡ Desden te inspira  
Cuadro que pasará por un modelo?  
¡ Ves que falte al amor alguna cosa?  
Respondió la Mujer: Le falta un velo.

## FABULA LXXXI.

## LA NOVIA SERPIENTE.

Hubo en cierto país antiguamente  
 Una Niña encantada,  
 Que era mitad mujer, mitad serpiente;  
 Fuera de esto, bonita y hacendada.  
 Un mágico eminente  
 No dudó sostener que lograría  
 El vínculo feliz del matrimonio  
 La figura quitarle de demonio.  
 Casaron, pues, á la señora mia,  
 Y la que media sierpe fué soltera,  
 Luego que recibió las bendiciones  
 Se volvió sierpe entera,  
 Y el día de la boda, en un descuido,  
 Se comió con los dulces al marido.

¡ Cuántas hay, sin que tengan el encanto  
 Que ejercen la hermosura y los doblones,  
 Que en pronunciando el sí del nudo santo,  
 Se vuelven culebrones!

## FABULA LXXXII.

## LAS FURIAS.

Al correo ordinario de los dioses  
 Dijo una vez Pluton : Amigo mio,  
 Torpes están las Furias y aviejadas;  
 Y acá para mí avio,  
 Jóvenes deben ser despabiladas.  
 Parte á la tierra pues, y no reposes  
 Hasta ver si allí me proporcionas  
 Tres fuertes mocetonas,  
 Útiles para dar zurrido largo.—  
 Mercurio echó á volar con el encargo.  
 En el Olimpo casi el mismo día  
 Juno á su mandadera le decía :  
 —Iris, vamos á ver si te despachas,  
 Y me subes del mundo tres muchachas,  
 Libres de la epidémica manía,  
 Que llaman por allá *coquetería*.  
 Venus hoy con orgullo escandaloso  
 Por centésima vez se me ha jactado  
 De haber sin excepcion *coquetizado*  
 A todo el sexo hermoso,  
 Y ha de ser lance para mí gustoso  
 Si con tres ejemplares la desmiento.  
 Marcha, y haz el recado.—  
 Iris partió ligera como el viento.  
 Lo que anduvo la pobre, no se diga.  
*Corrió tres veces la terráquea bola;*

Mas vana fué su pertinaz fatiga,  
 Y húbose de volver cansada y sola.  
 Juno al verla exclamó : ¡ Tornas lo mismo  
 Que de aquí te mandé! ¿ Qué es esto, amiga?  
 ¿ No hay libres del aclago coquetismo  
 Treas entre tantas femeniles seres?  
 Dígoté que se portan las mujeres.—  
 Iris á Juno respondió : Señora,  
 Treas jóvenes ahora  
 Te presentara yo, segun las quieres :  
 Treas que odian los equívocos placeres  
 Y hacen de austeridad pomposo alarde :  
 Mozas de tomo y lomo,  
 Nada coquetas, ¡ oh! ni por asomo.  
 Pero ¡ ay! llegué ya tarde.  
 —¡ Tarde has llegado! ¿ Cómo?  
 —El bribon, el tunante de Mercurio  
 (Su deidad me perdone si le injurio)  
 De entre las manos á las tres me quita.  
 —¿ Por qué?—Porque Pluton las necesita.  
 —¡ Pluton esas doncellas tan cabales!  
 ¿ Para qué?—Para furias infernales.

Esto sucedería,  
 Si aconteció en verdad en tiempo alguno,  
 Cuando reinaba en el Olimpo Juno.  
 Ya es otra cosa : hoy día  
 Ni hay plaga tal de coquetillas locas,  
 Ni en cambio son tan pocas  
 Las que en defecto de belleza y labia,  
 Se dan á esa virtud que aúlla y rabia.  
 Enseña á mis lectoras solamente  
 Por lo mismo el apólogo presente  
 Que la que aspire á perfeccion completa,  
 No ha de ser ni pimienta ni veneno;  
 Y aunque diga un poeta  
 Que *entre coqueta y furia, la coqueta,*  
 En medio de las dos está lo bueno.

## FABULA LXXXIII.

## LA ESPOSA MODELO.

Hay varios pa receres  
 Sobre si aman de veras las mujeres :  
 Sin decidir cuestion tan importante,  
 Vaya un ejemplo de mujer amante.  
 Blas y Blasa, vecinos de una villa,  
 No sé si de Aragon ó de Castilla,  
 Se amaban de manera  
 Que eran el pasmo de la villa entera.  
 En protestas de amor la vida pasan. [*casan,*  
 Los padres... ¿ qué han de hacer? al fin los  
 Y marido y mujer ( ¡ prodigio extraño! )  
 Vivieron como novios casi un año.

No era para durar tanta ventura.  
 Coge Blas una fuerte calentura :  
 Cuidale su mujer á toda costa ;  
 Pero el mal se le lleva por la posta ,  
 De modo que el doctor al cabo lanza  
 La sentencia fatal : ¡ No hay esperanza !  
 ¡ Tremendo anuncio que en el alma hiere  
 A la consorte fiel ! — ¡ Ay ! ¡ que se muere !  
 ¡ Ay ! (grita) que me quedo sin marido !  
 • ¡ Para qué , justo Dios ! ¿ habré nacido ?  
 ¿ Por qué en mí la dolencia no se ceba ,  
 Y en lugar de mi Blas , á mí me lleva ?  
 Muerte , ven presurosa :  
 Deja al marido en paz , muera la esposa. —  
 La Muerte en el momento  
 Se cuela de rondon al aposento ,  
 Y dicen : ¿ Quién me llama ?  
 ¿ Cargo con el galan ó con la dama ? —  
 Blasa responde con turbado acento :  
 Llévate al infeliz que está en la cama.

¡ Oh qué pronto desmiente la experiencia  
 De la pasion los arrebatos locos !  
 Esto de dar por otro la existencia  
 Lo dicen muchos ; pero lo hacen pocos.

~~~~~  
FABULA LXXXIV.

EL VIUDO.

Suele amar la mujer con gran ternura ;
 Pero es siempre su amor de poca dura.
 La firmeza , al contrario , tiene un templo
 En el alma del hombre : va de ejemplo.
 Agonizando estaba
 Inés Querol , á quien su esposo amaba ,
 No con amor vulgar , sino extremado
 Y en un largo noviazgo acreditado ,
 En que hubo riñas , paz , éxtasis , zelos ,
 Paterna oposicion , rival y duelos ,
 Parando en fin la baraunda toda
 En que la pobre Inés cayó malita
 Sin desechar las galas de la boda.
 — Nadie su fin evita
 (Dijo la moribunda á su consorte) ;
 Mas ya que está mi muerte decretada ,
 Hazme para que menos angustiada
 Nuestra fatal separacion soporte ,
 Haz , Gabriel , á tu Inés el juramento
 De no pensar en otro casamiento :
 Con esto lograrás que en paz me aduerma. —
 Juró Gabriel , y se murió la enferma.
 ¡ Cuál fué el dolor del viudo !
 ¡ Jesus ! dolor de codo y mas agudo r
 Seco , es decir , sin llanto ,

Sordo al consuelo , y como sordo , mudo.
 Pero Inés falleció , y hay por lo tante
 Un cuerpo que llevar al campo santo ,
 Para ello se amortaja
 Con el nupcial vestido á la difunta ;
 Mas antes que la encierren en la caja ,
 Viene á verla Gabriel. — ¿ Quién es (pregunta ,
 Cuando la ve tan maja) ,
 Quién es el que dispone de lo ajeno ,
 Y así me echa á perder traje tan bueno ?
 Si trato de casarme por ventura ,
 ¿ No le podrá servir á mi futura ?

Con la pena tal vez el desdichado
 No se acordaba ya de lo jurado.
 Juró de buena fe , de buena gana ;
 Pero pronto olvidó. — ¡ Miseria humana !

~~~~~  
**FABULA LXXXV.**

**ANDRÉS MORUGO.**

Andrés Morugo , labrador casado  
 Con Beatriz Malagon , que era una arpía ,  
 Soñó que se moria  
 Por la misma Beatriz envenenado ,  
 Y que muriendo el hombre echando ternos ,  
 Bajaba derecho á los infernos.  
 Despertóse mi Andrés acongojado ,  
 Y entre si discurría :  
 Si tal piensa Beatriz , no es disparate  
 Matarla yo para que no me mate.  
 Voy á coger el hacha ,  
 Y sin que suelte un ay , se la despacha. —  
 Cogió , pues , la segur ; pero al momento  
 Le detuvo el siguiente pensamiento :  
 Como está esa mujer de culpas llena ,  
 Si la mato de pronto se condena ;  
 Y segun en el sueño se me dijo ,  
 Yo me he de condenar tambien de fijo :  
 Con que despues de cuanto aquí lidiamos ,  
 A una posada sin remedio vamos ,  
 Y tal vez á los dos Pero-Botero  
 Nos zampe en el mismísimo caldero.  
 No , no. ¡ Bien haya el celestial aviso !  
 Si me guarda Beatriz tan fiero encono  
 Que me quiere matar , yo la perdono ;  
 Si no , mi cruz soportaré sumiso ,  
 Garando de los mártires la palma ,  
 Con lo cual es preciso  
 Que en exhalando el alma ,  
 Suba yo sin Beatriz al paraíso.  
 ¡ Gran determinacion , por vida mia !  
 Lejos de tal mujer , ya se podia  
 Ir á tragar en el infierno azufre :  
 Pero ¡ infierno con ella ! ¿ quién lo sufre ?

## FABULA LXXXVI.

## LA VIUDA DEL MALABAR.

EL SACERDOTE.

Quémate con tu esposo, y vas al cielo.

LA VIUDA.

Si al cielo voy, me quemaré sin duelo.

EL SACERDOTE.

Cenarás con el alma del difunto.

LA VIUDA.

¿Nuevamente con él allí me junto?

EL SACERDOTE.

Y para siempre ya.

LA VIUDA.

Si tal me espera,  
No meto yo mis carnes en hoguera.

EL SACERDOTE.

¿No tienes pundonor?

LA VIUDA.

Tengo memoria.  
Con un marido malo, ni á la gloria.

## FABULA LXXXVII.

## ESCENA DE SEGUNDAS NUPCIAS.

EL PADRE.

Fruto de mis primeros esponsales,  
Hija en hora tristísima nacida,  
Pues al rigor de incomprensibles males  
En la flor de la edad pierdes la vida,  
¿Qué memoria filial por despedida  
Le dejas ¡ ay! al lastimado viejo,  
Que ve llegar tu postrimer suspiro?

LA HIJA.

Padre, infeliz os miro:  
Mi compasion, mi bendicion os dejo.

EL PADRE.

¿Qué dejas por legado  
A la consorte fiel, que tengo al lado?

LA HIJA.

Esa mujer al túmero me arrastra.  
Dejo la maldicion á mi madrastra.

## FABULA LXXXVIII.

## EL CIELO EN LA TIERRA.

Soñó cierto Filósofo machucho  
(Pues filósofos hay que sueñan mucho)  
Que una noche de mayo  
San Anton su tocayo  
A visitarle con su adjunto vino,  
Y haciéndole montar en el cochino,  
Llevósele de un vuelo  
A recorrer el ámbito del cielo.  
Conducido que fué, dijo en el acto  
El huésped terrenal estupefacto:  
¡ Bien se pasa en la gloria! ¡ bien se pasa!  
Un poco de la dicha que sin tasa  
Disfrutais junto á Dios, ¿ no conviniere  
Que á probar en el mundo se nos diera  
Por via de adelanto,  
Para llevar mejor aquella vida,  
Continua serie de zozobra y llanto?  
—¡ Singular peticion! (exclama el Santo.)  
La tenéis concedida  
Desde el tiempo de Adán.—No hago memoria.  
—Olvidadizo estás, amigo Antonio.  
Mira un buen matrimonio,  
Y en él verás la imágen de la gloria.

## FABULA LXXXIX.

## LA VIDA DEL HOMBRE.

Hecho ya el mundo y poblado  
Con todos sus animales,  
A cada cual su destino  
Júpiter quiso anunciarle.  
—Tú has de servir (dijo al Asno)  
De acémila perdurable:  
Te darán mal de comer  
Y palos á centenares.  
Treinta años es necesario  
Que en ese oficio trabajes;  
Despues de treinta cumplidos,  
Te dejaré que descanses.  
—Treinta años (replicó el Burro)  
De afañ, de palizas y hambre,  
Son demasiado: te pido  
Que unos veinte me rebajes.—  
Júpiter convino en ello,  
Y al Perro mandó acercarse.  
—Tú (dijo) serás del hombre  
Compañero inseparable.  
Tú cazarás, y tu dueño  
Comerá lo que tú caces;

Tú le guardarás la casa  
 Treinta y cinco años cabales.  
 —Muchos son (repuso el Perro),  
 Porque es el trabajo grande:  
 Quitame los veinte y cinco;  
 Basta con los diez restantes.  
 —Norabuena (contestó  
 El siempre benigno padre):  
 Vete en paz, y al Mono dile  
 Que se me ponga delante.—  
 Pasado el aviso al Mono,  
 Que vino haciendo visajes;  
 —Tú (dijole el dios riendo)  
 Casi para nada vales.  
 Arrastrando una cadena  
 Y en poder de charlatanes,  
 Veinte y cuatro años harás  
 La diversion de las calles.  
 —; Yo (gritó el Mono) sufrir  
 Veinte y cuatro años de ultrajes!  
 Rebaja pido.—Corriente.  
 ¿Cuánto?—La tercera parte.—  
 Por su orden tocaba al Hombre  
 A Júpiter presentarse.  
 —Ven tú, predilecto mio,  
 (Prorumpió el númen aorable.)  
 Mira esas verdes colinas,  
 Mira esos floridos valles,  
 Mira ese revuelto mar,  
 Que tú poblarás de naves:  
 Todo es tuyo: vive y goza  
 Tesoros tan abundantes.  
 Treinta años te doy, que es tiempo  
 De mas para que te sacies.  
 —; Treinta no mas! (clamó el hombre.)  
 Es un soplo, es un instante.  
 Con plazo tan reducido,  
 ¿Qué ha de poder disfrutarse?  
 Dame cien años lo menos,  
 O si no, recoge y dame  
 Todos los que el Mono, el Perro  
 Y el Asno dejaron antes.—  
 Júpiter condescendió,  
 Bien que no de buen talante,  
 Y explicó de esta manera  
 Su decreto inalterable:  
 —Al Asno, al Perro y al Mono  
 La vida les heredaste;  
 Les heredarás tambien  
 Con ella sus propiedades.  
 Treinta años de vida de hombre  
 Tendrás feliz y agradable;  
 Pero de bestia será  
 Desde treinta en adelante.  
 De los treinta á los cincuenta  
 En tí lloveran afanes:  
 Mantendrás casa y familia  
 Con tu labor incesante.

De allí á los sesenta y cinco,  
 Adorando en lo que guardes,  
 No dormirás, recelando  
 Que todos van á robarte.  
 Si de allí pasas, entonces,  
 Perdidas tus facultades,  
 Te harán fábula del mundo  
 Chochees inaguantables.  
 Mejor mil veces te fuera  
 Con mi gusto conformarte:  
 Bien te dí, pediste mal:  
 Quien lo quiso, que lo pase.

## FABULA XC.

## JUPITER Y LA OVEJA.

Tantos y tales trabajos  
 Hicieron pasar las fieras  
 Al mas inocente bruto,  
 A la pacífica Oveja,  
 Que á Júpiter hubo al cabo  
 De pedir que discurriera  
 Cómo buscaba camino  
 Para aliviar sus miserias.  
 Júpiter le dijo: Veo,  
 Y harto de verlo me pesa,  
 Mansa criatura mia,  
 Que te he dejado indefensa.  
 Para suplir esta falta,  
 Elige el medio que quieras:  
 Las armas que mas te agraden,  
 Te dará mi omnipotencia.  
 ¿Quieres que dientes agudos  
 En tus mandíbulas crezcan,  
 O que tus piés se revistan  
 De fuertes garras que hieran?  
 —No quisiera yo, señor  
 (Respondió la pretendiente),  
 Cosa que me asemejara  
 A la raza carnícera.  
 —¿Será mejor que introduzca  
 Mortal veneno en tu lengua?  
 —No, que me aborrecerán  
 Lo mismo que á las culebras.  
 —¿Quieres que te arine de cuernos  
 Y á tu frente dé mas fuerza?  
 —No, que entonces, como el chibo  
 No me hartaré de pependencias.  
 —Pues, hija, yo solo puedo  
 Salvarte de una manera:  
 Para que no te hagan daño,  
 Preciso es que hacerlo puedas.  
 —¿Preciso? (la Oveja exclama,

Dando un susp'ro de pena):  
 Prefiero entonces á todo  
 Mi flaca naturaleza.  
 La facultad de dañar  
 Gana de dañar despierta,  
 Y por no hacer sinrazones,  
 Vale mas el padecerlas.—  
 Júpiter enternecido  
 Bendijo á la mansa bestia,  
 Y ella no volvió jamás  
 A pronunciar una queja.

~~~~~  
FABULA XCI.

EL ALMA DE SALOMON.

Un laborioso Anciano
 De sol á sol sin descansar labraba
 La fértil heredad que poseía.
 Él por su mano araba,
 Él por sí mismo el grano,
 Que el sustento comun del hombre encierra,
 Solicito vertía
 En el fecundo seno de la tierra.

A la sombra una vez que en torno arroja
 Una altanera encina,
 Copuda en ramas y poblada en hoja,
 Presentase al Anciano de repente
 Una Vision divina.
 Él se sorprende y pasma;
 Y en acento mas dulce que severo
 Le dice la fantasma:
 « No la presencia mia te amedrente:
 Soy Salomon: declárame sincero,
 ¿ Por qué, ya que tu edad va declinando,
 Tan ávido te afanas trabajando?—
 — Si eres el sabio rey gloria de Oriente,
 (El labrador contesta)
 Bien puedes figurarte mi respuesta.
 Yo estudié con desvelo tus lecciones:
 En ellas al mancebo le propones
 Que á recoger aprenda de la hormiga,
 Sin perdonar momento ni fatiga.
 Yo su ejemplo he seguido,
 Y lo que dócil aprendí mancebo,
 Viejo tambien á ejecucion lo llevo.
 — A medias solamcne has aprendido
 (Dijo la Sombra) mi consejo sano.
 Vuelve de nuevo y á la hormiga observa,
 Y en su sagaz gobierno
 Verás que si trabaja en el verano,
 Prudente se reserva
 Sus acopios gozar en el invierno.
 Tú, que al invierno triste
 Llegaste de la vida,

Reposa ya y descuida,
 Y disfruta por fin lo que adquiriste.

~~~~~  
**FABULA XCII.**

**LAS DOS FAMAS.**

Dos *Famas* hay: contemporánea es una,  
 Favorita especial de la Fortuna;  
 La segunda, que *póstuma* se llama,  
 De la Verdad y el Tiempo hija querida,  
 Es la inmortal, la verdadera Fama.  
 En un caballo aligero subida,  
 Marchaba, como suele, de corrida  
 De Fama de los vivos afanosa,  
 Y al son de su trompeta clamorosa  
 Llevábase detrás gente sin tino.  
 De repente á la orilla del camino  
 La fogosa jineta  
 Encontró á su rival muda y sentada.  
 — ¿ Cómo es ( le preguntó ) que no haces nada,  
 Cuando ocupar debieran tu trompeta  
 Celebridades que hay de tantas clases?  
 — Estoy ( dijo la póstuma ) parada,  
 Aguardando á que pases.

~~~~~  
FABULA XCIII.

EL CANGREJO.

Resto de una comida,
 Que orilla de un arroyo fué servida,
 Quedó sobre las yerbas arrojado
 El conchudo cadáver de un Cangrejo,
 Lo mismo que la grana colorado.
 Miraban y admiraban reflexivos
 Otros Cangrejos vivos
 Aquel tinte magnífico bermejo,
 Y cada cual de su interior exhala
 Esta loca expresion: ¡ Hermosa gala!
 ¡ Quién el secreto raro poseyera
 De poderse pintar de igual manera! —
 Oyendo la ocurrencia peregrina,
 Dijoles un Raton, docto en cocina:
 Para adquirir matices tan brillantes,
 No hay otro medio que coceros antes:
 Mirad, pues, lo que al misero le cuesta
 La mortaja de honor que tiene puesta.

Quien envidie la fama esclarecida
 Que á los varones célebres rodea,
 Tome su historia y vea
 ¡ Cuánto dolor acibaró su vida!

FABULA XCIV.

EL PLANTADOR.

Yo esa higuera planté y aquel manzano,
Y ambos me rinden hoy copioso fruto.
Hijos, igual tributo
Debels pagar á vuestro padre anciano.



FABULA XCV.

LA MARIPOSA Y LA EFIMERA.

LA MARIPOSA.

Insectillo
Singular,
¿Quién te puso
Donde estás?

LA EFIMERA.

Ha corrido
La mitad
De mi vida
Natural,
Y he morado
Siempre en paz
Esta mata
De arrayan.

LA MARIPOSA.

Yo el cercano
Manantial
Suelo á veces
Visitar,
Y te juro
Que jamás
Vi tu rastro
Ni tu faz.
Tú no estabas,
En verdad,
Há tres horas
Por acá.

LA EFIMERA.

Bien lo puedes
Afirmar :
Yo no tengo
Tanta edad.

LA MARIPOSA.

¿Cuánta vida
Dios os da,
Por el orden
Regular?

LA EFIMERA.

Muchas horas :
Diez quizá.

LA MARIPOSA.

¡Espantosa
Brevedad!

LA EFIMERA.

¿Hay especie
De animal
Cuya vida
Dure mas?

LA MARIPOSA.

Infinitos
De los que hay,
Miles de horas
Ven pasar.

LA EFIMERA.

¡Oh qué inmensa
Cantidad!
¿Luego nunca
Morirán?

LA MARIPOSA.

Todos tienen
Que acabar :
Ley es esta
General.

LA EFIMERA.

Si su vida
Cesará,
No la debo
Codiciar.
Larga ó corta,
Se hace igual
En el punto
De espirar.



FABULA XCVI.

EL EXTRACTO DE LA BIBLIOTECA.

Hizo un Rey extractar su librería,
Que los tomos contaba por millones,
Y un resumen le dieron que tenia
Estos cuatro renglones :
« Un *quizá* representa
La ciencia toda que el mortal adquiere,
Y la historia del hombre solo cuenta
Que *nace, pena y muere.* »

Pero el Monarca, sabio verdadero,

FABULAS.

adó añadir tras el renglon postrero :
uando el hombre del cuerpo se desnuda,
claro al fin lo que viviendo duda,
la paciente vida meritoria
ne infinito bien, eterna gloria. »

FABULA XCVII.

EL CANTO DEL CISNE.

LA PALOMA.

Dulcísimos ecos
Llegaron á mí,
Paloma nativa
De extraño país.
Decid, Ruiseñores,
¿Quién canta? decid.
Igual melodía
Jamás os oí.

LOS RUISEÑORES.

Paloma que pasas
Por este jardín,
El músico dulce
Le tienes aquí.
De viejo anhelando
Cesar de vivir,
El Cisne celebra
Su próximo fin.

LA PALOMA.

Venid, avecillas,
Connigo venid :
La muerte admiremos
Del ave feliz.
¡Bien hayan las vidas
Que acaban así!
¡Bendito el que puede
Cantando morir!

FABULA XCVIII.

LA MADRE Y EL ALMA INOCENTE.

LA MADRE.

Murió mi dulce María,
Mi consuelo, mi alegría :

Con ella al sepulcro voy.

EL ALMA INOCENTE.
No me llores, madre mía :
Yo era mujer, ángel soy.

FABULA XCIX.

LOS MUERTOS ENVIADOS.

Miraba Calderon (no el de la Barca,
Sino el que fué ministro del monarca
Don Felipe tercero),
Rodrigo Calderon miraba, digo,
Un cementerio de Madrid un día,
Y en él halló un letrado
Cercano del umbral, que así decía :
« Amigo y enemigo
Aquí en profunda paz reposan juntos. »
—¡ Ay! (exclamó Rodrigo)
¡ Venturosos mil veces los difuntos!

FABULA C.

LA REGLA GENERAL.

UN JÓVEN.

Amé á Dios y á mis padres, fui buen hijo,
Y el Señor en la tierra me bendijo.

UNA JÓVEN.

De tener buena madre honrarme puedo :
Su virtud aprendí, su dicha heredo.

OTRA JÓVEN.

Me crié sin que á nadie obedeciera :
Hoy vivo sin salud en la Galera.

OTRO JÓVEN.

Irreligioso jóven, hijo malo,
Maldito del Señor, muero en un palo.

REGLA GENERAL.

El mundo enseña, de ejemplares lleno,
Que para ser feliz, hay que ser bueno.
El justo goza, los malvados gimen.
¡ Dichosa la virtud! ¡ misero el crimen!

ORIGINALES TRADUCIDOS É IMITADOS.



De Amadeo Conrado Pfeffel son los argumentos de las fábulas 4, 7, 9, 15, 21, 36, 37, 38, 44, 48, 49, 51, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 63, 68, 69, 70, 71, 74, 75, 80, 81, 86, 92, 93, 95 y 97.

Son de Gotoldo Efrain Lessing los de las fábulas 32, 31, 40, 41, 50, 64, 90 y 91.

De Cristian Téotimo Gellert, los de la 26, 35, 62, 67, 83 y 84.

De Godofredo Lichtvehr, los de la 6 y 47.

De Federico de Hagedorn, los de la 22, 25, 39, 61 y 89.

De Juan Guillermo Luis Gleim, la 52.

De Carlos Guillermo Ramler, la 30.

De Liebeskind, la 28.

Todos estos autores son alemanes. Varios argumentos de sus fábulas son antiguos y habian sido ya manejados por otros poetas.

El argumento de la introduccion y los de las fábulas 2, 11, 12, 16, 24, 53, 72 y 96 están sacados, con notables alteraciones, de la obra titulada : *Fablier de la jeunesse et de l'âge mûr, ou choix de fables tirées des meilleurs auteurs anglais, allemands, hollandais, etc. Par l'auteur de LA MORALE EN ACTION* (L. P. B. de l'Institut et de l'Athénée). Lyon, an IX, 1801.

Acerca de la fábula 87 puede verse en la obra *Chants populaires du Nord, traduits par X. Marmier* (Paris, 1842), la cancion titulada *Le Testament*.

Acerca de la fábula 46 véase *El Criticon* de Baltasar Gracian, Crisi VI, parte II.

Las fábulas 1, 3, 5, 8, 3, 4, 8, 19, 20, 27, 29, 45, 48, 65, 73, 85, 88, 94, 98, 99 y 100 pueden pasar por originales.

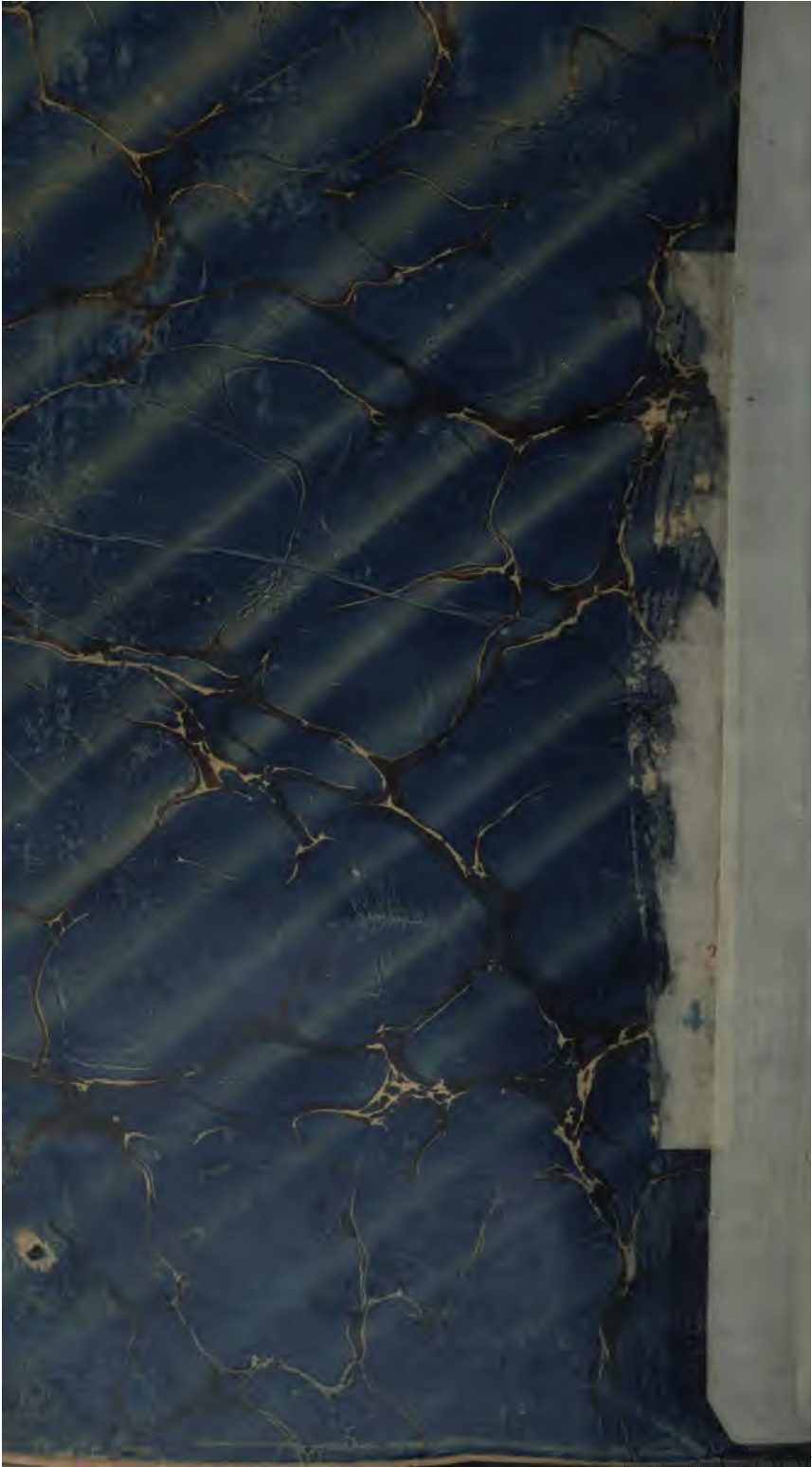
FIN.

1

-

4





864 .H331a C.1
Obras escogidas de Don AMB3182
Stanford University Libraries



3 6105 045 053 142

JUN 23 '84
JUN 16 '83

MAY 8 '70

JUN 12 '55

APR 8 1970

Stanford University Library

MAY - 1 1974 Stanford, California

In order that others may use this book,
please return it as soon as possible, but
not later than the date due.

